SAN IGNACIO DE LOYOLA

Nueva Biografía

POR

RICARDO GARCÍA-VILLOSLADA, S.I.

(Contraportadas)

Ricardo García-Villoslada, nacido en 1900, entró en la Compañía de Jesús en 1916. Terminados en España sus estudios de Humanidades, Filosofa y Teología, pasó a cursar en la Universidad de Munich estudios históricos durante tres semestres (1931-1933), siguiendo las lecciones y los seminarios de H. Günther, G. Pfeilschifter, M. Grabmann y otros profesores no menos eminentes. Llamado a Roma por los profesores jesuitas P. actual, J. Grisar y R. Leiber, fundadores de la Facultad de Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana, fue el primero en doctorarse en dicha Facultad con una tesis sobre los maestros parisienses de F. de Vitoria.

Entre sus libros más importantes figuran: su *Historia de la Compañía de Jesús;* su biografía de *Ignacio de Loyola, un español al servicio del Pontificado; Colección de sermones inéditos del Maestro Juan de Avila; Historia de la Iglesia católica,* en cinco tomos, con la colaboración de B. Llorca y F. Montalbán; *Loyola y Erasmo; Raíces históricas del luteranismo,* y la biografía de *Martín Lutero* (2 volúmenes). Ha dirigido lo monumental *Historia de la Iglesia en España*, en siete volúmenes, en la que también ha colaborado. A esta fecunda labor historiográfica hay que añadir ahora la presente Biografía ignaciana, fruto maduro del largo trato del autor con Ignacio de Loyola.

R. García-Villoslada, maestro de innumerables discípulos, hoy catedráticos e investigadores de renombre en España, Italia, Holanda, Alemania, Polonia y América, es tenido por uno de los más profundos conocedores de la Historia de la Iglesia y de la Cultura.

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Nueva Biografía

El autor de esta biografía ignaciana confiesa que su primera intención no fue lanzar al público una historia amplia y documentada de Ignacio de Loyola. Sus ambiciones primerizas no eran de largo alcance. Se contentaba con escribir una biografía dirigida al gran público, una biografía bien hecha, y basta, sin alardes de ciencia y menos de literatura. Pero la obra se hizo a sí misma, casi sin colaboración del autor. A medida que éste leía las antiguas biografías clásicas, iba penetrando más y más el alma heroica del personaje. La existencia mortal de Ignacio de Loyola está sellada por el heroísmo: «En San Ignacio —dice el Dr. Marañón—, el lema heroico adquiere una realidad y una grandeza patéticas». Ahondar en ese heroísmo es ahondar en su carácter, en su genio, en su santidad.

Dos años más de trabajo, en opinión del autor, y el resultado hubiera más felizmente acabado. Aunque apresuradamente, ha podido consultar documentos nuevos recién descubiertos, interesantes, aunque no de primaria importancia. Ha procurado perfeccionar el retrato del santo estudiando mejor su carácter. San Ignacio era amoroso, blando y condescendiente con todos, a no ser con aquellos que despreciaban y atropellaban la obediencia.

Ese carácter blando y amoroso lo reconocen todos sus compañeros si se exceptúan los descontentadizos y estrafalarios Rodríguez y Bobadilla. En esta Biografía se ha resaltado la soberana mística del santo, descuidada en todas las biografías anteriores. Se ha ensanchado inmensamente el campo de su apostolado, porque el fundador de la Compañía tenía sus ojos fijos en todas las naciones, heréticas o paganas. Mandaba apóstoles a todas, y los mandaba con instrucciones concretas y modos de evangelizar. Desde Roma, centro de la cristiandad, seguía día a día todos los pasos evangelizadores, y por lo mismo civilizadores, de sus misioneros, dándoles órdenes concretas según fuera el país: Asia, Africa o América, y al mismo tiempo fundaba colegios y universidades en naciones de todas las lenguas, elevando así la cultura de los pueblos retrasados.

La obra que el lector tiene en sus manos es, sin lugar a dudas, la más densa y documentada de las biografías ignacianas actualmente existentes.

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Nueva Biografía

POR

RICARDO GARCÍA-VILLOSLADA, S. I.

1986

A mi santo Padre Ignacio de Loyola
dedico y consagro
en el ocaso de mi vida
estas páginas de mi cansada senectud
escritas con el único designio
de darlo a conocer
en su autenticidad y grandeza
con humildad y amor
con veneración
y... con pasmo

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....10

PRIMERA PARTE.....32

CAPÍTULO I.....33
LA NOBLE ESTIRPE DE LOS OÑAZ Y LOYOLA.....33

CAPÍTULO II.....64
HOGAR PATERNO. SAETAS DISPARADAS A LA REDONDA.....64

CAPÍTULO III.....89
EN AREVALO, CORAZÓN DE CASTILLA (1506-1517).....89

CAPÍTULO IV.....131
CON EL DUQUE DE NAJERA, VIRREY DE NAVARRA (1517-1521).....131

CAPÍTULO V.....177
LA CONVERSIÓN A DIOS EN LOYOLA.....177

CAPÍTULO VI.....209
EL PEREGRINO DE ARANZAZU Y MONTSERRAT.....209

CAPÍTULO VII.....231
EL PENITENTE DE MANRESA. LOS «EJERCICIOS».....231

CAPÍTULO VIII.....264
PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA.....264

CAPÍTULO IX.....292
ESTUDIANDO EL «NEBRIJA» EN BARCELONA.....292

CAPÍTULO X.....305
ERASMISMO, ALUMBRADISMO Y PROCESOS DE ALCALÁ.....305

CAPÍTULO XI.....343
ESTUDIANTE DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA EN PARIS (1528-1535).....343

CAPÍTULO XII 387
PARÍS: AMIGOS EN EL SEÑOR. LOS VOTOS EN MONTMARTRE.....387

CAPÍTULO XIII 419
EL APÓSTOL DE AZPEITIA.....419

CAPÍTULO XIV....452
LOS DOS AÑOS DE VENECIA....452

CAPÍTULO XV....500
IGNACIO EN ROMA. PRIMERA MISA. LA BULA FUNDACIONAL....500

CAPÍTULO XVI....537
LA FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS....537

SEGUNDA PARTE....577

CAPÍTULO I....578
EN LA JERUSALÉN DEL VICARIO DE CRISTO....578

CAPÍTULO II....611
CATEQUISTA Y MAESTRO DE NOVICIOS. FORJADOR
DE HOMBRES....611

CAPÍTULO III....654
UN DÍA CUALQUIERA EN LA VIDA ROMANA DEL SANTO....654

CAPÍTULO IV....685
IGNACIO Y LA REFORMA CATÓLICA. LA COMPAÑÍA EN ITALIA....685

CAPÍTULO V....720
LA COMPAÑÍA EN EL REINO DE PORTUGAL....720

CAPÍTULO VI....757
INICIOS DE LA COMPAÑÍA DE JÉSUS EN ESPAÑA. FABRO Y ARAOZ....757

CAPÍTULO VII....794
FRANCISCO EL GRANDE, IV DUQUE DE GANDÍA Y JESUITA....794

CAPÍTULO VIII....867
A LA CONQUISTA ESPIRITUAL DE FRANCIA....867

CAPÍTULO IX....886
JESUITAS EN FLANDES....886

CAPÍTULO X....913
LAS PUERTAS DE ALEMANIA SE ABREN A LA COMPAÑÍA....913

CAPÍTULO XI....934
POR LA RECONSTRUCCIÓN CATÓLICA DE ALEMANIA....934

CAPÍTULO XII....986
COLEGIOS DE LA COMPAÑÍA. SU ORIGEN, NATURALEZA Y
PROPAGACIÓN....986

CAPÍTULO XIII.....1025
«MI VOLUNTAD ES DE CONQUISTAR TODA LA TIERRA
DE INFIELES.....1025

CAPÍTULO XIV 1084
ENTRE LOS TUPIES Y TAMOYOS DEL BRASIL.....1084

CAPÍTULO XV.....1120
PLANES DE IGNACIO SOBRE LAS TIERRAS DEL PRESTE-JUAN.....1120

CAPÍTULO XVI.....1137
LOS ÚLTIMOS DESTELLOS.....1137

CAPÍTULO XVII.....1159
«EL PADRE IGNACIO ES UN GRAN SANTO».....1159

AVISO DEL EDITOR

Las *citas a pie de página,* en esta edición digital, están incompletas. El que quiera revisarlas todas, deberá acudir al texto impreso original.

INTRODUCCIÓN

Era en el mes de junio de 1981, cuando di comienzo a este libro con el modesto propósito de retocar y acabalar en la medida de mis fuerzas, cada día más débiles, el que veinticinco años antes había compuesto y publicado con el siguiente título, *Ignacio de Loyola, un español al servicio del Pontificado* (Zaragoza 1956). Obra juvenil aquélla y un tanto apresurada por la urgencia del próximo IV Centenario de la muerte de Ignacio, no llevaba demasiada carga documental y aparato científico, por lo cual y por cierta agilidad y fluidez de su estilo fue bien recibida por el público español, que exigió *inmediatamente* una segunda edición y cinco años después la tercera (sin conocimiento del autor y sin modificación alguna). Ya desde el principio la consideraba «como un primer ensayo, que podrá perfeccionarse en ediciones sucesivas». Por eso, cuando un distinguido literato y hagiógrafo italiano, conocido por la elegancia de su pluma y por sus finas intuiciones psicológicas, se ofreció a traducírmela, lo disuadí del intento, porque era mi propósito hacer una nueva edición aumentada y perfeccionada.

Este antiguo designio lo fui demorando más y más, hasta que el ruego de un amigo autorizado venció todas mis rémoras. Y abandonando otros trabajos de mayor envergadura, que a mi edad ya provecta se le hacían gravosos, me apliqué decididamente a recomponer la primitiva obra.

Nueva biografía

Pronto me persuadí que el libro resultante no sería nueva edición del primero, sino una obra nueva. Había, pues, que cambiarle el título. A falta de otro mejor, opté por el que ya conocen mis lectores.

Mientras redactaba los dos primeros capítulos sobre el linaje de los Oñaz y Loyola, me di cuenta de lo mucho que sus raíces ancestrales transmitieron a la sangre y al carácter de Iñigo López de Loyola. Sin conocer el árbol genealógico de los Oñaz y Loyola no se puede entender bien al Ignacio de Roma. La estirpe loyolea fue una estirpe de titanes, con desmedidas ambiciones terrenas, con afán de riqueza y poderío, con tesón

obstinado hasta conseguir sus propósitos sin ceder ni siquiera ante las excomuniones pontificias, con apego político a los monarcas de Castilla en cuyo favor cifraban sus esperanzas de triunfo, con sagaz y astuta diplomacia, y en suma, con su perpetuo empeño y pretensión de superar a sus rivales y enemigos.

Esas cualidades, heredadas por Iñigo, reaparecerán purificadas y santificadas en el fundador de la Compañía de Jesús; él sabrá traducirlas en virtudes, elevándolas al orden sobrenatural y poniéndolas al servicio de Cristo y de la Iglesia. Esta transportación de lo natural a lo divino, iniciada en su crisis de 1521-1522 (Loyola-Manresa) la notó muy acertadamente Jerónimo Nadal en una *Exhortación* de 1554 a los jesuitas de España: «Así como estando en el século tenía (*Iñigo*) *ánimo de grandes cosas*, así dándose al servicio de Dios, no se contentaba con poco... y así es menester que todos los de la Compañía... nos intrinsiquemos este espíritu».

La gran metamorfosis de Iñigo de Loyola

El afán de señalarse y sobresalir en sus empresas era muy propio de los antiguos señores de Loyola; Iñigo tenía clara conciencia de ello y se lo advierte a su sobrino Beltrán, animándole a levantar sus aspiraciones a más altas y divinas empresas: «Como nuestros antepasados se han esforzado en señalarse en otras cosas —y plega a Dios N. S. no hayan sido vanas—, vos os queráis señalar en lo que para siempre ha de durar» (setiembre 1539).

Lo que, desde su conversión buscaba el Santo, no era la gloria personal, ni la honra de su estirpe, ni la de su patria y de su rey temporal, sino *la mayor honra y gloria, el mayor servicio de Dios nuestro Señor*. Eso significa el lema de su estandarte: A.M.D.G., «no queriendo ni buscando otra cosa alguna, sino en todo y por todo mayor alabanza y gloria de Dios» (*Ej. esp.* 189). Y en las Constituciones del Instituto de la Compañía quiere que todo vaya ordenado «a la gloria divina y bien universal de la Iglesia» (*Proemio*). La misma monótona reiteración hallamos en todas sus cartas.

Quizá en el último capítulo dedicaremos un apartado al ansia de superación que le daba alientos siempre mayores en su aspiración a la santidad y a la glorificación de Dios, y explicaremos cómo entre las palabras que mejor nos retratan el corazón de Loyola hay una que le viene frecuentemente a los labios, la de «señalarse», que significa no ser jamás un hombre mediocre, uno de tantos. Siendo joven le pareció la mediocridad indigna de un caballero que sirve a su rey; y desde el día de su conversión, aspiro siempre a «señalarse» entre todos los héroes de la

santidad, procurando en todo momento no simplemente el servicio, la alabanza, honra y gloria de Nuestro Señor, sino «su mayor gloria», *ad maiorem*.

Hasta ahora los historiadores habían prestado escasa atención al tronco y primeras ramas del árbol loyoleo, desafiador de tempestades, tanto eclesiásticas como políticas y civiles en los siglos XIV y XV. Yo me detengo más que otros biógrafos en la historia de esas dos centurias, porque me impresiona el vigor y la tenacidad con que sus abuelos actúan en paz y en guerra, frente a la burguesía insurrecta, lo mismo que frente a las autoridades del Estado o de la Iglesia, como hombres intrépidos y fuertes que se glorían de llevar el apellido de Loyola y luchan por la justicia —o por lo que ellos creen tal— hasta reportar la victoria.

Mi conclusión ha sido ésta. En Iñigo o Ignacio, a quien no dudo en calificar de «el mayor de los Loyolas», hierve la sangre de su estirpe con iguales impulsos y tendencias, sólo que Dios le ha insuflado un espíritu nuevo y su madera robliza ha sido pulimentada, sublimada y transfigurada por el Escultor divino. Lo que en Iñigo había de natural y terreno, se sobrenaturalizó en Ignacio bajo la acción de la gracia. ¡Qué soberana y admirable metamorfosis!

Evolución de las modernas biografías

Llamaremos a nuestro héroe siempre Iñigo, hasta que entra en la Universidad de Paris; después Ignacio, pues así lo denominan los documentos universitarios.

Se cuentan por millares las plumas de escritores que han intentado poner ante nuestros ojos el perfil histórico de aquel personaje, que tan largo y hondo surco ha dejado en la trayectoria de los últimos siglos. Cada uno lo ha delineado a su manera y con diverso colorido, no porque Ignacio sea una rara especie de camaleón, que cambia de color según el ambiente, sino porque cada biógrafo proyecta sobre su figura diverso rayo luminoso, más claro o más oscuro, verde, azul o rojo, según sus personales preferencias o según la mentalidad, estilo y la moda de la época en que se escribe.

El día de hoy vemos que los estudiosos de aquella excelsa figura no se cuidan tanto, como en siglos pasados, de retratar al hombre en sus actividades exteriores; prefieren dedicar sus mayores afanes a escudriñar el alma y describir los caminos y las moradas de su itinerario espiritual. El

hombre de acción social y evangelizadora, el creador de instituciones más o menos duraderas, el que no apartaba un momento sus ojos avizores y clarividentes del mundo de su tiempo, el planeador de proyectos contrarreformistas o de cruzada, ha quedado un poco al margen de la ciencia histórica. Interesa más su espiritualidad, verdaderamente genial, aunque no deslumbrante.

Tan sólo en el siglo XX se empezó a estudiar la mística ignaciana. El movimiento modernista en el campo religioso despertó el interés de psicólogos, historiadores y teólogos por las experiencias espirituales. ¿Sería posible imaginar y detectar en el alma férrea de Ignacio de Loyola, emociones místicas, elevaciones querúbicas, ternuras inefables de respeto, lloros continuos, más que los de un niño? El descubrimiento dejó a todos con la boca abierta, estupefactos, por no decir escépticos.

Tras un ataque aventurero del benedictino dom M. Festugière en 1913-1914, que acusaba a Ignacio de antiliturgista, y otro algo más frívolo, aunque más sugestivo, del ex jesuita Henri Brémond, que alardeando de ser un fautor del misticismo, se negaba a reconocerlo presente y activo en el Santo de Loyola, las fuentes históricas se abrieron de par en par, iluminando con millares de documentos y torrentes de claridad la auténtica espiritualidad ignaciana.

Entre la más importante documentación mística se deben contar algunos folios que se conservan, arrancados del *Diario espiritual*, íntimo, del Fundador de la Compañía, folios que si bien desde antiguo eran conocidos fragmentariamente y con superficialidad, sin atribuirles su debido valor, fueron publicados en 1892 por Juan José de la Torre y de una manera más plena, crítica y exacta, por los Editores de MHSI vol. 63 (Roma 1934) p.86-158.

En uno de los postreros capítulos de este libro daremos a conocer el artículo que en 1938 publicó el más eminente historiador de la espiritualidad italiana, don Giuseppe de Luca, con expresiones no de sorpresa, sino de pasmo, al descubrir lo que él jamás hubiera imaginado: «un *Diario* místico de San Ignacio» con visiones tan altas y alusiones a fenómenos tan sobrenaturales y divinos, como rara vez nos dejan entrever otros santos[1].

Desde entonces la producción histórica y teológica en torno a la mística ignaciana va creciendo de día a día, y acaso más por la calidad que por la cantidad.

---

[1] *Il Diario autografo di Sant' Ignazio di Loyola:* «L'Osservatore Romano» (11 sett. 1938) p.3.

Palabras de escritores no católicos: Ranke, Gothein, Böhmer, Novalis

Que entre los historiadores no católicos, sin el menor afán revanchista ni polémico, se descuide esta faceta, es lo más natural y comprensible. Aunque no sepan valorar adecuadamente el carácter religioso de Ignacio y de su Compañía, es justo reconocer que el papel de Ignacio y de su Orden en la historia de la Iglesia y del mundo, ellos lo han enfatizado más que nadie, y a ellos en gran parte se debe la notoriedad y resonancia que alcanzó el Fundador de los jesuitas en la historia política y cultural.

El eximio historiador Leopold von Ranke († 1886) fue el primero que en su historia de *Los papas romanos en los cuatro últimos siglos*, sin llegar a comprender el alma endiosada de Ignacio, ni siquiera su temperamento psicológico (*phantastisch von Natur!*), dedicó un capitulito a engrandecer su figura histórica, seguido de otro para historiar los orígenes del *Jesuitismo*, como una de las mayores fuerzas antiprotestantes de que disponían los Papas. Imitaron a Ranke todos los que le siguieron en bosquejar ampliamente la Historia de la Contrarreforma, convirtiendo a Loyola en el «Anti-Lutero» por antonomasia, en lo cual no fueron exactos.

Desgraciadamente muchos archivos no se le abrieron a Ranke, y así no pudo tener a mano documentación suficiente y a veces —pese a su gran talento y honradez científica— no acertó a interpretar la que estaba a su disposición.

Otro historiador de inferior talla y de tipo más culturalista, Everhard Gothein († 1923), asomándose rápidamente a algunas fuentes jesuíticas, pudo escribir en 1895 todo un libro de casi 800 páginas, que fue bien recibido en su tiempo, en el cual trata de dibujar un amplísimo cuadro histórico-cultural de la génesis de la Contrarreforma y de su desarrollo, en cuyo centro hace campear la poderosa personalidad de Ignacio: *Ignatius von Loyola und die Gegenreformation* (Halle 1895).

He aquí unas palabras de la *Introducción:*

> «En la Compañía de Jesús adquirió forma el más poderoso impero evolutivo del Catolicismo contrarreformista; y fue su fundador quien la llamó a la existencia con plena conciencia de lo que había de ser. Con mirada genial Ignacio de Loyola supo amalgamar dos cosas aparentemente inconciliables, poniéndolas al servicio de un fin... El, con más fuerza que nadie, se erigió en defensor del intocable sistema de la Iglesia medieval, y al mismo tiempo introdujo en la esfera de las aspiraciones monásticas la más moderna

educación humanística; el dejó caer, sin preocupación alguna, todas las Reglas, con las cuales querían las otras Congregaciones obtener una exterior conformidad; y sin embargo dictó una Constitución, cuyo expreso fin era hacer de todos los jesuitas en todos los países y pueblos una corporación de una misma mentalidad y de una misma manera de actuar. Así construyó con método y lógica una de las más notables obras de arte (*eins der merkwürdigsten Kunstwerke*) que el espíritu humano ha concebido... El, por la virtud de su personalidad, ejerció de hecho tal influjo en su fundación, que la conformó en cierto modo a su propia imagen. Así la individualidad de Ignacio llegó a ser más importante para la Iglesia Católica que la de cualquier otro hombre de los tiempos modernos (*Dadurch ist seine Individualität für die katholische Kirche wichtiger geworden als die irgend eines anderen Mannes der neueren Zeit*)» (n.1-2).

Narra seguidamente Gothein a lo largo de su densa obra las primeras actividades de los jesuitas en el Concilio de Tiento, sus predicaciones y enseñanzas en los países meridionales de Europa, las misiones evangelizadoras de Asia y América, subrayando al fin la admirable actividad contrarreformista de los hijos de Ignacio en Alemania y los Países Bajos.

Sin la pretensión de trazar un panorama cultural como el de Gothein, el historiador Heinrich Bohmer († 1927) con mayor competencia y maestría y con perfecto conocimiento de las fuentes jesuíticas ya editadas, publicó varias monografías y estudios ignacianos (*Studien zur Geschichte der Gesellschaft Iesu*, Bonn 1914, Leipzig 1941) que culminaron en una biografía crítica, eruditísima, documentada y objetiva, que para ser perfecta solamente le falta una penetración más honda en el espíritu y en los móviles religiosos de la acción ignaciana. La última edición fue cuidadosamente preparada por H. Leube: *lgnatius von Loyola* (Stuttgart 1941) p.354.

No deja de sorprender que a fines del siglo cuando en casi todas partes reinaban el Volterianismo y la Enciclopedia —verdugos ilustres de la Compañía de Jesús— surgiese entre los más puros románticos alemanes un gran poeta y pensador, protestante, pero arrebatado de entusiasmo por la Edad Media, por sus ideales católicos y por la unidad político-religiosa de Europa. Me refiero a Novalis (*Friedrich L. von Hardenberg* 1772-1801) que tuvo la audacia juvenil de proclamar públicamente su admiración y asombro ante la genial creación de Ignacio de Loyola, con estas palabras:

«Nunca había aparecido antes en la historia del mundo una Compañía

como ésta. Ni siquiera el antiguo Imperio Romano había trazado sus planes para la conquista del orbe con mayor seguridad de éxito. La ejecución de una gran idea no ha sido nunca pensada con más alta inteligencia. Siempre será esta Compañía un modelo de cualquier sociedad que sienta un ansia orgánica de infinita expansión y de duración eterna; pero también será siempre una prueba de que basta un lapso de tiempo sin vigilancia para desbaratar las mejores calculadas empresas»[2].

Faltóle tiempo y coyuntura al gran Novalis (fallecido en 1801 a la edad de 29 años) para que en la viva religiosidad de su alma irrumpiese la aurora celeste de la pura Revelación cristiana. Hacia esa Luz sobrenatural avanzaba sin pausas, cuando le alcanzó la muerte, antes de convertirse al Catolicismo, como lo hizo en 1808 su amigo Federico Schlegel. De ahí que su gran asombro por el genio de Ignacio de Loyola quedase reducido a los límites admirativos de su grandeza natural y humana, sin llegar a lo más hondo y alto del genio ignaciano. Solamente con las alas de la fe hubiera podido seguirle en su ascensión sublime.

Sumamente ponderativos son los encarecimientos de los historiadores laicos o neutrales respecto al Fundador de la Compañía, aunque por desgracia se quedan casi siempre en la superficie. Los admiro y aplaudo, cuando veo que tras diuturnos y cuidadosos estudios de las fuentes históricas, expresan su opinión con toda sinceridad. Si no penetran en lo más misterioso del alma de su héroe, la dificultad no está en el conocimiento mayor o menor de los hechos externos, sino en saberse

---

[2] El texto alemán lo veo citado en R. FÜLÖP-MILLER, *Macht—und Geheimnis der Jesuiten. Kulturhistorische Monographie* (Leipzig-Zurich 1929), antes de la primera página, a modo de lema. Novalis lo escribió en su famosa obra *Die Christenheit oder Europa* (1790) no publicada hasta el s. XIX. Para entender su última frase, es de saber que en aquellos días no existía la Compañía de Jesús, suprimida canónicamente en 1773 por Clemente XIV, que cedió a la violencia del regalismo borbónico, del jansenismo y del enciclopedismo iluminista. Y ya que he nombrado al culturalista rumano René FÜLÖP MILLER, séame lícito copiar unas líneas de su citado libro: «Quizá —dice— solamente en los tiempos más recientes se nos presenta en cierto sentido el ejemplo de una personalidad histórica de naturaleza emparentada con la de Loyola... Tan sólo el pensamiento de Lenin ha revolucionado tan profundamente, y en modo parecido al de Loyola, toda la Humanidad. Estos dos hombres, el celador de la fe del siglo XVI y el gran ateísta del siglo XX, se acercaron a los profundos problemas de la naturaleza humana con la misma férrea resolución, no se contentaron con pequeñas alteraciones de superficie, sino que atacaron al cerebro, a la fe, al mundo de las ideas, logrando domeñar completamente las voluntades de sus discípulos, modelándolas, su arbitrio» (*Macht und Geheimnis* p.31).

elevar hacia las alturas en que vuela su espíritu, y comprender sus ideales, interpretar la razón sobrehumana de sus empresas y sentir de algún modo —muy de lejos— el fuego de su corazón hecho una brasa con el de Dios. Sin este divino contacto, aseguraba Ignacio que él no podría vivir un solo instante.

Yo confieso humildemente que después de haber estudiado por espacio de casi cuarenta años los escritos, los dichos y los hechos del Santo, solamente al concluir esta segunda biografía he conseguido entrever, como por una rendija, ciertas claridades abismáticas de su alma endiosada, cada día más divina y cada día más humana. Ahora es cuando me siento mejor preparado para reempezar —cosa imposible por la edad— esta biografía y poner la primera piedra del monumento que sus hijos deben «al mayor de los Loyolas».

Personalidad y significación histórica de Ignacio

Hay personajes cuyo solo nombre despierta en quien lo oye vivos deseos de conocer su vida y su acción. Se tiene una vaga idea —a veces falsa o deformada— de su personalidad, de su carácter, de la huella que dejaron en su paso por el mundo, y se siente una extraña comezón de averiguar qué tipo de hombre era, qué ideas y sentimientos abrigaba, qué grandes obras realizó. No es raro oír hablar de un personaje con apreciaciones contradictorias, pues mientras éste lo ensalza con entusiasmo, aquél lo reprueba y abomina. Algo de eso le ha ocurrido a Ignacio Loyola. Nacido un año antes del descubrimiento de América, tuvo la fortuna de venir a este mundo en una época en que no había ciudad española que no floreciese con la figura de un héroe, un misionero, un conquistador, un poeta, un sabio, un santo. Y algo parecido acontecía en otras naciones. Europa, tras «el Ocaso de la Edad Media», renacía con luz auroral y fuerza pujante.

La niñez de Iñigo de Loyola pertenece al siglo XV, no despojado aún de sus férreos despojos feudales y de su arnés guerrero, pero iluminado ya par la alborada naciente del Humanismo, Erasmismo, Renacimiento. Su juventud y madurez entran de lleno en el siglo XVI, época de Carlos V, de Lutero y Calvino, de Hernán Cortés y Francisco Pizarro, de León X y Pablo III, de Francisco de Vitoria y del Concilio de Tiento. Por brillante que fuese aquel periodo, fue en realidad un período de transición —puente magnífico y trepidante entre dos edades—, y no es de maravillar que algo medieval y caballeresco palpite aún en el corazón de

Loyola, súbdito fiel del César Carlos. Pero como hombre del Renacimiento, el fundador de la Compañía era un hombre orientado a la modernidad, era por naturaleza un innovador, acicateado por el afán de superar lo decadente o caduco, infundiéndole vitales energías, cuando era posible. Más que un remedador de otras grandes personalidades históricas, quiso ser un creador en la línea que Dios le había señalado.

Su obra magna, la Compañía de Jesús, se injertará en el árbol monástico tradicional de la Iglesia, pero con caracteres enteramente originales y nuevos, que escandalizaron a los coetáneos y que los posteriores tratarán de imitar. De su tiempo tiene la audacia de los descubridores y de los grandes capitanes. Una nota característica: el heroísmo. «Todo gran santo es un héroe —ha escrito Gregorio Marañón—, pero en San Ignacio el tema heroico adquiere una realidad y una grandeza patéticas». Vivió continuamente espoleado por el anhelo de lo más grande y más alto, que en último término era «la mayor gloria de Dios». Ese fue el motor que dio vida y puso en marcha a la Compañía de Jesús, creada por Ignacio para que fuese «una especie de reproducción del Colegio Apostólico, o sea, una reunión de personas enamoradas de Jesucristo, que por El trabajan en salvar almas y por El mueren»[3].

Fundador de esa fuerte y original corporación religiosa y organizador genial de la misma, acrecentará y universalizará sus posibilidades energéticas poniéndola bajo las órdenes inmediatas del Romano Pontífice. Y en el apostolado se extenderá al mundo entero, siguiendo todos los caminos y abrazando todos los instrumentos aptos y razonables. Por eso lo mismo cultivará la ciencia teológica que enseñará al pueblo sencillo una religiosidad práctica, viva y ágil, con expansionismo a la catolicidad.

Ignacio cerró los ojos a la luz del mundo antes de que el Concilio de Trento, en cuya labor participaban algunos de sus mejores hijos, iniciase su tercera época. Murió serenamente, casi solitario, en su modesta habitación de Roma, cuando daba sus primeros pasos el movimiento de la Reforma Católica, que él hizo posible con su gran labor de renovación eclesiástica y con sus planes y campañas de reconquista espiritual.

Después de su muerte siguió influyendo, cada día más decisivamente, por medio de sus hijos, apóstoles, mártires, doctores,

[3] Ignacio Casanovas, cuyas son las palabras entrecomilladas, concluye así: «Este concepto substancial de la Compañía, ni se pierde nunca, ni se muda en la mente de Ignacio» (*San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús* [Barcelona 1944] p.249. Trad. de M. Quera).

escritores, santos, ascetas; algunos de los cuales en la edad barroca creyeron ser fieles a su admirado Padre, encerrando en fórmulas de duro y claro cristal las inspiraciones cálidas, fluyentes y vivaces de su Fundador. Así nos trasmitieron, inculpablemente, una imagen de su Maestro, alterada conforme al gusto y mentalidad de cada época[4].

Hoy día, poseedores de una documentación, que casi podemos decir exhaustiva, y con un sentido histórico más realista y crítico, será posible aspirar a componer una biografía que nos ofrezca una imagen más aproximada del mayor de los Loyolas. Por mi parte, yo no puedo alimentar grandes ambiciones. Me contentaré con desbrozar el terreno, esclarecer cuestiones y abrir perspectivas, a fin de que la tarea histórica les resulte menos ardua y menos ingrata a los futuros constructores del monumento ignaciano.

Los biógrafos primitivos

El deseo de conocer bien al Santo y de poseer una biografía puntual y exacta que transmitiese a la posteridad los hechos de aquel hombre excepcional, encendió los ánimos de sus compañeros y primeros discípulos desde muy antiguo. Ya en 1546 —diez años antes de la muerte de Ignacio dos jóvenes jesuitas que estudiaban en Padua hablaban entre sí, insistiendo en la necesidad de escribir la historia de los orígenes de la Compañía y juntamente la vida del fundador que entonces contaba 55 años. Llamábanse Pedro de Ribadeneira y Juan Alfonso de Polanco, un toledano y un burgalés. Fue Ribadeneira quien se adelantó a solicitar de la curia generalicia noticias e informaciones. Por el portugués Bartolomé Ferrâo, que ejercía a la sazón el cargo de secretario de la Compañía, sabemos que «el buen viejo don Diego de Eguía», un navarro candoroso e ingenuo, confesor del Santo, respondió al joven Ribadeneira, «la vida del Maestro Ignacio está ya escrita por los cuatro evangelistas y por la Sagrada Escritura, pues no hay sino una sola vida, como hay un solo Cristo, una sola fe y un solo bautismo»[5].

---

[4] En mi artículo, *La figura histórica de S. Ignacio de L. a través de cuatro siglos:* «Razón y Fe» 153 (1956) 45-70, traté de reflejar sintéticamente la imagen que se formaron del Santo los que le conocieron en vida, los que barroquizaron su figura en el s. XVII y los que posteriormente le pintaron con escaso colorido. Algunos de mis juicios parecerán tal vez más literarios que exactos.

[5] G. SCHURHAMMER, *Xaveriusforschung im XVI. Jahrhunder:* «Zeitsch. fg. Missionswissenschaft» 12 (1922) 134, reimpreso en *Gesammelte Studien* (Roma

Tal ocurrencia no satisfizo a Polanco, el cual se dirigió al P. Diego Laínez, compañero y confidente del fundador, pidiéndole consejo y noticias. El gran teólogo, que se hallaba entonces en el Concilio de Trento (Bolonia), acogió favorablemente la idea. En carta que no conservamos le aseguró «para cuando aflojen las ocupaciones» (conciliares), que escribiría él un *Sumario* de las cosas que sabía —y eran muchas— del fundador de la Compañía, «refiriendo lo que por edificación nuestra o de otros presentes, a tiempo y lugar le habremos oído decir y de sus palabras colegido». Cumplió su palabra en 1547, dirigiendo a Polanco una larga Epístola, que suele dividirse en seis capítulos y es fundamental para todas las biografías posteriores[6].

Ya para entonces el joven Polanco había sustituido al P. Ferrâo en su oficio de Secretario general de la Compañía, lo cual le facilitaba al burgalés, aficionadísimo a la historia jesuítica, la recolección de documentos en orden a su primitivo plan biográfico y cronístico. Conocido es su maravilloso talento de secretario, su incansable laboriosidad, su facilidad para identificarse con la mente del que le mandaba redactar un escrito, y su método en la archivación de los documentos.

Inmediatamente, tomando como base la Epístola de Laínez y otras fuentes de primera mano, en diaria conversación con Ignacio, se puso a redactar (1547-1548) un *Sumario de las cosas más notables que a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan*, primer esbozo de la vida del fundador, desde su nacimiento hasta 1541.

En sus últimos años quiso Polanco dejarnos un *Chronicon S. I.*, desde los orígenes de la Compañía hasta la muerte del fundador, y así lo hizo, teniendo ante los ojos los documentos y dictando muy rápidamente el texto a un amanuense (1573-1574). Como al terminar advirtiese que era muy poco lo que contaba de Ignacio de Loyola, decidió completarlo en 1574 con una biografía del Santo, *De vita P. Ignatii*, que debía anteponerse al *Chronicon* y que sobrepuja con mucho en riqueza y precisión de noticias al *Sumario* de 1547-48.

El *Chronicon* es una obra portentosa de datos referentes a todos los países; no es una historia, es la base necesaria por la historia de la Compañía. Ello se debió a las nuevas fuentes que utilizó, entre otras la *Vita*

1964) III, 62. Diego de Eguía, confesor de S. Ignacio, lo veneraba como a santo, pero opinaba que sólo después de muerto se debía escribir su vida. Sólo entonces podría él, confesor y confidente, hacer públicas las ocultas virtudes que de él conocía.

[6] Publicada en MHSI *Fontes narrat*. I, 70-144.

Ignatii Loiolae (1572) escrita en latín por P. de Ribadeneira, una copia de lo que llamamos *Autobiografía* ignaciana (*Acta P. Ignatii* escrita materialmente por Luis Gonçalves da Cámara), y muchísimas cartas que llegaban a su mesa de Secretario.

Desde su juventud, había procurado Pedro de Ribadeneira informarse detalladamente de todo lo concerniente a su querido y venerado Padre y Maestro espiritual. Antes de publicar la *Vita Ignatii* en latín, se había ido preparando para su futura labor con una rica colección de anécdotas, hechos y dichos de Loyola, parte en latín y parte en castellano (*De actis Patris nostri Ignatii*) que recolectó en los años de 1559-1566, utilísimo material para trabajos posteriores, particularmente para su clásica biografía del Santo en castellano.

Otro personaje, discípulo fidelísimo de Ignacio, se interesó muy pronto por eternizar la memoria de aquel a quien todos rendían en lo íntimo de su corazón la más fervorosa veneración y devoto culto. Me refiero al mallorquín Jerónimo Nadal, tan empeñado como Polanco en que se escribiese la historia del fundador de la Compañía. La admiración que sentían todos sus hijos hacia él era tan silenciosa y recatada como profunda, al mismo tiempo que llena de confianza y jovialidad. Por eso no tenían reparo en preguntarle pormenores de su vida juvenil. Ignacio en estos casos solía ser efusivo; ellos tomaban nota de todo; lo comentaban entre sí y lo guardaban fielmente en la memoria. Uno de los más audaces —acaso el que más— era Nadal, que una y otra vez importunaba al Santo por medio del portugués Gonçalves da Cámara, diciéndole «que en ninguna cosa podía el Padre hacer más bien a la Compañía que en hacer esto, y que esto era fundar verdaderamente la Compañía». No necesitaba Cámara de acicates y como Ignacio se desahogaba fácilmente con él, trató de sonsacarle con humildad todas las peripecias de su vida pasada, de forma que el relato se transformase en una verdadera Autobiografía.

Surge la autobiografía. Nadal y Ribadeneira

Ignacio, cuando se le urgía a empezar pronto la narración, se excusaba unas veces con sus enfermedades, otras con los muchos negocios, hasta que inesperadamente «sintió haberle dado Dios grande claridad en deber hacello», según refiere Cámara.

> «El año de 53, un viernes a la mañana, 4 de agosto, víspera de Nuestra Señora de las Nieves, estando el Padre en el huerto, junto a la casa o aposento

que se dice del Duque *(de Gandía)*, yo le empecé a dar cuenta de algunas particularidades de mi alma...

De ahí a una hora o dos nos fuimos a comer; y estando comiendo con él Maestro Polanco y yo, nuestro Padre dijo que muchas veces le habían pedido una cosa Maestro Nadal y otros de la Compañía, y que nunca había determinado en ello; y que después de haber hablado conmigo, habiéndose recogido en su cámara, había tenido tanta devoción y inclinación a hacello..., y la cosa era, declarar cuanto por su ánima hasta agora había pasado; y que tenía también determinado que fuese yo a quien descubriese estas cosas».

Quizá en el mismo mes de agosto empezó a referirle algunos particulares, mas no sabemos por qué, dejo pasar cerca de un mes.

«Y así en setiembre (no me acuerdo cuántos días) el Padre me llamó y me empezó a decir toda su vida, y las travesuras de mancebo clara y distintamente, con todas sus circunstancias, y después me llamó en el mismo mes tres o cuatro veces, y llegó con la historia hasta estar en Manresa algunos días... El modo que el Padre tiene de narrar es el que suele en todas las cosas, que es con tanta claridad, que parece hacer al hombre presente todo lo que es pasado... Yo venía luego inmediatamente a escrebillo, sin que dijese al Padre nada, primero en puntos de mi mano, y después más largo, como está escrito. He trabajado de ninguna palabra poner sino las que he oído del Padre».

Aludiendo a esta última frase, asegura Nadal que Gonçalves da Cámara gozaba de excelente memoria. ¿Y qué decir de la portentosa memoria del Santo, que en su última vejez recuerda, punto por punto, todo lo que, más de treinta años antes, le ha ocurrido en cada ciudad que ha visitado, en los viajes que ha hecho, en las conversaciones que ha tenido con las más variadas personas?

En setiembre de 1553 el relato de Ignacio había llegado a los tiempos de Manresa (1522), pero hubo de hacer una muy larga interrupción por causa de las enfermedades que en la vejez le afligían; hasta que el 18 de octubre de 1554 regresa Nadal a Roma, y previendo que la vida de Ignacio llegaba a sus postrimerías, renovó vivamente sus antiguas instancias, que tampoco ahora pudieron ser atendidas a causa de la muerte del papa Julio III y el pontificado-relámpago de Marcelo II, a quien sucedió el papa Carafa.

«El Padre dilató hasta la creación del papa Paulo IV *(23 de mayo de 1555)*, y después con los muchos calores y las muchas ocupaciones, siempre se ha detenido hasta el 21 de setiembre, que se comenzó a tratar de mandarme

a España, por lo cual yo *(Gonçalves da Cámara)* apreté mucho al Padre que cumpliese lo que me había prometido; y así ordenólo ahora para las 22 a la mañana en la Torre Roja... *Volvimos a insistirle mucho. Y así volvió a la Torre Roja, y dictaba paseando, como siempre había dictada antes. Yo, para observar su rostro, me acercaba siempre un poco a él, el Padre me decía: Observad la regla* (de la modestia). *Y alguna vez que, olvidándome de su aviso, me acerqué a él —y recaí en esto dos o tres veces— el Padre me repitió el mismo aviso y se marchó. Al fin, volvió después para acabar de dictarme en la misma Torre lo que queda escrito. Pero como yo estaba hacía tiempo a punto de emprender el viaje..., no pude redactar todo por extenso en Roma. Y no teniendo en Génova un amanuense español, dicté en italiano lo que de Roma traía escrito en resumen, y terminé la redacción en diciembre de 1555, en Génova»*[7].

¿Revisó Ignacio el texto español, es decir, todo lo que Gonçalves da Cámara dejó escrito antes de salir de Roma?

Imposible no parece, ya que nos consta por Ribadeneira, que en Roma existían copias hechas antes de la muerte del Santo. Si en los últimos meses de su vida le fue posible comprobar su exactitud, eso significaría que lo que llamamos frecuentemente, a falta de otro título, *Acta Patris Ignatii*, bien merece titularse *Autobiografía del P. Ignacio*, sin cortes, lagunas ni omisiones. Su valor histórico es imponderable.

Eduard Fueter dijo que Ignacio «creó un modelo de pintura gráfica y realística del alma, un relato maravilloso... sin ninguna hinchazón ni fraseología devota». El relato salió de sus labios, ya que no de su pluma. Lo dice Cámara. Lo único que debemos lamentar es que no pudiese alargarse más, ya que tan sólo llega hasta fines de 1538, cuando Ignacio y sus compañeros empiezan a trabajar activamente en Roma. «Las otras cosas —concluye Cámara— podrá contarlas el Maestro Nadal».

Ciertamente Jerónimo Nadal fue sembrando en sus escritos de variado carácter multitud de datos —algunos muy interesantes y nuevos— sobre la vida del fundador de la Compañía, particularmente en sus *Exhortaciones* (o Pláticas) a los jesuitas de España (1554), en su *Apología*

[7] Las últimas líneas están subrayadas, porque no existió nunca el texto castellano, ya que G. de Cámara escribió en italiano los últimos núms. 79-101. Traducidas al latín por los Bolandistas (AASS VII, 635) y al castellano moderno por I. IPARRAGUIRRE-DALMASES, *Obras completas de S. Ignacio de Loyola* (el Epistolario no está completo), ed. manual (Madrid 1963) 29. La llamada Torre Rossa *(de Rossi*, sus antiguos dueños) era una solana y pequeño edificio adjunto a la casa jesuítica, que solía servir para solaz de los enfermos.

contra censuram Facultatis Theologicae Parisiensis (1557), en *Dialogi pro Sotietate contra haereticos* (1563), etc.

Mas no se crea que el portugués tornado a su patria echaba en olvido a su santo Padre y la casa de Roma. Sabemos que de enero a octubre de 1555 fue tomando nota de todo lo que veía y oía concerniente al fundador de la Compañía, al trato del mismo con los de casa y a su modo de gobernar. El resultado no fue propiamente un *Memorial*, como suele ser denominado, sino un gran Anecdotario o conglomerado de recuerdos propios, de dichos ajenos, de historietas domésticas y de breves episodios romanos. No es tan digno de fiar como la *Autobiografía* ignaciana, pero nos da a conocer el ambiente familiar de las casas de Roma y la intimidad de Ignacio.

Tras la muerte del Santo pasan 17 años, hasta que G. da Cámara, se sintió obsesionado por los recuerdos de Roma. Releyó los hechos y dichos recopilados en 1555, y aunque la memoria no la tenía tan feliz como en su juventud, púsose a comentar con reflexiones y nuevos datos lo que había anotado en sus cuadernos. Así nació y creció notablemente este *Memorial*, o recordatorio, que es una mina de curiosidades, útiles para conocer a Ignacio en el ambiente doméstico y también en su vida interior y en el modo de juzgar hombres y cosas.

Surge por fin un historiador de cuerpo entero, el toledano Pedro de Bibadeneira (1526-1611), hombre de pluma y de hondo sentido histórico, perfecto conocedor de Ignacio, de quien había sido «el niño mimado». Por expreso mandato de Francisco de Borja, escribió primero en latín humanístico (1572) y después en sabrosa lengua castellana, la Vida del P. Ignacio de *Loyola* (Madrid 1583).

Para su composición utilizó con gran provecho la famosa *Epístola de Laínez* (1547), los escritos de G. da Cámara y de Polanco, las tradiciones orales de los coetáneos del Fundador y Padre, y por supuesto, sus propios recuerdos, que eran muchos y preciosos.

> «Y porque la primera regla de la buena historia —escribe en el Prólogo o Dedicatoria— es que se guarde verdad en ella, ante todas cosa protesto que no diré aquí cosas inciertas o dudosas, sino muy sabidas y averiguadas. Contaré lo que yo mismo vi, vi y toqué con las manos en nuestro B. P. Ignacio, a cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad... Por esta tan íntima conversación y familiaridad que yo tuve con nuestro Padre, pude ver y notar, no solamente las cosas exteriores y patentes que estaban expuestas a los ojos de muchos, pero también algunas de las secretas, que a pocos se

descubrían. También diré lo que el mismo Padre contó de sí, a ruegos de toda la Compañía... Escribiré asimismo lo que yo supe de palabra y por escrito del padre Maestro Laínez... Destos originales se ordenó y sacó casi toda esta historia. Porque no he querido poner otras cosas que se podrían decir con poco fundamento, o sin autor grave y de peso, por parecerme que, aunque cualquiera mentira es fea e indigna de hombre cristiano, pero mucho más la que se compusiese y forjase relatando vidas de santos, como si Dios tuviese necesidad della»[8].

La sinceridad y honradez de estas declaraciones acreditan su perfecta credibilidad. Así se logró, para dicha nuestra y prez de la literatura española, esa biografía renacentista y clásica, que inició una nueva época en la hagiografía universal por su documentación amplia y segura, por su juicio sereno y objetivo, por el castizo estilo castellano, digno de la Edad de oro, y por el análisis psicológico de que hace gala casi sin pretenderlo.

«El Humanismo no produjo biografía alguna que pueda parangonarse con la obra de Ribadeneira», dictaminó la gran autoridad de Eduard Fueter en su *Historia de la moderna historiografía*.

Y no discrepan del historiógrafo suizo ni el genio de M. Menéndez Pelayo, ni la mucha ciencia de Rafael Lapesa.

Cuando ya se extinguían las voces de los que conocieron al Santo, vinieron los *Procesos* de beatificación, cuyos testimonios forman una selva frondosa y confusa, a ratos florida y fantástica. Por eso, no todos sus testimonios pueden aceptarse sin discernimiento y cautela.

Ultimas aportaciones históricas

No haré mención de las biografías subsiguientes, algunas de innegable mérito, como la de Juan Pedro Maffei *(De vita et moribus Ignatii Loiolae,* Romae 1585) que usufructúa bastante bien las fuentes primitivas, aunque les quita frescura con su clasicismo latino. Entrando en el siglo XVII tropezamos con dos dignas de mención: Nicolás Orlandini *(Historiae Societatis Iesu prima pars*, Roma 1614), y Daniel Bartoli († 1685) la más importante por sus cualidades literarias en italiano. Vienen detrás Francisco García († 1685) abundoso en datos y noticias pero cuya pía credulidad le incapacita para la crítica, y Domingo Bouhours († 1702), cuyo relamido academicismo no da realce y valor especial a su obra. El siglo XVIII significa un buen avance en la historiografía ignaciana; lo rea-

[8] *Font. narrat*. IV, 69. Edición crítica de C. de Dalmases.

lizan en 1731 los Bolandistas de Amberes con su admirable obra crítica y documental de *Acta Sanctorum* (t. VII de julio, p.403-853), cuyo autor fue J. Pien *(Pinius* † 1749). En adelante todos los biógrafos de Ignacio, sin muchas rebuscas, tendrán a la mano fuentes abundantes y seguras. Esto no quita que autores como Antonio Francisco Mariani († 1751) y Francisco Javier Fluviá († 1783) sigan abusando del énfasis panegirista, propio de la época barroca.

El siglo XIX se inaugura dignamente con la obra de Cristóbal Genelli († 1850) nacido en Berlín y autor de una *Vida de S. Ignacio*, muy buena para su tiempo, cuando se carecía de muchos documentos y de ediciones críticas; a pesar de lo cual es objetivo y penetrante. Sólo al final de esa centuria se advierte un vigoroso renacer de los estudios históricos ignacianos, gracias a las nuevas fuentes documentales, que se abrieron ante los ojos de los eruditos con la vasta colección de *Monumenta Historica Societatis Iesu* (MHSI), que se inició en Madrid en 1894 y desde 1932 se prosigue en Roma. En total van hasta ahora (1985) 127 volúmenes de tomo y lomo. Si alguien me pregunta ¿qué son los *Monumenta?* yo les responderé con el insigne Don Giuseppe de Luca, buen entendedor de ediciones: «Chi ignora i *Monumenta* non merita che gli siano fatti conoscere»[9].

Bastará decir —para no alargarnos demasiado— que su trascendencia en la historiografía ignaciana no tiene igual. Desde que los editores madrileños de MHSI emprendieron la formidable tarea de escudriñar los archivos propios y extraños, públicos y privados, en orden a disponer la edición crítica de todos los documentos que pudieran lanzar algún rayo de luz sobre los orígenes y primera evolución de la Compañía de Jesús, puédese con razón afirmar (Heinrich (Heinrich Boehmer y otros grandes historiadores, protestantes como católicos, lo han refrendado con su testimonio autorizado y lo han demostrado con su ejemplo) que no es posible escribir la historia europea del siglo XVI sin acudir a ese yacimiento increíblemente rico de materiales históricos. Naturalmente, si en esa mina es fácil desenterrar documentos para la historia de monarcas, ministros, embajadores, hombres de guerra y de letras, pedagogos, colegios y universidades, artistas, científicos y misioneros de aquel gran siglo, mucho más apreciable en cantidad y calidad será la documentación allí escondida acerca de Ignacio de Loyola y la institución por él fundada.

[9] LUCA, Giuseppe de, *II Diario autografo di Sant'Ignazio di Loyola*, «L'Observatore Romano», 11 de setiembre 1938.

Los *Monumenta Historica S. I.* (MHSI) alcanzan hasta hoy (1985) la cifra de 126 volúmenes, críticamente editados, con introducciones, notas, índices y una técnica que se va perfeccionando con el correr de los años. Enumeremos aquí las principales series documentales contenidas en MHSI, empezando por los *Monumenta Ignatiana* (MI).

Ep. Ign.: Epistolar et Instructiones ex autographis vel ex antiquioribus exemplis collecta (12 vols.).

Const. S. I.: Constitutiones et Regular Soc. Iesu (4 vols. texto esp. y lat.).

Exer. Spir.: Exercitia spiritualia et Directoria (2 vols.).

FN: Fontes narrativi de S. lgnatio de Loyola (4 vols.).

FD: Fontes documentales de S. Ign. (1 vol.).

Scripta: Scripta de S. Ignatio (2 vols.).

Ep. Mixt: Epistolae mixtae ex variis Europae locis (5 vols.).

Litt. Quadr.: Litterae quadrimestres ex universis, praeter Indiam et Brasiliam locis... (7 vols.).

Chronicon: Vita Ignatii et rerum Societatis Iesu Chronicon (6 vols. obra de Polanco).

Mon. Paed.: Monumenta Paedagogica (1.ª ed. 1 vol., 2.ª ed. 4 vols.).

Pol. Compl: Polanci Complementa (3 vols).

Fabri: Fabri monumenta (1 vol.).

Lain. Mon.: Lainii Monumenta (8 vols.).

Ep. Salm.: Epistolae P. Alphonsi Salmeronis (2 vols.).

Ep. Xaver.: Epistolae S. Francisci Xaverii (2.ª ed. 2 vols.).

Bobadilla: Nicolai Alphonsi de Bobadilla gesta et scripta (1 vol.).

Ep. Broet: Epistolar PP. Paschasii Broet, Jaji, Coduri et S. Roderici (1 vol.).

Ribadeneira: P. Petri de Ribadeneira Confesiones, epistolae, etc. (2 vols.).

Borja: Epistolae et Scripta S. Francisci de Borgia (5 vols.).

Nadal: Epistolae... et Commentarii de Instituto (6 vols.).

Ind.: Documenta Indica (15 vols.).

Brasil.: Monumenta Brasiliana (15 vols.).

Maluc: Documenta Malucensia (3 vols.).

Japon: Monumenta Japoniae (1 vol.).

Mex.: Monumenta Mexicana (7 vols.).

Florida: Monumenta Floridae (1 vol.).

Perú: Monumenta Peruana (7 vols.).

etcétera, etc.

Fruto de la publicación de tantos documentos en MHSI fue la idea del R. P. General Luis Martín († 1906) y el consiguiente mandato de que las más antiguas Asistencias de la Compañía intentasen escribir con método científico su propia historia. Al ejecutar esta voluntad de la autoridad suprema de la Orden, los historiadores de España, Italia, Francia y Portugal se pusieron a estudiar con relativa profundidad la figura del Fundador de la Compañía. Los que más ampliamente y con mayor documentación lo hicieron, fueron:

ANTONIO ASTRAIN, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* (Madrid 1912-25), que consagra todo el vol. I a S. Ignacio.

PIETRO TACCHI VENTURI, *Storia della Compagnia di Gesù in Italia* (Roma 1910-1951) con nuevos puntos de vista.

Menos dilatadamente lo hacen el historiador francés HENRI FOUQUERAY, *Historie de la Compagnie de Jesús en France des origines à la suppression* (1528-1762) (Paris 1910-25) t.I-220; y el portugués FRANCISCO RODRIGUES, *História da Companhia de Jesus na Assistência de Portugal* (Porto 1931-1950) que esparce abundantes noticias ignacianas en los dos primeros volúmenes. El alemán B. DUHR, *Geschichte dei Jesuiten in den Ländern deutschen Zunge im XVI Jahrhundert* (Freiburg i. Br.I907-1928) pasando por alto la figura de S. Ignacio, empieza su historia por la predicación de Fabro, Jayo, Bobadilla y Canisio. Cosa análoga hace Alfredo Poncelet al trazar la historia de la Compañía en los Países Bajos.

El P. Antonio Astrain, director que fue de *Monumento* de 1921 a 1928 puede decirse el primero que utilizó plenamente los documentos primitivos, críticamente editados en los nuevos tiempos. Hizo lo mismo para Italia con gran maestría el P. P. Tacchi Venturi y afortunadamente tienen sucesores competentes.

Aquí merecen citarse algunos biógrafos de Ignacio que han sabido estudiar el alma y la figura histórica del Santo. Durante muchos años ha gozado de buena fama el francés PAUL DUDON, *Saint Ignace de Loyola* (Paris 1934) por su rica documentación (tuvo la suerte de consultar

despacio «los papeles» de aquel gran huroneador de archivos que fue el P. Leonardo Cros, t 1913); escribió con serena crítica y buen estilo, con lo que su libro fue estimado como la mejor biografía ignaciana.

Mi maestro Pedro de Letonia († 1955) podía haber sido —y así lo esperábamos cuantos le conocíamos— el mejor historiador de su compatriota guipuzcoano. Nadie tan perfectamente preparado como él. Prescindiendo de sus numerosos artículos de investigación y crítica, trazó con mucho cariño y novedad la vida juvenil de Iñigo hasta su conversión y retiro de Montserrat (*El gentil hombre Iñigo López de Loyola*, Barcelona, 2.. ed., 1949). Y publicó multitud de estudios en revistas especializadas, de los cuales unos 40 han sido, después de su temprana muerte, recogidos en dos tomos bajo el título *Estudias Ignacianos*, revisados por Ignacio Iparraguirre (Roma 1957).

También su buen amigo alemán, Hugo Rahner, esparció en diversas revistas profundos artículos sobre el Fundador de la Compañía. Citemos aquí sus estudios sobre la *Visión de La Storta*, que iluminan toda la mística ignaciana; la sistemática recopilación de artículos, *Ignatius von Loyola als Mensch und Theologe* (Freiburg 1964) y la valiosa obra, *Correspondencia epistolar de Ignacio con mujeres*, que equivale a una espléndida biografía por el texto de 140 cartas y por las eruditas Introducciones históricas; libro necesario para conocer al Santo en sus relaciones con todas las clases sociales, en su táctica de desenredar negocios difíciles y complicados, en sus consejos de dirección espiritual y en las efusiones de un corazón agradecido y consolador.

En bella forma dialogal (muy discutible en una obra histórica) la obra del P. Félix González Olmedo, *Introducción a la vida de S. Ignacio de Loyola* (Madrid 1944), con agudas observaciones y nuevos documentos, que reflejan el ambiente español, podemos decir que enseña mucho más de lo que a primera vista parece, incluso bajo el aspecto documental. La personalísima y bella biografía de Alain Guillermou (Paris 1956), aunque sin aparato científico, encantará sin duda a todos los lectores que ansían conocer un alma santa, no precisamente un personaje histórico. Biografías de estilo fácil, para el público, algunas muy apreciables, existen en alemán, castellano, catalán, inglés, francés, italiano, etc. Entre estas últimas no quiero omitir el nombre del Dr. Giorgio Papàsogli, escritor seglar que sabe adentrarse con fina intuición psicológica en el alma de los santos. Eso ha hecho en la biografía de *Sant'Ignazio di Loyola* (Milán, 3.. ed., 1965). Con ática elegancia ha dado forma a innumerables datos recogidos de los más

seguros investigadores. La bibliografía final ocupa 54 páginas bien apretadas, que bien podrían formar un librito aparte. El P. Jesús M.ª Granero nunca pretendió darnos propiamente una biografía, se contentó con lanzar artículos de cierta originalidad al campo de las revistas; pero últimamente ha recogido en una obra de dos volúmenes *San Ignacio de Loyola* (Madrid 1967 y 1984) dos manojos de esos artículos que merecen ser leídos por su erudición y crítica, examinando problemas de la vida y espiritualidad de su héroe. Por fin, tenemos que confesar nuestra impagable deuda de gratitud al P. Cándido de Dalmases, que ha colaborado, como pocos, en las ediciones críticas de varios volúmenes de MHSI. A él, parcialmente, se debe el vol. I de *Fontes narrativi*, y los vols. II, III y IV en su integridad; suyos son igualmente el vol. *Exercitia spiritualia*, parcialmente, y en su totalidad el importantísimo para los antepasados y la juventud de S. Ignacio, *Fontes documentales*.

He citado aquí lo que me pareció absolutamente indispensable para el estudioso de estos temas, dejando a un lado la inacabable serie de monografías y estudios particulares, porque afortunadamente tenemos diligentísimos bibliógrafos, que nos ofrecen todos los escritos de algún valor, relativos a nuestro santo. Tres son los bibliógrafos modernos de más fácil consulta: J. JUAMBELZ, *Bibliografía sobre la vida, obras y escritos de S. Ignacio de Loyola*, *1900-1950* (Madrid 1956) con 2.397 títulos.—J. F. GILMONT-P. DAMAN, *Bibliographie ignatienne* (Paris 1958) con 2.872 títulos metódicamente clasificados, acerca de la Vida, Escritos, Espiritualidad, Culto y Gloria póstuma.—I. IPARRAGUIRRE, *Orientaciones bibliográficas sobre San Ignacio de Loyola* (Roma 1957) con 679 títulos, bien clasificados, con la ventaja de que Iparraguirre da casi siempre breves juicios de las obras que cita. Un complemento de Iparraguirre hasta 1976 nos ofrece M. Ruiz JURADO, *Orientaciones bibliográficas sobre S. Ignacio de Loyola* (Roma 1977). Y para los años posteriores el medio más fácil de estar al tanto de la última bibliografía ignaciana es el recurso a la revista semestral *Archvum Historicum Societatis Iesu* (AHSI), donde, a partir de 1932 hallará el erudito lector, además de artículos especializados sobre S. Ignacio y la historia jesuítica, recensiones críticas de los escritos más recientes y un *Conspectus bibliographicus* de los más valiosos libros y artículos recién publicados.

No quiero cerrar esta introducción sin manifestar mi sincera gratitud al R. P. Urbano Navarrete, Rector de la Pontificia Universidad Gregoriana, porque me dio alientos para emprender esta obra, y después toda clase de facilidades para llevarla a feliz término.

Y que mi gratitud llegue hasta el H. Bernardo Arruti, azpeitiano como San Ignacio, y mi diligente amanuense en la copia mecanográfica de esta nueva Biografía ignaciana.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

LA NOBLE ESTIRPE DE LOS OÑAZ Y LOYOLA

Iñigo de Loyola, vasco, español, hombre universal

El historiador protestante Everardo Gothein, en su libro sobre *Ignacio de Loyola y la Contrarreforma*, definió a su biografiado como «un verdadero microcosmos de la cultura religiosa española».

Algunos años antes había escrito M. Menéndez y Pelayo: «Aquel hidalgo vascongado, herido por Dios como Israel, y a quien Dios suscitó para que levantara un ejército más poderoso que todos los ejércitos de Carlos V contra la Reforma..., es la personificación más viva del espíritu español en su Edad de oro. Ningún caudillo, ningún sabio influyó más poderosamente en el mundo. Si media Europa no es protestante, debelo en gran manera ("principalmente" dice el manuscrito original) a la Compañía de Jesús»[10].

De un historiador presbiteriano de Norteamérica son estas palabras: «Sus pensamientos y proyectos se alzaron siempre a nivel de Cristiandad, nunca a nivel de España... Mas a pesar del triunfo extraordinario de sus esfuerzos, Ignacio permaneció, en todas las motivaciones subconscientes y en las energías de su personalidad, un español..., un típico español del siglo XVI»[11].

Esto no obsta al hecho de que por las venas de Ignacio corriese pura sangre vasca, pues —como dejó escrito el más genial pensador de aquella tierra— «si hay algún hombre representativo de mi raza, es Iñigo de Loyola, el hidalgo guipuzcoano que fundó la Compañía de Jesús, el caballero andante de la iglesia». Y completa su idea cuatro años más tarde en un artículo de 1907: «Nuestros grandes hombres representativos cum-

[10] *Historia de los heterodoxos españoles*, (Madrid 1911-1932) V, 394. El autógrafo de este pasaje, reproducido fotográficamente en M. CASCÓN, *Los jesuitas en Menéndez Palayo* (Valladolid 1940) 36.

[11] PAUL VAN DYKE, *Ignatius Loyola, the fundader of the Jesuits* (New York 1926) p.4.

plieron su misión al servicio de Castilla o del espíritu castellano. Así el canciller Ayala, así Legazpi, así Urdaneta, así Garay, así Irala, así Elcano, así Churruca, así Oquendo, así hasta Zumalacárregui, y así sobre todo nuestro más grande héroe, Iñigo de Loyola, que encarnó en una Compañía el alma de la España castellana del siglo XVI. No hay un solo hecho de historia universal que haya llevado a cabo el pueblo vasco por si solo... Creo que los vascos somos los que mejor hemos sentido a Castilla, y no me dejarán mentir los cuadros de Zuloaga y las novelas de Baroja»[12].

En otra parte recalca Unamuno: «El hombre más grande que ha tenido nuestra raza ha sido Iñigo de Loyola, y sus *Ejercicios* no se escribieron en vascuence». Y Ramón Menéndez Pidal hace este comentario: «Si San Ignacio no hubiese pensado en castellano, más que en vasco, jamás hubiera... sido Ignacio universal, sino un oscuro Iñigo, perdido en sus montes nativos»[13].

Entre los hombres de acción, pocos han obtenido un universalismo mayor en el tiempo y en el espacio. Cualquier historiador tiene que preguntarse: ¿Cómo un hijo de las montañas de Guipúzcoa, nacido en el rincón de un valle verde y placentero, pero apartado de las grandes rutas y casi sin historia, pudo elevarse a planos tan universales, poner su corazón al ritmo del corazón de Europa, preocuparse con los problemas religiosos —que son los más altos y los más íntimos— que entonces acongojaban al mundo entero, y dar soluciones para su tiempo y para el futuro?

Fácil será responder a esta pregunta con sólo advertir que Ignacio de Loyola —como sus abuelos, padres, hermanos y sobrinos— se nutrió de la historia de España, más en concreto de Castilla, vivió todos los ideales de aquel reino y contempló con exaltación el glorioso amanecer de su Edad áurea. Culturalmente se formó en Alcalá, Universidad la más vanguardista de España, y luego en París, *«pulcher et clarus Sol Franciae, imo vero, latina Christianitatis»,* según decía Gerson en el siglo XV. Le tocó vivir en una época europea de efervescencia ideológica y de inquietud espiritual. Es la época de los Reyes Católicos, del Gran Capitán, de Cisneros, de Carlos V el emperador, de Hernán Cortés y Pizarro, de Erasmo, Luis Vives, Juan de Valdés, Maquiavelo, Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Angel, Copérnico, Lutero, Melanthon, Calvino, Francisco de Vitoria, Felipe II, el Gran Duque de Alba... Hombrearse con tan excelsos perso-

[12] M. DE UNAMUNO, *Obras completas* (Escelicer, Madrid 1966) III, 1266.

[13] Ibid., III, 1354. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Los españoles en la Historia* (Madrid 1939) 250-251.

najes y resplandecer vivamente, sin menoscabo de la propia luz, en un hemisferio cuajado de tales astros, sólo puede hacerlo quien vino al mundo misteriosamente marcado con el signo de los genios.

Resurgir nacional y renovación eclesiástica

Vino al mundo nuestro héroe en los días gozosos del Renacimiento, no turbados aún por la tragedia protestante; en el momento en que Cristóbal Colón proponía a los monarcas españoles, pocos meses antes de la rendición de Granada, su genial aventura de descubrir las «Indias occidentales» surcando el océano Atlántico, en vez de seguir como los portugueses la larga ruta oriental, bordeando el Africa. Don Fernando el Católico meditaba sobre el tablero de Europa y Africa las jugadas más felices de su política, falsamente tildada de maquiavélica por los altos elogios que le tributó Maquiavelo. Doña Isabel, pacificados ya sus reinos, se afanaba por el florecimiento de la cultura, como lo revela el catálogo de su rica biblioteca, las colecciones de sus cuadros artísticos y el favor prestado a los humanistas y letrados; pero se interesaba más aun por la reforma moral y religiosa de sus súbditos.[14]

En este último empeño secundábanle el brazo fuerte de Jiménez de Cisneros y la mano suave del primer arzobispo de Granada, Hernando de Talavera. El clero español, sin estar tan desmoralizado como el de otros países, dejaba mucho que desear —ejemplos nada edificantes encontramos también en la casa de Loyola—, pero gracias a los reyes que escogieron de ordinario las personas más dignas, aunque no fuesen de alta alcurnia, para las sedes episcopales[15], y a la tenacidad indomable de Cisneros, Primado de España, y de otros varones virtuosos que realizaron en las diócesis, parroquias y conventos una reforma semejante a la que años más tarde impuso el concilio de Trento a toda la Iglesia, la nación se empezó a

[14] Para conocer las obras de valor artístico que poseía, puede consultarse F. X. SÁNCHEZ CANTÓN, *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica* (Madrid 1958). Nuevos datos en L. FERNÁNDEZ, *El hogar donde Iñigo se hizo hombre:* AHSI 49 (1980). Los utilizaremos en el cap. III.

[15] Fray Ambrosio Montesino en su traducción del Cartuxano encomia a los Reyes Católicos «en haber proveydo todas las iglesias de nuestros reynos de prelados convenibles e muy excelentes... teniendo más acatamiento al espíritu, virtudes e letras de sus personas, que a la nobleza e favor de los linajes... porque los prelados sirviessen a las iglesias, e no las iglesias a los prelados» (*Vita Christi Cartuxano, interpretado del latín en romance por fray A. M.* (Alcalá de Henares 1503) Parte I, Prohemio epistolar, foja III r.

regenerar moral y religiosamente, haciéndose digna de los altos destinos a que Dios la llamaba en la defensa del Catolicismo y en la propagación de la fe.

Para pábulo de la piedad monacal y popular, salieron de las imprentas libros innumerables de devoción y doctrina: catecismos, meditaciones, vidas de santos, confesionales, libros litúrgicos, tratados ascéticos y teológicos. Mencionemos concretamente, porque atañen de una manera directa a nuestro propósito, ya que influyeron en la primera formación espiritual de nuestro biografiado, la *Imitación de Cristo* o *Del menosprecio del mundo*, «el Gersoncito» dirá Ignacio, porque se atribuía entonces a Gerson (como se ve en las ediciones de Zaragoza 1490, Sevilla 1493, Burgos 1495, Toledo 1500); las *Meditaciones de la Vida de Cristo* (de Ludolfo Cartujano) traducidas por Ambrosio Montesino, dulce poeta franciscano tan gustado de la reina Isabel; las *Leyendas de los sanctos* de Jacobo de Voragine (*Flos sanctorum* de J. de Varazze) de traductor ignoto, con prólogo de fr. Gauberto M. Vagad (Burgos 1499); el *Exercitatorio de la vida espiritual* de García Jiménez de Cisneros, primo del cardenal, e impreso en el monasterio de Montserrat en 1500. Y aún podríamos añadir otros que por entonces se estampaban en lengua castellana, como el *Tratado de la vida espiritual* de San Vicente Ferrer; los trataditos ascéticos, catequísticos y apologéticos de Hernando de Talavera; el *Lucero de la vida cristiana*, de Pedro Ximénez de Préxano; *Del modo de bien vivir en la religión cristiana* de Maese Rodrigo Fernández de Santaella y del mismo autor, *Arte de bien morir;* algunos opúsculos atribuidos erróneamente a San Agustín y a San Buenaventura; el *Retablo de la Vida de Cristo*, del poeta cartujo Juan de Padilla, etc.

Aquella propaganda de piedad y religión fue como una siembra en terreno fértil y bien abonado, y al instante vemos cubrir los campos españoles la gran cosecha ascético-mística, tan abundante y rica como no se había dado nunca; cosecha de escritos espirituales y cosecha de almas santas que bajo el estímulo de estas lecturas aspiran a la más alta perfección. Uno de los primeros frutos lo vemos en Ignacio de Loyola con el librito de sus *Ejercicios espirituales*.

Para comprender aquel momento histórico español y para explicar la duradera reforma del clero, hay que atender al afán renovador y de conquista que se advierte en toda la nación y particularmente al resurgimiento de los estudios eclesiásticos en las universidades de Alcalá y de Salamanca: en aquélla con un matiz más humanístico y moderno (piénsese

en la *Biblia Poliglota* cisneriana y en el erasmismo de muchos de sus profesores) y en ésta con un carácter más tradicional y teológico (recuérdese a Francisco de Vitoria y a sus primeros discípulos).

Ambiente de cruzada y de misión

Otra observación que debe hacerse para mejor entender el espíritu de Ignacio de Loyola, es que, en los años de su juventud, todos los españoles respiraban un aire de cruzada. La secular cruzada nacional contra los dominadores islámicos no se cierra con la conquista de Granada es, 1492, porque ese mismo año se inicia el descubrimiento y evangelización de América, que será como la prolongación y complemento de la cruzada contra el moro.

A instancias de Cisneros manda el Rey Católico en 1505 una armada que arrebata a los sarracenos el mejor puerto de Argelia, Mazalquibir, llave del Africa. Exaltada con esto la fantasía del cardenal, concibió entonces el designio de recobrar Tierra Santa, ganando para este proyecto a los reyes de España, de Portugal y de Inglaterra, que atacarían de esta forma: Portugal con su gran armada por el Mar Rojo, y las otras potencias por las costas orientales del Mediterráneo. El apoyo del papa, que arrastraría al resto de la Cristiandad, se daba por descontado. La conquista de Grecia, Turquía y Alejandría se reputaba facilísima. Pronto sería aniquilada la secta de Mahoma y los muslimes sujetos a la fe cristiana; los tres reyes vencedores recibirían el cuerpo de Cristo de manos del cardenal Cisneros en la santa casa de Jerusalén[16].

Desde allí emprenderían la conquista del Imperio turco y la destrucción del mundo infiel. ¿No parece que estamos oyendo al Rey temporal en los Ejercicios: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles»? En 1509 Cisneros, cruz en mano, conquista la plaza de Oran, en compañía de Pedro Navarro. Que el rey Don Fernando soñaba en la conquista de Jerusalén nos lo asegura el cronista L. Galíndez de Carvajal. El papa Julio II le felicitó el 15 de febrero de 1510 por la conquista de

[16] Don Manuel de Portugal respondía jubiloso «al muy reverendo en Christo Padre Arzobispo»: asegurándole que «ya estamos ofrecidos… para vuestros deseos ser en muy poco tiempo cumplidos, los cuales hemos entendido que son: la Seta de Mahoma ser destruida e todos ser sugetos a la fe de nuestro Señor, en el cual confiamos que nos haga tan bienaventurados en este camino, que muy presto todos tres podamos recibir el cuerpo de nuestro Señor Iesu Cristo de vuestras manos en la Casa Santa» (2 de marzo 1506).

Bugía, nido de piratas en Argelia, y por una bula del 26 de marzo del mismo año concedió indulgencia plenaria al rey y a cuantos vayan a luchar en Africa contra los infieles.

Que el pueblo español se entusiasmaba con estos ideales lo vemos en la siguiente anécdota: «El Día de san Juan Bautista del año 1513, estando en la corte en Valladolid, hicieron los niños delante del Rey Católico un simulacro de guerra en las afueras de la ciudad. A un lado aparecía la isla de Rodas, a otro Jerusalén, y algo distante de ellas el ejército cristiano, compuesto de trescientos niños, al frente de los cuales iba el Infante Don Fernando [*futuro emperador*], que tenía a la sazón once años, armado de punta en blanco, con las insignias de capitán general y una cruz blanca al pecho. En esto salía de Jerusalén el ejército turco, capitaneado por Mahorned (?), y acometía la fortaleza de Rodas. Los rodios enviaban una embajada a los cristianos, demandándoles socorro; el Infante acudía inmediatamente en su ayuda, y después de rechazar victoriosamente a los turcos, ponía cerco a la misma Jerusalén y se apoderaba de ella. *Res profecto sacro vate digna*, decía entusiasmado el poeta riojano Martín Ibarra, y que parece feliz augurio de lo que hará este niño con el tiempo».

Pocos años antes un paisano y lejano pariente de Iñigo, el Maestro de la Capilla real, Juan de Anchieta, que después fue párroco de Azpeitia, había compuesto y musitado un romance con ideas de cruzada y de peregrinación a Jerusalén, romance popular que probablemente oiría cantar y cantaría el joven Iñigo de Loyola.

Juan de Anchieta, nacido en Urrestilla (cerca de Azpeitia) hacia 1462, tenía fama de buen cantor, instrumentista y compositor, *«tunc non incelebris symphoneta»*, al decir del insigne Francisco de Salinas; se hizo sacerdote, cultivó con éxito la polifonía sacra, fue, por voluntad de la reina, maestro de capilla del príncipe Don Juan y era primo del padre de San Ignacio, si bien no siempre corrió buena sangre entre las dos familias.

Compuso probablemente su romance, cuando hallándose los Reyes cercando a Baza, en el reino de Granada (1489), llegó una embajada amenazadora de parte del sultán turco, Bayaceto II, lo cual no hizo sino avivar las llamas de la guerra santa contra la Media Luna. El romance de Anchieta anuncia y profetiza el fin victorioso de una cruzada, en la que el Santo Sepulcro caería en manos de los monarcas españoles:

> «Según dicen escrituras — y de santos profecía,
> que vos, Reyes, sois aquellos — de quien Dios se serviría,
> en cuyo tiempo y ventura — esta victoria sería.

Caminad, emperadores — nacidos en muy buen día,
que lo que es imposible, — con fe posible sería.
Moros son los enemigos, — Santiago es vuestra guía.
Ya tremen en Tremecén — y lloran en la Turquía.
Las llaves con la obediencia — vos darán en la Suría;
visitaréis el sepulcro — muy santo con alegría...
El Pontífice de Roma — las coronas os pornia»[17].

Y Carlos V, apenas nombrado rey de España, es invitado por el consejo, justicia y regidores de Valladolid el año 1516 a que venga pronto a continuar la cruzada del Rey Católico:

«Se debe creer que Nuestro Señor os guardó e hizo tan gran príncipe para conservación de su Iglesia y paz universal de la Cristiandad y para perpetua destrucción de los herejes e infieles. Para lo cual vuestra Alteza debe venir a tomar en la una mano aquel yugo que el Católico Rey vuestro abuelo os dejó..., y en la otra las flechas de aquella Reina sin par, vuestra abuela doña Isabel..., con que comencéis a caminar para llegar a Jerusalén, para restituir su santa casa a Dios»[18].

Tal era el espíritu que latía en los pechos españoles. Ideas de evangelización y de cruzada serán las que enciendan los primeros ideales de Iñigo de Loyola; no el problema protestante, cuya gravedad se calibrará en España con algún retraso. Ya convertido a Cristo, orientará Iñigo sus pasos iniciales en sentido eclesiásticamente reformista y misionero.

Toda la nación española se sintió empeñada en una gran empresa

---

[17] F. ASENJO BARBIERI, *Cancionero musical de los siglos XV y XVI* (Madrid 1890) 165 y 499. H. ANGLÉS, *La misia en la corte de los Reyes Católicos* (Barcelona 1941) vol. I, en el Apéndice musical trascribe dos misas de Anchieta (p.1-54). A. COSTER, *Juan de Anchieta et la famille de Loyola* (Paris 1930). F. MATEOS, *Sobre ascendencia del P. Anchieta:* «Razón y Fe» 155 (1957) 359-72. En un *Memorial* que el Rey Católico hizo redactar para el Concilio de Letrán en 1512, repetía una vez más su ideal de cruzada: «A Su Santidad y a todos los padres del concilio es notorio que my intención y propósito siempre ha sido y es de tener guerra con los moros enemigos de nuestra santa fe cathólica y de conquistar toda la Africa... Yo en persona con grande exército quería pasar allá el año pasado, y a causa que Su Santidad me escribió que el rey de Francia avía tomado a la Yglesia la çibdad y condado de Bolonia, antiguo patrimonio suyo..., requiriéndome que cesase de la guerra de Africa.., tuvo que abandonar aquella empresa para ir en auxilio del papa (J. M. DOUSSINGAGUE, Fernando el Católico y el Concilio de Pisa [Madrid 1946] 542-43).

[18] P. DE SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V:* Bibl. Aut. Esp. 80, 92.

apostólica después que las bulas de Alejandro VI, tras el descubrimiento de América, imponían a los monarcas españoles la ineludible obligación de evangelizar a sus nuevos súbditos.

Los que más se distinguen son los frailes recientemente reformados por obra de Cisneros. Pasan a predicar la fe de Cristo en Africa y en toda la extensión de las tierras americanas que se van abriendo a la luz evangélica y a la civilización. Grupos selectos de misioneros vemos que navegan en las carabelas de los exploradores, acompañando a Magallanes y a Elcano en su viaje de circunvalación del planeta (1519-21); marchando con los soldados de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro en la conquista temporal y espiritual de Méjico y del Perú y prestando a todos —capitanes y soldados y sobre todo a los indígenas y neófitos— los auxilios espirituales de la religión y no pocas veces también los temporales.

Esa luminosa estela seguirán con insuperable fervor apostólico los hijos de Ignacio de Loyola, siguiendo las huellas y el estandarte del primer misionero Francisco Javier.

Sin conocer aquel clima histórico de España, no es de maravillar que ciertos historiadores —pienso en L. Pastor— no hayan sabido explicarse el improviso surgir de una figura tan maravillosa, como la de Ignacio de Loyola, y puestos a estudiar su obra, hayan intentado buscar sus raíces fuera de la patria que lo engendró.

Loyola mirando a Castilla

En medio del amenísimo valle de Iraurgui que riega el río Urola, —valle cerrado al Norte por la villa de Azpeitia y al Noroeste por la de Azcoitia— se levantaba desde antiguo junto a un bosquecillo de castaños, robles y fresnos, la almenada y fuerte casa solariega de los Loyolas, medio oculta entre manzanos, nogueras y otros árboles frutales. Veniales el nombre a sus dueños, del lugar que habitaban, húmedo y próximo al río: *Loyola* en vascuence significa *lodazal,* tierra o zona *lodosa*, algo así como *Lutetia* nombre latino de París. Perteneció siempre Loyola a la jurisdicción de Azpeitia, de cuyo centro urbano dista poco más de un kilómetro, a tres leguas más o menos de la costa cantábrica.

La villa de Azpeitia, recostada al pie del monte Itzarraitz (1.033 m.) fue fundada por el rey de Castilla Fernando IV mediante una carta-puebla del 20 de febrero de 1310, «por facer bien mercet a todos los... que quisieren venir a poblar a Garmendia *(nombre antiguo del lugar)*... tengo

por bien... que hayan su franqueza e libertad» etc., dándole el nombre de Salvatierra de Iraurgui, denominación que conservó hasta bien entrado el siglo XV. Civilmente pertenecía, y pertenece, a la provincia de Guipúzcoa; eclesiásticamente a la diócesis de Pamplona (hoy a la de San Sebastián).

El linaje de Loyola —uno de los veinticuatro *Parientes Mayores*, especie de señores feudales de Guipúzcoa— ostenta una genealogía tan noble como antigua. Para remontarnos hasta sus más remotos antepasados, tenemos la relación del P. Antonio de Arana (1586?-1650) que alcanzó a ver y consultar atentamente muchos documentos y papeles antiguos pertenecientes a la casa de Loyola, hoy desgraciadamente perdidos. Que los Loyolas tenían afición a conservar bien ordenados sus documentos familiares, lo vemos por las escrituras antiguas que el padre de San Ignacio hizo copiar y certificar ante testigos por un notario público en Azpeitia el 10 de septiembre de 1472. La misma afición reaparece en algunos de sus descendientes y muy particularmente en el fundador de la Compañía de Jesús, siempre solícito de archivar en Roma todas las cartas y documentos de interés para futuros historiadores.

Los miembros de esta familia solían añadir al nombre personal de bautismo, un patronímico tomada arbitrariamente de su árbol genealógico (García, Pérez, López, Yáñez o Ibáñez, etc.) al cual seguía el apellido propiamente dicho, el de la estirpe y familia, que unas veces se decía *de Oñaz* y otras *de Loyola*, o bien, *de Oñaz y Loyola*. Así el hermano mayor de S. Ignacio se firmaba Martín *García de Oñaz*, y el santo en su juventud Iñigo *López de Loyola*, mientras que un hijo de aquél y sobrino de éste se hacía llamar Beltrán *de Oñaz y Loyola*.

Oñaz era el nombre de una antiquísima casa solariega de tipo rural, con fértiles campos de labrantío, que en el siglo XII surgía sobre la loma del Oñazmendi, entre copudas hayas, encinas y árgomas de flor amarilla, a corta distancia del solar de Loyola. Por los años de 1180 era señor de aquella casa el más antiguo ascendiente de S. Ignacio que conocemos, un tal Lope de Oñaz, cuyo hijo —según parece— fue *García López de Oñaz*, que floreció en torno al 1221. Un nieto del primero e hijo del segundo, que llevaba por nombre *Lopez García de Oñaz*, se casó con doña Inés, señora de la casa y solar de Loyola, de modo que, al decir de Henao, «hicieron término redondo (los dos señoríos) el de Loyola con inclusión del de Oñaz». Entonces suena por primera vez en la historia el nombre de Loyola. El matrimonio que unió para siempre las dos casas nobles —la primera más antigua, la segunda de mayores rentas y posesiones— debió de tener

lugar hacia el año 1261, reinando en Castilla Alfonso X el Sabio.

Hija de este matrimonio fue otra *Inés de Oñaz y Loyola*, que vivió en los últimos decenios del siglo XIII, se desposó con Juan Pérez, su pariente, y tuvo de él siete hijos famosos, héroes de epopeya, el mayor de los cuales era llamado Señor (Jaun, en vasco) *Juan Pérez de Loyola*.

> «Este *Jaun* Juane Pérez e su hermano Gil López de Oñaz —según leemos en el *Memorial* de Francisco Pérez de Yarza (1569)— fueron los caudillos de la gente de Guipúzcoa al tiempo del vencimiento de la Batalla de Beotíbar, año de mil y trescientos y veinte y uno, que con 800 hombres desbarataron 70.000 hombres navarros y franceses, e a su capitán D. Ponce de Morentari *(Morentain)*, vizconde de Güian *(Guyenne)* e gobernador de Navarra, y prendieron a muchos caballeros de los contrarios, e hubieron gran despojo de bestias e armas en cantidad de más de cien mil libras; por la cual hazaña al dicho *Jaun* Juane Pérez e Gil López, su hermano, e a otros cinco hermanos suyos, que todos eran siete hijos de Jaune Pérez de Loyola, señor de Loyola, a todos siete les dita el rey D. Alonso el Onceno... a los treinta y un años de su reinado, las siete bandas que la casa de Oñaz tiene por armas en campo dorado, y las bandas coloradas»[19].

Los antiguos cronistas conocen solamente, entre los caudillos de Beotíbar, a Gil López de Oñaz y a su hermano *Jaun* Juane Pérez... Al decir de Henao, quien «se alzó con la voz y gala» de la victoria fue Gil López de Oñaz, que era el hermano menor. Cuántos elementos fabulosos se hayan entretejidos en la narración a fin de realzar su colorido épico y heráldico, no es posible hoy día determinar con exactitud y certeza. Fue aquel encuentro el que más hondamente se grabó en la imaginación de los guipuzcoanos, acostumbrados a estar peleando con los navarros con varia fortuna casi diariamente. Por escaso que sea su valor histórico, no cabe duda que significó un mayor robustecimiento de la incorporación de Guipúzcoa al reino de Castilla, ya realizada definitiva y libremente en 1200, y un rompimiento total con Navarra, la cual desde 1284 se hallaba políticamente encadenada a la Corona de Francia.

Los nobles guipuzcoanos —y en primer lugar los señores de Loyola — comprendieron con fino olfato político que les traía más cuenta unirse a la política castellana de amplios y halagüeños panoramas en la reconquista del Sur, que no marchar uncidos con Navarra bajo el yugo de Francia.

Además, los señores de Loyola —como de ordinario los *Parientes*

[19] *Fontes docum*. 737. Más adelante se verá la descripción de las armas de ambas casas, hecha por Martín de Oñaz y Loyola en 1536.

mayores de la provincia— mantenían tradicionalmente una orientación castellana, que les impulsaba a participar valerosamente en la empresa nacional de la Reconquista y a mandar sus hijos a educarse en la corte del rey o de los magnates de Castilla. El rey castellano será siempre la principal fuente de riqueza y poderío de la Casa de Loyola.

La Milicia de la Banda

Por los años de 1330 hallándose en la ciudad de Vitoria el joven monarca Alfonso XI, apellidado el Justiciero, vinieron los señores de Oñaz y Loyola a prestarle homenaje. Conocedor el rey de los servicios que le habían prestado y del gran valor demostrado en la batalla de Beotíbar, quiso premiar sus méritos de guerra, pues precisamente con esa finalidad acababa de instituir una Orden o Milicia, que se decía de la Banda.

No sabemos si los que vinieron a prestarle homenaje fueron los siete hermanos, héroes legendarios de Beotíbar, o solamente los dos más insignes, Gil López de Oñaz y Juan Pérez de Loyola. Dícese que a todos ellos los nombró «Caballeros de la Milicia de la Banda», condecorándolos con una banda o correa colorada, que se echaba, a manera de estola, sobre el hombro izquierdo.

No es bien conocida su naturaleza, más caballeresca y honorífica que militar; ignoramos también por qué los Reyes Católicos la suprimieron antes de un siglo. El grande y retórico escritor fray Antonio de Guevara (1480-1544) que pudo conocerla directamente, y que debió tener ante los ojos los Estatutos de la misma, nos ofrece una larga serie de preceptos, que constituyen las Reglas, el espíritu y las normas de vida de aquella institución.

En una de sus cartas al Conde de Benavente, que le interrogaba «quiénes fueron en España los Caballeros de la Banda», responde muy largamente el 12 de diciembre de 1526. Extractaré algunas de sus Reglas; ellas pueden dar idea del riguroso espíritu caballeresco, que veremos más adelante palpitar en el corazón del convaleciente de Loyola, enamorado de la Infanta Doña Catalina de Austria, hermana menor de Carlos V.

> «Viniendo, pues, al propósito, es de saber que en la era de 1368 *(año p. Ch. 1330)*, estando en la ciudad de Burgos el rey D. Alonso, hijo que fue del rey D. Herrando (IV) y de la reina doña Constanza, hizo este buen rey una nueva Orden de caballería, a la cual llamó la Orden de la Banda...
>
> Llamabánse *caballeros de la Banda* porque traían sobre sí una correa

colorada, ancha de tres dedos, la cual a manera de estola echaban sobre el hombro izquierdo, y la añudaban so el brazo derecho... No podía dar la Banda, sino sólo el rey... No podían entrar *(en ella)* los primogénitos de caballeros que tenían mayoradgos, sino los hijos segundos o terceros y que tenían patrimonios, porque la intención del buen rey D. Alonso fue, de honrar a los hijosdalgo de su corte que poco podían y poco tenían. El día que recebian la Banda, hacían en manos del rey pleito homenaje de guardar la Regla...

Mandaba su Regla, que todos los de aquella Orden *hablasen poco, y lo que hablasen fuese muy verdadero*...

Mandaba su Regla, que se acompañasen con hombres sabios de quienes aprendiesen a bien vivir, y con hombres de guerra que los enseñasen a pelear...

Mandaba su Regla, que fuese obligado el caballero de la Banda a tener buenas armas en su cámara, buenos caballos en su caballeriza, buena lanza a su puerta y buena espada en su cinta...

Mandaba su Regla, que ningún caballero de la Banda *se quejase de alguna herida que tuviese, ni se alabase de alguna hazaña que hiciese; so pena que, el que dijese ¡ay! al tiempo de la cura y el que relatase muchas veces su proeza, fuese del Maestre gravemente reprehendido*...

Mandaba su Regla, que si el caballero de la Banda quisiese en palacio o por la corte pasearse a pie, que no anduviese muy apríesa, ni hablase a grandes voces, sino que hablase bajo y se pasease despacio; so pena que de los otros caballeros fuese reprehendido y del Maestre castigado...

Mandaba su Regla, que si algún caballero de la Banda topase en la calle con alguna señora que fuese generosa y valerosa, fuese obligado de se apear y de la ir acompañando; so pena que perdiese un mes de sueldo y que fuese de las damas desamado...

Mandaba su Regla, que ningún caballero de la Banda bebiese vino en vasija de barro, ni bebiese agua en cántaro, y que al tiempo del beber se santiguase con la mano y no con el vaso; so pena que... fuse un mes desterrado de palacio, y otro mes que no bebiese vino...

Mandaba su Regla, que yendo el rey a la guerra, fuesen con él todos los caballeros de la Banda, y que puestos en el campo, se juntasen todos so una bandera...

Mandaba su Regla, que todos los caballeros de la banda por lo menos torneasen dos veces en el año, justasen otras cuatro, y jugasen cañas seis, y fuesen a la carrera cada semana; so pena que el caballero... negligente en venir... anduviese un mes sin Banda y otro mes sin espada...

Que ningún caballero de la Banda estuviese en corte sin servir alguna dama... y cuando ella saliese fuera, la acompañase como ella quisiese, a pie o a caballo, llevando quitada la caperuza y faciendo su mesura con la rodilla».

¿Caerían alguna vez en las manos de Iñigo estos Estatutos tan ejemplarmente caballerescos? Como varios de sus antepasados habían sido galardonados por el rey con la banda colorada, es probable que un ejemplar de aquellos *Estatutos*, quizá junto a la misma banda, se guardase en la pequeña librería de casa.

Siguiendo el curso de nuestra historia, consignemos una noticia que recoge Henao, en pos de Garibay. Es fama que uno de aquellos siete hermanos que combatieron en Beotíbar se distinguió más adelante en el asedio de Algeciras (1342-44) bajo el caudillaje de D. Beltrán Vélez de Guevara, merino o juez de Guipúzcoa, mereciendo que por su valor lo premiase el rey con heredamientos y posesiones en la proximidad de Plasencia, donde levantó una *Casa de Loyola* (en vasco *Loyoloetxea*).

Sabemos por el *Poema de Alfonso Onceno* que en aquellas campañas andaluzas «bien lidiaron» bajo la bandera de aquel rey algunos «caballeros de la Banda» y expresamente en la batalla de Salado», «Biscaínos, Guipuscanos, —e de la Montanna e Alaveses».

Y vengamos a uno de los Loyolas de más fuerte personalidad, magnífico ejemplar de su bravía estirpe. Estamos ante la figura de Don Beltrán Ibáñez (o Yáñez) de Loyola, heredero y primogénito de aquel *Jaun* Juan Pérez de Loyola, el de Beotíbar. De Don Beltrán, casado con la azpeitiana Ochanda Martínez de Leete, arranca la grandeza de la casa de Loyola. Este cuarto ascendiente de S. Ignacio se había criado en casa del magnate castellano Diego López de Zúñiga, cuya esposa, Juana García de Leiva, estaba emparentada con los Loyola.

El patronato del señor de Loyola

Este Don Beltrán el 15 de marzo de 1377 recibió del rey D. Juan I de Castilla la renta anual de 2.000 maravedís, provenientes de las ferrerías de Barrenola y Aranaz, «por muchos e servicios e buenos, que nos habedes fecho (e) nos fasedes de cada día», y se los otorga «por juro de heredad para siempre jamás, para vos e para los que después de vos vinieren»[20].

Es ésta la primera gran donación de la Corona de Castilla. La segunda no menos importante le vino por un albalá regio del 28 de abril de 1394. Ya tenemos a Don Beltrán arrimado, como una enredadera, indi-

[20] *Fontes docum*. 112-13. Barrenola era un taller de herrería «en el val del río que viene de Réxil», a casi tres km. de Azpeitia; Aranaz, otra semejante no lejos de Urrestilla.

solublemente al vigoroso y pujante tronco del monarca castellano. De allí se originará su fuerza económica y social. ¿Qué contenía la segunda donación? Nada menos que el derecho de *Patronato* sobre la iglesia parroquial de Azpeitia, que llevaba el nombre de San Sebastián de Soreasu. En otra donación del 20 de junio de 1397 el rey D. Enrique III le confirma «los diezmos e rentas e derechos del dicho monesterio de San Sebastián de Soreasu». Desde este momento la casa de Loyola y Oñaz aumenta sus riquezas, su influjo y poderío. La mano de los reyes de Castilla es la que levanta a estos fieles servidores haciéndoles muchas concesiones y excepcionales privilegios con notables ingresos pecuniarios.

Origen del Patronato fue el siguiente. El 20 de febrero de 1310 Fernando IV firma en Sevilla una carta-puebla que determina la fundación, a orillas del Urola, de una villa que se llamará Salvatierra de Iraurgui (Azpeitia). Una antigua iglesia de los Templarios, extinguidos éstos, queda adjudicada a la Corona real. Al año siguiente cede el monarca todos sus derechos patronales al concejo de la nueva villa, a condición de que nunca los enajenen y paguen anualmente al rey un módico censo.

Pero sucedió que al morir en 1387 el rector de la iglesia, Juan Pérez, apresuróse el obispo de Pamplona, Martín de Zalba, deseoso de acabar con el influjo laico en lo eclesial, a nombrar por sí y ante sí, sin contar con los azpeitianos, un sucesor del párroco difunto en la persona de Pelerín Gómez, beneficiado de la ciudad de San Sebastián. Protestó enérgicamente el vecindario de Azpeitia contra tal usurpación de sus derechos patronales. Pelerín acudió a la curia pontificia aviñonesa, la cual el 21 de mayo y más resueltamente el 21 de agosto de 1388 sentenció otorgando la parroquia a Pelerín Gómez. Los azpeitianos en su mayoría se sometieron al dictamen eclesiástico, lo cual disgustó al monarca D. Enrique II, quien pensó en transferir los derechos patronales a uno de sus más fieles vasallos: Don Beltrán de Loyola. Este, con toda la fortaleza de su carácter y su poderoso influjo social, se alzó como paladín de la autoridad real. En frente de las bulas pontificias aireó supuestos derechos de la Corona y los defendió con tenacidad inflexible. Agradecido el rey a su fidelidad y valentía, proclama en voz alta que «habedes defendido e guardado e defendedes e guardades el dicho monesterio et fesistes e fasedes grandes cosas e misiones por guardar e defender el derecho e señorío real».

Como galardón por tantos servicios, el monarca castellano confirmó de nuevo al señor de Loyola su derecho de patronato sobre la iglesia azpeitiana; «por los muchos buenos e leales servicios que fesistes al rey don

Juan, mi padre e mi señor, que Dios perdone, et fasedes eso mesmo a mí de cada día, fago vos merced del mi monesterio real de Sant Sebastián de Soreasu, con todas las décimas e rentas e derechos e términos e heredades... por juro de heredat para siempre jamás».

Protestó la autoridad diocesana, pero el señor de Loyola, apoyado en el rey no dio mamás su brazo a torcer. El anatema eclesiástico no tardó en fulminarse contra don Beltrán de Loyola, contra su mujer doña Ochanda de Leete y contra otras 38 personas de Azpeitia, expresamente nombras en el documento de excomunión, arrancado por Martín de Zalba, ya cardenal, a Clemente VII de Aviñón[21]. Siguieronse más de 20 años de excomuniones y entredichos, hasta que finalmente el 6 de febrero de 1414 llegan a firmar una paz y concordia (6 de febrero y 18 de marzo de 1414). A petición de Sancha de Loyola y de su marido Lope García de Lazcano, accede el administrador de la diócesis, Lancilotto de Navarra (hijo natural del rey Carlos III) a otorgar a los señores de Loyola el Patronato de la iglesia de Azpeitia, a condición de que reconozcan como legítimo Rector de la misma a Martín de Erquicia, «aunque no ignoramos que las iglesias no han de ser tenidas por seglares». Y para poner el sello definitivo a todas las controversias, una bula de Benedicto XIII *Quia libenter* (20 de setiembre 1415) ratifica la escritura de concordia y confirma la concesión del Patronato[22].

El iris de paz volvía a brillar en el valle de Iraurgui, tranquilizando la conciencia de muchos cristianos. Don Beltrán Yáñez de Loyola había muerto diez años antes, pero la causa por la que él tan bravamente había peleado salió por fin triunfante con la bendición del papa Pedro de Luna.

Por efecto del patronato, el señor de Loyola gozaba de tales derechos y privilegios en el régimen de la parroquia, que, al decir del jesuita Pedro de Tablares en 1551, «es de la iglesia como obispo; y provee los beneficios y todo lo que hay en ella; así que en lo espiritual y temporal tiene mucho mando y la tienen gran respeto». «Gozaba —comenta Leturia— de tres cuartas partes de sus diezmos, y de una cuarta parte de sus oblaciones, con renta de unos 1.000 ducados anuales...; proveía, por presentación de la mitra, la rectoría y todos los beneficios de la parroquia; daba reglamentos acomodados a los cánones para reformar la conducta de los clérigos y del pueblo, y regalaba con un banquete en la Casa solar a los misacantanos de

[21] Declara excomulgados vitandos a 40 vecinos de Azpeitia. El documento en *Zunzunegui*, *El reino de Navarra* 360-67.

[22] Texto de la bula en *Fontes docum*. 30-43.

la parroquia»[23]. Además del rector y del sacristán, eran nombrados por el patrono los siete beneficiados y dos capellanes. Según F. Pérez de Jarza, en el siglo XVI la población de Azpeitia era de 600 vecinos (3.000 habitantes).

El patronato loyoleo, manantial no despreciable de ingresos pecuniarios y de influjo social, no se limitaba estrictamente a la parroquia azpeitiana de San Sebastián de Soreasu; extendíase también a la parroquia de Urrestilla y a diez beaterios o ermitas campestres de las cercanías, atendidas por capellanes sacados de la parroquia de Azpeitia, los cuales iban en fechas fijas a celebrar la santa Misa. Del aseo y limpieza de la ermita, de las cosas necesarias para el culto, de tocar las campanas a sus debidos tiempos y del orden en las procesiones, cuidaban unas piadosas mujeres, doncellas o viudas, que popularmente eran llamadas «freiras» o «seroras», y también «ermitañas, y «beatas» (unas 30 en total), que elegidas por el Patrono, de acuerdo con el Ayuntamiento de la villa, gozaban de una especie de beneficio eclesiástico. Vestían hábito religioso, mas no guardaban clausura ni regla monástica alguna. Dedicábanse a veces a fáciles labores del campo y aun a la enseñanza y beneficencia.

La casa-torre de Loyola

El señorío de Loyola está muy obligado a don Beltrán —y la historia tiene que reconocérselo— por dos grandes obras que aquel tatarabuelo de San Ignacio logró llevar a cabo a impulsos de su tenacidad y de su insaciable ambición. La primera se ha podido ver y apreciar debidamente en lo que acabamos de decir nos referimos al derecho de patronato con todas sus consecuencias.

La segunda es la construcción de un castillo o fortaleza, que sirviese de morada señorial para él y sus descendientes, y que se alzase como un símbolo del poderío de la familia Loyola. Es de creer que ya en tiempos anteriores existiese en el mismo lugar una casa fuerte de tipo rural más que guerrero; de ella no queda el menor rastro.

Don Beltrán por los años de 1387 a 1405 planeó y levantó su Casa Fuerte como inexpugnable Torre militar, porque eran tiempos de guerras, asaltos, pillajes, contra los cuales había que defenderse. ¿No era él uno de los principales banderizos en lucha constante contra sus rivales? Por eso le dio aspecto de torreón cuadrado, todo de piedra labrada toscamente, con

[23] *El gentilhombre Iñigo López de Loyola* (Barcelona 1949) 33.

matacanes, almenas, aspilleras escasas y muy estrechas ventanas. La severa puerta ojival, no muy alta, bajo el escudo de la familia labrado en piedra (unos llares colgantes que sostienen una caldera, a la cual se arriman dos lobos) se abre hacia el Nordeste. Tiene 16 metros cada lado y el espesor del muro 1,90 m. Ignoramos la altura que tenía en su origen, quizá de 16 a 20 m., algo más de la restauración posterior. Fiel expresión de la fuerte personalidad de don Beltrán. Cuál era su capacidad de resistencia se vio en 1420, cuando Juan López de Lazcano, liándose con el gamboino Ladrón de Guevara, le puso asedio y la atacó con bombardas, culebrinas y otras piezas de artillería, sin poderla tomar ni abrirle brecha «porque era recia pared», según observa García de Salazar.

Falleció Don Beltrán en 1405, después de hacer testamento en el que dice o manda a su esposa: «Mi voluntad es que vos, la dicha Doña Ochanda Martínez, hayades en vos propriamente la mitad de la Casa-Fuerte de Loyola que vos e yo nuevamente habemos edificado, en uno con la casa lagareña que es en el dicho lugar e solar de Loyola, e las ruedas que están pegadas al dicho solar». A continuación distribuye los bienes entre sus hijas, María Beltranche, Elvira, Emilia, Juanecha, y añade: «Dejo por heredero de los demás bienes a mi fijo Juan de Loyola, que haya y herede la Casa-Fuerte de Loyola con todas sus tierras e pertenecido, la de Oñaz e monasterio de Soreaso e las mercedes del rey con las ferrerías de Barrenola e Aranaz y la mitad de los 20.000 maravedís que deben el señor de Emparan y demás parientes... Esta es mi voluntad»[24].

La última cláusula del citado testamento no pudo verificarse plenamente, por la muerte prematura del presunto sucesor. Nos lo explica G. Henao con las siguientes palabras: «Beltrán Yáñez de Loyola dexó hijo heredero a Juan Pérez de Loyola, el cual el rey D. Juan II en Segovia a 6 de junio, año de 1407, dio confirmación de las mercedes y donaciones hechas a su padre, y las acrecentó con otras. En pocos años de juventud salió Juan Pérez de su casa, para militar, y obró como honrado caballero, y no siendo casado, falleció mozo en Castilla en casa de Diego López de Estúñiga, con quien también había andado su padre, como compariente».

La hermana mayor, Sancha Ibáñez de Loyola, le sucedió al difunto

[24] *Fontes docum*. 764. Acerca de algunos nombres propios que aquí aparecen, como Beltrache, Juanecha, Joaneyca, etc., véase el estduio de F. DEL VALLE LERSUNDI, *Una forma del femenino y el valor de la letra «ch» como diminutivo en los nombres de los guipuzcoanos de los siglos XV y XVI: «Rev. Inern. Des étud. basques»* (1933) 176-81. Y la breve nota de HENAO-VILLALTA, *Averiguaciones* VI, 290.

hermano. Al contraer matrimonio el 4 de marzo de 1413 con Lope García de Lazcano, enlazó su linaje con otro de los más nobles y prósperos del país, pues, en opinión de García de Salazar, «el solar e linaje de Lescano es caveça e mayor del linaje de Oñiz (Oñaz) e más rico de rentas de toda Guipúscoa».

A fin de acrecentar el patrimonio familiar, el día 28 de abril de 1419 compró a ciertos vecinos de Guetaria «todas las tierras e mançanales e nogales», que tenían cerca de Loyola. Debióse a la prudencia y sensatez de ambos consortes (Lope García y Sancha Ibáñez) el acuerdo y la paz definitiva que se logró en 1414-1415 entre la autoridad eclesiástica y los patronos de la iglesia azpeitiana.

Los Parientes mayores, en guerra con las villas

Subiendo por el tronco y ramas del árbol genealógico, hemos llegado hasta los abuelos de Iñigo de Loyola. Raza, como se ve, fuerte, ambiciosa y emprendedora, que para medrar, confía en su voluntad enérgica, pero apoyándose al mismo tiempo con firmeza y lealtad en la corona de Castilla, y que no teme desafiar los rayos de los anatemas eclesiásticos, cuando los juzga mal fundados. En no pocos de sus miembros, tan hábiles en la diplomacia como valerosos en la guerra, se advierten deslices morales que ellos mismos declaran sin tapujos en sus testamentos. Recuérdese que estamos en la época europea de los bastardos.

Las magníficas cualidades humanas de los Loyolas se manchan a veces con la rebeldía, la pasión y la violencia, pero en todos ellos acaba por triunfar la razón y la sensatez, y con ellas siempre la más profunda fe religiosa, la devoción a «la Santa Trinidad, Padre e Fijo e Spiritu Santo», «a nuestro Señor Jhesu Cristo (que) priso carne humana en la Virgen Santa María, su madre, por a nos pecadores salvar», y la obediencia a «todas las otras cosas que la santa Madre Yglesia manda», junto con «grande repentimiento de los errores que tantas veces e por tan diversas maneras yo cay contra mi Señor». Fe y religión que a continuación se hacen palpables en los muchos legados de piedad y de beneficencia y caridad, de que están llenos los documentos testamentarios. Y no por fórmula notarial, sino con acento emocionado, expresión de una espiritualidad profundamente sentida.

Pertenecían los Loyolas, como es sabido, al igual de los Oñaz y Lazcano, a los «Parientes mayores» de Guipúzcoa. Y eran hombres de su tiempo, como vamos a ver.

«Llamáronse en lo antiguo *Parientes mayores* —escribe Pablo Gorosábel— ciertos caballeros de la provincia, propietarios de extensas propiedades territoriales, o como si dijéramos, los ricos-hombres de la misma... Dos eran los linajes o bandos a que pertencían estas ilustres casas de Guipúzcoa: el uno titulado de Oñaz, el otro de Gamboa, o sea, el Oñacino y el Gamboíno... Los Parientes mayores constituían dentro de la sociedad guipuzcoana una clase privilegiada, poderosa y respetable bajo todos conceptos... Eran al mismo tiempo de condición altiva, de índole dominante, y tan enemistados entre sí ambos bandos, que los afiliados en el uno apenas pasaban por las calles por donde lo hacían los del otro. Hasta los trajes que solían vestir eran diferentes en un todo, o a lo menos procuraban diferenciarse; pues los *Oñacinos* traían los penachos de los sombreros y monteras al lado izquierdo, al paso que los *Gamboínos* los usaban al derecho».

Estas dos banderías de funesta recordación en la historia de Guipúzcoa estaban capitaneadas, la primera por el señor de Lazcano, emparentado desde 1413 con los Loyola, y la segunda por el señor de Olaso, cuya torre se alzaba en la jurisdicción de Elgóibar. En la literatura del siglo XVI resuenan estos dos nombres de *Oñacinos y Gamboínos* como dos gritos de guerra. Hasta en las cátedras de las Universidades los maestros de teología sacaban a relucir los apelativos de Oñaz y de Gamboa para anatematizar su odio inextinguible, su facciosidad y su violenta perturbación de la paz.

En el poema de Juan de Padilla, *Los doce triunfos de los doce apóstoles*, un condenado se queja así en el infierno:

«So montañés de la brava Montaña,
y más, Gamboíno...
por do padezco la pena tamaña.
Dos Uniqueses (Oñacinos) con férvida saña
maté con mis manos sin lo merecer».

Y por aquellos mismos días un franciscano, de nombre Francisco de Avila, dedicaba a Cisneros otro poema sobre *La vida y la muerte* (Salamanca 1508), del que son estos cuatro versos, que pronuncia la Muerte:

«Yo herí de vizcaínos
muchos Parientes mayores,
Oñacinos, Gamboínos,
marineros y armadores».

Y el teólogo Francisco de Vitoria en una de sus lecciones

salmantinas decía que los responsables de que no haya paz en un país están en pecado mortal, por ejemplo un Gamboíno que no quiere abandonar su facción[25].

No faltan autores, como Gurruchaga y Arocena, que tratan de mitigar la violencia bárbara de los Banderizos contraponiéndola a la violencia anárquica de individuos o de grupos criminales. Fueron los *Parientes mayores* una forma positiva de organización social, útil al país. Junto a los atropellos que a veces perpetraron hay que recordar los beneficios que aportaron. En tiempos anteriores obtuvieron el favor del rey por sus múltiples servicios a las empresas nacionales. Cambiadas las circunstancias históricas, cuando comenzaron a prosperar las villas con la industria y el comercio, los Parientes mayores no siempre supieron adaptarse a la evolución de los tiempos y fueron obstáculo al desenvolvimiento social y económico de las villas, a las cuales tiranizaban con vejaciones arbitrarias.

Estas reaccionaron fieramente contra la prepotencia de aquellos, que salteaban, robaban ganados y mataban sin escrúpulo, auxiliados por un ejército de *Parientes mayores*, lacayos, paniaguados y malhechores. En vano la Junta General celebrada en San Sebastián en febrero de 1379 bajo la presidencia del esclarecido D. Pedro López de Ayala, merino mayor de Guipúzcoa, trató de restar fuerza a los banderizos de Oñaz y Gamboa[26]. En vano la Junta General, a instancias de Enrique III, manda a Guetaria en julio de 1397 observar las Ordenanzas de la hermandad guipuzcoana en orden a la pacificación del país, poniendo fuera de ley a los banderizos reos de determinados delitos e imponiéndoles severísimas penas[27].

Los *Parientes mayores* se hacen verdaderamente peligrosos y perturbadores de la paz, cuando se constituyen en Bandos o Banderías y Parcialidades. El Bando se formaba por la agrupación de linajes procedentes del mismo tronco.

En 1453 el rey Juan II deploraba la penosa situación de Guipúzcoa, en que el pueblo sencillo e indefenso se sentía oprimido por los latrocinios,

[25] En Navarra los Beamonteses simpatizaban con los Oñacinos, los Agramonteses con los Gamboínos. Haba banderizos en Santander (Giles y Negretes), en Toledo (Ayalas y Silvas) y en casi todas las regiones.

[26] C. DE ECHEGARAY, *Las Provincias vascongadas a fines de la Edad Media* (San Sebastián 1895) 150. Se prohíbe cualquier «asonada» y participación en los bandos de Oñaz et de Gamboa so pena de seiscientos maravedis (ibid.).

[27] C. DE ECHEGARAY, *Las Provincias* 153-157. La autoridad real presta todo su favor a la Hermandad de Guipúzcoa, imponiendo a los bandoleros y malhechores incluso «el allanamiento de las Casas-fuertes donde se guarezcan» (p.156).

incendios y brutalidades de los banderizos.

El famoso cronista García de Salazar, señor del castillo de Muñatones, en Vizcaya, nos ha contado infinitos episodios de tragedia rural, como aquella de la noche de Navidad de 1420, cuando una tropa de Gamboínos, bajo la luna, atravesando montes y valles, llegaron con la alborada a Lazcano «e quemaron la casa de Lescano, e saltó Juan Lopes de Lescano en camisón por una ventana al río que va so la casa, e pasó a nado allende, e así escapó de la muerte... e degollaron a Martín Lopes, su hermano, en los brazos de su madre»[28].

Causan horror las ferocidades de unos banderizos contra otros, pero se junta el dolor y la compasión cuando se ve a los *Parientes mayores*, de cualquier Bando que fuesen, unidos en el combate y en la criminal agresión, abusar de su prepotencia para destruir las villas que empezaban a prosperar con su modesta industria y en las que pronto surgirá pujante la moderna burguesía.

Las villas se organizan y contraatacan

Las villas entonces organizan su propia defensa, aunando las fuerzas mediante una confederación o hermandad. Desde el siglo XII eran conocidas en Castilla las Hermandades, que alcanzaron fuerza y prosperidad en el Otoño medieval; Hermandades que no eran otra cosa que confederaciones de concejos o municipios para el mantenimiento del orden público y para la defensa armada contra los vejámenes de los señores feudales. Es lo que hicieron las principales villas de Guipúzcoa. Así como la fuerza de las circunstancias había obligado a los más altos linajes a agruparse en «bandos» para luchar contra sus rivales, así ahora las villas sienten la necesidad de combinar sus fuerzas contra sus tiránicos opresores, llamáranse oñacinos o gamboínos.

Así vemos que en 1451, bajo la protección más o menos declarada del rey D. Enrique IV, las villas de Azcoitia, Azpeitia, Deva, Motrico, Guetaria, Tolosa, Villafranca y Segura, se coligan entre sí, constituyendo una Hermandad que las hará fuertes y pujantes frente al orgullo y belicosidad de los Parientes mayores. Planean despacio la manera más eficaz de defenderse, y el año 1456 se lanzan a vengar ferozmente los agravios e injusticias largo tiempo padecidas. Lo refiere así Lope García de Salazar, que vivió apasionadamente aquellas contiendas y las describió minucio-

[28] Estos y otros desmanes los recoge Echegaray en el largo capítulo I, *Las guerras de bandos* p.109-210.

samente con infinidad de detalles.

> «Se levantaron —dice— las hermandades de la Provincia de Guipúzcoa contra todos los Parientes mayores, no acatando a Ones ni a Gamboa, porque fasían e consentían muchos robos e malifiçios en la tierra e en los caminos e en todos los logares, e fezieron les pagar todos los maleficios, *e derribáronles todas las Casas-fuertes, que una sola no dexaron en toda la Provicia*, que fueron éstas: la de Lescano o de Yarça e de Amesquita e de Ugarte... e la de Loyola e de Valda e de Emparan... e otras muchas, que no dexaron ninguna sin derribar e quemar, sino solamente la casa de Olaso e la de Unçueta... e echaron desterrados a los dichos Parientes mayores por cierto tiempo de la Provincia toda, e han vivido fasta aquí en justicia»[29].

Una de las Casas-fuertes derruidas o quemadas, a lo menos en parte, fue la de Loyola, construida, como hemos visto, por Beltrán Yáñez. Tan feroz devastación de solares no podía llevarse en paciencia por los señores más poderosos del país, avezados a las armas y expertos en la guerra. Así que dispuestos a vengarse de las ocho villas confederadas, publicaron el 31 de julio de 1456 un cartel de desafío, que se fijó en las puertas de la iglesia de Azcoitia. Los jefes de los banderizos se dirigen a treinta hidalgos, cuyos nombres se citan con los de sus parientes, amigos, aliados, servidores y paniaguados:

[29] *Las bienandanzas y fortunas* IV, 174-75. Cuestión de escasa importancia es si la demolición de las Casas-Fuertes debe achacarse a las villas, como cuenta García de Salazar, o si fue. decisión de Enrique IV, que las «hizo quemar y derribar» cuando vino a pacificar el País vasco, según refiere Esteban de Garibay en su *Compendio historial*. El monarca no visitó despacio aquel país hasta el mes de marzo (días 3-30) de 1457.

«A cada uno e qualquier de vos. Bien sabedes las causas del desafío...: haber hecho hermandad e ligas e monipodios contra ellos, e haverle hecho derribar sus Casas-fuertes, e muértoles sus deudos e parientes, e tomádoles sus bienes e puéstoles mal con el rey..., por las cuales dichas razones e causas... nos pertenece derecha voz de... vos desafiar e facer guerra e cruel destruyción de vuestras personas e bienes...Por ende... vos desafiamos a vos e cada uno de vos, los susodichos, por nos e por cada uno de nos, especialmente yo, el dicho Martín Ruiz de Gamboa, por mi e por Juan Pérez de Loyola... *(Al señor de Loyola siguen los nombres de los demás jefes banderizos)*. E vos requerimos que vos proveades de vuestras armas e de todas las otra, cosas que vos combernán e cumplirán e menester hubiéredes para vuestra defensa dentro del término de la ley... Este desafío fue otorgado ante Fernán Martínez de Garagarça, escribano público,...en presencia de...»[30].

Aquello parecía presagiar una guerra civil, despiadada e inhumana, funesta para todos.

Los Parientes mayores, al destierro

Entonces intervino con decisión y prudencia el rey. Intervino oportunamente y con rapidez, porque, deseoso como era de la paz, la vio en gravísimo peligro. Enrique IV «el Impotente», tan despectivamente tratado por muchos historiadores, en esta ocasión procedió con gran acierto. Comprendió que era necesario aminorar el poderío de los *Parientes mayores* y dar aliento al auge que iban cobrando las villas, pero sin irritar a los grandes señores. A fin de obtener una información cabal de la situación, giró una visita personal a las ciudades de Vitoria, San Sebastián, Guetaria, Guernica, Bermeo, Bilbao, Orduña, segunda vez Vitoria, de donde pasó a

[30] *Fontes docum*. 55-59. Este es el texto, según la moderna edición crítica de Dalmases en MHSI. Pero Miguel Villalta en sus *Complementos* a Henao añade las siguientes frases de feroz ensañamiento: «Pasado el dicho término e plazo de la ley, protestamos que dondequier e quando quier, e como quier que... vos fallaremos e fallaren..., vos feriremos e mataremos... con qualesquier armas de fierro e acero... derramándovos la sangre de vuestros cuerpos... fasta que salgan las ánimas de vuestros cuerpos». ¿Se hallaban estas cláusulas en la redacción primitiva y fueron canceladas por los propios autores, o es añadidura de una mano posterior desconocida? Villana da fe de su transcripción: «He trasladado pedazos de este desafío por la parte que en él tuvo Juan Pérez de Loyola... Y aunque me ha costado trabajo el leerle en *copia auténtica de aquel tiempo*, creo será de gusto para los guipuzcoanos la noticia de sus antepasados que en él se nombran, pero mezclada con algún sinsabor por la crudeza de los bandos» (HENAO- VILLATA, *Complementos a la Obra de Averiguaciones Cantábricas* VI, 334-335).

Santo Domingo de la Calzada, en la Rioja. Aquí fue donde el 21 de abril de 1457 lanzó su «Sentencia contra los desafiadores». Con palabras de severidad y a la vez de moderación y parsimonia, ya que ochos de ellos se habían distinguido en su servicio, se dirige a los principales banderizos:

> «a vos, don Ynigo de Gebara... e Juan López de Lazcano... e Juan Pérez de Loyola *(el abuelo de S. Ignacio)*... el bachiller Zaldivia e Lope García de Salazar *(autores respectivos de «Suma de las cosas cantábricas» y de atas bienandanzas y fortunas»)*...e a cada uno de vos, salud y gracia.
>
> Sepades que, por el cargo de la justicia y gobernación que yo tengo por Dios encomendada en estos mis reynos, movido por grandes quexas e clamores de las fuerças, daños e rrobos, muertes e insultos e levantamientos, quemas e cercos de lugares... perpetrados de algunos tiempos acá,... yo fui en persona a lo ber y remediar..., e visto sabido por mí muchas cosas que son notorias en estos reynos..., como quiera que husando del rigor del derecho..., podría mandar proceder contra vosotros a pena de muerte e perdimiento de bienes... pero como a los reyes sea propio la clemencia..., he querido usar de ella con mis súbditos e natural.... e mirar algunos servicios que vuestros antepasados hizieron a los reyes de gloriosa memoria, mis progenitores..., usando de clemencia e piedad, quiero e mando que seades condenados... a pena e destierro en esta guisa e manera: Que don Ynigo de Guebara sea desterrado por dos años para la villa de Ximena (de la Frontera)... Otrosi, que Juan López de Lazcano sea desterrado por tres años... Que Martín Ruiz de Olaso sea desterrado por cuatro años... Otrosí, que Juan Pérez de Loyola sea desterrado por quatro años para la villa de Ximena... Otrosí que el dicho bachiller Zaldivia sea desterrado por tres años en la villa de Estepona... Item que Juan Salçedo, hierno del dicho Lope García de Salazar, sea desterrado para la villa de Estepona por dos años… En las quales villas e lugares ayudes de estar y estedes los sobredichos... *en servicio de Dios e mío y en defensión de la fee cathólica*, guerreando con vuestras personas e con vuestros vasallos e armas, a vuestra costa, contra los enemigos de la fee cathólica. Yo el rey».

La blandura del rey se manifestó en que varios de aquellos banderizos fueron pronto amnistiados, reduciéndoseles el tiempo de destierro. El mismo Juan Pérez de Loyola, uno de los más severamente castigados, tal vez por ser de los más pendencieros y revoltosos, pudo abandonar el lugar de su exilio y retornar a Guipúzcoa por indulgencia de Enrique IV el 26 de julio de 1460, antes de que se cumpliese el plazo de cuatro años.

Al mismo tiempo se le permitió reedificar la mitad superior del solar loyoleo (la parte derruida por sus enemigos en 1456); a todos cuantos reconstruyesen sus casas fuertes se les puso como condición que no las

alzasen con aire de torre o fortaleza, ni con material de piedra labrada, sino de ladrillo. Así lo hizo el noble vasallo, persuadido de que el mejor modo de prosperar en los modernos tiempos era el de obedecer fielmente al rey y distinguirse en servicio de la monarquía.

Fue, pues, el abuelo paterno de San Ignacio el que reedificó la Casa-torre de Loyola, añadiendo dos pisos de muy diverso estilo arquitectónico a la semiderruida fortaleza antigua. Este es el monumento que hoy conocemos y que comúnmente es denominado «la Santa Casa», porque en ella tuvo su cuna el más ilustre de los Loyolas. Seguramente la dirección de la obra fue encomendada a algún alarife andaluz, traído por Juan Pérez para que en estilo mudéjar trenzase artísticamente las tres caprichosas franjas paralelas, de ladrillos rojos, que enmarcan los dos pisos superiores y los separan entre sí, y rematase los cuatro ángulos de la parte nueva con cuatro tambores cilíndricos o torreoncillos (de más gracia que fuerza), único elemento arquitectónico que nos sugiere la idea de la antigua fortaleza almenada. El P. Pedro de Tablares, que la visitó en 1551, nos dice que estaba «toda cercada de una floresta y árboles de muchas maneras de frutas».

No se le menoscabó lo más mínimo al abuelo de S. Ignacio, por este incidente, el robusto sentimiento de lealtad al monarca, sentimiento que supo transmitir a su hijo, Beltrán Yáñez de Loyola, a quien pronto veremos pelear gloriosamente bajo las banderas de los Reyes Católicos contra todos los enemigos del interior y del exterior. El hijo, en fervor monárquico, superó a su padre. No conocemos la fecha en que murió Juan Pérez. Sólo sabemos que falleció repentinamente en Tolosa sin dejar testamento. Su mujer, Sancha Pérez de Iraeta, debió de morir en 1473.

Don Beltrán Yáñez de Loyola, padre del Santo

El heredero de Don Juan Pérez se llamó Beltrán Yáñez (o Ibáñez) que tomó por esposa a doña Marina Sáenz (o Sánchez) de Licona. Su contrato matrimonial, con la descripción de los bienes y posesiones que aportan al matrimonio, se firmó en Loyola el 13 de julio de 1467[31]. Ma-

[31] Juan Pérez de Loyola y su mujer de una parte y de la otra Martín García de Licona, con ocasión del matrimonio de sus hijos, les conceden *el solar de Loyola con todos sus pertenencias; los bienes que poseen en la Provincia de Guipúzcoa; el Patronato de la iglesia de San Sebastián de Soreasu con sus rentas, diezmos feudales y demás derechos y acciones que puedan tener*. Juan Pérez y su mujer, mientras vivan, co nservarán la ferrería de lbayederraga, con sus montes y derechos, y las

trimonio fecundo, porque llegó a procrear trece hijos, y más fecundo aún porque uno de ellos fue Iñigo López de Loyola, predestinado por Dios para resplandecer como uno de los mayores luminares de su siglo y crear obras e instituciones de trascendencia universal para el bien de la Iglesia y de la sociedad. La biografía de este Iñigo o Ignacio es la que intentamos pergeñar aquí.

«Sabemos por mayor que Beltrán fue generoso caballero, gran soldado, y militó esforzadamente algunos años en servicio del rey Don Enrique cuarto, de los Reyes Católicos, y también del rey de Navarra (y Aragón) don Juan segundo, padre del Católico». Así lo retrata con rápida pincelada Gabriel de Henao, añadiendo que los reyes, al favorecerlo con renovadas donaciones, hicieron reseña de sus méritos, «premiándolos el rey D. Enrique, y por el año de 1487 los Reyes Católicos»[32].

Desde Córdoba el 31 de mayo de 1484 Don Fernando y Doña Isabel, agradecidos a la fidelidad tradicional de los Loyola a la corona de Castilla, le ratificaron a Don Beltrán los dos antiguos privilegios, otorgados a sus mayores por Juan I y por Enrique a saber, la renta anual de 2.000 maravedís sobre las ferrerías de Barrenola y Aranaz; y el 10 de junio le confirman el derecho de patronazgo sobre la parroquia de Azpeitia.

En este segundo documento leemos los grandes servicios bélicos

casas y caseríosde Zuganeta, Laargarate, Errasti, Idoeta, Leizargarate, Igárate. lbarrola, Ollalarre con sus seles, e la casa e casería de Larpate. Se reservan igualmente como usufructuarios, todos los robles, castaños, nogales y árboles grandes o pequeños, pudiendo cortarlos y enajenarlos, como querrán. Al clérigo Juan Pérez de Loyola, hijo (natural) del donante Juan Pérez, se le concede el uso y usufructo de una casa que «Ios dichos donadores han en la dicha villa (de Azpeitia) en la calle de la iglesia». Se reservan además, de por vida, «el uso fruto e prestación de la meytad de tcdos los otros dichos bienes e rrentas e diesmos e derechos como usufrutuarios». Por su parte, el Doctor García de Licona concede a Ios esposos, como dote, mil seiscientios florines de oro. Finalmente, «Ayan los dichos esposo e esposa, desde oy día para siempre jamás... las casas e caserías de Oñás e Leete con todos sus derechos e pertenencias» (*Fontes docum.* 79-90).

[32] HENAO-VILLALTA, VI, 349. Dice fray Prudencio de Sandoval, que los Reyes Católicos amaban y favorecían particularmente a las provincia vascas: «Valieron mucho en ellos los vizcaínos y guipuzcoanos. Anduvieron *(los reyes)* por estas tierras honrándolas, porque se preciaban mucho estos reyes de su naturaleza y de la antigüedad que en ella tenían, por Navarra y los señores de Vizcaya, que sin duda son los españoles más antiguos y más hijos de Túbal... Ene amor mostraban los Reyes Católicos en todos los pueblos de estas provincias, porque en llegando a cada uno de ellos, la reina se vestía y tocaba al uso de aquel pueblo». (*Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* lib.I cp.66, B.A.E. 80, 65).

prestados por el progenitor de S. Ignacio a los Reyes Católicos en la guerra de sucesión al trono castellano, cuando muerto en 1474 Enrique IV, es invadido el reino de Castilla por el rey de Portugal, que se apodera en 1475 de Arévalo y de Toro llegando a poner cerco al castillo de Burgos; no menos que en la defensa de Fuenterrabía, asediada por los franceses en 1476.

> «Por ende nos los sobredichos rey don Fernando e reyna dona Ysabel, por fazer bien a vos el dicho Beltrán Yañes de Loyola, nuestro vasallo, acatando los muchos buenos e leales servicios que vos nos fezistes en el cerco que tuvimos sobre la cibdad de Toro, al tiempo en que el de Portugal la tenía ocupada, e asy mesmo en el cerco del castillo de Burgos e en la defensa de la villa de Fuenterrabía al tiempo que los franceses la tovieron cercada, donde estovistes mucho tiempo con vuestros parientes cercados a vuestra costa e minsión, poniendo muchas crees vuestra persona a peligro e aventura, e por otros servicios que nos habéis fecho e esperamos que nos faredes..., vos confirmamos e aprobamos los dichos previlejos… por juro de heredad para sienpre jamás..., no embargante la ley que nos fezimos en la cibdad de Toledo, año que pasó de mil e quatrocientos e ochenta años... E mandamos los parrochanos e feligreses de la dicha villa de Aspetia e su tierra... que vos acudan e fagan acudir… con todos los diesmos e frutos e rentas...e demás mandamos a todas las justicias e oficiales...que vos defiendan e anparen a vos a los dichos vuestros descendiente...Dada en la cibdad de Córdoba, a dies días del mes de junio, año del nacimiento de nuestro Salvador Jhesu Christo de mil e quatrocientos ochenta e cuatro años»[33].

Por la historia de la conquista de Granada, sabemos que en 1486 salió Don Fernando con brillante ejército contra la ciudad de Loja defendida por Boabdil y la conquistó el 29 de mayo. Al año siguiente (7 de abril) marcha contra Vélez Málaga, derrota las tropas capitaneadas por El Zagal, y logra enseñorearse de aquella plaza. Ese mismo año de 1487 entra victorioso en Comares, y tras un asedio tenaz y sangriento se adueña de Málaga. Debió de ser entonces cuando el rey otorgó las donaciones a que alude Henao.

En la primavera de 1490, saliendo de Sevilla, don Fernando devastó la vega de Granada con un ejército de 50.000 hombres, entre los que se contaban muchísimos de la nobleza. Tras una victoria alcanzada en 1491 los jefes del ejército cristiano organizaron torneos caballerescos a la vista de los enemigos, en Santa Fe, villa fundada por los sitiadores como

[33] *Fontes docum*. 125-28.

campamento permanente. El asedio de la ciudad se apretó el 26 de abril de 1491 en forma estranguladora. La rendición de Granada tuvo lugar por fin el 2 de enero de 1492. No sabemos si don Beltrán de Loyola asistió al triunfo, ni en qué mes regresó a su hogar. ¿Estaría presente cuando Doña Marina le dio su último hijo?

Uno de los actos últimos que conocemos de su vida fue digno de quien se decía «patrono de la iglesia de San Sebastían de Soreasu». En medio de sus mil ocupaciones públicas y privadas, el señor de Loyola no se olvidaba de sus deberes patronales.

Para la historia de la reforma eclesiástica en aquel tiempo no dejan de tener interés las *«Ordenaciones sobre los nuevos clérigos de Azpeitia»*, dictadas el 18 de diciembre de 1506 por Don Beltrán y por el rector de la parroquia, Don Juan de Anchieta, ante dos escribanos y en presencia del concejo y otras personas[34].

Lo que querían evitar era «el vilipendio de la orden sacerdotal en haber demasiados clérigos sin renta e sin letras en la dicha villa»; de este modo «la iglesia e pueblo de la dicha villa serán mejor servidos de los dichos clérigos, porque ellos serán más hábiles e suficientes… e se darán más a la virtud e estudio».

Presentadas estas *«Ordenaciones»* a la aprobación de la autoridad eclesiástica, el Vicario general de Pamplona declaró que «de derecho son nulas, por ser fechas por personas que careçían e careçen de poder e jurisdición para ello», pero comprendiendo su gran utilidad y conveniencia, como «bien e debidamente fechas e ordenadas», las aprueba, alaba y ratifica el 20 de febrero de 1507.

Don Beltrán parece que falleció el 23 de octubre de 1507, el mismo día en que hizo su testamento, cuyo paradero —conocido del P. L. Cros a fines del siglo XIX— hoy día se ignora. Nos consta que en él nombraba su heredero universal a su hijo mayor Martín García, dejando aparte «sus porciones e legítimas partes a los otros sus hijos, a cada uno en cierta quantidad», según lo aseguran dos testigos.

Digno hijo de tal padre será el jovencito Iñigo López de Loyola, que seguramente se hallaba entonces en Arévalo, iniciándose en la vida

[34] La primera ordenación es la más importante. Que ninguno se ordene de Ordenes sacras antes de haber estudiado «cuatro años continuos en Estudio general, de tal manera que el que así oviere de ser clérigo sea buen gramático e cantor». Aquí se ve la mano de Juan de Anchieta, ilustre músico. No se insinúa que hubiese graves abusos (*Fontes docum.* 179-185)

cortesana.

La madre, Doña Marina Sáenz de Licona

Conocida la valerosa personalidad de Don Beltrán, volvamos los ojos a su esposa Doña Marina Sáenz (o Sánchez) de Licona, madre del héroe cuya vida tratamos de ilustrar. Era Doña Marina hija del doctor Martin García de Licona, apellidado comúnmente «el Doctor Ondárroa» por el nombre de esta villa vizcaína en que nació. El doctor estaba tan estrechamente relacionado con la corte de los reyes de Castilla, que llegó a ser auditor de la Chancillería de Valladolid y consejero de los Reyes Católicos.

El ambicioso, influyente y adinerado Martín García de Licona subió aún más alto en el escalafón social, comprando —del último superviviente de los Baldas— el señorío y mayorazgo de la casa azcoitiana de Balda y entrando así a figurar entre los *Parientes Mayores* de Guipúzcoa (29 de noviembre de 1459). No sabemos a punto fijo cuándo se estableció en Azcoiti, quizá hacia 1463, ocupando su noble solar.

El 25 de marzo de 1460 había obtenido el patronato sobre la iglesia parroquial de Azcoitia, con derechos y preeminencias muy semejantes a las que disfrutaba el señor de Loyola sobre la de Azpeitia. Hizo testamento el 7 de noviembre de 1471 y debió de morir al poco tiempo.

Dejaba a su hija Marina Sáenz (o Sánchez) de Licona unida en matrimonio con Don Beltrán, heredero de la casa de Loyola. El contrato matrimonial, fechado en Loyola el 13 de julio de 1467, es rico en datos sobre las posesiones y otras riquezas de ambos consortes. Ellos fueron los padres del Fundador de la Compañía de Jesús y bastaría ese título para inmortalizarlos.

La silueta de don Beltrán la hemos dibujado ya. De su esposa Doña Marina poco nos dice la historia. Incluso su apellido materno se nos presenta envuelto en cierta nebulosidad e incertidumbre. ¿Cuál era su estirpe? ¿Balda o Zarauz?

Un grupo de personas respetables, alcaldes, regidores, fieles de la villa de Azpeitia y toda la clerecía de la misma, testificaron en el Proceso de beatificación de 1595: «Es çierto y notorio y pública boz y opinión común, que... Yñigo López de Loyola fue hijo legítimo de Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola... y de *D. María* (sic) *Sáez de Balda, hija de los señores de la casa de Balda*, que está en el término de Azcoitia».

Así, con pocas variantes, se ha repetido en todas o casi todas las historias. Hasta que el gran rebuscador de archivos, P. Leonardo Cros, en sus *Documents Ignaciens... La famille maternelle* (ms.) creyó haber demostrado que el apellido Balda no le correspondía a Doña Marina. Fundábase en la declaración explícita de cuatro testigos que en 1561, respondiendo a un cuestionario oficial, aseguran que Doña Marina Sánchez de Licona, la madre de San Ignacio, era «hixa lexítima del Doctor Martín García de Licona, del Consejo de sus altezas, y de *Doña María de Zarauz, su mujer*. No era, pues, de la casa de Balda, como seguían reclamando los azcoitianos, sino de la casa de Zarauz.

P. Dudon y tras él Tacchi-Venturi no vacilaron en adoptar la opinión de Cros; fue Dudon su más denodado paladín. Otros en cambio, como el erudito F. Arocena, persistieron en mantener la tesis tradicional, apoyada por muchísimos historiadores antiguos. El doctísimo P. Leturia, después de estudiar el problema, quedó vacilante, porque veía una sombra, que «desearía ver disipada por una investigación más definitiva».

A fin de solventar a satisfacción de todos una cuestión tan intrincada el historiador vizcaíno Darío de Areitio vino en 1957 a proponer una ingeniosa hipótesis, que, sino cierta, por ahora nos parece atendible. «Hay una hipótesis —escribe— capaz de armonizar los diversos testimonios. Es la de suponer que el Doctor se casó dos veces, una con María de Zarauz, que sería la madre de San Ignacio, y otra con Gracia de Balda, sobrina de Ladrón de Balda. «Ningún documento contemporáneo, en cuanto sepamos, afirma que la madre de San Ignacio fuese de *la familia* de Balda. Dicen sólo que era ...*señora de Balda*... Hemos probado que el Doctor compró personalmente el señorío. Su esposa llegó a ser *la señora de Balda* en virtud de este contrato». No porque fuese de aquella familia.

Escribe así Cándido de Dalmases: «De Marina no sabemos más que lo referente a su matrimonio y a los muchos hijos que de él nacieron. Queda incierto el tiempo y el lugar de su nacimiento. Si al tiempo de su matrimonio tenía, como podemos suponer, unos 20 años, debió de nacer hacia 1447. Este dato crea dificultades para su nacimiento en Azcoitia, toda vez que, como hemos visto, su padre no compró la casa de Balda hasta 1459 y no nos consta que viviese en esa villa guipuzcoana antes de ese acontecimiento. Tampoco puede decirse que Marina naciese en Ondárroa, dado que su padre debía de residir habitualmente en Valladolid, como auditor de la Real Chancillería... (Su muerte) tuvo que ocurrir ciertamente antes del 6 de mayo de 1508, fecha en que su hijo Martín

García habla de ella como ya difunta».

Nos toca ahora hablar de sus hijos, el menor de los cuales en edad y el mayor de todos —ante Dios y ante los hombres— se llamó Iñigo López de Loyola.

CAPÍTULO II

HOGAR PATERNO. SAETAS DISPARADAS A LA REDONDA

Acerquémonos a la Casa-torre de los Loyola, demolida en su parte superior por los enemigos en 1456 y perfectamente restaurada con más elegancia que fortaleza, poco después de 1460, por el banderizo Juan Pérez de Loyola al regresar de su destierro andaluz. Ya Juan Pérez ha muerto y le ha sucedido en el señorío su hijo don Beltrán Yáñez, casado con doña Marina Sáenz de Licona en 1467.

La admirable fecundidad de este matrimonio quedó exhausta tras el más excelso de sus vástagos: ¿Cuántos fueron los retoños de aquel noble árbol? Los historiadores primitivos y otros testimonios antiguos están concordes en la respuesta: ocho hijos y cinco hijas, en total trece.

Los testigos del *Proceso azpeitiano* (1595) para la canonización del Santo dan como cierto, público y notorio, que «Iñigo López de Loyola... fue el último y menor de treze hijos que estos generosos caballeros tubieron»[35]. Juan de Polanco, secretario de la Compañía en vida de Ignacio, lo había afirmado antes en su *Vita P. Ignatii* («praeter quinque filias, octo etiam filios»). Y el clásico biógrafo Pedro de Ribadeneira sigue la misma opinión: «Tuvieron estos caballeros cinco hijas y ocho hijos, de los cuales el postrero de todos, como otro David, fue nuestro Iñigo».

Lo único que modernamente podemos rectificar es, que de los hijos uno parece espurio o extramatrimonial, y de las hijas, una y acaso dos.

Diremos breves palabras de cada uno de los varones, porque casi todos ellos nos suministran algún rasgo de la figura de Iñigo. Si nos hemos demorado, quizá hasta el exceso, en contemplar el alto árbol genealógico de la estirpe loyolea, lo hemos hecho deliberadamente, porque conociendo el tronco y el árbol total se conoce y se comprende mejor la madera, o sea, la naturaleza de la rama última; algo semejante será lícito hacer abocetando las figuras de sus hermanos, que vinieron al mundo en el mismo hogar, crecieron en el mismo ambiente familiar y moral,

[35] MHSI *Scripta de S. Ignatio* II, 249.

escuchando de boca de sus padres las mismas tradiciones, respirando el mismo aire de sus húmedos valles y soberbias montañas y educándose todos igualmente en idénticos ideales.

Yo me imagino a todos aquellos hermanos que se ufanaban del apellido *Loyola*, como un abanico heroico y legendario, que se despliega en los albores del siglo XVI con sus varillas orientadas como flechas hacia todos los rumbos de la rosa de los vientos; reflejan en su totalidad el polícromo panorama de la historia española. Esos hermanos parten de la casa solariega, hambreando aventuras, gloria mundana, fama, riquezas, encumbramiento social. Aventureros y ambiciosos lo son todos. Algunos de ellos, tras un vuelo más o menos largo y agitado, vuelven al nido para perpetuar la estirpe. Dos mueren en las guerras de Nápoles. Otro en lo lejana América. El último, impulsado por más sublimes pensamientos e inspirado de más nobles ideales, acabará sus días en el centro del Catolicismo, consagrado enteramente al servicio del Vicario de Cristo y de su Iglesia.

El primogénito Juan Pérez

Juan Pérez de Loyola se llamaba el primogénito, que arrastrado sin duda por el magnetismo y la fascinación del Gran Capitán, Fernando de Córdoba, se dirigió patroneando su propia nave a las costas napolitanas deseoso de guerrear contra el invasor Carlos VIII de Francia. El 7 de junio de 1496 las tropas españolas, a las que se habría incorporado Juan Pérez, desbarataron el ejército galo del Duque de Montpensier. Puédese sospechar que el intrépido Loyola fue herido en la batalla, porque catorce días más tarde lo hallamos gravemente enfermo, redactando su testamento en casa del sastre Juan de Segura, su huésped en Nápoles. Quien desee conocer algunas intimidades y flaquezas de este hombre de guerra, lea atentamente el testamento, que rebosa tierna piedad y caridad para con todos, al par que declara sus deslices morales.

> «Yo, Juan Peres de Loyola, fijo legítimo de Beltrán Yvanes de Loyola... En el nombre de Dios Padre e Fijo e Spiritu Santo, que son personas distintas e un solo Dios todopoderoso, lo cual confieso e creo firmemente en el mi corazón, con todo lo que cree la Madre Santa Iglesia...; en nombre de la muy gloriosa Virgen Santa María, Madre de mi Señor e Salvador Jhesucristo, la qual ove siempre por señora e ayudadora e abogada mia en todos mis fechos, e agora mucho más devotamente con verdadero corazón me confieso por su siervo e servidor, e ofréscole el mi cuerpo e la mi ánima, e demando a

la su misericordia lo más devotamente que puedo, me guarde de todo peligro e de todo pecado e me guíe e me consuele e me gane de mi Señor Jhesucristo gracia e bendición, porque viva en caridad e acabe en penitencias...»

(Sigue numerosas mandas:) «A la santa cruzada de Berbería para la guerra que ha de hazer nuestro señor el rey, e a las otras dos órdenes, la Trinidad e la Merced... Iten mando a la dicha iglesia del señor San Sebastián *(de Soreasu)* cient ducados de oro para la obra, e más una capa de seda de prescio de cincuenta ducados de oro... A la iglesia de Nuestra Señora de Aspeitia una capa de seda terciopelo negro con barras de brocado, que yo tengo. Iten, mando que den a mi fijo Andrés cien ducados de oro... Iten, mando que den a mi fijo Beltrán otros cien ducados de oro... Iten mando al contromaestre de mi nao, Juan de Arropa, allende de la cuenta, cuatro ducados de oro... Iten mando que den a una mi manceba, que está cerca de nuestra casa, que se llama María de Recarte, cinco mill maravedis de Castilla... Iten, mando que si Dios desta presente vida me levare desta enfermedad, que vendan mi nao lo mejor que pudieren y... aquello que restare lieven a mi señor padre, al cual encomiendo que fagan bien por mi ánima». No olvida a sus hermanos, a sus criados, etc[36].

El nombrado Andrés de Loyola, su hijo natural, llegó a ser clérigo y beneficiado de Azpeitia, notario apostólico y rector de la parroquia de San Sebastián de Soreasu.

No hubieran sido otros los sentimientos y el estilo de Iñigo de Loyola, si alcanzado por la muerte en medio de su juventud pecadora hubiera redactado su testamento. Fe viva y arrepentimiento profundo de sus culpas.

Martín García de Ornar

Al desaparecer el primogénito, quedó como heredero de la casa de Loyola el hijo segundo, Martín García de Oñaz y Loyola. Había nacido en 1477 y, como tantos otros nobles de su tierra, debió de frecuentar, siendo mozo, la corte de Castilla. Es probable que allí hiciera algunos estudios, pues en sus años maduros revelará ciertos conocimientos del latín. Así en las *Cuestiones* que propone a los clérigos de Azpeitia en 1521, intercala expresiones como éstas: *«in foro conscientiae», «in futurum», «multitudo»,* «esto que yo escribo lo tomen *espiritualiter»*. Con todo, bien

[36] *Fontes docum*. 140-46. Sobre Juan Pérez de Loyola, que en 1483 capitaneaba una nave llevando a sus órdenes 49 marineros y 85 hombres de armas, véase M. FERNÁNDEZ NAVARRETE. *Colección de los viajes y descubrimientos* II, 79-86.

podemos observar con P. Dudon, que si bien «Martín García mezcla en sus libros de cuentas el latín con el castellano, no llega muy lejos; es más hábil en manejar la espada que la lengua de Cicerón».

En la corte de los Reyes Católicos conocería seguramente a su futura esposa. Contrajo matrimonio en el palacio real de Ocaña (Toledo), porque la novia, Magdalena de Araoz, natural de Vengara, era dama muy querida de la reina Doña Isabel. El contrato matrimonial lleva la fecha del 11 de setiembre 1498. ¿Asistiría, con los suyos, Iñigo que sólo tenía siete años? Dícese tradicionalmente que en aquella ocasión la Reina Católica regaló a Magdalena la tabla pintada al óleo y no exenta de belleza que representa la Anunciación de María y que aún se venera incrustada en el retablo del *Oratorio antiguo* de la Casa de Loyola. Se supone que también fueron regalos de la Reina la *Vita Christi* del Cartujano y el *Flos sanctorum*, que tanto influyeron en la conversión de Iñigo durante su convalecencia en Loyola. El padre de la joven esposa, Don Pedro de Araoz, era veedor de la armada española en Nápoles cuando murió en 1502. Iñigo de Loyola, desde que quedó huérfano, miró siempre a Magdalena como a una madre. Cuando ésta en setiembre de 1539 redactó su testamento, en el cual mandaba hacer una lámpara de plata para el servicio de Nuestra Señora de Olaz (devoción de Iñigo), ya su cuñado, que tan sincero afecto le profesaba, estaba fundando la Compañía de Jesús.

Un año antes había fallecido piadosamente Don Martín García de Oñaz y Loyola, de quien hay que decir que en la vida pública siguió la línea de sus antecesores, con no menos fidelidad y entusiasmo. En 1512 cuando Fernando el Católico mandó al Duque de Alba, Don Fadrique de Toledo, a la conquista de Navarra, Don Martín participó denodadamente en aquella campaña, uniendo sus mesnadas con otras de Guipúzcoa, capitaneadas por Pérez de Leizaur. Vencidos los ejércitos franco-navarros de los reyes Juan d'Albret y Catalina de rojo y sometida Navarra, todavía iniciaron aquéllos un contraataque en Estella y otros puntos, pero fueron aplastados por beamonteses y castellanos, ayudados por muchos guipuzcoanos, entre los que se distinguió por su valor Don Martín, principalmente en la batalla de Velate (noviembre 1512).

En la segunda guerra de Navarra, ocasionada por la invasión de los franceses en 1521, don Martín y su hermano menor corrieron presuroso, al auxilio de Pamplona, pero antes de que empezase el bombardeo de plaza, en que cayó gloriosamente herido su hermano Iñigo, se retiró disgustado de los pamploneses que rehusaban darle un papel importante en la

organización de la defensa. Pronto veremos, en el capítulo V, su heroica defensa de Fuenterrabía tomada por los franceses en 1521.

Vuelto a su casa solariega, se consagró plenamente a la administración de sus bienes, al gobierno de la familia, y a la mejor observancia de sus deberes patronales para con la iglesia de Azpeitia. En los documentos de 1521 lo vemos reformando abusos y negligencias de los clérigos, tratando con el Rector y los beneficiados de la parroquia sobre la celebración de la Misa mayor, las Vísperas, la distribución de los diezmos y las ofertas de los fieles; e interesándose por la vida regular de las monjas de la Tercera Orden de S. Francisco, a las que ofrece un huerto y terreno para edificar una iglesia, en cambio de lo cual las monjas le prometen nombrarle patrono de la misma con todos los privilegios y derechos[37].

Otros hechos del señor de Loyola serán relatados en capítulos posteriores.

Don Martín García de Oñaz murió a los 61 años de edad el 29 de noviembre de 1538[38].

Su dilatada familia y parentela debió de entristecerse y apesadumbrarse muy de veras con la desaparición de aquel que hacía de padre de todos. La estampa doméstica de don Martín tenía algo de patriarcal. Se comportaba con sus numerosos hermanos, hijos, sobrinos y parientes con solicitud amorosa y con generosidad, auxiliándolos a todos, incluso a los

---

[37] Ibid., 269-285. El escudo de armas de su casa lo describe D. Martín así: «E cualquier que este mi mayoradgo heredare sea tenudo de se llamar al mi apelido y abolengo de Oynaz e traer e traya mis armas e insignias della, en campo e donde quiera que anduviere. Las cuales dichas armas de la dicha mi casa e abolengo de Oynaz son siete bandas coloradas en campo dorado; y las de la casa de Loyola unos llares negros y dos lobos pardos con una caldera colgada de los dichos llares, los cuales dichos lobos tienen la caldera en medio y están asidos con cada sendas manos a la asa de la dicha caldera de cada parte; y hanse de poner y traer en campo blanco» (ibid., 498). Parece que debía tener cuatro cuarteles: en los dos de arriba, las armas de Oñaz y las de Loyola; en los de abajo, las mismas, pero contrapuestas, según la pintura del escudo, hallada por C. de Dalmases y reproducida entre p.496 y 497 de *Fontes docum.*

[38] Dejó ocho hijos legítimos (4 varones y 4 hembras) más dos ilegítimoa, a quienes nombra en su testamento. Uno de ellos, Pedro García de Loyola, legitimado por el Emperador en 1523, lo habla tenido de «soltero, no obligado a matrimonio ni religión alguna» (F.F. 286). Falleció —según testificaba su mujer Doña Magdalena— «habiendo fecho sus cosas de conciencia como católico cristiano». En el testamento mandó que su «enterrorio» fuese modestísimo y que nadie le llorase ni llevase luto «ecebta mi propia mujer» (F.D. 571).

que se habían colado en el ámbito familiar por un postigo ilegítimo, y que acaso por eso mismo necesitaban de más cuidados y atenciones. Para todos tenía consejos prudentes y socorros eficaces. Aun en cuestiones económicas —siempre vidriosas— se mostró magnánimo y liberal. Nadie pudo quejarse de él. Al partir Hernando para las Indias, hace renuncia en sus manos de cualquier derecho o renta que en el futuro le pudiera sobrevenir, y lo hace «de mi propia libre e franca voluntad, por razón que vos, el dicho señor Martín García, mi hermano, me habéis dado e pagado realmente e con efeto todo lo que... a mí pertenecía o podía pertenecer». Otro hermano, Pero García, reconoce en su testamento «la mucha hermandad que hay entre nosotros». Con idéntico afecto trató a su hermano menor, Iñigo, cuando abandonó la casa paterna, y más adelante se le quejaba de no recibir más frecuentes cartas suyas.

Los últimos hermanos. El párroco Pero López de Clase

Los once hermanos que siguen, exceptuando el último gracias al cual merecen un breve recuerdo en esta historia, desfilan ante nuestros ojos como sombras sin color ni perfil. Ni siquiera sabemos el orden cronológico en que vinieron a este mundo. Los iremos poniendo en fila, quizá cambiándoles alguna vez el puesto por ignorancia.

Entre los hermanos mayores de Iñigo consignemos el nombre de *Ochoa Pérez de Loyola*, quien se dejó también fascinar por el resplandor de las armas y corrió a militar primero en Flandes y luego en España al servicio de la reina Doña Juana, hija de los Reyes Católicos y esposa del archiduque de Austria, Felipe el Hermoso. En su testamento dictado «dentro de la casa e solar de Loyola» a 16 del mes de febrero de 1508, declara que «tengo de rrecibir en la serenísyma rreina doña Joana, nuestra señora, dozientos ducados de oro por los servicios que a su alteza le fize», para cobrar los cuales «di poder bastante a don Juan de Anchieta», párroco de Azpeitia.

Deja diversas mandas «para la redención de los cristianos captivos, que están en tierra de moros», para «seis mugeres pobres»; manda «que envíen una buena persona a Nuestra Señora de Guadalupe en rromeaje por mi ánima, porque tengo prometido de cumplir el dicho rromeaje». «Iten, mando que sean rezadas por mi ánima trezientas misas de requein». Su cuerpo deberá ser enterrado «en la sepultura donde los cuerpos de mis señores padre e madre están enterrados, e que sea enterrado en el hábito de señor Sant Francisco», y se celebre una novena y cinco aniversarios.

Sigue a continuación *Beltrán de Loyola*, que en su juventud debió de hacer estudios en algún centro académico de importancia, ya que en un documento notarial del 3 de diciembre de 1500 figura entre los testigos como «el bachiller Beltrán de Loyola, fijo del dicho señor Beltrán». Del testamento de su hermano Pero López, que habla de «la herencia de nuestro hermano Beltrán», se deduce que antes del 14 de noviembre de 1527 era difunto. Nos alegraría ver entre los miembros de esta familia un letrado, como podría ser este «bachiller», pero no es probable, porque, según parece, siguió las pisadas de su hermano mayor, muriendo en las guerras de Nápoles en fecha incierta. Así lo afirma el *Memorial* del azpeitiano Francisco de Yarza, escrito en 1569.

No confundamos a este bachiller Beltrán con otro hermano suyo (quizá el más viejo) de nombre *Juan Beltrán*, a quien Ochoa Pérez de Loyola menciona en su testamento de 1508: «Iten, mando a Juan Beltrán de Loyola, borte, mi hermano, la otra mi espada, o el otro mi sayo e las mías calças negras»[39].

Muy poco es lo que conocemos del más aventurero de los hermanos, *Hernando de Loyola*, que devorado por la sed de aventuras, como tantos hidalgos españoles de su edad, se embarcó para el Nuevo Mundo en 1510, cuando era «menor de los 25 años», según él asegura en la renuncia (*renunciación, donación, cesión o traspasamiento*) que hizo el 27 de mayo de dicho año en favor de su hermano Don Martín, cediéndole cualquier derecho que en el futuro le pudiera provenir de la herencia paterna. Ignoramos en qué fecha y en qué condiciones, de muerte natural o violenta, sucumbió en Tierra Firme, o Darién (hoy Panamá). En su testamento dejó una manda para la cofradía de las Animas del Purgatorio de Valladolid.

Nos queda por presentar al único sacerdote de los ocho hermanos: *Pero López de Oñaz*, que debió nacer no mucho antes que Iñigo. Es posible que hiciese la carrera eclesiástica —seguramente no muy esmerada, ni en el aspecto intelectual ni en el moral y espiritual— con los beneficiados de la parroquia de Azpeitia. De todos los hermanos debió de ser Pero López de Oñaz quien más íntimamente trató con Iñigo, no sólo en la niñez y primera adolescencia, sino también en las temporadas esporádicas que podían pasar juntos en la casa paterna y en la villa de Azpeitia. El año 1515 los veremos envueltos en un proceso bajo la acusación de delitos

[39] Según Martín Alonso (*Enciclopedia del idioma*, Madrid 1958) «borte» es un navarrismo, que significa «inclusero, hijo natural» (I, 7533 Fontes docum. 191.

graves, que no se especifican y que en otro capítulo trataremos de aclarar. Más grave fue lo sucedido tres años más tarde. El 15 de octubre de 1518, ya anochecido, dos jóvenes, en un callejón, dieron muerte a cuchilladas al clérigo *García López de Anchieta*, sobrino del párroco Juan de Anchieta, a quien aspiraba a suceder en la Rectoría de su Iglesia azpeitiana. Uno de los jóvenes asesinos se llamaba Pedro de Oñaz, «menor en días», que más tarde fue «escribano de Azpeitia» y es de creer que perteneció al bando de los Loyola, si no era su pariente (no confundirlo con otros varios que se llaman *Pero López de Oñaz*); el segundo era Juan Martines de Lasao. Ninguno de la familia de Iñigo de Loyola manchó sus manos en aquella sangre. Iñigo se hallaba entonces al servicio del Duque de Nájera.

Pero López de Oñaz y Loyola realizó tres viajes a Roma con el fin de defender los derechos de su iglesia y de su patronato (o de su hermano Martín): en 1519-20; en 1524-25, y el tercero lo inició el 17 de noviembre de 1527. Para este último le da su hermano Don Martín 50 ducados de oro y una jaca.

Desde Roma le escribió a su hermano mayor una interesantísima carta, dándole exacta información de sus gestiones y describiendo el estado social y económico de la Ciudad Eterna. Le da cuenta de los gastos que necesariamente tiene que hacer, de sus planes para el futuro y de su necesidad de más dineros «para cuando veniéremos a pagar el proceso (*de la parroquia contra las monjas azpeitianas*), que será antes de dos meses». Le viene a ratos el pensamiento de colocarse con el cardenal Enckevoirt, «que es tudesco», o con el cardenal, Girólamo Doria, «que es sobrino de Andrea Doria, y dicen que es muy buen señor», para lo cual suplica que le consigan unas letras del emperador. Aquí en Roma «morimos de hambre y cada día tenemos menos pan, que a cuchilladas andan por tomar... y el pan que comemos es peor que mijo. Y en postdata: «Según los preparatorios, este año se ha de abrasar toda Italia, que según tenemos por sabido, todos los grandes de Italia hacen gente contra el emperador. Si el emperador pasa, creemos que todo se remediará; pero a no venir, todos andaremos una vez danzando».

Las sombras de este cuadro se explican atendiendo a la fecha. No habían pasado dos años del bárbaro y devastador Saco de Roma perpetrado por las abigarradas, indisciplinadas y hambrientas tropas imperiales, y se notaban las consecuencias. Una frase de la carta parece indicar que Pero López no gozaba de salud muy robusta. De hecho, en su viaje de vuelta,

pasando por Barcelona le alcanzó la muerte, antes de julio de 1529[40]. Parece que ya no le quedaban rastros de su antigua vida borrascosa y nada edificante.

Del último hermano, que fue Iñigo López de *Loyola* trataremos en seguida.

Cinco hermanas

Las hermanas fueron cinco. En qué orden se han de entreverar con los hermanos, no lo sabemos. Ciertamente la de más edad era *Juaniza* o *Joaneiza* (que de ambos modos se citan en los documentos: *Juanisça* y *Juaneyça*). Juan Pérez de Loyola, el mayor de los hermanos, dice en el testamento de 1496: «Mando a mi hermana la mayor, Juanisça, tres marcos de plata», etc. Juana no sabía escribir y se casó con el notario de Azpeitia, Juan Martínez de Alzaga.

Tampoco sabía escribir *Magdalena*, otra hermana, y se casó con el notario de Anzuola, Juan López de Gallaiztegui, señor de Ozaeta y Echeandía. Iñigo (o Ignacio) le escribirá desde Roma una carta el 24 de mayo de 1541, enviándole doce cuentas indulgenciadas, y animándola al fervor y piedad, recibiendo el Santísimo Sacramento «todas las veces que pudierdes». Que una de las hermanas se llama *Sancha Ibáñez* lo sabemos por el testamento de Ochoa Pérez (1508) donde dice: «Mando que sean dados a doña Sancha lbañes de Loyola, mi hermana, veinte ducados de oro... por el amor que le tengo». No sabemos más de ella.

Otra hermana, *Petronila*, matrimonió con Pedro Ochoa de Arriola, natural de Elgóibar. Para las bodas recibió de su padre «400 florines de oro e más sus camas e arreo e vestido festivales».

Queda por fin una *María Beltrán*, «hija natural de Beltrán de Loyola», según testifica su hermano Don Martín en un codicilo de su testamento de 1538. María Beltrán se hizo «freyla» o serora de la ermita de San Miguel, pero en 1516 abandonó ese piadoso ejercicio para casarse con Domingo de Arruayo.

Antes de cerrar este capítulo, es preciso decir que al celebrarse en

[40] P. DUDON, Saint Ignace p.613, según documento del P. Cros. En doc. de 24 febrero 1525 declara hallarse enfermo de cierta gravedad. Dejó dos hijos naturales: Beltrancho. de cuya educación se encargó seriamente D. Martín, recogiéndolo en su casa, y también Potenciana, la senora. Los documentos de 1525-1529 nos revelan un Pero López de mayor autenticidad sacerdotal y espíritu eclesiástico.

1956 el cuarto centenario de la muerte de San Ignacio salieron a luz algunos datos nuevos, y, entre otros, se habló de un nuevo hermano del Santo, por nombre *Francisco Alonso Oñaz de Loyola*, que yendo a Granada al frente de una compañía de soldados (¿cuándo?) se detuvo en la villa de Yébenes (Toledo), donde enfermó y más tarde casó con doña Mencía López Marín. Acogida la noticia con satisfacción por muchos, hoy nos parece muy insegura y poco de fiar, porque el nombre de tal personaje no aparece jamás en los documentos familiares de los Loyola y sólo muy tardíamente y de modo confuso se empieza a hablar de él.

No pocos autores antiguos creyeron en la existencia de otro hermano de San Ignacio, de nombre desconocido; el origen de la noticia no puede ser más alto. El mismo emperador Don Fernando, hermano de Carlos V, hablando con algunos jesuitas en 1551, decía que él había conocido algunos años antes al «capitán Loyola» *(Dux Loyolae)*, hermano del Padre Ignacio, que había muerto en la guerra contra los turcos. No se trataba de un hermano, sino de un sobrino, el capitán Juan Pérez de Loyola († 1538), que fiel al espíritu de su estirpe loyolea y persiguiendo como sus mayores el señuelo de la fama y de la gloria, se había alistado con fervor patriótico-religioso, al par que otros muchísimos de la nobleza española, italiana y alemana, bajo las tremolantes banderas imperiales.

No sabemos en qué ataque de la Media Luna cayó el *Dux Loiolae*; pero que allí combatían muchos nobles españoles, lo deducimos de la interminable retahíla de títulos nobiliarios que en otra ocasión —la del sitio de Viena por Solimán el Magnífico en 1529— hace pasar ante nuestros ojos el *Romancero General* (B.A.E. 16,154). Duques, Marqueses, Condes, Almirantes, Mariscales, Capitanes de alto renombre, van resonando como un redoble de tambor en un desfile militar.

Basta con lo dicho sobre los hermanos de Iñigo de Loyola, para dejar bien desplegado el abanico heroico y legendario, que arriba decíamos, y para ver claramente cómo se disparan, afanosos de gloria y honor por los más tentadores rumbos del planeta. Parece increíble que en el seno de una familia vasca se reflejen tan cumplidamente todos los ideales de la España del siglo XVI: el de la cruzada nacional, el de la guerra contra la Media Luna y contra los protestantes, el de la exploración y conquista de América, el de los Tercios de Flandes y de Italia bajo caudillos egregios, y finalmente el ideal religioso.

Hemos llegado al punto en que tenemos que empezar el estudio minucioso del más joven de los Loyola. Gracias a él y tan solo en atención a

él hemos hecho mención de los demás. Personajes con cualidades y méritos como los hermanos de Iñigo surgen a montones en la España de su tiempo: Iñigos, en cambio, son muy pocos; tan alta y tan excepcional es su figura histórica.

Iñigo López de Loyola, su cuna y su nombre

Empecemos por hacernos esta pregunta: ¿Cuándo nació el más célebre de los Loyolas, aquel cuyo nombre había de resonar entre los más gloriosos del siglo XVI y cuya celebridad había de crecer y recrecer en siglos posteriores?

No sabemos a ciencia cierta ni el día ni el año; pero disponemos de algunos indicios que nos mueven a aceptar, como fecha bastante segura, el año 1491 (¿el 1 de junio?). El Nuevo Mundo estaba para nacer entre las lejanas espumas del mar de Occidente. El Ocaso de la Edad Media se transformaba en Aurora de la Edad Nueva.

El problema cronológico del nacimiento de Iñigo de Loyola no carece de complicaciones. Y, sin embargo, hay una afirmación rotunda del Santo, cuyo sentido no debe torcerse ni menos ser utilizada como argumento para achacar a Ignacio falta de memoria o ignorancia de su edad. La memoria de Ignacio fue siempre, hasta el último año de su vida, verdaderamente prodigiosa. Pasmaba a todos por la exactitud y precisión con que narraba los hechos pretéritos. Ahí está su *Autobiografía*, dictada sin notas ni apuntes, para demostrarlo. Cuando dudaba de un hecho, lo daba como dudoso; cuando lo aseveraba rotundamente, era porque lo juzgaba absolutamente cierto. Ahora bien, al empezar a narrar su vida al P. Gonçalves de Cámara, empieza por estas palabras:

«Hasta los 26 años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo». Como todos sus contemporáneos estaban persuadidos que la conversión de Iñigo, con la renuncia a las vanidades mundanas, no había tenido lugar hasta 1521, poco después de la herida de Pamplona, dedujeron que tendría que haber nacido el año 1495, fecha inconciliable con otros datos ciertos que se conocían.

Consecuencia: que Ignacio se había equivocado. Pero ignoraban aquellos primeros jesuitas, que Ignacio pudo haber dado un primer paso hacia la conversión en 1517, cuando tenía justamente 26 años de edad, según lo cual, había nacido en 1491. La gran desilusión que se llevó con el fracaso y la muerte triste de su gran favorecedor Juan Velázquez de

Cuéllar en 1517, sacudió violentamente su espíritu, le hizo cambiar el rumbo de su vida, y dejando sus costumbres mundanas y frívolas, emprendió una carrera noblemente caballeresca, sacrificándose por altos ideales patrióticos, aunque todavía meramente humanos.

Poco antes de morir el Santo, alguien preguntó a su vieja nodriza por los años que entonces tendría Ignacio, y en su respuesta (cuyas palabras textuales ignoramos) vino a decir que había nacido en 1491.

Los jesuitas que se hallaban en Roma a la muerte del fundador en 1556, siguieron la opinión de la nodriza y dando por cierta la fecha natal de 1491, escribieron en la lápida sepulcral que «durmió en el Señor a los 65 años de edad (*Obdormivit in Domino anno aetatis suae LXV*)». El historiador Pedro de Ribadeneira, que en un principio había aceptado el año 1495, cambió de opinión y no vaciló en dar comienzo a su clásica biografía con estas palabras: «Iñigo de Loyola... nació de noble linaje... el año del Señor de 1491, presidiendo en la silla de San Pedro Inocencio Papa VIII de este nombre».

Modernamente ha venido a confirmar esta opinión un acta notarial del archivo de Azpeitia, que lleva la fecha del 23 de octubre de 1505. En este documento público figuran tres testigos: «presentes como testigos para eso llamados e rogados, don Iñigo de Goyas e Domingo de Garagarza e *Iñigo de Loyola*, vecinos de la dicha villa». Ahora bien, como las leyes castellanas y guipuzcoanas exigían, para actuar válidamente como testigo, 14 años cumplidos, deducimos que el 23 de octubre de 1505 Iñigo de Loyola había cumplido los 14 años, y por lo tanto había nacido *antes del 23 de octubre de 1491*.

Muy pronto, según era costumbre, fue llevado a cristianizar con las aguas del bautismo, que cayeron sobre su cabecita en la iglesia parroquial de Azpeitia, cuyo Rector se llamaba Juan de Zabala. Aún se conserva con veneración la pila bautismal. Púsosele por nombre Iñigo, al que se añadió, según costumbre tradicional, el patronímico López antes del apellido paterno, originario del viejo solar de la familia. Iñigo López de Loyola sería su nombre completo y oficial, testificado en diversos documentos notariales de Azpeitia y en otras escrituras públicas. Iñigo es un nombre típicamente español (procedente del germánico *Innich*, Enmech, *íntimo*), que abunda en toda la Edad Media, lo mismo en los reinos de Aragón y Navarra, que en los de León, Castilla y País Vasco. En latín se decía *Enneco-onis*, rara vez *Ennecusi*; en castellano antiguo revestía formas múltiples: *Yñigo, Iñigo, Innigo, Enego, Yáñego*, etc.

Más de una vez vemos que el *Iñigo* se junta con *López*; recuérdese, por ejemplo, que el famoso Marqués de Santillana se llamaba *Iñigo López* (de Mendoza), y el caso menos conocido de un conde, citado por G. Balparda en su *Historia critica de Vizcaya*, que por los años 1040 figura con el nombre latino de *Enneco Lupiz Viscayensis comes*».

¿Por qué don Beltrán y doña Marina escogieron para el último de sus hijos el nombre de Iñigo? Pudieron influir razones familiares o de amistad —eran muchos los Iñigos entre sus parientes y allegados—, pero también existe la probabilidad de que lo hicieran en honor de San Iñigo († 1068), abad benedictino, reformador del monasterio de Oña (Burgos), cuya fiesta litúrgica se celebra el 1 de junio. Esto dio motivo a Heinrich Böhmer, para pensar que Iñigo de Loyola nació el 1 de junio o la víspera.

Iñigo a secas, o Iñigo de Loyola se le llamará ordinariamente en sus primeros años. Durante sus estudios universitarios en París latinizará su nombre, no en la forma de *Enneco* ni *Enecus*, sino en la de *Ignatius*. Cosa extraña, porque *Ignatius* no es traducción de Iñigo, ni el nombre de Ignacio era corriente en la Europa de su tiempo. Se ha buscado la explicación de esta preferencia por la forma *Ignatius* en la devoción de San Ignacio de Antioquía. Es posible que ya en París tuviese Iñigo esa devoción al mártir antioqueno, tan amante de Jesús nuestro Salvador y de la obediencia a la Iglesia y a sus Jerarcas. ¿Habría tal vez leído poco antes las conmovedoras epístolas de dicho santo, publicadas en París por J. Lefevre d'Etaples el 6 de febrero de 1498 (1499), e incluidas en la obra del Estapulense *Theologia vivificans… Ignatii undecin (?) epistolae?* Si acaso las leyó entonces, yo no dudaría en sostener que le movió el amor al santo de Antioquía, «a quien yo tengo —escribirá en 1547— o por lo menos deseo tener, muy especial reverencia y devoción».

Estimo menos probable que siguiese la moda y costumbre de los humanistas de entonces, que latinizaban su nombre con caprichosa arbitrariedad, buscando un nombre clásico de alguna semejanza etimológica o simplemente fonética, con el suyo. Así Diego Gracián de Alderete dio forma latina a su apellido García, transformándolo en *Gratianus*, de donde Gracián. El hebraísta alemán *Aurogallus* latinizó así su apellido alemán que era Goldhahn, y *Melanthon* (así firmaba él) quiso dar una cierta suavidad griega a su áspero apellido tudesco Schwardzerd. *Ignatius* no puede ser latinización de *Iñigo*, pero si se pronuncia a la romana, *Iñacius*, fonéticamente se aproximan un poco. A un hombre del Renacimiento le basta eso para hacer carambolas con su apellido. Las palabras de Ribadeneira

(«tomó el nombre de Ignacio por ser más universal») no explican nada; sólo significan que quiso tomar un nombre más universalmente conocido que Iñigo, pero ¿por qué no escogió Francisco, Luis, o Enrique, que son y eran más universales que Ignacio? Dejando a un lado cualquier conjetura, contentémonos con saber que en las *Acta Rectoria Universitatis Parisiensis*, curso escolar de 1531-1532, se le designa *Ignatius de Loyola*. Y en adelante en todos los documentos oficiales, redactados por él o por otros, se dice *Ignatius de Loyola*, lo mismo en Francia que en Italia. La primera vez que él firma así en sus cartas privadas parece que fue en agosto de 1537 escribiendo *en latín* a micer Pedro Contarini. En el trato familiar e íntimo las personas de confianza seguían llamándole Iñigo. La misma Victoria Colonna el 21 de enero de 1542 dirige una epístola *«Al muy Rdo. Padre Don Iñigo»* En los años posteriores no vuelve a aparecer Iñigo, sino una sola vez, el 10 de agosto de 1546.

El *Iñigo López de Recalde*, que algunos historiadores, aun de los eruditos, siguen aplicando a S. Ignacio, es un craso error, ya denunciado y explicado a principios de siglo por F. Fita en 1898, según explicáremos en el capítulo X.

En el caserío de Eguíbar

El niño Iñigo no debió de tener mucho tiempo para conocer a su madre. Doña Marina Sánchez de Licona, después de 34 años de fecundo matrimonio, dio a luz a su duodécimo y último hijo, cuando ya nadie la creía capaz de nuevos alumbramientos. La extenuación corporal, efecto de sus múltiples embarazos y quizá de otros achaques que no sabemos, aceleraron su muerte. En 1508 pocos se acordaban ya de ella.

No pudiendo, pues, amamantar por sí misma al niño, se buscó una nodriza y la hallaron excelente en María de Garin, mujer de robusta salud, de profunda piedad religiosa, casada con un herrero, de apellido Errazti y cuyo hogar y domicilio era el caserío de Eguíbar, cerca de Loyola que aún puede verse en el camino viejo de Azpeitia.

Allí, mejor que en su familia, aprendería la lengua vasca, de la que siendo mayor, no pudo hacer mucho uso, y conocería en su más típica forma las costumbres y el folclore del país.

Entre las dos casas —la de la nodriza y la propia natal— corrieron los primeros pasos de aquel niño de cara redonda y sonrosada, que al poco tiempo ya conocía todas las sendas del ameno valle con sus variados

árboles y las bajadas al Urola. Frente al caserío de Eguíbar, al otro lado del río y en la ínfima falda del monte Izarraitz descollaba la modesta ermita de Olaz, atendida por una serora, y muy venerada por los campesinos del contorno. «Tal vez la cristiana y honrada casera que amamantó a Iñigo, fue también la primera que depositó con la leche en el tierno corazón del niño los gérmenes del amor y de la devoción a aquella vecina Virgen de Olaz, a la que años después, según es tradición, saludará el Santo con una Salve siempre que pase en el camino por delante de su ermita».

Un distinguido autor, que ha estudiado morosa y amorosamente la crianza de Iñigo en el caserío bajo la tutela de su nodriza, traza un cuadro de cómo alternaron y se entremezclaron en el niño las influencias rurales de Eguíbar con las señoriales de Loyola: «los pichones y la blanca harina de la casa solariega, con la abundancia de castañas asadas, tradicional en los caseríos; los despuntes de empaque señorial en las Misas y Vísperas de la parroquia, con las romerías democráticas, de abarca y brusilla, a las ermitas de Olaz y de Elosiaga; la tonadas modernas y cortesanas compuestas por Anchieta, con los aires y las danzas vetustas de la tierra; el duro aprendizaje de la cartilla, de los palotes y de tal cual rudimento de gramática y latín, bajo la férula de alguno de los beneficiados de Azpeitia venido a ese fin a la Casa-torre, con las travesuras a lo largo de las huertas del propio y ajeno señorío».

Algo más que los primeros «palotes» aprendería en su niñez, ya que Ribadeneira en el primer capítulo de su biografía ignaciana asegura «que era muy buen escribano». Y si antes de entrar prematuramente en la adolescencia la autoridad eclesiástica le otorgó prematuramente la tonsura, eso significa que había hecho algunos estudios o los estaba haciendo.

Educación religiosa en el hogar doméstico

Si en lo moral pudieron llegar a su conocimiento ciertos escándalo, de algún miembro de la familia, que le marcaban sendas resbaladizas, en lo religioso no recibió sino buenos ejemplos de todos, padres, hermanos y parientes. Ciertas libertades sexuales, siempre condenadas por la Iglesia, eran en aquella época tan comunes en todos los países, así entre los laicos (empezando por los reyes) como entre los clérigos, que por el frecuente uso fácilmente se perdonaban, se miraban con disimulo o se pasaban por alto. Un hijo natural era recibido en la familia y se mezclaban con los legítimos sin escándalo de nadie.

Todos recibían una educación profundamente religiosa, sin que jamás

por sus cabezas pasase la sombra de una duda acerca de la fe. Aceptábanse con férrea firmeza todos los dogmas de la religión católica. Las verdades religiosas no se problematizaban, como hoy en día; por eso nadie caía en el escepticismo. Esas verdades se abrazaban con toda el alma, con todo el corazón, y se aceptaban como luces claras para la vida temporal y eterna.

Aun los de vida más desgarrada estaban dispuestos a morir por la defensa de aquellas creencias que habían recibido de la Iglesia por medio de sus padres y sacerdotes. El hogar y la parroquia eran las escuelas de religión, de una religión tan compacta, tan broncínea —y al mismo tiempo tan amada — que en ella no había rendijas para la vacilación y la duda. Sólo por ella esperaban poder alcanzar la gracia de Dios y la salvación eterna.

La reina Isabel la Católica en su testamento repetía: «En la cual fe y por la cual fe estoy aparejada para por ella morir, e lo recibiría por muy singular e excelente don de la mano del Señor». Morir por la fe de Cristo significaba una gloria para todos los soldados españoles, que con gozo y entusiasmo luchaban por la religión en las «guerras divinales».

Tal era la educación que recibió en Loyola de sus padres el benjamín de la familia; educación no muy distinta de la que se daba entonces en todos los hogares de la nobleza y de la burguesía española. Un testimonio que aduciremos textualmente en el próximo capítulo nos asegura que el joven Iñigo, al partir de Loyola para la villa de Arévalo, «estaba bien instruido en la doctrina cristiana».

El jesuita Lorenzo Paoli, procurador general en la causa de canonización, compendiaba así en 1605 los juramentos de muchos testigos azpeitianos: «Ignacio o Iñigo en su infancia y adolescencia vivió siempre en la fe católica y en la obediencia a la santa Iglesia Romana y al Sumo Pontífice en el dicho castillo de Loyola, obedeciendo a sus padres, visitando las Iglesias, oyendo las Misas y los divinos oficios y haciendo cuanto debe hacer un buen católico, que por tal era tenido universalmente».

No solamente Iñigo y sus hermanos, sino todos los miembros de la familia empezando por los padres y, tras la muerte de éstos, por don Martín y doña Magdalena, con toda la servidumbre de uno y otro sexo empleada en el servicio doméstico, acudirían todos los domingos y días festivos a la parroquia para asistir por la mañana a la Misa y por la tarde a las Vísperas, donde el patrono tenía asiento de preeminencia. Después conversarían familiarmente con el rector, con los beneficiados y capella-

nes, que no en vano del señor de Loyola dependían en su nombramiento. Por los años de 1518-1529, Pero López de Loyola regía, como párroco, aquella iglesia.

Disputóse algún tiempo, si el niño Iñigo recibió o no la tonsura clerical. Y lo juzgo sumamente probable, aunque habitualmente no llevase ni tonsura ni otra señal de clérigo. Bastaba el tonsurarse para entrar en el clericato y poder disfrutar de algún beneficio eclesiástico; de ahí que en el siglo XVI fuesen muy frecuentes los casos de algunos personajes que vestían y vivían como legos, alcanzando beneficios eclesiásticos en virtud de la tonsura. A su tiempo veremos que Iñigo en 1515 alega su condición de *clérigo*, con el fin de esquivar la jurisdicción del tribunal civil, y aunque algunos de sus acusadores niegan que sea tonsurado, no saben demostrarlo; otros, en cambio, parece que lo admiten, según veremos. Por otra parte es claro que el 31 de marzo de 1523, Iñigo el peregrino, para obtener la facultad de viajar Tierra Santa, va a Roma y se presenta ante el papa Adriano VI como *«clericus pampilonensis diócesis»* (clérigo de la diócesis de Pamplona). Ahora bien, el único tiempo en que pudo recibir la tonsura clerical fue en su niñez de Azpeitia; después, resulta impensable. A quienes digan que en la Universidad de París se le designa como *«Dominus Ignatius dioc. Pampilonensis»* y nunca como *«Ignatius clericus»*, responderé que el argumento no vale, porque ésa era la costumbre que se guardaba con todos los estudiantes universitarios, aunque fuesen clérigos, como lo demuestra la simple lectura de las *Acta Rectoria Univ. Parisiensis*.

El hecho que nos transmite Nadal, de que Iñigo «pasó la niñez en su casa bajo los cuidados de sus padres y de un pedagogo... que lo educaron piadosamente y conforme a su nobleza», denota que la voluntad de don Beltrán era dar a su hijo un pedagogo o preceptor que le enseñase la gramática latina, según costumbre en tales casos, lo cual era a veces un modo de encaminarlo hacia la carrera eclesiástica. Pero el mismo Nadal comenta en otro pasaje el resultado decepcionador: «Pues habiendo sido educado en el hogar con singular distinción *(liberaliter)*, no se aplicó a los estudios, sino que incitado por su ánimo generoso, se entregó totalmente, conforme a las tradiciones de la nobleza española, a granjearse el favor del rey y de los magnates y luego conquistar la gloria militar».

¿No le aconteció cosa igual a su hermano mayor, don Martín, de quien sospechamos con fundamento que entendía la lengua latina?

Al ágil saltarín muchachito de Loyola le gustaría mucho más partici-

par en las danzas populares, como en la *espatadantza*, en que los *espatadantzaris* de una pareja entrecruzan sus espadas (o palos) con los de otra pareja, haciendo mil trazados y evoluciones al son del *Txistu*, y del tamboril; o bailar el *aurresku*, en que las mujeres se asocian a los hombres con tanto respeto y delicadeza, que hombre y mujer nunca se tocan ni estrechan la mano, sino por medio de un blanco pañuelo. Y no menos se deleitaría cantando *zortzikos* en la plaza entre la algazara y los aplausos de los espectadores. La música le encantó siempre hasta los últimos días de su vida; siendo mayor no sabemos que cantara, si no es alguna vez en París para consolar a un atribulado y triste que se lo pedía.

Con los amigos de Azpeitia y con la gente sencilla de las caserías (*caseríos* dicen hoy) Iñigo conversaría en la lengua del pueblo —la milenaria lengua vasca—; en casa comúnmente usaría la lengua castellana, la que se preciaban de hablar las personas nobles y cultas. En la correspondencia epistolar con sus familiares no empleó otro idioma que el castellano.

¿Eran ricos y opulentos los señores de Loyola?

Ricos, sí; opulentos, no. No tenían a mano las grandes sumas de dinero, que están a disposición de los capitalistas de nuestros días; pero si en sus arcas no entraba el oro y la plata y las joyas como un río caudaloso y continuo, no dejaban de entrar abundantemente las riquezas a temporadas, sobre todo al cobrar las rentas anuales del patronato o recoger los frutos de las cosechas y el producto de las ferrerías. Bien es verdad que muchas veces las cobranzas serían en especie, más que en moneda contante y sonante. El bienestar reinaba en aquella familia tan numerosa, un bienestar campestre, de sanas y copiosas comidas al estilo vasco, y muy apreciable indumentaria en los inviernos.

Todos los que conocían a los Loyolas estimábanlos como muy ricos, empezando por el señor del castillo de Muñatones, Lope García de Salazar, quien escribía en la segunda mitad del siglo XV: «Es este solar de Loyola el más poderoso del linaje de Oñez, de renta e dineros e parientes, salvo el de Lazcano». Mas en los años siguientes los Oñaz-Loyola frieron prosperando más y más. El azpeitiano Francisco Pérez de Yarza escribió en 1569 un memorial sobre el «Honor y calidad de la casa de Loyola», exaltando el poder y autoridad de aquellos señores.

Un magnate castellano de la categoría social de duque de Nájera, Juan Esteban Manrique de Lara, amigo en su juventud de Iñigo, deseando

años adelante unir su noble casa con la de Oñaz y Loyola, escribió al fundador de la Compañía de Jesús, rogándole se interesase en el casamiento de un hijo del duque najerense con Lorenza de Oñaz y Loyola, nieta de don Martín García de Oñaz. Declinó Ignacio ese oficio, que le parecía «tan ajeno de mi profesión», y el matrimonio no se realizó. Finalmente Lorenza de Oñaz casó con Juan de Borja, hijo del santo duque de Gandía, en agosto de 1552. Maliciaron algunos que en ello podía andar la mano del Fundador de la Compañía de Jesús, calumnia que se difundió hasta dentro de la corte; pero pronto se disiparon los chismes y patrañas, cuando se hizo público que el Santo nunca aprobó aquel casamiento ni envió unas palabras de felicitación a los nuevos esposos; y Antonio Araoz, bien informado de los bienes loyoleos, como pariente cercano de la familia, declaró que quien salía ganando con aquel desposorio no era la novia. Polanco lo consignó así en su *Chronicon:* «El matrimonio cedía en provecho de don Juan (de Borja) más bien que de la casa de Loyola, pues la grandeza de la dote y aun la nobleza había hecho aquel desposorio muy apetecible a señores ilustres y poderosos, mientras que don Juan de Borja no poseía bienes raíces y estables, sino una maestranza o encomienda de la Orden militar de Santiago, que no pasa a los sucesores».

Escribiendo a don Martín García de Oñaz su santo hermano Ignacio a fines de junio de 1532, aludiendo a las riquezas de familia, le exhorta a emplear bien la abundancia de bienes terrenos que Dios le ha dado. En su carta, empedrada de locuciones latinas, le dice que el afanarse por aumentar las rentas y ganar nombre y fama, *«non est meum condemnare, laudare autem nequeo*... Os pido procuréis con enteras fuerzas de ganar honra en el cielo, memoria y fama delante del Señor que nos ha de juzgar, pues *en abundancia os dexó las cosas terrenas*, ganando con ellas las cosas eternas».

Siempre hay que tener en cuenta que el estado social de los Loyola era fundamentalmente agrario dentro de su condición hidalga y nobiliaria. Por eso ha escrito un moderno biógrafo, fino captador del ambiente y del espíritu de sus biografiados:

«En realidad los Loyola vivían del campo y en el campo. Cosechaban, hacían la molienda del trigo, prensaban la aceituna o trituraban lo manzana, sacrificaban reses, tejían y se vestían frecuentemente de lanas primitivas. Esto no excluía los buenos trajes, las telas, los terciopelos toledanos, y en el pavimento de la casa las alfombras de Salamanca, que eran tapices moriscos con mil tejidos caprichosos sobre

fondo granate; pero en el conjunto los interiores de la casa eran tan sólidos como sencillos y aun de cierta tosquedad. Pavimentos de roble o de ladrillo, techos, con vigas roblizas, escuadradas a la buena de Dios. Algunos objetos de adorno, relucientes sobre los muebles realzaban el tono del mueblaje de nogal o de encina cincelada; había un poco de plata, también un poco de oro, pero lo mejor estaba reservado para la capilla, en la que se veneraba una tabla flamenca que representaba la Anunciación; sobre ella una escultura de la Dolorosa y a los lados la estatuita de Santa Catalina de Siena y la de Santa Catalina de Alejandría. Al final del Cuatrocientos, la vida permanecía casi aprisionada dentro de los confines aldeanos de Guipúzcoa, y —precisando más— dentro de la cuenca del Iraurgui».

Datos que nos brinda la carta de mayorazgo

Hay un modo relativamente fácil, aunque lento, de catalogar casi todos los bienes que poseían los señores de Loyola, y es repasar pluma en mano los numerosos documentos familiares que se conservan, muchos de los cuales han sido recientemente publicados críticamente en *Monumenta Historica Sotietatis Iesu.* Todas las posesiones o bienes inmuebles (casas, campos, etc.) y las principales rentas (que eran perpetuas, mas no cuantiosas) aparecen consignadas en los testamentos, contratos matrimoniales, privilegios reales, donaciones, etc. El inventario, sin duda, más copioso y preciso es la «Escriptura o carta de mayoradgo» redactada cuidadosamente por don Martín García de Oñaz el 15 de marzo de 1536, que se puede completar con el testamento del mismo en 1583 y con el «Ynbentario de bienes que fincaron... el señor Martín García de Oynaz, defunto» (agosto-octubre 1539).

La dificultad está en evaluar esos bienes, uno tras otro, determinando al menos con fórmulas vagas su equivalencia monetaria, tarea para nosotros imposible.

Alguna idea daremos al lector, extractando literalmente breves fragmentos de la citada Carta fundacional del mayorazgo.

> «Por ende, yo el dicho Martín García de Oynaz.... dispongo e ordeno e mando e constituyo e establezco e faugo mayoradgo perpetuamente... en vos..., Beltrán de Oynaz mi hijo legítimo e de doña Madalena de Araoz mi legítima muger, de las mis casas e solares de Oynaz e Loyola, con todo lo que les pertenece, e de la anteyglesia de San Sebastián de Soreasu etc. e de

todo lo que se sigue, es a saber:

— De la dicha casa e solar de Oynaz con todo lo que tiene... desde el mojón que está cabe el rrobre grande... fasta el arroyo que se llama Mariascaeta...

—Más otra heredad que se llama Hapozueta...

— Más otra heredad que yo tengo, que se llama Osandasoro...

—Más todos los seles [e] caserías que en ellos están edificadas, con todos sus plantíos, usos, salidas, pastos e agoas..., asi como la casería de Ygarate con sus platal., que es de seis goraviles y coderas»[41].

(Enumera a continuación 20 seles, unos de 6 y otros de 12 coderas, con sus casas y plantíos.)

— Más la casa y solar de Loyola con su huerta y palomar y casa lagareyna[42], e molinos que están cerca el dicho solar; e de los dichos molinos río arriba fasta el camino que se atrabiesa para Berrasoeta e Mendiolam...

— Más las heredades que hobe por conpra, que son: la casa de Arguisabe con sus pertenencias...; más los manzanales y heredades que están apegadas a la casa de María de Recarte...

— Más las heredades que hoy tengo e poseo a las puertas del dicho solar, con otra heredad que va de la quina del dicho molino, río abaxo fasta un manzanal que tiene la casa de Heguíbar...

— Más otro pedazo de monte robledal e castañal...

— Más otra heredad e tierra que está junto la puente del dicho solar...

— Más un castaña!, que es de la otra parte del arroyo...

— Más otro castaña] que se llama Loydi...

— Más un suelo de casa en Urriztilla...

— Más una casa con su suelo, que está edificada en la plaza de la dicha villa *(de Urrestilla)*...

— Más otra casa con su suelo, que está cabe la iglesia de San Sebastián de Soreasu...

— Más la casería de Leete, con todo lo que hoy tiene...

— Más la casería de Oñalarre con todo lo que hoy posee...

— Con más el suelo y heredad y manzanal de la herrería de lbarrola, que de presente está derrocada...

— Con más la casa y casería de Ameznabar con su casita e heredades, castañales, prados, pastos, manzanales, rrobledales... en la juridicción de

[41] «Sel» es un terreno acotado para pasto y arbolado; «garavilla», una medida de siete brazas, y «codera» una medida de catorce brazas de longitud.

[42] «Lagareyna» o lagareña, dedicada a pisar la uva, prensar las aceitunas, u machacar las manzanas para preparar la sidra.

Beizama.

— Con más la herrería de Ubisusaga con su molino e casa...

— Con más la casa e casería de Herrazti, con todo su plantío...

— Iten, la casa e casería de Arizumarriaga, con todo su plantío.

— Más el sol de Leizaribinieta... Iten el sel de Cortaberría...

— Iten, los dos mili maravedís de juro, que están y tengo situados en Zumaya, en el albalá del diezmo viejo del fierro que se labrare en las ferreterías de Aranaz y Barrenola...

— Más el monesterio de San Sebastián de Soreasu y todo lo a él

— Más todos los seles que pertenecen a San Sebastián de Soreasu».

En el *Inventario de bienes* que se hizo a la muerte de don Martín descubrimos muchos documentos (*bulas y breves* de papas, *cartas y privilegio de los reyes*, compras y ventas, contratos, un *Confesional* en pergamino, la renuncia de Iñigo de Loyola a su legítima) y numerosos objetos preciosos en varias arcas que vienen a redondear el concepto de la riqueza de una familia. Allí vemos: una cifra de oro con su letrería y un joyel de oro, tres granos de aljófar con un botoncito de oro, dos jarros de plata y dos candeleros de plata, dos ampolletas de plata, once cucharas de plata con el nombre de Oynaz, una chamarra de terciopelo nuevo y otra de paño frisado, diversas prendas de terciopelo; sin contar las espadas, estoque, ballestas, etc. «Yten, inventa[ria]ron una cuba de sidra llena, que dixo la señora doña Magdalena que estaba en el lagar... y otra cuba que dixo que estava de sidra en Oynaz...

lten, inventaron dos acémilas y un yegoa... E después de lo susodicho... doze camas... doze cócedras y doce plumiones de sobrecama..., seis mantas, dichas en bascuence *burusis*... Iten, el ganado mayor y menor de las casserías».

Dejamos a los economistas la evaluación de todos estos bienes; ciertamente los Loyola, ricos y poderosos en la provincia de Guipúzcoa, estaban muy lejos de poseer las enormes fortunas de los más grandes próceres españoles.

Las ferrerías

Si no es fácil calcular el valor de los productos del campo, tampoco es muy hacedero contabilizar las rentas que procedían del patronazgo (en mil ducados anuales calculaba Yarza) y las de las herrerías de Aranaz y Barrenola, concesión real, que podrían ascender a 2.000 maravedís, y el producto de los molinos y otras ferrerías que ignoramos. Creemos que el

señor de Loyola no se cuidó mucho de acrecentar la industria siderúrgica en su país, industria como la del valle de Legazpi, que viene ya mencionada en una carta-puebla de 1290, y que cobró mucho vuelo en el siglo XVI.

Camoens († 1580) recuerda las ferrerías de Vasconia. Y Bernardo de Balbuena († 1627), describiendo un valle de Vasconia en su kilométrico poema épico «El Bernardo», nos dice:

«Este es el fresco valle de Arrazola,
con quien se aúnan por diversas vías
los que por las riberas del Urola
el rumor sordo asombra de herrerías,
cuando en ardientes llamas arrebola
del pardo hierro las escorias frías».

Y más adelante:

«El río Urola de herrerías lleno,
con más fraguas que Lípara y Vulcano,
riega allí el valle de Legaspi ameno».

Esto quiere decir que las fundiciones siderúrgicas de Guipúzcoa y Vizcaya eran famosas en el siglo XVI dentro y fuera de España. El mineral abundaba más en las minas vizcaínas que en las guipuzcoanas[43].

¿Llegaría en sus paseos el joven Iñigo hasta los bosquecillos, donde se hacía el negro carbón? ¿Asomaríase alguna vez a una bocamina y luego a las fraguas chisporroteantes, donde los barquines o fuelles grandes alentaban el fuego en que se fundía el hierro, martilleado luego por el brazo nervudo del ferrón? ¿Vería cómo se forjan las espadas, las lanzas, las anclas de navío? Es verosímil que lo intentase tal vez en sus correrías con los amigos, pero éstas no tendrían otra finalidad que la de divertirse. Ni las faenas del campo, ni el trabajo de los menestrales, ofrecían pábulo gustoso a sus ensueños juveniles. El ambicionaba empresas más altas y universales; prefería seguir el camino de sus hermanos más aventureros;

[43] Las antiguas ferrerías ocupaban en sus diferentes labores a multitud de personas, que con sus ganancias sostenían a gran número de familias. Unas se ejercitaban en la elaboración del carbón; otras en la conducción a las ferrerías, algunas en la saca de la vena del mineral y en su traslación a éstas, quiénes en la fabricación del hierro; y otros en la conducción al puerto.

imitar a su padre don Beltrán, a su abuelo don Juan Pérez, y a otros de sus antepasados que habían conquistado fama y gloria y poder en la corte de los reyes y en campañas militares.

Inesperadamente se le abrió una puerta para entrar en el mundo que soñaba, un mundo incomparablemente más fascinador que el de su valle nativo. Podemos hipotizar que eso aconteció a la muerte de su madre.

Ignoramos la fecha en que murió doña Marina Sáenz de Licona. El hogar de Loyola quedó triste; más triste y desamparado que nadie, Iñigo; triste y preocupado don Beltrán. ¿Qué carrera le daría al benjamín de sus hijos, dotado de excelentes cualidades físicas y morales, pero a quien el clericato y el estudio no le ilusionaban? Le fascinaba mucho más la vida caballeresca y aventurera de sus hermanos mayores. «Iglesia, o mar o casa real» era el destino de los segundones, según el adagio castellano. Ir directamente a la corte y entrar en palacio como paje, no era fácil sin altas influencias o méritos bien probados. Lo que habían hecho más de una vez los señores de Loyola era enviar alguno de sus hijos a recibir educación cortesana en el palacio de un magnate castellano; desde allí, a favor de las circunstancias, que se podían poner sin obstáculo en contacto con los más altos personajes, obtener un puesto distinguido y encargarse de una misión importante en servicio del monarca.

Mientras don Beltrán pensativo excogitaba soluciones, he aquí que de la lejana villa de Arévalo, en la provincia de Avila, le llega un mensaje de un grande amigo y algo pariente suyo, don Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor de los reyes, que le abre con magnanimidad las puertas de su mansión palaciega, ofreciéndole para su hijo Iñigo —huérfano ya de madre, probablemente— casa, manutención, afecto familiar y educación correspondiente a su rango y a sus aspiraciones.

Don Beltrán se mostró agradecido a tanta generosidad. Y a los pocos días el joven Iñigo —que contaría entonces 15 años— partió para Arévalo con la cabeza llena de fantasías y esperanzas. Esta salida de su hogar y de su tierra natal debió de acontecer en 1506, viviendo aún su padre, que murió quizás el mismo día que hizo su testamento, 23 de octubre de 1507. Y no se emprendió el viaje antes del 23 de octubre de 1505, porque en esa fecha vemos a *Ynego de Loyola* actuar en Azpeitia como testigo en la venta de un rocín.

El curso de la vida de aquel adolescente giraba hacia otro mundo prometedor y desconocido. No seguiría el camino de su hermano Pedro entrando en el estado eclesiástico, aunque ya hubiese recibido la tonsura

por voluntad propia o ajena. Tampoco se consagraría totalmente a las campañas militares, como no pocos de sus hermanos. Había oído contar a su padre en las veladas nocturnas las gestas guerreras y los muchos servicios que sus antepasados habían prestado a los reyes y cómo éstos, en recompensa, habían enriquecido, honrado y ensalzado la casa de Loyola. Como sus mayores se habían señalado en adhesión y servicio a la Corona, así quería él esforzarse por alcanzarlos y superarlos, si le fuese posible. Ambición no le faltaba. Cualidades tampoco, ni para la administración en los cargos públicos, ni para la organización en funciones más altas, ni para la diplomacia, ni para las armas.

El mejor tirocinio y aprendizaje se lo brindaban ahora en el palacio de un ministro del rey. ¡Cuántas ilusiones y esperanzas empezaron a hervir y burbujear en su cabeza juvenil!

CAPÍTULO III

EN AREVALO, CORAZÓN DE CASTILLA (1506-1517)

Se ha discutido bastante sobre el año preciso en que Iñigo dejó su dulce hogar de Loyola y el nativo valle de Iraurgui, siempre verde y rodeado de altas montañas, para dilatar su mirada por las anchurosas y soleadas llanuras castellanas. Hoy nos parece indudable, como queda demostrado al final del capítulo anterior, que un día del 1506 —no sabemos en qué mes— el joven Iñigo López de Loyola salió por la puerta austeramente ojival de la Casa-torre y cruzando los árboles que en torno al edificio trenzaban una espesa guirnalda vegetal, se dirigió a un sitio próximo en donde le aguardaba el que había de ser su compañero de viaje, tal vez un palafrenero enviado por don Juan Velázquez, señor de Arévalo.

La despedida

Fijémonos un instante en aquel adolescente de quince años que por primera vez va a salir de su tierra. Hasta ahora habría caminado infinitas veces a pie hasta la villa de Azpeitia (apenas 2 Km.), hasta Azcoitia (4 Km.) donde tenía parientes; y conocería bien todas las sendas de los montes cercanos, especialmente las que llevan a Oñaz, cuna de sus más remotos antepasados, y los escabrosos vericuetos que trepan hasta las cumbres del Izarraitz (942 m.) y del Araunza (613 m.). Al futuro San Ignacio le gustaba denominarse «el Peregrino», y lo fue hasta los cuarenta y siete años, en que la vida sedentaria de Roma se le impuso por la fuerza. Hasta entonces era amigo de los viajes a pie y un gran andarín, pese a la leve cojera que llevará consigo desde la herida de Pamplona.

En el momento de nuestra narración, era un adolescente de complexión robusta, de estatura menos que mediana, contrariamente a los demás hermanos que eran altos; tenía el rostro alegre y ligeramente redondeado a causa del corto mentón y del ligero abultamiento de los pómulos (lo opuesto a esos retratos sombríos y agudamente ovalados, de pintores de fantasía), la nariz larga y algo combada como es frecuente en los vascos, la tez sonrosada y fresca, que le hacía parecer más joven de lo que realmente

era (cuando estaba en los treinta y cinco años le tenían en Alcalá por «un mancebo» como de veinte años) y la cabellera larga y bien cuidada, «el cabello rubio y muy hermoso», dirá Ribadeneira, refiriéndose al año 1522).

Tal era el joven que sin aspavientos ni sentimentalismos —que no entraban en su carácter— se despide de los suyos para emprender una carrera desconocida, pero muy prometedora.

Echa una última mirada hacia los lugares circunvecinos, que tantos gratos recuerdos le traen a la memoria y antes de alejarse no puede menos de posar sus ojos detenidamente en la casa paterna, que se alza coma un vistoso palacio entre aquellas espesuras. El 5 de julio de 1550, seis años antes de morir Ignacio de Loyola, un sacerdote alcalaíno, que poco antes había entrado en la Compañía de Jesús, Pedro de Tablares, visitando la provincia de Guipúzcoa se llegó a Loyola para venerar la cuna del Fundador, después de lo cual tomó la pluma y escribió una carta en que nos pintó vivamente el paisaje guipuzcoano y la casa loyolea. Es la impresión de un castellano que viene por primera vez a las tierras verdes y montuosas del Norte, cuarenta y cuatro años después de la partida del joven Iñigo:

> «Por toda esta provincia por donde he andado, me pareze que nunca he salido del Huerto del rey, en Toledo; porque a ninguna parte volverán los ojos, ansí en los montes como en las vegas, que no vean tanta frescura, que pareze como una sombra de un paraíso en la tierra. Y porque de lo mejor y más fresco della es el asiento de la casa de Loyola, daré a Vs. Rs. alguna relación desta casa... Es la casa de Loyola como una fortaleza, toda de calycanto, de casi siete pies de grueso; está en el campo entre dos villas... Está en el medio de entrambas, que avrá de una a otra una legua; de tanta frescura, que dudo que pueda ayer otra de más recreación a la vista questa. En este medio está Loyola, toda cercada de una floresta y árboles de muchas maneras de fuctas tan espesos, que casi no se vee la casa hasta questán a la puerta».

La descripción evidentemente ha sido hecha en verano, mes de julio, en que el frescor y el arbolado tienen algo de paradisíaco para el que viene de las tórridas mesetas castellanas. No hubiera sido igual, de haber sido escrita la carta entre noviembre y marzo bajo las lluvias persistentes y las nieblas entristecedoras del paisaje y del espíritu.

La vida de Iñigo va a cambiar de escenario. Se despide primero de su anciano padre, de su hermano mayor don Martín y de su cuñada doña

Magdalena; después, de los demás familiares y amigos. Y sin más, monta con agilidad en su caballo. Lo mismo hace en el suyo su compañero, que le ha de servir de postillón y guía. Pasan el puente sobre el Urola, que se desliza tranquilo e indiferente hacia Azpeitia, y tuercen el rumbo hacia la izquierda, rozan la villa de Azcoitia y parten hacia Vitoria.

El viaje por Castilla

Dónde hicieron el primer alto, nadie lo sabe. Atravesaron el Ebro por Miranda, enfilaron sus caballerías por el impresionante desfiladero de Pancorbo y llegaron a Burgos, *caput Castellae*, donde haría probablemente la segunda parada de su larga caminata. Como no eran turistas aficionados a los monumentos artísticos, no se detendrían más que lo necesario para descansar y refocilarse. El itinerario que les aguardaba hasta la ciudad de Valladolid no sería inferior a 150 kilómetros en línea casi recta por parameras de escaso arbolado y cielo raso.

El descubrimiento del paisaje castellano debió de sorprender e impresionar a Iñigo de Loyola. ¡Qué panoramas tan dilatados y abiertos a toda la redondez del horizonte! ¡Qué llanuras tan ilimitadas con parvos altozanos bajo el azul rutilante de un cielo despejado, que se adornaba de oro y se empapaba de religiosidad sublime en las horas calladas del crepúsculo! No podía darse mayor contraste que el de esta tierra meseteña, árida, ascética, amarillenta o parda casi siempre, menos cuando la vestían de verde los trigales en primavera, en comparación con las húmedas y jugosas tierras guipuzcoanas, muy amenas en verano, lluviosas y melancólicas en casi todas las demás estaciones del año; dulcemente acogedoras en sus hondos valles de tierno verdor; soberbias y desafiantes en sus altas montañas de ásperas crestas roqueñas y de faldas revestidas de frondoso arbolado.

Siguiendo el curso del Arlanzón, nuestros viajeros salieron de Burgos en dirección de Torquemada (provincia de Palencia), y pasando allí el famoso puente de veintiún arcos, se orientaron hacia Dueñas, situada en la ladera de una colina no carente de vegetación. Apenas dejaron a sus espaldas el alto castillo de Cabezón, respiraron alegres mirando ya próximos los jardines de la gran ciudad de Valladolid, cuyo ameno verdor contrastaba con la aridez de la llanura últimamente recorrida. En aquella ciudad universitaria y cortesana, sede favorita de los reyes de Castilla, actuaba la principal chancillería de España (otra había en Toledo), tribunal supremo que entendía de pleitos y sustanciaba o decidía causas que venían a

someterle todas las provincias de su jurisdicción. Aquí se dirimió en 1501 el litigio que don Beltrán, padre de Iñigo, sostenía contra el municipio de Azcoitia; aquí don Martín de Oñaz y Loyola obtuvo en 1518 la facultad de fundar el patronazgo. ¿Verían nuestros viajeros siquiera de lejos al rey don Fernando, que aquel año de 1506 pasó largas temporadas en Valladolid, entre primavera y verano? Más difícil es que llegasen a conocer de cara a Cristóbal Colón, el descubridor de América, que en Valladolid falleció el 20 de mayo de aquel mismo año.

Al reanudar el viaje se encaminaron probabilísimamente hacia Medina del Campo (a 40 Km. de distancia) atravesando una llanura cubierta de pinares y frecuentada de cazadores. Lo que sin duda atrajo más su atención fue el castillo de la Mota, en el que dos años antes había expirado la Reina Católica. Iñigo contemplaría la grandiosa mole de aquella fortaleza, sin saber que entre sus muros pagaba aún sus culpas encarcelado uno de los príncipes y *condottieros* más brillantes y discutidos del Renacimiento, César Borja, que logró evadirse de la prisión el 25 de octubre de 1506. En la red de caminos españoles era Medina del Campo uno de los más importantes nudos de comunicaciones, a cuyas ferias de mayo y octubre concurrían mercaderes de toda Europa, no sólo a comprar y vender, sino a estipular toda clase de transacciones bancarias.

En vez de proseguir el camino hacia Salamanca, emprendieron nuestros dos viajeros hacia el Sur la ruta de Avila; no era su intención llegar hasta la capital, sino rendir viaje a mitad de camino en la noble villa de Arévalo. A través de anchos campos labrantíos, interrumpidos por un verde manchón de pinos o por algún herbaje donde pastaban las ovejas, surcados de vez en cuando por un riachuelo cristalino, cabalgaron suavemente cerca de 25 Km. hasta que tuvieron ante sus ojos el cerrillo de escaso relieve sobre el que alzaba sus muros y torreones el castillo arevalense, del que era alcaide don Juan Velázquez de Cuéllar.

No sin admiración contemplaría Iñigo la posición de aquella floreciente villa, asentada en una especie de isla o lengua de tierra formada por la confluencia de los ríos Adaja y Arevalillo, que de uno y otro lado la abrazaban.

Arévalo y sus señores

El arevalense Fernando Ossorio Altamirano, que escribía en 1641, exalta así la hidalguía, belleza y salubridad de su tierra: «En el rincón de la noble Castilla la Vieja yace la más noble y más leal villa de Arévalo, entre

dos ríos, si no caudalosos, deleitosos y amenos, Arevalillo y Adaja, que a modo de isla la cercan, haciéndola tan vistosa, que muy bien se juzga, aun muy de lejos, el tesoro grande de templos magníficos, de casas ilustres, de muros fortísimos, de torres invencibles que en sí encierra». Y sigue enalteciendo los aires puros y limpios, la alegría de su cielo, la amenidad y fertilidad de sus campos, los pinares «que proveen de leña y madera copiosísima». «Criase ganado mayor y menor lo necesario, y sobrara vino, si no estuviera tan cargado. Las aguas son las mejores del mundo, por la excelencia de ser contra el mal de piedra»'.

Era sin duda una de las poblaciones más nobles y fuertes de Castilla. Sus habitantes solían repetir ufanos:

«Quien Señor de Castilla quiere ser,
Arévalo y Olmedo ha de tener».

Pues bien, en aquellos días el señor de Arévalo y Olmedo se llamaba Juan Velázquez, Contador mayor del reino, que era algo así como Ministro de Hacienda.

Entre esas dos villas, Arévalo se llevaba la primacía por la nobleza de sus linajes, por la esplendidez de sus monumentos y por el más crecido número de sus moradores. Su época áurea fue la segunda mitad del siglo XV; después decayó algún tanto por el descenso de la población, debido al destierro de los numerosísimos judíos que allí habitaban, y por la menor frecuencia de visitas de los reyes. Con todo, no se cansaban de cantar unos antiguos versillos que empezaban así:

«La mejor villa que encierra
el condado de Castilla
es Arévalo y su tierra»

Del esplendor de Arévalo en las postrimerías de la Edad Media dan testimonio sus numerosas parroquias, como la de San Pedro Apóstol, grandiosa como ninguna, la de San Nicolás, la de la Magdalena, la de Santo Domingo en la plaza del Arrabal, la de San Salvador; y monasterios o conventos como el suntuoso de la Santísima Trinidad, en que los Trinitarios custodiaban la imagen de Nuestra Señora de las Angustias patrona de Arévalo, el de San Francisco que recordaba el paso del Santo de Asís por aquellos lugares, y fue reedificado por D. Juan II, el de Santa María la Real de monjas Bernardas, donde vivieron y murieron varias reinas; el de Santa Isabel de las Montalvas, religiosas franciscanas; el de la

Encarnación, de monjas clarisas, costosamente restaurado y ricamente favorecido por Don Juan Velázquez de Cuéllar, «caballero muy devoto de la gloriosa Santa Clara y privado de los Reyes Católicos».

Doña María de Guevara, la suegra de J. Velázquez y pariente de la madre de Iñigo, dejando su palacio, «se recogió con unas pocas criadas honestas y virtuosas a morar en una casa pequeña, pegada y con puerta al hospital de San Miguel, y allí en hábito de la Tercera Orden de S. Francisco... servía a las mujeres enfermas y pobres y gastaba su hacienda en curarlas y sustentarlas».

Esta piadosísima viuda, como pariente de los Loyola, recibe a veces el nombre de «tía» de Iñigo y se le atribuye —sin bastante fundamento— no poca influencia en la educación del sobrino; más aún, se le endosa una profecía sobre la futura conversión de éste, porque un día «volviendo el niño Iñigo de *travesear* en la calle con otros rapaces y algo herido, le recibió su tía riñiéndole...: *Iñigo, no asesarás, ni escarmentarás, hasta que te quiebren una pierna»*. Todo el ambiente es legendario e inverosímil.

Nótese que Iñigo era entonces un adolescente, amigo de vestir con elegancia, de servir cortesanamente a su señor en palacio y en los viajes, mas de ningún modo un *niño que travesea* en la calle *con otros rapaces*. Las frecuentes visitas de Iñigo al hospital, tampoco son de creer.

Nos falta por presentar al señor de Arévalo «Juan Velázquez de Cuéllar, persona muy señalada en estos tiempos», tal como lo retrata fray Prudencio de Sandoval en su Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V. «Fue este caballero contador mayor de Castilla. Era natural de Cuéllar. Fue Juan Velázquez muy privado del príncipe don Juan y de la reina doña Isabel *(la Católica)*, tanto que quedó por testamentario de ellos. Fue hombre cuerdo, virtuoso, de generosa condición, muy cristiano, tenía buena presencia, y de conciencia temerosa. Tenía Juan Velázquez las fortalezas de Arévalo y Madrigal con toda su tierra en gobierno y encomienda; y era tan señor de todo, como si lo fuera en propiedad. Trataba los naturales muy bien, procurábales su cómodo con gran cuidado... Daba acostamientos a muchos, de suerte que en toda Castilla la Vieja no había lugares más bien tratados... Era casado con doña María de Velascoe, sobrina del condestable y nieta de don Ladrón de Guevara, que fue muy hermosa, generosa y virtuosa, y muy querida de la reina doña Isabel; y con la reina Germana (de *Foix*, *segunda mujer de D. Fernando)* tuvo tanta amistad, que no podía estar un día sin ella; y doña María no se ocupaba en otra cosa sino en servirla y banquetearla costosísimamente».

Añadamos por nuestra parte, que era hija de la piadosísima María de Guevara, a quien ya conocemos, y del caballero Arnao de Velasco. Como la familia de los Guevara tenía parentesco con doña Marina Sáenz de Licona, madre de nuestro Iñigo, se comprende que don Juan Velázquez fuese amigo de don Beltrán de Loyola y le pidiese uno de sus hijos, el menor, para educarlo en su palacio de Arévalo. El documento más fidedigno parece ser una relación (substancialmente del P. Antonio Láriz) enviada de España a Roma a fines del siglo XVI, y que se reduce a lo siguiente:

> «El contador mayor de los Reyes Católicos, llamado Juan Velázquez, caballero muy principal, fundador del monasterio de la Encarnación de esta villa *(de Arévalo)* siendo persona de gran calidad y muy amigo de Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola... envió a pedir le diese uno de sus hijos, para que él con su favor le ayudase y tuviese en su casa; y así le envió a Iñigo de Loyola, su hijo menor; y estuvo en casa del dicho contador, unas veces en la corte y otras veces en Arévalo, hasta que el dicho contador murió... Todo esto lo contó Alfonso de Montalvo, como testigo de vista, al P. Antonio Láriz. Era este caballero muy rico..., paje del contador cuando N. P. Ignacio vivía en su casa, y era muy amigo de N. P. Ignacio, y le fue a visitar cuando en Pamplona estuvo malo de la pierna, y le vio curar de ella, y lo contaba antes que se imprimiese la historia».

Opino que esta relación puede en substancia admitirse. De ella se deduce que el viaje del joven Iñigo tuvo lugar viviendo aún su padre. No deja de maravillar que un padre de familia como Velázquez, que tenía en torno a sí una tropa de doce hijos (seis varones y seis hembras) pidiera a su amigo uno más para criarlo y educarlo con todos en su palacio, casi como hijo adoptivo. Es verdad que los recursos económicos sobreabundaban en casa del contador mayor, y en la corte no le faltaba influencia para abrir caminos y facilitarle la carrera al joven Loyola. Tres de los hijos de Velázquez —Arnao, Gutierre y Juan— sirvieron a la Reina Isabel como pajes, según A. de la Torre *(La casa de Isabel* p.148).

Cargos públicos de Juan Velázquez de Cuéllar

De antiguo le venía a don Juan Velázquez la familiaridad con las personas reales y la fidelidad a la Corona. Su padre, el licenciado don Gutierre Velázquez († 1492), perteneció al Consejo del rey don Juan II y fue mayordomo de la reina doña Isabel de Avís († 1496), la cual durante

36 años vivió retirada en Arévalo. Cuando, a la muerte de Juan II, aparecieron en la reina portuguesa ciertos síntomas de trastornos mentales, se retiró a una casa que construyó en Arévalo, junto al convento de San Francisco, bajo los cuidados de don Gutierre. A menudo venía a visitarla su hija Isabel la Católica, primero acompañada de su hermano Alfonso y después con su esposo don Fernando de Aragón. Necesariamente había de tratar en estas visitas con el fiel mayordomo don Gutierre, y pudo conocer al hijo de éste, Juan Velázquez, desde su nacimiento.

Muy pronto comenzó la reina a prodigarle mercedes. Ya en 1486 otorgó al joven, «contino» de su casa, las tercias reales de Madrigal, para toda la vida, y le hizo maestresala del príncipe don Juan, con una quitación de 50.000 maravedís. Por aquellos días vemos a Juan Velázquez pelear valientemente ganando sus laureles bélicos primerizos en la conquista de Málaga (1487) contra los moros. En 1490 se le nombra alcaide de la fortaleza de Trujillo con un sueldo de 150.000 maravedís, y cuatro años más tarde gobernador y justicia mayor de la villa de Arévalo; por cuidar el palacio real arevalense, que será su residencia, cobraba anualmente 24.000 maravedís. En 1495 es contador mayor del príncipe don Juan, a quien amaba entrañablemente. En 1497 miembro del Consejo real con 100.000 maravedís al año. La confianza que depositan en Velázquez los Reyes Católicos es absoluta, y como están ciertos de su fidelidad, le colman de beneficios. Así el 22 de marzo de 1501:

> «Don Fernando y Doña Isabel... a vos Juan Velázquez, del nuestro Consejo, contador mayor que fuisteis del príncipe..., acatando los muchos... servicios que nos habéis hecho..., por la presente... vos hacemos merced e donación libre y pura...para vos y para vuestros herederos... para siempre jamás, de los 300.000 maravedís de renta y tributos que nós tenemos... en Xerez de la Frontera», etc.

Cuando en 1502 vienen a España los futuros reyes doña Juana y don Felipe el Hermoso, le hacen igualmente su contador mayor. Y el 7 de enero de 1505 le conceden la tenencia de la fortaleza de Arévalo con 290.000 maravedís de sueldo.

Este último nombramiento, que le aseguraba su porvenir político y reforzaba notablemente el caudal de su hacienda, pudo ser uno de los motivos que le decidieron a favorecer a su amigo don Beltrán Yáñez de Loyola, pidiéndole uno de sus hijos y comprometiéndose a educarlo cual convenía a su linaje. Cuando Fernando el Católico contrajo segundo matrimonio en 1506, tomando por esposa a doña Germana de Foix, sobrina de

Luis XII de Francia, y empezó a gobernar en nombre de su hija doña Juana la Loca, que por tener perturbadas sus facultades quiso vivir retirada en su palacio de Tordesillas sobre el Duero, renovó los antiguos favores a su contador mayor, y aun los multiplicó por medio de su esposa, ya que la reina Germana (joven de apenas 18 años) se aficionó de tal modo a doña María de Velasco, mujer de Juan Velázquez, que no podía negarle nada, porque ella le exigía a su amiga más de lo debido.

Fray Prudencio de Sandoval, a quien la jovencita francesa le cayó antipática, escribe que «era la reina poco hermosa, algo coja, amiga mucho de holgarse y andar en banquetes, huertas y jardines y en fiestas. Introdujo esta señora en Castilla comidas soberbias, siendo los castellanos y aun sus reyes muy moderados en esto. Pasábansele pocos días que no convidase o fuese convidada».

«De buenas carnes y de buen beber», la retrata Pedro Mártir de Anghiera, cuando ya la juventud de aquella mujer había tramontado. Otros (poetas) ensalzan su belleza. Lo cierto es que siempre se complació en banquetear y organizar fiestas. La gran afición y simpatía que en toda ocasión manifestaba hacia la esposa de Velázquez, no dejó de causar impacto en el ánimo de María de Velasco, la cual se azacanaba anhelosamente por agasajar a su reina con opíparos banquetes.

¿Y no asistiría más de una vez a estas fiestas ceremoniosas y alego, el paje Iñigo de Loyola, impecablemente trajeado, sirviendo cortesanamente a los invitados y ofreciéndole a la reina, doblada la rodilla, alguna vianda particular en bandeja de plata o tazón de oro? Que tuvo muchas ocasiones de conocer de vista a aquella reina joven y amiga de divertirse, no cabe la menor duda; lo inverosímil es que, como algunos han fantaseado, se enamorase jamás de ella. Tanto don Fernando como doña Germana menudeaban sus visitas a Arévalo y se hospedaban en el gran palacio de Velázquez. No sólo en Arévalo pudo Iñigo conocer a los reyes y a otros personajes que seguían al monarca: grandes del reino, obispos, altos funcionarios, etc. También en otras ciudades castellanas, como Segovia, Burgos, Valladolid, Tordesillas, Medina del Campo, Madrid, por convocación de cortes o por otros asuntos particulares, el contador mayor y miembro del Consejo real tenía que asistir oficialmente, y en su compañía algunos de sus servidores y de su familia, entre los cuales no dejaría de figurar a veces Iñigo de Loyola, ya que don Juan Velázquez se había comprometido a darle una educación cortesana, como a sus propios hijos. A él y a su comitiva los hospedadores mayores se encargaban de

reservarles hospedaje en la ciudad. El señor de Arévalo poseía morada propia también en Madrigal y en Valladolid por lo menos. La de Valladolid era «casa principal» con huerta, corrales y caballeriza; en su fachada se ostentaban las armas de Juan Velázquez.

Si bien es verdad que Iñigo nunca tuvo el oficio de «paje del rey», como escribieron los antiguos biógrafos, en realidad, acompañando a los pajes, prestaría idénticos servicios en los menesteres de la mesa, en ayudar a montar, cambiar de ropa, ofrecer el aguamanil cuando fuera necesario, etc. Así hay que entender el dicho de Alonso de Montalvo arriba citado («unas veces en la corte y otras en Arévalo») y la frase pronunciada por el vizcaíno Rodrigo Portundo, general de las galeras de España, quien habiendo encontrado al peregrino Iñigo, en Génova, cuando regresaba de Tierra santa, lo reconoció y dijo, «que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte de los Reyes Católicos».

Almoneda de los bienes de Isabel la Católica

Habitaba ordinariamente don Juan Velázquez no en el castillo, de que fue alcaide, sino en el palacio real de Juan II, regiamente amueblado y lujosamente decorado por el señor que lo ocupaba. Cuando Iñigo de Loyola puso los pies en él por primera vez, bien pudo imaginarse que entraba en la más rica mansión del monarca. El fausto y magnificencia se había acrecido visiblemente en aquella casa tras la muerte de Isabel la Católica en 1504. La ocasión fue que, puestos en almoneda los increíbles tesoros que poseía aquella gran reina —tales que ningún príncipe de Europa podría ostentar riqueza semejante—, fueron los señores de Arévalo, don Juan y doña María, los que pudieron o quisieron comprar para su palacio alhajas en mayor número y valor: tapicerías, sedas y brocados, piedras preciosas, perlas y corales, objetos de oro y plata, cuadros artísticos, libros raros y algunos extremadamente preciosos, vajilla, perfumes, telas ricas, etc. La reina moribunda, en su testamento firmado el 18 de octubre de 1504, había nombrado a su predilecto don Juan Velázquez testamentario y ejecutor de lo que allí disponía, y recomendándole vivamente a don Fernando la persona fidelísima del Contador mayor;

> «Otrosí, suplico muy afectuosamente al Rey, mi señor, e mando a la princesa, mi hija..., que ayan por muy recomendados para servir d'ellos e para los honrar e acrecentar e hazer mercedes a los... familiares e servidores, en especial al Marqués e Marquesa de Moya *(aqui vienen tres nombres más)* e

Juan Velázquez, los cuales nos servieron mucho e muy lealmente...Item, mando que para cumplir e pagar las debdas e cargas e otras cosas en este mi testamento contenidas, se pongan en poder del dicho Juan Velázquez, mi testamentario, todas mis ropas e joyas e cosas de oro e plata e otras cosas de mi cámara e persona, e lo que yo tengo en otras partes cualesquier».

En cumplimiento de esta disposición, docenas de arcas y armarios colmados de preciosidades y tesoros fueron llevados al palacio de don Juan Velázquez, para que se examinasen despacio, se colocasen en orden y después de tasarlos debidamente, se pusiesen en pública almoneda. Para hacer con competencia la tasación, se escogieron plateros, mercaderes y otras personas expertas.

Vino luego la venta, que no fue rápida y fácil. Con todo, vemos que entre los compradores estaban muchos títulos de la nobleza de España; muchas dignidades eclesiásticas, empezando por el cardenal Cisneros y el arzobispo de Sevilla, Diego de Deza; el arzobispo de Granada, Hernando de Talavera, los obispos de Málaga, Mallorca, Avila, Palencia, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Zamora y Osma; no pocos mercaderes, orfebres y joyeros, algunos banqueros italianos y aun personajes de escaso relieve. Entre los de más alta categoría está la nueva reina Germana de Foix, el rey don Fernando y su nieto el infante don Fernando, que desean se les reserve algún objeto de escasa importancia. Pero digamos que, desdeñando otras cosas, el rey tiene buen ojo al fijarse en dieciocho tablas con retratos de la familia real y de otros príncipes o personajes ilustres. Unos compran por guardar algún recuerdo de la gran reina, otros por amor al arte, otros por propensión a la suntuosidad, y algunos quizá para vender las prendas después a mayor precio.

«En este abigarrado concurso de compradores —escribe Sánchez Cantón— se destaca un grupo que convida a maliciar; fórmase con tres entre los que adquieren veintinueve tapices. Diecinueve un don Iñigo de Velasco; cinco doña María de idem y cuatro Juan Velázquez; y se da la malhadada coincidencia que el tercero es, nada menos, que el contador mayor a cuyo cargo estaba la almoneda, la segunda es su mujer y el primero suena a hermano o deudo próxima de ésta»

No es preciso ser malicioso y sospechar torpes manejos para interpretar con sencillez y justicia las valiosísimas adquisiciones hechas por don Juan y doña María. Eran personas a quienes el dinero les sobraba y querían emplearlo bien. Velázquez, amante de la cultura y del arte; la de Velasco rumbosa y amiga de la ostentación, había regalado antes a la reina un

bellísimo cuadro de Memlinc, pintor favorito de Isabel. Los dos esposos no quisieron desperdiciar la estupenda ocasión que ahora se les ofrecía de satisfacer sus gustos comprando obras de notable valor a un precio inferior al normal, *conforme lo habían tasado los peritos*, y sin hacer injusticia a nadie, puesto que la compraventa era pública y abierta a todos. Por otra parte los señores de Arévalo, honrados a carta cabal y devotísimos siempre de la reina difunta, no podían ofender la memoria de su señora, traicionando sus intenciones. El elogio que de Juan Velázquez hizo Gonzalo de Ayora, distinguido militar, inquieto político y tan buen escritor en latín como en castellano, era aceptado por todos casi como un adagio: *«Vir bonus, litteris et verae virtuti deditus».*

Con esa opinión de hombre recto, letrado y amante de la virtud, ha pasado a la historia.

Alhajas para el palacio de Arévalo

Mencionar aquí todos los objetos preciosos comprados en la almoneda por don Juan Velázquez y doña María de Velasco, sería tarea fatigosa, e inútil. Me contentaré con indicar solamente algunas cosas de particular interés para la biografía de nuestro héroe. Los datos breves y escuetos que ahora señalaré bastarán para formarse alguna idea de la suntuosidad palaciega que adquirió la mansión del Contador mayor pocos meses antes de que el joven Loyola entrara por sus puertas.

Para la capilla, centro espiritual de la casa, se compraron objetos que dignificasen el culto y las ceremonias: tres imágenes de Nuestra Señora, de marfil («que diz que son de olicornio... o de diente de elefante»); «una tablilla de oro que tiene ámbar... en que están estorias de la Pasión e cuatro evangelistas, esmaltadas de negro e rosicler»; «una tablica de oro» con la imagen de Santa Catalina y los misterios de la Pasión; una imagen de oro de la Magdalena; una cruz de hueso blanco con un crucifijo; dos candeleros de azabache para el altar; un portapaz de azabache con un crucifijo; dos vinajeras de plata, un hostiario de plata labrada a cincel; un acetre de oro para el agua bendita; «un ysopico de oro atado con una cadenilla de oro»; una naveta para el incienso con adornos de plata, etc.

Pero el objeto más precioso era el espléndido Misal, enriquecido con no menos de 500 perlas, que perteneció a la capilla de la reina Isabel. Su descripción, tomada directamente del códice por L. Fernández, dice así:

«Un misal breviario escripto de mano, en pergamino, de letra menuda,

con muchas iluminaciones ricas, que tiene las coberturas todas de oro de martillo, y por el envés la devisa de las frechas... E tiene cada una de las dichas tables deciséis istorias esmaltadas de trasflor e rosicler e azul e verde e otros colores, metida cada istoria en un cerco de perlas medianas, que tiene un haz 219 perlas medianas, e en medio dellas 25 contezuelas de oro lisas, del tamaño de las dichas perlas. E tiene más en enquadernamiento otra chapa de oro de martillo, en que están cinco medallas metidas en cinco cercos de perlas: una de ellas, que está en medio, es la Transfiguración, esmaltada en trasflor; y la otra tiene Santiago de bulto, esmaltado de rosicler y azul; y la otra tiene Sant Luis rey de Francia, vestido de azul, con unas flores de lis en la dicha medalla, e con unas letras alrrededor; e la otra medalla tiene la Salutación de bulto, e tiene 107 perlas, con un registro de oro que parece gusano esmaltado, como unos ministros de seda de colores, que son doce, e tiene cada uno de ellos una contezuela de oro, e tiene más unos fechos de oro de martillo encharnelados e abiertos de lima. Se compró en 130.000 maravedís».

Sin peligro de errar podemos suponer que el capellán de palacio, Cristóbal Gómez, no tendría otros acólitos que los hijos de don Juan, que le ayudasen a misa, y entre ellos se contaría el *clericus* Iñigo de Loyola, el cual tomaría en sus manos el misal, cuajado de perlas y de esmaltes, contemplándolo con más estupefacción que devoción.

Crece la librería de don Juan Velázquez

El caballero don Juan Velázquez, además de militar y ministro del Tesoro *(quaestor aerarius*, llama Ayora al Contador Mayor), era aficionado a las letras *(litteris...deditus)*. Así que no es de extrañar que hiciese una buena selección entre los libros de la reina. Le ayudaría su mujer en los libros de devoción y espiritualidad.

En esta adquisición llevan la primacía los libros de oraciones: «Orden de rezar el Salterio»; otro en pergamino «que comienza con la oración de San Agustín»; tres Libros de Horas, iluminadas en pergamino; «Un librito pequeño de oraciones, que se dice *Tesoro espiritual»*; «Un librito de plata avirada, con los misterios del Rosario»; «Espejo de la cruz», o frutos del árbol de la cruz, por el dominico italiano Domenico Cavalca, excelente prosista; varios cuadernos escritos con Vidas de Cristo y de los Santos (no hay motivos para pensar que fuesen las que, según veremos, leyó en los días de su conversión el convaleciente de Loyola). En cambio, allí estaba el libro *De Imitatione Christi* que Iñigo saboreará

dulcemente en sus años maduros, y la obrita de Gerardo Zerbolt de Zutphen, *Reformación de las fuerzas del ánimo*, que García de Cisneros utilizó en su *Exercitatorio de la vida espiritual*, y que directa o indirectamente pudo influir en el librito de los *Ejercicios espirituales*. El lote de libros de espiritualidad contenía también algunos escritos traducidos de S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Agustín, S. Bernardo (en latín), S. Buenaventura.

Merece colocarse aparte un libro fantástico, moralizante, que algunos han querido catalogar entre los libros de caballerías, aunque nada haya en él de caballeresco. Menéndez y Pelayo lo puso entre los de caballerías «a lo divino»; pero ni aun así se da a conocer su contenido. No creo que Iñigo tuviera paciencia para leer en Arévalo «un libro que es *Del Pelegrino de la vida humana*, con unos coberteros de terciopelo verde», libro escrito por el cisterciense Guillaume de Guilleville († p. 1358) bajo el título de *Pèlerinage de l'âme* (en 13.540 versos octosílabos franceses). El intérprete español no hizo su traducción del original en verso, sino del arreglo en prosa francesa, que de él hizo Juan Gallopez y publicó en Lyon (1458). El texto español suena así: *El Peregrinaje de la Vida humana... traducido en vulgar castellano por fray Vicentio Mazuello* (Tolosa de Francia l490). El argumento es un sucederse continuo de elementos alegóricos con algunas notas personales. Es un sueño o visión, en que el autor contempla la Jerusalén celeste y anhela arribar a ella. Una Dama (la Gracia) le suministra el equipaje, el ceñidor de la fe y el bordón de la esperanza. La Iglesia le ofrece los sacramentos y la jerarquía. Pero atacado en la navegación por los monstruos de los pecados capitales, es tragado por las olas del mar del mundo. Felizmente alcanza al fin la nave de la salvación, que es la Orden del Cister. Como se ve, esto tiene muy poco que ver con los libros caballerescos, que en Arévalo le sorbían el seso al joven Iñigo de Loyola. En la librería de Isabel la Católica no se hallaba *El Amadís de Gaula*, y por tanto no pudo adquirirlo don Juan Velázquez, pero lo compraría poco después, cuando supo que se había estampado en Zaragoza el año 1508. Y así pudo leerlo el paje guipuzcoano.

De los seis hijos varones del Contador mayor dos o tres estaban en edad de latinear, y como el idioma del Lacio resultaba para algunos demasiado «zahareño» (en expresión de Fernando del Pulgar), pensó don Juan Velázquez que el mejor sistema de domesticarlo era el *Arte* de Nebrija, y si no logró alcanzar las *Introductiones latinae* o la *Grammatica cum comento* del famoso humanista, se quedó con «un bocabulista de molde, en papel, con unas coberturas de terciopelo verde», que bien

pudiera ser el vocabulario latino-español y español-latino del Nebrissense.

A Iñigo, más que los latines le gustaba la música y el canto y el tañer del laúd, como veremos luego; por eso bien podemos imaginar, que algunas veces se pondría a curiosear, entre los libros recientemente adquiridos por el Contador mayor: «dos cuadernos de papel, de marca mayor, de canto de órgano, y otro cuaderno de pergamino de canto llano». No cabe duda que si algo entendía de música cuando salió de Loyola, en Arévalo perfeccionó sus conocimientos. La música fue siempre una de sus aficiones más hondamente sentidas, desde la juventud hasta la vejez, que, sin embargo, tuvo que reprimir en su edad madura porque la total consagración a sus deberes religiosos se lo impedía.

Su confidente, el portugués Luis Gonçalves, anotó en su *Memorial:*

> «O com que muito se alevantava en oraçao era a musica e o canto das cousas divinas, como sâo vesporas, missas e outras semelhantes; tanto que, como elle rneuno me confessou, se acertava de entrar em alguma ygreya quando se celebravâo estesofficios cantados, logo parecía que totalmente se trasportava de sy mesmo. E nâo somente Ihe fazia isto bem à alma, mas ayuda à saude corporal: e assy quando a nâo tinha, ou estava com grande fastio, com nemhuma cousa se lhe tirava mays, que com ouvir cantar alguma cousa devota a quelquer Yrmâo».

Tapices, piedras preciosas, ricas telas

Volviendo a la almoneda de los bienes de la reina, solamente diremos que de la riquísima colección de tapices, la mayor parte pasó a manos de los altos magnates castellanos; don Juan Velázquez sólo compró once: ocho de tema profano y tres de tema religioso.

Al Contador mayor ¿no le seducía el arte de la pintura? Porque vemos que de la gran colección de Isabel, tan rica en obras de arte flamenco, se contentó con un solo cuadro y ése de parvo tamaño: «una tablilla redonda que tiene a Nuestra Señora con una ropa colorada de carmesí y en cabello, con el Niño en los brazos, e a la mano derecha a Santo Domingo con su cruz en la mano».

Los objetos de oro y de plata, las perlas y joyas, mucho más que a don Juan, le fascinaron a su esposa. En este campo es donde doña María de Velasco hizo su agosto. Y así vemos que compra: «un joyel de oro» con esmaltes y rubíes; «una sortija de oro» con jacinto; «una crucecita de oro con cuatro rubíes y un diamante»; «una cruz de oro esmaltada de rosicler»;

«catorce piezas de chapería de oro»; «manojicos de flor de lis, de oro fino»; «una cruz de oro»; dos cruces de oro, una con nueve diamantes naifes y otra con catorce perlas y cuatro zafires tablas; «un relicario de oro» con pinturas y cuatro historias de S. Jerónimo, la Magdalena, S. Gregorio y S. Juan Bautista, etc. Omito los objetos de plata.

Las perlas y el aljófar fueron In que más encandiló a doña María, que compró, del tesoro de la reina, más de mil perlas, muchas de las cuales habían sido traídas por Colón del Nuevo Mundo. ¿Y qué decir de las piedras preciosas, rubíes, balajes, amatistas, zafiros, calcedonias, sardónicas, botones de aljófar, granates, cornerinas, jaspes, topacios, camafeos, que pronto empezarían a jugar con sus vislumbres y cambiantes en los collares, brazaletes y sortijas de la esposa del Contador mayor?

Igualmente sorprende la multitud y variedad de telas ricas, adquiridas en aquella ocasión: sedas moradas, amarillas, rosadas, anaranjadas, azules, verdes y leonadas; terciopelos azules, morados, carmesíes; tafetanes verdes; camisas moriscas; una toalla de Holanda, labrada de seda azul; dos sábanas de lienzo tunecí; paños de Ruán y de Florencia. «Para su marido Juan Velázquez, que vestía siempre capuz de luto desde la muerte del príncipe don Juan, le compró su esposa un monjil de seda morada de terciopelo, forrado en tafetán negro, con las mangas largas»

Y no digamos nada de los perfumes de elevadísimo coste, muchos de origen exótico, que adquirió en la almoneda: almizcle, algalia, ámbar, bálsamo, estoraque, benjuy.

La espaciosa mansión de los señores de Arévalo se transformó en un palacio encantado. Ya estaban concluyendo la labor de ornamentarlo y alhajado, cuando llegó de Loyola aquel jovencito vascongado de familia pudiente y hacendada, mas no rumbosa y opulenta. Con ojos deslumbrados contemplaría todo lo que le iban enseñando en las estancias de su nueva casa. Nunca había visto él tanta abundancia de joyas tan relumbrantes y preciosas.

Se hacía la ilusión de estar en la corte del rey, y ciertamente se le parecía mucho, mayormente en aquellos días en que el mismo D. Fernando el Católico y D.ª Germana de Foix venían a hospedarse, juntamente con otros cortesanos y dignatarios, en la morada palaciega de los señores de Arévalo. ¡Cuántas veces recordaría lo que de su hermano y de sus mayores había oído contar acerca de la vida en la corte!

Educación caballeresca y cortesana

Hasta el año 1517 —es decir once años redondos— permaneció Iñigo de Loyola en casa del poderoso magnate don Juan Velázquez y de su distinguida esposa doña María de Velasco, que gozaban de la confianza y favor de los monarcas. Allí debía adquirir las costumbres cortesanas y prepararse para que un día, a propuesta de su influyente señor, el rey lo llamase a un puesto de distinción en el palacio real o le encomendase alguna misión alta y delicada.

El joven guipuzcoano se acompañaría siempre en sus juegos, cacerías y viajes, de los hijos del Contador mayor, con cuatro de los cuales —Miguel, Agustín, Juan y Arnao—, como nacidos entre 1490 y 1497, le sería fácil alternar en las diversiones por la escasa diferencia de edad. Con ellos y con otro gran amigo suyo, por nombre Alonso de Montalvo, que más adelante será «caballero muy rico *(que)* fundó la capilla principal de San Francisco de esta villa» (de Arévalo), iría a la corte cuando el rey convocaba a sus ministros y funcionarios, unas veces a Valladolid, otras a Medina, a Segovia o a Madrid.

La corte castellana, desde los tiempos de la reina Isabel, se distinguía por la fastuosidad y el lujo dentro de una moral más bien austera y una gravedad típicamente castellana. Tal vez bajo la francesa doña Germana se aflojaron un poco las riendas, mayormente en el banquetear. Pero Castilla era siempre Castilla. Refiriéndose al año de la muerte de Isabel, el cura de los Palacios hace la siguiente evocación:

> «¿Quién podrá contar la grandeza e el concierto de su corte, los prelados, los letrados, el altísimo Consejo que siempre la acampanaron, los predicadores, los cantores, las músicas acordadas de la honra del culto divino, la solemnidad de las Misas y Horas que continuamente en su palacio se cantaban, la caballería de los nobles de toda España, duques, marqueses, condes e ricos hombres; los galanes, las damas, las justas, los torneos, la multitud de poetas e trovadores e músicos de todas las artes, la gente de armas y guerra contra los moros, que nunca cesaban, las artillerias e ingenios de infinitas maneras?»

Desde la villa de Arévalo Iñigo se llegaría en rápidas excursiones hasta Madrigal y Olmedo, villas que el Contador poseía en encomienda con casa propia; y no dejaría de acompañar alguna vez a doña María de Velasco en las visitas a la reina doña Juana, que vivía tristemente retirada en su palacio de Tordesillas; pero más que aquella reina trastornada y

«loca de amor» debió de captar su interés y su compasión desde el primer momento la encantadora infantita Catalina de Austria, hermana menor de Carlos V, que en aquella soledad, más que claustral, cuidaba de su desventurada madre, ante cuyos ojos llorosos aparecía la niña como un reflejo viviente de la hermosura del rey difunto D. Felipe.

Los arevalenses conocían a Iñigo por su destreza en el arte de tañer la viola, por su valor en los torneos caballerescos, por su agilidad en las danzas y otros juegos juveniles. El se divertiría en las alegres excursiones cinegéticas, que con ayuda de los servidores y criados de casa emprendería en las temporadas oportunas, ora a pie, ora a caballo, saliendo a batir con sus perros los montes, bosques, rastrojos y pegujales, a la caza de venados, liebres, perdices, palomas, para después ufanarse en la cocina de las piezas logradas y de los variados percances de la cacería.

En aquellas altas y dilatadas llanuras de la meseta castellana, en donde por aquellos años nacía Teresa de Jesús (1515) y veintisiete más tarde Juan de la Cruz, los dos místicos más sublimes de su siglo, nos place imaginar al joven Loyola paseándose en su caballo a solas y meditabundo, acostumbrando sus ojos a la redonda lejanía de los horizontes y a la serena contemplación de los cielos azules y de las estrellas claras.

Educación religiosa en casa del contador

La educación religiosa que Iñigo recibió en Arévalo fue probablemente más seria y grave que la del hogar paterno. Don Juan, en opinión de todos, era profundamente religioso, fiel cumplidor de sus deberes cristianos, amante de la virtud, espléndido fundador de iglesias y conventos de monjas. Ni en su persona ni en la de ninguno de sus hijos puso nadie alguna tacha tocante a la moral. Doña María de Velasco, por su parte, después de educar cristianamente a sus doce hijos, se dejó arrastrar más de lo razonable hacia su reina y señora, doña Germana de Foix, pero si de algo pecó, fue de exceso de servicialidad, fomentando en la joven francesa su propensión a los banquetes, servicio que le fue muy mal recompensado.

Madre de doña María de Velasco era la piadosísima doña María de Guevara, que en Arévalo se había retirado a hacer vida cuasimonástica en una casita aneja al hospital de San Miguel, pasando sus días con unas devotas criadas en hábito de S. Francisco y ocupada en obras de piedad y de misericordia. Cuenta Henao que siendo María de Guevara «tía de Iñigo», se encargó en un principio de su educación religiosa, enseñándole a servir a los pobres y enfermos hospitalizados. Pero se nos hacen difíciles

de creer y casi inverosímiles estas noticias de origen tardío.

Lo que acabamos de referir no significa que la conducta religiosa y moral de Iñigo en estos años arevalenses fuese más impoluta y endevotada que en su país nativo. La pubertad se le había desarrollado plenamente y las tentaciones externas eran más fuertes y frecuentes. Sus efectos los veremos en seguida.

La educación social que configuró todo su ser fue esmeradamente cortesana, según el ceremonial de los pajes y donceles de Castilla, que se preparaban para realizar en sí la imagen del perfecto caballero, tal como la describirá paradigmáticamente el diplomático y humanista Baltasar Castiglione en su elegante y exquisito libro *Il Cortegiano*, diálogo imaginario sostenido en la corte de Urbino en 1507, uno de cuyos interlocutores, Pietro Bembo, diserta sobre el amor platónico.

El principal ornamento del ánimo serán las letras. Evite cuidadosamente en el lenguaje «la pestífera afectación». Aprenda a cantar a la viola, recitando, y cultive la música dulcificadora de los corazones, particularmente delante de las damas, a las cuales se debe la mayor cortesía y reverencia. Finalmente, debe amar, casi adorar al Príncipe a quien sirve, obedeciéndole siempre que no mande cometer una traición.

Los cancioneros

Iñigo no alcanzó a leer estas páginas del *Cortegiano*, que sin duda le hubieran encantado, pero sí pudo leer el *Cancionero general de Hernando del Castillo* (1511) que recoge las canciones y decires de muchos poetas y trovadores de aquel tiempo. Uno de ellos, Suero de Ribera, enumerando las condiciones del perfecto galán, parece retratar la figura juvenil de nuestro héroe:

«Ha de ser lindo, lozano,
el galán a la mesura,
apretado a la cintura,
vestido siempre liviano...

Capelo, galochas, guantes,
el galán debe traer;
bien cantar y componer
en coplas y consonantes;
de caballeros andantes
leer historias y libros,

la silla y los estribos
a la gala concordantes...

Flautas, laúd y vihuela
al galán son muy amigos;
cantares tristes antigos
es lo que más le consuela...

Damas y buenas olores
al galán son gran holgura,
y danzar so la frescura
A fiesta con amadores
todo ferido de amores.
no dexar punto ni hora,
y decir que es su señora
la mejor de las mejores.

Esto último de la excelencia y superioridad de su dama o señora, podía aseverarlo Iñigo con más verdad que nadie, según veremos; o acaso no podía decirlo en modo alguno, teniendo que guardar angustioso silencio, porque sus ojos volaban demasiado alto.

Alfonso de Baena, en un bello e interesante *Prologus Baenensis* que puso a su célebre *Cancionero,* escrito hacia 1450, traza el retrato de las costumbres usadas en la corte por los grandes señores:

> «Usaron e usan ver e oir e tomar por otra manera otros muchos comportes e plaseres e gasajados, así como ver justar e tornear e correr puntas e jugar cañas e lidiar toros, e ver correr e luchar e saltar saltos peligros, en ver jugar esgrima de espadas e dagas e lanza, e en jugar la ballesta a la frecha, e a la pelota, e en ver jugar otros juegos de manos e de trepares, e otrosí jugando otros juegos de tablas, de axedrés e dados, con que se deportan los señores».

Estas diversiones vienen después de haber recomendado a los príncipes y grandes señores la lectura de las historias: «leer e saber e entender todas las cosas de los grandes fechos e de las notables fasañas passadas de los tiempos antiguos». Siguen otros deportes al aire libre:

> «Así como en las riberas, cazando con halcones e con azores, e a las veses en los campos con galgos e otros canes, corriendo liebres e raposos e lobos e ciervos..., mostrando la su gran fortaleza e buen esfuerzo... andando

buscando por los montes e malezas las semejantes animalias bravas e brutas».

«Han por ende mochen bienes e provechos..., criando buena sangre e destruyendo malos humores..., e viviendo más sanos por ello, e lo final, tienen los cuerpos más sueltos e prestos e ligeros e aperrebidos para en los tiempos de los grandes menesteres de las guerras e conquistas e batallas e lides e peleas».

Y termina con solaces y esparcimientos de tipo cultural y moral:

«Pero con todo eso, mucho mayor vicio e placer e gasajado e comportes estriben e toman... los grandes señores leyendo e oyendo e entendiendo los libros... por cuanto se clarifica e alumbra el seso, e se despierta eensalza el entendimiento, e se conorta e reforma la memoria, e se alegra el corazón, e se consuela el alma, e se glorifica la discreción, e se gobiernan e mantienen e reposan todos los otros sentidos...

El arte de la poetría e gaya ciencia... es arte de tan elevado entendimiento e de tan sontil engeño, que la non puede aprender..., salvo todo homme que sea de muy altas e sutiles invenciones..., e aun que haya cursado cortes de reyes e con grandes señores... e finalmente que sea noble fidalgo, e cortés, e mesurado, e gentil, e gracioso, e pulido, e donoso, e que tenga miel e azúcar, e sal e aire e donaire en su rasonar, e otrosí que sea amador, e que siempre se prescie e se finja de ser enamorado; porque es opinión de muchos sabios, que todo homme que sea enamorado, conviene a saber, que ame a quien debe e como debe e donde debe, afirman e disen quel tal de todas buenas dotrinas es doctado».

No eran otras las aspiraciones del joven Iñigo de Loyola. ¿Y quién sabe si no leyó en aquellos días ese *Cancionero de Baena*, con su *Prologus Baenensis*, que entonces corría de mano en mano?

De todos modos, no se precisaba mucha lectura de obras poéticas caballerescas, para tropezar con formularios análogos de educación cortesana y con personas vivientes que los llevaban a la práctica, contribuyendo así a levantar los ideales de aquella sociedad.

Lector de novelas de caballerías

No es creíble que la pasión de la lectura le arrastrase con ilusión a buscar libros con qué perder el tiempo y dejar volar la fantasía por mundos imaginarios y falsos. Iñigo de Loyola fue siempre un hombre realista, más amante de las cosas concretas que de vagas ensoñaciones, aunque no faltaron éstas en algún momento de su vida juvenil. Por eso resulta muy

aventurado lanzarse a adivinar sus posibles lecturas, que serían pocas y de puro entretenimiento.

Si hemos de creer a Ribadeneira, el libro que más llenaba su entendimiento, o mejor, su imaginación, era el *Amadís de Gaula*, la más famosa de las novelas de caballerías, publicada en Zaragoza en 1508, cuyo refundidor, más que autor, fue el regidor de Medina del Campo, Garci Ordóñez de Montalvo. Ya en el siglo XIV corría por España y Portugal una redacción antigua y menos completa. La forma definitiva se la dio el medinense Montalvo, con tanto acierto que, según el parecer de Cervantes, «es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto», y más adelante arrancará a Goethe esta queja: «Es una vergüenza que se llegue a viejo, sin haber leído obra tan excelente». Para un adolescente, como podemos concebir entonces la persona de Iñigo, cuya fantasía empieza a despertarse con turbadores ensueños y cuyo corazón arde con los primeros sentimientos eróticos, no era aquella lectura la más recomendable. Acaso lo que más le atrajo al principio fueron los extraños lances del «Doncel del mar», las batallas del mismo con reyes y caballeros de diversas cortes, los combates de Galaor con el gran gigante, la espantable pelea del Caballero de la Verde Espada con la bestia fiera, llamada Endriago, y otras mil hazañas descomunales o sencillamente caballerescas. Después le impresionaría más la hermosura de las doncellas que en una y otra acción van apareciendo, ejerciendo su seducción sobre los valientes caballeros; pues como dice Menéndez y Pelayo después de referirse a la adúltera Ginebra del *Lancilote* y a la *Isolda* del *Tristán:* «En el Amadís predomina también el eterno femenino, y Oriana es personaje santo o más importante que Amadís. La pasión constante y noble de estos amantes no es de absoluta pureza moral *(en nota:* No se ha de perder de vista, sin embargo, que el *Amadís* se escribió dos siglos antes de que el Concilio de Trento declarase nulos los matrimonios clandestinos; de este género es el de Amadís y Oriana), ni tal cosa puede esperarse de ningún libro de caballerías..., pero lo más grave y lo que hizo sospechoso desde luego a los moralistas el Amadís... fue la falsa idealización de la mujer, convertida en ídolo deleznable de un culto sacrílego e imposible, la esclavitud amorosa, cierta afeminación, que está en el ambiente del libro, a pesar de su castidad relativa»

Episodios existen en la vida de Iñigo, que parecen extractados del *Amadís* o de cualquier otra novela de caballerías, como el hecho de dar rienda suelta a la mula para decidir si había de apuñalar, o no, al moro camino de Montserrat, o bien, el de la vela de las armas en aquel santuario

y el retirarse a una cueva a hacer penitencia. Su afición a los libros de caballerías la manifestó claramente cuando, en su convalecencia de Loyola en 1521, pidió para solazarse «le trajesen algún libro desta vanidad» (Rib. I,2).

¿Iñigo poeta?

Sabemos que en Arévalo se atrevió incluso a componer versos, lo cual nos hace creíble la opinión de que repetidamente leería los *Cancioneros* tan populares en la España del siglo XV, cancioneros o compilaciones de canciones líricas, por lo común de varios autores. El tema predominante es el amoroso, según la tradición de los trovadores medievales: suspiros de amor, lamentos de ausencias, alternando a veces con sátiras personales de crudo lenguaje, o bien con loores y alabanzas de altos personajes. No falta el sentimiento ascético y el tema devoto, desengañado y moralizador; pero el amor a la mujer prevalece sobre todo.

Poetas íntimamente religiosos los hay, como el franciscano Fray Ambrosio Montesino, que escribía largos villancicos, algunos tan lindos como el que comienza:

«No la debemos dormir
la noche santa,
no la debemos dormir».

Por algo la Reina Católica le tenía tanto afecto al piadoso fraile-poeta, el cual dedicaba dulces cantigas a la reina Isabel y a otros personajes de la Corte y de la Villa de Arévalo, bien conocidos de Iñigo de Loyola. Seguramente que el Cancionero particular de Montesino se hallaba en casa de doña María de Guevara y en la de María de Velasco. Cediendo a las súplicas de la primera compuso la canción a la Virgen, que empieza así:

«Aquella Estrella del norte,
tan sobida,
esperanza es y conhorte
de mi vida».

También pudo leer el joven guipuzcoano el poema sobre la Pasión de Cristo que dedicó Montesino a la duquesa de Nájera, Guiomar de Castro, madre del duque, de quien Iñigo será desde 1517 gentilhombre. Escribió el secretario de S. Ignacio en Roma, Juan de Polanco, que en su juventud «profesaba Ignacio peculiar devoción a San Pedro, en cuya loor y

veneración había compuesto versos castellanos».

Esto le bastó a P. Leturia para sospechar que el Iñigo de Arévalo leería un poema de Juan de Padilla (el Cartujano) sobre *Los doze triunfos de los doze Apóstoles*, poema de entonada retórica y de inspiración dantesca en estrofas de arte mayor. Encontramos allí dos estrofas que nos hacen pensar en el futuro fundador de la Compañía de Jesús. Empieza así el Triunfo IV:

«Como la dulce calandra volando
entona su canto, subiendo su vuelo
facia la parte más alta del cielo
con sus alillas sutil aleando»,

así se remonta el poeta hasta que contempla en el cielo estrellado a San Pedro apóstol y lo describe:

«Era muy rica la su vestidura,
según requería su pontifical;
la broncha tenía de claro cristal
de perlas sembrada por la bordadura.
Dentro tenía sotil escritura
con cinco letricas en forma de cruz,
la I con la E, y la S con US...

Este la piedra primera fundó
del edificio que va militando
con la bandera que siempre venció».

Lástima que el Cartujano de Sevilla no hubiera publicado su poema diez años antes, porque entonces hubiéramos aplaudido la conjetura del docto historiador; pero siendo la primera edición conocida de 1521, no pudo leerla Iñigo, ya que entonces, convaleciente en Loyola, daba comienzo a una nueva vida de apartamiento de todas las cosas mundana; las lecturas de Iñigo no iban hacia el cartujano poeta (Juan), sino a otro cartujano más espiritual y místico (Ludolfo de Sajonia) traducido por el fraile poeta A. Montesino.

Y entre tanto no deploremos la pérdida de las estrofas ignacianas en honor de San Pedro, porque serian indudablemente como aquellas de las que dice Don Quijote, «que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor» (I, 23).

Romances, poesías trovadorescas, decires rimados y cantados al son de la vihuela o del laúd, como era usanza en la Corte de Castilla, y acaso más los libros de caballerías, como el *Amadís de Gaula*, debieron de constituir su única cultura literaria. ¡Quién sabe si esa literatura de novelas y cancioneros, erótica, poblada de fantasías y quimeras, junto con sus escarceos poéticos y sus bien demostradas aficiones musicales (punteaba con destreza las cuerdas del laúd), quitaron algo de brutalidad a sus pasiones juveniles, coloreándolas con un vago idealismo caballeresco!

La moral, en quiebra

Cuando años adelante, en setiembre de 1553, el fundador de la Compañía de Jesús, gravemente enfermo, se puso a contar confidencialmente, como en una confesión amigable, los principales sucesos de su vida al portugués Luis Gonçalves da Cámara, refiere éste que «el Padre me llamó y me empezó a decir toda su vida, y *las travesuras de mancebo* clara y distintamente, con todas sus circunstancias... El modo que el Padre tiene de narrar es el que suele en todas las cosas, que es con tanta claridad, que parece que hace presente todo lo que es pasado... Yo venía inmediatamente a escrebillo, sin que dijese al Padre nada... He trabajado de ninguna palabra poner sino las que he oído del Padre»..

¿Qué travesuras de mancebo eran ésas? ¿Se refieren a las acciones reprensibles de Iñigo en Arévalo, o aluden a la fechoría de Azpeitia en 1515, de la que trataremos en seguida? Hay autores que han querido descubrir bajo el paliativo de «travesuras» no solamente galanteos más o menos pecaminosos y coqueterías amorosas, próximas al desliz, o, si se quiere, al resbalón, sino también no sé qué «borrascas juveniles» inexistentes en la historia.

No hagamos de Loyola «el Juan Tenorio de una pequeña ciudad castellana». Lo que Ignacio dijo expresamente al P. Cámara sobre sus *travesuras de mancebo* fue lo siguiente: «Hasta los 26 años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en exercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra».

Esto y no más escribió el P. Cámara. Alguien sospechó que el códice manuscrito fue posteriormente mutilado. ¿Por quién y cuándo? Son meras suspicacias sin el menor fundamento. Si le contó las escenas «con todas sus circunstancias», es de creer que esas escenas no eran muy deshonestas. Era el Santo, en este punto, de una cautela extremada. Los deslices morales nos son conocidos más concretamente por otras fuentes: Laínez

Polanco, Nadal. La fuente originaria es única: la narración del propio Ignacio, que siempre fue propenso a *dar cuenta de conciencia* confidencialmente. Y yo me pregunto: cuando en los años de su vejez, contemplaba las liviandades de su vida juvenil desde las alturas luminosas de sus experiencias místicas ¿no exageraría la gravedad de sus pecados, aunque narrándolos en forma imprecisa y genérica? ¿Y le entendieron bien sus confidentes? ¿No se dejarían engañar por la fuerza expresiva de Iñigo?

No pudiendo nosotros hacer crítica exacta de sus testimonios, contentémonos con trasladarlos aquí literalmente. Escribe Laínez, que será sucesor suyo en el generalato de la Compañía: «Cuanto a la natura, era aun en el mundo, ingenioso y prudente y animoso y ardiente y inclinado a armas y a otras travesuras... Con haber sido hasta allí *(hasta que hizo voto de castidad)* combatido y vencido del vicio de la carne, desde entonces acá nuestro Señor le ha dado el don de la castidad, y a lo que creo, de muchos quilates».

Nótese que Laínez junta las armas con las travesuras.

Su secretario, Alfonso de Polanco, añadió algunas tintas al cuadro: «Hasta ese tiempo *(de los 26 aptos)* aunque era aficionado a la fe, no vivió nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y en cosas de mujeres, y en revueltas y cosas de armas». Pero temiendo que el retrato, por demasiado sombrío, resultase algo falseado e incompleto, agregó esta acotación: «Con todo ello, dejaba conocer en sí muchas virtudes naturales. Porque primeramente, era de su persona recio y valiente, y más aún, animoso para acometer grandes cosas... De grande y noble ánimo y liberal también dio muestras... Nunca tuvo odio a persona ninguna, ni blasfemó contra Dios».

James Brodrick, agudo historiador inglés, después de citar la hiperbólica frase de Jerónimo Nadal: *Nihil minus cogitabat quam de pietate*, la apostilla así: «Es una exageración, o mejor, una impresión general de pesimismo, sacada de las confidencias del propio Ignacio».... Lo mismo se puede decir de los testimonios anteriores.

Un resquicio de luz para penetrar en el alma de aquel cristiano de creencias firmes, aunque de costumbres harto laxas, nos lo abre Antonio Araoz, pariente suyo, en dos frasecitas breves y casi inconexas, que nos revelan cierta ternura y devoción de aquel joven pecador, que, contrariamente a lo que dice Nadal, *cogitabat de pietate* al menos los viernes y los sábados: «Cuando se desafiaba, componía oración ante Nuestra Señora. Música ni en viernes ni sábado tanió».

Esto último por devoción a la Virgen María y a la Pasión de Cristo, lo cual quiere decir que sus pecados eran fruto de la debilidad humana, más que del encallecimiento en el vicio. En suma, se puede decir con J. Nadal que «su cristianismo era de católico, pero de los del montón».

No hagamos una exégesis cruel y malintencionada de los textos, mas tampoco los edulcoremos con devota ingenuidad. Ellos hablan bastante claro; basta leerlos con sencillez. También Amadís, flor y gala de la caballería, ídolo de tantos donceles soñadores, solía componer canciones y villancicos y llevaba una vida galante y sensual, al par que procuraba el ensalzamiento de la fe católica, y visitaba las ermitas y se confesaba con los ermitaños, y frecuentaba la Misa y las Vísperas, y se encomendaba a Dios y a Santa María, al arremeter contra sus enemigos, según leemos en la famosísima novela, y, sin embargo, nadie se atreverá a justificar su locura amorosa y su divinización de la mujer amada, ni a considerarlo, no obstante el heroísmo de su valor, como auténtico caballero cristiano.

Una cosa podemos dar por cierta, tratando de la juventud de Iñigo, y es que, aun admitiendo el testimonio más fuerte y probablemente el más antiguo, que es de Diego Laínez, ligeramente modificado por Polanco aquel joven guipuzcoano, que vivía como paje del Contador mayor del reino, tuvo sus caídas en materia de castidad, mas no cometió ningún escándalo público, nadie murmuró de aquel apuesto doncel, ni le acusó de costumbres deshonestas; de lo contrario, el íntegro don Juan Velázquez hubiera intervenido rápida y severamente amonestando al joven, de cuya educación y buenas costumbres él había salido responsable. Ninguno de sus amigos y compañeros fue tachado de inmoral o licencioso; ni Alonso de Montalvo, que tan gratamente lo recordó siempre, ni los hijos del Contador mayor (alguno fue sacerdote ejemplar). Y nadie tuvo para Iñigo una palabra de reproche.

El proceso de Azpeitia en 1515

Sus transgresiones de la ley moral en Arévalo ignoramos en qué consistieron; no tenemos noticia particular de ningún caso concreto. No podemos decir lo mismo de las estancias de Iñigo en Azpeitia, su patria, a donde se trasladaría a lo menos una vez al año para pasar con los suyos alguna temporada.

Cierto es que en 1515 se fue a pasar los Carnavales en su tierra, con intención de distraerse y tomar parte en los jolgorios y bullicios que caracterizan las fiestas populares de esos días. Estaríamos completamente a

oscuras de lo que sucedió en Azpeitia la noche del martes de Carnaval (20 de febrero de 1515), de no haberse descubierto en el municipio de Azpeitia cinco documentos (hoy en el Archivo de Loyola) pertenecientes a un proceso instruido por el corregidor de la provincia de Guipúzcoa, Juan Hernández de la Gama, doctor en ambos derechos, «contra don Pedro López de Loyola, capellán, e Yñigo de Loyola, su hermano, habitantes en la villa de Azpeytia, sobre cierto eceso, por ellos diz que el día de carnestuliendas últimamente pasado *(1515)* cometido e perpetrado».

Nunca llegaremos a saber exactamente en qué consistió ese «cierto eceso», o delito, perpetrado por los dos hermanos. Lo cierto es que, acusados ante el corregidor de Guipúzcoa, intentaron evadirse de su tribunal alegando que eran tonsurados y por tanto no estaban sometidos al fuero civil, sino al eclesiástico del obispo de Pamplona. Eso era cierto para Pedro López, no para Iñigo, que ni vestía de clérigo, ni llevaba tonsura clerical, condiciones necesarias para disfrutar del *privilegium fori*, según bulas apostólicas dadas por Alejandro VI a petición de los Reyes Católicos...

En Pamplona se inició el proceso contra Iñigo, como sujeto al fuero clerical. Indignado el corregidor, nombró el 1 de mano por su procurador al escribano Juan Pérez de Ubilla para que hiciese valer sus derechos contra las pretensiones del vicario general de la diócesis. Responden las autoridades eclesiásticas el 6 de marzo, que estudiarían el caso y darían respuesta «en el término del derecho». Iñigo por su parte nombra también un procurador (Martín de Zabaldica) que interponga sus instancias contra la acción del corregidor. Se suspende el proceso momentáneamente. Pero J. Pérez de Ubilla, el procurador de Hernández de la Gama, comparece de nuevo ante el vicario general Juan de Santa María y un oficial, conminándoles «que obedescan las dichas bulas, e obedesciéndolas non admitan nin reciban a lego alguno, casado o non casado, que diga ser de corona..., sin que primeramente el tal clérigo pruebe enteramente que por cuatro meses antes que cometiese el delito truxo continuamente el hábito e tonsura decente, conforme a las dichas bulas», y como «Yñigo de Loyola, lego», no ha presentado la dicha probanza, «antes es público e notorio que siempre ha traído armas e capa abierta e cabello largo sin traer corona abierta»; por lo tanto, «no se entremetan a impidir al dicho señor corregidor la justicia real de su Alteza, pues quel dicho Yñigo de Loyola non ha traído hábito e tonsura decente, e los delictos que cometió son calificados e muy enormes, por los haber cometido él e Pero Lopes, su hermano, de noche, e de propósito, e sobre habla e conseo habido sobre

asechanza, e alevosamente, segúnd paresce por esta pesquisa que le presento; e que les pido e requiero que manden prender al dicho Pero Lopes de Loyola, clérigo, e le den la pena condigna al dicho delicto, e al dicho Yñigo de Loyola remitan al dicho señor corregidor, para que le dé la pena que fallare por derecho, pues es de su fuero e jurisdicción».

Por fin el 13 de marzo de 1515 se presenta el procurador sustituto, Miguel Vernet, en nombre del corregidor, para declarar: que Iñigo de Loyola cometió el delito *(delicta varia et diversa ac enormia)* en tierras de Guipúzcoa, y siendo el doctor de la Gama el juez ordinario de esa provincia, a su jurisdicción debe someterse el reo, que actualmente está arrestado en la prisión episcopal. El privilegio clerical de la tonsura, nunca lo tuvo ni lo tiene el dicho Iñigo de Loyola, «Y aun suponiendo que en algún tiempo hubiese recibido la primera tonsura clerical, el sobredicho Iñigo no debe ni puede gozar de semejante tal privilegio en ningún modo... puesto que al tiempo de cometer esos crímenes y excesos, y aun mucho antes, no vestía hábito clerical ni llevaba tonsura»[44].

Añádase que las constituciones sinodales de la diócesis de Pamplona del año 1499 ordenan que los clérigos tonsurados, que desean gozar del privilegio deberán presentar las letras de su ordenación ante el Señor Vicario general, para que sean matriculados sus nombres en los registros diocesanos. «Ahora bien, como el nombre de Iñigo no aparece en los registros, ni quiso él matricularse, resulta más claro que la luz que no puede ser juzgado según las leyes de la Santa Madre Iglesia ni debe disfrutar de privilegio alguno». En la misma página se nos da el retrato del joven Loyola en aquellos días: «El susodicho reo, Iñigo de Loyola se ha portado como laico durante muchos años y meses, sin tonsura ni veste de clérigo, y además mezclándose en negocios seculares que de ningún modo corresponden al orden clerical, y más concretamente andando de ordinario *(consuevit intedere)* armado de coselete y coraza, de flechas y ballestas y de todo género de armas, como un hombre de guerra, que ha depuesto las ínfulas de la milicia celeste para vestir las de la milicia secular».

No es de creer que con ese atuendo militar anduviese Iñigo de ordinario. Sin embargo, el acusador vuelve a insistir en la indumentaria: «El antedicho Iñigo nunca llevó tonsura en la forma ya indicada, sino

[44] El vicario general de Pamplona había ordenado que los clérigos llevasen tonsura de la grandeza de una tarja y los cabellos no tan largos que lleguen a cubrir las orejas. «E la vestidura o hábito decente sea, … exceptuando en los caminos, loba, o manto, o capuz, o tabardo, o gabardino, no sea collorado, ni azul, ni verde, ni claro, ni amarillo, ni de otra color deshonesta».

cabellos copiosos y melena larga hasta los hombros inclusive. Item, ha llevado y lleva aún el día de hoy la veste escaqueada y bipartida en dos colores, birrete colorado, espada y otras armas, todo lo cual es contrario a las citadas ordenaciones».

Este es el quinto y último documento que poseemos acerca del Proceso de Azpeitia contra Iñigo y su hermano.

¿Sentencia o sobreseimiento?

El resultado final lo ignoramos en absoluto. Probablemente no hubo sentencia definitiva, o se impuso a los reos una pena tan insignificante, que la gente del pueblo ni siquiera se dio cuenta. Y es curioso que los damnificados por el delito, si los hubo, no chistaron pidiendo justicia. Todo esto viene a demostrar que la culpa no fue muy grave, puesto que no se especifica, ni se presentan los testigos. En esto mismo nos confirma el hecho de que Pedro *López de Loyola*, lejos de hallar por parte del pueblo o de la curia diocesana obstáculo alguno en su carrera sacerdotal, recibe las Ordenes sagradas hacia 1518 y empieza a disfrutar de la parroquia de Azpeitia, al quedar vacante por la muerte de García López de Anchieta. Y el 27 de enero de 1520 todo el clero azpeitiano «por la íntima hermandad y amistad, que entre vos, el dicho rector, e nos, los dichos beneficiados, hay», se ofrecen a ayudarle y remunerarle con el diezmo que a cada uno de ellos tocará en el próximo año de 1521, con libertad para emplear esos dineros como mejor le plazca.

Iñigo, por su parte, libre del arresto episcopal, se marchó tranquilamente a la villa de Arévalo, sin que nadie le pidiese cuentas de nada.

Es posible que ante los dos jueces —el civil y el eclesiástico— surgiesen discrepancias y disputas, ya que la tonsura de Iñigo, sin pruebas, era muy problemática; ¿no era mejor evitar un conflicto entre ambas potestades, máxime teniendo en cuenta que los delitos —aunque se dicen «muy enormes»— no fueron probablemente perpetrados, sino que todo se redujo a una asechanza nocturna y alevosa contra no se sabe quién, y un intento premeditado de ofender a alguien —quizá un rival o un enemigo que les había perjudicado y de quien se querían vengar—, pero que felizmente resultó ileso. Si hubiera habido una herida grave o mortal, un rapto, un sacrilegio, creemos que no hubiera dejado de expresarse en propios términos, determinando el rango de la persona ofendida y pidiendo para los criminales el máximo castigo (un asesino tenía entonces pena de muerte). En nuestro caso solamente se dice que el corregidor le dará «la

pena que fallare por derecho». Menos no se puede decir.

Y nadie se deje impresionar, como lo han hecho no pocos historiadores, por el calificativo de «enormes», pues aquí no es más que un término jurídico que significa «lo suficientemente grave para anular el privilegio del fuero eclesiástico», con el cual querían protegerse los presuntos tonsurados

De regreso en Arévalo, Iñigo, ya fuera de peligro, saludó gozoso a todos los miembros de la familia del Contador mayor y reanudó sin preocupaciones la vida de siempre en aquella casa. Don Juan Velázquez y su esposa doña María de Velasco con la tropa rumorosa de sus hijos, seguían gozando de su vida holgada y confortable en un palacio cada día más espléndidamente aparejado. Y por encima de todo, les daba seguridad el crédito y estima de que gozaban en la corte; la privanza y el sincero afecto que les manifestaban tanto el rey como la reina, no daban señas de mengua o menoscabo. Iñigo volvió a sus ordinarias diversiones y alegres esparcimientos con los hijos de su protector; a perseguir perdices o patirrojas y tímidos conejos por los anchos campos avileños, taraceados de verdes pinares y desnudas roquedas.

Pero el hecho de haber sido objeto de un proceso criminal, al menos incoado, y haber conocido la prisión episcopal, por benigna que fuese, ¿no sonaría dentro de su espíritu como un toque de alarma, o sencillamente como una llamada a un serio examen de conciencia, obligándole a reflexionar sobre su conducta pasada, que podría comprometer la suerte de su vida futura? Se nos oculta todo lo que pasó entonces por su alma, pero sabemos que Ignacio de Loyola fue siempre tremendamente reflexivo, quizá el más reflexivo de cuantos hombres conoce la historia, y el primer sistematizador del *Examen general de conciencia* y del *Examen particular*. Por eso me parece imposible que en aquellos días no reflexionase muy seriamente. Si eso no le bastó para enderezar su vida por mejores derroteros, Dios le iba a sacudir con otro golpe mucho más fuerte.

La catástrofe del contador real y de su familia

Veinticinco años en flor y un panorama de ensueño ante los ojos tenía nuestro Iñigo, cuando vino a posarse sobre su juventud la primera desilusión. Desilusión que tal vez no hubiera escarbado tan hondamente en su alma, si antes no hubiera removido el terreno un examen de conciencia sobre lo acaecido en Azpeitia y Pamplona.

El 23 de enero de 1516 (antes del amanecer) moría pobre y tristemente en la aldea cacereña de Madrigalejo, ensayalado con hábito dominicano, uno de los más grandes monarcas españoles, don Fernando el Católico, que juntamente con su esposa Isabel, han sido denominados «los creadores de España». Asistió a su muerte con lealtad inalterable su devotísimo servidor don Juan de Velázquez, señor de Arévalo. Tal vez no presentía entonces el Contador mayor que con el rey desaparecía su propio poder y toda su fortuna. Por efecto de una catástrofe imprevisible, la casa de Velázquez se iba a arruinar súbitamente.

Los eventos históricos se sucedieron trágicamente así: Don Fernando el Católico dejó en su testamento del 22 de enero 1516, para doña Germana de Foix, su segunda esposa, la renta anual de «30.000 escudos de oro y 5.000 más, durante su viudez, que se habían de sacar de unas rentas sobre el reino de Nápoles. Pero Carlos I, al tomar las riendas del gobierno por incapacidad de su madre doña Juana, creyó prudente a causa de las dificultades del cobro, escuchar a los que le aconsejaban sustituir esas rentas napolitanas por «el señorío de Arévalo, Olmedo y Madrigal durante los días de su vida, y por otra renta de 25.000 escudos de oro sobre estas villas y las ciudades de Salamanca, Avila y Medina».

No se llegó de golpe a tan grave resolución. Velázquez trató de captarse la benevolencia del rey Carlos, recordándole en cartas a Bruselas los múltiples servicios que desde antiguo venía él prestando a la Corona. Carlos le respondía con suma amabilidad y palabras de gratitud, aunque el 22 de julio de 1516 ya le insinúa la posibilidad del traspaso de las villas de Arévalo y Olmedo, eso sí, declarando su voluntad, «que todas las cosas que os tocaren sean muy miradas, como es razón y vuestros servicios merecen». Y el mismo día envía al cardenal Cisneros esta orden:

> «Si la villa de Arévalo se hubiese de dar a la serenísima reina d'Aragón, se mirase mucho que Juan Velázquez, que treinta años e más sirvió al rey, e a la reina, mis señores, e muy bien e fielmente e en cosas de mucha calidad e confianza, (e) que no era razón que en la fortaleza e otros cargos que en la dicha villa tenía se hiziese mudanza..., porque no solamente le deseamos conservar en ella, pero hacer otras mercedes e gratificar su servicio... y lo mismo se ha de hacer en los oficios que el dicho Juan Velázquez tiene en la villa de Madrigal, si se hobiese de dar a la reina».

Los actos de la tragedia se van desenvolviendo con movimiento mesurado, pero fatal, incontenible. Doña Germana necesita dinero y urge a Carlos por que le sean entregadas las villas en cuestión. En julio de 1516 la

decisión está tomada y el rey desde Bruselas se lo comunica a Velázquez el día 27 con la máxima suavidad y palabras de aliento:

> «Vi lo que escribistes y oí lo que Alvaro de Lugo *(su sobrino)* de vuestra parte me dixo, e en lo que dezís de las tenencias e oficios que tenéis en Arévalo e Madrigal, que se han de dar a la sereníssima reina de Aragón…, porque yo tengo mucha memoria de vuestros servicios e voluntad de os los gratificar, he escripto al reverendíssimo cardenal, que entretanto que yo voy a esos reinos, que será muy presto, las dichas tenencias e officios estén en vuestro poder, segund agora lo están».

Esa benévola frase de concesión momentánea no tranquilizó en modo alguno al Contador mayor del reino. Era demasiado honda la herida, para curarla con cataplasmas y otros emolientes.

Cisneros, regente de España en ausencia del joven rey, apenas conoció voluntad clara y terminante de Carlos, tomó todas las provisiones necesarias para la ejecución de la orden real:

> «Ya sabéis —escribe al vicario de la iglesia de Toledo— cómo los días pasados el rey nuestro señor nos envió a mandar por su carta hiziésemos dar y entregar las villas de Arévalo, Madrigal y Olmedo con sus tierras y jurisdición a la serenísima reina doña Germana, para que ella las tuviese por su vida para su asiento y morada, y luego entendimos en ello».

Lo primero que hizo fue notificárselo al interesado, don Juan Velázquez, que a la sazón se hallaba en Madrid, el cual quedó al oírlo como fulminado por un rayo. Que él, fidelísimo como ningún otro a la Corona leal servidor —como lo había sido su padre— a los reyes de Castilla y que lo estimaban de veras y le habían concedido la tenencia en encomienda de las dichas villas, se viese ahora —por voluntad de otro rey jovencísimo que no había pisado aún tierra española— forzosamente constreñido a abandonarlas y ponerlas en manos de una reina viuda, poco estimada en Castilla y además extranjera, le parecía irracional, injusto, antipatriótico e increíble. No hacía veinte años que él mismo habla contribuido a que Isabel la Católica confirmase los privilegios que tenía Arévalo de los reyes Fernando IV y Juan II, y ordenase por una cédula real, que «en tiempo alguno la dicha villa sería enajenada, ni apartada, ni quitada de su corona real, por causa alguna, ni dada en merced a persona alguna».

Y de pronto la decisión del joven monarca venía a anular tantos derechos adquiridos y a disipar las doradas ilusiones que él se había forjado

de conservar a perpetuidad para sí y para sus herederos los cargos, honores y títulos que los reyes anteriores le habían generosamente otorgado. Siente el alma angustiada por un problema de conciencia. ¿Rendirá pleito-homenaje a Germana de Foix, manteniendo en el interim, como hasta ahora, la posesión de las villas hasta que venga de Flandes el rey Carlos y decida el caso definitivamente? Piensa don Juan que será tiempo perdido. Don Carlos tardará un año en arribar a España. Cuando llegue, si encuentra en los arevalenses una resistencia pertinaz hasta exponer la propia vida, reconocerá su error y cederá en su empeño. Resuelto a jugarse el todo por el todo, Juan Velázquez el 1 de noviembre de 1516 (fiesta de *Todos los Santos)* partió de Madrid ceñudo y mohíno hacia Arévalo, de cuya fortaleza y castillo era también alcaide. Nos lo refiere L. Galíndez de Carvajal:

> «El fin suyo era defender aquella villa y fortaleza de la reina doña Germana..., la cual pretendía que era suya... Lo cual desplugo mucho a Juan Velázquez..., y mucho más pessó a doña María de Velasco, que desamaba ya a la reina Germana, habiendo sido poco antes su gran servidora y amiga más de lo que era honesto... Juan Velázquez y su mugar se pusieron en resistencia contra los mandamientos del rey... Hizo en Arévalo bastión otros aparejos para se defender que no se le tomasen; y metió allí gente de a pie y a caballo, assí suya como de algunos grandes, sus amigos y deudos de su mujer. En la cual rebelión duró muchos mes.».

Antes de encerrarse en la fortaleza dispuestos a la lucha, los familiares, amigos y partidarios de Juan Velázquez se habían dirigido al Consejo real con una súplica y reclamación, pidiendo se guardasen los privilegios de los antiguos reyes, según los cuales la villa de Arévalo no podía ser enajenada de la Corona real. Los del Consejo estimaron que dicha suplicación se debía llevar al rey; sólo cuando éste comunicó a Cisneros y al propio don Juan Velázquez la resolución última, negativa, se reclutaron fuerzas armadas para la defensa de Arévalo.

Refiere Prudencio de Sandoval, que Juan Velázquez «hízose fuerte en la villa con gente, armas y artillería. Y para guardar los arrabales hizo un palenque de río a río fortísimo; de manera que no sólo podía defenderse, mas ofender».

Velázquez se rinde. Su muerte

Se habla a veces de asaltos y batallas, pero no hay pruebas de que

entrasen en juego la artillería y otras armas. Que Iñigo de Loyola fuese uno de los que se encerraron en la fortaleza dispuesto a derramar su sangre por su señor, es cosa tan obvia que lo contrario nos parecería incomprensible. Por deberes de gratitud y por espíritu caballeresco no podía jamás abandonar a su señor, mientras hubiese alguna esperanza de que el monarca condescendería con su Contador mayor. Loyola trabajaría sin duda levantando barricadas y parapetos en compañía de los hijos de Velázquez. Que uno de ellos, don Gutierre ya casado con doña María Enríquez, sobrina del Rey Católico, «en uno de los encuentros peleadores resultó herido y murió a poco, como consecuencia de las heridas», como asegura J. García Mercadal, será conjetura imaginaria de ese moderno historiador, no siempre bien documentado. Murió sí, a los pocos días, mas no por efecto de la pelea.

Cisneros prefería solucionar el asunto con palabras persuasivas, sin hacer uso de las armas. Como nada bastase a doblegar la tesonería y obstinación de Juan Velázquez, íntimamente persuadido de que la justicia y el derecho estaban de su parte, el cardenal-regente le mandó cartas y admoniciones para que depusiese su actitud de rebeldía, que le pudría resultar muy cara; y como los consejos resultasen ineficaces, decidió enviar al doctor Antonio Cornejo, alcalde de la Corte, con numerosas tropas. Este hizo pregonar ante las puertas de la villa, bien guarnecidas por los secuaces del Contador mayor, que si deponían las armas y se sometían a los mandatos reales, a todos se les otorgaría generosamente el perdón; de lo contrario, correría la sangre, el nombre de Velázquez y de sus hijos quedaría estigmatizado para siempre y a toda la familia le serían secuestrados todos sus bienes.

A Cisneros le interesaba muchísimo apagar a tiempo este incendio de desobediencia, porque otros más peligrosos y fuertes, después de la muerte del rey Don Fernando, se iban alzando entre los nobles de Andalucía, de Castilla y de León; eso sin contar las aves de rapiña que venían de Flandes a desuñarse en España buscando riquezas, cargos, posesiones. Un político de fina sensibilidad podía olfatear la gran humareda, todavía lejana, de la Guerra de las Comunidades. Entre los nobles que podían venir en ayuda de Velázquez, se contaba su pariente el Almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, uno de los más altos próceres españoles, que ya había defendido su causa en carta al nuevo monarca. Sus prometidos refuerzos no llegaron y el desesperado alcaide del castillo, agotados ya sus recursos pecuniarios, comenzó a prestar oído a las exhortaciones de Cisneros.

«Después de muchos autos —dicen a una voz Galíndez de Carvajal y Prudencio de Sandoval— Juan Velázquez se apartó de aquella rebelión y camino errado que avía tomado, y derramó la gente y fortaleza y villa de Arévalo». Eso sería a principios de marzo, pues el 17 de ese mes comunica Cisneros al rey que «en lo de Valladolid y Arévalo..., está todo en mucha paz y sosiego». Aquello no fue sólo el rendimiento de un castillo fuerte; fue también el hundimiento psicológico de una personalidad mucho más fuerte, vencida por la ingratitud y los desengaños. ¿Ocurrió una catástrofe semejante en el alma soñadora de aquel joven de 26 años no cumplidos que se llamaba Iñigo de Loyola?

Juan Velázquez, «pobre, gastado y desfavorecido, con asaz tristeza por la muerte de Gutierre Velázquez, su hijo mayor» (fallecido el 22 de febrero), tomó el camino de Madrid en el mes de junio de 1517 y se puso a merced del regente y gobernador del reino, que era Cisneros. «El Cardenal lo rescibió medianamente, y le ofreció que haría por él, cerca del rey, como por amigo..., sino que Joan Velázquez no creyó al cardenal, ni a otros amigos que le escribían muchas veces lo que le cumplía hazer».

«Y fue tan profunda la melancolía que por sus desgracias le dio, que luego perdió la vida. Y la villa de Arévalo se entregó a la reina Germana y tomó la posesión por ella un caballero aragonés, criado del Rey Católico».

Casi repentinamente le asaltó la muerte al noble y desgraciado caballero (12 de agosto 1517). Murió con la tristeza de no haber podido cumplir las promesas hechas al padre de Iñigo de Loyola, de darle a éste una digna colocación en la corte. No consta, contra lo que algunos han escrito, que el joven guipuzcoano estuviera presente en Madrid a la hora de fallecer su protector. Eso no quiere decir en modo alguno, que se avergonzase de la conducta de su bienhechor. Moralmente estaba a su lado Había luchado manteniendo su causa y estaba dispuesto a seguirle donde fuese, porque en él veía al caballero sin tacha, al cumplidor de las leyes del reino, al fiel intérprete de la voluntad y del pensamiento de Isabel la Católica y del rey Don Fernando. No estaría en Madrid al lado del moribundo, ¿pero lo estaban su esposa y sus hijos? En el pecho de Iñigo nunca hubo lugar para la ingratitud.

El amoroso trato que le dieron los señores de Arévalo no lo olvidará jamás. En 1547 el licenciado Juan del Mercado, de Valladolid, escribe a Ignacio de Loyola, general de la Compañía en Roma, que Juan Velázquez «regidor desta villa» (4.° hijo del Contador) «besa las manos de V. P. y se encomienda a sus oraciones». A lo que Ignacio, conmovido con el

recuerdo de sus antiguos protectores, responde: «De la memoria del Sr. Juan Velázquez me he consolado en el Señor nuestro; y así V. md. me la hará de darle mis humildes encomiendas, como de inferior que ha sido, y es tan suyo y de los señores su padre *(Don Juan)* y abuelo *(don Gutierre Velázquez)* y toda su casa, de lo cual todavía me gozo y gozaré siempre en el Señor nuestro».

El 19 de setiembre de 1517 don Carlos de Gante, rey de España, desembarcó en un puerto de Asturias. Doña Germana de Foix se retiró primeramente a Aragón, donde fue muy agasajada por los alemanes y flamencos venidos con don Carlos, especialmente por el marqués Juan de Brandeburgo de escasa hacienda, pero de noble alcurnia; con él se casó en Barcelona (mano de 1519), cosa que pareció mal a todos los españoles.

¿Qué era, entre tanto, de la villa de Arévalo? Sus habitantes se negaron a aceptar el señorío de doña Germana y se dirigieron a Don Carlos, afirmando que la donación hecha por el monarca violaba las leyes del reino y eran contra los privilegios que los reyes anteriores les habían otorgado. Por eso, no podían aceptarla, esperando que Don Carlos la revocase y anulase. En efecto, aconsejado mejor esta vez y conociendo bien, la situación política española, no vaciló en cantar la palinodia. Era un síntoma peligroso que los flamencos y alemanes defendiesen las pretensiones de doña Germana, y era más alarmante el cundir de la guerra de las Comunidades por casi toda Castilla y otras provincias. ¿No podrían las villas de Arévalo, Madrigal y Olmedo, añadir nuevo pábulo a la inmensa hoguera de los Comuneros? El rey siempre había querido tener contento a Juan Velázquez, suavizándole en todo lo posible las medidas tomadas contra él, pero ahora pronunció rotundamente, aunque tarde, su justificación pública y oficial, por medio de un decreto firmado en Bruselas el 9 de setiembre de 1520, en que decía:

> «Atendiendo las súplicas de los vecinos de Arévalo..., declaramos ayer sido y ser ninguna e de ningún efecto e valor la merced que de la dicha villa avíamos fecho e fecimos a la dicha serenísima señora reina de Aragón e no la haber podido facer ni apartar de nuestra corona real, perpetua ni temporalmente... e la dicha donación la casamos, revocamos e anulamos e queremos... que finque e quede sin efecto alguno».

Los huesos de don Juan Velázquez podemos imaginar que se removerían gozosos en su sepulcro de Cuéllar. Para su esposa doña María de Velasco significó un tardío desagravio y al fin y al cabo una satisfacción: Doña Germana no logró nunca tener la posesión del señorío

de Arévalo. A doña María le había tocado la triste suerte de hacer entrega de la villa y de su fortaleza al doctor Antonio Cornejo, por orden del rey, fechada el 28 de diciembre de 1518.

La dispersión

Entregada la villa y los palacios, en donde doña María y sus hijos habitaban, tuvo ella la fortuna de encontrar buena acogida en el palacio de Tordesillas, donde vivían en triste soledad la reina doña Juana «la Loca, y su hija la bella infanta doña Catalina de Austria, digna nieta de Isabel la Católica. A su servicio estuvo fielmente doña María de Velasco hasta finales de 1524, pasando entonces a Lisboa, donde la infanta española casada con don Juan III de Portugal desde el 5 de febrero de 1525, la retuvo junto a sí como Camarera mayor. En aquella corte vivió tranquila, viendo cómo sus hijos se iban acomodando con relativo decoro, y a ella no le faltaban bienes terrenales para ganar los eternos con obras de piedad y de beneficencia. Antes de morir a principios de mayo de 1540 pudo tener noticias, por medio de estudiantes portugueses venidos de la Universidad de París y por cartas del embajador en Roma don Pedro Mascarenhas, cómo aquel Iñigo de Loyola, a quien ella y su marido habían educado y mimado en Arévalo, había fundado una «Compañía del nombre de Jesús», de la que los papas y los reyes esperaban cosas grandes en toda la Cristiandad.

Nos queda por narrar la salida de Iñigo del palacio de Arévalo, una vez que la villa y la fortaleza se habían rendido a las fuerzas reales. Muerto su gran protector, por fuerza tenía que salir de aquella casa, donde había vivido once alegres años de su vida, toda su juventud ardiente e ilusionada, sin que nada faltase a sus deseos y antojos. ¿Qué hacer en este crítico momento? Volver a su casa de Loyola no tenía sentido. No podía pasar los años en la ociosidad a la sombra de su hermano mayor. Lo que él anhelaba era proseguir brillantemente la carrera caballeresca, cuyo aprendizaje había practicado en Arévalo. Entonces parece que fue doña María de Velasco, pariente, como queda dicho de los Loyola, quien le sugirió el nombre del Duque de Nájera, Antonio Manrique de Lara, con quien su familia «tenía deudo» o parentesco. La sugerencia fue acogida inmediatamente con entusiasmo. La viuda de Velázquez, en aquel trance tan apurado para su economía, tuvo un gesto de generosidad: sacó de sus arcas 500 escudos y dos caballos de su caballeriza, y los puso en manos de Iñigo para el viaje hasta la ciudad donde el Duque de Nájera tenía su residencia habitual.

Conocemos este dato de la despedida por el testimonio de un compañero de su juventud, Alonso de Montalvo, que años adelante lo refirió al jesuita Antonio Láriz. Estas fueron sus palabras: «Iñigo de Loyola estuvo en casa del dicho Contador... hasta que el dicho Contador murió, sin poderle dejar acomodado, como deseaba. La mujer del dicho Contador, que era señora muy principal, dio a Iñigo de Loyola quinientos escudos y un par de caballos, en los cuales el dicho Iñigo se fue al Duque de Nájera».

Hacia una vida más seria

Una etapa importantísima de la carrera de Iñigo se ha cerrado bruscamente con aire de tragedia. Montado en uno de sus caballos parte de Arévalo en los últimos días del verano o primeros del otoño en 1317; mira al salir, no sin melancolía, el formidable torreón central en cuya defensa había invertido vanamente largos meses de coraje y de incertidumbre, y atraviesa cabalgando la vasta meseta castellana, más desolada y triste que nunca. Campos de Medina, Valladolid, Burgos, tantas veces hollados por su caballería acompañando a Juan Velázquez en días venturosos, que hoy le parecen lejanísimos. Todo le invita a la meditación. Atrás quedan sus ilusiones juveniles rotas, sus esperanzas cortesanas casi desvanecidas; con él van los desengaños, las decepciones, los recuerdos amargos, la incertidumbre del porvenir. Como lector de Cancioneros, habría leído u oído repetir las coplas del sumo poeta Jorge Manrique (¿no estaban los Loyolas lejanamente emparentados con los Manriques?) y le vendrían a la memoria aquellos versos:

«Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado,
da dolor;
cómo a nuestro parescer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor...»

Y pensando en la muerte del poderoso don Juan Velázquez:

«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en el mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabara
y consumir...

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que en este mundo traidor
aun primero que muramos
las perdemos...»

¡Cómo no le ibais a venir a la mente las diversiones juveniles, las músicas, danzas, galanteos!

«¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención
como trajeron?

¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras,
las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e cimeras?

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados e vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos,
de amadores?»

Dijérase que estas inmortales *Coplas* se habían escrito todas para que meditase Iñigo de Loyola en la muerte de su protector.

Y es de creer que meditando sobre la vanidad de los placeres y festejos mundanos, hiciera el propósito de renunciar a ellos, o por lo menos, de no buscarlos con avidez apasionada, como hasta ahora; no quería arruinar cuerpo y alma en frivolidades, en deleites pasajeros, en inútiles pasatiempos. La vida requería ocupaciones más altas, consagrarse a un ideal, ponerse al servicio de su rey como el mejor de los caballeros, ir si fuere preciso a la guerra, mas no por ambición terrena, ni por apetencia de mayor señorío, ni por el afán de dilatar sus propios dominios, sino por motivos más altos y universales; de lo contrario, la guerra no sería la guerra misional y de cruzada que promovió tantas veces el Rey Católico Fernando y el mismo Carlos V, la que entusiasmaba a los soldados

españoles de entonces, la «guerra divinal», que decía en 1434 el obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, porque una guerra ofensiva hecha por motivos meramente políticos y materiales «nin es contra los infieles, ni por ensalzamiento de la fe cathólica, nin por extensión de los términos de la Cristiandat» y por consiguiente no es propia de España.

Esta transformación de frívolo cortesano en grave militar de ideales cristianos, es *la primera conversión de Iñigo de Loyola*, no una conversión de carácter plenamente religioso, porque su imaginación seguirá todavía varios años poblada de ideales terrenos y su corazón arañado de sentimientos demasiado humanos; pero significa un paso adelante, o acaso mejor, un salto decidido en el itinerario vital, psicológico, de su personalidad.

La conversión sobrenatural de su espíritu con la total entrega al «Rey Eternal» no tendrá lugar hasta 1521, según veremos. Pero que en 1517, cuando contaba 26 años, «hizo mutación en su vida», lo afirma rotundamente Polanco *(Summ. hisp.)* y dentro de su vaguedad es incontrovertible. Otro de los confidentes de Iñigo, J. Nadal, está de acuerdo con Polanco.

Arévalo en la vida de Ignacio

Estas meditaciones sobre la vida pasada no le impedían a un corazón tan noble como el de Iñigo reflexionar y discurrir con íntima gratitud sobre las ventajas y beneficios que le habían acarreado la estancia en Arévalo y la convivencia con personajes de tanto carácter y espíritu como don Juan Velázquez y doña María de Velasco: el compañerismo y la amistad de los hijos del Contador Mayor del reino, los rudimentos literarios y musicales que con ellos había aprendido, el arte de montar a caballo a la jineta y a la brida, el hábil manejo de las armas, la gentileza de su hablar y de sus modales en el trato con autoridades o personas de distinción. Sabemos que esta cortesanía le duró toda la vida, pues en sus últimos años testificaba Benedetto Palmio, que hasta en su mesa resplandecía *«nescio quid aulicum»*, especialmente si tenía convidados.

En los años de Arévalo —escribió justamente Leturia— «acabó de formarse en su alma aquel fondo de cortesía y señoril elegancia, iniciado ya junto a sus padres en la Casa-torre, que purificado más tarde de toda escoria mundana se reveló tan regiamente en sus cartas al duque de Gandía, a Juan III y a obispos y príncipes de toda Europa; y no menos en su aprecio del *tratar y conversar* para ganar las almas».

El caballero meditabundo iría absorto por la infinita llanura castellana, clara y luminosa, soñando en actividades más altas que las desarrolladas hasta ahora. Quería poner su espada al servicio de don Antonio Manrique de Lara, Duque de Nájera, Virrey de Navarra, uno de los Grandes de España a quien probablemente habría conocido en alguna de sus viajes a la Corte con don Juan Velázquez y sus hijos. Además, aquel magnate, según nos asegura Alonso de Montalvo, «tenía deudo» con la casa de Loyola. ¿Qué clase de deudo? Tal vez se refiera solamente a las afinidades políticas y a la buena amistad.

¿Interrumpiría su viaje por algunas horas para descansar en Valladolid, donde la familia de Juan Velázquez tenía casa propia, o proseguiría su cabalgata hacia Burgos por caminos que conocía muy bien? En Burgos hubo de torcer el rumbo hacia la derecha, orientándose hacia Santo Domingo de la Calzada y Nájera, por campiñas riojanas, cuajadas de verdes viñedos ya próximos a la vendimia. Si de Burgos a Nájera había tenido que dar de espuelas a su caballo a lo largo de cien kilómetros, de Nájera a Navarrete, residencia ducal, la distancia no sería más de tres leguas. Esto, en el supuesto de que el Duque se hallase entonces en sus dominios y no en su sede virreinal, porque si se encontraba en la capital como es más probable, Iñigo pasaría el Ebro para encaminarse directamente hacia Pamplona.

En cualquier caso, don Antonio Manrique de Lara le recibiría con suma jovialidad y afecto. Había oído hablar de la intrepidez juvenil y de la prudencia madura de aquel joven caballero. Como Duque de Nájera y Virrey de Navarra, pensó en la gran utilidad que le podía prestar el noble guipuzcoano, que en su condición de *Oñacino*, se captaría la benevolencia de los beamonteses navarros, cosa muy necesaria en aquellos días en que el nubarrón de Francia se cernía amenazante sobre el pequeño reino pirenaico. Además, un guipuzcoano, buen conocedor de los hombres de su tierra, sabría desplegar toda su fina diplomacia para curar las disensiones intestinas de Guipúzcoa, que en simultaneidad con las Comunidades de Castilla, peligraban de gangrenarse con grave daño de la autoridad central.

Se le dispensó, pues, la más cordial y amistosa acogida en palacio, figurando Iñigo desde entonces entre los gentiles hombres más «continos» y familiares de don Antonio Manrique de Lara.

CAPÍTULO IV

CON EL DUQUE DE NAJERA, VIRREY DE NAVARRA (1517-1521)

Entraba ya el otoño de 1517, cuando —no sin cierta melancolía acentuada por los tonos amarillentos del paisaje castellano— abandonó Iñigo de Loyola los campos de Arévalo con intención de presentarse ante el Duque de Nájera y Virrey de Navarra, para ofrecerle su espada y, servicios de caballero, esperando que aquel magnate, cuya nobleza y generosidad le eran bien conocidas, le otorgase la inestimable merced de recibirle en su casa como familiar y gentilhombre, mientras él arreglaba en forma definitiva su porvenir. Un ardiente afán, como escribe Ribadeneira, «de aventajarse sobre todos sus iguales y de alcanzar nombre de hombre valeroso», le quemaba el alma. ¿A dónde dirigió sus pasos el doncel guipuzcoano? No menos de tres residencias tenía a su disposición el Duque-Virrey: la más antigua era su villa de Navarrete, a la derecha del Ebro y a dos leguas de Logroño. El rey Juan I de Castilla a fines del siglo XIV la había regalado a la Casa de los Manriques; todavía se alzaba en un cerrillo su antiguo alcázar, brindando seguridad, defensa y protección a sus señores, los Manrique de Lara, que en Navarrete solían vivir serenamente entre modestos campesinos, dedicados al cultivo de los cereales y de las viñas, que tenían fama de producir mostos exquisitos.

Si en aquella residencia favorita de los Duques tuvo lugar el primer encuentro, como algunos quieren, no hallaría Iñigo tal vez la riqueza y el lujo del palacio arevalense del Contador mayor, Juan Velázquez, pero sí un aire de mayor gravedad guerrera y a la vez de más alta aristocracia, porque allí habiá vivido y muerto (febrero de 1515) un personaje de singularísimo temperamento, cuyo nombre alcanzó gran resonancia en la historia de Castilla bajo los Reyes Católicos: D. Pedro Manrique de Lara, conde de Treviño y primer duque de Nájera, padre del actual.

La segunda residencia se alzaba en la noble, aunque pequeña, ciudad de Nájera (de donde le venía el título ducal). Había sido Nájera algún tiempo sede preferida de los reyes de Navarra y se enorgullecía de monumentos tan espléndidos como la colegiata de Santa María la Real y el

panteón de los monarcas navarros.

Y en fin, la tercera residencia del Duque actual, desde que obtuvo el virreinato de Navarra, tenía que ser el palacio de los Virreyes de Pamplona. Hacia Pamplona se dirigiría Iñigo, no sabemos si pasando antes por Navarrete.

No logró alcanzar en vida al primer Virrey de Nájera, D. Pedro Manrique, de quien había oído relatar hazañas y proezas sin cuento, porque dos años antes, en 1515, «vino la Muerte a llamar a su puerta. El Duque Fuerte, como le apellidaban, prototipo de caballeros, amante de la guerra y de la disciplina, no fue conocido personalmente por Iñigo, pero éste recordaría muchas veces sus ilustres hechos y sus heroísmos caballerescos.

Retrato de don Pedro Manrique de Lara

Fue D. Pedro uno de los más arrogantes y esclarecidos guerreros de Castilla, héroe legendario en las campañas de Portugal y sobre todo de Granada, en donde peleó bizarramente como capitán general de la frontera en Jaén, en rivalidad con el Marqués de Cádiz. Si hemos de creer a un contemporáneo que le conocía bien, «su persona fue nombrada y estimada por su gran valor, no sólo entre cristianos, mas también entre moros... En sus palabras fue substancial; interponía algunos donaires en lo que hablaba y escribía;... jamás dijo a nadie palabra injuriosa; estimaba a los hombres por su virtud... Nunca trajo guantes adobados ni otros olores. Decía que mal iría a los Manriques cuando se diessen a olores y perfumes; no consintió que adonde estaban sus hijas y mujeres entrase ningún criado suyo..., porque decía que lo que no ven los ojos, no lo dessea el corazón».

Tales palabras eran fruto de su propia experiencia.

Añade Salazar: «Tuvo el duque muy autorizada casa de caballeros, sirviéndose de lo mejor y más lustroso de la Rioja y de Campos.... Y fuera de esto, se le agregaron y le siguieron, recibiendo su acostamiento, los señores de las Casas que confinaban con sus estados y los que se incluían *en el bando de Oñez, cuyo protector* fue».

Desempeñó un papel de primordial importancia en la política interna de la nación a la muerte de Felipe el Hermoso († 1506). Si en aquella crítica coyuntura, sosteniendo la causa del príncipe Carlos de Gante, se opuso a que Fernando el Católico, venido de Nápoles, volviese a ocupar el trono de Castilla, pronto tuvo ocasión de mostrarle al rey la lealtad más

sincera, marchando con fuerte ejército hacia Pamplona en noviembre de 1512, con objeto de salvar la situación crítica del Duque de Alba, conquistador del reino de Navarra, cuya capital se hallaba asediada por un poderoso ejército de soldados internacionales, comandados por el general La Palisse y por el destronado Juan d'Albret.

Fue D. Pedro el tipo del gran señor medieval, fiel a su rey, pero altanero a veces hasta rozar la rebeldía, de grandes dotes naturales unidas a un carácter indómito y un poco estrafalario. A su muerte, el rey D. Fernando exclamó: «Me parece que no ha quedado honra en Castilla, que toda se la ha llevado el Duque consigo». Y el poeta B. Torres Naharro le dedicó una elegía:

«Hizo matanzas sin cuento
de paganos;
cada día de sus manos
les andaban nuevos lloros.
Y aun si d'él lloran los moros,
no se ríen los cristianos...

En sus palabras cortés
y faceto...
en las batallas osado,
con las damas requebrado,
con los galanes discreto.

Para comer, le faltaba;
para dar, nunca jamás...

Nascido sobre la silla
y en el arnés estampado...

Dejó su cuerpo a la tierra
cuyo fuera,
dejando su fama entera
como sus obras dan fe.
Duque de Nájera fue,
mas rey de los hombres era».

Tanto Iñigo de Loyola como sus hermanos, especialmente D. Martín conocieron y estimaron al duque D. Pedro, pero a quien trataron con afectuosa familiaridad fue a su hijo D. Antonio Manrique, segundo duque

de Nájera.

El duque D. Antonio superó a su padre en lealtad y sumisión a la Corona, como magnate que ha dejado atrás la tumultuosa y feudal Edad Media, y se sacrifica constantemente por su rey. Ya veremos con qué abnegación guerreó contra los Comuneros, desprendiéndose de sus mejores tropas, mandándolas al frente, cuando él peligraba en la retaguardia. Como hombre, era más pacífico, menos impetuoso y arrogante que su padre, y en sus costumbres familiares mucho más continente y morigerado. Casado con la hija del Duque de Cardona, contribuyó mucho, según veremos, a la pacificación de Castilla por sí y por sus hijos. Tal era el señor, que recibió con alegría al guipuzcoano Iñigo.

El Duque-Virrey

El Cardenal Cisneros, regente de España, se fijó en D. Antonio Manrique de Lara, segundo duque de Nájera, para conferirle el virreinato de Navarra por varias razones. En primer lugar porque tenía bien probada la prudencia, seriedad moral y prudencia del duque; después porque en cualquier apuro podía sacar de sus dominios najereños, armar y poner en pie de guerra no menos de 3.000 infantes y 700 caballos, según noticias de Pedro Mártir de Anghiera; su estima militar se acrecía ante los ojos del Regente, teniendo en cuenta que los dominios del duque colindaban con el reino de Navarra. Y tampoco es de olvidar el peso que pudo tener la amistad de D. Antonio con los beamonteses navarros.

Nombrado, pues, virrey, gobernador y capitán general de Navarra, juró su cargo en Pamplona el 22 de mayo de 1516, prometiendo respetar los fueros y libertades del reino. Dando por buena la provisión del cardenal, el joven rey D. Carlos «ordenó a los alcaides de los castillos y fortalezas navarros que obedecieran al virrey sin excusa ni dilación alguna; y tan bien servido se sintió por el duque, que todavía quiso recomendar mucho a Cisneros que le favoreciera en todo lo posible, así como a sus deudos y parientes».

En Pamplona, más bien que en Navarrete, es de creer que D. Antonio recibiría a Iñigo de Loyola. De todos modos, eso importa poco, porque el Duque-Virrey cambiaría fácilmente de vivienda, según las exigencias del momento. Y de vez en cuando volvería a su villa de Navarrete, acompañado por Iñigo.

Como el horizonte político se aborrascaba y la ciudad de Pamplona

excitaba el apetito del rey de Francia porque le abría dos magníficas rutas estratégicas en caso de bélica invasión (Burgos al O y Zaragoza al SE), es natural que el Virrey pusiese su residencia ordinaria en Pamplona. En esta ciudad había de pasar Iñigo no menos de tres años. Y podemos imaginar que muchas veces se presentaría en público, luciendo su *birretum coloratum*, distintivo del partido beamontes.

Recuérdese que Antonio Manrique de Lara, como duque de Nájera, era considerado comúnmente como alto jefe y protector de los *Oñacinos*, mientras que el Condestable de Castilla, Iñigo Fernández de Velasco, lo era de los *Gamboinos*.

Las disensiones entre estos bandos no se limitaban a Guipúzcoa; repercutían también en Castilla y mucho más en Navarra, ya que los *Oñacinos* apoyaban a los *beamonteses* navarros, favorables al partido castellano, y los *Gamboinos* simpatizaban con los *agramonteses*, partidarios de la dinastía navarro-francesa.

Iñigo de Oñaz y Loyola, como toda su familia, militaba entre los *Oñacinos*, lo cual bastaba para ganarte la amistad y las confidencias de los *beamonteses*; además, por medio de sus hermanos y parientes tenía exacto conocimiento de los hombres y de los problemas de Guipúzcoa. Por eso, la entrada de Iñigo en la casa de Manrique de Lara fue estimada por éste como una buena adquisición. Desde el primer momento se vio rodeado de favores, atenciones y particular simpatía; esto aun sin contar el grado de parentesco que unía a las dos casas.

Entre los numerosísimos servidores, oficiales, lacayos de librea, mayordomos y caballeros de distintos oficios que hormigueaban en la corte ducal y virreinal de D. Antonio, empieza a distinguirse, como su continuo y familiar, el gentilhombre Iñigo.

Más que con los hijos —todavía muy jóvenes— del Duque, se familiarizaría con un hermanastro de éste, que más adelante pasó de caballero a capellán del emperador y llegó a ser obispo de Salamanca. Llamábase Don Francisco Manrique de Lara. Con él se encontró el beato Pedro Fabre en Ratisbona el año 1541. «Entró en fantasía por verme y hablarme», escribe Fabre el día 8 de junio; y comenzada la conversación, manifestó ardientes deseos de conocer «toda la vida de Iñigo después de su conversión, que en lo de hasta allí estaba muy bien al cabo, *como tanto tiempo l'había conocido en casa»*.

Estaría el Duque-Virrey con los de su casa en Pamplona, cuando le llegaron anuncios de que en setiembre de aquel año de 1517 el rey Carlos I

había desembarcado en costas españolas. Era un deber de toda la nobleza española acudir prontamente a rendirle homenaje de pleitesía y sumisión. Ese deber se redobló, aunque no era necesario, con una orden real, firmada en Valladolid. «A doce de deciembre —escribe Sandoval— se despacharon correos por todos los reinos de Castilla, llamando a Cortes para principio del año siguiente de 1518».

El Duque-Virrey no podía faltar, y es de creer que tampoco su gentilhombre Iñigo, como perteneciente a «su casa». Aprovechando su estancia en las Cortes, el Duque había de negociar con el nuevo monarca un asunto relativo a la casa de Loyola, razón por la cual también D. Martín García de Oñaz, hermano de Iñigo, tendría que pasar algunos días en la ciudad del Pisuerga.

Valladolid le era bien conocida a Iñigo, no así el joven rey D. Carlos, de cuyas brillantes prendas naturales todo el mundo se hacía lenguas. Iñigo ardía en deseos de verle de cerca, de admirarle.

Ignoramos el día preciso en que llegaron a Valladolid. Esta ciudad, la más activa y floreciente de Castilla, vivió entonces unos meses de euforia y divertimiento con alegres festejos y suntuosos espectáculos, en medio de las inquietudes internas y de los peligros externos que se cernían sobre España. Exultaba de gozo y esperanza, porque el 18 de noviembre había entrado por sus puertas un monarca de 17 años, de tanta gentileza y gallardía como juventud, que polarizaba todas las atenciones y parecía encarnar los más nobles ideales de su pueblo.

La visita del rey Don Carlos a su madre, Doña Juana

Carlos de Gante, futuro emperador Carlos V, nieto de los Reyes Católicos, por parte de su madre y de Maximiliano I de Alemania por parte de padre, educado en Flandes a la flamenca y borgoñona, más que a la de española, tomó tierra en el puerto de Villaviciosa (Asturias) el 19 de setiembre con una flota de cuarenta naves.

Por incapacidad de su mare Doña Juana la Loca, había sido proclamado rey de España a la muerte de Fernando el Católico. Vino a España en compañía de su hermana Doña Leonor y de sus cortesanos, como Guillermo de Croy, su ministro y camarero mayor, y su Gran Canciller Juan Sauvage, con multitud de flamencos, a los que se sumaban algunos españoles, como el doctor Pedro Ruiz de la Mota, limosnero o capellán del príncipe y obispo de Badajoz (1516) con otros más o menos

flamenquizados.

De Villaviciosa, en donde había desembarcado sin conocimiento alguno de las costas norteñas españolas, partió la flota en busca de puerto mejor hacia Santander, de donde se trasladó el rey con su comitiva a San Vicente de la Barquera, y de aquí por tierras montañosas —difíciles para la numerosa cáfila de mulos y caballos— pudo llegar a las llanuras palentinas. En Becerril de Campos se encontró con el Condestable de Castilla, que venía a ofrecerle el primer saludo de la nobleza, con una escolta de 700 caballeros, si hemos de creer a Pedro Mártir de Anghiera que firmaba su carta el 30 de setiembre en Aranda.

El 3 de noviembre pernoctó Don Carlos en Villanubla, provincia de Valladolid. Cuando se despertó al día siguiente, ignoraba el rey que el anciano cardenal Cisneros, regente del reino hasta entonces, estaba entonces celebrando la última Misa de su larga vida, y que no viviría más de tres días. Era natural que Don Carlos acelerase su viaje para entrevistarse con el que había hecho sus veces en el gobierno. ¡Y con qué maravilloso acierto! Pero los flamencos, que se recelaban no sé qué de esa entrevista, le orientaron decididamente hacia Valladolid, donde tendría el primer encuentro oficial con su pueblo.

Antes de entrar en la capital, quiso Don Carlos, como buen hijo, presentar sus respetos a la reina, Doña Juana, su madre, que negándose a gobernar, pero sin renunciar al título de reina, vivía desde 1509 en el castillo de Tordesillas, acompañada de su hijita Catalina. Allá se dirigió Carlos con su hermana Leonor y pocos acompañantes.

La entrevista tuvo lugar el 4 de noviembre. Los dos hermanos, que no conocían a su madre ni a su hermanita, entraron en el palacio de la mano del señor de Chièvres. Laurent Vital, cronista flamenco que escribió en francés un largo relato con todas las peripecias del viaje de Carlos a España, deseando ahora —sin duda por cierto espíritu periodístico— incluir en su *Relation* algún detalle sensacional sobre el coloquio de la madre con sus hijos y creyéndose con derecho a ello por su cargo de ayudante de cámara, encendió una lámpara y con ella en la mano intentó entrar en la estancia real con Guillermo de Croy, que acompañaba a Carlos y Leonor; pero su curiosidad quedó chasqueada, cuando el rey con rostro serio lo echó hacia atrás diciéndole: No necesito luz.

Entran los dos hermanos haciendo tres inclinaciones o reverencias una en el ingreso, otra en medio del aposento y la tercera en frente la reina. Esta se apresura a besarlos, sin permitirles que ellos le besen la mano. Con

demasiada frialdad y empaque pinta la escena el cronista L Vital. Este indudablemente no oyó la conversación, pero debió de informarle Guillermo de Croy.

El primero en romper el silencio fue Don Carlos: «Señora, dijo entonces el rey, nosotros, humildes y obedientes hijos vuestros, nos alegramos, en extremo de veros, gracias a Dios, con buena salud, y ha tiempo deseábamos haceros reverencia». La reina sólo respondió al principio con una sonrisa acompañada de un movimiento de cabeza. Un momento después, cogiendo las manos a sus hijos, les dijo con acento de verdadera emoción: ¿Pero sois en verdad mis hijos? ¡Cuánto habéis crecido en poco tiempo! ¡Sea enhorabuena y loado Dios por ello! ¡Cuántas penas y trabajos habréis pasado, hijos míos, viniendo de tan lejos! Debéis hallaros fatigados; y pues ya es tarde, lo mejor ahora será que os retiréis a descansar hasta mañana»

Al retirarse los dos hermanos, se quedó en la cámara de la reina el señor de Chièvres para hablar unos momentos con ella. Díjole que Carlos se portaba como un joven morigerado, maduro y responsable; que bien podía cargar él solo con todo el peso del gobierno, bajo la protección y vigilancia de su madre. Tras un ligero titubeo, contestó Doña Juana que le parecía cosa razonable y de buen grado consentía en ello, sólo que los decretos reales llevarían la firma de los dos. Efectivamente, hasta el día en que Carlos alcanzó la dignidad imperial, todos los decretos llevan las dos firmas.

Seis días más tarde escribía desde Valladolid Pedro Mártir de Anghiera: «La reina, aunque no en sanidad *(licet non incolumis)*, se alegró con la visita de sus hijos, se puso vestidos pulcros *(vestes nitidas)*, lo cual hacía raras veces... y obsequió a sus hijos con algunos regalos» (ep. 603). «Dio muestras de holgarse con los dos hijos», repite Sandoval.

Durante vados días, antes de proseguir el viaje hacia Valladolid, Carlos y Leonor volvieron a conversar con su madre, la cual los recibió con mucho amor, pues todavía sus facultades mentales no estaban tan perturbadas como en los últimos años de su vida.

Sentimientos de piedad filial, de amor y pena juntamente, embargaban los corazones de los dos hermanos. Y no menos conmovidos se sintieron al conocer a su hermanita, la linda y amable infanta Catalina, a faltaban dos meses para cumplir once años y que vivía desde su primera infancia en aquella oscura fortaleza por voluntad de su madre.

«Notaron algunos testigos —escribe el historiador Karl Brandi— que

parangonada con Leonor, *fabulosamente ataviada*, la pequeña Catalina parecía una pobre beguina *(ein Beginchen)*».

Cierto que a su madre, aislada de la sociedad, la separación de su hija se le tenía que hacer penosa e insoportable; pero a lo menos debía darle un trato más principesco, siquiera en el vestir. La pobre niña ni siquiera salía del palacio, o castillo para divertirse al aire libre. Vestía muy pobremente: una saya de paño ordinario y una manteleta de cuero, sin adorno de tela blanca en la cabeza. No tenía libertad para nada; ni siquiera en su aposento podía entrar o salir sino pasando por la cámara de su madre. Su único entretenimiento consistía en asomarse a la ventana para ver la gente que iba a misa o a paseo, y cómo jugaban los niños en la explanada; éstos venían a saltar y retozar para darle gusto, y la infanta sonriendo desde arriba les echaba de vez en cuando algunas monedas, según refiere L. Vital.

Su hermano Don Carlos hará lo posible por alejar a la jovencita Catalina de aquel ambiente, que Brandi califica de «hospitalero». Le prometió acordarse de ella, y no tardará en cumplir su promesa.

Regocijos populares en Valladolid

El primer ingreso del joven monarca en la gran ciudad castellana tuvo lugar el 18 de noviembre. El recibimiento que se le tributó revistió esplendor y grandiosidad pocas veces vistos. Su hermano menor Don Fernando, nacido en Alcalá en 1503 y futuro emperador, le estaba aguardando, rodeado de los Grandes de España, duques, marqueses, condes y muchos obispos. El número de caballeros —según Sandoval— llegaba a 6.000 y muchos vestidos de tela de oro y plata. «Entró el rey vestido de brocado, con mucha pedrería, y en la gorra un diamante de inestimable precio, en un caballo español, mostrándose muy brioso, que dio gran contento a todos».

La ciudad rumorosa de festejos no se dio cuenta de aquel joven caballero guipuzcoano que admiraba al monarca y que se mezclaba con los más altos títulos de la nobleza, acompañando y sirviendo al Duque de Nájera.

¿Participarían ambos —como señalados caballeros— en las justas y torneos, combates a caballo y con lanza, singulares o en cuadrillas, que se organizaron en una plaza de la ciudad a fines de diciembre? Del Duque de Nájera sabemos ciertamente que sí. Nos lo garantiza la palabra de Prudencio de Sandoval:

«Por las fiestas de Navidad de este año (1517), se hicieron en Valladolid grandes regocijos en que los caballeros cortesanos se quisieron mostrar. Hubo justas y torneos, con nuevas invenciones y representando pasos de los libros de caballerías. En algunas de éstas entró el príncipe rey. Sobre todo se hizo una grande y maravillosa justa en la plaza mayor, donde entraron sesenta caballeros en sus caballos encubertados con arneses de guerra y lanzas con puntas de diamantes, y treinta contra treinta se pusieron en los puestos para encontrarse en sus hileras. Y como tocaron las chirimías y trompetas, arrancaron con tanta furia, topándose con las lanzas, otros cuerpo con cuerpo, que fue negocio muy peligroso. Los que más se señalaron en estas fiestas fueron el Condestable de Castilla, el Condestable de Navarra, los *Duques de Nájer*a, Alba, Béjar... y otros».

Posible es ciertamente que aquel Iñigo tan aficionado «a todos los ejercicios de armas» y afanoso de «honra y gloria militar» *(P. Ribad.)* se hallase entre los justadores, o, por lo menos, siguiese con aplausos los lances más felices de su señor don Antonio Manrique de Lara.

Los flamencos no se hacen simpáticos

Ya en la regencia de Cimeros, muerto el Rey Católico, los políticos y cortesanos de Flandes habían empezado a influir desde fuera en los asuntos españoles. El cardenal regente los soportó pacientemente. Pero desde que entraron en España con Don Carlos, aquellos extranjeros empezaron a hacerse cada día más antipáticos e insufribles por su soberbia y más aún por su rapacidad y ambición. Cabeza de todos ellos era Guillermo de Croy, señor de Chièvres, preceptor un tiempo de Carlos, su chambelán, camarero mayor y ahora su ministro omnipotente, político hábil y sagaz, francófilo por supuesto, que dominaba al rey y hacía siempre su voluntad con desprecio de las costumbres nacionales.

Por influencia suya, su sobrino y homónimo Guillermo de Croy, fue elevado al cardenalato en 1517 a los 19 años de edad, y consiguió, a la muerte de Cisneros la mitra de primado de Toledo, «la mejor joya (de estos reinos) a un extranjero», en frase de Sandoval. Al lado de Chièvres manejaban la voluntad de Don Carlos su gran Canciller Juan Sauvage de intolerables pretensiones en el gobierno de España; el consejero Juan de Lannoy, que en 1522 llegó a ser virrey de Nápoles; Adriano de Utrecht, deán de Lovaina y maestro de Carlos, eclesiástico piadoso y austero, buen teólogo escolástico, «una persona bendita» (al decir de un coetáneo), obispo de Tortosa en 1516, cardenal en 1517, Inquisidor general de España

en 1519, político meticuloso y de cortos vuelos, regente en dos ocasiones y Sumo Pontífice de Roma en 1522; detrás venía una bandada de voraces aves, que, al decir del milanés Pedro Mártir de Anghiera, «desollaron estos reinos hasta dejarlos en puros huesos... La causa de tantos males se le imputan a la voracidad de vuestro *Chièvres* ("in *Cabrum* vestrum")... Inmenso es el odio contra vuestros *cabros»*, le escribe al Gran Canciller

El señor de Chièvres (que Pedro Mártir leería *Chèvres*, en español *Cabras*) procuraba retener al rey Carlos aislado de los consejeros españoles y alejado del tradicional pensamiento hispánico, a fin de gobernar más a sus anchas, siguiendo en lo exterior su política francófila, y, en lo interior, distribuyendo a los suyos los más pingües beneficios, o captándose la benevolencia de algunos «castellanos más ambiciosos que buenos», según Sandoval. Con ello no consiguió otra cosa que exacerbar el nacionalismo español, que no tardará en estallar públicamente.

Fue en la ciudad del Pisuerga donde por primera vez chocaron frontalmente la España de los Reyes Católicos y la nueva política que estaban urdiendo los flamencos. Ello contribuyó a que el rey Carlos abriese los ojos poco a poco. Para Iñigo de Loyola las Cortes de Valladolid en 1518 significaron la primera lección de historia de España con sus recientes problemas y sus posibles soluciones.

Las Cortes de Valladolid

En aquella ciudad no todo era rumor de fiesta, alegría y diversión. Las nubes lejanas que ensombrecían el horizonte se dejaron rasgar con los primeros relámpagos. Y eso ocurrió en las primeras Cortes convocadas por el joven rey. La floridez más que primaveral de la nación, tal como la habían dejado los reyes Doña Isabel y Don Fernando, mantenida a golpes de genio y de energía por el cardenal Jiménez de Cisneros, se estaba marchitando a ojos vistas. La situación económica empeoraba de día en día, la moneda se desvaloraba, los dispendios inútiles y las remuneraciones mal empleadas se multiplicaban sin concierto, mientras el lujo y el derroche llegaba al escándalo; los altos cargos no se repartían justamente; las rivalidades y disensiones internas no había modo de apaciguarlas, y encima del Pirineo el rey de Francia no apartaba sus codiciosos ojos de Navarra ni de Italia.

Cuantos habían asistido al milagro de unos reyes que dieron a España la mayor prosperidad y prestigio sin conculcar las viejas libertades municipales, no podían hacerse a la nueva situación, en que el rey venía

como de prestado, sin conocer a su pueblo, y los que venían con él chupaban la sangre de la nación como sanguijuelas. En consecuencia, el desorden y el descontento campaban por sus respetos. El sistema mejor y más tradicional de discutir y arreglar los negocios del Estado no era otro que la convocación de Cortes, asamblea de representantes o procuradores de las ciudades y villas. Eso hizo el joven monarca.

«A doce de diciembre —nos dice Sandoval— se despacharon correos por todos los reinos de Castilla, llamando a las Cortes para principio del año siguiente de 1518. Y fueron llamados los procuradores de las villas y ciudades que en ellas tienen voto. Vinieron luego a Valladolid embajadores de todos los reyes cristianos a le dar la norabuena de la venida a sus reinos de España... Pasado, pues, el año de 1517, a 4 de enero del año siguiente de 1518, habían llegado a Valladolid todos los procuradores de Cortes. Juntáronse en el monasterio de San Pablo el 2 de febrero. Lo que principalmente quería el reino eran dos cosas: que se mirase bien si convenía que jurasen por rey al príncipe (Don Carlos) siendo viva la reina Doña Juana, señora propietaria de estos reinos; y dado que se recibiese y alzase por rey..., que no hiciesen el juramento hasta tanto que el rey jurase los capítulos que en las Cortes pasadas... el año de 1511 se hicieron».

Como en la primera sesión ocupase la presidencia el Gran Canciller flamenco Juan Sauvage, «los procuradores del reino llevaron mal que extranjeros entrasen en Cortes. Y hizo la plática el dotor Zumel, procurador de Burgos..., en nombre de todos, requirió que no estuviesen en las Cortes aquellos que no eran naturales, y que si lo contrario hiciesen, lo recibía por agravio». Grandes fueron las alteraciones provocadas por el gesto valiente del burgalés. Al día siguiente, Zumel fue llamado por el Gran Canciller, asistido por el doctor Pedro Ruiz de la Mota, obispo de Badajoz, residente largos años en la corte de Bruselas, que ahora hacía de intérprete de Chièvres, y por don García de Padilla, miembro del Consejo real. Estos le increparon durísimamente, «diciéndole muchas palabras feas y amenazándole por el requirimiento que había hecho en Cortes». El dolor Zumel no se dejó intimidar ni siquiera cuando le amenazaron coléricos «que había incurrido en pena de muerte y perdimiento de bienes, y que así le habían de mandar prender como a deservidor del rey. El dotor respondió que lo que él había hecho no era cosa de que poder temer, usándose con él justicia, y que estuviesen ciertos que el reino no juraría a su Alteza hasta que él jurase lo susodicho, y que el reino no había de permitir que monsieur de Xevres y otros extranjeros llevasen la moneda que había en el

reino».

La tensión que electrizó los ánimos de todos en aquellos días la describe dramáticamente fray Prudencio de Sandoval, bien informado. «El duque de Nájera don Antonio, que no fue tan discreto y valeroso como su padre, dijo que él quería jurar luego, y que todos debían hacer lo mismo». Y en efecto, la lealtad dinástica hacia el nieto de los Reyes Católicos acabó por imponerse, y todos los magnates (Duques, Marqueses, Condes, Vizcondes, Comendadores, etc.), los Prelados, el alto clero, los procuradores y caballeros, prestaron poco después, el día 7 de febrero, juramento y homenaje al rey Don Carlos, que con aquel acto tomó posesión de su reino.

«Luego juró el rey de guardar y cumplir lo que tenía dicho y concertado con los procuradores», añadiendo, para contentar a los que aún veneraban en Doña Juana a la hija de Isabel la Católica: «Que en todas las cartas y despachos reales que viviendo la reina su madre se despachase pusiese primero el nombre de la reina y luego el suyo» Y acabado el juramento, los cantores entonaron el *Te Deum laudamus*, y sonaron las trompetas y clarines.

No menos de 88 capítulos de súplicas presentaron los procuradores. A todos, uno a uno, fue respondiendo en forma conciliatoria don Carlos, mostrando casi siempre su aprobación y conformidad.

Que Arévalo no se entregue a doña Germana

Bastaría citar aquí tres capítulos. El número 5 decía: «Otrosí, suplicamos a vuestra Alteza que oficios, nin beneficios, nin dignidades, nin encomiendas, nin tenencias, nin gobernaciones se den nin concedan a extranjeros… nin dé nin conceda carta de naturaleza a ningún extranjero». El rey prometió que así lo haría en adelante.

El número 8 se refería a la persona misma del monarca, cuya lengua era el francés por haberse educado en Flandes. Decía así: «Otrosí, suplican a vuestra Alteza que nos haga merced de hablar castellano, porque haciéndolo así, muy más presto lo sabrá, y vuestra Alteza podrá mejor entender a sus vasallos e servidores, y ellos a él». Respondió que le placía y que ya había comenzado a hablar con los procuradores y con otros del reino.

El número 13 tocaba un asunto muy candente, sobre el cual hemos discurrido en el capítulo III de este libro. «Otrosí, suplicamos a vuestra

Alteza non permita que Arévalo ni Olmedo salgan de la Corona real». Fácil es imaginar la impaciente alegría de Iñigo de Loyola al escuchar esta reclamación de las Cortes, que si no la escuchó directamente, la oiría después comentar por el Duque su señor y por otros muchísimos que vibraban en este punto con pasión patriótica y deseaban la justificación pública y oficial (aunque fuese póstuma) de aquel gran caballero, que fue don Juan Velázquez, señor de Arévalo y Olmedo. Don Carlos se excusó de esta manera:

> «A esto vos respondemos que Nos non entendemos haber enajenado nin apartado de nuestra Corona real las dichas villas por las haber dado a la dicha reina, solamente por los días de su vida..., para que luego como la reina muriese, las dichas villas e su juredición se tornen e incorporen en posesión e propiedad a la dicha nuestra Corona, e dende en adelante non se puedan enajenar».

Si la súplica de los procuradores hizo saltar de gozo el corazón de Iñigo, siempre agradecido a su noble bienhechor, no dejarían de entristecerle las palabras dilatorias del rey. Afortunadamente esas palabras no se cumplieron, porque ya sabemos que, obligado por las circunstancias, Don Carlos tuvo que mudar muy pronto de parecer y las dos villas susodichas, nunca —ni siquiera temporalmente— pasaron a poder de doña Germana de Foix. Cuando Don Carlos se encaminó hacia los Países Bajos con intención de coronarse emperador en Alemania, pudo contemplar desde lejos el incendio de la guerra suscitada en Castilla por las *Comunidades*; se percató entonces del peligro que corrían aquellas dos discutidas villas de adherirse al bando comunero, y dio marcha atrás expidiendo en Bruselas un solemne decreto (9 de setiembre 1520) del que son estas palabras.

> «El concejo, justicia e regidores de la dicha villa de Arévalo, teniéndose por nuestros leales servidores e de nuestra corona real, como siempre lo fueron sus antecesores..., se levantaron por nosotros e por nuestra corona real e se incorporaron en ella, e agora nos han pedido que hobiésemos por bueno e justo su levantamiento (*el de Juan Velázquez*)... Atendiendo las súplicas de Arévalo..., parece que lo que se pide… es justo e que se lo debemos otorgar».

¿No era esto cantar la palinodia, dar la razón a las Cortes de Valladolid y sobre todo —esto es lo que más debió satisfacer a Iñigo de Loyola — proclamar públicamente que el Contador mayor de Castilla se había conducido con caballerosidad y patriotismo, ateniéndose a los antiguos

decretos reales y resistiendo en lo posible al desacierto de los gobernantes? Sólo es de lamentar que la reparación del honor viniese tan tarde, cuando ya don Juan Velázquez había bajado, transido de dolor, a la tumba. Y el otro damnificado, Iñigo de Loyola, se había visto obligado a abandonar el palacio de Arévalo para buscar en otras tierras protección y medios de rehacer su vida.

Entre las súplicas había una, que no permita sacar de estos reinos oro ni plata; y otra, que conserve y defienda el reino de Navarra, ya incorporado a la Corona real. A fin de pasar un poco de miel sobre los labios amargados de algunos castellanos, se determinó poder un solemne y fastuoso colofón a las Cortes vallisoletanas, organizando muy variadas fiestas, «toros, cañas y otros regocijos». En el gran torneo del 14 de marzo, 25 caballeros españoles combatieron contra otros tantos flamencos. Estos combatieron —escribe Pedro Mártir— *«more Belgico»* con sangrienta ferocidad. Un día —sin duda el de mayor expectación y alborozo— salió al palenque el propio Don Carlos a pelear contra su caballerizo Carlos de Lannoy. ¡Qué hermosura era ver cómo atacaba el rey armado de pies a cabeza!, exclama el propio P. Mártir.

> «El aderezo que el rey sacó sobre las armas y cubiertas del caballo era de terciopelo y raso blanco, bordado y recamado de oro y plata, y sembrado de mucha pedrería... Fue Carlos V singular en usar de las armas y en el aire y postura... Hizo banquete general a todos los señores que estaban en la Corte. Hubo grandes saraos en palacio. Y para mayor grandeza, mandó que se pagasen los gastos que en estas fiestas se habían hecho a su cuenta. Y sumó el gasto cuarenta mil ducados».

Lástima que el cronista, por ignorancia bien explicable, no consignara el nombre de un gentilhombre del Duque de Nájera que a la sombra de su señor pasaba como un desconocido. Se llamaba Iñigo de Loyola. Al lado del rey Carlos él no significaba nada. Pronto se batirá denodadamente en su servicio, y los dos juntos pasarán a la Historia universal entre los hombres de mayor resonancia de aquel siglo.

Martín García de Oñaz y Loyola, en Valladolid

Corría el mes de febrero de 1518 cuando nuestro Iñigo tropezó en las calles de la ciudad con su hermano mayor, don Martín, señor de Oñaz y Loyola. ¿Qué negocios le traían a la corte? No precisamente el deseo natural de saludar a un miembro de la familia, tanto tiempo alejado del

hogar paterno; sino la voluntad de asegurar para el porvenir la riqueza y el poder de la estirpe loyolea, fundando el mayorazgo de su casa y de todas sus posesiones en Beltrán, su hijo primogénito, para lo cual era absolutamente necesaria la autorización real.

En el encabezamiento de un manuscrito del archivo de Azpeitia se lee: «La facultad qu'el duque de Nájera suplicó su Alteza para hazer el mayorazgo de los bienes de don Martín García de Oñaz, señor de Loyola, e los bienes que han de entrar en el mayorazgo e las condiciones que han de ir insertas en él»; de donde podemos entender que don Martín, para hacer el viaje a la corte en esta ocasión, aprovechó la circunstancia de hallarse entonces junto al rey su buen amigo el Duque de Nájera, y que fue el mismo don Antonio Manrique de Lara quien intercedió ante el monarca para conseguir fácilmente lo que el señor de Loyola deseaba. La autorización lleva la fecha de 5 de marzo 1518, en virtud de lo cual pudo escribir don Martín:

> «Sepan quantos esta carta de mayoradgo e mejorazgo e de primogenitura vieran cómo yo, Martín García de Oynaz, señor de Loyola, considerando la gran obligación que, así por mandamiento e derecho divino e natural e positivo, todos somos tenidos y oligados de nudrir y sustentar a nuestros hijos y nietos e descendientes dellos; e acatando otrosí que la casa disminuyendo e dividida y apartada por muchas partes es desolada e perece por tiempo, e quedando entera, permanece para el servicio de Dios y ensalzamiento de su santa fe católica, para honra y memoria de los pasados..., queriendo proveer en todo lo susodicho, y acatando que Dios nuestro Señor por su infinita clemencia me ha dado hijo obediente a mi amado hijo Beltrán de Oynaz, y queriendo dexar en él e para sus decendientes perpetuamente mis casas, nombre y apellido e linaje, quiero y es mi voluntad de fazer de los dichos bienes mayoradgo... al dicho Beltrán mi hijo..., así de las mis casas de Oynar y Loyola y San Sebastián de Soreasu e rentas y juros e de otras casas e caserías, molinos, ferrerías, seles, robledades, castañales, montes e manzanales e otros bienes e heredamientos, prados, pastos, que yo tengo e poseo, así por juro de heredad de los reyes de la gloriosa memoria..., como en otra cualquier manera».

La más gentil dama del mundo, raptada en Tordesillas

Antes de que se concluyesen las Cortes de Valladolid, Iñigo de Loyola debió de tener en aquella ciudad una de las sorpresas más deliciosa, de su vida cortesana. Nunca sus fantasías caballerescas

alcanzaron tan alto grado de exaltación, como cuando le fue lícito contemplar casi en éxtasis la cándida hermosura de la infanta Catalina. Era un día de marzo de 1518. La infanta contaba poco más de 11 años, pero cuantos la veían se hacían lenguas del encanto que emanaba como una suave luz de su persona. Del noble caballero Lope Hurtado de Mendoza, muy estimado de Carlos V, tenemos dos testimonios en sus cartas al emperador. Escribe en la primera del 10 de diciembre de 1520 desde Tordesillas, donde pasaba unos días junto a Catalina:

> «La señora infanta está *la más gentil dama del mundo*..., es la más real cosa que puede ser». Y seis semanas más tarde al mismo emperador: «merece la señora infanta que vuestra Alteza mande lo que le suplica, porque ¡Dios la guarde! es *la más linda cosa que hay en el mundo*; quiere más a V. Md. que a su vida».

Estaba entonces para cumplir los 14 años y parecía una mujer hecha y derecha. Juvenilmente hermosa, con un velo de tristeza por la vida solitaria y casi monacal que hacía con su madre infeliz, así la vio Iñigo de Loyola y se enamoró platónicamente, caballerescamente, como don Quiote de Dulcinea, con un amor que no era carnal, sino de rendido acatamiento y de servicio. Lo veremos en un próximo capítulo, al tratar de su conversión a Dios en Loyola.

Desde que volvieron de visitar a su madre en Tordesillas, Carlos y Leonor no dejaban de pensar en la manera de sacar de aquella prisión a la amable y tristemente solitaria Catalina. No era fácil empresa, porque en aquella sombría fortaleza la reina Doña Juana, atormentada, como es bien sabido, de frecuentes accesos de lo que unos llamaron «locura de amor» (así lo creía la misma reina) y otros llaman hoy «delirio de celos» con alternancias de plena locura y de sereno juicio, no tenía otra consolación en su larga y melancólica viudez que la presencia amable de su hijita, cuya belleza le hacía recordar la de Felipe I el Hermoso, muerto unos meses antes de nacer la niña.

Había que raptarla sin que su madre se enterase, con la esperanza de que doña Juana con la ofuscación de la mente no tardaría en olvidarla. Quien trazó ingeniosamente el plan y el modo de ejecutarlo fue un flamenco, ayudante de cámara de la reina, llamado Beltrán Plomont. El día señalado fue la noche del 12 al 13 de marzo.

Beltrán preparó cuidadosamente la operación de rescate. La dificultad principal estaba en que no se podía entrar o salir del aposento de la

infanta sin pasar por la cámara de la reina. Pero Beltrán sabía que el aposento de Catalina era adyacente o contiguo a un corredor o galería, y que el tabique divisorio no era muy fuerte. A fin de apagar los ruidos y rumores de los que atravesaban la galería, estaba el tabique por el interior colgado de tapicería y por el exterior cubierto de tela grumo y estoposa.

La tarde precedente, cuando ya el palacio parecía solitario y oscuro, abrió Beltrán en el tabique un hueco por donde él pudiese penetrar. Llegada la hora de la medianoche, se introdujo por él calladamente, tomó en la mano la antorcha que alumbraba todas las noches la estancia de Catalina, y en vez de despertar a la infanta, causándole un gran susto, lo que hizo fue despertar a su camarista que dormía allí cerquita. Si ésta no se alarmó, fue porque Beltrán gozaba de la confianza de todos los de casa. Informada de todo, la camarista despertó a Catalina, la cual, conociendo los planes y la voluntad del rey, sólo se atrevió a decir: «¿Os he entendido bien, Beltrán? ¿Y qué dirá la reina mi madre cuando sepa que ya no estoy aquí? ¿No sería mejor —añadió la niña juiciosamente— que yo quedase secretamente en Tordesillas en alguna casa particular, hasta ver cómo reacciona la reina? Si se conforma, iré sin más al lado de mi hermano, y si se descontenta mucho, se le dará a entender que los médicos han dispuesto que yo cambie de aires, para volver luego a su compañía. Beltrán replicó: las órdenes del rey son terminantes. Catalina, mientras se vestía, lloró por no poder despedirse de su madre. Salieron por el hueco abierto en el tabique y dejando el palacio se dirigieron al puente del Duero, donde un gentilhombre de doña Leonor, el señor de Trazegnies, con algunas damas de la misma y una escolta de 200 gentilhombres a caballo, la estaban esperando para conducirla con la primera luz del alba a Valladolid en una litera y dejarla hospedada en el palacio de su hermana Leonor. Esta ordenó que le pusiesen un nuevo traje verdaderamente principesco que realzaba su natural gracia y hermosura. «Yo la vi —escribe Laurent Vital— entrar y salir de la cámara de su hermana por una galería, llevándola de la una mano el señor de Trazegnies, y madama de Chièvres de la otra, sosteniendo doña Ana de Bramante la cola de su vestido, que era de satén, color violeta, recamado de oro, y teniendo la cabeza adornada a la usanza de Castilla».

La princesa sonríe

Toda la ciudad, llena de gozo por tener entre sus muros a la bella infanta, manifestó vivos deseos de verla y festejarla. Inmediatamente, para

satisfacer a los anhelos de la población y al mismo tiempo dar ocasión de esparcimiento y regocijo a Doña Catalina siempre hasta ahora apartada de semejantes fiestas, los caballeros organizaron justas y torneos, las damas bailes y otras diversiones.

«A 14 de marzo se celebró un torneo en la plaza de Valladolid, que fue cosa maravillosa de ver», según la Crónica de Alonso de Santa Cruz. En esta ocasión tuvo que ser cuando Iñigo de Loyola sintió un deslumbramiento al contemplar la súbita aparición de la bella Catalina, que sonreía amablemente. Repetidas veces pudo verla, porque las fiestas en su honor, aunque cortas, duraron varios días.

Pasarán tres años y medio, llenos de resonancias guerreras y de ilusiones frustradas, y el herido de Pamplona, en una estancia de su casa solariega dejará volar su fantasía hacia los años pasados en Castilla y sentirá que se le renuevan sus antiguos, quiméricos ensueños, pensando «dos y tres y cuatro horas sin sentirlo» en una dama que domina en su corazón y que no es condesa, ni duquesa, sino de más alto rango. ¿Qué otra podía ser la señora de sus pensamientos, sino la infanta Catalina, hermana de Carlos V? Discutiremos próximamente las diversas opiniones.

Probablemente la habría visto anteriormente en algún viaje de Arévalo a Tordesillas, con Juan Velázquez o con María de Velasco, pero entonces la infanta era demasiado niña para poner en ebullición los ensueños del joven guipuzcoano. Ahora, en cambio, su belleza impresionaba favorablemente y su misma desgracia de princesa encerrada en un castillo inflamaba la imaginación de cualquier lector del *Amadís*, que fácilmente podía recordar cómo ese caballero libertó a la princesa Oriana poniendo en fuga al traidor Arcalaus. ¿Y no entraba en la profesión de caballero andante —como Don Quijote— el oficio y deber de libertar doncellas cautivas?

Volvamos a Tordesillas, donde la reina Juana, sorprendida de la ausencia de Catalina, manda a una de sus camaristas la busque por todas las estancias del palacio. Ella misma lo examina todo, hasta que, levantando la tapicería que recubría el tabique contiguo al corredor, miró con ojos de asombro el portillo hecho por Beltrán. Entonces comprendió que por allí habían raptado algunos malhechores a la infanta. Gemía, gritaba, se dolía que le hubiesen arrebatado a su hija. Estaba resuelta —repetía— a no comer, ni beber, ni dormir, mientras no le devolviesen a su querida Catalina. «Huelga de hambre» que diríamos hoy. En vano trató de calmarla el fidelísimo Beltrán, asegurándole que el rey, apenas fuese

informado, mandaría hacer pesquisas en todas partes y pronto se conocería el paradero de la infanta. Transcurrieron dos días sin que menguase el dolor y la desesperación de la reina. Había que comunicar al rey el estado de ánimo de su madre. Encargóse de hacerlo Beltrán, yendo a Valladolid a contarle lo que estaba ocurriendo. Profundamente angustiado Don Carlos por el fracaso de su plan y por el dolor causado a Doña Juana, quiso deshacer lo que ya estaba en marcha, pero sacando algún provecho. Llamó a Doña Catalina y le avisó que era preciso volver al lado de su madre. La amable niña, que ya empezaba a gustar de la vida de corte, no dio señas de aflicción o pesar. Serenamente respondió a su hermano que estaba dispuesta a cumplir sus órdenes.

Carlos se fue con ella a Tordesillas y hablando con la reina, le dio esta explicación tan sensata como ingeniosa. Confesó que todo se había hecho por orden suya y se justificó —lo diré con palabras de un historiador bien documentado— «porque no podía desatender las continuas quejas de los Grandes, descontentos de la reclusión en que vivía la infanta, sin ver a nadie ni tener el menor recreo. Añadió que para quitar todo objeto de murmuración, había resuelto, si a la reina la parecía bien, organizar su casa de manera que entrasen a formar parte de ella jóvenes de ambos sexos de distinguida condición, que hiciesen compañía a la infanta y la distrajesen, y que además, cuando el tiempo fuese favorable, pudiese salir de palacio y respirar el aire puro del campo. Consolada Doña Juana con la vuelta de su hija, accedió con facilidad a todo lo propuesto por el rey».

A fin de poner orden en el palacio de Tordesillas, Don Carlos nombró el 15 de marzo de 1518 mayordomo, guarda y curador de la reina a D. Bernardo de Sandoval, marqués de Denia y conde de Lerma, concediéndole además la alcaidía y gobernación de la villa.

Iñigo pide licencia para portar armas

El episodio que vamos a narrar carece de importancia, a nuestro parecer, a no ser que se lo quiera pincelar con cierto colorido novelesco. Se trata de un hecho muy sencillo, pero como ha permanecido en la oscuridad de un archivo hasta hace poco, merece reseñarse brevemente.

El rey Don Carlos había dejado Valladolid en los comienzos de abril de 1518, y entrado en la ciudad de Zaragoza el 15 de mayo; allí permaneció hasta los últimos días de diciembre, ocho meses en total, durante los cuales tropezó con la arisca e indómita actitud de los aragoneses celosísimos de sus fueros y libertades. Por fin, el 30 de julio las Cortes de

Aragón con toda la nobleza lo acataron como a rey, prestándole juramento de fidelidad. Entre la nobleza castellana (que tuvo algún choque con la aragonesa) había ido acompañando al monarca el Duque de Nájera y con él nuestro Iñigo López de Loyola.

Pasan varios meses sin que a Iñigo le amenazara ningún peligro personal, que sepamos. Y de pronto nos enteramos de que un gallego le acechaba para darle muerte. ¿Cómo lo supo Iñigo en Zaragoza, estando su enemigo en Valladolid, según suponemos? El guipuzcoano acude a su Alteza real:

> «Muy poderoso Señor: Iñigo López de Loyola dize que tiene enemistad e differençia con Francisco de Oya, gallego, criado de la condesa de Camiña, el cual dize que le ha de mactar e, poniéndolo por obra, le ha guardado muchas vezes, e nunca ha querido amistad, puesto caso que ha seido muchas vezes requerido con ella. A cuya cabsa el dicho Ynigo López tiene mucha necesidad de traer armas para guarda y defensa de su persona, como dará información, si necesario fuere. Suplica a V. A. le mande dar licencia de traer las dichas armas, y el dará fianzas de no ofender a nadie con las dichas armas, y en ello le hará V. A. merced» *(Al dorso)*: Ynigo López de Loyola» «En Zaragoza a XX de deciembre de MDXVIII». *Y de otra mano:* «Que se le dé para él solo».

La última frase de esta petición (fechada en Zaragoza el día 20 de diciembre de 1518) demuestra que la concesión real fue inmediata y que se escribió al dorso del documento petitorio, y sin limitación de tiempo. Pero entonces ¿por qué, antes de once meses, repite Iñigo la petición y lo hace ahora desde Valladolid, siendo así que desde Zaragoza se había trasladado probabilísimamente a Cataluña a principios de 1519 con la comitiva real? ¿Por qué abandonó la ciudad de Barcelona, donde se hallaba con su señor el Duque de Nájera, para pasar unos días en la ciudad del Pisuerga? ¿Es que a Zaragoza y a Valladolid le iba persiguiendo el gallego o uno de su cuadrilla con intentos criminales?

No poseemos datos para responder a esas preguntas. Sólo conocemos la respuesta del rey que nos ilustra la cuestión con algunos datos nuevos. Va dirigida al corregidor, por medio del Consejo real de Castilla y firmada con la fecha del 10 de noviembre de 1519:

> «A pedimento de Ynigo de Loyola.
>
> Don Carlos etc. A vos, el que es o fuere nuestro corregidor o juez de residencia en la villa de Valladolid... Sepades que Ynigo de Loyola nos hizo

relación que, *viviendo con Juan Velázquez, nuestro contador mayor defunto (por lo tanto, hace ya mucho tiempo)*, Francisco del Oyo (pro Oya) gallego, criado de la condesa de Camiña, le quiso tratar mal, e le hirieron; e que allende de lo susto dicho, le han enviado a dezir que le han de matar; e poniéndolo por otra, había perquesado el dicho Francisco del Hoyo dónde posaba el dicho Ynigo de Loyola, e concertó con una muger que le daría ciertos dineros porque tuviese manera cómo le pudiese herir e matar; la cual le avisó dello *(a Iñigo)*, e él se teme e recela que de hecho pondrá por obra su mal propósito; a cabsa de lo cual él tiene nescesidad e justa causa de traer armas para su defensión de su persona, e dos hombres andando con él; por ende, que nos suplicaba e pedía por merced le mandásemos dar licencia para ello... Lo qual visto por los de nuestro Consejo, fue acordado que debíamos mandar esta nuestra carta para vos... Por lo cual vos mandamos que hayáis información si el dicho Iñigo de Loyola tiene necesidad e justa cabsa de traer las dichas armas... e si por ella hallardes ser así, que dando primeramente fianzas que no ofenderá con ellas a persona alguna e que solamente las traerá para defensión de su persona, le deis licencia e facultad para que en termino de un año primero siguiente pueda traer las dichas armas e un hombre andando con él... E por esta nuestra carta mandamos a todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes, alguaciles de todas las cibdades, villas e logares de nuestros reinos e señoríos, que le dexen e consientan traer las dichas armas libremente, no embargante qualesquier vedamientos e defendimientos».

Lo firman: *Arzobispo* (de Granada) presidente del Consejo, *Palacios Rubios, Cabrero* y otros consejeros.

¿A qué se debería esta enemistad y odio mortal de Francisco de Oya contra Iñigo de Loyola? Los pocos autores que de ello se han ocupado, dejándose llevar de una opinión —a nuestro juicio exagerada— sobre la vida licenciosa y disoluta del joven guipuzcoano mientras vivía bajo la tutela y protección del Contador mayor de Castilla, han sospechado que se trataba de «conquistas amorosas» o, como traduce uno de ellos, *«rivalitas… in re amoris»*.

No tienen en cuenta que semejantes rencores, odios, animosidades y enconos, que no pocas veces originaban asesinatos, o por lo menos contusiones graves, puñaladas, mutilaciones y otras ofensas, eran entonces poco menos que el pan de cada día. Recuérdese el delito planeado por el mismo Iñigo y su hermano Pedro en los carnavales azpeitianos 1515. Y nadie tiene motivo serio para pensar que en 1521 el señor de Zarauz, Juan Ortiz de Gamboa, y el señor de Loyola, Martín García de Oñaz, dos de los

«parientes mayores» de Guipúzcoa, anduviesen enredados en asuntos mujeriegos, cuando se dirigen a Carlos V separadamente pidiéndole protección contra los que amenazaban a su integridad personal, Porque, como decía el primero, «se temía y recelava que le ferirían o matarían o ocuparían sus bienes e hazienda». A lo cual responde el monarca: «tomamos e recibimos so nuestra guarda e seguro e amparo e defendimiento real al dicho Juan Ortiz de Gamboa o a su mujer e hijos e parientes... para que les no fiaran ni maten ni lisien ni prendan», etc.

En el caso de Iñigo no puede tratarse de una rivalidad amorosa con Francisco de Oya, porque una rivalidad de ese tipo, al cabo de tantos meses —y quizá años— de haber desaparecido el rival (téngase presente que el choque del vasco con el gallego tuvo lugar en Arévalo, viviendo el Contador mayor, que murió el 12 de agosto de 1517) no suele normalmente subsistir, especialmente si el rival —aquí Iñigo— se aleja de eso, supuestos amoríos y le ofrece generosamente su amistad ofendida. Y no debía de tratarse de una acción deshonesta o vergonzosa, ya que el propio Iñigo se muestra dispuesto a explicarle al rey todo lo sucedido («como dará información si necesario fuere»). Recuérdese además, que los enemigos de Iñigo parece que eran varios, puesto que se dice en plural: «le firieron» y «le han de matar». ¿Quiénes y cuántos?

Pero se insiste: Y esta mujer que conoce la residencia de Iñigo ¿no será una mujer de vida airada, a la que Francisco de Oya le ofrece ciertos dineros para que traicione a su amante Iñigo manifestando cuál es su residencia en Valladolid? Tan sólo a un novelador le son lícitas tales suposiciones, sin afirmar cosa alguna categóricamente, permítasenos hacer una conjetura. Nada tiene de inverosímil que Iñigo residiese en la casa que su antigua protectora y pariente, doña María de Velasco, poseía en Valladolid (calle Ruy Fernández de Tovar), donde a la sazón habitaba la noble señora; y que la mujer interrogada por Francisco de Oya fuese una sirvienta doméstica de María de Velasco, o alguna vecina que conocía a Iñigo por las muchas veces que lo veía entrar y salir de casa de doña María.

En todo este episodio las únicas personas que salen con dignidad y honradez son: Iñigo, que brinda hidalgamente su amistad al enemigo, a quien no tiene intención de atacar con armas contra la ley; y la mujer, que no se deja comprar por un puñado de dinero. El que sale cubierto de infamia por su conducta incalificable es Francisco de Oya, digno criado de una familia en que abundaban las injusticias y los crímenes, porque es de

saber que «la historia de la familia de los condes de Camiña está llena de violencias en esta época». Lo atestigua L. Fernández con hechos y documentos del archivo de Simancas.

Guerra de las Comunidades

Pasemos la página para ver a nuestro Iñigo metido en empresas que él siempre ambicionó, dignas de un caballero español de su época. Desde la muerte de Fernando V el Católico en enero de 1516, empezó a correr por toda la nación española un cierto malestar, debido a la ausencia del nuevo rey, que, nacido en Flandes en 1500, allí estaba pasando su adolescencia, educado por maestros que no podían inspirarle el auténtico espíritu español, y desde allí trataban de influir en el gobierno de Castilla y Aragón. Afortunadamente el regente Jiménez de Cisneros era uno de esos genios políticos que raramente aparecen en nuestra historia, y que con su clarividencia y su energía supo mantener durante dos años los reinos españoles dentro del carril trazado magistralmente por Fernando e Isabel.

Ya en 1517 el anciano cardenal advertía síntomas inquietantes en la sociedad española. Uno de sus secretarios, Jorge Varacaldo, escribía a un colega que se hallaba en Flandes: «Esos señores *(flamencos)* miren su honra, que una es la costumbre de Flandes y otra es la costumbre d'España, que acá no se puede sufrir ninguno que no haga limpiamente sus cosas como debe».

Cuando por fin el joven rey se decidió a venir a la península, acompañado de su omnipotente ministro y favorito Guillermo de Croy, señor de Chièvres, y de un enjambre de flamencos, entre los que no faltaban los judeo-conversos, enemigos de la Inquisición, y algunos españoles, entre los cuales no faltaban arribistas y chanchulleros, pronto se notó que los recién llegados traían el propósito deliberado de apoderarse del gobierno y de los cargos más lucrativos. Ya hemos visto cómo en las Cortes de Valladolid chocó abiertamente con el exasperado nacionalismo español.

Cuando Carlos I recibió en Barcelona el anuncio de que los Electores alemanes le ofrecían la corona del Imperio, se sintió feliz y sin consultar a nadie aceptó inmediatamente el halagador ofrecimiento, lo cual disgustó a muchos, que veían en ese gesto un menosprecio de la corona española, supeditada a la imperial. El 17 de mayo, desde Zamora, comunicó a todo el reino su elección, agregando que nombraba Regente de España al cardenal Adriano. En Valladolid y Tordesillas el pueblo se amotinó, protestando

contra la partida de Carlos.

Los de Toledo protestaron de que el rey se marchase ahora a Flandes y Alemania, sin visitar las ciudades de Castilla; volverían a quedar sin cabeza, bajo un Regente, lo cual se les hacía tanto más doloroso, cuanto que el infante Don Fernando, hermano del rey Carlos y amadísimo en Castilla, había sido alejado de España (23 de mayo 1518) mandándolo a Flandes; su partida —escribe Sandoval— «pesó a muchos, porque les parecía que no se debía hacer hasta que el rey se casase y tuviera hijos». «Murmuraban también —sigue diciendo el historiador de Carlos V— en Castilla y Aragón de la gobernación que había... Xevres era infamado de codicioso y avariento... De aquí nacieron las Comunidades».

El bueno de Sandoval se extiende largamente en este asunto, y pese a su buena documentación, no siempre logra disimular su apasionamiento.

En las Cortes de Santiago de Galicia, abiertas el 31 de marzo de 1520, el Dr. Pedro Ruiz de la Mota, obispo de Badajoz, que había sido en Flandes limosnero del príncipe y ocupaba ahora uno de los primeros puestos en el Consejo real, fue el encargado de hacer ante las Cortes, es el día de su inauguración, la solemne declaración imperial de Carlos V.

Diríase que Carlos, en su idea de Imperio y en su afirmación de querer dedicar su vida a la defensa de la fe, recoge el testamento de Fernando el Católico y orienta su futura política por derroteros auténticamente españoles. Mas todavía no tiene madurez ni experiencia suficientes para empuñar el timón de la nave sin ayudas e impulsos flamencos. Por eso, cediendo al temeroso Chièvres, hace que las Cortes se trasladen a la Coruña, ciudad más próxima a la costa y más fácil para la fuga. El 25 de abril se celebró la última sesión, no sin que antes el joven e inexperto monarca —no obstante su buena voluntad de complacer a sus súbditos gobernándolos conforme al espíritu de su abuelo el Católico—, oyera fuertes quejas y reclamaciones de parte de las villas del reino.

Ya durante esos días acontecieron en Toledo tumultos y alteraciones, que hicieron temer una conflagración de mayor alcance. Don Carlos, animoso y valiente como era, se hubiera lanzado a extinguir las primeras llamas, calmando a los rebeldes, de no haber sido refrenado por Chièvres, que empezaba a temer por su propia vida.

Satisfecho de haber recabado aunque difícilmente los subsidios que necesitaba para su coronación, el electo emperador ultimó los preparativos de su viaje hacia el Imperio. «Domingo 20 de mayo, antes que amaneciese, confesó y oyó misa y recibió el Santísimo Sacramento, y se fue a

embarcar... Y con gran música de todos los ministriles y clarines, recogiendo las áncoras, dieron vela al viento con gran regocijo, dejando a la triste España cargada de duelos y desventuras».

No vamos a narrar en sus particulares la guerra —harto conocida y estudiada— que estalló sin orden ni concierto en diversas ciudades y villas a lo largo y ancho de España, cuando ésta se sintió abandonada por su rey y dejada en manos de un grupo de magnates y altos funcionarios, contra los cuales se desbordó la ira del pueblo, azuzada por ciertos nobles de rango inferior. Las causas de tal explosión eran muchas y muy variadas; algunas, difíciles de descubrir. Sociólogos y economistas tienen ancho campo para sus investigaciones. Los políticos opondrán las tendencias descentralizadoras de las ciudades españolas a las nuevas ideas venidas de fuera, teñidas de absolutismo y centralismo. Que existía un malestar general en la nación, no cabe duda, debido en gran parte, aunque no exclusiva, a la rapacidad de los extranjeros que empobrecían el país o regían con espíritu contrario al tradicional. De un historiador sensato son estas palabras: «La familia flamenca era... la invasión del extranjerismo y del exotismo, no en lo que el extranjerismo supone y puede contener de progreso, de cultura y de orientación útil, sino en lo que encierra de disolvente de las antiguas virtudes y de destructor del espíritu nacional».

Regente o gobernador de los reinos españoles fue nombrado por voluntad de Carlos V su antiguo preceptor Adriano de Utrecht, cardenal obispo de Tortosa, que además de su condición de extranjero, estaba muy lejos de ser políticamente un Cisneros.

Cunde la revolución comunera. La Junta santa

La ciudad de Segovia teniendo noticia de los abusos que cometían algunos arrendatarios en «hacer pujas en las rentas reales de Castilla..., ofreciendo a su Alteza ciertas sumas de cuentos» (Sandoval), superiores a lo dictado por la ley, dieron cuenta a la ciudad de Avila y ésta a Toledo. Fue Toledo la que tomó la iniciativa de denunciar públicamente los abusos en dos manifiestos: uno a todas las ciudades del reino que tuviesen voto en Cortes, invitándolas a unirse en la protesta, y otro al regente, recapitulando las exigencias del pueblo. Jefe de los descontentos era Juan de Padilla, hijo del Adelantado mayor de Castilla. Corrió la voz de que iba ser preso, lo cual provocó un levantamiento popular. «El pueblo anduvo como bestia fiera», dice Pedro Mejía. El cabildo municipal, presidido por el mismo Padilla, proclamó la Comunidad independiente; muchos corrían

enardecidos al grito de «Viva Carlos y muera Chièvres». En abril de 1520 Toledo se hallaba en clara rebeldía contra el gobierno central.

En Segovia un procurador en Cortes, apenas regresado de La Coruña, fue asesinado bárbaramente (30 de mayo) por haber votado el subsidio pedido por el rey. El regente y gobernador Adriano, que residía entonces en Valladolid, mandó contra los zamoranos al alcalde de Zamora, Rodrigo Ronquillo, bien conocido por su rigorismo y severidad. Salieron a su encuentro las huestes de Juan Bravo, jefe de los comuneros de Segovia, acrecentadas con las toledanas de Padilla, infligiéndole un descalabro tal que se vio forzado a retirarse; y a las pocas semanas, el 21 de agosto tratará de vengarse con el saqueo feroz, seguido del vesánico incendio de Medina del Campo, emporio comercial que pereció con sus tesoros y riquezas.

Eso desacreditó al poder central. La sublevación fue cundiendo por muchas ciudades, como Tordesillas, Zamora, Burgos, Avila, Madrid Guadalajara, Sigüenza, Cuenca... Comprendiendo los Comuneros que su movimiento necesitaba unidad de acción, si quería ser eficaz, se reunieron en Avila para deliberar sobre lo que había que hacer en servicio de Dios y del rey, contra los agravios causados a los naturales. Abrióse la primera sesión en la catedral el 9 de julio de 1520, con asistencia de los tres brazos (clero, nobleza o caballeros y ciudades) y con delegados de Toledo, Madrid, Guadalajara, Soria, Segovia, Salamanca, Toro, León, Cuenca, Zamora, Murcia, etc. De allí salió formada el 29 de julio la *Junta santa* y nombrado capitán general de las fuerzas comuneras Juan de Padilla. Empezó a actuar con un atrevido golpe de mano, intentando apoderarse de la reina Doña Juana que residía, como sabemos, en el castilla de Tordesillas.

No le costó mucho la toma de la villa (29 de agosto), en la cual puso su sede la *Junta santa* (de setiembre a diciembre). Más importancia tenía para el movimiento comunero atraerse la persona y el favor de la reina Doña Juana, muy venerada por gran parte del pueblo español, como hija y heredera legítima de los Reyes Católicos. Para hablar con ella subieron al palacio Juan de Padilla y Juan Bravo. Besáronle muy respetuosamente las manos y le dirigieron palabras halagadoras, refiriéndole primero el estado desastroso de la nación por culpa de los extranjeros y el descontento general por las tiranías financiarias, tanto como por la pérdida de las libertades comunales, e incitándola luego a asumir el mando en lugar de su hijo Don Carlos, ausente en Alemania. La reina los escuchó con sorpresa y

también con cierta benevolencia, prometiéndoles vagamente su favor, pero nada más. No les fue posible arrancarle una firma ni una aprobación explícita del movimiento revolucionario. A pesar de todo, ellos se proclamaron gobernadores del reino «en nombre de la reina Doña Juana», lo cual daba a su proceder cierta apariencia de legalidad.

De Tordesillas el 20 de setiembre fue expulsado el Marqués de Denia con su esposa y familias, que desde el mes de marzo de 1518 por voluntad del Rey tenía a su cargo la guarda de la reina y era gobernador de Tordesillas. La infanta Doña Catalina no sufrió en su persona, pero sí en su fama, pues fue acusada públicamente de seguir la causa de los Comuneros, de lo cual se defendió con indignación en dos cartas al emperador, su hermano, publicadas por Danvila.

Por breves días se ausentó Padilla con sus tropas para conquistar la ciudad de Valladolid, muy minada ya por las inquietudes revolucionarias, y en seguida regresó a Tordesillas con un buen grupo de prisioneros.

Fueron momentos cumbres de la campaña comunera, mas no les duró mucho, porque —pese a los entusiasmos que excitaba en muchas partes el obispo de Zamora, Antonio de Acuña, ambicioso, intrigante e intrépido, con más vocación de condotiero que de obispo, acaudillando a un escuadrón de 300 clérigos y otros muchos soldados advenedizos—, la *Junta santa* perdía fuerzas y cohesión, mientras el gobierno central se robustecía y se armaba cada día mejor.

Enérgica reacción del Emperador. El triunvirato

Este fue el gran acierto de Carlos V, quien al recibir pésimos informes de la inquietud y desasosiego de España, dio órdenes tajantes de reprimir a los rebeldes por las armas, pero restituyendo a los municipios muchas libertades y privilegios que últimamente se les habían arrebatado.

Ofrece en este sentido sumo interés la «Carta-Instrucción del rey D. Carlos al Cardenal de Tortosa, Condestable y Almirante de Castilla, fechada en Bruselas a 9 de setiembre de 1520».

Para conducir bien la guerra fue trascendental el nombramiento que hizo del Condestable (Iñigo Fernández de Velasco) y del Almirante de Castilla (Fadrique Enríquez) como regentes o *visorreyes*, al lado del cardenal Adriano, cuyo poder se trataba de robustecer. El Condestable y el Almirante, los dos magnates de más autoridad —siempre rivales y contrarios— se unen por mandato del emperador para la defensa de España.

«Estando el Condestable —escribe Pedro Mejía— en la villa de Briviesca, que podría ser en el mes de setiembre (1520), vino a él Lope Hurtado de Mendoza, gentilhombre del emperador, con provisiones y despachos suyos, en que le hacía visorrey y gobernador destos reinos, juntamente con el cardenal de Tortosa, que ya lo era, y con el Almirante de Castilla».

Así los tres constituían un triunvirato de gobierno firme y eficaz.

Les mandaba el emperador, según el resumen de Danvila, «entender en todo lo referente a la gobernación de los reinos, los tres juntamente, o dos, por ausencia o nulidad del otro, con acuerdo y parecer del Consejo...; residirían en Valladolid o donde creyesen más conveniente, procurando fuese lo más cercano a la villa de Tordesillas...; procurarían por negociación que Padilla ni otra persona anduviese con gente armada, y si requeridos no obedeciesen, el Consejo les declararía desleales, rebeldes y traidores, con penas de muerte y confiscación...; mandarían llamar Cortes, representando los Visorreyes a la persona real..; enviaba poder bastante para perdonar los yerros y grandes delitos cometidos...; se regularizaría el cobro de las rentas reales...; se procedería a la reorganización de las fuerzas...; se intentaría la buena y breve administración de la justicia», etc.

Ante tan decidida posición del monarca, la gran masa del pueblo español concibió esperanzas de justicia y buen gobierno. Si en la alta nobleza había habido algunas vacilaciones y actitudes rebeldes, ahora se agrupa en torno de los nuevos Visorreyes, cuya autoridad se impone a todos. De los tres *Visorreyes* el Condestable era el más decidido partidario de la lucha sin cuartel y sin negociaciones. El 31 de octubre declara la guerra a la *Junta santa*. Las tropas reales aumentan y se van organizando. Su primer objetivo es Tordesillas, en donde la madre de Carlos V, sin comprender bien lo que pasa a su alrededor, sigue con su hija Catalina en poder de los Comuneros. Nombrado capitán general el Conde de Haro, hijo del Condestable, se lanza sobre Tordesillas con escogidas tropas y buena artillería el 5 de diciembre de 1520, y tras durísima batalla, se apodera de la villa y de la fortaleza, residencia de la reina.

> «De gracias a nuestro Señor —le escribe el Almirante al emperador— y haga mercedes a los que en esta jornada han servido... Hoy miércoles 4. (*sic pro* 5) de diciembre llegó sobre Tordesillas el ejército de vuestra Alteza con los caballeros que aquí diré: el del señor Conde de Benavente, el del Marqués d'Astorga... *(y otros más)*, mi gente con la infantería de Navarra, don Juan Manrique hijo del Duque de Nájera... mi hermano el Conde de Haro... Ha de saber vuestra Alteza questos grandes caballeros combatieron a Tordesillas...

con mucho peligro de sus personas..., en fin, quella fue tomada, loado sea Dios».

¿No iría Iñigo de Loyola entre los soldados del Duque de Nájera, ilusionado con la libertad de la Princesa?

Trece de los miembros de la *Junta santa* caen prisioneros; los demás huyen a Valladolid, donde tendrá su residencia la *Junta* hasta la derrota final que no tardó en venir, porque si bien es verdad que Padilla obtuso el 26 de febrero una resonante victoria en Torrelobatón, sitio estratégico, en donde asentó su cuartel general, pronto se echó de ver que las fuerzas comuneras desfallecían por las rivalidades y disensiones intestinas no menos que por la escasez de recursos. El mismo Padilla, grande y noble caballero, parece que vaciló en la continuación de la guerra. Cuando el 23 de abril de 1521 salía de Torrelobatón hacia Toro, le alcanzaron las fuerzas del Condestable. Fue uno de los pocos que se defendió con valentía, porque el resto de su ejército, huyendo bajo la lluvia por tierras empantanadas, fue enteramente desbaratado. No hubo bajas entre los imperiales; entre los comuneros, unos 100 muertos, 400 heridos y más de 1.000 presos; entre éstos los tres mejores jefes: el toledano Juan de Padilla, el segoviano Juan Bravo y el salmantino Francisco Maldonado. Al día siguiente, contra la voluntad del Almirante de Castilla, fueron condenados a muerte y degollados. Se cuenta que, bramando de ira Juan Bravo porque le acusaban de traidor, hubo de apaciguarlo Padilla con estas palabras: «Señor Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballeros, pero hoy no es sino de morir como cristianos».

Cuando el 16 de julio de 1522 desembarcó en Santander el rey-emperador, tan anhelantemente deseado por todos los españoles, se encontró con una España, no diré tranquila y pacífica, porque las guerras con los franceses, primero en Navarra y después en Italia, no dejaban hablar de paz, pero sí perfectamente unida en el interior y con todas las clases sociales bien trabadas en torno a la figura del monarca que se españolizaba cada día más. La amnistía general que otorgó el 18 de octubre contribuyó a consolidar la unión y paz internas.

Iñigo de Loyola frente a los comuneros

Mientras España se veía dividida y desgarrada por dos parcialidades antagónicas: de una banda muchas ciudades y villas que reclamaban sus antiguas libertades y privilegios municipales, al par que rechazaban el

centralismo absolutista y todo cuanto tenía sabor extranjero y de otra parte la nobleza más alta, que en el robustecimiento de la autoridad y en la exaltación del poder central y monárquico veían la única forma de lograr la grandeza de la nación, ¿qué actitud fue la adoptada por Iñigo de Loyola?

Desde el principio se podía prever que la historia de sus antepasados, siempre leales al monarca, aun en la adversidad; y el ejemplo del Duque de Nájera, su patrono y protector, le había de impeler fuertemente hacia el partido del que ceñía la corona, y le había de poner en oposición a los rebeldes, por justas que fuesen ciertas exigencias de las villas y ciudades. Ni se ha de creer que los sucesos de Arévalo, ya narrados, amenguasen en su corazón los sentimientos de estima y amor al rey Don Carlos, pues bien pudo comprender que la destitución de Juan Velázquez no procedía de hostilidad o aversión personal, sino de motivos administrativos y gubernamentales más altos, aceptados por el mismo cardenal Cisneros, amigo de Velázquez; y si aquello fue objetivamente un desacierto del joven Carlos I, no hay duda que el rey trató de suavizar el golpe todo lo que pudo, concediendo amplios favores y beneficios tanto a la viuda, como a los hijos.

Iñigo, lleno de admiración y gratitud hacia el Duque de Nájera, lo vio participar decididamente y con gran espíritu de sacrificio en la guerra de las Comunidades, al flanco de los dos grandes caudillos imperiales, el Condestable y el Almirante. Ya que el Virrey, por razón de su cargo, no podía abandonar Pamplona, mandó a los frentes de batalla contra los comuneros numerosas tropas bien armadas, y al frente de ellas puso a sus propios hijos (Juan y Rodrigo) que pelearon esforzadamente en combates tan importantes como la conquista de Tordesillas en diciembre de 1520 y la decisiva jornada de Villalar en abril de 1521. Juan fue, además, el héroe de la batalla de Durana, y Rodrigo es alabado por el Condestable y el Almirante en cartas de mayo de 1521. El mismo duque don Antonio Manrique de Lara tuvo la satisfacción de entregarle al emperador un personaje tan intrigante, audaz y aventurero como el obispo Antonio de Acuña, cogido preso por un soldado del duque, cerca de Logroño, cuando trataba de pasarse al ejército francés.

Dentro de sus mismos dominios vio don Antonio Manrique cómo se encendía la hoguera de la rebelión. El 14 de setiembre de 1520 la ciudad de Nájera levantó sus estandartes contra su señor; un criado del duque fue ahorcado y otros metidos en prisión; los comuneros saquearon las casas cometiendo latrocinios y otros graves excesos; llegaron a apoderarse del

alcázar haciéndose fuertes «con su apellido de la Santa Comunidad». El duque se hallaba en Pamplona y apenas tuvo noticia de lo sucedido, se lanzó como un rayo a sofocar el movimiento sedicioso. Lo cuenta él mismo a Carlos V:

> «Pareciéndome —dice— que si esto dexaba sin castigo era gran inconveniente para lo que toca al servicio de vuestra Majestad y su conservación del de su reino de Navarra, porque estando en su frontera sería causa de alteración en él, de que pudiera redundar daño inrreparable..., determiné venir en persona a remediallo, y dexando buen recaudo en aquel reino, me partí con alguna gente de mi tierra y con la que con brevedad me envió el Condestable de Navarra..., y el martes a diez e ocho del presente *(mes de setiembre)*, antes de llegar a la ciudad, les envié a requerir con un trompeta mío, que tornasen a la obediencia..., que yo usaría con ellos de toda equidad; y no solamente no lo quisieron hazer, mas a la misma hora apretaron más el combate... y tiraron tiros de artillería a la batalla donde estaba mi persona y bandera cerca de la ciudad. Y demás desto el corregidor de Logroño y cuatro regidores entraron dentro a requerirles y rogarles que se diesen y que serían perdonados, y en lugar de darles gracias por su buen comedimiento, los quisieron matar..., de manera que vista su gran rebelión, tomando a Dios delante y el servicio de vuestra Majestad y mi buena usticia..., yo los mandé combatir y así por fuerza d'armas se entró la ciudad en poco espacio de tiempo y luego desampararon las dos fortalezas que me tenían, y sin poderlo yo escusar fue saqueada la mayor parte della según uso de guerra, sin ningunas muertes, y fueron presos los principales inventores y fabricadores de la maldad, y luego mandé ahorcar cuatro dellos».

Este no fue más que un episodio de secundaria importancia en aquel vasto movimiento revolucionario, que apenas merecería retener la atención del historiador, si entre aquellos combatientes que asaltaron la ciudad de Nájera para arrancarla de la mano de los Comuneros y devolvérsela al Duque, no hubiera figurado el héroe de nuestra historia. Iñigo de Loyola salió de Pamplona con su señor y con sus tropas, y espada en manó penetró en la amotinada ciudad de Nájera. La noticia se la debemos al que fue años adelante su fiel secretario, Juan Alfonso de Polanco, cuyo testimonio traducido literalmente del latín dice así:

> «Siempre se observaron en él *(I. de Loyola)* muchos ejemplos de ánimo generoso y cristiano; y por referir sólo unos pocos, antes de la intrusión de los franceses *(en Navarra)*, habiéndose levantado en armas la ciudad de Nájera contra su Duque, con el cual se hallaba entonces Ignacio, entró dicho

Duque con su ejército en la ciudad; y en castigo de su rebelión la entregó al saqueo de los soldados; y aunque Ignacio había luchado valerosamente entre los primeros para recobrar la ciudad y hubiera podido obtener copioso botín, no quiso ni tocarlo, juzgándolo acción deshonrosa y poco digna de su persona».

Meses después el hijo mayor del Duque, Juan o Juan Esteban, «que cierto es muy buen caballero, aunque mancebo y de poca edad», (según el cardenal Adriano al emperador) conquistará para el rey la ciudad de Salvatierra y acabará con los comuneros de Alava en la batalla del puente de Durana (12 de abril 1521). P. Dudon juzga probable que en Duran luchó también Iñigo de Loyola.

Pacificador de Guipúzcoa

Aun reconociendo toda su valentía intrépida en las batallas, estimo que la índole del caballero guipuzcoano tenía mayor predisposición y tendencia hacia las artes diplomáticas y al manejo de los corazones. El mismo Polanco, que supo apreciar su estrenuidad y bravura militar, nos dejó este otro testimonio:

«También dio muestras en muchas cosas de ser ingenioso y prudente en las cosas del mundo, y de saber tratar los ánimos de los hombres, especialmente en acordar diferencias o discordias. Y una vez se señaló notablemente en esto, siendo enviado por el visorrey de Navarra, a procurar de apaciguar la provincia de Guipúzcoa, que estaba muy discorde; y hubo tanto buen modo de proceder, que con mucha satisfacción de todas partes los dejó concordes».

Las revueltas que en 1520-1521 turbaron y dividieron en dos bandos la provincia de Guipúzcoa tienen su parecido con las luchas del siglo XV entre las villas guipuzcoanas y los «Parientes mayores» (burguesía naciente frente a nobleza en declive), pero no pueden asimilarse a la guerra de las Comunidades castellanas. Lo cual no quita que exista entre ambos fenómenos cierta conexión externa. Conexión puede darse sin homogeneidad.

Lástima que ni en los más antiguos relatos, ni en los documentos oficiales aparezca el nombre de Iñigo de Loyola. Pero Iñigo participó en aquellos sucesos, y al decir de Polanco, muy activamente. Vamos a referirlos en lo substancial, a fin de que nos formemos idea del personaje que estudiamos, porque el contorno histórico y ambiental hará que resalte la

figura. Origen de todos los tumultos fue lo siguiente.

En setiembre de 1520 la Junta provincial reunida en el lugarejo de *Basarte* con el intento de que no pasasen a Guipúzcoa los trastornos ocasionados en Alava por el Conde de Salvatierra, «Capitán general en las tierras y provincias de Guipúzcoa y Alava y Encartaciones de Vizcaya» por decreto de la Junta de Tordesillas (26 nov. 1520), acordó pedir a Adriano de Utrecht, regente de España, en ausencia de Carlos V, les proveyese de un corregidor autorizado, como D. Cristóbal Vázquez de Acuña, del Consejo real, experto jurista, que ya anteriormente (1508-1509) había sido corregidor de Guipúzcoa. Parece cierto que fue nombrado a solicitud de toda la Provincia, y que era persona digna, experientada y conocedora de la misma». Pero antes de que el nuevo corregidor viniese a su destino, llegó un tal Nicolás de Insausti con cartas de los comuneros de Tordesillas, que trataban de soliviantar a los guipuzcoanos para que no aceptasen la persona de Vázquez de Acuña.

La provincia se escindió en dos bandos: el de las villas *realistas* (San Sebastián, Vergara, Elgóibar, Ocio, Zarauz, etc.) que seguían al corregidor, y el de las villas refractarias (Hernani, Tolosa, Mondragón, Azpeitia, Azcoitia, etc.) que no lo aceptaban, por haber sido elegido «contra la forma de las ordenanzas» confirmadas por los reyes pasados. Tal fue el origen de la gran discordia, que en seguida tomó el cariz de una guerra civil. Frente a la Junta de San Sebastián, obediente al poder central, se alza la Junta de Hernani, rebelde y poderosa porque sus villas son más numerosas y dispone de un ejército de hasta 4.000 hombres. El corregidor Vázquez de Acuña dicta sentencias durísimas contra los rebeldes, reos de graves delitos; sólo consigue enfurecerlos más. Conocedor de los muertos y heridos ocasionados por esta contienda, el Duque de Nájera escribe al emperador el 17 de enero, dándole cuenta de todo y de su propia actuación:

> «En sabiendo estas novedades, porque dellas podía redundar deservico e vuestra Majestad y total destruyción desta provincia... y dello se podía seguir daño inrreparabie para la defensión del reyno de Navarra, por estar en sus confines... me puse en atajar sus diferencias, enviando a ello personas de mi casa».

Entre esas personas de casa del Duque-Virrey ¿no iría su gentilhombre Iñigo, que por ser de Loyola conocía bien el carácter y los usos de aquella tierra y sin duda tenía trato de amistad con no pocos de los de uno

y otro bando? Pero esta primera tentativa de paz no se logró, porque los unos y los otros se acometieron con tal fiereza, que «hizieron grandes talas en heredamientos y quemas y derribamientos de caserías..., y como estaba aparejado tan grand daño... *torné a enviarles personas con medios de concordia»*. Hasta aquí son palabras del Duque.

Si no en la primera misión, ciertamente en la segunda iba Iñigo de Loyola, «ingenioso y prudente», como dice Polanco, y habilísimo «en acordar diferencias y discordias». Viendo que la negociación se encarrilaba rectamente, de suerte que los dos bandos deseaban la presencia del Duque-Virrey, vino éste de Pamplona a San Sebastián, y bien asesorado por los suyos, creyó prudente contemporizar con los insurrectos a fin de que la paz reinara de nuevo en la provincia y todos jurasen lealtad a la Corona: «Yo me determiné en ofrecerles quel dicho Lic. Acuña saldría desta provincia, con que todas las vías de hecho cesasen y toda la provincia quedase en conformidad y amistad en servicio de vuestra Alteza».

Iñigo se alegraría de haber contribuido eficazmente a la paz de sus paisanos. Como ángel de paz y maravilloso conciliador de voluntades, se distinguirá toda su vida. Lo veremos en sus años de Roma.

El 25 de enero de 1521 el Condestable de Castilla escribe desde Burgos a Carlos V.

> «El duque de Nájera ha estado y está en la provincia de Guipúzcoa, entendiendo en concertar los lugares rebeldes con los otros, y según lo mucho que trabaja en ello y su buena maña y diligencia, lo dexará todo en servicio de vuestra Majestad. Suplico a vuestra Majestad le mande escribir dándole las gracias dello». Y el 29 de enero: «Ya escrevi a vuestra Majestad cómo el duque de Nájera había ido a la provincia de Guipúzcoa a ponella en paz y cómo la cosa estaba en buenos términos; él lo acabó y todos quedaron muy conformes y amigos. Razón es que vuestra Majestad le escriba dándole las gracias por ello, pues tan bien lo hizo».

Cuando todo quedó pacífico y tranquilo como una balsa de aceite, D. Antonio Manrique de Lara y su gentilhombre Iñigo de Loyola regresaron a su sede pamplonesa, y como sello de todas las negociaciones guipuzcoanas, el Duque-Virrey firmó en Pamplona el 12 de abril de 1521 la *sentencia arbitral* que decía:

> «Yo don Antonio Manrique, duque de Nájera, conde de Treviño e, visorrey, lugarteniente y capitán general en este reyno de Navarra y sus fronteras y comarcas por las Cesáreas y Católicas Majestades..., juez

arbitrador, avenidor y amigable componedor, nombrado, puesto y elegido por ambas las dichas partes a común consentimiento..., habido mi acuerdo e deliberación, poniendo a Dios nuestro Señor delante de mis ojos, de quien todo bueno y recto juicio procede, y dexando el rigor de los procesos, usando de equidad, queriendo poner paz y concordia, e buena amistad y hermandad entre las dichas partes, porque dello redunda principalmente servicio a Dios nuestro Señor... y bien procomún inestimable a la dicha provincia..., por bien de paz y concordia... fallo que debo mandar y mando y declaro lo siguiente:... (A) Que hayan de quitar e quiten todos e quoalesquiera enojos, rencillas y malas voluntades... y de aquí adelante hayan de ser y sean hermanos y buenos y fieles y verdaderos amigos... e vayan a las dichas Juntas para negociar, platicar y concluir lo que fuere servicio de sus Majestades y bien procomún de toda la dicha provincia». (B) Anúlense las sentencias pronunciadas por el corregidor contra la Junta de Hernani y de igual modo las decisiones de dicha Junta «por no goardarse en ellas la forma y orden judicial segunt las leyes y ordenanzas reales». (C) Asimismo los edictos de la Junta de Hernani contra la Junta de San Sebastián «condenando a muerte corporal y a quema de casas y caserías y tala de manzanales, viñas parrales y otras arboledas... son nulos e de ningún valor». (D) «De aquí adelante perpetualmente mando y declaro so las dichas penas, que no puedan proceder los unos contra los otros... en forma de juycio... ni directe ni indirecte...» (E) «Item, por cuanto consta... los de la dicha Junta de Hernani haber hecho y mandado hazer quemar y derribamientos de casas y caseríos y talas de viñas parrales y manzanales, montes y arboledas en las villas y lugares y término de sant Sebastián... etc. y para declarar lo susodicho se requería poderes y compromisos más bastantes de los a mí otorgados..., remito la declaración y determinación de los dichos daños a la Cesárea Majestad del Emperador y Rey Don Carlos».

En la redacción de este notable documento ¿no habrá intervenido de algún modo la mano de Iñigo de Loyola? No solamente las ideas, sino también ciertas expresiones nos lo hacen sospechar.

Loyola corre hacia Pamplona

La paloma de la paz se cernía ya con blancas alas sobre todo el reino, cuando el aguilucho francés se disponía a volar sobre los Pirineos, afilando sus garras.

Por tierras guipuzcoanas andaba todavía Iñigo al tiempo en que el Duque de Nájera expedía su laudo arbitral. Y de pronto, una llamada apremiante del Virrey: que venga a Pamplona con las tropas de Guipúzcoa. Navarra está en peligro, y la fortaleza de Pamplona, inconclusa en

construcción porque le faltan los últimos retoques, ofrece poca seguridad a los defensores, ya que los adarves de los torreones carecen de antepechos, «ni tiene por alto ningún petril» como dice el Duque.

Iñigo no vacila y de acuerdo con su hermano D. Martín, recluta soldados y hace acopio de armamentos con la mayor premura para partir inmediatamente al puesto de peligro, donde el deber le llama. El emperador había ordenado a todos los guipuzcoanos correr en auxilio del Virrey de Navarra en caso de apuro. El rey Francisco I de Francia, aprovechando —un poco tardíamente— la circunstancia de estar España dividida en dos facciones que se hacen sañuda guerra, y sabiendo que por esa causa la capital de Navarra se halla desarmada, por haber mandado la mayor parte de su guarnición militar a combatir en Castilla contra los comuneros, planea su ataque a Navarra con la excusa de reivindicar los derechos de Enrique d'Albret, hijo del destronado Juan d'Albret. No era liberación del pequeño reino pirenaico lo que a Francisco I le interesaba; sus aspiraciones iban mucho más lejos; deseaba herir a Carlos V en lo más vital de su Imperio, para lo cual contaba con la ayuda de las ilusas Comunidades de Castilla.

Desde mediados de marzo venía avisando el duque de Nájera al emperador la crítica situación de Navarra y especialmente de Pamplona; incluso le advertía de las secretas confabulaciones de los comuneros castellanos con el rey francés. Al César, y con mucha más frecuencia al triunvirato interino de España (Adriano de Utrecht, el Condestable y el Almirante de Castilla) les hace ver lo peligroso de la situación: no hay fuerzas militares en Pamplona para su custodia, porque el duque se desprendió de ellas, con su mejor artillería, para socorrer a los regentes. ¡Y ahora le dejan a él indefenso! A excepción del Almirante, que siempre se revela amigo y defensor del duque, los regentes no dan importancia a sus palabras; a ellos, satisfechos de la victoria de Villalar, debida en gran parte a las fuerzas comandadas por el hijo del duque de Nájera, lo que les interesa es marchar con todas sus tropas sobre Toledo a fin de apagar los últimos rescoldos de la revolución comunera. «No se dio remedio ninguno —escribe el Almirante—, disiendo alguno quel duque... acostumbraba a dezir así, y aun hubo quien dixo, que no se daba por la pérdida de Navarra una castañeta, que el rey la cobraría cada vez que quisiere»

Sabe el duque que el pretendiente al trono navarro, Enrique d'Albret, apoyado por el rey Francisco I de Francia, tiene reunidos en el Bearne 12.000 soldados de infantería, 800 lanceros y 29 piezas de artillería (de las

que 10 eran cañones de grueso calibre) bajo el mando de Andrés de Foix, señor de L'Esparre (conocido por Asparrot o Asparnos). ¿Cómo repeler la invasión tan bien armada y con tan poderosa retaguardia?

El 13 de mayo los franceses ponen sitio a San Juan de Pie de Puerto, mientras el duque de Nájera renueva por medio de mensajeros sus reclamaciones y sus instancias a los tres regentes, que deliberan en Segovia. Estos, al día siguiente, mandan a Miguel de Herrera, que está con ellos y es el alcaide de la fortaleza pamplonesa, se traslade en seguida a la capital de Navarra, porque a él le toca tener cuidado de la artillería y defender el castillo.

El 15 de mayo capitula San Juan de Pie de Puerto, y los vencedores se lanzan a cruzar los desfiladeros de Roncesvalles, pasan el valle del Roncal y se encaminan hacia Pamplona. Al día siguiente acampan a media legua de la capital. El duque nota «que en la ciudad andaban recios vientos perjudiciales a su defensión. Por donde me convino, dejando el mejor partido que pude, partirme por las postas *a diez y siete del presente* a dar prisa en el socorro... Como en la ciudad andaban grandes vientos, para tener más olor de meter en ella a los contrarios *(invasores)*, movieron un recio alboroto contra la gente de guerra que yo había allí dejado... y los de la ciudad robaron y saquearon mi casa».

El duque, imposibilitado de defenderse con las escasas fuerzas de que disponía, marchó rápidamente a Segovia para exigir personalmente los refuerzos que con diez correos no había podido conseguir. Fue un gesto de desesperación, aprobado, si no mandado, por el Almirante de Castilla.

¿Qué recios vientos eran los que soplaban en Pamplona? Disensiones tradicionales entre agramonteses y beamonteses y más particularmente fuertes disturbios entre el Concejo de la ciudad, que quería tener en su mano el mando supremo en lo civil y militar, y de otra parte el pequeño ejército, que lo reclamaba para sí, ya que se trataba de la defensa contra los franceses.

El pequeño ejército dejado por el duque lo integraban un millar de soldados, no muy animosos, con 19 cañones grandes y otros pequeños, 100 coseletes, numerosas ballestas y abundantes víveres, todo bajo el mando y las órdenes de D. Pedro de Bramante.

Esa guarnición militar y su jefe eran los que le disputaban al Concejo ciudadano la autoridad y gobierno supremo en aquellas críticas circunstancias en que había que decidir el rendimiento a los franceses o la firme resistencia. El alboroto popular crecía contra el Duque fugitivo, cuyo

palacio fue saqueado, y contra la guarnición empeñada en la defensa de la plaza. Y ése es el momento preciso en que llegan —quizá el mismo día 17 o a más tardar el 18— las milicias guipuzcoanas comandadas por D. Martín García de Oñaz y Loyola en compañía de su hermano Iñigo.

Sin entrar en el recinto urbano, se ponen a dialogar con gente del interior que viene a oír sus peticiones. Como D. Pedro de Beamonte piensa desamparar a Pamplona, dirigiéndose con sus fuerzas hacia Logroño, los dos guipuzcoanos D. Martín y D. Iñigo se ofrecen a reemplazarlo y a ser ellos los que posean el mando y el gobierno para defender la ciudad contra los enemigos, pues traen consigo fuerzas *no despreciables*.

Su propuesta es desechada con desprecio por las autoridades ciudadanas, de tendencia evidentemente francófila. No lo pudo sufrir D. Martín (*«acerbe tulit et infense»*, dice Nadal) y sin querer poner el pie en la ciudad, dio media vuelta al caballo y se marchó con la mayor parte de sus soldados. Iñigo, en cambio, «teniendo por ignominioso el marchame también él, e impulsado en cuestión tan difícil por la grandeza de su ánimo y por la ambición de la gloria, dejando a su hermano picó espuelas a su caballo y se metió a galope en la ciudad con unos pocos soldados».

Tenía conciencia de que iba a una muerte probable; lo que no sospechaba era que allí le estaba esperando Dios con los brazos abiertos, para darle una vida más alta y para que, interrumpiendo bruscamente el servicio al rey temporal, orientase sus ideales al servicio del rey Eternal.

Se rinde la fortaleza. Herida de Iñigo

Mientras los franceses contemplan las murallas de Pamplona, desde la vecina Villaba, como una fruta madura que está para caer, el 18 de junio D. Pedro de Beamonte con sus tropas toma el camino de Logroño. Poco antes ha tenido un agitado diálogo con Iñigo de Loyola, el cual se ha empeñado inútilmente en disuadirle esta apariencia de fuga (si es que Polanco, que lo cuenta, no confunde esta escena con la despedida de D. Martín).

El 19 de mayo, domingo de Pentecostés los franceses asedian la ciudad y sin obstáculo alguno, *nullo negotio*, se apoderan de ella, porque los pamploneses, entre los cuales eran numerosos los partidarios de los invasores, han ido ese mismo día a Villaba a jurar obediencia a Enrique d'Albret. Iñigo de Loyola se ha encerrado en la fortaleza, firmemente resuelto a defenderla hasta la muerte. Delibera sobre ello con los soldados

y los encuentra sin recursos suficientes y con pocos ánimos; el desaliento los abate. Oigamos a Polanco en el *Sumario:*

> «Tratándose entre los de la misma fortaleza de darla a los contrarios por no poder defenderla, y hubiendo dicho los que antes dél dijeron su parecer, que sería bien entregar el castillo... Iñigo dio por parecer que en ninguna manera, sino que le defendiesen o muriesen».

Vencer o morir, no había otra alternativa. Lo contrario sería de perversos caballeros. Ya entrada la noche del domingo, llega velozmente de Logroño el alcaide (otros le llaman capitán) del castillo de Pamplona, Miguel de Herrera. No hay duda que Miguel de Herrera, natural de Aragón aunque hijo de un caballero portugués, se portó siempre con nobleza, valentía y prudencia, por más que el dolorido y apasionado Almirante de Castilla lo acusará de traidor, digno de ser degollado. Con más serenidad y justicia el emperador supo agradecerle sus servicios.

Al alcaide tocaba dirimir el dilema: rendición o resistencia. La noche del 19 al 20 debió de ser una noche de incertidumbres, angustias, impaciencias. Cuando amaneció el 20, lunes, la artillería de Andrés de Foix estaba para entrar en actividad, mas quiso antes intimar la rendición a los sitiados por medio de un heraldo. Al mismo tiempo se les invitaba a una conferencia que preparase la capitulación. Miguel de Herrera, sabiendo que la mayor parte de los suyos estaban deseosos de capitular, aceptó la conferencia y bajó al campo francés con tres acompañantes, uno de los cuales era Iñigo.

El pacto que proponían los franceses, al caballero guipuzcoano le pareció poco honroso; por lo cual con toda la elocuencia y *acrimonia* que la pasión le dictaba abogó contra la capitulación y en pro de acudir a las armas y resistir a los franceses. Tanto el alcaide como los otros dos acompañantes se animaron con las palabras de Loyola

Si hemos de creer al testimonio del P. Antonio de Araoz, sobrino del Santo, el mismo Andrés de Foix, sin duda por la estima que de él concibió en la conferencia, rogó a Iñigo que no expusiese su vida encerrándose en el castillo».

Lo cierto es que nuestro héroe, satisfecho de tener de su parte al alcaide y capitán, retornó a la fortaleza, dispuesto a defenderla con la sangre y la vida, «combatiendo denodadamente por el rey, por el honor y, por la gloria».

Probablemente el día anterior, fiesta del Espíritu Santo, arrepentido

de sus culpas se propuso confesarlas como buen cristiano, y no siéndole posible, por falta de sacerdote, practicar la confesión sacramental antes de la batalla, se confesó con un soldado. «Y venido el día en que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros de armas», según refiere él mismo en su *Autobiografía*; acto de humildad y de fe, que sin duda sería grato a los ojos de Dios, por la sincera voluntad y deseo que manifestaba de ponerse en gracia y lavar las manchas de su conciencia. Desde el siglo XI en que se introdujo esa costumbre ¡cuántos guerreros murieron así en el campo de batalla! Eso cuenta la epopeya carolingia que hicieron antes de morir en Roncesvalles los paladines Roldán y Oliveros.

«Nació de una explosión allá en Pamplona»

Este rotundo y detonante endecasílabo lo escribió hace más de cien años un jesuita, que además de ser sucesor de San Ignacio en el generalato de la Compañía, tenía dotes no vulgares de orador y versificaba con resonancias victorhuguescas. Quiso significar que allí, en Pamplona por efecto de un proyectil o bomba de cañón nació milagrosamente el nuevo Iñigo, el San Ignacio de la Historia y de la inmortalidad. El día 20 la artillería comenzó a tronar con violencia y estrépito. Contraviniendo una de las condiciones puestas por el Concejo en la capitulación, situó sus piezas ante el castillo, de parte de la ciudad; Herrera se vio forzado a empuntar sus cañones hacia el bloque urbano de donde venían los tiros, «haciéndose mucho estrago con el artillería», según escribía el duque al emperador.

En la fortaleza los heridos eran cada vez más numerosos, entre otros Alonso de San Pedro, «mayordomo de la artillería y munición de Navarra», premiado luego por Carlos V con doce ducados de oro para curarse de la herida, y Pedro de Malpaso, que falleció poco después.

Como la gente estaba ya dañada... —escribe el Condestable al emperador— sin voluntad del alcaide gritaron: ¡Francia, Francia! y alzaron tres veces seña de rendidos y tras esto descerrajaron las puertas para salirse y meter los franceses.

> Comenzado el bombardeo, peleó nuestro héroe bravamente; pero «jugó tanta artillería —sigue Polanco en el *Sumario*— que fácilmente rompió muros, que no eran entonces muy fuertes; y perseverando él todavía en hacer su deber, en tanto que podía, vino un tiro que cogió de lleno en una pierna y se la quebró en muchas partes, y en la otra le hizo también daño en la carne,

pero no le quebró el hueso. Entonces sin más resistencia los franceses tomaron el castillo (?), como tenían la ciudad».

Era —según la opinión tradicional— el segundo día de Pentecostés 20 de mayo de 1521. Los hijos de S. Ignacio durante siglos han celebrado ese día, conmemorando el segundo nacimiento o el nacimiento espiritual de su gran Fundador.

El día siguiente, el «magnífico señor Miguel de Añués», un agramontés, que pasaba por el más acaudalado de Sangüesa y tenía posesiones en Francia y en Tudela, además de un palacio en Pamplona, comunicaba la gran noticia a un sobrino suyo:

> «Ya sabrás cómo los castellanos, encerrados en la fortaleza de Pamplona, comenzaron a volver su artillería contra la ciudad; los franceses enfilaron pronto la suya a las barbas *(à la barbe)* de la fortaleza, y cosa increible, que apenas se atreve uno a decir, después de seis horas largas que duró el asedio, los castellanos se rindieron, pidiendo se les perdonase la vida».

Esta carta, escrita el día 21 desde Sangüesa, indica con bastante claridad que la entrada de los franceses en la fortaleza había sido el día anterior. Por lo tanto, el día mismo en que cayó herido Iñigo de Loyola. Esta era la opinión común, hasta que recientemente se aportaron nuevos documentos, según los cuales el 22 y el 23 todavía «la fortaleza de Pamplona y todas las otras que quedan del dicho reino hallamos que aún están por vuestra Alteza»: así escribe el 23 de mayo el cardenal Adriana al emperador.

¿Cómo armonizar los opuestos testimonios? Yo opino que Iñigo cayó herido en el gran ataque del día 20, descrito por Miguel de Añués, el cual lo creyó definitivo, a causa de las noticias optimistas que le llegaron con suma rapidez. Y de hecho, casi puede decirse que lo fue. Porque, hasta aquel instante, Iñigo con un puñado de valientes, a las órdenes del alcaide Herrera, se habían batido con imrepidez, casi desesperadamente; pero desde que el más bravo de los caballeros cayó entre las desmochadas almenas gravemente herido, el castillo podía darse por irremediablemente perdido. Todos los defensores se desalentaron; el mismo Herrera, antes muy animoso, no hallando ahora quien le infundiese brío, manifestó al enemigo sus deseos de pactar honorablemente. Y cuando los falconetes y las culebrinas de uno y otro bando interrumpieron su diálogo de fuego, los sitiados y los sitiadores empezaron a parlamentar buscando los términos

más aceptables de la capitulación. Hubo tres días de pausa y reflexión. Nos lo dirá el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, el día de junio: «A cabo de tercero día se concertaron, y Herrera rindió la fortaleza».

Para el 23 de mayo se esperaba en el campo francés la artillería pesada, no usada todavía. Cuando los sitiados la vieron llegar, se persuadieron de que contra ella cualquier intento de resistencia sería una locura. Y abriendo las puertas del castillo, se entregaron al vencedor (23-24 de junio).

Lo que afirman Polanco y Nadal y el mismo Iñigo sobre la proximidad de ambos hechos —la herida y consiguientemente la entrega del castillo— dio ocasión a pensar que ambos se habían realizado en la misma fecha. Pero aquellos autores sólo quisieron significar, que «caído Iñigo, cayó el ánimo combativo de los demás» y desde aquel punto se iniciaron las negociaciones; la fortaleza de Pamplona podía darse por perdida.

Hay que reconocer que si Andrés de Foix, el generalísimo francés, la conferencia que tuvo con él antes de iniciar el combate, le manifestó sentimientos de estima y simpatía, al verle herido «tendido en el suelo», se sentiría movido a compasión, y su ejemplo seguirían otros franceses. Iñigo se lo agradeció y así dictó en su *Autobiografía*: «los franceses... trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente». Tal vez lo llevaron a alguno de los hospitales de la ciudad, o a una casa amiga «porque —dice Polanco— era muy muy conocido de muchos, y le dieron muy buen recaudo para curarse los enemigos mesmos, proveyendo médicos y lo demás».

El dolor le atenazaría terriblemente ahora más que nunca. Y no digamos nada de las primeras curas que los cirujanos intentaron con sus bisturíes, sajando las carnes, y con sus pinzas, tenazas y otras herramientas rudimentarias, encabalgando torpemente los huesos dislocados. No le faltaban visitas, incluso de los enemigos, que se interesaban por su salud y le mostraban admiración y benevolencia, a todo lo cual él correspondía a su manera, «y visitado de los contrarios, les daba con amor y liberalidad los dones que podía, hasta dar a uno su rodela, a otro su puñal, a otro sus corazas».

Que la herida era muy grave, se deduce de unas palabras del alcaide Miguel de Herrera, el cual, en el proceso que se le instruyó por la rendición del castillo, «paresció ante los del nuestro Consejo e dixo que Pedro de Malpaso, veedor de las obras, y maestre Pedro, maestro de las obras, y un hermano del señor de Loyola y Sanpedro, mayordomo del artillería, y

Santos, soldado, que entendía presentar por testigos en la dicha causa, estaban heridos de tiros de artillería... y enfermos, y por lo mismo no podían comparecer». Pocos días antes (16 de junio) en otro documento del mismo proceso se dice que «estaban malos y enfermos a punto de muerte de los tiros de pólvora que a la dicha fortaleza se tiraron».

En efecto, Pedro de Malpaso murió a fines de junio a consecuencia de las heridas, y luego veremos que Iñigo se hallaba aquellos días moribundo en Loyola. «Después de haber estado 12 ó 15 días en Pamplona» —se dice en la *Autobiografía*—, le pusieron en unas andas y lo trasladaron a su hogar paterno, donde podrían atender mejor a «su cura, que había de ser muy luenga». Volvía a su tierra natal dolorido pero satisfecho; las leyes de la Caballería le otorgaban el más honorífico respaldarayo porque, como dijo Moreto, «La milicia es quien da el grado—a un perfecto caballero».

En litera hasta Loyola

¿Quiénes fueron los transportadores? Creyeron muchos en otro tiempo, que los franceses, tan atentos en sus primeras curas. Pero meterse unos extranjeros —y por contra soldados enemigos— en tierra extraña, cruzando montes y valles por caminos y vericuetos desconocidos, era una aventura inconcebible. Hoy sabemos que los que le llevaron en la litera fueron hombres amigos bajo la dirección de un primo de Francisco Javier, que se llamaba Esteban de Zuasti.

Recuperada Pamplona y toda Navarra por los ejércitos de Castilla, se instruyó proceso contra E. de Zuasti, acusándole el fiscal de haber conspirado contra el emperador, entendiéndose con sus primos Valentín y Juan de Jasu, agramonteses, y además por haber mostrado «mucha alegría y gozo» en la rendición de Pamplona. Negó el acusado los dos puntos: el primero, porque mientras los conspiradores negociaban con los franceses la invasión, se hallaba él en Castilla combatiendo contra los comuneros, de los cuales fue herido en Becerril (Palencia) y sólo a 11 de mayo volvió herido a Pamplona; el segundo, porque «caso puesto que mostraba gozo e alegría, por eso no habría caído ni incurrido en el dicho crimen de que soy acusado, porque al tiempo que los franceses aquí estaban, si alguno veían triste, lo querían maltratar y lo tenían por sospechoso, de manera que convenía que mostrásemos gozo y placer si queríamos estar seguros en nuestras personas».

Alega en su defensa los favores que ha prestado a los del partido antifrancés; socorrió al señor de Andueza, y al señor de Verástegui,

aprisionados por los franceses, y lejos de haber maltratado a nadie.

> «Me halle en hacer bien por los servidores de vuestra Majestad, y estando en la obediencia de los franceses y *después que el duque dexó esta ciudad y regno* hice y hecho tales servicios a vuestra Majestad. Specialmente que el Señor de Loyola a una con cincuenta o sesenta hombres de pie y de caballo llegó en mi casa con harto temor que tenía de ser maltratado con su gente, e yo por hacer servicio a vuestra Majestad recogiéndolos en mi casa y dándoles lo que habían menester luego les acompañé hasta los poner en salvo...
>
> E así bien *a un hermano del señor de Loyola, el cual fue herido en esta fortaleza le tomé en unas andas a él, y a otros ocho compañeros que se me encomendaron, les acompañé y los llevé a Larraun hasta les poner en salvo»*.

Cobra particular importancia este proceso, porque en él tenemos el primer documento oficial de la herida de Iñigo de Loyola en la defensa del castillo de Pamplona. Nos aclara también el primer trazo del itinerario que siguieron los acompañantes del herido, ya que en la primera jornada debieron de llegar, acompañados por Esteban de Zuasti, hasta la risueña villa de Larraun, al N.O. de Pamplona. Sabemos por una referencia de Nadal, que en otro pueblo innominado, de la diócesis de Pamplona, se detuvo la ambulancia ocho días, sin duda por exigencias del enfermo No conocemos a ciencia cierta las paradas subsiguientes. Las últimas serían Oñate y Anzuola (jurisdicción de Vergara). Don Juan de Ozaeta testificó en el proceso de Madrid (14 de octubre 1595), que pasando él con Francisco de Borja y con Polanco por la casa de Echandia, que está en Anzuola (villa de Vergara), entendieron que en aquella casa se había detenido Ignacio de Loyola cuando venía herido de Navarra; por lo cual se apearon de la mula para besar la tierra y las paredes donde había estado el Santo

Según la tradición recogida por ese mismo testimonio, allí en la casa de Anzuola fue acogido Iñigo por su hermana Magdalena, casada con Juan López de Galláiztegui, notario del lugar. Es de creer que éstos le harían reposar y se prestarían a acompañarle los pocos kilómetros que le restaban de viaje.

Calcular el número de días que empleó en su largo itinerario, no es posible, porque eso está en función de las paradas, no siempre cortas, del paso de los porteadores de las andas (eran ocho que se alternarían de cuatro en cuatro), de las condiciones atmosféricas y del estado de los caminos. Llevar a hombros a un enfermo dolorido, y transportarlo a través de

valles y ríos, bosques fragosos y sierras ásperas, tenía que obligarles a un paso lento y a frecuentes relevos. Si salieron de Pamplona, como es posible, hacia el 3 de junio, tal vez antes del 20 no alcanzarían la meta final. Los que han calculado en 80 el número de kilómetros recorridos, no han tenido en cuenta los muchos rodeos de los caminos y las subidas y bajadas de los montes, pues no siempre se podía contar con camino real o carretero.

El enfermo, resistente al dolor como pocos, no profería una queja. Sufría y meditaba. Meditaba en su vida frívola y alegre de Arévalo, en sus tres años de milicia y de aprendizaje del trato social, distinguido, como gentilhombre del Duque de Nájera y Virrey de Navarra; meditaría sobre todo en el cambio que la herida de Pamplona podía dar al destino de su vida. A él, tan propenso a reflexionar sobre cualquier hecho, propio o ajeno, se le presentarían panoramas de un porvenir no siempre halagüeño. Pero en su voluntad típicamente loyolea hallaba fuerza y energía para vencer la enfermedad con todas sus consecuencias. A él, que había querido hacer una sincera confesión el 19 de mayo, festividad de Pentecostés, el pensamiento de Dios le tenía que inquietar repetidamente, aunque de una manera vaga. La conversión religiosa se hallaba aún lejana, ¿pero no estaría ya empollándose en lo más secreto del corazón?

CAPÍTULO V

LA CONVERSIÓN A DIOS EN LOYOLA

Fundadamente podemos suponer que el 20 de junio de 1521 el herido de Pamplona se hallaría ya bien instalado y atendido en aquella casa de Loyola, en la que treinta años antes había nacido. Ya sus padres habían muerto y muchos de sus hermanos y sobrinos también. Pensaría en ellos al mirar aquellas estancias y corredores, que le traían recuerdos de su lejana niñez y juventud. Con extremada solicitud le cuidarían los dueños de la casa, Don Martín, su hermano (si es que se hallaba en casa) y Doña Magdalena de Araoz, su cuñada, con las dos hijas del matrimonio, Magdalena que se casó en 1525, y María demasiado niña para auxiliar a un doliente. Cosa análoga podemos decir de los hijos, o sea, de Beltrán, Juan Pérez y Millán, si éste había nacido. Tampoco el párroco de Azpeitia Pero López de Oñaz, hermano poco mayor que Iñigo, y su compañero de aventuras por las calles azpeitianas, dejaría de prestarle obsequiosas atenciones. Todos le miraban como un héroe que se había batido contra los enemigos con asombrosa intrepidez. Era una gloria más de la familia.

El aposento en que lo acomodaron estaba en el piso tercero, ángulo nordeste, con tres ventanas, una miraba a las arboledas del río Urola, que serpentea hacia Azpeitia, y las otras dos se abrían hacia la inmensa mole del Izarraitz, con sus faldas erizadas de robles y cocinares y sus crestas de duros y toscos mármoles. Todo le era conocidísimo al enfermo, mas ahora no podía contemplarlo. Y eso que el campo verde parecía invitarle a la contemplación, y el clima de fines de junio se anunciaba deliciosamente estival.

Dolor y soledad en la casa-torre

Iñigo estaba grave. Con el traqueteo del largo viaje en litera y a manos o en hombros de cuatro robustos mocetones, los huesos se le quejaban dolorosamente, y quizá por imperfecta asepsia de las heridas, éstas se le habían infectado peligrosamente. Había que convocar con urgencia a los entendidos en medicina y cirugía; tan sólo conocemos el nombre de uno:

Martín de Iztiola. Oigamos lo que Iñigo contará más tarde a su confidente Luis Gonçalves da Cámara en la *Autobiografía*:

> «Hallándose muy mal y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez concertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que por haber sido mal puestos la otra vez, o por se haber desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. Y hízose de nuevo esta carnecería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños»[45].

Sigue el relato autobiográfico aludiendo probablemente a la alta fiebre que le debió de sobrevenir:

> «Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegando el día de S. Juan (24 de junio), por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así recibiendo los sacramentos la víspera de S. Pedro y S. Paulo, dixeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho infermo devoto de S. Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte. Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abaxo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, con lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado que era cosa fea; lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar; y ellos dixeron que bien se podía cortar; mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo; y todavía él se determinó martirizarse por su proprio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia»[46].

---

[45] *Autobiografía* (*Acta P. Ignatii* por G. da Cámara) en MHSI Font. narrat I, 366. A los buenos caballeros les estaba vedado quejarse del dolor de las heridas, según proclamaba Don Quijote (1, 8). Lo prohibían las Reglas de *los caballeros de la Banda*, que debía de conocer Iñigo (v. *capit. V*, Regla 4).

[46] *Font. Narrat.* I, 366-68. Si su hermano más viejo se espantaba de la amputación del hueso, quiere decir que ya para entonces («algunos días» después de la fiesta de San Pedro) D. Martín había regresado de la campaña contra los franceses. Opina Leturia que en la batalla decisiva de Noain, librada el 30 de junio peleó D. Martín. Ciertamente muchos guipuzcoanos lidiaron bravamente bajo las Ordenes del Duque

Era llegada la hora del incisivo bisturí y de la sierra de acero con agudos dientes para aserrar las protuberancias óseas.

> «Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días le martirizaban. Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho»[47].

Todo esto demuestra que la salud corporal de Iñigo de Loyola hasta aquellos días se conservaba íntegra y fuerte. Su robustez natural empezará a flaquear más tarde en los años de sus estudios. En parte por las austeridades, en parte por culpa o ignorancia de los médicos. En Loyola los quirurgos le hicieron sufrir terriblemente (Iñigo fue toda su vida un sereno sufridor de dolores), pero la operación resultó bien. Pudo en adelante caminar mucho y bien, sin que apenas se le notase una leve cojera gracias a una plantilla doble que se ponía bajo el pie derecho. Consta documentalmente que «Martín de Iztiola, maestre cirujano... por la cura del dicho Iñigo recibió diez ducados».

Lecturas y ensoñaciones

No pudiendo tenerse en pie ni pasear por causa del dolor de una pierna, no había otra solución por el momento, que adoptar una postura horizontal echándose en la cama en desesperante quietud. ¿Y cómo pasar tantas horas de ocio? No creo que fuese Iñigo muy amigo de los libros, como no fuesen los de pasatiempo y los que hacen vagar libremente la imaginación. Y como en Arévalo le habían entretenido y deleitado las aventuras de *Los cuatro libros del esforzado e muy virtuoso caballero Amadís do Gaula, hijo del rey Perión y de la reina Elisena*, preguntó a su cuñada doña Magdalena si tenían en casa ese u otro libro semejante. Respondiéronle que no, y él se contentó con lo que había. Afortunadamente la gracia divina iba a transformar poco a poco su alma,

---

de Nájera, que venía desde Logroño persiguiendo al Señor de Asparren (Lesparre o Asparros); lo alcanzó y deshizo su ejército, entrando vencedor en Pamplona y reconquistando así definitivamente a Navarra para España. Pero ¿quién nos asegura que allí estaba don Martín? En absoluto, quizás tuvo tiempo para combatir en Noain y volver a Loyola poco antes de la operación quirúrgica de Iñigo.

[47] *Autobiografía* F. N. I, 368-70.

mediante dos o tres libros de devoción que poseía su cuñada y que eran entonces, por la acción propagandista del cardenal Cisneros, pábulo espiritual de muchísimos españoles.

> «Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamarse de Caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos de ellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un *Vita Christi* y un libro de la vida de los Santos en romance. Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito»[48].

Corrían por entonces varias obras piadosas que se ornaban con el título de *Vita Christi*, o Vida de Cristo. ¿Cuál fue la que leyó el convaleciente de Loyola? Indudablemente la que compuso en latín el cartujo Landulfo o Ludolfo de Sajonia († 1377) y tradujo al romance de Castilla el poeta franciscano fray Ambrosio Montesino. Era la mejor y traducida al castellano se había divulgado bastante en España. Constaba de cuatro tomos en folio[49].

Los jesuitas del Cartujano

Abierto el volumen primero, daría Iñigo comienzo a la lectura, como es natural por las primeras «fojas» (o folios) y de buenas a primeras topó con un *Prohemio epistolar* enderezado por el traductor a Don Fernando y Doña Isabel, panegirizando las virtudes, las hazañas y los méritos de tan católicos monarcas. Si se asomó al primer capítulo, que versa sobre la ge-

---

[48] *Ibid*., 370.

[49] Leyó, según Nadal, «Una Vita Christi del Cartuxano en romance» (MHSI *Comment de Instituto S. I*. p.268). En el ejemplar que tengo ante los ojos falta el título. Empieza por la Tabla (o Indice de cap.) y sigue un «Prohemio epistolar de fray Ambrosio Montesino», enderezado a los Reyes Católicos. El título de la obra se puede deducir del colofón, que dice así: *«Aquí se acaba el primero volumen… del Vita Christi Cartuxsano: interpretado del latín en romance por fray Ambrosio Montesino... por mandamiento de los Christianísimos Reyes de España... Imprimido por industria e arte del muy ingenioso e honrado Stanislao de Polonia, varón precipuo del arte impressoria… en la muy noble villa de Alcalá de Henares»*. El primer volumen se acabó de imprimir en Alcalá el 27 de febrero de 1503, el voll. II el 24 de setiembre; el III el 13 de setiembre y el IV el 9 de setiembre del mismo año 1503. El impresor unas veces se llama Stanislao Polono y otras Lançalao de Polonia. Del autor y del traductor trata críticamente A. CODINA, *Los orígenes de los Ejercicios espirituales. Estudio histórico* (Barcelona 1926) 200-23; 223-43.

neración divina y eterna de Cristo, lo dejaría presto, pues le parecería demasiado sublime para un profano. Saltando quizás algunas páginas, llegó al capítulo diez, en que el piadoso Cartujano discurre y medita con fervor acerca de la Circuncisión y el santo nombre de Jesús.

Tal vez entonces, como por un extraño presentimiento, le palpitaría el corazón, al leer este nombre, que años adelante daría él irrevocablemente a su Compañía de *Jesús;* nombre cuya cifra o monograma lo escribirá él miles de veces, en forma de IHS, en la cabecera de sus cartas.

Leería, pues, con veneración el nombre de Jesús, sin prestar la más mínima atención a otro vocablo derivado de aquél, y que había de obtener larga repercusión en la historia por causa del propio Iñigo. *¡Jesuitas!* Lo inventó, al parecer, Ludolfo de Sajonia al componer este libro a mediados del siglo XIV y fue leído por el convaleciente de Loyola inadvertidamente, sin sospechar lo que andando el tiempo había de significar.

Hoy nos sorprende cuando vemos que un cartujo del siglo XIV habla de los *Jesuitas*, pero desaparece pronto la extrañeza, considerando que los *Jesuitas* del Cartujano son los bienaventurados del cielo, y los *Jesuitas* de los tiempos modernos son los hijos de Ignacio de Loyola, que trabajan en este mundo por jesuitizar (en el sentido cartujano de salvar o conducir al cielo).

Dice así Ludolfo de Sajonia: «Este nombre *Christo* es nombre de gracia: mas este nombre *Jesús* es nombre de gloria: porque ansy como en esta presente vida por la gracia del baptismo son llamados los *Christianos* este nombre *Christo*, bien ansí en la gloria celestial serán llamados los santos *Jesuytas*, que quiere dezir fechos salvos por virtud del Salvador»[50].

Tras este largo paréntesis, vengamos al segundo libro que leía Iñigo

---

[50] *Vita Christi Cartuxano*, interpretado del latín en romance por fray Ambrosio Montesino... (Alcalá 1503), parte I, cap. 10, foja LXIII v. El apelativo de jesuitas fue adjudicado a los hijos de S. Ignacio, no sabemos en qué fecha. San Pedro Canisio escribe desde Colonia el 30 de diciembre de 1544: *«De nobis dicam potius qui Jesuitae dicimur»* (Epistulae et acta, Freib. Im Br. 1896) I, 121. Si algunos lo decían despectivamente, otros, según escribe Polanco, se llamaban a si mismos *Jesuitas*, gloriándose de portar el nombre de los hijos de Ignacio: «Tam propenso erga nostros animo erant nonnulli, ut Jesuitas se etiam esse valle (sic enim nostri vocabantur) profiterentur» (*Chronicon* II, 574) y se refería al año 1552, en Viena de Austria. En Italia hubo en el siglo XV algunos humanistas que apellidaron «Jesuitas» a los «Jesuitos», fundados por San Juan Colombini hacia 1360. Jesuatos eran llamados porque solían ir por las calles repitiendo: *¡Viva Jesús! ¡Alabado sea Jesús!* Lo humanistas se burlaban de su piedad formalística.

en su convalecencia.

La leyenda dorada

¿A qué obra se refiere nuestro héroe cuando habla de «la vida de los Santos en romance»? También aquí la cosa es clara. El libro que pusieron en sus manos flacas no fue otro que el *Flos sanctorum*, florilegio de vidas de santos, muy conocido en todos los países con el título popular de *Legenda aurea*, que con más fantasía que crítica histórica y más devoción que elegancia de lenguaje compiló en latín el dominico italiano fray Jacobo de Varazze (de Voragine † 1298). Existían varias traducciones españolas, con títulos como éste: *Flos sanctorum, a honor e alabança de Nuestro Señor Jesu Christo*, s.l.n.a. (año 1480, según A. Codina). A una de esas traducciones (*Legenda seu Flos sanctorum*... Toledo 1511) le puso Prólogos interesantes el cisterciense aragonés fray Gauberto F. de Vagad, antiguo alférez de su rey. Este fray Gauberto no pudo menos de dar a su lenguaje y estilo cierto aire caballeresco y militar, que nuestro Iñigo leería con emoción, imaginando que tenía entre las manos un *Amadís* a lo divino.

Leturia ha hecho un cotejo de los lugares paralelos que ha encontrado en los *Prólogos* de Vagad y en los *Ejercicios espirituales* de Ignacio. Cuando el cisterciense, antiguo alférez, habla de «la Santa Caballería» que sirve a un Rey tan soberano, y de «los caballeros de Dios» que son los Santos, en medio de los cuales campea «el Eterno Príncipe Christo Jesús», «Jesú nuestro Capitán y Señor», «Rey de los reyes y Señor de los señores», no se puede menos de pensar en algunas meditaciones de los Ejercicios. Fray Gauberto presenta la santidad como una empresa heroica, que consiste en el seguimiento y la imitación del Rey supremo; desea que la bandera de la Cruz, es decir, la Pasión y Muerte del Rey de los reyes se alce en la mano diestra de los caballeros de Dios[51].

Eran modos de expresarse muy a propósito para que un fiel servidor de su rey temporal, como había sido Iñigo, pasase sin tropiezo, e incluso con gusto, a interesarse por el servicio del Rey Eternal, cuyos cortesanos y caballeros son los santos, imitadores de Cristo. ¿Y qué santos? A Iñigo le impresionaron principalmente los de penitencias más arduas, como S.

[51] Más extensamente en LETURIA, *El gentilhombre Iñigo López de Loyola* 154-60; 172-74, y en *Estudios Ignacianos* II, 57-72. Fray Gauberto se ufana de su actual género de vida, que ya no es caballeresca, sino sacerdotal y monacal, en una larga composición poética, *Racionamiento del monje con el caballero* (NBAE, 22, 692-706).

Onofre, S. Francisco, Santo Domingo, según veremos. Y siendo él, como buen Loyola, un cristiano de fe muy arraigada, pronto se le elevó el pensamiento a lo sobrenatural, y aquellas acciones de los anacoretas que antaño le hubieran parecido rarezas y extravagancias, cuando no locuras, ahora empezó a mirarlas como hazañas heroicas y admirables, realizadas por amor a Cristo. ¿No podría él hacer otro tanto? El cristiano que latía en el fondo de su corazón empezó a despertar. Esto era ponerse en camino de conversión. Y leía, leía, hasta que el libro se le caía de las manos. Entonces otros pensamientos más mundanos venían a sonreírle.

A medida que la herida de la pierna cicatrizaba y los dolores desaparecían, enfrascábase más y más el convaleciente en la lectura de aquellos gruesos volúmenes adornados tal vez con viñetas góticas, que doña Magdalena sacó de sus armarios. No es de maravillar que a ratos se sintiese fatigado, y si el cielo del incipiente otoño se ponía claro, echase una mirada al valle y a los montes cercanos. Con la imaginación volaba mucho más lejos. Y despierto soñaba. Soñaba en fiestas y aventuras pasadas, que podrían repetirse a nivel más alto.

La dama de sus ensueños

El propio Ignacio, siendo General de la Compañía de Jesús, refirió al P. Gonçalves da Cámara todo el proceso psicológico de su conversión, desde las primeras insinuaciones de la gracia hasta que el castillo de su corazón se dio por rendido.

En su aposento de Loyola, incorporado en su lecho, le vemos alternar la lectura con la meditación y el ensueño. Sostiene en sus rodillas o en un atril la *Vita Christi* del Cartujano en romance, o la *Leyenda áurea* prologada por Vagad. Libros en folio, hasta entonces desconocidos para él, pero que ahora le estaban cambiando su modo de pensar.

> «Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas dexándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y 4 horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa ni

duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destos»[52].

¿Quién era esa altísima dama que le sorbía el seso a Iñigo y le acaloraba la fantasía? No siendo condesa ni duquesa, sino de más alta categoría social, tendría que ser reina o princesa.

Sostuvieron algunos historiadores, como C. Genelli, Paul Dudon y otros, que se trataba de Germana de Foix (1488-1538), sobrina de Luis XII de Francia y segunda esposa de Fernando el Católico, del cual quedó viuda en 1516. *«Pinguis et bene pota»*, (gordinflona y bebedora) la describe en una de sus cartas (n. 638) Pedro Mártir de Anghiera, que la zahiere siempre que puede. Casi igual antipatía experimentaba hacia ella Prudencio de Sandoval. A los dos años de su viudez, volvió a casarse con el Marqués Juan de Brandeburgo venido de Alemania con más nobleza que dineros y nombrado por Carlos V gobernador de Valencia. El alemanote (en frase de García Mercadal) «a menudo la trataba violentamente, sacudiéndole el cuerpo en parecida forma a como tratan los arrieros a los animales caprichosos». Y después de su segunda viudez en 1524, «Doña Germana... había engordado en forma tal, consecuencia indudable de aquel gusto suyo por los copiosos banquetes, que era la admiración de cuantos la veían, y calculamos que la desesperación de los mozos encargados de alzar en alto su litera»[53]. Todavía tuvo humor para casarse, nuevamente, esta vez en 1526 con Don Fernando de Aragón, duque de Calabria.

No cabe duda que el joven Iñigo en su época de Arévalo tuvo ocasión de conocer personalmente a la reina Doña Germana y de servirla en los banquetes con que solía agasajarla doña María de Velasco, la mujer del Contador mayor. Pero enamorarse de ella, viviendo su esposo Don Fernando, hubiera sido un crimen; y tras la muerte del rey, una villanía indigna y la más negra ingratitud para con la familia que con tanto amor le había mantenido y educado durante más de diez años. En el capítulo III hemos indicado cómo la viuda doña Germana, pisoteando la antigua amistad, desposeyó a doña María de Velasco, y a sus hijos de sus palacios, rentas y posesiones. La animadversión que esa vergonzosa conducta produjo en el joven Iñigo debió de ser tal, que a través de los años se mantendría siempre indeleble.

En 1521, año de las ilusiones y fantasías del convaleciente de

[52] *Autbiografía: Font. narr*. I, 370.

[53] J. GARCÍA MERCADAL, *La segunda mujer del Rey Católico* (Barcelona 1942) 140-50.

Loyola, doña Germana no era reina ni princesa; era tan sólo la mujer del gobernador de Valencia. Releguemos, pues, ese nombre a la sombra del olvido.

No tan fácil es rechazar la hipótesis de Madama Leonor de Austria (1498-1558), aunque a mi parecer goza de muy escasas probabilidades. Nacida en Lovaina, Leonor, hermana mayor de Carlos V, no pisó suelo español hasta el mes de setiembre de 1517, y es posible que en los meses siguientes, que pasó con su hermano en Valladolid, la viera Iñigo de Loyola repetidas veces en los festejos públicos que se celebraron en honor de los dos hermanos. ¿Pudo bastar esto para que en el otoño de 1521, un hombre de 30 años, como era Iñigo de Loyola, la evocase en su memoria y en su imaginación, suspirando por ella casi en arrobamiento tres y cuatro horas seguidas? Cierto que el amor todo lo puede, pero en aquellas circunstancias de personas y de tiempo, con sólo verse fugazmente y desde lejos, ¿es verosímil un encendimiento amoroso como aquél después de varios años?

Además, Doña Leonor, casada desde 1518 con Manuel I el Afortunado, rey de Portugal, vivía felizmente durante las ensoñaciones de Loyola con su esposo, el cual no murió hasta el 13 de diciembre de 1521, cuando ya Iñigo había renunciado definitivamente a todas sus ilusiones y vanidades mundanas, cuánto más a cualquier amorío adúltero. Un amor platónico y caballeresco resulta también imposible y sumamente peligroso a causa de los celos, tratándose de una mujer desposada, y nada menos que con un rey[54].

La infanta doña Catalina de Austria

La única conjetura que nos parece aceptable es la que defendió siempre Leturia y tras él otros estudiosos[55]. Si el testimonio de Loyola es verídico, de lo cual no tenemos la menor sombra de duda, hay que admitir que Iñigo sintió en su voluntad y en su corazón y acaso más fuertemente

[54] Por eso nos parece inaceptable la tesis de F. LLANOS Y TORRIGLIA, *El capitán Iñigo de Loyola y la dama de sus pensamiento*, «Razón y Fe» 124 (1941) 33-70. El mismo autor, que aquí defiende la candidatura de Leonor, en 1923 propugnaba la de la infanta Catalina. De paso conviene advertir que Iñigo de Loyola nunca fue «capitán».

[55] P. de Leturia trató el argumento varias veces. Muy brevemente en *El gentilhombre* p.302-303. Con mayor amplitud en un art. de «Arch. Hist. S. I, 5 (1936) 84-92, reproducido en *Estudios Ignacianos* (Roma 1957) I, 87-96.

en su fantasía, una atracción intensa, pero indefinible, hacia una mujer adornada de todas las prendas naturales y espirituales, hermosura, amabilidad de carácter, bondad, nobleza, dignidad, elevación de espíritu. Y esa mujer no pudo ser otra que la infanta Catalina, hija de Juana la Loca y hermana menor de Carlos V, de cualidades que produjeron una cierta fascinación en el amante, el cual se sintió atraído hacia el objeto del amor, pero con una atracción elevadora, que tenía mucho de respeto, acatamiento, veneración, ansia de ponerse a su servicio, «imaginando lo que había de hacer en servicio», de su señora idolatrada, que en 1521 era casi una niña (había nacido en enero de 1507), aunque por su buen juicio, su serena dignidad y su hermosura, les parecía a todos una mujercita cabal.

¿Qué linaje de enamoramiento era aquél? ¿Era un amor razonable y honesto, orientado hacia el matrimonio legítimo? No, por cierto, como tampoco lo era, según parece, el de Petrarca por Laura, y mucho menos el de Dante por Beatriz y el de Don Quijote por Dulcinea. Era un sueño irrealizable, que exaltaba todas sus potencias y facultades, haciéndole feliz por unos momentos, sin mirar «cuán imposible era podarlo alcanzar». Si no era un amor de perspectivas matrimoniales, ¿era un amorío francamente pecaminoso con exaltación del instinto erótico? En el texto autobiográfico, tan abierto y sincero, no hallamos una sola palabra que justifique tan grosera explicación. Allí se nos dice que las cosas que le traían enajenado eran «cosas vanas», no precisamente pecaminosas, imaginaciones que procedían de las lecturas de libros caballerescos, y sobre todo «una tenía tanto poseído su corazón» (no sus apetitos sensuales), que le tenía completamente embebecido horas y horas, sin poder pensar en otra cosa. Tampoco, creo yo, se debe ir al extremo contrario, entendiendo aquel amor como absolutamente platónico e idealista, que se satisface con la admiración, la alabanza y el servicio desinteresado. No faltan, con todo, algunos casos de amor puramente platónico, como el del poeta Vilasandino a la Reina de Navarra, y el de Gregorio Yáñez a la princesa Juana de Austria, hija de Carlos V[56]. Aunque siempre quedarán sombras y

[56] NBAE 22, 336. F. G. OLMEDO, *Introducción a la vida de S. Ignacio* 108-116. El caballero que bajaba al palenque a combatir por el nombre de una dama esperaba conseguir el favor, la sonrisa, el gesto benévolo, la amable palabra de aquélla, pero dentro siempre de las barreras de la ética, especialmente si la señora era de alto linaje. Era frecuente que el amor hiciese poetas a los amantes, los cuales cantaban a la amada en variadísimos metros, a veces en brevísimos lemas amorosos que ostentaban en sus lanzas durante los combates. En nuestros Cancioneros del siglo XV se verán mil ejemplos. Iñigo sólo habla de «los *motes*, las palabras que le diría». Los *motes* consisten en una estrofilla corta de cuatro versos (a veces uno sólo) que encierra en sí

dudas en la explicación, por tratarse de un estado psicológico para cuyo estudio no poseemos datos suficientes, yo diría que el soñador de Loyola se dejaba llevar de un devaneo imaginativo y sentimental cuya base real, objetiva, histórica, podría ser muy deleznable. Tal vez Iñigo no habló nunca con la dama de sus pensamientos. Tal vez el enamoramiento —si así queremos llamarlo— brotó instantáneamente de una sola mirada sonriente, de un saludo lejano, o bien de una conversación del mozo guipuzcoano con un personaje de la corte, el cual le habló con pena y compasión de aquella princesita inteligente y bella, que pasaba los años, casi como una cautiva, en un castillo, junto a su madre loca. Esto le bastaba al gentilhombre Iñigo para enamorarse de ella románticamente, caballerescamente, con ansia de hacer algo por liberarla.

Era una pasión juvenil, encendida de ilusiones, en la que no podía menos de entrar el sentimiento amoroso con un ligero tinte de sensualidad y cortesanía, que en un carácter liviano podía resultar resbaladizo y peligroso, mas no tanto en aquel Iñigo a quien nunca le gustó juguetear con el amor, ni abusar de esta palabra, incluso al tratar del amor de Dios. Amor de Dios al hombre sí; amor del hombre a Cristo... Iñigo prefería expresarlo con otra palabra. En vez de amar a Cristo, servir a Cristo (para él, la mejor manera de *amar* es *servir*, *amor* es *servicio*). Lenguaje típico de la caballería medieval.

Diré también que el amor de Iñigo hacia la infanta Catalina, que tal era a mi parecer el ídolo de sus sueños, puede describirse como un embe-

---

la esencia alambicada de lo que a continuación *se glosa* e varias estrofas de cinco o nueve versos, el último de los cuales debe corresponder al último del *mote*. Un ejemplo sencillísimo y anónimo:

Mote

«Ni muero, ni tengo vida».

Glosa

«Pues mi mal es tan esquivo,
ninguno cuenta me pida:
que no soy muerto ni vivo,
ni soy libre ni cativo,
ni muero, ni tengo vida, etc.

(R. J. GALLARDO, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Ed. fascímil, Madrid 1968 II, 883. Dos ejemplos más conocidos en L. M. DE VIANA, *Loyola por el Rey*, Valladolid 1956, 182-83).

lesamiento, en que el alma, fuera de sí, pierde la noción del tiempo; pero nótese que, a diferencia de otros grandes enamorados, no aspira el amante a la contemplación extática, sino a la acción externa en servicio de la persona amada: «imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora..., los hechos de armas que haría en su servicio». Amor caballeresco, de inmenso respeto a la persona idolatrada.

Que esa señora no era otra que la infanta Doña Catalina de Austria, hermana menor de Carlos V e hija de la reina Doña Juana la Loca, es una conclusión, a la que se llega, más que por argumentos positivos, por exclusión de cualquier otra hipótesis. No había en España otra persona, de rango superior al de condesa o duquesa, de la que pudiera enamorarse Iñigo de Loyola, sino la princesa Catalina. Los que objetan la diferencia de edad que separaba al gentilhombre de la infanta, no entienden el carácter de aquel enamoramiento, que, como he dicho, no era de perspectivas matrimoniales.

¿V cómo y cuándo pudo brotar la primera centellita amorosa? Es sabido que la reina Doña Juana, no mucho después de la muerte de Felipe el Hermoso, renunció prácticamente al gobierno de España y se encerró en su palacio de Tordesillas (Valladolid), en un gran castillo medieval que se alzaba en un altozano de las orillas del Duero. Allí vivía triste, silenciosa y desaliñada la «Loca de amor», o de celos, cuyo trastorno mental se fue agravando mucho con los años. Como único consuelo, retenía consigo a su hijita Catalina, a quien por otra parte no le prodigaba grandes cuidados.

Parece muy probable que allí la conoció Iñigo y allí de paso le dirigiría algunas palabras, que serían de compasión, cuando la veía corretear por los pasillos o galerías. Los viajes de Iñigo desde Arévalo hasta Tordesillas los haría como paje del Contador mayor, Juan Velázquez, el cual acompañaría a Don Fernando en sus últimos años, cuando iba a visitar su hija Doña Juana. Y en otras ocasiones quien visitaba el palacio de Tordesillas era Doña María de Velasco, que siempre tuvo especial afición en aquella casa, en donde, a la muerte de su marido, halló amorosa acogida y protección de parte de Doña Juana y Doña Catalina, de la que fue más tarde camarera mayor. Ahora bien, Doña María de Velasco iría acompañada de algunos de sus hijos y también de Iñigo que se contaba entre sus familiares y parientes.

En el capítulo precedente hemos narrado aquel novelesco episodio, digno de una novela de caballerías, en que el joven Carlos V, tras la primera visita que hizo a su madre y hermana en Tordesillas, logró furtiva-

mente raptar, por medio de fieles servidores, a su hermana Catalina, separándola de su madre para llevarla secretamente a Valladolid, donde la entretuvo cosa de tres días agasajándola, poniéndola alegre y divertida con públicos festejos en su honor y cambiándola su deslucida vestidura por otra más cortesana, «de satén, color violeta, recamada de oro, y con un velo que le tocaba la cabeza a la usanza de Castilla».

Iñigo pudo verla despacio, oír su historia, e indudablemente se dejaría impresionar, como otros muchos, de «la cándida belleza y gracias naturales» de la hermanita de Carlos V. Y pienso que lloraría de pena y de impotencia, al verse incapaz de impedir que la infanta retornara a compartir en el lóbrego castillo la vida de su madre. La imagen de aquella princesita desgraciada no se le borrará jamás de la memoria, y desde entonces meditaría en el modo de libertarla, como hacían los caballeros andantes del tipo de Amadís, con las doncellas cautivas.

No pudo menos de entristecerse desesperadamente con la noticia de que tanto la reina como la infanta Catalina habían caído bajo el dominio de los Comuneros castellanos y cómo éstos se gloriaban —falsa y calumniosamente— de que la Infanta se ponía de parte de los revolucionarios. Mas no tardó en saberse la verdad, cuando el ejército nacional, compuesto de tropas aguerridas con buena artillería, y capitaneado por los más prestigiosos jefes, entre los cuales campeaba un joven amigo de Iñigo, el primogénito del duque de Nájera, entró victorioso en Tordesillas y puso en libertad a la infanta y a su madre. Día memorable del 5 de diciembre de 1520. ¡Con qué intrepidez, con qué heroísmo, con qué locura se hubiera lanzado al asalto, de haber estado allí presente, Iñigo de Loyola!

Quizás esos mismos sentimientos volvían a hervir ahora en el corazón y en la fantasía del convaleciente de Loyola; pero un hombre como él, que estaba ya en vías de conversión religiosa, a poco que reflexionase sobre ellos, tendría que abrir los ojos muy pronto a la realidad, y persuadirse de que aquellas ilusiones y quimeras de amor y gloria no eran más que tentaciones, ardides del mal espíritu, que intentaba retrotraerle a los viejos caminos de amor vano, ambición y orgullo, para aficionarle de nuevo al mundo con la fascinación de sus frivolidades, que en realidad de verdad no eran más que humo.

Se inicia la transformación espiritual. Proceso psicológico

En la mente de comenzaron a transformarse los sentimientos y a cambiar de color las imágenes que pasaban por su fantasía. Esto tuvo

principio con las lecturas lentas y meditadas de los dos autores que ya conocemos: lectura de la *Leyenda áurea* prologada por fray Gauberto, y lectura del Cartujano *(Vita Christi)*. Frente a la caballería profana, cuyos héroes (Amadís de Gaula, Don Galaor su hermano, el rey Lisuarte, Gandalín, etc.) habían constituido los modelos de vida y de virtud, que el caballero de Loyola llevaba siempre ante sus ojos, no pudo menos de sorprenderse al ver que de los folios amarillentos de los citados libros se levantaba otra caballería sagrada, más alta y respetable, que peleaba contra todos los vicios e injusticias y contra las propias pasiones y torcidos instintos, mortificándose y sacrificándose en el servicio de un Rey divino que los alentaba en el combate y les aseguraba la victoria. Eran los santos los nuevos caballeros que arrastraban a Iñigo con sus ejemplos de pureza, de penitencia, de oración, de amor al prójimo y a Dios. Y el convaleciente de Loyola, movido por la gracia, empezó a sentir deseos de ser también él caballero de Cristo, como San Onofre, el viejo anacoreta de la Tebaida egipcia, desnudo y velloso, semejante a una bestia salvaje, con los cabellos tan largos que le cubrían todo el cuerpo, de quien cuenta su compañero Panuco (en forma de autobiografía) lo mucho que «este hombre sancto sufrió cuando la vanagloria deste mundo menospreció», los ayunos y abstinencias hasta no comer un tiempo más que pan y dátiles «e mezclávalos con hojas de hierbas», y las luchas «con el diablo enemigo de natura humanan, y el vivir en una cueva hasta la muerte, cuando «las huestes del cielo levaron arriba el ánima del *noble caballero»*. «Caballero de Dios», repite Pafnucio.

Mucho le impresionó también en sus lecturas del *Flos sanctorum* la vida de Santo Domingo de Guzmán, de quien se cuenta que en cierta ocasión «cada noche del mundo se daba disciplina tres veces» y se embarcó en una nave, y al marinero que le pedía «por el pasaje un dinero», le respondió: Soy discípulo de Jesucristo y no traigo oro ni plata ni dinero. A imitación del fundador de los dominicos y recordándolo sin duda, obraba el penitente de Manresa que se disciplinaba tres veces al día (cinco veces, según Nadal) y sin llevar ningún dinero, hizo su travesía de Barcelona a Gaeta y de Venecia a Palestina.

Más clara parece la imitación de San Francisco «el Poverello», de quien leyó en el *Flos sanctorum,* que todo el tiempo de su juventud «expendiólo en vanidad», y luego de su conversión «yendo a Roma en romería dezó las sus vestiduras y tomó otras de un hombre pobre y estuvo ante la iglesia de Sant Pedro entre los otros pobres», etc. Rasgos anecdóticos que se repiten en la vida del peregrino de Montserrat, el cual

—según el relato de Cámara— tras las primeras ensoñaciones, había escogido por modelos «a los caballeros de Dios, que son los santos».

> «Porque, leyendo la vida de Nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo S. Francisco, y esto que hizo S. Domingo? Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: S. Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. S. Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. Duraban también estos pensamientos buen vado, y después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio. Y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de lo dexaba, y atendía a otras cosas»[57].

Miraba ahora con admiración a los héroes del Cristianismo, que son los santos, como antes a los caballeros del rey temporal. Toda su vida no fue sino una aspiración a lo más alto, a lo más grande, a lo más heroico, «afectándose», «señalándose» entre todos, lo mismo cuando era joven y anhelaba «distinguirse» en el servicio de su rey, que cuando era hombre maduro y escogía *la mayor* gloria de Dios *(Ad maioren Dei gloriam)*.

Hasta ahora no hemos descrito más que la primera fase del proceso psicológico que empezó a moverse en el alma del convaleciente con las vidas de Cristo y de los santos. Fase inicial, en la que juegan directa y principalmente dos facultades: la fantasía y el corazón.

Al soñador y al de las corazonadas instintivas, que anhela no ser inferior a ningún santo, sucede el psicólogo, como no podía menos de acontecer tratándose de Iñigo de Loyola, hombre dotado de una potencia de reflexión, tan innata y fuerte, que a cada instante lo vemos propenso a replegarse sobre sí mismo (*reflectir, examen, demandar cuenta al ánima*, serán sus vocablos favoritos) para analizar y sacar a plena luz consciente los más imperceptibles fenómenos de su mundo interior. Hasta ahora hemos visto que sus pensamientos miran hacia afuera, como los de un extravertido: hazañas, galanteos, gloria humana. La introspección no tarda en presentarse. La segunda parte del proceso es refleja, analítica y crítica. La psicología religiosa de todos los tiempos ofrece pocos documentos

[57] *Autobiografía:* FN 1, 372. Martín Lutero, para quien todas las obras humanas son malas, se burla de las obras hechas a imitación de los santos.

literarios de tan fina, precisa y segura experimentación espiritual.

Iñigo cierra por un momento las vidas de los santos y se pone a leer en el libro íntimo de su propia alma, de su propia conciencia. Observa las alternativas de sus pensamientos —unos van hacia la derecha, otros hacia la izquierda; unos ascienden verticales, otros se alargan o zigzaguean horizontales con altibajos—, y se propone discernirlos por los efectos que en su ánimo producen. Sólo después de larga reflexión descubrió la diversidad de unos y otros:

> «Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dexaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino yerbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dexados, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron los os, y empezó a maravillarse desta diversidad y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre».

¿Cuándo se le abrieron los ojos para conocer la diversidad de los espíritus que guerreaban en el campo de su alma, «el uno del demonio y el otro de Dios»? Imposible determinar el día preciso. Acaso fue cosa de un momento, pero el laboreo preparatorio, interno, había sido largo.

El ángel bueno y el malo. Consolación y desolación

La observación de los fenómenos diversos y contrarios que alternaban en lo más hondo de su ser le hizo comprender que su alma era como un castillo, a cuya conquista aspiran dos capitanes enemigos entre sí, o como presa de alto valor disputada por dos contendientes, que son el ángel de la luz y el ángel de las tinieblas. Las experiencias que tuvo en Loyola se le aumentaron y perfeccionaron con las posteriores de Manresa, donde acabaron por cuajar en las leyes sapientísimas de los *Ejercicios: «Reglas para en alguna manera sentir y cognoscer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para rescibir y las malas para lanzar»*. Aunque anticipándolas algún tanto en el tiempo, séanos permitido copiar aquí algunas, que reflejan con maestría sus varios estados de alma en el proceso de su conversión.

«La primera regla: en las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados; en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándolos y remordiéndoles las conciencias...

La segunda: en las personas que van intensamente purgando sus pecados y en servicio de Dios subiendo, es el contrario modo...

La tercera: de consolación espiritual. Llamo consolación, cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor... Asimismo cuando lanza lágrimas motivas a amor de su Señor... finalmente llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales...

La cuarta: de desolación espiritual. Llamo desolación todo el contrario de la tercera regla; así como oscuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor...

La quinta: en tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente... Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo...

La duodécima: el enemigo se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado; porque así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huida cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huida sus tentaciones, cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el oppósito *per diametrum*; y por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana».

Que estas reglas áureas, lo mismo que las de las «Elecciones» (que formulará en Manresa), fueron vivencias de su espíritu en los días otoñales de su convalecencia, lo sabemos por confesión del propio Iñigo al P. Gonçalves da Cámara: Las Elecciones, principalmente, me dijo que «las había sacado de aquella variedad de espíritus y pensamientos, que tenía estando en Loyola, cuando se hallaba aún malo de la pierna». Entonces aprendió aquel su maravilloso arte de *discernimiento de espíritus* que

reveló en sus *Ejercicios* y en el magisterio espiritual de toda su vida. Ya nos ha explicado cómo actúan Dios y el demonio en el alma del pecador. En seguida de su conversión, Iñigo advertirá un cambio de táctica respecto de los que, abandonando el pecado, progresan en la vía del espíritu, y lo dejará consignado en estas bellas palabras:

> «En los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entre en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra».

Conversión perfecta. ¿Visión o simple imaginación de María?

Nadie imagine, por lo que acabamos de decir, que el recién convertido era ya un maestro de la vida espiritual. El observaba y analizaba meticulosamente todos los fenómenos que se producían en su conciencia, pero la inteligencia precisa de los mismos y la formulación en forma de reglas sólo le fue posible después de las nuevas experiencias y nuevas luces de Manresa. Y no sólo en la doctrina, sino en la práctica de las cosas espirituales, andaba Iñigo bastante lejano de las cumbres que alcanzara un año más tarde a las orillas del Cardoner. Laínez afirma —sin duda por habérselo oído al interesado— que en Loyola leía las vidas de los santos «teniendo más ojo a los exteriores exercicios y penitencias que a otras cosas interiores, las cuales aún no conocía. Y así entonces con buena intención le parescía que la sanctidad se había de medir por la austeridad, de manera que aquel que más austera penitencia hiciese, sería delante de nuestro Señor más sancto».

En consecuencia, él, que deseaba ser no menos que los héroes de la *Leyenda áurea*, tenía que hacer «grandes obras» por Cristo, grandes como él entonces las entendía, grandes penitencias corporales, maceraciones, ayunos y abstinencias, encerrarse toda la vida en una Cartuja; tales eran sus propósitos en aquellos momentos de su vida.

«Aunque entre estos propósitos y deseos se le ofrecían trabajos y dificultades (es Ribadeneira quien lo refiere), no por eso desmayaba ni se entibiaba punto su fervor, antes armado de la confianza en Dios, como con un arnés tranzado de pies a cabeza, decía: *En Dios todo lo podré. Pues me da el deseo, también me dará la obra* (Flp 4,13). *El comenzar y acabar todo es suyo*. Con esta resolución y determinada voluntad se levantó una noche de la cama, como muchas veces solía, a hacer oración y ofrecerse al

Señor en suave y perpetuo sacrificio, acabadas ya las luchas y dudas congoxosas de su corazón. Y estando puesto de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora, y ofreciéndose con humilde y fervorosa confianza, por medio de la gloriosa Madre, al piadoso y amoroso Hijo por soldado y siervo fiel, y prometiéndole de seguir su estandarte real y dar de coces al mundo, se sintió en toda la casa un estallido muy grande, y el aposento en que estaba tembló».

Tembló y se agrietó como por efecto de un terremoto. No me empeñaré en defender su carácter histórico. Pudo la leyenda crearlo *a posteriori*. Si lo incluyo en esta biografía, que aspira a ser crítica y rigurosamente histórica, es porque me sirve como de metáfora o símbolo de la conversión espiritual de Iñigo de Loyola. Desgarramiento interior y rompimiento con lo antiguo. Salto definitivo de la vida pecadora y mundana a la vida santa de virtudes heroicas. Mutación de vida que lo transformó en otro hombre. Su visión del mundo y la de su propia existencia personal cambió radicalmente. No fue, como la conversión de Saulo en el camino de Damasco, un fenómeno inesperado y subitáneo. La de Loyola se había ido preparando y alargando durante los meses de julio, agosto, setiembre y acaso más. No lo sabemos. El duro corazón de aquel caballero ambicioso y galante se había ido paulatinamente madurando bajo los toques misteriosos de la gracia divina. Al fin, se había rendido. Dio de coces al mundo, en frase de Ribadeneira, y se alistó para siempre bajo el estandarte del Rey de los reyes. Y podemos piadosamente pensar que la Virgen purísima le quiso premiar aquella consagración a Dios, hecha ante una imagen de Nuestra Señora con un favor extraordinario, que el propio Iñigo no se atrevía a declarar si había sido sobrenatural y milagroso. Se lo contó a Gonçalves da Cámara con estas palabras:

> «Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía, los cuales se le confirmaron con una visitación, desta manera. Estando una noche despierto, vido claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habérsele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así desde aquella hora hasta el agosto de [15]53 que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efecto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho».

Tal vea esto ocurrió en agosto o principios de setiembre, cuando ya se levantaba de la cama largos ratos y aun días enteros. En adelante podrá tener oscuridades, tentaciones, dudas sobre el modo de obrar en diversas circunstancias; pero nunca jamás vacilaciones o pensamientos de dar un paso atrás en el camino deliberadamente emprendido de la imitación y seguimiento de Cristo. En su casa de Loyola todos echaron de ver que Iñigo no era el de antes.

Ausencia y regreso de don Martín de Oñaz y Loyola

Haremos aquí un breve paréntesis. El dueño de la casa, Don Martín, había tenido que ausentarse en una fecha imprecisable, quizás a fines de setiembre o principios de octubre, para defender la plaza de Fuenterrabía contra los franceses con un heroísmo no inferior al de su hermano Iñigo en Pamplona.

Desde Loyola se seguirían las peripecias militares francoespañolas con vivo interés y no sin cierta trepidación. No se resignaba Francisco I a la pérdida del reino de Navarra, y soñando en reconquistarla, encomendó la empresa a su querido almirante G. Gouffier de Bonnivet. Este recibió la orden de su rey a fines de setiembre de 1521, e inmediatamente dirigió su ejército, bien provisto de artillería, a San Juan de Luz, donde se detuvo cuatro días. Luego, entró en la Navarra peninsular por la garganta de Roncesvalles, de donde torciendo ruta hacia el oeste penetró en el valle del Baztán, tomando por sorpresa la villa de Maya el 5 de octubre. Encomendó su defensa a los agramonteses y pasó el Bidasoa para apoderarse del castillo de Beobia y enfilar sus tropas hacia Fuenterrabía, donde ejercía el cargo de gobernador el valeroso capitán Diego de Vera. Viendo éste que la plaza se hallaba desprovista de víveres y dotada de exigua guarnición, pidió auxilio a los tres gobernadores o lugartenientes del emperador ausente: el cardenal Adriano, el Condestable y el Almirante. Estos se contentaron con reunirse en Vitoria y hacer que se congregasen allí algunos jefes y soldados, que partieron hacia Fuenterrabía. De poco habrían servido, a no ser por la llamarada de entusiasmo que cundió por la provincia de Guipúzcoa. Tres parientes mayores, el primero de todos, Martín García de Oñaz, señor de Loyola, seguido de Juan Ortiz de Gamboa, señor de Zarauz, y de Juan Pérez de Lizaur, con el capitán del Tercio de Vergara, Juan Pérez de Ugarte, acudieron con tropas escogidas y valientes, a encerrarse en la fortaleza de Fuenterrabía dispuestos a luchar y morir antes que rendirse a los franceses. Don Martín no había de ser menos

que su hermano Iñigo, ni en valentía, ni en tenacidad, ni en patriotismo.

El 6 de octubre comenzó el asedio. A los pocos días la artillería francesa abrió una brecha en la muralla, mas no hubo quien se atreviera a dar el asalto a la fortaleza. Lo que sucedió fue que muchos de los servidores del capitán Diego de Vera comenzaron a flaquear y a decir que mejor sería darse a partido con los sitiadores y firmar un convenio honroso. En una *Información jurídica*, abierta por D. Juan de Acuña el 31 de octubre leemos:

> «El dicho Martín García de Oyñaz, señor de la casa y solar de Loyola... fue preguntado por el dicho señor capitán (Acuña) si estuvo en el cerco postrero de agora dentro en la villa de Fuenterrabía. Dixo y respondió que sí, hasta el día que los franceses tomaron la dicha villa...
>
> Fue preguntado qué personas e cuáles fueron las que dixieron al capitán Diego de Vera que hiciesse partido... Dixo que lo que dello sabe e vio este testigo es que el día martes, que se contaron quince días deste presente mes de octubre, el dicho capitán Diego de Vera les llamó e apartó al señor de Zarauz e al señor de Lizaur y a este testigo, y les dixo cómo él tenía determinado de morir en la defensa de la dicha villa... y que aunque se hallase solo, se determinaba de morir en defensa... A lo cual, en nombre de todos tres, este testigo (D. Martín) le respondió que ellos con la gente que tenían morirían con él en la defensa de la dicha villa, aunque todos los otros faltasen, *porque ellos no entraron en la dicha villa para perder honra, sino por ganar*; y que en lo demás... pues era tan instruido en la guerra (el capitán Diego de Vera), proveyese e mandase, que ellos le seguirían hasta la muerte. E que así el otro día miércoles siguiente en el combate... todos estuvieron de muy buena voluntad...
>
> El día viernes a la alba, que se contaron diez y ocho días del dicho mes de otubre... Martín Iñiguez de Carquizano, capitán de la gente de la villa de Elgoibar, le dijo a este testigo que, si los *Parientes mayores* de la provincia que en la dicha villa estaban, fuesen de parecer dél y de los otros capitanes..., hablarían al dicho Diego de Vera, para que, pues la villa se había de perder, a lo menos la gente no se perdiese. Y que este testigo (D. Martín) le respondió que *los dichos Parientes mayores no se encerraron en la dicha villa por perder honra*, sino por ganarla, e que no le hablase más sobre ello... E así entraron este dicho testigo y el dicho capitán en la dicha iglesia a oír Misa, y ende se partieron el uno del otro...»

Salidos de Misa, D. Martín García de Oñaz y Loyola contó a Diego de Vera todo lo que había oído, y que otros, no pocos, capitanes, se adherían a la opinión de Elgóibar, dispuestos a traicionar a la causa con tal

de salvar sus vidas. Sabido lo cual por el jefe supremo, Diego de Vera, les arengó a todos con estas enérgicas palabras.

> «Que les hacía saber, que si no se defendiessen, habían de pagar con las vidas, y que les rogaba que esperasen al combate que tenían ordenado de dar los dichos franceses para la misma hora; que con la ayuda de Dios ternían vitoria y les harían perder la vara a los dichos franceses, de manera que no vernían más a dar combate; y más, que les hacía saber, que aunque en partido se oyessen, que los franceses no le aguardarían su partido, y que los degollarían a todos, y que era mejor morir como hombres».

Un grupo de valientes lucharon como leones aquel día 18 de octubre; resistieron dos asaltos de los franceses, pero antes del tercero los capitanes cobardes se impusieron por el número a los más valerosos y capitularon entregando la plaza; salvaron la vida y los haberes, mas no la honra ¿No parece esto un capítulo de la vida de Iñigo de Loyola? Si don Martín hubiera sido herido en una pierna, la similitud hubiera sido absoluta y todos hubieran pensado en un doblaje histórico amañado por un falsificador.

Es probable que Don Martín, después de luchar en el castillo de Fuenterrabía como su hermano en el de Pamplona y de pronunciar ante los tímidos o cobardes palabras idénticas a las que pronunciaría Iñigo en iguales circunstancias, volvería a su casa de Loyola con el corazón dolorido, pero con la frente alta porque él había cumplido con su deber de caballero. Y lo mismo sus hermanos que sus hijos se congratularían con el señor de la casa, porque los antiguos méritos de los Loyolas para con sus reyes se acrecentaban con nuevos servicios de sacrificio y lealtad. De esta lealtad no se olvidará Carlos V, quien al enviar a Don Juan de Acuña en 1537 a Guipúzcoa, para el bien y defensa de aquella provincia, ordena a Don Martín que «con la brevedad que el caso requiere..., por vuestra parte ayudéis a ello».

Hombres de tanta autoridad y prestigio, de tan pronta disponibilidad y de tan absoluta confianza, no los encontraría fácilmente el emperador.

El libro de trescientas hojas en cuarto

El mes de octubre y más el de noviembre suelen ser en Loyola lluviosos y tristes. La llovizna y las nieblas invitan al recogimiento, a juntarse los miembros de la familia en la cocina junto al fuego del hogar o en un aposento cómodo y acogedor, como sería el de Iñigo. Este ya podía

andar por la casa, trasladarse de una habitación a otra, sin molestia alguna. Su pierna estaba curada. En torno a él se reunirían para darle conversación, especialmente al anochecer, los dueños de la casa y sus hijos; Iñigo les hablaba de cosas espirituales, dándoles buenos consejos, y quizá les leería algunos relatos que había comenzado a copiar del *Flos sanctorum.*

Guando Don Martín regresó de Fuenterrabía, todos le pedirían noticias de aquel episodio bélico de tan triste conclusión y estigmatizarían con infamantes baldones y vituperios a aquellos «perversos caballeros» que habían traicionado la causa de su rey, a cambio de salvar vidas y haciendas.

Seguramente que Don Martín extrañaría el gesto frío, casi indiferente, de su hermano que vivía como absorto en cosas más altas. Ya se lo habían advertido desde que llegó, su mujer y sus hijos. La transformación de Iñigo progresaba rápidamente.

> «Así su hermano como todos los demás —se dice en la *Autobiografía* — fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente. El, no se curando de nada, perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todos» lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas».

Es decir, que el convertido, ahora con afán proselitista, quería convertir a los demás. La lectura de la vida de Cristo y de los santos le entusiasmaba más cada día; era para él —ignorante hasta ahora de tales cosas — una fuente inexhaurible de vida espiritual. Y a fin de no olvidar nunca lo que entonces aprendía, de lector se convirtió en escritor, porque las notas que empezó a tomar, se habían de convertir en una obrita inmortal.

> «Y gustando mucho de aquellos libros *(Vita Christi, Flos sanctorum)* le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los Santos; y así se pone a escrebir un libro con mucha diligencia (porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa); las palabras de Cristo de tinta colorada, las de Nuestra Señora de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano (Nota marginal: el cual (libro) tuvo cuasi 300 hojas, todas escritas de cuarto).
>
> Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración. Y la mayor consolación que recebía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a Nuestro Señor»

¡Qué bello cuadro, para un pintor, el de Iñigo de Loyola en el silencio de la noche, apoyados los codos en el alféizar de la ventana, para sostener su cuerpo todavía débil y desfalleciente, y escuchando en su arrobamiento las calladas armonías de los astros!

> «Y fue tanta la costumbre que hizo en esto, que aún le duró después por toda la vida; porque muchos años después, siendo ya viejo, le vi yo estando en alguna azotea, o en algún lugar eminente y alto, de donde se descubría nuestro hemisferio y buena parte del cielo, enclavar los ojos en él, y a cabo de rato que había estado como arrobado y suspenso, y que volvía en sí, se enternecía, y saltándosele las lágrimas de los ojos por el deleite grande que sentía su corazón, le oía decir: ¡Ay, cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo! Estiércol y basura es».

Delicado y conmovedor es el detalle de la tinta colorada y azul, según fuesen palabras de Cristo o de la Virgen. En tinta azul pudo ver Iñigo los textos evangélicos en la primera edición de la *Vita Christi* romanceada, y a doble tinta se escribían a veces los cancioneros del siglo XV.

A través de esas páginas se le había revelado la persona del Salvador dechado y ejemplar de los Santos, Eterno Príncipe, que agrupa en torno de su bandera a todos los caballeros de Dios, y con su encanto divino le había arrebatado el corazón y la fantasía. Con amor hondo y fuerte, con entrega total y absoluta, Iñigo se consagró a su servicio. Quería seguirle a donde quiera que fuese, mas para seguir a Cristo con perfección, lo primero que tenía que hacer era apartarse de sus parientes y familiares, renunciando al mismo tiempo a todo su haber y poseer. Lo que entonces hizo él, desprendiéndose de todo con heroica generosidad lo recomendará años adelante a cuantos aspiren a la vida de perfección evangélica y concretamente a los candidatos a la Compañía de Jesús:

> «Cada uno de los que entran en la Compañía, siguiendo el consejo de Cristo N. S. *qui dimiserit patrem* etc., haga cuenta de dexar el padre y la madre y hermanos y hermanas y cuanto tenía en el mundo; antes tenga por dicha a sí aquella su palabra, *qui non odit patrem et matrem, insuper et animam suam, non potest me esse discipulus*. Y así debe procurar de perder toda la affición carnal y convertirla en spiritual con los deudos, amándolos solamente del amor que la caridad ordenada requiere, como quien es muerto al mundo y al amor propio, y vive a Cristo N. S. solamente, teniendo a él en lugar de padres y hermanos y de todas las cosas» (*Constituciones*, Examen IV).

Jerusalén y la Cartuja

La vida del convertido había tomado una orientación fija, inmutable: la de seguir a Cristo, la de imitar a Cristo. ¿Cómo? No lo veía claro. Por lo pronto, se le ofreció peregrinar a Tierra Santa para revivir la vida de Jesús y venerar devotamente aquellas sinagogas, villas y castillos de que le hablaba el Cartujano. Todos los enamorados del Salvador han suspirado alguna vez por ver con sus propios ojos los paisajes que vio Cristo en su vida mortal, el lugar donde nació, la ciudad donde dio sus primeros pasos, donde realizó milagros sorprendentes, donde instituyó la Eucaristía, el huerto donde sudó sangre, el monte en que fue crucificado. ¡Qué riadas de peregrinos iban cada año a empaparse de fe y devoción en aquellos Santos Lugares! Iñigo deseaba agregarse a una de esas peregrinaciones; y según confiesa en la *Autobiografía*, pensaba «en ir a Jerusalén descalzo y en no comer sino yerbas y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los Santos... con tantas disciplinas y abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear... deseando ya ser sano del todo para se poner en camino». ¿Quién encendía y avivaba esos deseos? Indudablemente el amor que devoraba su corazón, y que le movía a seguir las huellas de Cristo con la mayor perfección que le fuese posible. Otro estímulo le vino de fuera, leyendo la *Vita Christi* del Cartujano. Allí leyó esta invitación al peregrinaje:

> «Santo e piadoso ejercicio es por cierto contemplar la tierra santa de Jerusalén... pues que aquel soberano Rey nuestro, Cristo, morando en ella, e alumbrándola con su palabra e doctrina, la consagró al fin con su preciosa sangre. E como quiera que esto ansí sea, mucho es aún negocio más deleitable verla con los ojos corporales e revolverla con el entendimiento, pues que en cada uno de sus lugares el Señor obró nuestra salud. ¿Quién puede contar cuántos devotos discurren e andan por cada lugar della, e con espíritu inflamado besan la tierra, adoran e abrazan los lugares en que saben e oyen que nuestro Señor estuvo o se asentó o fizo alguna cosa? E éstos a veces hieren sus pechos, a veces derraman lloros e gemidos, a veces envían sospiros al cielo con gestos lamentables e con devoción, e a tiempos con la contrición que muestran de fuera, según que verdaderamente la tienen de dentro, provocan a lágrimas a los moros... Por cierto que debemos gemir e llorar por la pereza e tibieza que tienen los príncipes cristianos de nuestro tiempo... para la ganar de manos e poder de los enemigos, pues que la consagró el Señor con su preciosa sangre»

Que el recién convertido de Loyola orientase sus primeros anhelos

hacia aquel país donde todo cristiano, letrado o inculto, de cualquier parte que viniese, respiraba aires evangélicos, no extrañará a quien tenga algún conocimiento de la devoción que los españoles de los siglos XV y XVI sentían hacia la tierra de Jesús y de María.

Iñigo quería ser un peregrino más, inferior tal vez a los otros en vestimenta y bagaje, pero no inferior a nadie en amor a Cristo y deseos de sacrificarse por él. Imaginábase ya adorando al Niño de Belén sobre las pajas de un pesebre, «haciéndose un pobrecito y esclavito indigno», mirándolo, contemplándolo y sirviéndole. Le parecía andar por «el camino desde Nazaret a Betlem, considerando la longura, la anchura, y si llano si por valles o cuestas». Se representaba «después particularmente la casa y aposentos de Nuestra Señora en la ciudad de Nazaret». Entraba en Jerusalén y se figuraba asistir a la institución de la Eucaristía, atendiendo a todas las palabras y a todos los detalles; seguía a Cristo hasta el Calvario, y lloraba sus culpas pidiendo «dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el Señor a la Pasión». Y así revivía con la imaginación toda la vida humana del Salvador.

Iría, pues, en peregrinación a Jerusalén y visitaría con devoción los Santos Lugares. ¿Y después? ¿A dónde dirigiría sus pasos? ¿Qué nuevo género de vida emprendería? Miraba hacia el futuro. ¿Y qué porvenir se presentaba a sus ojos?

> «Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén, para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuxa de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino yerbas. Mas cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuxa, temiendo que no pudiese exercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía a un criado de la casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la Regla de la Cartuxa, y la información que della tuvo le pareció bien»

La primera solución que le vino a la mente, como solución al problema de su porvenir, fue la de hacer vida de cartujo. Tenían fama los hijos de San Bruno de ser los monjes más austeros, más penitentes, más apartados del mundo, no sólo porque las Cartujas se levantaban en las afueras de las ciudades, sino por su rigurosísimo silencio. Entrar en la Cartuja era morir al mundo.

Muchas veces había oído hablar, en sus años de Arévalo, de la Car-

tuja de Miraflores, para cuya iglesia de gran hermosura esculpió Gil de Siloé, por encargo de la Reina Católica, los maravillosos sepulcros de su padre, su madre y su hermano Alonso, y el gran retablo de significado teológico del altar mayor. Iñigo pudo contemplarlo por sus propios ojos; pero Burgos estaba demasiado cerca de su tierra guipuzcoana y de otras ciudades donde él había vivido. Pensó entonces en otra cartuja mucho más lejana: en Nuestra Señora de las Cuevas, a orillas del Guadalquivir, junto a Sevilla, museo de arte y archivo de historia.

Pero pronto echó de ver que la vida cenobítica, sometida a una Regla, no iba bien con su empeño individualista de penitencias extremas y extrañas. Así que, dejando la decisión para más tarde, volvió a su pensamiento de Jerusalén, que le tenía «todo embebido».

Planeando la salida de Loyola. Adriano de Utrecht, elegido Papa

Con los ojos del alma no miraba sino hacia Jerusalén. Sentía en su interior un tirón fuerte, constante, irresistible hacia la tierra donde Jesús había nacido y muerto, hacia aquel país en que se habían desarrollado tantas y tan conmovedoras escenas evangélicas. No amanecía un nuevo día que no le trajese el pensamiento de la devota peregrinación, «deseando ya ser sano del todo para se poner en camino».

> «Hallándose ya con algunas tuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dixo a su hermano: Señor, el Duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete (estaba entonces allí el Duque)»

Muchas vueltas debió de dar Iñigo al asunto y mucho hubo de pensar y cavilar sobre ello antes de encontrar este hábil recurso, que era en todos los sentidos de la palabra una escapatoria, para alejarse de su casa sin mentir ni faltar a la verdad.

Una cosa venimos a saber por estas palabras de la *Autobiografía*: que entre los Loyolas y el Duque de Nájera había frecuente trato y comunicación, ya que el Duque sabía que su antiguo gentilhombre estaba perfectamente curado, y éste sabía con igual certeza que su señor se hallaba entonces en Navarrete.

Para entonces ya todos conocían en España que el cardenal y obispo de Tortosa, Adriano de Utrecht, Regente del reino, había sido elegido por los cardenales de Roma Sumo Pontífice (9 de enero 1522). Por un

mensajero particular el 24 de dicho mes llegó la noticia a Vitoria, donde se hallaba Adriano con sus dos compañeros de regencia (el Condestable Iñigo Fernández de Velasco y el Almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez). La cosa resultó absolutamente cierta, cuando el 5 de febrero el español Antonio Astudillo, gentilhombre del cardenal Bernardino de Carvajal, vino de Roma portando el Breve de la elección hecha por el Colegio Cardenalicio.

El entusiasmo de los vitorianos, que por primera vez albergaban en su ciudad al Pontífice Romano, era delirante. Y casi igual en el resto de la península, de donde venían los más alto magnates, los embajadores de otras naciones, el clero, los magistrados, todos afluían —escribe un testigo ocular— «como un enjambre de abejas que se encaminan a su colmena. Unos corren para recibir la bendición, otros para admirar aquel nuevo espectáculo y otros por sus intereses particulares».

¿Cómo se sabía en Loyola, que precisamente en aquellos días de la segunda mitad de febrero se hallaba el Duque de Nájera en Navarrete y no en Vitoria prestando homenaje al nuevo Papa? Adriano permaneció en Vitoria hasta el 12 de marzo, día en que salió acompañado del Condestable y otros magnates (no del Almirante, gran protector del Duque de Nájera y poco amigo del Condestable) hasta el lugar de Lapuebla y Casalarreina. El 14 de mano estaba ya en Santo Domingo de la Calzada, donde se detuvo dos o tres días.

El autor de *Itinerarium* nos dice: «También llegó a esta ciudad el Duque de Nájera con intención de besar los pies del Santo Padre. El Condestable, que había salido a recibirle a alguna distancia, fue a su encuentro acompañado de muchos nobles y después de haberle cumplimentado, los dos en animada conversación, alegres y confiados entraron en la ciudad, aunque en aquellos lugares eran los jefes de los Oñacinos y los Gamboinos, origen y fruto del maligno espíritu».

«A continuación aquel gran Duque, después de dirigirse al Santísimo Padre con aquella reverencia que a tan alta dignidad convenía, le rogó que se dignase visitar y bendecir su ciudad y tierra de Nájera. El Papa, aun cuando había determinado ir a Logroño por otro camino..., sin embargo hubo de ceder de su propósito ante las súplicas del Duque, que con gran insistencia se lo rogaba, y decidió subir a aquella ciudad, bien fortificada ciertamente por la situación del río que casi la rodea y por sus fuertes murallas. El Duque mandó preparar con gran esplendidez para el Santo Pontífice y su comitiva abundantes viandas, *mas el Papa sólo se detuvo en*

esta ciudad de Nájera una noche, y al día siguiente muy de mañana se encaminó hacia Logroño. Pasó junto a los muros de Navarrete y *no quiso entrar en el pueblo*, tal vez (sospecha el autor del *Itinerarium*) porque allí en la fortaleza se hallaba retenido el obispo de Zamora a causa de la sedición de las Comunidades».

En Logroño, «ciudad muy agradable tanto en su interior como por sus bellos alrededores llenos de árboles, hermosos viñedos y otras ricas plantaciones, que el caudaloso río Ebro riega», fue recibido el papa Adriano con increíble solemnidad y regocijo de la población «bajo grandes arcos triunfales adornados de guirnaldas», entre las armonías de los músicos y cantores y bajo el ruido atronador de bombardas, culebrinas, morteros, serpentinas y otras máquinas de artillería, espectáculo presenciado por todos los logroñeses y por muchos de las provincias vecinas. «Allí permaneció dos o tres días» (17-19 de marzo).

Prosiguió el viaje por Alcanadre a Calahorra, donde las fiestas compitieron con las de Logroño. Sería el 21 cuando entró en Alfaro. «El Duque de Nájera, que venía acompañando al Pontífice desde Santo Domingo, se despidió aquí del Santo Padre, y dejando al servicio de Su Santidad sus trompeteros, volvióse a su ducado».

No nos interesa seguir al nuevo Papa hacia Tudela, Zaragoza, Tortosa, Tarragona y Barcelona, donde le esperaba una flota que siguiendo la costa por el golfo de Narbona y el de Génova le condujo hasta el puerto de Ostia (28 de agosto). Al día siguiente tomaba posesión de Roma.

Hemos seguido en todo este itinerario al canónigo Blas Ortiz, que acompañaba al Papa y tomaba nota exacta de todo. De su relato deducimos que el Duque de Nájera estuvo ausente de su villa de Navarrete desde el 15 de marzo hasta el 21 del mismo mes y acaso algún día más. Por lo tanto, en esos días Iñigo no pudo entrevistarse con su señor; pudo hacerlo perfectamente en toda la primera mitad de marzo.

Según eso, ¿cuándo salió de Loyola con deseo de llegar a Navarrete, pasando por Aránzazu? «Probablement au début de mars», responde P. Dudon. «A principios de marzo» me parece una fecha demasiado tardía para un hombre cansado que cabalgaba a lomo de mula, con una pierna doliente de fáciles hinchazones, y que pensaba detenerse una noche en Aránzazu, algún día en Navarrete y siempre y en cualquier lugar, donde le cogiese la noche, haciendo así, con muchas paradas, los cientos de kilómetros que le separaban del santuario de Montserrat. Ahora bien, sabemos por el relato del propio peregrino que ya el 21 de marzo, y aun antes quizá,

se hallaba en aquel célebre santuario. ¿Cómo podría hacerlo en tan poco tiempo? Más razonable nos parece la conjetura de P. Tacchi Venturi: «Probabilmente a mezzo il febbraio 1522». Y todavía adelanta más la partida P. Leturia, poniéndola a comienzos del mes de febrero.

Yo pienso que el convertido de Loyola tendría noticia de la elección de Adriano para el sumo pontificado desde fines de enero o principios de febrero, y en seguida echaría así sus planes; el neoelecto tendrá que dirigirse a Roma apenas reciba la comunicación oficial de su elección, que no puede tardar. Su viaje será por mar, naturalmente, sin tocar tierra francesa. Y le acompañará inmensa comitiva de altos personajes, con los cuales tropezaré forzosamente, si no adelanto mi viaje, pues la carretera que ambos hemos de seguir es la misma.

Iñigo no se equivocaba. El autor del *Itinerorium* nos dice al llegar a Zaragoza:

«En esta ínclita ciudad de Zaragoza se reunieron gran número de ilustres prelados, de caballeros y de otros nobles varones». Y nombra a los siguientes: Alfonso de Fonseca, arzobispo de Compostela; el arzobispo de Rossano (reino de Nápoles); el prelado Julián de Fonseca; el arzobispo de Zaragoza, de sangre real (Juan de Aragón); el arzobispo de Monreale (Sicilia); el obispo de Cuenca, D. Diego Ramírez de Arellano; D. Federico de Portugal, obispo de Sigüenza; el obispo de Lugo; D. Diego de Rivera, obispo de Segovia; D. Francisco Ruiz, obispo de Avila, «hombre lleno de todas las virtudes»; el obispo de Patti (Sicilia); el de Lérida, el de Huesca, el de Scala (Nápoles); el General de la Orden de Predicadores, García de Loaysa, que llegó a ser obispo, Inquisidor general y cardenal; el Doctor Pedro González Manso, obispo de Osma; el maestro Gaspar de Abalos, canónigo de Cartagena, que será arzobispo y cardenal. Siguen otros clérigos de rango inferior.

«Del orden y clase de caballeros había allí muchos hombres ilustres, entre los cuales el citado Almirante de Castilla, quien aunque pequeño de estatura, eran, sin embargo, grande en el valor y en la destreza militar; el Marqués de Villena, rodeado de gran número de criados»; el Conde de Luna con su hijo el Conde de Ribagorza; el Conde de Sástago y el de Belchite; Don Fernando de Silva; el Comendador de la Orden de Calatrava con su nieto, hijo del Marqués de Montemayor, algunos canónigos de Toledo, y otros que el diarista omite «para no cansar más a los lectores».

La decisión de Iñigo frente a su hermano

Muchos de ellos viajaban con gran séquito de familiares y servidores. Imagínese, pues, el lector cuál hubiera sido el embarazo y turbación de Iñigo de Loyola, si hubiera hecho coincidir su viaje y su itinerario hacia Levante con el del Papa, tan caudalosamente escoltado por obispos y caballeros, entre los cuales había algunos tan insignes y poderosos como el Almirante de Castilla, defensor del Duque de Nájera, bajo cuyas órdenes supremas había Iñigo militado algún tiempo. Lo que ahora más anhelaba era soledad, aislamiento, retiro del mundo, no ser conocido de nadie. La manera mejor de no cruzarse con el acompañamiento papal era adelantar la fecha del viaje. Pero ¿cómo decirle a su hermano mayor y demás familiares que pensaba abandonarlos antes de que la pierna herida estuviese perfectamente sana? ¿Y para cuánto tiempo? ¿Y adónde iría y para qué? Con suma brevedad y precisión es él quien lo cuenta. Aprovechando una ocasión en que estaría a solas con D. Martín, le manifestó su propósito de hacer una visita al Duque de Nájera, a quien tanto debía.

«Señor —dijo a su hermano—, el Duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete (estaba entonces allí el Duque)». Marcharía, pues, a Navarrete, hablaría con D. Antonio Manrique de Lara de los últimos acontecimientos, le daría cuenta de su enfermedad y perfecta curación, y después ya veríamos hacia donde le guiaba la mano de Dios, a cuyo servicio se había consagrado.

Muy sorprendido quedó D. Martín al oír tal discurso de su hermano menor, en quien tantas esperanzas tenía colocadas. Su conducta en la defensa de Pamplona había patentizado que el joven Loyola tenía madera de héroe, y que en la carrera militar y caballeresca no sería menos que los más ilustres de sus antepasados. Que al servicio de cualquier monarca podía medrar y ascender por méritos diplomáticos, lo proclamaba la gente guipuzcoana desde que le vio negociar la paz y concordia entre las ciudades rebeldes de Guipúzcoa y la autoridad central.

«Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna mutación» (nos dice la *Autobiografía*). Seguramente D. Martín lo había comentado con su mujer Doña Magdalena, mas no podían imaginar qué nuevo rumbo tomaría el convertido. Seguir en el palacio del Duque de Nájera, no parecía aconsejable, dado el postergamiento, aunque injusto, que sufría el Duque en aquellos días. Si lo que deseaba era llevar una vida más cristiana y religiosa que antes, eso lo podría realizar fácilmente y con aplauso de los suyos, sin abandonar la carrera emprendida en su juventud.

Pero D. Martín se sospechaba y temía alguna aventura más extraña y poco conforme a la tradición de sus mayores. A fin de sonsacarle algo, lo cogió aparte donde nadie los viese ni oyese.

> «El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene de él la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semnejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque de ello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló de su hermano».

Se descabulló, palabra muy apropiada y expresiva para significar la maña y habilidad con que logró evadirse de aquella comprometida situación, sin engañar con falsedades a su hermano, pero también sin revelarle su íntimo secreto. D. Martín se calló tristemente, comprendiendo que Iñigo era ya un hombre formado y tenía demasiado talento y sensatez para cometer un disparate. Había que dejarlo obrar según sus propias intenciones.

CAPÍTULO VI

EL PEREGRINO DE ARANZAZU Y MONTSERRAT

Adiós a Loyola

Llegó por fin la hora de la despedida. Serían ya los últimos días de febrero de 1522. El campo estaba triste y melancólico, sin anticipos de primavera. Por la noche, reunidos todos los miembros de la familia en la cena, expondría Iñigo sus planes en forma genérica e imprecisa, respondería con incertidumbres y dudas a quienes le preguntaban por su porvenir, y por fin anunció su partida para la mañana siguiente. Posiblemente se alargaría la sobremesa, dialogando a solas Iñigo con Don Martín y Doña Magdalena. Diálogo serio, de cosas graves, en que las almas de los tres se abrieron afectuosamente, sin que se hiciera luz sobre el problema que todos llevaban en el corazón. Iñigo prometería a su hermano, que jamás mancillaría el nombre de su linaje con algún hecho indigno; y a su cuñada le daría seguridad de que nunca olvidaría su afecto fraternal y sus buenos ejemplos.

Pasó rápidamente la noche. De madrugada, Iñigo vistió sus armas de caballero y bajó has el portal de la Casa-torre, no sin antes entrar un momento en la capillita, donde eran venerados el cuadro de la Anunciación de Nuestra Señora y el retablo de María con el Hijo muerto en su regazo. Tras un breve saludo a la que ya era la «Dama de sus pensamientos», salió a despedirse de los familiares que le esperaban fuera de la pequeña puerta ojival de anchas dovelas, señoreada por las armas de Oñaz y de Loyola. Llevaba en su pequeño equipaje un *Libro de Horas de Nuestra Señora*, una escribanía y su cuaderno o libro de casi 300 páginas.

Allí estaría, con los señores de la casa, su hermano Pero López de Oñaz, compañero de juventud, que ha decidido acompañarle hasta Oñate, donde vivía una hermana de ambos. También están allí cerca, quizá ocupados en ensillar las cabalgaduras, dos criados de casa, naturales de Azcoitia, por nombre Andrés de Narbaiz y Juan de Landeta, que le acompañarán hasta Navarrete. Tras una mirada al valle verde y a los altos

montes que lo circundan, un adiós pensativo a la casa natal.

> «Y así cabalgando en una mula, otro hermano suyo (¿Pero López?) quiso ir con él hasta Oñate, al cual persuadió en el camino que quisiesen tener una vigilia en Nuestra Señora de Aranzuz» (o Aránzazu).

Estas palabras de la *Autobiografía* parecen indicar que la idea de tener una vigilia en el Santuario de Aránzazu no pasó por la mente del peregrino hasta que empezó a cabalgar. Pero lo más probable y verosímil es que ya desde mucho antes abrigaba dicha idea, sólo que le convenía guardarla en silencio, alegando ante su hermano, como motivo único del viaje, la ida a Navarrete y el encuentro con el Duque.

Lo imprevisto fue que en la primera jornada le acompañase su hermano y la exhortación que le hizo a «tener una vigilia en Nuestra Señora de Aránzazu». Pedro López, como sacerdote, es de creer que no se atrevería a rehusar la piadosa invitación. Ya no era él, aunque mayor de edad, quien imponía su voluntad, como quizá en tiempos pasados.

En el santuario de Aránzazu

Los cuatro cabalgantes iniciaron su marcha hacia Azcoitia, donde torcieron su ruta orientándose hacia el sur de Guipúzcoa, en cuyas montañas se escondía, no lejos de Oñate, el nido de la Virgen de Aránzazu. Aunque de origen reciente, la devoción de los guipuzcoanos a la Virgen María en el santuario *de Aránzazu* (*del espinar*, en castellano) había arraigado profundamente en el pueblo y en todas las capas sociales. No era desconocida en la familia de los Loyolas. «En el testamento de Pero Martínez de Emparan, primo hermano de Iñigo, se manda enviar una persona a Aránzazu, para que allí haga una vigilia nocturna, prometida tiempo ha y aún no cumplida».

Por senderos mucho más ásperos e incómodos que las carreteras de hoy, subirían penosamente nuestros peregrinos a lomo de mula, tropezando quizá con otros peregrinos que llevaban cruces al hombro, rezaban o cantaban devotamente y practicaban otras penitencias. Los nuestros llegarían al atardecer, y apenas tendrían tiempo para darse cuenta de la vasta soledad que se llenaba de silencio en los alrededores. ¿Habría peregrinos dentro de la Iglesia? El franciscano José Adrián Lizarralde, que fue un tiempo archivero del santuario, cuyos usos y costumbres conocía mejor que nadie, describió así una de las velas nocturnas en las fechas de

mayor concurrencia y solemnidad, que parecen imitación de las que veremos en Montserrat.

> «Quiénes se postraban de hinojos en el suelo o tenían los brazos en alto; quiénes arrastraban cadenas de hierro o metían los pies y las manos en cepos, quiénes más comúnmente cargaban con la cruz o se arrodillaban junto a ella para orar, o tenían en las manos la corona de espinas, la caña, la calavera, como asunto de meditación. Entre estas prácticas hacían relevo los más fervorosos. Los espectadores recitaban el rosario y otras plegarias, cantaban letrinas devotas, dialogaban la leyenda romancera de la aparición portentosa de la Virgen. Y todos, movidos a vehementes afectos de contrición, confesaban sus pecados en el tribunal de la Penitencia. Los más de los penitentes flagelaban sus carnes con disciplina de sangre».

Ignoramos si el día que llegaron nuestros viajeros coincidió con la celebración solemne de alguna vela nocturna multitudinaria. Ni sabemos si vieron los actos penitenciales arriba descritos. Cierto es que, si la iglesia estaba ya cerrada, se les abrieron las puertas; y si no todos, Iñigo pasó la noche contemplando la santa imagen (obra del s. XIII) de ojos grandes y labios un poco sonrientes, corona real sobre la cabellera, un globo imperial, aunque sin cruz, en la mano derecha, y sentado sobre su pierna izquierda el Niño Jesús en actitud bendiciente.

Como el flagelarse los peregrinos era uso frecuente, podemos suponer que también Iñigo lo hizo aquella noche, conforme a lo que escribe Ribadeneira: «Desde el día que salió de su casa, tomó por costumbre de disciplinarse ásperamente cada noche, lo cual guardó por todo el camino que hizo a Nuestra Señora de Monserrate».

¿Hizo también aquella noche, delante de la Virgen, voto de castidad? Es lo más probable. Que lo hizo antes de llegar a Montserrat, es incuestionable. Lo asegura su confidente Laínez: «Determinó de irse... a Nuestra Señora de Monserrate; y porque tenía más miedo de ser vencido en lo que toca a la castidad que en otras cosas, hizo en el camino voto de castidad, y esto a Nuestra Señora, a la cual tenía especial devoción».

¿Qué pretendió significar el Santo cuando dijo Laínez que había hecho voto de castidad a Nuestra Señora? Indudablemente, que lo hacía ofreciéndoselo a Dios *por mediación de Nuestra Señora*. ¿Y no querría también expresar vagamente que lo había hecho *delante de Nuestra Señora*, es decir, teniendo ante sus ojos la imagen de la Virgen María? En este supuesto, sería indudable que lo hizo en Aránzazu. ¡Y con qué arrebatos de íntimo fervor pronunció aquellas palabras de consagración

total! Más tarde él hablará de una merced de Dios.

Y viene en confirmación de nuestra hipótesis, una carta de Ignacio a Francisco de Borja, fecha 20 de agosto de 1554. Habíale pedido Borja, que alcanzase del papa Julio III, para los obispados de Pamplona y Calahorra, un jubileo «para que se ayudase la fábrica de Nuestra Señora de Aránzazu» (destruida por un incendio). A lo que responde Ignacio: «De mí os puedo decir que tengo particular causa para la dessear *(la gracia del jubileo)*, porque cuando Dios nuestro Señor me hizo merced para que yo hiciese alguna mutación de mi vida, me acuerdo haber recibido algún provecho en mi ánima, velando en el cuerpo de aquella iglesia de noche».

Sabiendo como sabemos que Iñigo hizo el voto de castidad en el camino, entre Loyola y Montserrat, y oyéndole decir a él, después de 32 años, que guarda en su alma una memoria imborrable de la merced que Dios le hizo aquella noche que pasó velando en Aránzazu, tenemos suficiente motivo para sospechar que esa merced divina fue una recompensa del Señor al voto de castidad, hecho allí en el santuario de la Virgen.

No se había asomado aún el sol sobre la cima del monte Aloña y ya el peregrino se despedía de su hermano Pedro López de Oñaz, no sin dejarle como recuerdo algún buen consejo para su vida sacerdotal. No se volverían a ver en este mundo.

Con el duque de Nájera en Navarrete

Iñigo y sus dos criados, bien ahorcajados en sus mulas, descienden con lentitud por las laderas del monte, pues no eran menos ásperos y dificultosos los caminos a la bajada que a la subida. Su intención, como sabemos, era visitar al Duque de Nájera en Navarrete. No le sería difícil desviarse del camino que entraba en Vitoria, ciudad entonces hirviente de gentío y rumorosa de bullidos y fiestas por el hecho insólito y excepcional de albergar dentro de sus muros al papa recientemente elegido, y seguiría el rumbo de la Rioja, pasando por Laguardia y Fuenmayor hasta Navarrete.

Aquí quería encontrarse con el Duque, que habla sido su señor y protector en los últimos años, y que —según escribe Ribadeneira— «le había enviado a visitar en su enfermedad algunas veces». Devolverle la visita y mostrarle su agradecimiento era un deber de buena crianza, de cortesía y de respetuosa amistad, cuyo incumplimiento no es concebible en un Loyola.

Siguiendo a Paul Dudon, todos los que han escrito sobre este punto afirman que la entrevista no tuvo lugar, porque el Duque no se hallaba entonces en Navarrete, sino en Nájera. Aunque así fuese, ¿no se molestaría el Duque al saber que Iñigo había pasado a 17 Km. de distancia y no se había acercado a saludarle? A nuestro parecer, el encuentro tuvo lugar en Navarrete, días antes que el papa se acercase a Nájera, donde sólo pasó una noche.

Todos los antiguos escritores, empezando por la *Autobiografía* (que recoge las palabras del mismo Iñigo) repiten que estaba el Duque en Navarrete por aquellos días. Negarlo sin datos cronológicos seguros es una audacia temeraria. Cierto que la *Autobiografía* sólo refiere el encuentro de Iñigo con el tesorero; del encuentro personal con el Duque no dice una palabra pero lo supone. Es lícito imaginar que el Duque le preguntaría por la gravedad de su herida y por su convalecencia; le daría información de la reconquista de Pamplona y de toda Navarra; se quejaría de que, a pesar de estos éxitos del Duque y de otros triunfos, le habían postergado en la vida pública, por la mala voluntad del Condestable Fernández de Velasco, y le recordaría cómo el mismo Loyola (acaso por un condición de Oñacino) había sido pospuesto a otros, compañeros suyos, en la defensa del castillo de Pamplona, que habían sido recompensados, mientras a él no se le había dado alguna paga o donativo.

Iñigo le escuchaba con cierta frialdad, aunque con atención y fina cortesía.

Ni los asuntos puramente políticos, ni menos las murmuraciones y quejas podían interesar al convertido de Loyola, que vivía en un mundo más alto y espiritual. Todas esas cosas no le llegaban ya al corazón, como antes. Por eso procuraría despedirse pronto. Deseaba cobrar «unos pocos ducados» que le debía el Duque, pero no pareciéndole bien exigir al mismo Duque la libranza, «escribió una cédula al tesorero». Este se lo comunicó a su señor diciendo que en aquel momento no tenía dineros. Respondióle el Duque:

> «Para todo podían faltar, mas que para Loyola no faltasen; al cual deseaba dar una buena tenencia *(un castillo, una plaza o lugar fortificado)* si la quisiese acetar, por el crédito que había ganado en lo pasado. Y cobró los dineros, mandándolos repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de Nuestra Señora, que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien. Y así, despidiendo los dos criados que iban con él, se partió solo en su mula de Navarrete para

Monsrrate»

La imagen de María que deseaba restaurar y embellecer, sería probablemente la de la iglesia, dedicada a la Virgen Nuestra Señora. Toda la vida del Santo desde Loyola hasta Roma es una larga trayectoria constelada de «refulgentes estrellas marianas», que eso venían a ser para aquel perpetuo peregrino los santuarios, altares e imágenes de la Madre de Dios que encontraremos en su peregrinar por la tierras.

Ya Iñigo se siente solo, sin ningún compromiso humano. Solo y silencioso, empezó a cabalgar en su mula. «Se partió solo», insiste la *Autobiografía*. *«Solus versus Montem Serratum pergens»*, escribe Polanco. Su designio era embarcarse en Barcelona con rumbo a Italia, y de allí a Tierra Santa. El antiguo caballero ya no es más que un *peregrino*. «El peregrino» será nombre ordinario en la *Autobiografía*. Y en su carta del 6 de diciembre de 1524, la primera que de él conservamos, estampó su firma de este modo: «El pobre peregrino Iñigo».

El peregrino y el moro de Pedrola

La meta española del peregrino era el puerto de Barcelona. Pero como sabía muy bien que antes de entrar en aquella gran ciudad le sería cómodo y fácil hacer una parada en Montserrat, santuario famosísimo en toda España, sólo inferior a Guadalupe, se resolvió a hacer la primera pausa larga de su peregrinación en aquella casa de la Virgen, y allí purificar su alma con una confesión general, preparándose de este modo a la visita de los Santos Lugares de Palestina.

La devoción a la *Morenita* de Montserrat, muy fomentada por la reina Doña Isabel y por Don Fernando el Católico, su esposo, se difundía por todas las regiones de España. Iñigo la había podido observar en su propia familia, en su cuñada Doña Magdalena de Araoz, en el palacio del Duque de Nájera y en otras partes, de donde partían a menudo multitudes de peregrinos. El quiso ser uno de ellos.

De Navarrete a Logroño, no más de 11 Km.; de Logroño a Zaragoza más de 174. Tomando el camino real, que sigue la mano derecha del Ebro, pasó por Calahorra y Alfaro, cruzó el Sur de Navarra por Tudela y Cortes, y entró en la provincia de Zaragoza por Mallen y Pedrola. La ribera del Ebro siempre es placentera, aun en el mes de marzo, y parece invitar al caminante a reposar un poco bajo los árboles que ya quieren vestirse de hojas y florecer; pero cuando uno mira al Ebro, el fluir presuroso de su

corriente estimula más bien a acelerar la marcha. Iñigo miraría más veces al río, que a las alamedas del camino, y se dio prisa por llegar a Zaragoza. Con más mesurado paso cabalgó por la misma carretera un imaginario caballero, que se decía Don Quijote de la Mancha, deleitándose en mirar, en el espejo del río, «la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales». Tuvo además la suerte el caballero manchego de tropezar en la floresta con los fastuosos duques de Villahermosa, que lo condujeron a su castillo (cerca de Pedrosa), donde tuvieron gran placer en agasajar al que ellos definieron «la flor y nata de los caballeros andantes».

Con mayor ascetismo y recogimiento cabalgaba solitario, silencioso y meditabundo el caballero de Loyola por la orilla derecha del Ebro, no con aire de aventuras novelescas o de triunfos humanos, sino con la única obsesión de vencerse a sí mismo, de servir a Dios cumpliendo su santa voluntad y seguir a Cristo, trabajando por imitarle lo mejor que pudiese.

Pero el huerto de su alma necesitaba aún mayor cultivo, laboreo y poda, porque vamos a ver que alguna vez, al empuñar la cruz de Cristo, lo que se alzaba en la mano era la espada del caballero.

> «Y en este camino —escribe Gonçalves da Cámara— le acaeció una cosa que será bueno escribirse, para que se entienda cómo Nuestro Señor se había con esta ánima, que aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese, y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios... Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era hacer destas obras grandes exteriores».

Creo que el portugués recarga un poco las tintas oscuras, influido tal vez por la idea del severo teólogo Laínez, según el cual, Iñigo entonces «no tenía lumbre en las cosas espirituales». ¿Por qué adelanta este preludio, aminorando las virtudes, especialmente la paciencia y la discreción del peregrino? Sencillamente, a mi ver, porque seguidamente nos va a contar un episodio que le parecía poco edificante e impropio de un santo, y no quiere que el lector se escandalice de que un buen cristiano está dispuesto a matar a un secuaz de Mahoma.

> «Pues yendo por su camino le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y yendo hablando los dos, vinieron a hablar en Nuestra Señora; y el moro

decía, que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre; mas el parir, quedando Virgen, no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían. La cual opinión, por muchas razones que le dio el peregrino, no pudo deshacer. Y así el moro se adelantó con tanta priesa, que le perdió de vista, quedando él pensando en lo que había pasado con el moro. Y en esto le vinieron unas mociones, que hacían en su ánima descontentamiento, pareciéndole que no había hecho su deber, y también le causan indignación contra el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dixese tales cosas de Nuestra Señora, y que era obligado volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar el moro y darle de puñaladas por lo que había dicho; y perseverando mucho en el combate destos deseos, a la fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado a hacer. El moro, que se había adelantado, le había dicho que se iba a un lugar que estaba un poco adelante en su mismo camino, muy junto del camino real, mas no que pasase el camino real por el lugar.

Y así después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto, *scilicet,* de dexar ir a la mula con la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dexarlo quedar. Y haciéndolo así como pensó, quiso nuestro Señor que, aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos, y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dexó el de la villa».

Esto debió ocurrir en las proximidades de Pedrola, población en que abundaban los moros o moriscos. Decíanse moriscos los moros que, después de la reconquista de Granada, se quedaron en España, recibiendo el bautismo para evitar el destierro. Estos moros conversos, frecuentemente insinceros, seguían aficionados a sus trajes moriscos, a sus ritos y ceremonias islámicas, guardando secretamente sus creencias antiguas. Pululaban en el reino de Aragón, donde, según cálculos, llegarían a 200.000.

Uno de ellos fue el que, mirando delante de sí a nuestro caballero solitario, logró darle alcance y entablar un diálogo. Iñigo le diría que cabalgaba hacia el santuario de Montserrat, y acaso le interrogó sobre la distancia y el camino más directo. Hablarían de las muchedumbres de fieles que afluían movidos por su devoción a la Virgen María. Y en seguida saltó la discusión sobre la virginidad de Nuestra Señora, y más exactamente sobre el *parto virginal* (la virginidad antes del parto la admitía el moro conforme al Corán, mas no en el acto del alumbramiento);

tema poco apto para ser dilucidado por uno que no sabe teología. Cuéntase en la vida de San Luis, rey de Francia († 1270), que porque un judío no creía en el parto virginal de María, fue herido de una estocada por un caballero allí presente. Y el buen rey, contando esto, añadía que los caballeros no deben disputar de cosas de fe con los infieles; quédese esto para los clérigos doctos. «Los legos —decía— cuando oyen maldecir de la ley cristiana, no deben defenderla con palabras, sino con la espada, metiéndosela al infiel en el vientre, tanto cuanto pueda entrar».

Si Iñigo de Loyola hubiera llegado a apuñalar al moro, los que en el siglo XVI alentaban aún con espíritu medieval se lo hubieran aprobado. Tenemos una prueba en Lutero. No era fray Martín un caballero lego, un teólogo que aborrecía el empleo de la fuerza en cuestiones religiosas y, sin embargo, declaraba en la primavera de 1543 que era lícito a cualquier persona privada apuñalar a un judío si le oía blasfemar; y confesaba que él mismo «le daría de grado un bofetón y lo traspasaría con su espada, si pudiese, porque si es lícito matar a un ladrón, mucho más a un blasfemo».

El caballero guipuzcoano se portó con mayor indulgencia y lenidad, pues para salir de sus perplejidades, dejó que su mula, sueltas las riendas, escogiese el camino que fuese más de su gusto. Dejar la decisión a la bestía era lo corriente en la ley de caballería. Es lo que hizo Don Quijote, según cuenta Cervantes: «En esto llegó a un camino que en cuatro se dividía y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquéllos tomarían y por imitarlos... soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya» *(Lib. I, 4)*.

¿No es este episodio del moro muy digno de un libro de caballerías? Cervantes no da muestras de conocerlo. En cambio Calderón de la Barca, que había leído la *Vida de S. Ignacio* escrita por Ribadeneira, toma en sus poderosas manos drarnatúrgicas ese incidente rigurosamente histórico y lo inserta casi literalmente —con rebuscado artificio— en su drama religioso, *El Gran Príncipe de Fez*.

El moro se perdió a lo lejos y no entró en la historia, si no es como una sombra vaga, porque no nos reveló su nombre, que seguirá siendo desconocido. El caballero devoto de María pasó de largo a la vera del pueblo de Pedrola, dando gracias a Dios, que por medio de su mula le había quitado la ocasión de cometer un loco desatino. Y siguió cabalgando los 33 kilómetros, más o menos, que le separaban de Zaragoza.

De Zaragoza a Montserrat

No hay que maravillarse demasiado de que el peregrino nada diga, en su *Autobiografía*, de la Virgen del Pilar, que se venera en su templo zaragozano. Este celebérrimo santuario no ostentaba entonces la magnificencia de nuestros días, y el culto a la «Pilarica», aunque ya floreciente en aquellas calendas, no se difundía mucho fuera de Aragón, y desde luego no alcanzaba ni la universalidad ni los entusiasmos populares que desde el siglo XVII le dan fama en toda la Iglesia. Con todo, bien pudo ser, que Iñigo, entrando en la ciudad y teniendo que pasar casi forzosamente muy cerca del templo de María, sintiese en su corazón la voz callada de la Virgen que lo invitaba a tener allí un rato de oración.

Consolado y alegre, tras un breve reposo de cuerpo y de espíritu, volvió el caballero a su mula, cruzó el cercano puente de piedra y pasó al otro lado del Ebro, para enfilar la carretera de Lérida. Carretera larga de tierras secas y desnudas, máxime la comarca de Los Monegros. Si de Logroño a Zaragoza había recorrido casi 174 Km., de Zaragoza a Lérida serían no menos de 140. Ya estaba en tierras catalanas. Probablemente siguió sin detenerse hasta Igualada, más de 90 Km. hacia Levante. Parece que fue en Igualada, ciudad en que abundaban las fábricas de tela basta y ruda, donde Iñigo, viéndose ya cerca de Montserrat, pensó en vestirse de peregrino pobre y penitente, despojándose de su noble traje de caballero.

> «Y llegando a un pueblo grande, antes de Monserrate, quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a Hierusalem; y así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy texida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasto los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo en el arzón de la mula». *(Nota marg.)*: «Y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por cerimonia, sino porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada, tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada: este pie le pareció que era necesario llevar calzado». (*Autobiografía*)

Ya tiene en sus manos el traje propio de los caballeros de Cristo, de aquellos que quieren seguir a su Rey y Señor «en toda pobreza, así actual como espiritual». Fácil le fue encontrar un sayalero que le hiciese una especie de saco que le llegase hasta los pies («un saco de cáñamo, áspero y grosero», escribe Ribadeneira), con dos mangas toscas y una abertura para el cuello. El bordón y la calabacita le daba aire de auténtico peregrino, y

con la esparteña o alpargata para calzar el pie derecho esperaba evitar dos cosas: el cojeo al andar y la diaria hinchazón de la pierna. En esto empleó los últimos dineros que le quedaban del cobro de Navarrete. Satisfecho de la compra, no se pone todavía los pobres indumentos, sino que los cuelga del arzón de la mula, y con la mirada en la santa montaña arrea a la caballería.

A medida que se acerca a la fimidable y fantástica montaña, que se colorea con diversas matizaciones según las horas del día, mira asombrado cómo se perfila en el horizonte su silueta a lo largo de nueve kilómetros en forma de sierra. *Montserrat*, «Monte serrado con sierra de oro por los ángeles», según el Virolay de Verdaguer. Más bien parece un trasunto de la gigantomaquia cantada por Hesiodo, porque esas rocas titánicas (la más alta, de 1.235 metros), efecto de antiguos cataclismos geológicos, son criaturas que nacieron de la tierra como los gigantes de la mitología; aquellos se empeñaron en escalar el Olimpo, arrojando del cielo a los dioses, pero fueron fulminados por Júpiter al fondo del abismo; aquí parece que emergen convertidos en rocas, y unas veces se empinan como agujas *(les agulles)* que el viento hace resonar como tubos de un órgano colosal *(els flautas)*, y otras veces se arraciman y juntan sus cabezas como monjes encapuchados *(els Monjos)*, o dejan que los duendes excaven sus entrañas en forma de grutas mágicas. Para conjurar el misterio de este macizo montañoso, perfumado de nombres legendarios desde *Garin* el ermitaño hasta el *Parsifal* de Wagner, vinieron los monjes Benedictinos que entre formidables rocas y espesos robledales pusieron su nido en el siglo IX para cuidar y venerar una antigua imagen de la Virgen, la cual no tardó en hacerse famosa por sus milagros, dando origen a las fervorosas riadas de peregrinos que allá van desde el siglo XI a dar gracias o a suplicar favores.

En un libro de la primera mitad del siglo XVI hallamos descrito con vivo realismo el fervor y el espíritu de penitencia de aquellas romerías, Puestas en solfa y caricaturizadas en los siglos XV y XVI por muchos que se decían humanistas y reformadores (particularmente en Alemania y Países Bajos) pero que nunca las habían practicado ellos con devoción. *El Libro de la historia y milagros de nuestra Señora de Monserrate* (Barcelona 1550) testifica que muchos peregrinos venían disciplinándose «derramando la viva sangre por el suelo... Otros vienen desnudos con sola la camisa y algunos sin ella... Otros vienen los pies descalzos..., otros de rodillas: con grandísimo trabajo. Otros vienen armados, o con grandes barras de hierro en sus hombros… Otros con sogas al cuello o ceñidas

junto a las carnes… Llegados a este sancto lugar, entienden en otras obras de penitencia, así en ayunos como en vigilias y oraciones y limosnas... llorando sus pecados y confessándolos allí».

Los monjes vigilaban para que no se produjesen excesos e imprudencias. Pero cuando el espíritu de penitencia se manifestaba en forma auténtica, la admiración de todos se imponía.

Iñigo, a causa de la debilidad de la pierna herida, escalaría la cuesta a lomo de mula y sin despojarse todavía de sus ricos vestidos. Sería probablemente la tarde del 21 de marzo de 1522 (fiesta de S. Benito) cuando viéndose ya en la explanada del monasterio se apeó de la mula y la llevó a las amplias cuadras de la parte baja del santuario. El atravesó los claustros y entró en la iglesia a saludar a Nuestra Señora.

El caballero de Cristo y de María

Desde que avistó a lo lejos la sacra montaña y se aproximó al monasterio, cien episodios del *Amadís* y de otros libros de caballerías volverían la memoria y a la imaginación del caballero. ¡Cuántos capítulos que él había leído en aquellos libros se podrían situar en estas soledades, en estas peñas, en las lejanas ermitas y en el mismo santuario de la Virgen!

> «Y fuese su camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía determinado dexar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo».

El doncel de Loyola había vivido con hondura y plenitud la vida y las empresas del perfecto caballero. No todo lo que se narraba en los libros de caballería debía ser reprobado como pecaminoso o incluirse entre las cosas vanas, resbaladizas, fatuas, apetecidas por los hombres mundanos. El hecho, por ejemplo, de ser armado caballero con ritos y ceremonias -semejantes a la liturgia sacramental implicaba una entrega y dedicación de la propia persona a un ideal de heroísmo y sacrificio en bien de los demás. ¿Por qué no sublimarlo, purificándolo de muchas adherencias terrenas y elevándolo del orden natural y puramente humano al orden sobrenatural de la religión cristiana? Iñigo pensada que a su alma le sería sumamente

provechoso hacer de la vela de armas una especie de consagración total a Dios por medio de María, con unas promesas que tuviesen algo de profesión monástica. Eso sería trasladar «a lo divino» la ley de caballería.

En las *Partidas* de Alfonso X el Sabio se reglamentan todas las normas, leyes y ceremonias que debían observar los que deseaban tomar «Orden de caballería».

En la *Segunda Partida*, título XXI, se ordena: «Mandaron los antiguos que el escudero que fuesse de noble linaje, un día antes que reciba caballería, que debe tener vigilia. E este día que la toviesse, desde el medio día en adelante, han los escuderos a bañar, e lavar su cabeza con sus manos, e echarle en el más apuesto lecho que pudiera haber. E allí le han de vestir e de calzar los caballeros... E desque este alimpiamiento lo hubieren fecho al cuerpo, hanle de facer otro tanto al alma, llevándole a la eglesia, en que ha de recebir trabajo velando e pidiendo merced a Dios, que le perdone sus pecados... E cuando esta oración ficiese, ha menester de estar los hinojos fincados, e todo lo ál en pie, mientra lo pudiere sofrir. Ca la vigilia de los caballeros non fue establescida para juegos, ni para otras cosas, si non para rogar a Dios... que los guarde... como a omes que entran en carrera de muerte» (ley 13).

«Pastada la vigilia, luego que fuere de día, debe primeramente oír Missa… e después ha de venir el que le ha de facer caballero». (Sigue la entrega de las armas, especialmente la espada, con su simbolismo, en la ley 14.)

Conforme a esta reglamentación, solía todo novel caballero tomar la víspera un baño lustral, vestirse una vestidura blanca, símbolo de la pureza de su nueva vida, y un manto rojo como para significar que estaba dispuesto a verter su sangre en defensa de la fe cristiana; pero, no siendo esto posible, especialmente en vísperas de una batalla, el ceremonial se simplificaba. Breves fueron las ceremonias con que el rey Perión, padre de Amadís de Gaula, armó caballero a su hijo de rodillas ante el altar de una capilla.

La preparación de Iñigo de Loyola fue toda espiritual, como espirituales habían de ser «las armas de Cristo» que él quería recibir.

> «Y llegado a Monserrate, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó en el confesor que mandare recoger la mula, y que la espada y el puñal colgasen en la iglesia en el altar de Nuestra Señora. Y éste fue el

primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto».

¿Quién era ese confesor, a quien el desconocido peregrino no sólo le descubre toda su vida pasada y su noble linaje loyoleo, sino que también le manifiesta los ocultos propósitos que abrigaba para el porvenir? Llamábase fray Juan Chanones (Chanor), un sacerdote de Mirepoix en Francia, que oyendo contar maravillas del fervor que reinaba en el monasterio de Montserrat, había venido a vestir la cogulla de los hijos de San Benito y tenía fama de alta espiritualidad y de mucha prudencia y consejo.

Pervivía en Dom Chanones el espíritu del gran abad y reformador García Jiménez de Cisneros († 1510), primo hermano del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, tan benemérito de la reforma monástica, eclesiástica y cultural de España. Su famoso libro *Exertitatorio de la vida espiritual*, estampado en 1500 en el mismo monasterio de Montserrat por tipógrafos que él mismo había traído de Barcelona, se convirtió en pasto espiritual de los monjes. De este modo se introdujo en España la *Devotio moderna*, en cuyos libros ascéticos, especialmente el *Rosettum exercitiorum spiritualium*, se había inspirado, simplificándolo con mucho acierto, García de Cisneros.

No faltan en el libro cisneriano, otras influencias, v. gr. de Gerardo de Zutphen (libro impreso en Montserrat en 1499) y de J. Gerson, de varios Santos Padres y autores del siglo XII y que no le quitan la unidad y armonía. Que Iñigo de Loyola hojease por sí mismo el *Exercitatorio*, no consta, pero algo de su espíritu le pudo llegar por medio de Dom Chanones.

El encontrarse con este monje tan santo y prudente fue una gran suerte para el penitente de Loyola, quien como originario de la Provincia le Guipúzcoa, pudo saber que en el santuario había «dos sillas especiales e coro, para que los peregrinos de aquélla tuviesen nacionales con quienes desahogar sus conciencias en su propio idioma».

Pero Iñigo, mucho mejor que en vasco, se expresaba en castellano. Y Dom Chanones comprendió perfectamente al pecador arrepentido que tenía a sus pies, le dio buenos consejos y le favoreció en todo lo que pudo.

Acaso le prestó un *Confesional* (o *Confesionario*) de los que corrían entre la gente española de entonces, o por lo menos le expresó en pocas palabras el contenido de aquellos libros. Un fraile jerónimo del siglo XV decía en su *Arte para bien confesar:* «Pensando bien uno o dos días antes,

por lagares, tiempos y edades y oficios... debe ir a los pies del confesor, escogiendo el más provechoso y discreto y de más de conciencia que el pecador podiere fallar».

El *Confesionario* del Tostado (Alfonso de Madrigal) insistía: «Para que alguno devotamente e con grande fruto se pueda confesar, debe un día o dos ante que se confiese considerar en sí sobre sus pecados. E la primera cosa que el pecador debe hacer en estos días es que haya dolor de sus pecados, moviéndose a dolor e lágrimas lo más que pudiere».

La confesión de Iñigo duró tres días. Lo cual no quiere decir que todo ese tiempo lo pasó con el confesor declarando sus culpas, sino que en ese triduo estuvo privadamente recordando y escribiendo la lista de sus pecados; sólo al tercer día, con el papel en la mano y de hinojos ante Dom Chanones, haría la confesión con sumo dolor y perfecta contrición, mirándose «como una llaga y postema, de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima», o también —son palabras suyas en los *Ejercicios*— «así como si un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido, en haberle mucho ofendido, de quien primero recibió muchos dones y mercedes,,.

Ignoramos qué penitencia se le impuso. Seguramente él se tomó encima otras más graves, incluso flagelaciones cruentas, que las haría en público mezclado con otros peregrinos que practicaban iguales actos penitenciales.

La comunidad montserratina

No consta que el Santo hablase con otros monjes, aunque no faltan testimonios tardíos que lo insinúan. Un testimonio poco de fiar (porque nos llega muy indirectamente) sería el hermano limosnero del monasterio, de quien contaba el P. Antonio Araoz, haber conocido al peregrino y haberle seguido los pasos cuando iba a alojarse en una cueva o «concavidad debaxo de una peña», y que después de observarle «muy de propósito» en su modo de obrar y de hablar, le dijo al abad «que aquel peregrino era loco por N. S. Jesucristo».

Frase feliz y exacta que nos ofrece un retrato fiel de lo que era Iñigo de Loyola por aquellos días.

La comunidad montserratina se hallaba entonces en uno de los momentos más florecientes de su historia. Los monjes eran más de 50, consagrados al canto del oficio divino en el coro, a la oración y al estudio,

sin descuidar las tareas que reclamaba la multitud de peregrinos, muchos de los cuales hallaban alojamiento en el santuario. Añádanse los 40 donados o hermanos legos, que atendían a los oficios domésticos, limpieza de la casa, asistencia de pobres y enfermos, contaduría de las limosnas, etc. Y no olvidemos a los ermitaños, que en aquellos días eran 12: «admitidos en el monasterio y pasados unos cuantos años de noviciado, profesaban según la Regla de San Benito; vivían en ermitas austeramente confortables, alzadas en la parte alta de la montaña; se dedicaban a vida de contemplación y penitencia; su penitencia era a perpetuidad, como su silencio». En silencio atravesaban las estancias del santuario, cuando bajaban para los actos litúrgicos de las grandes solemnidades, y en silencio tornaban a sus ermitas. Nota típica de Montserrat, desde el siglo XIII hasta nuestros días, fue siempre la *escolanía*, nutrido grupo de niños o escolanos, destinados al servicio del altar, al canto diario de la misa matutinal, de la *Salve Regina*, de los *Gozos de Nuestra Señora* y otras piadosas canciones. No hay que decir con qué placer y arrobamiento los escucharía Iñigo de Loyola, tan aficionado a la música.

Tales espectáculos de oración coral y multitudinaria con tanto fervor y penitencia producían en los visitantes una emoción profunda, que les arrancaba lágrimas. Al emperador Carlos V le parecía sentir un cierto aroma de divinidad, según refiere en su historia Prudencio de Sandoval: «Las paredes deste santuario están ahumadas y siento dellas tanta devoción y una Deidad, que no lo sé significar». Y del célebre escritor franciscano Antonio de Guevara son estas palabras: «Nunca me vi entre aquellos riscos ásperos, entre aquellos cerros bravos y entre aquellos bosques espesos, que no propusiese en mí, de ser otro... Nunca pasé por Montserrate, que luego no estuviese contrito, que no me confesase despacio, que no celebrase con lágrimas, que no velase allí una noche, que no diese algo a los pobres, que no tomase candelas benditas, y sobre todo, que no me hartase de suspirar y propusiese de me emendar».

Todos cuantos venían al santuario de la «Virgen morena», desde regiones a veces muy lejanas, se sentían como inmersos en un ambiente de devoción, de íntima piedad, de profunda emoción religiosa, y vueltos a sus tierras se hacían lenguas de lo que habían visto en otros y experimentado en sí. Con lo que las romerías se multiplicaban.

Del *Libro de la historia y milagros*, arriba citado, extractamos algunas frases sueltas: «Hay días que se hallan allí juntas más de cinco mil personas, y muchos días de dos y tres mil... Y allende que todos los días...

allega aquí gran muchedumbre de gente... en mucho tiempo del año, como son las fiestas de N. Sra. y otras muchas fiestas y la cuaresma, que muchas veces no caben en casa ni aun en la plaza... Las procesiones... que vienen cada año... son más de cuarenta». Y comenta Albareda: «Las estadísticas de la época señalan un promedio diario de cuatrocientas personas que frecuentaban el santuario... El monasterio, desde tiempo inmemorial, albergaba el mayor número posible de fieles y les proveía de manutención, según la condición de las personas. En tiempo de Ignacio la mayor parte de los edificios del santuario estaban destinados a alojamiento de peregrinos. A él, como a caballero, le correspondía una buena estancia, pero es posible que se quedase sin ella. Para obtener una celda era preciso dar el nombre y declarar otros antecedentes, cosas que repugnaban extremamente al Santo, deseoso de permanecer desconocido. Probablemente los días que vivió en el santuario comía con los pobres..., las noches las pasaría en la iglesia y en los claustros... Era cosa normal y habitual que buen número de peregrinos se quedase toda la noche ante la imagen de Nuestra Señora».

La vela de las armas

El 24 de marzo de 1522 por la tarde, vísperas de la fiesta de la Anunciación de María, Iñigo no pensaba en otra cosa que en el gran acontecimiento de su vida, que se verificaría aquella noche. Iba a cambiar su profesión de caballero de una corte terrena por la de caballero de Cristo y de María. Como cumplía a los noveles caballeros, el regenerado en el baño lustral del sacramento de la Penitencia y ataviado con la cándida vestidura de la gracia santificante, podía pasar al acto definitivo de trocar las armas de la milicia mundana por las armas espirituales de que habla S. Pablo: *El escudo de la fe* con que apagar los dardos inflamados del Maligno, *el casco de la esperanza de la salvación* y *la espada del Espíritu*, o sea, *la Palabra de Dios* (Ef 6,16-17). Esto se realizaría en la vela nocturna ante la imagen de María y en la Misa del 25 de marzo. El mismo lo refiere con extrema concisión:

> «La víspera de Nuestra Señora de marzo en la noche, el año 22 (el peregrino) se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante el altar de Nuestra Señora; y unas veces desta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche».

En lugar de sus finos trajes de cortesano, incluida la camisa de suave

y delicado lino, se ensayaló con un tosco saco de cáñamo mal tejido, que rozaba ásperamente la piel de su cuerpo y le caía hasta los pies, ceñido a la cintura con una burda cuerda, calzado el pie derecho con una esparteña, y teniendo en la mano un bordón de peregrino. La espada y el puñal se los entregó a Dom Chanones para que los colgase, como exvoto, en las rejas del camerín de la Virgen. La mula –bello ejemplar que algunos la imaginaron caballo de buena estampa *(un bon caball)*— fue aceptado por los monjes y durante muchos años prestó servicios al monasterio.

Era noche cerrada, cuando nuestro peregrino, vestido «con aquel saco solo, sin bonete ni zapatos» (al decir de Laínez), entre otros muchos devotos que ya no lo reconocían, creyó llegado el momento de entregarse a Dios totalmente, velando las armas de la nueva caballería de Cristo. Simultáneamente se consagraría con más fervor que nunca a la que había de ser en adelante la única dama de sus pensamientos, la Virgen María. En los momentos de mayor trascendencia de su vida vemos que la Madre de Dios aparece como Madre, como Reina, como Abogada y Protectora del Santo.

Con paso mesurado atravesó los claustros y entró en la iglesia, toda resplandeciente de luz. En el altar de Nuestra Señora se veían encendidas cincuenta lámparas de plata, donación una de ellas de Carlos V, con la asignación de doscientos ducados para que siempre estuviese encendida. Cuarenta hachones o cirios monumentales solían arder ante la «Moreneta» en las grandes festividades marianas, y aquel día lo era. Otros muchos de menor tamaño ardían constantemente.

Los romeros, que allí estaban rezando, suspirando y cantando himnos devotos, tuvieron que interrumpir sus efusiones canoras, cuando a las doce de la noche la campana mayor del monasterio anunció que el coro de los monjes, en la parte más alta de la iglesia, iba a empezar con majestuosa solemnidad el Invitatorio y el Himno que precede al oficio de *Maitines*. Concluidas las lecciones del tercer nocturno, el preste entonó el Evangelio, que sería el de la Anunciación (Le 1,26-38). Seguidamente se cantó el *Te Deum* y a continuación el oficio de *Laudes*. Los monjes arrodilladlos en el coro saludaron a Nuestra Señora con el *Ave, Stella Matutina*. Luego se retiraron a un oratorio donde hasta las tres de la mañana debían perseverar en oración mental. La iglesia quedó en silencio.

La imagen santa de madera policromada con manto de oro, resplandecía en lo alto, dominando todo el templo en actitud de reina. Iñigo, que llevaba varias horas mirándola fijamente, sentía en su corazón

que también Nuestra Señora desde su trono le miraba a él con ojos misericordiosos; y el mismo Niño-Dios en el regazo de su madre parecía sonreírle y seguramente con su manecita levantada le bendecía. A ratos, escuchando oraciones litúrgicas y los cantos, quedaba embebecido. Los paréntesis de silencio daban alas a su vuelo contemplativo.

Se remontó en espíritu hasta el trono del Altísimo. Consagróse a El, como a su Rey y su Señor. Y desde el abismo de su nada pensó qué era lo que más ardientemente podía pedir él —necesitado de todo— a la Fuente de todas las riquezas y gracias; y qué era lo que un pecador tan miserable podía y debía ofrecer sin reservas a la Santidad y Omnipotencia divinas.

Podemos imaginar que entonces brotó de los labios de Iñigo de Loyola aquella plegaria que más adelante nos la transmitirá en la contemplación para alcanzar amor:

«Toman, SEÑOR, Y RECIBID TODA MI LIBERTAD,
MI MEMORIA, MI ENTENDIMIENTO Y TODA MI VOLUNTAD,
TODO MI HABER Y MI POSEER.
VOS ME LO DISTEIS,
A VOS, SEÑOR, LO TORNO, TODO ES VUESTRO
DISPONED A TODA VUESTRA VOLUNTAD,
DADME VUESTRO AMOR Y GRACIA,
QUE ESTA ME BASTA».

La inefable transformación que aquella noche se obró en el alma del Santo, ni él mismo acertaría a expresaría.

Jamás habló de ella ni con sus más fieles confidentes. «Para entrever lo que pasó en la vela de las armas del nuevo soldado de Jesucristo, no tenemos más luz que la emocionante meditación de la *Anunciación* en el libro de los *Ejercicios espirituales*. Esa meditación debió de comenzarse en Montserrat la noche del lunes, día 24, al martes, 25 de marzo de 1522».

Es una trilogía tan simple como grandiosa. Tres cuadros o tres visiones: 1) «Ver... la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres..., unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo». ¿Y qué hacen? Jurar y blasfemar, «herir, matar, ir al infierno». 2) «Ver y considerar las tres personas divinas, cómo en el su solio real o trono de la divina majestad... miran toda la haz y redondez de la tierra y todas las gentes en tanta ceguedad»; y determinan compasivos: «Hagamos redempción del género humano». 3) »Oír... lo que hablan el ángel y Nuestra Señora; y refletir después para sacar algún provecho de

sus palabras». Tan alta y sublime contemplación terminaría, podemos pensarlo, con el generoso ofrecimiento que el Santo pone un poco antes en sus *Ejercicios*:

> «Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa… que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual...»

El más alto silencio reinaba en todo el ámbito del templo. A lo lejos pudo oírse el toque de la campana de los ermitaños, que en sus ermitas, escondidas como nidos entre peñascos, iniciaban sus *Maitines*. Eran las dos de la madrugada. Los romeros que se hospedaban en una parte del monasterio, vinieron a toque de campana a celebrar en la iglesia del santuario la *Misa de los peregrinos*, antes de amanecer. En ella, luciendo blancos roquetes, hicieron alarde de sus voces angélicas los niños de la escolanía. Puestos de rodillas en derredor del altar de la imagen santa, entonaron la *Misa matutinal* con acompañamiento de órgano. Iñigo se acercaría a comulgar con los demás peregrinos. Y quedaría absorto en acción de gracias.

Clareaba el alba sobre las ásperas montañas, cuando se dieron por acabados los oficios litúrgicos. Esta fue la hora escogida por nuestro peregrino para el adiós. Con una mirada larga, muy larga, inexpresable con palabras, se despidió de su Señora la Virgen María de Montserrat.

Concisamente lo hizo constar en la *Autobiografía:* «Y en amaneciendo se partió». Amanecía también en su alma. Montserrat fue una etapa necesaria que Dios le preparó en el camino hacia la santidad; una especie de ducha purificadora o bautismo santificador, antes de sumergirse en el mar infinito de las comunicaciones divinas que le esperaban en Manresa.

Camino de Manresa

El día 25 de mareo, a la hora del amanecer, nuestro peregrino dejo el santuario de Monserrat y en vez de encaminarse directamente hacia Barcelona, como en un principio había pensado, «desvióse a un pueblo, que se dice Manresa, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado». Así la *Autobiografía*. Tal vez temía que en

Barcelona, mientras conseguía su pasaje en el barco, llegaría el nuevo papa Adriano VI con gran comitiva de obispos, magnates y caballeros, a muchos de los cuales la persona de Iñigo les era conocida, y ello, le darían muestras de estima y admiración por la nobleza de su familia y por la santidad sorprendente que ahora manifestaba. Este pudo ser uno de los motivos para retrasar su ida a Barcelona. Tal vez se hubiera decidido a entrar directamente en la ciudad condal, si hubiese sabido el itinerario que seguía el papa, ya que Adriano VI aquel día 25 de marzo se hallaba todavía en Tudela de Navarra y a principios de abril en Zaragoza; no llegó a Tarragona hasta el 10 de julio y a Barcelona hasta el 6 de agosto.

Acaso la razón más decisiva fue, que en Manresa se enteró de que, infestada Barcelona por la peste, se prohibió terminantemente a los forasteros el ingreso a la ciudad.

La opinión del docto benedictino y cardenal A. Albareda, de haberse quedado una temporada Iñigo, haciendo penitencia en una cueva de la montaña monserratina, ha obtenido poco favor entre los historiadores, por ir claramente contra las palabras explícitas de la *Autobiografía* y por tener como fundamento principal una referencia no muy precisa, quien la puso por escrito, y que Ribadeneira definió «cierto cuento sin autoridad que dicen del P. Araoz».

Salió, pues, el peregrino muy de mañana el 25 de marzo, en hábito de mendigo, con intención de quedarse unos días en Manresa, que distaba tres leguas de Montserrat.

> «Y yendo ya una legua de Monserrate, le alcanzó un hombre *(un alguacil, dicen Laínez y Polanco)*, que venía con mucha priesa en pos del, y le preguntó si había dado unos vestidos *(vestidos ricos, dice Ribadeneira)* a un pobre, como el pobre decía; y respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos; de compasión, porque entendió que lo vexaban, pensando que los había hurtado».

Tampoco al alguacil, por más que se lo preguntó, quiso decirle su nombre ni su país de origen. ¡Cómo se había transformado, no solamente en lo interior sino aun en lo externo y corporal el apuesto caballero de Loyola! Aquel «mozo lozano y pulido, y muy amigo de galas y de traerse bien» se había convertido de la noche a la mañana en un mendigo astroso y escuálido por la penitencia. Mantenía aún el largo cabello «rubio y muy hermoso», pero «desgreñado y sin peinar; y con el desprecio de sí, dejó

crecer las uñas y las barbas, que así suele nuestro Señor (comenta Ribadeneira) trocar los corazones a los que trae a su servicio». Conservaba también lo que no perdió en toda su vida, el fulgor de sus ojos húmedos por las frecuentes lágrimas, fulgor ahora más vivo y espiritualizado que antes, y la exquisita cortesía, distinción y caballerosidad de su trato. Por más que intentara encubrir o disimular su nobleza, traicionábale «ese aire que afecta en vano quien no ha vivido en la corte» (F. G. Olmedo). Lo aseguraba una mujer barcelonesa, de distinguida familia, que le socorría con limosnas: «Aunque andaba vestido con un saco y descalzo en forma de penitente, cuando le hubo mirado, le pareció que era persona bien nacida, conforme la buena cara que tenía y las carnes de las manos regaladas... que le parecía era bien nacido, de noble sangre y de buen gesto».

Ahora, viéndole descender de la santa montaña, camino de Montserrat, parecería un mendigo desarrapado, de estatura menos que mediana, con un pie descalzo y el otro calzado, la cabeza descubierta, el bordón en la mano; pero que no era un mendigo ordinario lo proclamaba la gravedad de su andar y la modestia de su rostro.

Habiendo salido de Montserrat a eso de las cuatro de la mañana, pudo llegar a Manresa para el medio día. En 1606 un notario de Manresa testificaba haber oído a personas ancianas que habían conocido al Santo, las cuales decían que éste había entrado en Manresa a las diez de la mañana y que lo primero que hizo fue visitar el gran templo gótico de La Seo, ante cuyo altar mayor estuvo de rodillas haciendo oración *usque ad tertiam post meridiem*, de donde salió para dirigirse al hospital de Santa Lucía. Estos testimonios tan tardíos y en contradicción con otros que lo son menos, merecen poco crédito.

CAPÍTULO VII

EL PENITENTE DE MANRESA. LOS «EJERCICIOS»

La llegada de Iñigo de Loyola a la ciudad de Manresa fue indudablemente el día 25 de marzo de 1522. Sobre la hora del día y otras circunstancias del viaje se ciernen nubecillas que no son fáciles de disipar. La mayor incertidumbre proviene de la gran multitud de testigos, que en los *Procesos* de 1582, 1585, 1595, 1605 y 1606, después de más de 60 y de 80 años testifican (no de vista, sino de oídas) hechos y cosas no siempre congruentes.

Un testigo que conoció personalmente al Santo

Uno de los más interesantes, aunque en su última vejez le fallaba la memoria, es Juan Pascual, hijastro de Inés Pujol, la cual es llamada ordinariamente Inés Pascual, del nombre de su segundo marido; fue gran favorecedora de Iñigo de Loyola durante muchos años; y a los dos —madre e hijo— les profesó siempre el Santo profunda gratitud y tierno afecto.

> «Yo, Juan Sagristà Pascual, algodonero, doy fe por virtud de esta presente escritura, que para memoria perpetua dexo, cómo oí contar a mi madre Inés Pascual, viuda de segundo matrimonio, y al Padre Ignacio de Loyola, parte de las cosas que siguen... Estando, pues, mi madre, como he dicho en la ciudad de Manresa, siete leguas de Barcelona, por los negocios dichos... volviendo un sábado de visitar la santa casa de Nuestra Señora de Montserrat (a donde solía ir la mayoría de los sábados, por no distar de Manresa sino tres leguas) y tornando ya tarde en compañía de dos muchachitos sus ahijados... y de tres mujeres honradas y amigas suyas, llamadas Paula Amigant, Catalina Molins y la hospitalera del hospital manresano de Santa Lucía, de nombre Jerónima Claver, todas viudas y naturales de Manresa, y viniendo poco a poco, hablando juntas, al llegar a la capilla de los Apóstoles, que está al pie de Nuestra Señora *(de Montserrat)*, les salió al encuentro *un pobre, todo vestido de sarga, como un romero, no muy alto, pero blanco y rubio* (blanc i ros) *y de muy buen rostro y grave, y sobre todo de gran modestia en los ojos*, que apenas los alzaba del suelo, y venía muy cansado y cojeando de la pierna derecha...» (después de este retrato del personaje, sigue hablando de la herida

recibida por Iñigo en Pamplona, y del dolor que le causaba la pierna «siempre que llovía o habla mudanza de tiempo»). «Le preguntó a mi madre si había por allí cerca un hospital, en donde poderse recoger; y viendo ella su honrada y buena cara, con la cabeza un poco calva, le miró y con su presencia se sintió movida a devoción y piedad; y así le dijo que el más cercano era uno que había a tres leguas de allí, en la ciudad de Manresa, de done era y adonde iba ahora ella; que si gustaba de andar en su compañía y seguirla, ella lo acomodaría y regalaría lo mejor que pudiere… Y agradeciendo él con palabras honradas y cristianas dicha oferta, se determinó a seguirlas, andando poco a poco por su cojera porque un borriquillo que llevaban y que le ofrecieron compasivas que lo montase, no pudieron acabar con él que lo aceptase. Así que llegaron tarde todos juntos a Manresa...

Antes de entrar en la ciudad (mi madre) fue de parecer que no entrase con ellas el dicho Padre Ignacio, para no dar ocasión de murmurar al malicioso vulgo de la ciudad, por ser ella viuda y él hombre de buena cara y joven, y así lo envió delante para que entrase en compañía de Jerónima Claver, viuda y hospitalera del hospital de Santa Lucía... En llegando a casa mi madre aquella misma noche envió al hospital para el dicho Padre Ignacio la cena que para sí misma encontró aderezada, que según decía, era gallina con una buena porción de caldo... Lo mismo hizo los días siguientes que estuvo él en el hospital, que fueron cinco y en donde ayunaba siempre con gran rigor».

Es muy extraño que narrando tan detalladamente el viaje de Montserrat a Manresa, no diga una palabra de aquel alguacil que, según vimos, pidió cuentas a Iñigo, cuando ya éste había andado una legua de camino, es decir cuando ya iba muy adelante con las mujeres manresanas. Inverosímil y novelesco parece el ingreso del mendigo Iñigo con la piadosa hospitalera en la ciudad. Nótese que Iñigo salió de Montserrat, según la *Autobiografía*, «en amaneciendo», antes probablemente de que Inés Pascual y sus amigas —cumpliendo su costumbre de peregrinar a Manresa los sábados— saliesen de Manresa. ¿Cómo es posible que volvieran todos juntos? Que las mujeres regresaran «tarde» como asegura Juan Pascual, o sea, al anochecer, es muy verosímil; pero de Iñigo se testifica en los *Procesos* lo contrario, pues unos dicen que entró en la ciudad a las diez de la mañana, y otros al mediodía. Quizás unos vieron al Peregrino antes del mediodía y otros no le vieron en aquel lugar hasta la tarde.

Los testimonios procesales en orden a la beatificación o canonización de un sujeto siempre son muy sospechosos y ofrecen ancho flanco a la

crítica, aun admitiendo la honradez y buena fe de los testigos, generalmente ancianos que hablan de oídas o recogen rumores populares. Si la prolija y pintoresca testificación de Juan Pascual tiene cabida en estas páginas, es porque se ha hecho demasiado uso de ella, sobre todo en historias o monografías locales, y era preciso dar una llamada crítica a los lectores. Por otra parte, el testigo conoció de visita al Santo y aprendió de su madre a venerarlo en vida con la mayor devoción.

Algunos testigos de los *Procesos* afirman que el Santo, antes de entrar en la ciudad, se detuvo orando largo tiempo en la ermita de la Virgen de la Guía, donde fue favorecido con altas revelaciones, y otros aseveran que apenas pasado el puente romano, «el Puente Viejo», entró en la Seo, donde pasó más de dos horas en oración, antes de dirigirse al hospital. Las fuentes ciertas e inmediatas no dicen nada de eso.

La ciudad ignaciana por excelencia

La ciudad de Manresa puede con razón ufanarse de ser la ciudad ignaciana por antonomasia, aunque la gratitud de Iñigo de Loyola repetirá más adelante que a nadie se sentía tan obligado como a los de Barcelona. Pero también los manresanos le atendieron en sus enfermedades y le socorrieron en su indigencia con maternal solicitud. No solamente las piadosas mujeres de la ciudad, también los caballeros, los sacerdotes y frailes y las mismas autoridades civiles se desvivieron por él y le rodearon de los máximos cuidados. En Manresa la gracia de Dios, colmándolo de dones y carismas, lo hizo santo; en Manresa le inspiró la composición de *Ejercicios espirituales;* en Manresa le dio a conocer en grandes trazos lo que sería en el futuro la Compañía de Jesús; en Manresa lo elevó a las encumbradas alturas de la contemplación mística. En Manresa lo adoctrinó el Maestro divino como a un discípulo. Y Manresa fue su fervoroso noviciado y como el vestíbulo de toda su posterior vida espiritual. No sé si tal vez sería manresano un anónimo que en 1891 escribió: «Manresa es para Ignacio lo que el monte Sinaí para Moisés, lo que el monnte Albernio *(la Verna)* para S. Francisco de Asís». En toda hipérbole encierra un substrato de verdad.

La Manresa de 1522 no era, ni mucho menos, la pujante ciudad industrial de nuestros días. Pero la aventajaba en belleza con sus monumentos ojivales, sus campos floridos y sus huertos escalonados que justificaban el nombre de «Valle del Paraíso»; las aguas claras del Cardoner, afluente del Llobregat; las rocas tajadas a pico y las grutas de sus riberas.

Su escasa población de apenas 2.000 almas, circundada por un cinturón de murallas con ocho puertas, guardaba celosamente sus antiguas tradiciones religiosas. Gritos de viva religiosidad eran las torres de sus iglesias y conventos: la iglesia de Santo Domingo, la iglesia del Carmen, la de San Miguel, la de los Cistercienses, etc., sobre todas las cuales se alzaba dominadora la colegiata, denominada la Seo, inmensa mole de tres naves ojivales, cuyo campanario gótico se hallaba todavía en construcción. A la sombra de las iglesias florecían las cofradías (la del Rosario, la de la Santísima Trinidad). Fuera de las murallas surgían otros lugares de devoción popular, oratorios, ermitas, capillas, como la Virgen de la Guía, Nuestra Señora de Valldaura, Nuestra Señora del Pueblo, el eremitorio de San Pablo, junto al río, y la más memorable para nosotros, Nuestra Señora de Viladordis *(Villa hordeorum)* situada en antiguos campos de cebada.

Todos esos templos, claustros y eremitorios fueron frecuentados por el peregrino sediento de oración, ávido de consejos espirituales, de paz y retiro. Vino a Manresa con la idea de quedarse allí pocos días antes de continuar su viaje a Barcelona, pero la peste que hacía estragos en la gran ciudad y otras razones que ya hemos dicho, además de las grandes ilustraciones divinas que entonces recibió, le forzaron a detenerse entre los rnanresanos casi once meses.

Hospedajes del peregrino

Inició su residencia en la ciudad del Cardoner, hospedándose en el llamado «Hospital de Santa Lucía», que en realidad no era más que un pobre hospicio para pobres y enfermos forasteros, tan mezquino, que en 1465 sólo disponía de cuatro camas de tabla. Allí reposaba nuestro peregrino por la noche, y durante el día mendigaba por las calles y oraba es las iglesias.

El que con más precisión nos dice algo de los diversos domicilios del Santo en Manresa es Juan Pascual. El primer cambio de casa ocurrió a los cinco días de llegar, o sea, el 1 de abril. ¿A qué se debió esta traslación?

Recuérdese que el propósito del peregrino era «estar en un hospital algunos días», pocos, el tiempo suficiente para «notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado», y después seguir caminando hasta Barcelona. Veremos cómo la Providencia divina dispuso las cosas de muy distinta manera, porque quería purificar el alma de aquel recién convertido y comunicarle luces insospechadas.

El entrar y salir de la gente, el bullicio y griterío de mendicantes y pasajeros no era lo más a propósito para meditar y redactar en privado unas notas de carácter íntimo. Creemos que ésa fue la razón que le movió a buscar otra morada más tranquila y silenciosa. Nos lo dice Juan Pascual:

> «Por la mala comodidad que allí tenía para hacer sus ejercicios y quietud, dio orden mi madre de ponerlo en una casa honrada, a fin de que estuviese con más descanso y comodidad... y porque no le parecía bien tenerlo en casa por los reparos de sus propios parientes, con quienes andaba en pleitos, concertó con una viuda, gran amiga suya, de nombre Juana Serra, que le cediese *(a Iñigo)* un aposento apartado en su casa; de la ropa, alimento y demás se encargaría ella»
>
> «Pero entretanto que buscaba el acomodo de la señora Juana Serra, rogó a los Padres Predicadores lo recibiesen en su casa y convento algunos días, y ellos por la obligación que tenían con mi madre y por la fama de santidad que ya tenía el dicho Padre Ignacio, lo recibieron, teniéndolo con mucho gusto dentro de su convento, de noche y de día, y a comer, los once días que tardó en encontrarle casa».

Una vez que Inés Pascual halló la casa de la viuda Serra, en la calle de Sobrerroca, se dirigió el peregrino a este su tercer alojamiento. Aquí seguramente acabó de escribir sus notas y estaría pensando en proseguir su peregrinación, cuando la peste de Barcelona vino a hacérsela imposible. Persuadido de la imposibilidad de continuar el viaje, al cabo de algunos días volvió a su primer hospedaje del hospital. Sería poco antes o después de la Pascua de Resurrección, que cayó aquel año en 20 de abril.

Por causa de graves enfermedades lo encontramos dos veces, la primera en julio, la segunda en agosto de 1522, hospedado en casa de su devota amiga Angela Amigant, en donde siempre había un aposento reservado para él, en cuya pared se podía contemplar, todavía muchos años después, «tres cruces pintadas hacia los pies del lecho, a modo de Monte Calvario, y decían los de la casa, que habían oído decir a sus antepasado, que las había pintado el Padre Ignacio de su mano, y que como a tales las reverenciaban y honraban»[58].

---

[58] Scripta II, 649. Huésped de los Canyelles (p647-48). Estando la segunda vez en casa de Amigant, «declararon los médicos que estaba sin esperanzas de vida. Llorábale toda la casa, y un dia en que el Santo ataba ya muy acabado y sin sentidos, reconociendo la señora María (Angela) de Amigant el arca en que tenia su ropa para guardarla toda por reliquias, porque el pueblo clamaba por ellas, vio que en ella tenía varios instrumentos de mortificarion y penitencia, un cilicio que podía ceñir todo el

En otra enfermedad halló caritativa acogida en casa de la familia Ferrer. Y también parece que fue huésped algún día de la piadosa viuda Micaela Canyelles.

Adonde volvía con frecuencia el peregrino era al Hospital de Santa Lucía, no solicitando albergue, sino buscando enfermos a quienes atender.

> «Le seguían los ojos de todo lo mejor de la ciudad, y en particular de mujeres honradas, casadas y viudas, que de noche y de día andaban tras él con la boca abierta, muertas por oír las pláticas espirituales que siempre decía, y por ver las buenas obras que hacía, así en el hospital, adonde acudía siempre a servir a los enfermos y a lavarles las manos y los pies, como a los demás pobres y huérfanos que había en dicha ciudad, para los cuales pedía limosna de puerta en puerta».

El hombre del saco, eremita y contemplativo

Quien le viera por las calles pidiendo limosna por amor de Dios desgreñado el cabello, peor vestido que el más miserable mendigo, «sin bonete ni zapatos y comiendo pan y agua» (en frase de Laínez), no podría adivinar que aquel hombre que cubría sus carnes con sólo un saco, mal tejido y peor cosido, había sido un año antes gentilhombre del Virrey de Navarra y caballero refinadísimo en su porte, en su traje, en los mínimos detalles de su indumentaria.

Los chicuelos de la calle empezaron a designarle burlonamente como «el hombre del saco» *(l'home del sac)*, que muy pronto la pública opinión tradujo en «el hombre santo» *(l'home sant)*. Del antiguo caballero no le quedaba más que la caballerosidad en el trato. Era ya otro hombre. Hasta la noble espiritualidad caballeresca había cambiado de formas, símbolos y metáforas. Ahora, plenamente embebido de Evangelio, no pensaba en otra cosa que en imitar a Cristo y a los más próximos seguidores de Cristo. Caminaba hacia la santidad sin darse cuenta, a pasos gigantescos. El pueblo lo veía y lo veneraba, tanto más que su santidad era entonces un poco aparatosa, lo cual suele impresionar profundamente a las gentes sencillas. El mismo nos describe en la *Autobiografía* su género de vida:

---

cuerpo, unas cadenas que causaban espanto, unas puntas de clavos clavados en forma de cruz y una túnica que estaba entretejida de puntas de hierro» (J. CREIXELI., *San Ignacio de Loyola. Estudio… de los hechos ignacianos relacionados con Montserrat, Manresa y Barcelona*. Barcelona 1922, vol. I, 131. Del archivo del Marqués de Palmarola).

«Y él demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco de vino, lo bebía. Y como había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dexarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cobrirlo con alguna cosa de noche ni de día. Y por la misma causa dexaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso»[59].

No es de maravillar que ante tales extrañezas se dividieran las opiniones de la gente, sobre todo al verlo tan miserablemente vestido y buscando las cuevas y grutas de la ribera del río para hacer larga oración y penitencia, hasta que el resplandor de aquella santidad insólita se impuso. Son de Juan Pascual estas palabras:

«No faltaron envidiosos y maliciosos, que públicamente contradijeron y murmuraron de estos ejercicios santos y del que los hacía, y también de sus secuaces, en particular de Juana Serra, en cuya casa estaba recogido, y sobre todo se murmuraba de mi madre, Inés Pascual, diciendo que ella era la inventora de estos alborotos y novedades y su fomentadora, pues había traído al autor de ellos a la ciudad y lo sustentaba y amparaba en ella». (Explicaba Inés) «que se había encargado de amparar a aquel santo hombre, porque si bien era forastero, se conocía por su trato y aspecto que era muy principal y noble…, se empleaba en obras de mucha caridad, devoción, oración y limosnas..., tratando con frecuencia de cosas de la salvación del alma y camino del cielo». Y una hija *(por nombre Oriente)* del dicho Juan Pascual añadía: «Que había oído decir a su padre, que el Padre Ignacio todo el tiempo que estuvo en Manresa manifestó grandes señales de pobreza, penitencia, caridad, humildad, abstinencia y de todas las virtudes, de suerte que cuantos veían al dicho Padre Ignacio lo juzgaban santo; y tal es hoy en Manresa la pública voz y fama».

Las siete horas diarias de oración, las férreas maceraciones, los continuados ayunos redujeron aquel cuerpo, antes fuerte y vigoroso, a la mayor extenuación y enflaquecimiento, y desde entonces empezó a sufrir aquellos dolores del estómago y del hígado, que nunca le entendieron los médicos y que al fin le produjeron la muerte.

[59] *Autobiogr.* (Acta, en FN I, 388-90. En tales excesos parece haber imitado al famoso anacoreta egipcio Onofre, de quien cuenta su primer biógrafo Pudendo, que, al verlo por primera vez, huyó asustado a una colina del desierto, pues le pareció una alimaña salvaje, sin otro vestido de su velloso cuerpo que unas hojas vegetales y la larga pelambrera de su caberllera. Asi había vivido 70 años en aquella soledad desértica. Iñigo había leído esta narración en el *Flos sanctorum* de Loyola.

De su larga oración de rodillas en la soledad y de sus primeros pasos en el apostolado nos dirá él mismo en su *Autobiografía*:

> «Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo mas del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído. Mas cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho».

Cuando no se retiraba a una cueva, abierta en la roca sobre el río Cardoner, o a la ermita de Viladordis para entregarse tranquilamente a la oración, acudía al hospital de Santa Lucía, a servir a los enfermos en los oficios más viles y bajos, a instruir a los pobres, allí recogidos, o bien reunía grupos de niños y de mujeres, enseñándoles el catecismo de la doctrina cristiana y exhortándolos a huir del pecado, a frecuentar la confesión y la comunión. Las mujeres eran las que con mayor devoción le escuchaban y con más fervor le seguían, tanto que, aun después de la partida de Iñigo, quedó en Manresa un grupo de señoras que practicaban lo que aquél les había enseñado y eran conocidas como *«les Iñigues»*

Confesábase a menudo. ¿Con quién? Sin duda en un principio fue pasando de uno en otro, hasta que halló el confesor que más le satisfacía. El primero a quien le descubrió los escrúpulos de su conciencia fue «un doctor de la Seo, hombre muy espiritual, que allí predicaba», quizá el canónigo Juan Bocotavi, magistral del cabildo; después fue su director espiritual el Padre dominico Galcerán Perelló.

> «Conversaba todavía algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle; porque aunque no tenía conocimiento de cosas espirituales, todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios. Había en Manresa en aquel tiempo una mujer de muchos días y muy antigua también en ser sierva de Dios, y conocida como tal en muchas partes de España, tanto que el rey Católico le había llamado una vez para comunicarle algunas cosas. Esta mujer, tratando un día con el nuevo soldado de Cristo, le dixo: ¡oh, plega a mi Señor Jesuchristo que os quiera aparecer un día! Mas él espantóse desto, tomando la cosa ansí a la gruta: ¿cómo me ha a mí de aparecer Jesu Christo? Perseveraba siempre en sus sólitas confesiones y comuniones cada domingo...»
>
> «En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un

maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en eso, pensaría ofender a su divina majestad».

Iñigo estaba persuadido íntimamente de que Dios era su único maestro en la vida espiritual. Eso quiere decir que no conoció otros maestros. Esto nos debe hacer cautos al hablar de sus posibles lecturas espirituales.

Tres etapas de su vida espiritual. El «Gersoncito»

La *Autobiografía* del Santo se extiende largamente en la relación particularizada de su permanencia en Manresa, indicando con bastante claridad tres etapas de su itinerario espiritual: *la primera* de paz, sosiego, alegría; *la segunda* de escrúpulos, tentaciones y penas interiores; *la tercera* de grandes luces y maravillosas ilustraciones divinas.

Duró la primera alrededor de cuatro meses. Diríase que en ese tiempo el Santo gozaba de una vida santa, que antes él no había experimentado. Saboreaba la dulzura de la humildad, del pasar desconocido; nadie sabía que aquel forastero era un Loyola, emparentado con familias de alta nobleza, y al ofrecer a Cristo esta renuncia de las honras mundanas, le parecía que seguía más de cerca a su Dios y Señor. Esa humildad acompañada de auténticas humillaciones iba sazonada con señales inequívocas de pobreza total que se identificaba con la miseria. Y como si todo esto no bastase para alcanzar la perfección evangélica, maceraba su cuerpo con flagelaciones y cilicios, ayunos y abstinencias. Recordando lo que habían hecho otros animosos y estrenuos seguidores de Cristo, no quería irles a la zaga. También él lo había de hacer, no tanto para expiar sus culpas y pecados, cuanto para demostrar al Señor su disponibilidad para lo más arduo que le exigiese. No pocas veces, por sus mortificaciones excesivas, cayó enfermo, algunas a punto de muerte. De aquí aprendió a moderar con prudencia los ímpetus penitenciales de sus discípulos más fervientes.

Sus devociones de cada día eran el riego fertilizante de su virtud. El, tan amante del canto litúrgico y de los ritos eclesiásticos, acudía todas las mañanas a la Seo a oír la Misa mayor de los canónigos y todas las tardes a enfervorizarse con el canto de Vísperas y Completas. Y hacía lo mismo en

el convento de los dominicos, cuando éstos le prestaron una celda (o camarilla) donde pudiese dormir y acudir a su iglesia, «en la cual oía cada día la Misa mayor y las Vísperas y Completas, todo cantado, sintiendo en ello grande consolación; y ordinariamente leía, a la misa, la Pasión.

La *Pasión* que acostumbraba a leer en la Misa era la «Pasión de N. Jesucristo según S. Juan», devoción típicamente medieval, que solía hallarse en todos los libros de Horas.

Aquí es de notar que el peregrino había sacado de Loyola t llevaba siempre consigo un *Libro de Horas* ilustrado con imágenes, en el cual leía diariamente el Oficio de Nuestra Señora, pero entre aquellas imágenes «había una que se parecía bastante a su cuñada *(Magdalena de Araoz)* y al recitar las Horas, siempre que llegaba a la página en que estaba estampada aquella imagen, sentía cierto afecto humano hacia su cuñada, lo cual le perturbaba en su devoción, pero recobró su devota tranquilidad cubriendo muy reverentemente la imagen con un nítido papel».

Esto contó el mismo Santo al P. Balduino Delange en Roma el año 1551. Con sus diarias devociones alternaba algunas pocas, pero muy escogidas lecturas espirituales. Hablando con él familiarmente en Roma la noche del 29 de enero de 1555, refiere el P. Gonçalves da Cámara que recayó la conversación en el librito *De la imitación de Cristo*, atribuido generalmente a Tomás de Kempis, aunque en las primeras ediciones españolas de 1491, etc., se dice del canciller Juan Gerson.

> «Item dixo más: que en Manresa había visto primero el Gersoncito, y que nunca más había querido leer otro libro de devoción; y éste encomendaba a todos los que trataba, y leía cada día un capitulo por orden; y después de comer y otras horas lo abría así sin orden, y siempre topaba lo que en aquella hora tenía en el corazón, y lo de que tenía necesidad»

Lo mismo viene a decirnos con una frase muy gráfica el P. Oliverio Mannaerts (Manareo) respondiendo a las preguntas que acerca del Fundador le hacía el joven lituano Nicolás Leçzyski (Lancicio) a fines del siglo XVI:

> «Quería que todos nosotros leyésemos a menudo libros espirituales, pero con afecto y devoción, así para inflamar el afecto como para promover la devoción... Y nos lo enseñaba con su ejemplo; pues en su aposento más reservado no tenía ordinariamente sobre la mesa más libros que el Nuevo Testamento y Tomás de Kempis, al cual solía llamar *«la perdiz de los libros espirituales».*

Así pasó el peregrino sosegadamente y sin grandes tormentas la primera singladura de su navegación espiritual. «Hasta este tiempo —lo confiesa él mismo en la *Autobiografía*— siempre había perseverado cuasi un mesmo estado interior, con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales». Pero a los cuatro meses de paz, aquel soldado de Cristo entró en batalla.

Segunda etapa: Escrúpulos, angustias, desolaciones

De pronto el mar comenzó a encresparse. Una tormenta y otra y otra. La segunda etapa se iniciaba bajo el signo de la oscuridad y de la inquietud. Sentía en su corazón que fuerzas tenebrosas le querían dar asalto.

> «Para mayor puridad de su ánima —escribe Polanco—, y porque Dios nuestro Señor quería fuese bien acuchillado para ser buen cirujano en las cosas espirituales, comenzó a sentir grandes tentaciones y angustias y aflicciones espirituales, siendo especialmente atormentado de diversos escrúpulos; y en todo esto le daba Dios nuestro Señor gran fortaleza y humildad y diligencia para buscar los remedios».

Más concretamente lo significa él en su *Autobiografía*:

> «Aquestos días... —le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su vida, como que si le dixeran dentro del ánima: ¿Y como podrás tú sufrir esta vida 70 años que has de vivir? Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza, sintiendo que era del enemigo: *¡Oh miserable! ¿Puédesme tú prometer una hora de vida?* Y así venció la tentación y quedó quieto».

Esto le aconteció «entrando en una iglesia, en la cual oía cada día la Misa mayor y las Vísperas y Completas». (Era la iglesia de Santo Domingo.)

> «Después de la susodicha tentación empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír la Misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole tanto al contrario desto, y tan súbitamente, que parecía habérsele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno. Y aquí se empezó a espantar destas variedades, que nunca antes había probado, y a decir consigo, ¿Qué nueva vida es ésta, que agora comenzamos?».

Entre tanto Dios le iba purificando con escrúpulos e inquietudes de conciencia que le daban mucho trabajo.

«Porque, aunque la confesión general, que había hecho en Monserrate, había sido con asaz diligencia, y toda por escrito, como está dicho, todavía le parescía a las veces que algunas cosas no había confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque, aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho. Y así empezó a buscar algunos hombres espirituales, que le remediasen destos escrúpulos; mas ninguna cosa le ayudaba. Y en fin, un doctor de la Seo, hombre muy espiritual… le dijo un día en la confesión, que escribiese todo lo que se podía acordar. Hízolo así; y después de confesado, todavía le tornaban los escrúpulos, adelgazándose cada vez las cosas, de modo que él se hallaba muy atribulado; y aunque casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño, que sería bueno quitarse dellos, mas no lo podía acabar consigo. Pensaba algunas veces que le seria remedio mandarle su confesor en nombre de Jesu Christo que no confesase ninguna de las cosas pasadas, y así deseaba que el confesor se lo mandase, mas no tenía osadía para decírselo al confesor. Mas, sin que él se lo dixese, el confesor vino a mandarle que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara. Mas como él tenía todas aquellas cosas por muy claras, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo.

A este tiempo estaba el dicho en una camarilla, que le habían dado los dominicanos en su monasterio, y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los más exercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban. Y una vez, de muy atribulado dellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: *Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde le halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para me dé el remedio, yo lo haré».*

Tentación de suicidio. Abstinencia sin límites

Hallamos en la vida manresana de Iñigo penitencias tan desmesuradas y tentaciones tan espantosas, que en la biografía de otros santos las juzgaríamos invención de un biógrafo nada crítico, o piadosas exageraciones de tiempos medievales o barrocos. Pero en nuestro caso se trata de concretas y precisas realidades. No podemos de ninguna manera ponerlas en duda, porque quien las afirma con absoluta simplicidad, como

si se las contase a su confesor, es el propio sujeto que las hace o las padece; un sujeto que analiza su conciencia como el más fino psicólogo; un hombre que aborrece la ostentación y la fama y es tan enemigo de cualquier hipérbole o exageración, que no es fácil hallar en sus numerosos escritos ningún superlativo.

La más horrorosa tentación, capaz de enloquecer a un santo, fue la que él nos refiere en estos términos:

> «Estando en estos pensamientos, le venían mucho veces tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía, y estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: *Señor, no haré cosa que te ofenda;* replicando estas palabras, así como las primeras, muchas veces.
>
> Y así le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacello, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese, o que se viese ya del todo cercana la muerte; porque si le acaeciese verse *in extremis*, de modo que si no comiese, se hubiese de morir luego, entonces determinaba de pedir pan y comer *(quasi vera* lo pudiera él en aquel extremo pedir, ni comer).
>
> Esto acaeció un domingo después de haberse comulgado; y toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa, no desando de hacer los solitos exercicios, *etiam* de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, *etiam* a media noche, etc. Mas venido el otro domingo, que era menester ir a confesarse, como a su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente, le dixo también cómo en aquella semana no había comido nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas todavía obedesció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de los escrúpulos; mas el tercer día, que era el martes, estando en oración, se comenzó acordar de los pecados; y así como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesallos. Mas en la fin destos pensamientos le vinieron unos disgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dexalla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las liciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido; y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas. Y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que Nuestro Señor le había querido librar por su misericordia».

De esta larga y angustiosa experiencia saldrán las «Reglas para sentir y entender escrúpulos» que puso al final de sus Ejercicios espirituales y las que allí mismo nos dejó para «mayor discreción de espíritus». Lo que hizo en Mantesa fue ampliar y perfeccionar los análisis psicológicos que había comenzado en Loyola, durante su convalecencia. Seguramente que su cuaderno de apuntes creció en volumen y en importancia para su futuro librito de *Ejercicios espirituales*.

Tercera etapa: Consolaciones e ilustraciones divinas

Parece que al superar definitivamente la tentación de los escrúpulos empezó a notar que el alma se le inundaba de suaves olas de consolaciones divinas. Entró en una época de luz y claridad, en la que la más alta contemplación iba asociada al ejercicio apostólico o de vida activa. Para hacer fruto en las almas no podía andar como un mendigo astroso. Debía trajearse decentemente a fin de tener más fácil entrada en ciertos ambientes sociales, aunque sin descuidar a los niños y a los pobres y sin abandonar sus prácticas de devoción y penitencia. Su oración contemplativa cobró más alto vuelo, apoyándose saltéricamente en su *Libro de Horas:*

> «Tenía mucha devoción a la santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres personas distintamente. Y haciendo también a la santísima Trinidad, le venía un pensamiento, que cómo hacía cuatro oraciones a la Trinidad». Mas este pensamiento le daba poco o ningún trabajo como cosa de poca importancia. *(Adviértase que las 4 oraciones a la Trinidad estaban en los Libros de Horas)*. Y estando un día rezando en las gradas del mesmo monasterio *(de Sto. Domingo)* las Horas de Nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que vía la Santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dexar de hablar sino en la santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la santísima Trinidad. Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había creado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en él alma».

Recordando el teólogo Laínez cosas que le había oído al mismo Santo, escribió en su famosa carta a Polanco:

> «Tuvo tanta lumbre del Señor, que en casi todos los misterios de la fee fue especialmente ilustrado y consolado del Señor, y singularmente en el misterio de la Trinidad, en la cual tanto se deleitaba su espíritu, que con ser hombre simple y no saber sino leer y escrebir en romance, se puso a escrebir della un libro».

Copia esas palabras Polanco y añade: «Y no sólo en el entendimiento era ilustrado deste misterio, pero aun en el afecto muy dulcemente tocado de la divina suavidad».

> «En la misma Manresa, adonde estuvo cuasi un año —prosigue Gonçalves da Cámara—, después que empezó a ser consolado de Dios y vio el fructo que hacía en las almas tractándolas, dexó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos. Así que, estando en este pueblo en la iglesia de dicho monasterio oyendo Misa un día, y alzándose el *Corpus Domini*, vio con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel santísimo Sacramento Jesu Christo, nuestro Señor.
>
> Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la Humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vio en Manresa muchas veces; si dixese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Hierusalem, y rara vez caminando junto a Padua. A Nuestra Señora también ha visto en símil forma, sin distinguir las partes. Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: Si no hubiese Escriptura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto».

La ilustración del Cardoner, cumbre mística

Hemos llegado a una de las cumbres místicas más altas de la vida de Iñigo de Loyola. Solamente algunas almas soberanamente contemplativas, por ejemplo Teresa de Jesús en las últimas *Moradas*, han recibido favores tan sublimes, como la «Eximia ilustración» que desplegó, ante los ojos absortos de nuestro peregrino panoramas sobrenaturales y naturales,

llenando su mente de ciencia de Dios y de conocimientos humanos. No fue una visión, fue una ilustración, que colmó de luces sus potencias intelectivas, como si una potentísima aurora boreal inundase de pronto con sus resplandores la noche oscura de la vida terrestre y ultraterrestre. Todo el mundo creado se le transformó en una nueva creación.

Debió de ser en uno de esos cálidos días manresanos de agosto o setiembre de 1522. Placíale al Santo dirigirse a orar en las pequeñas iglesias o eremitorios que se alzaban en las afueras de la ciudad. Uno de ellos, a la orilla izquierda del Cardoner, era el de San Pablo el Ermitaño, cuyo prior, monje cisterciense, cuidaba espiritualmente de los enfermos de Santa Lucía. Lo que le aconteció lo narra el mismo Iñigo concisamente treinta y tres años más tarde.

> «Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama Sant Pablo, y el camino va junto al río. Y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras, y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entones, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasadas sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola. *(Nota marginal:)* Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parescía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes. Y después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz, que estaba allí cerca, a dar gracias a Dios».

Aquí no cabe más que meditar y ponderar en silencio, porque la explicación del Santo, ajena como siempre a toda literatura, posee una expresividad, realismo, concretez y hondura insuperables. Numerosos escritores se han lanzado a desentrañar lo que esas líneas encierran de misterioso y profético. Y no hacen sino repetirse. De la magnitud de aquella ilustración divina sólo podrá formarse idea quien conozca las continuas y maravillosas gracias, luces, inspiraciones, mercedes extraordinarias, que el Señor se dignó conceder al Santo a lo largo de su vida, y considere lo que éste nos asegura que «todas cuantas cosas ha sabido» por el estudio

teológico, la meditación y la lectura de los libros santos; «aun cuando las ayunte todas en uno» no equivalen a lo que entonces vio y entendió. En el mundo material y sobre todo en el espiritual, todo le pareció nuevo. No es inverosímil lo que escribe Nadal: que hasta su rostro brilló en adelante con luz nueva.

Antes de escrutar las realidades históricas que en la «Eximia Ilustración» contempló el Santo en forma clara y vaga, como en lejana profecía, un moderno maestro de espiritualidad, José de Guibert, se propone estudiar el mismo fenómeno místico de la ilustración manresana y empieza levantando esta interrogación:

«¿Hay que concluir de este texto capital, que la gracia otorgada por Dios a Ignacio a orillas del Cardoner fue la más alta que le dio en su vida y que ella marca el punto culminante de su vida espiritual? No lo creo. Me parece que el sentido exacto de esa confidencia es más bien el siguiente: Jamás en toda su vida recibió el Santo un enriquecimiento interior comparable al que se le concedió en aquel momento; jamás su inteligencia fue iluminada con luces tan abundantes, ni alcanzó conocimientos sobrenaturales tan amplios. Lo cual no excluye en modo alguno, que después de esta efusión de dones sobrenaturales, única en su itinerario místico, no haya continuado progresando en esta vía de unión infusa con Dios y siendo favorecido con gracias cada vez más altas; éstas no le transportaban ya de un golpe a mundos nuevos, no le desvelaban horizontes insospechados, como la iluminación de Manresa, pero le hacían penetrar más íntimamente en los misterios, que eran su vida desde entonces y le unían más profundamente, más notablemente, a las tres Personas divinas que habían establecido el dominio sobre su alma».

En confirmación de las palabras citadas se pueden aducir otras del mismo Santo, dichas al P. Laínez, el cual las transmitió a Ribadeneira y son éstas: «Preguntado el año 54 ó 55 cuándo había tenido más visitaciones de Dios, al principio de su conversión o a la fin, respondió que al principio; mas que cuanto más iba *(adelante)*, tenía más luz, firmeza y constancia en las cosas divinas».

Y más abiertamente le habló a Gonçales da Cámara el 20 de octubre de 1555:

> «Ese mismo día, antes de cenar, me llamó con un aspecto de persona que estaba más recogida que de ordinario, y me hizo una manera de protestación, que venía a demostrar la intención y simplicidad con que había narrado estas cosas, diciendo que estaba muy cierto de no narrar más que la

verdad; y que había hecho muchas ofensas a Nuestro Señor, después de cuando empezó a servirle, pero que jamás había consentido en pecado mortal; antes bien, iba siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de hallar a Dios; y ahora más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba. Y que aun ahora tenía muchas veces visiones, especialmente de aquellas de que se ha dicho arriba, de ver a Cristo como sol... Muchas visiones tenía también cuando decía la Misa».

De los primeros discípulos de Ignacio el que más repetidamente y con gran énfasis insiste en la sublimidad y transcendencia de la ilustración del Cardoner es el mallorquín Jerónimo Nadal, de quien procede el adjetivo de «Eximia» con que se la conoce. Véase, por ejemplo, lo que escribió en el capítulo I de sus *Dialogi pro Sotietate:*

«Caminando Ignacio por devoción fuera de la ciudad hacia la iglesia de San Pablo, se sintió arrebatado por un subitáneo éxtasis, o más bien rapto, y se le abrieron los ojos interiores de la mente con tan inmensa y abundante luz, que en ella pudo contemplar y entender los misterios de la fe y las cosas espirituales y aun lo perteneciente a las ciencias, de suerte que le parecía se le representaba la verdad de todas las cosas enteramente nueva, y con clarísima inteligencia. Siempre hizo grande estima Ignacio de este don, que le hizo concebir profunda humildad y modestia, y desde entonces empezó a relucir en su rostro no sé qué luz y alegría espiritual. A esa gracia y luz solía remitir a los que le interrogaban sobre ciertos problemas serios y sobre la naturaleza del Instituto de la Compañía, como si las razones y causas de todo las hubiera visto en aquella ilustración».

Una vez dijo a Laínez, que «cierto día tuvo en Mancera una elevación divina, en la cual aprendió de Dios en una hora, más de lo que pudieran enseñarle todos los doctores del mundo». ¿Aludiría a la ilustración del Cardoner?

La Eximia Ilustración y el Instituto de la Compañía

Lo que Nadal nos acaba de decir en sus últimas líneas, lo había escrito antes, y en forma más explícita, Gonçales da Cámara, tal como lo había oído de labios del Fundador de la Compañía de Jesús.

Aprovechándose el curioso portugués de la confianza que en él ponía S. Ignacio, le hizo el 17 de febrero de 1555 una serie de preguntas, como las siguientes:

«Pregunté al Padre qué motivo había tenido para no tener hábito

(monástico los jesuitas)».

—«Cuál fue el motivo de no tener Coro»...

—«Preguntéle el motivo de las peregrinaciones... *(de los novicios)*». Fue respondiendo Ignacio, dando razones puramente circunstanciales, que no tocan la raíz del carácter típico que debía tener el nuevo Instituto. Se contentó con remitirle a otra ocasión, diciendo ahora solamente estas palabras formales: «A estas cosas todas se responderá con *un negocio que pasó por mí en Manresa»*. Más tarde, después que el Santo le refirió la ilustración del Cardoner, según lo expusimos arriba, Gonçalves da Cámara añadió por su parte en portugués lo siguiente: «Era *este negoceo* huma grande illustraçâo do entendimiento, em a qual nosso Senhor em Manresa manifestou a N. P. estas o outras multas cousas das que ordenou na Companhia».

De aquí se deduce que en la ilustración del Cardoner se le mostró de manera substancial, vaga e imprecisa, el carácter apostólico de su vida futura. «Aquí *(esto es, en Manresa, dice Nadal sin concretar la ocasión)* comunicó Nuestro Señor los *Exercicios*, guiándole desta manera para que todo se emplease en el servicio suyo y salud de las almas; lo cual le entró con devoción specialmente en dos exercicios, *scilicet*, del Rey y de las Banderas. Aquí entendió su fin y aquello a que todo se debía aplicar y tener por *scopo* en todas sus obras, que es el que tiene ahora la Compañía. Y pensando que para este fin le convenía studiar, lo hizo en Spaña y después en París».

¿Y cuál es el escopo o fin de la Compañía, según Nadal y S. Ignacio? No otro que «la salvación y perfección de las almas y la mayor gloria de Dios».

Se podría objetar que la necesidad de los estudios para el apostolado no la vio clara S. Ignacio hasta su viaje de regreso de Palestina a Venecia, adonde llegó «mediado enero del año 24». Pero reconozcamos que si alguna vez la pluma se le desliza a Nadal, una frase suya verdaderamente feliz viene a poner las cosas en su punto, que es naturalmente de vaga indeterminación, diciendo que el Santo «tuvo como una cierta intuición sapiencial arquitectónica», es decir, esquemática y compendiosa, de lo que había de ser la Compañía de Jesús, o como dice Calveras, «vio... el alma de la Compañía, no su cuerpos», entendió su espíritu, no su forma social y canónica. En el Cardoner entendió claramente él mismo su llamada al apostolado.

Comprendió que su vida no había de ser eremítica, ni cartujana, sino

apostólicamente activa. Quizá no vio con tanta claridad si su apostolado en bien de las almas lo había de realizar individualmente, en compañía de algunos pocos amigos, o en forma colectiva, institucional; pero si no descubrió esto en la primera intuición, no tardó en manifestársele claramente en las meditaciones del «Rey temporal» y de las «Dos Banderas», las cuales —según testimonios de Nadal y Polanco— las ideó en Manresa y allí empezó a comunicarlas a otros[60].

Quien conozca el temperamento y la psicología de Iñigo de Loyola, se persuadirá fácilmente que puesto a trabajar activamente por la salvación de los prójimos y por la mayor gloria de Dios, no lo había de hacer en solitario, sino en la forma más eficaz y fructuosa, más universal, más totalitaria y mejor organizada, lo cual no podía menos de cuajar en forma societaria y duradera.

A lo largo de toda su vida lo vemos rodeado de discípulos, amigos, colaboradores, que de mil maneras le ayudan en su apostolado social, benéfico y religioso. Comienza en Manresa con las «Iñigas», que bajo la dirección del «hombre del saco» se dedican a la propia santificación y a las obras de caridad; serán sustituidas en Barcelona, desde 1524, y luego en Alcalá, por jóvenes estudiantes, fascinados por aquel pobre universitario que los arrastra con su ejemplo de pobreza y austeridad y con su nuevo modo de presentar las enseñanzas de Cristo. Pero solamente en París se agregarán compañeros firmes y constantes, con los que paso a paso conseguirá realizar el ideal de su vida: reproducir en lo posible el Colegio Apostólico, unirse a un grupo siempre creciente de apóstoles modernos, que bajo la bandera y el nombre de Jesús difundan el Evangelio por todo el mundo.

¿Extasis o desvanecimiento?

Son innumerables los hombres y mujeres de Manresa que en los *Procesos* para la canonización del Santo, en 1595 y 1606, se presentan a testimoniar lo que sus padres, amigos y abuelos les han contado de aquel santo peregrino que vivió con ellos cerca de un año; la tradición de sus virtudes y prodigios se conserva viva en la ciudad. No se cansan de referir

[60] Escribe Polanco: «Estos deseos de comunicar al prójimo lo que Dios a él le daba, siempre los tuvo, hallando por experiencia, que no sólo no se disminuía en él lo que comunicaba a otros, pero aun mucho crecía. Así que en la misma tierra de Manresa comenzó a dar estos Ejercicios a varias personas» *(Sumario de las cosas*, en FN 1, 164). El texto de Nadal, supra, nota 33.

cosas extraordinarias de su pobreza absoluta, de sus penitencias increíbles, de su vida continua de oración, de sus éxtasis y raptos maravillosos. No es fácil discernir los hechos puramente naturales de los sobrenaturales.

Uno de los más populares y conocidos de todos los manresanos fue el desvanecimiento o desmayo que le sobrevino mientras oraba en la ermita o capilla de Viladordis y que le retuvo casi exánime y sin habla, «y estuvo allí —testifica Eleonor Africana en los *Procesos*— sin comer ni beber unos días, llegando a enflaquecerse mucho, hasta que la señora Angela Amigant se lo llevó a casa, donde lo cuidó y regaló».

Sin darle ningún valor extraordinario o sobrenatural, antes atribuyendo el suceso a exceso de penitencias, lo incorporó a su biografía ignaciana un historiador de tanto renombre como Daniel Bartoli (1608-85). De este gran maestro de la prosa italiana son estas palabras: «Con esto se redujo a tal acabamiento de fuerzas, que vivía de milagro; el estómago destemplado le atormentaba con acerbos y continuos dolores; el espíritu le abandonaba con improvisos desvanecimientos; hubo días en que le hallaron perdidos los sentidos y el cuerpo sin calor, como muerto. Una vez, singularmente, en cierta capilla de Viladordis, a donde había ido a venerar una devota imagen de Nuestra Señora, le sobrecogió un desfallecimiento tal, que lo dejó varios días sin sentido; y al volver en sí, se encontró tan débil, que parecía iba a morir. Fue necesario el conforte de algún alimento que ciertas piadosas mujeres solícitamente le llevaron, y el apoyo de brazos amigos para conducirlo al hospital».

El más famoso trance o suspensión de los sentidos no le ocurrió en Viladordis, sino en la capilla del Hospital de Santa Lucía, según parece, aunque no faltan historiadores que confunden el uno con el otro. La primera autoridad que nos lo cuenta es Pedro de Ribadeneira. En su opinión no fue un síncope cualquiera, con pérdida del conocimiento y la sensibilidad, sino un rapto o éxtasis de tipo místico. Veamos cómo lo refiere:

> «Estando todavía en Manresa, ejercitándose con mucho fervor en las ocupaciones que arriba dijimos, aconteció que un día de un sábado, a la hora de Completas, quedó tan enajenado de todos sus sentidos, que hallándole así, algunos hombres devotos y mujeres le tuvieron por muerto. Y sin duda le metieran como difunto en la sepultura, si uno dellos no cayera en mirarle el pulso y tocarle el corazón, que todavía, aunque muy flacamente, le latía. Duró en este arrebatamiento o éxtasis hasta el sábado de la otra semana; en el cual día de la misma hora de Completas, estando muchos que tenían cuenta

con él presentes, como quien de un sueño dulce y sabroso despierta, abrió los ojos, diciendo con voz suave y amorosa: ¡Ay, Jesús! Desto tenemos por autores a los mismos que fueron dello testigos; porque el mismo santo Padre, que yo sepa, nunca lo dijo a ninguno».

¿En quién apoya Ribadeneira su relato? En dos testigos, que serían excepcionales, si la veneración ilimitada que profesaban al Santo no les impidiera juzgar de los hechos con serenidad.

El primero es de Juan Pascual, hijastro, como ya sabemos, de la gran protectora del penitente de Manresa, Inés (Pujol) Pascual, tan admiradores el uno como la otra, del Santo. Pasando Ribadeneira por Barcelona en 1574, le presentaron ante Juan Pascual ya viejo, y el jesuita «le preguntó si se acordaba que el dicho P. Ignacio hubiese estado en Manresa arrobado de ocho días y como muerto». Y él respondió: «¡Y cómo que me acuerdo! Yo era entonces de diez y seis a diez y siete años, y le hallé de aquella manera, y fui corriendo a mi madre y le dixe: madre, el sancto es muerto». Cuando días más tarde lo vio perfectamente recuperado, no dudó que se trataba de un hecho sobrenatural.

El segundo testimonio, en que se fundaba Ribadeneira, provenía de «Isabel Rosel (Rosés), que era una señora de Barcelona, muy cristiana y devota, y que ayudó al P. Ignacio en el tiempo que estudió en Barcelona, y después fue a Roma por vede y por estar debajo de su obediencia, y no pudiendo alcanzarlo, volvió a Barcelona y se hizo monja y murió sanctamente en el monasterio. Esta señora (por los años de 1544) contó a este testigo lo que escribe deste arrobamiento y éxtasi de los ocho días, Y se lo dixo de la manera que allí se escribe, y añadió que los mismos que en Manresa se habían hallado presentes... en aquel arrobamiento se lo habían contado a ella».

Opiniones críticas

¿Qué decir de este extraño fenómeno que tan fuerte impacto produjo en el ánimo de los manresanos y que tan honda huella dejó en la piedad popular y aun en el arte religioso? ¿Y por qué el Santo, tan propenso contar los hechos de su vida, no dijo de éste ni una palabra alusiva? ¿Es que lo quiso cubrir por humildad con un velo de silencio, porque allí había habido algo milagroso y sobrenatural? ¿O bien, creyó que era un simple arrechucho menos grave que otros que había padecido en Mantesa y no merecedor de ser mentado? Si en él hubiera recibido algunos favores

extraordinarios o ilustraciones divinas, es de creer que algo nos hubiera dicho.

Mientras el Santo vivió, nadie sacó a relucir aquel extraño episodio. Su secretario, el diligentísimo Polanco, no debió de enterarse hasta que Ribadeneira publicó la *Vida del P. Ignacio*, de donde copió casi literalmente estas expresiones: «Sabemos por personas que testificaron haberlo visto, que Ignacio permaneció ocho días completos, de sábado a sábado, enajenado de sus sentidos corporales... De semejante rapto él no dijo nada a nadie, que sepamos».

De los historiadores antiguos, después de Ribadeneira y Polanco, el primero y el más cauto es Nicolás Orlandini, que acepta el hecho del arrobamiento con el ribete de esta frase: *«Pia est ac probabilis coniectura»*. Todos los demás, hasta el siglo XX, cuando no lo pasan en silencio, le dan significación mística.

Quizá el primero en negarla fue el bolandista belga F. Van Ortroy, según el cual, «Ignacio permaneció ocho días completos en un estado letárgico, en que hallamos los síntomas de un accidente de catalepsia netamente caracterizado. En el éxtasis el paciente conserva la sensibilidad y el conocimiento, y da muestras de ello durante el acceso y después de él... Iñigo, en cambio, salió de su desvanecimiento *quasi e somno excitatus*, murmurando el nombre de Jesús: ¡Ay Jesús! Y no dijo una palabra más». Esta es su primera objeción, no muy consistente para muchos. La segunda estriba precisamente en el testimonio positivo de Juan Pascual. Este al ver al peregrino tendido en el suelo y casi exánime, corrió gritando: Madre, el Santo es muerto; lo cual quiere decir, según Ortroy, que la impresión recibida por el muchacho fue la de haber visto un muerto, no un hombre extático. Tampoco este argumento es de mucha consistencia.

Con todo, no veo razones para sostener que se trató de un fenómeno místico. Si aquel deliquio semanal —descrito con detalles diferentes, por no decir contradictorios, por testigos populares tardíos— debe decirse arrobamiento místico, lo mismo habría que decir de otros largos desvanecimientos padecidos por el penitente de Manresa a causa de sus grandes ayunos, por ejemplo el de la capilla de Viladordis. ¿Quién fue el primero en proclamarlo prodigioso y milagroso? Probablemente alguna mujer piadosa sin ciencia ni experiencia. Pero es lo cierto que aquel maravilloso fenómeno —sea cual fuere su carácter—, impresionó más que otros la imaginación del pueblo, que inmediatamente lo elevó a nivel de prodigio y de milagro. Hoy día la crítica histórica no ve en tales desvanecimientos y

desmayos el carácter sobrenatural de los raptos o éxtasis.

En la cueva de Manresa

Nunca habló el Santo de la cueva de Manresa. En la *Autobiografía* ni la nombra. Podríamos prescindir de ella en absoluto, si una tradición primitiva, nunca interrumpida, no nos hablara de ella, como lugar preferido del Santo. Cuando los manresanos conocieron años adelante el libro de los *Ejercicios*, no supieron situar su origen sino en la Cueva. Repiten una y otra vez los testigos procesales que «el hombre del saco» visitaba muy a menudo, además del Hospital de Santa Lucía, dos lugares preferidos, cuya soledad le era particularmente grata: la ermita de Viladordis y la cueva de las orillas del Cardoner. Hacia Viladordis le atraía la tierna devoción a una devota imagen de la Virgen María, que allí se veneraba; a la Cueva, la soledad y apartamiento de aquel sitio, muy próximo a la ciudad, pero tan fragoso y casi inaccesible, que le parecía lugar ideal para meditar sin estorbos, mortificarse lejos de cualquier mirada curiosa y escribir imperturbado en su libro de notas todo cuanto Dios misteriosamente le comunicaba.

En las escarpas de un montículo que caía sobre la orilla izquierda del Cardoner se escalonaban varios huertos de cultivo, en cuya parte inferior, entre rocas y maleza, se abrían cuevas oscuras causadas por la erosión del río a través de los siglos. Una de ellas se llevó las preferencias del «hombre del saco» por ser más honda y oscura, por tener la entrada casi cubierta de zarzales y espinares y por tener una abertura suficientemente ancha para contemplar desde allí la fantástica montaña de Montserrat, que con la hora del sol, cambiaba los matices de su falda, por la mañana dorada y por la tarde amatista. Hay que añadir, que el dueño del huerto y de la cueva era un amigo de que se sentía feliz de que el penitente escogiera aquel lugar silencioso y solitario para sus oraciones y ejercicios espirituales. La Cueva estaba situada a 32 metros sobre las aguas del río.

A pesar de todo, no faltaban personas devotas que le seguían los pasos y le atisbaban con curiosidad, aunque sin molestarle. Así en la información canónica de 1601 un anciano que acababa de cumplir cien años, D. Pedro Bigorra, testificó «que le había visto ir a la Cueva... y que tres veces en dicha Cueva arrodillado con las dos rodillas en tierra y las manos cruzadas haciendo oración; y se lo miraba y no le decía nada».

Otro testigo de 56 años, Mauricio Cardona, afirma que él no conoció personalmente al Padre Ignacio, pero ha oído decir a su tío Bernardo

Roviralta, mercader ya difunto, que todos veneraban al P. Ignacio como santo, el cual «para hacer mayor penitencia se retiraba a orar en una cueva oscura de la presente ciudad, situada debajo de una roca, en unas tierras que eran propiedad del mismo Roviralta, y consiguientemente del testigo, cueva toda cubierta de zarzales y espinares, y hacía oración en la dicha cueva, unas veces a Dios y otras a nuestra Señora de Montserrat, cuyas montañas se ven desde allí»[61].

En la «Santa Cueva» —nombre con que hoy se la designa— es tradición que Iñigo de Loyola escribió los «Ejercicios espirituales»; no en la forma completa en que hoy los conocemos, sino «cuanto a la substancia» (como decía Laínez), o sea, algunas meditaciones fundamentales (y aun éstas no todas en su forma definitiva) y ciertas notas, consejos, reglas y normas que el director deberá tener presentes en la dirección del ejercitante.

Al paso que los escribía en aquella «santa cueva», los practicaba él mismo y los comunicaba a otros, que se ponían bajo su dirección espiritual.

> «Entre otras cosas —escribe Polanco— que le enseñó Aquel *qui doca hominem scientiam* en este año (de Manresa), fueron las meditaciones que llamamos *Ejercicios espirituales*, y el modo dellas; bien que después el uso y experiencia de muchas cosas le hizo más perfeccionar su primera invención; que como mucho labraron en su misma ánima, así él deseaba con ellas ayudar a otras personas... Así que en la misma tierra de Manresa comenzó a dar estos Ejercicios a varias personas, a las cuales especialísimamente visitaba el Señor por este medio, con ilustraciones y consolaciones, gusto admirable de las cosas espirituales y aumento de todas virtudes».

La *primera invención*, que es como decir la idea germinal, le vino como una inspiración en Manresa; después lo que hizo fue perfeccionarla.

Génesis y evolución de los «Ejercicios»

Afortunadamente poseemos un párrafo al final de la *Autobiografía*, que nos explica perfectamente cómo nacieron los Ejercicios y cómo se desenvolvieron paulatinamente según las circunstancias, como fruto de la

[61] *Scripta* II, 735-36. Este Mauricio Cardona regaló la cueva a la Marquesa de Aytona y después el dicho testigo ha oido que la dicha señora o su heredero la han donado a los Padres de la Compañía, los cuales hoy la tienen, poseen y guardan con gran veneración».

experiencia y la introspección. Se lo debemos a Gonçalves da Cámara:

> «A los veinte de octubre *(de 1555)* pregunté al Peregrino sobre los Ejercidos y las Constituciones, queriendo saber cómo los había hecho. El me dijo que los Ejercicios no los había hecho todos de una vez, sino que algunas cosas que él observaba en su alma y las hallaba útiles, le parecía que también podrían ser útiles a otros, y así las ponía por escrito, v. gr. lo de examinar la conciencia... Las *Elecciones* especialmente me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y pensamientos que tenía cuando estaba en Loyola, hallándose todavía malo de la pierna».

Lo confirma Polanco cuando refiere que en los últimos meses de Manresa daba Iñigo metódicamente sus Ejercicios espirituales a los que buscaban su dirección, enseñándoles la manera de purificar el alma con la confesión y contrición y con las meditaciones de los misterios de Cristo; enseñándoles a hacer buena elección del estado de vida, y diversos modos de orar, e animándolos en el amor de Dios. Y concluye así: «con el progreso del tiempo todo esto lo llevó a mayor perfección».

Lo mismo viene a decir Nadal: «En este tiempo... comenzó a notar punctos y exercicios de la primera semana, que son meditaciones de pecados, infierno y juicio, en las cuales sentía dolor y contrición y lágrimas sus pecados, que es lo que se pretende en aquella primera semana... después... de la primera semana, el Señor lo llevó más adelante y comenzó a meditar en *la Vida de Cristo nuestro Señor*, (¿segunda y tercera semana?) y a tener en ella devoción y deseo de imitarla; y luego en mesmo puncto tuvo deseo de ayudar al próximo, y así lo hacía en pláticas y conversaciones particulares a los que podía».

En esta primera etapa de la composición de los *Ejercicios* no podemos esperar altas meditaciones o contemplaciones espirituales; contentábase su autor con las enseñanzas tradicionales que un cristiano ordinario oye en la predicación parroquial y aprende en sencillos libros de devoción. No faltarían chispazos interesantes, nada librescos, fruto de su experiencia y de su agudeza psicológica y, por supuesto, de los torrentes de luz divina que caían sobre su alma. Pero tengamos en cuenta que, siendo un rudo caballero sin estudios, que, como dijo Nadal, *«nondum litteras attigerat»*, no podía aventurarse en campos reservados a los doctos y expertos.

Ni siquiera mientras estudia en la Universidad de Alcalá (1526-1527) afronta, en los Ejercicios que allí da, temas que no sean apropiados a la

gente sencilla; y eso que a veces les habla de «un mes arreo» (lo cual no significa que les expusiese las cuatro semanas).

Cuando luego en Salamanca le piden cuenta de las doctrinas que predica, es decir, de los *Ejercicios*, él no tiene dificultad en entregar a las autoridades eclesiásticas «todos sus papeles», para que sean examinados, lo cual parece indicar que ya existía un texto manuscrito y sistematizado, que contenía los puntos esenciales escritos en Manresa. Mas no imaginemos que es el definitivo, porque en la Universidad de París, estudiando filosofía y teología, le fue fácil completarlo y enriquecerlo. Sólo en París pudo escribir el «Principio y fundamento», tan lógico, tan concluyente, tan lapidario; la meditación de «Tres binarios» y «Tres maneras de humildad», la «Contemplación para alcanzar amor»; algunas *Anotaciones* y *Adiciones*; «Reglas para sentir con la Iglesia», quiero decir las trece primeras, porque las cinco últimas responden mejor al ambiente italiano, y las escribiría probablemente en Venecia o en Roma[62].

¿Cuándo les dio la última mano? Responde Jerónimo Nadal: «Al concluir sus estudios». Académicamente sucedió eso en París (1535), aunque sabemos que en Venecia (1536) siguió estudiando teología privadamente, y es muy probable que aun después de este año teológico redactara las últimas «Reglas para sentir con la Iglesia», y retocara otros puntos en la Ciudad Eterna entre los años 1538 y 1541, según la opinión de V. Larrañaga.

«Concluidos sus estudios —dice el texto nadalino—, recogió los primeros apuntes de Ejercicios, añadió muchas cosas y lo ordenó todo»

[62] Las trece primeras, a mi parecer, no todas van contra Erasmo; de mayor peligro era entonces Lutero, no sólo por sus doctrinas claramente heréticas, sino también por otras, que sin tocar lo más medular de la herejía luterana, destruían radicalmente los preceptos y normas de la Iglesia. Cr. mi libro Loyola y Erasmo (Madrid 1965) 174-82. ¿Cuándo escribió las cinco últimas Reglas, claramente antiluteranas? A mi parecer en Venecia o Roma (1537-1510). El cardenal Gaspar Contarini, gran amigo de Ignacio, cuyos Ejercicios espirituales practicó, llegando a copiar el libro por su propia mano, reproduce casi a la letra las últimas Reglas para sentir con la Iglesia en su tratado Modus praedicandi. ¿Las había leído en los Ejercicios o se las había comunicado él al Santo? Léanse en F. DITTERCH, Regesten und Briefe des Cardinal, Gasparo Contarini (Braunsberg 1881) 305-308. A. SUQUIA, Las Reglas para sentir con la iglesia en la vida, las obras del cardenal Gaspar Contarini. AHSI 25 (1956) 380-95.

Finalidad y definición de los «Ejercicios»

Aunque ignoramos el método sencillo que usaba el penitente de Manresa al proponer a mujeres piadosas y otros discípulos sus *Ejercicios espirituales*, no cabe duda que lo hacía en forma elemental, pero, como dice Laínez, «tenía especial gracia y eficacia y don de discreción de espíritus, de ayudar y guiar una ánima, así tentada, como visitada del Señor».

Siendo un simple laico y sin letras, no pretendía predicar, sino orientar a las almas en la fuga del pecado y en el camino hacia Dios, mediante la oración. A este efecto les enseñaba la manera de examinar su conciencia y recibir los sacramentos, les comunicaba ciertos documentos ascéticos, fruto de su personal experiencia, y al mismo tiempo les proponía brevemente, según la capacidad de las personas, una serie de meditaciones y contemplaciones sobre verdades eternas y misterios de la vida de Cristo, entreveradas con algunas otras de invención propia y eslabonadas todas con tal arte y maestría, que hacen pensar en una particular inspiración del cielo, dada la rudeza e incultura del autor.

El fruto saltaba a la vista. Aquel método hacía que en pocos días o semanas las almas olvidadas de Dios se convirtiesen resueltamente a El, renunciando a la vida pecadora, y las que ya vivían cristianamente aspirasen a la perfección y al amor más efectivo y ardiente hacia la persona de Cristo.

Cuanto los tratadistas ascético-místicos escriben de la vía purgativa, iluminativa y unitiva, lo vierte S. Ignacio en un troquel muy distinto, de tipo práctico más que teórico, siguiendo un proceso de cuatro etapas (que se llaman semanas, pero que son muy elásticas, de indeterminado número de días). Si se han de hacer los *Ejercicios* con garantía de buen suceso, es menester que se hagan bajo la dirección de un experto director, a quien el «ejercitante» dará cuenta de los movimientos de consolación o desolación que en su alma se producen, y de quien recibirá consejos, sacados de las *Anotaciones* y *Reglas* contenidas en el librito ignaciano. Y se deberá guardar silencio y soledad, para mejor escuchar la voz de Dios, porque «tanto más se aprovechará —escribe el Santo— cuanto más se apartare de todos amigos y conocidos, y de toda solicitud terrena».

¿Cuál es la finalidad, o si se quiere, la definición de estos Ejercicios? Su autor responde así: *«Ejercicios espirituales* para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». *Vencerse a sí mismo* es conquistar el dominio de todos los sentidos y potencias de cuerpo y alma (pasiones, sentimientos, apetito sensitivo,

pensamientos, etc.) de forma que se sometan a la razón, y ésta (entendimiento y voluntad) obedezca a Dios. *Ordenar su vida* es corregir la propia conducta en todo lo que esté torcido con pecados e imperfecciones, conformando toda la actividad con el ideal de la perfección cristiana. Y como para llegar a esa meta habrá que elegir un determinado género de vida, será preciso que tal elección se haga sin dejarse arrastrar por ningún afecto desordenado. Cuanto más purificada esté el alma, tanto más íntimamente se unirá al Señor, oirá su voz y cumplirá su santa voluntad.

¿Quiénes son los que tienen necesidad de hacer Ejercicios ignacianos? Aquellas personas, principalmente, que han llegado a una encrucijada de la vida, en que la elección del recto camino es absolutamente necesaria, Porque de ella puede depender la perfección del alma y acaso la misma salvación eterna.

Estructura de los mismos

Examinemos muy sucintamente el librito en su estructura y forma de definitiva.

En la entrada de la primera semana, como «principio y fundamento» se propone cuál es *el fin del hombre* («El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima») y *el fin de las demás criaturas* que («son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado»). La «consecuencia lógica será, que solamente hemos de desear y elegir «lo que más nos conduce para el fin que somos criados». Aquí se incluye la doctrina de la «indiferencia», tan mal entendida por algunos. Sigue el modo de practicar el «Examen particular y cotidiano» y el «Examen general de conciencia», después de lo cual empieza la serie de meditaciones sobre el pecado, sobre el infierno y otras verdades eternas, hasta hacer brotar en el «ejercitante» crecido e intenso dolor y lágrimas de sus pecados, y arrancarle al fin la triple y generosa exclamación: «¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?»

La *segunda semana* (que suele ser la más larga) versa en gran parte sobre los principales misterios de la vida de Nuestro Señor, desde la Encarnación hasta la entrada triunfante en Jerusalén; pero lo más característico de esta segunda etapa se centra en la contemplación del *Reino de Cristo* (apta para despertar el celo apostólico) y la meditación de *Dos Banderas* (para entender el llamamiento del Sumo Capitán de los buenos y los engaños de Lucifer, caudillo de los enemigos). Muy

finamente psicológicas son las consideraciones sobre *«Tres binarios de hombres»*, que tratan de hacer elección, y típicamente ignacianas *«Tres maneras de humildad»*, con el *«Preámbulo para hacer elección»* y las normas «para enmendar y reformar la propia vida y estado».

La *tercera semana* está toda ella dominada por la *Pasión y Muerte de Cristo*, desde el Cenáculo hasta el Calvario. La petición previa a cada meditación será: «Dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí».

Finalmente la *cuarta* invita al alma a alegrarse y gozar intensamente la gloria y gozo de Jesucristo resucitado, consolador de sus amigos, terminando con la *Contemplación para alcanzar amor*, tan sublime de ideas como escueta de palabras. Paralelamente a esta serie de meditaciones, contemplaciones, jugosas repeticiones, aplicación de sentidos, etc., otra serie de reglas e instrucciones de muy original y profunda psicología sobrenatural.

Engáñase quien no ve en los Ejercicios ignacianos sino una sucesión de verdades, encadenadas con lógica de hierro. Más que un proceso lógico de la mente, lo que Ignacio pretende es un proceso psicológico en el corazón, bajo la acción de la gracia que nunca falta; una sucesión de estados de ánimo, una concatenación de propósitos y de resoluciones, algunos de cuyos pasos solamente pueden darlos los corazones heroicos, a quienes mueve, no el discurso razonador, sino el amor apasionado. El alma debe poner en juego todas sus potencias: la memoria, la imaginación, el entendimiento, la voluntad, y luego abrirse como una rosa al sol de la gracia, para experimentar, si Dios así lo concede, las comunicaciones más altas y secretas de la Divinidad. Quiere S. Ignacio que el Director de los Ejercicios sea realmente director y no precisamente orador, ni siquiera profesor de espiritualidad. Debe ser breve en la exposición de los puntos, dejando al que se ejercita que medite por sí y ore cuanto pueda, dejándose iluminar por la virtud divina, lo cual «es de más gusto y fructo espiritual... porque no el mucho saber harta y satisface al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente».

La pedagogía espiritual ignaciana, lejos de ser antimística (como supusieron en tiempos pasados algunos que tropezaron en la ruda cáscara sin gustar el meollo) podemos decir que es —con la de S. Juan de la Cruz en la Subida del Monte Carmelo— la que más atiende a quitar del alma los estorbos a las divinas comunicaciones, y también la más respetuosa de la gracia. Al mismo Director —factor importantísimo en los Ejercicios y en

toda la espiritualidad ignaciana—, se le aconseja que «deje *inmediate* obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor».

No es libro de lectura espiritual

El libro de los Ejercicios, para un profano, es de difícil lectura. Su fuerte trabazón interna, ideológica y psicológica, no se transluce en forma literaria ordenada y sistemática. No habrá lector, como no sea un estudioso de espiritualidad, que resista cuatro páginas seguidas. Su autor no alardeaba de cualidades literarias y nunca pretendió escribir en forma agradable o amena. Su estilo —salvo raras y por lo mismo más estimables excepciones— suele ser duro, escabroso, desigual; lo que le importa es la precisión de conceptos y la fuerza de expresión, no precisamente la corrección gramatical ni el halago de la frase. No intentó escribir un libro para el público. Propiamente quien lo debe leer y estudiar no es el «ejercitante», sino el Director, y para éste, no para aquél lo escribió el Santo.

El mismo orden (o desorden) que sigue en la disposición de la materia, mezclando las Meditaciones con las Anotaciones o Advertencias, las Adiciones con los Modos de orar, las Reglas tan heterogéneas (reglas de discreción de espíritus, reglas para ordenarse en el comer, para dar limosnas. para sentir con la Iglesia), todo ello casi yuxtapuesto, como un conjunto de papeletas sueltas, dentro de la severa encuadratura de las cuatro semanas, hace que no se pueda ni se deba leer todo seguido; y pone en evidencia que no se trata de un libro de lectura, ni de exposición teorética de un sistema ascético. Quien pretenda leerlo a pasto, como hacemos con la *Guía de pecadores*, el *Audi filia* de Juan de Avila o el *Camino de Perfección* de Santa Teresa, quedará defraudado, y jamás lo entenderá si no lo practicare en silencio y soledad bajo la dirección de un sabio director.

Un libro tan desigual en su estilo, por no decir tan sin estilo, un libro como éste, fruto de experiencias personales, ¿puede estar influenciado por otros más antiguos de corte doctrinal y de empaque erudito? Muy arriesgada parece la suposición. Yo pienso que la originalidad absoluta de los *Ejercicios* en su estructura y en su finalidad es tan clara y manifiesta, que nadie la puede poner en duda; la idea originaria, las líneas esenciales, la manera de proceder pasando de un argumento a otro totalmente distinto, no guiándose por la lógica y la encadenación de los pensamientos, sino por las disposiciones subjetivas del «ejercitante», son ignacianas, que no se

hallarán en ningún otro libro. Sabemos que Iñigo leyó en Loyola, en los días de su convalecencia, muchas páginas del *Flos sanctorum* de Varazze, prologado por fray Gauberto de Vagad (que consta en algunas ediciones de 287 folios y en otras de 306) y no menos debió de leer de la *Vida de Cristo* del Cartujano, romanzado por Montesino, en cuatro tomos en folio; que lo leyera todo es increíble; y en Manresa gustó y soboreó despacio el librito de la *Imitación de Cristo*. Por lo demás, Iñigo no fue nunca ni bibliófilo, ni bibliófago.

Pero los modernos eruditos han ido leyendo con lupa esas obras, ansiosos de descubrir en ellas algunas palabras y frases iguales a las de los Ejercicios espirituales. Y cierto, sus conclusiones nos convencen de que Ignacio, dotado de excelente memoria, recordó ciertas locuciones gráficas y algunas ideas, que le parecieron útiles y acertadas, y las insertó en su librito. Hallamos, pues, alguna dependencia literal o verbal, que pesa muy poco en un libro de tanta originalidad.

Es posible, por ejemplo, que el título de Ejercicios espirituales proceda del *Ejercitatorio de la vida espiritual* del abad monserratense, pero aun dando por cierta la dependencia, podría muy bien explicarse por el hecho de haber oído Iñigo en Montserrat hablar de ese libro a su confesor Juan de Chanon; pudo incluso ver el *Ejercitatorio* y tenerlo en sus manos un breve rato, mas que lo leyese no consta, ni tuvo tiempo para ello.

No me detendré a referir la polémica suscitada en el siglo XVI y que ha durado casi hasta nuestros días sobre si San Ignacio depende o no de García de Cisneros. Puede verse con cuánta maestría y serenidad la ha relatado Dom García M. Colombás, al cual me remito.

El jesuita belga H. Watrigant, fácil en ver semejanzas y filiaciones en diversos autores, confiesa que «las coincidencias *(entre los Ejercicios y el Ejercitatorio)* se reducen a un pequeñísimo número, y ellas solas difícilmente bastarían para establecer que el Santo haya conocido y utilizado el libro de Cisneros».

Con frase feliz remata Astráin la discusión: «Porque Ignacio tomase tal cual idea suelta de un autor piadoso, atribuir a éste en todo o en parte la invención de los *Ejercicios*, es tan absurdo como atribuir el descubrimiento de la atracción universal al autor de la aritmética, en que Newton aprendió a sumar y restar».

Que los Ejercicios ignacianos poseen una inmensa fuerza reformadora, lo afirma la historia y los comprueba la experiencia de cada

día. Fueron en su tiempo una formidable palanca de elevación espiritual; y por ellos en gran parte mereció contarse su autor entre los más eficaces reformadores del siglo XVI. Pablo III, el pontífice iniciador de la Contrarreforma, después de hacer examinar los *Ejercicios* atentamente por una comisión de cardenales y teólogos, los aprobó solemnemente como muy útiles para fomentar la piedad de los fieles y muy aptos en el camino de la santidad (Breve *Pastoralis officii* 31 de julio 1548).

En los tiempos modernos Aquiles Ratti, antes de llamarse Pío XI, caracterizó el librito ignaciano «como el código más sabio y universal de la dirección espiritual de las almas, como estímulo irresistible y guía segurísima para la conversión y para la más alta perfección espiritual»

CAPÍTULO VIII

PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA

Volvamos a tomar el hilo biográfico de nuestro héroe. Manresa ha sido para él su cuna espiritual. De allí sale transformado. Hasta entonces no conocía el destino de su vida. Ahora, después de la ilustración del Cardoner y de haber experimentado en sí la prueba de los Ejercicios espirituales, tiene conciencia clara y cierta de que su vocación en este mundo no puede ser otra que la de servir a Dios con todas sus fuerzas, no tanto con penitencias corporales y en soledad eremítica, como al principio de su conversión soñó, sino en el apostolado activo, ayudando a las almas con todos los medios que la santa Madre Iglesia le ofrecerá y Dios le querrá inspirar en cada circunstancia.

Salida de Manresa

«Se despidió de Manresa *(testifica Juan Pascual en los Procesos)* con lágrimas y sentimiento de la mayor y mejor parte de la ciudad, que sentían su ausencia como ausencia de un ángel y santo».

Iñigo deseaba cumplir unos propósitos hechos durante su convalecencia. No olvidaba que su partida de Loyola había sido como peregrino de Jerusalén. Había, pues, que dar cumplimiento al peregrinaje prometido entonces. ¿Y quién sabe si la voluntad de Dios se manifestará en Jerusalén, señalándole en aquella *Tierra santa* el principio y el centro de su futuro apostolado? Las dificultades para el viaje habían cesado ya. La peste había desaparecido de Barcelona. Y en Roma pontificaba ya Adriano VI, empeñado en realizar en la curia y en toda la Iglesia un austero programa de reforma. Ante ese papa, de quien habría oído grandes elogios al Duque de Nájera, tenía que presentarse, si quería llegar sin tropiezos hasta Palestina.

Es probable que retrasase algún tanto el viaje por la rigurosidad de aquel invierno de 1522-1523. Hasta las autoridades municipales de Manresa se preocuparon de la salud de aquel extraño peregrino, que en once meses de convivencia con los manresanos se había ganado el corazón

de todos.

> «Veniendo el invierno —leemos en la *Autobiografía*— se infermó de una enfermedad muy recia, y para curarle le ha puesto la ciudad en una casa del padre de un Ferrera (o *Ferrer*), que después ha sido criado de Baltasar de Faria *(gestor de negocios del rey de Portugal es Roma)*; y allí era curado con mucha diligencia; y por la devoción que ya tenían con él muchas señoras principales, le venían a velar por la noche. Y rehaciéndose desta enfermedad, quedó todavía muy debilitado y con frecuente dolor de estómago. Y así por estas causas, como por ser el invierno muy frío, le hicieron que se vistiese y calzase y cubriese la cabeza; y así le hicieron tomar dos ropillas pardillas de paño muy grueso, y un bonete de lo mismo, como media gorra. Y a este tiempo había hecho muchos días que era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces dellas».

Este sería su traje de peregrino, por lo menos hasta su regreso de Palestina y quién sabe cuántos años más. No era tan «polido» y elegante como los que antaño vestía, ni se hubiera podido presentar así, vestido de un burdo paño pardillo, en Loyola o en Navarrete sin espanto de sus familiares y amigos.

Aún continuó algunos días en Manresa ocupado en sus oraciones y penitencias, visitas a enfermos, instruccionesy pláticas familiares a los amigos, hasta que, plenamente restablecido, decidió abandonar para siempre aquellas personas tan amadas y aquellos lugares de tan grato recuerdo: la Seo, el convento de Santo Domingo, las otras iglesias, el hospital de Santa Lucía, la ermita de Viladordis, la gruta o cueva de sus retiros, las orillas del Cardoner, la ciudad entera con las casas de sus muchos favorecedores.

«Íbase allegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Hierusalem, y así —se dice en la *Autobiografía*— al principio del año de 23 se partió para Barcelona para embarcarse». Sería el 16 o el 17 de febrero.

El peregrino prefería siempre viajar solo, puesta la confianza en sólo Dios. Ahora le acompañaba por lo menos el llanto y el cariño de la población manresana, que tanto le veneraba, admiraba y amaba. El maravilloso espíritu de Iñigo se había apoderado de aquella buena gente, encendiendo su tradicional religiosidad y enfervorizando sus costumbres cristianas.

Cuenta Laínez que en los años de sus estudios solía Loyola llamar a

Manresa «mi primitiva Iglesia», por el fervor generoso que le animó aquellos días y por los dones carismáticos con que Dios allí le había favorecido; pero en su última vejez, cuando su alma había alcanzado virtudes más acendradas y claridades espirituales más altas, decía «que lo que había tenido en Manresa... era poco en comparación de lo de agora»'.

Menos de un mes en Barcelona

No le fue engorroso ni difícil al penitente de Manresa prepararse para el viaje. Echóse al cuello las alforjas, en que llevaba unos libritos de devoción, sus notas espirituales, la escribanía y los mendrugos de pan que le habían dado de limosna, y empuñando su bordón de peregrino, salió a la carretera de Barcelona, donde estarían aguardándole las personas más adictas y bienhechoras, quizá algunas de las *Iñigas*. Si hemos de creer a Juan Sagristá Pascual, hijastro, como ya sabemos, de Inés (Pujol) Pascual, tuvo Iñigo un buen compañero de viaje, que fue el sacerdote Antonio Pujol, hermano de Inés, empleado en la curia arzobispal de Tarragona. Este le condujo hasta la casa que su hermana poseía en Barcelona. Inés y Juan Pascual se quedaron algunos días más en Manresa.

A fin de no causar molestias a sus caritativos hospedadores, Iñigo se acomodó en un aposentillo mal amueblado que había en el piso más alto de la casa, y cada día se buscaba su alimento mendigando de puerta en puerta por amor de Dios. La fama de santidad le acompañaba inseparable como una sombra. El mismo Juan Pascual, que tenía más imaginación que memoria y una veneración al Santo que rayaba en adoración, refiere que «llegado a Barcelona, se ocupaba en las obras de caridad acostumbradas y en ayunos, oraciones, disciplinas, en visitar cárceles y hospitales, y era de manera, que ya la puerta falsa de nuestra casa parecía puerta de iglesia o de hospital, pues siempre había pobres en ella».

Quitemos lo que haya de exageración en estas palabras y volvamos al relato escueto de la *Autobiografía*:

> «Estando todavía aún en Barcelona antes que se embarcase, según su costumbre, buscaba todas las personas espirituales, aunque estuviesen en ermitas lejos de la cibdad, para tratar con ellas. Mas ni en Barcelona, ni en Manresa, por todo el tiempo que allí estuvo, pudo hallar personas que tanto le ayudasen como él deseaba; solamente en Manresa aquella mujer de que arriba está dicho...; esta sola le parecía que entraba más en las cosas espirituales. Y así, después de partido de Barcelona, perdió totalmente esta

ansia de buscar personas espirituales».

Un encuentro de otro estilo, digno de consígname en estas páginas, fue el que tuvo en Barcelona con una mujer nobilísima, de nombre Isabel Rosés (Rosel o Roser) casada con un hombre rico e influyente de apellido Roses. Pertenecía Isabel a la distinguida familia catalana de los Ferrer. Lo que le sucedió un día estando con su marido en la iglesia de los Santos Justos y Pastor, se lo contó ella misma al P. Ribadeneira:

> «Isabel Rosel —a lo que ella me contó en Roma— oyendo un día sermón, vio a nuestro Beato Padre que también le oía sentado entre los niños en las gradas del altar; y mirándole de cuando en cuando, le parecía que le resplandecía el rostro, y que sentía en su corazón una como voz que le decía: *llámale, llámale*. Y aunque por entonces disimuló, quedó tan movida, que en llegando a casa, lo dijo a su marido, que era ciego y persona principal como ella. Buscaron al peregrino luego, convidándole a comer; comió y después les hizo una plática espiritual, de que quedaron asombrados aficionados a él».

Isabel Rosés, jesuitisa

Abramos aquí un paréntesis para narrar brevemente las andanzas de esta noble y emprendedora mujer. Muy generosamente se portó con Iñigo los años difíciles de sus estudios en París y en Venecia. Lo sabemos por las cartas del mismo Iñigo rebosantes de gratitud. En 1541 murió su marido Juan Rosés dejándola viuda y sin hijos. Pensó entonces en hacerse monja, pero sabiendo que Iñigo había fundado en Roma una Orden religiosa, le pareció mejor ponerse bajo la dirección espiritual del fundador. En compañía de dos amigas, se dirigió a Roma en 1543 y pidió a Ignacio ser recibida como «hermana», pero con votos religiosos, en la Compañía de Jesús. La negativa del Santo fue tajante en el fondo, aunque diplomática en la forma; le pareció muy bien que las damas barcelonesas entrasen a vivir en el monasterio romano de Santa Marta, por él instituido en 1544, como lugar de refugio para que viviesen honestamente las mujeres arrepentidas o las que estaban en peligro. Isabel Rosés tendría la honra de consagrarse a esa obra de caridad con damas tan ilustres como Margarita de Austria y Victoria Colonna. Empezó a colaborar con fervor, pero eso no le bastaba, y con recomendaciones y audacia se lanzó a proponer sus planes y deseos al papa Farnese en un castellano plagado de incorrecciones.

«Sopliquo hómildemente a [vuestra] santidad me querra aser de la misma congregasión de Iesús... y mandar a maestro Innacio me tome el voto solemne en sus manos y que tenga cuydado de mi alma todo el tiempo de mi vida [como] de los suyos propios, y me coinçeda los méritos y grasias que por [vuestra] Santidad los es otorgado...

Mas le sopliquo: que esto mismo se dinne c[onceder] a una mi criada *(Francisca Cruyllas)* por que las dos estemos debajo de obediencia».

Pablo III accede a la petición de Isabel. Esta, después de renunciar a los bienes propios y de su difunto esposo en favor de la Compañía, el día de Navidad de 1545, en unión con otras dos, hace su profesión religiosa en Santa María de la Strada

La nueva Orden de «jesuitisas» no gozó de larga vida. La noble barcelonesa estaba hecha para mandar, más que para obedecer. Surgieron graves disgustos por causa de la distribución de los bienes. Los enredos fueran tantos, que Ignacio tuvo que acudir al papa por sí y por varios cardenales, rogándole que liberase a la Compañía de tan onerosa carga. Y antes de dos años aquella *mínima Compañía de Jesús* —si así puede llamarse— era canónicamente abolida, por un Breve del 20 de mayo de 1547.

Considerando que a esta Compañía, escribió Ignacio a Isabel Roser (Rosés), «no conviene tener special cargo de dueñas con votos de obediencia, según que habrá medio año que a S. S. expliqué largo, me ha parecido retirarme y apartarme de este cuidado de teneros por hija spiritual en obediencia, mas por buena y piadosa madre, como en muchos tiempos me habéis seydo a mayor gloria de Dios N. S.». Y remitiéndose al juicio del papa, firma el 1 de octubre de I547.

Isabel Rosés volvió triste y desconsolada a España. Supo vencer las amarguras del momento y escribió a Ignacio de Loyola una carta de humildad y perdón. Entró luego en el convento de las monjas franciscana, observantes, de Barcelona, donde tomó el velo el 6 de enero de 1550; se mantuvo en buenas relaciones de amistad con el fundador de los jesuitas y murió santamente a fines de 1554.

Bizcocho para la nave. Caridad, fe y esperanza

Cerremos el paréntesis, recordando cómo el Peregrino conoció por vez primera en Barcelona a Isabel Rosés, cuando se disponía para embarcarse en un bergantín armado que pasaba a Italia. Solamente los repetidos consejos y las instancias de Isabel Rosés (según cuenta

Ribadeneira) le movieron a dejar el bergantín, con el que ya tenía concertado el viaje, y tomar un navío mayor. Y sucedió que el bergantín apenas salido del puerto, zozobró y hundióse con todos los pasajeros.

El peregrino, lleno de confianza en Dios, no se preocupaba de nada de este mundo.

> «Y aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo, toda su cosa era tener a solo Dios por refugio. Y así un día a unos que mucho le instaban, porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayudaría y loándosela mucho, él dixo que, aunque fuese hijo o hermano del Duca de Cardona, no iría en su compañía; porque él deseaba tener tres virtudes: Caridad y Fe y Esperanza; y llevando un compañero, cuando tuviese hambre, esperaría ayuda dél; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiara dél... Esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios... Y empezando a negociar la embarcación, alcanzó del maestro de la nave que le llevase de balde, pues que no tenía dineros, mas con tal condición, que había de meter en la nave algún biscocho para mantenerse, y que de otra manera de ningún modo del mundo le recibirían.
>
> El cual biscocho queriendo negociar, le vinieron grandes escrúpulos: ¿ésta es la esperanza y la fe que tú tenías en Dios, que no te faltaría?... Y al fin... se determinó de ponerse en manos de su confesor... El confesor resolvió que pidiese lo necesario y que lo llevase consigo. Y pidiéndolo a una señora, ella le demandó para dónde se quería embarcar. El estuvo dudando un poco si se lo diría; y a la fin no se atrevió a decirle más sino que venía a Italia y a Roma. Y ella, como espantada dixo: ¿A Roma queréis ir? Pues los que van allá, no sé cómo vienen: queriendo decir que se aprovechaban en Roma poco de cosas de espírito...
>
> Al fin, habido el biscocho, se embarcó. Mas hallándose en la playa con cinco o seis blancas, de las que le habían dado pidiendo por las puertas —porque desta manera solía vivir—, las dexó en un banco que halló allí junto a la playa».

Con el corazón puesto en sólo Dios y con sus tres compañeras de viaje —Caridad, Fe y Esperanza— subió a la nave, «habiendo estado en Barcelona poro más de veinte días». Seda, pues, el 18 ó 19 de marzo en las proximidades de la festividad de San José, cuando el navío desplegó sus velas y empuntó la proa hacia Gaeta. No regresaría el peregrino a Barcelona hasta pasados casi doce meses.

Rumbo a las costas de Italia

Probabilísimamente era ésta la primera vez que Iñigo de Loyola hacía un viaje largo por mar, pues el hipotético viaje a Roma por los años de 1519, acompañando al Duque de Nájera, queda relegado al reino de las conjeturas inconsistentes. Iñigo conocía el mar Cantábrico de Zumaya, Deva o Zarauz, con sus procelosas galernas, espanto de pescadores, mucho mejor que el Mediterráneo, ordinariamente más tranquilo; y aunque en esta ocasión encrespaba sus olas bajo la fuerza impetuosa del temporal, no debió de marearse el peregrino, ya que su vida en el barco fue la misma de tierra firme; oración y austeridad. Lo sabemos por el testimonio del presbítero Francisco Puig, comisario del Santo Oficio en el distrito de Manresa, que en el Proceso remisorial manresano testificó lo siguiente:

> «Que él había oído a Don Gabriel Perpinyá, presbítero de Prats del Rey, que en su viaje a Roma había navegado juntamente con el Padre Ignacio, cuando el dicho Gabriel Perpinyá era adolescente de 15 años y fámulo de cierto Comendador catalán de la Orden de San Juan de Jerusalén y el mismo Gabriel Perpinyá repetía que había visto al dicho Padre Ignacio en continua oración, ora sobre cubierta, ora en los sitios más bajos y solitarios de la nave. En este viaje nunca le vio cenar, sino que se contentaba con una sola refección diaria, que le suministraba el dicho Comendador de San Juan».

El viento facilitó la velocidad de la embarcación.

> «Tuvieron viento tan recio en popa, que llegaron desde Barcelona hasta Gaeta en cinco días con sus noches, aunque con harto temor de todos por la mucha tempestad.,

Apenas el peregrino saltó a tierra, sin distraerse en la contemplación el magnífico golfo de Gaeta y sin detenerse a curiosear las sinuosas calles medievales y los antiguos monumentos eclesiásticos con restos arábigo-bizantinos, buscó el camino que más rectamente conducía a Roma. Una cosa le preocupó: la noticia de que en todo el Lacio y en la misma Roma cundía la peste, aunque el número de víctimas iba reduciéndose. Las gentes se hallaban aterrorizadas, la entrada en las ciudades estaba muy vigilada, y a los viajeros se les sometía a molestos interrogatorios.

Puesta la confianza en Dios, como siempre, Iñigo no se dejó intimidar por las alarmantes noticias, y a pesar de las molestias que le causaba el caminar, tomo el camino de Roma.

Un episodio disgustoso

En la primera jornada por tierras italianas le aconteció a nuestro peregrino cierto episodio que parece arrancado de un libro de caballerías, de una doncella vestida de hombre, a quien querían forzar unos soldadotes medio borrachos, y a la que nuestro caballero andante amparó y defendió una noche. Dejemos que lo cuente él mismo en la *Autobiografía:*

> «De aquellos que venían en la nave se le juntaron en compañía una madre con una hija que traía hábitos de muchacho, y un otro mozo. Estos le seguían, porque también mendicaban. Llegados a una casería, hallaron un grande fuego, y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos, de manera que parecía que tuviesen intento de escalentalles.
>
> Después los apartaron, poniendo la madre y la hija arriba en una mara, y el pelegrino con el mozo en un establo. Mas cuando vino la media noche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos, y levantándose para ver lo que era, halló la madre y la hija abaxo en el patio muy llorosa, lamentándose que las querían forzar. A él le vino con esto un ímpetu grande, que empezó a gritar diciendo: ¿Esto se ha de sufrir? y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno. El mozo había huido, y todos tres empezaron a caminar así de noche».

¿Quiénes eran esa buena mujer con su hija? No lo averiguaremos nunca. Pero tenemos la suerte de conocer con mucha probabilidad al mozo que pasó aquella noche con Iñigo.

Creemos que ese mozo no era otro que el Gabriel Perpinyá, de quien arriba hemos hecho mención y que años más tarde, siendo sacerdote, comunicó a Francisco Puig, también sacerdote, lo que éste testimonió en el Proceso remisorial de Manresa:

> «Díjole también el mismo Gabriel Perpinyá, que habiéndoles dejado recluidos al dicho Perpinyá y al Padre Ignacio en una cámara *(in quadam cella)* con las puertas cerradas, unos hombres malos y perversos, movidos de mala intención, quisieron entrar en aquella cámara, y amedrentado el dicho Gabriel Perpinyá y agitado de gran temor, fue fortalecido y alentado por el dicho Padre Ignacio con estas palabras: No temas, Gabriel, que Dios está con nosotros y en todo se nos mostrará propicio. Y en seguida vino el Comendador de San Juan con otro fámulo, y desenvainando las espadas pusieron en fuga a aquellos hombres perversos».

Aunque en apariencia diferentes, ambos textos pueden decirse complementarios. No juzgando prudente pernoctar en aquella casería, los tres mendicantes se pusieron a andar bajo las sombras de la noche. Antes de amanecer llegaron a Fondi, ciudad bien fortificada, a 120 km. de Roma.

«Y llegados a una cibdad que estaba cerca, la hallaron cerrada *(por temor de contagio)*. Y no pudiendo entrar, pasaron todos tres aquella noche en una iglesia que allí estaba, llovida» *(quizá algún ruinoso templo)*. «A la mañana no les quisieron abrir la cibdad; y por defuera no hallaban limosna, aunque fueron a un castillo que parecía cerca de allí»[63].

Se hallaba el peregrino tan cansado, que no sintiéndose con fuerzas para continuar el viaje, aconsejó a la madre y a la hija que se adelantaran ellas solas. Así lo hicieron y él se quedó sentado donde pudo o tendido en tierra, exhausto, macilento, enflaquecido y extremadamente débil, a causa del cansancio del camino, y «del trabajo de la mar», de los prolongados ayunos y del insomnio de aquella noche; todos cuantos le vieran podían imaginar que estaba contagiado de la peste, y como a tal se apartarían de él. En pocos trances de tanto abandono, flaqueza y desconsuelo se halló el peregrino como en esta ocasión. Oraba y no desconfiaba de que la mano de Dios le ampararía. Y de pronto vio que mucha gente salía de la ciudad. ¿Iban a recibir a la señora Condesa Beatriz, o a darle la despedida? Importa poco. Lo cierto es que el peregrino, pálido y extenuado, que parecía un cadáver ambulante, se acercó a la silla de manos o litera en que portaban a la señora, declarándole que él no era un apestado; en castizo español (que la Condesa, como emparentada con los Colonna, entendería bien) que él no era un apestado; «se le puso delante, diciéndole que de sola flaqueza estaba enfermo; que le pedía le dexase entrar en la cibdad para buscar algún remedio. Ella le concedió fácilmente. Y empezando a mendicar por la cibdad, halló muchos cuatrines, y rehaciéndose allí dos días, tornó a proseguir su camino y llegó a Roma el Domingo de Ramos».

[63] La ciudad era seguramente Fondi, y el castillo, la morada de la señora de la ciudad, la Condesa Beatriz Appiani, mujer de Vespasiano Colonna; este Vespasiano, hijo de Próspero Colonna, poseía la ciudad de Fondi, como feudo del rey de España. En 1526, ya difunta Beatriz, casó Vespasiano con la famosísima Giulia Gonzaga, cuya «belleza sobrehumana» atrajo a su corte a los mejores poetas y literatos. En julio de 1534 el pirata Barbarroja asaltó la ciudad de Fondi con intento de raptar a Giulia Gonzaga para el Sultán Soliman II. La fuga precipitada por la noche («aventura de Fundi») la salvó. Ignacio en sus últimos años será buen amigo de los Colonna.

En la Roma de Adriano VI

Viniendo del Sur, entró en Roma por la Vía Appia, atravesando el recinto de Aureliano quizá por la puerta de San Sebastián, dejaría a su izquierda las grandiosas ruinas de las Termas de Caracalla, y seguiría andando, andando por el Circo Máximo, el Teatro Marcelo, el Campo dei Fiori hasta la Piazza Navona, cuya barriada estaba muy poblada de españoles. Allí se alzaba la iglesia y el hospicio que se decía *San Giacomo degli spagnuoli*, fundación del sevillano Alfonso Paradiñas, obispo de Ciudad Rodrigo desde 1469.

Aunque no parece que a Iñigo de Loyola le interesasen mucho los monumentos artísticos, tuvo tiempo en los 16 días, más o menos, que pasó en Roma para visitar los más venerados por el pueblo con los sepulcros de los mártires San Pero en el Vaticano, que estaba entonces muy lejos de ser la grandiosa basílica que surgirá más tarde; San Pablo extramuros, San Lorenzo, San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y otras cien de vieja historia y devotas tradiciones. Contemplaría primeramente la iglesia más cercana, la del Santiago de los españoles, con su doble portada: la primitiva hacia la vía de la Sapienza, la otra —abierta por Alejandro VI— hacia la Piazza Navona.

En el edificio adyacente, que era el hospicio y albergue de los peregrinos castellanos y navarros, se hospedó indudablemente nuestro Iñigo. Lo regentaban, juntamente con la iglesia, doce capellanes españoles. En otro hospicio, el de Monserrato (Ntra. Sra. de Montserrat), se alojaban de igual modo los españoles de la Corona de Aragón. La estancia era gratuita durante ocho días, aunque con excepciones. Así vemos que nuestro peregrino se albergó allí todo el tiempo que permaneció en la Ciudad Eterna. El alimento debían procurárselo por su cuenta; Iñigo, como siempre, lo mendigaba por amor de Dios.

El espectáculo de Roma no le debió de escandalizar tanto como a otros, en primer lugar porque Adriano VI no toleraba las costumbres licenciosas de otros tiempos, y además, porque la ciudad había sido severamente castigada por el flagelo de la peste.

La semana santa fue tiempo de penitencia y de visita de monumentos; la semana de Pascua, tiempo de alegre devoción.

Había venido a la curia pontificia con el único objeto de alcanzar del Romano Pontífice el permiso o la autorización de pasar a Tierra Santa. Así que lo primero que hizo al llegar a Roma fue solicitar del papa dicha

licencia. Como Adriano VI había sido maestro de Carlos V, con quien había venido a España, donde fue obispo de Tortosa, Gran Inquisidor y Regente del reino, era considerado poco menos que como español. Entre los muchos españoles que le rodeaban no le sería difícil a Iñigo de Loyola encontrar uno que lo presentase y lo recomendase.

Si hemos de creer a Juan Sagristá Pascual en las declaraciones hechas al P. Pedro Gil, no le faltó a Iñigo un respetable intercesor, que fue nada menos que el joven Jorge de Austria, hijo natural de Maximiliano I.

Cuando los españoles de la ciudad supieron que mendigando había venido desde Barcelona, en un barco que le admitió por caridad, no lo extrañaron; pero cuando oyeron de sus labios que de la misma manera pensaba ir a Venecia y allí encontrar embarcación gratuita hasta tierra Santa, trataron de disuadirle el viaje. El rehusaba siempre dar oídos a las razones humanas.

> «Donde todos los que le hablaban, sabiendo que no llevaba dineros para Hierusalem, le empezaron a disuadir la ida, afirmándole con muchas razones, que era imposible hallar pasaje sin dineros; mas él tenía una grande certidumbre en su alma, que no podía dubdar, sino que había de hallar modo para ir a Hierusalem. Y habiendo tomado la bendición del papa Adriano sexto, después se partió para Venecia, ocho días o nueve después de Pascua de Resurrección.
>
> Llevaba todavía seis o siete ducados, los cuales le habían dado para el pasaje de Venecia a Hierusalem, y él los había tomado, vencido algo de los temores que le ponían de no pasar de otra manera. Mas dos días después de ser salido de Roma, empezó a conocer que aquello había sido la desconfianza que había tenido, y le pesó mucho de haber tomado los ducados, y pensaba si sería bueno dexarlos. Mas al fin se determinó de gastarlos largamente en los que se ofrescían, que ordinariamente eran pobres. Y hízolo de manera, que cuando después llegó a Venecia, no llevaba más que algunos catrines, que aquella noche le fueron necesarios».

El viaje a Venecia

Salió de Roma el 13 ó 14 de abril. Le esperaban por delante no menos de 600 kms. que había de hacer a pie, comiendo mal y durmiendo peor, ya que en las ciudades le era difícil entrar por los cordones sanitarios con que se defendían de los contagios. Cerca de un mes tardaría en hacer ese recorrido.

«Todavía por este camino hasta Venecia, por las guardas que eran de pestilencia, dormía por los pórticos; y alguna vez le acaeció, en levantándose a la mañana, topar con un hombre, el cual en viendo que le vio, con grande espanto se puso a huir, porque paresce que le debía de ver muy descolorido»

Cuerpo flaco y agotado, palidez amarillenta en el rostro, barba descuidada y pelo crecido y despeinado, es natural que lo imaginaran un fantasma salido del sepulcro, o por lo menos un apestado. La ruta debió de ser por Spoleto (Umbría), subiendo por cerca de Rímini hasta Ravenna y Ferrara.

«Caminando ansí llegó a Choza *(Chioggia, puerto situado en la extremidad meridional de la laguna veneciana)*, y con algunos compañeros que se le habían ajuntado, supo que no les dexarían entrar en Venecia; y los compañeros determinaron ir a Padua para tomar allí cédula de sanidad, y ansí partió él con ellos; mas no pudo caminar tanto, porque caminaban muy recio, dexándole, cuasi noche, en un grande campo».

¡Cómo estaría aquel pobre peregrino, que siempre, no solamente en su juventud, mas también en tiempos posteriores se preció de ser —y lo era— un infatigable andarín! Pero Jesucristo le acompañaba en todo momento, no para ungirle de fortaleza las piernas, sino para esponjarle el corazón y colmárselo de gracia, de consolación y de aliento. El cansado peregrino lo esperaba y hallándose al anochecer, solo y abandonado en aquel grande campo,

«le aparesció Cristo de la manera que le solía aparescer, como arriba hemos dicho *(en Manresa)*, y lo confortó mucho. Y con esta consolación, el otro día a la mañana, sin contrahacer cédula, como —creo— habían hecho sus compañeros, llega a la puerta de Padua y entra sin que las guardas le demanden nada; y lo mismo le acaeció a la salida; de lo cual se espantaron mucho sus compañeros, que venían de tomar cédula para ir a Venecia denla cual él no se curó. Y llegado a Venecia, venieron las guardas a la barca para examinar a todos, uno por uno, cuantos había en ella; y a él solo dexaron.

Manteníase en Venecia mendicando, y dormía en la plaza de San Marcos; mas nunca quiso ir a casa del embaxador del emperador, ni hacía diligencia especial para buscar con que pudiese pasar *(a. T.S.)*; y tenía una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo para ir a Hierusalem; y ésta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que le ponían le podían hacer dubdar»

Por aquellos mismos días de mayo se dejaron ver en la Ciudad de las

lagunas dos peregrinos alemanes, que tenían por nombre Pedro Füssli, de Zurich, fundidor de campanas, y Felipe Hagen natural de Estrasburgo. Uno y otro nos han dejado sendos *Diarios* en sus respectivos dialectos suizo y estrasburgense.

Tanto Füssli como Hagen pasan los días de Venecia contemplando admirados las maravillas de la Reina del Adriático: los grandes y lujosos templos; los enormes almacenes y talleres del Arsenal, donde se guardan las armas y todos los requisitos que usarán las naves en estado de guerra; la solemne entrada del Dux Andrea Gritti (21 de mayo), tan distinguido en la política como en las campañas militares, y los tradicionales desposorios del Dux con el mar Adriático (31 de mayo), matrimonio simbólico y festivo que se hacía arrojando al mar desde el buque Bucéfalo un anillo de oro y piedras preciosas; la fiesta del Corpus Christi, que aquel año cayó el 4 de junio, y en cuya solemne procesión no podían faltar los peregrinos, con sus vestiduras características, en unión con los concejales de la ciudad, las autoridades civiles y los diplomáticos extranjeros, el patriarca, el clero, y cofradías con sus banderas. La gran plaza de San Marcos hormigueaba de gente aclamando a Cristo Sacramentado portado en la custodia por un sacerdote.

Nada de todo esto lo recuerda Iñigo en su *Autobiografía*. ¿Lo recordaría acaso en aquel *Diario* que en forma de carta larga redactó a su regreso de Tierra Santa, comunicando a Inés Pascual y a su hijo las cosas más notables que había contemplado en peregrinación a Palestina? La relación (*commentariolum* la llama Ribadeneira) conservada como reliquia algún tiempo, desafortunadamente no ha llegado hasta nosotros. Dueños los turcos del Oriente Próximo, habían otorgado a la Señoría de Venecia la autorización para organizar una vez al año la peregrinación de los occidentales a Palestina.

Cómo la providencia de Dios arregló las cosas para que Iñigo alcanzara gratis y sin dificultad el pasaje en una nave veneciana, nos lo refiere él mismo en su *Autobiografía:*

> «Un día le topó un hombre rico español (*hispanum et quidem cantabrum*, puntualiza Polanco) y le preguntó lo que hacía y dónde quería ir: y sabiendo su intención, lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se aparejó la partida. Tenía el peregrino esta costumbre ya desde Manresa, que cuando con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y

acabada la comida, lo hacía.

Y ésta fue la causa por que el hombre de bien con toda su casa se aficionaron a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella; y el mismo huésped lo llevó al Duque *(Dux)* de Venecia para que le hablase, *id est*, le hizo dar entrada y audiencia. El Duque, como oyó al peregrino, mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Cipro»

Muchísimos eran los peregrinos que aquel año vinieron a embarcarse en Venecia, pero la mayoría renunciaron al viaje, al enterarse de la difícil situación que se les creaba y de los peligros que corrían a causa de la conquista de la Isla de Rodas (24 diciembre 1522) por Solimán el Magnífico. No se desanimó Iñigo, quien repetía una y otra vez que «aunque una sola barca pasase aquel año a Jerusalén, nuestro Señor le había de llevar en ella» *(Ribad.)*

El embarque

Un peregrino suizo, por nombre Hans Stock, que en 1519 peregrinó a Palestina, escribía: «El peregrino que quiera ir a Tierra Santa, tiene que ir equipado con las siguientes cosas: primero, confesarse y recibir el Santísimo Sacramento; *(segundo)* tener permiso del papa y *(tercero)* consentimiento de su mujer; si esto no hace, incurre en excomunión; nadie en Jerusalén le dará informaciones, si no es el Padre Guardián de los franciscanos. El peregrino que quiera visitar el Santo Sepulcro, tiene que llevar en su equipaje tres cosas: primero fe, segundo paciencia, y en tercer lugar dinero; un peregrino debe tener 300 ducados, la mitad en moneda de Venecia, la otra mitad de Hungría, por lo menos. En Venecia debe proveerse de monedas, que en Tierra Santa tengan valor entre los paganos y los turcos».

Y pasa a enumerar los pertrechos que debe transportar consigo. Copiamos una página por pura curiosidad, pues no es verosímil que él llevase en el barco todo ese almacén de cosas.

«El peregrino debe tener todo el avío que aquí pongo: un buen sombrero de peregrino; una manta o cobertor de lana; dos gorras (una de seda negra), tres camisas (una de lana), tres pañuelos, un par de pantalones de lana, otro par sea de pantalones ligeros y otros anchos de tela de Arras; un jubón, un par de botas fuertes, un par de zapatos, un pañuelo para el cuello, un peine, una faltriquera, una toalla, una docena de agujetas, un cinturón, un buen manto de peregrino con capucha, un saco de peregrino, una

botella, un plato, un encendedor, velas de cera, escribanía y papel, un calendario que señale los días, un libro de oraciones, una caja bien hecha que no se haga pedazos, porque el mar se agita con olas impetuosas. También debe llevar el peregrino un colchón, dos o cuatro pañuelos de lino, dos cojines de cuero, aguja e hilo, un cepillo, pan y vino, mazapán o pasta dulce, vino ácido tinto y blanco, tres botellas, quesos y electuarios rosados, carne y pescado secos...» Y para no fastidiar al lector le ahorramos otras veinte cosas que vienen detrás.

Y no se olvida de recomendar a los peregrinantes la virtud de la caridad, la tranquilidad, la humildad y el no jactarse de sus bienes. «Será temeroso de Dios, hará todos los días oración a Dios, y en llegando al país irá a la Misa y visitará las iglesias siempre que pueda, rogando al Señor y a su digna Madre María y a todos los santos, que fielmente le protejan en mar y tierra, porque la vida y la muerte están juntas en el mar»[64].

De mucho más interés para nosotros son los diarios, arriba mencionados, escritos también en dialectos alemanes: los de Pedro Füssli, de Zurich, y Felipe Hagen, de Estrasburgo. Lo excepcional y llamativo es que los dos diaristas hicieran el viaje en la misma peregrinación que Iñigo de Loyola (año 1523), aunque sin sospechar quién era aquel santo mendigo; no pudieron hablarse, porque ellos no conocían el español, ni Iñigo el alemán. Pero juntos convivieron muchos días. Sabemos que Peter Füssli, miembro del Gran Consejo de Zurich, era hombre sinceramente religioso, que más adelante se opuso con valentía a los zuinglianos; de Hagen no tenemos noticias.

Al trazar el inventario de las provisiones, no fantasean como Stockar, sino que exponen con sobriedad lo que llevan a bordo: tres barriles de vino, una buena porción de queso de Piacenza, jamón, carne salada de puerco, salchichas, lenguas ahumadas, 150 huevos, gallos y gallinas vivos, en un cajón calado, cebollas, ciruelas, sal, azúcar, algunos vasos, platos y fuentes, algunos medicamentos, pólvora de fusil; cada uno llevaba su estera, colchón, almohada, sábanas y cubiertas. Y no faltaban algunos libros, entre otros una Biblia en alemán, que probablemente sería una traducción del siglo XIV, publicada en Estrasburgo en 1466 por el impresor

[64] HANS STOCKAR, *Christ, Pilgrim, Ratshert* (Erlangen 1951) 1.2. Editado y puesto en alemán moderno por Walter von Stockar, descendiente del autor. Hans Stockar era entonces buen católico, devoto de la Virgen y de los santos, pero a la vuelta se mezcló en las revueltas religiosas de Suiza, pasándose al partido de los «reformadores». Otros *Diarios*, menos próximos al viaje de Loyola los cita y utiliza J. BRODRICK, *S. Ignatius Loyola*. *The Pilgrim Years* (Londres 1956) cap.5.

alsaciano Juan Mentelin y reimpresa trece veces antes que apareciese en 1534 la Biblia completa de Lutero.

Advierte Füssli que también los cuatro españoles salieron juntos a hacer compras en Venecia. Pero serían los otros tres los compradores; a Iñigo le bastaba la confianza en Dios y la limosna ocasional que le dieran los demás. De los cuatro españoles uno era sacerdote, que sabía algo de alemán y podía entenderse con Füssli, otro se llamaba Diego Manes, comendador de la Orden de San Juan de Jerusalén, que iba acompañado de un doméstico; el cuarto era Iñigo.

Por el mar Adriático y el Egeo

Dos eran los navíos aparejados para zarpar hacia Oriente: la «Nave Peregrina», nombre que recibía cada año la que recogía el mayor número de peregrinos, y otro barco mercante, fuerte y poderoso, capitaneado por Benedetto Ragazzoni, el cual se hacía pagar por el viaje de ida y vuelta 26 ducados (a Iñigo se lo perdonaron por intercesión del Dux). Esta gran nave llevaba 19 cañones y una tripulación de 32 hombres. Era al decir de Füssli, pasajero en ella —«el mejor navío que jamás había ido de Venecia para Tierra Santa»[65].

Llamábase «la Negrona» y en ella hacía su viaje Sier Nicolo Dolfin, recién nombrado gobernador de Chipre, con residencia en Famagusta. Con él viajaba Iñigo. La absoluta indigencia de nuestro peregrino se agravó con la enfermedad en el momento de partir. Trece peregrinos habían salido en la nave peregrina, que zarpó primero, según recuerda el autor de la *Autobiografía*:

> «Ocho o nueve quedaban para la de los gobernadores; la cual estando para partirse, le viene al nuestro peregrino una grave enfermedad de calenturas; y después de haberle tratado mal algunos días, le dexaron, y la nave se partió el día que él había tomado una purga. Preguntaron los de casa al médico, si podría embarcarse para Hierusalem, y el médico dixo que, para allá ser sepultado, bien se podría embarcar. Mas él se embarcó y partió aquel día; y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fue del todo comenzando a sanar».

El 14 de julio de 1523 estaban todos en la nave, la cual no debió de desplegar las velas hasta la mañana siguiente, entre 6 y 7, y aun entonces

[65] P. FUSSLI, *Warhafte Beschrybung* 152. F. Hagen no hizo el viaje en esta nave, sino en «la nave Peregrina».

con suma dificultad, porque no soplando el viento, la mar estaba en calma chicha, y la nave no llevaba remeros. El 16 con la brisa de la tarde pudo acelerar la marcha y costeando la Dalmacia, con una escala en Rovigno, columbraron el primero de agosto el puerto de Valona (Albania meridional); el 3 la isla de Zante, el 5 la de Cérigo (antigua *Cythera* en el Egeo). El 11 pasaron a la altura de Rodas y el 13 por la noche llegaron a Chipre, mas no desembarcaron hasta el día siguiente en el puerto de Famagusta.

Nada le molestó tanto a nuestro peregrino en esta travesía como el ver los pecados de homosexualidad que se cometían en el barco.

> «En esta nave *(la Negrona)* se hacían algunas suciedades y torpezas manifiestas, las cuales él reprehendía con severidad. Los españoles que allí iban le avisaban no lo hiciese, porque trataban los de la nave de dexarlo en alguna ínsula. Mas quiso nuestro Señor que llegaron presto a Cipro, a donde, dexada aquella nave, se fueron por tierra a otro puerto, que se dice las Salinas, que estaba diez leguas de allí, y entraron en la nave pelegrina, en la cual tampoco no metió más para su mantenimiento que la esperanza que llevaba en Dios, como había hecho en la otra».

En Famagusta dejaron la nave Negrona y por tierra se trasladaron al puerto de Salinas (hoy Lárnaca) donde el 19 de agosto se agregaron a los demás peregrinos, para proseguir juntos el viaje hasta Palestina.

Nos revela Iñigo en su *Autobiografía* que también aquellos días vino a consolarle milagrosamente la presencia de Cristo, no la aparición imaginativa de la figura del Salvador, sino un símbolo maravilloso que le hacía sentir vivamente la presencia confortadora de Jesús.

> «En todo este tiempo —dice— le aparescía muchas veces nuestro Señor, el cual le daba mucha consolación y esfuerzo; mas parescíale que vía una cosa redonda y grande, como si fuese de oro, y esto se le representaba después de partidos de Chipro».

El 19 por la tarde, aunque el viento no se mostraba favorable, los 21 peregrinos abandonaron el puerto de Salinas para llegar a la vista de Jaffa el 22 de agosto; pero hubieron de retroceder un poco, porque el viento les era contrario. El 25 de agosto, martes, pudieron divisar muy cerca de sus ojos la ciudad de Jaffa (o Joppe, hoy puerto de Tel Aviv), y esta vista les causó tal alegría, que agrupándose en popa los peregrinos, según costumbre, entonaron exultantes de gozo el *Te Deum* y la *Salve Regina*.

Mas a nadie se permitió pisar tierra hasta el lunes, 31 de agosto. Les parecía estar ya contemplando la Ciudad tan anhelada de Jerusalén, que sólo distaba 50 Km. Era costumbre entrar en la Santa Ciudad a lomo de jumento; y así lo haría Iñigo, pensando en que Jesús entró de la misma forma, cuando iba a la Pasión.

> «Y caminando para Hierusalem en sus asnillos, como se acostumbraba, antes de llegar a Hierusalem dos millas, dixo un español, noble, según parecía, llamado por nombre Diego Manes, con mucha devoción a todos los peregrinos, que pues de ahí a poco habían de llegar al lugar de donde se podría ver la santa ciudad, que sería bueno todos se aparejasen en sus consciencias, y que fuesen en silencio. Y pareciendo bien a todos se empezó cada uno a recoger, y un poco antes de llegar al lugar donde se veía, se apearon, porque vieron los frailes con la cruz, que les estaban esperando. Y viendo la cibdad, tuvo el pelegrino grande consolación; y según los otros decían, fue universal en todos, con una alegría que no parecía natural; y la misma devoción sintió siempre en las visitaciones de los lugares santos».

Nada dice la *Autobiografía* de la brutalidad y desprecio con que al llegar a Ramleh (20 Km. de Jaffa) el emir de aquella ciudad con sus 500 jinetes beduinos maltrató y despreció a los peregrinos, ni del exceso arbitrario de los impuestos, ni de las formalidades inútiles que les obligó a cumplir, complaciéndose en vejar y fastidiar a aquellos extranjeros indefensos.

En la tierra del Señor

No se ha estudiado bastante el alto significado que tiene en la vida de Iñigo de Loyola la peregrinación a los Santos Lugares de Jerusalén. Sin el atractivo de Tierra Santa, apenas se explican los orígenes de la Compañía de Jesús. Lo veremos a su tiempo, en París.

Por fin el viernes 4 de setiembre pudieron los viajeros saludar con júbilo a Jerusalén. Inmediatamente fueron conducidos por los frailes franciscanos al convento de Monte Sión, donde refocilaron sus cuerpos fatigados con una ligera refección; de allí fueron llevados al humilde y decaído Hospital de San Juan, donde por dos *marchetti* podían hallar económico hospedaje[66].

Los franciscanos, custodios de Tierra Santa, eran los encargados de orientar a los peregrinos en lo concerniente al albergue, precios, guías,

[66] El marchetti era una moneda veneciana de poco precio, equivalente al *soldo*.

itinerario, etc.

Siendo escasísimas las noticias que Iñigo, enteramente absorto en sus altas contemplaciones, nos ha dejado de cada uno de los lugares santos, que besó con sus labios y bañó con sus lágrimas, nos tenemos que limitar a una simple enumeración de los sitios que recorrería él con sus compañeros de peregrinación. Los hijos de San Francisco, de acuerdo con las autoridades turcas, habían programado perfectamente el recorrido de cada día. Ir a la desbandada estaba prohibido, y era peligroso. Iñigo se sometió a lo establecido, sin merma de la devoción individual.

Sabemos que escribió cartas a sus amistades de Barcelona, dándoles cuenta de lo que había visto y de cuanto le había ocurrido en aquellas lejanas tierras. Su biógrafo Ribadeneira tuvo la suerte de leer una relación de todo el viaje; con ella ante los ojos escribió años adelante estas palabras:

> «Hallo en un papel escrito de mano de nuestro B. Padre Ignacio, que a los 14 del mes de julio del año de 1523 se hizo a la vela y salió de Venecia... El postrer día del mes de agosto llegó a Jaffa. Y a los 4 de setiembre, antes del mediodía, le cumplió nuestro Señor su deseo y llegó a Jerusalén, que de la particularidad con que el mismo Padre escribió todo esto de mano, se puede aún sacar su devoción, y la cuenta que llevaba en sus pasos y en las jornadas que hacía. No se puede explicar el gozo y alegría que nuestro Señor comunicó a su ánima, con sola la vista de aquella santa ciudad, y cómo le regaló con una perpetua y continua consolación todo el tiempo que estuvo en ella, visitando particularmente, y regalándose en todos aquellos lugares, en que hay memoria haber estado Cristo nuestro Señor.»

Lo que a Ribadeneira no le perdonamos es que no nos copiara íntegra la relación del viaje, siquiera en apéndice: pero cada edad tiene sus métodos.

Del *Diario* del suizo Peter Füssli —demasiado escueto, pero preciso — se deduce que al día siguiente de llegar a la Ciudad Santa dedicaron la jornada del sábado, 5 de setiembre, a venerar todos los parajes más próximos. Oyeron Misa en el convento franciscano de Monte Sión, y luego fueron en procesión, con las velas encendidas en las manos, al Cenáculo en que Cristo lavó los pies de sus discípulos e instituyó la Eucaristía; vieron la columna de la flagelación, la casa donde se cree bajó el Espíritu Santo el día de Pentecostés, y también la que recuerda la Dormición o muerte de la Virgen; por la tarde fueron en procesión a la iglesia del Santo Sepulcro, rica de mármoles, que perpetuaba el recuerdo de la gloriosa Resurrección

del Señor; dentro de su recinto durmieron todos bajo llave aquella noche. Y al amanecer el día 6 se confesaron y comulgaron; descansaron en el «Hospital de San Juan» y por la tarde hicieron devotamente el *via crucis* con sus catorce estaciones, desde la casa de Pilato hasta el Calvario. El 7 visitaron Betania y el Monte de los Olivos, siempre guiados por los frailes franciscanos y vigilados por soldados turcos; el 8 y 9 no salieron de Belén: el 10 bajaron al valle de Josafat y al torrente Cedrón. Podemos imaginar las lágrimas de Iñigo en el huerto de Getsemaní, con Cristo agonizante. El 11 por la tarde volvieron a la iglesia del Santo Sepulcro, en donde nuevamente cerrados con llave pernoctaron; el 12 y el 13 fueron días de descanso. Y el 14 por la tarde, montados en sus asnillos y guiados por treinta soldados turcos, salieron a ver Jericó y el Jordán. Todos bebieron agua, pero sólo algunos se lavaron las manos y la cara con prisa, porque el turco urgía. Luego regresaron al trote a Jerusalén por el camino pedregoso de Jericó, sufriendo ahora como siempre los malos tratos de los turcos. Los españoles, que con Iñigo eran cuatro, y los suizos, que eran tres, quisieron subir al monte de las Tentaciones y del ayuno de nuestro Señor, pero sólo se les permitió llegar a la ladera. Se ignora lo que hicieron en Jerusalén durante los ocho días del 15 al 23 de setiembre, ya que se les prohibió salir a la calle por miedo a una tropa de 500 jenízaros venidos de Damasco. De la visita a Galilea, ni pensar. De modo que Iñigo hubo de regresar sin poder ver Nazaret ni el lago de Tiberiades.

Reverenciando aquellos lugares, Iñigo se sentía feliz, porque habiendo sido pisados por la santísima humanidad de Cristo —explica Ribadeneira— «parece que echan de sí fragancia y olor de devoción y santidad, y llamas de aquel inestimable amor que nos mostró, en lo que en ellos padeció y obró» (I,11).

El peregrino que tanto había meditado en los misterios y milagros realizados por el Salvador en las calles y alrededores de Jerusalén, del Olivete al Calvario, volvería con la imaginación a saborear los sentimientos de gozo, de dolor y de gloria que había experimentado en aquellos lugares más santos, en que había sentido vivamente la presencia y la compañía amorosa de su Señor. En los *Ejercicios* no hay pinceladas históricas o descriptivas de lo que contempló en Tierra Santa; prefirió el silencio antes que repetir los apócrifos relatos que allí escucharía.

Cuando estaba en Manresa se complacía en imaginar que su futura vida de apostolado, a imitación de la de Cristo y sus doce apóstoles, podía tener principio allí donde el Señor había predicado y donde el Espíritu

Santo había descendido en lenguas de fuego sobre el Colegio apostólico. Este pensamiento le parecía ahora tan factible y oportuno, que no vaciló en comunicarlo a uno de los superiores franciscanos.

> «Su firme propósito era quedarse en Hierusalem, visitando siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, ultra desta devoción, de ayudar las ánimas; y para este efecto traía cartas de recomendación para el guardián, Las cuales le dio, y le dixo su intención de quedar allí por su devoción; mas no la segunda parte, de querer aprovechar las ánimas, porque esto a ninguno lo decía, y la primera había muchas veces publicado.
>
> El guardián le respondió que no veía cómo su quedada pudiese ser, porque la casa estaba en tanta necesidad, que no podía mantener los frailes, y por esa causa estaba determinado de mandar, con los pelegrinos, algunos a estas partes. Y el peregrino respondió que no quería ninguna cosa de la casa, sino solamente que, cuando algunas veces el viniese a confesarse, le oyesen de confesión. Y con esto el guardián le dixo que de aquella manera se podría hacer; mas que esperase hasta que viniese el provincial (creo que era el supremo de la Orden en aquella tierra), el cual estaba en Belem. Con esta promesa se aseguró el pelegrino, y empezó a escribir cartas para Barcelona para personas espirituales... Víspera de la partida de los pelegrinos, le vienen a llamar de parte del provincial y del guardián porque había llegado».

La voz del superior es la de Dios

El amor ardiente a la persona de Cristo y el deseo inflamado de seguirle e imitarle le habían impulsado a vencer todas las dificultades para realizar su ilusionado viaje a Tierra Santa. Allí podría contemplar despacio y a su sabor la Judea y Galilea, cuyos caminos recorrió mil veces Jesús de Nazaret; allí podría ver —así lo creía él, y así lo recomendó en la meditación del Rey temporal— «ver con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos, por donde Cristo nuestro Señor predicaba».

Este apostolado en Palestina, que él creía tan evangélico, en realidad no era más que un sueño juvenil. Por eso la negativa rotunda del superior fue para él un fuerte contratiempo, que sólo a fuerza de fe y de espíritu sobrenatural logró superar, porque la voz de Dios le habló más claro por la boca del Superior que por la propia razón y fantasía.

El 22 de setiembre, víspera de la fecha señalada para la partida, Iñigo fue llamado a comparecer ante el Provincial, Custodio de Tierra Santa, el cual le habló en términos suaves y prudentes, pero con toda su autoridad,

recibida del Romano Pontífice:

«Y el provincial le dice con buenas palabras cómo había sabido su buena intención de quedar en aquellos lugares santos; y que había bien pensado en la cosa; y que por la experiencia que tenía de otros, juzgaba que no convenía. Porque muchos habían tenido aquel deseo, y quién había sido preso, quién muerto; y que después la religión quedaba obligada a rescatar los presos; y por tanto él se aparejase de ir el otro día con los pelegrinos.

El respondió a esto que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dexarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque al provincial no le paresciese, si no fuese que le obligase a pecado, que él no dexaría su propósito por ningún temor.

A esto dixo el provincial que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les paresciese, y para descomulgar a quien no les quisiese obedescer, y que en este caso ellos juzgaban que él no debía de quedar, etc.».

La insistencia de Iñigo demuestra lo arraigada que llevaba en el alma la idea de una nueva vida —y vida de carácter misionero y apostólico— en el propio país que había sido cuna del Cristianismo. Los peligros que el Padre franciscano le representaba de ser preso por los turcos, dominadores del país, no le arredraban lo más mínimo. Sería un gozo para él sufrir prisión y muerte por amor de su Señor y Redentor. Las razones humanas no tenían aquí valor alguno. Pero Iñigo cedió inmediatamente, sometiendo su juicio, apenas le insinuaron que quien se lo mandaba hablaba en nombre y con autoridad del Vicario de Cristo.

«Y queriéndole mostrar las bulas, por las cuales le podían descomulgar, él dixo que no era menester verlas; que él creía a sus Reverencias; y pues que ansí juzgaban con la autoridad que tenían, que él les obedescería.

Y acabado esto, volviendo donde antes estaba, le vino grande deseo de tornar a visitar el monte Olivete antes que se partiese, ya que no era voluntad de nuestro Señor que él quedase en aquellos santos lugares. En el monte Olivete está una piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún agora las pisadas impresas; y esto era lo que él quería tornar a ver. Y así, sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren grande peligro), se descabulló de los otros, y se fue solo al monte Olivete. Y no lo querían dexar entrar las guardas. Les dio un cuchillo de las escribanías que llevaba. Y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betphage; y estando allá, se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie

derecho, o a qué parte el esquierdo; y tornando allá creo que dio las tijeras a las guardas para que le dexasen entrar».

Mientras Iñigo, satisfecha su devota curiosidad, volvía tranquilamente al convento, los frailes echándole de menos se alarmaron. ¿No le habría ocurrido alguna desgracia o atropello mayor de parte de los soldados turcos? Y mandaron a un cristiano de rito siríaco, que fuese en su búsqueda por las calles.

«Cuando en el monasterio se supo que él era partido así sin guía, los frailes hicieron diligencias para buscarle; y así descendiendo él del monte Olivetc, topó con un *cristiano de la cintura*, que servía en el monasterio, el cual con un grande bastón y con muestra de grande enojo hacía señas de darle. Y llegando a él, trabólo reciamente del brazo, y él se dexó fácilmente llevar. Mas el buen hombre nunca lo dexasió».

Una vez más, el Señor tuvo misericordia de aquel su caballero, que se dejaba arrastrar por las calles como un siervo infiel; y éste por su parte gozando de parecerse a su Señor, que por las calles de Jerusalén se dejó arrastrar el día de Viernes Santo.

«Yendo por este camino, así asido del *cristiano de la cintura*, tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parescía que vía Cristo sobre él siempre. Y esto, hasta que allegó al monasterio, duró siempre en grande abundancia».

Con estas visiones y otras semejantes la peregrinación se le hacía dulce y amable, peregrinación que a los ojos de la carne no era más que un rosario de espinas, trabajos y molestias; pero que a él le parecía un caminar paradisíaco, sabiendo que el Salvador velaba por él y amorosamente le acompañaba.

El regreso de Tierra Santa

Eran las diez de la noche del 23 de setiembre. Iñigo se ha despedido de Jerusalén con ojos húmedos de lágrimas. Nunca jamás se le olvidarán los veinte días de ejercicios espirituales que había hecho en la patria terrena de Jesús. Acompañados por unos arrieros, a quien los peregrinos han alquilado los burrillos de costumbre para el viaje hasta Ramleh, se ponen en marcha en la oscuridad. A eso de la media noche se ven asaltados por una tropa de beduinos, vestidos de blanco, que con fuertes alaridos se lanzan contra ellos, queriendo despojarlos de sus pertrechos y

municiones. Aceleran el viaje y en Ramleh se encuentran con que el emir, como un bandolero más, les exige a cada peregrino un ducado y una prenda de vestir. Niéganse a pagar nada. Y encerrados en un lugar infecto, que se decía *cellaria San Petri*, pasan varios días casi muertos de sed, porque no había más agua que la extraída de una cisterna. Consiguen por fin llegar a Jaffa y en la noche del 3 de octubre, la «nave peregrina», parte para Chipre. Del 8 de octubre en adelante escasea y aún falta el agua potable. Hubo días en que les daban a beber un agua maloliente mezclada con vinagre. Por fin atracan en el puerto de Salinas (Lárnaca) el día 14.

> «Llegados a Cipro, los pelegrinos se apartaron en diversas naves. Había en el puerto tres o cuatro naves para Venecia. Una de turcos, y otra era un navío muy pequeño, y la tercera era una nave muy rica y poderosa de un hombre rico veneciano. Al patrón desta *(Girolamo Contarini)* pidieron algunos pelegrinos quisiese llevar el pelegrino; más él, como supo que no tenía dineros, no quiso, aunque muchos se lo rogaron, alabándolo *(como santo)*, etc. Y el patrón respondió que, si era santo, que pasase como pasó Santiago, o una cosa símile. Estos mismos rogadores lo alcanzaron muy fácilmente del patrón del pequeño navío».

No se embarcó Iñigo en la gran nave «Negrona», porque ésta había partido unos diez días antes. El nombre del «pequeño navío» cuyo patrón dio bondadosamente pasaje gratuito al peregrino, nos es desconocido. Como el arreglo de negocios procedía con lentitud, muchos de los pasajeros se dieron a visitar la isla, en cuya llanura central abría sus comercios e iglesias a los visitantes de la ciudad capitolina, Nicosia. Consta que algunos de nuestros peregrinos visitaron la iglesia de los franciscanos.

A principios de noviembre las tres naves se habían hecho a la mar rumbo a Italia:

> «Partieron un día con próspero viento por la mañana, y a la tarde les vino una tempestad, con que se despartieron unas de otras, y la grande se fue a perder junto a las mismas islas de Cipro, y sólo la gente salvó; y la nave de los turcos se perdió, y toda la gente con ella, con la misma tormenta. El navío pequeño pasó mucho trabajo, y al fin vinieron a tomar una tierra de la Pulla *(Puglia, SE de Italia)*. Y esto en la fuerza del invierno, y hacía grandes fríos y nevaba. Y el pelegrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo.
>
> Llegó a Venecia mediado enero del año 24, habiendo estado en el mar

desde Cipro todo el mes de noviembre y deciembre, y lo que era pasado de enero. En Venecia le halló uno de aquellos dos que le habían acogido en su casa antes que partiese para Hierusalem, y le dio de limosna 15 ó 16 julios y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces, y le puso sobre el estómago por el gran frío que hacía».

De Venecia a Génova. «Quid agendum?»

Se comprende que Iñigo, desde la salida de Jerusalén, estuviese pensativo pidiendo luz al Señor, que le iluminase su porvenir. Se hallaba como el capitán de un navío, que en medio de la tormenta ha perdido la brújula, y la oscuridad le impide ver el Norte. En la Ciudad de las lagunas no podía quedarse mucho tiempo a la buena ventura.

«Después que el dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Hierusalem, siempre vino consigo pensando *quid agendum*, y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona. Y así se partió de Venecia para Génova».

Fue un gran acierto el propósito de emprender los estudios. Esto le encaminaba hacia el sacerdocio, y con él es claro que su anhelado ministerio apostólico sería más amplio, más alto, más eficaz. Para iniciar estudios en una Universidad, no tenía aun preparación suficiente. Tenía que empezar por la gramática latina, de la que si acaso en Loyola y Arévalo había recibido de algún preceptor una levísima tintura, se le había ya desleído casi totalmente. El grupo de amigos que había conocido en Barcelona le sabrían aconsejar y le ayudarían con sus limosnas.

Con la entrada de febrero los rigores del invierno empezaron a mitigarse. Iñigo, tomando su hatillo y su bastón, se dispuso a atravesar, con su pie mal curado, la península italiana de Este a Oeste. Por la ruta del Sur llegó a Ferrara, donde dio muestras de su absoluto desprendimiento del dinero.

«Estando un día en Ferrara en la iglesia principal, cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dio un marquete, que es moneda de 5 ó 6 cuatrines. Y después de aquel vino otro, y le dio otra moneda que tenía, algo mayor. Y al tercero, no teniendo sino julios, le dio un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo que traía. Y al fin vinieron muchos pobres juntos a pedir limosna. El

respondió que le perdonasen, que no tenía más nada».

Saliendo de Ferrara, siguió la línea del Po, río arriba, y acaso pasando a la otra orilla pisó tierras de Lombardía, donde los ejércitos de Carlos V y de Francisco I se disputaban el Milanesado. Un año más tarde el rey de Francia caería allí cerca prisionero de los españoles. Es fácil imaginar los peligros que corre un desconocido, cubierto de harapos, que se acerca merodeando a un campamento de tropas, con apariencias inocentes y palabras ingenuas, pero quizá explorando secretos militares, por eso fue muy prudente el consejo que recibió Iñigo, aunque él no lo quisiera seguir.

> «Halló en el camino unos soldados españoles, que aquella noche le hicieron buen tratamiento; y se espantaron mucho cómo hacía aquel camino, porque era menester pasar cuasi por medio de entrambos los exércitos, franceses y imperiales, y le rogaban que dexase la vía real, y que tomase otra segura que le enseñaban. Mas él no tomó su consejo, sino caminando su camino derecho, topó con un pueblo quemado y destruido, y así hasta la noche no halló quien le diese nada para comer».

Excusemos la conducta del peregrino, porque él no se guiaba por razones humanas y aceptaba con gusto, anticipadamente, todo cuanto le podía sobrevenir. Lo que para un cualquiera sería una tribulación insoportable, para aquella alma endiosada era una prueba ascético-mística que le haría más semejante a Cristo y más encendido en su amor. Y la prueba vino:

> «Cuando fue a puesta de sol, llegó a un pueblo cercado, y las guardas le cogieron luego, pensando que fuese espía; y metiéndole en una casilla junto a la puerta, le empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospecha; y respondiendo a todas las preguntas que no sabía nada. Y le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, para ver si llevaba alguna letra. Y no pudiendo saber nada por ninguna vía, trabaron dél para que viniese al capitán, que él le haría decir. Y diciendo él que le llevasen cubierto con su ropilla, no quisieron dársela, y lleváronle así con los zaragüelles y jubón arriba dichos».

Vos y no Señoría

Con vestiduras que parecían de burla y afrenta, aquel noble caballero, que podría liberarse con sólo decir su nombre y la nobleza de su estirpe, prefirió sufrir la humillación y vergüenza, marchando así a la casa del

capitán que le había de juzgar, como Cristo a la presencia de Pilato. Y luego llega a fingir que es un tonto o loco, para que le tengan por tal. Pero la consolación divina inundaba su alma, como en tantas otras ocasiones similares. El nos lo cuenta con palabras sencillas.

> «En esta ida tuvo el pelegrino como una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque no fue visión como las otras. Y fue llevado por tres grandes calles; y él iba sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento. El tenía por costumbre de hablar a cualquiera persona que fuese, por *vos*, teniendo esta devoción, que así hablaba Cristo y los apóstoles etc. Yendo así por estas calles, le pasó por la fantasía que sería bueno dexar aquella costumbre en aquel trance y hablar por *Señoría* al capitán, y esto con algunos temores de tormentos que le podían dar etc. Mas como conoció que era tentación, pues así es, dice, yo no le hablaré por *Señoría*, ni le haré reverencia, ni le quitaré caperuza[67].
>
> Llegan al palacio del capitán, y déxanle en una sala baxa, y de allí a un rato le habla el capitán. Y el sin hacer ningún modo de cortesía, responde pocas palabras, y con notable espacio entre una y otra. Y el capitán le tuvo por loco, y ansí lo dixo a los que lo traxeron: *Este hombre no tiene seso; dalde la suyo y echaldo fuera»*.

No de otro modo fue tratado Cristo por Herodes. Pero inmediatamente cambia la escena y a los malos tratamientos suceden los agasajos. Sigue así la narración:

> «Salido de palacio, luego halló un español que allí vivía, el cual le llevó así a su casa, y le dio con qué se desayunase y todo lo necesario para aquella noche. Y partido a la mañana, caminó hasta la tarde, que le vieron dos soldados que estaban en una torre, y baxaron a prendelle. Y llevándolo al capitán, que era francés, el capitán le preguntó entre las otras cosas, de qué tierra era; y entendiendo que era de Guipusca, le dixo: Yo soy de allí de *cerca*, paresce ser junto a Bayona. Y luego digo: *Llevalde y dalde de cenar, hacelde buen tratamiento.*

A principios de marzo entraba el peregrino tierra de Liguria y se asomaba al golfo de Génova. El fin de su peregrinación estaba próximo. Barcelona lo esperaba. Lástima que de las últimas jornadas no nos contara

[67] Ibid., 432. A las personas con autoridad se les decía «Vuestra Senoría» decirles «Vuestra Merced» era rebajarles la estima, según afirma O. Alonso Enríquez de Guzmán (BAE 126, 54). Se daba el «Vos» generalmente a los que, sin ser caballeros o nobles, meren cierto respeto; el «Tú» no se empleaba sino con las personas humildes y bajas.

otras cosas interesantes. Tan sólo nos dice estas palabras:

> «En este camino de Ferrara para Génova, pasó otras cosas muchas menudas, y a la fin llegó a Génova, adonde le conosció un viscaíno que le llamaba Portando, que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte del Rey Católico. Este le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona, en la cual corrió mucho peligro de ser tomado de Andrea Doria, que le dio caza, el cual era entonces francés».

El trayecto por mar de la capital de Liguria a la de Cataluña no duraría más de 4-5 días. Iba a empezar Iñigo un género de vida muy diferente del llevado hasta ahora. Pero cómo y dónde no lo veía claro.

CAPÍTULO IX

ESTUDIANDO EL «NEBRIJA» EN BARCELONA

Serían ya las postrimerías de febrero (Cuaresma de 1524) cuando el peregrino de Tierra Santa pasó de las costas genovesas a las de Cataluña. Al entrar en Barcelona, ciudad que ya conocía suficientemente, las personas amigas que allí tenía se alborozaron de verle. Inés Pascual y su hijastro Juan (Sagristá) Pascual, algodoneros, le aseguraron en su casa perpetuo hospedaje. Pero cuando les manifestó que venía con intención de cursar estudios, empezando por la gramática latina, todos sus conocidos harían seguramente un gesto de sorpresa y admiración.

Estudiar a los 32 años bien cumplidos, un hombre que en su vida anterior había tenido muy escaso contacto con los libros ¿no tenía ribetes de chifladura? ¿Y no era un lance muy arriesgado acudir a la escuela de latinidad con los muchachos juguetones y bromistas, para arremeter luego con difíciles asignaturas que solamente los jóvenes muy estudiosos lograban dominar en las Universidades a fuerza de tiempo, laboriosidad y paciencia? Iñigo reafirmó sus propósitos y nadie se atrevió a ponerle objeciones.

Lo había pensado bien. Su regreso de Palestina había sido una desasosegada meditación, que tomaba forma de pregunta: ¿Y ahora qué hacer? *Quid agendum*. Hasta que en su corazón escuchó la respuesta: Ahora a estudiar. ¿Para qué? «Para poder ayudar a las ánimas». Tal era su más encendido anhelo. Descubrió sus planes a la distinguida señora Isabel Rosés, a quien ya conocemos, la cual le presentó al bachiller jerónimo Ardévol, maestro de gramática latina en el Estudio barcelonés. «A ambos paresció muy bien, y él se ofresció enseñarle de balde, y ella de dar lo que fuese menester para sustentarse». ¿Qué más podía desear? Sólo que el peregrino, agradeciendo tales ofrecimientos, les indicó que él había pensado en un monje cisterciense del monasterio de San Pablo ermitaño, con quien había trabado amistad espiritual durante su estancia en Manresa en 1522, y en quien esperaba encontrar un excelente preceptor de latín, a la vez que prudente consejero de su espíritu.

«Tenía el pelegrino en Manresa —así nos refiere la *Autobiografía*— un fraile, creo que de sant Bernardo, hombre muy espiritual, y con este deseaba estar para aprender, y para poderse dar más cómodamente al espíritu, y aun aprovechar a las ánimas. Y así respondió que aceptaba la oferta, si no hallase en Manresa la comodidad que esperaba. Mas ido allá, halló que el fraile era muerto; y así vuelto a Barcelona, comenzó a estudiar con harta diligencia»[68].

En casa de un cordonero

Con la tenacidad y constancia que ponía en todo se entregó plenamente a los estudios elementales, difícilmente tolerables a un muchacho de doce años, cuánto más a un hombre maduro.

«Estudió gramática en mi casa –testifica Juan Pascual en los Procesos — y tuvo siempre a su disposición la librería que en ella teníamos del dicho Antonio Pujol, mi tío, que era muy copiosa, curiosa y rica... En esta casa... le favorecían y visitaban lo mejor de Barcelona por la gran fama de santidad y caridad que tenía. En particular le favorecía para hacer limosnas doña Estefanía de Requesens, hija del Conde de Palamós y mujer del Comendador mayor de Santiago, don Juan de Requesens, abuela de doña Mencía de Requesens y Zuñiga, Marquesa de los Vélez que fue, y Condesa de Benavente que hoy es; doña Isabel de Boxadós, doña Guiomar Gralla, y doña Isabel de Jossa y otras que eran las más principales de Barcelona, y lo adoraban como un apóstol, y lo visitaban y regalaban todo lo que su humildad consentía. Confesábase con un Padre de San Francisco, que vivía en Jesús, monasterio de aquella Orden, que está fuera de las murallas de Barcelona, nombrado el Padre Fray Diego de Alcántara, gran religioso y servidor de Dios, confesor que era de mi madre».

Oía misa diariamente en su parroquia de Santa María del Mar, frecuentaba la bella catedral gótica, y especialmente la cripta de Santa Eulalia bajo el altar mayor.

El trato de Iñigo, con su halo de santidad y de misterio, ejercía no sé qué fascinación sobre las personas amantes de la religión y de la piedad. No era solamente su austeridad penitencial y su oración extática las que tenían esa fuerza magnética; era también lo distinguido y noble de su trato, connatural a Iñigo de Loyola, que no podía encubrir su condición

[68] *Autobiografía*, en FN I, 436. El monje de nombre desconocido debió de morir en la peste que asoló la ciudad de Manresa en la segunda mitad de 1521 J. MARCH, *¿Quién y de dónde era el monje naresano, amigo de S. Ignacio de Loyola?:* «Estudios Eclesiásticos» 4 (1925).

aristocrática bajo unos pobres harapos de mendigo.

Esas distinguidas damas que se honraban con altos títulos nobiliarios y le daban copiosas limosnas en especie y en metálico, no tenían reparo en venir a visitarlo en la casa pobrísima y humilde de un algodonero. Tenía éste su taller en la planta baja. Las habitaciones de dormir ocupaban el primer piso. Arriba, en el segundo piso, había un aposentillo, donde dormía el hijo de los dueños; allí se acomodó también Iñigo, en una yacija de tablas sin colchón ni sábanas. Medía aquella cámara unos 2,50 m. de larga, 2,20 m. de ancha, y de alta poco más de dos metros.

Juan Pascual, muchacho entonces de cerca de 17 años, que dormía con Iñigo en el mismo aposentillo, nos dejará muchos años después esta testificación.

> «El tiempo que estuvo en mi casa, cada noche me hablaba mil cosas de Nuestro Señor, en menosprecio del mundo y de sus bienes y estima de los verdaderos del cielo; aconsejábame la frecuencia de los sacramentos, el amor y temor a la ley de Dios y a la voluntad de mi madre. Dormía cada noche en tierra, sin acostarse en el lecho, y pasaba la mayor parte de ella en oración, arrodillado a los pies del propio lecho; bastantes noches yo lo atisbaba y veía la cámara llena de resplandor y a él arrodillado en el aire, llorando y suspirando y diciendo: *Dios mío, y cuán infinitamente sois bueno, pues lo sois para sufrir a quien es tan malo como yo*. A mí me profetizó toda mi vida y todo cuanto en ella me había de pasar».

Años adelante, en 1606, una hija de Juan, llamada Oriente Sagristá Pascual, testificaba haber oído a su padre, que algunas noches hallándose acostado se removía en la cama como si se despertase; y oyéndole el Padre Ignacio, se alzaba de la oración y aproximándose a él le decía con mucho amor y cariño: *«Hijo, ¿no dormís? Dormid, dormid»*.

Iñigo no era gravoso a sus huéspedes. Ayunaba todos los días, menos el domingo, y lo poco que comía lo mendigaba de puerta en puerta. Como si esto fuera poco, llenó de agujeros las suelas de sus zapatos para que al andar le dolieran las plantas de los pies, y redoblaba las disciplinas y cilicios, porque ya se sentía mejor de su enfermedad del estómago, aliviada tal vez por su peregrinación a Tierra Santa. A causa de esta mejoría multiplicó también sus actividades apostólicas, como la catequesis de los niños que jugaban en la calle, el rescate de mujerzuelas extraviadas, la reconciliación de personas enemigas, la dirección espiritual de gente devota que le seguía, y otras obras de celo, particularmente en los conventos. También en Barcelona, dando los Ejercicios a unos jóvenes,

ganó los primeros compañeros no definitivos: Calixto de Sa, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres.

En la escuela del maestro Ardévol

El maestro Jerónimo Ardévol se había ofrecido amablemente a darle lecciones de gramática latina, sin la cual no se le abrirían las puertas de los estudios superiores. Iñigo no era amigo de tardanzas y moratorias. Así que desde el primer día libre, quizá a principios de marzo, antes que se echase encima la Semana Santa, en el aula del maestro Ardévol apareció un alumno más, que hubiera despertado admiración y provocado miradas y sonrisas entre aquellos jovenzuelos, si el maestro no hubiera tenido palabras de respeto y alabanza para el recién venido.

¿Quién era el maestro Ardévol? Un bachiller en artes, natural de un pueblecillo de la diócesis de Tortosa, y dotado de profunda religiosidad, que tenía su escuela en el *carrer la Boria* n.3, no lejos de la casa de Inés Pascual Consta documentalmente que en el curso de 1525-26 enseñó latín en las Escuelas mayores barcelonesas, con un sueldo anual de 40 libras. Barcelona no tenía entonces Universidad (aunque en 1450 obtuvo la facultad de crearla) ni la tuvo hasta 1533. Pero surgieron las *Escuelas mayores*, por efecto de la unión de las escuelas de la ciudad con las de la catedral. Desde 1507 iban agregadas las escuelas de medicina.

Por aquellos días empezaban a cobrar notable empuje los estudios humanísticos, cuyo más ferviente promotor era el riojano Martín de Ibarra, gramático, humanista y buen poeta latino, que en 1532 fundará una academia particular de Humanidades. Cuando nuestro Iñigo llegó a la Ciudad Condal, figuraba entre los socios y colegas de Ibarra el maestro Jerónimo Ardévol.

Desde principios de siglo se notaban aires de renovación en el soñoliento *Estudi general* de Barcelona. El Humanismo llamaba alegremente a sus puertas con versos de Virgilio, aunque sin romper del todo con los autores medievales. Las *Ordenaciones* concejiles de 1508 mandaban que el catedrático de gramática escogiese como texto de los alumnos la obra gramatical del humanista Antonio de Nebrija, demasiado recargada todavía de preceptos, pero la más moderna y avanzada que entonces teníamos en España.

Las mismas *Ordenaciones* prescribían la prelección de *«lo poeta Virgili en lo Eneidos»*, aunque se dejaba al voto de la mayoría de los

estudiantes escoger, en vez de Nebrija, el *Doctrinale puerorum* de Alejandro de Villedieu, famosa gramática medieval, escrita hacia 1200 y compuesta en versos latinos (no menos de 2.645 hexámetros pedregosos), imposibles de aprender de memoria. Y en lugar de Virgilio (libro que no podía faltar en ninguna escuela) se podía leer algún año *«un altre poeta»*. También se ordenaba al maestro tener una lección del *Catón* y del *Contemptus*, con alguna otra obra que no hemos logrado identificar.

Para un Loyola no había dificultades insuperables, y menos para Iñigo cuando se trataba de la gloria de Dios. Así que rompiendo por todo —lo mismo preceptos gramaticales abstrusos que versos latinos barbáricos y ripiosos —se entregó plenamente al estudio. La memoria no le fallaba. Quizá en eso vencía a muchos de sus jóvenes condiscípulos. Pero las distracciones le vinieron por donde menos se esperaba.

> «Comenzó a estudiar —nos cuenta la *Autobiografía*— con harta diligencia; mas empedíale mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar, como es necesario en los principios de gramática, le venían nuevas inteligencias y nuevos gustos; y esto con tanta manera, que no podía decorar, ni por mucho que repugnase las podía echar. Y ansí, pensando muchas veces sobre esto, decía consigo: *Ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la Misa no me vienen estas inteligencias tan vivas»*.

Al conjugar, pongo por caso, el verbo *amo-amas-amare* (primera conjugación) su mente contemplativa se elevaría sin querer al Amor eterno e increado con inflamados sentimientos y altas inteligencias sobre el Ser divino. Y si el maestro le mandaba declinar el substantivo *rosa-rosae* (el ejemplo que pone Nebrija es *musa-musae*), Iñigo llegaría a percibir místicamente el aroma de la Rosa celestial y divina. Esto, no podía menos de producirle un gran encanto, pero su espíritu reflexivo le hizo caer en la cuenta que eso no era estudiar, sino vaguear piadosamente, y que el estudio era para él entonces urgente obligación. Se había dejado coger por las redes y ardides del demonio, transfigurado ahora en ángel de luz.

> «Y así poco a poco vino a conoscer que aquello era tentación. Y después de hecha oración se fue a santa María de la Mar, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco. Y así sentados, le declara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuán poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él hacía promesa al dicho maestro, diciendo: *Yo os prometo de nunca faltar de oíros estos dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me*

pueda mantener. Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca más tuvo aquellas tentaciones».

Añade Ribadeneira:

«Y con esto, échase a los pies del maestro y ruégale una y muchas veces muy ahincadamente que muy particularmente le tome a su cargo, y le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y azote rigurosamente como a tal, cada y cuando que le viese floxo y descuidado» (I,13).

Salieron ambos de la parroquia de Santa María del Mar, gran monumento gótico cercano al puerto: Iñigo desahogado y contento como quien acaba de confesarse; el bueno de Ardévol edificadísimo de la humildad y seriedad de aquel hombre que tan a pecho tomaba sus deberes.

Leyendo por primera vez a Erasmo

¿Tuvo lugar en Barcelona el primer encuentro de aquel estudiante de latín con los escritos de Erasmo, príncipe de los humanistas de aquella hora? Es opinión más que probable.

El gran historiador ignaciano Pedro de Ribadeneira en sus *Collectanea*, datos y apuntes para la futura biografía, borrajeados entre 1566 y 1567, no dice una palabra del encuentro de Loyola con Erasmo en Barcelona. Pero el amor a su Santo Padre le incita a la rebusca de todos los datos posibles relativos al fundador de la Compañía, interroga a los compañeros, discípulos y amigos, que aún viven, y al cabo de pocos años publica en latín la *Vita Ignatii Loiolae* (Nápoles 1572), donde ya aparece Erasmo leído por Iñigo en Barcelona, con los efectos psicológicos que en su ánimo sintió.

Traducido punto por punto, aunque con más amplio estilo, dice así en la edición castellana:

«Prosiguiendo, pues, en los exercicios de sus letras, aconsejáronle algunos hombres letrados y píos, que para aprender bien la lengua latina y juntamente tratar de cosas devotas y espirituales, que leyese el libro *De milite christiano*, que quiere decir *De Un caballero cristiano*... que compuso en latín Erasmo Roterodamo... Y entre los otros que fueron deste parecer, también lo fue su confesor. Y assí, tomando su consejo, comenzó con toda simplicidad a leer en él con mucho cuidado y notar sus frases y modos de hablar. Pero advirtió una cosa muy nueva y muy maravillosa, y es que en tomando

> este libro, que digo, de Erasmo en las manos, comenzando a leer en él, juntamente se le comenzaba a entibiar su fervor y a enfriarse la devoción. Y cuanto más iba leyendo, iba más creciendo esta mudanza. De suerte que cuando acababa la lición, le parecía que se le había acabado y helado todo el fervor que antes tenía... Y como echasse de ver esto algunas veces, a la fin echó el libro de sí».

Salta a la vista que Ribadeneira se ha informado bien, con precisión y detalle. El ambiente es claramente el de Barcelona, ya que la finalidad de la lectura es «para aprender bien la lengua latina» sin abandonar las lecturas espirituales, lo cual no responde al ambiente de Alcalá, donde también tropezó con Erasmo, pero sin leerlo, como luego veremos.

Una cosa es cierta: que Iñigo leyó algo del *Enchiridion* erasmiano. Eso ciertamente no fue en Alcalá, como veremos en el capítulo siguiente; tuvo, pues, que ser en Barcelona.

Objetan algunos que una de las personas devotas que le aconsejaron en Barcelona la lectura de Erasmo fue su confesor, el cual pudo ser fray Diego de Alcántara, franciscano, y es bien sabido que entre el gran humanista y los hijos de S. Francisco no corría buena sangre. Pero es más seguro que el confesor de nuestro maduro escolar fuese entonces Mosén Pujalt, excelente sacerdote, de quien no sabemos sino que fue amigo de Loyola y muy estimado por sus virtudes. Y como Iñigo tenía por costumbre consultar a su confesor en todo, a él acudió en demanda de consejo. ¿Que Ribadeneira, como apunta Batllori, pudo dejarse arrastrar «por las licencias que la retórica humanista otorgaba a los historiadores», y en consecuencia trasladó libremente a Barcelona un hecho ocurrido más tarde en Alcalá? No lo estimo posible, primeramente porque Ribadeneira no era de esos retóricos fáciles y de pocos escrúpulos. Recuérdese el juicio de Eduard Fueter, citado en nuestro Preámbulo. Y además, porque sabemos con qué escrupulosa crítica censuró la biografía *De vita et moribus Ignatii Loiolae* (Roma 1586) del P. Maffei, y los rumores o cuentos que recogió Araoz entre los monjes de Montserrat.

A mayor abundamiento en favor de Barcelona, podemos aquí aducir el texto de Polanco, *De vita P. Ignatii*, que es del año 1574.

En resumen, podemos dar por muy probable —casi cierta— la opinión de los que sostienen que Loyola en Barcelona leyó algunas páginas del *Enchiridion* erasmiano. De ser así, la lectura debió de tener lugar a fines de 1525, no antes, porque sólo después de un año bien corrido en sus estudios estaría el Santo en disposición de entender el clásico lenguaje la-

tino —no siempre fácil— del gran humanista. Halló sin duda frases disgustosas y afirmaciones mordicantes que, sin ser falsas, requerían explicación y en todo caso le parecerían imprudentes; pero también pudo tropezar con sentencias agudas y felices que tal vez se le quedaron en la memoria y supo eslabonarlas en la áurea cadena de sus *Ejercicios espirituales*, por ejemplo, en el «Principio y fundamento» (Indiferencia en el usó de las cosas criadas, tanto cuanto) y en la «Primera y Segunda manera de humildad».

Erasmo y Loyola, dos temperamentos tan distintos, dos mentalidades tan polarmente separadas, podían, a mi juicio, llegar a entenderse en bastantes cosas, como en la reforma del clero y de la curia romana, en la renovación de los estudios eclesiásticos y en otras muchas, atañederas al método más que a la substancia.

Reformas monásticas en la Ciudad Condal

Ya en Barcelona se preocupó Loyola de la reforma eclesiástica, preocupación que llevará en su alma toda la vida. El mismo nos asegura que ya durante sus primeros estudios le venían pensamientos reformatorios, que entonces no sabía cómo realizar:

> «Toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión, o si andaría ansí por el mundo. Y cuando le venían pensamientos de entrar en religión, luego le venía deseo de entrar en una estragada y poco reformada, habiendo de entrar en religión para poder más padescer en ella; y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos; y dábale Dios una grande confianza que sufriría bien todas las afrentas y injurias que le hiciesen».

Las Ordenes monásticas dejaban mucho que desear antes del Concilio de Trento. Mucho se había avanzado en España en el reinado de Don Fernando y Doña Isabel, especialmente en la reforma de los religiosos; algo menos en la reforma de las monjas, a pesar de los esfuerzos y la habilidad de la Reina Católica.

«La firmeza y dinamismo de los reyes, ya probada en experiencias precedentes», se aplicó rigurosamente —según un moderno historiador, bien documentado— a la reforma monástica de Cataluña. El mal era inveterado y los intereses de muchos serían vivamente afectados. Consiguientemente la resistencia había de ser fuerte. «Bien lo barruntaban ello *(los reyes)* en 1493, aunque no, tal vez, con toda la clarividencia de-

seable».

Pidieron al papa una «bula de reforma», escogieron entre lo mejor del clero visitadores íntegros y se puso en marcha la reforma. No fueron muchos los monasterios rebeldes, pero los hubo, especialmente entre las religiosas. La reina ordenaba terminantemente: «que vivan honestamente, como deben, según sus reglas, habiéndoos con las obedientes con la templanza que viereis que el caso sufre y con las desobedientes con el rigor y castigo que merecen».

Viéronse obligados los Reyes a dirigir severas amonestaciones en los años 1494-96 al lugarteniente de Cataluña, al Gobernador y a los *consellers* de Barcelona y a las justicias reales. «Reprochaban al primero su morosidad en reprimir ciertos tumultos callejeros, ocurridos con ocasión de la reforma de Santa Clara de Pedralbes, y en aplicar las sanciones correspondientes a los que entraban en los monasterios femeninos sin licencia de los visitadores... Reiteraron igualmente sus órdenes a los oficiales reales y a los prelados respecto a la visita en curso de los monasterios».

Las abadesas depuestas, tan sólo con el arrepentimiento y la promesa de llevar a cabo la reforma, lograron recuperar su dignidad. Puestas bajo la dirección de frailes observantes lograron mantenerse con dignidad religiosa. Pero los cambios políticos y sociales fueron causa de que no pocos monasterios reincidieran en su antigua decadencia. Eso lo pudo palpar Iñigo de Loyola apenas puso los pies en Barcelona en la Cuaresma de 1524.

No teniendo título ninguno, ni ciencia, ni autoridad para intentar la reforma de los frailes, le pareció más fácil y hacedero entablar conversaciones con algunas religiosas de las menos relajadas, exhortarlas suavemente a la oración y a la vida retirada y hacer que tales ideas se infiltrasen sin ruido en la comunidad. Tal sería su mejor campo de apostolado.

Con las Jerónimas y las Benedictinas

En el convento de las Jerónimas de San Matías la clausura no era conocida, ni menos practicada. Eso le dio comodidad a nuestro Iñigo para entrar sin estorbos en el oratorio de San Matías y estar largo tiempo, casi todos los días, orando en la capilla, inmóvil y de rodillas, de forma que atraía la atención de algunas religiosas más devotas y observantes, como era Antonia Estrada y sor Brígida Visenza. Sus frecuentes visitas le hicie-

ron casi familiar a aquellas monjas Jerónimas, las cuales le miraban con respeto o le oían con veneración. A sor Antonia, que ya en la primera venida de Iñigo a Barcelona (febrero-marzo 1523) le había socorrido con limosnas, el peregrino agradecido le trajo de Tierra Santa un cofrecito de reliquias, que en el convento se conservó hasta 1909.

Aunque esta monja testificó, años adelante, que con las conversaciones espirituales del Santo no pocas de la comunidad se sentían muy consoladas, sabemos que otras se opusieron a cualquier renovación, de suerte que todavía en abril de 1559 escribía el P. Miguel Gobierno a Diego Laínez que las Jcrónimas «saben más a damas que a monjas, salen y pasean por la ciudad, y entran hombres a su monasterio y celdas, y es su trato perniciosísimo. Y el señor obispo ni la priora no pueden efectuar la reformación».

Con especial cariño miró siempre Iñigo de Loyola al convento barcelonés de Santa Clara. Desde su fundación en 1237 eran monjas clarisas, pero la violación de la clausura y la obtención de muchos hizo caer en frecuentes abusos reprobables. En vano los franciscanos observantes y los mismos Reyes Católicos trataron de reformarlas en el siglo XV. Ellas se resistieron tenaces, hasta que por fin optaron por abandonar la austera regla de Santa Clara y adoptar la más benigna de San Benito. Un Breve de León X confirmó su resolución. Eran, pues, Benedictinas cuando las conoció Iñigo de Loyola, el cual no pudo menos de notar en aquella comunidad dos bandos opuestos: uno de las que fervorosamente promovían la reforma, y otro de las que preferían llevar den del claustro una vida más holgada. La más animosa y ferviente de las Reformadoras se llamaba Teresa Rajadell (Rejadella) y a su lado combatía denodadamente la priora Jerónima Oluja.

En febrero de 1536, hallándose Loyola en Venecia, recibe noticia del triste estado en que se hallaban las Benedictinas de Santa Clara y escribe a Jaime Cazador, futuro obispo de Barcelona, doliéndose de no poder ayudarlas: «Sólo nos resta llorar y rogar a la salud mayor de su conciencia *(de las monjas)*... Su divina majestad lo quiera ordenar, y no permita que el enemigo de natura humana tanta vitoria reciba contra aquéllas, que con la su preciosíssima sangre las ha tan caramente comprado y en todo rescatados».

Y el 18 del mes de junio a Rajadell: «Recibida vuestra letra, me gocé mucho en el Señor a quien servís... Decísme que por amor de Dios N. S. tome cuidado de vuestra persona. Cierto que muchos años ha, que su di-

vina majestad, sin yo lo merecer, me da deseos de hacer todo placer, que yo pueda, a todos y a todas, que por su voluntad buena y beneplácito caminan... Deseo hallarme donde lo que digo, en obras lo pudiesse mostrar».

No es de este lugar dar ampliamente razón de esta larga carta, acaso la mejor que el Santo escribió sobre la discreción de espíritus y sobre las verdaderas y falsas virtudes con agudeza psicológica y maestría inigualada.

El 11 de setiembre le vuelve a escribir, dándole sabia doctrina sobre la oración y la contemplación. Sor Teresa le ha manifestado sus ardientes deseos de ponerse enteramente bajo su dirección espiritual. Ignacio se hace el sordo. Pasan los años y las dos monjas benedictinas Teresa Rajada y J. Oluja proponen ahora seriamente jesuitizarse bajo la obediencia del fundador de la Compañía; pero éste, que ya había experimentado en, el caso de Isabel Roser (o Rosel) el fastidio de tener bajo su dirección mujeres, por piadosas que sean, les respondió el 5 de abril de 1549 con palabras tiernamente consolatorias, pero que acaban en forma tajantemente negativa. La Compañía —dice— no puede cumplir los fines de su instituto, si no está desembarazada de aquellos oficios que obstaculizan su obra. Por eso, «la autoridad del Vicario de Cristo ha cerrado la puerta para tomar ningún gobierno o superintendencia de religiosas».

Ellas no ceden y reiteran cartas al Santo y a su Secretario, Alfonso Polanco, y todavía en 1549 no habían perdido del todo la esperanza, como lo demuestra su correspondencia epistolar.

Convento de los Angeles

No lejos de Santa Clara, cerca del portal de San Daniel y fuera del portal nuevo, se veía el *convento de los Angeles viejos*, así llamado para distinguirlo del de los Angeles nuevos, construido más tarde. Habitaban allí las *Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo* bajo la jurisdicción directa del obispo. Violando la clausura, los hombres se introducían hasta en las celdas de las religiosas, y como dice P. Dudon, «en el convento de los Angeles no todos los visitadores eran ángeles». Lo que Iñigo sufrió al conocer aquellos desórdenes nos lo refería así, sencillamente en catalán, Juan Pascual cuando era viejo:

> «Había en aquel monasterio y entre aquellas religiosas algunas que no tenían tan buena fama y eran objeto de murmuración en la ciudad por sus

tratos y conversaciones, por las demudadas pláticas y devociones que tenían con algunos seglares, con nota y escándalo de su hábito y santo Instituto. Viendo esto el Padre Ignacio, se apiadó de su honra y del mal nombre que iban cobrando cada día; y entendiendo que la falta estaba en no haber quien les dijese la verdad y las desengañase y predicase, se determinó, después de mucha oración y lágrimas, sobre el negocio en presencia del Señor, a pedirle espíritu para decirles la verdad y la luz de la gracia para que ellas la conociesen. Con esta determinación abrazó el sacrificio de ir cada día al dicho monasterio a predicarles, hacerles algunas pláticas espirituales, y así lo hizo sin dejar este ejercicio por la lluvia ni el sol ni otro trabajo. Y por sus oraciones y pláticas fue Nuestro Señor servido de iluminarles de modo que dando ellas de mano a todas las vanidades y cayendo en la cuenta del daño que se acarreaban con aquellas ociosas y murmuradas pláticas, despidieron a todos sus devotos, causantes de la infamia e inquietud del convento.

Enfadados y enojados algunos de ellos y ciegos por la pasión, conociendo que el daño de esta mudanza tenía como causa las pláticas y persuasiones del Padre Ignacio, se determinaron a matarlo o maltratarlo gravemente. Así pues, mandan a un esclavo (*otras narraciones dicen* un negro), que una tarde lo espere entre el dicho monasterio y el Portal de San Andrés; venia él rezando hacia mi casa, cuando de pronto se le pone delante el esclavo, lo maltrata con palabras y pasando a las obras, le dio tales golpes, bofetadas y varapalo, hasta no poder más, y azotándolo con una verga de buey, lo dejó en tierra como muerto, sin que exhalase una queja, sino que alababa a Dios... Acudieron a los suspiros unos molineros, que fue Nuestro Señor pasasen por aquel camino, los cuales viéndolo tal lo llevaron a caballo al Portal de San Daniel, y de allí poco a poco hasta mi casa... Mi madre lo lloraba por muerto y estuvo en cama cincuenta y tres días sin poderse menear... Siempre alababa a Nuestro Señor, rogándole que perdonase a los autores y causantes del hecho. Después se supo con certeza que todo había sido por orden y mandato de un mercader llamado Ribera... Visitóle en mi casa lo mejor de Barcelona, así de damas como de caballeros y todos le agasajaron infinito»[69].

La despedida

Dos años había vivido Iñigo de Loyola en Barcelona, estudiando la lengua latina muy ahincadamente y a conciencia, no obstante el tiempo,

[69] *Scripta de S. Ign*. II, 90-92. Como le dijese Inés Pascual, la mujer que tan solícitamente le cuidaba en su casa, que no volviese más al monasterio de los Angeles, recibió esta respuesta: «¿Qué cosa más dulce para mí, que morir por amor y honor de Cristo mi Dios, y por mi prójimo?» (ibid., II, 638).

que a manera de distracción, consagraba a su apostolado con los pobres y con las monjas. Pasado el invierno de 1525-26, debió de indicar a algunos amigos y a su maestro Ardévol su antiguo propósito en de cursar los estudios superiores en orden al sacerdocio. No sólo le aprobaron la idea, sino que le aconsejaron la pusiese pronto en ejecución, pues ya estaba preparado para entrar en la Universidad.

> «Acabados dos años de estudiar —leemos en la *Autobiografía*— en los cuales, según le decían, había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír artes *(o filosofía)* y que se fuese a Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo; y ansí se partió solo para Alcalá»[70].

No se fió del bachiller en artes, Ardévol (aunque era autoridad en latinidad), y quiso con mayor cautela asegurarse de un doctor en teología, cuyo nombre desconocemos. Es muy posible que los examinadores no le hicieron hablar en la lengua de Cicerón, sino que le mostraron un cualquier texto latino y viendo que lo entendía y traducía bien, le dieron el visto bueno. Pero el traducir decentemente no significa que uno domine la lengua, una lengua, como el latín, que no solamente se hablaba en clase, sino en todas las disputas escolásticas y aun en las charlas coloquiales de los alumnos de filosofía y teología. Iñigo se dará cuenta de sus deficiencias y las remediará al llegar a París. La impresión que llevó de las gentes barcelonesas fue inmejorable. Y su grato recuerdo lo guardará toda la vida.

---

[70] FN I, 438. «Se partió solo», escribe Cámara porque así se lo oyó a Ignacio, pero añade por su cuenta: «aunque ya tenía algunos compañeros, según creo». Polanco nos dice en el *Sumario español* que en Barcelona tuvo estos compañeros: «un Artiaga *(Juan)*, que los después murió obispo en las Indias *(México)*; y otro Cáceres, que servía al visorrey (de Cataluña), y otro que se decía Calixto. Pronto los veremos al lado de Iñigo, en Alcalá. Es muy significativa la razón que da Polanco: «Comenzó desde allí *(en Barcelona)* a tener deseos de juntar algunas personas *a su compañía* para seguir el diseño que él desde entonces tenía de ayudar *a reformar las faltas* que en el divino servicio veía, y que fuesen como unas trompetas de Jesucristo. (FN 170-71).

CAPÍTULO X

ERASMISMO, ALUMBRADISMO Y PROCESOS DE ALCALÁ

Melancólicos y doloridos quedaron los barceloneses cuando vieron salir de su rica y floreciente ciudad al pobre mendigo vasco que durante dos años les había fascinado, no por su sabiduría, ni por su dicción elocuente y fácil, ni por su vida de sociedad, ni por el desempeño de cargos públicos, sino por algo más alto que en él veían y admiraban: la santidad de su vida, la oración casi continua, a veces extática, la mortificación despiadada de su cuerpo, la pobreza extrema, el don de consejo tratándose de cosas espirituales, su entrega total al servicio de cuantos le necesitaban. El Santo, el hombre de Dios, se les iba. Y todos, desde los chicuelos de la calle hasta las damas de las más alta aristocracia, salían a despedirle, suplicándole el pronto retorno.

No sabemos el día, ni siquiera el mes (probablemente marzo de 1526), en que Iñigo de Loyola, con su hatillo al hombro, como otras veces, su bastón y su escribanía, se despidió de las personas amigas, y enderezó sus pasos hacia el sur por la carretera de Tarragona, Tortosa y otros caminos, para nosotros totalmente desconocidos, que se adentrarían por tierras de Teruel y de Guadalajara hasta llegar, después de más de 500 kilómetros de difícil andadura, a las puertas de la ciudad de Alcalá de Henares (antigua *Complutum*). Andariego y solitario, con el alma puesta en Dios y los ojos en el horizonte lejano de Castilla, ¿adónde se acogería por las noches? ¿A alguna posada de las aldeas del camino? ¿Al aprisco de algún pastor de ovejas en el campo?

Un mendigo estudiante

Al cabo de Dios sabe cuántos días aquel hombre de 34 a 35 años, buen andarín ciertamente, pero flaco, extenuado por los ayunos y fatigado del largo caminar, dio vistas a la ciudad cisneriana por excelencia, en donde hervía la Universidad más juvenil y prometedora de España. Lo vio un grupo de estudiantes, que saldrían probablemente a tomar algún

esparcimiento en las afueras, y no dudaron, por su vestimenta y su actitud, de que aquel hombre era un pordiosero. Uno de ellos se adelantó y compasivamente puso en sus manos unas monedas. Era un vasco alavés, que quizá le declaró su patria chica, y entre los dos se cruzarían algunas palabras. Lo refiere así Ribadeneira: «A la entrada de Alcalá el primero con quien topó fue un estudiantico de Vitoria, llamado Martín de Olabe, de quien recibió la primera limosna; y pagósela muy bien nuestro Señor por las oraciones deste siervo suyo; porque siendo ya Olabe doctor en teología por la Universidad de París, y hombre señalado en letras y de autoridad, vino a entrar en la Compañía, estando en el Concilio de Trento el año de 1552».

Su vida en Alcalá fue los primeros días una vida de pordiosero, mendigando y viviendo de limosnas, y recogiéndose por la noche en un hospital, que hacía de hospicio gratuito para pobres. Decíase el «Hospicio de los sin techo» bajo la advocación de Santa María la Rica. «De allí, cuenta Ribadeneira, salía a pedir de puerta en puerta la limosna que había menester para sustentarse. Aconteció que, pidiendo limosna una vez, un cierto sacerdote hizo burla dél, y otros hombres baldíos y holgazanes, que estaban en corrillos, también le decían baldones y le mofaban. Tuvo mucha pena de ver esto el prioste del hospital de Antezana, que era nuevamente fundado, y llamando aparte al pobre Ignacio, le llevó a su hospital, y diole en él caritativamente aposento por sí».

«Le dio una cámara y todo el necesario», según la *Autobiografía*, la cual apunta vagamente las asignaturas que cursó en la Universidad en el «cuasi año y medio» que allí permaneció.

«El año de veintiséis llegó a Alcalá, y estudió *Términos* de Soto y Física de Alberto, y el Maestro de las Sentencias».

Tres asignaturas sin cohesión ninguna entre sí, y además de incoherentes, muy arduas para un principiante. El que le propuso este programa de estudios no le podía haber aconsejado otro más absurdo. El resultado tenía que ser necesariamente la conciencia de haber fracasado en sus primeros cursos universitarios.

Una seria objeción suele hacerse en este punto: Iñigo no pudo haber estudiado los *Términos* de Soto, ya que ese libro con el título de *Summulae* se publicó en Burgos el año 1529, y no antes. Una solución puede ser la siguiente. Como Domingo de Soto, antes de entrar en la Orden de Predicadores, había leído públicamente en Alcalá la *Logica minor (Termini, Summulae)*, es muy verosímil que sus apuntes, tomados al dictado, corrie-

ran entre maestros y discípulos, como solía suceder. Y un maestro particular —parece cierto que Iñigo lo tenía— se serviría de los apuntes de Soto.

Pero acaso sea más sencilla y natural otra explicación, que admite una ligera equivocación en Gonçalves da Cámara. Sería la siguiente: S. Ignacio diría «estudió *Términos»*, simplemente, pero como en aquellos días de 1555 (en que dictaba sus memorias al portugués) el libro de texto que se usaba generalmente era el de Domingo de Soto, pretendió Cámara dar un poco de claridad y precisión al relato, escribiendo «Términos de Soto».

Existe, además, un testimonio de Nadal, que nos induce a pensar que el Santo no mencionó a Soto. Dice así el mallorquín, íntimo conocedor de Loyola: «Con esto fuesse a Alcalá a ello *(a oír Artes)* y comenzó a estudiar *Términos* (sin nombre de autor) y Alberto de Saxonia y el Maestro de Sentencias».

El texto de *Física* aristotélica, que llevaba el nombre de Alberto de Sajonia, sería el titulado *Quaestiones super acto libros Physicorum* (Venecia 1516). Y todos saben que el Maestro de las Sentencias no es otro que Pedro Lombardo, autor de *Sententiarum libri IV*, que servía de texto de teología en todas las Universidades. En Alcalá enseñaban la teología tres maestros: Miguel Carrasco en la cátedra de Santo Tomás; Juan de Medina, el más afamado, en la de Biel o de los Nominales, y Fernando de Matatigui en la de Escoto.

La genial creación de Cisneros

El ambiente de Alcalá era muy distinto de todos los que hasta entonces había conocido Iñigo de Loyola. No sabía él en qué horno llameante de ideas nuevas había caído: renovación científica, humanismo, erasmismo, alumbradismo, y por encima de todo, renovación espiritual. Era Alcalá una Universidad típicamente renacentista, creación total de Jiménez de Cisneros, sin tradición medieval, porque brotó del genio de aquel gran cardenal, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Abierto a todos los vientos que soplaban en Europa (exceptuados los heterodoxos), quería el fundador promover, para el mayor servicio de la Iglesia, lo literario, filológico y humanístico, según los gustos del día; lo filosófico y teológico, con amplia libertad de crítica y de tendencias; lo científico y lo espiritual. Ni la Iglesia podría reformarse sin elevar antes el nivel cultural del clero, ni el Estado ejercer altamente sus funciones si no contaba con

ministros de escogida formación universitaria. Alcalá debería ser el oráculo intelectual de España y sobrepasar a las más famosas Universidades, como Salamanca y París.

Cisneros se persuadió que era preciso empezar por la fundación de una Universidad nueva. Para eso llamó a los más distinguidos maestros de España; trajo de París a los españoles que allí tenían cátedra; invitó al propio Erasmo, que se negó a venir. A pesar de todo, desde sus albores vemos en aquella joven Universidad un plantel de profesores, que cualquier otro centro universitario de entonces envidiaría, lo mismo en lenguas clásicas y orientales, que en artes o filosofía, teología, Biblia, derecho canónico (excluido el civil) y medicina.

No pocos de ellos bajo órdenes de Cisneros estaban trabajando, al inaugurarse la Universidad (1508) en cl gran monumento de la *Poliglotta Complutensis*, blasón del Humanismo filológico y puerta áurea de la genuina teología, estampada por Arnao Guillén de Brocar en 1514-1517. Allí colaboraban juntos los más sabios hebraístas y helenistas, los mejores filólogos y humanistas de España a la sombra del cardenal que participaba en sus discusiones.

Dos cuestiones encendían por entonces los ánimos en casi toda España, pero muy particularmente en Alcalá: el Erasmismo y el Alumbradismo. Erasmistas y Alumbrados, a pesar de su profunda divergencia espiritual moral y cultural, algo tenían de común o de semejante. Marcel Bataillon, en su espléndida obra, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI* (México 1966), ha contribuido sin querer a complicar los problemas por su empeño de aproximar entre sí esos dos movimientos, insistiendo en lo que tienen de común, que es bien poco, sin acentuar con suficiente precisión las numerosas y radicales divergencias. Tiene excusa en el hecho de que algunos personajes, como Juan de Valdes, Bernardino Tovar, el obispo Juan de Cazalla y su hermana María, parecen servir de bisagras entre ambos movimientos.

Presentábase Erasmo, el «príncipe de los humanistas», como el genuino reformador de la Iglesia, reformador de la piedad y de la misma ciencia teológica, teólogo él poco seguro con un conocimiento de la Sagrada Escritura más filológico que dogmático, aborrecedor de toda religiosidad que se revista de ceremonias exteriores y de formalismos sin substancia; consiguientemente zahería mordazmente a los frailes *(monachatus non est pietas)* porque ponían la religión en el hábito y en recitar vocalmente cierto número de oraciones en determinados días y

horas. Este aborrecimiento se recrecía contra ciertas Ordenes monásticas, a las que tachaba de antihumanísticas y enemigas de las letras porque se limitaban a estudiar la teología en los escolásticos, con menosprecio de las lenguas antiguas y de la misma Biblia en sus textos originales. El impulso religioso y espiritual que latía en muchas de estas críticas, frecuentemente exageradas, movió a los españoles de aquella época, anhelantes de reforma, a entusiasmarse con Erasmo como reformador, mucho más que como humanista, aunque tampoco en este campo le faltaban idólatras. Desde que en 1516 se publicó en Sevilla la *Concio de puero* Iesu con el título de *Tratado del Niño Jesús y en loor del estado de la niñez*, y sobre todo desde que en 1526 el *Enquiridion o Manual del caballero cristiano* (obra clásica erasmiana) salió de los tósculos complutenses de Miguel de Eguía, el erasmismo invadió toda la península. Bien es verdad que en gran parte se debía a la comitiva imperial que en 1522 había vuelto a España de los Países Bajos y Alemania con Carlos V: altos señores, letrados, clérigos e incluso frailes, regresaban a su patria tocados de erasmismo reformista y antiescolástico. Los testimonios que de 1524 y 1525 han llegado a nosotros —ordinariamente cartas— revelan con hiperbólico lenguaje el fervor con que aquellos españoles idolatraban al humanista de Rotterdam[71].

Segundo encuentro de Iñigo con Erasmo

Las llamas del erasmismo en ninguna parte de España se alzaban con tan claro y sonoro chisporroteo como en Alcalá. ¿Puede hablarse de un nuevo encuentro de Loyola con Erasmo, después del de Barcelona, en Alcalá? Gonçalves da Cámara, a quien Ignacio podemos decir que dictó su

[71] Véase mi *Loyola y Erasmo* 60-62. Algunos de los más entusiastas, como J. Maldonado, Ruiz de Virués y el mismo Vitoria, que en su juventud (al decir de L. Vives) lo idolatraba, luego se persuadieron de que aquella teología, al parecer tan paulina, predicaba una espiritualidad poco conforme con la tradición y se apartaron de a él. Léase el bello librito de Juan Maldonado, estudiado por E. ASENSIO, *«Paraenesir ad litteras», Juan Maldonado y el Humanismo español en tiempos de Carlos V* (Madrid 1980) *passim.* S. GINER, Alfonso Ruiz de Virués (Madrid 1964) 21-38. Sobre el erasmismo español tenemos el libro fundamental de M. BATAILLON, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, cuya traducción española por A. Alatorre, corregida y aumentada por Bataillon (México 1966) supera no poco al original francés y algo también a la primera edición española de 1950; y juntamente léase el art. complementario de E A*sensio*, *El erasmismo y las corrientes espirituales afines:* «Rev. de Fil. Esp.» 36 (1952) 31-99. P. S ALLEN, Opus epistolarum Des. Erasmi Roterodami, 12 vols. (Oxford 1906-1958). R. M. HORNEDO, *Carlos V y Erasmo:* «Micelanea Comillas» 30 (1958) 201-47.

Autobiografía, no nos transmite en ella —cosa extraña— ni una sola palabra sobre la cuestión. Pero el mismo Cámara escribió aparte un *Memorial* sobre «algunas cosas que notó en la vida de nuestro padre Ignacio», en el que refiere lo siguiente (n.98):

> «Elle mermo *(Ignacio)* me contou que, quando estudava em Alcalá, lhe aconselhaváo muitas pessoas, e ainda seu proprio confessor —que entam era o P. Meyona *(Manuel Miona)*, portugues, natural do Algarve, que depois entrou e morreo na Companhia, e ya naquelle tempo era tido por homem de gran virtude—, que lesse pollo *Enchiridion militis christiani* de Eramo; mas que o nâo quisera facer, porque ouvía a alguns pregadores e pessoas de autoridade reprender ya antâo este autor; e respondía aos que lho recomendaváo, que alguns livros averia de cuyos autores nimguens dixesse mal, e que esses queria ler»[72].

Recojamos solamente una afirmación: Ignacio no quiso leer el *Enchiridion* en Alcalá. Por lo tanto, no hubo un verdadero encuentro de Loyola y Erasmo en esa Universidad. El encuentro, por medio de la lectura, sólo tuvo lugar en Barcelona, según vimos.

En pro de Cámara se pueden traer ciertos datos que a Iñigo de Loyola lo aproximan, en opinión de algunos autores, al erasmismo, o por lo menos a ciertos erasmistas complutenses. ¿Simpatías por Erasmo? Absolutamente, no, por más que Bataillon y Beltrán de Heredia se hayan empeñado en buscarla y rebuscarla en algunos momentos de su vida y en algunas frases de sus futuros escritos.

Si la mente de Erasmo y la de Ignacio de Loyola tal vez podían concordar en ciertas cosas, v. gr. en un programa de reforma eclesiástica y reforma del método teológico y educativo, los que nunca podrían simpa-

---

[72] FN I, 585. Ese P. Miona murió en 1567, lo cual quiere decir que Cámara escribía esto mucho tiempo después, seguramente entre 1573-1574, cuando ya su memoria empezaba a flaquearle. Recordaba muchas cosas de S. Ignacio y añadía otras por su cuenta, no oídas al Santo; de ahí que más de una vez se equivoque (cf. FN I, 523). Y surge espontáneamente la interrogación: ¿Podemos fiarnos de este relato sobre Iñigo y Erasmo en Alcalá? Haría falta una crítica a fondo. Gana, en cambio, la autoridad de Ribadeneira, que un aún antes del *Memoriale* (en su *Vita latina*) afirmaba que en Barcelona había leído Ignacio el *Enchiridion* en latín. Las afirmaciones de Ribadeneira son claras y precisas, aunque no indica su fuente; las de Cámara, confusas y poco verosímiles, v.gr., que el devoto, tímido y piadosísimo Miona, sin ser consultado, aconsejase la lectura del *Enchiridion*, ya que el portugués ni era un erasmista, ni tampoco un alumbrado, por más que fuese protegido de algún modo por Bernardino de Tovar.

tizar eran sus corazones: tibio el uno, todo llamas el otro; cauto y ambiguo el holandés, intrépido y sin titubeos el español.

¿Que Manuel Miona, el confesor de Iñigo en Alcalá, era un erasmista que aconsejó a su penitente la lectura del *Enchiridion* erasmiano? Yo no puedo imaginarme a aquel piadosísimo y tímido portugués como seguidor —por muy lejano que lo supongamos— de Erasmo. Y que aconsejase a su dirigido la lectura del *Manual del caballero cristiano* también se me hace muy cuesta arriba creerlo, a pesar de la autoridad de Cámara (que en este punto es muy exigua, como acabo de indicar en la nota anterior). Al que no quiera poner en duda la autoridad de Cámara, le diré que solamente es aceptable, en la hipótesis de que Miona aconsejó un libro que él no había leído, o lo había visto superficialmente en la traducción española, en la que casi todas las expresiones que podían escandalizar a una ánima pía habían sido retocadas o suprimidas, prestando a todo el libro un suave jugo de piedad que no se da en el original.

Insiste Bataillon en que Miona, según testificó en su enrevesado memorial Diego Hernández ante los Inquisidores, «se fue a París con otro bonito estudiante que allí estaba, en Alcalá, yo creo que por lo de Tovar».

Es decir, que Miona se escapó de Alcalá dirigiéndose a la Universidad de París, por miedo a la prisión del Santo Oficio en la que entró Bernardino Tovar en 1530. ¿Y qué crédito merece el chusco e irresponsable sacerdote, Diego Hernández, buen bailarín, «peripatético lascivo, bufón y estrafario» (J. Goñi), que a tantos otros acusó falsamente incluyéndolos en la *Cohors sine factio lutheranorum?* Demos por bueno que Tovar, designado por Bataillon como «alma del grupo erasmizante de Alcalá» y «alma de la conspiración iluminista entre 1525 y 1530» (¿no será excesivo eso de conspiración?), fuese conocido como protector del portugués; mas de ahí no se sigue que Miona pusiera pies en polvorosa para no caer en mano de los Inquisidores, como su conjetural amigo Tovar. Conservaba muy en el corazón el recuerdo de Iñigo de Loyola, que se hallaba entonces en París desde hacía dos largos años, y pudo moverle el deseo de juntarse con él y de vivir a su manera, como en efecto lo hizo[73].

[73] Miona vivió cerca de Ignacio en París, mas no se hizo su compañero de ideales hasta más tarde. Se graduó en artes en 1534 (véase mi *Vitoria en la Univ, de Paris*, p.394 y 416). El 16 de noviembre 1536 Ignacio le escribió una carta diciéndole: «Como tanto os daba en las cosas espirituales, como hijo a padre spiritual», no halla modo mejor de agradecerle, «que poneros por un mes en Ejercicios espirituales» (*Ign. Epist*. I, 112). Tardó en hacerlos. Por fin, entró en la Compañía de Jesús en 1545. No hay en su vida el menor rastro de erasmismo ni de alumbradismo. Véase su

El estellés Miguel de Eguía

Otro indicio del erasmismo ignaciano se ha querido ver en la amistad de Loyola con Miguel de Eguía, a quien Bataillon califica («con cierta precipitación», según Eugenio Asensio) de *apóstol del iluminismo erasmizante*.

Que este gran tipógrafo español, insigne entre los más insignes de su tiempo, sucesor de Arnao Guillén de Brocar como impresor de la Universidad, y uno de los hombres a quienes más debe el gran florecimiento humanístico y espiritual de Alcalá, patrocinase ideas y tendencias de tipo iluminista o erasmista, solamente podían imaginarlo las cabezas perturbadas de dos mujeres como Francisca Hernández y su criada María Ramírez, que lo delataron a la Inquisición. Quizá lo que más impresionó a los jueces fue, que en los tórculos de Eguía se imprimió en Latín el *Enchiridion* (1525) y al año siguiente su traducción castellana, *Manual del caballero cristiano*, que se difundió a millares por toda España, sin que los tipógrafos pudieran dar abasto y otras muchas obras gramaticales o retóricas, escriturísticas sobre libros del Nuevo Testamento, teológicas como *De libero arbitrio* (contra Lutero), espirituales como *Contemptus mundi*, o sea, *La imitación de Cristo* (1526), etc.

Eguía, nacido en Estella (Navarra) de una familia hidalga y rica, de sólida piedad y bien arraigada fe cristiana, era pariente de San Francisco Javier por parte de su madre (Catalina Périz de Jaso), la cual tuvo de su marido Nicolás de Eguía no menos de 28 hijos (26 de los cuales llegaron a edad adulta); dos de los mayores, ya maduros, entraron en la Compañía de Jesús (Diego que será en Roma confesor de Ignacio de Loyola, y Esteban).

Miguel, casado con una hija de Arnao Guillén de Brocar, alcanzó una gran cultura y manejaba el latín con elegancia. No es extraño que, como tantos letrados de su tiempo, simpatizase con el Príncipe de los humanistas, pero sin las imprudencias de sus fanáticos secuaces.

En la atmósfera caldeada y bullente de Alcalá resultaba muy difícil evitar las sospechas de uno o de otro bando, mayormente actuando como testigos ciertas mujeres «perjuras, hipócritas, falsas y simuladoras», como aquella Francisca Hernández, y su criada, de quienes se lamentaba el Doctor Juan de Vergara: «Es mucho de maravillar que por tales testigos se permita que sea nadie infamado ni fatigado... Gran misterio de Dios es

carta (1545?) de efusiones confidenciales al P. Morillo (*Ep. Mixtae* V, 634-38). Murió en 1567 (F. RODRIGUES, *Historia da Companhia de Jesus na Asistencia de Portugal* I [Porto 1931] 199-204).

éste: que dos mujercillas como éstas... bastan para hacer tanto mal y daño en tantas y tales personas».

Encarcelado y procesado a fines de 1530, no fue absuelto plenamente hasta 1533. Del concienzudo estudio del Dr. J. Goñi sacamos este resultado: «El impresor navarro sentía admiración por Erasmo, porque veía en él un restaurador de la piedad cristiana». «En buena crítica no puede llamarse a Eguía alumbrado ni apóstol del iluminismo erasmizante. Fue un cristiano de piedad auténtica y pura». Y poco antes: «Su testamento es el polo opuesto del iluminismo».

Si esto no fuera cierto, Iñigo de Loyola no se hubiera arrimado a su trato y amistad.

> «Luego como allegó a Alcalá tomó conoscimiento con D. Diego de Guía, el cual estaba en casa de su hermano que hacía emprempta en Alcalá y tenía bien el necesario. Y así le ayudaban con limosnas para mantener pobres, y tenía los tres compañeros del Pelegrino en su casa» *(Alude a Calixto de Sa, Juan Artiaga y Lope de Cáceres)*. «Una vez, viniéndole a pedir limosna para algunas necesidades, dixo D. Diego que no tenía dineros: mas abrióle un arca, en que tenía diversas cosas, y así le dio paramentos de lechos de diversas colores, y ciertos candeleros, y otras cosas semejantes, las cuales todas, envueltas en una sábana, el Pelegrino se puso sobre las espaldas, y fue a remediar los pobres»

Probablemente la amistad tenía raíces antiguas. Los Eguías, que un tiempo figuraron en el partido de los Agramonteses, se pasaron decididamente al de los Beamonteses, desde que en noviembre de 1468 un pariente suyo D. Nicolás de Eguía y Echávarri, obispo de Pamplona, cae muerto en una emboscada, «a bellas lanzadas», por orden del poderoso agramontés Pierres de Peralta, gran condestable de Navarra.

Loyolas y Eguías, fervorosos beamonteses, lucharán en 1512 a favor de la causa castellana: Martín de Oñaz y Loyola en la conquista de Pamplona y Miguel de Eguía con su padre y hermanos en la defensa y reconquista de Estella.

Estas afinidades políticas, que se reforzaban firmemente con las afinidades espirituales, engendraron muy pronto entre el guipuzcoano Iñigo de Loyola y los navarros Miguel y Diego de Eguía una corriente de simpatía que se transformó en entrañable amistad. Así se entiende fácilmente que tanto Diego de Eguía, sacerdote, como un hermano suyo, Esteban, casado y ya viudo, después de una peregrinación a Tierra Santa,

se unieron a Ignacio en Venecia a fines de 1536 y entraron en la Compañía de Jesús apenas ésta se fundó. Diego fue algunos años confesor de San Ignacio y mudó en 1556, como «coadjutor espiritual»; Esteban se empleó en la casa de Roma como «coadjutor temporal» y falleció santamente el 28 de enero de 1551. Días después (el 5 de febrero) su hermano Diego dirigió una hermosa y sentida carta a su sobrino Nicolás, hijo de Esteban, dándole cuenta de las honras y funerales que Ignacio de Loyola había querido se tributase al difunto.

De todo lo dicho se desprende con claridad esta conclusión: Iñigo de Loyola, mientras estaba en Alcalá, no se interesó lo más mínimo por el erasmismo; y si tuvo amistad con algunos que leían gustosos a Erasmo, y eran tenidos por erasmianos, no lo hizo por razón de su hipotético erasmismo, sino por motivos más altos de piedad y caridad.

Nadie le tachó entonces de erasmizante. Más bien sospecharon que aquel estudiante maduro, que vivía como un mendigo y reunía conventículos para hablar de cosas espirituales, podía pertenecer a la secta de los Alumbrados.

Examinemos ahora su relación con el alumbradismo alcalaíno.

El iluminismo español o alumbradismo

Se conocen muchas formas de iluminismo en la historia de la Iglesia: desde aquellas sectas medievales, cuyos miembros eran apellidados generalmente «Hermanos del libre espíritu», hasta el Iluminismo racionalista del siglo XVIII. Con objeto de diferenciar mejor a los *Alumbrados* españoles de los demás *Iluminados* que surgieron en otras épocas y en diversos países, se creó la palabra *Alumbradismo* que denota un fenómeno religioso e ideológico diverso del *Iluminismo* europeo.

A diferencia de los *Erasmistas*, que eran letrados y cultos, de formación humanística, los Alumbrados —aun socialmente inferiores— son denominados por Juan de Vergara «puros idiotas». Y en uno de los Procesos se les designa como «personas idiotas y sin letras». Prescindo ahora de ciertos tipos intermedios que se movían entre dos aguas, o eran anfibios por naturaleza. De todos modos, si se los mira por la vertiente de la espiritualidad, es evidente que las *pietas litterata* de los erasmistas no se casa con el pseudomisticismo de los alumbrados.

Determinar las notas típicas del Alumbradismo no es tarea fácil. Por lo pronto hay que distinguir entre «recogidos» y «dexados», no confun-

diendo a los unos con los otros, lo cual se hacía fácilmente en los primeros tiempos. Debemos llamar simplemente «recogidos» a los que, llevando una vida recoleta y piadosa, practicaban la «oración de recogimiento», por otro nombre «oración de silencio y de quietud», con la atención puesta en solo Dios, tal como la enseñaba fray Francisco de Osuna en su *Tercer abecedario espiritual* (Toledo 1527). Estos, en mi opinión, no merecen el apelativo de «alumbrados», porque se mantenían dentro de la ortodoxia, aunque a veces padeciesen ilusiones de tipo místico. De ahí la fácil confusión de algunos lectores.

Los verdaderos «alumbrados» iban más lejos, y se llamaban «dexados», porque sostenían, como Ruiz de Alcaraz, «que era menor e más cierto camino el del dexamiento, que no el del recogimiento; e lo que ellos decían del dexamiento... es que se procurase de tener dada la voluntad a Dios... sin pedir cosa alguna a nuestro Señor» (pasividad absoluta).

Coincidían con Erasmo (aunque no hubiesen leído sus escritos) en menospreciar la piedad vulgar, formalista y ritual, censurando prácticas de piedad tradicional y personas eclesiásticas.

Siendo los alumbrados sumamente individualistas en el pensar y obrar y de muy baja cultura, no podían tener un código doctrinal que fijase sus principios y modo de proceder. Sus doctrinas, de éste y aquél, no de todos, hay que deducirlas principalmente de las respuestas a los Inquisidores.

El edicto inquisitorial de 1525

Solamente a través de los procesos de la Inquisición, de las denuncias que en ellos se presentaron y de las respuestas de los reos, nos es lícito conocer de alguna manera el pensamiento y las costumbres de los acusados de alumbradismo. De las denuncias o delaciones sacó la Santa inquisición el *Edicto de los alumbrados de Toledo* (23 de setiembre 1525). Consta de 48 números con otras tantas proposiciones heréticas, erróneas, escandalosas, falsas, etc., sin orden sistemático ninguno; hasta dónde reflejan la realidad en cada caso puede ser discutible. ¿Fueron muchos los acusados de alumbradismo los que defendieron las 48 tesis, o fueron muy pocos?

Creo que será útil para el lector conocer algunas de sus afirmaciones o negaciones.

1. «Que no hay infierno, y si dicen que lo hay, es por espantarnos...»

8. «Que la confesión no es derecho divino...»

11. «Que después que uno se hubiese dexado a Dios, solo esto le bastaba para salvar su ánima, y no tenía necesidad de hacer ayunos ni obras de misericordia... E que si pecase... no por eso perdía su alma...»

12. «Que estando en el dexamiento no habían de obrar, porque no pusiesen obstáculo a lo que Dios quisiese obrar...; que aun pensar en la humanidad de Cristo estorbaba el dexamiento en Dios...»

16. «Que no curasen de hacer reverencia a las imágenes de Nuestro Señor e de Nuestra Señora, que eran palos...»

20. «Que la oración había de ser mental y no vocal..., que Dios no se sirve de la oración vocal...»

22. «Que era bien no estar el hombre en oraciones particulares... y tenía por defecto pensar en la Pasión...»

27. «Que para qué son las excomuniones, ayunos e abstinencias, que eran ataduras, que libre había de ser el alma».

34. Que «Que hacían burla de quien andaba por méritos...»

44. «Que las tentaciones y malos pensamientos no se habían de desechar, sino abrazarlos e tomarlos por carga e ir con esta cruz adelante...»

Basta la lectura de estas proposiciones para que cualquier lector que conozca medianamente al Santo de Loyola rechace como absurda la opinión o sospecha de que pudo adherirse al movimiento alumbradista.

¿Loyola, amigo de los alumbrados?

Y, sin embargo, algo debía de mostrar en su manera de hablar y de comportarse, para que brotasen las sospechas y las acusaciones. Téngase presente que el *Edicto* que hemos extractado manda expresamente no seguir a otras personas «pública ni secretamente en vuestras casas ni fuera de ellas, solos ni congregados», so pena de confiscación de bienes, prisión, etcétera.

Sabemos que los alumbrados de primera hora acostumbraban a reunirse privadamente en una casa, donde se comunicaban sus doctrinas secretas y leían la Sagrada Escritura, interpretándola con ayuda de la traducción latina de Erasmo y con la luz interior del Espíritu Santo. Tales conventículos se hicieron sospechosos e intervino la Inquisición.

¿Cómo un «hombre sin letras hablaba tan largo de las cosas espirituales»? Esta sospecha nos la trasmite Polanco. ¿No sería Iñigo de

Loyola el jefe de una de esas capillitas, donde con apariencias de piedad se transmitían doctrinas esotéricas? Veamos qué vida lleva el maduro estudiante en sus actuaciones extrauniversitarias.

> «Estando en Alcalá —cuenta la *Autobiografía*— se exercitaba en dar Exercicios espirituales, y en declarar la doctrina cristiana; y con esto se hacía fruto a gloria de Dios. Y muchas personas hubo, que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones, como era una que queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tuviessen la mano, y otras cosas símiles, que hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía adonde quiera que él declaraba la doctrina... Como arriba está dicho, había grande rumor por toda aquella tierra de las cosas que se hacían en Alcalá, y quién decía de una manera y quién de otra. Y llegó la cosa hasta Toledo a los Inquisidores; los cuales venidos Alcalá, fue avisado el Pelegrino por el huésped dellos, diciéndole que les llamaban los *ensayalados*, y creo que *alumbrados*[74], y que habían de hacer carnicería en ellos. Y ansí empezaron luego hacer pesquisa y proceso de su vida, y al fin se volvieron a Toledo sin llamarles, habiendo venido por aquel solo efecto; y dexaron el proceso al Vicario Figueroa»[75].

Los dos representantes del arzobispo toledano, encargados de inquirir sobre la vida y doctrina de los cinco ensayalados, eran el Doctor Miguel Carrasco, profesor de teología tomista en Alcalá, y el Licenciado Alonso Mexía, canónigo de Toledo, quienes el 19 de noviembre hicieron desfilar ante un notario a los llamados a testificar. Carrasco, propenso al erasmismo, sería tolerante; en cambio, Mexía tenía fama de rigorista extremado.

Extractos del primer proceso

El primer testigo fue un franciscano, fray Hernando Rubio.

> «Siendo preguntado qués lo que sabe de unos mancebos que andan en esta villa, vestidos con unos hábitos pardillos claros y fasta en pies, y algunos

[74] Ignacio negará en carta al rey de Portugal (15 de marzo 1545) haber tratado nunca con tales hombres: «Y si V. A. quisiese ser informado por qué era tanta la indagación y inquisición sobre mi, sepa que no por cosa alguna de cismáticos, de luteranos ni de alumbrados, que a éstos nunca los conversé ni los conocí, mas porque yo, no teniendo letras, mayormente en España, se maravillaban que yo hablase y conversase tan largo en cosas espirituales» (FN 1, 53).

[75] FN I, 442-44. Juan Rodríguez de Figueroa era en Alcalá Vicario general del arzobispado de Toledo y gobernador del mismo.

dellos descalzos, los cuales dicen que hacen vida a manera de apóstoles, dixo que lo que dello sabe...»

Es que un día se asomó a la puerta de la casa de Isabel la rezadera, vio a uno de ellos (se refiere a Iñigo, que entonces contaba treinta y cinco años cumplidos, pero representaba muchos menos).

«Asentado en una silla uno destos, que dicho tiene, que anda descalzo, hombre de poca edad, que podrá tener hasta veinte años; y questaban alrededor del hincadas de rodillas dos o tres mujeres, puestas las manos a manera destar rezando, mirando hacia el dicho mancebo, y él estaba platicando... Y aquel mesmo día, a la tarde, la dicha rezadera fue a este testigo. Y le dixo: Padre, no os escandalicéis de lo que visteis hoy, porque aquel hombre es un santo...

Preguntado si son letrados o personas ignorantes los susodichos, dixo que no lo sabe... que no van al estudio, salvo que particularmente los enseñan.

Preguntado si sabe dónde son naturales, dixo que no lo sabe, mas que ha oido decir quel uno dellos es de hacia Nájara».

Seguidamente compareció Beatriz Ramires, beata, vecina de la villa de Alcalá:

«Dixo que conoce alguno dellos, que se llama Inigo, que ha oído decir ques caballero... Preguntada si sabe, o ha visto o oido que los susodichos o alguno dellos dotrina a algunas personas particularmente, dixo que un día fue este testigo a casa de Andrés Dávila, panadero, vecino desta villa, y halló allí en una cámara, donde posa uno de los susodichos, al dicho Innigo, y también estaba allí el otro su compañero; y estaban oyendo al dicho Inigo una Isabel Sánchez y Ana del Vado... y una moza de fasta catorce años... y el dicho Andrés de Avila... y otro hombre, que diz que era viñadero…, a los cuales todos el dicho Inigo estaba dotrinando los dos mandamientos primeros, conviene a saber, amar a Dios, etc., y sobresto habló muy largamente...; lo quel dicho Iñigo decía eran cosas, que no eran nuevas a este testigo»[76].

De manera que Iñigo no enseñaba cosas nuevas. Nadie podía escandalizarse de ello.

El mismo día ordenó el Licenciado A. Mexía que se presentase a tes-

[76] *Scripta de S. Ign.* I, 601-2. «Los dos dellos viven juntos en una cámara en casa de Hernando de Parra,... y que se llaman el uno Cáceres y el otro Artiaga; y que los otros dos, que se dice Calisto el uno y el otro Juanico, posan en casa de Andrés de Avila; y el Innigo vive en el hospital...; todos mancebos y muchachos» (p.602).

tificar «María, mujer de Julián, hospitalero del hospital de Antezana», en donde moraba Iñigo.

> «Preguntada si sabe que algunas mujeres, o hombres, o mochachos, muchachas, hayan ido al dicho hospital a oir la dotrina del dicho Innigo, dixo que ha visto ir allí algunas mujeres, e mozas, y estudiantes, y frailes y que veía estar las dichas mujeres e personas oyendo lo que les platicaba Y que algunas veces su marido deste testigo reñía a los que venían a buscar al dicho Inigo, diciéndoles que se fuesen a estudiar... E que había obra de tres o cuatro dias que, en amaneciendo, vinieron unas dos mujeres atapadas a preguntar por el dicho Inigo, y este testigo... no las dexó entrar, ni las conoció».

A las demás preguntas la mujer del hospitalero respondió casi igual que los precedentes testigos. El último testigo jurado fue el marido de la anterior, «Julián Martínez, hospitalero del hospital de la Misericordia» (o de Antezana).

> «Preguntado si ha visto este testigo ir mujeres y mozas y estudiantes a oír la dotrina del dicho Iñigo allí al hospital, dixo que ha visto ir a muchas mujeres casadas, y mozas y estudiantes, y hombres casados, a hablar con el dicho Iñigo... Ha visto ir muchas veces a una hija de Isidro alcabalero, que será de edad de diez y siete años; y a otra, hija de Juan de la Parra, de la mesma edad; e a Isabel la rezadera; y a Beatriz Dávila, e la de Juan albardero; e que van tantas cada día, queste testigo no tiene memoria de quién son, más de que algunas veces están con el dicho Iñigo diez o doce juntas».

Este diario desfile de personas heterogéneas, lo mismo mujeres casadas que mozas, hombres maduros que jóvenes, estudiantes o frailes, de ordinario gente sencilla del pueblo, salvo ciertas mujeres de más alto linaje que iban al amanecer y con el rostro tapado con un velo a fin de no ser conocidas, nos evidencia el prestigio de Loyola y el halo de santidad que envolvía su figura. Podemos decir que en aquella ciudad universitaria, en la que hervían todos los fermentos intelectuales y religiosos del Renacimiento, llegó a ser un personaje no diré de respeto sino de admiración, que hubiera podido convertirse en un jefe de secta, o en el caudillo de un movimiento religioso, si le hubiese guiado la ambición y el orgullo, y no la humildad y el ansia de procurar el bien espiritual de los ignorantes y de los pobres pecadores.

Este primer proceso complutense no puede llamarse «inquisitorial», porque no fue instituido por los ministros del Santo Oficio; fue meramente episcopal. El Vicario general de la diócesis toledana, Juan Rodríguez de

Figueroa, según se le había encomendado, procuró informarse diligentemente de la persona y vida de aquellos cinco pobres estudiantes: Iñigo, Calixto de Sa, Juan de Arteaga, Lope de Cáceres y un jovencito francés que se les había agregado, y que se decía Juan de Reinalde (Juanico). Y a los pocos días acabado el proceso, los convocó en su casa para leerles la sentencia, que llevaba la fecha de 21 de noviembre.

> «Les llamó y les dixo cómo se había hecho pesquisa y proceso de su vida por los inquisidores, y que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida, que por tanto podían hacer lo mismo que hacían sin ningún impedimento. Mas no siendo ellos religiosos, *no parecía bien andar todos de un hábito;* que serían bien, *y se lo mandaba*, que los dos, mostrando el Pelegrino y Artiaga, tiñesen sus ropas de negro; y los otros dos, Calixto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico, que era mancebo francés, podría quedar así.
>
> El Pelegrino dice que harán lo que les es mandado. Mas no sé, dice, qué provecho hacen estas inquisiciones; que a uno tal no le quiso dar un sacerdote el otro día el sacramento porque se comulga cada ocho días, y a mí me hacían dificultad. Nosotros queríamos saber si nos han hallado alguna heresía. "No, dice Figueroa, que si la hallaran, os quemaran". "También os quemaran a vos, dice el Pelegrino, si os hallaran heresía»[77].

Atestigua Polanco, que a las intrépidas palabras de Iñigo el Vicario Figueroa replicó modestamente: «Es así».

Nuevas inquisiciones

No habiendo encontrado ningún error ni conducta reprobable en los *ensayalados*, que ya no vestían los cinco de igual manera, se diría que las autoridades eclesiásticas se darían por satisfechas y la calma sería completa: pero no aconteció así, probablemente porque en Alcalá, como en otras ciudades de España, levantaban su voz los enemigos de Erasmo acusándole de muchas herejías, lo cual alarmaba a los teólogos; varios erasmizantes alcalaínos se reunían en casa del sospechoso Bernardino Tovar, oráculo de los alumbrados, e «infatigable propagandista del culto en espíritu», al decir de M. Bataillon. Los alumbrados presentaban un peligro para la religiosidad cristiana más grave que los adictos y seguidores de

[77] FN I, 444. La sentencia no fue severa: cambiar el color del vestido y acomodarlo al hábito común de los clérigos, aunque «so pena de descomunión mayor» (*Scripta de S. Ign*. I, 608).

Erasmo.

Así que no se necesitaba mucho para alarmar a los vigilantes de la fe. El más mínimo indicio los ponía en tensión. Y sucedió que una vaga noticia empezó a correr de boca en boca: «Una mujer casada y de cualidad tenía especial devoción al Peregrino; y por no ser vista, venía cubierta, como suelen en Alcalá de Henares, entre dos luces, a la mañana, al hospital; y entrando se descubría, y iba a la cámara del Peregrino»

¿Qué es lo que la movía a visitar a Iñigo en secreto y a tales horas? ¿Qué es lo que se comunicaban entre sí? Nunca se supo, aunque bien podemos imaginarlo, conociendo el proceder constante de Iñigo.

El Vicario general, Rodríguez de Figueroa, no lo veía claro, y para cerciorarse de que aquel Iñigo, que amaestraba de tapadillo a personas mal conocidas, no se desviaba de la recta doctrina católica, mandó el 6 de marzo 1527, que se presentase ante el Mencia de Benavente, viuda.

> «E le preguntó si conosce a uno, que se llama Iñigo, que está en el hospital de la Misericordia, que se dice el de Antezana. Dixo que le conosce, e a otros tres que andan con él... Preguntada si sabe que el dicho Iñigo o alguno de los otros sus compañeros enseñen o pedriquen faciendo ayuntamiento de gentes en casas o iglesias..., e qué es lo que enseñan e de qué manera... dixo que Iñigo ha tenido conversación en casa desta que declara e ha hablado con algunas mujeres... *(Mencía da los nombres de alguna, y prosigue):* E con éstas ha hablado, enseñándolas *los mandamientos e los pecados mortales, e los cinco sentidos e las potencias del ánima*; e lo declara muy bien, *e lo declara por los Evangelios e con sant Pablo e otros santos;* e dice que cada día *fagan esamen de su conciencia, dos veces cada día,* trayendo a la memoria en lo que han pecado, ante una imagen, *e les conseja que se confessen de ocho a ocho días,* e reciban el sacramento en el mesmo tiempo».

Cosas más razonables, más católicas y conformes a la enseñanza de la Iglesia no se pueden pedir a un catequista. El mismo día hizo venir a la muchacha de 16 años, Ana, hija de Mencía de Benavente. Tomóle juramento, como a todos.

> «E le preguntó qué es lo que la ha enseñado el dicho Iñigo. Dixo que le ha declarado *los artículos de la fe, e los pecados mortales, e los cinco sentidos, e las tres potencias del ánima,* e otras cosas buenas de servicio de Dios, *e le dice cosas de los Evangelios*...
>
> Preguntada dónde se lo ha enseñado, dixo que unas veces en su casa, e otras veces en el hospital, que la llevaba su madre delta que declara, e otras

veces fue con otras vecinas de su barrio que iban allá»[78].

Por fin, llamó a Leonor, también de 16 años, hija de Ana de Mena, que respondió de igual manera: «Dixo que le habían oído *los mandamientos de la Iglesia e los cinco sentidos e otras cosas de servicio de Dios»*.

Tercer proceso

Ante una doctrina tan ortodoxa, tan tradicional y segura, el Vicario optó por callar y dar en paz a los acusados. No había fundamento alguno para juzgarlos ni remotamente sospechosos de alumbrados.

A pesar de todo, un escritor con más fantasía que sentido crítico tuvo la ocurrencia hace ya bastantes años de identificar a nuestro Iñigo con un fanático secuaz del Alumbradismo, Juan López de Celaín, nacido en un pueblo de Guipúzcoa en 1488, sacerdote que soñaba, con un grupito de alumbrados, restaurar a su modo y manera la vida apostólica. Con estos datos y un poco de inventiva no le fue difícil al malicioso escritor Segismundo Pey Ordeix vislumbrar el nombre de Iñigo López de Loyola bajo el de Juan López de Celaín. Si el Iñigo se cambió luego en Ignacio —dice—-, fue para despistar a los jueces. Pura patraña, todo ello.

De López de Celaín, discípulo de Isabel de la Cruz, «maestra de los alumbrados de Guadalajara» sabemos lo suficiente para rechazar como absurdas esas cavilaciones. No conocemos el procesó de López de Celaín, pero sabemos que fue condenado a la hoguera, donde murió en 1534.

Y vengamos ya al tercer proceso contra Iñigo y sus compañeros. Vivían éstos muy tranquilos, sin temor a nuevas acusaciones, cuando un día, que no nos es posible precisar, probablemente en la segunda mitad de abril, nuevamente la autoridad eclesiástica interviene contra ellos en forma poco razonable y nada jurídica. Iñigo ya no se hospedaba en el hospital, sino «en una casilla», y era tiempo de primavera (o verano, que decían entonces).

> «Viene un día un alguacil a su puerta, y le llama y dice: *Veníos un poco conmigo*. Y dexándole en la cárcel, le dice: *No salgáis de aquí hasta que os sea ordenada otra cosa*. Esto era en tiempo de verano y él no estaba estrecho, y así venían muchos a visitalle...; acuérdase especialmente de doña Teresa de

[78] *Scripta de S. Ign.* l, 609-610. La frase de Mencia «trayendo a la memoria» es típicamente ignaciana y se repite vanas veces en los *Ejercicios*. También los temas que Iñigo propone a sus atentísimas discípulas, están tomados de los *Ejercicios*. De esta Mencia se acordará más tarde y la mandará saludar en 1546 (*Ign. epist*. I, 423).

Cárdenas, la cual le envió a visitar, y le hizo muchas veces ofertas de sacarle de allí; mas no aceptó nada, diciendo siempre: *Aquel, por tuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido dello»*[79].

La voluntad de Doña Teresa hubiera sido omnipotente, pero Iñigo no quiso aceptarla. Aquella santa mujer quedaría muy edificada. No parece que ella misma, ya anciana, fuese personalmente a visitar al preso; más bien debió de mandar a otro que lo visitase en su nombre. La cárcel no era estrecha, ni el régimen duro y apretado. Nadie hallaba estorbo en franquear sus puertas y conversar largamente con aquel extraño personaje que estaba revolucionando la población. Allí en la cárcel gozaba de facilidades para «hacer doctrina y dar exercicios». Abogado o procurador que le defendiese ante los tribunales, nunca lo quiso admitir, «aunque muchos se ofrescían».

Largos días estuvo en la prisión, sin saber él la causa de su encarcelamiento, y sin ser sometido a ningún interrogatorio. ¿Qué delito había cometido? Por fin lo supo.

«Entre las muchas personas que seguían al Peregrino había una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza y muy vistosa, las cuales habían entrado mucho en espíritu, máxime la hija; y en tanto que, siendo nobles, eran idas a la Verónica de Jaén a pie, y no sé si mendicando, y solas; y esto hizo grande rumor en Alcalá: y el Doctor Ciruelo, que tenía alguna protección dellas, pensó que el preso las había inducido, y por eso le hizo prender».

Arbitrariedades bien comprensibles en los tribunales eclesiásticos de aquella época, y sobre todo, deseos de contentar al Doctor Pedro Ciruelo, gloria de la Universidad de Paris hasta 1503-1504, canónigo de Sigüenza, ornamento de la Complutense, famoso como físico, matemático, geómetra, filósofo aristotélico de orientación nominalista a quien llamó Cisneros a la

[79] FN I, 446. Esa Teresa de Cárdenas no es otra que doña Teresa Enríquez, hija del Almirante de Castilla y esposa de Gutierre de Cárdenas († 1503), «donna illustrissima di sangue regio, ma piú di carità e bontà di vita» (C. B. PIAZZA. *Opere pie di Roma* [Roma 1671] p.442), que hasta países lejanos se extendía su generosa beneficencia. Fernández de Oviedo la llama «Unica señora, de las que me acuerdo y se han visto en nuestro tiempo y patria y aun en toda la Cristiandad, en sus limosnas y devociones» (cit. en DHEE II. 782-90): única también en socorrer a los enfermos, a Ios encarcelados, a a los cautivos de Argel, a los huérfanos, a los soldados heridos en la guerra; y única en su devoción a la Eucaristía, que le valió el título de «la Loca del Sacramento» (C. BAYLE, *La loca del Sacramento. Doña Teresa Enrique*, Madrid 1922).

Universidad de Alcalá para darle la primera cátedra de teología tomista

«Vide Paulum in vinenlis»

El asunto se aclaró cuando regresaron las dos peregrinas, tan devotas como imprudentes. Así lo refiere el mismo Iñigo a su confidente Gonçalves da Cámara.

> «Diecisiete días estuvo en la prisión... al fin de los cuales vino Figueroa a la cárcel y le examinó de muchas cosas, hasta preguntarle si hacia guardar el sábado[80]. Y si conocía dos ciertas mujeres, que eran madre y hija; y dexto dixo que sí. Y si había sabido de su partida antes que se partiesen; y dixo que no, por el juramento que había recebido. Y el Vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dixo: Esta era la causa porque sois aquí venido. Pues como el preso vio lo que había dicho el Vicario, le dixo: ¿Queréis que hable un poco más largo sobre esta materia? —Dice: Sí. — Pues habéis de saber —dice el preso— que estas dos mujeres muchas veces me han instado para (¡) que querían ir por todo el mundo servir a los pobres pos unos hospitales y por otros; y yo las he siempre desviado deste propósito, por ser hija tan moza y tan vistosa, etc.; y les he dicho que, cuando quisiesen visitar a pobres, lo podían hacer en Alcalá, e ir acompañar el Santísimo Sacramento.
>
> Y acabadas estas pláticas, el Figueroa se fue con su notario, llevando escrito todo»[81].

Mas no por eso le declaró inocente, ni lo puso en libertad, porque las mujeres peregrinas tardaron muchos días en regresar. A la pregunta del Vicario si hacía guardar el sábado dio una respuesta que no consta en la *Autobiografía*, pero que Polanco —medio judío de raza— nos la ha conservado puntualmente:

> «Respondió que el sábado tenía devoción a Nuestra Señora; que no sa-

[80] ¡Como si fuese un judaizante! Iñigo se hubiese alegrado de tener sangre hebrea, lo declaró él años más tarde; pero no su hermano mayor, quien —como era frecuente en el País vasco— se ufanaba de no llevar en sus venas una gota de sangre judía, y lo mismo exige terminantemente a quien tenga que sucederle en el «mayoradgo de Loyola» (F.D. p.495).

[81] FN I, 448. Las peregrinas eran tres: la viuda María del Vado, su hija Luisa Velázquez y su criada Catalina. La primera testificó que Iñigo no la indujo a la peregrinación, y que lo tiene «por buena persona e servidor de Dios» (*Scripta de S. Ign*. 1, 621).

bía otras fiestas, ni en su tierra había judíos... Acabado el examen, todavía estuvo en la cárcel hasta 42 días (creo esperaban en este término la tornada de las mujeres para tomar el dicho dellas)»[82].

Por testimonio del propio Iñigo sabemos que no eran solamente mujeres o gentes ignorantes las que venían a conversar con el encarcelado, sino «hablábanle algunos doctores y personas virtuosas de la Universidad». De todos sus visitantes acaso el más ilustre se llamaba Jorge Naveros, natural de Tordesillas, filósofo y teólogo, que regentó en diversas ocasiones la cátedra en substitución de Miguel Carrasco, y a la muerte del agustino Dionisio Vázquez obtuvo en 1539 la cátedra de Biblia. El italiano Daniel Bártoli, tan buen literato como historiador, nos ha transmitido la noticia:

«Entre otros que venían a escucharle, uno fue Jorge Naveros, a lo sazón primer lector de Sagrada Escritura en Alcalá, hombre estimadísimo por su gran juicio y piedad cristiana. Este, oyéndole hablar, quedó tan cautivado y embelesado, que se le pasó la hora de la clase sin darse cuenta; por lo cual corriendo presuroso a la Universidad y encontrando a los escolares que le aguardaban en el patio, con rostro de hombre casi fuera de sí por el estupor prorrumpió en esta exclamación: *Vidi Paulum in vinculis»*.

Otro que no solamente le visitó, sino que se encerró en la cárcel con él fue su compañero de apostolado, Calixto de Sa, quien probablemente había conversado más veces que Iñigo con las mujeres que se fueron en peregrinación a Jaén y a Guadalupe. Por eso, en un arranque de amor a la justicia y de fidelidad a su maestro espiritual, corrió a acompañarle en la reclusión carcelaria.

«En aquel tiempo estaba Calixto en Segovia, y sabiendo de su prisión, se vino luego, aunque recién convalescido de una grande enfermedad, y se metió con él en la cárcel... Estuvo Calixto en la cárcel algunos días; mas viendo el Peregrino que le hacía mal a la salud corporal, por estar aún no del todo sano, le hizo sacar por medio de un doctor, amigo mucho suyo».

Testifican mujeres piadosas y otras que no son tanto

Figueroa, entre tanto, extendía sus pesquisas judiciales, llegando a

[82] FN 1, 174. Según Laínez, pasaba Iñigo los días en la prisión «razonando de las cosas de Dios, y edificando con el exemplo y exercicio en barrer la cárcel y otras cosas semejantes» (FN 1, 94).

descubrir que no todas las mujeres que se aficionaban a Iñigo eran genuinamente «beatas». Algunas habían padecido «mal de madre» o histerismo; otras experimentaban desmayos, grandes tristezas, fenómenos nerviosos; una de ellas había sido una desgraciada meretriz, y aun después de su arrepentimiento, revelaba a veces en sus conversaciones mal sofocados instintos de sensualidad. Oigamos a María de la Flor en su declaración del 2 de mayo de 1527:

«La dicha María de la Flor, hija de Fernando de la Flor, vecina desta villa, jurada, etc. Dixo que lo que sabe del Iñigo es, questa le veía muchas veces entrar en casa de Mencía de Benavente, que es tía desta que declara, e hablaban en secreto muchas veces; e esta preguntaba a su tía e a su hija qué les hablaba... e le decían que les mostraba el servicio de Dios; e le decían las penas que tenían, e las consolaba.

E ésta les dixo que le quería hablar; e ansí le habló, e le dixo que le mostrase el servicio de Dios. E el Innigo le dixo que la había de hablar un mes arreo; e que en este mes había de confesar de ocho en ocho días e comulgar; e que la primera vez había destar muy alegre, e non sabría de dónde le venía, e la otra semana estaría muy triste; mas que él esperaba en Dios que ha de sentir en ello mucho provecho. E la dixo que le había de declarar las tres potencias... e el mérito que se gana en la tentación; e del pecado venial cómo se facia mortal; e los dies mandamientos, e circunstancias, e pecados mortales, e los cinco sentidos, e circunstancias de todo esto.

E decía que cuando alguna mujer venía a hablar a alguna doncella de mala parte, e que si la tal doncella non daba oído a ello, non pecaba mortal ni venial; e que si otra ves venía e le daba oído e lo oía, que pecaba venialmente; e que si otra vez la hablaba e hacía lo que le decían, pecaba mortalmente. E le decía cómo había de amar a Dios. E le dixo, que, entrando en el servicio de Dios, le habían de venir tentaciones del enemigo; e le mostraba el esamen de la conciencia, e que le ficiese dos veces al día, una después de comer, e otra después de cenar, e que se asentase de rodillas e dixesse: *Dios mío, padre mío, criador mío. Gracias y alabanzas te hago por tantas mercedes como me has fecho e espero que me has de facer. Suplícote por los méritos de tu Pasión me des gracia, que sepa esaminar bien mi conciencia.*

E ésta le dixo Innigo un pensamiento que le había venido e que le había confesado a su confesor... E le dixo el Iñigo que pluguiera a Dios que non se hobiera levantado aquel día, porque aquello, que decía que había confesado, no era pecado mortal ni venial, e que antes era buen pensamiento; e dixo que hablase con Calixto, su compañero... E ansí se lo dixo al Calixto; e le dixo lo

mesmo que el Iñigo…

Cuatro veces le vino a esta, que declara, muy grande tristeza, que cosa ninguna le parescía bien... Hablando con el Iñigo o con el Calixto se le quitaba. E esto mermo decía la de Benavente, e su hija... E decía *(Iñigo)* que entrando en el servicio de Dios, lo ponía el diablo: que estuviese fuerte en el servicio de Dios, e que aquello que lo pasasen por amor de Dios.

E que cuando dixese el *Ave María*, que diese un sospiro e contenplase en aquella palabra "Ave María": e luego "gracia plena", e contemplar en ella. E ésta, que declara, *(María de la Flor)* vio a María, questaba con la de Benavente amortecida en el suelo, e decía que había visto al diablo..., una cosa negra muy grande... E ésta era antes mala mujer, que andaba con muchos estudiantes en el estudio, que era perdida»[83].

Refiere a continuación frases dichas por Calixto o por Iñigo, que saben al más grosero alumbradismo popular, y que por estar en pugna con toda la mentalidad, ideología y conducta de ambos, son enteramente inaceptables, si no se explican.

Ultimas declaraciones y sentencia del Vicario

Por las últimas testificaciones de mujeres que deseaban tener a Iñigo como director venimos en conocimiento de la frecuencia con que eran atacadas de convulsiones y desmayos. El 14 de mayo, a las interrogaciones del Vicario, respondió Anna de Benavente, que después que habla con Iñigo y Calixto le ha tomado un desmayo tres o cuatro veces, y sucedía de esta manera:

«Estando consigo pensando cómo se había apartado del mundo, ansí en el vestir, como en otras cosas de murmurar e jugar, la tomaba una tristeza que se desmayaba; e algunas veces la tomaban desmayos e perdía el sentido; e dos veces le tomaron unas bascas del corazón, que se revolcaba por el suelo... E a otras mujeres les tomaban estos desmayos; a unas de una manera, e a otras de otra. E a Leonor, hija de Anna de Menna... la tomó más veces que a estas e le duraba un hora... E también se desmayaban María de la Flor, e Ana Días e la de Benavente, e otras mozas que no están en la villa, que se fueron a Murcia. E le mandaba Iñigo que se confesase de ocho a ocho días, e recibiese el sacramento de mes a mes...

La dicha Mencía de Benavente, dixo que... le tomaba mal de madre o le

[83] *Scripta de S. Ign.* I, 612-13. Esa María «mala mujer, que andaba con muchos estudiantes» no parece referirse a María de la Flor, como dijimos inadvertidamente en *Loyola y Erasmo* 113.

tomaban unos desmayos, e ella lo tiene por mal de madre... La dicha Ana Días... dixo que a esta le tornaba mal de la madre; e a María, que está en los Yélamos *(prov. Guadalajara)*, que es de dies e siete años, veía que la tomaban desmayos muchos».

El día 8 de mayo de 1527 presentóse en la cárcel el Vicario Juan Rodríguez de Figueroa para manifestar al preso el resultado de sus pesquisas, que se reducían a lo que los testigos habían confesado. Iñigo respondió dando razón de lo que había hecho y por qué lo había hecho. Al mandato que se le había impuesto, «que non ficiese ayuntamiento de gente, que se dice conventículo, para enseñar ni dotrinar a nadie», respondió que esto no se le había mandado «por vía de precepto», sino «a manera de consejo». Podía haber añadido que tal prohibición no constaba en la sentencia escrita. ¿Se la daría de palabra? Ahora la sentencia definitiva tardó en venir. Solamente el primero de junio el Vicario hizo comparecer ante sí a Iñigo y le mandó lo siguiente:

«Que dentro de diez días próximos siguientes dexe el hábito que trae, que una ropa larga a manera de hopa, e se conforme con el hábito común que traen los naturales destos reinos, tomando el hábito de clérigo o de lego, cual más quisiere; e dentro destos diez días, en cuanto no hobiere tomado el dicho hábito, no salga de la casa donde posa e habita.

Otrosí, le mandó que de aquí adelante, por espacio de tres años cumplidos, que corran desde hoy dicho día, no enseñe ni dotrine a persona alguna, hombre ni mujer, de cualquier estado o condición que sea, en público ni en secreto, haciendo ayuntamiento de gentes, privada o particularmente...; ni cure de declarar los mandamientos, ni otra cosa tocante a nuestra santa fe católica, por el espacio de los dichos tres años cumplidos... Lo cual dixo que le mandaba e mandó so pena de excomunión mayor, en la cual incurra *ipso faxto* lo contrario haciendo, y que será desterrado destos reinos perpetuamente.

Este dicho día fue notificada esta sentencia e mandamiento a Juan Lopes, e a *Recalde* (?) e a Calisto, e a Cáceres»[84].

[84] *Scripta de S. Ign.* I, 621-22. El *Juan López* no es otro que Juan López de *Arteaga*, y el *Recalde* cene que ser Juanico *Reinalde*. Al hacer en 1613 un compendio de esta pieza procesal, el notario Juan de Quintarnaya leyó mal el nombre de *Juan* (en abreviatura Ju) y transcribió Iñigo, y en vez de o a *Recalde* (que debía ser *Reinalde*) leyó de Recalde, etc. De ahí a que algunos ilustres historiadores afirmen erróneamente, que el nombre de S. Ignacio era *Iñigo López de Recalde*. Fue Fita quien primero cayó en la cuenta del error notarial (*Les tres procesos*, p.457). Reproducción fotostática de las líneas pertinentes, en *Scripta de S. Ign*. I, 623. A

Sentencia durísima, y aun podríamos decir injusta, que debió caer sobre el dorso de Iñigo como el mazazo de un jayán. Se le prohibía reunirse amigablemente con personas que deseaban instruirse sobre Dios y la oración, sobre la Iglesia y sus mandamientos; se le tapaba la boca para hablar de lo que él llevaba con más amor en el corazón; en una palabra se le cortaba el paso a cualquier apostolado de tipo popular, que era el único posible para él, y para el cual se creía capacitado, como apareció claro en las testificaciones del proceso. La sentencia, sin embargo, podía parecer prudente en aquellas circunstancias históricas y en aquel ambiente alcalaíno cargado de efluvios malsanos procedentes del Alumbradismo. Para predicar, le hacían falta serios estudios de teología, mas no para conversar sencillamente sobre la doctrina cristiana. ¿Qué hacer en semejante trance? En otras ocasiones acudía a su confesor, pidiendo consejo. Ahora pensó en la más alta autoridad eclesiástica de la región.

> «Con esta sentencia —confesará el mismo— estuvo un poco dubdoso lo que haría, porque parece que le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas, no le dando causa ninguna, sino que no había estudiado. Y en fin se determinó de ir al arzobispo de Toledo, Fonseca, y poner la cosa en sus manos»[85].

En fin de cuentas, ¿tuvo Iñigo trato con los alumbrados? Respondo taxativamente: en cuanto alumbrados, no; habló con no pocos que se decían alumbrados, porque quería amaestrarlos en la doctrina cristiana y enseñarles a vivir cristianamente.

Indudablemente tenía ya entonces Iñigo noticia del nacimiento del príncipe heredero y de su bautizo en Valladolid. España se regocijaba aquellos días con el emperador Carlos V porque su esposa Isabel de Portugal le había dado un hijo, el primogénito, que se llamaría Felipe II. Tan fausto acontecimiento había tenido lugar el 21 de mayo y el bautismo había de celebrarse el 5 de junio por mano del arzobispo de Toledo, Alfonso de Fonseca y Acebeda, en calidad de Primado de España.

Como la sentencia del vicario Figueroa llevaba la fecha del primero

---

Iñigo no había por qué ponerle en la lista, pues ya se le había hecho antes la notificación.

[85] FN I, 450. Figueroa, el autor de esta severa sentencia, testificó más adelante en Roma (1538) delante del gobernador pontificio, que en Alcalá no se habla encontrado nada contra la vida y doctrina de Iñigo de Loyola (*Scripta de S. Ign.* I, 627-29). Y el propio Ignacio el 15 de marzo de 1545 le escribirá al rey de Portugal: «Nunca fui reprobado de una sola proposición» (I, 297).

de junio, era evidente que, si Iñigo quería encontrarse con el arzobispo, no podía dirigirse a Toledo. Tenía que ir a Valladolid. Así lo hizo. ¿Cuándo salió definitivamente de Alcalá? Responde Polanco en el *Sumario* que después de la sentencia «no estuvo en Alcalá más de 20 días». Aunque añadamos algún día más, podemos conjeturar que hacia el 25 de junio se hallaba en la ciudad de Valladolid.

Al verle pisar de nuevo los campos castellanos, de las orillas del Henares a las del Duero, pasando por Segovia, podemos imaginar que iría reflexionando sobre el año y tres meses (más o menos) que había pasado en Alcalá, centro universitario, del que no se benefició bastante por su inexperiencia en este campo. Ni siquiera sabemos con qué frecuencia asistió a la Universidad.

«El poco método en abarcar muchas materias, el trato espiritual con los prójimos y las persecuciones y cárceles que de esto se siguieron — observó acertadamente Astráin— no le permitieron, sin duda, adelantar gran cosa en las letras. Pero si no fue provechosa para los estudios la estancia en Alcalá, lo fue mucho para otros fines que la Divina Providencia tenía sobre Ignacio. Efectivamente, nos consta que en aquella Universidad le conocieron por lo menos ocho hombres insignes, que años adelante entraron en la Compañía de Jesús. *(Aquí recuerda Astráin a Laínez, Salmerón y Bobadilla, columnas primeras de la futura Compañía, y a Jerónimo Nadal, Manuel Miona, Martín de Olabe, los dos Eguías). Todos estos hombres, que tanto habían de ilustrar a la Compañía con sus virtudes, recibieron sin duda la primera semilla de su vocación religiosa en Alcalá»*.

Unos días de julio en Valladolid

Sobre el río Pisuerga y en la vasta llanura, regada por el Duero y embellecida por alamedas y pinares, se alzaba la ciudad de Valladolid, rica de monumentos religiosos y de instituciones políticas y culturales. Allí había nacido Felipe II, y allí había recibido las aguas del bautismo, como queda dicho. En Valladolid estaba todavía el arzobispo de Toledo, cuando a fines de junio o principios de julio se le presentó inesperadamente Iñigo de Loyola.

Era Don Alfonso de Fonseca y Acebedo un arzobispo típico del Renacimiento, fastuoso y liberal, más atento a la política que al gobierno de su Iglesia, fautor de la cultura y amigo de los literatos, mecenas de Erasmo, protector de Miguel de Eguía y patrocinador del humanista Juan de

Vergara, a quien escogió por secretario; fundó un colegio mayor en Compostela (dedicado a Santiago Alfeo), otro en Salamanca (en honor de Santiago el Zebedeo), y en la Universidad de Alcalá aspiró a ser el continuador de Cisneros.

Presentándose ante aquel ilustre prelado Iñigo le habló con sencillez y franqueza, «contándole la cosa que pasaba fielmente». Naturalmente no podía esperar que el arzobispo anulase o rescindiese la sentencia de su Vicario; solamente le pedía un consejo o una orden, porque «aunque no estaba ya en su jurisdicción, ni era obligado a guardar la sentencia, todavía haría en ello lo que ordenase». Fonseca admiró en aquel pobre estudiante la sumisión y humildad, juntamente con una singular cortesía en el hablar (si bien Iñigo le dio siempre el tratamiento de Vos, no Vuestra Señoría) y le respondió el prelado con palabras sumamente afables y bondadosas.

Saltó en la conversación el nombre de Salamanca. ¿Partió primero de los labios del arzobispo o de los de Iñigo? Quizá el arzobispo le aconsejó cambiar de Universidad; pudo sugerirle los nombres de Sigüenza, Valladolid, Salamanca y la más lejana de Santiago de Compostela —cuya fundación por bula de 1526 la había obtenido el mismo Fonseca y seguía promoviéndola con mucho fervor—. Iñigo optó por Salamanca.

> «El arzobispo le recibió muy bien, y, entendiendo que deseaba pasar a Salamanca, dijo que también en Salamanca tenía amigos y un Colegio, todo le ofreciendo; y le mandó, en se saliendo, cuatro escudos».

Iñigo conocía muy bien la ciudad de Valladolid por las muchas veces que en su juventud, viniendo de Arévalo, la visitaba y por los varios meses que allí pasó con el Duque de Nájera entre 1517 y 1518. Ya nada le atraía ni retenía en la ciudad del Pisuerga. Ni siquiera el gran acontecimiento de haber sido convocados allí por el Inquisidor General, Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, los más renombrados teólogos españoles con el fin de examinar, discutir y pronunciar un dictamen autoritativo sobre la ortodoxia o heterodoxia de Erasmo.

Estaban hartos y estomagados los frailes, poderosos siempre en España, de tanto oír el nombre de aquel humanista holandés, que les asaeteaba continuamente con sus flechas envenenadas y no contento con zaherirlos y desacreditarlos a ellos, se atrevía a criticar las enseñanzas de la Iglesia y aun desfigurar los dogmas con frases ambiguas. Contra el Humanismo audaz y presuntuoso, que tantos adeptos iba conquistando entre los letrados y los cortesanos, tenía que alzarse la vieja Teología escolástica,

cuyos exponentes más altos pertenecían a las Órdenes religiosas. Es sabido que los frailes mendicantes eran los más añejamente escolásticos y los más hostiles a Erasmo; menos reñidos con el erasmismo se mostraban los benedictinos, cistercienses y jerónimos.

Unos 30 teólogos de Alcalá, Salamanca, Valladolid, de otras ciudades y del séquito imperial, a los que se han de añadir tres portugueses, se reunieron en la ciudad Pinciana, en el palacio en que se alojaba el Inquisidor General, Alonso Manrique de Lara, dispuestos unos a impugnar y otros a defender los 21 capítulos recogidos por los enemigos de Erasmo presentados a la Inquisición. Convocada la conferencia teológica para 2 de junio, fue aplazada el 9 para el 15 y finalmente para el 27 de dicho mes. Presidía el Inquisidor General, claramente propenso hacia Erasmo y su doctrina. «El archivo inquisitorial ha conservado las actas de las veintiuna sesiones de la asamblea, que se reunió regularmente todos los martes, jueves y sábados, del 27 de junio al 13 de agosto».

Los pareceres más favorables a Erasmo se deben a los teólogos de la joven Universidad de Alcalá, todos ellos erasmizantes «menos uno, más bien astrónomo que teólogo, que es el gingolfisimo Ciruelo» (según escribe A. Valdés a M. Transilvano); los más acres y severos proceden de los salmanticenses, si excluimos a Francisco de Vitoria, que se muestra muy razonable, comprensivo y equilibrado, dentro de la severidad de su crítica.

No pasaron del cuarto capítulo, porque el Inquisidor Manrique, alegando que una peligrosa pestilencia se hacía sentir en la ciudad, suspendió las reuniones en espera de una nueva convocatoria, que no llego nunca.

La condenación que se temía o se esperaba, de hecho no se pronunció. Erasmo, que seguía muy de cerca el proceso de la conferencia, avisado puntualmente por las epístolas de Juan de Vergara, pudo regocijarse de tan imprevisto final. Y nuestro Iñigo, que abandonó aquella ciudad cuando ya se sentía hasta en las calles el apasionado bullicio de las disputas, se alejaría con gesto de indiferencia por la infinita llanura castellana, socarrada por el sol, repitiendo lo que había dicho en Alcalá, cuando «oyendo decir que había diferencias y dudas sobre el autor, nunca lo quiso leer, diciendo que hartos libros había buenos de que no había duda».

En la Atenas española

Ya tenemos al Peregrino recorriendo a pie los 110 kilómetros (aproximadamente) que le separaban de Salamanca. Pudo hacer el viaje por Tordesillas, donde ya no estaba la Princesa soñada por Iñigo, Catalina de Austria, que ahora reinaba en Portugal; pero es muy probable que escogiese el camino más recto que pasaba por Medina del Campo, de donde mirando hacia el sur —si no llegaba a descubrir en la lejanía los muros de su querida villa Arévalo— contemplaría por lo menos los bosques, las riberas, los campos y senderos, donde había pasado el decenio más regocijado y turbulento de su juventud.

Se echaban encima los días más cálidos, plenamente caniculares, de Castilla, cuando Iñigo de Loyola se asomó a las aguas del Tormes, en cuyas orillas se levantaba la catedral vieja de Salamanca con la Torre del Gallo, «como una cresta de oro» (la nueva y más grandiosa catedral gótica con toques renacentistas estaba en construcción), y se adentró por las tortuosas calles de aquella ciudad tan gravemente monumental como festivamente estudiantil. Sería a mediados de julio.

Iñigo venía con la esperanza de poder proseguir aquí sus estudios interrumpidos en Alcalá. Hasta los albores del siglo XVI en que surgió la Universidad Complutense con ansias de modernidad, la Salmanticense no tenía rivales en España y pocas en Europa. Ciertamente nunca llegó a emparejar con París o Bolonia, pero si aquélla la superaba en artes o filosofía y ésta en derecho, desde principios del XV no era inferior a ninguna en teología. El ímpetu inicial de la Complutense logró darle ventaja en lenguas clásicas, en renovación de los métodos filosóficos y teológicos, en fervor científico, literario y espiritual, que prometía mucho más de lo que realmente dio; pero causa sorpresa y admiración que la vieja Universidad se pusiera muy pronto al paso de la joven, y por lo menos en las estudios teológicos no se dejara sobrepasar. La renovación metodológica de la teología, más que de Alcalá, procedió de Salamanca, lo cual se debió al buen instinto y genio práctico de Francisco de Vitoria. Gracias a él pudo la ciudad del Tormes ser apellidada «la Atenas española», y mantener bien alto el cetro de la teología, como lo había mantenido París tres siglos antes.

Precisamente el año 1527 en que Iñigo llegaba con ánimos de estudiar, concluía Vitoria su primer año de magisterio salmantino, y ese mismo año empezaba a seguir el curso de sus lecciones sobre la *Secunda secundas* de la Santa teológica un joven dominico, Melchor Cano, que plasmará científicamente en su libro *De locis thealogicis* la metodología

que había aprendido de Vitoria.

En aquella Universidad, que entonces empezaba a cobrar vuelos, despojándose de sus viejos hábitos medievales, Iñigo de Loyola no pudo aprender nada, porque su estancia en la ciudad no pasó de dos meses, incluyendo el oscuro paréntesis de veintidós días en la cárcel; y también porque ni estaba preparado para los estudios superiores, ni pensó aquel verano en dedicarse a ellos, ocupado como siempre en adoctrinar a los niños e ignorantes y en iniciarlos —si era gente devota— en algunos modos de hacer oración.

¿En qué casa se hospedaba? No poseemos más que una vaga noticia.

> «Llegado a Salamanca —nos dice la *Autobiografía—,* estando en oración en una iglesia, le conoció *una devota que era de la compnañía*, porque los cuatro compañeros *(de Alcalá)* ya había días que allí estaban, y le preguntó por su nombre, y así lo llevó a la posada de los compañeros».

Tal vez esa posada no estaba lejos de la iglesia de los Padres dominicos, porque esta iglesia fue la que más frecuentó el Peregrino para hacer oración y recibir los sacramentos. Sabemos también que escogió por confesor a un fraile de Santo Domingo que tenía su confesonario en la grandiosa iglesia gótica de San Esteban. El Santo no llegó a ver la actual fachada, maravilla del arte plateresco, que empezó a construirse en 1524. Llevaba diez o doce días en Salamanca, cuando su confesor, cuyo nombre ignoramos, le dijo: *Las Padres de la casa os querían hablar,* y él dijo: *En nombre de Dios. —Pues*, dijo el confesor, *será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; mas de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas*.

Comida con los frailes y reclusión en el convento

Nadie nos dará un relato mejor que el propio Iñigo en su *Autobiografía*.

> «Y así el domingo vino con Calixto, y después de comer, el Soprior *(fray Nicolás de Santo Tomás)* en absencia del Prior *(fray Diego de San Pedro)*, con el confesor, y creo yo que con otro fraile, se fueron con ellos a una capilla; y el Soprior con buena habilidad *(era gallego)* empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban *predicando a la apostólica*; y que holgarían de saber destas cosas más particularmente[86].

[86] Sin duda el Subprior tenía conocimiento de aquel proyecto que habían fraguado

Y así comenzó a preguntar qué es lo que habían estudiado. Y el Pelegrino respondió: Entre nosotros el que más ha estudiado soy yo. Y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento. —Pues luego ¿qué es lo que predicáis? — Nosotros, dice el Pelegrino, no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman. —Mas, dice el fraile, ¿de qué cosas de Dios habláis? que eso es lo que querríamos saber. —Hablamos, dice el Pelegrino, cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprehendiendo. — Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar, sino de una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu santo. No por letras, *ergo* por Espíritu santo.

Aquí estuvo el Peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar: y después de haber callado un poco, dixo que no era menester hablar más destas materias».

De este modo viene a decirle Iñigo al Subprior, que ha entrado en un campo, el de la conciencia, que no le toca; podrá juzgar de los hechos externos, y como teólogo, podrá opinar sobre la doctrina, pero no inquirir en la conciencia del prójimo. Iñigo piensa que el Subprior carece de autoridad para hacerle tales preguntas; por eso no le contesta. Ya había respondido suficientemente al declarar la exigüidad de sus letras. Y no podía decir ahora que le inspiraba el Espíritu Santo, porque le hubieran acusado de alumbradismo. Solamente a su padre espiritual le manifestaba las altas ilustraciones que recibía del cielo. Le insta el fraile: «Pues agora que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros, que han engañado al mundo, ¿no queréis declarar lo que decís? El Peregrino dixo: Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello».

Sobre «Los errores de Erasmo», aludidos por el Subprior, el que mejor podía hablar era fray Francisco de Vitoria, que precisamente aquellos días estaba ausente de Salamanca; él conocía bien las deficiencias y los méritos de Erasmo y los estaba entonces juzgando en las conferencias de Valladolid. Vitoria no era un entusiasta de Erasmo, como muchos de los

---

Juan López de Celaín y el Almirante don Fadrique Enríquez, de reunir un grupo de «duce apóstoles para convertir a los cristianos a su opinión», y entre tanto vivían en una casa de Medina de Rioseco «a la apostólica». Juan López de Celaín pereció en la hoguera el 24 de junio de 1530; igual suerte le tocó en 1535 a su secuaz Juan del Castillo. Sobre estos «apóstoles» debe consultarse A. SELKE DE SÁNCHEZ, *Vida y muerte de Juan López de Celaín, alumbrado vizcaíno*: «Bull. Hisp.» 62 (1960) 136-62 (v. supra, nota 31).

complutenses, pero tampoco un antierasmista total como la mayoría de los salmanticenses. Lástima que no tuviera ocasión de conversar con Iñigo de Loyola. Tampoco le fue posible a éste cambiar unas palabras con el joven estudiante Melchor Cano, ¡ojalá lo hubiera hecho! No es fácil adivinar la impresión que el teólogo de Cuenca hubiera recibido de aquel pobre vasco, que no se avergonzada de confesar su incompetencia científica, pero que demostraba una sabiduría sobrehumana. Pasados los años, será Melchor Cano uno de los más encarnizados enemigos de los jesuitas y de los *Ejercicios espirituales* ignacianos. Es lícito pensar que hubiera sido más piadoso y comprensivo en 1556, si en 1527 hubiera visto a Iñigo en San Esteban y hubiera hablado a solas con aquel hombre de Dios, cuyas palabras traspasaban los corazones.

El episodio de Iñigo de Loyola en el convento salmantino, iniciado festiva y caritativamente con un yantar comunitario, terminó con una seria amenaza del Subprior contra el pobre huésped y con la división de los frailes en dos bandos: unos en pro y otros en contra del convidado.

> «Pues tornando a la historia, no pudiendo el Soprior sacar otra palabra del Peregrino, sino aquélla, dice: Pues quedaos aquí, que bien haremos con que lo digáis toda. Y así se van todos los fraires con alguna priesa. Preguntando primero el Peregrino si querrían que quedasen en aquella capilla, o adónde querrían que quedase, respondió el Soprior, que quedasen en la capilla. Luego los frailes hicieron cerrar todas las puertas, y negociaron, según paresce, con los jueces. Todavía los dos estuvieron en el monasterio tres días sin que nada se les hablase de parte de la justicia, comiendo en el refitorio con los frailes. Y cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a velles: y el Peregrino siempre hablaba de lo que solía; de modo que entre ellos había ya como división, habiendo muchos que se mostraban afectados».

Ante los jueces eclesiásticos

En el poco tiempo que Iñigo y sus cuatro compañeros llevaban en Salamanca habían logrado captarse la simpatía de buena parte de la población. Por eso, no es extraño que en la comunidad de San Esteban hubiese también un grupo de frailes, contagiados del mismo sentimiento benévolo hacia aquellos hombres que vivían pobrísimamente y que no sabían hablar sino de Dios y de las cosas santas. Seguían en el convento sin saber por qué ni hasta cuándo. Leamos la *Autobiografía:*

«Al cabo de los tres días vino un notario y llevóles a la cárcel *(a Iñigo y a Calixto)*. Y no los pusieron con los malhechor en baxo, mas en un aposento alto, adonde, por ser casa vieja y deshabitada, había mucha suciedad. Y pusiéronlos entrambos en una misma cadena, cada uno por su pie; y la cadena estaba apegada a un poste que estaba en medio de la casa, y sería larga de 10 o 13 palmos; y cada vez que uno quería hacer alguna cosa, era menester que el otro le acompañase. Y toda aquella noche estuvieron en vigilia. Al otro día, como se supo en la cibdad de su prisión, les mandaron a la cárcel en qué durmiesen, y todo el necesario abundantemente; y siempre venían muchos a visitarles, y el Peregrino continuaba sus exercicios de hablar de Dios, etc.

El bachiller Frías les vino a examinar a cada uno por sí, y el Peregrino le dio todos sus papeles, que eran los *Exercicios*, para que los examinasen, Y preguntándolos si tenían compañeros, dixeron que sí y adonde estaban, y luego fueron allí por mandato del bachiller, y traxeron a la cárcel Cáceres y Artiaga, y dejaron a Juanico, el cual después se hizo fraile. Mas no los pusieron arriba con los dos, sino abaxo adonde estaban los presos comunes.

Y algunos días después fue llamado *(el Peregrino)* delante de cuatro jueces, los tres doctores, Sanctisidoro, Paravinhas y Frías, y el cuarto el bachiller Frías, que ya todos habían visto los *Exercicios*. Y aquí le preguntaron muchas cosas, no sólo de los *Exercicios*, mas de teología, verbi gratia, de la Trinidad y del Sacramento, cómo entendía estos artículos. Y él hizo su prefación primero *(indicando su falta de ciencia)*. Y todavía, mandado por los jueces, dixo de tal manera, que no tuvieron qué reprehendclle. El bachiller Frías... le preguntó también un caso de cánones; y a todo fue obligado a responder, diciendo siempre primero que él no sabía lo que decían los doctores sobre aquellas cosas.

Después le mandaron que declarase el primero mandamiento de la manera que solía declarar. El se puso a hacerlo, y detúvose tanto y dixo tantas cosas sobre el primero mandamiento, que no tuvieron gana de demandarle más.

Antes desto, cuando hablaban de los *Exercicios*, insistieron mucho en un solo punto, que estaba en ellos al principio de cuándo un pensamiento es pecado venial, y de cuándo es mortal. Y la cosa era porque, sin ser él letrado, determinaba aquello. El respondía: si esto es verdad o no, allá lo determinad; y si no es verdad, condenaldo. Y al fin ellos, sin condenar nada, se partieron.

Entre muchos que venían hablalle a la cárcel vino una vez D. Francisco de Mendoza, que agora se dice cardenal de Burgos, y vino con el Bachiller Frías. Preguntándole familiarmente cómo se hallaba en la prisión y si le pesaba de estar preso, le respondió: Yo responderé lo que respondí hoy a una señora, que decía palabras de compasión por verme preso. Yo le dixe, ¿Pues tanto mal os paresce que es la prisión? Pues yo os digo que no hay tantos

grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios»[87].

Sucedió que una noche, en que falló la vigilancia, todos los presos de la cárcel se evadieron; todos menos los dos Iñiguistas que estaban con ellos. Corrió la noticia por la ciudad con gran admiración y aumento de la estima en que se les tenía. En recompensa fueron instalados en una casa vecina, tan hermosa que les pareció un palacio.

La despedida

Estaba de Dios que Iñigo de Loyola no había de cursar sus estudios en ninguna Universidad española. Propenso siempre a catequizar al pueblo sencillo, a los humildes e ignorantes, se distraía fácilmente con ellos, olvidando los libros y las lecciones de los maestros. De esa forma le era imposible consagrarse plenamente al estudio y llegar a poseer la filosofía y la teología tan profundamente como requería su vocación sacerdotal y apostólica. Sorprende y maravilla que con todo su vivo y hondo conocimiento de la vida, de los hombres y de sí mismo, tardara tanto en persuadirse de esta verdad: Un apostolado de gran estilo no puede realizarse sin profundos conocimientos de la ciencia sagrada. Más adelante lo vio clarísimo y lo promovió con todas sus fuerzas. Así escribirá en las *Reglas para los estudiantes:* «Y consideren que los estudios tomados de veras... *piden en cierto modo el hombre entero:* y juntamente entiendan que el atender a los estudios con pura intención del divino servicio será no menos grato, antes más, a Dios nuestro Señor por el tiempo dellos, que las mortificaciones, oraciones y meditaciones no necesarias».

Y su secretario Polanco decía de él que era muy exigente en materia de estudios: «Cuanto a las letras, a una mano quiere que todos se funden en la gramática y letras de humanidad, en especial si ayuda la edad e inclinación. Después ningún género de doctrina aprobada desecha, ni poesía, ni retórica, ni lógica, ni filosofía natural, ni moral, ni metafísica, ni matemáticas, en especial, como dije, en los que tienen edad y aptitud, porque de todas las armas posibles para la edificación huelga de ver proveída la Compañía».

Solamente en la Universidad de París aprendería cómo tenía que es-

[87] FN 1 456-60. Francisco de Mendoza y Bobadilla era entonces un estudiante de 19 años. Siendo cardenal y obispo de Burgos, se hizo buen amigo de S. Ignacio. Su gran colección de códices griegos vino a parar a la Bibl. Nac. de Madrid. Bibliografia en DHEE [I], 1469.

tudiar. Y a París le enderezó la divina Providencia.

> «Y a los 22 días que estaban presos les llamaron a oir la sentencia, la cual era *que no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios,* en tanto que nunca difiniesen: esto es pecado mortal o esto es pecado venial, si no fuese pasados cuatro años, que hubiesen más estudiado».

Es decir, se les permitía enseñar el catecismo y lo más elemental de la vida cristiana, pero se les prohibía terminantemente meterse en cuestiones de moral (que Iñigo juzgaba necesarias para la dirección de las almas) sin haber estudiado antes cuatro años.

Vinieron los jueces muy amables y bondadosos, imaginando que los presos quedarían contentos y agradecidos por tan benévola sentencia; pero quedaron muy sorprendidos cuando oyeron a Iñigo, «que él haría todo lo que la sentencia mandaba, mas que no la aceptaría; pues sin condenalle en ninguna cosa, le cerraban la boca para que no ayudase los próximos en lo que pudiese». Y por mucho que instó el doctor Frías, que era uno de los jueces que más le favorecían, «el Peregrino no dixo más, sino que, en cuanto estuviese en la jurisdicción de Salamanca, haría lo que se le mandaba»[88].

Salido de la cárcel, se puso a meditar, como en el regreso de su viaje a Palestina: *Quid agendum.* «Y él empezó a encomendar a Dios y a pensar lo que debía de hacer». Consideradas todas las dificultades que hallaba en Salamanca «para aprovechar las ánimas», «se determinó de ir a París a estudiar». Esta idea tenía que ofrecérsele naturalmente. En los últimos decenios del siglo XV y primeros del XVI riadas de jóvenes estudiantes salían de España con rumbo a la Universidad Parisiense. La ida a París les pasaba entonces por la cabeza a todos los jóvenes (españoles y no españoles) que deseaban sobresalir en los estudios de artes, o filosofía, y en los de teología. Para el derecho civil y canónico la meta era Bolonia. Así que nada tiene de particular que Iñigo pensase en aquellos colegios universitarios parisienses, en los que se hospedaban y oían lecciones innumerables compatriotas y paisanos suyos.

El ambiente favorable no basta para explicar el propósito de trasladarse a París. Polanco nos descubre dos motivos que influyeron en esa determinación de Iñigo: 1) «Por poderse más enteramente dar al estudio,

[88] Polanco añade: •Que por qué le imponían silencio en esta parte, y que antes él no estaría en Salamanca que pasar por tal sentencia, y así lo hizo» (FN, 176)

no teniendo la lengua francesa para comunicarse al prójimo»; 2) «teniendo también por principal intención el coger gente en aquella Universidad.., en cuya compañía él insistiese en el servicio divino, en el modo que juzgaba sería más conveniente».

No sabiendo hablar francés, no podía comunicarse con el pueblo, y tendría que dar todo el tiempo al estudio, como los más aplicados estudiantes. Y siendo allí tan abundantes los sabios maestros y los escolares de todas las naciones, que aspiraban a hacer una carrera brillante, esperaba con la ayuda de Dios, entre gente tan selecta, escoger «algunos en cuya compañía él insistiese en el servicio divino», tal como Iñigo lo concebía desde la ilustración del Cardoner.

Comunicó sus intenciones a sus compañeros, y como a ellos les pareciese bien, les anunció que él se adelantaba a la capital de Francia, con el fin de «ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar». Exploraría el campo y les avisaría. Luego se despidió de sus conocidos y amigos de Salamanca, y aunque «muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese», nunca lo pudieron acabar con él, «antes 15 ó 20 días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo»[89].

¿Qué corazón limosnero le haría ese regalo tan útil y conveniente para un peregrino que llevaba carga de libros? En el breve tiempo de su estancia en Salamanca tuvo ocasión de relacionarse con dos reclusas o emparedadas de gran virtud, cuyo recuerdo le acompañó muchos años. Su gratitud y afecto hacia ellas lo manifestó en la carta que el 24 de julio de 1541 escribió a una de ellas con esta dirección: *«A mi en Cristo N.S. hermana, la emparedada de San Juan, Salamanca»*. Y no tuvo pierde. Decíale en la carta, que le enviaba cuentas muy indulgenciadas y bendecidas por d mismo papa Pablo III, una para ella y otra «para la vuestra buena compañera y mi carísima hermana en Cristo, nuestro Criador y Señor, en quien me mandaréis mucho encomendar».

---

[89] FN I, 462. Iñigo les escribió varias veces desde París, desaconsejándoles el viaje, porque no hallarían comodidad para el estudio. Para que fuese Calixto pidió a doña Leonor Mascarenhas que suplicase al rey de Portugal una bolsa de estudio para él, mas no lo consiguió. Calixto cambió entonces la vida, viajó dos veces a América y por fin se estableció en Salamanca para disfrutar de las riquezas obtenidas en Indias. Juanito Reinalde tomó muy pronto el hábito franciscano. El sevillano Juan de Arteaga y Avendaño llegó a ser Comendador; luego le dieron el obispado de Chiapas (México), pero murió antes de llegar, en 1541. Lope de Cáceres se retiró a Segovia, su patria, olvidando su antiguo género de vida (FN I, 170-71 notas 8-11).

Supone Dudon que el itinerario hasta Barcelona sería por Segovia, Sigüenza, Calatayud, Zaragoza, Lérida... Al contemplar de lejos el macizo riscoso de Montserrat, en cuyo flanco parece querer refugiarse el santuario de Nuestra Señora, de tan inefables recuerdos para él su corazón emocionado se conmovería dulcemente, pero sin detenerse, arreó el asnillo camino de Barcelona.

En la Ciudad Condal se encontró con muchos antiguos amigos, con fidelísimos y devotos hospedadores Inés Pascual y su hijastro Juan, su maestro de gramática latina J. Ardévol, con las damas Estefanía de Requesens casada con Juan de Zúñiga, Isabel de Requeséns, e Isabel de Josa, D. Francisco de Gralla y su mujer Guiomar, Isabel Rosés y otras más.

Cuando él les manifestó que su intención no era quedarse en Barcelona, sino dirigirse a la Universidad de París, «todos los que le conoscían le desuadieron la pasada a Francia», ponderando los peligros gravísimos a que se exponía en un tiempo en que ardía la guerra entre Francisco I y Carlos V. Le contaban episodios atroces de algunos viajeros, «hasta decirle que en asadores metían (a) los españoles». Iñigo respondía con una leve sonrisa, «mas nunca tuvo ningún modo de temor». Y dejando el asnillo en Barcelona, «se partió para París solo y a pie, y llegó a París por el mes de febrero, poco más o menos, y según me cuenta, esto fue el año de 1528».

De esta su última estancia en la capital de Cataluña no sabemos nada, ni siquiera cuánto tiempo se prolongó, sin duda varias semanas, incluidas las fiestas de Navidad. Ni la *Autobiografía*, ni Laínez, ni Polanco, ni Nadal, ni Ribadeneira, nos han transmitido noticia alguna. Sólo Juan Pascual en su ancianidad nos dirá estas palabras ponderativas como todas las suyas:

«Despidióse de mi madre, de mi casa y de mí y de toda Barcelona, con muchas lágrimas suyas y de todos».

Atravesar casi toda Francia, de sur a norte, en tiempos de guerra y sin conocimiento del idioma del país, podría parecer una aventura capaz de arredrar a muchos. A Iñigo de Loyola, no. Para hacerse con las cosas más esenciales en largas caminatas, buscaría en las poblaciones la ayuda de algún sacerdote, con quien chapurrearía unas cuantas palabras en macarrónico latín.

Con los Reyes Magos saldría de Barcelona, si no antes; porque él, sin un camello ni siquiera un rocín para montar, sólo a principios de febrero llegaría a París, siendo así que a caballo se podía hacer ese viaje en veinte

días.

CAPÍTULO XI

ESTUDIANTE DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA EN PARIS (1528-1535)

La caminata de Barcelona a París le costaría cerca de un mes. Los peregrinos a caballo la hacían en veinte días. Aunque infortunadamente carecemos de noticias particulares sobre este largo vi je de Iñigo de Loyola, no nos es difícil imaginar la estampa de aquel peregrino de 36 años cumplidos, constitución fuerte, aunque demacrado el cuerpo por las penitencias, bajito de estatura y cojeando levemente, casi imperceptiblemente, de la pierna derecha. Lleva al hombro un hatillo de escasa ropa, algunos libros o papeles y una escribanía. Y marcha decidido, en pleno mes de enero, por los campos de Francia, helados por el cieno, húmedos de escarcha y acaso blancos de nieve. Por qué ciudades pasó, qué campos atravesó, en qué lugares se detuvo a pernoctar, no lo sabemos. Ni los paisajes, más o menos pintorescos, le interesaban, ni demandó noticias —como no fueran meramente topográficas— a los transeúntes con quienes topaba en el camino.

El 2 de febrero se asoma al Sena

La primera carta que escribió desde París la dirigió a su gran favorecedora la barcelonesa, Inés Pascual, que se había comportado con él como una madre. «La paz verdadera de Cristo N. S. visite y abrigue nuestras ánimas». En este saludo inicial se adivina que ha tenido frío y acaso lo tiene todavía el 3 de marzo en la casa donde escribe. Siente necesidad de abrigo. Prosigue de esta manera:

> «Considerando la mucha voluntad y amor, que en Dios N. S. siempre me habéis tenido, y en obras me lo habéis mostrado, he pensado escribiros ésta, y por ella haceros saber de mi camino después que de vos me partí. Con próspero tiempo y con entera salud de mi persona, por gracia y bondad de Dios N. S., llegué en esta ciudad de Paris a dos días de Hebrero»[90].

[90] *Ignatii Epistolae* I, 74.

Ya conocemos la fecha de llegada: 2 de febrero, lunes, festividad de la Purificación de Nuestra Señora. El viaje ha sido sin contratiempos. Debió de entrar en la capital de Francia por los arrabales del Sur y embocar la calle de Saint-Jacques que subía hasta la isla *(I'lle de la Cité)* donde se eleva la famosa catedral gótica de Notre-Dame. A la derecha del río se extendía la populosa ciudad de París: no es ésa la que a nosotros ahora nos interesa, sino la parte sur, donde se desplegaba el abanico del barrio latino *(quartier latin)*, vasto hemiciclo que tenía por diámetro la ribera izquierda del Sena. Esta era propiamente *l'Université*, centro de toda la vida estudiantil. Aquel confuso aglomerado de más de 50 colegios y numerosos conventos, iglesias, pensionados, librerías, etc., formaba un laberinto de calles y callejas, tan angostas algunas, como la de Reims y la *des Cholets*, que apenas daban paso a un carro tirado por una mula, y por encima de todo la vocinglera muchedumbre de estudiantes —poco menos de 5.000— pertenecientes a muy diversas naciones y lenguas.

Era París la más cosmopolita de todas las Universidades, cuya lengua común, en muchos casos obligatoria, no era otra que el latín, un latín escolástico, plebeyo y casi esperántico, en el que todos se expresaban y se entendían, y que se denominaba *lingua parisiensis*.

Soberano absoluto de esta pequeña ciudad alegre y tumultuosa, grave y clerical era el Rector de la Universidad, de autoridad tan extensa y absoluta como efímera: lo elegía cada tres meses la Facultad de Artes. Ignacio de Loyola, en los siete años y dos meses que vivió en París, nunca aprendió una palabra de francés ni le hizo falta; le bastaban el latín y el castellano.

No vamos a trazar aquí el mapa del barrio latino, en que se desarrolló su vida, señalando los principales colegios, iglesias y monasterios, que él visitaría cien veces, como la abadía de Santa Genoveva, cuyas escuelas eran celebérrimas desde los tiempos de Abelardo; el convento de los Jacobitas, o dominicos de Saint-Jacques, ilustrado por grandes teólogos, desde Santo Tomás hasta Francisco de Vitoria; el Colegio de la Sorbona, creado en 1257 por Robert Sorbon, capellán de San Luis, y dedicado desde su nacer a los estudiantes y doctores de teología; el Real Colegio de Navarra, fundado en 1304 para 70 escolares por la reina Juana de Navarra, casada con el rey de Francia, Felipe el Hermoso; el de Sainte-Barbe (Santa Bárbara) muy floreciente en aquellos días bajo la dirección del portugués Diego de Gouveia; el colegio de Lemoine, en el que había tenido cátedra Jacobo Lefèvre d'Étaples; el de Beauvais, del que fue maestro Francisco

Javier; el de Coqueret, en donde enseñó Juan de Celaya y estudió Vitoria, etc.

El colegio de Montaigu

Uno de los colegios que ahora nos interesan es el de Montaigu, que alcanzó gran celebridad por la fuerte personalidad de su reformador y por las mordacidades con que lo zahirieron Erasmo y Rabelais. Bajo la dirección de su restaurador, Juan Standonck, de Malinas, llegó a ser Montaigu (Monteagudo) desde 1490 el más reaccionario en letras humanas y en filosofa, como en moralidad y en el espíritu. Aquel fervoroso flamenco agregó en 1493 al viejo colegio una fundación más original y austera, la *Comunidad de estudiantes pobres*, que debía constar de *12 estudiantes de teología* (en memoria de los 12 apóstoles) y *72 estudiantes de artes o filosofía* (en memoria de los discípulos de Cristo); la vida cotidiana de esta comunidad podía rivalizar en penitencias y asperezas con la más severa Cartuja.

Si en las manos de Ignacio de Loyola cayeron los *Statuta* de esta Congregación, y leyó algunas páginas, indudablemente sentiría hacia su fundador un movimiento de admiración, porque pudo descubrir allí un esbozo —tosco y medieval— de lo que él planeaba con espíritu moderno. Ya en las primeras líneas de la Introducción se leen estas palabras, que declaran la finalidad de la Congregación Standoniana: *«Ad erigendum gentem novam, parvulos scilicet, qui simul doceantur vitae mortificationem cum scientiis amplecti»*. Lo que Standonck pretendía era formar una nueva generación de sacerdotes jóvenes, que uniendo en sí virtud y ciencia, actuasen en la sociedad como levadura para la transformación cristiana del clero y del pueblo

¿No se parecía este programa al que con mayor amplitud venía meditando y elaborando en su mente el futuro fundador de la Compañía de Jesús? Standonck, con una formación más moderna, amplia y comprensiva de los problemas del siglo XVI, hubiera podido ser un Ignacio de Loyola con treinta y cuarenta años de anticipación. No lo fue ni pudo serlo, porque su espíritu estaba hondamente anclado en los siglos XII-XIV. No logró desembarazarse de las férreas mallas escolásticas, ni asomarse a los vergeles humanísticos, ni siquiera acertó a sacar partido de la *Devotio moderna*, en la que fue educado, ni supo predicar como el melifluo S. Bernardo o el docto y humano S. Bernardino, tan contrario a la *sancta rusticitas*. Standonck prefería las flagelaciones de S. Pedro Damiano, las asperezas de los

cartujos, la pobreza y los ayunos de su buen amigo S. Francisco de Paola. Fue hombre de la Edad Media, no del Renacimiento. Por eso, no obstante su heroica santidad y su voluntad de hierro, estaba incapacitado para acometer la renovación espiritual y apostólica que emprendió y realizó poco después Ignacio de Loyola.

Este llega a París el 2 de febrero, fatigado del largo viaje, y apenas ha dado cuatro pasos por la calle de *Saint-Jacques*, se encuentra con estudiantes españoles o portugueses, muy numerosos en los colegios próximos de *Montaigu* y *Sainte-Barbe*. Ellos serían los que le señalaron una posada bastante económica en la cual se alojaban algunos compatriotas. Aceptóla de buen grado, y al pensar en los estudios que debía cursar en la Universidad, se dio cuenta de que intelectualmente no estaba bien preparado. Decidió entonces con muy buen acierto trazar una raya sobre todo cuanto había estudiado hasta entonces, y comenzar de nuevo con más método y seriedad el aprendizaje de latinidad y retórica, disciplinas bastante bien cursadas en Barcelona, pero con algunas deficiencias, e iniciar el curso de artes o filosofía pésimamente seguido en Alcalá. No vaciló en abrir de nuevo la gramática latina (acaso hojeó también la griega) y los autores clásicos para leerlos, analizarlos y comentarlos, según las prelecciones del maestro. Tengo por lo más verosímil que asistiría a la lectura de *Lógica menor* y de algunas partes del *Organon* aristotélico, que desarrollaban en diversas aulas los maestros de Montaigu; porque fue *Montaigu*, el colegio más severo de la Universidad parisiense, donde quiso habituarse a estudiar con seriedad y método.

Alguno de los regentes más experimentados, que no escaseaban en aquel colegio, le señalaría las clases y las horas, omitiendo algunas lecciones e insistiendo en otras, de suerte que en dos años académicos, incompletos, alcanzase una preparación sólida para cursar luego normalmente la filosofia en la Facultad de artes. Un maestro parisiense, Robert Goulet, publicó por entonces un libro titulado *Heptadogma* (1517), recomendando a los estudiantes lo que deben saber al entrar en la Facultad de artes: la *Grammatica* de E. Donato (s. IV) *(Donatus minor, Donatus maior)*, el *Doctrinale puerorum* de Alejandro de Villedieu († ca. 1240), *Rudimenta Grammatices* de N. Perotti († 1480), *De ordine discendi* de Agustín Dati († 1478), *De arte grammatica* y *De versuum scansione* de J. Sulpicio Verulano (s. XV) y sobre todo *Commentarii grammatici* y *Ars epistolica* de Juan Despautère (Van Spauteren † 1520), *«Despauterius qui pro adultis censetur esse optimus»;* autores fundamentales serán: *«Virgilius pro poeta et Cicero pro oratore»*.

En favor de mi hipótesis, que otros historiadores no tienen en cuenta, del estudio preliminar de la filosofía aristotélica, se puede traer el testimonio de Robert Goulet, que recomienda al candidato oír lecciones de *Lógica menor*, con los comentarios de Jorge de Bruselas, de J. Lefèvre d'Etaples y de John Mair, que son los más acreditados; pueden estudiarse *«in parvis Universitatibus»*, después de lo cual entrarán en la Universidad de París *(dehinc mittendos invenes ad ipsam Universitatem Parisiorum, matrem aliarum et parentem fecundissimam)*. Nos es lícito, pues, opinar que Iñigo oiría en Montaigu, tras el repaso de las Humanidades, las *Summulae* de Pedro Hispano, la *Isagoge* de Porfirio y las *Categorías* de Aristóteles, no el *Peri ermenias* del mismo, que quedaba para «la Facultad de Artes».

«Modus parisiensis». ¿Alcanzó a ver a Calvino?

Entre los muchos colegios que se ofrecían a su elección, optó por el de Montaigu gobernado desde 1528 hasta 1546 por Juan Hégon, de poco renombre en la historia; y pienso que no fue mala esa elección, porque si bien en el aspecto humanístico no estaba ni con mucho a la altura del de Sainte-Barbe, muy floreciente entonces y poblado de portugueses, un principiante como Iñigo no necesitaba de muchas florituras de erudición clásica y de elegancias humanísticas. Mucha seriedad en el trabajo, rigor ro la disciplina, método en los ejercicios académicos y en el avance gradual de las enseñanzas, y en fin, gimnasia mental que le habilitase para discurrir y precisar los conceptos, todo eso lo podía esperar fundadamente de Monteagudo.

Allí estaban las clases perfectamente graduadas, según la edad y el adelanto o retraso de los alumnos *(rudiores, provectiores, maiores);* ninguno podía pasar a una clase superior, sin haber sido probado y aprobado en la precedente. Y cada grupo o clase tenía diferente profesor. Evitada así la confusa mezcla de alumnos adelantados y atrasados, jovencitos y provectos, podía el maestro acomodar la enseñanza al grado o nivel de sus discípulos. Las repeticiones diarias y otras más solemnes, con disputas públicas, daban firmeza y agilidad al pensamiento, se aclaraban las ideas y se fijaban en la memoria. En el cuna de Humanidades había frecuentes ejercicios de escribir, analizando las ideas, la contextura y el estilo de los autores clásicos. No era permitida otra lengua que el latín, castigándose duramente cualquier violación de lo mandado; y es de notar que los maestros eran fáciles en manejar la vara punitiva, lo que arrancó a

la pluma de Erasmo la famosa exclamación: *Vae natibus!*

Todos estos preceptos y otros más eran elementos tradicionales de la pedagogía universitaria; formaban el *modus parisienses*, que Ignacio impondrá en la parte cuarta de las Constituciones de la *Compañía*, y que luego quedarán plasmados en el código inmortal de la *Ratio studiorum S.I.*

En Montaigu entró Iñigo como *martinet*, esto es, como estudiante externo y libre, sin más obligaciones que la de asistir a clase; los internos se decían *porcionistas* (o pensionistas) que comían y dormían en el colegio, pagando su pensión mayor o menor, y *cameristas*, estudiantes ricos que alquilaban en el colegio su cámara y tenían su pedagogo particular.

A principios de 1528, precisamente en que Iñigo empezaba sus estudios en París, coronó sus estudios de artes en Montaigu uno de los más altos corifeos de las iglesias protestantes, Juan Calvin (Calvinus). Más de una vez los historiadores se han hecho la pregunta: ¿Coincidieron en aquel colegio Loyola y Calvino, esos dos máximos antagonistas en la lucha religiosa del siglo XVI? Y si coincidieron algunos días, ¿entablarían conversación tal vez al entrar o al salir de las aulas?

Como ignoramos el día exacto en que Calvino se laureó en artes y abandonó el Colegio para dirigirse a Orleáns, donde estudiaría leyes, no podemos responder a esas preguntas. Aun en el caso de coincidir, sería muy breve tiempo, es difícil imaginar un encuentro y mucho más una conversación entre los dos. Calvino, joven de 19 ó 20 años, de aire pensativo y rasgos faciales muy afilados, frecuentaba las aulas de filosofía; Loyola, hombre maduro de años (aunque representaba menos) acudía a las de Gramática y Humanidades. Si se vieron de paso, es de creer que se observarían atentamente; eran dos tipos muy distintos y bien caracterizados. Ni en francés ni en español podían hablarse, porque no se hubieran entendido; y tampoco en latín, que Calvino conocía a la perfección mientras que Loyola no lo dominaba todavía y hubiera esquivado el diálogo modestamente. ¿Hablar, como alguien apuntó, de posibles o necesarias reformas eclesiásticas? Ni por pienso.

J. Standonck. Erasmo. El Iñigo de Rabelais

Un motivo que pudo determinar a Iñigo a frecuentar las lecciones de Montaigu pudo ser precisamente lo que a otros, especialmente a los humanistas, más les repelía: el carácter medieval, reaccionario, severo. Lo malo era que a eso iba unida la falta de higiene de la casa y de las perso-

nas. En filosofía y teología llegó a ser bajo Juan Standonck († 1504) el más fuerte alcázar del Nominalismo, gracias principalmente a uno de los más ilustres escolásticos de entonces, John Mair (Joanes Maior), nominalista en filosofía, y próximo al escotismo en teología, y a la pléyade de sus discípulos que se infiltraron en casi todos los colegios de París. Los más notables, si no los más numerosos, eran escoceses y españoles.

En 1495 y 1496, mientras estudiaba teología, Erasmo habitó en Montaigu, y las impresiones que nos ha transmitido en sus escritos son repugnantes y fétidas, a pesar de que su antipatía y aversión respecto de Standonck no logran desarraigar de su alma cierto respeto y estima hacia aquel varón santo, nacido con tres a cuatro centurias de retraso. De 1509 a 1512 probablemente estudió también en Montaigu Luis Vives, quien no se ensañará contra el régimen del colegio, sino contra la barbarie lingüística y el método decadente de sus falsos dialécticos. «Del colegio de Montaigu —nos dice Erasmo— no saqué nada, sino el cuerpo inficionado de pésimos humores y una copiosísima abundancia de piojos». El gran humanista era un satírico mordaz y amargado, que no merece entero crédito, pero su frase gráfica, hiperbólica y caricaturesca, desacreditó en todo el mundo al colegio «en el que Standonck reinaba... imponiendo a todos una cama durísima, un alimento parco y desabrido, de suerte que, desde el primer año de experimento, a fuerza de vigilias y trabajos, muchos jóvenes de grandes esperanzas y de excelente carácter alcanzaron la muerte, otros la ceguedad de la vista, otros la demencia, algunos la lepra... Había habitaciones alzadas sobre el suelo vil, de yeso putrefacto, muy cerca de las pestíferas latrinas... Y no digo nada de las carnicerías causadas por los azotes, aun a los inocentes».

Al austerísimo Standonck († 1504) le sucedió el más intrépido propugnador de la ortodoxia y encarnizado enemigo de los erasmistas y de los «clandestinos luteranos», Noel Bedier *(Natalis Beda);* tenía el rigorismo de su antecesor, no la santidad. Erasmo lo acribilló a saetazos, jugando con su apellido Beda (latinizado *Beta* que significa acelga), pero no tardó en advertir que Beda era muy temible, porque tenía de su parte a los teólogos parisienses y consiguientemente a la Inquisición francesa. Por intervención de Beda, muchas proposiciones de los escritos erasmianos fueron condenadas por la Facultad de teología, causándole al Rorerodamo graves daños. A principios de 1514 renunció a su cargo de Padre de la *Comunidad de los pobres*, siendo elegido en su lugar Pedro Tempeste (1513-1528), quizá de menos altura intelectual, pero de mayor rigorismo; *horrida tempestas* le decía Rabelais, y también *«grand fouetteur*

d'escoltiers»; aun bajo la dirección de su sucesor siguió siendo Beda el árbitro de Montaigu. Y en la Sorbona su autoridad era decisiva desde que en 1514 le nombraron síndico de la Facultad, oficio que respondía muy bien a su temperamento.

Acabo de nombrar al escritor formidable, exuberante y fantástico Francisco Rabelais, primeramente franciscano, luego benedictino y por fin sacerdote secular, médico y humanista, ávido conocedor del mundo y de las ciencias, que pudo conocer a Iñigo de Loyola en la Universidad de París entre 1528 y 1530. Acaso nuestro Iñigo entró por primera vez en la Historia universal de la literatura por la pluma de Rabelais, el cual parece aludir a él en su celebérrima obra *Gargantua*, libro II, capítulo 7, cuando Pantagruel va examinando los libros de la biblioteca de Saint Victor.

Un compatriota le desfalca

Entre los Monteacucianos pasaba Iñigo el día entero (el comer no era problema para él, pues lo resolvía con un mendrugo de pan), asistía a las clases, a las repeticiones y disputas, hasta la puesta del sol[91].

[91] El Horario que se guardaba en Montaigu, y casi igualmente en otros colegios universitarios era el siguiente:

4 de la mañana, levantarse, despertados por el vigilante, como cantaba Jorge Buchanam: «Ecce vigil subito *quartam* denuntiat *horam»*.

5 y aun antes, la primera clase: «Vix siluit, iam quinta sonat, iam ianitor urget - cymbala, tirones ad sua signa cocans».

6 todos a misa, después de la cual tomaban un panecillo tierno por desayuno.

7-8 recreo.

8-10 segunda clase, la principal de la mañana.

10-11 disputas de Lógica y argumentación.

11 comida, que solía ser un plato de carne y otro de legumbres, durante la cual se leía la Biblia y Vidas de santos. A continuación amonestación o avisos del Director. Dice el mismo Buchanam: «Dein nos sacra vocant, dein rursus lectio, rursus verbera; sumendo vix datur hora cibo».

12-2 repaso de las lecciones o de las disputas, interrogatorio sobre lo oído en clase.

2-3 lectura sosegada en público de algún orador o poeta latino.

3-5 clase, o lección vesperal.

5 Vísperas en la capilla. Y seguidamente hasta las 6 disputas y ejercicios dialécticos.

6 cena, seguida de un repaso de las lecciones oídas, con interrogatorio sobre las cuestiones disputadas durante el día.

A las 6 de la tarde, cuando en Montaigu daban la señal de la cena, él regresaría en un principio a la posada en que estaba hospedado con otros españoles. Allí estudiaba privadamente cuanto podía, y dormía poco, según su costumbre; madrugaba mucho, porque antes de las 5 de la mañana tenía que estar en Montaigu para la primera clase. Sus amigos de Barcelona le mandaban el dinero suficiente para pagar el pupilaje, pero le sucedió un caso muy desagradable, que así refiere la *Autobiografía:*

> «Por una cédula de Barcelona le dio un mercader, luego que llegó a Paris, veinte y cinco escudos, y estos dio a guardar a uno de los españoles de aquella posada, el cual en poco tiempo lo gastó, y no tenía con qué pagalle. Así que, pasada la Cuaresma *(aquel año de 1528 cayó la Pascua el 2 de abril),* ya el Peregrino no tenía nada dellos, así por haber él gastado, como por la causa arriba dicha; y fue constreñido a mendicar, y aun a dexar la casa en que estaba. Y fue recogido en el hospital de sant Jaques, ultra de los Inocentes»[92].

A Iñigo, acostumbrado a mendigar la comida diaria, no le pareció mala en el primer momento la solución. En el hospital tenía cama gratuita donde dormir; el alimento se lo buscaría él de puerta en puerta. Pero advirtió muy pronto un gravísimo inconveniente. La mendicidad le quitaba mucho tiempo de estudio, y la lejanía del colegio (cerca de tres kms.) le obligaba a hacer diariamente largas y repetidas caminatas con gran perjuicio de las clases, ya que no podía salir del hospital tan temprano como para llegar a la primera lección matutina, y debía abandonar el colegio antes de la última vespertina. ¿Qué hacer?

> «Pasando algún tiempo en esta vida del hospital y de mendicar, y viendo que aprovechaba poco en las letras, empezó a pensar qué haría; y viendo que había algunos, que servían en los colegios a algunos regentes y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo».

---

7 y media, Completas en la capilla.

8 en invierno y 9 en verano, acostarse. Los maestros y algunos alumnos autorizados podían estar con la candela encendida hasta las 11. Pequeñas vacaciones, que no perjudicaban mucho a las clases, eran frecuentes; los martes, jueves y domingos se alargaban los recreos.

[92] MHSI FN I, 464-66. Ese hospital de Saint Jacques, fundado en 1323 para hospedaje de los peregrinos que iban a Santiago de Compostela, estaba situado a la orilla derecha del río, en la rué Mauconseil, hoy Saint Denis, más allá de la iglesia y cementerio de los Inocentes, tan lejos de Montaigu, que la ida le costaría más de media hora y otro tanto la vuelta.

Era ésa una costumbre frecuentísima en la Universidad de París, de estudiantes que seguían el curso de un maestro, y fuera de la clase le servían al mismo como fámulos o criados. Iñigo se ilusionó con este sistema:

> «Hallaba consolación, imaginando que el maestro sería Cristo, y a uno de los escolares pornía nombre S. Pedro, y a otro S. Juan, y así a cada uno de los apóstoles; y cuando me mandare el maestro, pensaré que me manda Cristo; y cuando me mandare otro, pensaré que me manda S. Pedro. Puso hartas diligencias por hallar amo; habló por su parte al bachiller Castro, y a un fraile de los Cartuxos, que conoscía muchos maestros, y a otros, y nunca fue posible que le hallasen un amo».

Evidentemente las condiciones físicas de Iñigo no eran las más apropiadas para ganarse la vida como fámulo de un maestro. Mal vestido y casi andrajoso, ligeramente claudicante y con 37 años encima, no era para atraerse las simpatías de un maestro joven.

> «Al fin, no hallando remedio, un fraile español le dixo un día que sería mejor irse cada año a Flandes, y perder dos meses, y aun menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año; y este medio, después de encomendarle a Dios, le paresció bueno. Y usando deste consejo, traía cada año de Flandes con que en alguna manera pasaba; y una vez pasó también a Inglaterra, y truxo más limosna de la que solía los otros años»[93].

Primer viaje a Flandes

Era Flandes una rica porción del Imperio de Carlos V, el cual, siendo flamenco como nacido en Gante, servía de anillo que unía a los dos países distantes, Flandes y España. La españolización de Flandes fue un hecho desde que en 1496 la hija de los Reyes Católicos, doña Juana de Castilla, se casó con Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano I. No habían aguardado a tal fecha los mercaderes españoles para establecer, en ciudades como Amberes, Brujas, Courtrai, etc., mercados y centros de

[93] Sobre los mercaderes españoles en Flandes la obra mejor documentada es la de J. A. GORIS, *Les colomes marchandes méridionales (Portugais, Espagnols, Italiens)* à *Anvers de 1488 à 1567* (Lovaina 1925). La generosidad para con los compatriotas era común de todos. A veces en sus negocios les venían escrúpulos de conciencia sobre la licitud de ciertos contratos y préstamos a interés, para cuya solución acudían a los teólogos de París. Véase el documento que trae Goris (p.510-545)

contratación, que extendían sus redes a toda Europa. La lengua de España y su cultura habían echado raíces hondas en aquellas tierras.

Sabedor Iñigo de Loyola de la generosidad de aquellos compatriotas, y de las grandes riquezas que acumulaban en sus negocios comerciales, no dudó en viajar hasta allá y en implorar la caridad de aquellos mercaderes opulentos. En tres años consecutivos (Cuaresma de 1529, agosto y setiembre de 1530 y 1531) otros prefieren 1528, 1529 y 1530, realizó su viaje a Flandes, visitando principalmente las ciudades de Brujas y Amberes, las más hormigueantes de mercaderes españoles. El tercer año, embarcándose en la nave de algún comerciante amigo, cruzó el estrecho de La Mancha y tomó puerto en Londres de Inglaterra, donde también halló ricos mercaderes que le municionaron con mayor largueza de lo que él esperaba. Refieren Polanco y Ribadeneira que en los años sucesivos no le fue menester salir de París para recolectar limosnas, porque los mismos mercaderes de Flandes y algunos bienhechores de España «le enviaban desde allá la limosna..., con la cual vino a tener comodidad de entretenerse a sí y ayudar aun a otros»[94].

Para sí y para otros limosneaba Iñigo de Loyola, el Peregrino cuya vida, desde la conversión, era un perpetuo pordiosear de puerta en puerta. Recogía dinero, ciertamente, pero él, amante siempre de la pobreza y exacto imitador de S. Francisco, no quería tener monedas a su alcance, ni siquiera tocarlas. ¿Y cómo se las arreglaba para recibirlas de sus bienhechores y para distribuirlas entre los estudiantes más necesitados? Nos lo refiere su sobrino Antonio Araoz:

> «Y el modo que nuestro Padre tenía de coger estas limosnas y repartirlas, era desta manera: que non entraba ninguna cosa en su poder, sino que tenía alguna persona conoscida en el lugar donde estaba, y tenía modo cómo todo se le diese a él por cuenta; y cuando llegaba el tiempo de volverse a París, esta persona en quien depositaba el dinero, le daba una letra para algún mercader de París, y esta letra daba nuestro Padre al depositario general de París para que la cobrase; de manera que no entraba ninguno dinero desto en su poder.
>
> Y el modo que tenía de repartir este dinero era, que a los estudiantes, que él vía que tenían necesidad, les daba una letra o cédula para el depositario

[94] FN I, 179. Escribiendo Iñigo a su hermano Martín en 1532, exhortándolo a que mandase a estudiar en París a su hijo Millán, le dice: «Para su costa, maestro y otras indigencias de estudio, creo que bastarán 50 ducados cada año *(Epist.* I, 78). Bastante inferior sería la suma anual gastada por Iñigo.

general, en quien estaba el dinero, y él les pagaba; y desta manera distribuía la limosna, que en su trabajo había buscado, sustentando muchos necesitados».

Parece que el primer viaje a Flandes tuvo lugar en la Cuaresma de 1529. Sorprende un poco que no lo emprendiera meses antes, en las vacaciones veraniegas de 1528, pues al fin del curso podía disponer de dos meses libres para el viaje de ida y vuelta; por otra parte, la penuria en que vivía, desde que se alojó en el hospital, era absoluta, y resistir así todo el verano y el invierno, con la molestísima y deficitaria asistencia a las clases, no se explica sin graves motivos. Pero la afirmación rotunda y taxativa de Polanco, cuyas palabras citaremos en seguida, nos fuerzan a poner el primer viaje en la Cuaresma de 1529. Fue entonces cuando dos españoles de tan alta alcurnia como Ignacio de Loyola y Luis Vives —alcurnia espiritual la del primero, intelectual y literaria la del segundo—, se encontraron en un banquete familiar. Eran ambos casi de la misma edad, puesto que Loyola superaba a Vives en sólo un año. Si al guipuzcoano lo veneramos hoy como a santo de primera magnitud, al valenciano hay que reconocerle unas virtudes cristianas que rayan en el heroísmo. Más que humanista del tipo erasmiano, fue un renovador de la filosofía e incluso un teólogo, pero por encima de todo fue un sabio en el sentido clásico *(sapiens),* un amante enamorado de la sabiduría, impregnada de espiritualidad y teología. ¿Cómo tuvieron la suerte de encontrarse?

Si hemos de creer a una tradición arraigada en Flandes y recordada por los Bolandistas (AASS julio VII, 439), apenas llegado Ignacio a Brujas, sin detenerse a contemplar los pintorescos puentes tendidos sobre los soñolientos canales ni la hormigueante actividad de las fábricas de tejidos, se dirigió a las puertas de un acaudalado y munífico comerciante castellano, por nombre Gonzalo de Aguilera, que vivía con su mujer Ana de Castro en un extremo de la *rue Espagnole.* Ambos esposos lo acogieron con gran amabilidad y llegaron a ser muy buenos amigos. En la misma *calle de los españoles* se había establecido el año anterior, abandonando la cátedra de Oxford y la corte de Inglaterra, el humanista Luis Vives, con su esposa Margarita Valldaura, *«ómnibus animi dotibus marito simillimae» (Epitaf.), y* se puede pensar que Loyola se presentaría un día en casa del sabio humanista con una recomendación del mercader Aguilera.

Un banquete con Luis Vives. Temas de conversación

Invitado a comer, aceptó cortésmente. Habría quizás otros comensales españoles, de cuyo trato y conversación podía sacar provecho. Estos preguntarían sobre su vida anterior, y no tendría Iñigo dificultad en manifestar sus relaciones con el Duque de Nájera Antonio Manrique de Lara, su herida en la defensa de Pamplona, su paso por la Universidad de Alcalá y últimamente por la de París.

Todo ello le interesaba extraordinariamente a Vives: Alcalá porque allí, donde Erasmo contaba con muchos adeptos, le habían ofrecido a él cátedra, que no quiso aceptar por graves y secretas razones de familiares y de raza; París, porque en su Universidad había estudiado Vives tres años, viviendo probablemente en el Colegio de Montaigu, cuya *turpissima barbaries* y cuyos métodos decadentes, antihumanísticos y retrasados él había fustigado con juvenil acrimonia en su elocuente diatriba *In pseudo-dialecticos* (1519).

Temas para la conversación entretenida no faltaban. Aunque Vives pasaba por amigo íntimo de Erasmo y deseaba serlo, seguramente que nadie trajo a cuento el nombre del Roterodamo. En el «vaso de cristal» de aquella amistad entre los dos grandes humanistas apuntaba ya una leve grieta. Dos años (1521 y 1522) estuvo bregando Vives, bajo las imperiosas exigencias de Erasmo, en la ardua labor de anotar y comentar la obra monumental de S. Agustín, los 22 libros *De civitate Dei;* había que cotejar códices antiguos, depurar el texto, verificar citas, revolver libros de erudición, declarar con notas y comentarios mil puntos oscuros; y Erasmo, sin una palabra de agradecimiento, le urgía, con insistencia y malos modos, como un cómitre a un galeote, a rematar cuanto antes el trabajo. Día y noche se afanaba el valenciano sobre su mesa de estudio, hasta perder la salud, con los nervios agotados por la debilidad y el cansancio. «Si vieses —le escribe a su amigo Cranevelt el 8 de julio 1522— ¡qué cartas recibo de Erasmo! Hoy mismo recibí una, pero ¡qué acerba! ¡qué exigente! ¡qué fulmínea!»[95].

La antigua amistad, que arrancaba de la pluma de Erasmo frases como éstas: *L. Vives filósofo absoluto, doctísimo,* etc. (mas nunca *suavísimo, dulce como la miel, mi delicia, mi solaz* y otros apelativos que

[95] H. DE VOCHT, *Litterae virorum... ad Craneveldium* (Lovaina 1928) 17. Erasmo le pagó esta labor de dos años, dura, difícil y agotadora, con 32 florines de oro. Y eran momentos en que la situación económica de Vives era apuradísima: «Pecunia egeo», escribía el 15 de agosto.

reservaba a sus íntimos) se amortiguaban con el pasar de los días. Erasmo buscaba ávidamente la amistad de los Príncipes y magnates generosos; en los humildes amigos, por doctos y leales que fuesen, pensaba poco. Uno de ellos era nuestro Vives. Prueba palmaria e indignante es el hecho de publicar en 1528 su *Dialogus qui dicitur Ciceronianus* sin estampar el nombre de Luis Vives, siendo así que el rey de los humanistas pasa revista en ese libro a casi todos los que entonces escribían con pureza clásica, y hace mención de no pocos que ni en ciencia y erudición, ni en elegancia de lenguaje ni en renombre universal, podían competir con Luis Vives.

El escritor injustamente preterido no pudo menos de quejarse dolori-damente con la modestia en él característica. Y Erasmo se disculpó con falaces palabras.

Este disgustoso episodio estaba fresco en la memoria de todos; por eso es lícito pensar que durante la comida nadie sacase a relucir el nombre de Erasmo. Podemos, en cambio, opinar fundadamente que se habló del pauperismo —plaga y azote de muchas naciones de aquella época—; de la multitud de menesterosos que pululaban en las ricas ciudades modernas y de las terribles hambres y carestías que devastaban con frecuencia dilatados y populosos países. Vives estimaba la limosna individual, fruto de la caridad cristiana, para el necesitado, pero abogaba sobre todo por la asistencia social, como deber jurídico de la sociedad civil o del Estado, el cual debería mejorar la política tributaria y la repartición de los campos. El socorro a los pobres había que socializarlo, porque «no puede subsistir por mucho tiempo una república (decía) en donde cada uno cuida solamente de sus cosas y de las de sus amigos, y ninguno de las comunes».

Vives había defendido estas ideas en su libro *De subventione pauperum* (Brujas 1526). ¿Las aireó también en esta ocasión? En caso afirmativo, habría que decir que Ignacio las aprobó, las hizo propias y de ellas nos parece oír un eco lejano en las *Ordenanzas* que en 1535 hizo leer en la parroquia de Azpeitia para remedio de la mendicidad.

Si al hacer Ignacio su presentación ante los comensales aludió a su vida militar, como gentilhombre del Duque de Nájera, no cabe duda que Vives sonreiría con placer al oír el noble apellido de Manrique de Lara, pariente del arzobispo de Sevilla, Alfonso Manrique de Lara, para quien aquellos mismos días estaba escribiendo la Dedicatoria del *Líber de pacificatione* (1529).

Lo indubitable y cierto es que en aquel ágape cuaresmal se discurrió y se discutió sobre el pescado y la carne, o más bien sobre el precepto

eclesiástico de la abstinencia y el ayuno. Era tiempo de Cuaresma. Y Luis Vives, devotísimo siempre de la Iglesia, se acomodó a las normas entonces vigentes poniendo a la mesa finos pescados, de los que abundaban en una ciudad casi costera del Atlántico, como era Brujas. El pescado, menos exquisito, de Lovaina le era nocivo al estómago de Vives. Y es natural que se exculpase de no ofrecerles apetitosas carnes, como las que a él le gustaban, porque es de saber que a Luis Vives, tan sobrio y modesto en todo, le gustaban los placeres de la mesa, como lo demostró el doctor G. Marañón.

Aunque de ordinario Iñigo de Loyola solía guardar silencio en las comidas, aunque estuviese en casa de amigos, contentándose con responder brevemente a las preguntas, y dejando para la sobremesa algunas consideraciones o instrucciones de tipo moral o espiritual, esta vez debió de anticipar su sermoncito, en cuanto le oyó a su anfitrión expresar algunos conceptos relativos al precepto eclesiástico de la abstinencia de carne, que sabían a erasmismo.

La fuente histórica más antigua de este episodio es Alfonso de Polanco, secretario que fue años adelante del propio S. Ignacio. El burgalés Polanco se remite al también burgalés Pedro de Maluenda, el cual había sido discípulo de Vives en Lovaina (nombrado por el maestro en el diálogo *Vestitus et deambulatio matutina).* Maluenda estudiaba el año 1529 en la Universidad de París, pero ¿quién sabe si en esta ocasión se hallaba junto a Vives y fue testigo inmediato de la escena, o si se la oyó contar más tarde al mismo Vives?

La narración de Polanco es como sigue:

> «No dejaré de decir, que habiendo sido Iñigo invitado a comer por Ludovico Vives en Brujas con asistencia de otros comensales, como era tiempo de Cuaresma, se inició una disputa sobre la diferencia de alimentos en los días de ayuno cuaresmal. Y como Ludovico parecía opinar *(sentiré videretur)* que el pescado no es el manjar más adecuado para la templanza y penitencia corporal, parte porque no le faltan delicias y los hombres lo comen con placer, parte por las especias aromáticas con que lo condimentan en aquellos lugares y también por otras causas; observando Ignacio que tales dichos no eran conformes con la tradición de la Iglesia, impugnó seriamente las palabras de Vives, diciéndole: Tú y otros que pueden banquetear más lautamente, quizá no sacáis mucho provecho de esta abstinencia, para el fin que la Iglesia pretende; pero la mayoría de los hombres, a quienes la Iglesia debe atender y que no pueden refeccionarse tan opíparamente, encuentran

ocasión de castigar su cuerpo y de ejercitar la penitencia. Y dijo oportunamente a este propósito otras muchas cosas. Tanto que el mismo Ludovico Vives manifestó más tarde según contaba el Dr. Maluenda, amigo y confidente suyo, que Ignacio le parecía un hombre santo, y que sería fundador de alguna Orden religiosa».

¿Asistirían a la mesa algunos de los más conocidos discípulos de Vives en Brujas, como Rodrigo Manrique, hijo del arzobispo de Sevilla, el poeta latino Fernando Ruiz de Villegas, Pedro de Maluenda, etc.? La supuesta profecía de L. Vives ¿sería una genial intuición del gran cristiano y del sabio filósofo?

De este episodio nunca dijo Ignacio una palabra. Recordó en su *Autobiografía* muy brevemente la liberalidad de los mercaderes españoles para con él, mas no hizo de Vives la más mínima mención. Con todo, es de lamentar que por pequeños detalles, que no es del caso referir aquí, se formó entre los antiguos jesuitas la opinión de que S. Ignacio alimentó prevenciones contra el piadosísimo humanista, cuyo nombre solía ir demasiado unido con el de Erasmo. En otra parte lo hemos explicado. Baste decir que un hombre como Loyola, que escribía en sus Ejercicios: «Lo que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárquica así lo determina...» no podía menos de abrazar fraternalmente al que escribía con el mismo sentido eclesiástico esta tajante confesión: «Yo me atengo y me atendré siempre al juicio verdadero de la Iglesia, aunque a mí personalmente me pareciere clarísima la razón por la parte contraria».

De nuevo en París, conversiones estrepitosas

Iñigo de Loyola regresaría a París en las vacaciones de Pascua, a fin de proseguir el curso en Montaigu. Sobre las peripecias que entonces le ocurrieron, sólo diremos lo siguiente:

Llegaron las vacaciones veraniegas, que Iñigo empleó en dar individualmente sus *Ejercicios* a estudiantes filósofos y teólogos.

«Y empezó más intensamente que solía, a darse a conversaciones espirituales, y daba cuasi en un mismo tiempo exercicios a tres, es a saber: a Peralta y al bachiller *(teólogo)* Castro que estaba en Sorbona, y a un viscaino que estaba en Santa Bárbara, por nombre Amador *(de Elduayen)*. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, *etiam* los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de S. Jaques, adonde de antes estaba el Peregrino, y de donde ya era

salido por las causas arriba dichas».

La conversión de los tres fue radical y estrepitosa. Dieron a los pobres todo cuanto tenían y empezaron a vivir igual que Iñigo. Como dos de ellos, Castro y Peralta, disfrutaban de fama en la Universidad, su modo de proceder provocó una revolución entre los estudiantes, particularmente entre los españoles. Corrieron al hospital donde vivían y con ardorosos discursos quisieron persuadirles a que volvieran a su antigua vida. Nada consiguieron, hasta que perdida la batalla de palabras, pasaron a los hechos y a mano armada los sacaron del hospital. Conducidos al barrio latino, les forzaron a prometer que desistirían de sus propósitos hasta tanto que hubiesen acabado los estudios. Y sabiendo que Iñigo era el promotor causante de todo, contra él se dirigieron todas las maldiciones.

Sucedió que por entonces regresó a París, tras larga ausencia en Lisboa, el Principal, o Director, del Colegio de Sainte-Barbe, Diego de Gouveía, y al conocer que uno de los seducidos por Iñigo de Loyola era Amador de Elduayen, pensionista de su colegio, se embraveció en tal forma, que prorrumpió en amenazas: Como ese Iñigo llegue a entrar en Sainte-Barbe, según se rumorea, yo haré que le propinen una *sala,* o vapuleo público y afrentoso. Y decía «que había hecho loco a Amador, que estaba en su colegio»[96].

También se encolerizó el Doctor Pedro Ortiz, que vivía en Montaigu, no donde estudiaba Peralta, algo pariente suyo y encomendado a su protección y vigilancia. Ortiz, que en octubre de aquel año debía empezar sus lecciones en Salamanca, tuvo el tiempo suficiente para acusar a Iñigo ante el Inquisidor como seductor de estudiantes y, por tanto, sospechoso de herejía.

Apenas Iñigo se enteró de tal acusación:

> «Se fue al Inquisidor, diciéndole que había oído que le buscaba; que estaba dispuesto a todo lo que quisiese (este Inquisidor se llamaba *Nuestro Maestro* Ori, fraile de Santo Domingo), pero que le rogaba lo despachase pronto, porque tenía intención de entrar por San Remigio de aquel año en el curso de Artes; que deseaba que esto pasase antes, para poder mejor atender a sus estudios. Pero el Inquisidor no le volvió a llamar, sino sólo le dijo que era verdad que le habían hablado de sus cosas, etc.»

[96] Juan de Castro llegó a ser íntimo de Ignacio, varón de altísima espiritualidad y Prior de la Cartuja de Vall de Cristo (Segorbe).

Iñigo se enteró de haber sido acusado ante el Inquisidor en el mismo momento en que llegaba a París, terminada una hazaña de caridad y mortificación, que merece contarse aquí.

Buen caminante. Catorce leguas en un día

Se refiere a aquel estudiante español, en quien depositó Iñigo los 25 ducados que le habían remitido de Barcelona, y que en poco tiempo los malbarató, dejándole al recién llegado sin un cuarto y en la necesidad de abandonar la posada. Oigamos la venganza que se tomó Iñigo, según la refiere la *Autobiografía:*

Deseando volverse a España aquel estudiante que tan mala partida le había jugado a Iñigo en la posada donde vivían, tomó la vía de Rouen con intención de embarcarse para su patria, pero mientras aguardaba pasaje, cayó gravemente enfermo.

> «Lo supo el Peregrino por una carta suya, y viniéronle deseos de irle a visitar y ayudar; pensando también que en aquella conjunción lo podría ganar para que, dejando el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios. Y para poder conseguirlo, le venía deseo de andar aquellas 28 leguas que hay de París a Rúan, a pie descalzo, sin comer ni beber; y haciendo oración sobre esto, se sentía muy temeroso. Al fin fue a *(la iglesia de)* Santo Domingo, y allí se resolvió a andar al modo dicho, habiendo ya pasado aquel grande temor que sentía de tentar a Dios.
>
> Al día siguiente por la mañana, en que debía partir, se levantó de madrugada, y al comenzar a vestirse le vino un temor tan grande, que casi le parecía que no podía vestirse. A pesar de aquella repugnancia salió de casa, y aun de la ciudad, antes que entrase el día. Con todo, el temor le duraba siempre y le siguió hasta Argenteuil, que es un pueblo distante tres leguas de París en dirección de Rúan, donde se dice que se conserva la vestidura de Nuestro Señor. Pasado aquel pueblo con este apuro espiritual, subiendo a un altozano, le comenzó a dejar aquella cosa y le vino una gran consolación y esfuerzo espiritual, con tanta alegría, que empezó a gritar por aquellos campos y hablar con Dios, etc. Y se albergó aquella noche con un pobre mendigo en un hospital, habiendo caminado aquel día 14 leguas. Al día siguiente fue a recogerse en un pajar, y al tercer día llegó a Rúan. En todo este tiempo permaneció sin comer ni beber, y descalzo, como había determinado. En Rúan consoló al enfermo y ayudó a ponerlo en una nave para España».

Caminar en tres días seguidos unos 150 km. (más de 75 el primer día) a pie descalzo y claudicante, y sin comer ni beber, sólo puede hacerlo un héroe de la santidad, movido por la caridad más ardiente. De regreso a París hubo de trasladar su residencia definitiva al Colegio de Sainte-Barbe.

Al llegar la fiesta de S. Remigio pudo sin dificultad entrar oficialmente en la Universidad.

Pero antes de dar a conocer el ciclo de sus cursos universitarios, adelantemos aquí que en el verano de 1530 repitió su viaje a Flandes; esta vez parece que se detuvo más tiempo entre los comerciantes de Amberes. En esta ciudad, próspera y rica, que empezaba a sobresalir comercialmente por encima de Brujas, halló nuestro Peregrino un mercader español, llamado Juan de Cuéllar, que le ofreció hospitalidad en su casa, frente al pórtico sur de la iglesia de Saint-Jacques, le dio buena cantidad de ducados para vivir sin mendigueces en París, exhortó a los demás mercaderes a hacer otro tanto, y en los años siguientes le enviaba a París letras de cambio a fin de ahorrarle las molestias del viaje.

Iñigo entra en la Universidad con nombre de «Ignatius»

Con buena preparación, vigilada por expertos maestros universitarios, Iñigo de Loyola, a sus treinta y ocho años de edad, entró por fin en la Facultad de Artes; el modo de matricularse era mucho más sencillo que en nuestros días. Bastaba que el candidato diese su nombre al maestro cuyas lecciones y enseñanzas particulares pretendía seguir.

Desde principios del siglo XIII, que es como decir, desde los albores de Universidad de París, existía un estatuto que ordenaba: «No habrá en París ningún escolar que no tenga un maestro fijo». Y desde 1270 la Facultad de Artes mandaba a cada uno de los maestros llevar lista de sus estudiantes. Tal era la matrícula. El Maestro tutor corría con la obligación de defender a su discípulo. Si éste era encarcelado por el preboste de la ciudad, o cualquier policía extrauniversitario, el maestro oficialmente reclamaba su libertad; y si deseaba gozar de algún privilegio, para el cual se necesitase un *certificado de escolaridad,* maestro y discípulo debían solicitar del Rector una *schedula scholaritatis,* jurando sobre la Biblia que efecto el solicitante era un verdadero escolar.

Al maestro le competía presidir todos aquellos actos académicos, en que su alumno alcanzaba algún grado (bachiller, licenciado, etc.). Cada maestro solía tener bajo su dirección y tutoría muchos discípulos, que

asistían a sus lecciones públicas, y vivían de ordinario con él en el mismo colegio y comían a la misma mesa.

Conocemos el nombre del maestro escogido por Iñigo de Loyola. Era un español de la diócesis de Sigüenza, Doctor en Artes y en Medicina, por nombre Juan de la Peña, quien ya tenía bajo su tutoría, desde 1526, al saboyano Pedro Fabre y al navarro Francisco Javier.

El maestro Peña inscribió en su lista el nombre del nuevo estudiante de «Sainte-Barbe» (Santa Bárbara). Pondría como fecha «festividad de S. Remigio» (1 de octubre 1529). Pero ¿cómo escribió el nombre? No *Iñigo,* porque no se toleraban las lenguas romances; había que latinizarlo, *Inicus, Enecus, Ennecus,* eran formas medievales, impropias de la época del Renacimiento. Loyola decidió llamarse *Ignatius,* que pronunciado *Iñacius* presentaba cierta semejanza con su nombre de pila; pero no fue ésa la razón. En opinión de Ribadeneira, «tomó el nombre de Ignacio por ser más universal», mas ni ese motivo nos convence. Si supiéramos que en sus manos había caído la traducción latina de las *Cartas de Ignacio de Antioquía,* publicada por J. Lefèvre d'Etaples (París 1498), podríamos pensar que la devoción a aquel inflamado amante de Jesús y de la unidad monárquica de la Iglesia fue lo que le movió a llamarse como él.

De los numerosísimos colegios que integraban la Universidad de París quizá el más floreciente de aquellos días y el de más efervescencia literaria era el de Sainte-Barbe, fundado en 1460 por Godofredo Lenormant. El humanismo clásico le dio un esplendor que los demás envidiaban, o criticaban, según las varias tendencias reinantes en los dos primeros decenios del siglo XVI. Bastará aludir a la *Barbaromaquia,* curioso poema latino, escrito por Nicolás Petit del colegio de Montaigu, en sonoros hexámetros empedrados de alusiones mitológicas, pero carentes de inspiración. Su argumento es la lucha de los *Barbáricos* (de Sainte-Barbe) contra *los penates de Standonck*. Armados de piedras, adoquines, tarugos, suciedades y armas elementales y rústicas, asaltan el colegio enemigo, causándole graves daños. El triunfo fue de los Barbistas invasores. Era en 1522. Mientras éstos, en alas del Humanismo y a la sombra del Rey de Portugal, se remontaban a las cumbres más altas de la cultura humanística, los Monteacucianos se abroquelaban dialécticamente con todas las armas enmohecidas de la decadente Escolástica. La ventaja que sacaban en la formación literaria a sus rivales se dejaba también sentir en la educación social y moral: menos intransigencia y más apertura de criterio en todo.

Ignacio, Fabro y Javier, en Sainte-Barbe

«Los reyes Juan II, Manuel y Juan III, bajo los cuales Portugal floreció mucho por el comercio de la India, fueron hombres tan piadosos como amigos de la ilustración. Las conquistas de sus navegantes hicieron nacer en ellos no tanto la satisfacción de la ganancia cuanto la ambición de convertir a la fe los reinos y las islas del Oriente. Faltos de sujetos para tan grande empresa, enviaron a estudiar a costa suya en diversas Universidades de Europa y particularmente en la de París, gran número de jóvenes, por medio de los cuales esperaban formar misioneros, luego que fuesen instruidos debidamente. Pertenecía esta juventud en su mayoría a la pequeña nobleza, muy empobrecida después que toda la actividad del país se había vuelto hacia los negocios. Una familia de Gouveia, que tenía vástagos en Evora, en Beja y en Coimbra suministró ella sola una docena de profesores que tomaron todos sus grados en París».

El primero de este nombre fue Diego de Gouveia, el Mayor, ilustre pedagogo, notable humanista, y doctor en teología, que llegó a ser Principal (o Director) del Colegio de Sainte-Barbe de 1520 a 1530.

A él se debe la idea de comprar en 1520 con dinero del monarca portugués, el colegio y posesiones de Sainte-Barbe. Mas el propietario, Robert Dugast, puso tantas dificultades, que Diego de Gouveia tuvo que contentarse con tomar el colegio en arriendo. A fin de asegurar el número de pensionistas portugueses, *Gouveia* hizo un viaje a Lisboa, y tras una exposición de los negocios al rey Juan III, obtuvo de éste en 1526 la fundación real de 50 becas para la juventud portuguesa.

Bajo los Gouveias el prestigio del colegio prosiguió en su curso ascendente. En el aspecto humanístico, más que en el de las Artes o Filosofía. Sainte-Barbe pudo ufanarse de contar entre sus profesores, humanistas tan eximios como Luis d'Estrebay, Jorge Buchanam (calvinista en sus últimos años), J. Despautère, F. Fernal, Marcial de Gouveia, Andrés y Antonio de Gouveia, J. Gélida, G. Postel, Antonio de Pina, Diego de Teive y otros. Entre los filósofos, de marca escolástica, hubo algunos muy famosos entonces, hoy casi olvidados, como el español Juan de Celaya y su discípulo el portugués Juan de Ribeyro.

Tal era el colegio, en que a fines de setiembre entró Ignacio de Loyola, ya que el curso escolar principiaba, como está dicho, el primero de octubre. Amplio debía de ser el aposento en que le acomodaron, pues en el mismo estudiaban y dormían Pedro Fabre y Francisco Javier, ya laureados en filosofía. Javier la enseñaba en el colegio de Beauvais, aunque seguía

viviendo en Sainte-Barbe. Que el aposento se hallaba en el piso tercero, el más alto del edificio, lo certifica Antonio Pinheiro, estudiante a la sazón y más tarde cronista del reino y obispo: «Eran las casas *(del colegio)* de tres pisos; el Santo (Ignacio) moraba en el más alto...; el piso más alto *(al decir de los estudiantes)* era el Paraíso, el del medio, el Purgatorio; y el último el Infierno por el alboroto que en este de abajo había». Si hemos de creer a Simón Rodrigues, que escribía mucho después de Fabre, «vivían los tres en la misma casa, *distinctis tamen cubiculis».* Tal vez esta separación ocurrió en años posteriores.

En el pacífico y tranquilo paraíso de arriba moraban los tres estudiantes cuyos nombres habían de tener larga resonancia en la Historia de la Iglesia. El suave y angelical Fabre lo recordaba años adelante:

> «Este año *(de 1529)* vino a santa Bárbara para habitar con nosotros en el mismo colegio y en el mismo aposento, Ignacio que deseaba iniciar el curso de Artes por San Remigio... ¡Bendita sea eternamente la divina providencia, que así lo ordenó para mi bien y mi salvación! Pues habiendo ordenado *(el maestro Peña)* que yo instruyese al varón santo, ya mencionado, conseguí gozar de su conversación en lo exterior, y después también en lo interior; y viviendo juntos en el mismo aposento, comiendo a la misma mesa, con igual beca, y siendo él mi maestro en las cosas espirituales, dándome modo de ascender en el conocimiento de la divina voluntad y en el conocimiento propio, por fin llegamos los dos a ser un solo hombre en los deseos, en la voluntad y en el firme propósito de elegir esta vida que ahora llevamos».

Javier no llegó tan pronto a esas alturas, pero la fascinación de aquel nuevo camarada y compatriota se dejó sentir en el joven navarro, aunque poco a poco. Para conquistarlo, Ignacio lo asedió como si se tratase de un castillo roquero y no paró hasta expugnarlo victoriosamente.

Organización universitaria

Una de las cosas que indudablemente impresionaron a Loyola fue el carácter, la organización y el cosmopolitismo de la parisiense *Civitas litterarum,* tan diferente en muchas cosas de las Universidades que había visto en España: Alcalá y Salamanca. Tan universalista como París, no había otra en el mundo. El carácter nacional francés casi se diluía bajo la inundación estudiantil que desembocaba en la ciudad del Sena. La lengua latina universal resonaba hasta en las calles y plazas. Y dentro de los cole-

gios no se hablaba sino en latín. Más que las naciones, prevalecían en la Universidad Parisiense las cuatro Facultades. La más prestigiosa, la que, según Bossuet, «tenía en la Iglesia casi la autoridad de un concilio», era la de Teología, *Sacratissima theologorum facultas;* seguían la de Derecho, *Consultissima decretorum facultas,* escasa de alumnos, la de Medicina, *Saluberrima medicorum facultas,* y la más numerosa de todas, infinitamente más concurrida que las otras, así como también la más bulliciosa e indisciplinada, integrada como estaba por los estudiantes más jóvenes, la de Artes o Filosofía, *Praeclarissima artium facultas.* Cada una de las primeras (las Facultades superiores) tenía su Decano.

El Rector de la Universidad, cargo revestido de supremos honores y poderes jurisdiccionales, era nombrado solamente por la Facultad de Artes, y naturalmente lo escogían siempre entre los suyos; por eso, los «artistas» no tenían necesidad de un decano, como los demás. Es de notar que todos los miembros de las Facultades mayores pertenecían a la de Artes mientras no alcanzasen el título de Doctor en su ramo.

La de Teología tenía su centro en el colegio de la *Sorbona,* que en el siglo XVI empezó a identificarse con la *Universidad en general.* La Facultad de Artes, por la muchedumbre innumerable de sus miembros *(supposita* decíase entonces) y por ser la que en su seno acogía a todos los extranjeros que venían a estudiar, se dividía en cuatro Naciones, con un Procurador al frente de cada una, que presidía sus reuniones. Y todas tenían su título honorífico.

Ignacio de Loyola, como todos los españoles, portugueses, italianos y los de Egipto, pertenecía a la *Honoranda Natio Gallicana,* en la cual entraban además cinco provincias de Francia; los ingleses, alemanes, escandinavos y demás de la Europa septentrional y oriental se adjudicaban a la *Constantissima Natio Alemanniae* (antes *Anglicana);* la *Fidelissima Natio Picarda* comprendía la *Picardie* y el *Artois* de la Francia septentrional, más varias diócesis de los Países Bajos; finalmente la *Veneranda Natio Normanniae* comprendía la archidiócesis de Rouen con sus sufragáneas.

El curso completo de Artes o Filosofía tenía entonces la duración de tres años y medio, cada año con su regente propio. Una antigua costumbre dividía a los «artistas» en tres grados, escalonados de esta manera: *Summulistae,* los que estudiaban Súmulas o Lógica menor: *Logici* los que estudiaban la Lógica aristotélica, preparándose para el bachillerato, y *Physici* los de tercer año, que aspiraban a la Licencia. En cada grado, un maestro distinto.

No disponiendo la Universidad de un edificio capaz de albergar a las cuatro Facultades, las clases de teología se daban en el colegio de la Sorbona, pero los dominicos y franciscanos las tenían en su respectivo convento; los decretistas o canonistas en Clos Brunel *(Clausum Brunelli)* que caía hacia el centro del barrio latino; los estudiantes de medicina en edificio particular; y la inmensa mayoría de los escolares, pertenecientes a la facultad de Artes, oían sus lecciones, y participaban en los ejercicios dialécticos en las viejas y celebérrimas escuelas de la *Rue de Fouarre* y en los infinitos colegios que para ellos se habían creado en París, sobre todo en el siglo XV.

Ignacio de Loyola empezó sus estudios filosóficos, quizá demasiado áridos para un hombre de su edad, con cierta seriedad y buenos deseos, procurando no dejarse llevar por su innato proselitismo religioso. Lo aseguró él mismo diciendo que no deseaba reclutar más compañeros que los ya conquistados «a fin de poder estudiar más cómodamente».

«Todavía —escribe Polanco— en el curso de las Artes, a horas que el estudio le dejaba, se dispuso a conversar con algunas personas de autoridad para ayudarse dellas con los estudiantes, al diseño que tenía de ganar algunos compañeros para el divino servicio; y así tuvo amistad con el doctor Marcial y el doctor Valle y Moscoso, ayudándolos a todos en los *Ejercicios*... En tiempos asimismo del estudio atendía a otras muchas buenas obras, que sin dispendio dél, podían hacerse, como es favorecer a muchos pobres estudiantes», etc.[39]

El castigo de la sala

Aprovechaba a veces el domingo para reunirse con algún grupo de escolares en el convento de los Cartujos, hablándoles de Dios y de la conveniencia de la confesión y comunión frecuente. Parece que fue el Maestro Juan de la Peña, quien observando que algunos de sus discípulos faltaban el domingo a ciertas disputas escolares, e informado de que Ignacio era quien se los arrebataba, lo denunció ante el Principal de Sainte-Barbe, Diego de Gouveia (ninguno de los dos conocía hasta entonces suficientemente al nuevo colegial).

Dejemos aquí la palabra a Ribadeneira:

> «Estaba antes desto el Doctor Govea enojado contra nuestro P. Ignacio por un estudiante español, llamado Amador, que por su consejo había dexado el colegio y los estudios y el mundo, por seguir desnudo a Cristo desnudo.

Irritado, pues, Govea con estas palabras del maestro, y lleno de ira y enojo, determina de hacer en él aquel público castigo *(de la* «sala») como en un alborotador... Manda que en viniendo Ignacio al colegio, se cierren las puertas dél, y a campana tañida se junten todos y le echen mano y se aparejen las varas con que le han de azotar. No se pudo tomar esta resolución tan secretamente, que no llegase a oídos de algunos amigos..., los cuales le avisaron que se guardase. Mas él lleno de regocijo, no quiso perder tan buena ocasión de padecer y, venciéndose, triunfar de sí mismo. Y así luego, sin perder punto, se fue al colegio... Sintió bien que rehusaba su carne la carrera y que perdía el color y que temblaba; mas él, hablando consigo mismo, le decía: —¿cómo, y contra el aguijón tiráis coces? Pues yo os digo, don asno, que esta vez habéis de salir letrado; yo os haré que sepáis bailar. Y diciendo estas palabras, da consigo en el colegio. Ciérranle las puertas en estando dentro, hacen señal con la campana, acuden todos los condiscípulos, vienen los maestros con sus manojos de varas... Fue en aquella hora combatido el ánimo de nuestro B. Padre de dos espíritus... Bueno es para mí —decía— el padecer, mas ¿qué será de los que ahora comienzan a entrar por la estrecha senda de la virtud? ¿Cuántos con esta ocasión tornarán atrás del camino del cielo?... Se va al Doctor Govea, que aún no había salido de su aposento, y declárale todo su ánimo y determinación, diciéndole que ninguna cosa en esta vida le podía venir más dulce y sabrosa que ser azotado y afrentado por Cristo..., mas que temía la flaqueza de los principiantes, que eran aún pequeñuelos y tiernos, y que lo mirase bien, porque le hacía saber que él, de sí, ninguna pena tenía, sino de los tales era toda su pena y cuidado. Sin dexarle hablar más palabra, tómale de la mano el Doctor Govea, llévale a la pieza donde los maestros y discípulos le estaban esperando, y súbitamente puesto allí —con admiración y espanto de todos los presentes—, se arroja a los pies de Ignacio, y derramando de sus ojos afectuosas lágrimas, le pide perdón, confesando de sí que había ligeramente dado oídos a quien no debía. Y diciendo a voces que aquel hombre era un santo, pues no tenía cuenta con su dolor y afrenta, sino con el provecho de los próximos y honra de Dios».

Desde aquel momento entre Loyola y Gouveia surgió una amistad muy estrecha, que dará sus mejores frutos en años posteriores, cuando el doctor portugués al servicio de su Rey abrirá las puertas del Oriente a Francisco Javier y a otros misioneros jesuitas, y prestará su apoyo a la Compañía de Jesús.

Las «Súmulas» y las elevaciones espirituales

Antes de que finalizara el año 1529 el maduro escolar guipuzcoano, con las *Summulae* de Pedro Hispano sobre las rodillas, seguramente que ya

había aprendido los versos mnemónicos *(Barbara, Celarent, Darii, Ferio, Baralipton)* que los escolásticos inventaron para designar las varias figuras y modos del silogismo; y sabría, entre otras muchas cosas estupendas, cómo se hace un argumento cornuto. Cosas abstrusas y abstractas, de las que los santos saben sacar jugo de devoción. Eso le pasaba a Ignacio.

> «Empezando a oír —nos dice él mismo— las lecciones del curso, comenzaron a venirle las mismas tentaciones que le habían venido cuando en Barcelona estudiaba gramática; y cada vez que oía la lección, no podía estar atento, con las muchas cosas espirituales que le ocurrían. Y viendo que de este modo hacía poco provecho en las letras, se fue a su maestro *(Juan de la Peña)* y le prometió que no faltaría nunca de seguir todo el curso, mientras pudiese encontrar pan y agua para poder sustentarse. Y hecha esta promesa, todas aquellas devociones que le venían fuera de tiempo le dejaron, y prosiguió sus estudios tranquilamente».

Tan tranquilo y sosegado procedía en sus estudios y en su vida, que un día el doctor Jerónimo Frago, un aragonés que enseñó teología en la Sorbona, le preguntó maravillado, cómo andaba tan tranquilo sin que nadie le molestase; a lo que Ignacio contestó: «La causa es porque yo no hablo con nadie de las cosas de Dios».

¿Que no hablaba de las cosas de Dios? ¡Vaya si hablaba! Y con uno de sus más íntimos y fieles confidentes, con quien no podía menos de remontarse muy alto por las vías del espíritu, ya que ambos tenían el corazón inflamado de amor de Dios, y viviendo juntos en una misma cámara, la conversación era inevitable. Pero también en este caso quiso cercenar inflexiblemente cualquier exceso. Lo cuenta Ribadeneira:

«El tiempo que estudió las artes, estando en compañía de Maestro Pedro Fabro, había asentado con él, que a la hora de los estudios no hablasen de cosas espirituales; porque cuando comenzaba, se embebecían en la plática de tal manera, que se olvidaban de Aristóteles y de su lógica y filosofía, como los que estaban ocupados en otra más alta que la suya».

Prestemos ahora un poco de atención a las materias escolásticas, que eran el objeto de sus estudios filosóficos, porque tal vez nos haga rectificar un poco la idea harto manida que muchos tienen de nuestro biografiado, como si fuese un gran santo, que sacrifica su vida al servicio de la Iglesia, hombre de oración y de consejo, que dirige almas escogidas con su método personal de los *Ejercicios,* pero que en lo intelectual y cultural no calza muchos puntos.

Ciertamente, los que estudien a Ignacio en las fuentes históricas se persuadirán que no era así. Más adelante le veremos dialogar con humanistas en correcto —no digo elegante— latín y conversar con teólogos —no sin autoridad— sobre teología espiritual.

Bachiller en Artes

Los estudios que se hacían en la Universidad de París es muy fácil describirlos de una manera genérica, porque se conservan muchos documentos, empezando por los *Estatutos* que renovó en 1452 el cardenal legado Guillermo d'Estouteville, reformador de aquella Universidad; pero muchas veces es absolutamente imposible precisar los libros de texto usados por cada profesor y determinar los días, a veces los años, en que se desenvolvieron los exámenes de ciertos alumnos. Por eso algunas noticias concretas que daremos, aunque sacadas de los *Estatutos* y costumbres vigentes entonces, hay que tomarlas a beneficio de inventario.

Comenzó Ignacio en octubre de 1529 el curso de *Summulae,* texto fundamental de lógica menor, que suele atribuirse a Pedro Hispano († 1277) y que solía explicarse en las cátedras de París, siguiendo el comentario de algún autor moderno, vgr. el Bruselense (Juan de Bruselas), el Estapulense (J. Lefèvre d'Étaples), Joannes Maior (J. Mair), Jerónimo Pardo, G. Lax, F. de Encinas, Juan de Celaya, etc. [97] El fecundísimo Celaya, que cinco años antes había partido para Valencia, sería el preferido.

El curso debía concluir el 29 de junio, festividad de S. Pedro y S. Pablo, pero algunos maestros se permitían alargarlo un poco más. Las largas vacaciones del verano, Ignacio las empleaba en dar Ejercicios, hablar de cosas de Dios o en recoger limosnas.

En el nuevo curso de 1530-31 tuvo que estudiar las restantes disciplinas que se requerían para el bachillerato, título necesario, pero de

---

[97] He aquí los tratados que comprende el libro de *Summulae* (Lógica menor):
1. *De enuntiatione* (compendio del *Perihermenieas* de Arist.).
2. *De quinque vocibus seu de Universalibus* (corresp. a la I*sagoge* de Porfirio).
3. *De praedicamentis* (corresp. a las *Categorías* de Arist.).
4. *De syllogismo* (corresp. a los *Analytica priora* de Arist.).
5. *De topicus seu de locis dialecticis* (corresp. a los *Tópica* de Arist.).
6. *Defallaciis seu sophistica disputatione* (corresp. a los *Elenchi* arist.).
7. *De terminorum proprietatibus* (equiv. al anón. *Parva logicalia). (La Universidad de París durante los estudios...* p.235-36). *3¿i*

escasa significación. Ahora en vez de las *Summulae* se estudiaba toda la Lógica aristotélica en su versión latina: la *Ars vetus,* que constaba de la *Isagoge* de Porfirio, más las *Categorías* y el *Perihermeneias* del Estagirita; y la *Logica nova,* que comprendía aquellos libros de Aristóteles no conocidos en tiempo de Abelardo (los *Tópicos,* los *Elencos* y los *Analíticos* primeros y posteriores), y en fin, el libro *De anima.* Así, conforme a los Estatutos de G. d'Estouteville.

Comentarios a estos libros existían muchos, escritos y publicados por maestros parisienses (muchos de ellos españoles, nominalistas); no sabemos los que manejaría el profesor de Ignacio. Sobre la base de estos comentarios se disputaba por la mañana, por la tarde y a todas horas, hasta en los recreos. La disputa y los continuos ejercicios dialécticos daban agilidad y claridad a aquellas mentes, con la contrapartida de la esquematización del pensamiento, la sequedad del discurso y el peligro de la agudeza sofística.

Antes de que se le concediera al escolar el título de bachiller, tenía que someterse a dos largas pruebas (exámenes y disputas) que tenían lugar en las escuelas de su Nación (en nuestro caso la *Natio Gallicana)* en *Rué de Fouarre (Vicus Straminis,* o como traduce Dante en su *Paradiso,* «nel vico degli strami). Se decía *de Fouarre (feurre,* paja) por el forraje que se esparcía en las aulas, para comodidad de los escolares, pues los antiguos Estatutos mandaban que los estudiantes se sentasen en el duro suelo.

Cinco examinadores de la *Natio Gallicana* examinaron a Ignacio de Loyola durante muchos días «entre la fiesta de S. Martín y la de Navidad». Esta prueba tenía el nombre de *Determinantia,* porque en ella se ponían o *determinaban* ciertas cuestiones al concluir la disputa. Fueron defendidas por Ignacio en noviembre o diciembre de 1531 bajo el patrocinio de su maestro Juan de la Peña. Por invitación del defendiente podían assistir también otros personajes que con su autoridad diesen solemnidad al acto.

La segunda época de exámenes era en Cuaresma (1532). Todos los candidatos debían inaugurar sus *Determinancias* antes del martes o miércoles del primer domingo de Cuaresma. Las ceremonias eran las mismas, y los temas versaban igualmente sobre los libros que hemos indicado de Porfirio y de Aristóteles, y de alguno de sus comentadores. Proclamada por los examinadores la aprobación, obtenía el estudiante el nombre de *bachiller,* mas no se le daba ningún diploma, ni letras testimoniales, a no ser que el interesado las solicitase.

Estaba prohibido terminantemente por los *Estatutos* presentarse al examen de Licencia el mismo año en que había obtenido el bachillerato. Ignacio obtuvo el título de Bachiller en Artes poco antes de la Pascua de 1532.

Preparando la licenciatura

Conforme al susodicho precepto, Ignacio siguió un año más el curso de Artes (1532-33), en el cual, de acuerdo con las prescripciones de 1452, seguiría oyendo en clase las lecciones iniciadas en octubre, sobre la *Física* y la *Metafísica* de Aristóteles, los libros *De generatione et corruptione* y *De coelo et mundo* del mismo filósofo, más el tratado aristotélico *Parva naturalia,* que contiene *De sensu et sensato, De Somno et Vigilia, De Memoria et Reminiscentia, De longitudine et brevitate vitae.*

El cardenal d'Estouteville recomienda aquí que el profesor explique, además de la *Metafísica,* la *Etica Nicomaquea* y algunos *libros mathematicales,* y no se haga *«cursim et transcurrendo, sed studiose et graviter»*.

El bachillerato en Artes —decía el cardenal d'Estouteville— es «la primera puerta para los demás grados». Por ella había entrado Ignacio dignamente en la Cuaresma de 1532. Hay un pasaje en su *Autobiografía,* que a muchos les ha parecido un rompecabezas de difícil explicación. Reza así:

> «Es costumbre en París, que los que estudian Artes, al tercer año, para hacerse bachilleres, *tomen una piedra,* como ellos dicen; y como en esto se gasta un escudo, algunos estudiantes muy pobres no lo pueden hacer. El Peregrino empezó a dudar si sería bueno que la tomase; y encontrándose muy dudoso y sin resolverse, deliberó poner el asunto en manos de su maestro; y aconsejándole éste que la tomase, la tomó».

Una explicación probable es la siguiente. Introducirían esta expresión los innumerables portugueses que en aquel tiempo estudiaban en Sainte-Barbe, porque era costumbre de Portugal el estar sentado en una piedra mientras el escolar era examinado, de modo que «tomar la piedra» era lo mismo que ocupar el asiento de piedra dejado por el que le había precedido.

Faltaba obtener la *Licencia en Artes,* que solía ir coronada por el *Magisterio.*

Transcurrido un año después del bachillerato, tenía Ignacio derecho y preparación suficiente para arrostrar los exámenes de la Licencia. Comenzaban estos exámenes, que se decían *Tentativae* a principios de febrero, pasado el día 2 (fiesta de la Purificación) y versaban sobre los libros de Física, Metafísica, etc., que acabamos de señalar. Como los examinandos solían ser unos ochenta o cien y acaso más, se distribuían en grupos de 16 y a cada grupo se le señalaba diversa fecha para los exámenes *(prima auditio, secunda auditio,* etc.). Unos preferían examinarse en *Notre Dame (examen inferius,* de abajo), otros en la iglesia de *Santa Genoveva (examen superius,* de arriba). Con estos últimos se inscribió Ignacio. Era necesario pasar por dos exámenes: el primero, el más privado, se decía *in cameris,* porque se tenía en un aposento del Canciller de Santa Genoveva. Asistían el Canciller y cuatro examinadores *(Tentatores)* escogidos de las cuatro *nationes;* seguidamente en la iglesia de San Julián el Pobre se sostenía una disputa escolástica *(Actus quodlibetarius)* con sutiles Argumentos dialécticos en pro o en contra de las más variadas cuestiones *(de quolibet).* Convocada luego la Facultad en la iglesia de los Maturinos (Trinitarios), se proclamaba el resultado de las pruebas, leyendo la lista de los nombres, según el orden que habían merecido en los exámenes, sin especificar nota alguna. Al fin del acto se anunciaba el día en que el grupo de candidatos, en compañía del Rector, de los cuatro Procuradores de las Naciones y de los bedeles de la Facultad, debían presentarse en la abadía de Santa Genoveva con capa nueva y no prestada, negra y del mejor paño *(cappati et omati) para* obtener la Licencia. El nombre de *Ignatius de Loyola* figuraba con la calificación número 30, calificación superior a la media, ya que el total de jóvenes examinados con él podemos ponerlo entre 90 y 100. Nótese que años antes Francisco Javier había alcanzado el núm. 22, y Pedro Fabro el núm. 24. Todos hicieron los juramentos de rúbrica, después de lo cual el canciller, que se llamaba Jacques Aimery, puesto en pie, con traje de coro y descubierta la cabeza, recitó una breve alocución, pronunciando con lentitud y solemnidad la fórmula estatutaria por la que les impartía la bendición apostólica y la *licentia docendi* o facultad de regentar una cátedra de filosofía en cualquier Universidad:

> «Et ego, Jacobus Aimery, auctoritate apostolorum Petri et Pauli in hac parte mihi commissa, *do vobis licentiam regendi, disputandi et determinandi,* caeterosque actus scholasticos seu magistrales exercendi, in Facultate Artium, *Parisiis et ubique terrarum,* in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen».

Los nuevos licenciados se retiraron y el Canciller se colocó delante de un altar, junto a la puerta del coro, para recibir la acción de gracias y congratulaciones de todos. Era el 13 de marzo, jueves, del año 1533.

El filósofo aristotélico

Rebosante de satisfacción estaría Ignacio, pues había llegado a dominar la ciencia filosófica, tal como se enseñaba en la más afanada Universidad del mundo, filosofía ciertamente escolástica con todos los defectos y limitaciones que eso supone, y en algunos tratados imbuida de nominalismo (los nominalistas eran los únicos que, desviándose del Estagirita, aportaban alguna idea nueva en física); pero fundamentalmente filosofía aristotélica, muy apta para conducir y orientar al estudiante por los caminos de la teología tradicional. Un aristotelismo excesivo y no siempre bien interpretado dominaba todas las disciplinas, la dialéctica como la física, la metafísica como la moral.

A ninguno de sus parientes o familiares de Loyola comunicó Ignacio los grados académicos recientemente conseguidos en la palestra parisiense. Le parecería un acto de vanidad, impropio de un hombre que no vive sino para Dios. Sabemos, con todo, que dio noticia de ello a una barcelonesa que siempre tuvo para él cariños maternales, ayudándole con sus limosnas, que no podían ser cuantiosas. Ya conocemos a Inés Pascual desde los tiempos de Manresa. Como esta buena mujer, conociendo la penuria del pobre estudiante en la Universidad, seguía socorriéndole, Ignacio le escribió el 13 de junio de 1533, agradeciéndole los dineros, «limosna y provisión», que le ha mandado. «Plegué a Dios N. S.... por cuyo amor y reverencia lo hacéis, os lo pague». La limosna ha venido oportunamente, porque ahora se halla más necesitado que nunca, «por subir mi estudio más de lo que hasta agora ha seido, porque esta Cuaresma (1533) me hice Maestro, donde gasté en cosas inexcusables más de lo que pedía mi auctoridad, y podía; así he quedado muy alcansado». Y a fin de no cargar demasiado a su bienhechora, le sugiere los nombres de señoras de Barcelona, que aportarán sin duda su porción: Ana Rocaberti («la Cepilla»), Isabel Rosés, la de mosén Gralla, Isabel de Josa y Doña Aldonza de Cardona, que le han favorecido y le prometen más. Al fin le manda saludos para «Juan, vuestro hijo, mi antiguo amigo... Ceso rogando a Dios N. S. por la su bondad infinita tales en esta vida os haga, cuales hizo a aquella bienaventurada madre y a su hijo San Agustín... De París 13 de junio de 1533 años».

En efecto, se mostraron generosas con él, y pudo proseguir sus estudios. Si bien aquí dice haberse hecho *Maestro,* más exactamente hubiera dicho *Licenciado,* aunque a la verdad las dos cosas eran casi una misma. Para el Magisterio no hacía falta estudiar más. Todo era cuestión de dinero. Pedro d'Ailly, buen conocedor de aquella Universidad, decía que el *Magisterio* es a la *Licencia* lo que el banquete de bodas al matrimonio; un complemento ceremonial y festivo, nada más; no aumenta los poderes académicos de enseñar, etc., pero añade el adorno autoritario de un *birrete* y el placer de un opíparo banquete. Muchos Licenciados desde entonces, sin más, se decían Maestros en Artes.

Pero la Universidad no les concedía el goce de sus derechos y privilegios, si no entraban solemnemente en la corporación de Maestros, mediante la *Inceptio,* que iba unida al doctorado. Algunos lo recibían inmediatamente después de la Licencia; otros aguardaban algún tiempo por diversas razones. Ignacio esperó todo un año, posiblemente a causa de su penuria y estrechez económica, que le prohibía hacer las expensas y dispendios acostumbrados: gastos de vestido, remuneraciones al Rector, a los regentes y examinadores, a los bedeles, etc. y finalmente el opíparo banquete, en el que a veces naufragaba el caudalejo de los pobres. Sin embargo, yo creo ver la causa principal de esta tardanza en el incendio espiritual que entonces le consumía y en el que deseaba abrasar y transformar las almas de sus discípulos espirituales más selectos, más apostólico y más intrépidos. Particularmente el año 1534 significa en el camino de la existencia ignaciana una piedra miliaria, o mejor, la torre de un faro luminoso que iluminará toda su vida posterior hasta la muerte. Es el año de los votos de Montmartre, que en el capítulo siguiente describiremos, el año en que da el último toque a los que serán las primeras columnas o cariátides de la Compañía de Jesús, golpe de cincel definitivo, que se hará por medio de los *Ejercicios espirituales* individualmente a lo largo de cuatro semanas, según el temperamento de cada uno y las mociones del Espíritu Santo. Así convirtió en otros tantos Ignacios a Pedro Fabre, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Simón Rodrigues y Nicolás de Bobadilla, antes de los votos de Montmartre, y en el mismo año, pero después de Montmartre, a Francisco Javier. Todo aquel año Ignacio de Loyola, como un horno ardiente, no hizo sino comunicar a sus amigos el fuego que le abrasaba las entrañas. Era teología mística y experimental la que todos ellos aprendían entonces. Seguramente que la filosofía aristotélica se presentaba a sus ojos abstracta y lejana. Pero Ignacio, aconse-

jado por su maestro, Juan de la Peña, se decidió por fin a coronar su carrera filosófica con el doctorado.

Birrete de Maestro o de Doctor

Un día de Cuaresma de 1535 se le vio llegar, no con la pompa de otros, pero sí con serena dignidad, ataviado con su capa negra, a las escuelas de Fouarre, donde hubo de jurar sobre los Evangelios, que respetaría siempre los derechos, estatutos y libertades de la Facultad de Artes, después de lo cual el maestro Juan de la Peña interrogó a los demás maestros allí presentes: *«Placetne vobis talem licentiatum birretari»?* ¿Os parece bien que demos el birrete doctoral al licenciado Ignacio de Loyola? Ellos respondieron: *Placet.* A una con el birrete redondo recibió el doctorado o magisterio en Artes.

Sería entonces cuando el nuevo Maestro *(«Magister novus»)* tuvo la primera lección magistral, que se decía *inceptio.* Su nombre fue inscrito en el número de los *magistri incipientes.* Y tras las felicitaciones, vendrían las donaciones y el costoso banquete.

Conocemos el diploma expedido por el Rectorado el 14 de marzo de 1534 *(more gallicano),* o sea, 1535 en la asamblea de la Facultad, congregada en la iglesia de los Maturinos. Dice así:

> «El Rector y la Universidad de París, a cuantos leerán las presentes letras, salud en Aquel que es la verdadera salud. Estando obligados todos los fieles católicos en virtud de la ley divina y por derecho natural a dar fiel testimonio de la verdad, mucho más conviene que los eclesiásticos, profesores de diversas ciencias, que buscan en todo la verdad, y mediante ella forman e instruyen a los demás, no se desvíen del recto camino de la verdad y de la razón, ni por simpatías, ni por favoritismos, ni por cualquier otro motivo.
>
> Por eso nosotros, queriendo dar testimonio de la verdad, hacemos saber por el tenor de las presentes a cuantos les interese, que nuestro querido y prudente Maestro Ignacio de Loyola, de la diócesis de Pamplona, Maestro en Artes, ha obtenido el grado del Magisterio en la Preclara Facultad de Artes de París, tras rigurosos exámenes, el año de 1534... con loa y honor... Dado en París... el 14 de marzo del susodicho año».

Ya tenemos a Ignacio de Loyola, a sus 44 años probablemente no cumplidos, laureado honoríficamente en filosofía y con potestad para enseñarla en cualquier Universidad. Era hombre maduro y es natural que

reflexionase en los difíciles problemas filosóficos, especialmente en aquellos que presentaban una clara vertiente teológica, con atención mucho más profunda que la de sus condiscípulos, cuya juventud no estaba para hurgar hondamente en los problemas.

Paul Dudon hace valer la influencia que en la buena marcha de sus estudios pudo tener Pedro Fabre, íntimo amigo que le hacía de repetidor: «Guiado por este joven de 24 años, dulce, puro y penetrante a la manera |e los ángeles, el antiguo soldado de Pamplona repasaba las materias explicadas, proponía sus dudas, se ejercitaba en la disputa, hacía sus lecturas. Y con el tiempo llegó a leer a Aristóteles, por virtud, como antaño leía por placer las novelas de caballería».

Que aprovechó mucho en ese tiempo *(profecit multum)* lo repiten Nadal, Polanco, etc. «Entró en el curso de Artes —leemos en el *Sumario castellano* de Polanco— y oyóle todo, siendo (aunque con muchas incomodidades) diligente como el que más, y aprovechándose no poco en las letras, como dio testimonio su examen público».

Otros testimonios encomiásticos hemos de ver pronto. Ignacio, desde antiguo, venía soñando en la teología. Siempre dará a la teología sus preferencias. Los estudios teológicos habían de tener la primacía; y al organizar después, como fundador de la Compañía, la enseñanza jesuítica siempre mirará a la ciencia sagrada como la meta suprema.

En París no aguardó, según parece, a tomar el grado de Maestro en Artes para iniciar sus estudios de teología. Los acometió antes de celebrar el acto público del magisterio filosófico, y los acometió con gusto, podemos decir que con prisa, en octubre de 1533, o, a más tardar, 1534.

Dos eran los más prestigiosos establecimientos, acreditados en todo el mundo, en los cuales se cursaba teología: el colegio de la Sorbona y el colegio de Navarra, a cual más sobresaliente por la excelencia de sus profesores. Competían con ellos algunos conventos de frailes, como los franciscanos y sobre todo los dominicos de la calle de Saint-Jacques, convento con frailes de diversas naciones, en el que habían enseñado y estudiado Alberto Magno y Tomás de Aquino en el siglo XIII, Durando y Pedro la Palu en el XIV, Capréolo y Torquemada en el XV, Pedro de Crockaert y su discípulo Francisco de Vitoria a principios del XVI. Gracias a estos dos últimos, la *Summa theologiae* se había impuesto en la enseñanza, purificando así la teología de no pocas adherencias contagiosas de nominalismo y escotismo.

El fino olfato teológico y pedagógico de Loyola se orientó pronto hacia los Jacobitas, que era el nombre de los Dominicos de Saint-Jacques.

La doctrina tomista será la que el legislador de la Compañía prescribirá después a toda la Orden, mas a fin de que no se introduzca un escolasticismo exagerado, le pondrá al lado la Biblia: «En la Teología leeráse el Viejo y el Nuevo Testamento y la doctrina escolástica de Santo Tomás». Junto a lo escolástico, lo positivo.

Normas metodológicas ignacianas

Reflexionando sobre los métodos pedagógicos —unos muy buenos, otros no tanto— que veía empleados en la Universidad, él iba elaborando su *ratio studiorum,* digna de un sabio eclesiástico del siglo XVI. Resumamos aquí brevemente el programa pedagógico que más tarde impondrá en su Orden. Lo podemos epilogar en estos puntos:

Primero, *«no estudien por compendios* las facultades principales ...antes vayan muy de fundamento en ellas», es decir, *vayan a las fuentes,* prescripción muy humanística que repite mil veces Erasmo.

Segundo, «tomen la doctrina más aprobada y *sigan los mejores auctores* en cualquiera Facultad»; ésos serían (aunque aquí no los nombre expresamente), en latín y retórica, Cicerón; en filosofía, Aristóteles; en teología, Santo Tomás. (De Platón supo Ignacio muy poco, y eso por vía indirecta.)

Tercero, *«todos procuren leer bien y escribir* y en especial se hagan buenos latinos, y... podrán darse al griego y al hebreo», que serán las puertas, no tanto para los clásicos, cuanto para el Antiguo y el Nuevo Testamento. *El conocimiento de los autores latinos y griegos servirá de propedéutica y fundamento para los estudios teológicos.*

Cuarto, no basta, como pretende Erasmo, instituir una teología bíblica y patrística, imbuida de letras clásicas; eso está bien, si se le pone el sólido fundamento de la teología escolástica; por eso Ignacio recomendaba la *perfecta armonía de lo humanístico, lo escolástico y lo positivo:* «Las Facultades que... deben aprender son: letras de humanidad... filosofía natural... metafísica y teología escolástica y la Scriptura; y si sobrase tiempo, algo de lo positivo, como de concilios, decretos, doctores santos, y otras cosas morales, que para ayudar el prójimo son necesarias».

Todo esto lo aprendió en la Universidad de París, no porque en las escuelas lo viera practicado en forma perfecta y programática, sino porque

solía prestar mucha atención al método de cada maestro y escuchó [conversaciones y discusiones sobre las novedades que traían los humanistas. Fruto de todas sus experiencias y de sus largas y diuturnas reflexiones fueron las sabias normas que dejará más tarde a sus hijos. No las tomó de ningún colegio de París. Las tomó de todos, las tomó del ambiente. Libó la miel de cada flor, como hace la abeja para construir su panal. Más de una vez nos hemos preguntado: ¿De quién aprendió a estimar debidamente la teología positiva, aquella teología casi sofocada en París bajo la balumba de agudos y retorcidos silogismos escolásticos? Y cosa semejante podíamos decir de su amor preferente a la teología de Santo Tomás y de su empeño en que ninguno entrase en las Facultades superiores sin llevar una sólida base clásica y humanística. Si él hubiera sido un profesor de filosofía o teología, no cabe duda que la pedagogía de los estudios universitarios habría inscrito su nombre entre los vanguardistas renovadores de la enseñanza.

El teólogo tomista

Según lo arriba dicho, podemos razonablemente imaginar que en la fiesta de San Remigio (1 de octubre de 1533), primer día del curso, se presentaría Ignacio en el convento de los Jacobitas, que caía muy cerca del colegio de Sainte-Barbe, a la parte sur de la calle de Saint-Jacques. Más de una vez lo habría visitado para recogerse espiritualmente en la iglesia conventual, de estilo gótico sencillo con bóveda de madera, y bastante extraña en su estructura, pues sólo constaba de dos largas naves, separadas por 13 columnas góticas.

Sin detenerse en el claustro, donde se veía el sepulcro marmóreo de Jean de Meung († ca. 1305) autor del *Román de la Rose,* entró muy temprano en el aula de teología. Las campanas de los Jacobitas repicaban *a Prima* a las seis de la mañana. Los profesores a quienes pudo seguir algún tiempo en sus lecciones serían Mateo Ory O.P., Juan Benoit y Tomás Laurency O.P. La doctrina que enseñaban no era otra que la de Santo Tomás, ateniéndose fielmente a la *Summa theologica,* según era tradición en aquel convento desde los tiempos de Pedro Crockaert y Francisco de Vitoria. Este último, antes de doctorarse, enseñó allí en 1516-1517 las *Sentencias de Pedro Lombardo*.

Es lícito preguntarse: ¿Escuchó también Ignacio algunas lecciones teológicas en el convento de los Franciscanos (Cordeleros), donde enseñaba fray Pedro de Cornibus (Cornu) o en el colegio de Navarra,

donde tenían cátedra Francisco Le Picart y Juan Adam, o quizá en la misma Sorbona? Asegura Nicolás de Bobadilla en su *Autobiografía,* que él estudió teología positiva y escolástica, por consejo de Ignacio, «bajo el Doctor Benoit y el Maestro de Ory, varones doctísimos, y en el convento de los franciscanos bajo el Maestro de Cornibus sumamente alabados por todos los teólogos».

Si fue Ignacio quien le impulsó a estudiar teología con esos profesores ¿no sería porque él había escuchado antes sus lecciones? Una carta de Pedro Fabre a Diego de Gouveia, fechada el 23 de noviembre de 1538, le ruega, en nombre del propio Ignacio y de sus compañeros de Roma, «que se digne recomendarlos ante nuestros veneradísimos maestros *(Jacques)* Barthélemy, (P.) de Cornibus, *(Francisco)* Le Picart, (J.) Adam, (R.) Wancop, (T.) Laurency, (J.) Benoit, y todos los demás que de buen grado quieren ser llamados preceptores nuestros, como nosotros nos llamamos sus discípulos».

Todos ellos fueron amantísimos de la naciente Compañía de Jesús, y parece claro que entre ellos hay que buscar a los que realmente fueron maestros de teología de Ignacio de Loyola.

Aprovechamiento en los estudios

¿Qué provecho sacó Ignacio de las lecciones? Oigamos en primer lugar a Diego Laínez, íntimo conocedor de Ignacio y una de las grandes lumbreras del concilio de Trento.

> «Y cuanto al estudio, aunque tuvo por aventura más impedimentos que ninguno de su tiempo, y aun más adelante que de su tiempo, tuvo tanta diligencia o más, *caeteris paribus,* que sus contemporáneos, y aprovechó medianamente en las letras, según que, respondiendo públicamente y en el tiempo de su curso platicando con sus condiscípulos, monstró»[98].

[98] FN I, 100. La palabra «medianamente» aquí debe traducirse «bastante», porque en la pluma de Laínez es un adverbio ponderativo, ya que en la misma epístola, hablando del progreso que él mismo y su compañero Salmerón, cuya alta teología brilló en Trento y la proclaman sus escritos, se expresa del mismo modo: «El Señor especialmente nos ayudó ansí en letras, en las cuales *hicimos mediano provecho,* enderezándolas siempre a gloria de Dios y útil del próximo, como en tenernos especial amor los unos a los otros (FN I, 102-104). Ribadeneira asegura que, no obstante lo que padeció durante a filosofía, «vino a salir con tanto caudal de dotrina, que dio todo... por bien empleado» *(Vida* I, 1). Cosa semejante de la teología.

Es decir que en los exámenes y en las notas que obtuvo, no menos que en las conversaciones con sus compañeros de filosofía y teología, manifestaba sus grandes adelantos en el estudio. Viene a confirmarlo Polanco, cuando escribe:

> «Entregóse con tanta seriedad al estudio de la teología hasta fines del *(curso)* de 1535, que aun en tiempo de invierno y con gran incómodo asistía a las lecciones del amanecer en el convento de frailes de Santo Domingo. Así que, si bien la ciencia infusa venida del cielo había penetrado profundamente en su alma, quedándole así tenazmente grabada en su memoria, con todo la erudición adquirida le ayudó no poco».

Lo remacha Jerónimo Nadal, poniendo de relieve el señorío y majestad de su conversar teológico, a pesar de los obstáculos que de estudiante hubo de superar:

> «Tuvieron —dice— los estudios de nuestro Padre tres dificultades: la primera, suma pobreza... La otra dificultad fue la poca salud, porque con las penitencias se le había dañado el estómago... La otra dificultad fue la devoción, que cuando estaba estudiando y oyendo, le ocurrían nuevas devociones y conceptos que le distraían de los estudios...; con todo eso, estudió tan bien sus Facultades, que a nosotros nos maravillaba cuando tratábamos delante del alguna dificultad; y dixo un doctor, persona señalada, admirándose de nuestro Padre, que no había visto quien con tanto señorío y majestad hablase materias teólogas».
>
> «Y es que se aplicó al estudio de la Filosofía y de la Teología con suma afición y con eximio fruto».

«¡He aquí a nuestro Padre teólogo!», exclama Nadal en una de sus pláticas complutenses. Que es como decir: Vedle ya armado perfectamente con todas las armas de la ciencia sagrada para emplearse en el servicio de Dios, y para anunciar a todos la verdadera doctrina disipando los errores de los sembradores de cizaña.

Se pregunta uno: ¿Cómo es posible que aquel hombre, con tan escaso tiempo para leer libros de erudición religiosa, tan atareado en obras de apostolado y al mismo tiempo tan constantemente embebido en meditaciones y contemplaciones místicas, pudo cumplir con diligencia sus obligaciones universitarias y ahondar en los misterios más insondables de la teología católica? Nuestra pregunta pierde fuerza, si se recuerda que, ya en los tiempos de Manresa, se deleitaba su espíritu en el misterio de la Trinidad, y «con ser hombre simple y no saber sino leer y escrebir en ro-

mance (como dice Laínez) se puso a escrebir della un libro». Las ilustraciones del Señor suplían la falta de ciencia humana. Hacia la teología sentía fuerte atracción. Redujo el tiempo de oración, para consagrarse plenamente al estudio.

Llegado a París, estudió la *Suma Teológica* de Santo Tomás, sobre lo cual observa justamente A. Guillermou: «En verdad la experiencia directa de las cosas de Dios precedió en él al estudio sistemático de la teología. Pero él predicó a los demás con el ejemplo. Ignacio, el místico, favorecido con gracias excepcionales, optó por un sistema sólidamente carpinteado. En una época, en que todas las vacilaciones eran posibles y admitidas en cualquier parte, se adhirió, y quiso que se adhirieran más tarde los miembros de su Compañía, a la fuerte estructura del tomismo». Pero sin abandonar, ni en París ni después en Venecia, la lectura de los Santos Padres.

Desgraciadamente sus estudios teológicos no pudieron alargarse en París tanto como él hubiera deseado. Los dolores de estómago, o los que él creía tales, le obligaron a una interrupción en lo mejor de la carrera[99].

Poco antes de concluir el segundo año de teología le fue preciso hacer un viaje a su tierra. Solamente los aires del suelo nativo, a juicio de los médicos, le podían traer algún alivio. Pero ya veremos cómo, tras una larga demora en Azpeitia, entrando en Italia, volvió a los estudios teológicos en Venecia, aunque sin el riguroso método de París. Su afán de trabajo intelectual era insaciable.

No habían estudiado mucho más que Loyola un Diego Laínez y un Alfonso Salmerón, figuras descollantes en el Concilio de Trente. Algunos se preguntan: ¿Llegó Ignacio de Loyola a ser un verdadero teólogo? Personalmente yo me inclinaría por la afirmativa, porque había estudiado lo suficiente para discutir de problemas teológicos y para alternar modestamente con teólogos de profesión. No tenía un temperamento altamente especulativo como Laínez, ni era un erudito de mucha lectura como Salmerón, porque el tráfago de su vida apostólica y después los gravísimos negocios del gobierno se lo impidieron, pero sentía mucha afición a la ciencia sagrada y no tenía miedo de hablar de teología con personas doc-

[99] Escribe el Doctor G. Marañón: «Los dolores abdominales debíanse, como ya sabemos, a la litiasis biliar. ¡Quién lo hubiera dicho en un tan fervoroso ayunador! Pero así fue, porque el cólico vesicular se dibuja claramente en la crisis de «dolor de estómago», que el Santo o sus biógrafos nos cuentan… y… porque sabemos también que la autopsia confirmó la existencia de los cálculos». *Notas sobre la vida y la muerte de San Ignacio:* «Arch. Hist. S. I.»

tas, demostrándoles en su modo de razonar la propia competencia. Hemos citado arriba una frase de Laínez en su epístola sobre Ignacio. Pues bien, al final de la misma, como arrepentido de haber dicho poco, escribe:

> «Del P. Maestro Ignacio, que me había olvidado, he notado diversas cosas, como serían gran cognición de las cosas de Dios, gran afición a ellas, y más a las más abstractas, separadas; gran consejo y prudencia *in agendis,* y don *discretionis spiritus»*.

El belga Oliverio Manare admiraba en él, junto con la prudencia y el consejo, la rapidez y viveza de ingenio en responder a las dificultades que le proponían, aun en las más difíciles cuestiones.

Y Nadal, que era en esto su mayor admirador, repite una y otra vez el no vulgar talento del autor de los *Ejercicios espirituales* y artífice de ese ciclópico monumento de las *Constituciones de la Compañía.*

> «Ya desde la juventud —traduzco del latín— resplandeció su índole eximia, su gran fuerza de ingenio y su agudeza, los altos indicios de su prudencia, su vivido amor a la verdad».
>
> «Sus ocho años *(incompletos)* de filosofía y teología tuvieron feliz resultado, gracias a la agudeza de su ingenio y a su diligente aplicación... Diose, pues, a la filosofía y teología con suma afición, con extraordinario fruto y con tanto progreso cuanto creyó que era bastante para realizar dignamente sus planes de ayudar a las almas».

Hasta los más doctos se maravillaban de la competencia y dominio de la teología que mostraba en sus conversaciones. Y eso expresándose en un «castellano preclásico», no pulimentado aún por los autores áureos, y en un estilo popular, poco fluido, descarnado, huesudo (incluso con algún hueso roto).

Ingenio agudo y memoria privilegiada

El talento natural para las ideas abstractas que veía en él un teólogo tan alto como Laínez; la sagacidad y rapidez *(promptitudinem et solertiam)* con que Ignacio respondía a las más difíciles cuestiones, según la expresión de O. Manare, y por fin, la *magna vis ingenii et acumen,* que tanto admiraba Nadal, fueron la causa de su no vulgar aprovechamiento en los estudios superiores; a lo cual hay que agregar una notabilísima dote natural, que los modernos historiadores no ponderan como se debe, y que a

los más antiguos, es decir, a sus amigos y conocidos, les parecía sorprendente: su felicísima memoria.

Basta leer su *Autobiografía,* dictada de memoria, sin notas ni apuntes de ninguna clase, y también sin pausas ni vacilaciones, como si tuviese abierto ante los ojos el libro de su vida pretérita. Todo lo expresa con la mayor concisión, con la palabra justa, y todo, o casi todo lo recuerda como si hubiera pasado el día anterior: nombres de personas y de cosas, detalles minuciosos de sucesos que significaron poco en su vida, fechas exactas y precisas de años, y aun meses y días.

En dos casos concretos casi todos los sabios historiadores modernos han creído cogerle en error: cuando nos dice en diversas ocasiones y en forma algún tanto vaga los años que tenía, y cuando nos asegura, sin vacilación alguna, que «hasta los 26 años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo». Ya hemos explicado en un capítulo anterior, que yerran los historiadores al decir que Ignacio se refiere a su conversión total a Dios y a las cosas del espíritu, ocurrida en Loyola poco después de su herida en Pamplona. Si él afirma que hubo una transformación en su vida a los 26 años de su edad, hay que creerle. En qué consistió ese cambio de ruta, o mejor, transmutación de ideales, véalo el lector al fin del capítulo II de este libro.

La memoria de Ignacio superaba con mucho la medida normal. A nadie comunicó tantas cosas históricas de su vida, en forma seguida y cronológica, como al portugués Luis Gonçalves da Cámara, el cual nos testifica lo siguiente:

> «Tiene tanta memoria de las cosas, y aun de las palabras importantes, que cuenta una cosa que pasó, diez, quince y más veces, *omnino* como pasó, que la pone delante de los ojos; y *plática larga* sobre cosas de importancia *la cuenta palabra por palabra»*.

Existe un documento ignaciano que ha interesado a no pocos teólogos por su rico, denso y completo contenido teológico. No es de creer que él lo redactase por su mano; habrá que atribuírselo en buena parte a su secretario. Pudo Alfonso de Polanco, y posiblemente también algún otro jesuita de Roma, participar en su composición. De todas maneras, la iniciativa partió de Loyola, suyas son las ideas fundamentales y fue él quien, deseando que el emperador de Etiopía conociese la fe católica y la abrazase, aprovechó el envío de algunos misioneros a aquellas tierras para dirigirle una carta, de la que se ha dicho que «con razón pudiera llamarse

disertación teológica sobre el Primado del Romano Pontífice y su autoridad suprema, y sobre la unidad de la Iglesia Católica».

En otro problema teológico muy profundo, discutido aún hoy en las escuelas, han visto ciertos autores la marca ignaciana. Si creyéramos al dominico Albert de Meyer, las raíces y fuentes del *Molinismo* han de buscarse en los *Ejercicios espirituales* de S. Ignacio.

Bastaría esto para incluir el nombre de Ignacio de Loyola en la Historia general de la teología católica.

Ignacio, satisfecho de sus estudios parisienses

Volviendo a tomar ahora el hilo interrumpido de los estudios y exámenes, diremos que Ignacio estaba contentísimo de haberlos hecho a la sombra de la Sorbona. Para él no había en el mundo Universidad comparable con la parisiense; por eso no se cansaba de recomendarla. Y al salir de París con un poco de apresuramiento, constreñido por sus dolencias, dejó encargado a sus compañeros que, antes de abandonar definitivamente la ciudad, solicitasen para él ante el Decano un diploma o certificado de estudios. Así lo hicieron. He aquí el texto:

> «El decano y todos los maestros de la Facultad teológica de la venerable, floreciente y fructífera Universidad Parisiense, a cuantos leerán las presentes letras, salud en Aquel que es la verdadera Salud de todos.
>
> Estando obligados todos los que profesan la fe católica a dar fiel testimonio de la verdad, tanto por equidad natural, como por precepto de ley divina, mucho más conviene que los maestros que profesan la sagrada teología, dedicados a escrutar la verdad de las cosas divinas y a instruir y formar en ella a los demás, no se desvíen del recto camino de la verdad y de la razón ni por simpatías, ni por favoritismos, ni por otro cualquier motivo. Constándonos, pues, ciertamente, no sólo por la voz de la fama, sino por la evidencia misma de la cosa, que nuestro querido, venerable y prudente Maestro Ignacio de Loyola es Maestro en Artes y estudiante de sagrada teología..., por el tenor de las presentes hacemos saber a los actuales y a los futuros, que el susodicho Maestro Ignacio de Loyola ha cursado año y medio en nuestra misma Facultad. En testimonio de lo cual estampamos en las presentes letras el sello de nuestra Facultad teológica. Dado en París, en nuestra asamblea general de San Maturino, solemnemente celebrada el año del Señor 1536, el día 14 de octubre».

La grande estima y aprecio que el fundador de la Compañía tuvo siempre de la Universidad, no sólo de los métodos pedagógicos, sino aun de cosas tan mínimas como el vestir de los teólogos de la Sorbona, se refleja claramente en una carta de fines de junio de 1532 recomendándole a su hermano D. Martín García de Oñaz que enviase a estudiar a la Universidad de París a su hijo Millán de Loyola.

> «Creo que no sería daño en ponerle más en teología que en cánones, porque es materia más propincua y dispuesta para ganar riquezas que para siempre han de durar, y para daros más descanso en vuestra senectud. Para alcanzar esto, creo que *en ninguna parte de la Cristiandad hallaréis* tanto aparexo como en esta Universidad. Para su costa, maestro y otras indigencias de estudio, creo bastarán 50 ducados cada año, bien proveídos... *Más fruto hará aquí en cuatro años, que en otra, que yo sepa, en seis*... Harto bien sería que viniese ocho días antes de S. Remigio, que es el primer día de otubre que viene, porque entonces comienzan las artes liberales... En enderezarle por las letras... y apartarle de malas conversaciones, yo me emplearé en lo que posible me será».

Don Martín murió en noviembre de 1538, y por motivos que no conocemos su hijo Millán, dotado de feliz inteligencia y de buen carácter, seguía en la casa paterna. Ignacio no lo olvidaba y así en setiembre de 1539 desde Roma escribe a D. Beltrán, hijo mayor de D. Martín y nuevo señor de Loyola, insistiendo en su propósito:

> «Aquí he sabido del buen ingenio de vuestro hermano Emilián, y deseoso de estudiar. Holgaría que mucho mirásedes y pensásedes en ello; y si mi juicio tiene algún valor, yo no lo enviaría a otra parte que a París, porque más le haréis aprovechar en pocos años, que en muchos otros en otra Universidad... Por lo que de mi parte me toca en desear su mayor provecho, yo querría que este camino tomase».

A lo que Ignacio aprendió en la primera Universidad del mundo, como era París, y en aquel foco y hervidero de nuevas ideas, nuevos métodos, nuevas técnicas, que en la capital de Francia tenían su más brillante escaparate, añadamos lo que luego aprendió en el mundo italiano de Venecia y Roma, en el trato con personajes anhelosos de reforma eclesiástica y en el carteo con sus hijos dispersos por muchas naciones europeas, que en todas partes procuraban tomar el pulso al hombre moderno y se lo comunicaban a su santo Padre; y nos persuadiremos que Ignacio de Loyola no era ni podía ser un retrógrado, estaba a la altura de

los hombres cultos de su tiempo, conocía las tendencias religiosas y teológicas que eran objeto de discusión y diálogo y en las conversaciones con personas doctas podía hablar «con señorío y majestad», según la afirmación de Nadal.

CAPÍTULO XII

PARÍS: AMIGOS EN EL SEÑOR. LOS VOTOS EN MONTMARTRE

En la biografía de Ignacio acabamos de pasar las hojas referentes a sus estudios en la Universidad de París. Todos los datos de tipo académico, que hemos dado a conocer, deberían haberse entreverado con otros muchos de carácter espiritual, que se verificaron al mismo tiempo que aquéllos, es decir, entre los años 1528 y 1535. Todos juntos, los unos y los otros formaron el tejido policromo de un período trascendental en la vida de Ignacio de Loyola. A los datos académicos sucederán ahora los espirituales.

Anécdotas parisienses. Una danza vasca

Iniciaremos este capítulo refiriendo algunas anécdotas. Y sea la primera una, la más curiosa, que fue ignorada del público y de los historiadores durante más de tres siglos, hasta que en 1915 la dio a conocer Enrique del Portillo S. I. El primero en conocerla fue Ribadeneira, quien la escribió en el manuscrito de su *Vida del Padre Ignacio de Loyola,* pero antes de que se estampase en 1583 el texto definitivo de esta biografía, decidió su autor suprimir enteramente el pasaje que ahora nos interesa. ¿Por qué esta mutilación? Fueron muchas las correcciones que Ribadeneira introdujo en su manuscrito original. Unas consisten en meros refinamientos estilísticos; otras en supresiones textuales de mayor o menor cuantía, y éstas por uno de dos motivos: o porque no estaba absolutamente cierto de su historicidad, o porque juzgaba inoportuno o poco prudente publicar en aquellos días ciertas cosas del biografiado. Esta segunda razón nos parece que fue la decisiva para eliminar una anécdota que hoy nos divierte y hace sonreír. Que un santo se ponga a bailar en su edad madura, debió parecer poco edificante en aquellos años en que ya se tramitaba su beatificación.

Veamos lo que escribió y no publicó Ribadeneira:

«Contóme una persona grave, que fue en un tiempo discípulo espiritual de Nuestro Padre en París, que estando él una vez muy malo y muy congojado y afligido por la enfermedad, le visitó nuestro Padre y con gran caridad le preguntó aparte qué cosa habría que le pudiese dar contento y quitarle aquel afán y extremada tristeza que tenía, y como él respondiese que su mal no tenía remedio, volvióle Ignacio a rogar que lo mirase bien y pensase cualquier cosa que le pudiese dar gusto y alegría; y el enfermo, después de haber pensado en ello, dixo un disparate: —Una sola cosa, dixo, se me ofrece, si cantásedes aquí un poco y bailásedes al uso de vuestra tierra, como se usa en Vizcaya; desto me parece que recibiría yo alivio y consuelo. —¿De esto (dixo Ignacio) recibiréis gran placer?— Antes grandísimo, dixo el enfermo. Entonces Ignacio, aunque le pareció que la demanda era de hombre verdaderamente enfermo, por no acrecentarle la pena si se lo negara y con ella la enfermedad, venciendo la caridad a la autoridad y mesura de su persona, se determinó de hacer lo que se le pedía, y así lo hizo. Y en acabando le dixo: Mirad que no me pidáis esto otra vez, porque no lo haré. Fue tanta la alegría que recibió el enfermo con esta tan suave caridad de Ignacio, que luego comenzó a despedir de sí toda aquella tristeza, que le carcomía el corazón y a mejorar; y dentro de pocos días estuvo bueno del todo; por do parece que el enfermo siguió su antojo en pedir lo que pidió, y Ignacio en concederlo tuvo cuenta con la caridad, por la cual Nuestro Señor dio salud al enfermo».

Adviértase que es la persona misma que recibió el favor, la que se lo refirió a Ribadeneira. No cuesta mucho imaginarse a Ignacio cantando; para un vasco es la cosa más natural, sobre todo si tiene buena voz. Y de Ignacio podemos asegurar que la tenía clara y penetrante, pues cuando predicaba al aire libre en Azpeitia en 1535, una mujer que le oía desde lejos confiesa que le entendía perfectamente; y otra dice que «tenía la voz delgada y las palabras penetrativas». Más difícil se nos hace figurarnos su gesto y aire de danzarín. Desde que fue herido en Pamplona, seguramente que no había bailado jamás. Y no lo volverá a hacer.

Un baño helado y un falso contagio de peste

Hay una escena en las biografías ignacianas, que los hagiógrafos barrocos se complacían en describir y en ilustrarla gráficamente; escena que Gonçalves da Cámara colocó en Barcelona y ni siquiera la relata, solamente la insinúa, aunque la conoció bien. Es Ribadeneira quien la cuenta en estos términos:

«Estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una mujer, con quien vivía mal, como no pudiese nuestro Padre por ninguna vía desasirle dellos, se fue un día a esperarle fuera de la ciudad, y sabiendo que había de pasar junto a una laguna o charco de agua (yendo por ventura a donde le llevaba su ciega y torpe afición), éntrase el B. P. dentro del agua frigidísima hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dixo a grandes voces: —Anda, desventurado; anda, vete a gozar de tus sucios deleites. ¿No vees el golpe que viene sobre ti de la ira de Dios?... Anda, que aquí me estaré yo atormentando y haciendo penitencia por ti, hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra ti tiene aparejado. Espantóse el hombre con tan señalado exemplo de caridad, paró, y herido de la mano de Dios, volvió atrás confuso y atónito, apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que primero estaba cautivo».

El episodio siguiente aconteció sin duda alguna en París, puesto que en él interviene el doctor Jerónimo Frago y Garcés, natural de Uncastillo (Zaragoza), profesor de Sagrada Escritura en la Sorbona, que murió en 1537, canónigo de Pamplona. Empezó por una conversación entre los dos españoles: Frago y Loyola.

«Y mientras los dos juntos hablaban, vino un fraile rogando al doctor Frago que le buscase una casa, porque en aquella en que se alojaba morían muchos, y en su opinión, de peste, pues entonces comenzaba la peste en París. El doctor Frago y el Peregrino quisieron ir a ver la casa, llevando consigo a una mujer que entendía mucho en esto, la cual, entrando en la casa, afirmó que era peste. Quiso entrar también el Peregrino, y encontrando a un enfermo, lo consoló, tocándole la llaga con la mano. Y luego de haberle consolado y animado un poco, se marchó solo; y la mano le empezó a doler de modo que le pareció que tenía la peste. Tan vehemente era esta imaginación, que no la podía vencer, hasta que con gran ímpetu metió en la boca su mano, dándole dentro muchas vueltas, y diciendo: Si tú tienes la peste en la mano, la tendrás también en la boca. Y habiendo hecho esto, se le quitó la imaginación y el dolor de la mano».

Rasgo enérgico, muy propio de Ignacio, que nos revela el dominio absoluto que tenía de su sensibilidad, cuando ésta no se fundaba en la razón, sino en la imaginación sobrexcitada. El señorío de sí mismo y la afable serenidad no le abandonaban nunca, sino en casos graves imprevistos, y aun entonces tan sólo por brevísimos instantes. Pronto pasaba la nube oscura y resplandecía el cielo azul.

Jugando a los trucos

De la última anécdota parisiense que vamos a narrar, no tenemos otra fuente que la de Ribadeneira, quien la oyó de labios de un amigo del Santo. Dice así:

> «En París había un Doctor teólogo, el cual deseó mucho nuestro B. P. ganar y traerle al conocimiento y amor perfecto de Jesucristo; y habiendo tomado para ello muchos medios sin provecho ninguno, fue un día a visitarle a su casa con un compañero, que contó lo que aquí escribo. Halló al Doctor pasando tiempo y jugando al juego de los trucos, el cual como vio el padre... comenzó a pedirle con mucha instancia que jugase con él...; y como él se excusase y dixese que ni él sabía jugar, ni había para qué tratar dello, insistió más e importunóle con más ahínco el Doctor, diciendo que no había de ser otra cosa. Hízole tanta fuerza, que en fin le dixo el padre: Yo jugaré, señor, con vos y haré lo que me pedís, pero con una condición: que juguemos de veras, y de manera que, si vos me ganáredes, yo haga por treinta días lo que vos quisiéredes, y si yo os ganare, vos hagáis lo que yo os pidiere por otro tantos días. Plugo esto al Doctor; comenzaron a jugar, y aunque nunca había en los días de su vida tomado en las manos aquellas bolillas, ni jugado tal juego, comenzó el padre a jugar como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa, sin dexar ganar una sola mano al Doctor; al cual de rato en rato le decía el compañero: Señor Doctor, éste no es Ignacio, sino el dedo de Dios que obra en él para ganaros para sí. En fin, perdió el Doctor y quedó ganado. Porque a ruegos de nuestro B. P. dio de mano a todos los otros cuidados y se recogió por unos treinta días y hizo los *Exercicios espirituales* con tan grande aprovechamiento y mudanza de su vida, que fue de grande admiración para todos el verla y el saber el modo que Dios nuestro Señor había tomado para ganarle y traerle a aquel estado, comenzando de burlas y haciendo que las burlas parasen en veras».

Sin más noticias sobre aquel Doctor parisiense, es inútil empeñarse en averiguar su nombre. Esta anécdota nos enseña las tretas y artimañas que el Santo se complacía en usar, cuando le parecían útiles para conducir hasta Dios a ciertas almas distraídas.

Torbellino religioso e ideológico de París

En los siete años y medio que Ignacio vivió en la ciudad del Sena tuvo tiempo más que suficiente para conocer la contextura, el carácter y la poderosa vida científica de aquel gran organismo plurimembre y cosmopolita, que era la Universidad parisiense. Pero ¿se dio cuenta de los

movimientos innovadores y vagamente revolucionarios que fermentaban en aquellas cabezas consagradas al estudio? ¿Tuvo noticia de las riadas de libros heterodoxos que desembocaban en París procedentes del otro lado del Rhin? «Ignacio, que tenía muy despierta la sensibilidad social y religiosa, tuvo que percatarse de la gravedad de aquella coyuntura histórica y percibir el ozono de los nubarrones lejanos que avanzaban sobre Francia. Quizá nunca fue su previsión tan pesimista como la de otros, porque veía en la Sorbona un castillo roquero de la fe tradicional, y confiaba en que la autoridad de aquel monarca absolutista —Francisco I— por muchos cambalaches políticos que hiciese con los herejes de fuera, no toleraría jamás el triunfo de la herejía dentro de su reino. Ignacio en París se puso en contacto con las principales corrientes culturales y religiosas de su tiempo. El Erasmismo no constituía por aquellas calendas, ni en Francia, ni en parte alguna, peligro notable para el Catolicismo. Había causado daños ciertamente en el septenio de 1517-1524, porque muchas de sus críticas fueron recogidas hábilmente por los primeros luteranos», los cuales las pronunciaban con un sentido mucho más radical y absoluto. Del campamento de los luteranos venían ahora los ataques más temibles, que hacían olvidar la ambigüedad de ciertos erasmistas. Las grandes figuras del Humanismo europeo perdían influencia y declinaban hacia el ocaso. Erasmo y Lefèvre d'Etaples agonizaban. Ambos fallecieron en 1536. Otras estrellas de resplandor muy distinto y aun contrario centelleaban sobre el horizonte.

Bien podía Ignacio desechar el temor de ser acusado de alumbrado, como en Alcalá, o de erasmista, como en San Esteban de Salamanca. Si alguna sospecha recaería sobre él, sería de intentar novedades religiosas, emparentadas con la herejía luterana. Por meros barruntos de algunos celantes, de la escuela de N. Beda, P. Sutor y P. Ortiz, fue delatado a el Inquisidor de la fe, mas éste tuvo la sensatez y buen juicio de despreciar la absurda denuncia.

Con todo, nadie negará que había motivos para alarmarse. El luteranismo, un poco paliado en sus fórmulas dogmáticas, atrevido, descarado y vandálico en sus manifestaciones contrarias al culto y a los preceptos eclesiásticos, se infiltraba por todas las rendijas y a la hora menos pensada se desencadenaba como un huracán por las calles de París.

Al día siguiente de entrar Ignacio en la capital de Francia se inauguraba el Concilio de Sens-París (del 3 de enero al 9 de octubre) bajo la presidencia del cardenal-arzobispo de Sens, Antonio Duprat, y con la

asistencia del sabio canónico de Chartres y denodado campeón de la fe, Josse van Clichtove, que influyó más que nadie en la redacción de los decretos.

Su objeto primario no era otro que reprimir los brotes heréticos, cada día más numerosos y audaces en Francia. En 16 capítulos expone las verdades católicas que quiere inculcar a todos los fieles. Sigue un sumario de 39 errores luteranos y por fin 40 capítulos de reforma. Publicados por Clichtove aquel mismo año, no es inverosímil que Ignacio los leyese con atención, y en este caso se informaría perfectamente de la trascendencia y peligrosidad de las doctrinas de Martín Lutero. Todavía él no sabía teología, pero al iniciar sus cursos tres años más tarde, sabría orientarla y aplicarla a temas candentes de la actualidad.

Por entonces reaccionaba contra la herejía protestante sin meterse en sutilezas escolásticas, como un sencillo hombre del pueblo. Muy pronto tuvo ocasión de reaccionar con más violencia ante los escándalos de gente fanática que hicieron sangrar su corazón devotísimo de la Virgen Madre.

Sacrilegios, desagravios y víctimas

El 31 de mayo del año 1528, fiesta de Pentecostés, el católico pueblo parisino corrió a venerar con himnos y oraciones la imagen de María, con el Niño en los brazos, que se alzaba en la esquina formada por las calles *des Rosiers* y *des Juifs,* lo cual no dejó de sulfurar los ánimos de algunos herejes exaltados. Lo cierto es que a la mañana siguiente, lunes, aparecieron la Virgen y el Niño decapitados ante el asombro de los fieles, que gritando, llorando y maldiciendo a los sacrílegos venían a contemplar la imagen rota. *Urbs tota cohorruit,* escribe Bulaeus en su monumental Historia de la Universidad. Inmediatamente empezaron los actos de reparación. Quien mayores muestras daba de ira y furor era el rey Francisco I, que ordenó buscar a los culpables para infligirles el debido castigo y prometió sustituir la imagen pétrea, ultrajada, con una estatua de plata. La Universidad fue la primera en organizar una manifestación pública que tuvo lugar el 9 de junio. No menos de 500 estudiantes, llevando en las manos hachones de blanca cera, seguidos de todos los doctores, licenciados y bachilleres, y acompañados por multitud de frailes y monjas, blancos, negros y grises, recorrieron las calles de la ciudad aclamando a María. Que entre los estudiantes iba Ignacio de Loyola con gesto reposado, pero con el corazón más ardiente que el cirio que llevaba en su mano, no es posible dudarlo.

El 11, jueves fiesta del Corpus Christi, la procesión general fue planeada por la corte. Acompañaban al rey los grandes oficiales de la Corona, los príncipes de la sangre, los obispos, embajadores, duques y miembros de diversas corporaciones al son de clarines y trompetas todos con su cirio encendido. Llegados a la calle *des Rosiers,* tomó el rey de manos del obispo de Lisieux una estatua de plata dorada y la colocó en el lugar de la anterior, mientras la clerecía cantaba la antífona *Regina caelorum.* Aquel rey, más galante que devoto, hizo oración ante María derramando lágrimas. Un Loyola no podía estar ausente de tan conmovedora escena.

La tercera procesión multitudinaria la hicieron el 12 del mismo mes todas las parroquias reunidas.

Las protestas públicas no impresionaban a los Novadores. El rey se mostraba muchas veces ambiguo e incierto. Pero allí estaban los teólogos sorbónicos que marcaban con el estigma de la herejía a cuantos imprimían un libelo heterodoxo o predicaban errores desde el pulpito. Ellos denunciaban a los sectarios ante el Parlamento, y éste, como alta corte de justicia, los mandaba procesar y castigar según las leyes, que en el campo religioso eran severísimas. El 3 de julio de 1528 un tal Denis de Rieux es condenado a muerte por hablar contra la Virgen Santísima. No menos de tres procesos se hicieron al noble caballero Luis de Berquin, traductor de Erasmo con retoques luteranizantes, lector asiduo y traductor de Lutero y de Ulrico von Hutten. Condenado finalmente a prisión perpetua con tal que abjurase de sus errores, negóse con obstinación a retractarse, por lo cual, atado a un poste en la plaza de Grève, se le pegó fuego hasta reducirlo a cenizas, que fueron aventadas. Era el 17 de abril de 1529.

Ni el rey pudo salvarlo con su amistad, su favor y su intercesión. La política religiosa de aquel monarca era desconcertante; tan pronto se conmueve hasta las lágrimas ante una imagen de la Virgen descalabrada y maltrecha por un luterano, como manda al destierro a los más enérgicos defensores de la religión católica; un día manda al suplicio a los luteranizantes y poco después, en 1534, invita a Melanthon a que venga a París para lograr una concordia. En 1530, para fomentar las letras, funda el *Collège de France,* inspirado sin duda por su secretario el eximio helenista Guillermo Budé, concediendo las dos cátedras de griego a Pedro Danés y a Jacobo Toussaint, y las dos de hebreo a Francisco Vatable y al calabrés Acacio Guidacerio, todos más o menos erasmizantes, mas ninguno tiznado de herejía. Con lo cual no consigue sino que la Sorbona los mire desde el principio como gente peligrosa, porque en la interpretación de la Biblia

proceden con métodos puramente filológicos, ateniéndose a los textos originales. Eso bastó para que los teólogos presentaran una demanda al Parlamento, suplicando que se les prohibiera interpretar la Sagrada Escritura según el texto hebreo y griego, sin permiso de la Facultad de teología.

Los dos enérgicos paladines de la ortodoxia, Noel Beda, síndico de la Facultad teológica, y el cartujo Pedro Sutor, cansados de luchar con escaso fruto contra Erasmo, blandían ahora sus espadas contra los luteranos. El primero dio a la imprenta su *Apología adversus clandestinos lutheranos* (París 1529) y el segundo *In damnatam Lutheri haeresim de votis monasticis* (París 1531).

Con más acierto y menos pasión combatía en el mismo campo y contra los mismos enemigos el teólogo Josse Clichtove, de tendencia moderadamente humanista. La Facultad teológica no cejaba en su tarea de marcar con el estigma de la herejía todos los errores que se divulgaban por la prensa o por la predicación en conventos y parroquias. En 1531 anatematizó una serie de libros que contenían doctrinas luteranas, entre otros uno del apóstata franciscano F. Lambert, y en 1532 condenó las predicaciones del sacerdote de la diócesis de Séez, Esteban Le Court, que hablaba contra las indulgencias y el purgatorio, vilipendiaba los votos monásticos, blasfemaba groseramente contra los santos, despreciaba la santa Misa y rechazaba la autoridad del papa.

Margarita de Angulema, censurada por la Sorbona

Margarita de Angulema, luego reina de Navarra, y hermana muy querida del rey Francisco I, mujer cultísima y piadosa, era dirigida espiritual de Lefèvre d'Etaples, de donde fácilmente se entenderá que su religión cristiana estaba sustancialmente imbuida de lo que Imbart de la Tour definió «Evangelismo», en el que prevalecía lo vital sobre lo racional y discursivo, la vida de fe, de humildad y amor sobre lo dogmático y teológico. Margarita no abrazó jamás el protestantismo, pero le placía favorecer a los que seguían una religión en ciertos puntos ambigua, y eran perseguidos —acaso con extremada dureza— por los perros ventores de la ortodoxia.

Era su capellán y predicador un discípulo de Lefèvre d'Etaples, por nombre Gerardo Roussel, católico también, aunque poco afecto a la Iglesia Romana, a la que deseaba reformar sin cisma ni escisión. En el conciliábulo de Méaux (1520-25), bajo la dirección de su maestro Lefèvre

d'Etaples y del obispo G. Brigonnet, trató con otros amigos de implantar en aquella diócesis la reforma eclesiástica que ellos soñaban, mas no tardó la Sorbona en dar la voz de alarma y en llamarlos a dar cuenta de sus doctrinas. El resultado fue un fracaso completo; los más avanzados, como Roussel y Caroli huyen a Estrasburgo, en compañía del jefe o cabeza de todos, Lefèvre d'Etaples, más espiritual que teólogo, *«iste bonus Faber Stapulensis»,* según le califica F. de Vitoria, o *«le bon homme Fabri»,* según Margarita de Angulema. El mismo obispo Brigonnet tuvo que comparecer ante el Parlamento para justificar su inocencia y su ortodoxia. Diez personas fueron arrestadas y remitidas a París. Uno de aquellos personajes del cenáculo Meldense nos interesa particularmente, Marcial Mazurier, porque después de seguir el evangelismo del Estapulense, abrió los ojos, firmó una abjuración (16 de enero 1524), se convirtió en ferviente defensor de la fe contra los luteranos y cuando, trascurridos algunos años, conoció en la Universidad de París a Ignacio de Loyola, entró en su amistad y bajo su dirección practicó los *Ejercicios espirituales*.

¿Quién protegía a estos reformadores ilusos, unos de buena voluntad, otros no tanto, que creían hallar en la predicación de la Sagrada Escritura la solución de todos los problemas religiosos? Su alta patrocinadora ante Francisco I y demás autoridades no era otra que Margarita, la hermana del rey, de la que un historiador decimonónico, no acertando a definirla, dijo que tenía el corazón «d'une coquette et d'une soeur de charité». J. Michelet veía en ella dos pasiones: «le besoin d'aimer et celui de savoir». Amante de la poesía y de la cultura, ejerció notable influencia cultural y política en la corte de su hermano. Su religiosidad no se apartó del evangelismo de Lefèvre d'Etaples.

Y sucedió que habiendo hecho en 1533 una segunda edición de su libro poético-religioso, *Le Miroir de I'âme pécheresse,* la Sorbona desencadenó contra el libro y su autora una campaña de injurias y calumnias. Contra los teólogos se alzaron algunos maestros de la Facultad de Artes, proclamando a Margarita inocente y «madre de todas las virtudes». El rey se dirigió a la Sorbona, preguntando si realmente habían censurado el librito de su hermana y qué es lo que en él hallaban digno de censura. La Facultad de Teología, temerosa de haberse excedido, borró *Le Miroir* de la lista de libros sospechosos.

Los intransigentes Noel Beda y Francisco Le Picart tuvieron que emprender de nuevo el camino del exilio a 30 leguas de París en mayo de 1533. Pero quedaban en la ciudad otros vigilantes de la ortodoxia, que

delataban a cualquier predicador de ideas nuevas. El 18 de junio de 1534 fue quemado en la plaza de Maubert un dominico apóstata, que en el convento se llamaba Lorenzo de la Croix, nombre que al huir a Suiza cambió por el de Alejandro, o simplemente Canus. Predicador elocuente, iba sembrando sus errores por doquier hasta que, regresando a París, fue preso y torturado por los verdugos, que deseaban arrancarle una retractación. Murió con estoica impavidez.

Nicolás Cop y Calvino. Procesión y hogueras

En octubre de 1533 Juan Calvino se hallaba nuevamente en París. Muy pocos sabían que internamente se había adherido a los Novadores. Pero muy pronto se puso al descubierto, porque un amigo suyo, Nicolás Cop, hijo del médico del rey, desempeñaba el cargo de Rector de la Universidad en los últimos meses de aquel año. Y como Rector, fue él quien tuvo que pronunciar el discurso protocolario ante toda la Universidad el primero de noviembre, fiesta de Todos los Santos. Habló de la religión cristiana, fundada en la Sagrada Escritura, zahirió a los sofistas escolásticos, que no entienden debidamente la doctrina de la fe y de la justificación, independientemente de nuestros méritos, y aludió a los que injustamente son tildados de herejes y sufren persecución por la justicia, siendo así que predican el genuino evangelio. Si hemos de creer a Teodoro de Beza, fue Calvino, si no el autor, a lo menos el inspirador del discurso.

¿Se hallaría Ignacio de Loyola entre los estudiantes de teología, allí presentes con toda la Universidad? Es lo más verosímil. Viviendo en un mismo Colegio, el de Sainte-Barbe, con Nicolás Cop, es natural que le conociese muy bien personalmente. ¿Habría sospechado alguna vez sus ocultos pensamientos religiosos?

Denunciado Cop como hereje por los franciscanos, apeló a la Universidad y supo defenderse con ingenio y destreza. Pero teniendo noticia de que el Parlamento intentaba arrestarlo, se escabulló sigilosamente. Calvino le siguió en la fuga.

En el colegio de Sainte-Barbe una habitación quedaba deshabitada. Ignacio de Loyola lo comentó en privado con Francisco Javier. Lo decimos con fundamento, porque sabemos a ciencia cierta, que Javier había caído inocentemente en las redes de algunos amigos peligrosos que trataban de ganarlo para sus falsas doctrinas, y fue Ignacio quien le abrió los ojos y le alejó de aquellos resbaladizos caminos; «él fue causa —confesa el joven navarro a su hermano Juan de Azpilcueta— que yo me

apartase de malas compañías, las cuales yo por mi poca experiencia no conoscía. Y agora que estas herejías han pasado por París, no quisiera haber tenido compañía con ellos, por todas las cosas del mundo».

Pudieron algunos parisienses ilusionarse de que el cielo se serenaba tras la masiva afirmación de fe, hecha de consuno por el pueblo, la Universidad y el Parlamento. Mas de repente saltó la chispa de un rayo, que produjo en la ciudad una gran consternación. E inmediatamente, al rayo de la cólera protestante sucedió el rayo de la venganza católica.

La noche del 17 al 18 de octubre de 1534 pasará a la historia como «la noche de los *Placards».* Todos contemplaron al amanecer infinidad de carteles o pancartas *(placards)* fijados por manos ignotas (de luteranos y zuinglianos) en casi todas las calles de París y en las puertas de la misma cámara del rey. Llevaban en francés este título: *«Artículos verdaderos sobre los horribles, grandes e insoportables abusos de la Misa papal, inventada directamente contra la Santa Cena de Nuestro Señor»,* impresos indudablemente en Neuchâtel.

Eran diatribas violentas y panfletos llenos de odio contra el santo sacramento de la Misa católica. No se podía herir más dolorosamente los sentimientos religiosos de los fieles. Como esto aconteció igualmente en otras muchas ciudades, como Rouen, Orleáns, Blois, Tours, Amboise, se pensó en un formidable complot contra la religión tradicional de Francia, primogénita de la Iglesia. Mientras las autoridades públicas olfateaban las huellas de los culpables, organizóse para el día 22 una gran procesión expiatoria. El arzobispo de Lyon, con otros obispos y abades, todo el Consejo municipal, los ujieres del Parlamento, los presidentes y consejeros con sus togas de escarlata, numerosos frailes jacobitas, cordeleros o franciscanos, carmelitas, agustinos con multitud de pueblo, formaron guardia al Santísimo Sacramento, desde la Santa Capilla hasta la Catedral de *Notre-Dame,* en donde un doctor en teología predicó sobre el Sacramento de la Eucaristía.

No menos bella y grandiosa fue la procesión que el día siguiente hicieron los miembros de la Universidad en *Saint-Martin des Champs.* Y el 25 del mismo mes, que era domingo, en todas las iglesias de París se celebraron oficios divinos muy solemnes y devotas procesiones. El rey mandó al Parlamento que procediese «con rigurosa justicia»; y éste prometió cien escudos al que revelase el nombre de alguno de los culpables. El 16 de noviembre se hallaban detenidos en las cárceles de la ciudad 200 sospechosos; siete de ellos fueron condenados, quemados y sus bienes confis-

cados. Reunida la Universidad en la iglesia de los Maturinos, acordó dar gracias a Dios por el descubrimiento de los culpables, y al rey por haberlos perseguido tan valerosamente.

¿Cuál fue la actitud de Ignacio en medio de tan graves acontecimientos? Cuando ardía la controversia entre erasmistas y antierasmistas, él se mantuvo en un justo término medio. Nunca censuró expresamente a Erasmo, acaso porque no lo conocía bastante, y no le parecía lanzar una condenación teológica, sin haber estudiado seriamente sus escritos. Al Anti-Erasmo, que era Noel Beda, tampoco lo condenó, quizá porque veía en él buenas intenciones y ardiente amor a la pureza de la doctrina católica, mas tampoco lo alabó nunca, quizá porque le pareció exagerado y poco comprensivo.

Entre los herejes y la Inquisición su actitud tenía que ser muy diversa. No solamente los buenos católicos, amantes de la Iglesia, estaban con los herejes y en pro de la Inquisición, sino que las mismas autoridades civiles y eclesiásticas seguían el mismo partido. Pero el silencio absoluto que guardó Ignacio en aquellos momentos ¿no sería debido a que —aprobando en su interior los procesos y juicios del Parlamento y de la Inquisición— temía que más de una vez el rigor de los tribunales había sido excesivo y su modo de proceder harto precipitado? París, entre tanto, ardía con una extraña forma de fuegos artificiales, que olían a carne humana.

Los suplicios continuaron en diciembre y en enero de 1535. Parecía como si el pueblo se regocijase con el espectáculo de las hogueras que alzaban sus llamaradas en diversos barrios de la ciudad.

Si viniese Melanthon

El humanista Bartolomé Latomus, de indudables creencias católicas, escribía el 29 de junio de 1535 a Erasmo: «El pasado invierno estuvimos en gran peligro por la temeridad de algunos que fijaron libelos sediciosos no sólo en toda la ciudad de París, sino también en la misma corte *(in aula regís)*... Grande fue el terror y espantoso el espectáculo para muchos: grilletes, cárceles, torturas, hogueras. Hubieras visto hombres suspendidos en alto y quemados vivos sobre el fuego; hubieras oído las voces insultantes del vulgo... Así no menos de 24 hombres fueron consumidos por las llamas».

¿. Podríamos alargar aún más la lista de las víctimas, pero estas pincélalas bastan para pintar el cuadro goyesco que Ignacio vio con sus propios ojos.

La responsabilidad de tantas condenas (que el papa Pablo III desaprobó), ejecutadas con apresuramiento, recae principalmente sobre el Parlamento, sobre la Sorbona y sobre el rey Francisco I, que se portó como un severo Inquisidor. Y este monarca, tan enemigo de los heterodoxos dentro de su reino, favorecía contemporáneamente a los herejes del extranjero, que ayudaban a la política francesa. Acaso tanta chamusquina llegó a parecerle desagradable, y pensó: si viniese Melanthon, el más irénico de los Novadores, podríamos llegar a la paz y concordia. Poniéndose de acuerdo con Juan du Bellay, obispo de París, escribió una carta con fecha del 23 de junio de 1535 a Felipe Melanthon, invitándole a venir a la capital de Francia para dialogar sobre la posible concordia de católicos y protestantes.

El discípulo amado de Lutero, aunque no siempre fiel a su maestro (al fin y al cabo, en el fondo mucho más humanista que teólogo) no pudo realizar el viaje a París, porque se lo impidió el duque de Sajonia, temeroso de que hiciese demasiadas concesiones. La Sorbona por su parte se negó a entablar disputas o diálogos con herejes, aceptando solamente el responder por escrito a las objeciones dogmáticas.

Baste todo lo expuesto para demostrar que Ignacio vivió aquellos años con ansiedad, pero también con notable provecho para la maduración de su ideal apostólico, dentro de una atmósfera de catolicismo militante, atacado persistentemente por herejes procedentes de Alemania y de Suiza. Fueron, para el futuro fundador de la Compañía, años de preocupación y de profundas reflexiones.

No consta que personalmente interviniera en ninguna disputa o controversia religiosa, pero sí sabemos, por testimonio de Polanco, que no pocos de los acusados, con más o menos fundamento, de herejía acudieron a Ignacio, o fueron buscados y persuadidos por él a que se presentaran ante el Inquisidor a fin de abjurar sus errores y hacer profesión de fe católica.

Y añade a continuación el mismo Polanco, que acusado Ignacio por sus enemigos ante el Inquisidor, que era fray Valentín de Liévin O.P., acerca de los *Ejercicios espirituales,* como si en ellos se escondiese alguna doctrina herética o sospechosa, se adelantó Ignacio presentándose espontáneamente ante el Inquisidor; éste le indicó que no había nada serio contra él, pero que deseaba leer el libro manuscrito *(Exercitiorum librum*

manuscriptum). Habiéndolo leído, «lo alabó mucho y pidió al Peregrino que le dejase copia». Así se hizo, mas Ignacio, no dándose por satisfecho, «volvió a instar para que quisiese seguir adelante en el proceso hasta dictar la sentencia. Y excusándose el Inquisidor, fue él con un notario público y con testigos a su casa y tomó fe de todo ello».

Esto debió de acontecer en marzo de 1535, estando ya el Peregrino a punto de emprender el viaje de París a España.

Director espiritual de estudiantes y de maestros

¿Qué tenía Ignacio de Loyola para seducir (ésta es la palabra apropiada) a tantos maestros y doctores parisienses, arrastrándolos hacia una vida de perfección evangélica, en absoluta pobreza, que implicaba a veces la renuncia a todos sus bienes? No poseía una elocuencia brillante, ni una presencia corporal particularmente atractiva, ni su indumentaria podía competir con la que ostentaban los clérigos nobles y acaudalados; era más bien, aunque no siempre, la de un estudiante pobre y gallofero. ¿Pues en qué residía aquella virtud magnética en la que entraba algo de fascinación moral, de sugestión psicológica, de captación espiritual? Aquella fuerza misteriosa nadie la sabría definir, pues no parecía apoyarse en ningún elemento corpóreo, pero es cierto que ejercía sobre los hombres que se le acercaban y le hablaban, una suave y casi irresistible atracción, aunque se tratase de personajes de más alta categoría social, académica, intelectual. No basta apelar a sus dotes naturales de prudencia exquisita, de buen conversador y de sabio psicólogo, que sabía escrutar el alma de sus colocutores. Esto lo sabían bien todos sus amigos. «El Padre tiene grandes artificios —decía G. da Cámara— para conocer los afectos y inclinaciones de cada uno... Y en las pláticas es tan señor de sí y de la persona con quien habla, que aunque sea un Polanco, parece que está sobre él como un hombre prudente con un niño... Cierto, es cosa muy admirable considerar cómo el Padre mira en el rostro, aunque esto muy pocas veces, cómo calla a sus tiempos, cómo en fin usa de tanta prudencia y artificio divino, que las primeras veces que conversa con uno, luego le conoce de pies a cabeza».

Diego de Gouveia le quiso públicamente penitenciar teniéndolo por *«seductor de estudiantes».* Lo era en verdad, y también seductor de maestros, pues los arrastraba hacia Dios. Por encima de todas estas cualidades psicológicas hay que ensalzar el milagro de su santidad heroica, que ardía en su alma y se traslucía en su semblante, demacrado por las austeridades, y en su hablar comedido, al par que ardiente y persuasivo.

Solamente por su heroica santidad y por su don de prudencia acudían a él y buscaban su trato ciertos personajes eminentes de la Universidad de París, como los doctores Jerónimo Frago, de la Sorbona, y el gran predicador y controversista antiluterano Francisco Le Picart *(Picardus),* «la perla de nuestra edad», que decía un poeta contemporáneo.

Cuando hallaba hombres de temple apostólico y espíritu de oración, les daba los *Ejercicios espirituales,* más o menos largos; según la capacidad de cada uno, enseñándoles a meditar, a hacer examen de conciencia, a contemplar la vida de Cristo, añadiendo diversas reglas para conocerse a sí mismo, discernir los espíritus y comportarse cristianamente en las diversas circunstancias de la vida. Ya vimos la transformación total que obró en Amador de Elduayen, Juan Castro y Pedro Peralta. Después hicieron los *Ejercicios* bajo su dirección algunos renombrados doctores, como Pedro de Valle (o Valla), que enseñó en el colegio de Navarra y cuya piedad y doctrina alaban sus coetáneos; Alvaro de Moscoso, socio sorbónico y rector de la Universidad en 1527; Marcial Mazurier, del colegio de Navarra, discípulo de Pedro de Valle, doctor en teología (1510), penitenciario de París, y sospechoso un tiempo en la fe por su participación en el conciliábulo de Méaux bajo Lefèvre d'Etaples, pero que convertido a la más perfecta ortodoxia, se hizo discípulo espiritual de Ignacio, cuyos *Ejercicios* practicó con fervor. Este Marcial Mazurier, según refiere Polanco, bromeaba un día con Ignacio, que aún no era bachiller en Artes, diciendo humorísticamente que quería hacerle doctor en teología, puesto que si se la enseñaba a él que era doctor, «era justo tomase el mismo grado».

Que un pobre estudiante de filosofía, recién entrado en la Universidad, se convierta de la noche a la mañana en consejero, instructor y director de las conciencias de los que son o pueden ser sus profesores, es un fenómeno tan extraño, que un fino conocedor del alma ignaciana lo ha comentado en estos términos:

«Situados en una perspectiva moderna, estos hechos nos desconciertan. ¿Se podría concebir el día de hoy, que un estudiante de licenciatura fuese tan piadoso y radiante de gracia apostólica, que comprometiese a tal o cual profesor de la Sorbona a un retiro cerrado? La cosa nos parece inimaginable. Y, sin embargo, Ignacio de Loyola, que no era siquiera sacerdote, gozaba de un prestigio tal, que había eclesiásticos colmados de dignidades, que aceptaban dócilmente hacer el retiro bajo su dirección. Bien es verdad que los *Ejercicios espirituales* podían imponerse a su aten-

ción como una indiscutible obra maestra, y el hombre que los había redactado como un gran maestro de oración, lleno de los dones del Espíritu Santo».

A más de uno se le ocurrirá esta pregunta: ¿Cómo es que Ignacio, a quien hemos visto en Manresa, Barcelona y Alcalá enseñando la doctrina cristiana, aconsejando y ejercitando espiritualmente a multitud de personas, cuya mayoría solía pertenecer al *devoto femíneo sexu,* no vemos que en París se acercase a catequizar e instruir a ninguna mujer? La explicación es obvia. En la capital de Francia se movía en un mundo de más alta categoría social, en el que apenas entraban las mujeres devotas. Por otra parte, la ignorancia de la lengua francesa le cerraba el acceso a las gentes del villanaje.

Mas no nos apresuremos a lanzar afirmaciones categóricas, porque se nos ha conservado una carta del Santo dirigida a la «Señora María» *(Dominae Mariae),* residente en París, con la que frecuentemente debió de conversar Ignacio, ya que la trata con una familiaridad, estima y afecto, que no es fácil hallar en misivas semejantes. Le escribe desde «Venecia, primero de noviembre 1536» y comienza de esta manera: «La gracia y amor de Cristo nuestro Señor sea siempre en nuestro favor y en nuestra ayuda. Otra os tengo escrito antes desta y sé que la habéis rescibido, mas no respondido. Bien paresce que más estáis en mi ánima que yo en la vuestra». Tras esta expansión, que parece una querella amorosa, le da cuenta de su salud: «Me hallo bueno de salud corporal, esperando la Cuaresma, para dexar los trabajos literarios por abrazar otros mayores y de mayor momento y calidad». Y sigue recordándole las muchas atenciones que ha tenido para con él, y pidiéndole haga lo mismo con Pedro Fabro y sus compañeros, próximos a salir de París: «Y porque el tiempo es breve y deseamos ayuntarnos Fabro y algunos amigos suyos y yo para cavar y trabajar en esta viña del Señor, si algunas veces en mí os habéis empleado y habéis tenido algunos deseos mayores de más os emplear, ahora en recompensa os pido por amor de Dios N. S. en ellos os empléis para la hora que se partan, así en la facultad que pudiéredes ayudándolos, como aun hablando a algunas personas, que parte del mérito quieran alcanzar, para que puedan salir de París y venir acá... Todo vuestro en el Señor, Iñigo. *(La inscripción reza así:)* «Jesús. A mi en Cristo Nuestro Señor hermana y carísima María, en París»[100].

[100] *Ignatii Epistolae* I,723-24. Esa «señora mía» ¿sería la esposa de algún miembro de la embajada española, o una noble dama de la corte de doña Leonor de Austria, hermana de Carlos V y esposa de Francisco I? De todos modos, era mujer influyente.

Las primeras columnas de la Compañía de Jesús. Fabro y Javier

Ignacio de Loyola está echando las bases de la futura Compañía de Jesús, mas todavía no tiene idea clara de lo que está haciendo. El esquema de su fundación —si de fundación, Instituto o asociación puede hablarse en aquellos días— no se le presenta aún con precisión de líneas, pero él se mueve en una dirección fija y confía en Dios que pondrá a su lado compañeros fieles y constantes, que le ayudarán en una gran empresa de apostolado. Los pocos que se le juntaron en Barcelona, Alcalá y primeros años de París, nunca se le unieron con estrechos vínculos. Y quién por un motivo, quién por otro, se había separado, marchando por diversos caminos de vida monástica (cartujos, dominicos, franciscanos), sacerdotal o laica. Vino a la Universidad parisiense con el propósito de «estudiar primero y ajuntar algunos», que siguiesen su género de vida, según nos dice en su *Autobiografía.* Y Dios premió sus afanes, porque laborando, como buen cantero y marmolista, con fe y perseverancia, en aquella montaña universitaria, no tardó en descubrir jóvenes estudiantes y maestros de viva inteligencia, corazón generoso, temple de héroes y voluntad decidida a trabajar a su imitación por la mayor gloria de Dios. Cinco serán los primeros, cuyo mármol Ignacio cinceló y pulimentó hasta hacer de ellos las primeras columnas de la que será llamada «Compañía de Jesús». Sus nombres son: *Pedro Fabro* (así le llamaremos, porque así castellanizó él mismo su nombre y apellido, aunque una vez escribiendo a un cartujo primo suyo, firma *Pierre Favre,* como lo llamaban en la familia; *Francisco Javier, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Simón Rodrigues y Nicolás Bobadilla*.

Apenas entró Ignacio en el colegio de Sainte-Barbe el año 1529, conoció a los dos primeros y trató de conquistarlos. La conquista del piadoso, amable y angelical saboyano, nacido en Villaret, diócesis de Ginebra, fue fácil; no así la del navarro, aunque desde el principio podía darse por descontada, pues reinaba entre ambos tan íntima amistad, que Iñigo no podía ser amigo de Fabro, sin serlo de Javier.

Fabro había pasado su niñez inocente pastoreando rebaños en la soledad del campo, propicia a la oración espontánea y sencilla, ante el sublime espectáculo de las montañas alpinas. Un piadosísimo maestro, Pedro Veliard, le enseñó latín, y a los 19 años, como revelaba dotes no vulgares y afición al estudio, fue enviado a París. Todos cuantos le conocieron afirman que era de hermosa presencia, rostro dulce, agraciado, cabellera blonda y de palabra atractiva. Estaba concluyendo con brillantez sus

cursos de Artes cuando Ignacio iba a comenzarlos. Viviendo en el mismo colegio, se ofreció a repetirle privadamente las lecciones de Filosofía. Nadie más apto que él. «Decía el maestro Peña —el testimonio es de Polanco — que cuando él tenía alguna duda en Aristóteles, no tenía a quién demandársela sino a Fabro su discípulo, especialmente por ser buen griego».

Fácilmente de la filosofía natural y humana pasaban las conversaciones a otra más alta y divina, y en esta ciencia el maduro discípulo era muy superior al joven maestro. Reconociendo Fabro los singulares dones de Dios que adornaban a Ignacio, le abrió toda su conciencia, el voto de castidad que había hecho en su primera juventud, las incertidumbres, tentaciones y escrúpulos de no haberse confesado bien, que ahora padecía, sus pensamientos de retirarse a la soledad de un desierto para hacer penitencia. Ignacio le aconsejó por lo pronto que hiciese una confesión general con el doctor Castro, y que en adelante frecuentase los sacramentos, confesando y comulgando todas las semanas; le enseñó a examinar cada día su conciencia y la práctica del examen particular. El buen saboyano se decidió a seguir fielmente a su maestro en la vida espiritual. Con los consejos de Ignacio, sintió que se le ensanchaba el corazón. Así le tuvo el prudente director casi tres años, hasta que en 1532 juzgó llegado el momento de revelarle su plan, que era peregrinar a Jerusalén y consagrarse de lleno a la evangelización de aquellos pueblos. Fabro aceptó la idea con increíble entusiasmo. La segunda mitad del año 1534 —tras un viaje a la casa paterna— lo vemos de nuevo en Paris, dispuesto a recibir cuanto antes las sagradas Ordenes. Hizo los *Ejercicios espirituales* durante un mes bajo la dirección de Ignacio en una casa de los arrabales de París, calle de *Saint Jacques.* El invierno era tan riguroso, que durante ocho días las aguas del Sena estuvieron heladas, de suerte que se cruzaba el río en carretas. Pero Fabro, lejos de encender fuego para calentar su celda, dormía en camisa sobre unos troncos, y las meditaciones las hacía en el patio cubierto de nieve. *Seis días enteros* —lo cuenta él mismo— pasó en ayunas, *«sine ullo cibo, aut potu»,* y sin otra consolación, que las visitas que le hacía Ignacio de vez en cuando. Este le obligó a no extremar tanto las penitencias y a calentarse y alimentarse suficientemente. Su piedad fue siempre hondamente afectiva y amorosa. No podía querer mal a nadie. Habiendo recibido la ordenación sacerdotal el 24 de mayo de 1534, celebró su primera Misa el 22 de julio, festividad de Santa María Magdalena.

Ya para entonces el castillo roquero de Francisco Javier había sido expugnado por el invencible capitán de las batallas de Dios, Ignacio. Este había logrado fundir en un molde de santidad el duro metal javierino. Se atribuyen a Polanco las siguientes palabras, transmitidas por el P. Edmundo Auger: «Yo he oído decir a nuestro gran moldeador de hombres, Ignacio, que la más ruda pasta *(la plus rude pâte)* que él había manejado jamás, fue en los comienzos este joven Francisco Javier».

Nadie imagine una resistencia violenta o despechada en el amigo de Fabro; reíase el navarro tal vez irónica y guasonamente de sus amigos y compañeros, que se ponían totalmente bajo la dirección del guipuzcoano; él resistía como pez que da saltos en el agua, pero lleva ya el anzuelo en la boca. Podemos creer al P. Manuel Teixeira cuando escribe: «Francisco estuvo un poco más duro y dificultoso *(que Fabro),* porque aunque gustaba mucho de la conversación y amistad de Ignacio, todavía no osaba del todo mudar el estado de su vida, por ser naturalmente inclinado a la honra y fausto del mundo».

Lleno de juventud y de ilusiones, excitaba Javier la admiración de los demás universitarios en los juegos lo mismo que en las clases, «porque era en la isla de París uno de los mayores saltadores» (G. da Cámara) y aspiraba a descollar en la ciencia para subir a las más altas dignidades. En 1530 juntamente con su amigo Fabro consiguió la láurea de Maestro en Artes o Filosofía. Esa inclinación a la honra y fausto puede verse en la demanda que hizo en 1531 de un documento notarial, con las pruebas de sus títulos de nobleza e hidalguía, que debía presentarse al emperador Carlos V, a fin de que éste lo ratificara. La tramitación fue muy larga. Enojosos procesos, numerosos testigos, hasta que por fin Don Francisco de Jaso y Javier fue declarado en público documento (4 de agosto de 1536) «hombre hidalgo, noble y gentilhombre». Era ya tarde. Ya para entonces había renunciado a todos los honores y vanidades de este mundo. Desde la India y Japón repetirá insistentemente las palabras de Cristo: *«Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?»* Palabras que probablemente se las había inculcado Ignacio en París.

Hizo otras muchas cosas en su favor Ignacio de Loyola. Le ayudó con dinero en momentos difíciles, porque Javier, que tenía un fámulo a su servicio y era más rumboso que otros de inferior alcurnia, se quejó alguna vez al más rico de sus hermanos de no recibir a tiempo auxilios pecuniarios. Ayudóle también en sus años de regente en el colegio de

Beauvais, alabando públicamente su talento, con el objeto de procurarle discípulos, a los cuales él personalmente conducía a la presencia del maestro. Y le ayudó, sobre todo, abriéndole los ojos para ver los peligros de ciertas amistades sospechosas de heterodoxia. Ignacio debió de arrodillarse dando gracias a Dios el día feliz (sería en los primeros meses de 1533) en que el joven y prometedor maestro de Artes se le rindió personalmente, aceptando el programa apostólico que Loyola desarrolló ante él, como lo había hecho con Fabro[101].

Dos teólogos castellanos

El año 1533, según parece lo más probable, y no antes, llegaron a París dos jóvenes españoles, Diego Laínez, natural de Almazán (Soria) de 20 años de edad, y Alfonso Salmerón, toledano, de 17 años, admirablemente dotados uno y otro para los estudios. Cuando más adelante fueron enviados a Trento, escribía el portugués Antonio Brandâo: «Destos dos dicen que son dos de los grandes letrados que ahora hay en el mundo, y en especial el P. Laínez... que dicen no haber otro semejante en la Cristiandad para oponer a uno destos heresiarcas».

A Laínez lo describe Ribadeneira «pequeño de cuerpo», de color blanco, aunque no poco amortiguado, de alegre rostro, y con una modesta y apacible risa en la boca, la nariz larga y aguileña, los ojos grandes y vivos y muy claros... Entendía con tan gran presteza y claridad las cosas, que parecía no usaba de discurso, sino que las comprendía con alguna ilustración divina y con simple aprehensión. Tenía una sed insaciable de leer».

Salmerón, que fue siempre su amigo inseparable y le veneraba desde que los dos estudiaban en Alcalá, escribió de él, que era un hombre

[101] Javier fue el único que dejó los *Ejercicios* para después de los votos de Montmartre. Había recibido la Licencia en Artes y el grado de Maestro en el mismo año 1530, y seguidamente empezó su regencia (1530-21). Años adelante, cuando esté misionando en la India, se acordará de París y de sus maestros: «Muchas veces me mueve pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas, cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos... Estuve cuasi movido de escribir a la Universidad de París, a lo menos a nuestro maestre de Cornibus y el Doctor Picardo, cuántos millares de gentiles se harían cristianos si hubiese operarios» *(Epistolae S. F. Xaverii,* ed. SCHURHAMMER-J. WICKI, I,166-68).

«singulari ac paene divino ingenio praeditum..., paene ad miraculum instructum».

Mas no le iban a la zaga el propio Salmerón en sabiduría bíblica y en erudición patrística; si el primero tenía más alta y aguda inteligencia, el segundo gozaba de un sentido humanístico más consumado. Estudiando en Alcalá, alcanzó Laínez con brillantez todos los grados en filosofía, laureándose allí en 1532; Salmerón perfeccionó sus conocimientos del idioma griego en el famoso Colegio Trilingüe, mas como era tan joven, dejó los grados en Artes para la Universidad. Los dos amigos llegaron a las orillas del Sena en 1533. Ignacio los encontró en su albergue, les dio consejos prácticos para la vida en París y desde el primer momento se ganó su voluntad.

Al final del invierno de 1534 los dos hicieron los *Ejercicios espirituales* bajo la dirección de Ignacio. De Laínez refiere Ribadeneira, que «tres días estuvo sin comer bocado; otros quince comió pan y agua; traía cilicio; disciplinábase muchas veces con gran deseo de hallar a Dios, suplicándole con fervorosas oraciones y copiosas lágrimas que le diese su luz y fuerzas para agradarle».

Uno y otro salieron de aquel mes de Ejercicios con voluntad resuelta de seguir a su maestro de espíritu adonde quiera que fuese.

Un castellano viejo y un portugués

En el otoño de 1533 llegó a París un joven palentino, cuyo nombre Familiar era Nicolás y su apellido Alonso, mas él dejó este segundo apelativo, tomando el de Bobadilla, porque el lugar de su nacimiento era Bobadilla del Camino. Genialidades y sucesos chocantes se encuentran en toda su vida; él mismo recogió al final de su *Autobiografía* los trances peligrosos y las cosas raras o curiosas que le acontecieron en su larga vida de más de 80 años, en los que nunca quiso consultar a ningún médico. Carácter franco y abierto, alegre y humorista, un poco rústico, bastante desigual y arbitrario, amigo de cantar claras las verdades a cualquiera y enemigo de hipocresías, lisonjas y fariseísmos, tenía un corazón noble, piadoso, pronto al sacrificio, todo lo cual le convirtió en un apóstol de la Contrarreforma en Alemania e Italia, si bien no le faltaron incomprensiones y roces.

Nicolás de Bobadilla estaba regularmente formado en filosofía y teología, pues había estudiado Artes en Alcalá bajo el profesor Jorge de

Naveros, y teología bajo Juan de Medina y Pedro Ciruelo (profesores todos de fama), después de lo cual enseñó Lógica en Valladolid, al par que seguía las lecciones tomistas del dominico Diego de Astudillo; pero deseaba completar su conocimiento de las tres lenguas, latín, griego y hebreo, en el *Collège Royal,* fundado en 1530 por el rey Francisco I. Pero apenas llegado a París cayó en las redes de Ignacio de Loyola, «varón santo —son palabras de la *Autobiografía*— que le exhortó a proseguir sus estudios de teología escolástica y positiva de los santos doctores, consejo que aceptó oyendo teología bajo el doctor Benoit y el maestro de Ory, dominicos doctísimos, y en los franciscanos el Maestro de Cornibus estimadísimo por todos los teólogos».

Antes —sin duda por influencias de Ignacio—, obtuvo una cátedra de filosofía en el Colegio de Calvi o pequeña Sorbona. Sometido como los demás a un régimen de piedad, oración, examen de conciencia y recepción frecuente de los sacramentos, se preparó para el espaldarazo de caballero de Cristo, que les solía dar Ignacio mediante los *Ejercicios espirituales.*

Hacía tiempo que Loyola se había encontrado en el colegio de Sainte-Barbe con un portugués muy piadoso, imaginativo, inestable y un tanto propenso a la melancolía. Se llamaba Simón Rodrigues de Acebedo. Había venido a París en 1527 con una bolsa de estudio suministrada por el rey Juan III; era, pues, lo que se decía «bolseiro» y contaba no más de 17 años. Debió de hacer muy seriamente los estudios humanísticos antes de iniciar los cursos filosóficos, pues vemos que sólo en 1536 alcanza la licencia y el magisterio en Artes. La fama de eximia santidad que aureolaba la persona de Ignacio le movió a descubrirle todos los sentimientos que abrigaba su corazón y sus ardientes anhelos de servir a Dios. Ignoraba entonces, según el mismo confiesa, que había otros en el mismo colegio de Sainte-Barbe que planeaban con Ignacio peregrinar a Jerusalén y consagrar todo el tiempo de su vida en trabajar por la salvación de las almas. Causó espanto su conversión entre los que le conocían —escribe un historiador—, porque «era de natural vivo y por eso tenido de los portugueses por travieso e inquieto».

Entonces pensó Ignacio de Loyola que había llegado el momento de dar un paso decisivo. Ninguno sabía que formaban parte de una pequeña «compañía»; a ninguno había dicho Ignacio que había otros, comprometidos como él, al mismo género de apostolado. Era la hora de que se conocieran internamente. Ya que todos ellos, los siete, habían abrazado un mismo ideal apostólico con formas idénticas, siguiendo el plan que a cada

uno en particular había propuesto el que era maestro y director espiritual de todos; ya que sus corazones se sentían unidos por Dios con lazos más fuertes que el de una ordinaria amistad; era conveniente vincularse entre sí con un juramento sagrado, acentuando el ideal común y precisando con nítida distinción los puntos concretos que en ese ideal estaban englobados. Reflexionaron largamente, elevaron a Dios fervientes oraciones, se acercaron al sacramento de la penitencia a fin de purificar más y más sus almas e hicieron un día de ayuno, pidiendo al Señor les iluminase en momentos tan críticos; por fin todos se pusieron de acuerdo en obligarse con cierta solemnidad a cumplir tres votos o promesas al Señor: voto de pobreza, voto de castidad y voto de peregrinar a Jerusalén, dedicándose luego a la evangelización y salvación del mundo.

El voto de castidad iba implícito, aunque Simón Rodrigues lo afirma *expressis verbis;* Ignacio y Fabro ya lo habían hecho; explícitamente lo harán los demás antes de su ordenación sacerdotal; el de pobreza se había de entender con la reserva de conservar la *facultas possidendi* todo el tiempo que durasen los estudios, pero después *no recibirían salario alguno ni por Misas ni por los demás ministerios espirituales.* El voto de peregrinar a Jerusalén iba condicionado: se pondrían en camino hasta Venecia y allí aguardarían la ocasión de embarcarse para el Oriente, pero si al cabo de un año de espera no hallaban nave para el viaje, *se dirigirían a Roma y postrados a los pies del Sumo Pontífice* le manifestarían sus pensamientos y deseos suplicándole les declarase su voluntad *y la forma y lugar de su apostado;* lo mismo debían hacer si, una vez llegados a Tierra Santa, no podían permanecer allí. Irían entonces al Vicario de Cristo para hacerle saber que estaban dispuestos a predicar el Evangelio *en todo el orbe,* aun entre los turcos y en naciones enemigas del Cristianismo.

Diríase que aquellos siete hombres animosos y llenos de Dios se hallaban en un cenáculo, como el de Pentecostés. Todos sentían en su pecho la llama viva del celo apostólico; siete llamas que no eran sino participación de la gran llamarada ignaciana. Siete discípulos de Cristo, tan extraordinarios por la inteligencia y el corazón, como nunca Ignacio los había tenido hasta entonces. A fin de que en aquel Pentecostés no faltara la Santísima Virgen, determinaron pronunciar el triple voto en la fiesta de la Asunción de María (15 de agosto de 1534). Era un día muy apropiado porque en agosto tanto los estudiantes como los maestros descansaban plenamente de las faenas del curso.

Los votos de Montmartre

Si el propio Ignacio no veía claramente —o por lo menos nunca lo declaraba— adonde le conducía la mano de Dios, mucho menos lo sabían aquellos compañeros que con tanto fervor habían abrazado el mismo ideal religioso. Ninguno preveía que su asociación amistosa terminaría en una nueva Orden religiosa; ignoraban su porvenir, pero en aquella incertidumbre de su destino, confiaban en la providencia amorosa de Dios y sentían sus almas vitalmente unidas a la del pobre estudiante que cojeaba ligeramente al andar y que tenía unos ojos profundamente luminosos, una voluntad diamantina y un alma endiosada. Magnetizados espiritualmente por aquel hombre extraordinario, seguían a Dios en él y con él, casi ciegamente.

A todos ellos les era bien conocida una iglesita antigua y solitaria, que se alzaba a unos 600 metros de la cima de Montmartre *(Mons martyrum?)* y era designada por el nombre de Nuestra Señora de Montmartre, o *Sanctum Martyrium,* porque existía una vieja tradición de que allí habían derramado su sangre por la fe de Cristo San Dionisio y sus compañeros, Rústico y Eleuterio.

La parte principal, la más antigua y veneranda, era la cripta a la que se llegaba bajando desde una capillita superior, construida en el siglo XIV. El pequeño santuario dependía de una abadía próxima de monjas benedictinas. La sotosacristana de la abadía recordaba muchos años más tarde, que fue ella, con permiso de la abadesa, quien entregó las llaves a Ignacio para entrar en la cripta o capilla de los santos mártires.

Era la mañana del sábado 15 de agosto. Fácilmente podemos imaginar un día claro y soleado. Siete héroes de la fe y de la santidad, con ardorosos anhelos de caridad y de apostolado, a la vez que con gran recogimiento interior, porque tenían conciencia de que iban a realizar un acto transcendental en su vida, subían la cuesta yerma y solitaria de la colina, punteada quizás aquí y allí por algún molino de viento que apenas movía las aspas. En los contornos no se veía un alma. Llegados al *Sanctum Martyrium,* o Santuario de S. Dionisio, «que —según Simón Rodrigues— está situado hacia la mitad de la colina de Montmartre, distante de la ciudad casi mil pasos», pidieron la llave a las monjas de la próxima abadía, y entraron en la venerada cripta de San Dionisio.

Allí celebró la santa Misa Pedro Fabro, que era el único sacerdote. Ninguna persona extraña asistió al sagrado rito. Momentos antes de la comunión, volviéndose el celebrante «con la sagrada Hostia en la mano» a

sus compañeros arrodillados, recibió sus votos, que cada uno fue pronunciando con voz muy clara. Vuelto de nuevo hacia el altar, pronuncio también Fabro en voz alta los votos y comulgó.

No conservamos la fórmula textual de los votos, pero entre las diversas relaciones que del acto nos quedan, tal vez la más antigua y más completa sea la de Laínez:

> «Y porque nuestra intención, donde París, aún no era de hacer congregación, sino *dedicarse en pobreza al servicio de Dios* nuestro Señor y al provecho del próximo, *predicando y sirviendo en hospitales,* etc., hicimos voto... de andar, si pudiésemos, *a los pies del Papa, Vicario de Cristo,* y demandarle licencia para ir a Hierusalem; y si hubiese oportunidad, para quedar allá, aprovechándonos, si nuestro Señor fuese servido, y a otros fieles o infieles; y si no hubiese oportunidad de ir allá a Hierusalem dentro de un año, o yendo *(no la hubiese),* de quedar allá, explicamos en el voto que no era nuestra intención obligarnos más a ir, sino *tornar al Papa y hacer su obediencia, andando donde nos mandase»*[102].

Este ofrecimiento incondicional al Romano Pontífice, Vicario de Cristo, para que dispusiese de ellos, *mandándolos a la evangelizarían de cualquier parte del mundo* y a trabajar por la salvación de las almas, «viviendo en pobreza», en la forma, tiempo y lugar que el Papa les señalase, era lo nuevo y original de aquel acto y lo que le daba particular significación y transcendencia en la historia de la Iglesia.

Lo que Ignacio y los suyos tienen ante los ojos es *la evangelizarían del mundo a las órdenes del Vicario de Cristo:* finalidad primaria y absolutamente *misionera.* Nótese que la extirpación de la herejía luterana no figura en su programa apostólico.

Nótese también que entre los votos no entra el de obediencia, porque en aquella asociación de amigos no hay una cabeza que mande: todos son iguales, aunque Ignacio sea venerado por todos, como el hombre de más alta y fascinadora santidad que jamás han visto. Por entonces no pensaban

---

[102] FN I,110-112. De Laínez depende Polanco *(Chron.* 1,50; FN 1,264). Recuérdese que Javier no había hecho aún los *Ejercicios* por sus ocupaciones de profesor. Los hizo en setiembre de 1534 y con tales excesos de penitencia, que Ignacio tuvo que irle a la mano, pues arrebatado de incauto fervor, se ató muy fuertemente con ásperos cordeles los músculos de los brazos y los muslos; y tanto creció el tumor producido por los cordeles hundidos en la carne, que ya no había modo de soltarlos; se temía que por lo menos uno de los brazos habría que cortarlo, y pareció milagro la convalecencia perfecta (S. RODRIGUES, *De origine el progressu S.I.* p.454)

en perpetuarse, para lo cual sería preciso institucionalizar jurídica o canónicamente aquella naciente corporación. La Compañía de Jesús nacerá en Roma, no en París, aunque en el suelo de París se echasen las primeras semillas. El voto de pobreza empezaría a obligarles cuando hubiesen concluido los estudios.

Inundados de espiritual consolación, pasaron el día los siete compañeros en la otra vertiente de la colina, donde brotaba una fuentecilla, denominada «la fuente de San Dionisio». Allí tomaron una refección por extremo frugal y pasaron el resto del día «con gran alegría y exultación de sus almas», al decir de Rodrigues, entretenidos en santos coloquios y animándose todos al mayor servicio divino, hasta que al atardecer regresaron a sus casas, contemplando a su derecha la puesta del sol, con bendiciones y alabanzas a Dios.

Alborea una época nueva

Al caer del crepúsculo, la gran metrópoli parisiense empieza a envolverse en sombras. Aquel grupo de pobres estudiantes parece hundirse oscuramente y desaparecer, a medida que con lento paso va adentrándose en aquel hervidero intelectual, político, religioso, artístico y literario de la ciudad que los antiguos llamaron *Lutetia Parisiorum* y un escolar del siglo XII *Cariath Sepher* o *Civitas litterarum.* ¿Qué significan ellos —humildes y modestos escolares— ante los intelectuales, los políticos, los reformadores, los humanistas, pintores y poetas, que vienen de toda Europa y giran como mariposas en torno a la llameante hoguera del «Rey Caballero», rodeado de damas y de hombres de guerra, protector de Erasmo, de Rabelais, de Leonardo da Vinci, de Benvenuto Cellini? Esa polifacética sociedad de brillantes apariencias los menosprecia, los ignora totalmente. Y sin embargo, ese mundo que se dice «renaciente» está para morir. Fenece una época y surge otra nueva, de la que serán protagonistas esos pobres escolares que bajan modestamente de la colina de Montmartre y se esconden en las callejuelas del *Quartier latin.* Dentro de pocos años serán conocidos en toda Europa y conquistarán para la Iglesia Romana más pueblos y países que los que le están arrebatando los luteranos, zuinglianos y calvinistas.

Los votantes de Montmartre volverán en 1535 y en 1536, en la misma festividad del 15 de agosto, para renovar sus promesas y reavivar sus propósitos de evangelizar al mundo entero. Ignacio no podrá asistir por estar ausente, como luego diremos, pero en cambio el número de votantes

se había acrecentado con tres nuevos compañeros. Es el primero Claudio Jayo (Jay), nacido en 1504 en un pueblecito de la alta Saboya, lo mismo que Fabro, amable y dulce como él. Vino a París en 1534 siendo ya sacerdote; obtuvo rápidamente el título de licenciado (1535) y maestro en Artes (1536), leyó muchos escritos de S. Agustín, S. Gregorio y S. Bernardo y habiendo intimado con su compatriota Fabro, se dejó conquistar por él en unos *Ejercicios espirituales* que hizo bajo su dirección el año 1535, y el 15 de agosto de dicho año subió a Montmartre con los demás, para hacer los mismos votos. Aunque Polanco lo describe *«humilis et subtimidus»,* realizó más tarde muy eficaz apostolado en el Imperio, siendo su predicación muy estimada de Carlos V y de Fernando I. Tuvo en la Universidad de Viena algunos cursos de lecciones bíblicas y se esforzó por multiplicar los colegios jesuíticos con la intención de levantar el nivel de las letras y de la teología en Alemania.

Pascasio Broet, otro hijo postumo de Ignacio, había nacido hacia 1500 en un pueblo de Picardía, provincia de la Francia septentrional, de una familia bien acomodada de agricultores, cursó sus estudios en Amiens y en 1524 recibió la ordenación sacerdotal. Ejercitó los ministerios pastorales en su pueblo, al lado de sus padres, hasta que en 1534 deseando completar su formación teológica, se dirigió a la Universidad de París. Deseando inmunizarse contra la infección luterana que empezaba a cundir en la Universidad, hízose amigo de Jayo, el cual le enderezo hacia Fabro y otros compañeros de Ignacio. Al igual que Jayo, aceptó el magisterio espiritual de Fabro, haciendo con él los *Ejercicios* con tanto fervor como severidad en las penitencias. En la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora de 1536 pronunció los votos en Montmartre junto con los demás. Ejerció posteriormente el apostolado en muchas ciudades de Italia; a él se debe la organización de la Compañía en Francia y la fundación de no pocos colegios. Dolíale profundamente la expansión de la herejía en Francia y combatió a los hugonotes con todas sus fuerzas.

Pongamos en último lugar a un provenzal, de nombre Juan Codure, nacido en 1508 a orillas del Durance, afluente del Ródano. Distinguíase por una encantadora inocencia y una adhesión inquebrantable a la religión de sus padres. A la edad de 27 años, concluidos sus estudios literarios e iniciados los de teología, se dirigió a París y se hospedó en el colegio de Lisieux. Obtuvo en 1536 los grados de licenciado y de maestro en Artes. Atraído por la bondad de Fabro, que hacía las veces de Ignacio, le confió sus pensamientos y deseos, que eran de vida perfecta, y una vez practicados los *Ejercicios espirituales* durante cuarenta días, fue recibido

en el círculo de los seguidores de Loyola. Con todos ellos pronunció los mismos votos el 15 de agosto de 1536 en la cripta de Montmartre. Murió joven aún el 29 de agosto de 1541, tras una vida corta, llena de devoción, de amorosos gemidos, de consolación y afectos espirituales. Fue el primer profeso que la Compañía de Jesús envió al cielo.

Nadal resiste al seductor Loyola

He dicho arriba, que las palabras de Ignacio tenían un extraño poder de seducción, con que arrastraba hacia sí a los que se ponían a hablar con él de asuntos espirituales. Este poder falló en el caso del mallorquín Jerónimo Nadal.

Este hombre espiritual y cultísimo, que años adelante será uno de los más íntimos confidentes de Ignacio de Loyola, en una crónica muy esquemática de su vida, nos dice que conoció familiarmente a Ignacio en París; le había visto antes en Alcalá, mas no le había tratado. Y he aquí que hallándole un día de 1535 en el arrabal de Saint-Jacques, le manifestó que en una grave enfermedad, recientemente superada, tuvo miedo de morir. Exclamó Ignacio: «Pobre de mí, ¿por qué ese miedo de la muerte? ¡Pues qué! (replicó Nadal), ¿tú no temes la muerte? Y respondió Ignacio: Hace 15 años que no la temo».

Una vez se presentó Laínez en el aposento del mallorquín y viéndolo ocupado con un libro de Teofilacto, le habló de la inteligencia mística de las sagradas letras. Nadal no comprendió lo que se le decía. Otra vez lo visitó Fabro para tratar de cosas espirituales. Uno y otro mandados indudablemente por Ignacio. Mas no consiguieron nada. «También Miona, mi confesor, me exhortaba a seguir a Ignacio; yo solía responderle: No siendo tú iñiguista, ¿por qué me quieres hacer iñiguista a mí?»

El mismo Ignacio le condujo un día a una iglesia pequeña y antigua, fronteriza a la puerta de los dominicos, y allí sobre la pila bautismal le leyó una carta que acababa de escribir a un sobrino sobre la vida de perfección y la fuga del mundo. Entendiendo Nadal los lazos que se le tendían, resistió internamente y al salir, ya fuera de la puerta, levantando el *Nuevo Testamento* que tenía en la mano, le soltó seriamente esta frase: «El libro que yo quiero seguir es éste; vosotros no sé adonde iréis a parar; no vuelvas a hablarme más de estas cosas, ni te preocupes de mí».

Poco después partió Ignacio para España, y por muchos años no volvieron a verse. Pero la saeta ignaciana la llevaba Nadal clavada en el co-

razón, y cuando hallándose en su patria, leyó una carta conmovedora de Francisco Javier, escrita en la India, se acordó de Ignacio y corrió a su encuentro en Roma con ansias de hallar la paz de su espíritu y de buscar nueva luz en el concilio de Trento, que estaba para abrirse. Hizo primero los *Ejercicios* con Ignacio, con mucho fruto la primera semana, con grandes turbaciones espirituales la segunda, especialmente al tratar de hacer la elección de estado. Venció el buen espíritu y el fervoroso Nadal, tomando la pluma escribió: *«In nomine S.mae Trinitatis... definio et propono sequi consilia evangelica cum votis in Societate Iesu... Voveo tota anima, tota voluntate, tota virtute... Anno Domini 1545, die 23 novembris, hora 18 cum dimidia»*.

De su ingreso en el noviciado romano trataremos más adelante.

El hermano mayor de los ignacianos

Refiere Laínez que al partir Ignacio de París, no se resquebrajó en lo más mínimo la unión y concordia que entre todos ellos reinaba, antes bien se robusteció más con los sabios consejos que aquél les dejó:

> «Y allí nos confirmamos, parte en la oración y confesión y comunión frecuente; parte con los estudios, que eran de cosas sacras *(todos estudiaban entonces teología);* parte con haber hecho voto de dedicarse al servicio del Señor..., y este voto renovando y confirmando, cada uno una vez, el día de nuestra Señora de agosto en *sancta Maria de Monte Martyrum,* donde primero lo hicimos...; y ansí después lo confirmábamos, quedándonos después allí a comer en caridad. Lo cual también continuábamos entre el año; porque de tantos a tantos días nos íbamos con nuestras porciones a comer a casa de uno, y después a casa de otro. Lo cual, junto con el visitarnos a menudo y escalentarnos, creo que ayudase mucho a mantenernos.»

No quedaban solos, porque Ignacio, al emprender forzosamente su viaje a España, dejó como sustituto suyo al más maduro, apacible y equilibrado de todo el grupo; al que mejor sabía aconsejar, dirigir y explicar los *Ejercicios* ignacianos: al *«Maestro Fabro como mayor hermano dellos»,* en frase feliz de Polanco. «Hasta hoy —decía Simón Rodrigues— confieso ingenuamente que no he visto a nadie que posea la amable suavidad y gracia de Fabro en el trato con los hombres».

Obra de Fabro habían sido las tres últimas adquisiciones; él les había aficionado a la vida de santidad apostólica, tal como Ignacio la enseñaba; él los había conquistado para Dios en los *Ejercicios,* dados según el

método ignaciano, porque no todos, aunque fuesen muy santos y muy sabios, sabían darlos bien. De G. da Cámara son estas palabras: «Hablando de los Exercicios decía (Ignacio) que de los que conocía en la Compañía, el primer lugar en darlos tuvo el P. Fabro, el segundo Salmerón y después ponía a Francisco de Villanueva y a Jerónimo Doménech».

Parece cierto que fue Fabro quien dirigió en el mes de *Ejercicios* a un sacerdote inglés, cuyo nombre se mencionará siempre en la historia del texto ignaciano. Llamábase John Helyar. Fue discípulo de Luis Vives en Oxford, y llegó a ser peritísimo en latín, griego y hebreo. Huyendo de la persecución de Enrique VIII, se dirigió a París, probablemente en 1535. Si el viaje hubiera sido un año antes, hubiera hecho los Ejercicios con el mismo Ignacio de Loyola, mas no parece probable. Debió de hacerlos en el otoño de 1536 con Fabro. Cultivó en París los estudios exegéticos y patrísticos y partió para Roma con su amigo y protector, Reginaldo Pole, recién nombrado cardenal (22 dic. 1536). Helyar se tomó el trabajo de copiar el texto latino de Ignacio, con algunas omisiones, leves retoques y ligeras glosas, que probablemente las había oído a su director.

La despedida

Hacía muchos años que Ignacio sufría de cálculos en la vesícula con repercusiones dolorosas en el estómago. Ignorando lo mismo el enfermo que los galenos y curanderos el verdadero carácter de su dolencia, apelaban a ciertos remedios estomacales, que a la larga le proporcionaban insignificante mejoría. (El diagnóstico de un moderno doctor ha sido: «litiasis biliar y cirrosis hepática secundaria»). Según sus confesiones autobiográficas, el dolor, en París, le sobrevenía de quince en quince días, cada vez durante una hora larga con fiebre, y hubo día que le duró dieciséis o diecisiete horas, sin poder encontrar ningún remedio, aunque no dejó de probar muchos. Hay que advertir de una vez para siempre, que Ignacio llevó esta cruz del sufrimiento, sin hallar alivio, desde los tiempos de París hasta el año de su muerte.

El paciente lo toleraba imperturbablemente, con su habitual resistencia al dolor y con la más alta alegría cristiana. Nunca lo expresó mejor que en la carta escrita desde París el 10 de noviembre 1532 a la noble Señora barcelonesa, Isabel Roses (o Roser), «a vos, que os debo más que a cuantas personas en esta vida conozco».

«Ihs. La gracia y amor de Cristo N. S. sea en nosotros. Con el Dr.

Benet recibí tres cartas de vuestra mano, y veinte ducados con ella. Dios N. S. os los quiera contar el día del juicio... En la segunda me escribís vuestra larga dolencia y enfermedad pasada... Os deseo toda la bonanza y prosperidad imaginable, que para gloria y servicio de Dios N. S. os pudiese ayudar. Tamen, en considerar que estas enfermedades y otras pérdidas temporales son muchas veces de mano de Dios N. S. porque más nos conoscamos y más perdamos el amor de las cosas criadas, y más enteramente pensemos cuan breve es esta nuestra vida... y en pensar que con estas cosas visita a las personas que mucho ama, no puedo sentir tristeza ni dolor, porque pienso que un servidor de Dios en una enfermedad sale hecho *medio-doctor* para enderezar y ordenar su vida en gloria y servicio de Dios N. S.»

Ese aludido *servidor de Dios* era él mismo, que de la enfermedad sacaba luz para ser algo más que *medio-doctor* de teología espiritual para saber ordenar su propia vida y la de los otros a gloria y servicio de Dios.

Como los dolores se le agravasen en los primeros meses de 1535, consultados los médicos dictaminaron que solamente de los aires natales se podía esperar algún alivio. Todos sus compañeros parisienses le aconsejaban lo mismo, haciéndole grandes instancias a que emprendiese un viaje a España y reposase unos meses en su casa de Loyola, en Azpeitia.

Casi por la fuerza se dejó persuadir de sus compañeros. Si accedió a sus insistentes ruegos, fue porque le movía también el deseo de resarcir de algún modo delante de sus paisanos los escándalos que les había dado en la juventud. Lo primero que debía procurar era la reparación de su salud estragada; después haría una gira por varias ciudades españolas, visitando a los familiares de sus compañeros, llevándoles noticias de sus progresos en los estudios y del largo viaje a Tierra Santa que estaban planeando. Las familias mejor acomodadas, como la de Javier y la de Laínez, que solían mandar a sus hijos alguna ayuda económica para los estudios, lo podrían hacer ahora por medio de Ignacio.

Se convino en que, hecho todo esto, Ignacio se trasladaría a Venecia, donde esperaría a sus amigos de París. Juntos en Venecia, ultimarían el proyecto y los preparativos de la peregrinación a Tierra Santa. Al salir Ignacio de París, llevaba consigo una carta de Javier para su hermano Juan de Azpilcueta, firmada el 25 de marzo 1535, lo cual nos prueba que antes de esa fecha no pudo ser la partida.

Y una mañana de primavera, diciendo adiós a todos los amigos que dejaba en la Ciudad del Sena, montó en un caballejo pardillo, que en atención a su enfermedad le habían regalado sus compañeros, y cabalgo

con cierta celeridad hasta la provincia de Guipúzcoa. Atrás quedaba París, la *Ville-Lumière,* que él no volvería a ver más; atrás quedaba, allá en lo alto, la capilla de Montmartre, a la que dirigiría —si no una mirada— al menos un pensamiento emocionado. Siete años y dos meses, riquísimos en experiencias espirituales y humanas, había vivido en la más famosa y cosmopolita Universidad del mundo. El antiguo Iñigo, pobre y sin letras, se había transformado en el moderno Ignacio, varón docto en filosofía y teología, caudillo y padre espiritual de aventajados jóvenes, con quienes aspiraba a crear en la Iglesia algo grande y nuevo.

Opina fundadamente Alain Guillermou, que «dirigiéndose a su país natal, tuvo forzosamente que tomar la ruta tradicional de los peregrinos que van a Santiago de Compostela, y que pasa por Orleáns, Tours, Chatellerault, Bordeaux y cruza la frontera franco-española en país vasco. Se trata de un largo recorrido: cerca de 175 leguas comunes, es decir, 800 kilómetros por lo menos. Pero esta vez el Peregrino no va a pie».

Cierto que no hace a pie todo el trayecto, pero tampoco va siempre a caballo, porque el rocín le servía para transportar el bagaje, no muy pesado, pero sí incómodo, de libros, papeles, escribanía, etc.

CAPÍTULO XIII

EL APÓSTOL DE AZPEITIA

Afirma el Peregrino en su *Autobiografía* que en el camino hacia su tierra se sintió mucho mejor. En Bayona de Francia alguien le reconoció y apresuradamente avisó a Loyola.

> «Y llegando a la Provincia *(de Guipúzcoa),* dejó el camino común y tomó el del monte, que era más solitario; por el cual caminando un poco, encontró dos hombres armados que venían a su encuentro —y es aquel camino de mala fama por los asesinos—, los cuales, después de habérsele adelantado un trecho, volvieron atrás, siguiéndole con mucha prisa; y tuvo un poco de miedo. Con todo, les habló, y entendió que eran criados de su hermano, el cual los mandaba para buscarle. Porque, según parece, desde Bayona de Francia, donde el Peregrino fue reconocido, había tenido *(D. Martín)* noticia de su venida. Y así ellos fueron adelante, y él antuvo por la misma vía. Y poco antes de llegar a su tierra, encontró a los susodichos que le salían al encuentro, los cuales le hicieron muchas instancias, para llevarle a casa del hermano, mas no lo pudieron reducir. Así se fue al hospital»[103].

En el hospital de la Magdalena

Dos hospitales había en Azpeitia: el de Santa María Magdalena, que era más bien un hospicio de caridad para acoger a los mendigos, y el de San Martín para los enfermos. Ignacio, antiguo conocedor del primero, pues estaba bajo el patronato del Señor de Loyola, quiso alojarse en él, vivir con los pobres mendigos, comer y dormir con ellos. Lo mismo que había hecho en Manresa, al principio de su conversión. Además el de la Magdalena estaba más alejado, que el de San Martín, de la casa de sus parientes.

---

[103] *Font. narrat*. I,482. Viniendo de Bayona, entraría en España por Irún, San Sebastián, Lasarte. Aquí dejaría el «camino común» para tomar el del monte, más solitario, hasta llegar a la venta de Iturrioz, donde pasó la noche.

Quién fue aquel que le reconoció en Bayona y otros detalles del viaje los da a conocer, en el Proceso Azpeitiano de 1595, una sobrina del Santo, por nombre Potenciana de Loyola, freirá o serora de la parroquia:

«Dixo ser de edad de setenta y tres o cuatro años... e que esta testigo es sobrina del P. Ignacio..., pero que no por eso ni por otra cosa no dirá sino la verdad... Se acuerda haber oído decir que un Joan de Eguibar, bastecedor de las carnicerías desta villa, yendo para el paso de Beobia, que es la raya de entre Francia y España, llegó una noche en la venta de Iturnoz, que es en un desierto a dos legoas desta villa, donde quedó aquella noche, y que en la dicha venta la huéspeda della dixo al dicho Joan de Eguibar cómo estaba en ella un hombre desta villa, cual jamás habían visto a otro; y así el dicho Joan de Eguibar, deseoso de ver quién era, se fue con la dicha huéspeda, y por un resquicio de la puerta vieron al dicho P. Ignacio, que estaba puesto de rodillas rezando; y como el dicho Joan de Eguibar le reconoció, se volvió para esta villa, e dio noticia a sus hermanos y deudos, los cuales... enviaron a se certificar a un clérigo llamado don Baltasar de Garagalza; y habiendo ido el dicho don Baltasar a la dicha venta, se vio con él y procuró de traerle consigo; el cual no le quiso hacer, antes dixo que, si no se fuese adelante, se volvería atrás por donde vino; ... y porque el dicho P. Ignacio, como dicho tiene, no quería venir con el dicho don Baltasar, *(este)* de industria se quedó atrás y le dexó venir al dicho Ignacio adelante por unos montes y sierras... y que el dicho P. Ignacio por las dichas sierras vino a dar a unas caserías llamadas de Erarrizaga, que son en jurisdicción de Cestona, trayendo consigo un rocín pequeño, castaño, y vino a dar en el hospital de la Magdalena» (situado en las afueras de Azpeitia, camino de Cestona).

El día de la semana y la hora de su llegada al hospital lo sabemos por una criada de los administradores, llamada Domenja de Ugarte: fue un viernes, como a las cinco de la tarde. Parece lo más probable que sería el viernes 23 de abril. En la Magdalena, estuvo aposentado «tres meses de tiempo, pocos más o menos... viviendo con aspereza y trayendo cilicio en su persona y un cinto de fierro...; y en todo era un hombre de mucho exemplo, humildad, pobreza y paciencia y de grande espíritu y sanctidad, e continuo en la oración».

De la frecuencia de su predicación nos dice:

«Predicaba tres días en la semana, los días lunes, miércoles e viernes en el dicho hospital, y algunos días domingos en la iglesia parroquial de Sant Sebastián desta dicha villa la cual hacía con mucho espíritu y fervor... Por ser pequeña la Iglesia (de la Magdalena), solía predicar fuera de la dicha iglesia

en el campo».

Úrsula de Arizmendi recuerda los nombres de los hospitaleros o administradores del hospital, a saber:

> «Pero López de Garín y doña Milia (Emilia) de Goyaz, su mujer, que siendo personas principales, que no padescían necesidad alguna, por servicio de Dios se encargaron de la administración del dicho hospital, en el cual en el dicho tiempo había muchos pobres, assí naturales de la dicha villa, como de fuera della. Y el dicho Ignacio se aposentó en el dicho hospital sin que fuesen partes para le llevar a la dicha casa y solar de Loyola Martín García de Oñaz y Loyola, su hermano, y otros sus deudos y parientes y personas principales, ni a otra posada alguna, aunque lo pretendieron».

Envióle su hermano al hospital una buena cama, para que a lo menos durmiese con comodidad. Todo en vano. Ni una sola noche la usó.

Pronto debió de reconocer don Martín su derrota, y que la tenacidad de un santo, como era Ignacio, no se podía vencer con razones puramente humanas. Esto lo vio con evidencia el día en que volviendo a insistirle en que abandonase el hospital y se hospedase en su propia casa, oyó esta grave respuesta: «Que él no había venido a pedirle a él la casa de Loyola, ni a andar en palacios, sino a sembrar la palabra de Dios y dar a entender a las gentes cuan ynorme cosa era el pecado mortal».

Don Martín, oyente de su hermano. Azpeitia se reforma

En este pugilato de un hermano contra otro no triunfaron las razones humanas de don Martín, sino las divinas, que eran las de Ignacio. Leemos en su *Autobiografía:*

> «Tan pronto como llegó *(al hospital de la Magdalena)* determinó enseñar la doctrina cristiana todos los días a los niños, pero su hermano se opuso fuertemente, asegurando que ninguno vendría. Respondióle Ignacio: Me bastaría uno. Pero luego que comenzó a hacerlo, venían muchos continuamente a escucharle. Y aun su mismo hermano. Además de la doctrina cristiana, predicaba también los domingos y fiestas, con utilidad y provecho de las almas, que de muchas millas venían a oírle».

Entre los ministerios predilectos de Ignacio de Loyola se contó siempre la catequesis a los niños. La inauguró en Manresa, la desarrolló en Alcalá, y tanto en Azpeitia, como después en Roma, la cultivó con amor.

Y como expresaba sus conceptos con suma claridad y con un encanto persuasivo, todos parecían pendientes de sus labios. Habría que estudiar la elocuencia de aquel hombre, elocuencia que por no ser clásica, ha sido muchas veces desdeñada y vilipendiada en nuestros tiempos, siendo así que en el siglo XVI aun los embajadores de alta cultura y otras personas doctas la buscaban con avidez y la oían con admiración.

Cuando Ignacio veía entre sus oyentes a su hermano don Martín con su esposa doña Magdalena y algunos de sus hijos, las palabras se le volverían más encendidas, más vivas y luminosas, más penetrantes que nunca. Hasta la gente más sencilla de Azpeitia le entendía con facilidad o adivinaba su pensamiento. Y es curioso que sesenta años más tarde sentían resonar en sus oídos las palabras y el tono de la voz, de aquella voz fina, delgada, penetrante y que se oía sin esfuerzo desde muy lejos. En la Magdalena, según testimonio de quien le veía diariamente, enseñaba de ordinario la doctrina cristiana. Y una viuda de 75 años, María de Ulaza, nos refiere lo siguiente:

> «En el tiempo que el dicho P. Ignacio estuvo en el dicho hospital de la Magdalena enseñaba la doctrina cristiana, y esta testigo la deprendió dél. Y así bien sabe que en el dicho tiempo predicó muchos sermones con grande espíritu y fervor, y le iban a oír los más de los vecinos de la dicha villa, y muchos que venían de las comarcas por oír su doctrina. Y era tanto el concurso de la gente que acudía a oírle, que hinchían el campo; de tal manera, que las hierbas y zarzales que allí había se secaron de la frecuencia de tanto pisarlas; y así para oirle, se ponía esta testigo y otras muchas personas en unos corredores de la casa de Vicuña, que está del hospital de la Magdalena, en donde el P. Ignacio predicaba, *en distancia de más trecientos pasos, y le percibían todas las palabras claramente,* con estar tan flaco el dicho P. Ignacio; que les parecía cosa milagrosa y la tenían por tal. Y con estar enfermo, que cada día tenía calentura, predicaba de ordinario *de dos a tres horas después de mediodía,* y al punto que daba la hora, dexaba el sermón... Predicando un día de la Ascensión, el día siguiente, que era viernes, dixo que diez días había de allí al día de Pentecostés, y que cada uno dellos predicaría un mandamiento de la ley de Dios. Y habiendo dicho cosas maravillosas en el discurso dellos, llegando al segundo y al sexto, dixo tales cosas contra el vicio del jurar y de la fornicación, que les dexó tan atemorizados, que se apartaron muchos destos vicios, y hubo una notable reformación en esta dicha villa».

Así empezó Ignacio la reformación moral y la transformación espiritual de aquel pueblo azpeitiano, cuyas costumbres él mismo con sus malos

ejemplos juveniles había contribuido a depravar. Sigue la testigo refiriendo un caso de tres mujeres de mal vivir; «una de las cuales se llamaba Magdalena de Mendiola», que arrepentidas se fueron en peregrinación a Jerusalém. Y añade nuevas reformaciones.

> «De la misma manera se reformó el vicio del juego; y también se acuerda que a su devoción se dio orden de que se tañiese en la iglesia desta villa una campana, para que la buena gente rogase a Dios nuestro Señor por los que estaban en pecado mortal, para que les sacase de aquél y les diese su gracia; la cual costumbre después acá se guarda en esta dicha villa, como es público. Y de la misma manera fue causa de la institución de la confradía del Santísimo Sacramento en esta villa, y de que en ella se pidiese limosna para los pobres envergonzantes; y hasta hoy dura, y tiene buena renta, y es administrador desta memoria el regimiento desta villa, y sabe que lo que se coge de limosna y lo que tiene de renta se reparte en cada domingo de cada semana por un mayordomo puesto por el dicho regimiento, con que se hace mucho bien; para lo cual fue parte el dicho P. Ignacio de Loyola, con cuya predicación y vida y costumbres hubo gran enmienda en esta dicha villa»[104].

Aquí se puede ver casi completo el programa de reforma que Ignacio pretendió aplicar en la vida de Azpeitia. Son muchos los testigos que monótonamente repiten los mismos hechos; unos con mayor colorido, otros con expresión más escueta y apocopada. Algunos de los artículos levemente apuntados merecen explicarse más.

Efectos saludables de la predicación

Pronto se persuadieron los azpeitianos que entre ellos hablaba y obraba maravillas un gran santo. Y no solamente los azpeitianos, sino to-

[104] *Scripta* II,217-18. Desde Roma en carta a sus paisanos (verano 1540) les recordará las *laudables y santas constituciones* que allí dejó establecidas, «es a saber, de hacer tocar las campanas por los que en pecado mortal se hallasen; que no hubiese pobres mendicantes, mas que todos fuesen subvenidos; que no hubiesen juegos de cartas... y que de poner tocados las mujeres, sobre mal fundamento y ofensa de Dios N.S., que fuese extirpado tal abuso». Y agrega sobre el culto a la Eucaristía: «Os pido, requiero y suplico por amor y reverencia de Dios N.S. con muchas fuerzas y con mucho afecto os empleéis en mucho honrar y servir a su unigénito Hijo, Cristo N.S., en esta obra tan grande del Santísimo Sacramento... poniendo algunas constituciones en la cofradía que se hiciere». Sigue exhortándoles a la confesión y a la comunión frecuente *(Ignatii Epist.* I,163-65). Cf. J. BEGUIRISTAIN, *El apostolado eucarístico de San Ignacio de Loyola* (Buenos Aires 1945). L. CROS, *S. Ignace de Loyola et la communion quotidienne:* «Eludes» 95 (1908) 752-65.

dos los habitantes de los pueblos circunvecinos, deseando aprovecharse de sus enseñanzas y consejos, venían a escuchar sus pláticas y sermones.

Un vecino del lugar de Aizarna, Andrés de Oraa, confesó que él le había oído algunos sermones predicados con gran espíritu y fervor.

> «Y vio que muchos vecinos de la dicha villa *(de Azpeitia)* y sus comarcas le iban a oir; y se acuerda que el dicho P. Ignacio tenía la voz delgada y sus palabras penetrativas y eficaces; y con el modo de su predicación persuadía a devoción y aborrescimiento de los vicios y pecados, y se percibía su palabra en gran distancia de camino... Con sus sermones y reprehensiones que hacía, se dexó el juego y tablajerías y otros vicios».

Eran muchísimos los que venían a oírle, repite la citada Potenciana, así vecinos de la dicha villa, como de otros lugares de la comarca, «de tal manera, que delante de la iglesia de la Magdalena de la dicha villa, donde solía predicar, con haber mucho sitio, se ocupaba de gente, y muchos subían por las paredes y árboles por le oir».

Ana de Anchieta, que se decía y era pariente de los Loyolas, recordaba cómo había visto a Ignacio venir de tierras extrañas, «trayendo consigo a un rocinejo pequeño, castaño».

> «Y el dicho P. Ignacio, según lo oyó decir, en el dicho tiempo vino descalzo y con los zapatos puestos en cinta; y le vio aposentado en el hospital de la Magdalena..., en el cual... le vio predicar muchas veces. Y fue público que aunque sus hermanos y deudos y otras personas principales le importunaron para que se fuese a la casa de Loyola, de donde era hijo, no lo quiso hacer; y así estuvo en el dicho hospital con los pobres que había en él; y dél solía salir a pedir limosna de puerta en puerta; y la que recogía, con lo demás que por vía de regalo o en otra manera le enviaron muchas personas devotas, repartía entre los pobres del dicho hospital, con quienes por humildad comía en una mesa, dando grande exemplo de su humildad, pobreza y paciencia, como hombre de mucho espíritu y santidad».

Después de repetir lo que otros testigos con cierta uniformidad y monotonía han referido sobre la resonante conversión de Magdalena de Mendiola y otras dos compañeras, añade al relato una pincelada cálida:

> «Y se acuerda esta testigo que un día la dicha Magdalena dixo a esta que depone, estas palabras: Ana, el sermón de Ignacio me ha atravesado y partido el corazón. Mirad si queréis venir en peregrinación con nosotras, porque como he servido hasta aquí al mundo, pretendo servir de aquí ade-

lante a Dios».

María de Aizpuru describe «su vestido pardo y pobre, y su calzado unos alpargates de hilado», y narra, entre las muchas reformas que obró en la población, el hecho de que «muchas personas de mal vivir», movidas por la palabra y la santidad de vida de Ignacio, se convirtiesen a penitencia y los hombres abandonasen los tablajes o garitos:

> «Y fue público que se dexó en esta dicha villa el juego de naipes, de tal manera que en mucho tiempo *(dos, tres años)* no se jugó a ellos. Y esta testigo se acuerda haber visto en el río desta villa echadas muchas barajas de naipes, que se decía las habían echado... por la reprensión del dicho P. Ignacio. Y de la misma manera era notorio que se ocupaba en hacer amistades entre personas que estaban encontradas...; hubo mucha emienda y reformación de vicios, de manera que se conoscía bien ser obra particular de Dios nuestro Señor».

Un sermón del Santo quedó muy grabado en la imaginación popular. Fue el que predicó pocos días después de llegar, en unas Rogativas, que solían celebrarse desde antiguo en Azpeitia, como en toda la Iglesia, con devota procesión por calles y campos, cantando las Letanías Mayores, o Menores, e implorando las bendiciones divinas sobre las cosechas. En Azpeitia era costumbre tradicional salir en procesión de la parroquia el 25 de abril hasta la ermita de San Pedro de Elormendi, cantando las Letanías Mayores; y los tres días lunes, martes y miércoles que preceden a la fiesta de la Ascensión del Señor, se dirigía la procesión a otras ermitas, cantando las Letanías Menores. La del lunes de aquel año (3 de mayo 1535) tuvo un largo recorrido hasta la ermita de Oñaz y la de *Nuestra Señora de Elosiaga*. Allí estaba Ignacio de Loyola.

El capellán de la ermita decía la Misa y no solía faltar alguna breve plática espiritual. Esta vez le correspondió a nuestro Ignacio, ya avezado a tales ministerios, aunque no era aún sacerdote, pero sabía teología. Y predicó en el más extraño pulpito que podría imaginarse.

Debemos la noticia a la ya mencionada Ana de Anchieta:

> «Y así bien se acuerda esta testigo que... ha habido costumbre de se juntar en las Ledanías primeras después del día de sant Marcos *(25 abril)* en la iglesia de Elosiaga en jurisdicción desta villa, los vecinos desta dicha villa y de los lugares de Réxil, Vezania *(Beizama),* Bidania, Goyaz y Albiztur; y se acuerda que el año que el dicho Ignacio estuvo en esta villa el día de la Ledanía de la dicha iglesia, por haberse juntado mucha gente en la dicha

iglesia, a su devoción, por acomodar a todos, predicó de sobre un ciruelo, que naturalmente estaba acomodado y tenía su asiento muy a propósito; y con el sermón que hizo movió a todos a mucha devoción; porque reprehendió de un vicio que traían las mujeres de los lugares de suso referidos, de tocas amarillas y cabellos rubios, y en el dicho sermón los cubrieron e lloraron con mucho sentimiento».

¿Quién sabe si fustigó igualmente la costumbre de jóvenes mujeres que se velaban la cabeza como si fueran casadas? Porque lo recordará en la *Autobiografía:*

«Había también allí otro abuso, y era éste: las muchachas en aquel país van siempre con la cabeza descubierta, y no se cubren hasta que se casan; pero hay muchas que se hacen concubinas de sacerdotes y otros hombres, y les guardan fidelidad como si fuesen sus mujeres. Y es esto tan común, que las concubinas no tienen pizca de vergüenza en decir que se han cubierto la cabeza por un tal, y por tales son conocidas. De esta usanza nace mucho mal. El Peregrino persuadió al corregidor que hiciese una ley, conforme a la cual todas aquellas que se cubriesen la cabeza por alguno, no siendo sus mujeres, fuesen castigadas con justicia; y de este modo se comenzó a quitar ese abuso. ... Hizo... que se tocase (la campana) tres veces al *Ave María,* esto es, por la mañana, al mediodía y a la tarde, para que el pueblo hiciese oración».

El azpeitiano Francisco de Zuola asegura que ese campaneo se ofreció a pagarlo Don Martín de Oñaz y Loyola, costumbre que siguieron sus sucesores.

«Y hasta hoy (1595) dura esa costumbre, y el tañer de la campana paga la casa de Loyola. Y así, bien sabe este testigo que el dicho P. Ignacio introdujo costumbre, para que dende la dicha casa de Loyola, en cada día domingo, traxiesen doce panes a la iglesia en reverencia de los doce apóstoles, los cuales dichos panes se solían repartir a pobres en la dicha iglesia en mucho tiempo, de manera que este testigo se acuerda muy bien dello».

Reforma del clero

La decadencia moral del clero azpeitiano le era bien conocida a Ignacio desde su primera juventud. ¿No había colaborado él mismo, clérigo sin corona, con su hermano Pero López de Loyola, próximo al sacerdocio, en la perpetración de algún *delito enorme* (quizá un atentado, cuya

naturaleza nos es desconocida) en los carnavales de 1515? Bien conocía él a los dos hijos naturales de su hermano Pedro, Beltrancho y Potenciana.

Los documentos que hemos aducido, alusivos a 1538, son otros tantos resquicios que nos dejan entrever la escandalosa vida de algunos sacerdotes. Todo lo cual demuestra que la reforma del clero español, página importante del programa general de los Reyes Católicos, no en toda la península se había podido llevar a efecto, y menos que en ninguna otra parte, en las provincias vascas. Ni el fervor franciscano de Jiménez de Cisneros logró meter el fuego sacro en muchas ciudades y villas del Norte.

«La reforma del clero —ha escrito un moderno historiador— era, pues, un objetivo primario en la política eclesiástica de los Reyes Católicos. Uno de los problemas de esta índole que más inquietó a los Reyes Católicos fue la vida de los clérigos *coronados,* que eludían el justo castigo de sus delitos escudándose en la inmunidad eclesiástica». Otro fue la barraganía. «El concubinato de los clérigos fue combatido con decisión. A petición de los Reyes, determinó el Concilio de Sevilla de 1478 que los concubinarios fuesen privados de los frutos de sus beneficios. En las Cortes de Toledo de 1480 se dio una constitución contra el concubinato, que fue aprobada por Inocencio VIII... Todas estas normas... sólo remotamente podían contribuir a la renovación del clero. A ésta se llegaría sólo lentamente con una mejor formación intelectual».

«El obispado de Calahorra, que entonces se extendía a gran parte del territorio vasco —sigue diciendo el mismo historiador—, ofrecía dificultades casi insuperables para su buen gobierno y, sobre todo, por una infructuosa cura pastoral por parte de los obispos». Lo mismo y con mayor razón se puede afirmar del obispado de Pamplona, al cual pertenecía la villa de Azpeitia, patria de Ignacio, y buena parte de Guipúzcoa.

Las *Ordenaciones* concordadas entre el padre de nuestro Iñigo, Don Beltrán de Oñaz, el Rector de la Iglesia de San Sebastián de Soreasu, Juan de Anchieta, y el concejo de la villa, eran óptimas, o tales parecían, para la reforma del clero de Azpeitia, pero tal vez miraban más a la reforma exterior que a la interior. Y al multiplicarse los beneficios, creció el número de los que aspiraban al clericato por motivos económicos más que por razones espirituales. Los desórdenes y abusos germinaron muy pronto en aquel campo.

Ahora se comprende por qué Ignacio se preocupó tanto de la reforma del clero azpeitiano. Lo asevera Francisco Zuola en los Procesos de beatificación:

«Este testigo... bien sabe que el dicho P. Ignacio reformó a los clérigos de la dicha iglesia en muchas cosas. En particular se acuerda de la reformación que hizo de su vivienda de los clérigos, que como si fuera un obispo o juez ordinario, le obedecieron todos, y echaban de su servicio a las mujeres de quienes se podía tener alguna sospecha».

También don Martín, el hermano del Santo, se esforzó en ordenar —como patrono que era de la parroquia— el culto litúrgico y la vida de los ministros del altar, y a este objeto redactó, con el párroco y los beneficiados, no menos de *53 Ordenanzas,* «ordenanzas e capítulos muy provechosos y necesarios para la buena gobernación de la dicha Iglesia e del culto divino, y para la salud de las ánimas de los fieles cristianos».

Al año de la muerte de don Martín, escribe desde Roma Ignacio Loyola a su sobrino Beltrán, nuevo patrono de la parroquia, exhortándolo a no descaecer en la tarea de la reforma:

«Su divina Majestad os ha puesto... para quietar y reformar, mayormente la clerecía de ese pueblo, y así haciendo, les mostraréis amor verdadero... otra vez os pido por amor y reverencia de Dios N. S, os acordéis cúantas veces teníamos esta plática, y pongáis todas vuestras fuerzas en ello».

Otro deseo ardiente que llevaba Ignacio en el corazón era el de reconciliar a los enemistados, apagando sus odios, restablecer la unión conyugal de los matrimonios mal avenidos y evitar los litigios, especialmente entre instituciones religiosas, con escándalo del pueblo. La más larga contienda conocida por Ignacio en toda su vida fue la de las monjas franciscanas de Azpeitia frente al clero parroquial apoyado por el señor de Loyola.

El convenzo de la Purísima Concepción

A finales del siglo XV encontramos en la ermita de San Pedro de Elormendi, en las afueras de Azpeitia, a las faldas del Arantza, dos nobles seroras (recuérdese lo dicho sobre las *seroras* en el capítulo I, nota 22) que hacían vida común, dedicadas a obras de piedad y al cuidado de la pequeña iglesita. Llamábase la primera doña María López de Emparan y Loyola, prima hermana de don Martín y de Iñigo de Loyola, y la segunda doña Ana de Uranga. Solía visitarlas, para dirigirlas espiritualmente, el franciscano observante fray Pedro de la Hoz, el cual hacia 1495 las recibió en la Orden de San Francisco, de forma que en 1496 ya podía gloriarse

Azpeitia de poseer el primer convento de Terciarias Franciscanas de la Provincia. Transcurrido un año de noviciado, otro franciscano fray Martín de Segura pudo recibir sus votos de pobreza, castidad y obediencia en la Iglesia parroquial.

Deseando tener un convento mayor y más adaptado a los deberes monásticos, se trasladaron —ignoramos el año— a una casa particular, situada a la mano derecha del puente llamado de Emparan. La nueva casa fue donación de los padres de sor María López, y acrecentada con otros terrenos contiguos llegó a ser un convento en regla con iglesia y capellán. Los comienzos fueron halagüeños. El pueblo azpeitiano concurría numeroso a la misa y demás oficios litúrgicos. El mismo señor de Loyola se mostraba satisfecho y contento, hasta que viendo que las religiosas se negaban a pagarle el diezmo que le debían como a patrono, pasó a actuar «como implacable adversario de las beatas», en frase de fray J. A. de Lizarralde De acuerdo con él actuaba el Rector de la parroquia, Juan de Anchieta, quien solicitó del Vicario general de Pamplona la excomunión contra todos los fieles que no se confesasen y comulgasen en el templo parroquial, queriendo que las monjas, que serían diez o doce, cumpliesen allí con el precepto pascual, y no en su propio convento. La excomunión no espantaba a las intrépidas religiosas, que ni en Pascua salieron de su propia iglesia.

Si don Martín de Loyola temía la merma de sus diezmos y derechos patronales, los clérigos de la parroquia no se irritaban menos, llegando un día a asaltar al capellán mientras celebraba misa; les cegaba la ira, pensando que si sonaba la campana de las monjitas, atraería las gentes la misa conventual, a las vísperas, a los funerales, a las bodas, etc., con detrimento de las limosnas que hasta ahora servían para sustentación del Rector y de los beneficiados. Resistían las monjas a todos los ataques de donde quiera que viniesen. Y la Orden franciscana, considerándolas como hijas suyas, no las abandonaba. En 1521 don Martín García de Oñaz, intentó como patrono llegar a una paz y conciliación, precisamente en los días en que Iñigo de Loyola convalecía de su herida en la Casa-torre y empezaba a sentir la voz de Dios. Se ajustó un pacto amistoso entre el Ministro provincial de los franciscanos y el señor de Loyola firmado en Azpeitia el 27 de agosto 1521. Iñigo allí no figura para nada, pero no sería extraño que el convaleciente en conversaciones privadas hubiese aconsejado a su hermano esta transacción.

Por buena voluntad que pusiesen ambas partes, la tranquilidad nunca

fue perfecta. Surgieron nuevos conflictos; los contendientes se enzarzaron de nuevo, alegando los unos sus derechos, los otros sus privilegios. De nada servían las apelaciones a las autoridades, ni los viajes a Roma, ni las decisiones de la Rota. Tres viajes hizo a la Curia romana el hermano de don Martín, don Pero López de Oñaz, mientras era párroco de Azpeitia (1520-1529), y entre los negocios que llevaba en cartera uno de los principales sería el pleito inacabable de su hermano mayor con las «Isabelitas», nombre con que eran designadas aquellas monjitas, porque la regla por ellas adoptadas era la de la beata Isabel de Francia. Aunque éstas no hallaban mucho favor en Roma, se engallaban sosteniendo sus pretensiones con testarudez, quizá por el respaldo que les daban los Superiores franciscanos.

Deseos de paz y tentativas de arreglo

En diciembre de 1533 pareció que el arreglo estaba próximo. Lo revela el ajuste de paces «entre el Rector, beneficiados de la iglesia de San Sebastián, iglesia parroquial, de la una (parte) y juntamente con el patrón lego, único, de la dicha iglesia, e de la otra la Madre e beatas de la casa y monesterio de la Concepción de Nuestra Señora». La convención pacífica se inicia con estas palabras de buen agüero: «En el nomine del dulce Jesús, a quien encomendamos este asiento y capitulado», y siguen las cláusulas que distribuyen a una y otra parte los derechos y deberes. Pero ¿quién lo iba a pensar? Fueron al fin las «Isabelitas» las que hicieron naufragar el concierto con su obstinación en negar a don Martín ciertos derechos de patronato.

Después de tantos litigios, apelaciones a los tribunales diocesanos, a la Cancillería de Valladolid, a la Rota romana, con tan onerosos dispendio, y amargos disgustos, el cansancio iba dominando el ánimo de todos. Afortunadamente un día de abril (quizá el 23) de 1535 entraba un ángel de paz en la villa de Azpeitia. Era el hermano menor de don Martín. Nadie mejor dotado que Ignacio de Loyola para negociar diplomáticamente y conciliar los espíritus enemistados. No le dolía ceder en puntillo, de honor y de justicia, con tal que fuese en pro de la caridad. Que intervino de alguna manera en el pacto de concordia, lo sabemos porque fue uno de los primeros en poner su firma, si bien las bases del acuerdo fueron redactadas por don Martín y su sobrino don Andrés de Loyola, párroco, en unión con los beneficiados de la parroquia.

Don Martín, movido por las persuasiones de su santo hermano, se

sintió inclinado a la condescendencia, y no menos las monjas de la Purísima Concepción, que acababan de recibir una carta del Ministro provincial de los franciscanos, fray Sancho de Astúlez, en que les decía: «Considerando la poca paz y mucha discordia y desasosiego espiritual y corporal que se sigue de pleitos y debates..., por la ganancia espiritual que en vuestras ánimas permanecerá... y por el buen exemplo que los que servimos en particular grado a Dios... debemos dar a los que navegan sobre las ondas del estado seglar; deseo que entre vos, las dichas señoras Madre Vicaria y religiosas, y los dichos señores Rector y clérigos beneficiados y expectantes de la dicha iglesia y Patrón della, haya perpetua caridad, amor y paz; y pues es manifiesto que donde hay amor mora Dios, en cuya caballería militamos; por la presente... doy licencia... para que podáis hacer cualquier conveniencia, concierto e iguala con los dichos señores Rector y clérigos y Patrón... ante cualquier notario real o apostólico... Fecha en el monasterio de la Santa Trinidad de Vidaurreta, a veinte de abril de mil y quinientos y treinta y cinco años».

El tratado de paz y reconciliación se celebró con gran solemnidad. «La escritura de acordio», según dice el escribano Juan de Aquemendi, se firmó el 18 de mayo. Con cuánta solemnidad, se deduce del lugar y de la concurrencia, tal como se indica en el comienzo:

> «Dentro en la iglesia e monesterio de la Concepción la Real de la villa de Azpeitia, que es en la diócesi e obispado de Pamplona, en la noble e leal provincia de Guipúzcoa, a diez e ocho días del mes de mayo... estando ajuntados e congregados en el dicho monesterio, a campana tañida, con muchos honrados e principales de la dicha villa, el noble señor Martín García d'Oñaz, cuya es la casa e solar de Loyola, patrón de la iglesia parroquial de señor San Sebastián de Soreasu de la dicha villa, e los reverendos señores don André de Loyola, Rector de la dicha iglesia, e don Martín de Oyarzábal, mayor en días *(siguen once nombres de clérigos, presbíteros, beneficiados);* e así bien, estando en el dicho monesterio juntadas en capítulo a campana tañida, según su costumbre, las religiosas María Miguel de Tolosa, Madre Vicaria del dicho monesterio, e Gracia Martines de Iraeta, e Marquesa de Olaso *(siguen los nombres de otras 19 monjas)*, beatas profesas del dicho monesterio; e en presencia de mí, Joan de Aquemendi escribano e notario apostólico e real, dixieron que la razón de las dichas diferencias e el acordio que así tomaban... era e es en la manera siguiente».

Van seguidamente los 22 puntos del acuerdo. Todo ello se hizo «seyendo presentes por testigos a todo lo susodicho, llamados e rogados,

Pero Ibanes de Irarraga, alcalde ordinario de la dicha villa, e el señor Iñigo *Lopes de Loyola»*, con otros seis. Y al final, las firmas autógrafas de 23 testigos, la primera de las cuales de nuestro santo, que precede a la de su propio hermano: «Iñigo, Martín García d'Oñaz», etc.

Ignacio, organizador de la beneficencia pública

Es el mismo Loyola quien nos dice en la *Autobiografía*, que «hizo dar orden (al Corregidor) que se proveyese a los pobres en forma pública y ordinariamente». Y a sus paisanos de Azpeitia les escribirá en el verano de 1540, recordándoles «el tiempo que allí estuvo, en qué propósito y determinación quedó el pueblo, después de haber constituido laudables y sanctas constituciones, es a saber... que no hubiese pobres mendicantes, mas que todos fuesen subvenidos», etc.

Lo confirma el testigo Clemente de Agramont en los *Procesos:*

> «El dicho P. Ignacio fue hombre de mucha santidad e de mucho exemplo, el cual... procuró que se instituyese en esta villa una memoria para los pobres envergonzantes desta villa, e se dio orden para que los fieles deste concejo pediesen limosna los días domingos y fiestas, la cual memoria hoy en día permanece, y hay buena renta para los pobres envergonzantes de la dicha villa, siendo patrón y administrador de la dicha memoria el regimiento della; y esto demás de la renta que tiene el hospital de la dicha villa, donde se acogen los pobres».

Antes de que examinemos las Ordenanzas que se dieron en Azpeitia contra la mendicidad y pro de la beneficencia pública, creemos será de interés transcribir, a manera de introducción, una parte de la *Relación del principio y origen de la memoria de los pobres vergonzantes,* escrita de mano del notario Juan de Aquemendi, pues no será fácil hallar un testimonio más veraz, más sincero y elocuente de la santidad de aquel hombre de Dios, predicador ferviente del Evangelio y amigo de favorecer a todo el mundo, empezando por sus paisanos.

Empieza la *Relación* con unas palabras casi filosóficas y altilocuentes, que parecen impropias de un notario:

> «Porque la memoria de los hombres es flaca y fenece con su vida, el remediador e proveedor de todas las cosas proveyó el remedio de la scriptura, e por ésta aparecen las cosas pasadas... La verdad de lo que se dirá adelante en esta relación del caso presente, es que el año de 1535 llegó a esta villa de

Aizpeitia el señor Maestro Iñigo de Loyola, de las partes de Iherusalen y Roma, donde anduvo los tiempos pasados en las peregrinaciones, vida, doctrina e exemplo, que por sus obras se ha visto. E porque es notorio su dependencia y nobleza e su sanctidad de vida, el scriptor presente no podría decir, ni menos screbir... Dexando las alabanzas que sus méritos merecen..., este sancto varón, en el tiempo de días que en esta su patria y villa de Aizpeitia residió, *(habiendo)* visto las necesidades spirituales que en los della había, y para la enmienda y remedio de su salvación convenía, dio la doctrina que de su mano se speraba, y trabajó en general y particular por el remedio de los pecadores, e hizo mucho fructo, aunque es cierto que más quisiera... E así es cierto que Dios nuestro Señor hizo gran misericordia a toda su patria en general y particular, por haberles dado de su casa y sangre tan señalado varón y servidor de su misericordia, al cual cada uno ha dado las gracias que ha podido por ello... Este sancto varón, visto el Evangelio y Sagrada Scriptura, que es su hábito y continuo exercicio, procuró cuanto pudo, para que los verdaderos pobres de la patria, que sufrían hambre e otras muchas necesidades, fuesen socorridos. Comunicado con el regimiento e principales de la dicha villa, dio toda la orden que podía y el tiempo y disposición desta tierra le ofrescía, como parece por las provisiones que hizo y capitulado que en este libro está puesto, y dio comienzo y fundamento al bien que después acá ha subcedido e sub-cederá»

El pauperismo, la ociosidad y su remedio

No se entenderá el significado de las Ordenanzas, que por inspiración de Ignacio se hicieron en Azpeitia el año 1535, si no se tiende una mirada rápida sobre el panorama socio-económico que presentaba la Europa de entonces.

La plaga del pauperismo, fruto execrable del desequilibrio de los bienes terrenos en las diferentes clases sociales, cundía por campos y ciudades conculcando la fraternidad humana y los preceptos evangélicos. El capital se acumulaba en manos de pocos, que se alzaban por sus riquezas por encima de los reyes, mientras otros mucho más numerosos, hundidos en la degradación y en la miseria, padecían hambre y sufrían manifiestas injusticias, sin que la autoridad civil moviese un dedo por extirpar esa calamidad pública.

El desequilibrio social y económico se acentúa con el Renacimiento, época que significa el paso de una sociedad agrícola y campesina a otra más bien urbana, burguesa y capitalista, alimentada por el comercio y la industria. Pero en las mismas grandes ciudades, bajo las poderosas casas

de Mercaderes y banqueros y a la sombra de activos centros industriales, comienza a hervir un proletariado descontento, compuesto de obreros y pequeños artesanos, cada día más empobrecido. Es la época en que aparecen súbitamente las grandes hambres y los rebaños de gente vagabunda que hambrean un mendrugo de pan duro.

¿Cómo poner remedio a esta plaga social siempre en aumento? Por muchos hospitales, hospicios, asilos de ancianos, orfanotrofios, montes de piedad, actos diarios de limosna, como la famosa sopa boba de los conventos, etc., todo resultaba una contribución mínima para resolver el problema de las muchedumbres hambrientas. Y no bastando el remedio de la limosna privada, había que apelar a la intervención de los magistrados. Tan grave mal no sólo aquejaba a las ciudades, sino a las poblaciones de menor vecindario. No figuraba Azpeitia entre las villas pobres, pues la agricultura, la fundición del hierro, la pesca en el Cantábrico y algunos trabajos de artesanía daban a la villa un aire próspero, acentuado por la belleza paisajística del valle.

Pero Ignacio de Loyola, que conocía bien la prosperidad de su noble familia y se había rebajado por humildad y caridad cristiana a convivir con los mendigos, con los pobres vergonzantes y con los transeúntes necesitados de todo, sintió vivamente en su corazón compasivo la urgente necesidad de poner un remedio eficaz y duradero.

No cabe duda que en sus instancias en Flandes había oído hablar con admiración de la obra benéfica realizada en Iprés (Yperen) por los magistrados de la ciudad, gracias a los cuales el pauperismo y la mendicidad habían desaparecido. ¿Llegaría a su conocimiento el «modo de subvencionar a los pobres», promulgado por aquellos magistrados el 3 de diciembre de 1525, y no estampado en Iprés hasta 1531? Más fácil es que conociera el precioso librito de J. Vives, *De subventione pauperum* (Brujas 1526), que aunque publicado con algunos meses de posterioridad, estaba fermentando en la cabeza del gran humanista valenciano desde sus últimas conversaciones con Tomás Moro en Inglaterra.

Tampoco le faltaban ejemplos que imitar en España, donde sabemos que los Reyes Católicos se esforzaron por eliminar el vagabundeo de los holgazanes y la costumbre de la mendiguez pública. El primer arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, hizo otro tanto en su diócesis y en el reinado de Carlos I son las Cortes de Valladolid (1523), las Toledo (1525), las de Madrid (1528 y 1534) las que piden insistentemente que se prohíba absolutamente la mendicidad, porque no cesa de crecer el número

de vagabundos. Y Gorosábel cita las *Ordenanzas* guipuzcoanas de 1397 y 1463 que prohíben severamente a los hombres sanos y capaces de trabajar la mendicidad pública.

Con estas advertencias por delante será más fácil comprender el sentido y alcance de las *Ordenanzas* azpeitianas que proscribían bajo severas penas la mendicación callejera y regulaban el modo de que a todos los pobres llegase la subvención necesaria.

Las ordenanzas de Azpeitia tocantes a los pobres

El documento notarial se inicia de este modo: «En la villa de Azpeitia, a veinte e tres días del mes de mayo, año del nascimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos e treinta e cinco años, estando en la casa del concejo de la dicha villa juntos e yuntados, a campana tañida..., el concejo, justicia, regimiento, homes hijosdalgo... nombradamente Pero Ibañes de Irarraga, alcalde ordinario de la dicha villa..., regidores... diputados, procuradores... e así bien Martín García de Oynaz, señor de la casa e solar de Loyola (etc.), el dicho concejo e regimiento... en presencia de mí, Domingo de Aróstegui, escribano público de Sus Majestades... hizo e ordenó las Ordenanzas seguientes»...

Constan de siete capítulos con un breve preámbulo, razonando los motivos de dichas Ordenanzas:

> «Según la experiencia nos demuestra, resultan muchos inconvenientes e excesos, por no se dar orden, que en cada jurisdicción e parroquia sean sostenidos e alimentados los probes della, conforme a la prematica de Sus Majestades... Muchas personas que podrían trabajar e mantener con su trabajo e sudor, andan hechos vagamundos e haraganes, burlando el nombre de Nuestro Señor... Por tanto ordenamos e estatuimos e mandamos:
>
> *(Ordenanza I)* que los alcaldes, fieles e regidores desta villa, de aquí adelante, en cada un año hayan de elegir e nombrar dos buenas personas de conciencia, el uno clérigo e el otro lego... los cuales hayan de tener e tengan cargo de pidir e coger limosna los días domingos e fiestas de guardar para todos los probes de la juridición...
>
> *(Ordenanza II)* Mandamos que ningunos cuestores ni demandadores de ningunos hospitales, ni casas, ni iglesias... sean osados de pidir ni demandar ningunas limosnas *ostiatim*, de puerta en puerta, ni en otra manera... so pena que por cada vez que fuere contra lo susodicho, hayan d'estar seis días en cárcel, e por la segunda se les haya de dar cincuenta azotes... Esta dicha Ordenanza no se entienda contra los demandadores e cuestores de Nuestra

Señora de Roncesvalles, ni de Valbaneda...

(Ordenanza III) Ningunos probes extranjeros, ni de fuera de la juridición desta villa, non puedan pedir ni demandar limosnas *ostiatim*, de puerta en puerta... salvo que el tan mendigante probe, seyendo tal que no podría trabajar e ganar de comer con su labor...

(Ordenanza IV) Si algunas personas extranjeras, que podían buenamente trabajar, anduvieren a pedir limosna en nuestra jurisdición, que ninguno les haya de dar limosna e los tales, so pena de los dichos dos reales, aplicado para el atabaque e bacín de los probes...

(Ordenanza V) Ningún probe de nuestra jurisdición haya de acudir pidiendo limosna... so pena que por cada vez que lo hiciera este tres días en la cárcel, e por la segunda le sea doblado la carcelería...; a los dichos mayordomos está cometido los hayan de sostener e alimentar...

(Ordenanza VI) Iten, porque no se dé ocasión que algunas personas, so esperanza desta limosna, se hayan de fingir e hacer cabtelosamente probes, pudiendo sustentarse con el trabajo e sudor de sus manos, ordenamos que el regimiento... haya de hacer matrícula de todos los probes desta jurisdición con verdadera información...

(Ordenanza VII) Iten ordenamos mandamos, que ningunos aministradores de los hospitales desta villa no puedan ni hayan de acoger en los dichos sus hospitales a ningunos demandadores ni cuestores extranjeros, ni a ningunos probes que, teniendo salud e disposición para trabajar, andan mendigando, so pena que por la primera vez incurra en pena d'estar tres días en cárcel, e haya de pagar cien maravedis para el dicho atabaque de los probes, e por la segunda vez sea tresdoblada la dicha pena»

Estas *Ordenanzas* fueron publicadas y leídas desde el púlpito («de suso») el 23 de mayo de 1535 por don Andrés de Loyola, Rector de la iglesia parroquial, y después las tradujo de *verba ad verbum* «en lengua vascongada, a altas voces, para que viniese a noticia de todos, e ninguno pudiese pretender ignorancia que lo supo».

Inmediatamente se empezó a formar con limosnas o subscripciones voluntarias un fondo o bolsa común de los pobres; fueron los primeros en colaborar los piadosísimos esposos Juan de Eguibar y doña María Joanez de Zumiztain, que aportaron 160 ducados. En adelante los más ricos azpeitianos competían en generosidad y antes de morir; dejaban en sus testamentos alguna manda para el tesoro de los pobres.

El resplandor de la santidad

Hemos podido leer poco ha —y las hemos subrayado— las palabras

sincerísimas y escuetas de un notario, poco propenso por oficio al panegírico y al ditirambo, que proclamaba la pasmosa santidad de Ignacio de Loyola, y se complacía en agregar una página caliente y espontánea a sus fríos documentos notariales con el fin de que los hombres de mañana no pierdan la memoria de este santo y veneren siempre su nombre y sus hechos.

Espigando en el *Proceso azpeitiano* de 1595 en orden a la beatificación, se pueden recoger no pocas voces populares, que después de 60 años resuenan con el mismo tono de admiración, recordando las virtudes heroicas de su paisano.

Todos los testigos ponen fin a su disposición, haciendo constar que los azpeitianos sin excepción coinciden en declarar públicamente la veneración que el pueblo le profesa como a un hombre de Dios que se sacrifica por los prójimos y obra maravillas. De los muchos milagros que se le atribuyen citaremos la curación de un enfermo de gota coral (epilepsia) con sólo ponerle las manos sobre la cabeza; y la de una mujer de Zumaya que acudió a él consumida por la tuberculosis; Ignacio le dio su bendición y a los veinte días la enferma vino a darle las gracias completamente sana. De otros prescindiremos aquí para evitar la prolijidad de la narración, y porque no son necesarios para autenticar la santidad.

Nos basta ver el pasmo de la multitud ante la humildad y pobreza de un Loyola, ante su espíritu de caridad, ante su palabra encendida de amor de Dios, ante su penitencia casi superior a la resistencia humana. La primera testigo, Domenja de Ugarte, una sirvienta del hospital, termina su atestación proclamándolo a boca llena «varón perfecto y santo»:

> «Esta testigo sabe que en el tiempo que el dicho P. Ignacio estuvo en esta dicha villa y hospital de la Magdalena... entre todos los vecinos della y de sus comarcas, ha sido la opinión común y general de la perfección y sanctidad del dicho P. Ignacio, y como a tal varón perfecto y sancto le respetaban y veneraban en su vida, y hoy día respetan y reverencian su nombre; y ser ello así verdad es público y notorio, y dello tal ha sido y es la pública voz y fama, y común opinión y reputación; y por ser así verdad se afirmaba y afirmó, y lo ratificaba y ratificó; y no firmó, porque digo que no sabía escribir».

Pasemos al segundo testimonio, que es de Potenciana de Loyola, cuya última respuesta reza así:

> «En esta villa de Aizpeitia y sus comarcas fue y ha sido común y gene-

ral entre los vecinos dellas la opinión de la perfección y santidad del dicho P. Ignacio, y como a tal varón perfecto y sancto le respetaban y veneraban, y hoy día respectan y reverencian por sus buenas obras; el cual, demás de *(que)* con sus sermones y predicación persuadía a las gentes a penitencia con sus exemplos y vida movía a todos a lo mismo».

Los testigos 3.° y 4.° y 5.° ponen igual colofón a sus respectivos testimonios. Y así los demás. El 12.° añade un detalle: «Y las gentes procuraban de tocar aun a sus ropas, como a sancto». En total 20 testigos con una sola voz: Era un santo.

Una noche en la casa-torre de Loyola

Una de las cosas que más impresionaban al pueblo azpeitiano era que aquel hombre, perteneciente a uno de los linajes más ricos, poderosos, ahidalgados y señoriles del país vasco, cuya casa-torre o fortaleza altiva y amenazadora había metido miedo a la burguesía industriosa de las villas cercanas y había contado siempre, desde siglos atrás, con el apoyo y la protección del rey, se despojase ahora de toda pompa, se vistiese de andrajos, comiese y viviese con los mendigos del hospital, despreciando la cama y los alimentos que le ofrecían sus parientes y rehusando el hospedaje que su hermano mayor le brindaba en su propio palacio, eso tan sólo era comprensible en un santo. Ni un solo día quiso pasar en la Casa-torre, al lado de su hermano, de su cuñada, a quien él amaba tiernamente, de sus sobrinos y demás familiares.

No pasó un día ciertamente, pero sí una noche y en vela. Algunos testigos, como Catalina de Larrañaga, afirman que «a fuerza de ruegos importunos le llevaron una noche y dormió en la dicha casa», pero es que no supieron lo que allí pasó. Mejor informada estaba Domenja de Ugarte, sirvienta del hospital, pero su testimonio parece inconcluso, dejándonos en duda si supo todo lo sucedido. Dice así:

«Un día vinieron al dicho hospital de la Magdalena doña Magdalena de Araoz, mujer de Martín García de Loyola y cuñada del P. Ignacio, y otros muchos deudos y parientes a rogalle que se fuese a la casa de Loyola; a los cuales les respondió que estaba cansado, y que otro día iría; y la dicha Magdalena de Araoz le importunaba y decía que por las ánimas de sus padres se fuese a la casa de Loyola, a lo cual el dicho P. Ignacio le respondió lo que de primero. Y la dicha doña Magdalena, tercera vez, puestas las rodillas en el suelo, le rogó que por amor de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo se fuese

a la dicha casa de Loyola; a lo cual el dicho P. Ignacio le dixo y respondió: ¿Eso me decís? Pues por eso iré a Loyola, y a un a Vergara *(villa natal de doña Magdalena)*, y todo. Y así se fue la dicha noche a la dicha casa de Loyola, y el día siguiente por la mañana muy temprano volvió al dicho hospital, y fue público que, aunque en la dicha casa de Loyola le hicieron cama regalada, no se acostó en ella».

¿Por qué le rogaron a Ignacio, lo mismo doña Magdalena que «otros muchos deudos y parientes», exhortándole tan vivamente a que viniese una noche a su casa de Loyola?

Ignacio mismo se lo declaró más tarde con mucha claridad al P. Pedro de Tablares, el cual lo refirió al P. Gil González:

«Cuando (Ignacio) vino de Paris a los negocios de sus compañeros, vino a Vizcaya, y estando en casa de sus parientes, supo que *uno dellos* estaba amancebado, y que cada noche entraba la mujer por un lugar secreto. El la aguardó una noche, y topó con ella y la dixo: ¿Qué queréis vos aquí?

Ella respondió lo que pasaba. —El la metió en su aposento y la guardó allí, para que no se fuese a pecar, hasta la mañana que la echó, que hasta entonces no había por dónde».

Los amigos del género novelesco, no satisfechos del anonimato, han querido añadir una pincelada propia, diciendo que el adúltero era nada menos que don Martín, el señor de la casa, que traicionaba todas las noches a su querida esposa doña Magdalena, a la cual con increíble desvergüenza había acompañado hasta el hospital, para constreñir a Ignacio a pasar una noche en su casa. Se apoyan esos fantaseadores en el hecho histórico, cierto, de que don Martín muchos años antes había tenido dos hijos naturales, cosa que entonces era mirada con indiferencia, sobre todo si sucedía antes del enlace matrimonial.

Don Martín, que en su matrimonio con doña Magdalena tuvo ocho vástagos legítimos, cuatro hijos y cuatro hijas, engendró antes, «siendo soltero, no obligado a matrimonio ni religión alguna», un hijo natural que se llamó Pero García de Loyola, legitimado por Carlos V para que pudiera ejercer legalmente el oficio de notario o escribano. Tuvo también una hija natural, Marina Sáez de Loyola, que casó dos veces y vivió largos años (más de 60), pues vemos que todavía en 1606 poseía un rosario que había sido propiedad de Ignacio.

No don Martín, sino don Beltrán

Entonces, ¿quién fue ese pariente de Ignacio a quien visitaba de noche y a escondidas una mujer de mal vivir? Nunca he dudado de la absoluta extraneidad de don Martín en aquel torpe negocio. Mis sospechas recayeron siempre en el mayor de sus hijos, en Beltrán de Oñaz y de Loyola, que pronto heredaría de su padre el título de «señor de Loyola» y que antes de casarse en 1536 con Juana de Recalde había tenido cuatro hijos, según confiesa en su testamento («tengo y dexo cuatro hijos naturales, que son Martinico y Chope *(Lope)* y Julián y Margarita de Loyola»).

De todos cuantos vivían en la casa de Loyola, este Beltrán es el único en quien pueden recaer las sospechas de aquel episodio. Solamente conozco un biógrafo ignaciano, que sin documentos de ninguna especie (aunque siempre se muestra bastante bien informado) escribió en 1956 lo siguiente: «Magdalena de Araoz, preocupada por la relación amorosa de su hijo con una mujer de Azpeitia, deseaba que Ignacio hiciese comprender a la culpable el pernicioso papel que estaba haciendo. En efecto, Beltran estaba a punto de contraer matrimonio con una joven originaria de Vergara, Juana de Recalde, y no convenía que sus futuros suegros se enterasen de su mala conducta. La misión que se le confió a Ignacio fue la de convencer a esta mujer de su pecado, y antes de todo, de impedir por cualquier medio que se juntase con Beltrán. Ignacio lo impidió en efecto, haciéndola entrar en su propio aposento. Y la sermoneó toda la noche, tanto que al amanecer se salió de la Casa-torre para no volver a poner en ella los pies»[105].

En alabanza de don Beltrán de Oñaz y de Loyola digamos que en adelante llevó una vida casta, piadosa y edificante, hizo los *Ejercicios espirituales*, y profesó gran admiración y veneración a su tío Ignacio, el cual desde Roma le daba cuenta del nacimiento y progreso de la Compañía de Jesús, le exhortaba a cuidar del clero de Azpeitia, como su patrono, y el 4 de octubre de 1540 le escribe: «He entendido la mucha gracia que su Divina Majestad os comunica para servirle y del buen odor y exemplo que dais en esa provincia»[106].

Volviendo a los últimos días de don Martín, es preciso hacer constar

[105] L ALAIN GUILLERMOU, *La vie de Saint Ignace de Loyola* (París 1956) 172.

[106] *Ignatii Epist*. I, 165. Antonio Araoz escribe a S. Ignacio en octubre de 1540: «El señor de Loyola está bueno y tan pío cristiano, que edifica toda la provincia. Confiésase e comúlgase todas las fiestas y domingos» (*Epistolae Mixtae.* 1,46).

que en 1535 —-época de nuestra historia— vivía patriarcalmente con su mujer y sus nietos, enfervorizado en las prácticas religiosas por su santo hermano, y contemplando tranquilamente la llegada de la muerte que al cabo de tres años le alcanzaría. Su testimonio, fechado el 18 de noviembre de 1538, once días antes de morir, respira piedad y devoción.

Aplaudiendo todas las reformas implantadas por Ignacio, las subvenciona y confirma con estas palabras:

> «Iten, mando e digo que perpetuamente se taña la campana mayor en la dicha iglesia del señor San Sebastián de Soreasu a mediodía, todos los días del mundo, para que los que oyeren la dicha campana puedan rezar un *Pater noster* con una Avemaría, puestos de rodillas, suplicando a Dios nuestro Señor quiera dar gracia a los que están en pecado mortal de salir dél, e otro *Pater noster* con el Avemaría por los mismos que rezaren, suplicándole quiera darles gracia para que no tornen a caer en pecado mortal; e porque sea más servido Dios nuestro Señor, mando y es mi voluntad que el dicho tiempo de mediodía de cada día tañan e señalen las freiras cada una en su ermita, porque los de la tierra puedan rezar lo mesmo. E la orden que se ha de tener en tañer las dichas campanas, es que cada una dellas ha de dar nueve badajadas, y de las tres primeras ha de haber un poco de espacio a las otras tres, e lo mesmo de los otros tres a los últimos tres. La cual campana mayor se taña por el sacristán que es o fuere de la dicha iglesia del señor San Sebastián, e le den de mis bienes en cada un año dos ducados de oro... Y encomiendo al Rector que es o fuere de la dicha Iglesia parroquial de la dicha villa, quiera divulgar al año dos veces en la dicha iglesia la razón e para qué efecto se tañen las dichas campanas a la dicha hora, para que los que rezaren sepan lo que han de rezar e suplicar en sus oraciones a Dios nuestro Señor».

El Santo se va para no volver

Al partir de París, había tomado el Peregrino este acuerdo con sus compañeros: que «en hallándose bien de salud», abandonaría el solar nativo y haciendo una gira por diversas ciudades españolas para despachar asuntos familiares de sus amigos parisienses, enderezaría su viaje hacia Venecia.

Es, pues, de creer que en el mes de julio de aquel año 1535, al cabo de tres meses de permanencia en Azpeitia, y luego de superada una recaída, se sintió libre de los dolores y con fuerzas bastantes para un largo viaje, por tierras apenas conocidas. Con sus muchas austeridades, penitencias y santas predicaciones había borrado totalmente en su tierra hasta

la memoria de sus devaneos juveniles, que pudieron escandalizar a algunas gentes. Era llegada la hora de partir hacia otros campos de más dilatados horizontes, donde le esperaba un apostolado más fecundo y universal. El hombre de la mayor gloria de Dios tenía que ponerse en camino, por más que sus paisanos le suplicasen que alargase su estancia en aquella tierra santificada por sus ejemplos de santidad y por su evangélica doctrina.

Los azpeitianos, que habían recibido sus exhortaciones y consejos como lluvia del cielo, lamentaban ahora la pérdida de aquel consolador que les había hablado de Dios como nadie les había hablado antes. y cuando evocaban la imagen de aquel «mozo lozano y pulido y muy amigo de galas», a quien habían visto en 1515 pasearse por las calles de Azpeitia, como un doncel cortesano «de cabellos copiosos y melena larga hasta los hombros..., la veste escaqueada y bipartida en dos colores, birrete colorado, espada y otras armas», y lo comparaban con el mendigo actual, vestido de color pardo y pobre, sin otro calzado que «unos alpargates de hilado», comiendo y durmiendo en el hospital en compañía de otros mendigos andrajosos, no salían de su pasmo, y ponderando la diferencia física y moral de uno y otro se preguntaban: ¿es éste aquel a quien vimos procesado por sus insolencias y desórdenes hace veinte años? Ignacio en silencio alababa a Dios que tan honda transformación religiosa había obrado en las almas de sus paisanos, y les prometería, con la mayor sinceridad, que no los olvidaría jamás, y que de lejos seguiría socorriéndoles.

Al abandonar el hospital de la Magdalena, que había sido su hospedaje ordinario aquellos tres meses, quiso dejarle una muestra de su agradecimiento, regalándole el pequeño rocín castaño, con el que había atravesado casi toda Francia. Ahora le aguardaba un viaje más largo todavía, pero quería hacerlo a pie. El caballejo le serviría al hospital por lo menos para traer del monte leña para los pobres. Y los azpeitianos, no por la ayuda que les prestaba, sino por ser una memoria viva del Santo, lo mimaban cuanto podían, no prohibiéndole que se metiese a pacer de vez en cuando en los campos de trigo y otros cereales.

Es el P. Miguel Ochoa quien, viajando por Guipúzcoa en compañía de Francisco de Borja, se lo cuenta a Ignacio el 8 de enero de 1552. «Partimos para Loyola... De allí nos fuimos al hospital de la Magdalena, donde V. P. quiso posar cuando vino a esta tierra, y así nos hemos gozado todos en el Señor de posar en la mesma casa, y especialmente el Padre Francisco, que quiso comer en la mesma mesilla, donde V. P. solía comer,

y en la mesma cama donde solía dormir. Hallamos también el mesmo cuartago que V. P. dexó al hospital agora diez y seis años, y está muy gordo y muy bueno y sirve hoy en día muy bien a la casa: es privilegiado en Azpeitia, que aunque entre en los panes, disimulan con él».

Necesariamente tuvo que ir Ignacio a comunicar a don Martín, a doña Magdalena, hijos y parientes, la proximidad de su partida, y viniendo a tratar del viaje, les manifestó que pensaba hacerlo a pie y sin dineros. Opúsose decididamente don Martín, protestando que, siendo eso una afrenta para la familia, él no lo toleraría jamás; la santidad no puede ir reñida con la prudencia, y las continuas dolencias de Ignacio demostraban la gran fragilidad de su salud; había, pues, que tomar los medios necesarios para el viaje. Si se negaba a recibir dineros, él por lo menos le ofrecía un caballo y algunos criados que le acompañasen. Condescendió por fin Ignacio en lo del caballo y los compañeros, pero con una limitación: que solamente viajaría a caballo y con sus parientes hasta el límite de la provincia.

Aquí cuadra bien una escena vulgar, cuyo significado no comprendíamos hasta que el sagacísimo P. Leonardo Cros lanzó una hipótesis muy verosímil y aceptable. Sabíamos que el 23 de julio de 1535 don Beltrán de Oñaz y Loyola, hijo de don Martín, compró a su primo Beltrán López de Gallaiztegui «por treinta ducados de oro, viejos e de peso... un caballo de color castaño», que le será pagado posteriormente. Al fin del documento notarial leemos que la escritura de pago «fue fecha e otorgada *dentro en la casa e solar de Loyola*, a veinte y tres días de julio de naseimiento del nuestro Señor e Salvador Ihesu Christo de mil e quinientos e treinta e cinco años, seyendo presentes por testigos *Iñigo López de Loyola»* y dos vecinos de Azpeitia

Que a una simple compra de caballo viniese desde el lejano hospital de la Magdalena aquel hombre extraordinario que vivía constantemente en el mundo de lo sobrenatural, de la fe, de la gracia y de la caridad, casi podría escandalizar a un severo puritano; y que por motivo tan fútil como asistir de testigo a la compra de un caballo no vacilase en entrar dentro de la casa de los Loyolas en la que ni el amor fraternal ni las doloridas súplicas de sus parientes habían conseguido que se hospedase un solo día, ¿no parece significar que aquella cabalgadura tenía algo que ver con Ignacio?

Diríase que el Peregrino esperaba esta compraventa para liar los bártulos, lo cual significa —en la hipótesis de Cros—que aquel caballo,

que don Martín de Oñaz y Loyola le había prometido a su hermano para el viaje, era este mismo «caballo de color castaño» que ahora compraba para él.

Ya todo estaba pronto para la partida. Eran los días más calurosos del verano: los últimos de julio o primeros de agosto. Orientándose hacia la provincia de Navarra, siguió quizá a la inversa el itinerario del herido de Pamplona. La contemplación de aquellos pasos le haría meditar a Ignacio. Y apenas salida de la provincia de Guipúzcoa y entrado en Navarra (¿por Alsasua?) se bajó del caballo, lo entregó a sus acompañantes, y a pie prosiguió él solo su viaje.

Ignacio, en Obanos de Navarra

No es de creer que se dirigiese directamente hacia Pamplona. No era un romántico que se complaciese en evocar tiempos pretéritos venturosos o infortunados. Lo que él deseaba es encontrarse con el capitán Juan de Azpilcueta, el hermano más querido de Javier, para entregarle una carta de éste. Ahora bien, Juan de Azpilcueta, casado con la riquísima señora Juana de Arbizu, vivía en su palacio de Obanos, cerca de Puente la Reina. De París habían llegado a Obanos malos informes acerca de Iñigo Loyola, perturbador de los estudiantes, a quienes trataba de seducir con apariencias de piedad. Uno de los así enredados era Javier, lo cual irritó sobremanera al capitán Azpilcueta.

Y cuál sería su sorpresa, cuando un día se le presenta un pobre peregrino, declarando que él se llama Iñigo de Loyola y ha sido en París muy amigo de Francisco, el cual le entregó una carta para el señor de Obanos.

Entre otras cosas le decía; «Porque V. Md. a la clara conozca cuánta merced Nuestro Señor me ha hecho en haber conoscido al señor maestre Iñigo, por ésta le prometo mi fe, que en mi vida podría satisfacer lo mucho que le debo, así por haberme favorescido muchas veces con dineros y amigos en mis necesidades, como en haber sido él causa que yo me apartase de malas compañías, las cuales yo, por mi poca experiencia, no conoscía.... Y esto sólo no sé yo cuándo podré yo pagar al señor maestre Iñigo— Por tanto suplico a V. Md. le haga aquel recogimiento que me haría a mi misma persona... Y crea V. Md. que si fuera (Iñigo) tal cual le informaron, no fuera a casa de V. Md. a entregarse en sus manos, porque ningún malhechor se entrega en poder de aquel a quien ha ofendido... Y suplícole muy encarescidamente no deje de comunicar y conversar al señor

Iñigo, y creerle en lo que le dijere, porque con sus consejos y conversaciones crea que se hallará muy bien, por ser él tanto una persona de Dios y de tan buena vida... Y del V. Md. se podrá informar de mis necesidades y trabajos, mejor que de persona del mundo, por estar él al cabo de mis miserias y lacerias más que hombre del mundo. Y si V. Md. me quisiere hacer merced de aliviar mi mucha pobreza, podrá dar lo que V. Md. mandare, al señor Iñigo, dador de la presente, porque él ha de ir a Almazán y lleva cartas de un estudiante muy amigo mío, el cual estudia en esta Universidad y es natural de Almazán, y es muy bien proveído y por parte muy segura... Y pues se ofrecía vía tan segura, suplico a V. Md. haya memoria de mí».

En presencia de un hombre como Ignacio, que respiraba santidad, modestia, humildad, caridad y prudencia, el capitán Juan de Azpilcueta abandonó sus prejuicios, obsequió cuanto pudo al huésped y le entregó la suma de dinero que le pareció conveniente para las necesidades de Francisco Javier (teniendo en cuenta el viaje que pensaba hacer a Palestina, y los gastos que suponía la próxima permanencia en Italia).

Hablarían largamente de la vida parisiense; respondería Ignacio satisfactoriamente a todas las preguntas que el Señor de Obanos le haría sobre la persona de Francisco; le pondría por las nubes —como otras veces solía hacerlo— por sus triunfos de maestro en la Universidad, manifestando al mismo tiempo que las ambiciones del joven navarro no miraban ya a las vanidades terrenas, sino al más alto apostolado por la gloria e Dios y de la Iglesia.

Como no había tiempo que perder, aquel extraño guipuzcoano se despidió con delicada cortesía, y siguiendo la ruta de Puente la Reina, Estella, Los Arcos y Logroño, cruzó el Ebro y enderezó sus pasos hacia el Sur. Unos 130 Kms. le separaban de Almazán (Soria), patria de Diego Laínez. Era una familia profundamente cristiana y bien acomodada, que se alegró con las noticias que Ignacio les traía de París, de la brillantez con que su hijo hacia los estudios y de sus altos ideales religiosos. No conocemos la carta que Diego Laínez mandó a sus padres por medio de Ignacio; seguramente sería parecida a la de Javier. Y hubo un intercambio de dineros. Ignacio les entregaría la suma recibida en Obanos para que los de Almazán la remitiesen por la vía más segura hasta París; y por su parte recibió de manos de los padres de Laínez la cantidad que el hijo necesitaba para los largos viajes que estaba planeando con otros compañeros. De Almazán —nos dice la *Autobiografía*— pasó a Sigüenza, ciudad episcopal

y universitaria; a quién temía que visitar allí, lo ignoramos en absoluto, quizás a algún estudiante seguntino, que se le había acercado en París.

La memoria de Felipe II

De Sigüenza, pasando por Alcalá, siguió su camino hasta Madrid. Era un día en que el príncipe heredero (futuro Felipe II) estaba allí con la corte (Don Felipe residió en Madrid entre abril y diciembre de aquel año 1535). Ignacio tuvo la suerte de verlo, mas nunca se lo contó a nadie; en cambio, aquel principito de 8 años se fijó en el Santo con tanta atención, que durante toda la vida recordará vivamente sus facciones. ¿Sería presentado Ignacio ante el príncipe por doña Leonor de Mascareñas, aya de las infantas y del mismo don Felipe? Podemos darlo por cierto, porque son varios los testigos que más tarde lo afirmaron. Doña Leonor había conocido a Iñigo de Loyola en Alcalá en el verano de 1527, siguió venerándolo siempre como a un gran santo, y posteriormente se mostró devotísima de los jesuitas, tanto que hubiera deseado ser de su Compañía, según lo decía en carta a Pedro Fabro: «Segirvos a vos y a Iñigo… es la cosa que yo de meyor voluntad hiciera, si fuera hombre, mas como sea mujer, tan pecadora y sin provecho, no meresco pensar ni hablar en cosas buenas, cuánto más en la de la Compañía de Iñigo».

No es, pues, de maravillar que la piadosa dama, al ver ahora nuevamente al Santo, quisiese que también lo viese el príncipe. Son muy interesantes las palabras que pronunció Felipe II el año de 1586 (51 después del encuentro). Al volver el rey de las cortes de Monzón, fue a besarle las manos el pintor Alonso Sánchez Coello y le mostró las últimas obras de su pincel, entre ellas el famoso retrato de Ignacio de Loyola, muerto en 1556. Lo refiere el H. Cristóbal López:

> «Estúvole el rey mirando un poco y dixo: *Muy buena está, mucho le parece. Yo conoscí al P. Ignacio, y éste es su rostro; aunque cuando yo le conoscí tenía más barba*. Estas palabras son las formales que dixo el rey. Esto nos lo contó mismo Alonso Sánchez *(Coello)* palabra por palabra... Este conocimiento del rey con N. P. fue en tiempo que doña Leonor Mascarenas era su aya y N. P. acudía a doña Leonor. Entonces la buena doña Leonor le decía al príncipe: Mire, mi rey, que éste es hombre sancto; pídale que ruegue a Dios por V. A. Y como él era niño de nueve años, pudo hacer memoria y quedársele el rostro del Padre; y en esto de conoscer, sabemos ha tenido y tuvo S. M. felicidad; y al que vio una vez, no perderle jamás de la me-moda... Escribí esto en Madrid el año de 1587 al P. Ribadeneira, y le pareció que era

bien que se supiese».

De Madrid a Toledo y a Valencia

Del Manzanares al Tajo. De la ciudad nueva que pronto sería corte de la monarquía y capital de España, a la ciudad que si había perdido su antiguo imperio visigótico conservaba toda su innata cortesanía en el hablar de sus gentes y en la belleza única de sus monumentos. No hay ciudad en España tan cargada de historia y de leyenda como Toledo. Señoreada por el soberbio alcázar —entonces en reconstrucción— y por la grandiosa catedral gótica albergaba nobles palacios y callejuelas de modesto caserío. En una de éstas se hallaba la morada de los «pobres pero limpios y virtuosos» (expresión del toledano Ribadeneira) padres de Alfonso Salmerón.

En una tarde estival, ya próxima a setiembre, llamó a sus puertas un peregrino que se decía Iñigo de Loyola, que traía nuevas de la Universidad de París, donde estudiaba el jovencísimo Alfonso, «de vivo y despierto ingenio para las letras», que precisamente uno de aquellos días cumplía 20 años. Sus padres, cristianos a carta cabal, oyeron con regocijo los elogios que a su hijo tributaba el recién llegado. Y cuando les explicó la fina virtud y los altos planes apostólicos de Alfonso y de un grupo selectísimo de amigos, hicieron a Dios con gozo la ofrenda de aquel a quien tanto querían. Ignacio sabía derramar el óleo y la miel de la consolación sobre los corazones que ante la cruz de Cristo no escatimaban sacrificios. Y sin duda los dejó muy consolados, cuando después de darles toda clase de noticias sobre el lejano estudiante de París, se despidió de ellos para dirigirse a Valencia.

A quien no dejaría de visitar, antes de abandonar la ciudad de Toledo, seria al canónigo de la iglesia metropolitana, Pedro de Peralta, hijo espiritual de Loyola en París, buen teólogo y brillante predicador, que nunca se decidió a abrazar los ideales ignacianos, aunque fue siempre tan devoto admirador de Loyola, que Ribadeneira pudo testimoniar muchos años más tarde: «Y en particular se acuerda haber oído decir al doctor Peralta... varón de muchas letras y conocida virtud... que por sólo lo que él había visto en él *(en Ignacio)*, bien le podían canonizar».

Gustábale a Ignacio en todos estos años, después de su conversión, llamarse «el Peregrino». Y lo era en verdad, porque su primer viaje largo fue el que realizó a pie desde Loyola hasta el santuario de Montserrat; el

segundo en la misma forma, mendigando, desde Gaeta y Roma hasta Venecia; el tercero, como auténtico peregrino hasta Jerusalén, aunque naturalmente, para atravesar el mar, le fue preciso embarcarse. A la vuelta, se le vio caminar con su pie ligeramente claudicante por el norte de Italia, entrar en Barcelona, atravesar Aragón y Castilla y cruzar después casi toda Francia con su hatillo a cuestas.

Ahora le veremos recorrer más de 300 km. de Toledo hasta Valencia por caminos desconocidos y siempre andando sin dar muestras de cansancio. Sería el mes de setiembre y el clima apacible. Antes de llegar a Valencia torció hacia Segorbe, en cuyas cercanías se alzaba la célebre cartuja de Vall de Cristo, hoy en ruinas (desde 1847) y antiguamente rica en obras de arte y frecuentada por ilustres y santos personajes. Hacía entonces su noviciado en aquel claustro uno de los más íntimos amigos de Ignacio, el burgalés Juan de Castro, socio sorbónico y doctor en teología. Su enamoramiento de la vida contemplativa le impidió seguir a su primer maestro de espiritualidad en París. «Ocho días, si hemos de creer al cartujo Levasseur, permaneció Ignacio en aquel monasterio», disfrutando con su amigo Juan de Castro de los divinos oficios en el coro, de la paz y tranquilidad que reinaban en la cartuja solitaria y de la «suavísima conversación de los monjes».

Cuando los cartujos supieron que en Valencia se embarcaría para Italia, le rogaron que no lo hiciese, porque pirateaba en aquel mar, con muchas galeras, el corsario turco Barbarroja (Khayr-al-Din) arrojado de Túnez por Carlos V. Mas Ignacio no se dejó intimidar; tenía prisa de llegar a Italia para reanudar sus estudios teológicos, y en la primera «nave grande» que encontró se hizo a la vela. No pasó esta vez por Barcelona (como dice por error Polanco), pues el mismo Ignacio le contradice al referir más tarde la espantosa tempestad, en que tuvo a punto de naufragar y morir:

> «Veniendo de Valencia (dice) para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podía huir de la muerte. En este tiempo, examinándose bien, y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios N. S. le había comunicado».

Con más dramatismo describe aquel peligroso trance Ribadeneira, pues «aunque le guardó la divina Providencia de los corsarios..., se levantó

—dice— tan brava tempestad, que quebrado el mástil con la fuerza del viento, y perdidas muchas jarcias y obras muertas de la nave… se aparejaban todos a morir».

El Peregrino no tenía miedo a la muerte. «Hace quince años que no la temo», le había dicho a Nadal, poco antes de abandonar París.

«Italiam, Italiam», gritarían alborozados *(laeto clamore)* los pasajeros con toda la tripulación, como gritaron los compañeros de Eneas al vislumbrar en la lejanía las anheladas costas italianas.

Ya conocía Ignacio, más o menos, el puerto y la gran ciudad de Génova, lo suficiente para salir de aquel dédalo de calles y encontrar el camino que lo llevase hacia Bolonia, noble ciudad universitaria, donde pensaba hallar comodidad para completar sus estudios de teología. Sobre el itinerario que siguió hasta Bolonia, discrepan los historiadores. Polanco escribe en el *Sumario* que siguió la ruta de Lombardía, caminando por planicies cubiertas de ciénagas, con el lodo hasta las rodillas. Heinrich Boehmer, historiador diligentísimo y amante de la exactitud, le hace bajar por la costa de Liguria hasta cerca de Pisa, y allí, cambiando el rumbo hacia el Este, atravesar la Toscana y, superando el antiguo paso de los Apeninos, seguir por el valle del Reno, que fluye hacia el Adriático besando los muros de Bolonia.

Este viaje por tierra le fue más peligroso y sobre todo más penoso y aflictivo que el del mar. «Llegado a Génova —se lee en la *Autobiografía* — tomó el derrotero de Bolonia, en el cual padeció mucho, mayormente una vez que erró el camino».

Pero será mejor quitarle la palabra para dársela a Ribadeneira, que nos dice en su clásico castellano:

> «Caminando solo por la halda de los Alpes, perdió el camino, y de paso en paso se vino a embreñar en un altísimo y muy estrecho despeñadero, que venía a dar en la raudal corriente de un río que de un monte despeñaba. Hallóse en tan grande aprieto y conflicto, que yo le oi decir que había sido aquél el mayor que había pasado en su vida; porque sin poder pasar adelante, ni saber volver atrás, doquiera que volvía los ojos, no vía sino espantosas alturas y despeñaderos horribles, y debaxo la hondura y profundidad de un río muy arrebatado. Mas al fin, por la misericordia de Dios, salió deste peligro, yendo un gran rato el pecho por tierra, caminando a gatas, más sobre las manos que sobre los pies».

Que un hombre desnutrido, débil y cansado, que avanza gateando

porque le es imposible mantener el equilibrio ante un despeñadero, con una montaña escarpada y abrupta a un lado, y enfrente, muy en la hondura, un río de aguas impetuosas, y para colmo, no pudiese adelantar un paso ni dar media vuelta para deshacer lo andado; que un hombre en tales circunstancias sintiese más amenazadora que nunca la proximidad trágica de la muerte, es cosa que aterroriza al que la oye contar, cuanto más al que la experimenta en un paraje escabroso y solitario, sin posibilidad de ningún auxilio humano.

Mas al fin halló un sendero transitable. ¡Y cómo respiraría de contento y satisfacción cuando, tras un difícil peregrinaje de 15 días o más, entre noviembre y diciembre, pudo por fin contemplar las serenas y altivas torres de Bolonia!

Los contratiempos y calamidades no habían terminado para aquel discípulo de Cristo, cuya existencia, desde su conversión, fue un perpetuo martirio. Polanco alude a los ordinarios dolores de estómago, o del hígado, que sufrió también en este viaje. Su debilidad corpórea se manifestó en un triste episodio, que para los que le vieron resultó cómico y risible:

> «A la entrada de la ciudad de Bolonia cayó de una pontezuela (que había de madera) abaxo, en la cava, de donde salió todo sucio y enlodado, y no sin risa y escarnio de los que le oían. Entrando desta manera en la ciudad y rodeándola toda pidiendo limosna, no halló quien le diese una blanca ni un bocado de pan; lo cual es cosa de maravillar en una tan rica y tan grande y caritativa ciudad»..

Tenía hambre y se puso a mendigar. Sólo recogió risas y escarnios. Ni un solo *quattrino*. Bolonia, la «fosca turrita Bologna», que cantó Carducci; la Universidad, cuna de la ciencia del Derecho, que enriquecida luego con la Facultad de Medicina, con la de Artes o Filosofía y tardíamente con la de Teología, trasunto de París, resplandeció en la Edad Media como uno de los cuatro más altos faros que irradiaban la luz de la ciencia sobre toda Europa, era la *«mater studiorum»* que atrajo la atención de Ignacio de Loyola. No venía a estudiar el Derecho, como tantos otros españoles, sino la Teología, menos acreditada que la de Paris, pero aceptable para él, que forzosamente había tenido que ausentarse de la Sorbona y buscaba en Italia nada más que un subsidio o complemento.

¿Pensaba Ignacio acudir a las lecciones de la Universidad, o tan sólo estudiar privadamente? Indudable me parece lo primero; para estudiar privadamente hubiera preferido un lugar más quieto y silencioso.

Y para seguir los cursos de la Universidad, nada mejor que pedir hospedaje estable en el famoso «Colegio Español de San Clemente», fundado en 1364 por aquel insigne cardenal que se llamó Gil Carrillo de Albornoz, dotándolo de 24 becas para otros tantos estudiantes españoles y 2 capellanes. Siempre hubo en aquel Colegio jóvenes estudiantes, que luego serían en su patria figuras prominentes de la ciencia jurídica española.

, Empapado en agua y barro por su caída desde la pasarela al foso bajo el puente, nuestro peregrino, acosado por el hambre y el frío, acudió al «Colegio Español», regido entonces por D. Pedro Rodríguez, natural de Fuentesaúco, que al mismo tiempo era Rector de la Universidad.

Y tuvo la suerte de encontrar allí algunos conocidos, que como escribe Polanco en el *Sumario*, «le hicieron enjugar y comer», es decir, le lavaron y secaron las ropas y le dieron algo de yantar. De su hospedaje estable no sabemos nada. Como alumno oficial del Colegio no podía ser admitido sin muchos requisitos, pero si sus conocidos no le hallaron en la ciudad alojamiento apropiado, pudo quedarse algunos días en el Colegio, como peregrino, máxime si la enfermedad, probablemente de malaria, que le aquejó muy pronto, se declaró desde los primeros días de diciembre. «Antes de Navidad con quince días —escribirá Ignacio— estuve en Bolonia siete días en la cama, con dolor de estómago, fríos y calenturas».

Así que, apenas convaleció de la enfermedad, dejó las húmedas nieblas de Bolonia que no le pintaban bien, y partió para Venecia. Finalizaba el año 1535. El año siguiente lo pasará todo entero en la Ciudad de las Lagunas, con salud relativamente buena, aplicado intensamente al estudio privado de la teología, no sin largos paréntesis de santas conversaciones y de dar los *Ejercicios espirituales* a personajes de calidad que prometían fruto copioso y sazonado.

CAPÍTULO XIV

LOS DOS AÑOS DE VENECIA

Podemos afirmar con mucha probabilidad de acierto que el último día de diciembre de 1535 Ignacio de Loyola se encontraba ya en Venecia, bien alojado y con bastante buena salud. Ni siquiera le faltaban los medios económicos, como otras tantas veces en su vida de peregrino y estudiante, para nutrirse, vestirse como los clérigos honestos, y comprar los libros imprescindibles para el estudio.

Estudiando con paz y comodidad

Los más precisos y exactos informes los tenemos escritos de su pluma en carta al archidiácono, más tarde obispo, de Barcelona Jaime Cazador (Cassador) fechada el 12 de febrero 1536:

> »Decís que con la acostumbrada porción no faltaréis; sólo os avise cuándo *(me la habéis de mandar)*. Isabel Roser me ha escripto, que para el abril que viene me hará la provisión para acabar mis estudios. Paréceme que así será mejor, porque para todo el año me pueda proveer, así de algunos libros, como de otras cosas necesarias. Entre tanto... yo estoy asaz proveído; porque Isabel Roser me ha hecho dar aquí *(o en Bolonia?)* a su cargo doce escudos, demás de la otra gracia y limosna que de allá, por amor y servicio de Dios N.S., me inviastes, quien espero todo lo pagará con buena moneda, no solamente lo que en mi hacéis, mas el cuidado tanto que de mis penurias tenéis; porque no siento que padres cerca sus hijos naturales pueden tenerle mayor... Determiné de venir a Venecia, donde habrá *mes y medio* que estoy, en gran manera con mucha mejoría de mi salud, y en compañía y casa de un hombre mucho docto y bueno; que me parece que más a mi propósito en todas estas partidas no pudiera estar»[107].

[107] HJSI *Ignatii Epistolae* I,93-94. Le muestra deseo de ver a sus amigos barceloneses, porque «no dudo, que más cargo y deuda tengo a esa población de Barcelona, que a ningún otro pueblo desta vida» (p.96), y a la súplica de Cazador, que venga a Barcelona a predicar y a reformar los conventos de monjas, responde que ese deseo lo tiene también él (p.99)

¿Quién era ese hombre muy docto y bueno que le ofrecía amigablemente «compañía y casa»? Opinaron algunos que el noble y piadoso clérigo Pedro Contarini, procurador del Hospital de los Incurables, otros con mayor probabilidad optaron por el Martín Zornoza, cónsul de Carlos V en Venecia, que luego fue amigo y hombre de confianza del Santo; pero tengo por más verosímil la opinión de A. Martini, que se inclina con muchas probabilidades e indicios hacia la persona de Andrés Lipomani, que sin ser un sabio, era hombre entendido en letras, humilde y bueno como pocos; dentro de la Orden de Caballeros Teutónicos gozaba de dos encomiendas, la de Santa María Magdalena en Padua y en Venecia «el Priorato de la Santísima Trinidad», lugar capacísimo, según Laínez, iglesia, jardín y numerosas estancias. Le gustaba la vida retirada y vivía en su Priorato veneciano casi como un ermitaño humilde en el vestir, en el comer, en el hablar, al mismo tiempo que caritativo y generoso con los pobres que le pedían ayuda y socorro[108].

Aunque tenía por director espiritual a Juan Pedro Carafa, eso no era impedimento para que le cobrase al peregrino español grande estima y afecto, puesto que el roce de Ignacio con el Teatino no se produjo desde el principio, y hasta podemos pensar que el primer contacto de estos dos personajes fue procurado por Lipomani, independientemente del bachiller Hoces, como diremos.

A la hospitalidad de Lipomani se había acogido poco antes un gran santo veneciano, Jerónimo Miani (Emiliani), fundador de la Orden de Somasca (1534), héroe de la caridad por sus obras de beneficencia con los huérfanos abandonados *(Derelitti)*, con los enfermos incurables, con las pecadoras arrepentidas, etc. Loyola, el Loyola de Roma, aprenderá no poco de él, aunque sin haberlo conocido personalmente.

«El Priorato de la Trinidad era un asilo de paz, hecho aposta para el estudio»; y pues Ignacio quería consagrarse totalmente durante un año y tres meses, con paz y silenciosa tranquilidad a los estudios teológicos, en aquel retiro encontraría quietud y sosiego, y no le faltarían libros.

Por algo escribía él, que «lugar más a mi propósito» no lo podría hallar en parte alguna.

Su estudio sería privado, sin asistencia a lecciones públicas de teolo-

[108] *Da chi fu ospite* p.259. Lipomani fue después gran favorecedor de los jesuitas y fundador del primer colegio de éstos, el de Padua en 1541. En 1543 les entregó la iglesia del Priorato con la primera biblioteca jesuítica que conocemos (*Lainii monumenta* 32).

gía, pues no se daban en Venecia, que no tenía Universidad; la más próxima era la de Padua. Deseaba ardientemente completar sus estudios parisienses, para lo cual había traído consigo los libros usados en París. Serían algunos comentarios a las *Sentencias* de Pedro Lombardo y quizás la *Suma teológica* o algunos comentarios parciales de la misma, que le recomendarían los dominicos del convento de *Saint Jacques*. El Prior de la Trinidad le ofrecería su biblioteca particular, que contenía las obras de S. Agustín, S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Cipriano, S. León Magno y de otros Santos Padres.

En la carta citada a Jaime Cazador le decía el 12 de febrero, que no acabaría de estudiar hasta la Cuaresma de 1537, tiempo en que ya habrían llegado sus compañeros de París y entonces todos se dedicarían al apostolado con las gentes del país; y a su carísima hermana María, dama española residente en París, le escribía en noviembre que esperaba la Cuaresma de 1537 «para dejar los trabajos literarios».

Nos faltan datos para aclarar algo más, como quisiéramos su método de trabajo. Como las energías que desplegó fueron grandes, porque la pasión teológica se iba apoderando de su alma; y porque Ignacio, sin estar especialmente capacitado para los vuelos especulativos, poseía suficiente inteligencia para abordar altos problemas de la ciencia sagrada y le sobraba memoria para tener presentes las opiniones de los grandes teólogos que había leído; y en fin, porque amaba con apasionamiento la Palabra de Dios, la Persona de Cristo, los misterios inescrutables de la Santísima Trinidad, que tanto le sedujeron siempre desde Manresa, según vimos, y sentía que el Señor le iluminaba la mente en forma prodigiosa cuando se ponía en oración; por todo ello podemos sospechar que aquellos estudios, aunque hechos privadamente y sin otro maestro que el Espíritu Santo, fueron sin duda alguna extraordinariamente provechosos.

En medio de su vida retirada y de estudio no dejarían de abrirse ante sus ojos ciertos resquicios Iluminadores del mundo social, religioso e incluso político de Venecia. A los pocos meses de estancia oculta en aquella ciudad, vemos que no eran pocos los personajes distinguidos que buscaban su conversación. Y no sólo le abrirían sus almas, sino también le explicarían el estado poco satisfactorio de la fe y de las costumbres en varios estratos de la sociedad. Todo lo cual interesaba enormemente a Ignacio, que no olvidaba nunca su vocación de conquistador espiritual. En Venecia, como en París, su más alta aspiración era la conquista de las almas, conquista lenta, pero segura.

Venecia, campo de batalla. El memorial de J. P. Carafa

La República de San Marcos, rica, pujante, invasora, aunque celosa guardiana de sus fronteras en Italia y de sus posesiones en el Próximo Oriente, había tenido muchos altibajos en su historia. No obstante su pequeño territorio, era la república más poderosa de la península itálica, y en momentos de guerra —gracias a sus hábiles diplomáticos— se atrevía a competir con las grandes potencias europeas. Sus navíos —más de 3.000 — giraban por todos los puertos del Mediterráneo oriental y penetraban en el Atlántico hasta Inglaterra y Países Bajos, llevando o trayendo productos, que daban hervor y vitalidad económica a los mercaderes y banqueros de la patria.

A la luz de tanto esplendor no podía menos de notarse un florecer de las artes y las letras, aunque nunca con tan lujuriosa lozanía como en otras capitales de Italia. Giorgione, Tiiziano y Bembo eran cumbres aisladas. Plaga de la opulenta Venecia era la prostitución; el clero procuraba disfrutar de muchos y pingües beneficios sin preocuparse de la cura pastoral, pero no hay que ensombrecer el cuadro, recogiendo detalles nimios, episodios excepcionales y estadísticas precipitadas.

No obstante las contiendas y guerras de la suprema magistratura con los papas de Roma, el pueblo veneciano conservaba su devoción tradicional al Vicario de Cristo, y la moralidad popular alcanzaba un nivel superior al de otras regiones italianas. Debíase esto último a que los ejércitos franceses, españoles y germánicos en sus continuas devastaciones de la península itálica no solían pisar tierra veneciana, ni ultrajar a sus mujeres, ni saquear sus iglesias. Un gravísimo peligro corría Venecia en los tiempos que ahora estudiamos: el de que su antigua fe católica fuese inficionada por las doctrinas heterodoxas que bajaban, por conducto oral y escrito, de los vecinos países germánicos. Se pretendía hacer de la Ciudad de las Lagunas, la ciudadela o fortaleza del protestantismo italiano.

La voz de alarma la dio, tres años antes que Ignacio llegase a Venecia, el obispo teatino Juan Pedro Carafa. Este prelado, cofundador de los teatinos con S. Gaetano de Thiene, hombre de ardiente fe, amantísimo de la reforma y dotado de espíritu inquisitorial, alarmado ante el avance siempre creciente de las herejías norteñas, que se infiltraban en Venecia para de allí pasar al resto de Italia, dirigió al papa con fecha de 4 de octubre de 1532 un Memorial, que es un fosco retrato de la situación religiosa de aquellos países. Fue entregado directamente a Clemente VII por mano de fray Bonaventura de Venecia el 2 de noviembre.

He aquí un extracto de lo más substancial:

«Se suplica a S. S., que por el honor de Dios y suyo, no siendo esta ciudad *(de Venecia)* la más pequeña ni la más despreciable de la Cristiandad, se digne escuchar los grandes males que necesitan remedio.

«Comenzaréis avisando a S. S. de los errores y de las herejías, así como de la vida y costumbres de algunos que no observan la Cuaresma, ni el confesarse, etc... Pero sobre todo le hablaréis de la peste de la herejía luterana y de los demás errores contra *fidem et bonos mores*, que dos clases de personas van diseminando y acreciendo, a saber, los apóstatas y algunos frailes, mayormente conventuales; y S. S. debe conocer aquella maldita nidada de frailes menores conventuales... discípulos de un fraile herético ya difunto».

Entre esos frailes acusados de herejía se mencionan los nombres de Jerónimo Galateo, Bartolomé Fonzio y Alejandro da Pieve di Sacco. El primero está en la cárcel; el segundo se ha fugado a Augsburgo, donde arrojando el hábito, vive como luterano; el tercero es un herético pertinaz, hoy en las cárceles episcopales, con quien se procede harto fríamente

¿Cuál es la fuente de tales herejías? «La peste de la herejía suele introducirse por los sermones y libros heréticos, o por la larga habituación a una vida mala y disoluta». Por lo tanto, es preciso examinar diligentemente a los predicadores y a los confesores. En vez de tener muchos predicadores y abundantes confesores, sería mejor tener pocos, con tal que fuesen buenos y aptos para su oficio. «Hay frailecitos, no sacerdotes, que a veces se ponen a oír confesiones para robar unos cuartos. Paso en silencio los escándalos de revelar las confesiones y dar licencia de perseverar en sus pecatazos mortalísimos... Y callo ahora, por honestidad, las impudicias de algunos confesores criminales». Crea S. S. que esto de los confesores es más importante de lo que puede confiarse al papel. Muévase a misericordia de tantas almas y ponga remedio, que a S. S. le será fácil y llano.

Ha dicho al principio que los más activos sembradores de esa cizaña son los «apóstatas». Entiende por este nombre los frailes fugitivos de sus conventos. «Lo que hoy vemos es, que todos aquellos que apostatan de la religión *(monástica)*, también apostatan de la fe, de suerte que no hay otros más activos fundadores, defensores y propagadores de la herejía, y unos van con hábito de sacerdote secular y otros de laico». Suplica, pues, a S. S. por el honor de Dios y por la salvación de la Cristiandad, que ponga freno o bozal a esos canes rabiosos de la Penitenciaría, cuyas ganancias, concediendo dispensas de llevar hábito religioso, resultan tan onerosas a la

República cristiana.

Con esto pasa a describir el estado lamentable de los obispados, pésimamente gobernados no por obispos ordinarios, sino por sufragáneos que muchas veces son frailes que salieron hambrientos del monasterio para saciarse con la venta de cosas sacras. «Casi todas las iglesias catedrales están el día de hoy privadas de sus Pastores... Vemos sacerdotes, que no parece hayan cumplidos 16 años... De sus hábitos y tonsura y vida y honestidad no hace falta decir más; no hay rufianes, ni soldados, que más deshonestos, descarados e impudentes sean... No sé cómo el corazón de S. S. pueda estar tranquilo sin tomar alguna medida para descargo de su conciencia».

De los libros heréticos dice que los venden o compran y retienen lo mismo frailes que seculares con manifiesto desprecio de la censura.

«Del estado de las religiones depende la salvación o la ruina del mundo... Ahora bien, todas las dichas religiones están en decadencia y postración... Hay que hallar modo de favorecer a los pocos frailes buenos». Hay que separar los buenos de los malos por medio de «Congregaciones de Observancia».

La reforma es absolutamente necesaria. «Hace falta que S. S. haga este gran beneficio al mundo».

Las ilusiones y esperanzas que el impetuoso Carafa ponía en este Memorial salieron fallidas. El papa Clemente VII («eine prosaische Natur», según el historiador A. von Reumont), aunque no falto de sagacidad, siguió en su política indecisa de dejar hacer y dejar pasar. Pero los tiempos iban a cambiar, porque la muerte le alcanzaría antes de dos años, el 24 de setiembre de 1534, y tras un brevísimo conclave ascendería a la catedra de S. Pedro un papa más anciano que el anterior, pero también más inteligente, más diplomático, de mayor señorío y más convencido de la necesidad —y de la utilidad— de la reforma. Tal era Pablo III, Farnese, que será gran favorecedor de Ignacio de Loyola, y en 1542 dará nueva forma a la Inquisición romana, nombrando Inquisidor general a J. P. Carafa.

Venecia, foco de reforma católica

Aun aceptando como verdaderos los múltiples datos de heterodoxia e inmoralidad que nos ofrece el memorial de Carafa, no nos formaremos una idea aproximada de lo que era Venecia cuando Ignacio penetró en ella si al

lado de las sombras no hacemos resaltar los rasgos luminosos, que fueron los que Ignacio sintió más de cerca y de los cuales se dejó influir provechosamente.

En la ciudad de San Marcos, como en toda Italia, el movimiento reformista católico se inicia con asociaciones (a las que frecuentemente se les daba el nombre de *Compañías*) cuya finalidad preponderante y signo distintivo era la caridad y la asistencia social. La asociación de este tipo más digna de señalarse es la «Compañía del Divino Amor», creada en Génova el 26 de diciembre de 1497 por el notario público Héctor Vernazza, ayudado por Santa Catalina Fieschi. Vernazza la trasplantó a Roma, donde León X la aprobó solemnemente en 1513, y de allí se difundió a otras ciudades, fomentando en todas partes la vida de piedad, principalmente eucarística, y la asistencia social a los enfermos, particularmente a los incurables, que así se denominaban entonces los «sifilíticos».

Probablemente se asoció al «Divino Amor» en Roma el protonotario apostólico Gaetano de Thiene, quien la fundó en Venecia en la Cuaresma de 1522. Este amable santo, por sugerencia de su director espiritual Bautista de Crema, O.P., se había trasladado en 1521 de Vicenza, su patria, a Venecia.

Por lo menos, fue él quien dio vida a la «Compañía del Divino Amor», a cuyo lado surge en seguida, como de costumbre, un «Hospital de los Incurables», cuyo «principal autor», según el diarista M. Sanudo, fue Gaetano, el santo apóstol de la caridad, que con su humildad amable conquistó poderosos colaboradores, ricos patricios y distinguidas matronas de la aristocracia veneciana.

En 1523 sale Gaetano para Roma, donde, mano a mano con Juan Pedro Carafa, consigue de Clemente VII la aprobación de la «Congregación de Clérigos Regulares Teatinos» (1524). Huyendo de las penalidades que les ocasionó el «Sacco di Roma» (1527) los dos fundadores se dirigieron a Venecia; de allí partió Gaetano en 1531 para otras ciudades de Italia, de modo que no pudo conocer a Ignacio de Loyola. Tampoco llegó a conocerle otro santo veneciano, héroe de la caridad con los enfermos y niños abandonados, fundador de otra «Congregación de Clérigos Regulares (de Somasca)», Jerónimo Miani, que había pasado rápidamente por Venecia en 1535, hospedándose en el Priorato de la Trinidad, el mismo lugar probablemente que daría luego alojamiento a Ignacio. Todos eran amigos y veneraban la ciencia, el fervor

impetuoso y la autoridad del austero Carafa.

Otros dos ilustres venecianos, tan espirituales como doctos y amantes de la reforma, habían muerto ya: el beato Paulo Giustiniani († 1528) y su entrañable amigo Vicente Quirini muerto prematuramente en 1514 cuando estaba a punto de ser nombrado cardenal. Ambos reformadores de la Camáldula, redactaron en seis capítulos un amplísimo programa de reforma universal, dirigido a León X, que abarca desde la conversión de los judíos, idólatras y mahometanos, hasta la unión de las naciones católicas y la reforma de todo el pueblo cristiano, en que no dejan punto alguno por tocar, reforma que debe comenzar por el papa y la curia romana. La Iglesia de Dios no es un imperio terreno, sino la congregación de los fieles bajo el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, y el papa no es un administrador de bienes terrenos, sino un dispensador de las cosas divinas y eternas'.

Entre todos los que en Venecia se movían con más fervor e inteligencia en pro de la reforma de la Iglesia, después de haberse reformado a sí mismos, el que más interesó a Ignacio de Loyola, el que más íntimamente penetró en el alma y en los pensamientos del futuro fundador de la Compañía de Jesús, y el que más le favoreció ante el Romano Pontífice fue Gaspar Contarini, de nobilísima familia veneciana, estudiante aprovechado de filosofía y teología en la Universidad de Padua, embajador en Alemania ante la corte de Carlos V, acompañante del emperador en Inglaterra y en España, embajador luego ante la Curia romana, quien al regresar en 1530 a su patria se consagró al estudio y a la amistad con los más altos personajes que pasaban por Venecia. Su alto idealismo espiritual, sus eximias dotes intelectuales y morales, la pureza de su alma, su irenismo y la amable dulzura de su trato junto con su amor sincero a la Iglesia y su íntima religiosidad personal, le atrajeron la universal admiración. Incluso un historiador y humanista florentino, tan atrevido e independiente como Benedetto Varchi, escribió de Contarini, que era «un hombre, por su sabiduría y virtud, más divino que humano»,

No tuvo Ignacio ocasión de encontrarse en Venecia con él, pues había sido llamado a Roma en 1535 para conferirle la dignidad del cardenalato, siendo aún laico, y ponerlo al frente de la comisión de reforma, mas había que nombrarlo aquí, porque era el alma de la reforma católica en Venecia. En Roma, sí que le conocerá Ignacio y le dará personalmente los *Ejercicios espirituales* durante un mes. Salió con tanta estima de los mismos que los copió de su mano, copia ejemplar que dejó en testamento a

los suyos.

El papel importante que Venecia jugó en la reforma católica italiana es fácil entreverlo por lo dicho. Ignacio se iba informando poco a poco de todo, sin interrumpir sus estudios, hasta que un día creyó llegado el momento de intervenir también él —modestamente y sin ruido— en aquel campo propicio al apostolado. No podía él, un advenedizo mal conocedor aun del idioma italiano, oponerse directamente a los luteranizantes que hormigueaban en el país, de los cuales además no sabría ni siquiera los nombres, porque hacían su proselitismo a la sombra, a fin de no ser cazados por la Inquisición; pero se informaría bien de sus falsas doctrinas. Y él que en su librito de los *Ejercicios* no había hecho mención alguna de los errores protestantes, completó en Venecia las «Reglas para sentir con la Iglesia», añadiendo los números 14-17, que versan sobre las delicadas cuestiones de la fe, la gracia, la predestinación, y defendiendo en la 18 contra Lutero «no solamente el temor filial» para con Dios, «más aun el temor servil», que «ayuda mucho para salir del pecado mortal». Me pregunta un historiador: «¿Por qué las cinco últimas no se escribieron también en París (como las otras)? Porque sencillamente en París Ignacio se dejó impresionar principalmente de los dogmas luteranos más populares y menos altamente teológicos, como son los relativos al culto de los santos, a la liturgia, a los preceptos de la Iglesia; en cambio, dogmas tan profundos como los de la fe, la gracia, la predestinación, etc. o no los sintió él tan vivamente peligrosos, o no juzgó oportuno en aquel momento histórico alertar a los fieles contra los riesgos de una teología errónea, que venía de Alemania. En Italia, donde tantos predicadores lanzaban desde los púlpitos falsas doctrinas sobre la fe y la justificación, el clima religioso era distinto. Un ejemplo tenemos en fray Agustín Mainardi, O.S.A., que en la Cuaresma de 1538 esparcía doctrinas de sabor luterano sobre la gracia y el libre albedrío. Esto le hace sospechar al crítico J. Granero, que a él apuntaba Ignacio en las últimas «Reglas para sentir con la Iglesia». Así pudo ser, si el Santo no las escribió algún año antes contra predicadores semejantes que pululaban en Venecia.

El campo preferido por Loyola era el de las almas selectas, aquellas a quienes no basta «contentar el ánima», sino que aspiran o deben aspirar a la perfección evangélica. Por eso su predicación no era el común sermonear desde los púlpitos, sino el de la conversación íntima de cosas espirituales, en que el dirigido abre su alma al director, y éste le aconseja, le enseña a orar, le marca rutas que debe seguir para purificar su alma, orientarse en la vida espiritual, discernir los diversos espíritus que le

acometen y llegar a entender la voluntad de Dios sobre uno mismo. Al cabo de un mes de esta gimnástica mental, afectiva y espiritual, los ejercitantes salían de los *Ejercicios* ignacianos enteramente transformados, dispuestos a vivir conforme al Evangelio, en servicio de Dios y de las almas.

Diversos fueron los personajes que se sometieron al magisterio espiritual de Ignacio. Conocemos los nombres de Pedro Contarini (no emparentado con Gaspar) procurador del hospital de los Incurables desde 1524, y activo promotor de la reforma al lado de los arriba nombrados; más tarde, ejemplar obispo de Baffo (Paphos, en Chipre), asistió al Concilio de Trento. A su lado hay que poner a Gaspar de Doctis, Doctor en derecho canónico y auditor en Venecia del Nuncio pontificio Jerónimo Verallo; a Diego Hoces, sacerdote malagueño, que prevenido contra los *Ejercicios* de Ignacio entró en ellos armado de libros teológicos que rebatir los errores que algunos le achacaban al director; no le fueron necesarios, porque inmediatamente se persuadió de la falsedad de las acusaciones y tomó la resolución de seguir a Ignacio en su género de vida[109].

Lo que sabemos de Hoces casi se reduce a lo que refiere Ignacio en su *Autobiografía*: «El bachiller Hoces trataba mucho con el Peregrino y también con el obispo de Chieti *(Carafa)*. Y aunque sentía cierta propensión a hacer los Ejercicios, con todo, no los ponía en ejecución. Resolvióse por fin a entrar en ellos, y a los tres o cuatro días, abrió su ánimo al Peregrino diciéndole que había tenido miedo no le enseñase en los *Ejercicios* alguna mala doctrina, por las cosas que un tal *(un tale)* le había dicho. Y por esa causa había llevado consigo ciertos libros con intento de recurrir a ellos, si por casualidad le quisiese engañar». ¿Quién fuese ese *tal?* no lo dijo Ignacio. Han sospechado algunos que pudo ser el obispo teatino Carafa, fácil husmeador de cualquier falsa doctrina. De hecho solo sabemos que Ignacio, al saber que era acusado de herejía y de haber huido de la Inquisición de Francia y de España, donde había sido quemado en estatua, se presentó espontáneamente ante el representante pontificio, J. Verallo. Comisionado para ello, el Doctor Gaspar de Doctis, auditor del Nuncio, pudo atestiguar la perfecta inocencia del acusado, haciendo en octubre de 1537 un rotundo elogio de la vida y doctrina de Ignacio.

[109] Hoces es contado por muchos entre los primeros jesuitas. Propiamente no llegó a serlo, pues, aunque se adhirió plenamente al grupo de los fundadores, murió en Padua en 1538 antes de la fundación canónica de la Compañía.

Otro español a quien los manuscritos llaman *Rocas* (identificado por los editores de *Monumenta* con Rodrigo Rozas, que en adelante será buen amigo de Ignacio y de Laínez), se sometió a los *Ejercicios* bajo la dirección de Ignacio. Y lo mismo hicieron, según se dice, dos navarros, naturales de Estella, Esteban y Diego de Eguía, hermanos del famoso tipógrafo complutense Miguel, de quien tratamos en el capítulo X. Ambos entraron en la Compañía, Diego, que era ya sacerdote, en 1540, y Esteban, como coadjutor temporal, algo más tarde.

Loyola y Carafa. Una carta atrevida

Desde que en 1535 el nobilísimo Gaspar Contarini fue llamado a Roma, no había en Venecia un reformista católico de más alto prestigio y de mayor autoridad entre los varones espirituales que Juan Pedro Carafa, el cual había renunciado en 1524 a su obispado de Chieti, en latín *Teate* (de donde el adjetivo *Teatino*), para trabajar en la reforma de la Iglesia, viviendo en pobreza evangélica y fundando a una con su santo amigo Gaetano de Thiene, una Congregación de clérigos regulares.

Vivía Carafa, desde 1527, con unos pocos teatinos —la Congregación constaba entonces de sólo 14 miembros y dos conventos, el de Venecia y el de Nápoles— en la iglesia de San Nicolás de Tolentino, ocupados en fomentar la sagrada liturgia y la frecuencia de los sacramentos, pero por lo demás llevaban una vida casi eremítica.

Ignacio estudió su modo de ser, la forma canónica de su Instituto y sus relaciones con el pueblo. Encontró en ellos algunas cosas buenas, que él imitará, y otras que a su juicio podían mejorarse. Parece que Loyola se entrevistó con Carafa y no se entendieron. Ignacio, con una franqueza cristiana y fraternal admirable y con una audacia mezclada de respeto y humildad («como los menores a los mayores acostumbran hacer») le escribió las cosas que él echaba de menos en la vida de los teatinos. Naturalmente no podía Ignacio imaginar que aquel obispo dimisionario, que vivía en la oscuridad, dirigiendo espiritualmente a los que venían a consultarle en la iglesia de San Nicolás de Tolentino, y trabajando, sí, por la reforma, pero sin ímpetu proselitista, al modo que lo hacían los miembros de las hermandades y compañías como la del «Divino Amor», iba a ostentar muy pronto la púrpura cardenalicia (22 de diciembre 1536) Y dentro de 20 años la tiara pontificia.

Y a un personaje tan alto, prelado de noble linaje, con virtudes de santo y apasionados ímpetus de napolitano (napolitano con odio ancestral a

España) ¿se atrevía a darle consejos y normas de vida un español casi desconocido, cuyo nombre venía tiznado con sospechas de doctrina poco segura? No estará mal oír aquí la voz de un protestante imparcial. Escribe así Heinrieh Boehmer: «De lo dicho se deduce claramente que en el curso de 1536 Iñigo se relacionó íntimamente con el circulo de los reformistas. Ante todo conoció de cerca a los teatinos y a su superior mayor, el terrible e inexorable Juan Pedro Carafa. La impresión que Iñigo recibió de la nueva Orden, no fue plenamente satisfactoria. Le chocó que algunos de sus miembros llevaban vida completamente contemplativa, que ni predicaban, ni se ocupaban en obras de amor al prójimo. El no juzgaba eso en modo alguno reprochable, pero sí poco práctico, primeramente porque así la Orden se distanciaba del pueblo, y en segundo lugar porque la falta de medios para el necesario mantenimiento podría ser causa de su extinción; ya que los teatinos, conforme a sus votos, no pueden mendigar, deberán contar únicamente con donaciones espontáneas de los fieles, y a juicio de Iñigo, hacen demasiado poco por despertar la atención y el interés del pueblo hacia ellos. Y además le parecía que no era una insignificancia el que Carafa usase mejor vestido y mejor aposento que sus demás compañeros de religión. Ignacio no se escandalizaba de ello, pero pensaba que por ese camino se podría llegar en la Orden a desazones y discordancias. El estimaba tanto al Instituto mismo y a su Superior mayor y, les deseaba a uno y a otro tan feliz suceso, que se sentía obligado a no callar sus reflexiones... Se esforzó por expresarse con tanta cortesía y circunspección, y a la vez con tanta energía, como sólo él podía hacerlo, mostrando que el único motivo de sus ingenuas observaciones era el sincero interés por la prosperidad de la Orden. Pero Carafa no tuvo oídos, sino para la crítica que se le hacía... El único resultado de la carta fue un completo rompimiento entre Iñigo y el napolitano de sangre hirviente».

Alguna de estas últimas indicaciones, como la del «completo rompimiento», son inexactas y se podrían tal vez mitigar con esta interrogación: ¿Y si no fuese cierto que Ignacio mandó a Carafa esta carta, sino que reflexionando sobre el borrador, lo juzgó algo imprudente y se lo guardó siempre consigo, sin manifestarlo a nadie? Conoceremos mejor el corazón de Ignacio leyendo algunas expresiones del original, por más que el estilo ignaciano sea aquí de más retorcido hipérbaton que en otros escritos, acaso por el afán de explicar su idea en forma que no hiriere los sentimientos del destinatario.

¡Cuántas fórmulas de humildad, de cortesía, de respeto! ¡Cuántos paréntesis explicativos, que dificultan aún más la lectura! Pero en este breñal

de oscuridades resplandece el amor a la Orden teatina y el vivo deseo de que crezca y prospere. Sólo un santo puede escribir con tan pura caridad. Es de notar que Carafa no sólo entendía el castellano, sino que lo hablaba como si lo hubiese mamado.

La carta dice textualmente

«IHS. —Considerando ser, firmar y consistir nuestra tan deseada vida y eterna bienaventuranza en un íntimo y verdadero amor de Dios, nuestro criador y señor, la cual *(vida)* a todos cuantos somos nos liga y nos obliga a un amor sincero, no ficto, mas verdadero..., pensé escribir ésta, no con aquel fausto por muchos acostumbrado... Por amor y reverencia de Cristo nuestro Criador, Redentor y Señor pido esta sea leída con el mismo amor y voluntad que es escripta... Ruego y pido a. la su infinita y suma Bondad tanto bien en esta vida y en la otra me quiera dar, cuanto para vuestra persona... yo le deseo, y se lo pido y se lo suplico. Así, con esta voluntad prompta y aparejada para servir a todos los que siento ser servidores de mi Señor, hablaré cerca tres cosas, con aquella simplicidad y amor, como si con mi ánima misma hablase, no por manera de dar parecer o consejo».

(Tres son las ideas básicas de la carta, a saber:

I. Temor de que no crezca bastante la congregación teatina. 2. No todo lo que es lícito, es conveniente hacer. 3. Si se quisiere vivir de limosna, hay que trabajar con el pueblo).

«La primera, pienso tener asaz argumentos con razones probables y coniecturas suficientes de temer o pensar —en verdadera paz, amor y caridad hablando—, que no se esparciese *(no se propagase)* en alguna manera la Compañía que Dios N. S. os ha dado, donde quedando más acompañado *(con más numerosos compañeros)*, sería mejor en mayor servicio y alabanza del Señor...

La 2.ª de una persona semejante..., de tanta nobleza y de tanta dignidad y de tanto estado..., por estar un poco más adornado o vestido, y por tener aposiento... algo más ataviado..., yo no me puedo escandalizar ni desedificar, porque por las necesidades y por la oportunidad del tiempo se puede también subordenar. Con esto... trayendo a la memoria los santos bienaventurados, así como sant Francisco, sancto Domingo y otros mucho, pasados, cómo se habían con los suyos en el tiempo que instituyeron y dieron orden y exemplo a sus *compañías*… Que muchas cosas son lícitas a hombre, que no son expedientes, como sant Pablo dice de sí mismo, porque los otros no tomen ocasión de afloxar, mas exemplo de pasar adelante...

La 3.ª Como vuestra tan pía y santa profesión sea *vía ad perfertionem*, y estado perfecto, yo no dudo, mas creo que todos los que en obediencia y

vida irreprehensible están, aunque no prediquen, ni en las otras obras de misericordia corporales tanto no se exerciten al parescer externo, por vacar más a otras espirituales y de mayor momento, se les es debido *victus et vestitus*, según orden de amor y caridad cristiana, y ellos recibiendo para que se aumenten en servir y alabar a su verdadero Criador y Señor... Que aunque no pidiesen, como dixe, pareciendo sus obras delante el pueblo, como en predicar..., sepelir *(a los difuntos)*, orar por ellos y decir misas gratis..., el pueblo se movería más a sustentarlos y con mucha más caridad...

Otras dexo de mayor momento, por no las encomendar a letra, no por mí sentidas ni imaginadas, mas por otros levantadas... Plega (a Dios N. S.) por la su acostumbrada piedad y gracia tan summa, en todo quiera poner su mano sanctísima, para que todo en su mayor servicio y alabanza se siga, como acerca de mis cosas propias deseo, pido y siempre le suplico. Quien desea seer siervo de todos los siervos de Dios nuestro Señor. I.»

De la autenticidad de la carta no se puede dudar; tenemos el autógrafo de letra claramente ignaciana, y de lenguaje y estilo inequívocamente de Ignacio de Loyola; es verdad que falta el nombre del destinatario y la firma del autor, pero no es éste el único caso en el epistolario ignaciano. Al menos la firma se apunta con la I mayúscula inicial, y al obispo teatino se alude claramente en muchas ocasiones. ¿Que las palabras de la carta, como objeta un meticuloso historiador italiano, no parece que se puedan aplicar a los clérigos regulares? San Ignacio no habla de una religión hecha y derecha, en pleno desenvolvimiento, sino de una religión que está en su cuna, y se refiere a uno solo de los dos conventos que existían entonces. Polanco, que los conoció en varias partes de Italia, escribe a fines de 1551 o principios de 1552, diciendo que entonces serían en total unas 30 personas, repartidas entre Venecia, Nápoles y Padua.

Todas las palabras de la carta están gritando el nombre de Ignacio de Loyola. Pero la misiva ¿llegó a manos del destinatario? Casi seguro que no. El autógrafo que conservamos no está para ser enviado a nadie y seguramente nunca fue puesto en limpio, no se le dio forma definitiva, pues en tal caso en alguna parte se conservaría completo con firma y fecha. ¿Por qué no fue enviado? Tal vez porque el autor no se dio prisa a darle la última mano, y entre tanto desapareció el destinatario de Venecia, Sabemos que Juan Pedro Carafa, llamado por Pablo III, partió de Roma en setiembre de 1536, y el 22 de diciembre del mismo año recibió el galero cardenalicio. En tan alta dignidad el ardiente napolitano resultaba para Ignacio, por muchas razones, inabordable.

Pero tenemos que agradecer a Ignacio el hecho de no haber roto su

manuscrito, conservándolo para que sus hijos lo archivasen. Porque en ese borrador de carta nos dejó bien delineado el espíritu de la Compañía que él deseaba fundar.

«La carta a Carafa —ha escrito un moderno autor— es el más antiguo texto ignaciano sobre la Compañía de Jesús: tres años antes de la *Deliberación* de los primeros Padres (1539), a propósito de otro Instituto y por oposición a un carisma que no es el suyo, el ideal ignaciano aparece en filigrana, y por así decir, en su génesis dialéctica: la Compañía de Jesús será un acto de amor («amor íntimo, sincero, no ficto mas verdadero»), una voluntad («sana, sincera, prompta y aparejada para servir»). Ella será un ejemplo («de pasar adelante»). Ella obrará («para mayor edificación de todos»). Ella tomará todos los medios de servir más y más, teniendo como axioma fundamental, que Dios nuestro Señor ha creado todas las cosas de la vida presente para la conservación y progreso de los servidores de Dios. No pondrá límites a su servicio («serviendo más, el pueblo se movería más a sustentarlos y con mucha más caridad»). Así es como ella obrará conversiones e impulsará hacia la perfección... Si es verdad que la Compañía de Jesús no nació en Manresa, no es menos cierto que maduró lentamente en el corazón de Ignacio, como la expresión cada vez más perfecta y universal del ideal de los Ejercicios, en los que él había empezado a buscar lo que debía hacer por Cristo».

Teatinos y jesuitas

Los jesuitas, fundados por Ignacio de Loyola, y los teatinos, creados por Gaetano de Thiene y por el obispo dimisionario de Chieti *(Teate)*, que les prestó el nombre, tenían profundas diferencias en su estructura y espíritu, pero en lo exterior presentaban apariencias muy semejantes, por lo cual, ya en el siglo XVI, muchos llegaron a identificarlos, en tal forma que los jesuitas eran apellidados con frecuencia teatinos.

La mayor semejanza, para el vulgo, estaba en el modo de vestir y comportarse: hábito clerical y modestia en el andar y hablar. En vez de ensayalarse con el hábito y cogulla de los monjes de S. Benito, o con la rozagante indumentaria de dominicos, franciscanos y carmelitas, se trajeaban más modestamente, como un clérigo humilde. Discernir a un jesuita de un teatino no era fácil. Uno y otro, sobre todo en los primeros tiempos, se distinguían por la modestia y compostura. No eran monjes ni frailes, sino «clérigos regulares». Fueron los teatinos los primeros clérigos regulares, fundados en 1524; siguen seis años después los de Somasca,

creados por S. Jerónimo Emiliani, seguidos en 1533 por los Barnabitas que tienen por padre a S. Antonio María Zaccaria.

¿Trató acaso de imitarlos Ignacio de Loyola? Según las apariencias históricas, responderíamos afirmativamente. Y no cabe duda que de ellos aceptó la designación canónica de «Clérigos regulares», es decir, clérigos o sacerdotes, mas no diocesanos, de vida individual, sino sometidos a una Regla, regulares, con votos monásticos y vida en comunidad.

Ignacio pudo aprender este género de vida en Venecia, pero creemos que a él hubiera llegado por sí mismo, sin necesidad de modelos. Desde los días de Manresa andaba él buscando un género de vida, que no fuese el de los anacoretas, ni el de los monjes, ni el de los mendicantes con hábito y coro, al modo de los franciscanos, dominicos, etc. Dios le llamaba al apostolado universal y polimorfo, mas no sabía aún en qué forma social había de cuajar. ¿Tendría compañeros en su apostolado? A eso se inclinaba él desde las primeras intuiciones, y por eso iba siempre buscando quienes cooperasen con él. Pero iba tanteando, sin saber adónde le llevaba la mano de Dios. Fracasó en los primeros pasos, pues le fallaron los primeros compañeros que se le juntaron en España. Solamente en la Universidad de París tropezó providencialmente con un grupo magnífico de socios jóvenes, tan bien dotados para la ciencia como para cualquier apostolado. Uno a uno los fue conquistando, y uno a uno les fue revelando sus proyectos. Ninguno de ellos pensaba en formar una Orden religiosa, aunque, sin saberlo, seguían entusiasmados a su Maestro y avanzaban paso a paso hacia la constitución de una asociación durable, cuya naturaleza se iría manifestando con el tiempo. Un paso importantísimo fue el que todos ellos dieron en la capilla de Montmartre en 1534. Delante de Cristo Sacramentado hicieron voto de peregrinar a Jerusalén, para salir de allí predicando el Evangelio a todas las gentes, y si en Palestina hallaban fuertes tropiezos, dirigirse a Roma, a fin de ponerse a las órdenes del Vicario de Cristo, el cual los mandaría a donde él juzgase más conveniente y oportuno. Hicieron también voto de rigurosa pobreza evangélica: el de castidad lo habían hecho ya privadamente Ignacio y Fabro, los demás, si no lo pronunciaron entonces (como es probable), estaban muy decididos a hacerlo y observarlo siempre. El voto de obediencia ni siquiera les vino al pensamiento, porque unidos solamente por la amistad, no soñaban todavía en la posibilidad de institucionalizar algún día aquel compañerismo. ¿Pero quién no ve que en aquella consagración a Dios de todo el grupo estaba *in nuce* una asociación de *clérigos* y de *religiosos* (o sea, de *clérigos regulares*). Simón Rodrigues dirá que en los votos de Montmartre se

comprometieron a ser apóstoles de Cristo, predicar el Evangelio bajo las órdenes del Papa y vivir con voto de perfecta pobreza y castidad. El día que empiecen a vivir en comunidad y se den una regla, por sencilla que sea, habrán llegado a ser, sin influencias externas, «clérigos regulares». Antes de que los canonistas y la Iglesia les catalogara bajo este título, el Concilio de Trento los había designado como *«presbyteri reformati»*, cuya significación es muy parecida.

Un respetable historiador ha subrayado fuertemente la dependencia de Ignacio respecto de S. Gaetano de Thiene. Y no le faltan razones. Pero ha exagerado las similitudes entre la obra del italiano y la del español, silenciando las divergencias, que son muchas y fundamentales.

Es curioso que Pablo IV, el papa teatino, que no quiso ser monje ni fraile, juzgase que el rezo coral del Oficio divino (tan monástico) era esencial a cualquier congregación religiosa, de modo que en 1558 se lo impuso por fuerza a los jesuitas. Estando reunida la Congregación general de la Compañía para elegir al sucesor de San Ignacio, se presentó el cardenal de Trani (teatino) para comunicar a todos que S. S. el papa Pablo IV ordenaba que se cambiasen las Constituciones ignacianas en dos puntos: 1.º que el P. General sería elegido *ad triennium,* y 2.º que todos los jesuitas estarían obligados al rezo de las Horas divinas en el coro, como las demás Ordenes religiosas. Con sumo dolor los Padres congregados manifestaron al papa que ellos no podían cambiar puntos esenciales de las Constituciones, aprobadas por Pablo III y Julio II, pero que si lo mandaba el Romano Pontífice, obedecerían, dejándole a él toda la responsabilidad. Irritóse el papa llamándoles rebeldes; y añadió: «Aunque os pese, lo habéis de decir *(el Oficio divino en el coro)*, y ¡guay de vosotros si no lo decís!».

El mandato de Pablo IV fue obedecido literalmente, pero a la muerte del papa insignes canonistas y jurisconsultos, consultados por el General de la Compañía, respondieron que se trataba de un precepto personal que pierde su validez a la muerte de su autor, y para desvanecer cualquier duda, el nuevo pontífice Pío IV derogó el precepto de su antecesor.

Dos cartas a una monja

De un epistolario intrincado y enigmático pasemos a otro mucho más límpido, claro y finamente espiritual. Ya conocemos a sor Teresa Rajadell (o Rajadella) religiosa del monasterio benedictino de Santa Clara, por cuya reformación se interesó Ignacio cuando estaba en Barcelona el año 1525. Ansiosa de perfección y angustiada con escrúpulos e incertidumbres,

escribió a Ignacio como a director espiritual abriéndole cándidamente su alma. Ignacio le respondió desde Venecia con dos cartas. La segunda lleva la fecha del 11 de setiembre 1536, esto es, cuatro días después de haber recibido el obispo teatino, Carafa, un breve de Pablo III invitándole a ir a Roma para tratar asuntos de reforma eclesiástica. La primera, del 18 de junio del mismo año, es sin duda la más valiosa. J. Brodrick la ha calificado de «una de las más largas y más hermosas cartas que hayan salido de la pluma de Ignacio», en la que el Santo se retrató trazando «la autobiografía de su alma». Merecería ser transcrita enteramente, pero su longitud lo impide. Unas breves líneas bastarán.

> «IHS. La gracia y amor de Cristo N. S. sea siempre en nuestro favor y ayuda. Los días pasados, recibida vuestra letra, con ella me gocé mucho en el Señor a quien servís... Me pedís interamente os escriba lo que el Señor me dice, y determinadamente diga mi parecer. Yo lo que siento en el Señor y determinado diré de mucha buena voluntad; y si en alguna cosa pareciere ser agrio, más seré contra aquel que procura turbaros, que contra vuestra persona. En dos cosas el inimico os hace turbar, mas no de manera que os haga caer en culpa de pecado. La primera es, que pone y suade a una falsa humildad. La segunda pone extremo temor de Dios a donde demasiado os detenéis».

El razonamiento que hace a continuación no es otra cosa que un comentario —aplicado al caso de una persona concreta— de las sabias Reglas para discernir espíritus, y de las notas sobre los escrúpulos, consignadas brevemente en los *Ejercicios*. Hay que evitar —dice— la falsa humildad y todo temor excesivo, guardándose de las ilusiones del demonio, que desea perdernos. Enseña luego magistralmente a discernir los movimientos interiores del alma y los diversos pensamientos que la afligen o consuelan, indicando cuáles son inspirados por Dios y cuáles por el mal espíritu.

> «Agora resta hablar, lo que sentimos leyendo de Dios Nuestro Señor, cómo lo hemos de entender.— Acaece que muchas veces el Señor nuestro mueve y fuerza a nuestra ánima a una operación o a otra, abriendo nuestra ánima; es a saber, hablando dentro della sin ruido alguno de voces, alzando toda a su divino amor, y nosotros a su sentido... Donde hartas veces nos podemos engañar es, que después de la tal consolación o espiración, como el ánima queda gozosa, allegase el enemigo todo debajo de alegría y de buen color, para hacernos añadir lo que hemos sentido de Dios N. S. para hacernos desordenar y en todo desconcertar... Ceso rogando a la santísima Trinidad por la su infinita y suma bondad, nos dé gracia cumplida, para que su santísima

voluntad sintamos, y aquélla enteramente la cumplamos... De bondad pobre, Ignacio».

Volvió a insistir la inquieta y desamparada monja barcelonesa pidiendo nuevas instrucciones sobre la oración y meditación. Ignacio le contesta el 11 de setiembre 1536:

«Dos letras vuestras tengo recebidas por diversas veces; a la primera respondí, a mi parescer, largo y según rasón, la ternéis ya recibida; en la segunda me dicís lo mismo que en la primera, demptas algunas palabras, a las cuales solamente responderé en breve.

Decís que halláis en vos tanta ignorancia y poquedades, etc., lo que es mucho conoscer; y que os paresce que a éste ayudan los muchos pareceres y poco determinados; yo soy con vuestra sentencia, que quien poco determina, poco entiende... Toda meditación, en la cual trabaja el entendimiento, hace fatigar el cuerpo; otras meditaciones ordenadas..., apacibles al entendimiento y no trabajosas a las partes interiores del ánimo, que se hacen sin poner fuerza interior ni exterior, éstas no fatigan al cuerpo, mas hacen descansar, si no es por dos maneras: la primera, cuando... por ocuparse alguno en las tales meditaciones, no se acuerda de dar al cuerpo su refección natural, La segunda, a muchos acaece... que antes que hayan de dormir, por hacer excitar mucho al entendimiento, no puedan después dormir, pensando después en las cosas contempladas y imaginadas... Lo que totalmente se ha de evitar… Con el cuerpo sano podréis hacer mucho, con él enfermo no sé qué podréis...

Otra vez confirmo yo, sobre todo, que penséis que el Señor vuestro os ama, lo que yo no dudo; y que le respondáis con el mismo amor, no haciendo caso alguno de cogitaciones malas, torpes o sensuales, poquedades o tibiesas, cuando son contra vuestro querer... Porque así como no me tengo de salvar por las buenas obras de los ángeles buenos, así no me tengo de dañar por los malos pensamientos y flaquezas que los ángeles malos, el mundo y la carne me representan. Mi ánima sola quiere Dios N. S. se conforme con la S. D. M.... Quien por la su infinita piedad y gracia nos quiera tener siempre de su mano... De bondad pobre, Iñigo».

Los parisienses, camino de Venecia

Entre tanto, es de creer que Ignacio oiría hablar en Venecia de posibles contiendas bélicas entre Francisco I y Carlos V, sobre todo después que conocieron el discurso retador del emperador contra el Rey de Francia en presencia de Pablo III y de los cardenales (17 de abril 1536). Y estaría alarmado, imaginando las perturbaciones que el paso de los ejércitos

producirían en Francia e Italia; consiguientemente las dificultades de los viajeros.

De varios modos intentó avisar a sus compañeros de París, que ya él se hallaba en Venecia esperándolos. En carta (sin fecha) a fray Gabriel de Guzmán O. P., confesor de Leonor de Austria, esposa del monarca francés, le ruega gestionar lo posible en favor del Maestro Pedro Fabro y compañeros, que tienen que hacer «un camino asaz trabajoso... según las turbaciones y guerras tan crecidas en la Cristiandad». Era una manera indirecta de comunicarle a Fabro, jefe del grupo, que podían ya emprender el viaje. Lo mismo hizo luego en otra carta dirigida a su «hermana y carísima María, en París», pidiéndole que con sus influencias ayudase a «Fabro y algunos amigos... para que puedan salir de París y venir acá».

Cuando esta carta, fechada el 1 de noviembre, llegó a París, ya probabilísimamente habían salido de la capital de Francia los nueve jóvenes teólogos.

Habían antes concertado con Ignacio ponerse en camino para Venecia el 25 de enero, fiesta de la conversión de San Pablo, año 1537. Pero estalló la guerra entre Carlos V y Francisco I en agosto del 36. El francés, soñando siempre en apoderarse del Milanesado, había invadido la Saboya, y ocupado la ciudad de Turín. Tropas españolas respondieron invadiendo la Provenza y avanzando hasta Avignon, con lo que el paso de Francia a Italia quedaba interceptado, al mismo tiempo que de Flandes bajaba otro ejército imperial, amenazando caer sobre París. Todos los españoles residentes en la capital de Francia estaban expuestos a sufrir durísimas vejaciones de los franceses enfebrecidos de furor, mucho más los caminante, Fabro lo comprendió muy bien y acordó con sus amigos adelantar el viaje. Se convino en que el día de la partida sería el 15 de noviembre 1536 y, no pudiendo cruzar la frontera franco-italiana, seguirían la ruta más larga, pasando por el ducado de Lorena, que era neutral, de donde seguirían a Alemania y Suiza. Apenas se supo en la Sorbona, los doctores se sintieron ofendidos por lo mucho que estimaban a Pedro Fabro; y dos de ellos fueron a demostrarles a todos lo imprudente de semejante viaje en tales circunstancias. Uno de los doctores exclamó, «¿Pero qué oigo de ti, Fabro? ¿Tú abandonar la ciudad de París? ¿Saldrás de aquí con tanto daño de tu alma? Porque yo pienso que sin culpa grave no puedes dejarnos, siendo certísimo que aquí eres el remedio de muchos hombres y te empeñas en ir a trabajar por otros hombres con éxito incierto». Si quieres —añadía— consultaré a todos los doctores teólogos

de París, que me darán la razón. Fabro no se dejó convencer. Y en la mañanita del 15 de noviembre se pusieron en camino.

«Salieron de París —escribe Rodrigues— de esta manera: iban vestidos como los estudiantes parisienses, con hábito largo y raído; llevaban báculo en la mano, cubrían la cabeza con sombrero, pendía de los hombros un saquito de cuero, donde guardaban la Biblia, el Breviario y algunos escritos; era manifiesto a los ojos de todos el rosario suspendido al cuello; las fimbrias de la larga veste las llevaban alzadas y recogidas a la cintura por un cíngulo para que no les estorbasen al andar, pues caminaban a pie... Comenzaron el viaje exultantes de gozo, como si celebrasen una fiesta, con tanto regocijo, que parecía no pisaban el suelo. Cinco o seis días antes, algunos de los compañeros se habían adelantado con intención de esperar a los otros en Meaux (tal es, si no me engaño, el nombre de la ciudad..., que dista de París, según creo, 40.000 pasos» *(45 kilómetros)*.

Los que se habían retrasado, para distribuir a los pobres todo lo que no les era necesario para el viaje, poco antes de juntarse con los demás en Meaux, se encontraron junto a una posada, separada del camino, con unos labradores y soldados franceses, que les preguntaron: «¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde venís? ¿Adónde vais?» Callaron los de lengua española, como solían hacer en tales casos, y respondieron los franceses: Somos estudiantes de París. ¿Y de qué orden sois? ¿Carmelitas acaso, monjes o clérigos? Y como los soldados tratasen de apremiarles más, salió una viejecita diciendo: Dejadlos, dejadlos, que van a reformar algún país.

¿Qué vida hacían en el camino? Lo refiere Laínez con estas palabras:

«Cada día los sacerdotes, que eran tres —Maestro P. Fabro, Maestro M. Claudio y Maestro Pascasio— decían Misa, y los otros que éramos escolares, nos confesábamos y comulgábamos. Al entrar de la posada, la prima cosa era hacer un poco de oración (arrodillados a vista de todos, escribe Rodrigues), haciendo gracias a nuestro Señor de los beneficios recebidos; y otro poco de oración al salir; y en el comer, comíamos lo que bastaba, y antes menos que más. Entre el caminar, o veníamos rezando, o pensando en cosas de Dios, según que nos daba su gracia, o hablando de cosas buenas. Y desta manera, aunque éramos novicios en el caminar, y aunque nos llovió cuasi cada día por toda la Francia, y venimos sobre la nieve por todo el camino de Alemania; nuestro Señor por su bondad nos ayudaba y libraba de peligros; de manera que *etiam* los soldados y luteranos nos guiaban y nos hacían buena compañía».

Sigue el relato de Rodrigues: «A los que nos hacían preguntas mien-

tras atravesábamos Francia, los padres de lengua francesa respondían y trababan conversación con ellos, sacando de apuro a los españoles (exceptuando dos de éstos que conocían perfectamente la lengua francesa); Y si alguna vez recaía la conversación sobre la tierra natal, en seguida los franceses daban el nombre de su patria; los españoles, si se les interrogaba en particular, decían: somos estudiantes parisienses. Con estas respuestas se lograba que no se descubriese la presencia de españoles en el grupo»[110].

Por tierras de Lorena y de Alemania

Así llegaron hasta los límites del ducado de Lorena. Toda aquella región, según Rodrigues, estaba entonces llena de soldados franceses que pasaban hacia Bélgica, y había mucho peligro de que reconociesen a los españoles, y llevados del odio, los despojasen y apresasen. Hacia el 22 de noviembre llegarían a Verdún. Poco después tropezaron con «la fuerza mayor de ejército» junto a la ciudad de Metz. Las puertas de la muralla estaban cerradas y todas las entradas bien defendidas contra el desenfreno de los soldados. Era, pues, muy difícil penetrar en la ciudad con sólo decir que eran estudiantes parisienses, pero cuando añadieron que como tales iban en peregrinación al famoso santuario de St. Nicolas-de-Port, población situada en la ribera del Meurthe, a 13 km. de Nancy con una magnífica iglesia gótica, gloria de Lorena y centro de peregrinaciones muy concurrido, fueron admitidos sin dificultad. Allí permanecieron tres días (23 a 25 de noviembre) con un tiempo sumamente frío, hasta que, retirado el ejército, pudieron ir a visitar el santuario de San Nicolás, con espanto y admiración de la gente por tanta audacia.

Aquí se pone Rodrigues a contarnos detalladamente un suceso que le pasó a él (¿soñando o despierto?). No es la primera vez que el portugués, morbosamente obseso y temeroso de fantásticas tentaciones, refiere episodios acaecidos a uno de los compañeros, que indudablemente era él.

Desde que entran en tierras del Imperio, ya no son los franceses los que hablan, sino los españoles. Hay gente que entiende el español, y cuando no, se les habla en latín.

Reanudando el hilo de la narración nos dice el cronista Rodrigues: «Saliendo de la ciudad de Metz, llegaron al cabo de dos o tres días a una ciudad *(Strassburg?)* adicta a Carlos V, emperador y rey de España. Cuando los regidores de la ciudad tuvieron noticia de su llegada, los

[110] RODRÍGUES, p.38. Los dos españoles que conocían el francés eran Laínez y Rodrigues. Este, aunque portugués, decíase *hispanus*, según costumbre de entonces.

hicieron llamar y de hecho fueron los españoles, y les dieron cuenta de su viaje, quedándose en casa los franceses. A la pregunta de quiénes eran, respondieron que eran españoles, que habían estudiado en París y se dirigían hacia Italia con intención de visitar el santuario de Nuestra Señora de Loreto, como era la verdad. Esto mismo respondían en otras partes de Alemania. Después de oírlos, los despidieron feliz y venturosamente *(fausta ac felicites)*. Pero uno de los señores, al salir de la sala, les interpeló en latín, disertando largamente en desprecio de la peregrinación a Loreto, pero a sus razones fútiles y sin base respondieron muy bien los compañeros...

Después de algunos días llegaron a Basilea, célebre ciudad de Germania, fatigados del largo caminar, agotados por los grandes trabajos, exhaustos por el rigor del frío, los hielos y la nieve. Descansaron allí casi tres días. Y vinieron no pocos a disputar con ellos acerca de la fe. Los nuestros les resistieron intrépidamente, refutando sus errores y defendiendo estrenuamente la verdad de la santa Iglesia Romana. Esta infeliz desdichada ciudad se había apartado de la fe ortodoxa y no conservaba ni rastro del culto divino, a no ser la predicación. El templo era soberbio de una arquitectura hermosísima, pero en vez de altares e imágenes de santos, tenía muchas ruedas para hacer maromas... En ese templo yacían cubiertos con tierra los cuerpos de Zwingli (!), Ecolampadio, insignes herejes, y además Erasmo de Rotterdam»[111]. De haber hecho el viaje un año anís, hubieran podido conversar con el Rey de los humanistas sobre el momento difícil que estaban pasando la Iglesia y toda la Cristiandad, y si los peregrinos le hubieran manifestado sus deseos de reforma individual y de predicación evangélica a todos los hombres, cristianos y paganos, ¿qué hubiera pensado Erasmo? ¿Los hubiera tenido por auténticos reformadores, como aquella viejecita, que al ver cómo viajaban, exclamó: «Van a reformar algún país»?

Quizás hubiera entendido mejor que nadie el sentido de la reforma, que ellos personificaban.

De Basilea salieron hacia el Este hasta Constanza, siguiendo primera-

[111] RODRIGUES, 48. De Zwingli pudo haber algún recuerdo o lápida con su nombre, mas no su cuerpo, que fue descuartizado, tras la batalla de Kappel, y entregado a las llamas. Es interesante notar que los compañeros de Ignacio de Loyola, entrando en la catedral de Basilea, se fijan en el sepulcro de Erasmo, muerto en la noche del 11 al 12 de julio de aquel año. «En esta ciudad —anota Rodrigues— vivía entonces Karlstadt, grande y pestilente maestro de herejías, mas no hace mención de otros insignes protestantes que enseñaban en la universidad.

mente por la orilla del Rhin (corriente arriba) y luego por los límites septentrionales de Suiza. Cada día se les hacía más difícil la marcha porque montes y campos se hallaban blancos de nieve. Caminando a la buena de Dios sin camino cierto, tenían ateridos los miembros expuestos a la ventisca, y como ignoraban el alemán, lengua del país, no podían rogar nadie que les señalase la ruta, y erraban los caminos aquellos errantes viajeros, remontando colinas o bajando laderas, con la nieve hasta más arriba de las rodillas *(nive geno superante)*.

Sucedió que un día, apartándose por error de la vía verdadera, dieron con una aldea espaciosa, cuyos habitantes, si no habían abandonado del todo la fe católica, no estaban lejos de hacerlo. Era de noche y entraron en una hostería o taberna, donde la gente pasaba toda la noche en comilonas, borracherías, cantares y bailes en honor del sacerdote que poco antes había tomado mujer. Y este bravo y bizarro sacerdote casado *(bonus et egregius sacerdos)*, lleno de alegría, ciñóse al flanco una espada enorme, y hacía ostentación de ella, agitándola gloriosamente hacia atrás con la punta en alto.

A unos 16.000 pasos antes de Constanza vieron otro pueblo, cuyo pastor espiritual había también contraído matrimonio, alimentaba una copiosa grey de hijos, mostraba estar medianamente versado en letras y conocía bien su pérfida y herética secta. Entendiendo que habían llegado unos Padres, vino a su posada al anochecer, rodeado de seis o siete de los principales del pueblo, y aunque los vio cansados del camino, quiso entablar una disputa contra la fe católica, y tanto tiempo gastaron disputando, que al cabo de algunas horas, dijo el clérigo:

«En iam nox humida coelo
praecipitat, suadentque cadentia sidera caedam»[112].

Porque mañana (para usar las palabras que el pronunció) es mi voluntad que vengáis a mi casa y veáis mis libros y mis hijos *(libros et liberos meos)*. Cenemos, pues, y después de cenar volveremos al certamen. Pareció bien el consejo, pero ellos dijeron: Sentémonos todos a la misma mesa. No será así, replicaron los Padres: ¿cenar nosotros con herejes, hombres separados de la Iglesia? Jamás. Eso no lo haremos jamás. Tan grande era el celo de la fe que abrasaba sus corazones. Sonrió el sacerdote y fue a sentarse con sus amigos en otra mesa distinta de la de los Padres.

[112] «Y ya la húmeda noche —cae rápida, y los astros rodando al ocaso invitan a la cena». Virgilio, de quien son estos versos, no dice *caenam*, sino *somnos* (*Aen.* ll,8-9).

Después de la cena se renovó la disputa con tanto brío y con tanta eficacia de parte de uno de los Padres *(Laínez probablemente)* aguijoneador acérrimo del hereje, que éste, reducido al último extremo, exclamó por fin: me metiste en el saco. ¿Por qué, entonces, subrayó otro Padre, abrazas una secta que no puedes defender? Fingiendo aquél que se sentía ofendido por la respuesta, se levantó furibundo y amenazador, diciendo: Mañana os entregaré al carcelero y os mostraré si sé defender mi secta o no. Y mascullando no sé qué palabras en alemán, se marchó de la hospedería».

De Constanza a Venecia

Alegres nuestros viajeros de haber salido inmunes de aquella peligrosa situación, no se acostaron sin hacer todos oración, dando gracias al Señor de que aquellos protestantes no eran tan malos y hostiles como otros, pues al fin y al cabo se habían portado amigablemente con los que defendían públicamente el catolicismo.

La divina providencia se iba a mostrar con ellos al día siguiente muy benigna y misericordiosa. Así lo refiere Rodrigues:

«Apenas empezó a alborear, entró en la posada un hombre de prócer estatura, de miembros bien proporcionados, de suave esplendor en el rostro, de edad como de treinta años, y mirando alegremente a los padres, les dijo en alemán: Vosotros seguidme a mí. Yo seré vuestro guía en el camino. Todos, sin excepción, le siguieron inmediatamente, poniéndose a su disposición y confiando en él plenamente. El los puso fuera del pueblo y atravesando diversos caminos, en un trayecto de casi ocho mil pasos, los condujo hasta el camino real. Mientras caminaba, volvía con frecuencia el rostro con suave sonrisa hacia los peregrinos y les animaba a tener buen ánimo y no recelar engaño ni peligro alguno... Por fin aquel buen amigo, apuntando con el dedo el camino que debían seguir, con semblante alegre y con una risa suave y modesta se despidió delicadamente de ellos... Llegaron, pues, aquel mismo día a Constanza, ciudad que ya en aquel tiempo por común consentimiento se había separado de la fe católica, aunque en las afueras, junto a los muros, había un templo en el que era lícito decir Misa, a condición de que cada uno de los asistentes pagase una moneda de plata del valor de un real de Castilla. Con un frío riguroso y otras penalidades partieron de allí en dirección de un pueblo, cuyo nombre no recuerdo *(Lindau?)*... Allí los Padres entablaron la acostumbrada disputa con los herejes; y como aquéllos citasen algunas sentencias de la Sagrada Escritura, respondían los herejes que la cosa no era así, y abriendo

la Biblia que Martín Lutero tradujo del latín a la lengua alemana, consultaban el pasaje. En esas Biblias casi todos aquellos textos, con los cuales se puede refutar sus falsas doctrinas, o estaban mal traducidos, o habían sido totalmente eliminados».

Desde Constanza, ciudad alemana en el confín helvético, o si se quiere desde Lindau, nuestros peregrinos se orientaron hacia el sur. Cruzarían el cantón de los Grisones, que en aquellos días de Navidad ofrecerían grandiosos paisajes alpinos, con profundos valles entre altas montañas todas coronadas de nieve. Pasada Suiza, entrarían en Trento, cuyo príncipe era entonces el obispo y cardenal Bernardo de Cles, admirador de Erasmo; notarían que en el pueblo el idioma alemán se mezclaba con el italiano, y se regocijarían viendo las manifestaciones católicas populares. De Trento a Bassano y de Bassano hasta Venecia, se desenrollaba la cinta de una buena carretera, la que seguirían sin duda nuestros viajeros. Nada nos cuenta de las últimas jornadas el cronista a quien hemos seguido en esta relación del viaje. Como si estuviera cansado de tantos países y nombres extraños, prorrumpe en esta exclamación, dando un gran salto en el mapa: *«Ventum igitur est Venetias»*.

Era el 8 de enero de 1537. Grande fue el gozo de los recién llegados al abrazar efusivamente a su venerado padre, mentor-y maestro en el espíritu; indudablemente no sería menor el de Ignacio que los aguardaba son ansia después de tan larga separación. Los parisienses contarían las peripecias más novelescas de su viaje por tierras protestantes y entre montañas nevadas; luego con más brevedad y sencillez Ignacio les daría cuenta de las noticias que traía de Obanos, de Almazán, de Toledo, etc. Y vino en seguida la presentación de los nuevos compañeros. Fabro llevó a la presencia de Ignacio, padre espiritual de todos, las personas de tres nuevos socios, que por medio de los *Ejercicios* había conquistado en París, y se llamaban Claudio Jayo, Pascasio Broet, Juan Coduri. Con ellos el número de los votantes de Montmartre llegaba al número redondo de diez. Ignacio por su parte hizo la presentación del bachiller Diego Hoces y anunció los propósitos que tenían de agregarse al grupo los dos hermanos Diego y Esteban de Eguía.

La razón de reunirse todos en Venecia no era otra que el prepararse para el prometido viaje a Tierra Santa. Pero como las naves venecianas, que todos los años hacían esa travesía, no solían partir hasta después de Pentecostés, tenían los peregrinos medio año por delante y había que ocupar el tiempo en labores de caridad y apostolado. Por lo pronto,

quedaron todos en Venecia hasta la primavera sirviendo en los hospitales. Quiso Ignacio que los que deseaban ser apóstoles, empezasen siendo enfermeros. Para eso se dividieron en dos grupos: al hospital de los Incurables, cinco, a saber, Fabro, Javier, Laínez y otros dos; al hospital de San Juan y Pablo, el bachiller Hoces, Rodrigues, y Salmerón con otros dos.

Fabro y Hoces, que eran sacerdotes, atendían a las confesiones de los enfermos; los demás a los servicios más humildes, que eran, según refiere Rodrigues, «hacer las camas, barrer la casa, limpiar los vasos inmundos de los pobres enfermos, sacar los cuerpos de los difuntos debidamente preparados para la sepultura, en la fosa que ellos excavaban y ellos mismos cubrían religiosamente con tierra; esto hacían de día y de noche con tanta diligencia, fervor, gozo y alegría, que todos los del hospital mucho se maravillaban, y corriendo el rumor por la ciudad, venían personas principales a verlo con sus ojos».

En actos de heroísmo Francisco Javier superaba a todos, llegando, según palabras de Laínez, «con notable fervor y caridad y victoria de sí mismo hasta lamer o tragarse la sarna de uno que tenía mal francés...; cada uno hacia lo que podía, y con tanto buen odor, que dura hasta hoy en Venecia».

Disponiendo la peregrinación

Pronto la primavera se echó encima y era necesario preparar el viaje a Jerusalén. Como es bien sabido, cualquier peregrino que quisiera ser bien atendido en Palestina, debía ir asegurado con una facultad o bendición pontificia.

Con ese objeto los nueve compañeros que vinieron de París se dirigieron a la Ciudad Eterna a pie y mendigando, como tenían de costumbre, y divididos de tres en tres: en cada terna «dos escolares con un sacerdote». Quería Ignacio que se mezclasen siempre las nacionalidades, los franceses con los españoles, etc. Saldrían de Venecia quizá el 10 de marzo, siguiendo la costa del Adriático, pues el 18 de marzo por la tarde, según Rodrigues, llegaron a Ravenna, habiendo recorrido unos 200 km. La lluvia era continua *(perpetuo pluebat)* y, sin embargo, caminaban alegres sobre charcos y ciénagas, «hilares et psalmos cantantes». El 20 partirían de Ravenna y pasando por Ancona, es posible que el 22 entrasen en el santuario de Loreto. Allí descansaron dos días visitando con devoción el venerado templo de María, y por la ruta de Tolentino, Foligno y Terni, avanzaron hasta Roma, a donde entraron por el puente Milvio y la plaza

del Popolo el Domingo de Ramos (25 de marzo). El viaje fue para ellos una larga penitencia, pues vivían de limosna, ayunaban todos los días, tal vez a pan y agua, dormían en un lecho cualquiera que hallasen en los hospitales; «una vez fuimos —escribe Laínez— 28 millas en un domingo, y descalzos, y el agua algunas veces hasta los pechos... y íbamos alegres cantando salmos». Dignos discípulos de un santo admirables. Del P. Laínez nos cuenta Polanco que entró en la Ciudad Eterna con los pies descalzos.

Sólo Ignacio se abstuvo del viaje, por juzgar que su presencia podía originar estorbos en la corte pontificia, ya que en ella tenían gran influencia Juan Pablo Carafa, ya cardenal, y el Doctor Pedro Ortiz. No olvidaba que Ortiz en París lo había denunciado al Inquisidor como seductor de estudiantes, a quienes enseñaba, en retiro y soledad, doctrinas sospechosas; y en Venecia las relaciones con Carafa no habían sido muy cordiales. La autoridad del teatino había crecido mucho en la curia con el prestigio de la púrpura cardenalicia; y Ortiz, después de un breve profesorado en Salamanca, estaba en Roma como embajador extraordinario de Carlos V ante la Santa Sede. Pensó, pues, prudentemente que si él se presentaba en la Ciudad Eterna, podían esos altos personajes airear de nuevo las sospechas que antes habían concebido contra él, y la empresa de Palestina se retrasaría. Por otra parte, su presencia en Roma no era en absoluto necesaria. Por eso prefirió quedarse en Venecia, estudiando teología o asistiendo a los enfermos.

El cardenal Carafa no se preocupó de los compañeros de Ignacio, que le eran desconocidos. Hospedáronse los nueve peregrinos en los diversos hospitales de la nación de cada cual. Aunque el de Francia era S. Luigi dei Francesi, tanto los franceses como los españoles fueron caritativamente recibidos, por voluntad de algunos opulentos curiales españoles, en S. Giacomo degli Spagnuoli.

Fue para todos una gratísima sorpresa que el Doctor Ortiz, apenas supo la venida de los nueve peregrinos, fue a decirle al papa que estaban en Roma nueve teólogos parisienses, que habían hecho concebir grandes esperanzas de saber y virtud, y que viviendo en suma pobreza deseaban peregrinar a Tierra Santa. Pablo III, que siempre amó los diálogos humanísticos, respondió: Mañana mismo tráemelos aquí, y procura tú que asistan otros teólogos, pues durante la comida me será muy grato oírles disputar de alguna cuestión teológica.

El martes de Pascua, 3 de abril, los parisienses entraron en el Castel

Sant'Angclo, y sentados a la mesa del pontífice, cuándo uno y cuándo otro, iban respondiendo a las preguntas de los otros teólogos, entre los cuales descollaban fray Cornelio Muso, que brillará en Trento, y el mismo Doctor Ortiz. Terminada la disputa, se levantó de la mesa, alegre y satisfecho el papa Farnese, muy complacido de estas conferencias que tenían tanto de humanístico como de teológico.

Besáronle los pies los nueve y el Romano Pontífice con los brazos abiertos, como queriendo abrazar a todos, les dijo en latín: Con gran placer y con gran alegría de mi alma he visto tanta erudición y letra, unidas con tanta modestia. Si en algo puedo favoreceros, de buen grado os lo concederé. Replicaron ellos que únicamente le pedían su bendición con la facultad del viaje a Jerusalén. De buena gana os lo otorgo, dijo el Papa, pero añadió: creo que no llegaréis hasta Jerusalén. Habló así por que indudablemente sabía que los venecianos se disponían a la guerra contra los turcos, y éstos con mayor decisión y rapidez armaban sus flotas. También les concedió a los que de ellos aún no eran sacerdotes la facultad de ser ordenados, incluso fuera de las témporas, por cualquier obispo en tres domingos o días festivos consecutivos, y a los que ya lo eran, la facultad de oír confesiones y absolver de todos los casos reservados a los obispos. Para colmo de benevolencia, les hizo con toda espontaneidad una limosna de 60 ducados. No queriendo ser menos, algunos españoles y otros curiales aumentaron dicha cantidad hasta 210 ducados, que deberían ser empleados en los gastos de la navegación.

Vueltos a Venecia a principios de mayo, le contaron a Ignacio el feliz éxito de su viaje y la gran amabilidad con que habían sido recibidos por el Romano Pontífice y por el Doctor Ortiz, todo lo cual no pudo escuchar Loyola sin dar señales de profunda alegría y de íntima gratitud a Nuestro Señor. Este triunfo inicial en Roma superaba todas sus esperanzas[113].

Ignacio de Loyola, sacerdote

Mientras esperaban la hora de embarcarse para el Próximo Oriente,

[113] Hasta aquí la narración de Rodrigues (FN lII,78-80). Ignacio en carta a Verdolay (*Ign. Epist.* 1,121) dice 250 ducados. Cuando el viaje a Tierra Santa se demostró imposible, los ducados, que sólo en forma de pólizas o cheques habían querido recibir, fueron religiosamente devueltos a sus donadores (*Epist*.I,121). La facultad de peregrinar a Jerusalén y regresar «quando sibi placuerit», así como la de recibir todas las Ordenes sacras, están firmadas por el penitenciario mayor, card. Antonio Pucci, el 27 de abril 1537 (*Font, Doc.* 526-529).

determinaron recibir en Venecia las Ordenes sagradas aquellos que todavía no eran sacerdotes, empezando por Ignacio. El voto de pobreza que habían hecho en Montmartre lo renovaron en manos del Legado pontificio Jerónimo Verallo; Simón Rodrigues dice más *(Paupertatis castitatisque votis pie nuncupatis* y casi igual la *Autobiografía* ignaciana). E inmediatamente en la capilla doméstica del obispo de Arbe, Vicente Negusanti, recibieron el 10 de junio las Ordenes menores, y en días subsiguientes las mayores, *ad titulum sufficientis scientiae ac voluntariae paupertatis;* el 15 de junio el subdiaconado; el 17 el diaconado y el 24, fiesta de S. Juan Bautista, el presbiterado, todo —dice Laínez— «sin llevarnos ni un cuatrín ni una candela... y decía que en su vida no había hecho ordenación con tanta satisfacción suya»[114].

El 5 de julio de 1537 el Legado apostólico Jerónimo Verallo le concedía a Ignacio, en todo el dominio de Venecia, amplias facultades para celebrar Misa, predicar, confesar, administrar los demás sacramentos y leer e interpretar públicamente la Sagrada Escritura[115].

Si hasta ahora habían siempre enseñado la doctrina cristiana y predicado el Evangelio en todas partes por donde pasaban, ahora —ya sacerdotes— redoblaron su actividad apostólica y reavivaron el fervor de su celo sin aflojar en su diaria asistencia a los enfermos de los dos hospitales, el de los Incurables y el de San Juan y San Pablo. Ignacio, desde su retiro del Priorato de la Trinidad, dejaría muchos días sus libros para cooperar animosamente con sus hijos espirituales en las obras de caridad.

La pobreza evangélica con que vivían, de pura limosna y distribuyendo entre los pobres y enfermos lo que les sobraba, servía de ejemplo y edificación a todos.

Ocurrió por entonces un hecho transcendental que había de influir

---

[114] FN I,118. Salmerón, por falta de edad, no pudo recibir el presbiterado hasta setiembre u octubre del mismo año (*Salmeron Epist.* 1,574-80). Ignacio en carta a Verdolay, quien deseaba traer a la Compañía, le comunica cómo «de París llegaron aquí, mediado enero, nueve amigos míos en el Señor, y lleno de gozo le cuenta la audiencia que tuvieron con el papa, las muchas facultades y privilegios que les otorgó, y cómo han recibido en Venecia las Sagradas Ordenes, etc. «Todo esto he traído... por manifestar nuestra mayor carga y confusión, si no nos ayudamos, donde Dios N.S. tanto nos ayuda, que sin pedir ni saber, parece que todas las cosas y medios por nosotros deseados nos vienen a las manos» (*Ign. Epist.* 1118-122).

[115] *Font. Docum.* 533-34. El 3 de mayo de 1535 se le concederán en Roma a él y a sus compañeros parecidas facultades más universales *(perpetuo, ubique locorum)* con sello del cardenal Vicente Carafa (FD 538-59).

decisivamente en el nacimiento y destino de la Orden ignaciana, todavía en gestión. El itinerario vital de Loyola torció su ruta, mejor dicho, la enderezó definitivamente.

«Fue desto la causa —escribe Ribadeneira— que en el mismo tiempo la Señoría de Venecia rompió guerra con el Gran Turco Solimán, e hizo liga con el Sumo Pontífice y con el emperador don Carlos. Y estando la mar cubierta de las poderosas armadas de ambas partes, y ocupados todos en la guerra, cesó la navegación de los peregrinos... y es de notar que ni muchos años antes, ni después acá, hasta el año de mil y quinientos y setenta, nunca dexaron de ir cada año las naves de los peregrinos a Jerusalén, sino aquel año. Y era que la divina Providencia, que con infinita sabiduría rige y gobierna todas las cosas criadas, iba enderezando los pasos de sus peregrinos, para servirse dellos en cosas más altas de lo que ellos entendían ni pensaban. Y así, con admirable consejo, les cortó el hilo y les atajó el camino, que ya tenían por hecho, de Jerusalén, y los divirtió a otras ocupaciones»...

Era tradicional que todos los años en el mes de junio la nave *pelegrina* levase anclas rumbo a Palestina, pero el de 1537 —cosa insólita y extraña— no hubo un solo navío que osase zarpar hacia el Mediterráneo levantino.

¿Qué hacer en estas circunstancias? Cumplir lo que habían previsto en París. Esperar un año, y si, transcurrido este plazo, no era posible ir a Jerusalén, dirigirse a Roma.

Aunque ya sacerdotes, no habían cantado aún la primera Misa. (Ignacio, como ya veremos, la retrasó mucho más que los otros). Había que prepararse con especialísimo recogimiento y largas horas de oración. No siéndoles fácil esto en medio del tráfago y bullicio de aquella populosa ciudad, les vino al pensamiento la idea de imitar a Cristo en retirarse 40 días a la soledad. Sería esto hacia el 25 de julio. Sin alejarse mucho de Venecia, por si acaso se les abriese entre tanto alguna puerta para la navegación (aunque en la ciudad de San Marcos todos hablaban de guerra), se repartieron entre varias ciudades no lejanas: Ignacio, Fabro y Laínez a Vicenza, en cuyas afueras existía un viejo y destartalado monasterio que les sirvió de vivienda; Javier y Salmerón a Monsélice (21 km. de Padua); Rodrigues y Jayo a Bassano, compartiendo con un viejo ermitaño su casucha; Pascasio y Bobadilla a Verona; Codure y Hoces a Treviso. Querían vivir 40 días en soledad y recogimiento, conversando con Dios, orando y mortificándose.

Nos interesa particularmente conocer la vida eremítica y contemplativa que en Vicenza hizo Ignacio con sus dos compañeros aquel tórrido mes de agosto de 1537. (Pietro Bembo y Damián de Goes no recordaban otro verano más caluroso.) Oigamos de nuevo a Ribadeneira:

«Se entraron en una casilla o ermita pequeña *(San Pietro in Vivarolo)* desamparada y medio derribada, sin puertas y sin ventanas, que por todas partes le entraba el viento y el agua. Estaba esta ermita en el campo, fuera de la ciudad, y había quedado así yerma y malparada del tiempo de la guerra que no muchos años antes se había hecho en aquella tierra. Aquí se recogieron, y para no perecer del frío y humedad, metieron un poco de paja, y sobre ésta dormían en el suelo. Salían dos veces al día a pedir limosna a la ciudad, pero era tan poco el socorro que hallaban, que apenas tornaban a su pobre ermita con tanto pan para que les bastase a sustentar la vida. Y cuando hallaban un poquito de aceite o manteca —que era muy raras veces—, lo tenían por muy gran regalo. Quedábase uno de los compañeros en la ermitilla para mojar los mendrugos de pan, duros y mohosos, que se traían y para cocerlos en un poco de agua, de manera que se pudiesen comer. Y era el P. Ignacio el que de ordinario se quedaba a hacer este oficio. Porque de la abundancia de lágrimas que de continuo derramaba, tenía casi perdida la vista de los ojos, y no podía sin detrimento dellos salir al sol y al aire. Todo el tiempo que de buscar esta pobre limosna les quedaba, se daban a la oración y contemplación de las cosas divinas, porque para este fin habían dexado todas las demás ocupaciones»

No eran mucho más cómodas las ermitas solitarias, estupendas para hacer penitencia, donde se alojaron 40 días los demás. Años adelante dirá Ignacio en su *Autobiografía*, que en el tiempo que pasó en Vicenza «tuvo muchas visiones espirituales y muchas, casi ordinarias, consolaciones», al contrario de lo que le acontecía en París, donde los estudios le impedían la total entrega a la contemplación de las cosas divinas. En cambio ahora las abundantes lágrimas y las visitaciones sobrenaturales le recordaban los mejores tiempos de Manresa. Transcurridos los 40 días de vida contemplativa, se atrevieron a lanzarse a la predicación al pueblo, en lengua italiana. ¿Y cómo predicaban? Lo refiere Ribadeneira, que trató con todos ellos. Dice que un día se presentó en Vicenza Juan Codure viniendo de Treviso, y hablando con Ignacio, Fabro y Laínez, se decidieron los cuatro a salir a predicar en la ciudad al aire libre.

«Y así, en un mismo día y a la misma hora, en cuatro diversas plazas comienzan a grandes voces a llamar las gentes y a hacerles señas con los

bonetes y que se lleguen a oír la palabra de Dios. Y habiéndose congregado gran muchedumbre de gente, les predican de la fealdad de los vicios, de la hermosura de las virtudes, del aborrecimiento del pecado, del menosprecio del mundo, de la inmensa grandeza de aquel amor inestimable con que Dios nos ama... Y sin duda, quien entonces mirara el lenguaje de aquellos padres, no hallara en él sino toscas y groseras palabras que, como todos eran extraeros y tan recién llegados a Italia y se daban tan poco al estudio de las palabras, era necesario que ellas fuesen como mezcla de diversas lenguas. Mas estas mismas palabras eran muy llenas de dotrina y espíritu de Dios, y para los corazones empedernidos y obstinados, como un martillo o almádena de hierro, que quebranta las duras piedras. Y así se hizo mucho fruto con la divina gracia».

Un día en que Ignacio y Laínez yacían enfermos, les llega inesperadamente un aviso comunicándoles que Simón Rodrigues se hallaba sumamente grave en Bassano; si querían verle en vida, tenían que apresurar el viaje. Inmediatamente Ignacio manda a Laínez al hospital de Vicenza, y él, despreciando la fiebre que le consume, se lanza a caminar acompañado de Fabro; «y caminaba con tanto brío, que Fabro no le podía seguir y en el viaje recibió de Dios la seguridad de que Rodrigues no moriría de esta enfermedad; así se lo comunicó a su compañero. Y en efecto, llegando a Bassano le dio tal consuelo al enfermo, que sanó pronto».

En casos como éste, sentía Ignacio que su corazón de padre le saltaba dentro del pecho y cualquier sacrificio le parecía poco. Más que un amigo o hermano, era un siervo amoroso de todos.

Proceso y sentencia justificativa

Según se deduce de una carta de Ignacio del 24 de julio de 1537, los iñiguistas no esperaban ya aquel año alcanzar «pasaje para Jerusalén». Tenían, pues, que aguardar al año siguiente, conforme al voto hecho en Montmartre. Sobre los términos a quo y *ad quem* de esta espera disputan con tanta erudición y agudeza como superfluidad los historiadores. Cierto es que durante el año 1537 no les fue posible hallar en Venecia una nave que los transportase a Levante; e igualmente cierto es que en un mes determinado (¿en cuál?) del año 1538 se consideraron desligados del voto de ir a Jerusalén.

Tampoco sabemos en detalle cómo se substanció un proceso entablado contra Ignacio por el resentimiento y mala voluntad de algunos que le delataron como sospechoso de Alumbradismo y otras herejías, murmu-

rando de él como de un fugitivo de España y Francia, donde le habían quemado en estatua. Uno de los acusadores pudo ser el sacerdote toledano Antonio Arias, bachiller en teología por París, de donde pasó a Venecia para unirse con los iñiguistas, con los cuales hizo el viaje a Roma en 1537; mas a la vuelta se separó de ellos para siempre; murió medio loco, o loco del todo en Padua en 1560. Este, al separarse de ellos en Venecia, decía, «las cosas dellos no ser en todo verdaderas», acusándolos de «iluminados y fingidos siervos de Dios».

¿Unióse a él en la campaña denigrativa el navarro Miguel Landívar, que en París era fámulo de Francisco Javier, y que en el colegio de Sainte-Barbe, furioso por la conversión de Javier, intentó asesinar a Ignacio? Creo que no, porque en Venecia deseó entrar en la Compañía de los iñiguistas, y porque la carta que acabo de citar es casi toda contra A. Arias; es verdad que Landívar era de temperamento sumamente voluble, y aunque en setiembre de 1537 parecía sinceramente arrepentido y aun defensor de Ignacio, veremos que en Roma, al año siguiente, propalará las mismas acusaciones que poco antes corrían por Venecia.

A Ignacio le interesaba muchísimo conservar el buen nombre, porque solamente con una recomendación de fama inmaculada en vida y doctrina podía presentarse ante las más altas autoridades romanas demandando favores y aprobaciones. Acudió, pues, a su excelente amigo y admirador Gaspar de Doctis, Vicario del Legado apostólico J. Verallo, rogándole dictase una sentencia judicial que deshiciese totalmente las acusaciones calumniosas. Y el Doctor Gaspar de Doctis, auditor del Nuncio, tras larga inquisición de doctrinas y testigos, y después de oír la autodefensa del acusado (que vino a ello desde Vicenza) pudo atestiguar el 13 de octubre de 1537 la perfecta inocencia de éste con fórmulas tan categóricas y laudatorias como las siguientes: «Nos... dictaminamos que el susodicho P. Ignacio de Loyola debe ser absuelto y declarado inocente de todas y cada una de las murmuraciones frívolas, vanas y falsas, que han sido presentados a nuestro tribunal, y por las presentes letras lo absolvemos como a inocente, imponiendo silencio —como en efecto lo imponemos— a todos y cada ano de cuantos han intervenido en este proceso, al par que declaramos que el ya nombrado P. Ignacio ha sido y es sacerdote de buena y religiosa vida y doctrina sacra, como también de óptima vida y costumbres, el cual en esta ciudad de Venecia nos ha dado hasta el día de hoy buenos ejemplos de vida y de doctrina. Así lo afirmamos, pronunciamos, sentenciamos, absolvemos y declaramos del mejor modo

que podemos y debemos. *Laus Deo»*[116].

Esto es lo único que conocemos de aquel proceso. Y nos basta. Ignacio, con esta sentencia en la mano, podía comparecer tranquilo ante cualquier autoridad de Roma.

«Somos de la Compañía de Jesús» (setiembre-octubre 1537)

Volvamos un momento los ojos a Vicenza, lugar escogido por Ignacio para sus 40 días de alta contemplación y vida de penitencia. A fines de setiembre convocó a todos sus compañeros esparcidos por Monsélice, Bassano, Verona y Treviso. Pocos días antes había estado en Venecia y había vuelto con el corazón henchido de alegría, trayendo la sentencia plenamente absolutoria y encomiástica que en su favor había dictado la autoridad eclesiástica. Quería comunicársela a sus compañeros y al mismo tiempo deliberar con ellos sobre lo que deberían hacer mientras se cumplía el año de espera de la navegación.

No es fácil imaginar cómo pudieron todos acomodarse en aquel mísero y destartalado eremitorio, sin puertas ni ventanas, de San Pietro in Vivarolo. Pero el incendio de la devoción quemaba todos los obstáculos, y allí se establecieron para orar y deliberar. Es verdad que no fue sin detrimento de la salud, porque la malaria se dejó pronto sentir en Javier y Rodrigues, que tuvieron que ser hospitalizados en la ciudad.

Preparados con todo el fervor de sus almas para celebrar por primera vez el Santo Sacrificio, ya podemos figurarnos los íntimos sentimientos de humildad, de fe y de devoción con que se acercaron al altar en aquel lugar tan solitario y desamparado. Sin relevar la importancia de tal acto, nos dice simplemente Rodrigues estas breves palabras: «Algunos de los compañeros celebraron aquí su primera Misa; no Ignacio, que la celebró más tarde en Roma, y otro Padre que la dijo en Ferrara *(el propio Rodrigues, que estaría aún enfermo)*. Los dos que cayeron enfermos fueron admitidos en el Hospital de los Incurables y les tocó en suerte una sola cama, tan angosta que casi no cabían en ella y les daba ocasión de sufrir no poco... Mientras estos dos Padres se hallaban en el hospital, los demás determinaron que el P. Ignacio, Fabro y Laínez se dirigiesen a Roma»; y

[116] *Font Docum.* 535-37. Años más adelante, siendo ese juez eclesiástico gobernador de Loreto, obtuvo de S. Ignacio licencia para pronunciar los votos religiosos en la Compañía, y así lo hizo el 2 de febrero de 1556 «cum magna devotione et lacrimis», sin cambiar de hábito, ni resignar el oficio (POLANCO, *Chronicon* VII,97-98).

los ocho restantes —escribe Laínez— «deliberamos de repartimos, todavía esperando el pasaje, por diversas Universidades de Italia, por ver si Nuestro Señor se dignase de llamar algún estudiante a nuestro instituto»..

Antes de que se dispersen por varias ciudades, consignemos aquí un acontecimiento que debió tener lugar precisamente en Vicenza. Debemos a Polanco las más precisas noticias sobre la forma con que se fue desenvolviendo paulatinamente el primer germen de la Compañía de Jesús, sin tener clara conciencia los fundadores de la meta adonde iban.

En las deliberaciones habidas en Vicenza en setiembre-octubre de 1537, una de las más trascendentales fue ésta: ¿Qué responderemos a quien nos preguntare por nuestro nombre y profesión? Seguramente que sería Ignacio el que se adelantó a responder tajantemente: «Somos de la Compañía de Jesús».

> «Tomóse este nombre —asegura Polanco— antes que llegasen a Roma; que tratando entre sí cómo se llamarían a quien les pidiese qué congregación era la suya (que era de 9 ó 10 personas), comenzaron a darse a la oración y pensar qué nombre sería más conveniente; y visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro propósito sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban servir, parecióles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la *Compañía de Jesús».*

Sin apenas deliberación y sin titubeos lo aceptaron todos unánimemente. Les habría hablado Ignacio tantas veces de que Cristo era su cabeza, y ellos simplemente discípulos, compañeros y servidores de Cristo, que ahora les pareció lo más natural tomar nombre del que era su jefe y cabeza. Y aunque no pretendieran, ni mucho menos, dar a la palabra Compañía una connotación militar, pero bien sabían que en los ejércitos de entonces era cosa ordinaria designar a una compañía de soldados por el nombre del jefe que los conducía: *Compañía de Leiva, Compañía de Moncada,* etc. De todas maneras, lo que Ignacio quería acentuar no era lo de la *Compañía* —eso le importaba muy poco—, sino lo de *Jesús*. Lo primario y fundamental era ser de *Jesús*. ¿Discípulos, seguidores, compañeros? Esto último le pareció mejor. ¿Compañía de Ignacio o de Iñigo? Jamás. Solamente Jesús (y su Vicario, el Papa) había de ser Cabeza suprema, Jefe o Capitán de esta nueva Compañía.

El nombre de Jesús era el nombre con que iniciaba Loyola sus documentos y sus cartas que son millares; el nombre de Jesús lo llevaba en su corazón grabado a fuego, y no había fuerza humana que se lo pudiera

arrebatar. Por eso Polanco prosigue su narración del modo siguiente:

> «Y en esto del nombre tuvo tantas visitaciones, el P. Maestro Ignacio, de Aquel cuyo nombre tomaron, y tantas señales de su aprobación y confirmación deste apellido, que le oí decir al mismo, que pensaría ir contra Dios y ofenderle, si dudase que este nombre convenía., me dijo que si todos juntos los de la Compañía juzgasen y todos los otros, a quienes no es obligado a creer so pena de pecado, que se debía mudar este nombre, que él solo nunca vendría en ello; y pues está en *Constituciones* que, uno disenciente, no se haga nada, que en sus días nunca se mudará este nombre. Y esta seguridad tan inmovible suele tener el P. Maestro Ignacio en las cosas que tiene por vía superior a la humana».

Pronto vamos a ver cómo en la «Visión de La Storta» entendió místicamente que Nuestro Señor aprobaba y confirmaba la elección del nombre de *Compañía de Jesús* y aceptaba bajo su estandarte aquel manípulo de intrépidos combatientes.

Compañía sin connotación militarista

Antes de pasar adelante en nuestra narración, no estará de más, pararnos un momento a destruir la falsa idea de los que piensan que la Compañía de Jesús nació por una adaptación de la organización militar al monaquismo, algo así como una Orden caballeresca creada para la defensa de la Santa Sede y para la conquista de países protestantes e infieles.

Nada más falso, si por abultar lo metafórico se olvida o se deforma lo más íntimo, lo esencial, lo religioso y sobrenatural. La raíz de este error puede buscarse en el uso inveterado y frecuentísimo de llamar a S. Ignacio «soldado» y «capitán». Pero es necesario repetir una y mil veces que nunca fue soldado del ejército español, nunca fue capitán ni tuvo graduación alguna en la milicia, nunca cobró sueldo o la pensión más mínima por sur hazañas bélicas. Es verdad que combatió voluntariamente en dos guerras, primero contra los Comuneros, después contra los franceses, pero más peleó su hermano D. Martín García de Oñaz, señor de Loyola, conduciendo a veces una mesnada propia, y, sin embargo, nadie ha pensado en proclamarlo capitán o cosa parecida.

Ignacio de Loyola luchó en la guerra, no como soldado, sino como caballero, que se siente obligado en conciencia al servicio de su emperador, sin que nadie le llame a las armas; luchó en la guerra, como gentilhombre del Duque de Nájera; participó en campañas bélicas, lo mismo que

el poeta Garcilaso de la Vega, al servicio del Emperador Carlos V, Porque eso entraba en las reglas de la Caballería. Nunca por cumplir un oficio público.

Mas el nombre de *Compañía* que impuso al Instituto religioso por él fundado ¿no está diciendo que pretendió darle un significado militar? Es verdad que ese nombre figura en los diccionarios modernos con un montón de significados, entre los cuales también el de «unidad orgánica de soldados a las órdenes de un capitán». Es éste uno de sus múltiples sentidos; no el principal. A San Ignacio le importaba poco que el Instituto por él fundado se nombrase Compañía, Asociación, Congregación, Sociedad o de cualquier otro modo. Lo que llevaba en lo más hondo del alma, lo que él amaba, lo irrenunciable para él era el apellido de *Jesús*.

Nadie sabe la significación precisa del vocablo *Compañía*, si no se ir añade un complemento definitorio: Compañía *de seguros*, Compañía *de comercio*, Compañía *de navegación*, etc.

En el París que conoció S. Ignacio *Compagnia* significaba lo mismo que Colegio. En la Italia del Renacimiento la palabra *Compagnia* era sinónima de Asociación, Congregación, Confraternidad. Podría yo señalar ahora 20 hermandades y asociaciones piadosas, que llevaban en Italia el nombre de *Compagnia*, en tiempo de S. Ignacio, empezando por la *Compagnia del Divino Amore* fundada por el notario Héctor Vernazza (Génova 1497) para fomentar las obras de piedad, principalmente eucarística y la asistencia hospitalaria extendida rápidamente por otras ciudades de Italia; *Compagnia di S. Girolamo della Carità; Compagnia di Gesùran* (sodalicio laical de Módena); *Compagnia dei Santi XII Apostoli*, iniciada por S. Ignacio con el fin de recolectar limosnas para los pobres; *Compagnia della Grazia*, fundada por el mismo Ignacio para recoger a las mujeres arrepentidas (y nadie pensará que recibían una educación militar).

Recuérdese la carta que dirigió Ignacio a J. P. Carafa, cofundador de los teatinos, en la que le dice, aludiendo a dicha Orden religiosa: «La Compañía que Dios N. S. os ha dado».

No cabe duda que en aquel ambiente italiano apenas podía ocurrírsele otra palabra para designar una asociación religiosa, que la de *Compañía*. Pero no le fue necesario venir a Italia, porque hallándose en Azpeitia en 1535 parece que ya entonces habló con su sobrino Beltrán de la *Compañía* que esperaba fundar invitándole a que se incorporase a ella[117].

[117] Escribe a Beltrán: «Y porque me acuerdo que allá en la tierra me encomendaste con mucho cuidado os hiciese saber de la Compañía que esperaba...» (*Ignatii Epist*.

Cuando S. Ignacio y los primeros jesuitas tradujeron oficialmente al latín los documentos fundamentales de la Orden, no tradujeron la palabra *Compañía* por sus equivalentes militares, v. gr. *Milicia, Cohors, Logia, Manipulus*, sino por *Societas*. De igual modo los ingleses traducen: *Society of Jesus* y los alemanes *Gesellschaft Jesu*, eliminando cualquier sentido militarista.

En resumidas cuentas, lo único que me importa recalcar es que más de una vez se ha dado excesiva transcendencia al nombre de resonancia bélica y militar, dejando en la sombra la realidad religiosa y el espíritu sobrenatural que la anima. ¿Era tal vez militarista la espiritualidad del apóstol Pablo, cuando recomendaba a los Efesios revestirse de la armadura de Dios, ponerse la coraza de la justicia, embrazar el escudo de la fe, tomar el casco de la salvación y la espada del Espíritu? Lícito es y usual en la tradición literaria de la Iglesia valerse de una fraseología bélica, gimnástica, pugilística o comercial, a condición de que la cobertura verbal no asfixie y corrompa la realidad espiritual de la cosa. ¿Quién dirá que Erasmo era un soldado porque intituló su más famoso libro «Enchiridion» (puñalito) del soldado cristiano?

Teniendo esto presente, a nadie debe extrañar que los primeros jesuitas, empezando por el propio S. Ignacio en la primera «Fórmula del Instituto», los Romanos Pontífices y aquellos escritores que más fielmente interpretaron la mente del Fundador, como Polanco y Nadal, se valgan de expresiones como «milicia de Cristo», «soldados que luchan bajo el estandarte de la Cruz» y otras semejantes. Eran fórmulas metafóricas de uso en la literatura ascética cristiana desde los primeros siglos. «Militia est vita hominis» (Job 7,1).

Primera dispersión por Italia. Muerte hermosa de Hoces

A mediados de octubre de 1537, tras la deliberación de Vicenza, todos se esparcieron de dos en dos por diversas ciudades de común acuerdo. Pensaron distribuirse el campo de apostolado «divididos —dice Laínez— por las Universidades de Italia» con la esperanza de ganar para su compañía algunas vocaciones entre los estudiantes. Codure y Hoces se pusieron a trabajar activamente en Padua; Jayo y Rodrigues en Ferrara; Javier y Bobadilla en Bolonia; Broet y Salmerón en Siena. Cuatro grandes ciudades escalonadas en dirección a Roma. Parecen cuatro pequeños cuerpos de ejército estratégicamente dispuestos para atacar a una ciudad.

1,150).

Vocaciones para el nuevo instituto no se lograron, pero el ejemplo de su caridad, ascetismo y celo apostólico no dejó de producir muy estimables frutos. «En Padua, aunque al principio el suffragano *(del obispo)* por buen celo los metiese en prisión y en cadenas, donde estuvieron una noche, con tanta alegría del bachiller (Hozes), que no hacía sino reír toda la noche; pero al día siguiente, mejor informado, los soltó y los tenía como a hijos, dándoles todo el favor espiritual necesario; de manera que muchas ánimas se mudaron».

Una pérdida hubo que lamentar, la del bachiller Diego Hozes, que falleció inesperadamente. «Llegado en breve a la madurez —escribe Polanco —, recibió tempranamente del Señor el galardón de sus trabajos; y siendo un hombre de semblante poco agraciado y de color moreno, fue tanta la hermosura que brilló en su rostro después de muerto, que mirándolo su compañero el P. Codure creía ver el rostro de un ángel... Al tiempo que murió, se hallaba el P. Ignacio en Monte Cassino *(dando Ejercicios al Dr. Ortiz)*... y teniendo noticia cierta de su muerte por revelación del Señor, se dispuso a ofrecer por su alma el sacrificio de la Misa; y en el mismo comienzo, mientras decía: *Canfiteor etc., et omnibus sanctis*, tuvo una maravillosa visión mental de los santos *(admiranda visio mentalis sanctorum)*, entre los cuales resplandecía con gran hermosura el alma de Hozes. Fue tanta la consolación espiritual que inundó el espíritu de Ignacio, que durante muchos días no pudo contener las lágrimas».

En Ferrara, donde Jayo y Rodrigues se afanaban en ayudar a los pobres y en asistir a los enfermos de los hospitales, encontramos dos ilustre personajes —el Duque de Ferrara y la Marquesa de Pescara—, que se sienten conmovidos por el fervor apostólico de aquella extraña pareja de predicadores, no comparables en elocuencia con Bernardino Ochino huésped de Ferrara por aquellos días y futuro tránsfuga del Catolicismo: pero muy superiores en modestia, humildad y sumisión a Roma. En aquella corte espléndidamente renacentista el Duque Hércules II de Este, hijo de Lucrecia Borgia, fue a confesarse con el P. Jayo, recibió de sus manos la sagrada comunión y le ofreció cuantiosas limosnas para el viaje a Jerusalén, que Jayo rehusó cortésmente. La Marquesa Victoria Colonna, la mayor poetisa italiana de su siglo, amiga de Miguel Angel y protectora de capuchinos y jesuitas, conducía desde la muerte de su marido, Marqués Fernando de Avalos, una vida profundamente religiosa y espiritual. Asombrada de los prodigios de virtud y celo, realizados por aquellos dos predicadores que moraban humildemente sirviendo a los enfermos, se presentó en el hospital preguntando: ¿Quiénes son estos extranjeros? Y

escuchó del conserje esta respuesta: «Son unos santos». Según Rodrigues, allí presente, fue la hospitalera la que respondió a la Marquesa: «Son ciertamente santos, de costumbres sin mancha, vida ejemplar y maravillosa pureza de doctrina». Y fue la misma V. Colones la que los recomendó al Duque Hércules II.

Análogos eran los ministerios de asistir a los enfermos de los hospitales, enseñar a niños y personas rudas la doctrina cristiana, predicar en las plazas, oír confesiones, etc., que ejercitaban los de Bolonia, y los de Siena.

La santidad impresionó tanto a los boloñeses, que durante muchos años conservaron su memoria.

Así se mostraban hijos genuinos y fieles imitadores del gran Padre y Maestro que les había infundido su espíritu y los estaba preparando para dar forma a un Instituto nuevo y original que marcaría fuertemente su huella en la historia de la Iglesia. Entregados en cuerpo y alma a tales ministerios, se les pasó el invierno; con la primavera de 1538 otros horizontes más dilatados se abrieron ante sus ojos.

Ignacio, Fabro y Laínez, camino de Roma

¿Qué hacía y dónde se hallaba Ignacio mientras sus compañeros en los meses de invierno (11537-38) ensayaban con optimismo y alegría sus preludios apostólicos y sacerdotales en cuatro grandes ciudades?

Parece que salió de Vicenza a fines de octubre, no mucho después de los demás, y siguiendo la misma ruta que ellos —por Padua, Forrara, Bolonia, Siena— (quizá haciéndoles una visita, puesto que se le habían adelantado en el viaje) alcanzó a tomar la *via Cassia*, antigua vía consular que unía directamente a Siena con Roma. ¿Qué motivos le impulsaban a tal viaje? ¿Acaso el deseo de celebrar en Santa María la Mayor, en el altar del *Praesepe*, su primera Misa? No parece verosímil, porque todavía alimentaba la esperanza del viaje a Tierra Santa, y podría ofrecer el santo sacrificio con más devoción junto a la misma cuna de Belén. Iba a Roma, porque algún personaje de autoridad le llamaba *(vocati sumus Romam*, dirá su compañero P. Fabro). Y no le llamaban para pedirle cuenta de su vida y doctrina, porque el Dr. Gaspar de Doctis, en nombre del Legado Apostólico, le acababa de dar en Venecia el testimonio más encomiástico de su sentir cristiano y de su vida santa, imponiendo silencio a todos los murmuradores. ¿No sería más bien una amistosa invitación del Doctor Pedro Ortiz, que ardería en deseos de conocer íntimamente a aquel

estudiante parisiense, a quién él había perseguido injustamente, y a quien no había podido ver —como hubiera sido su más vivo anhelo— entre los nueve teólogos que unos meses antes habían disputado con tanta modestia como sabiduría en presencia del papa? Al oír a éstos hablar con tanta veneración del Padre y Maestro a quien seguían, la figura de Loyola se aureoló ante los ojos del Doctor Ortiz con insospechadas luminosidades. Dentro de pocos meses este eximio teólogo y diplomático abrirá toda su alma a Ignacio de Loyola, haciendo los *Ejercicios espirituales* durante 40 días en la alta soledad del monasterio Cassinense.

Larguísimo era el viaje que Ignacio con sus dos compañeros, Fabro y Laínez, hicieron a pie desde Vicenza hasta Roma; el trayecto de mayor longitud hasta Siena por línea directa, que no es la de los caminantes, alcanzaba más de 250 km.; el segundo trayecto de Siena a Roma unos 200, siguiendo la via Cassia por Monteroni, Acquapendente, Bolsena (junto al lago de su nombre), Viterbo y Vetralla. Con su mochila a cuestas caminaban animosos, expresando en su conversación los sentimientos espirituales que embargaban sus corazones. Fabro y Laínez celebraban la Misa diariamente en cualquier iglesia del camino; Ignacio comulgaba «y en todo el viaje —según refiere en su *Autobiografía*— fue visitado de Dios de manera muy particular» *(fu molto specialmente visitato da Iddio)*. Hasta que llegando al pueblecillo de La Storta, a unos 14 kilómetros de las puertas de Roma, experimentó en todo su ser una tan alta transfiguración, que creyó se le abrían las puertas del cielo, o mejor, que el cielo bajaba hasta donde él estaba orando, y tanto el Padre como el Hijo le decían palabras de dignación infinita.

La visión de La Storta

En la vida de Ignacio de Loyola éste es un punto clave, en el que hay que detenerse con reverencia. La «Visión de La Storta» ha sido comparada con la eximia «Ilustración del Cardoner» en Manresa y acaso la sobrepase en profundidad mística y ciertamente en transcendencia profética e histórica.

Desde su ordenación sacerdotal venía Ignacio preparándose para su primera Misa. ¿Podría celebrarla en Tierra Santa, junto al pesebre de Belén? Bella ilusión que le encendía suavemente las místicas hogueras de su pecho. Acudiendo a Nuestra Señora, como a medianera, no se cansaba de pedirle que le impetrase del Eterno Padre —como preparación para su primera Misa— esta gracia: «que le pusiese con su Hijo», y a éste le

rogaba con incesante súplica que le recibiese debajo de su bandera, porque el Santo no deseaba otra cosa, sino «servirle», esto es, amarle, y unirse a él de la manera más perfecta.

Con estos sentimientos llegó a la última estación de su itinerario, que era un pueblecito por nombre *La Storta*, así llamado porque la vía Cassia hacía un recodo, torciendo en aquel punto donde se paraban los carruajes de la posta, para el relevo de las caballerías, antes de entrar en Roma. Paráronse nuestros peregrinos, porque vieron a la orilla del camino una capilla o iglesita, en la que entraron para hacer oración.

Era, según Ribadeneira, «un templo desierto y solo», lugar apto para los arrobos y enajenamientos místicos.

De lo que entonces sintió en el ápice más alto de su espíritu extasiado, sabemos poco, ya que Ignacio, tan fácilmente locuaz para confesar en público y en privado sus culpas y pecados juveniles, era sobrio y reservado cuando se trataba de los extraordinarios dones y gracias con que Dios le favorecía; se contentaba con aludir a ellos cuando lo creía necesario para la formación espiritual de sus súbditos, y solía expresarse muy brevemente o por alusiones.

El primer documento escrito sobre este punto es del 23 de febrero 1544; documento absolutamente privado, que no debía leer nadie, sino su autor, ya que en él apuntaba Ignacio cada día lo que Dios le comunicaba sobre la estricta pobreza que debería imponer en las *Constituciones de la Compañía*.

Dice así:

> «Sábado.—En la oración sólita... de la meitad adelante con asaz devoción y satisfacción de ánima, con alguna muestra de claridad lúcida. Al preparar del altar (para la Misa) veniendo en pensamiento Jesú, un moverme a seguirle, pareciéndome internamente, seyendo él la Cabeza de la Compañía, seer mayor argumento para ir en toda pobreza, que todas las otras razones humana... Este pensamiento me movía a devoción y a lágrimas... Con estos pensamientos andando y vestiendo, creciendo *in cremento*... y pareciéndome en alguna manera *seer de la sanctísima Trinidad el mostrarse o el sentirse de Jesú, veniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo».*

¿Qué significa eso de «el Padre me puso con el Hijo»? Nos parecerían significar estas palabras, si no las conociéramos por otras fuentes.

Pasa un decenio y queriendo Ignacio antes de morir dejar a sus hijos

la relación de su vida, desde su conversión a Dios, y los orígenes de la Compañía de Jesús, se pone a dictar su *Autobiografía*. Y en llegando al punto que nos interesa, nos aclara lo de ponerle el Padre con el Hijo, describiendo la ocasión y las circunstancias:

> «Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir Misa, preparándose y rogando a Nuestra Señora *lo quisiese poner con su Hijo*. Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, haciendo oración en una iglesia *(ni siquiera nos dice el nombre del lugar, que sólo conocemos por conjeturas y por antigua tradición)*, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que *Dios Padre lo ponía con Cristo su Hijo*, que no tendría ánimo para dudar de esto, *sino que Dios Padre lo ponía con su Hijo»*[118].

Aquí no podemos omitir un paréntesis, en forma de glosa marginal, que añade por su cuenta el que hace de amanuense (Luis Gonçalves da Cámara). Dice así:

> «Y yo, que escribo estas cosas, dije al Peregrino cuando esto me narra-

---

[118] FN I,496-98 ¿Dónde aprendió Ignacio esta súplica: que *Dios Padre lo pusiese con su Hijo?* Indudablemente en la plegaria medieval del *Anima Christi*, que a él tanto le gustaba y que tanto la divulgó por todo el mundo por medio de los Ejercicios espirituales. Una de sus invocaciones, en los manuscritos medievales y en los impresos más antiguos, decía así: *«Et pone me iuxta te»*. Aparece así en el códice más antiguo que conocemos (el ms. Harley 2253 del British Museum) que suele datar entre los años 1314-1320. La oración del *Anima Christi* evolucionó en la Edad Media, mas la invocación *«Et pone me iuxta te»* se mantuvo intacta hasta que en algunos pocos textos de fines del siglo XV es sustituida por esta otra: «Et iube me venire ad te». Tal cambio no es uniforme ni universal hasta el siglo XVI. Ignacio solía leer en Manresa un *Libro de Horas* que había traído de Loyola. Si no era un incunable, reflejaría por lo menos un texto del siglo XV, y como en estos *Libros de Horas* nunca faltaba el *Anima Christi*, es indudable que Ignacio lo leyó y lo aprendió de memoria antes de recomendarlo en el librito de sus *Ejercicios*. Podemos dar por seguro que en ese texto del *Anima Christi* se hallaba la invocación: *«Et pone me iuxta te»*, que se le hincó hondamente en el corazón. En una traducción en verso castellano, que Ignacio fácilrnente pudo leer, porque la estampó en Alcalá (1524) un amigo del Santo, el tipógrafo Miguel de Eguía, se parafrasea *«pone me iuxta te»* en estos rudos versos:

> «Y al tiempo que muera, me llama, Señor,
> y *ponme cerca de Ti* en la tu gloria,
> porque yo pueda con mayor vitoria
> con ángeles tuyos loarte, Señor...

ba, que Laínez lo contaba con otros pormenores, según había yo oído. Y él me dijo, que todo lo que decía Laínez era verdad, porque él ya no se acordaba tan circunstanciadamente; pero que entonces cuando lo narraba, sabe cierto que no ha dicho más que la verdad».

Esto nos induce a preguntar a Laínez lo sucedido en la iglesia de La Storta; él y Fabro acompañaban a Ignacio en todo el viaje; pudieron verle en su arrobamiento y oír las palabras que tal vez les dijo luego en confianza. Pero resulta que la famosa *Epístola* escrita por Laínez el 16 de junio de 1547, que es una densa biografía del Santo, y que sirvió de fuente histórica al cronista Polanco, y al historiador Ribadeneira, y tantos otros, salta de Vicenza a Roma, sin decir una palabra de lo ocurrido en el viaje. ¿Por qué, en esa larguísima *Epístola*, dirigida a Polanco que le pedía datos para una biografía del Santo, no refiere absolutamente nada de La Storta? ¿Es que eran confidencias de Ignacio, que no deseaba se hicieran públicas sino con suma discreción?

Muerto el Santo en 1556, juzgó su sucesor en el generalato que ya le era lícito dar a conocer, para bien de todos, lo que Ignacio le había comunicado. Y así lo hizo en una serie de pláticas o exhortaciones domésticas que tuvo el año 1559 a todos los jesuitas residentes en Roma. Tuvo lugar la primera el 2 de julio «nella sala grande di casa (del GESÙ) in Roma». Hablando del nombre de la Compañía, dijo Laínez lo siguiente:

«El primer fundamento *(o causa)* de poner este nombre fue nuestro Padre, por lo que voy a decir. Viniendo nosotros a Roma por la vía de Siena, nuestro Padre, como quien tenía muchos sentimientos espirituales, y especialmente acerca de la santísima Eucaristía... me dijo que le parecía que Dios Padre le imprimía en el corazón estas palabras: *Ego ero vobis Romae propitius*. Y no sabiendo nuestro Padre qué es lo que querían significar, decía: Yo no sé qué será de nosotros, si acaso seremos crucificados en Roma. Otra vez *(poi un'altra volta)* dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz a cuestas, y el Padre Eterno al lado, que le decía: Yo quiero que tomes a este como servidor tuyo. Y así Jesús lo tomaba y decía: Yo quiero que tú nos sirvas. Y tomando, por esto, gran devoción a este santísimo nombre, quiso que la congregación se llamase: la *Compañía de Jesús»*.

Esta última frase no quiere decir que por efecto de esta visión *(mirabilem apparitionem intellectualem*, la llama Nadal) se decidiera Ignacio a dar a su fundación el nombre de *Compañía de Jesús*, puesto que lo había decidido casi dos meses antes en Vivarolo (Vicenza); solamente significa que el fundador sintió ahora una inmensa consolación,

entendiendo por vía sobrenatural que el mismo Dios aprobaba y confirmaba esa denominación.

La súplica de Ignacio se ha cumplido

De todos modos la petición mil veces reiterada *«et pone me iuxta te»* se había transformado en consoladora realidad. Persuadióse con firme certeza de que su oración había sido escuchada, cuando vio que se abrían los cielos y que con semblante amoroso venían a hablarle el Eterno Padre, envuelto en su gloria, y el Hijo con la Cruz al hombro. Lo que el Padre le dice al Hijo *(Quiero que tomes a éste por servidor)*, el Hijo se lo transmite a Ignacio *(Quiero que tú me sirvas)*, y éste lo acepta con toda su alma enajenada. Ya sabemos que en el lenguaje de Loyola *servir* es *amar*, y amor es sinónimo de *servicio*. Desde ahora Ignacio está al lado de Cristo, como Juan el discípulo amado en el Cenáculo, y abrazando la cruz y llevándola hasta el calvario, como perpetuo cireneo. Estando Cristo con él, no se arredra ante la carga y ante todo lo que ella simboliza.

Las palabras del Eterno Padre: *Yo os seré propicio en Roma* están avaladas por Laínez, que así las oyó a S. Ignacio. En igual forma las repitió Ribadeneira. Pero S. Pedro Canisio prefería esta formulación: *Yo estaré con vosotros (Io sarò con voi)* que le parecía más rica de significados. Nadal una vez sigue a Laínez y otra vez a Canisio en su forma latina: *«Ego vobiscum ero*, con lo que manifiestamente se significa —añade— que Dios nos eligió como compañeros de Jesús».

Parece que Ignacio, al ver a Cristo cargado con la cruz como en el camino del Calvario y oír las palabras alentadoras del Eterno Padre, lo que más claramente comprendió en el principio fue que habían de sufrir y llevar la cruz, pero que Dios les había de ser favorable, o sea, que los había de mirar —para usar las palabras del Misal— *«propitio* ac sereno vultu» *(Post consecr.)*.

Esto es lo que les comunicó a sus dos compañeros al reanudar la caminata; lo refiere así Ribadeneira:

> «Acabada su oración, dice a Fabro y a Laínez: —Hermanos míos, qué cosa disponga Dios de nosotros yo no lo sé, si quiere que muramos en cruz o descoyuntados en una rueda o de otra manera; mas de una cosa estoy cierto, que de cualquier manera que ello sea, tendremos a Jesucristo propicio».

Pero también entendió que Dios escuchaba su petición de estar junto

a Cristo asociado plenamente a su obra redentora y a su divina Persona. Los tratadistas de teología mística han estudiado esta visión con atención y profundidad, comenzando por el P. Diego Alvarez de Paz, un toledano que murió en Potosí el año 1620, autor de muchas y muy estimables obras de espiritualidad. En el volumen VI de sus *Obras completas*, tratando del duodécimo grado de contemplación, que es de las visiones intuitivas o puramente intelectuales, concedidas por Dios a algunos grandes santos, como S. Pablo Apóstol en su rapto al tercer cielo, o como S. Francisco de Asís en la impresión de los estigmas, escribe que en tales visiones intelectuales el vidente contempla a Cristo no confusa y oscuramente, sino *«clare et distinete, ita ui quari intuitive videatur»*, y tal fue la de S. Ignacio en La Storta.

Roma a la vista

Sostenido por sus dos compañeros, se levantaría Ignacio, arrodillado hasta entonces, y paso a paso volverían al camino que les llevaría a la Ciudad Eterna. Cuando la columbraron en la lejanía, pronunciaría Ignacio aquellas palabras misteriosas, que recordó años más tarde en su *Autobiografía:* «Veo las ventanas cerradas», queriendo significar, que allí habían de tener muchas contradicciones. Pero Jesucristo iba con ellos, en su compañía, como Capitán y Cabeza. No tenían que tener miedo a las persecuciones, ni al fracaso de sus ideales. Si el sueño de Jerusalén estaba a punto de desvanecerse como humo en el aire, el apostolado de Roma, teniendo a *Cristo propicio,* fructificará a lo largo y ancho de la Historia. En Roma está siempre el Vicario de Cristo, a quien van ahora mismo a prestarle la más rendida obediencia y a esperar sus órdenes.

Me place terminar este capítulo con las palabras de Donatien Mollat, que sintéticamente delinean el itinerario espiritual, por el que Cristo ha ido formando gradualmente a Ignacio: «El lo ha introducido en su misterio. En Loyola y Montserrat el Maestro cautivó su imaginación caballeresca, inflamando su voluntad. En Manresa, el Verbo, creador y Luz del mundo, embelesó y como refundió su espíritu. En Jerusalén, Salamanca y París, el Salvador pobre y humilde le despejó la ruta paso a paso. En la Storta el Crucificado, apretándolo contra su pecho, lo introdujo en el misterio sacerdotal del amor redentor, y le tomó el corazón para siempre. Ignacio está ya maduro para la última etapa, hacia la cual una fuerza irresistible lo empuja desde Manresa; *ayudar a las almas;* desde ahora hasta el fin de su vida va a estar en Roma estrechamente asociado al misterio de Cristo y de

la Iglesia... Cooperar en la Iglesia a la obra de Cristo, consumirse en la Iglesia al servicio de las almas rescatadas por Cristo, estar a la disposición del Vicario de Cristo, no vivir y respirar sino para procurar en la Iglesia y por la Iglesia la alabanza y gloria de Jesucristo nuestro Redentor, tal es el ideal único de Ignacio».

Ideal único de Ignacio, que bien merece ser leído y releído y hondamente meditado por cuantos deseen conocer el corazón y el espíritu de quien tenía por lema: «la mayor gloria de Dios».

CAPÍTULO XV

IGNACIO EN ROMA. PRIMERA MISA. LA BULA FUNDACIONAL

Un día del año 1537, mediado ya noviembre, tres peregrinos de habla española (Ignacio de Loyola, Pedro Fabro que, aunque saboyano hablaba bien el español, y Diego Laínez) pasaban el Tíber por el Puente Milvio y siguiendo la vía Flarninia, penetraban en la Ciudad de los papas por la Puerta del Pópulo. Vestían hábito clerical modesto y humilde. ¿Traerían recomendaciones para algún personaje romano, o vendrían confiados en la amistad de algún antiguo conocido que les había llamado en nombre de Su Santidad? Lo único que sabemos es que desde el primer momento, según parece, un caballero tan rico de virtudes como de bienes terrenos, llamado Quirino Garzoni les ofreció una casita en medio de una viña, que él poseía en la falda del monte Pincio, en un lugar intermedio entre la iglesia de los Mínimos *(Trinità dei Monti)* y la moderna Plaza de España, subiendo por la actual calle San Sebastianello, a mano izquierda, en la parte superior. Esa fue la primera casa que San Ignacio habitó en la Ciudad Eterna. El viñador Antonio testificó más tarde, que aquellos sacerdotes extranjeros vivían como santos, dormían en el suelo o sobre una estera y daban a los pobres la comida que tal vez les enviaba el amo Quirino Garzoni. ¿Cuál era el objeto de su viaje? ¿Lo sabían ellos con certeza? ¿Sería una breve etapa de su camino hacia Tierra Santa, o harían de Roma el centro de irradiación apostólica hacia el mundo?

Primeros ministerios en Roma

Nuestros peregrinos, que no sabían estar ociosos, se dieron prisa a pedir audiencia a Su Santidad y arrodillarse ante Pablo III, ofreciendo sus personas y sus actividades a cuanto les mandase el Vicario de Cristo en servicio de la Iglesia. Fueron recibidos con amabilidad e inmediatamente se les señaló el campo de trabajo. Fabro y Laínez «comenzaron luego a leer gratis en la *Escuela de la Sapiencia*, el uno teología positiva y el otro escolástica, y esto por mandado del papa; yo —es Ignacio quien habla—

me di todo a dar y comunicar exercicios espirituales a otros, así fuera de Roma como dentro. Esto concertamos por haber algunos letrados de nuestra parte, o principales».

Siempre deseó que hombres doctos nunca faltasen en la Compañía.

La Sapienza era la Universidad de Roma, que tras el *Sacco di Roma* estaba rehaciéndose y perfeccionándose. Fabro se encargó de explicar en ella algunos libros de la Sagrada Escritura, mientras que Laínez, más escolástico, tomó como base de sus lecciones la *Lectura super canone Missae* de Gabriel Biel, publicado también con el título de *Sacrae canonis Missae expositio… litteralis ac mystica»*.

Aunque aficionado a Ockham y profesor de teología en Tubinga, según la *via moderna*, G. Biel mantuvo siempre posiciones ortodoxas y fue el más intrépido defensor de la autoridad pontificia.

La actividad de Ignacio en aquel primer tiempo de Roma, ya nos lo dicho él, se centró en dar los *Ejercicios espirituales* a personajes influyentes que podrían ser palancas eficacísimas en el movimiento de reforma iniciado por Pablo III poco antes de convocar el Concilio Tridentino.

Ya hemos indicado anteriormente cómo aquel egregio cardenal veneciano, Gaspar Contarini, doctísimo en ciencias humanas y divinas, hondamente espiritual y suavísimo con todos, incomparable lumbrera de su patria y de toda la Iglesia, a cuya reforma se consagró en cuerpo y alma, presidente y animador de aquel *Consilium de emendanda Ecclesia*, que fue el primer paso hacia la reforma por todos anhelada, practicó durante treinta días los *Ejercicios* en Roma bajo la dirección inmediata de Loyola, descubriendo en ellos tan rica fuente de vida espiritual, que los copió de su mano y los llevaba siempre consigo entre sus cosas más preciadas, La santidad de Ignacio se le impuso, por lo cual se hizo uno de sus mejores amigos y trató de favorecerle ante el Pontífice cuanto pudo, según veremos.

Frecuentaba mucho el trato de Contarini el embajador de Siena ante la Santa Sede, Lactancio Tolomei de Siena, muy aficionado a los estudios humanísticos y a las lenguas antiguas, lo mismo clásicas que orientales, y como gozaba también de la amistad de Victoria Colonna y de otros del partido reformista, no es extraño que también Tolomei entrase en la intimidad de Ignacio de Loyola, en quien halló un auténtico reformador, bajo cuya dirección espiritual se puso, haciendo con él los *Ejercicios*. En la correspondencia epistolar de los primeros jesuitas figura con frecuencia el

clérigo y Doctor en medicina Iñigo López, español, cuyo celo por la salud de las almas y de los cuerpos de sus enfermos sin duda se encendió más y más en la fragua ignaciana de los *Ejercicios espirituales* en el trato diario con los Padres de la Compañía. Con éstos colaboró a la fundación de varios colegios en Sicilia.

Otros muchos de elevada condición y gran influjo social y religioso, pudieron impregnarse del amor a Cristo y a la Iglesia, fruto dulcísimo que solían conseguir cuantos practicaban los *Ejercicios* ajustándose a las meditaciones y reglas, según el método de Ignacio. En su *Autobiografía* nos cuenta éste con suma brevedad que en este tiempo «se ejercitaba ayudar a las almas... y daba Ejercicios espirituales a diversas personas en un mismo tiempo, de los cuales uno estaba en Santa María la Mayor y otro junto al Puente Sixto». Harto distantes para ser visitados por el director con alguna frecuencia.

Laínez añade algo más: «Se dieron a diversas personas los *Ejercicios espirituales*, y muchos se aplicaron a la Compañía, los cuales hoy en día están en estudio o predican y hacen buen fruto». De todos ellos tal vez el que más grata memoria, a la par de Contarini, dejó entre los compañeros de Ignacio, fue el Doctor Pedro Ortiz (¿toledano?), figura relevante por su cátedra de Biblia en Salamanca y por su cargo de agente imperial en Roma contra el divorcio de Enrique VIII. Desde que conoció íntimamente a aquel Loyola, de quien había desconfiado en París, se entregó totalmente a él, abriéndole sin tapujos el alma y la conciencia. Ignacio, que comprendió en seguida las altas posibilidades espirituales que se encerraban en aquel noble corazón, le propuso retirarse a la soledad y hacer los *Ejercicios* que él le daría. Aceptada la propuesta, ambos juntos abandonaron la ciudad en febrero de 1538 y se dirigieron a Montecassino, donde a la sombra protectora de San Benito, allí sepultado, hizo los *Ejercicios* tan a gusto y tan despacio, que empleó en ellos 40 días. No habitaban propiamente en la famosa abadía, sino en un priorato próximo por nombre Santa María de Albaneta, que dependía del gran monasterio.

Cuarenta días de meditación y examen, cuarenta días de hablar con Dios, cuarenta días de consultas y de conversaciones espirituales del Doctor Ortiz con aquel maestro de las cosas divinas, que era Ignacio de Loyola, obraron en el ejercitante una transformación, que ni él mismo sabía definir. Al cabo de los cuarenta días el Doctor era otro hombre. «Decía este excelente teólogo —según refiere Ribadeneira— que había aprendido una nueva teología cual nunca hasta entonces había venido a su

noticia». Se hubiera agregado inmediatamente a los compañeros de Ignacio, si su edad y corpulencia no le hubieran puesto obstáculos para ejercitar los ministerios propios de la Compañía. Los apuntes que tomó del libro de los Ejercicios o de las explicaciones que oyó a su maestro son de extraordinario interés para la historia textual de los mismos,

En el capítulo anterior hemos narrado la visión de Ignacio, que estando en Montecassino *oyendo* Misa (la diría probablemente el Doctor Ortiz) contempló entre los Santos del cielo el alma resplandeciente y hermosa del bachiller Hoces, que acababa de fallecer en Padua, lo cual le produjo tan inenarrable consolación, que durante muchos días no pudo contener las lágrimas[119].

Antes de Pascua, concluidos los *Ejercicios*, se volvieron de Montecassino a Roma y sucedió que inesperadamente tropezaron con un joven palentino, de Dueñas, llamado Francisco Estrada, que echado de la casa y familia del cardenal Vicente Carafa, dirigía sus pasos hacia Nápoles con ánimo de sentar plaza de soldado. Hablóle Ignacio y a las pocas palabras lo tenía conquistado para su Compañía; se lo trajo consigo a la viña de Trinità dei Monti y le dio los *Ejercicios espirituales*. Aquel mismo año entró como novicio en la Compañía y más adelante terminados sus estudios en París, Lovaina y Coimbra, se distinguió por su elocuente palabra, siendo, por confesión de Ignacio, el primer especialista en explicar la primera semana de los Ejercicios.

Cambios de domicilio

Apenas celebrada la Pascua, que aquel año de 1538 cayó el 21 de abril, todos aquellos compañeros de Ignacio que se habían quedado en el norte de Italia predicando, confesando y exhortando a las gentes a la piedad y devoción, se trasladaron a Roma, esperando que su padre y Maestro les daría consejos y les trazaría las líneas directivas para el futuro. Era preciso deliberar sobre el instituto y forma de vida que debían adoptar definitivamente, porque seguramente que ya para entonces ninguno de ellos pensaba en la posibilidad del viaje a Jerusalén. Bien sabían que Solimán el Magnífico, no contento con sus conquistas en Hungría y en los mares de Levante, arrebatándole muchas islas a Venecia, planeaba nuevas

[119] POLANCO, *Chronicon* I,62. El bachiller Diego Hozes es considerado como el primer difunto de la Compañía de Jesús, aunque ésta todavía no habla sido canónicamente aprobada.

campañas hacia Occidente. Los venecianos, más atentos a sus intereses mercantiles que a otros ideales más altos, y siempre refractarios a la guerra, preferían una política de estipulaciones y compromisos. Ilusiones que con el tiempo se iban desvaneciendo. Forzados por Carlos V y por Pablo III, se decidieron por fin, en setiembre de 1537, a unirse con el emperador y con el papa, a fin de rechazar los ataques de la Media Luna. Esta liga defensiva y ofensiva, firmada en San Pedro el 10 de febrero de 1538, era una declaración de guerra, que paralizaba la navegación comercial y hacía imposible para muchísimo tiempo el viaje de la nave Peregrina. Ignacio y los suyos tenían, pues, que renunciar definitivamente a su dorado sueño jerosolimitano.

Entran en Roma, y mientras regresa el Pontífice, que estaba entonces viajando por Italia, camino de Niza, adonde llegó el 17 de mayo para conferenciar con el emperador y con el rey de Francia, se consagran con ardiente celo a predicar y confesar con facultades, que les concedió generosamente el «Cardenal Napolitano», Vicente Carafa, *legatus Urbis*[120].

«Después de la Cuaresma (de 1538) —escribe Laínez— nos congregamos todos en Roma; y al principio estábamos en una casa cerca de la Trinidad *(Trinità dei Monti)*; y entre las dos Pascuas empezamos todos a predicar en diversas iglesias; y Maestro Ignacio predicaba en español en Sancta Maria de Monserrato; los otros en italiano tal cual; Maestro Fabro en Sant Lorenzo in Damaso; Maestro Jayo con especial satisfacción en Sant Luis; Maestro Salmerón en Sancta Lucía *(del Gonfalone?)*; Maestro Simón en Sant Angel en Pesquería; Maestro Bobadilla en una iglesia que está en Bancos; Maestro Laínez en Sant Salvador en Lauro»[121].

En esta primera casa, que tuvieron prestada en Roma, habitaron de noviembre 1537 al mes de abril de 1538. Predicaban en las iglesias y también en las plazas, o donde hubiese oportunidad, y recogían grupos de niños para enseñarles la doctrina cristiana. A los sermones de Ignacio en la iglesia de Monserrato, asistían, según escribe Polanco, «muchos varones de gran autoridad, asiduamente y con grande edificación. Yo le oí decir al

[120] El papa, después de lograr, no una paz estable entre Carlos V y Francisco I, sino tan sólo una tregua de diez años para hacer la guerra a los Turcos, regresó a su ciudad de Roma, siendo recibido con grandes festejos populares el 24 de julio.

[121] FN I,124. La iglesia en que predicaba Bobadilla era la de San Celso (via dei Banchi vecchi) no lejos del Ponte Sant'Angelo. Javier no salía entonces de casa, por su flaca salud. De Codure y Broet no tenemos noticias.

Doctor Ortiz, que se tenía por dichoso, porque jamás había perdido un solo sermón de Ignacio. Y otro teólogo, el Doctor Jerónimo) Arce, afirmaba que él a nadie había oído predicar con tan viril firmeza como a Ignacio, quien parecía cumplir su oficio *velut potestatem habens»*.

La viña y casa cedidas por Quirino Garzoni situadas en la que hoy es Vía Sebastianello n.º 11 quedaba un poco lejos de las iglesias donde predicaban, por lo cual decidieron trasladarse a una morada más céntrica, más capaz y más cómoda, que para ellos alquilaron algunos amigos. Su ubicación exacta no la sabemos, pero consta por J. Nadal en una de sus *Adhortationes Complutenses* que se hallaba «cerca de Ponte Sixto y *(de la casa)* del Doctor Ortiz». Menos de cuatro meses permanecieron en ella, porque el alquiler se acababa el 30 de setiembre de 1538. Así que en octubre hubieron de trasladarse a un viejo caserón que pertenecía a Antonino Frangipani y se alzaba junto a la Torre del Melángolo (hoy via Delfini n. 16), no lejos de la iglesia de Santa Caterina dei Funari.

La tercera residencia en Frangipani

Este tercer domicilio de Ignacio en Roma, el de la casa Frangipani, merece retener nuestra atención, porque en los dos años y medio (octubre 1538-1 de febrero 1541) que allí permaneció con sus compañeros acontecieron algunos hechos de transcendencia, como la primera misa del Santo, el hambre espantosa de la ciudad en el invierno de 1538-1539, las *Deliberaciones de los primeros Padres* sobre su forma de vida, la primera aprobación oral del Instituto de la Compañía por parte de Pablo III, la partida de Javier para las Indias y Extremo Oriente, el nacimiento oficial de la Compañía de Jesús por la bula *Regimini militantis Ecclesiae*, etc.

No estará fuera de lugar una rápida descripción guiados de la mano de Simón Rodrigues propenso a los más raros sueños y ensueños, fantasías o alucinaciones. Parece que se trataba de un caserón deshabitado porque nadie quería morar en él, pues decían las gentes que estaba hechizado o embrujado, poblado de nocturnos duendes y fantasmas, y quizá de algún diablo maligno. Quizá por eso pudo Ignacio alquilarla a bajo precio a su dueño Antonino Frangipani. Antes de que viniesen los nuevos inquilinos, se amuebló con sillas, mesas, escaños y otros accesorios. Por la noche quedó de custodio un padre (sin duda el mismo Simón Rodrigues) que cerró las ventanas y se entregó al sueño. De pronto llegó a sus oídos un estrépito asordante y un fragor horrible, pero él, sin asustarse, pensaba entre sí: «Si son ladrones, que roben lo que puedan; bien poco hallarán; si

son demonios, no podrán hacerme más daño que el que Dios les permita; hágase la voluntad de Dios». Y burlándose del diablo volvió a conciliar el sueño. Otra noche, cuando ya todos los compañeros moraban en casa, se oyó un formidable estruendo: las ollas, los cántaros, las escudillas, las jarras y todos los recipientes de barro se hacían añicos, quebrándose estrepitosamente, pero a la mañana siguiente todos los objetos se encontraban intactos en su perfecto estado. A veces, lo mismo de día que de noche, el mal espíritu golpeaba a las puertas de los aposentos; y cuando éstas se abrían, no se veía a nadie. Cuenta aquí Rodrigues otros casos igualmente fantásticos o dudosos, y entre ellos aquella tentación nocturna que rechazó Javier con violencia y efusión de sangre.

¿No será todo ello producto de la exaltada fantasía del impresionable portugués? Seguramente el relato no llegó a oídos de Ignacio, porque no cabe duda que lo hubiese despreciado con un gesto de disgusto y hubiera reprendido seriamente la creencia en esas puerilidades, o más bien senilidades femeninas de duendes y trasgos, que rozan la superstición.

De todos modos, aunque el viejo caserón estuviese infestado de brujas y demonios, pronto había de quedar exorcizado por virtud de los actos heroicos de caridad que en él se iban a practicar. Dentro de poco describiremos las llameantes hogueras de amor a Dios y a los prójimos que santificarán aquellas estancias, purificando los ámbitos y paredes de aquella casa.

«Era el año 1538 refiere Bobadilla— y hallábanse ya todos reunidos en una casa alquilada, ocupándose durante el día en predicar por las iglesias y plazas, pidiendo limosna por toda la ciudad y disputando cuatro de ellos ante el Sumo Pontífice Pablo III, el cual con mucho agrado los veía y les oía». Uno de aquellos días manifestaron a Su Santidad su antiguo deseo y propósito de viajar a Jerusalén y si esto no fuese posible de ponerse enteramente a las órdenes del Vicario de Cristo. Díjoles el papa: «por qué deseáis tanto el ir a Jerusalén. Buena Jerusalén es Italia para hacer fruto en la Iglesia de Dios». Y en regresando a casa —sigue el relato de Bobadilla—, contaron a los demás lo que Pablo III les había dicho, y en consecuencia «todos se pusieron a pensar en fundar una religión, pues hasta entonces lo que tenían en el corazón y la boca era cumplir el voto de peregrinar a Jerusalén».

Esta buena voluntad de Pablo III para con ellos encendió mucho más los ardores de su celo y el deseo de obedecer al Vicario de Cristo en cualquier misión que les encomendase. Por lo pronto el Papa Farnese los

quiso retener a su lado. Poseemos una muy larga carta de Ignacio a Isabel Rosés (Rosel o Roser), fechada el 19 de diciembre de 1538, densa de noticias, que utilizaremos luego.

He aquí algunas de sus primeras cláusulas:

> «Pusimos diligencia en sacar licencia para predicar, exhortar y confesar, la cual nos dio el legado *(Vic. Carafa)* muy copiosa, aunque en este medio dieron muchas malas informaciones de nosotros a su vicario, estorbando la expedición de la tal licencia. Después de habida, comenzamos cuatro o cinco a predicar en las fiestas y en los domingos en diversas iglesias; assimesmo a mostrar a los muchachos los mandamientos, los pecados mortales, etcétera, en otras iglesias; continuándose siempre las dos liciones en la *Sapiencia*, y confesiones por otra parte. Todos los otros predicaban en lengua italiana, y yo sólo en la española; y para todos sermones, habla asaz concurso de gentes, y sin comparación más de lo que pensábamos que hubiera, por tres razones: la primera, por ser tiempo inusitado; porque nosotros comenxamos luego pasada la Pascua dc Resurrección, cuando los otros predicadores de la Cuaresma y fiestas principales cesaban; y en estas partes solamente es costumbre de predicar en las Cuaresmas y Advientos; la segunda, porque comúnmente, pasando por los trabajos y sermones de la Cuaresma, muchos después, por nuestros pecados, se inclinan más a los descansos y placeres mundanos, que a otras símiles o nuevas devociones; la tercera, porque no tenemos juicio que elegancias ni primores n acompañan, y con todo esto tenemos juicio, por muchas experiencias, que el Señor nuestro, por la su infinita y summa bondad, no nos olvida».

Son muchos los testimonios que coinciden en aseverar que la ciudad empezó a transformarse moralmente. Esto se debió en gran parte a la enseñanza catequística y a la frecuencia de los sacramentos, de la Penitenesa y la Eucaristía, tan olvidada en tiempos pasados. Cuando uno de aquellos nuevos sacerdotes subía al púlpito de una iglesia o dirigía la palabra al pueblo desde una esquina de la plaza, la gente se preguntaba estupefacta: ¿Pero es que también los curas pueden predicar? Porque hasta entonces se creía que tal oficio era exclusivo de monjes y frailes.

Torbellinos amenazadores

Alegre y satisfecho contemplaba Ignacio la fervorosa labor de sus compañeros, cuando inesperadamente advirtió que se entenebrecía el horizonte y se levantaba contra todos ellos la más violenta tempestad que hasta entonces habían padecido. A punto estuvo de irse a pique la navecilla

en el momento en que desplegaba sus velas, y quizás hubiera efectivamente naufragado, si Cristo no hubiera cumplido su promesa de serle propicio en Roma.

El primer promotor de la tormenta fue un fraile agustino, piamontés, reconocido por todos, aun dentro de su Orden, como docto y elocuente, de palabra dulce y seductora. Llamábase Agustín Mainardi, católico en apariencia, pero en su interior redomado luterano.

Aprovechando la circunstancia de la ausencia del papa, que según queda dicho, había ido a concertar una paz firme y estable entre Francisco I de Francia y el emperador Carlos V, se ilusionó pensando que podría inocular blanda y suavemente su venenosa doctrina sin causar escándalo entre sus numerosos y entusiastas oyentes; y como quien no quiere la cosa, se atrevió a insinuar de paso en sus sermones algunas ideas de sabor luterano sobre la fe y el valor de las obras. Ya en el pontificado anterior había sido acusado por el obispo de Asti de sospechoso de herejía, pero él se querelló de sus acusadores como de malévolos y envidiosos, logrando reintegrar su buena fama, tanto que en 1538 el Vicario general de su Orden lo nombró Prior del gran convento de S. Agustín en Pavía, y ese mismo año le encomendaron la predicación de la Cuaresma en la iglesia romana de S. Agustín. El concurso de fieles fue multitudinario. Tres españoles, que estaban en la curia a la caza de beneficios, le aplaudían sin reserva: eran Francisco Mudarra, Pedro de Castilla, y el doctor Mateo Pascual, escapado de España por miedo a la Inquisición *(tres aulici homines opulenti et potentes,* según Nadal) y un tal Barrera, buen cristiano, engañado por Mudarra y que luego se arrepintió.

Se dio el caso de que también Laínez y Fabro, por curiosidad, asistieron a los sermones, y habiendo advertido muy pronto los errores, los desenmascararon en sus prédicas y expusieron con nitidez la doctrina católica sobre aquellos puntos.

Irritados los tres españoles declararon guerra sañuda a Ignacio y sus compañeros, esparciendo rumores y calumnias para desacreditarlos ante el pueblo y ante las autoridades eclesiásticas y echando sobre ellos el sambenito con que algunos querían infamar a Mainardi. Repetían que el hereje era Ignacio, condenado una y otra vez en España, en Francia, en Italia, que venía huyendo de las hogueras inquisitoriales y sembraba doquiera sus errores y perversidades. Como testigo de sus doctrinas heréticas, presentaban al navarro Miguel Landívar, cabeza alocada y tornadiza, a quien Javier y Loyola habían favorecido generosamente en París y

Venecia, y que terminó por declararse enemigo rencoroso de uno y otro.

La plebe romana empezó a desconfiar de aquellos a quienes poco ha tenia por santos, sospechando ahora que por ventura no eran sino herejes, hipócritas e impostores. Landívar presentó su acusación formal ante el gobernador de la ciudad, Benedetto Conversini (Pablo III se hallaba ausente, como queda dicho). Ignacio, sin esperar a ser llamado, hizo una visita al gobernador y le mostró una carta que Landívar le había escrito meses antes, con grandes elogios para su persona. Ahora bien, ¿quién es más digno de fe, el elogiador de ayer o el infamador de hoy? El gobernador llamó al falsario y echándole en cara la calumnia, lo desterró de Roma.

No se amedrentaron por eso los otros sicofantes y malas lenguas, que persistieron en su campaña de mentiras, logrando alejar al pueblo de los predicadores, «tanto que —según escribe Bobadilla al Duque de Ferrara— porque dos españoles hablaron contra nosotros, dexaron de venir dos escuelas de muchachos a oír los mandamientos, y así otros muchos se retraían de nuestros sermones y conversaciones; y todo esto por algunos pocos en número, que lo revolvían todo... Viendo esto... con parescer de muy grandes letrados... por levantar y quitar el escándalo que había sobre nosotros, determinamos de hacer llamar a otros tres o cuatro personas litigantes y curiales; los cual., temiendo que nosotros les buscábamos daño a sus personas... parescieron delante del legado *(card. V. Carafa)* y del gobernador *(Conversini)* y dixeron bien de nuestros sermones y de nuestra doctrina».

En efecto, a petición de Ignacio, los otros dos calumniadores Mudarra y Barrera, tuvieron que comparecer ante los jueces, y lo hicieron con cara de niños inocentes en la primera mitad de julio; su táctica consistió en proferir alabanzas del grupo ignaciano, de su celo apostólico y de su doctrina ortodoxa, a fin de engañar al gobernador y ahogar el pleito en un pozo de profundo silencio, de modo que no se hablase más de ello.

A muchos les pareció bien esta solución, incluso a los amigos de Ignacio, mas éste se opuso decididamente, repitiendo: el silencio no borra la infamia. Si se tratase de él solo, soportaría callando la humillación, pero tratándose de una vasta obra apostólica colectiva, es decir, de la Compañía de Jesús en su nacer, no era justo sofocarla entre dudas, y nieblas y sospechas, sino declarar en público y judicialmente la pura ortodoxia y la inocencia plena de aquellos que adoctrinaban al pueblo romano.

Apelar al papa no era posible porque seguía ausente de Roma, pero

sin duda, Ignacio exultó de gozo cuando el 24 de julio pudo contemplar la entrada triunfal de Pablo III en su ciudad.

En Frascati, a solas con el papa

Por medio de su fiel y devoto amigo, el cardenal Contarini, obtuvo una audiencia pontificia en Frascati, donde pasaba unos días de reposo veraniego el papa Farnese. Eran los últimos días de agosto de 1538. Larga y serenamente habló Ignacio refiriendo al Vicario de Cristo los azares y las varias vicisitudes de su vida en España, Francia y Venecia, su modo predicar, las contradicciones y cárceles sufridas, etc.

> «Hablé a Su Santidad —escribe a Isabel Roser— en su cámara a solas, bien al pie de una hora; donde hablándole largo de nuestros propósitos e intenciones, le narré claramente todas las veces que había seido preso en Alcalá y Salamanca: y esto a fin que ninguno le pudiese informar más de lo que yo le he informado, y para que fuese más movido a hacer inquisición sobre nosotros, para que en todas maneras se diese sentencia o declaración de nuestra doctrina. Finalmente, como a nosotros fuese muy necesario, para predicar y exhortar, tener buen odor, no solamente delante de Dios N. S., más aún delante de las gentes, y no seer sospechosos de nuestra doctrina y costumbres, supliqué a Su Santidad, en nombre de todos, mandase remediar, para que nuestra doctrina y costumbres fuesen inquiridos y examinados, por cualquier ordinario que Su Santidad mandase»..

Esta escena de Frascati —pequeña ciudad, sobre la antigua Túscolo, y embellecida por Pablo III— bien merece que la historia y el arte eternicen. El gran papa, ya anciano, que inició la Contrarreforma y convocó el Concilio de Trento, sentado amigablemente, «en su cámara a solas» dialoga con el Fundador de la Compañía. Pablo III con solicitud paternal quiere informarse de la vida y aspiraciones de su fiel servidor. Y éste le habla humildemente, despacio y con la precisión característica de su pensamiento y su palabra, no en español, ni en italiano, sino en latín, detalle que hace constar Polanco y que sorprenderá sin motivo a más de uno que cree conocer a S. Ignacio.

Hablar en latín ante los profesores de París que se despachaban con desparpajo en un lenguaje escolástico empedrado de barbarismos, no era problema entonces para ningún estudiante universitario; pero hablar en latín en la patria de Sadoleto y de Bembo y mantener un diálogo latino claro y correcto con un discípulo eminente —como era el papa Farnese—

del humanista Julio Pomponio Leto durante una hora, seria cosa de susto para cualquiera que no tuviese la pureza de estilo de un ciceroniano. De humanista no se gloriaba Ignacio; «elegancias y primores» —decía– no nos acompañan, pero las pocas páginas latinas que salieron ciertamente de su pluma nos revelan un latín claro y gramaticalmente correcto, sin hipérbaton retórico ni reminiscencias clásicas, como forjado más que en los autores antiguos, en los libros litúrgicos y eclesiásticos. El fundador de la Compañía de Jesús carecía de cualidades literarias, aunque estimaba mucho el humanismo por sus valores pedagógicos y formativos.

Al perorar una causa, su fuerza persuasiva era muy grande. Y esto se vio en el coloquio de Frascati, consiguiendo en seguida lo que anhelaba pues el papa «después que un rato habló, exhortándonos —y cierto, con palabras como de verdadero y derecho pastor—, *mandó con mucha diligencia al gobernador*, que es obispo y justicia principal desta ciudad, así en lo eclesiástico como en lo seglar, *que luego entendiese en nuestra causa».*

No faltaron altas recomendaciones, como las muy apremiantes del Duque de Ferrara, Hércules II, gran protector de Bobadilla y Jayo. Aquel mismo mes de setiembre se recomenzaron los interrogatorios, que duraron hasta el 20 de octubre. La sentencia plenamente absolutoria se dictó el 18 de noviembre.

Jueces de España, Francia e Italia, reunidos en Roma

¡Suceso providencial! Como si todos estos éxitos no bastaran quiso la Providencia añadir otro, totalmente imprevisto, que Ignacio recibió, como un rasgo de predilección que Nuestro Señor le daba. Ocurrió con asombro de todos que mientras se desarrollaba el proceso coincidieron en Roma las personas que habían intervenido como jueces en los procesos de Alcalá, Paris y Venecia.

> «Agora ha placido a Dios N. S. (escribe a Isabel Rosés) que nuestra causa ha seido sentenciada y declarada; sobre la cual acaeció aquí una cosa no toda fuera de admiración, es a saber; que como de nosotros se había dicho, o publicado aquí, que éramos fugitivos de nuestras tierras, y especialmente de París, de España y de Venecia, para el mismo tiempo que se había de dar la sentencia o declaración de nosotros, se hallaron aquí en Roma, nuevamente venidos, el regente Figueroa *(Doctor Juan Rodríguez de)*, el cual me prendió una vez en Alcalá y hizo proceso dos veces contra mí, y el Vicario general del Legado de Venecia *(Dr. Gaspar de Doctis)*, el cual también hizo proceso

contra mí, después que comenzamos a predicar en la señoría de Venecia; y el Dr. Ori *(Mateo Ory O. P.)*, que ansímismo hizo proceso en París contra mí; y el obispo *(sufragáneo?)* de Vincencia, donde algún poco tiempo predicamos tres o cuatro de nosotros; y así todos estos dieron testimonio de nosotros».

Todos ellos coincidieron casualmente en Roma y pudieron dar testimonio, de que todas las acusaciones lanzadas contra Ignacio en las diversas ciudades se demostraron falsas, y que el presunto reo era un hombre de gran santidad de vida, ardiente celo de las almas y purísima doctrina.

Sentencia firme y ejecutoria

La sentencia plenamente absolutoria, dictada por el gobernador general de Roma, Benedetto Conversini, decía así (en la traducción de Ribadeneira):

«Como sea de mucha importancia para la República Cristiana, que sean conocidos los que con exemplo de vida y sana dotrina, trabajando en la viña del Señor, aprovechan a muchos y edifican, y también los que, al contrario, tienen por oficio sembrar cizaña; y como se hayan esparcido algunos rumores y hecho algunas denunciaciones de la dotrina y vida, y señaladamente de los *Exercicios espirituales* que dan a otros, los venerables señores Ignacio de Loyola y sus compañeros, que son Pedro Fabro, Claudio Yayo, Pascasio Broeth, Diego Laynez, Francisco Xavier, Alonso Salmerón, Simón Rodrigues, Juan Coduri y Nicolás de Bobadilla, Maestros por Paris y presbíteros seculares de Pamplona, de Geneva, de Sigüenza, de Toledo, de Visco, de Ebredum y de Palencia... Nosotros, por lo que a nuestro oficio debemos y por lo que Su Santidad nos ha mandado, mirando esto con diligencia, hezimos información, para más plenariamente conocer esta causa... Por lo cual, examinados primero algunos que contra ellos murmuraban, y vistos por otra parte los públicos instrumentos... que contra sus acusadores fueron mostrados; y allende desto, examinados en juicio algunos testigos, en vida, dotrina y dignidad *omni ex parte maiores*..., juzgamos ser propio de nuestro oficio pronunciar y declarar..., el dicho Ignacio y sus compañeros, por las dichas acusaciones y rumores no sólo no haber incurrido infamia alguna, de hecho o de derecho, mas antes haber desto sacado mayor aprobación y testimonio de su buena vida y sana dotrina... Y por esto hemos querido dar nuestra sentencia... para serenar los ánimos de todos aquellos que, por causa destos acusadores y detractores han concebido dello alguna siniestra opinión o sospecha, pidiendo y encargando y rogando a todos los fieles... que a los dichos venerables señores Ignacio y sus compañeros les tengan y estimen por tales cuales nosotros los habemos

hallado y probado y por católicos, sin ningún género de sospecha... Dada en Roma, en nuestra casa, a 18 días de noviembre de mil y quinientos treinta y ocho años».

Cuando Ignacio leyó el documento judicial, debió de levantar los ojos al cielo, tan llenos de lágrimas como el corazón de gratitud. Doce días tarde escribiendo una carta en latín a Pedro Contarini, de Venecia, agradece sus buenos servicios, especialmente la epístola de recomendación que había dirigido al cardenal Gaspar Contarini, y le explica el porqué de su empeño en llevar el pleito a los tribunales y exigir sentencia:

«Solamente queríamos mirar por la honra, la sana doctrina y la vida intemeradas. Jamás nos preocuparemos —con el favor de Dios— de que nos tengan por indoctos, rudos, que no sabemos hablar; o de que nos llamen aviesos, engañadores e inconstantes; pero nos dolía que la doctrina que predicamos la tildasen de malsana y reputasen censurable la senda por la cual caminamos, no siendo nuestra ni la una ni la otra, sino de Cristo y de su Iglesia».

De todos modos, pasada la tormenta, respiraba tranquilo y con más altos proyectos que nunca.

«El negocio ha seido tal, que durante ocho meses enteros hemos pasado la más recta contradicción o persecución que hayamos pasado en esta vida. No quiero decir que nos hayan vexado en nuestras personas, ni llamádonos en juicio, ni de otra manera, mas habiendo rumor en el pueblo, y puniendo nombres inauditos, nos hacían ser suspectos y odiosos a las gentes».

El papa y el pueblo con Ignacio

Al tomar el papa Farnese tan firmes posiciones en defensa de aquellos «sacerdotes reformados», dio prueba de haber comprendido la obra reformadora y transformadora que iba a realizar en la Iglesia aquella todavía minúscula asociación creada por Ignacio de Loyola. Fue una de las grandes intuiciones de Pablo III, precedida poco antes por otra, no menos genial, y de gran transcendencia para la renovación eclesiástica, cual fue la «Comisión de Reforma» (1536) integrada por los cardenales Contarini, Carafa, Sadoleto, Pole, y otros altos prelados, que hicieron posible el Concilio de Trento, realzando previamente el perdido prestigio de la curia romana.

También la población de Roma se percató de que aquellos que comúnmente se decían «sacerdotes reformados» no eran como muchos que vagaban por la ciudad sin predicar jamás ni edificar a las gentes con su conducta. Los que no abrieron los ojos con la sentencia tan laudatoria del gobernador, los tuvieron que abrir cuando poco después sintieron en sus propias carnes la beneficencia y la caridad misericordiosa, traducida en medicinas, alimentos y cuidados, que Ignacio y sus compañeros derrocharon en favor de los pobres, aliviando el hambre, el frío y la enfermedad de los menesterosos y abandonados, mendigando para ellos, trayéndolos a su casa, donde les lavaban las inmundicias del cuerpo y les proveían de lo necesario.

El corazón del pueblo se volcó hacia ellos. Es del 23 de diciembre de 1539 la primera donación en favor de los jesuitas conservada documentalmente en los archivos. La noble señora romana, Fausta de Jancolini, antes de morir les deja su casa de la plaza Colonna, con todas sus dependencias y sus utensilios, enseres y muebles. El corazón de varios aristócratas romanos se conmovió de piedad. Margarita de Austria, hija natural de Carlos V, recién casada con un nieto del papa, les daba de vez en vez 200 y aun 300 ducados.

Hubo otras donaciones, más estimables en aquel momento, como el «crecer en sermones y también en muchachos», según se expresa el mismo Ignacio, porque creció la concurrencia popular a todas las iglesias en las que los «sacerdotes reformados» anunciaban la palabra de Dios; creció igualmente la asistencia de los niños a la catequesis. «Nunca han faltado dos o tres sermones en cada fiesta; asímesmo cada día dos lecciones; otros ocupándose en confesiones, y otros exercicios espirituales». Y lo que más estimaba Ignacio, y lo consigna en su larga carta del 19 de diciembre, crecía el número de valiosas vocaciones a la Compañía que estaba para nacer: «Sólo diré que hay cuatro o cinco que están determinados de ser en la Compañía nuestra, y ha muchos días y muchos meses que en la tal determinación perseveran». Hasta entonces no se atrevían a admitir nuevos seguidores, porque eran acusados de proselitismo; pero una vez declarada su inocencia de vida y de doctrina, abrieron francamente sin recelo las puertas a los que se aficionaban a su modo de vivir. Ya no disimulaban su vida en común y en identidad de ideales. «Y si no somos juntos en el modo de proceder, todos somos juntos en ánimo para concertarnos para adelante; lo cual esperamos en Dios N. S., que presto dispondrá cómo en todo sea más servido y alabado... Yo os daré aviso más a menudo de lo que pasa; que sin dubitar os digo, si os olvido, pienso de ser olvidado de mi Criador

y Señor».

De los italianos que solicitaron la entrada en la naciente Compañía, el primero fue un rico sacerdote y párroco por nombre Pietro Codacio. El fundador, que nunca había querido proponer a sus compañeros un programa de vida asociada, para no forzarlos hacia la formación de una sociedad religiosa firme y estable, se atreve a manifestarle a su devota bienhechora de Barcelona, en la carta citada, sus esperanzas ciertas de que Dios N. S. «presto dispondrá» lo que él estaba anhelando desde antiguo. Parece una clara alusión a la «Compañía de Jesús», cuyo perfil se presenta ante sus ojos todavía un poco desdibujado.

Asistencia a los hambrientos y menesterosos

A la ayuda espiritual vino a juntarse la corporal. No se interrumpió el apostolado religioso, pero se entremezcló con él, por fuerza de las tristes circunstancias, el apostolado social. Como la cosecha del verano de 1538 fue muy escasa en todo el agro romano, el rostro escuálido del hambre se asomó a todas las casas. En vano el Legado Vicente Carafa pedía insistentemente a los nobles señores de los contornos, a los Colonna, a los Orsini, a los Caetani contribuyesen a suministrar vituallas y por lo menos no estorbasen a los campesinos el acarreo del trigo a la ciudad. Los más indigentes y pobres de solemnidad eran los que más sufrían. El precio de las cosas más necesarias para la vida —el pan, la carne, el aceite, el queso, el vino— se alzaba de día en día. El invierno se presentó muy crudo, y los pobres ateridos de frío no tenían modo de calentarse Los apóstoles de la caridad que tan fervorosamente habían trabajado en los hospitales de Venecia, de Vicenza, de Ferrara, de Bolonia, de Siena y de otras ciudades del norte de Italia, se persuadieron de que para ellos sonaba de nuevo la hora de sacrificarse por el prójimo. No eran los enfermos incurables los que ahora les llamaban a su cabecera; eran más bien los que se morían de inanición tiritando de frío. No irían ahora a los hospitales públicos, sino que convertirían su ancha casa en comedor general de los pobres famélicos y en dormitorio abrigado para los que carecían de albergue y de cama. La casa Frangipani abría sus puertas a los centenares de campesinos hambrientos que invadían la ciudad en busca de algún alimento.

Los hospicios de Azpeitia y de Venecia habían servido a Ignacio de escuela práctica de caridad y beneficencia. Allí había aprendido a practicar todas las obras de misericordia. Por eso, se alegró de poder ejercitarlas en Roma a la vista de aquellos que poco antes le difamaban y mancillaban su

nombre. Todos tuvieron que cambiar de opinión, cuando le vieron con la esportilla al hombro salir a mendigar limosna para ellos.

«En aquel año de 1538 y en los primeros meses de 1539 —escribe Polanco— una gran penuria de víveres se dejó sentir en varios lugares de Italia y en la misma Roma. En las calles públicas yacían muchos pobres, muertos de hambre y de frío. Hallábase la casa de la Compañía junto a la torre que el vulgo denomina *de la Marángola*, a la cual eran llevados por los nuestros algunos pobres que yacían abandonados en la calle; y entre ellos repartían las limosnas que recogían mendigando. También procuraban proveer a los indigentes de algunos lechos en nuestra casa. Esta obra de piedad progresó tanto, que llegó a cien y luego a doscientos y a trescientos y casi a cuatrocientos el número de los que pudieron disfrutar de cama, además de albergue y fuego. Así se proveyó a los más débiles; a los más robustos se les preparaba un montoncillo de heno donde dormir.

Con orden y en suficiente cantidad dábase alimento a cada uno. Y para que no faltase el alimento espiritual, reuniéndolos en una amplia sala, algunos de los nuestros los sustentaban con el alimento de la doctrina cristiana. Y entre los hombres más piadosos y principales creció tanto la devoción de promover esta obra de caridad, que no sólo daban limosna para alimentar a los pobres, sino que ellos mismos venían a veces por la noche a nuestra casa con antorchas en las manos para contemplar esta obra de caridad que se hacía con los pobres. Y hubo uno que no teniendo a la mano nada que dar, se despojó de sus vestidos y lo dio como limosna... Así fueron sustentados *más de 3.000 de los afligidos por la pobreza,* hasta que con la cosecha de 1539 la penuria comenzó a ceder»[122].

Al ver tan inmensa muchedumbre de gentes necesitadas de todo, a las que él no podía socorrer como era conveniente y necesario, «la industriosa piedad» de Ignacio, según Polanco, excogitó una piadosa obra mucho más amplia para alimentar en adelante con más seriedad y eficacia a los pobres, pero los prudentes de este mundo le pusieron impedimentos.

[122] La importancia del socorro a tres mil pobres se entenderá teniendo en cuenta que población de Roma giraba en torno a los 40.000 habitantes. Rodrigues dice que a los pobres se les lavaba los pies, se les daba alimento, se recogía para ellos leña con que hiciesen hogueras y se les hacía aprender algunas oraciones. Semejantes cuidados se extendían a otros pobres (cerca de 2.000) dispersos por la ciudad y necesitados de todo. (*Mon. Broet... Rodrigues* p.500). Los que caían enfermos eran trasladados a los hospitales, donde no dejaban de ser asistidos. Maduro y bello es el estudio de Leturia sobre el sentido social del apostolado de Ignacio en Roma («Estudios Ignaciano», [1957] I,257-283).

Azacanados con tantas ocupaciones y trabajos, los «sacerdotes reformados» (denominación ya popular en Roma) sacaban tiempo para salir por la ciudad con el fin de predicar, oír confesiones, estimular a las monjas en sus monasterios a vivir con mayor fervor, dar Ejercicios a personas particulares, etc. El pueblo sencillo y los nobles se llenaban de admiración ante tales heroísmos, y no menos el papa Pablo III.

¿Qué podían hacer diez hombres solos, y sin organización alguna, para remediar tantas necesidades corporales y espirituales en Roma y en muchas ciudades, a las que eran llamados? Si estos pensamientos pasaron entonces como un relámpago por la mente de Ignacio, lo que netamente tuvo que ocurrírsele, fue que la única solución sería organizarse, formar una asociación estable y duradera, con estatutos fijos. Es posible que todos los compañeros tuviesen, más o menos claro y definido, ese pensamiento. Había, pues, que reunirse para deliberar sobre ello y sobre otros asuntos no menos importantes.

La primera misa de Ignacio (1538)

Retrocedamos ahora un poco a los meses del hambre y del frío. Estando ya próxima la Navidad, Ignacio se acordaría de la pobreza y el frío que la Sagrada Familia padecería en Belén. Llevado de su ternísima devoción al misterio de la Natividad, parece que había soñado, cuando recibió la Ordenación sacerdotal (24 de junio 1537) en celebrar la primera Misa en Palestina, cerca del santo lugar en que nació el Niño-Dios. Esperó año y medio con el ardiente deseo de hacer el viaje a Jerusalén, tiempo que pasó «preparándose y rogando a la Virgen que le quisiese poner con su Hijo» *(Autobiogr.)*. Mas cuando se hizo evidente la imposibilidad de la navegación a Tierra Santa, quiso ofrecer por vez primera el Santo Sacrificio en la basílica romana de Santa María la Mayor, donde se veneraba desde muy antiguo, quizá desde el siglo V, un *praesepe*, al que todos los cristianos profesaban mucha devoción, porque se decía que conservaba reliquias del auténtico pesebre de Belén.

Que ése fue el lugar escogido por Ignacio para su primera misa, y que la celebró el 25 de diciembre de 1538, lo afirma él mismo en carta del 2 de febrero de 1539 a los «señores de Loyola»:

«El día de Navidad pasada, en la iglesia de nuestra Señora la Mayor en la capilla donde está el pesebre donde el Niño Jesús fue puesto, la su ayuda y gracia dixe la mi primera misa».

En una Vida anónima del Santo, que debió de escribirse en latín hada 1567, leemos que mientras los demás compañeros se entregaban a la ayuda de las almas, «el padre Ignacio se preparaba a celebrar su primera Misa, celebración que tuvo lugar *en la noche del Nacimiento del Señor*, en Santa María la Mayor, en la capilla del pesebre, con muchos sentimientos espirituales y con ilustraciones divinas».

Desde aquel momento el santo sacrificio de la Misa será «el centro de la espiritualidad personal» de Ignacio de Loyola. Y los que conozcan el maravilloso don de lágrimas que Dios le otorgaba continuamente, casi todos los días, durante la Misa (léase su *Diario espiritual*), podrán imaginar la soberana efusión de devoción y lágrimas, suaves, ardientes, extáticas, de hondo sentido místico, que caerían sobre aquel santo sacerdote en su primera Misa.

«Su secreto de aquel momento nunca lo quiso narrar. A nosotros nos toca imaginarlo. Pero ¿cómo hacernos idea de aquel momento que constituye una cima luminosa en toda alma cristiana y en toda vida sacerdotal y cómo reconstruirla en el alma y en la vida de S. Ignacio; momento en que tal vez dones sublimes de gracia se injertaron en una voluntad, en un entender y en un sentir, ya todos de Dios, perdidamente enamorados de Dios?... Tantos años de aventuras extraordinarias y de heroísmos que le habían precedido; y toda una vida superior, desde las primeras lágrimas de un arrepentimiento insaciable en los días lejanos de Loyola; y los pasos innumerables a pies descalzos por los caminos de la tierra, y las noches de tempestad sobre el mar; y aquella mano de hidalgo tendida para pordiosear de puerta en puerta, de un transeúnte a otro; y luego, y sobre todo, los maravillosos dones de contemplación infusa que constelaron los años del Santo, las visiones corpóreas, las imágenes intelectivas y las iluminaciones más elevadas y puramente intelectuales... Todo eso lo conocemos nosotros y lo encontrarnos aquí, como una corona, en torno a la Hostia levantada por vez primera en las manos del Santo en el milagro de la Transubstanciación; mas ¿cómo hallar las lágrimas lloradas por el celebrante, lágrimas de ternura y de exultación, de gratitud y de amor?».

Las deliberaciones de 1539. Voto de obediencia

Hemos dicho arriba que el 18 de noviembre de 1538 el gobernador de Roma dictó sentencia absolutoria en el pleito que Ignacio y los suyos habían querido entablar contra el calumniador Miguel Landívar y otros

españoles, que repetían como loros, pero maliciosamente, los estribillos infamantes que aquél cantaba a sus oídos.

Pocos días después, agradecidos los de la Compañía al Romano Pontífice, que tanta bondad les había mostrarlo y en cuyo favor había acelerado la resolución del pleito, se postraron a sus pies y le entregaron lo mejor y más valioso que poseían, es decir, toda su propia vida, a fin de que el papa, como señor de toda la mies de Cristo, dispusiese de sus personas como mejor le placiese, a mayor gloria de Dios y servicio de la Iglesia, en lo cual no hacían sino cumplir lo que habían prometido en los votos de Montmartre, para el caso fiable en que la peregrinación a Tierra Santa resultase completamente irrealizable.

Pablo III, que los conocía perfectamente y que por lo mismo sabía apreciarlos en su auténtico valor de sacerdotes doctos y de apóstoles abnegados, deseó quedarse con ellos en Roma, donde la necesidad de renovación espiritual era tan manifiesta. «No quiso que pasasen a Tierra Santa —dice Polanco—, sino que quedasen para servir a Dios y a la Iglesia en estas partes».

«Nos respondió —testifica Bobadilla— que su voluntad era que por algún tiempo estuviésemos en esta ciudad y fructificásemos a gloria de Dios» (así en carta del de julio). Lo hicieron en verdad, de mil amores, pero cada día llegaban más frecuente, peticiones de obispos, de príncipes, de embajadores, que conociendo la transformación religiosa y moral que se notaba en todas las ciudades donde estos operarios apostólicos predicaban con la fuerza persuasiva de la palabra y con la santidad de la vida, suplicaban a Ignacio les mandase alguno de su compañía para algunas semanas o para varios meses, o mucho más, para tierras lejanas, como las Indias.

Esta dispersión individualista ¿no sería peligrosa para conservar la fraternidad de los espíritus, el estilo apostólico, la unidad de método y la vinculación corporativa que hasta ahora unía estrechamente a todos? La dispersión de las personas ¿no traería cambios substanciales en el Instituto que estaban empezando a formar? Antes de emprender las diversas misiones que les encomendaría el Vicario de Cristo, había que deliberar seriamente delante de Dios sobre la forma de vida que deberían seguir en lo futuro.

Esto lo acometieron en la primavera de 1539. Reunidos en su casa de Frangipani (junto a la Torre del Melángolo) con el fin de hallar la voluntad y beneplácito divino, Ignacio suplicó a todos que en negocio de tanta

importancia, cual era la esencia, la estructura y el porvenir de la asociación que estaban constituyendo, implorasen en sus oraciones con el mayor fémur la ayuda, la gracia y la inspiración de Dios, pues no deseaban otra cosa que consagrar sus vidas a la mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia.

Así lo hicieron desde el principio día tras día en sus deliberaciones. Estas duraron desde mediados de marzo hasta el 24 de junio. Durante el día (sin perjuicio de los ministerios con los prójimos y de la ayuda de los pobres) pensaban, reflexionaban maduramente, investigaban y pedían luz y auxilio del cielo. Por la noche se juntaban para comunicarse las ideas, examinar las razones de cada cual, ventilar los varios puntos de vista y discutir serenamente los diversos pareceres. En la primera noche se planteó esta cuestión: Después que ya hemos consagrado toda nuestra vida a Cristo y a su Vicario en la tierra, para que éste disponga de nosotros y nos envíe adonde él juzgue será mayor fruto, ¿será conveniente que todos nos mantengamos perfectamente unidos, formando un solo cuerpo, aunque estemos dispersos por varias partes, o no?

La deliberación no debió de ser muy larga, porque se vio pronto la convergencia de todas las opiniones en ésta: Es necesario perseverar en la unión y caridad que hemos guardado hasta ahora y reforzarla cada vez más, estableciendo una verdadera *Congregación durable*, no separándonos por cuenta propia, puesto que la unión da más fuerza y eficacia al apostolado, y ayuda a la virtud. Suponiendo, claro está, la aprobación de la Sede Apostólica. El acuerdo fue perfecto, *consentientibus omnibus*, según Laínez. Tal respuesta significaba que todos querían una congregación duradera que no desapareciese con la muerte de ellos. A esto les movía, entre otros motivos, el ver que se suscitaban vocaciones de gente selecta, deseosa de imitar su modo de vivir. Sabían además que el papa deseaba mandar a varios de ellos a diversas partes, y que príncipes y obispos pedían miembros de la Compañía para sus respectivos países; lo cual podía provocar una desbandada y aun desaparición total, que solamente en forma de congregación podía evitarse.

Resuelta fácilmente la primera cuestión, se procedió otra noche a la segunda mucho más dificultosa y delicada: Esta congregación de clérigos, que hemos probado, ¿deberá convenirse en una Orden religiosa, añadiendo a los votos de pobreza y castidad, que hicimos en Venecia, un tercer voto de obediencia al superior que elijamos entre nosotros? Es curioso que en este punto, que tan característico había de ser de la Compañía de Jesús, vacilaron y titubearon largo tiempo sus fundadores. Pero nótese que no

cuestionan la obediencia, sino el voto de obediencia. Después de muchos días de oración al Señor implorando su luz y gracia, no acertaban a resolver la duda, aunque tentaron no pocos caminos y soluciones. Decían unos: ¿no será más conveniente retirarnos a un desierto y allí en la soledad durante 30 ó 40 días consagrarnos a la meditación, a los ayunos y penitencias a fin de que Dios se digne iluminarnos? Otros simplificaban la respuesta: Bastará que tres o cuatro, en nombre de todos, y en completo aislamiento, obren de igual modo y con el mismo fin. Otros preferían no salir de la ciudad, sino pasar en ella la mitad del día ocupados en meditaciones, oraciones, razonamientos, reservando la otra mitad para los acostumbrados ejercicios de predicar y oír confesiones.

Fueron tantos los argumentos en favor de la permanencia en la ciudad, que prevaleció esta solución. Mas no bastaba orar y conferir entre sí las opiniones. Había que proceder con absoluta pureza de intención y con plena indiferencia, despojándose de toda afición desordenada, sin afectarse más a un extremo que a otro, es decir, había que observar los seis puntos y cuatro reglas que se proponen en los Ejercicios «para hacer buena y sana elección» (n. 178-188).

Así lo hicieron. Se discutieron maduramente los pros y los contras, hasta que por fin, implorada la luz divina, optaron todos por la afirmativa con absoluta unanimidad, *«non per plurium vocum sententias, sed nullo prorsus disidente»*, concluyendo que lo más conveniente y necesario era prestar obediencia a uno de ellos. «En la fiesta de S. Juan Bautista todo se terminó y se dio por concluido con suavidad y amigable concordia de los ánimos».

Con el mismo método y con el mismo espíritu sobrenatural se examinaron y aprobaron otros puntos básicos del naciente Instituto, que se unieron al documento anterior a manera de epílogo, y que pueden condensarse en tres temas de capital importancia: interpretación del voto de obediencia al Romano Pontífice; manera y tiempo de enseñar el catecismo a los niños; duración vitalicia del Prepósito general.

Fórmula primera del naciente Instituto

No habían terminado aún las *Deliberaciones* de 1539 cuando el Romano Pontífice, apremiado por príncipes, cardenales y otros prelados, tuvo que disponer de los nuevos apóstoles, formados por Loyola, dispersándolos en todas direcciones a fin de que predicasen la palabra divina y reencendiesen el fervor cristiano del pueblo. En todas partes eran

recibidos Como nubes de lluvia fecundante tras larga temporada de sol achicharrador. Se preveía cambio de clima.

El 20 de junio Fabro y Laínez, partieron para Parma y Piacenza. No muchos días más tarde Codure sale para Velletri, Bobadilla para Nápoles, Jayo para Brescia y Bagnoreggio, Broet y Rodrigues para Siena, donde había que reformar el monasterio de los SS. Próspero e Inés, de monjas benedictinas[123].

Si las piedras fundamentales sobre las que se estaba construyendo el edificio de la Compañía se dispersaban por todas las naciones, sería muy difícil, por no decir imposible, que la construcción se mantuviese en pie. Mientras se preparaba la aprobación solemne del Romano Pontífice, era preciso redactar con precisión las formas canónicas que le habían de dar consistencia, trazar las Reglas prácticas para la vida común y empezar a pensar despacio, y con la participación de todos, en el *Corpus* o Monumento jurídico de las Constituciones. Todos dieron por buenas las razones de Ignacio y le autorizaron para dar los primeros pasos.

Con el consejo de sus compañeros, Loyola, quieto en Roma, se puso a redactar cinco capítulos fundamentales, que podrían ser un primer esbozo de las Constituciones de la Compañía de Jesús.

No le costó mucho al Fundador cumplir esta primera tarea legislativa. En *cinco capítulos* con claridad y precisión trazó las líneas esenciales de la nueva Orden. Allí nada falta: ni el nombre (irrenunciable) de Compañía de Jesús, ni la obediencia absoluta al Vicario de Cristo, ni la autoridad vitalicia del General, ni la universalidad de los ministerios apostólicos, ni el propósito de predicar el Evangelio a todo el mundo entre fieles e infieles, a mayor gloria de Dios. Luego daremos un largo extracto, al hablar de la bula de confirmación de la Compañía.

Al terminar la redacción de esta Fórmula, que es el primer bosquejo de lo que había de ser la Compañía, trazado con maestría por la mano del fundador, y que bien merece ser denominada la *«Magna Charta Societatis Iesú»*, que se perfilará después, pensó Ignacio que el primero, a quien debía mostrarla, era el Romano Pontífice, cuyo parecer sería decisivo.

Le mostró primeramente el documento al más respetado de los cardenales, Gaspar Contarini, que si en todo momento se había demostrado amigo devotísimo de Ignacio, en esta ocasión le prestó el mayor servicio y

[123] POLANCO, Chronicon I,80-87, *Monum. Broet… Rodrigues* p.509. Pronto alargarán su radio de acción: Fabro a Alemania, España y Portugal: Salmerón y Broet a Irlanda; Rodrigues a Portugal; Javier a la India.

la más fina prueba de amistad, porque después de leer los cinco capítulos que abocetaban el Instituto de la Compañía, se presentó con ellos ante el papa que veraneaba en su castillo de Tívoli y se los leyó atentamente, haciéndole ponderaciones de la persona de Ignacio y del Instituto que planeaba. Pablo III lo oyó con satisfacción, como se infiere de la siguiente esquela que el 3 de setiembre de 1539 el mismo Contarini escribió desde Tívoli a Ignacio:

«Reverendo Don Ignacio. Ayer, por manos de vuestro español M. Antonio (de Araoz), he recibido los capítulos juntamente con una cédula del reverendo Maestro del sacro palacio *(T. Badia)*. Hoy he estado coa nuestro Señor; y además de la petición que le he hecho verbalmente, he leído a Su Santidad todos los cinco capítulos, que le han satisfecho a Su Beatitud en gran manera y benignísimamente los ha aprobado y confirmado. El viernes volveré a Roma con Su Beatitud y se dará orden con el reverendísimo Ghinucci, que se haga el Breve o la Bula. Me encomiendo en vuestras oraciones. Saludad a nuestro M. Lactancio *(Tolomei)*. De Tívoli a 3 de setiembre 1539».

Simón Rodrigues nos cuenta que Pablo III, elevando la mano y haciendo la señal de la cruz sobre el documento leído por Contarini, pronunció estas solemnes palabras: *«Benedicimus, laudamos et approbamus»*.

Nadal pone en labios del papa esta exclamación: «El espíritu de Dios está aquí» *(Spiritus Dei est hic)*, que Ribadeneira cambió en esta forma: *Digitus Dei est hic*. El documento fue entregado a fray Tomás Badia O.P., Maestro del sacro palacio, a fin de que examinase cuidadosamente la Fórmula. Así lo hizo y al cabo de dos meses su respuesta fue: «No encuentro en el nuevo Instituto nada que no sea piadoso y santo».

Escollos imprevistos

Todo parecía bogar viento en popa. Pero de pronto las olas empiezan a encresparse. A juicio del cardenal Guinucci, secretario de los Breves pontificios, la aprobación debía hacerse en forma de Bula, no de Breve; tenía, pues, que llevarse a la Cancillería, no a la Secretaria. Lo más grave de aquella embarazosa situación provenía del cardenal Jerónimo Guinucci, que tropezó en algunos puntos discutibles y no digamos de aprobación. La nueva Orden religiosa presentaba algunas facetas nuevas, más gratas y aceptables a erasmianos y protestantes, que a católicos; por ejemplo, la exclusión del coro y del canto en el Oficio divino; cosa contraria a toda la

tradición monástica desde los tiempos más antiguos, en la cual coincidían no pocos personajes autorizados, que no concebían al monje sino cantando en el coro. Tampoco le satisfacía la supresión de ciertas penitencias, obligatorias por regla. Un tercer escollo que Guinucci no acertaba a eludir era el voto especial de obediencia al Romano Pontífice. Si todos los fieles cristianos, y particularmente los religiosos, están obligados a obedecer al papa, ¿no era superfluo este voto de la nueva Orden religiosa?

Al escuchar las explicaciones que se le dieron, muchos creyeron que Guinucci se inclinaba a contemporizar, especialmente cuando personajes amigos de Ignacio y parientes del cardenal, como el embajador de Siena, Lactancio Tolomei, trataron de vencer su resistencia, aproximándolo a la opinión favorable de Contarini. Esfuerzo inútil.

Entonces intervino el papa nombrando otro cardenal que hiciese de árbitro entre los dos partidos. Ese fue Bartolomé Guidiccioni. Gozaba de la plena confianza del papa Farnese y era un hombre prudente y anciano, de gran piedad y rectitud, de mucha ciencia canónica y experiencia de gobierno, austero consigo mismo y de severidad catoniana con los de más. Tal nombramiento fue fatal para Ignacio, porque Guidiccioni llevaba en la cabeza desde antiguo una idea fija. Mirando en toda la Iglesia la necesidad de renovación que tenían las Ordenes religiosas, excesivamente numerosas, concibió un plan de reforma que consistía en suprimir casi todas, que se hallaban en decadencia, reduciéndolas a cuatro: de Ordenes Mendicantes, solamente los dominicos y franciscanos; de las no mendicantes, tan sólo cistercienses y benedictinos. Hablarle de crear una Orden nueva, era destruir su proyecto.

El grandioso edificio que Ignacio estaba construyendo año tras año, con tantas fatigas y tanta paciencia, se le desmoronaba de repente, cuando ya lo tenía próximo al feliz coronamiento. ¿Qué hacer en tan desesperada situación? El fundador acudió a todos los medios humanos y divinos.

Buscó recomendaciones en todas las ciudades y naciones por donde habían pasado sus hijos. Todos ellos por su virtud y su celo se habían captado las simpatías del pueblo y de las autoridades más altas. De toda, partes llegaron a Roma testimonios de la transformación moral y espiritual que obraban aquellos «sacerdotes reformados». ¿Cómo se les iba a prohibir admitir sujetos que continuasen con el mismo espíritu su apostolado, tan rico en frutos de salvación y tan esperanzador para el mañana?

El cardenal Guidiccioni se doblega

Tanto el Duque de Ferrara como su embajador no se cansaban de encomiar ante el cardenal Guidiccioni el heroísmo de aquellos hombres santos y la regeneración que habían conseguido de una sociedad, corrompida poco antes por los vicios del paganismo. A nadie —dirá Ignacio años adelante—, a nadie debemos tanto como al duque Hércules II de Ferrara y a su hermano el Cardenal Hipólito de Este, que se esforzaron en recomendar con elocuencia y calor la obra reformadora y apostólica de la Compañía, ante las más altas jerarquías romanas. Las autoridades de Parma, a instigación de Laínez y Fabro, se comportaron de la misma manera. Constanza, esposa del Conde de Santafiora, que como hija del Pontífice gozaba de gran influencia, se movió también a interceder en favor de la Compañía.

A las súplicas del arzobispo de Siena, Francisco Bandini, y del cardenal Ferrero, legado de Bolonia, se unieron las voces más altas e influyentes del rey Juan III de Portugal, de Carlos V y de Francisco I.

Al ver que se organizaba contra él un frente de batalla tan poderoso, el testarudo Guidiccioni se asustó un poco, mas no retrocedió. Disculpóse diciendo que en aquel negocio no todo dependía de él; y que si bien los cinco capítulos presentados al papa por Ignacio respiraban justicia y santidad, había motivos para oponerse a la creación de una religión tan singular y nueva.

A fin de vencer una batalla tan reñida, Ignacio puso en movimiento a todos sus escuadrones, para que a fuerza de plegarias, ayunos y otras penitencias, lograsen del cielo propicio lo que de los hombres no podían. El mismo, en nombre de todos los sacerdotes de la Compañía, prometió celebrar 3.000 misas, según Laínez (y más de 3.000, según Polanco), misas, que se repartieron entre todos. Francisco Javier escribía desde Lisboa: «Las misas que por el cardenal Guidiccioni se han dicho de nuestra parte son doscientas y cincuenta, después que de Roma partimos fasta agora. Placerá a Dios nuestro Señor, que en las Indias acabaremos las que restan».

Guidiccioni se dio finalmente por vencido, pero poniendo condiciones. Daba su consentimiento a la aprobación de la bula, con tal que en ella se limitase el número de los profesos, que no debía pasar de 60, mientras el tiempo no demostrase que el aumento redundaría en provecho de la Iglesia. Sabemos que el corazón de Guidiccioni no tardó en cambiar, convirtiéndose pronto en un gran amigo, y favorecedor entusiasta de los

jesuitas, y es muy natural que el buen cardenal aprobaría la concesión de Pablo III de ampliar indefinidamente el número de los profesos. ¿Cuándo? Nos atreveríamos a decir que en el año 1543. En agosto de 1542 escribía Ignacio ponderando la gran benevolencia de Guidiccioni para con la Compañía. Y en fecha posterior que no podemos precisar, quizá al año siguiente, aseveraba: «Su Santidad ha ampliado el número de la Compañía nuestra esta semana, que, donde antes, en la concesión de la bula, era restringido el número de 60, ahora es indeterminado»[124].

A la solemne bula de confirmación del Instituto de la Compañía de Jesús sirven de título —-como es usanza universal— las primeras palabras: *Regimini militantis Ecclesiae* (27 sept. 1540). Se firmó en Roma, en el palacio papal junto a San Marcos, residencia de Pablo III en el estío. Un himno de acción de gracias al Señor brotó jubiloso de las gargantas y de los corazones de todos los jesuitas. Dentro de la Compañía se celebró festivamente, como un inolvidable acontecimiento histórico, durante años y siglos.

La bula fundacional (27 de setiembre de 1540)

Con la bula *Regimini militantis Ecclesiae* Pablo III se adjudicaba un título más de gloria para su glorioso pontificado, que marca el inicio de una nueva época en la Historia de la Iglesia. La nueva Orden religiosa que, a la evocación del Pontífice, surgía con ímpetu juvenil dispuesta a participar en todos los frentes de batalla que se le presentaban entonces a la Iglesia de Cristo, lo mismo entre fieles que entre infieles, lo mismo con los sabios que con los niños y personas rudas, uniría su nombre para siempre con el nombre del papa Farnese.

Formaba el cuerpo principal de la bula pontificia aquella *Fórmula primera* que había sido aprobada en Tívoli por Pablo III en 1539, ligeramente retocada, y que ahora tras una breve introducción, venía a decir:

> 1. «Cualquiera que bajo el estandarte de la Cruz pretenda militar como soldado de Dios en nuestra Compañía, que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, sirviendo solamente al Señor y al Romano Pontífice, su Vicario en la tierra, después del solemne voto de perpetua castidad, persuádase que es miembro de una Compañía fundada principalmente *para*

[124] *Ignatii Epistolae* I,251. Se hizo por la bula «Iniunctum nobis» (14 de marzo 1543), en *Constitutiones S. I.* vol I,81-86. Las 60 personas se entendió siempre de Profesos que hace cuarto voto de obediencia al Romano Pontífice.

aprovechar a las almas en la vida y doctrina cristiana, para propagar la fe por medio de la pública predicación y el ministerio de la palabra de Dios, Ejercicios espirituales y obras de caridad y singularmente para instruir a los niños y a los rudos en las verdades del Cristianismo, y para consolar espiritualmente a los fieles oyendo sus confesiones. Procuren todos tener siempre ante los ojos primero a Dios, y después la naturaleza de este Instituto, que es un camino para llegar a él, y proponga con todas sus fuerzas alcanzar este fin que Dios le propone, cada uno según la gracia que el Espíritu Santo le comunicare... En manos del Prepósito o prelado que hemos de elegir, estará el señalar a cada uno su grado y el distribuir los oficios que debe ejercitar, para que se guarde el concierto necesario en toda comunidad bien formada.

Este Prepósito, con el consejo de sus compañeros, tendrá autoridad de establecer en congregación Constituciones conducentes a la consecución del fin que nos hemos propuesto, siempre a mayoría de votos, en la congregación. Este consejo o congregación se hará en las cosas más graves y perpetuas por la mayor parte de toda la Compañía, que el Prepósito podrá cómodamente convocar, y en las menores y transitorias por todos aquellos que estén presentes en el lugar donde reside nuestro Prepósito, en cuyas manos estará todo el derecho de mandar.

2. Sepan todos los compañeros y recapaciten diariamente no sólo en los comienzos de su profesión, sino en toda la vida, que toda esta Compañía y cada uno de sus miembros militan por Dios bajo la fiel obediencia de nuestro santísimo señor el papa y de los demás romanos pontífices, sus sucesores. Y aunque el Evangelio nos enseña y por la fe ortodoxa sabemos y firmemente confesamos, que todos los fieles cristianos están sujetos al Romano Pontífice, como a Cabeza y Vicario de Jesucristo; sin embargo, para mayor humildad de nuestra Compañía, para más perfecta mortificación de cada uno y abnegación de nuestras voluntades, juzgamos en sumo grado conducente obligarnos a esto con voto particular, además del vínculo común de todos los cristianos; de suerte que, sin tergiversaciones ni excusas, estemos obligados a cumplir, en cuanto nos sea posible, todo lo que el actual pontífice romano y sus futuros sucesores nos mandaren para bien de las almas y propagación de la fe en cualesquier provincias adonde nos quiera enviar, bien sea a los Turcos y a cualesquiera otros infieles, bien a las partes que llaman Indias, o a países de herejes, cismáticos o de fíeles cristianos...

3. Todos hagan voto de obedecer al Prepósito de la Compañía en todas las cosas que pertenecen a la observación de esta nuestra Regla. Y él mande lo que crea oportuno para alcanzar el fin que Dios y la Compañía le han señalado. En su gobierno se acordará siempre de la benignidad, mansedumbre y caridad de Cristo, y de la norma que dan San Pedro y San Pablo. Y tanto él como sus consejeros miren asiduamente a esa norma. Y

tengan por especialmente recomendada la instrucción de los niños y gente ruda en la doctrina cristiana y enseñanza de los diez mandamientos y en otros semejantes rudimentos de la religión, como les parecerá más oportuno según las circunstancias de personas, lugares y tiempos. Muy necesario es que el Prepósito y sus consejeros cuiden con especial vigilancia de este ministerio, pues el edificio de la fe no puede surgir en los prójimos sin fundamento y en los nuestros existe el peligro de que cuanto fueren más doctos, quizá rehúsen más este trabajo, como menos brillante a primera vista, siendo así que ninguno hay tan fructuoso, ya para edificar a los prójimos, ya para que los nuestros ejerciten las virtudes de la caridad y humildad.

4. Conociendo por experiencia que la vida es tanto más agradable, pura y edificante, cuanto más apartada de cualquier sombra de avaricia y más semejante a la pobreza evangélica; y sabiendo que Nuestro Señor Jesucristo ha de suministrar lo necesario para el sustento y el vestido a sus siervos que sólo buscan el Reino de Dios, hagan todos y cada uno voto de perpetua pobreza, declarando que ni en privado ni comunitariamente, podrán recibir bienes inmuebles, o rentas, o entradas o derechos civiles para el sustento y uso de la Compañía; sino que todos se contentarán con el uso de las cosas que les den para satisfacer las necesidades de la vida.

Esto no obstante, pueden tener en las Universidades, uno o más colegios que posean rentas, censos o posesiones que se aplicarán a los usos y necesidades de los estudiantes, reteniendo el Prepósito y la Compañía el gobierno omnímodo y la superintendencia sobre dichos colegios y estudiantes, en lo que toca a la elección de superior o superiores y estudiantes, a su admisión, recepción o exclusión de los mismos, a la ordenación de estatutos para la instrucción, erudición, edificación y corrección, gobierno y cuidado de los mismos estudiantes; para el modo de distribuirles el sustento y vestido... Estos estudiantes, después de manifestarse aprovechados en espíritu y letras, una vez probados suficientemente, podrán ser admitidos en nuestra Compañía.

5. Todos los nuestros ordenados *in sacris,* aunque no posean beneficios o rentas eclesiásticas, están obligados a decir el Oficio divino, en particular y no en común, según el rito de la Iglesia.

Estas son las cosas que, con el beneplácito de nuestro señor el pontífice Pablo III y de la Sede Apostólica pudimos explicar, como en esbozo, acerca de nuestra profesión. Lo hicimos sumariamente para responder por escrito a los que desean informarse de nuestra profesión y a los venideros que, si Dios lo quiere, serán imitadores de nuestro género de vida».

Copiada así la *Fórmula* o sumario del Instituto, añade Pablo III al fin de la bula: «No hallando en lo que antecede nada que no sea piadoso y santo... Nos, en virtud de nuestra autoridad apostólica, por tenor de las

presentes y de ciencia cierta, aprobamos, confirmamos, bendecimos y con ello de perpetua firmeza corroboramos todas y cada una de las cosas antedichas; y a los miembros de la Compañía los recibimos bajo nuestra Protección y de la Santa Sede apostólica. Dado en Roma, junto a la iglesia de San Marcos, año 1540 de la Encarnación, 27 de setiembre, sexto de nuestro pontificado».

Desde aquel momento la Compañía de Jesús tenía existencia canónica. Ignacio, que la había concebido en Manresa 18 años antes, de una manera incierta, vaga e imprecisa, la veía ahora firmemente moldeada y perfilada por las manos del Vicario de Cristo. Le parecía soñar. O mejor dicho, le parecía que el sueño de tantos años se le convertía en realidad palpable, resplandeciente y exuberante de vida.

Breve paréntesis de orden familiar

El 2 de febrero de 1539 Ignacio de Loyola se sentía contento y satisfecho por haber salido triunfante del proceso en el que el gobernador d, la ciudad, después de oír a testigos autorizadísimos, venidos de diversos países, dictó sentencia absolutoria de Ignacio y sus compañeros, y condenatoria de Mudarra, Landívar y otros calumniadores. Deseando manifestar su alegría, paz y esperanza de mejores sucesos, escribió una carta a «los señores de la casa de Loyola», sin saber que Don Martín, su hermano, había fallecido el 29 de noviembre del año precedente. Cuando se enteró —muy tardíamente— de su defunción, dirigió a la esposa del difunto una carta consolatoria «a mi en Cristo N. S. hermana, doña Madalena, señora de Loyola», aliviando su dolor con motivos sobrenaturales y ofreciéndole una Misa en altar privilegiado.

«No debemos llorar —decía— donde él se goza, ni tristar donde él se alegra», sino que hemos de vivir en esta vida, de forma «que en la otra vivamos para siempre. Y, cierto, hago entero juicio que desto ternéis entera persuasión, porque siempre os conocí temerosa de Dios N. S.». Termina suplicándola «nos ayudéis con obras y con vuestras oraciones a una empresa que, a gloria de Dios, hemos tomado..., sobre lo cual me remito a la carta de vuestro hijo Beltrán». Ignoramos si estas letras llegaron a manos de la destinataria, pues doña Magdalena de Araoz, recibidos los santos sacramentos a fines de octubre de 1539, pagó también su tributo a la naturaleza uno de aquellos días.

Le llegó la triste noticia (Ignacio profesó siempre sincero afecto hacia doña Magdalena de Araoz) por medio de su pariente Antonio de

Araoz, a quien contestó diciéndole: *«Si el que dio a mi tía* (propiamente «cuñada») *la vida, se la ha quitado, sea en todas las cosas bendito; pues no es menos santo, ni menos bueno... cuando nos hiere, que cuando nos regala y hace gracias; cuando envía la enfermedad y la muerte que cuando nos da la salud y la vida; principalmente, que tanto y no más deben amarse éstas y aquéllas, cuanto agradan a su sapientísima y rectísima voluntad»*.

La dispersión de los compañeros. La misión de Irlanda

La dispersión de aquel Colegio apostólico empezó aun antes de que se concluyesen las *Deliberaciones* de 1539. Al enviarlos como misioneros por lejanos países, Pablo III había visto en sus corazones el fuego del Espíritu Santo que abrasaba sus almas y les infundía santidad de vida y anhelos de evangelización.

De Parma, de Piacenza, de Velletri, de Nápoles, de Brescia, de Bagnoreggio, de Siena, de Venecia, de Padua, de Verona, etc., venían voces de los obispos y de las autoridades civiles, que ponían por las nubes con palabras de singular encarecimiento la increíble labor de apostolado religioso que realizaban los predicadores llegados de Roma.

De Italia pasaron a otras naciones y países más lejanos. La primera «misión estrictamente pontificia» fue la de Alfonso Salmerón y Pascasio Broet, enviados como Nuncios Apostólicos a la isla de San Patricio, oprimida por los ingleses, que intentaban difundir en ella los errores anglicanos. Quiso el papa ayudarlos y consolarlos, para lo cual nombró legados suyos a dos jesuitas, que fueron Salmerón y Broet. Estos en unión con el notario apostólico Francisco Zapata, que luego fue también de la Compañía, aunque por breve tiempo, zarparon de Flandes hacia Escocia, a donde llegaron al finalizar el año 1541, tocaron las costas inglesas y entraron en Irlanda. No les fue posible hacer otra cosa en aquella católica isla que enseñar la doctrina cristiana a niños y gente ruda, como les había mandado Ignacio. Tan difícil era la situación de los católicos irlandeses, sometidos a las violencias cismáticas de Enrique VIII, que se llegó a poner a precio las cabezas de los que venían a predicar la fe romana, y Pablo III, comprendiendo que la sazón no era oportuna para una misión romana, llamó a sus legados. Estos hubieran querido detenerse algún tiempo en Escocia, pero la oleada protestante que inundaba el país y las turbulencias religiosas hacían imposible cualquier misión de paz. Así que regresaron a Francia, y de allí, caminando a pie, los dos Nuncios apostólicos se

dirigieron a Roma. Desde Edimburgo habían enviado una larga carta al cardenal M. Cervini, contándole la situación lamentabilísima de Irlanda (9 de abril 1542).

Entre tanto el Beato Pedro Fabro, todo dulzura y suavidad, dejaba de predicar a los alemanes de Worms, Spira y Ratisbona, para enderezar sus pasos a Castilla, y Aragón, acompañando al Doctor Ortiz. Volverá a Alemania en 1542, y retornará a la Península Ibérica en 1544. Murió prematuramente en Roma el 1 de agosto 1546 y fue beatificado en 1872.

Apuntaba ya la primavera de 1540 cuando vemos que parte de Roma la primera misión a tierra de infieles. La idea procedió de aquel Diego de Gouveia, que en el colegio parisiense de Santa-Bárbara había conocido a Ignacio, Javier, Fabro y Rodrigues. Como agente del rey de Portugal, cuya voluntad de enviar misioneros a la India le era bien conocida, escribió a nuestro Padre, según testimonio de Ribadeneira, «que si tendrían por bien de ir todos o parte dellos, a predicar el Evangelio a la India oriental. Nuestro Padre respondió que ellos harían lo que el Vicario de Cristo nuestro Señor les mandase; y que de su parte estaban aparejados a cualquier cruz. etc. Recibida esta respuesta, el doctor Govea escribió al rey de Portugal, que ciertos hombres de tal calidad se habían levantado en el mundo, los cuales juzgaba que eran muy a propósito para la conversión de tanta gentilidad... El rey mandó a don Pedro Mazcarenas (Mascarenhas), que era su embajador en Roma, que tratase este negocio con nuestro Padre..., y que suplicase de su parte a Su Santidad que mandase a lo media docena dellos (no habiendo entonces más que los diez)... y que en esto metiese todo el calor posible. Hizo su oficio el embaxador con nuestro Padre, el cual respondió que ellos estaban a la obediencia de su Santidad, y que un par dellos podían ir; y haciendo don Pedro mucha fuerza para que fuesen seis, dixo nuestro Padre, —«Jesús, señor Embaxador, *¿y que quiere vuestra Señoría dexar para el resto del mundo?* N fin, Su Santidad mandó que dos, los que al Padre y a sus compañeros pareciese». Los escogidos fueron Nicolás de Bobadilla y Simón Rodrigues. Llamado Bobadilla de Calabria, donde estaba predicando, llegó el 14 de marzo tan enfermo con fiebre de Malta, que no pudo emprender el viaje, pues el embaxador urgía. Para sustituirle fue elegido Francisco Javier. La elección de Javier por Ignacio no fue un mandato. Ignacio no era entonces aún superior suyo. Tenía solamente la comisión del papa de elegir dos misioneros para la India. En el primer nombramiento, Javier no entraba. Ignacio pensó en Bobadilla, pero Dios tenia predestinado a Javier.

«Javier, ésta es vuestra empresa»

Al transmitirle Ignacio la voluntad, no le impone un mandato: «Partid para la India, ése es vuestro destino». Más amigablemente le da palabras de aliento: «Esta es vuestra empresa». Lo cuenta Ribadeneira en sus Actas. «Nuestro Padre, que estaba malo en la cama, llamó al Padre maestro Francisco Javier y díxole: —*Maestro Francisco; ya sabéis cómo por orden de Su Santidad han de ir dos de nosotros a la India, y que habíamos elegido por uno a maestro Bobadilla, el cual por su enfermedad no puede ir, ni el embaxador aguardar que sane; esta es vuestra empresa*. —Entonces el bendito Padre, con mucha alegría y presteza respondió: —*Pues, ¡sus! heme aquí*. Y así luego aquel día o el siguiente, remendando ciertos calzones viejos y no sé qué sotanilla, se partió con tal semblante, que en fin bien se vía que Dios le llamaba para lo que habemos visto... Y quiero aquí decir lo que el Padre maestro Laínez me ha contado, y es que en el tiempo que andaban los Padres por Italia por hospitales, etc., dormían juntos el Padre Francisco y el Padre maestro Laínez; y algunas veces, despertándose el Padre Francisco, le decía: *Jesús ¡qué molido estoy! ¿Sabéis que soñaba que llevaba a cuestas un indio y que pesaba tanto que no le podía llevar?»*.

Más rapidez en la preparación de un viaje tan largo es incomprensible. El 13 de marzo llega Bobadilla; y el 15 Javier sale de Roma por la puerta del Popolo. Que partiera de Roma el 16 de marzo, lo defienden algunos historiadores sin bastante fundamento.

Aquí es preciso hacer un alto para meditar brevemente sobre la despedida de aquellos dos grandes héroes de la santidad: Ignacio y Javier. La amistad que se tenían era entrañable, tal vez de parte de Loyola más honda y alta; de parte de Javier más ardorosa y efusiva. Que también la de Ignacio era tierna, confiada y cariñosa, lo demuestra aquel abrirle la sotana sobre el pecho, poco antes de la partida; y como no viera más que la camisa sobre la carne, es fama que prorrumpió en esta exclamación: «¿Así, Francisco, así?», y sin más, ordenó que le proveyesen de la ropa necesaria.

Aquel gesto materno, más que paternal, le conmovería profundamente a Javier, que tenía para Ignacio un amor rayano en la adoración. Sabemos que más tarde, hallándose en la India, besaba las cartas que recibía de su lejano Padre y las mojaba con sus lágrimas.

¿Qué sentiría ahora al abandonar para siempre la ciudad de los papas, donde había visto nacer a su amada Compañía de Jesús? ¿Qué sentiría al separarse de Ignacio, su Padre y Maestro, y de Pedro Fabro, su hermano en

el espíritu, a quien quería y estimaba más que a ninguno de los compañeros, si exceptuamos a Ignacio? ¿Y qué sentiría al pensar que, mientras todos los que con Ignacio fundaron la Compañía de Jesús, se quedaban en Europa, no lejos de Roma y no lejos del que los había engendrado para Cristo y les había enseñado el heroísmo de la virtud y los caminos arduos de la santidad, él era el único que se alejaba para siempre? ¿Sólo él, Francisco, se había de apartar de los que habían sido sus amigos más íntimos, y para no verlos más? ¿Ya no volvería a escuchar sus palabras y conversaciones tan estimulantes y consoladoras? ¿Cómo no llorar inconteniblemente al lanzar la última mirada sobre la Ciudad Eterna? Y después, cuando llegó a las lejanas y vastísimas tierras del Oriente, y el pensamiento se le iba a Roma, ¿no se sentiría más de una vez en soledad nostálgica? ¿No se consideraría un desterrado? Pero no le costaría mucho reponerse, porque aquel fogoso y grande corazón navarro en la fragua de Ignacio se había hecho capaz de todos los sacrificios y de todos los heroísmos por amor a Cristo Señor nuestro y a su santa Iglesia.

Salió Javier de Roma el 15 de marzo de 1540, acompañando al embajador de Portugal, Pedro Mascarenhas, montado a caballo por la ruta de Bolonia, Parma, Turín, Montpellier, Toulouse, Bayona, Irún, Loyola, Burgos, Salamanca, Santarem, Lisboa, larguísimo itinerario que el biógrafo G. Schurhammer describe minuciosamente en 33 apretadísimas páginas. Tres meses y más duró el viaje.

Mucho se le había adelantado Simón Rodrigues, porque hizo la travesía por mar, y la había iniciado doce días antes. En la corte lusitana fueron ambos recibidos por el rey y la reina con inusitadas muestras de afecto, simpatía y admiración. El ardor de su celo en Lisboa impresionó a los portugueses. «Varones apostólicos», los apellidaba el monarca D. Juan III, y el pueblo enfervorizado los aclamaba «los padres santos de Roma».

Rodrigues no pudo embarcarse para la India, porque el rey lo retuvo en Lisboa con el fin de que se fundasen allí nuevas casas de la Compañía y con las numerosas vocaciones que se esperaban cobrase vida la provincia jesuítica portuguesa. Javier, en cambio, en unión con un sacerdote italiano, Messer Paulo de Camerino, que se había agregado en Roma, y con dos novicios portugueses, zarpó de Lisboa el 7 de abril de 1541, el día mismo en que cumplía 35 años. Hermosa juventud, ya viril, que el noble navarro consagraba para siempre a la gloria de Cristo y a la dilatación de su Iglesia, con alegre generosidad, sin otra aflicción natural que la de abandonar de por vida a su adorado Padre Iñigo, de cuya santidad tenía tan

alto concepto, que solía presentarla delante del Señor, siempre que en sus lejanas misiones le sobrevenían graves dificultades y enredados conflictos[125].

Santa María de la Strada

La despedida de Francisco Javier de sus compañeros de Roma tuvo lugar en aquel caserón de Frangipani, próximo a la Torre del Melángolo, que arriba queda descrito. De allí se trasladó Ignacio con los suyos a fines de enero de 1541, o quizá el 1 de febrero, a una casucha pobre que le cedió en alquiler Camilo Astalli, situada enfrente de una iglesita que se decía «Santa María de la Strada», por hallarse en la *estrada* o vía del Capitolio y que poco antes había sido concedida por Pablo III al fundador de la Compañía. ¿Cómo sucedió esto? Mediante don Pedro Codacio, joven sacerdote y prelado de la Corte pontificia, poseedor de ricos caudales y numerosos beneficios eclesiásticos, que en 1539, renunciando a todos sus bienes, se decidió a ingresar en la Compañía de Jesús. Era todavía novicio, cuando el papa le otorgó el 18 de noviembre de 1540 la parroquia de *Santa María de la Strada*, sin duda con la intención de que pasase a manos de la Compañía por medio del novicio. En 1541 obtuvo Codacio de Pablo III que también los bienes propios de la iglesias perteneciesen *in perpetuum* a los jesuitas.

Tal fue la primera iglesia de la Compañía, que si bien era pequeña, no le faltaban algunas ventajas, como su situación en la parte céntrica más populosa de la ciudad, y la imagen de la *Madonna*, popularmente venerada y de la que Ignacio era particularmente devoto. Ribadeneira, que tantas veces oró en aquel santuario, nos dice que «cuando se nos dio, era muy pequeño y angosto, y después, no pudiendo caber en él la mucha gente que concurría a oír la palabra de Dios, se fue ensanchando con varias trazas y añadiduras; hasta que el año 1568 Alejandro Farnesio, cardenal y vicecanciller de la Santa Iglesia Romana, príncipe de grande autoridad y prudencia, nos comenzó a hacer un templo sumptuosísimo, de una traza y obra maravillosa».

[125] Su entrañable amor a Ignacio se patentiza en sus cartas. En el trato diario no le daba el *vos*, ni decía *Maestro Ignacio*, como otros, sino simplemente *Iñigo*. Contaba Araoz que antes de entrar él en la Compañía (1539), estando en Roma, fue un día a visitar a Ignacio, que era su tío, «y llegando a la puerta, trasmitió el portero, que era entonces el P. Francisco el de la India, el recado por estas palabras: Iñigo, está aquí Araoz, qua os quiere hablar» (*Memorial* de I. Gonçalves: FN 1,613)

El nuevo domicilio obtenido por Ignacio era, según queda dicho, una pobre casucha, que Ribadeneira describe con estas palabras: «En la misa ciudad de Roma estábamos obra de una docena *(de estudiantes)* que nos habíamos allegado a los primeros Padres, para seguir su vida e instituto. Vivíamos con grande pobreza y estrechura en una casa alquilada, vieja y caediza, en frente del templo viejo de la Compañía, y que para el nuevo que ahora tenemos se ha derribado».

Tal era aquella cuarta residencia ignaciana en la Ciudad Eterna (febrero 1541-1544).

A la par de la iglesia se fue desarrollando la casucha frontera, o mejor dicho, fueron surgiendo nuevas construcciones precarias, hasta que a fines del siglo se dio comienzo al amplio y complejo edificio actual, que ocupó todos los antiguos terrenos, adhiriéndose al grandioso templo del Gesù, cuya solemne consagración tuvo lugar en 1584 cinco años antes de la muerte de su espléndido Mecenas, el Cardenal Farnese.

Fue Ignacio quien dio principio a la nueva casa en 1543, modernizando la antigua y haciéndola más capaz, agregándole el área de la vieja iglesia y casa de San Andrés de la Fratta, obtenida poco antes por Codacio, y unos huertecillos confinantes que se compraron. El fundador de la Compañía pretendía centrar en la nueva iglesia sus ministerios espirituales y levantar a su lado la primera casa profesa de la Orden, colmena y enjambre ferventísimo, donde se había de elaborar la miel evangélica que los obreros ignacianos llevarían a todos los confines del orbe.

En 1544 pudo ya el Santo instalar allí su morada. Al año siguiente leemos en el *Chronicon* de Polanco, que vivían en la nueva casa «más de 30». Yen 1555, un año antes de la muerte de Ignacio, escribe el mismo: «En esta casa de Roma se reciben a prueba aquellos que pretenden entrar en la Compañía, de cualquier nación y lengua, lo mismo italianos e franceses, flamencos, alemanes, griegos, españoles y de cualquier otro país; y así de ordinario vivirán habitualmente en casa de 50 a 60 personas».

Para el jubileo del Año Santo (1550) vino a Roma Francisco de Borja, Duque de Gandía, y al ver la extrema pobreza de la casa que habitaba S. Ignacio, con la curia de la Orden, y la estrechez de la iglesia de Santa María de la Strada, tomó la iniciativa de construir una iglesia nueva y una casa más amplia. La obra se fue desarrollando desde que en 1554 se adquirieron terrenos y construcciones adjuntas, que fueron incorporándose

a la vieja casa. También a la antigua y pequeña iglesia de Santa María de la Strada había que darle mayores proporciones, para lo cual el cardenal Bartolomé de la Cueva ofreció sus caudales, invitando nada menos que al gran Miguel Angel a encargarse de la obra. Este solamente aceptó el encargo, sino que prometió trazar los planos y dirigir la construcción del templo *gratis et amore Dei*. «Es el más célebre hombre, que agora hay, ni por ventura hubo muchos tiempos ha», comunicaba jubiloso el secretario de Ignacio al P. Nadal el 14 de junio de 1554. La fábrica se fue retrasando, y por causas que no son de este lugar, hubo que dar órdenes de cesar en la construcción, con lo que, muerto Miguel Angel en 1564, quedaron sus planos arrumbados y otros arquitectos vinieron a ocupar su puesto.

En 1575 eran 100 *(plus minusve)* los jesuitas de la nueva residencia, La gran inundación del Tíber a fines de 1598 hizo necesaria la fábrica de una nueva casa, contigua al suntuoso templo Farnesiano, para lo cual se demolieron los antiguos edificios, se erigió la nueva casa profesa, sede del P. General, de sus Asistentes y de los Padres aplicados a ministerios espirituales en la iglesia del Gesù. Corrieron todas las expensas a cargo de otro Farnese, el cardenal Odoardo, que prolongó generosamente el mecenatismo de los de su casa para con la Compañía. El puso la primen piedra el 6 de julio de 1599. Allí residieron en adelante todos los Padres Generales, sucesores del fundador, hasta que en 1873 el gobierno de la Italia unida expulsó a los jesuitas de aquella veneranda morada, donde un río interminable de devotos peregrinos sigue visitando las «cappellette» (humildes habitaciones) del Santo y las mil dependencias y objetos que allí se veneran.

Fue desde entonces, por varios siglos, esta residencia como el corazón del mundo jesuítico, y uno de los observatorios espirituales, que mejor registraban los avances y riesgos de la Cristiandad.

CAPÍTULO XVI

LA FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Que Iñigo de Loyola, en su vida de anacoreta y contemplativo, el de 1522, concibió en su retiro de Manresa, más o menos oscuramente, una asociación de carácter apostólico con rasgos originales y modernos, me parece cosa indubitable y lo sostienen —con matices y variantes— todos cuantos han estudiado seriamente la génesis de la Compañía Jesús. No menos de 18 años llevó en su pecho la idea y el propósito de realizar y dar vida a la concepción religiosa, cuyos perfiles no veía claros. Cristo le llama a su servicio en el apostolado. Pero ¿con qué finalidad y estructura? ¿Como un apóstol más? ¿Como el iniciador de una nueva forma de vida? Tantea sendas diversas y tarda muchos años en hallar la recta y verdadera.

Sale de su casa de Loyola como un aventurero, que desea acometer grandes hazañas dentro de su humildad cristiana. Su viaje de Manresa a Jerusalén, no falto de lances y aventuras, parece el capítulo de una novela de caballerías, en que el caballero se disfraza de mendigo y lo de andante se acentúa hasta superar al prototipo.

El caballero sigue su estrella

Volviendo de Jerusalén, un rayo de luz celeste le ilumina el camino que debe seguir. En Barcelona se apareja, como un aprendiz, para su nuevo destino. Y acierta parcialmente —muy parcialmente– en su año largo de Alcalá. Sus primeros estudios universitarios y sus primeras tentativas de vida en corporación fracasan. La mano de Dios le lleva entonces de la mano al gran centro cultural e internacional de París, encrucijada de todos los movimientos científicos y religiosos de Europa, donde un puñado de jóvenes universitarios, que andan buscando a ciegas el advenimiento de un Maestro espiritual, se agregan a él con humildad de discípulos, con fanatismo de iluminados, con certidumbre de haber hallado la ruta más alta y divina y con el fervor santo de quien está dispuesto a todos los sacrificios.

En una montañuela próxima juran, delante de la Hostia consagrada,

seguirle hasta la muerte, porque así seguirán a Jesucristo y a su Vicario en la tierra.

Ignacio de Loyola, al tropezar con estas primicias, encontró en sus propias manos el mejor regalo que podía recibir. Y empieza con amor y paciencia a infundirles su propio espíritu. Hasta el lenguaje típico de Loyola se les pega a los que serán, más que sus discípulos, sus *compañeros*. Ellos no caen en la cuenta de que Ignacio los está moldeando en su propio troquel, pero eso es tan evidente, que al fin lo verán todos.

El antiguo ideal jerosolimitano de Loyola renace de igual modo en los estudiantes parisinos, que de ningún modo quieren renunciar al ideal primitivo de su Padre en el espíritu. Y cuando en Venecia se persuaden de que las circunstancias históricas impiden su realización, lo sustituyen por otro que, si no es igual, es muy semejante. Su apostolado no se centrará en la tumba de Cristo, sino en la tumba de Pedro, Vicario de Cristo y Cabeza del Colegio apostólico.

Se ha exagerado alguna vez más de lo justo la vacilación y el titubeo de los fundadores de la Compañía (sin excluir a Ignacio), como si hubieran caminado sin saber adónde, y como si la nueva institución no fuera hija de una idea preconcebida a la luz de la gracia, sino fruto del acaso. Fúndanse en algunas expresiones de Laínez, Nadal y Polanco, que en otro lugar hemos explicado, reconociéndoles un fondo de verdad[126].

No cabe duda que Iñigo no tuvo desde Manresa una revelación clara de lo que Dios quería de él; lo que recibió fue una intuición de lo esencial, no de lo accidental; fue luz de aurora, no sol de mediodía. Iluminación paulatina y continua. Para entender las palabras de sus compañeros, hay que tener en cuenta que la táctica ignaciana fue siempre de no imponer a los demás su propia visión de las cosas, sino dejar que ellos la alcanzasen, sin presión alguna. De ahí que, al principio, ni Laínez ni ningún otro conociera bien los intentos de Ignacio. Poco a poco los fueron adivinando.

Francisco Javier desde la India escribía el 15 de enero de 1544 a los compañeros de Roma, alegrándose de la aprobación y confirmación canónica de la Compañía con estas palabras reveladoras: *«Gracias sean dadas a Dios nuestro Señor para siempre, pues tuvo por bien de manifestar*

[126] Añadamos otros textos. Laínez en su famosa y larga carta del 16 junio 1547: «Nuestra intención dende Paris aún no era de hacer Congregación, sino dedicarse en pobreza al servicio de Dios y al provecho del próximo…; hicimos voto de andar, si pudiésemos, a los pies del Papa, Vicario de Cristo... y hacer su obediencia, andando donde nos mandase» (FN I,112).

públicamente lo que en oculto solamente a su siervo Ignacio y Padre nuestro dio a sentir».

Con la aprobación pública y solemne de la Compañía mediante la bula *Regimini militantis Ecclesiae* (27 de setiembre 1540) se había alcanzado la cumbre suspirada por Ignacio durante tantos años; mas eso no bastaba para dar vida duradera a un Instituto. Es verdad que en dicha bula se trazaban las líneas maestras que debían sostener la construcción; pero había que completarlas y perfeccionarlas; sobre todo había que dar a aquel naciente organismo un centro vital de unidad, un espíritu propio y animador, una forma sustancial, y como elemento social, una cabeza rectora, un jefe con autoridad.

Este pensamiento es el que movió a Ignacio, que era reconocido por todos como Superior, aunque no lo fuese todavía, a convocarlos en Roma. Sólo estaban entonces en la Ciudad Eterna el propio Ignacio con Codure y Salmerón. Fabro había partido con el Doctor Ortiz a diversas ciudades alemanas, como Worms, Spira, Ratisbona. No podía, pues, venir, como tampoco Javier y Rodrigues, detenidos por el rey de Portugal en Lisboa. Tampoco asistió Bobadilla, que a petición del cardenal Bembo había sido enviado la Bisignano (Calabria) para que actuase como Vicario general, y que ahora por orden del papa tenía que seguir en aquella ciudad donde tanto fruto hacía. Laínez, Broet y Jayo entraron en Roma en la Cuaresma del 1541.

El lugar de reunión fue la nueva casa (muy miserable) *degli Astalli*, frente a Santa María de la Strada. Los congregados eran solamente seis; con autorización de los ausentes determinaron el 4 de marzo que juntos Ignacio y Codure redactasen por sí solos aunque no en forma definitiva, las *Constitutiones anni 1511*, retocando y completando las *Deliberationes* y las *Conclusiones* de 1539[127].

Propósito General de la Compañía

Para que la nave se pusiese en marcha por todos los mares sin temor a las olas encrespadas, faltaba un acto solemne: el de nombrar la persona que había de ser al mismo tiempo capitán y timonel. Todos, sin la menor

[127] Las *Constitutiones anni 1541* constan de una breve introducción latina y de 49 puntos acerca de la pobreza, el Superior general *(ad vitam)*, motivos para negar el ingreso en la Compañía o para expulsar al indigno, color y forma del vestido, enseñanza de la doctrina cristiana a los muchachos, etc. (*Constotutiones S. I.* vol.I,34-48). Llevan la firma de los seis (fundadores) que estaban en Roma.

duda, pusieron los ojos en el que los había conducido sabiamente hasta allí. Pero había que hacerlo por votación. El día 2 de abril de 1541, reunidos los seis en una sala, pensaron que una elección de tanta trascendencia requería larga oración para implorar la luz divina. Tres días serán consagrados a la plegaria, después de los cuales el día 5 depositaron sus votos firmados y sellados en una urna. Fueron juntamente depositadas las tres papeletas enviadas por Fabro, Javier y Rodrigues, en ausencia forzada.

La urna cerrada con llave no se abrió hasta el 8 de abril, viernes de la semana de Pasión, sin duda porque se dejaba la posibilidad de que alguno, pensándolo más despacio, cambiase de opinión.

Llegada la hora del escrutinio, y abiertas las papeletas, se vio que todos los votos, uno tras otro, recaían sobre Ignacio. Todos, menos uno, el del propio Ignacio, que decía así:

> «Jhus. Excluyendo a mí mismo, doy mi voz en el Señor nuestro para ser Perlado a aquel que terná más vozes para seerlo. He dado *indeterminate boni consulendo*... Hecha en Roma 5 de abril de 1541. Iñigo»[128].

Fórmula de humildad sincera, pero que de haber prevalecido, no hubiera venido al mundo la Compañía de Jesús, porque Ignacio la había engendrado, Ignacio le estaba dando su propio espíritu, su estilo de vida, su ideal religioso, su concepto de cristianismo y de apostolado. Sin Ignacio por cabeza, hubiera muerto la Compañía como un feto no logrado.

La cédula que dejó F. Javier, en Roma en el momento de partir para Lisboa, expresa, con el nombre, la razón de su voto:

> «Yo, Francisco, digo y afirmo que, *nullo modo suasus ab homine*, juzgo que el que ha de ser elegido por Perlado en nuestra Compañía, al que todos habernos de obedecer me paresce... que sea el Perlado nuestro antigo y verdadero Padre Don Ignacio, el cual, pues nos junctó a todos no con pocos trabajos, nos sin ellos nos sabrá mejor conservar, gobernar y augmentar, de bien en mejor, por estar más al cabo de cada uno de nosotros; *et post mortem illius*... digo que sea el Padre Micer Pedro Fabro».

Breve y conciso es el parecer de Diego Laínez, que lo da en latín:

> «Yo... guiándome tan sólo por el celo de la gloria del Señor Jesús y la

[128] *Scripta de S. Ignatio* II,5. Font. narr. I,714 nota. Dice que ha dado el voto «en forma indeterminada, pensando que era lo mejor», a fin de que nadie pensase que era postergado a cualquier otro.

salvación de mi alma, elijo a Don Ignacio de Loyola por Superior mío y de la Compañía de Jesús».

El corazón de Simón Rodrigues se muestra más efusivo, aunque también en latín:

«Según la luz que yo, indigno, tengo indignamente, me ha parecido que Ignacio sea el que nosotros debemos elegir por Presidente y Rector; y, si llegare a faltar porque se le adelanta la muerte o por cualquier otro caso, le suceda en su lugar Pedro Fabro».

Claudio Jayo (Le Jay) con humildad y amor a Ignacio, escribió lo siguiente:

«Juzgo que se ha de elegir y tal es mi deseo para Prepósito de nuestra Compañía del nombre de Jesús, a Don Ignacio, a quien Dios desde hace muchos años nos dio por Padre de todos... Así que yo, el último de esta misma Compañía... con el mayor contento lo elijo y me entregaré totalmente en cuerpo y alma a su obediencia».

Alfonso Salmerón escribe:

«Después de haberlo pensado maduramente, hago elección y me declaro en pro de Don Ignacio de Loyola como Prelado y Superior mío y de toda la Congregación, puesto que él, con la sabiduría que ha recibido de Dios, del mismo modo que a todos nos engendró en Cristo y nos amamantó como a niños, así ahora que vamos creciendo en Cristo, con el alimento sólido de la obediencia nos conducirá y guiará a los pastos pingües y ubérrimos del Paraíso y a la fuente de la vida».

El voto más breve de todos es el de Pascasio Broet:

«En el nombre de Nuestro Señor Jesuchristo. Amén. Yo Pascasio Broet elijo por Prelado a Don Ignacio de Loyola. Pascasio».

El francés Juan Codure, en espera de que el papa le mandase a la misión de Irlanda, cosa que al fin no aconteció, se adelantó más de un año a escribir su voto, eligiendo como todos:

«Al honorable Padre Don Ignacio de Loyola... porque siempre le conocí celador de la honra de Dios y lleno de ardor por la salvación de las almas, debiendo presidir a los demás el que siempre se hizo el mínimo de todos y el servidor de todos; y después de él, opino que se ha de preferir al no

menos virtuoso y honorable Padre Don Pedro Fabro».

Pedro Fabro, que se hallaba en Alemania, envió oportunamente su parecer por diversos correos con el fin de que siquiera alguno llegase a su destino. En su primer voto decía:

> «Acerca del primero Prepósito, a quien hayamos de dar voto de obediencia, yo doy mi voz a Iñigo; y en su absencia *per mortem* (id quod absit) a Maestre Francisco Xabier...» (Worrns 27 de diciembre 1540).

Una segunda fórmula (en italiano desde Worms 10 de enero 1541) y tres en español (desde Spira 23 de enero y 5 de febrero, y desde Ratisbona 26 de febrero 1541) repiten sustancialmente lo mismo con leves variantes.

Ante un resultado tan abrumadoramente totalitario, parece que el humilde Ignacio, que sabía descubrir en cualquier circunstancia la voluntad de Dios, se rendiría a la evidencia y bajaría la cabeza, pero no fue así.

Confesión de tres días con fray Teodosio

Aquel día 8 de abril para Ignacio acerbo y doloroso, casi conturbador, si es que la turbación pudiera rozar ni un momento aquella alma endiosada. Con profundo sentimiento dirigió su palabra a todos los presentes. Sabemos bien lo que les dijo, porque él mismo puso luego por escrito lo que aquellos días había acontecido:

> «Iñigo hizo una plática según que su ánima sentía, afirmando hallar en sí más querer y más voluntad para ser gobernado que para gobernar; que él no se hallaba con suficiencia para regir a sí mismo, cuanto menos para regir a otros; a lo cual atento, y a sus muchos y malos hábitos pasados y presentes, con muchos pecados, faltas y miserias, él se declaraba y se declaró de no acetar tal asunto, ni tornaría jamás, si el no conociese más claridad en la cosa de lo que entonces conoscía. Mas que él los rogaba y pedía mucho *in Domino*, que con mayor diligencia mirasen por otros tres o cuatro días, encomendándose más a Dios Nuestro Señor, etc., para hallar quien mejor y a mayor utilidad de todos pudiese tomar el tal asunto».

Refiere Ribadeneira, que «quisieron al principio irle a la mano los Padres, mas al fin fueron forzados a consolarle y a condescender con él, y tomando tiempo para de nuevo deliberar, júntanse después de cuatro días otra vez, y con el mismo consentimiento y unión de voluntades tornan a elegir al mismo Padre Ignacio por Superior y General».

Esta unanimidad *nemine discrepante*, lo mismo en el primero que en el segundo escrutinio revela en aquellos primeros jesuitas una visión clarísima de la inmensa superioridad de Ignacio sobre todos. Sin Ignacio no se podía concebir la Compañía de Jesús. Sería otra cosa. La conciencia les prohibe vacilar en la elección que han hecho; y con firmeza diamantina resisten y persisten inmutables. Mas tampoco Ignacio es una frágil caña o una mimbre que se dobla al viento.

> «Finalmente Iñigo, mirando a una parte y mirando a otra, según que mayor servicio de Dios Nuestro Señor podía sentir, responde que, por no tomar ningún extremo y por asegurar más su conciencia, que él dexaba en manos de su confesor, que era el P. Teodosio *(de Lodi)*, fraile de Santo Pedro de Montoro *(Montorio)*, de la manera que se sigue, es a saber: que él se confesaría con él generalmente de todos sus pecados, desde el día que supo pecar hasta la hora presente; así mismo le daría parte y le descubriría todas sus enfermedades y miserias corporales; y que después que el confeso, le mandase en lugar de Cristo nuestro Señor, o en su nombre le diese su parecer, atenta toda su vida pasada y presente, si acetaría o refutaría el tal cargo...; tandem, aunque no assaz con voluntad y satisfacción de los compañeros, cuando mas no pudieron, fue en esto concluido.
>
> Así Iñigo estuvo tres días en confesarse con su confesor; los cuales tres días estuvo retraído en Santo Pedro de Montoro, sin venir a sus compañeros».

Alboreó el Domingo de Resurrección, 17 de abril. La respuesta del confesor fue que el resistir más tiempo le parecía «resistir al Espíritu Santo». Ignacio le suplica que, encomendándolo al Señor, «quisiese escribir una cédula, y aquélla sellada inviase a la Compañía, en la cual dixese su parecer».

Así se hizo. El martes de Pascua mandó el confesor su cédula cerrada, una vez leída delante de todos, se tomó la resolución «que Iñigo tomase el asunto y régimen de la Compañía». Iñigo aceptó la carga que caía sobre sus hombros, y todos juntos convinieron en que el viernes siguiente, 22 de abril, recorrerían «las siete estaciones de las siete iglesias de Roma», y que en una de ellas, es a saber, en San Pablo, harían su profesión emitiendo los votos que se especifican en la bula *Regimini militantes Ecclesiae*. ¿Por qué en San Pablo extramuros, y no en San Pedro, a quien Loyola tuvo tanta devoción desde joven? Sin duda, por evitar el ruido de la gente en aquella basílica no terminada de construir.

La primera profesión religiosa en la basílica de San Pablo

Como lo prometieron, así lo cumplieron puntualmente el viernes de Pascua de 1541. Saldrían temprano de casa, porque las distancias que había de recorrer eran largas. Cruzando la ciudad hacia el sur y pasando el arco de la Puerta de S. Pablo, junto a la pirámide de Cestio, enfilarían la vía Ostiense, que los condujo directamente hasta la basílica de San Pablo extramuros, no lejos del lugar en que la tradición coloca la decapitación del Apóstol. Se ha dicho que aquella basílica (hoy reconstruida en su máxima parte con la mayor exactitud y perfección tras el devorador incendio de 1823) «es uno de los monumentos más imponentes del mundo». Se salvó de las llamas el ábside y el arco triunfal, aparte de aquellos muros laterales que fue necesario derruir para la reconstrucción de la basílica. La suprema elegancia casi excesiva y monótona del monumento no distrajo la atención de aquellos visitantes, que tenían mucho más de ascetas que de estetas.

Venían a pronunciar sus primeros votos religiosos, su primera profesión solemne, y se sentían embargados por la conciencia del hecho trascendental que iban a realizar. Sigamos leyendo el documento narrativo que poco después el mismo Ignacio puso por escrito, describiendo en forma escueta la emocionante ceremonia.

> «El viernes 22 de abril de la octaba de Pascua, llegados en San Pablo, se reconciliaron todos seis unos con otros, y fue ordenado entre todos, que Iñigo dixese Misa en la misma iglesia, y que todos los otros recibiesen el santísimo Sacramento de su mano, haciendo sus votos en la manera siguiente:
>
> Iñigo, diciendo la Misa, a la hora de consumir, teniendo con la una mano el cuerpo de Cristo nuestro Señor sobre la patena, y con la otra mano un papel, en el cual estaba escrito el modo de hacer su voto, y vuelto el rostro a los compañeros puestos de rodillas, dice a alta voz las palabras siguientes: *Yo, Ignacio de Loyola, prometo a Dios todopoderoso y al Sumo Pontífice, su Vicario en la tierra, delante de su madre virgen y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vivir, que se contiene en la bula de la Compañía de nuestro Señor Jesús y en las Constituciones, así en las ya declaradas, como en las que en adelante se declararen. Prometo, además, especial obediencia al Sumo Pontífice respecto a las misiones indicadas en la bula. Prometo también cuidar de que los niños sean instruidos en los rudimentos de la doctrina cristiana, conforma a la misma bula y a las Constituciones».*

Terminada la fórmula de los votos, consumió la hostia que tenía en la

mano sobre la patena. Y tomando en la misma patena otras cinco hostias consagradas, esperó a que los compañeros dijeran la confesión general y el *Domine, non sum dignus*. Entonces adelantándose Codure, dijo, en alta voz: «Yo, Juan Codure, prometo a Dios omnipotente, delante de su madre virgen y de toda la corte celestial y en presencia de la Compañía, y a ti, reverendo Padre que tienes el lugar de Dios, perpetua pobreza», etcétera. El resto, como Ignacio. De sus manos comulgó. Lo mismo hicieron los demás, sin guardar orden ninguno de antigüedad. Nótese que Ignacio presenta sus votos y promesas al Vicario de Cristo, mientras que los demás los ofrecen al Prepósito General de la Compañía, que es Ignacio.

> «Acabada la Misa y haciendo oración en los altares privilegiados, se juntaron todos en el altar mayor, donde cada uno de los cinco vinieron a Iñigo, e Iñigo a cada uno dellos, abrazando y dando *osculum pacis*, no sin mucha devoción, sentidos y lágrimas, dieron fin a su Profesión y vocación comenzada. Después de venidos, *facta est continua et magna tranquillitas*, con aumento *ad laudem Domini nostri Jesu Christi»*.

La ceremonia de la Misa, comunión y votos, se desarrolló en un altar que se decía del Santísimo Sacramento, porque allí se guardaba la Sagrada Eucaristía, y también *«altar de la Madonna»*, porque en él se veneraba una devota y artística imagen de nuestra Señora, atribuida por algunos a P. Cavallini, pintor y mosaicista de fama. La obra es un mosaico, labrado, según parece, en el pontificado de Honorio III (1216-1227). Representa a la Virgen con la mano derecha sobre el pecho y teniendo sobre el brazo izquierdo a su Hijo divino. Lleva en abreviatura, a uno y otro lado del nimbo de su cabeza, el título de MATER DOMINI. Los hijos de S. Ignacio, en recuerdo de aquel acto, suelen apellidarla *Regina Societatis Jesu*. Podemos imaginar el dulce llanto de amor y gratitud que derramaría Ignacio ante su Reina y Señora, él a quien Dios favorecía casi perpetuamente con el don de lágrimas.

La gran basílica de San Pablo *extra muros* de elegancia que puede parecer más pagana que cristiana, consta de cinco largas naves. El peregrino que entra por la puerta central, al acercarse al arco de Gala Placidia (así llamado porque fue donación de esta hija del emperador español Teodosio I), antes de subir las cinco gradas para la tumba o *confesión* del Apóstol, verá de una parte y otra dos altares apoyados en las pilastras que sostienen el susodicho arco; el de la mano derecha fue el escogido por Ignacio para su Misa y profesión solemne. Ya no tiene la imagen de la Madonna, pues provisionalmente ha sido llevada a la capilla

privada del Abad del monasterio.

Cumplidos religiosamente todos los ritos y satisfecha la devoción personal de cada uno, salieron a una explanada que se hacía cerca de la basílica, donde —según se dice— aquellos hombres, bien avezados al ayuno, tomaron una modesta refección para reparar las fuerzas. Otra del mismo estilo les serviría luego de cena. El cocinero sería el novicio Pedro de Ribadeneira, joven de 14 años que les acompañó todo el día, y lo escribió más tarde: «Yo anduve con los Padres aquel día, y vi lo que pasó» (Vida III,1). Tan grabado lo tenía en la memoria que en los procesos de beatificación que se hicieron en Toledo nos dejó esta curiosa circunstancia: «Este testigo... acompañó a los Padres cuando visitaban las siete iglesias; y él les preparó la comida cerca de San Juan de Letrán, siendo ya muy atardecido».

El gozo de visitar las siete iglesias romanas

¿Qué itinerario siguieron en la visita de las siete iglesias? Muy usado de los peregrinos era el siguiente: San Pedro, San Pablo extramuros, San Sebastián, San Juan de Letrán, Santa Cruz de Jerusalén, San Lorenzo en la Via Tiburtina y Santa María la Mayor. Es el más apto para no hacer grandes rodeos ni retrocesos y es el que seguirían nuestros peregrinos, exceptuando la visita a San Pedro, que la dejarían para el fin.

En aquel largo recorrido que hicieron por casi toda Roma, visitando las siete iglesias, iban todos tan sonrientes y exultantes de júbilo, que parecían llenos del Espíritu Santo, cada cual a su manera. Al novicio Ribadeneira el que más le impresionó fue el provenzal Codure. Copiemos sus palabras

«No quiero dexar de decir la extraordinaria y excesiva devoción que el Maestro Juan Coduri sintió aquel día, con tan vehemente y divina consolación, que en ninguna manera la podía reprimir dentro de sí, sino que a borbollones salía fuera... Iba delante de nosotros Juan Coduri en compañía de Laínez por aquellos campos; oíamosle henchir el cielo de suspiros y lágrimas; daba tales voces a Dios, que nos parecía que desfallecía y que había de reventar por la grande fuerza del afecto, que padecía, como quien daba muestras que presto había de ser libertado desta cárcel del cuerpo mortal. Porque en este mismo año de 1541, en Roma, el que fue el primero que hizo la profesión después de nuestro B. P. Ignacio,

fue también el primero de los diez que pasó desta vida, a los 29 de agosto»[129].

También los compañeras forzosamente ausentes cumplieron su deber, pronunciando los mismos votos, aunque en diversos tiempos y lugares. Pedro Fabro en Ratisbona (9 de julio) conforme a la misma fórmula que le fue enviada de Roma; Bobadilla en Roma y en la misma basílica el, San Pablo (octubre 1541) y en manos de Ignacio; Javier en Goa (diciembre 1543), Rodrigo en Evora (25 diciembre 1544).

La emoción que sintió Javier la volcó efusivamente en la carta que escribió desde la isla de Amboina el 10 de mayo 1546: «Os hago saber, carísimos hermanos míos, que tomé de las cartas que me escribistes, vuestros nombres, escritos por vuestras propias manos, juntamente con el voto de la profesión que hice, y los llevo continuamente conmigo por la, consolaciones que dellos recibo... *Vester minimus frater et filius. Franciscus»*[130].

Con sentimientos de ternura fraternal, de alegría exultante, de llameante celo apostólico, como los que vemos en el Apóstol de la India y del Japón, se animaban los corazones de los compañeros y primeros discípulos de Ignacio, que se sentían más que hermanos, abrasados todos ellos por el mismo fuego espiritual, que había bajado sobre los Apóstoles el domingo de Pentecostés.

Calladamente el Fundador y Padre de todos se encerró en su aposento de la «casa alquilada, vieja y caediza», enfrente de Nuestra Señora de la Estrada, y se puso en oración, que era el respiro habitual de su alma. Al día siguiente decidió cumplir una parte del voto hecho en la basílica de San Pablo: «instruir a los niños en los rudimentos de la doctrina cristiana». Y como el más humilde y celoso catequista, con lenguaje sencillo y popular,

---

[129] *Vida del P. Ignacio de Loyola* III,I, ed. cric. Dalmases, p.371. A propósito de Codure, que murió el 29 de agosto de aquel mismo año, refiere aquí Ribadeneira, que estando muy gravemente enfermo Codure, y «yendo Ignacio a decir Misa por él a San Pedro Montorio, que está a la otra parte del río Tibre, llegando a la Puente que llaman de Sixto, porque lo edificó o reparó el Papa Sixto IV, al punto que acabó de expirar Juan Coduri, se paró nuestro Padre, como salteado de un súbito horror que de repente le dio, y volviéndose a su compañero, que era el P. Juan Bautista Viola (que me lo contó a mi) le dixo: Pasado es ya desta vida Juan Coduri» (ibid., 373).

[130] *Monum Xaveriana* I,403-404. A la muerte de Javier se halló en el relicario de cobre que llevaba al cuello tres cosas de su devoción: un huesecillo que se decía del apóstol Santo Tomás, la fórmula de sus votos y profesión y la firma de S. Ignacio cortada de una carta (*Epist. S. S. Xaverii*, Roma 1945, II,577-78).

medio español-medio italiano, se puso a enseñar el catecismo «cuarenta y seis días arreo en nuestra iglesia; pero no eran tantos los niños, cuantas eran las mujeres y los hombres, así letrados como sin letras, que a ella venían. Y aunque él enseñaba cosas más devotas que curiosas y usaba de palabras no polidas ni muy propias, antes toscas y mal limadas, eran empero aquellas palabras eficaces y de gran fuerza para mover los ánimos de los oyentes».

«En aquel tiempo —dice en otro lugar Ribadeneira— me acuerdo que acababa las pláticas que hacía sobre la doctrina cristiana, con estas palabras ordinariamente: *Amar a Dio con toto el core, con tota l'anima, con tota la voluntad*. Pero decíalas con tanto hervor y encendimiento de rostro, que parecía que echaba llamas y abrasaba los corazones»[131].

Génesis de las Constituciones de la Compañía

Un mes largo antes de la elección de Ignacio para la suprema jerarquía de Prepósito general de la nueva Orden aprobada por Pablo III, ya los seis padres que residían entonces en Roma sintieron la urgencia de poner por escrito la estructura legislativa, que diese forma constitucional y duradera al nuevo Instituto, perfeccionando y completando la labor que venían realizando desde 1539. Las denominadas *Constituciones anni 1541* empiezan por este preámbulo en latín:

> «IHS. El 4 de marzo de 1541 nos reunimos todos, a saber, don Ignacio, don Claudio Jayo, don Diego Laínez, don Pascasio Broet, don Alfonso Salmerón y yo, Juan Codure, los que entonces estábamos en Roma, y en nombre de los ausentes *(Javier, Fabro, Rodrigues, Bobadilla)* que pusieron su voto en nuestras manos, determinamos, que dos de nosotros considerasen los negocios de la Compañía, tanto los pretéritos, a saber, cómo se han de entender después de la bula de confirmación, como los presentes y futuros, y comunicasen después su parecer a la Compañía, para que ésta lo aprobase si lo tenían por bien, y si ellos tenían algo mejor que decir, lo dijesen. Así podríamos rápidamente despachar nuestros asuntos, y los demás, fuera de los dos designados podrían consagrarse más enteramente a las predicaciones, confesiones, Ejercicios espirituales, etc. Los designados fueron don Ignacio y yo, Juan Codure, que conforme a la voluntad de la Compañía, hoy 10 de marzo hemos empezado nuestra labor, principiando por el voto de pobreza

[131] *De actis P. N. Ignatii* n.47 (FN II,350). Ignacio y los suyos tenían orden del papa desde 1539 de dedicarse a la enseñanza catequística (*Ign. Epist*. I,144). En otro lugar hare mención del Catecismo que compuso para los más rudos.

que nosotros hicimos y que tendrán que hacer cuantos entraren en esta Compañía».

En no menos de 49 puntos fueron desgranando en español algunas de cuestiones más vitales que entonces se les ocurrieron. Después de la pobreza, que Ignacio llevaba muy dentro del corazón, trataron del Superior general, su duración de por vida y sus atribuciones muy brevemente; razones de despedir y recibir a los sujetos; los vestidos, su forma, color y calidad; el instruir de los profesos a los niños por 40 días; la fundación de Colegios de la Compañía al lado de las Universidades; la instrucción de los candidatos «sean más *(numerosos)* letrados que no letrados», etc. Firman los seis.

El 22 de abril de 1541 en San Pablo, tuvo lugar, como queda dicho, la profesión solemne. Poco después reanudaron Ignacio y Codure su labor de redactar las *Constituciones*; pero habiendo fallecido Codure el 29 de agosto de aquel año, todo el peso de aquella ímproba faena recayó sobre los hombros del fundador. Este no dejaba de dar cuenta a sus hijos lejanos de lo que hacía, y a veces les exigía que empezasen a cumplir algunos capítulos aprobados anteriormente.

La ayuda que les prestaron dos secretarios sucesivos, Jerónimo Doménech (1544-1545) y Bartolomé Ferráo (1545-1547) fue insignificante, ya que no estaban capacitados para sugerir a Ignacio ideas o normas, teniendo que limitarse a copiar, atender a la correspondencia epistolar y poner en orden los registros. El Fundador y Padre General, no obstante su casi continua falta de salud, tenía que mirar a todas las naciones donde trabajaban sus hijos, resolver los problemas que le proponían, responder a las autoridades así eclesiásticas como civiles y todo esto sin dejar de la mano la elaboración de las *Constituciones*. En la elaboración de las mismas suelen distinguirse tres etapas:

Primera etapa (1539-1541) en unión con sus compañeros, hasta la muerte de J. Codure. *Segunda etapa* (1541-1547), Ignacio solo. *Tercera etapa* (1547-1550) en unión con su incomparable secretario Juan Alfonso de Polanco.

Ya conocemos de algún modo los primeros pasos dados por Ignacio y sus compañeros en la elaboración germinal de las *Constituciones*. Lo que se hizo en la segunda etapa lo despacha Nadal demasiado expeditivamente con estas palabras: «Antes del año 1546 no aplicó seriamente (Ignacio) las manos al asunto», aunque para ello tenía poderes plenos, pues los primeros Padres lo habían dejado todo a su discreción».

Pero nos consta certísimamente que, por lo menos desde el 2 de febrero de 1544 hasta el 27 de febrero de 1545, se ocupó Ignacio con sumo afán en elaborar, día tras día, escrupulosamente, ciertos puntos de las *Constituciones*, pidiendo al cielo luz sobre ello. Basta echar una ojeada a las bulas expedidas en aquellos pocos años por Pablo III, para advertir los múltiples elementos que contienen, constitutivos de la Orden, todos los cuales son creación de Ignacio, que los presentó al papa y logró que fuesen insertados en las bulas *Iniunctum sabia* (1544), *Cum inter cunctas* (1545), *Esponi nobis* (1546), *lnter debitum* (1549). Tan fatigosa era su labor, que en una carta de principios de 1544, comunican de Roma «haber estado M. Ignacio de cuatro meses acá más enfermo de lo que antes solía, amostrando sus continuas enfermedades querérnoslo quitar de nuestros ojos», por lo cual le han aliviado en despachar la correspondencia.

La labor del secretario Polanco

En excelente auxiliar le deparó a Ignacio la divina Providencia en la persona de Juan Alfonso de Polanco. Hombre más apto para aquel oficio, nadie hubiera podido imaginar ni soñar. Había nacido en Burgos en 1517. Marchó a París a los 13 años (1530) para estudiar artes, brillando siempre por su despierto ingenio. Cumplidos los estudios filosóficos, pasa Roma y obtiene en la curia el nombramiento de *Scriptor apostolicus*, varios beneficios eclesiásticos, el título de Conde del Sacro Palacio y en 1541, el de Notario de la Santa Sede, que le costó cerca de mil ducados. A los pocos meses, bajo la dirección de Laínez, que siempre será su gran amigo, hace los Ejercicios espirituales y entra en la Compañía de Jesús. En 1542 es enviado a Padua, en cuya Universidad estudia teología durante cuatro años. La estudia un poco independientemente, pero con toda el alma, tanto la escolástica como la positiva, para la cual estaba perfectamente dotado por sus conocimientos del griego y del hebreo. Aunque su familia, una de las más opulentas de Burgos, se había opuesto a que entrara jesuita, ahora, cediendo a las súplicas del pobre estudiante paduano, que vivía misérrimamente con otro hijo de Ignacio, Andrés Frusio, le manda anualmente suficientes auxilios pecuniarios. Concluidos sus estudios teológicos, le vemos en 1546 predicando y ejerciendo otros ministerios espirituales en Pistoya y Florencia.

Un hermano suyo, con quien tropieza en Florencia, trata de arrancarlo a la Compañía y restituirlo a su casa, pero él resiste con energía. Ignacio lo sabe y quiere venir en su ayuda, y como ha intuido las ex-

traordinarias cualidades del joven Polanco, lo llama a Roma en marzo de 1547, para nombrarlo Secretario de la Compañía y brazo derecho del P. General.

La multiplicidad de sus dotes intelectuales, morales y prácticas, su prodigiosa actividad y la intervención directa en infinitos negocios administrativos, burocráticos, pedagógicos y espirituales, pues era un alma totalmente consagrada a Cristo y a la divina glorificación, no han sido aún estudiadas debidamente.

Su labor al frente de la Secretaría fue tan maravillosa, que aun hoy deja pasmados a cuantos la estudian. Pero él había nacido para eso y tenía conciencia de realizar una obra oscura —nunca se dejó tentar de la vanagloria— pero grandiosa y necesaria para que la máquina de la Compañía de Jesús funcionase a la perfección y a la mayor gloria de Dios, que era el ideal perseguido por Ignacio en todas sus acciones y operaciones.

Hubo algunos que, asombrados de la actividad multiforme, entusiasta y asidua de Polanco y en su transcripción de casi todos los documentos, con retoques de estilo, de orden y estructuración, aventuraron la idea de que el autor principal de las *Constituciones* había sido el Secretario. Fue el propio Nadal quien se atrevió a hacerle a Ignacio la pregunta: «¿Cuál es la parte de Polanco en la elaboración de nuestras reglas y estatutos?» A lo que el interrogado contestó que en las *Constituciones* no hay ninguna cosa substancial de Polanco, si no es algo en lo de los Colegios y Universidades, y aun esto conforme a la mente del P. Ignacio».

Otro personaje autorizado, que convivió varios años con el Fundador y fue en 1580-82 Vicario general, el belga Oliverio Manare, dijo públicamente en una de sus *Exhortaciones:* «El mismo Ignacio hizo las *Constituciones* y las *Declaraciones* todas; solamente en la Parte IV, tratando de la Universidad, del Estudio general y del conferir los grados en las Facultades, pidió algo de luz a Diego Laínez, a Juan de Polanco y a Andrés Frusio, que conocían directamente varias Universidades».

Ni siquiera puede decirse totalmente de Polanco uno de los primeros escritos que se le atribuyen en su oficio de Secretario y que sin duda copió de su mano y le dio orden y forma, respetando religiosamente el pensamiento del primitivo autor. Nos referimos al tratadito *Del Officio del Secretario que estará en Roma*. Su último editor razona así: «En la escuela de Ignacio y en íntima comunión de vida con él, Polanco no sólo le absorbe su espíritu y aferra sus ideas, sino que sabe traducirlas. Este es su

gran mérito. Como hombre letrado que es, les prepara un cuadro, las sistematiza, las filtra en fórmulas nítidas y claras. En suma, completa al Santo, que hombre de letras no era. El tratado *Del oficio de Secretario* nos ofrece el primer ejemplo de colaboración íntima entre los dos... Tratándose de un texto normativo, es claro que su contenido no puede ser sino de Ignacio, tanto más que Polanco en 1547 se halla aún en las primeras experiencias del oficio. Puede darse que el Santo en un bosquejo sumario trazase las líneas esenciales, dejando a Polanco el darle forma completa, que Ignacio aprobará tras una última revisión». «Pero a mí me parece más probable —sigue hablando M. Scaduto— una segunda hipótesis, que Polanco, conocidas las directivas del Santo, hubiese aprontado un primer esquema de reglas, sobre las cuales Ignacio hizo reformas y correcciones, conservadas por el redactor en la ulterior reelaboración del texto. En este caso se explica por qué el texto llegado a nosotros no sólo expresa con exactitud el pensamiento ignaciano, sino a ratos también la característica lentitud de su estilo personal, tan diferente de la habitual fluidez de Polanco».

Ignacio debió de estar muy satisfecho de su Secretario. Así vemos que al tratar del Prepósito general en las *Constituciones* exige de él «la solicitud de atender a todas cosas», para lo cual «parece deba tener una persona que ordinariamente le acompañe, que le sea memoria y manos para todo lo que se ha de escrebir y tratar... vistiéndose de su persona y haciendo cuenta (fuera de la autoridad) que tiene todo su peso sobre sí».

Eso fue Polanco para Ignacio: «memoria y manos». Aquel prodigioso Secretario poseía cualidades para ser otras muchas cosas más altas y de más brillo humano, pero a todo renunció, para realizar con la mayor perfección lo que su oficio le exigía.

Como era un formidable lector, se dio a leer, pluma en mano, todo cuanto podía ser útil para las *Constituciones* de la Compañía, haciendo extracto de ello. Entre mil otras cosas leyó la Regla de San Benito, las Reglas atribuidas a San Agustín, la de San Basilio, la de San Francisco; y el fruto de esas lecturas se lo presentó a Ignacio; leyó igualmente todos los documentos pontificios relacionados con la Compañía, anotando lo que algunos pasajes le suscitaban. Y no dejó de examinar todas las Ordenaciones previas, hechas por los primeros Padres. Al repasar el Fundador los papeles del Secretario, en particular el que Polanco intituló: «Sex dubiorum series», no siempre manifestó por escrito su respuesta (tal vez la dio de palabra), otras veces sí, escribiéndola brevísimarnente al pie de la

duda, o bien remitiendo la respuesta a otra autoridad mayor, como la de un cardenal o un jurisperito romano.

De otro carácter es un trabajo muy sistemático, realizado por Polanco en diversas épocas, cuyo encabezamiento reza así: *Síguense 12 Industrias con que se ha de ayudar la Compañía para que mejor proceda para su fin*.

La distribución orgánica de esta obrita en partes y capítulos presenta notables paralelismos con las *Constituciones* generales ignacianas. A éstas se incorporó también en lo substancial un escrito de Polanco rotulado: *«Constituciones que en los Collegios de la Compañía de Jesú se deben observarse»*.

Por mucho que se ponderen los méritos de Polanco, nunca se dirá bastante. Siendo un insuperable Secretario (además de historiador de la Compañía} se mantuvo siempre humildemente dentro de los límites de su oficio, compenetrándose e identificándose con el pensamiento y el espíritu del Fundador, mas no sustituyéndose a él. No tenía el espíritu creador y original de Ignacio. Su tarea era leer mucho, copiar mucho, seleccionar y ordenarlo todo. Era una mente sistematizadora. Y como organizador del material prestó al Fundador de la Compañía servicios incalculables.

La intención del santo Fundador fue siempre de presentar el texto de las *Constituciones*, apenas estuviese terminado, a los primeros compañeros. En ese sentido escribió cartas los años de 1548 y 1549 mostrando su deseo de que vinieran para 1550, año del Jubileo. Deseaba que viniese incluso Francisco Javier desde las Indias. En 1550 anotaba Nadal: «Han sido convocados por el Padre Ignacio los profesos que cómodamente puedan venir», y nombra entre los recién llegados a Francisco de Borja, con su hijo y familia y un séquito de jesuitas++. En Roma estaban con Ignacio, Laínez, Salmerón, Miona, Frusio y Polanco.

La entrada del santo duque, que ya era jesuita, aunque en hábito de Duque, tuvo lugar el 13 de octubre 1550 en Santa María dé la Strada con pompa inusitada, y lo mismo sucedió en el Vaticano, cuando fue a saludar a Julio III.

Hasta principios de 1551 no cesaron de llegar nuevos Padres expresamente llamados. Bajo la presidencia del Prepósito General, examinaron el texto de las *Constituciones* y no faltaron quienes hiciesen observaciones para perfeccionar el texto. Se conservan los reparos que pusieran Laínez, Salmerón, Bobadilla y Araoz. Apenas los convocados abandonaron Roma, empezaron el Fundador y su Secretario a elaborar un nuevo texto (B) a base de las observaciones hechas por los congregados al

texto anterior (A). El resultado es el que suele llamarse *Autógrafo* (es decir, auténtico u original) *de S. Ignacio*.

A declarar las Constituciones y promulgarlas en Sicilia, España y Portugal fue enviado Nadal (1552-54), quien luego hizo lo mismo en Austria y en Italia. En 1555 pasó a la India el portugués Antonio de Quadros con idéntica comisión.

Cómo escribía Ignacio las «Constituciones»

He aquí lo que el autor de las *Constituciones* dictó a su confidente Luis Gonçalves da Cámara:

> «Cuando decía Misa tenía muchas visiones; y que cuando hacía las Constituciones, las tenía también muy frecuentemente, y que esto lo podía afirmar ahora más fácilmente, porque diariamente escribía lo que pasaba por su alma y lo hallaba ahora escrito. Y así me mostró un fajo asaz grande de escrituras, de las cuales me leyó buena parte. Las más eran visiones que Dios en confirmación de alguna de las *Constituciones*, viendo unas veces a Dios Padre, otras veces todas las tres Personas de la Trinidad, y en ocasiones a lo Madona, que ora intercedía, ora confirmaba... El modo que observaba cuando hacía las *Constituciones* era decir Misa cada día y representar a Dios el punto que trataba, y hacer oración sobre ello y siempre hacia la oración y la Misa con lágrimas».

Por una feliz casualidad se nos ha conservado un fragmento de su *Diario espiritual*, en el que apuntaba, día tras día, las luces, los sentimientos, las visiones divinas que tenía en los días en que escribía las *Constituciones*. De lo que allí nos dice podemos inferir que no redactaba cosa importante sin sentir en su interior que Dios se lo aprobaba.

A pesar de los fuertes dolores hepáticos y gástricos que le atormentaban sin cesar, el alma de Ignacio, unida constantemente a Dios, gozaba de una paz interior que se reflejaba en el semblante y en todas sus actitudes. Era la mejor disposición psicológica para dejarse invadir plenamente de luces y gracias sobrenaturales y transfundir al cuerpo jurídico que estaba plasmando un espíritu más alto que el de las leyes y un reflejo de eternidad.

El tibio clima de Roma podía serle favorable, exceptuando algún que otro mes. Ese ambiente de paz y serenidad que reinaba en torno de Ignacio cuando escribía las *Constituciones*, lo reflejan las palabras del P. Aníbal - Du Coudret, que vamos a citar (si es que en verdad le pertenecen). De

todos modos es un contemporáneo el que nos pinta al Santo en su pobre aposento de la casa tocando a Santa María de la Strada, casa pobre, pero alegrada por un huertecillo y unos terrenos libres, comprados por Ignacio en 1543.

«Cuando escribía las Constituciones —dice— no tenía en su aposento durante los siete meses enteros en que le serví, más libros que el Misal para repasar la Misa. En los días serenos, para tomarse un descanso, se retiraba al huerto de un amigo romano, y allí, colocando la mesa en medio del huerto con el escritorio y los papeles, escribía las cosas que se le ofrecían, hasta la hora de vísperas, en que se recogía en su aposento para pensar en Dios y en sus asuntos».

Este modo de escribir las *Constituciones* ¿no está demostrando que fue el Espíritu Santo el principal maestro e inspirador de una obra de tan altos ideales religiosos y tan ungida de devoción y de sabiduría?

Sumario de las «Constituciones». El examen

Más de un lector agradecerá que nos detengamos aquí unos instantes a contemplar ese admirable monumento legislativo, que da derecho al Santo de Loyola a ocupar un sitial honorífico entre los grandes codificadores de cualquier época de la historia.

Al cuerpo legislativo de las *Constituciones* quiso anteponer Ignacio una Introducción o Preámbulo de las mismas, que intituló *Examen general*, que consta de seis capítulos, enderezados con toda franqueza al candidato sobre la naturaleza y las exigencias de la Orden religiosa en que pretende alistarse, y al mismo tiempo a obtener un conocimiento exacto del aspirante antes de su admisión, o dicho más brevemente, a que él conozca, la Compañía y ésta le conozca a él. La redacción del *Examen general* podía darse por acabada, aunque no en forma definitiva, a fines de 1546 antes de que Polanco entrase en funciones de Secretario.

Fue idea exclusiva de Ignacio el empezar por un interrogatorio de la persona, vida, familia, cualidades físicas y morales del candidato, y de ponerle en seguida ante los ojos el fin de la Compañía de Jesús, que es «no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la mesma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos» (c.1). ¿Con qué medios? Principalmente por los tres votos de pobreza, castidad y de obediencia, entendidos del modo más perfecto, y por el voto especial de los profesos al

Romano Pontífice.

Averiguada la aptitud del aspirante y la ausencia de impedimentos se le van manifestando en su cruda realidad las cosas más arduas que encontrará en la Compañía, a fin de tantear la firmeza de su resolución y que después no alegue ignorancia de los compromisos que contrajo: deberá abrazarse con la total abnegación evangélica, desprendiéndose de todos los bienes temporales y renunciando para siempre a las ternuras del hogar, «como quien es muerto al mundo y al amor propio, y vive a Cristo Nuestro Señor solamente, teniendo a El en lugar de padres y hermanos y de todas las cosas». En particular «le será demandado si se hallará contento que todos errores y faltas, y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas a sus mayores por cualquiera persona que fuera de confesión la supiere; siendo él mismo y cada uno de los otros contento de ayudar a corregir y ser corregido, descubriendo el uno al otro, con debido amor y caridad para más ayudarse en espíritu» (c.4). Y si estará dispuesto a manifestar con candor su alma a los Padres espirituales y Superiores, para que éstos, con mayor diligencia, amor y cuidado, le puedan ayudar y gobernar, mandándolo a una parte y no a otra, a un destino o a otro.

Con la misma claridad se le exponen las pruebas y experiencias a que será sometido en el noviciado: —«Haciendo Ejercicios espirituales por un mes, poco más o menos...— Sirviendo en hospitales, o en algunos dellos por otro mes, durmiendo en él o en ellos..., ayudando a todos enfermos y sanos..., por más se abaxar y humillar, dando entera señal de sí, que de todo el século y de sus pompas y vanidades se parten, para servir en todo a su Criador y Señor crucificado por ellos. —Peregrinando por otro mes sin dineros, antes a sus tiempos pidiendo por las puertas por amor de Dios nuestro Señor, porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir... —Después de entrado en Casa, exercitándose con entera diligencia y cuidado en diversos oficios baxos y húmiles, en todos dando buen exemplo de sí... —La doctrina cristiana o una parte della a mochachos y a otras personas rudes en público mostrando o a particulares enseñando, según se ofreciere» (c.4).

Omitiendo mil detalles que no se pueden resumir sin hacer muy prolija la lectura, pasemos adelante y penetremos en la grandiosa construcción —medio espiritual, medio jurídica— de las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, que comprenden diez partes.

El Proemio de las *Constituciones* empieza dando razón de por qué se

escriben: «Aunque la suma Sapiencia y Bondad de Dios nuestro Criador y Señor es la que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesú, como se dignó comenzarla; y de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Sancto escribe y imprime en los corazones ha de ayudar para ello; todavía porque la suave disposición de la Divina Providencia pide cooperación de sus criaturas, y porque así lo ordenó el Vicario de Cristo nuestro Señor y los exemplos de los santos y razón así nos lo enseñan en el Señor nuestro, tenemos por necesario se escriban *Constituciones*, que ayuden para mejor proceder, conforme a nuestro Instituto, en la vía comenzada del divino servicio».

PARTE I: *Admisión de candidatos*. Mucho importa la cuidadosa selección de los que se reciben. «Cuantos más dones uno tuviese de Dios nuestro Señor, naturales y infusos para ayudar en lo que la Compañía pretende..., tanto sería más idóneo para ser recibido en ella» (c.2). Valoración las cualidades. Impedimentos. Trato que se les ha de dar en la primero probación.

PARTE II: *Del despedir a los ineptos*. Causas y modos. San Ignacio establece dos principios: «Como no debe haber facilidad en el admitir, menos debrá haberla en el despedir»; «deben ser las causas tanto mayores, cuanto cada uno está más encorporado en la Compañía» (c.1).

PARTE III: *Del conservar en su vocación a los que quedaren y de su progreso en el espirito*. A todos los que han ingresado en la Compañía les exige el Fundador virtud sólida, con exacta y vigilante guarda de las puertas de los sentidos, abnegación de la propia voluntad, «mantenerse en la paz y verdadera humildad de su ánima»; «en cuanto sea posible, *idem sapiamus, idem dicamus omnes*, conforme al apóstolo y doctrinas diferentes no se admitan de palabra en sermones ni lecciones públicas, ni por libros...; la unión y conformidad de unos y de otros debe muy diligentemente procurarse... Es muy expediente para aprovecharse y mucho necesario, que se den todos a la entera obediencia, reconociendo al Superior, cualquiera que sea, en lugar de Cristo nuestro Señor... Amen todos la pobreza como madre» (c.1). Traza aquí Ignacio un áureo tratadito ascético, que recibirá su complemento en la parte VI.

PARTE IV: *De la formación literaria de los escolares y del régimen de los Colegios*. Esta parte, que abarca 17 capítulos, es como un bosquejo, o mejor, un germen de la futura *Ratio studiorum S.I.* que desde 1599 se impondrá en todos los colegios jesuíticos. Aquí determina Ignacio todo lo

relativo al régimen de los Colegios y Universidades, y a la formación moral, literaria, filosófica y teológica de los estudiantes. Recomienda «las letras de humanidad, de diversas lenguas y la Lógica y Filosofía Natural y Moral, Metafísica y Teología escolástica y positiva, y la Escritura sacra... tratándose diligentemente por muy buenos Maestros lo que toca a la doctrina Escolástica y Sacra Escritura, y también de la positiva. Y porque así la doctrina de Teología como el uso della, requiere, especialmente en estos tiempos, cognición de Letras de Humanidad y de las lenguas latina y griega y hebrea, destas habrá buenos Maestros y en número suficiente, y también de otras como es la caldea, arábiga y indiana, los podrá haber donde fuesen necesarios o útiles... *(Nota):* Debaxo de Letras de Humanidad, sin la Gramática se entiende lo que toca a Retórica, Poesía y Historia» (c.12).

PARTE V: *Incorporación de los estudiantes así instruidos en el organismo de Compañía*. A diferencia de las Ordenes antiguas, que no alargaban el noviciado más de un año, Ignacio lo extiende a dos años enteros, a fin de asentar sólidamente las bases de la alta perfección que él desea para sus hijos; fue ésta una innovación, que después habían de imitar otras Congregaciones religiosas. Diferénciase también de otras Ordenes, en que pasados los dos años de noviciado, no pasa el candidato a la profesión solemne, sino solamente a votos simples, que le constituyen verdadero religioso, votos perpetuos de parte del votante, pero todavía condicionados de parte de la Compañía. La incorporación definitiva de los «escolares aprobados» se hará después de los estudios y de un año de «escuela del afecto» *(schola affectus)* por la profesión solemne de cuatro votos (el cuarto, de obediencia especial al Romano Pontífice). Esto es exclusivo de los *Profesos*[132]. Los *Coadjutores espirituales* hacen su incorporación definitiva por la emisión simple, pero pública, de los tres votos esenciales; y los *Coadjutores temporales* (laicos) por la misma pública emisión de los tres votos simples a los diez años de vida religiosa. Tal división de clases, ni implica diferencia en la participación de los bienes espirituales, ni ocasiona desunión en la convivencia y trato familiar.

PARTE. VI: *Obligaciones personales de los ya incorporados*. Aquí expone obligaciones comunes a todos los miembros de la Orden, en primer lugar, los votos. «Lo que toca al voto de castidad no pide interpretación,

[132] La larga formación espiritual y académica antes de que el jesuita salga a la vida pública fue un gran acierto de S. Ignacio, que deseaba ver a sus hijos perfectamente capacitados para la vida apostólica. «Me da deseos Dios —decía— de veros señalar» (y no sólo en la obediencia).

constando cuán perfectamente deba guardarse, procurando imitar en ella la puridad angélica con la limpieza del cuerpo y mente». No dice más, y no es poco.

Más se alarga, naturalmente en la obediencia, que debe ser distintivo de la Compañía, no porque la obediencia ignaciana sea diferente de la que enseñan todos los maestros de la perfección religiosa, sino porque Ignacio quería que su Compañía fuese una congregación religiosa bien disciplinada, con la máxima agilidad de movimientos; para eso la organizó de tal manera y la dotó de tales medios, humanos y externos unos, como la organización jerárquica de la Orden, espirituales e internos otros, como el amor filial y la cuenta de conciencia, que la llevasen a disptinguirse entre las demás religiones. Quiere Ignacio que la obediencia sea pronta, alegre, filial, sobrenatural, «teniendo entre los ojos a Dios nuestro criador y Señor, por quien se hace la tal obediencia, y procurando de proceder con espíritu de amor... poniendo todas nuestras fuerzas en la virtud de la obediencia, del Sumo Pontífice primero, y después de los Superiores de la Compañía. En manera que en todas cosas a que puede con caridad extenderse la obediencia, seamos prestos a la voz della, como si de Cristo N. S. saliese... haciendo con mucha presteza y gozo espiritual y perseverancia cuanto nos será mandado, persuadiéndonos será todo justo y negando con obediencia ciega todo nuestro parecer y juicio contrario... Cada uno de los que viven en obediencia se debe desear llevar y regir de la divina Providencia, por medio del Superior, como si fuese un cuerpo muerto, que se desea llevar adondequiera... o como un bastón de hombre viejo, que en dondequiera y en cualquier cosa que dél ayudarse querrá el que le tiene en la mano, sirve» (c.1).

Los que sin mucho estudio se han escandalizado de ciertas frases enérgicas y tajantes, como «obediencia ciega», «como si fuese un cuerpo muerto» (la traducción latina, *perinde ac si cadaver essent*, es de Polanco), «como un bastón de hombre viejo», etc., deben advertir que están tomadas de la antigua tradición ascética de la Iglesia[133].

«La pobreza, como firme muro de la religión, se ame y conserve en su puridad, cuanto con la divina gracia posible fuere». Que todos los profesos hagan promesa «delante del Prepósito General y los que con él se

[133] En el libro *Constitutiones monasticas*, atribuido mucho tiempo a S. Basilio el Grande († 379) leemos algo parecido a lo del «bastón de hombre viejo»: Quemadmodum enim faber lignarius… artis instrumento utitur ad suum arbitrium», etc. (PG 31, 1410). Y lo del «cuerpo muerto» es nada menos que del *Poverello* Francisco de Asís.

hallaren» de no alterar lo que a la pobreza toca en las *Constituciones*, si no fuese para mayor estrechez, no para «alargar la mano» ni siquiera en Congregación general. Los profesos y coadjutores espirituales vivirán de limosnas; sólo los noviciados y colegios podrán tener rentas, para asegurar el sustento de los estudiantes. La pobreza de la Compañía no es externamente llamativa y de apariencia, ya que la vida debe ser común, Pero internamente es del mayor rigor, de sumo despego, con exclusión de toda propiedad personal, sin que nadie pueda disponer de la menor cosa sin permiso del Superior.

«Siendo tanto incierta nuestra residencia en un lugar y en otro, no usarán los nuestros tener coro de horas canónicas ni decir las Misas y oficios cantados: pues no faltará, a quien tuviese devoción de oírlos, donde pueda satisfacerse».

«Ansi mesmo porque las personas desta Compañía deben estar cada hora preparadas para discurrir por unas partes y otras del mundo, adonde fueren inviados por el Summo Pontífice o sus Superiores; no deben tomar cura de ánimas, ni menos cargo de mujeres religiosas o de otras cualesquiera, para confesarlas por ordinario o regirlas... Ni obligación de Misas perpetuas en sus iglesias, ni cargos semejantes, que no se compadescen con la libertad que es necesaria para nuestro modo de proceder *in Domino»* (c. 3).

PORTE VII: *Obligaciones para con los prójimos en la viña del Señor*. La parte VII trata de toda clase de misiones, lo mismo entre infieles que entre herejes y católicos. Téngase presente que cuando se habla de misiones encomendadas por el Romano Pontífice, esa palabra Misión (en latín *missio*) tiene un sentido mucho más amplio que el que se le da en «Misionología», porque significa lo mismo que *envío* (a un país cualquiera), comisión, legación, embajada, encargo, orden o mandato de ir a determinado lugar con la tarea de realizar algo concreto en bien de la Iglesia.

Todo jesuita debe estar presto y como con el pie levantado para ponerse en marcha, «ahora sean inviados por orden del Vicario Sumo de Cristo nuestro Señor por unos lugares y otros, ahora por los Superiores de la Compañía, que asimismo les están en lugar de su Divina Majestad... La intención del voto que la Compañía hizo de le obedecer como a Sumo Vicario de Cristo sin excusación alguna, ha sido para dondequiera que él juzgase ser conveniente para mayor gloria divina y bien de las ánimas enviarlos entre fieles o infieles, no entendiendo la Compañía para algún

lugar particular, sino para ser esparcida por el mundo por diversas regiones y lugares, deseando acertar más en esto, con hacer la división dellos el Sumo Pontífice» (c.1).

«Los Prepósitos de la Compañía, según la concesión hecha por el Sumo Pontífice, podrán inviar donde les paresciere más expediente a cualesquiera personas de la Compañía, bien que dondequiera que estuvieren, siempre estarán a disposición de Su Santidad».

Débese acudir preferentemente a las partes más necesitadas, o a las que prometen fruto más abundante y duradero, buscando siempre, «como regla para enderezarse, el mayor servicio divino y bien universal..., porque el bien, cuanto más universal es más divino».

Esta universalidad de regiones y de medios y la rapidez en acudir a cualquier frente a las órdenes del Papa, es peculiar del escuadrón de «caballería ligera», creado por S. Ignacio. Recomienda también, que se procure destinar a cada individuo a la misión, oficio o cargo, para el que sea más apto: «En las cosas donde hay más trabajos corporales, personas más recias y sanas. En las que hay más peligros espirituales, personas más probadas en la virtud y más seguras. Para ir a personas discretas que tienen gobierno espiritual o temporal..., parece convienen más los que se señalan en discreción y gracia de conversar. Para con las personas de ingenio delgado y letras... los que en ingenio así mismo y en letras tienen don especial. Para pueblo comúnmente serán más aptos los que tienen talento de predicar y confesar, etc... Sería bien que no fuese uno solo, sino dos, a lo menos» (c.2).

«Porque no solamente procura la Compañía de ayudar a los próximos discurriendo por unas y otras partes, pero aun residiendo en algunos lugares continuamente, como es en las Casas y Colegios; es bien tener entendido en qué modo se puedan en los tales lugares ayudar las animas».

Propone los siguientes medios: 1) «Ser ejemplo de toda honestidad y virtud cristiana», procurando edificar a todos con buenas obras más que con palabras. 2) Administrar los sacramentos, especialmente el de la penitencia. 3) «Se proponga la palabra divina asiduamente en la iglesia al pueblo en sermones, lecciones y en enseñar la doctrina cristiana». 4) «Procurarán de aprovechar en conversaciones pías, aconsejando y exhortando al bien orar, y en Ejercicios espirituales. Los Ejercicios espirituales no se han de dar sino a pocos y tales que de su aprovechamiento se espere notable fructo a gloria de Dios». 5) «En las obras de misericordia corporales también se emplearán, cuanto permitieren

las espirituales, que más importan y cuanto sus fuerzas bastaren, como en ayudar los enfermos, especialmente en hospitales...; en hacer por los pobres y prisioneros de las cárceles lo que pudieren por sí» (c.4).

PARTE VIII: *De la concordia y amor de los miembros de la Compañía entre sí y de todos con la cabeza*. Piensa Ignacio que en la Compañía puede haber dos dificultades para la unión de los miembros con la cabeza: Primera, «por ser tan esparcidos en diversas partes del mundo, entre fieles y entre infieles». Segunda, «que comúnmente serán letrados, que tendrán favor de príncipes o personas grandes». «Y porque esta unión se hace en gran parte con el vínculo de la obediencia, manténgase siempre ésta en su vigor». «A la mesma virtud de obediencia toca la subordinación bien guardada de unos Superiores para con otros, y de los inferiores para con ellos... y todos los Prepósitos locales o rectores se comuniquen mucho con el Provincial... y de la mesma manera se habrán los Provinciales con el General... De parte del Prepósito General lo que ayudará para esta unión de los ánimos son las cualidades de su persona», de lo cual se tratará más ampliamente en la Parte IX.

Muy conveniente para la unión será «la comunicación de letras misivas entre los inferiores y Superiores». «Los Prepósitos locales o Rectores... deben escribir a su Prepósito Provincial cada semana, si hay forma para ello; y el Provincial y los otros al General... siendo en reino diverso... escribirán una vez al mes al General» (c.1).

Después da normas sobre las *Litterae quadrimestres*, que todas las casas enviarán a Roma cada cuatro meses, comunicando al General todo cuanto en cada casa se hace y se trabaja; serán cartas mostrables a los de fuera. En cambio, las *Litterae mixtae*, por tratar de cosas más íntimas, serán ordinariamente secretas. Todas ellas quedaban, y quedan aún archivadas en Roma, constituyendo una rica mina para los historiadores. Del capítulo segundo al séptimo se legisla minuciosamente todo lo relativo a la Congregación General y a la elección del Prepósito General.

PARTE IX: *De la persona del General. Su gobierno y autoridad*. Empieza diciendo que «el Prepósito General... será por vida, y no por tiempo determinado». Las razones son varias: a) Siendo el General vitalicio, se evitará la frecuencia de las elecciones, con lo cual los electores que han de reunirse en Roma ahorrarán mucho tiempo y evitarán fatigas y molestias; b) siendo raras las elecciones, «se apartarán más lexos los pensamientos y ocasiones de la ambición, que es la peste de semejantes cargos, que si a tiempos ciertos se hubiese de elegir»; c) «es más fácil

hallarse uno idóneo para este cargo que muchos»; d) «mayor será la auctoridad del Prepósito siendo inmutable, que si se eligiese por alguno o algunos años... por ser más conocido de todos... Y al contrario, el saber que ha de dexar el cargo, y ser igual o inferior a los otros, y también ser nuevo en el oficio, puede disminuir la autoridad» (c.1).

Pasa en seguida a describir la persona del Prepósito Generar, y lo hace con rasgos tan perfectos e ideales, que dibujó, sin pretenderlo, su mejor autorretrato: No soy yo quien lo dice arbitrariamente; es el hombre de su confianza, el portugués G. da Cámara, el primero que lo observó y lo anotó así: En el capítulo en que pinta al General *«parece haberse pintado a sí mismo»* (Mem. n.226). Oigamos al Legislador: «Cuanto a las partes que en el Prepósito General se deben desear, la primera en, que sea muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración... Sea persona cuyo exemplo en todas virtudes ayude a los demás de la Compañía; y en especial debe resplandecer en él la caridad para todos los próximos... Y la humildad verdadera, que de Dios nuestro Señor y de los hombres le hagan muy amable. Debe también ser libre de todas pasiones, teniéndolas domadas y mortificadas, porque interiormente no le perturben el juicio de la razón, y exteriormente sea tan compuesto y en el hablar especialmente tan concertado, que ninguno pueda notar en él cosa o palabra que no le edifique». Los de la Compañía le han de tener «como espejo y dechado».

«Así mesmo la magnanimidad y fortaleza de ánimo le es muy necesaria para sufrir las flaquezas de muchos, y para comenzar cosas grandes en servicio de Dios nuestro Señor..., sin perder ánimo con las contradicciones, aunque fuesen de personas grandes y potentes... Debría ser dotado de grande entendimiento y juicio; para que ni en las cosas especulativas ni en las prácticas que ocurrieren le falte este talento».

Y si algunas de las partes arriba dichas faltasen, a lo menos no falte bondad mucha y amor a la Compañía y buen juicio acompañado de buenas letras» (c.2).

A penosa de tan eximias y relevantes cualidades bien se le pueden confiar todos los poderes, en la seguridad que usará bien de ellos. «Tenga toda auctoridad sobre la Compañía *ad aedificationem»*. Autoridad sobre las personas, sobre las casas, Colegios, Universidades, oficios, cuestiones económicas de importancia, aunque para ciertas cosas más graves necesite el consentimiento de la Congregación General. Debe mirar que se observen las *Constituciones*, pero en casos particulares podrá dispensar «con la discreción que la luz eterna le diere».

«El mesmo General tendrá auctoridad entera en las misiones, no contraveniendo en ningún caso a las de la Sede Apostólica» (c.3).

«La Compañía tenga deputados cuatro Asistentes..., que estén cerca del Prepósito, los cuales delante de su Criador y Señor sean obligados a decir y hacer cuanto sintieren ser a mayor gloria divina... La elección destas cuatro personas estará en los mesmos que eligen el Prepósito, cuando para ello se juntan» (c.5). «Y aunque hayan de tratarse con ellos las cosas que importan, la determinación siempre estará en el General, después que los haya oído» (c.6).

No se crea por lo dicho que el Prepósito General es un monarca absoluto. Es verdad que él es quien nombra a los Provinciales, y en cada provincia a los Prepósitos de las casas profesas y a los Rectores de Colegios y Seminarios, todos los cuales deberán rendirle cuenta de su administración, de la conducta de sus súbditos y de las obras que emprendan. Esta organización jerárquica, algo semejante a la de la Iglesia, y muy diferente las antiguas Ordenes religiosas, tiene su razón y justificación en la universalidad católica del fin de la Compañía, que exige un Superior general, colocado sobre los particularismos de provincia.

Y no hay peligro de extremado absolutismo, porque la unidad de mando está moderada por la manera de elegir al General y por las limitaciones que se ponen a su gobierno, el cual está fuertemente limitado y controlado por las *Congregaciones generales*, y éstas a su vez están designadas por las *Congregaciones provinciales*, formadas —según voluntad del Fundador— por lo más selecto de cada provincia. El gobierno generalicio está en gran parte determinado por los informes que de toda la Compañía recibe y por los Asistentes o consultores de oficio que le rodean formando su consejo oficial. Estos consejeros, elegidos por la *Congregación general*, ayudan al General, cada uno en los asuntos de una nación, o grupo de provincias *(Asistencia)* y no sólo le aconsejan y amonestan, sino que, en casos gravísimos —que nunca se han dado— pueden convocar la *Congregación general* para que le juzgue, deponga y aun expulse de la Compañía, si lo mereciere. Tan sólo la *Congregación general* goza de plena autoridad legislativa; a ella le compete el derecho de dar leyes universales y definitivas, que tienen la misma fuerza jurídica que las *Constituciones* del Fundador, mientras que en el Prepósito General reside el poder ejecutivo para hacerlas cumplir, para interpretarlas, si es preciso, y para dar *ordenaciones y reglas*, que todos deben cumplir. Nótese que el General, aunque se dice vitalicio, puede por graves causas, vgr. por

falta de salud, renunciar al cargo; el mismo Fundador lo intentó varias veces.

Esta organización admirable podrá parecer al que la contemple con ojos puramente humanos, de simple jurista o político, una máquina de preciso funcionamiento que anula en su rodaje la libertad y las iniciativas individuales: pero el que la mire desde dentro y en su realidad palpitante, la verá como un organismo vital, integrado por voluntades libres y gozosas, a las cuales mueve —según el anhelo ignaciano— «más que ninguna exterior Constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Sancto escribe y imprime en los corazones». Si éste es el verdadero móvil, no habrá roces ni dificultades en la maquinaria.

PARTE X: *De los medios con que esta corporación se conservará y crecerá plenitud de vida*. En esta última parte recopila Ignacio no pocas cosas de las ya expuestas anteriormente, insistiendo en algunas con nueva fuerza,

«Porque la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos no puede conservarse ni augmentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro, es menester en El solo poner la esperanza... Para la conservación y augmento no solamente del cuerpo, *id est,* lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu della..., los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y virtud y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor». Mas tampoco hay que olvidar «los medios humanos o adquisitos con diligencia, en especial la doctrina fundada y sólida y modo de proponerla al pueblo en sermones y lecciones, y forma de tratar y conversar con las gentes» (c.único).

Vuelve a recomendar la más estricta pobreza evangélica, «baluarte de las religiones», y prescribe de nuevo «excluir (de la Compañía) con grande diligencia la ambición, madre de todos males en cualquiera comunidad o congregación, cerrando la puerta para pretender dignidad o prelación alguna». A fin de que se perpetúe el bien del Instituto, aconseja «no admitir turba» ni gente inepta, y ser fáciles en despedir a los que no sean idóneos. Particular esmero se pondrá en la elección del Prepósito General y Superiores, «porque cuales fueren éstos, tales serán a una mano los inferiores».

Tal es el monumento legislativo, obra maestra de Ignacio de Loyola,

levantado por el Santo en unos años en que su espíritu extático vivía anegado en torrentes de consuelos divinos y de las más sublimes comunicaciones místicas, como lo vemos hoy con estupor creciente en las páginas que se conservan de su *Diario espiritual*. A su talento incomparable de hombre de gobierno y de fino escrutador del alma humana se le agregaron, mientras redactaba y corregía lentamente las *Constituciones*, aquella, claridades celestes e «inteligencias» sobrenaturales con que las tres Personas de la Santísima Trinidad (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) no sin la asistencia frecuente de Nuestra Señora, ilustraban su mente y confirmaban su decisión en el punto concreto sobre el que estaba deliberando.

Carácter novedoso de las «Constituciones»

Así surgieron las *Constituciones de la Compañía*, que no son tan sólo un portentoso código legislativo, sino una obra de alta espiritualidad, impregnada de la más pura doctrina evangélica. Del acierto de sus innovaciones jurídico-canónicas dan prueba las muchas Congregaciones modernas que en la obra ignaciana se han inspirado.

La originalidad del Instituto de la Compañía se puede compendiar en el siguiente esquema: 1. Supresión del coro monástico. —2. No llevar hábito particular, cosa esencial para monjes y frailes medievales.—3. No tener monjas a su cargo o bajo su dirección.—4. Prolongamiento del Noviciado y de la formación científica y literaria.—5. Votos simples al final del Noviciado y dilación por bastantes años de la Profesión, especialmente de la Profesión solemne (con el cuarto voto al Romano Pontífice).—6. Supresión del sistema capitular.—7. Voto de no aceptar dignidades eclesiásticas.—8. No tener penitencias tasadas por Regla.—9. Universalidad de ministerios apostólicos.

Nada tiene de extraño que algunas leyes o normas, tenidas en el siglo XVI como novedades canónicas, hallasen gran dificultad en la mente estrechamente monástica y medieval de ciertos personajes como el cardenal Guidiccioni, de teólogos como Melchor Cano, y aun de papas como Pablo IV, San Pío V y Sixto V.

Quiso S. Ignacio escribir las Constituciones de la Compañía en romance castellano y no en latín, porque si bien hablaba corrientemente en el idioma del Lacio, estaba cierto que las ideas más delicadas en ninguna lengua las podría matizar mejor que en la de Castilla.

La traducción latina es obra de su secretario Polanco, retocada por el eximio latinista Fulvio Cárdulo S. I., y reconocida como «oficial» por la primera Congregación General (setiembre 1558).

Ignacio, escritor y epistológrafo

Un renombrado pintor guipuzcoano, Elías Salaberría († 1952) ensayó repetidas veces darnos el retrato, o por lo menos, una interpretación pictórica de su santo paisano. En un primer cuadro retrató al asceta, al hombre espiritual, al meditador de los Ejercicios espirituales, paseando lentamente, con expresión casi adusta y melancólica por la huerta de la moderna casa de Loyola. Viste sotana talar y manteo negro; su semblante es muy descarnado, lleva los ojos hundidos y las manos juntas y apretadas; al fondo se destaca sombría la altiva mole del Izarraitz.

No faltaron protestas de quienes no concebían un Ignacio de Loyola con ceño tan desengañado y casi fúnebre. Por eso, en un segundo ensayo nos dio un Ignacio que, a primera vista, parece «un doble» del primero, aunque con algunos retoques esenciales; no es «el asceta», es «el Fundador de la Compañía». También a éste el negro manteo le envuelve desde el cuello hasta los pies, más aún que en el primer retrato; también aquí aparecen el valle nativo, y la mole marmórea del Izarraitz, aunque más desvanecidos que anteriormente. Toda la pintura es ahora más abstracta e intelectualizada. Se acentúa la fuerza, la energía, el dinamismo, la acción. No ha querido el artista pintar al asceta ensimismado, sino al «Fundador de la Compañía», al legislador, al organizador y General de una Orden apostólica y ecuménica».

Tampoco esta vez satisfizo a ciertos amigos, que echaban de menos el misticismo ignaciano y deseaban mayor semejanza de la obra artística con el personaje histórico. Salaverría tuvo la debilidad de acceder a esto último, inspirándose en el retrato que hizo Sánchez Coello a fines del siglo XVI. El resultado fue de un academicismo impropio del recio pintor vasco. No sintiéndose tal vez con honda inspiración para darnos un Ignacio místico, escogió otra faceta del Santo, escasamente conocida y nos ofreció —no sé si deliberadamente— el *Ignacio escritor*. Sostiene la pluma de ave en la mano y está meditando lo que va a escribir: ¿una carta de dirección espiritual, o un capítulo de las Constituciones de la Compañía? Leve resplandor místico centellea en sus ojos y se expande por todo su rostro, expresando el fuego interior que mueve su pluma y da vigor a su escritura de elegante trazo, «porque era muy buen escribano» (consta en su

Autobiografía).

Escritor, en el más noble sentido de la palabra, lo fue toda su vida, como lo están proclamando los títulos de sus obras. Dejemos a un lado los escritos que no han llegado hasta nosotros, como el poema juvenil a San Pedro, o aquella compilación selecta, que hizo durante la convalecencia, de «las cosas más esenciales» que halló en las *Vidas de Cristo y de los santos*, y que llenaba casi 300 hojas en cuarto; y aquel libro sobre la Santísima Trinidad, que se puso a escribir en Manresa, fruto de su altísima contemplación. Constantemente se le ve con la pluma en la mano, hasta en sus largos viajes y peregrinaciones por el mundo. Recordemos ahora solamente el librito de los *Ejercicios espirituales*, que fue escribiendo y retocando poco a poco desde Manresa hasta Venecia, pasando por París; y los diez libros de las *Constituciones de la Compañía de Jesús* en lengua castellana; el inapreciable *Diario espiritual*, perla del más subido misticismo, que sólo fragmentariamente se conserva; otros variadísimos *Documentos* e *Instrucciones;* y sus casi 7.000 cartas conocidas, largas algunas como tratados, que constituyen un arsenal incomparable de doctrina espiritual y de experiencias humanas, no bastante utilizado hasta ahora para el conocimiento de la Ascética y Mística, para la historia de la Reforma Católica en el siglo XVI, para la historia de la Compañía de Jesús, etc.

Ignacio se lamenta en ocasiones del excesivo trabajo que le da la correspondencia. Pero en el fondo de su corazón se sentía feliz recibiendo las cartas de sus hijos y dedicando a su contestación las últimas horas de la noche. Esta copiosísima correspondencia le permitía seguir muy de cerca todo lo que sus hijos y discípulos emprendían y realizaban en el universo mundo. Aquel ir y venir de noticias preciosas para la historia de la Iglesia eran como un volar y revolar de palomas mensajeras que le traían de países lejanos mensajes de victoria o peticiones de auxilio, particularmente de oraciones, con gritos de júbilo o de angustia, palabras de esperanza o de temor; a todos los cuales Ignacio respondía puntualmente.

Del palomarcillo de Santa María de la Strada salían en vuelo los correspondientes mensajes del Padre común, dando instrucciones y directivas, sugiriendo soluciones a los problemas ocurrentes, dirimiendo cuestiones inciertas, espoleando a los remolones, frenando a los audaces, repartiendo a todos consolación y alegría.

«Con lágrimas leí su carta», le escribía desde la costa del Malabar el más grande de los apóstoles modernos; y con lágrimas le mandaba la

respuesta. ¡Con qué ansia esperaban todos las cartas de Roma! Los de Coimbra, al decir de Rodrigo de Meneses en 1548, «cierto que estaban los Hermanos bañados en alegría de oír» (leer la carta de su P. Ignacio).

«Era costumbre —anota Polanco en su *Chronicon*— que cada ocho días escribiesen a Roma (los de Italia), y el P. Ignacio lo exigía cuidadosamente. Si por sus ocupaciones él enviaba sus cartas con retraso, los Nuestros se quejaban como si se les privase de la leche de la habitual consolación, y lo miraban como un castigo» (a.1550).

Esta incesante atención que prestaba a los suyos, en cualquier parte del mundo en que se hallasen, no debe hacernos olvidar el mundo anchísimo y polícromo que le rodeaba y le consultaba sin cesar. De uno que bien le conoce son estas palabras:

> «San Ignacio no fue un ente aislado... En torno a él giraron personajes de toda clase. Su destacada posición se refleja en las cartas, que nos pintan con los más vivos colores el ambiente de la Roma del Renacimiento y de la restauración católica, con sus sugestivos claroscuros y sus complejos problemas... Leemos cartas dirigidas al Emperador Carlos V, al rey de romanos, Fernando, a Felipe II, a Juan III de Portugal, al emperador de los abisinios, Claudio, al infante Luis de Portugal, al virrey de Sicilia, Juan de Vega... Sigue la galería de cardenales y obispos, como el cardenal Marcelo Cervini, después Marcelo II; Juan Pedro Carafa, el futuro Paulo IV; Carlos de Guisa, cardenal de Lorena; Pedro Contarini; Bernardo Días de Luco, obispo de Calahorra... La visión panorámica que ofrece el campo epistolar ignaciano no conoce fronteras de naciones o clases determinadas. Lo mismo escribe a Etiopía que a la India o a Alemania. Lo mismo a un rey que a un humilde religioso. Lo mismo se tratan grandes problemas, como la reforma del clero o la reorganización de la Universidad de Viena, que recomienda mayor sobriedad en el estilo, se manda una cuenta bendita o se tranquiliza a un alma turbada. La inmensa riqueza de fondo, la variedad de perspectivas, la abundancia de datos insospechados, dan un valor y actualidad extraordinarios a este epistolario verdaderamente plurifacético... Son además las cartas como un comentario de los Ejercicios y de las Constituciones. Las mismas ideas, los mismos principios».

Una riquísima veta de esta mina de oro ha sido explotada con maestría por HUGO RAHNER, *Ignatius von Loyola, Briefwechsel mit Frauen* (Freiburg v. Br. 1955), donde nos ofrece el texto de 140 cartas a mujeres de su tiempo (17 van dirigidas a princesas; 17 a damas de la nobleza; 30 a bienhechoras; 42 a hijas espirituales; 8 a madres de jesuitas; 26 a personas

amigas).

Las explicaciones históricas de H. Rahner ilustran la condición social de las distintas mujeres y esclarecen la rica doctrina espiritual de Ignacio en la dirección de las almas. Cosa análoga sería fácil hacer con las cartas a príncipes, cardenales, obispos, embajadores, misioneros, etc. Sería un complemento magnífico de la biografía ignaciana.

Lo que nunca se hallaría en las cartas de Ignacio son los asuntos puramente políticos o mundanos.

Ya que hablamos del epistolario, será del gusto de algunos conocer lo que el Fundador de la Compañía pensaba del estilo epistolar. Es el caso que el joven jesuita Robert Claysson escribió el 1 de diciembre de 1554 desde París a su Padre Ignacio una carta en buen latín, pero en estilo redundante y ampuloso, que no gustó mucho al destinatario, el cual responde el 13 de marzo de 1555 por mano de su secretario Polanco de esta manera:

> «Pax Christi. Muy amado en Cristo Mtro. Roberto. En estas primeras letras que os escribo podéis reconocer ya mi amor, precisamente porque me resuelvo a amonestaros con claridad y sin paliativos por el estilo de vuestras cartas. Cierto que son bien doctas y están muy adornadas; pero en el mismo ornato y lima echamos de menos el estilo apropiado. Porque una es la elocuencia, atractivo y gala del lenguaje profano, y otra la del religioso... En la elocución de los nuestros, tanto hablada como escrita, no aprobamos una facundia exuberante y juvenil, sino grave y madura, sobre todo en las cartas, donde el estilo debe ser de suyo conciso y trabajado, y a la vez copioso más por abundancia de ideas que de palabras... También se deberían escoger con atención y cuidado las cosas que se dicen... He aquí, hermano carísimo, nuestra censura, para que no creáis que solamente la Facultad de la Sorbona tiene privilegio de darlas. Y por haber escrito lo que siento con tanta libertad, confianza y amor, espero y pido el premio de vuestras oraciones, y el de la mutua corrección cuando la ocasión lo exija. Nuestro Señor Jesucristo os acompañe»

¿No está ya aquí, *velus in nuce*, la preceptiva literaria que dará origen al típico estilo jesuítico, más conceptuoso que culterano? Pienso que Baltasar Gracián no desdeñaría estos consejos.

Nada de literatura. Atiende a las correcciones

En los escritos ignacianos se buscará en vano algo de eso que moder-

namente es motejado críticamente como «literatura». Y tampoco se hallará en él la más mínima concesión a la «retórica», tan abominada hoy día y tan amada, estimada y rebuscada por los clásicos latinos y por los humanistas. El era el primero en confesarlo: «No tenemos juicio —escribía el 19 de diciembre 1538 a Isabel Rosés— que elegancias ni primores nos acompañan». Y es lástima, porque esa deficiencia literaria fue causa de que sus escritos fuesen poco leídos y no alcanzasen popularidad. Son muchos los que, sin haber estudiado gramatical e históricamente el lenguaje de Ignacio, lo tachan de incorrecto, llegando a afirmar que no dominaba la lengua castellana. En su tiempo nadie, ni sus censores más acres, le hizo tal censura. Unas palabras del biógrafo Ribadeneira se han rizado más de una vez torciéndoles el sentido. Dicen así: «Usaba de palabras no polidas ni muy propias, antes toscas y mal limadas» (III,2). En el contexto alcanzan su verdadero sentido, pues allí no se trata de la legua castellana, sino de las catequesis a los niños de Roma, naturalmente en lengua italiana. Y lo explica el mismo Ribadeneira en otro lugar:

> «El año de 1541... comenzó a enseñar la doctrina cristiana en nuestra iglesia, y yo era el que repetía cada día lo que nuestro Padre iba enseñando; y viendo que hablaba muy *mal italiano*, díxeselo, y que sería bien que pusiese algún estudio en la lengua. Respondióme nuestro Padre: —Cierto, que decís bien; pues tened cuidado, yo os ruego, de notar en lo que falto, y avisadme. -Hícelo así un día con papel y tinta, y vi que era menester enmendar todo el lenguaje, porque o las palabras, o la frase, o la pronunciación era española; y pareciéndome que era cosa sin remedio, no pasé adelante en el notar, y avisé a nuestro Padre de lo que por mí había pasado. Díxome entonces: —Pues, Pedro, ¿qué haremos a Dios? Queriendo decir que nuestro Señor no le había dado más, y que le quería servir con lo que le había dado».

No protesta Ignacio cuando Ribadeneira le corrige su incorrecto hablar italiano; pero si alguien le corrige su lenguaje castellano, entonces sigue, se defiende, porque está seguro de que lo habla como cualquier español, no literato, de su tiempo. Así en el año 1543 (día y mes inciertos) habiéndole escrito al P. Bobadilla corrigiéndole «fraternalmente» algunas frases de sus cartas y dándole normas para la redacción de las epístolas, replicó el brusco e intemperante palentino, que «no debía corregir todos los estómagos con el suyo», y que en sus cartas castellanas también hay incorrecciones. Ignacio se defiende así:

> «A lo que decís que en la copia *(sería una carta circular)* de vuestra letra os escribí deciendo: «procuro de *expedir* mi tiempo», donde había de

decir *«expender* mi tiempo»; si bien mirastes la vuestra letra *(o carta recibida)*, de mi mano está escrito «expender» y no «expedir»; y con esto puede estar que el que la trasladó acá, haya dicho «expedir» por «expender», por no la haber yo corregido, confiándome en otro, y no seyendo carta principal para mostrar a ninguno...

Cerca la falta que notáis en el sobreescrito de la carta, que os escrebí, deciendo: «En el palacio del rey de los romanos», es verdad ya escribí, creyendo que en el palacio... seríades más conocido que en toda la corte... Porné de ahí adelante: *En la corte del rey de romanos;* y si desto se reían todos, como decís, yo pensara que, viendo algunos se reían, que a todos no la mostrárades. Recibiré en mucha gracia en el Señor nuestro, que aun éstas les mostréis... Este es mi deseo en esta vida, seer enderezado y corregido en todas mis faltas, haciéndome fraterna y amorosa correpción...

A lo que decís: *Creéis que todos se edifican destas copia vuestras, yo pocas muestro y pocas leo, ni tenga tanto tiempo, que de lo superfluo de vuestra carta principal se pudieran hacer dos cartas*. Cierto, nunca pensé que a todos las mostrárades... Y que vos, no dignándoos de leer mis letras, os falte tiempo para ello, a mí, por la gracia de Dios N. S., me sobra el tiempo y la gana para leer y releer todas las vuestras... Yo os pido por amor y reverencia de Dios N. S, me escribáis el modo que os pareciere mejor que os escriba, por mí o por otro, para que yo, no errando, os pueda placer en todo».

Su castellano preclásico. El «Diario espiritual»

Volviendo al lenguaje ignaciano, no cabe duda que es rudo, poco fluido, lleno de anacolutos (quizá porque sobreentiende palabras que no deberían faltar) y abundante en gerundios que a veces dan concisión y hondura a la frase, aunque los buenos hablistas nunca los usen en lugar del infinitivo, del imperativo o del pretérito, como lo hace Ignacio.

Téngase presente que el idioma de Loyola es el «castellano preclásico», que un joven filólogo se puso a estudiar eruditamente en un ensayo de 1956. Al castellano preclásico pertenecen los *Libros de caballería* (incluso el *Amadís*, leído por Iñigo de Loyola en Arévalo), cuyo lenguaje no se había pulido aún por obra de los escritores renacentistas, ni había alcanzado la perfección que les dieron los hermanos Juan y Alfonso de Valdés, fray Antonio de Guevara, fray Luis de Granada, etc. Por eso no hay que pedir a los escritos loyoleos la absoluta corrección gramatical, la perfección de nuestros clásicos, como no se le pide hoy mismo a ningún castellano de escasa cultura literaria. Don Quijote, que en los primeros años del siglo XVII hablaba por boca de Cervantes, asegura con toda su

autoridad, que los *Libros de Caballerías* «son en el estilo duros» (I,47). Digamos lo mismo (y aun algo más) de los escritos ignacianos, cosa bien explicable, porque ni los *Ejercicios espirituales*, ni mucho menos el *Diario espiritual* (que es donde más abundan las extrañezas lingüísticas) no fueron escritos como libros de lectura. Los Ejercicios no se escribieron para que fuesen leídos por los «ejercitantes», sino para instruir y dirigir al Director. Y el *Diario espiritual* era tan íntimo y secreto, que lleva la forma de apuntes breves y cortados, que sólo debían servir para que el propio autor recordase los maravillosos e indecibles dones que Dios le había comunicado en la oración. No obstante, Don Giuseppe De Luca, tan fino literato como docto historiador de la espiritualidad, sorprendido y estupefacto al tropezar con el *Diario espiritual*, prorrumpió en estas expresiones admirativas: «Pocas veces nos ha sido dado leer páginas en apariencia tan descarnadas y, sin embargo, tan cargadas de divinos jugos, tan enjutas y a la vez tan dulces; tan lejos de toda pretensión literaria o artística, y, sin embargo, tan poderosas, tan inmediatas y casi mágicas... Repito que este *Diario*, aun artísticamente considerado, posee rasgos de grande vigor y fuerza. Una delicadeza de sugestión y a veces una fuerza de toque hacen del español del Santo un prodigio de espejo interior, que da el fondo de su corazón como a través de aguas puras y tranquilas».

Muchas objeciones contra el estilo ignaciano se pueden prevenir teniendo en cuenta la siguiente observación de José Calveras: «El actual castellano literario desconoce construcciones y modismos, que eran corrientes en el habla y escritos del tiempo de S. Ignacio, y salen en el texto de los *Ejercicios;* el cual por causa de ellos es a veces interpretado impropiamente».

Educado para la corte, Ignacio procuró asimilarse perfectamente la virtud de la cortesanía, uno de cuyos aspectos o facetas era el expresarse con dignidad, sin afectación y con algún donaire oportuno. Su esmero en este particular era bien conocido. «Se puede decir del Padre —escribía en su *Memorial* el portugués Gonçalves da Cámara— que es el más cortés y comedido hombre, cuanto a lo natural» (n.290). «Sus palabras —añade Ribadeneira— eran muy medidas y llenas de graves sentencias; y su plática ordinariamente era una simple y llana narración, contando las cosas sencilla y claramente, sin amplificarlas o confirmarlas ni mover los afectos... Era tan grande la fuerza y eficacia de su hablar, que parecía más que humana, porque movía los corazones a todo lo que él quería, no con copia ni elegancia de palabras, sino con la fuerza y peso de las cosas que decía» (V,6). Si el toledano Ribadeneira hubiera notado incorrecciones en

su hablar, las hubiera denunciado aquí, para que resaltase más su persuasiva elocuencia.

Que Ignacio carecía de cualidades literarias o artísticas, me parece innegable, y si algunas tenía, las menospreciaba, porque le parecían para poco útiles. Una cierta elegancia la exigía a los profesores de teología, y por supuesto a los que cultivaban los estudios humanísticos, que en aquel siglo podían ser un magnífico instrumento de apostolado. Entre las artes, solamente la música le agradaba y le conmovía íntimamente. Pero aun así, no la recomendaba por temor a que fuese obstáculo a los ministerios apostólicos.

¿Cómo explicar la dureza lingüística, el hipérbaton tropezoso y las construcciones ilógicas tan frecuentes en sus escritos? Hay que pensar en la falta de formación gramatical y literaria de su juventud. Iñigo leyó poquísimos autores clásicos. A pesar de todo no se le puede achacar ignorancia del romance castellano. ¡Cuántos hijos de Castilla en el siglo XX escriben más ruda e incorrectamente que Ignacio de Loyola! Tampoco con atendibles ciertas hipótesis sobre influencias del eusquera en su lenguaje ordinario.

Dejo a los especialistas en lingüística y filología el examen atento y minucioso del lenguaje ignaciano, para que lo comparen con el de Ambrosio Montesino, traductor del Cartujano, con el de Gauberto de Vagad, prologuista de Jacobo de Varazze, con el del *Amadís,* etc., y no menos con el de las cartas familiares y documentos personales de Don Martín de Oñaz, de Pero López de Loyola y de otros parientes o amigos íntimos, para ver si se descubren en ellos las mismas propiedades lingüísticas de Iñigo. Si las incorrecciones de éste, v. gr. la proliferación de gerundios, no aparecen en sus hermanos D. Martín y D. Pedro, más inmersos que él en el ambiente vasco, habrá que rechazar la hipótesis de que sus gerundios son vasquismos.

Era voz en su tiempo, que si un joven vasco sale a educarse o a medrar en Castilla —cosa entonces muy frecuente— y permanece allí algunos años, vuelve a su tierra con el romance castellano perfectamente aprendido, pero con el vascuence olvidado. Eso le tuvo que ocurrir al joven Iñigo de Loyola, que en su niñez hablaría el vascuence, a lo menos con su nodriza, con los criados de casa y con algunos amigos y conocidos; el castellano sería el lenguaje más corriente y usual dentro de la familia, pues todos los documentos que de ellos conservamos —y son muy numerosos — están naturalmente redactados en castellano. Nadie escribía entonces en

vasco, ni aun los que mejor lo conocían. Era el lenguaje del campo, no el de la cultura ni del comercio. Sabido es, además, que las personas de distinción y nobleza tenían a menos el hablar la lengua inculta de los vaqueros y de los labriegos. Y los Loyolas se preciaban de nobleza y de riqueza.

Un personaje (Lisardo) de *La toquera vizcaína,* comedia escrita por Juan Pérez de Montalbán († 1638), tropieza en las calles de Madrid con Elena que, disfrazada de toquera vizcaína, va vendiendo tocas de seda, y traban diálogo:

«Lisardo: ¿Cómo siendo vizcaína
habláis tan bien nuestra lengua?

Elena: Porque es en Vizcaya mengua
y entre los nobles mohína,
hablar vascuence jamás
sino fino castellano».

Al salir Iñigo de su casa en 1506 era un mozo de 15 años y dominaba sin duda el romance castellano, mas no el de los clásicos, no bien formado todavía, sino el del siglo XV, más rudo y un tanto arcaizante. En Arévalo, riñón de Castilla, permaneció 12 años escuchando en casa y fuera de casa continuamente el castizo idioma de los arevalenses y de vez en cuando el de los vallisoletanos, jactanciosos de su impecable lenguaje. Si exceptuamos las breves escapadas a Loyola, los nueve meses escasos que allí le detuvo la enfermedad y los cuatro, también escasos, que pasó en Azpeitia en 1535, todo el resto de su vida se desenvolvió en tierras lejanas, no hablando normalmente otro idioma que el español, porque castellanos eran los hombres de confianza entre los cuales vivió y murió, siempre rodeado de burgaleses, sorianos, toledanos, palentinos, es decir, los mejores hablistas del romance castellano. ¿Qué le quedaba de la vetusta y misteriosa lengua de Aitor, que aprendió a los pechos de su nodriza María de Garín en el caserío de Eguibar? Lo suficiente para entender las pocas palabras vascas que le insertó en dos cartas su pariente Antonio de Araoz[134].

[134] Las palabras que Araoz le escribe en vascuence son las siguientes: el 9 de febrero 1545: «Las causas principales eztitut scrivicen por buenos respetos» (que significan: «no pueden escribirse»; Ep. Mixtae I,197); el 11 de diciembre del mismo año: «Mirar sobre resçibir gente verriac..., no es por dar regla, absit: digo en lo de verriac» (ibid., p.241-42); y en fecha incierta de 1546: «En el recibir gente berria... es

Pero más de un historiador o filólogo que haya repasado los voluminosos escritos del Santo, sin hallar jamás una sola palabra vasca, ni siquiera en cartas familiares a sus hermanos, sobrinos, cuñada, etc., se sentirá tentado a sacar la conclusión de que el Fundador de la Compañía había olvidado absolutamente la lengua que aprendiera en su niñez. Conclusión tan absoluta yo no la admito, pero tampoco la opinión de aquellos que firmemente sostienen que Ignacio podía fácilmente predicar entre los azpeitianos de 1535 después de tantos y tantos años de silencio eusquérico.

bien mirar mucho en ello» (Ep. Mixtae V,643). En los últimos textos se refiere Araoz al hecho de recibir en la Compañía judíos conversos, o cristianos nuevos (berria, verriac).

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

EN LA JERUSALÉN DEL VICARIO DE CRISTO

Fue S. Ignacio el primero de todos los grandes fundadores de Ordenes religiosas que estableció en la ciudad de los papas su sede permanente. No salió de allí sino raras veces y para viajes muy cortos. En 1538, antes de fundar la Compañía, subió a Montecasino en la Cuaresma para dar los *Ejercicios espirituales* al Doctor Pedro Ortiz; y a fines de agosto del mismo año se llegó hasta la residencia veraniega de Pablo III, en Frascati, para obtener del papa Farnese que los jueces dictasen sentencia justa contra los calumniadores de Ignacio y sus compañeros. Ya fundada la Compañía, partió en setiembre en 1545 a Montefiascone, «que son 48 millas de aquí», donde discurseó con el Romano Pontífice «muy largo, a solas y en cámara» sobre negocios de la nación portuguesa, particularmente «este bendito despacho de la santa Inquisición». Y a principios de octubre de 1548 le vemos en Tívoli, sobre la campiña romana, hospedado en la «villa» de su buen amigo Doctor Luis de Mendoza, tratando de componer la paz entre el concejo tiburtino y la ciudadela de *Castel Madama*, cuya dueña y señora era Margarita de Austria. De nuevo en la misma Tívoli asiste el 8 de setiembre de 1549 al solemne acto de la fundación del Colegio de la Compañía, generosa donación del citado Luis de Mendoza. La última salida, puramente ocasional y precipitada, hasta la ciudad de Alvito, la referiremos luego.

Residencia fija en Roma

En Roma se sentía muy cerca del papa, que era como sentirse al lado de Cristo. Se había puesto él, con toda la Compañía, al servicio del Pontificado, y estando en Roma, podía recibir más fácilmente las órdenes inmediatas. Su gran devoción al Vicario de Cristo brotaba naturalmente de su apasionado amor al divino Redentor, «nuestro Sumo Pontífice», que es «Cabeza y Esposo de la Iglesia». No deja de tener alguna razón H. Boehmer, cuando afirma que si la Orden ignaciana se llamó *Compañía de Jesús*, lo mismo podría haberse llamado *Compañía del papa*.

Así como, no pudiendo celebrar por primera vez el santo sacrificio de la Misa en el pesebre de Belén, determinó celebrarla en Roma el 25 de diciembre de 1538 en el *Oratorio del Presepio* (Santa María la Mayor) porque era el sitio que más recuerdos le traía del auténtico Pesebre de Belén, así después, cuando le fracasó la idea o el sueño, tan amorosamente acariciado, de centrar su apostolado universal en la Jerusalén donde había muerto y resucitado Cristo, recibió contento la voluntad de Pablo III que le ordenaba establecer su principal centro de operaciones en la Jerusalén del Vicario de Cristo. Consagróse, pues, en cuerpo y alma a dilatar desde Roma por el mundo entero el evangelio de la fe cristiana.

Puede afirmarse que todos los propulsores de la Reforma católica, con insignificantes excepciones, y cuantos se afanaban por la renovación espiritual de la Iglesia, así del pueblo como del clero, saludaron jubilosos la aparición de la Compañía de Jesús, obra de Ignacio, porque veían en aquellos «sacerdotes reformados» la levadura que haría fermentar la masa clerical y las tropas auxiliares que Dios enviaba a su Iglesia en los momentos más críticos para reconquistar lo que se había perdido en Europa y ganar para la fe de Cristo los pueblos antiguos «que andaban en tinieblas», y no menos los pueblos nuevos que allende los mares amanecían a la civilización europea y cristiana. Nadie, mejor que los papas, reconoció la providencial ayuda que el Señor de la mies enviaba con nuevos obreros a la siembra, cultivo y recolección de la cosecha.

Loyola y los papas

Cuatro Romanos Pontífices conoció Ignacio en sus años de General de la Compañía: Paulo III (1534-49), Julio III (1550-55), Marcelo II (abril-mayo 1555) y Pablo IV (1555-1559). Todos ellos estimaron la aportación ignaciana a la reforma del pueblo cristiano y a la evangelización del mundo. Y todos le favorecieron en lo posible y según la idiosincrasia de cada uno. Empecemos por el papa Farnese, a quien se debe la fundación canónica de la Compañía de Jesús y el primer auge, maravilloso y sorprendente que alcanzó en la Historia. El fue el primero en intuir el destino que traía al mundo, de reformar el cuerpo de la Iglesia.

En Pablo III tuvo siempre Loyola el más alto y entusiasta protector, debido en parte sin duda a las cálidas recomendaciones de excelsos cardenales y prelados reformadores, entre todos los cuales sobresalió Gaspar Contarini, así como también a los muchos y grandes favores que Ignacio le prestó en el campo familiar del papa y en el puramente eclesiástico.

Representante de dos épocas muy distintas, el papa Farnese, hermano de la renombrada Julia «la Bella», había brillado entre los humanistas de la corte de los Médici, se empapó de humanismo a la sombra de Pomponio Leto y era inteligente, juicioso y simpático, con un aire de nobleza y modales distinguidos. Si en su vida hay ciertas sombras propias del Renacimiento, éstas se desvanecen a la luz que proyectan sobre su pontificado dos hechos trascendentales en la historia de la Iglesia, prescindiendo ahora de otros muchos: la aprobación y confirmación de la Compañía de Jesús y la apertura del Concilio de Trento. En el capítulo precedente quedan explicados los orígenes, la evolución y la plasmación definitiva de le bula *Regimini militantes Ecclesiae*, bula fundacional de la Compañía. Sólo la alteza de miras, la grandeza de comprensión y la fineza intuitiva de Pablo III pudieron juntas dar al pontífice la fuerza necesaria para despreciar todos los obstáculos que se oponían a la fundación de la nueva Orden. El papa Farnese comprendió las novedades que traía Loyola y adivinó el valor y significado que la Compañía había de tener en la historia de la Iglesia. De ahí su amor constante al nuevo Instituto y a su fundador. El favor que otorgó a los jesuitas confiándoles misiones de importancia, vgr. mandándolos como teólogos suyos al Concilio de Trento, dispensándoles numerosos privilegios y dando su aprobación autorizada al librito de los *Ejercicios espirituales*, se hizo hereditario en la familia de los Farnese durante más de dos siglos hasta 1766, en que murió Isabel Farnese, reina de España y defensora de los jesuitas, perseguidos por las cortes borbónicas. A la regia munificencia del cardenal Alejandro Farnese debemos la grande y suntuosa construcción del Gesù, tipo y modelo de numerosas iglesias jesuíticas en todo el mundo. Con Octavio Farnese, príncipe de Parma, estaba casada Margarita de Austria, hija natural de Carlos V, la primera princesa que escogió por confesor a un jesuita, que fue el P. Codure; muerto éste, se dirigió espiritualmente con Laínez y luego con San Ignacio, quien la obligó a consumar el matrimonio con su marido, que le causaba repugnancia. Solía llamarse en las cartas «muy devota de la Compañía». Y al dar a luz, el 27 de agosto de 1545, dos niños gemelos, quiso que uno de ellos, el futuro rayo de la guerra, Alejandro Farnese, gran general de los Tercios españoles, en Flandes, fuese bautizado por Ignacio, que estaba allí cerca rogando a Dios por la parturienta en la capilla del «Palacio Madama».

Pablo III no pudo menos de quedar agradecido a Ignacio, pues gracias a él y por efecto de este parto la familia Farnese emparentaba con la familia del emperador.

La bula «Exposcit debitum» de Julio III

No gozaba Julio III, su sucesor, del prestigio humano, señoril y nobiliario que aureolaba la frente del papa Farnese, ni poseía su distinción, simpatía, sus intuiciones ni su firmeza de carácter en las situaciones difíciles. La bondad sencilla del cardenal Juan María del Monte, no obstante sus maneras y aficiones campesinas, cautivaba los ánimos, y su gran conocimiento de la jurisprudencia, junto con la tenacidad en el trabajo, le fueron levantando hasta las más altas cimas.

Siendo cardenal-legado en el Concilio de Trento, había conocido la sólida virtud, la devoción incondicionada al Romano Pontífice y la profunda doctrina de tres de los compañeros de Loyola: Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Claudio Le Jay (o Jayo). Desde el principio de su pontificado, su propensión hacia la Compañía de Jesús se manifestó claramente de muchas maneras. Por lo pronto envió a Trento (en la segunda convocatoria) a Laínez y Salmerón, como *teólogos del papa*. Y luego, al mismo Laínez y a Nadal a la Dieta de Augsburgo, como consejeros del cardenal Morone.

Cuando en el 1551 el cardenal Morone e Ignacio de Loyola le propusieron la conveniencia de fundar un *Colegio Germánico* en Roma, que fuera como Seminario de jóvenes clérigos alemanes para la recatolización de su patria desgarrada por el azote del Protestantismo, Julio III recibió con entusiasmo la propuesta y encomendó la dirección del Colegio a los jesuitas. La bula *Exposcit debitum* (22 de octubre 1552) fue la más trascendental de cuantas expidió a ruegos de Ignacio, en favor de la Compañía. En ella aprobaba, confirmaba y completaba todos los privilegios e indultos, otorgados por su antecesor y añadía otros muchos, usando de la facultad que poco antes les había concedido de reformar la bula fundacional y de retocarla añadiendo nuevas Reglas y Estatutos.

A primera vista parece esta bula casi igual a la *Regimini militantis Ecclesiae* de Pablo III, y es natural, porque una y otra no hacen más que incorporar y encuadrar entre unos párrafos iniciales y otros finales la ignaciana *Formula Instituti*, primer bosquejo de la Compañía de Jesús, sólo que esta *Formula* entra en la bula *Exposcit debitum* con retoques y adiciones de alto valor, como al explicar la razón más honda del voto de obediencia al papa: «para mayor devoción nuestra hacia la Sede Apostólica... y para más cierta dirección del Espíritu Santo», etc.

Viniendo a cotejar esta bula con la fundacional del papa Farnese escribe A. Astráin: «Comparada esta aprobación con la de Paulo III, se ve

que le hace notables ventajas... Pone en mano del P. General el gobierno supremo y la resolución definitiva de todo, excluyendo el sistema capitular, usado habitualmente en otras religiones. La obediencia que los súbditos deben al Superior está más claramente determinada... Fue, pues, este documento pontificio un verdadero progreso en la fundación de la Compañía, pues en él se precisaron de tal modo los caracteres y lineamentos de la Orden, que ya era imposible desviarla de su fin sin destruirla enteramente... No es maravilla que la quinta Congregación general *(noviembre 1593-enero 1594)* declarase substanciales todas las cosas expresadas en la bula de Julio III, y que ésta haya sido siempre mirada como la piedra angular de nuestro Instituto»[135].

En adelante habrá cambios accidentales en la Compañía, pero no deberá cambiar su carisma originario. Su columna central será el voto de los profesos al Romano Pontífice.

La alta estima que Julio III nutría hacia los jesuitas le movió a conceder al General de la Compañía nuevos e importantes privilegios, entre otros, el de conferir el grado de Doctor a los escolares de sus propios colegios, aunque no hubieran cursado en ninguna Universidad.

No se turbaron estas buenas y amistosas relaciones entre el Romano Pontífice y el santo fundador, por un incidente ocurrido en 1553. Cuenta Olirverio Manare (Manaraeus) que muchos españoles de la curia romana llevaron al papa la acusación de que los jesuitas habían influido con el emperador a fin de que éste, conforme a lo ordenado por el Concilio de Trento, apremiase a las autoridades romanas para que todos cuantos poseían algún beneficio curado fuera de Roma fuesen constreñidos a residir en el lugar del beneficio. Indignóse Julio III contra las supuestas maniobras de los jesuitas y los alejó de la curia papal. Ignacio de Loyola, aunque estaba seriamente enfermo, pidió una audiencia y fue recibido con extremas manifestaciones de afecto. El papa le declaró que estaba cierto de

[135] A. ASTRÁIN, *Hist. de la Comp. de Jesús en la Asistencia de España* vol. I, 133-34. Las dos bulas, en *Institutum S. I.* vol. I, 1-5, 20-26. En las líneas citadas olvida Astráin un elemento de cierta importancia, que está en la segunda bula, no en la primera. Dícese en la primera que «la Compañía ha sido fundada principalmente «para aprovechar a las almas en la vida y doctrina cristiana, para propagar la fe por medio de la pública predicación y el ministerio de la palabra de Dios» etc. En la segunda bula se intercala una expresión nueva, «la Compañía ha sido fundada principalmente *para la defensa y propagación de la fe»* etc. «La defensa» ¿contra quién? Evidentemente contra los protestantes que la impugnaban. Este es un elemento indicador de que la *Contrarreforma* va teniendo conciencia de sí misma.

la inocencia de los Padres y le aseguró que seguiría ayudando a la Compañía, prometiéndole desde aquel momento un socorro de dos mil ducados anuales para el Colegio Romano que dos años antes se había fundado.

«Tu milites collige»

A la muerte de Julio III encargó fervorosamente Ignacio a todos los jesuitas romanos ofreciesen largas oraciones, celebrasen Misas e hiciesen penitencias con el fin de alcanzar de nuestro Señor un papa verdaderamente santo, reformador de la Iglesia y en todo conforme al corazón de Dios. Lo consiguió plenamente. El sucesor de Julio III no era otro que el mayor amigo del fundador de la Compañía, el cardenal Marcelo Cervini, que al alcanzar la tiara, se llamó Marcelo II, no queriendo cambiar de nombre porque no quería cambiar de vida en su nuevo estado.

Y su vida fue siempre la de un santo, con rasgos de santidad heroica, que anunciaban, después de las tibiezas y mundanidades del Renacimiento, los fervores intrépidos de la Contrarreforma. Todos los que de un modo o de otro, pertenecían al «partido de la reforma» cantaron hosannas de júbilo saludando a este Vicario de Cristo, que anunciaba, no con palabras sino con hechos, una auténtica renovación moral y espiritual de la Iglesia. Y en ese partido de la reforma militaba —sin alharacas, sin críticas ni palabras altisonantes— Ignacio de Loyola. Ya en 1539, cuando le fue impuesto a Cervini el capelo cardenalicio, llegaron hasta él los jubilosos aplausos de los más brillantes purpurados de entonces, como Contarini, Sadoleto, Pole, Aleandro, Bembo, y por supuesto el Vicecanciller Alejandro Farnese, de quien era Cervini, por voluntad expresa de Pablo III, secretario particular y consejero en todos los negocios eclesiásticos. Su prestigio de virtud y ciencia creció en el Concilio de Trento, donde no se doblegó ante las exigencias del emperador Carlos V; y también en el trato familiar con Ignacio y los jesuitas.

Escribe el secretario Polanco: «Amaba a la Compañía con paternal afecto, y conocía muy bien todo cuanto ella había realizado desde sus principios, en Europa como en la India y en Brasil y lo que Dios seguía obrando por ella. Se confesaba a menudo con los nuestros... Promovido al Pontificado, fue el P. Ignacio con un compañero *(sin duda el mismo Planco)* a saludarle, y los recibió con tanta afabilidad, familiaridad y caridad, abrazándolos y dándolos el ósculo de paz, que quizá ni siendo cardenal les había mostrado tanto amor. Habló de muchas cosas con el P.

Ignacio, rogándole que le propusiese con libertad todo cuanto juzgase pertenecer a la gloria de Dios. Añadió que estaba pensando en un negocio tocante a la Compañía, y explicándolo dijo que le sería gratísimo, si de nuestra parte no había inconveniente, que dos de nuestros sacerdotes habitasen con él en palacio, con quienes podría conferenciar de lo concerniente a la gloria de Dios, oír sus consejos y también sus Misas... Se encomendó a las oraciones de todos los nuestros presentes en Roma, que eran 170, y dio a todos su bendición».

El historiador J. P. Maffei agrega una frase que le dijo el papa al despedirse: *«Tu bellatores perfice, nos utemur»* (Tú prepárame guerreros, yo dispondré de ellos), frase que en N. Orlandini aparece en esta forma: *«Tu milites collige et bellatores instrue, nos utemur»* (Tú reclútame soldados y adiéstralos en la guerra, yo dispondré de ellos) ¿Tenía conciencia de que estaba hablando con un paladín de la incipiente Contrarreforma?

El año 1554, siendo todavía cardenal Marcelo Cervini, disputaba un día con el Doctor Olave sobre la firme persuasión de Ignacio, de que no convenía ni a la Compañía ni al bien de las almas, que un jesuita aceptase título y honores episcopales. Esta negativa a las dignidades eclesiásticas no le placía a Cervini, porque privaba a la Iglesia de muchos obispos excelentes. Impugnábale Olave siguiendo el espíritu de Ignacio. «Y como al fin el cardenal, pareciéndole mejor sus razones, se quedase en su opinión, dixo el Doctor Olave: Si no bastan razones para convencer a V. S. ilustrísima y hacerle mudar de parecer, a nosotros nos basta la autoridad de nuestro Padre Ignacio, que siente esto, para que creamos ser mejor. Entonces dixo el cardenal: Agora me rindo, señor doctor, Y digo que tiene razón, porque puesto caso que me parece que la razón está de mi parte, todavía más peso tiene en este negocio la autoridad del padre Ignacio... Porque, pues Dios nuestro Señor le eligió para plantar en su Iglesia una religión como la vuestra y para extenderla por todo el mundo con tanto provecho de las ánimas..., también es de creer... que el mismo Dios le haya revelado y descubierto la manera con que quiere que esta religión le sirva».

El pontificado de Marcelo II, fue brevísimo, no duró más que 22 días. Con el alba del 1 de mayo de 1555 su alma voló al cielo, dejando sumidos en la mayor tristeza a todos aquellos que habían previsto en su persona el amanecer de un siglo de oro[136].

[136] Mientras Marcelo Cervini moría en Roma, estudiaba letras humanas en su ciudad natal de Montepulciano un niño de 13 años, hijo de Cintia Cervini, hermana

Huesos que crujen y se sosiegan pronto

¿Quién le sucedería en la sede de San Pedro? El menos esperado por Ignacio, el cardenal napolitano J. P. Carafa, el obispo de Chieti, que había renunciado a su diócesis para fundar, con S. Gaetano de Thiene, la Orden de los Teatinos. La carta admonitoria que caritativamente le escribió Ignacio en 1536 no debió de llegar al destinatario, y por tanto no le ocasionó motivo de irritarse, como supone Boehmer. Pero ocurrió que —como escribió Ribadeneira— «el año de 1545 los padres Teatinos quisieron reunirse con la Compañía y hacer un cuerpo, y así lo propusieron y pidieron..., mas nuestro Padre no vino en ello».

¿Disgustó la respuesta negativa al semifundador, que hallaba muchas dificultades en reclutar novicios para su Instituto? Es verosímil, pero nada más. Carafa y Loyola se trataron como amigos. Nada significa que en los orígenes de los Colegios Romano y Germánico Carafa se mostrase muy poco favorable a tales fundaciones ignacianas.

Las repugnancias y aversiones íntimas no hay modo de disimularlas. Y las de Carafa no se le pasaban inadvertidas a Loyola. Así se explica lo que refiere L. Gonçalves da Cámara en su *Memorial* o *Diario*. «Estando un día de la Ascensión, que fue a 23 de mayo de 1555, en una cámara con el Padre, él asentado en un asiento de la ventana y yo en una silla, oímos tañer la campana en señal de la elección del nuevo papa, y poco después vemos llegar el recado de que el elegido no era otro que el cardenal teatino, que se llamó Pablo IV. Esta noticia le produjo al Padre una notable mudanza y alteración en el rostro; y según supe después, no recuerdo si de él mismo o de Padres antiguos a quienes él se lo contaría, se le revolvieron en el cuerpo todos los huesos. Levantóse sin decir palabra alguna, y entró a hacer oración en la capilla; y de ahí a poca salió tan alegre y contento, como si la elección hubiera sido muy conforme a sus deseos. Y porque el papa fue mal recibido y censurado en Roma, por ser tenido en la ciudad como excesivamente riguroso, comenzó luego el Padre a estudiar y descubrir las cualidades y obras buenas que se podían notar en él, contándolas después a cuantos venían a hablarle del pontífice»[137].

---

del papa. Llegará a ser uno de los más eximios teólogos de la Compañía de Jesús, alcanzará el cardenalato y por sus virtudes y ciencia será elevado a los altares en 1930. Al año siguiente, Roberto Bellarmino seña proclamado Doctor de la Iglesia.

[137] FNI, 536-37. Epist. Ignat. IX, 118; 135-38. FN I, 581-82 Temió Ignacio que el Teatino suprimiría la Compañía de Jesús, o por menos la absorberla en la por él fundada. De ahí el crujir de huesos.

Un impagable beneficio recibió Ignacio del papa Carafa. Espero por algún tiempo a pedir se le concediese al Colegio Romano la facultad dar los grados académicos, elevándolo así al rango de las principales Universidades, y Carafa no se mostró reacio, sino que generosamente, por *Motu proprio* del 17 de enero de 1556, otorgó al Colegio Romano, *rigoroso examine praetedente*, la potestad de promover a sus alumnos idóneos y beneméritos a los grados de Bachillerato, Licenciatura, Magisterio y Doctorado en Filosofía y Teología y de enseñar públicamente en sus respectivas Facultades, con los privilegios y prerrogativas de que gozan las Universidades de París, Lovaina, Salamanca, Alcalá, y otras.

A dos compañeros de Ignacio mostró el papa Carafa muy particular afecto y simpatía: a Bobadilla y a Laínez. A Nicolás Bobadilla, por su celo ardoroso e incansable en la predicación de la palabra divina, por su acción reformadora en el pueblo cristiano, y quién sabe si también por sus genialidades y extravagancias, por su libertad en hablar desenfadadamente, criticando incluso al mismo S. Ignacio, y por su mezcla tan chocante de infantilismo y de sabiduría, de arrogancia verbal y de humildad sincera. En sus transportes y arrebatos imprevisibles ¿no había algo de común en el temperamento de uno y otro? A Diego Laínez, más que amor le tenía estima y veneración, porque reconocía su alta estatura intelectual y espiritual, juntamente con su humildad de niño y disponibilidad para cuanto le ordenase el Vicario de Cristo. Ribadeneira nos ha contado bellamente en un breve capítulo de su *Vida de Laínez* las increíbles medidas que tomó el jesuita para impedir que el papa lo nombrase cardenal.

Sólo después de la muerte de Ignacio se atrevió Carafa a hablar contra él de una manera falsa y poco digna. El grave disgusto con que amargó los ánimos de toda la Compañía en la primera Congregación general queda narrado en el capítulo XIV de la Parte I de esta obra.

Si el papa Carafa no se portó mal con Ignacio de Loyola, mientras éste vivía, también hay que decir que el fundador de la Compañía, por su parte, le manifestó siempre la misma devoción que a sus predecesores y trató de defenderle de murmuraciones y falsos reproches siempre que pudo. La causa la explica muy acertadamente Paul Dudon: «Como buen caballero, se hubiera avergonzado Loyola de ser poco generoso con su soberano, por el hecho de recibir de él pocos favores. Sus ojos y su corazón se mantenían muy altos, por encima de la persona de Pablo IV, como por encima de la persona de Marcelo II, de Julio III y de Pablo III. A través de

estos hombres vestidos de blanco, su fe descubría a Cristo, como en transparencia; y ante la autoridad soberana de Cristo, doblaba la rodilla».

Una de las notas más característica de S. Ignacio es cabalmente esa, profunda e iluminada, que le hacía ver en la figura del Romano Pontífice la persona misma de Nuestro Señor.

> «Si el papa —se expresó una vez— me mandase que en el puerto de Ostia entrase en la primera barca que hallase, y que sin gobernalle, sin vela y sin remos, atravesase la mar, aun cuando no me atrevo a preferirme a otros, no obstante obedecería, como si me fuese revelado o mandado por Dios».
>
> Y comenta Ribadeneira: «Yo mismo le oí esto el seis o el ocho de septiembre de 1555, y dos años antes había dicho lo mismo al cardenal Pacheco, cuando éste partía para Nápoles como Virrey».

Con toda la fuerza de su voluntad estaba determinado a seguir siempre y exactamente todas las directivas del Romano Pontífice, «porque él es el dueño de toda la mies cristiana y conoce lo que conviene al cristianismo universal», según leemos en una carta ignaciana, redactada en latín por P. Fabro.

El Apóstol de Roma. Ignacio y Felipe Neri

No queremos, ni sería justo, reclamar exclusivamente para Ignacio de Loyola el título de Apóstol de Roma. Fueron no pocos los que en el siglo XVI se consagraron a purificar el ambiente moral y a provocar un cambio de clima mucho más sano y más auténticamente religioso. Pero esto no quita para reconocer lo mucho que el fundador de la Compañía, ayudado por otros muchos compañeros de apostolado, laicos y eclesiásticos, trabajó por remediar las úlceras sociales que afligían a la ciudad. Ignacio se había ejercitado en tales ministerios y obras de caridad durante los cinco meses que pasó en el hospital de Azpeitia el año de 1535. Sólo que en Roma las obras de beneficencia se engrandecían desmesuradamente.

No era Roma en aquel entonces la ciudad desenfrenada y escandalosamente pecadora de las últimas décadas del siglo XV y primeras del XVI. Los aires que ahora soplaban eran más puros. Aquí, como en casi todas las regiones de Italia, empezaba la renovación espiritual por las obras de caridad y beneficencia. El notario genovés Héctor Vernazza, al trasplantar a Roma la *Compañía del Divino Amor* hacia 1514, lo que pretendía no era sino «sembrar y plantar la caridad en los corazones». Fueron numerosos los socios que se le agregaron, y el más notable de todos, S. Gaetano de

Thiene, que actuaba en la Cancillería con el oficio de protonotario apostólico, y que unido en ideales y métodos con el notario genovés, consiguió muy pronto que otros ilustres personajes de la curia pontificia se convirtieran en apóstoles de la Eucaristía y de la caridad. A la sombra de la *Compañía del Divino Amor* surge en seguida el *Hospital de los Pobres incurables*. Así vemos que bajo el pontificado de León X comienza la reforma con dos llameantes fogaradas de amor: la del culto eucarístico y la de los hospitales para el cuidado de los sifilíticos.

Todavía mejoró más el clima moral y religioso con el *Sacco di Roma*, en que una jauría de lobos hambrientos y crueles —que eso era las tropas imperiales, mezcla de luteranos y católicos, sin autoridades y jefes — cayeron sobre la ciudad alegre y divertida, extinguiendo en la sangre y con el fuego los placeres y las algazaras.

Seis o siete años más tarde, entra por las puertas de Roma, sin rumor ninguno, el jovencito de Florencia, Pippo Neri, rebosando jovialidad y humorismo, tanto como piedad íntima y seriedad moral. Era aquel florentino un tipo profundamente popular, bromista, de gestos y ademanes algo histriónicos, por no decir arlequinescos, que Goethe definió «el Santo humorístico». Estudió algún tiempo en la «Sapiencia» y adquirió la costumbre de frecuentar devotamente las Catacumbas de San Sebastián. En 1548 fundó con algunos amigos, piadosos como él, la «Confraternidad de la Santísima Trinidad de los Peregrinos y Convalecientes», que tenía por objeto atender a los hambrientos y enfermos salidos de los hospitales o venidos de fuera, que yacían miserablemente abandonados en las calles. En 1551 recibió el sacerdocio. Posteriormente la «Congregación de los sacerdotes del Oratorio» procuraba reunir en un local a nobles y plebeyos, sacerdotes y religiosos, artistas y curiosos, facilitándoles el modo de pasar santamente el tiempo leyendo libros edificantes, vidas de santos y obras ascéticas, con intervalos de discursitos breves y comentarios de los participantes en un ambiente de fraternidad; y no faltaban cantos populares y baladas sacras al son del laúd, la viola o la trompeta. Así se evitaban las reuniones de muchas personas, que antes distraían sus ocios en hosterías y cantinas, o en otros juegos, riñas y desórdenes. El apostolado de Felipe Neri († 1595) se completaba en el confesonario, asediado por multitud de gente, que buscaba su consejo o deseaba arreglar sus cuentas con Dios.

Aunque es muy poco, casi nada, lo que sabemos de la amistad entre Felipe Neri e Ignacio de Loyola, entre el florentino y el vasco, hombres de tan diverso carácter y temperamento, parece probable que entre los dos

santos, fervorosos apóstoles de Roma, existieron relaciones amistosas. Un historiador italiano, siempre bien informado, ha llegado a decir: «La amistad de los dos santos, por la mutua reverencia y afectuosa cordialidad, con la cual recíprocamente se amaron, se mantuvo siempre como una de las más íntimas de cuantas conoce la hagiografía»[138].

Ignacio de Loyola en Santa María de la Strada y Felipe Neri (*Pippo*, como le apellidaban familiarmente) en torno a su Oratorio crearon en la Roma del quinientos dos centros de obras apostólicas, dos fuentes de espiritualidad, dos piscinas de purificación de las almas, en una palabra, focos ardientes y luminosos de renovación eclesiástica y de reforma apostólicas.

Primicias apostólicas. Dos colosos de la santidad

Los proyectos apostólicos del fundador de la Compañía, lejos de reducirse a la ciudad en que vivía, aunque fuese la más céntrica del orbe, miraban a toda la redondez de la tierra. Pero como este apostolado universal no era posible a las fuerzas y actividades de un hombre solo, planeó de acuerdo con el Romano Pontífice la difusión de sus hijos, como misioneros o anunciadores del Evangelio, hacia los cuatro puntos cardinales. «Apenas creado Prepósito General y constituida la Compañía no solamente con autoridad divina, sino eclesiástica y apostólica —son palabras de Nadal—, como por la fuerza de una nueva virtud empezó la Compañía a sembrar en todo el orbe la semilla cristiana de una manera múltiple y opulenta, tanto en Italia, como en Francia, en Germania, en España, en la India, con incremento incesante de su Instituto y de sus ministerios.

Desde su pobre casita de Santa María de la Strada el fundador de la Compañía, como desde su cuartel general, mandaba en todas direcciones a sus compañeros según las necesidades de la Iglesia y según los gritos apremiantes de socorro que de todas partes le llegaban. No por eso menguaban las reservas, pues el Espíritu Santo, desde antes de la confirmación pontificia, suscitaba copiosas y escogidas vocaciones.

Nuncio apostólico, enviado por el papa Pablo III al Extremo Oriente, y máximo sembrador del Evangelio en aquellas remotísimas tierras,

[138] Amistad que quedó eternizada, según el mismo escritor, en el magnífico altar Gesù de Roma, donde Neri, esculpido en bronce, está retratado en el acto de abrazar afectuosamente a Loyola (TACCHI VENTURI, *Storia della C. di G.* vol. II, parte I, 302. Véase lo que F. Neri dijo del rostro de Ignacio, «bañado de luz sobrenatural» (*Scripta* I, 513).

marcha en vanguardia el navarro Francisco Javier; en el Brasil se distinguen tres misioneros y civilizadores, que son M. de Nóbrega, el capitán y fundador de la Provincia; Juan de Anchieta, el taumaturgo, y Juan de Azpilcueta, digno sobrino de Javier. De ellos se tratará en el capítulo de las misiones entre infieles.

En Portugal se quedó trabajando en la corte Simón Rodrigues con una brillante pléyade de discípulos; en Alemania y España y Portugal, el Beato Pedro Fabro, todo suavidad y dulzura; por tierras del Imperio discurren igualmente el doctor Claudio Jayo y el intrépido Bobadilla, quien luego baja a Italia, recorrida también en diversas direcciones por Laínez, Por Salmerón, por el celebérrimo misionero popular, Silvestre Landini, apóstol finalmente de Córcega.

A la sombra de Ignacio —acertadísimo seleccionador de vocaciones — se van incorporando a la Compañía personajes bien dotados de virtud y ciencia, unos maduros y otros jóvenes: se llaman Ribadeneira, el historiador; Polanco, el secretario; Nadal, el intérprete de la espiritualidad ignaciana; Araoz, el que tanto ayudó a Borja en la estructuración de las Provincias jesuíticas españolas; Estrada, el orador sagrado de arrebatadora elocuencia; Gonçalves da Cámara, el escribiente de la denominada *Autobiografía de Ignacio;* Antonio Criminali, el protomártir de la Compañía en la India; Doménech, Palmio, predicador que ayudó a S. Carlos Borromeo en la reforma de su diócesis; Frusio (de Freux), distinguido humanista, E. Auger, el Canisio de Francia, y tantos otros.

Puede calcularse en unos 700 el número de jesuitas hacia 1553, la mayor parte escolares; el número de profesos era reducido. El 30 de julio de dicho año comunicaba el Secretario de la Compañía a Francisco Javier lo siguiente (sin saber que el gran misionero había fallecido ocho meses antes en la lejana isla de Sancián)

«En número somos en Roma... 80 personas, sin los tudescos. En Sicilia cerca de 100; en Italia (fuera de Roma) más de 120 ó 130, como creo; en Portugal creo que más de otros tantos; y en los demás de Castilla y el resto de España, será tanta gente casi como en Portugal. En otras partes de Alemania, Flandes y Francia hay poco número, y todos juntos no pasan (de) 50 personas de la Compañía. En el Brasil pienso serán cerca de 30. De aquí colegirá V. R. el número de las personas de la Compañía, pues sabrá bien lo de allá. Dios N. S. aumente el espíritu y la gracia suya en todos».

Y en efecto por manos del Santo Fundador, a cuyo magisterio espiritual venían a someterse candidatos de todas las provincias, de

diferentes lenguas y países, el cielo derramaba sus bendiciones sobre aquella «mínima Compañía», que estaba naciendo en Roma con miras ecuménicas.

Dos colosos de la santidad, eminentes también por otros muchos títulos debieron de colmar las más altas aspiraciones del Fundador de la Compañía de Jesús; dos astros de primera magnitud, uno para encender en fuegos místicos y apostólicos a España, otro para iluminar con su palabra hablada y escrita todos los países del Imperio Germánico y para poner firmes diques a la invasión protestante; dos héroes de la santidad (Francisco de Borja y Pedro Canisio), que emparejados junto a Javier y Loyola habían de constituir la cuadriga más brillante que la Compañía de Ignacio ofrecería a la Iglesia en los primeros decenios de la Contrarreforma. Y si alguien quisiere poner, como cuarto caballo de la cuadriga, no a Loyola, sino al amable saboyano Pedro Fabro, beatificado en 1875, entonces yo haría de Ignacio el auriga o Faetonte, montado en la carroza con las riendas en sus manos.

«Purga Romam, purgatur mundus»

Mientras esta legión de apóstoles se dispara por el mundo, Ignacio se mantiene fijo en Roma, como en su cuartel general, escuchando las órdenes del papa; lo vemos quieto y vigilante en su alto observatorio manejando los hilos de su telar ecuménico, escribiendo cartas a las autoridades civiles y eclesiásticas; repartiendo consejos, orientaciones y palabras de consolación a sus hijos, preocupándose de todos los problemas que se le presentaban a la Iglesia, y al mismo tiempo redactando las *Constituciones* y las *Reglas* particulares; atendiendo a las dudas y preguntas que le venían de mil partes, sin perder la calma, sin inmutarse lo más mínimo, como si estuviera al servicio de todo el mundo y como si las enfermedades le atenazasen con dolores inexplicables. Había que sanar todos los miembros enfermos de la Iglesia universal, pero estaba persuadido de que la reforma de la Iglesia debía comenzar por la ciudad de Roma, que es la cabeza. ¿Habría oído alguna vez las palabras lapidarias que el docto pero inquieto Zacarías Ferreri, primeramente benedictino, después cartujo y finalmente obispo, dirigió al papa Adriano VI? *Purga Romam, purgatur mundus*.

«Siendo la Iglesia Romana la Cabeza, Madre y Maestra de todas las Iglesias, si Roma se inficiona todas las demás se pervierten; y si ella con preclaras virtudes y limpias costumbres se purifica, se habrán purificado,

restaurado y reformado todas las demás Iglesias. Si purgas a Roma, purgas al mundo entero»

No era otro el pensamiento de Marcelo II y el de Ignacio de Loyola, cual testimoniaba G. da Cámara.

«El sábado *(18 de mayo 1555)* decía el Padre que, si el papa reformase a sí, y a su casa, y a los cardenales de Roma, que no tenía más que hacer, y que todo lo demás se haría luego».

El se afanaba con toda el alma por reformar todo cuanto estaba a su alcance y era reformable; en ello ponía ímpetu y fervor; porque —al decir de Nadal— «nuestro Padre Ignacio... era de gran natural, de gran ánimo, y ayudado esto con la gracia de Nuestro Señor siempre se esforzó a abrazar cosas grandes; así sus obras todas eran fervores. Y *(a su ejemplo)* si miráis la Compañía y su Instituto y sus Exercicios, toda es una vivacidad de la caridad, un fervor della, un nunca estar ociosa, siempre animándose y despertándose al obrar. ¿No veis que estamos en guerra, en el campo?... En la guerra siempre hay en qué entender; no hay lugar a la ociosidad, nunca falta alguna escaramuza o algún rebate. O ya que no es tiempo de pelear, es de aparejar las armas para la guerra».

Es natural que tan viva y fogosa actividad levantase protestas y contradicciones contra el reformador. Nos acusan —escribía el Santo a mediados de octubre de 1546 — «que nosotros queremos reformar todo el mundo». ¡Y a la verdad no les faltaba razón! «No faltan tampoco en Roma —escribía poco antes— muchos a quienes es odiosa la luz eclesiástica de verdad y de vida». Uno de ellos era un fraile español, fray Valentín Barbarán o Barberá, a quien Ignacio humorísticamente contestaba así: «Decid al P. fray Barbarán, que como él dice que a todos los que se hallaren de los nuestros desde Perpiñán hasta Sevilla, que a todos hará quemar; que yo digo y deseo que él y todos sus amigos y conocidos sean encendidos y abrasados del Espíritu Santo».

El fundador y General de la Compañía no se contentaba con dar alientos a todos sus hijos ocupados en las más variadas faenas apostólicas; les daba también ejemplo, pues nadie arrimaba el hombro a tantas obras y negocios como él. De los 34-35 jesuitas que vivían en Roma en 1547, no menos de 12 sacerdotes trababan en la reforma religiosa y moral de la ciudad, administrando los sacramentos, enseñando la doctrina cristiana a los niños, predicando al pueblo, teniendo lecciones sacras o de Sagrada Escritura contra los errores luteranos; Salmerón comentaba la epístola a los Efesios tres veces por semana en Santa María de la Strada. Laínez las

epístolas de San Juan en San Lorenzo in Damaso, otros exponían los casos de conciencia o teología moral en San Eustaquio.

Aquel organizador de empresas universales y diseñador de grandiosos proyectos para la mayor gloria de Dios y de la Iglesia poseía un corazón compasivo y misericordioso, era amigo de los humildes, de los huérfanos, de los enfermos, de los menesterosos y hasta de las pobres pecadoras arrepentidas.

Hacia la regeneración de la ciudad. Asilo para huérfanos

Ya en los hospitales de Azpeitia, en los de Venecia y en los de Roma, desde los primeros días la pequeña «Compañía de sacerdotes reformados» había dado ejemplos heroicos de caridad y de sacrificio hacia los enfermos y a todos aquellos que en tiempos de carestía se morían de hambre. Hacía falta organizar en forma permanente la asistencia a los desvalidos, a los indigentes, a los huérfanos sin padres y sin maestros. La primera gran obra social y de beneficencia pública fue el *Orfanotrofio de Santa María in Aquiro*, fundado en 1541 con el fin de recoger a los numerosos huerfanitos que vagabundeaban por las calles, educarlos cristianamente y enseñarles algún oficio. Loyola se enternecía con los pobres huérfanos y deseaba hacer de ellos buenos cristianos. Por eso agradecía las limosnas que para formar hombres cabales solían darle sus bienhechores, entre los cuales se distinguía Margarita de Austria, hija del emperador y esposa de Octavio Farnese, la cual, según refiere Ribadeneira en *Dicta et facta*, enviaba «dozientos y trezientos ducados por vez a nuestro Padre, para que los repartiese a los pobres». Otro orfanato semejante instituyó para las niñas, las cuales, acogidas con amor, recibían buena educación bajo la dirección cuasi-materna de piadosas mujeres, bien escogidas por Ignacio, y gozaban de la protección económica de altos personajes admiradores de Loyola. La finalidad de estos hospicios para huérfanos (o *Compagnia degli orfani)* no era solamente atender a los niños huérfanos y desamparados, sino impedir que muchos de ellos, niños y mayores, por haraganería más que por necesidad, anduviesen tristemente mendigando por calles y plazas.

No deja de impresionar conmovedoramente el ver que un hombre como el fundador de la Compañía deja a ratos sus grandes empresas universales para cuidarse de los chiquillos desharrapados, que vagaban, como perro sin amo, por las callejuelas y laberintos de Roma.

En el proceso de Roma asevera un testigo que, desde los primeros tiempos en que se predicaba en Santa María de la Strada, solía el P.

Ignacio recomendar a sus oyentes la beneficencia a los pobres vergonzantes y recoger limosnas para ellos, pero no que todo lo que todo lo que se recaudaba en las colectas se distribuyese sin orden a los menesterosos, sino que 12 hombres —personas distinguidas y acomodadas — distribuyesen los embolsos equitativamente. Así surgió el Sodalicio de los XII Apóstoles con la misión de repartir las limosnas a los indigentes que no podían mendigar y a los enfermos que no podían ser transportados a los hospitales. Este Sodalicio llegó a distribuir entre los pobres no menos de 2.000 escudos anuales.

A los tres mayores hospitales de Roma —Santo Spirito, la Consolación, Santiago de los Incurables— quería Ignacio que fuesen sus novicios y otros sacerdotes que seguían sus órdenes, a fin de que se ejercitasen en aquella palestra, practicando juntamente la humildad y la caridad.

Remedio a la prostitución

Entre las más repulsivas lacras que amancillaban la Roma del Renacimiento, todos los viajeros e historiadores de la época señalan el vergonzoso escándalo de la prostitución y el amancebamiento.

Casi todos afirman a una voz que el número de pecadoras públicas era exorbitante, y que muchas de ellas de no vulgar belleza y cultura intelectual *(cortigiane onorate)* recibían trato honorífico, paseándose en carrozas por la ciudad, cortejadas por personas de alta distinción y respeto. Generalmente se exagera mucho el número de las meretrices, máxime si se tiene en cuenta el alto número de hijos de las familias romanas. El clérigo andaluz Francisco Delicado, autor de *La lozana andaluza*, señala para el año 1524, a ojo de buen cubero, nada menos que 30.000 (téngase presente que la ciudad no pasaría entonces de los 40.000 habitantes). El personaje ficticio Pedro de Urdemalas, en el *Viaje de Turquía*, joya de la literatura española, asegura que hacia 1552 «había trece mil», cálculo inaceptable. El docto Umberto Gnoli presupone que en el año de 1526-27, poco antes del *Sacco*, serían unas 4.900.

La población de la ciudad, que en 1527 decreció algún tanto, no tardó en tomar vuelo gracias al próspero gobierno de Pablo IV, bajo cuyo pontificado alcanzaría la cifra de 60.000.

Hombres de Dios empeñados en reformar la moralidad de Italia emprendieron con ferviente celo diversas campañas metódicas contra la plaga

de la prostitución que invadía las grandes ciudades. En Bérgamo trabajó S. Jerónimo Emiliani († 1538) y en la populosa Ciudad de las launas, más corrompida en este punto, S. Gaetano de Thiene († 1547). Roma, fue el campo destinado por Dios para Ignacio y sus compañeros. Ignacio, sobre todo, será el iniciador, el organizador y el alma de actividad apostólica que penetrará hasta las rinconadas y callejas más oscuras de la gran urbe.

A los desórdenes y conflictos domésticos que turbaban la paz de los hogares y al público impudor que escandalizaba a los transeúntes había que poner un dique firme y resistente. Ignacio se puso a ello. Es verdad que en Roma existía ya, en la «via delle convertite», un monasterio frecuentado para las mujeres arrepentidas que deseaban cambiar el rumbo de su vivir, mas en ese monasterio no eran recibidas sino las que estaban dispuestas a pasar en el claustro toda su vida, lo cual a muchas les parecía imposible. Era, pues, necesario abrirles a éstas un lugar de refugio y clausura temporal, donde viviesen honestamente, hasta tanto que las casadas se reconciliasen con sus maridos y las solteras tomasen estado.

Propuso el Santo su proyecto a sus amigos y bienhechores. Todos respondieron con buenas palabras queriendo participar en obra tan caritativa y provechosa, mas ninguno quería «como principal, encargarse de ella», según palabras de Ribadeneira. Pasaban los días y los meses, sin que nadie tomase una decisión valiente hasta que el propio Ignacio, aunque desprovisto de medios humanos, tuvo la santa audacia de acometerla como lo refiere su primer biógrafo: «de una plaza nuestra que está en Roma delante de nuestra iglesia, sacaba en aquella sazón Pedro Codacio, procurador de nuestra casa, unas piedras grandes de las ruinas y edificios de la antigua ciudad de Roma. Dícele, pues, el padre al procurador: Vendedme estas piedras que habéis sacado, y hacedme dellas hasta cien ducados. —Hízolo así el dicho procurador, en tiempo que pasábamos harta necesidad, y dio los cien ducados al padre, el cual los ofreció luego para aquella santa obra diciendo: —Si no hay quien quiera ser el primero, sígame a mí, que yo lo seré. —Siguiéronle otros muchos, y así se comenzó y acabó aquella obra en el *templo de Santa Marta*, donde instituyó una cofradía y hermandad, que se llama *Nuestra Señora de Gracia*, que tiene cuidado de llevar adelante esta obra de recoger, amparar y proteger a semejantes mujeres... En esta obra de tanta caridad muy particularmente se señaló y resplandeció la bondad y santo celo de Doña Leonor Osorio, mujer de Juan de Vega, que era entonces embaxador del emperador Don Carlos en Roma».

Ciertos arqueólogos o historiadores del arte antiguo se han escandalizado de este gesto ignaciano, que puede parecer desafiante en el siglo de Bramante, Migad Angel y el Palladio; Loyola —dicen— no sentía el arte clásico. Y lo que sucedía era que no quería sacrificar al mero placer estético la salud del cuerpo y del alma de unas mujeres desgraciadas.

Los romanos le veneraban como hombre verdaderamente santo, y la gentuza que otros días, al oírle predicar en Campo dei Fiori o en la Zecca, se burlaban de él con bromas y abucheos, lo dejaban ahora tranquilo, dirigiéndole miradas de respeto y admiración, cuando lo veían por las calles delante de una mujerzuela, conduciéndola a puerto seguro.

«Yo me acuerdo —cuenta Ribadeneira— que al tiempo que en Roma se fundaba la casa de Santa Marta, si algunas meretrices distinguidas querían salir de su torpe negocio y recogerse a llorar sus culpas en saludable retiro, solía Ignacio acompañarlas por las callejuelas, no rebañegamente, sino ahora una y después otra. Y era un espectáculo hermosísimo ver al santo anciano, como delantero que va abriendo la marcha a una muchacha joven, hermosa y vagueante, procurando arrancarla de las fauces del más cruel tirano y ponerla en manos de Cristo. Las acompañaba hasta el monasterio recientemente construido o a la casa de alguna dama principal, en donde poco a poco se mansasen y se habituasen a imitar el ejemplo de ellas. En lo cual resplandeció en gran manera por su piadosa caridad y su ferviente celo de las almas, la ilustrísima señora Leonor Osorio, esposa de Juan de Vega, embajador a la sazón de Carlos V, emperador ante el Sumo Pontífice. Y como algunos le objetasen que era perder el tiempo el procurar el remedio de tales mujeres, porque encallecidas en los vicios, fácilmente retornaban, como el perro al vómito; de ningún modo —respondíales Ignacio— porque si con todos los cuidados y trabajos de mi vida pudiera conseguir que alguna de ellas pasase una sola noche sin pecar, daría por bien empleados todos mis esfuerzos con tal que en ese breve tiempo no fuese ofendido nuestro Dios y Señor». ¡Qué hermosa estampa del Buen Pastor reportando al redil las ovejas perdidas!

La Compañía de la Gracia

Con el favor del papa y la generosidad de los más altos funcionarios romanos se obtuvo finalmente la bula *Divina summaque Dei bonitas* (16 de febrero 1543) por la cual se erige oficialmente la *Compañía de la Gracia* en la iglesia de Santa Marta (plaza del posterior Colegio Romano).

Competía el régimen ordinario del Asilo o monasterio de Santa Marta, en primer lugar al Cardenal protector y Presidente, Cardenal Rodolfo Pio de Carpi, que era a la vez protector de la Compañía de Jesús. Había además dos Presidentes inferiores, un secretario y un tesorero. Una priora elegida por la comunidad, gobernaba a las mujeres allí recogidas, y un capellán les decía la misa diariamente, les predicaba los domingos y fiestas y les administraba los sacramentos. Ignacio de Loyola estaba encargado del gobierno espiritual de la casa. Ocupábanse durante el día en trabajos manuales y en la lectura de libros espirituales.

Pronto las gentes de Roma echaron de ver el fruto de esta saludable institución. El 21 de noviembre de 1545 comunicaba el portugués Bartolomé Ferráo a sus compatriotas: «La casa de las arrepentidas ¡loores Señor! procede también con augmento, así en el espirito como en el número de las que se recogen, que llegan a 40, todas cierto muy frecuentes, así en las confesiones y comuniones, como en otros espirituales y cuotidianos exercicios, con deseos de quedar en religión perpetuamente; y aun las casadas ruegan a sus maridos, que ellos también se vayan a servir a Dios... Entendiéndose en Roma de cuánto servicio de Dios esta obra sea, se augmentan las limosnas para ella; y Su Santidad... les ha este año dado una buena para el acrecentamiento de la casa... Y es tanta la messe, que no bastan los operarios».

Entre las nobilísimas damas que se consagraron con el más alto espíritu a levantar del fango a las mujeres perdidas ninguna se distinguió tanto ni lo hizo con tanto fervor, como una dirigida espiritual de Ignacio, doña Leonor Osorio, hija del Marqués de Astorga y mujer del señor Juan de Vega, embajador del emperador, de la cual se nos dice en carta del mes de mayo-junio de 1545:

«Ha tomado tanta afición a esta casa de Santa Marta, que es para alabar a Dios N. S... Teniendo una mujer en su casa solamente para ir por las casas de las mujeres erradas, para convertirlas, el otro día estuvo hablando para tener otra... El otro día estando en Santo Augustin, y topando una cortesana de las principales, la llamó, y hablándola y predicándola para dexar el pecado, la otra con mucha contrición conociendo sus pecados y miserias, la llevó a su casa. Se han puesto por su mano en Santa Marta o cinco o seis. Es tanto el amor que Nuestro Señor ha puesto en su ánima, que parece que anda embriagada por su santísimo servicio... Y viendo que el lugar no es capaz para recibir tantas, el otro día con grande ánimo fue a hablar a Su Santidad solamente por esto, mostrándole la

necesidad que había de ampliarse el lugar, y de comprar ciertas casas que están junto... y Su Santidad generosamente se lo concedió...

Madama *(Doña Margarita de Austria)* y la señora doña María de Mendoza ha tomado también grande amor a esta santa casa... Madama invió este otro día pasado una otra a Maestro Ignacio, para poner buen recaudo; y Maestro Ignacio, inviándola a la casa de la señora doña Leonor, fue recebida con mucha entera voluntad».

Casa de preservación de doncellas

Poco después de fundar la *Compañía de la Gracia* con la iglesia de Santa Marta, pensó Ignacio en crear otra institución, que fuese como un complemento de aquélla, o mejor, un hábil expediente o recurso para cortar el libertinaje y cegar en lo posible las turbias fuentes de la inmoralidad pública. Con aprobación oral de Pablo III procuró que se fundase junto a Catalina de Funari (en el antiguo circo Flaminio) una *Compañía de las doncellas infelices*, o dignas de compasión *(virginum miserabilium)*, con objeto de recoger tempestivamente y preservar de todo peligro a las muchachas cuya pureza corría riesgo de deslizarse por sendas de pecado, a causa de la pobreza, el corrompido ambiente familiar o mal ejemplo dc sus padres. Allí vivían piadosamente atendidas hasta que hallaban un buen marido, o se decidían a entrar en religión.

Idea de S. Ignacio —cuidadoso organizador— fue siempre que daba vida a una institución de beneficencia, organizar una agrupación de personas poderosas, influyentes y caritativas, que contribuyesen con todos los medios a su alcance a financiar y mantener la obra. A su eficaz influjo con el papa no le era difícil conseguir que Su Santidad, mediante una bula, transformase la agrupación benéfica en hermandad, sodalicio, o cofradía, otorgando a sus miembros copiosas indulgencias, gracias espirituales y variados privilegios, muy estimados en el pueblo cristiano de entonces. No contento Ignacio con poner en marcha la nueva institución, le imprimía carácter social y duradero, de forma que siguiese funcionando con regularidad y produciendo frutos sazonados, cuando él, por diversas causas, o sencillamente porque su presencia era más necesaria en otra parte, se veía constreñido a nombrar un sucesor.

Roma, como se ve, empezaba a purificarse; las más altas dignidades eclesiásticas y civiles se ponían de parte del reformador. Faltaba una reforma substancial: la educación de la juventud.

Generosidad de las familias más ilustres

Ignacio la acometerá genialmente en 1551, según adelante se verá.

Aquí es preciso recordar los nombres de los más insignes personajes que le ayudaron en estas obras de caridad con su generosidad limosnera, con su influjo social y con su celo activo. De muchísimos no sabemos el nombre, pues prefirieron disimular en la sombra sus actividades benéficas. En cambio son numerosísimos y de la más alta categoría social y eclesiástica los «cooperadores y protectores» de aquellos que inscribieron su nombre en el catálogo de los Hermanos o Cofrades de la Compañía de la Gracia. Poseemos una lista de 170 nombres, y, al parecer, no están todos, de los cofrades ilustres de la *Compañía de la Gracia*.

Se imagina uno que en el cielo de Roma todos los planetas giran en torno al astro solar que es Ignacio de Loyola, de quien reciben luz benéfica, sobrenatural, y a quien por su parte comunican muy variados influjos sociales. Repetidas veces se ha observado en este libro la fascinación que ejercía el mendigo de Manresa y Barcelona en el mundo femenino de aquellas ciudades, y el estudiante de París en los ambientes universitarios de la «Ville Lumière». Era una especie de magnetismo, nunca pretendido por el interesado, pero bien manifiesto en casi todas partes y principalmente en Roma, donde más abundan las personalidades egregias y que le podían oscurecer.

Por muy prolija que resulte la lista de los que se afanan por girar a su lado, no renuncio a transcribir algunos nombres que han alcanzado mayor sonoridad en la historia. Ellos serán la mejor prueba del fecundísimo apostolado personal de Ignacio en la Roma del siglo XVI.

Los Cardenales eran 15, empezando por Rodolfo Pio de Carpi, protector de la Confraternidad, y siguiendo por Alejandro Farnese, el gran cardenal a quien se debe la suntuosa iglesia del Gesù, acaso el más espléndido protector de los jesuitas. Seguíanle Juan Alvarez de Toledo, cardenal de Burgos, hermano de Pedro de Toledo, virrey de Nápoles; Guido Ascanio Sforza, cardenal de Santa Flora; Bartolomé Guidiccioni, a quien ya conocemos; Bartolomé de la Cueva, obispo cardenal de Coria; Pedro Bembo, el más refinado humanista de su siglo.

Entre *los obispos o arzobispos* recordemos a los dos grandes amigos de S. Ignacio, Luis Lippomani, obispo coadjutor de Verona y Luis de Torres, arzobispo de Salerno.

Entre los embajadores y doctores, Baltasar de Faria, embajador de

Portugal; Diego Lasso de Castilla, embajador de Fernando I; el Conde de Rostro; Doctor Iñigo López, insigne médico, particular amigo de Ignacio; Bartolomé Torres, tan buen médico como matemático, que entró en la Compañía de Jesús en 1553.

Grandes favorecedoras de la Cofradía y devotísimas de Ignacio de Loyola eran las componentes de aquel coro egregio de damas, que se le entregaban a discreción para todo lo que fuera gloria de Dios y auxilio del prójimo: Victoria Colonna, viuda del Marqués de Pescara, favorecedora de todos los movimientos de reforma católica y la mayor poetisa italiana de su tiempo; Leonor Osorio Sarmiento, hija del Marqués de Astorga y mujer del Embajador Juan de Vega; la Condesa de Carpi (Catalina?); Jerónima Orsini, Duquesa de Castro, madre de Pedro Luis Farnese; Margarita de Austria, hija de Carlos V, casada con Octavio Farnese. Y otras ciento y muchas más que se podrían consignar aquí.

Todas o casi todas ellas profesaban una devoción increíble al fundador de la Compañía, se confesaban habitualmente con él, incluso embajadores de España y de Portugal, y por supuesto los criados y sirvientes de las embajadas. Doña Leonor Osario, de quien decía el P. Jerónimo Doménech, que «es una bendita ánima y exemplo de virtud», se manifestaba dispuesta a ir a Campo dei Fiori y a cualquier parte para defender a Ignacio.

Espigando en el epistolario del Santo se podrían entresacar otros mil nombres de personas, que no sólo le veneraban por el luminoso halo de santidad que circundaba su figura, sino que le amaban de corazón por su bondad, le abrían confidencialmente sus almas y le consultaban en variadísimos negocios.

Ignacio de Loyola hubiera deseado ser judío

En la Edad Media, cuando era ley común en las naciones cristianas la persecución durísima e injusta del pueblo hebreo, vemos que de vez en cuando en los Estados Pontificios recibían los hijos de Israel un trato menos duro e inhumano. Superó en benignidad a todos los papas medievales el magnánimo Pablo III. ¿A qué se debió esta mansedumbre y tolerancia del papa Farnese? Podemos razonablemente pensar que a la positiva influencia de Ignacio de Loyola. Pero confesemos desde el principio que la mitigación del trato a los judíos y los favores que ahora se les otorgaban no iban dirigidos a los judíos, como a tales, sino como a hombres, o más claramente dicho, se les halagaba para animarlos a dejar el judaísmo y

pasarse al cristianismo.

No serían muy numerosos los hebreos de Roma a la mitad del siglo XVI, pues contando la ciudad algo más de 40.000 habitantes, seguramente los judíos no llegarían a 500. A fin de gozar de los favores del papa, procuraban halagarlo y tenerlo contento. «No se cansaban —escribe Rodocanachi— de proclamar bien alto en toda ocasión su inquebrantable fidelidad a la Santa Sede. En la consagración de León X, por ejemplo, rivalizaron con los cristianos en entusiasmo y magnificencia... Los rabinos estaban en la calle con cirios blancos en la mano; cuando pasó el pontífice, le ofrecieron respetuosamente un ejemplar de gran precio del Pentateuco; León X lo miró, pronunció las palabras sacramentales: *Confirmamus, sed non consentimus*, y lo dejó caer».

Tiempos más bonancibles alborearon con cl papa Farnese. Pero Ignacio no esperó a su venida a Roma para simpatizar con los judíos. Es conocida la siguiente anécdota, trasmitida por Ribadeneira: «Un día que estábamos comiendo delante de muchos, a cierto propósito, hablando de sí, dixo que tuviera por gracia especial de Nuestro Señor venir de linaje de judíos; y añadió la causa, diciendo: *¡Cómo! ¡Poder ser el hombre pariente de Cristo Nuestro Señor, secundum carnem, y de Nuestra Señora la gloriosa Virgen María!* Las cuales palabras dixo con tal semblante y con tanto sentimiento, que se le saltaron las lágrimas, y fue cosa que se notó mucho».

Agrega el mismo Ribadeneira otra pequeña anécdota, que es complemento de la anterior: «Pedro de Zárate, que era vizcaíno, de la villa de Bermeo, y caballero de Hierusalem, muy amigo de la Compañía y familiar de nuestro Padre, me contó... esto mismo que arriba he dicho *(venir de linaje de judíos)*, y santiguándose él *(Zárate)* y diciendo ¿judío? y escupiendo a este nombre, nuestro Padre le dixo: *Ahora, Señor Pedro de Zárate, estemos a razón: Oigame V. md*. Y que le dio tantas razones para esto, verdaderamente le persuadió a desear ser de linaje de judíos».

No es muy posterior otro testimonio aducido por Ribadeneira, «El P. Everardo (Mercurián), después que lo elegimos General (de la Compañía), nos contó un día sobre la mesa, que Alejandro de Foligni *(dominico y judío converso)*... en su presencia y de otros muchos que decían que era infamia ser de linaje de judíos, había dicho: Yo fuera de esa opinión, si no obstara la autoridad del P. Ignacio, que me dixo que tuviera por merced de Dios haber nascido deste linaje».

Con tales sentimientos se comprende que, apenas instalada en Roma

la casa de Santa María de la Strada, se vio Ignacio como forzado a abrir sus puertas y alojar en su recinto a muchos catecúmenos o judíos que deseaban abrazar la ley de Cristo, mas no hallaban quien les instruyese y les atendiese en local apropiado. Los numerosos neófitos llevaban una vida desastrada por el desprecio y abandono en que los tenían por una parte sus antiguos religionarios y por otra los cristianos que no se fiaban de su buena fe.

«Había entonces en Roma un hombre devorado por el proselitismo» (son palabras escritas en 1891 por un escritor profano, especializado en cosas de Italia). «Ese hombre era un pescador de almas. Acababa de fundar, con la aprobación del soberano pontífice, una Compañía, cuya finalidad era sostener a los desfallecientes, dar ánimo a los indecisos, ilustrar a los ignorantes; me refiero a Ignacio de Loyola. Ignacio se compadeció de la triste situación de los que abjuraban el judaísmo».

¿Y qué es lo que hizo antes que nadie? Percatarse bien de la situación. En Roma «no había lugar ninguno, según Ribadeneira, para recebir a los que, quitado el velo de la infidelidad, por la misericordia de Dios se convirtiesen al Evangelio de Jesucristo; no había tampoco maestros señalados que enseñasen e instituyesen en la fe a los que al gremio de la Santa Iglesia se quisiesen acoger; no había renta ninguna ni cosa cierta para sustentar la pobreza destos y socorrer a sus necesidades». En consecuencia, «no dudó nuestro Padre, con toda la estrechura y pobreza de nuestra casa, de recoger en ella algunos años los que se querían convertir y sustentarlos, dotrinarlos y ponerlos después a oficio donde vivir como cristianos... Mas porque este bien tan señalado no fuese de poco tiempo... procuró nuestro Padre que en Roma se hiciese una *casa de catecúmenos* «en que se recibiesen y sustentasen los que pedían el santo bautismo.

Dos bulas en favor de los judíos

No bastaba eso, si no se removían los obstáculos que solían impedir su conversión. Ignacio lo comprendió y en seguida puso remedio. Acudió al papa suplicándole favores y gracias para los neófitos; y Paulo III no tardo en expedir las Letras apostólicas *Cupientes iudaeos* (21 de marzo 1542), en que se ordenaba, entre otras cosas, lo siguiente: Queda derogada la antigua costumbre de que los judíos, por el solo hecho de convertirse a la fe de Cristo, pierdan sus haciendas, bienes muebles e inmuebles; tampoco serán privados de la herencia paterna, aunque vengan a la fe contra la voluntad de sus progenitores; después del bautismo alcanzarán

plenamente el derecho de ciudadanía en aquella ciudad en que hubieren sido bautizados; si son pobres, exhorta el papa a todos los eclesiásticos y seculares a que se esfuercen por ayudarles y sustentarles.

Esto era evidentemente abrir ancha puerta a las conversiones, que vemos multiplicarse rápidamente. Tanto creció el número de los que se hospedaban en la casa de Santa María de la Strada, donde también estaban alojados los novicios jesuitas, que no habiendo lugar para todos, teniendo noticia de ello Doña Margarita de Austria, gran suministradora de limosnas, le ofreció a S. Ignacio una casa tomada en alquiler no sabemos en qué calle. Debió de ser en los últimos meses de 1542, cuando allá se dirigieron los catecúmenos.

Pero Madama deseaba algo mejor, y tanto ella como su rival en la caridad, Jerónima Orsini, Duquesa de Castro, estaban negociando con el Papa la posesión de una sede propia y no alquilada. Estando en esto, vino a adelantárseles Juan de Torano, o del Mercado, rector de la parroquia de S. Juan Bautista *in Mercatello* (junto a la plaza de Araceli), quien concibió la misma idea de Ignacio. Este le escribía a F. Javier el 24 de julio de 1543: «Después que la casa tomamos para los catecúmenos por medio de Madama, tomando ella la protección y asunto dellos, creciendo las limosnas, como por las otras os escribí largo, ha traído Dios N. S. la cosa tanto adelante, que donde su Divina Majestad en alguna manera regaba y plantaba por nosotros, tanto bajos e inútiles, ha querido por la su infinita y suma bondad, sobre el mesmo deseño edificar en mucha manera por un buen hombre amigo mío, que se llama Micer Juan del Mercado, confirmando por una bula mucho favorecida, ayudándole con diversos medios que pudimos en el Señor nuestro; el cual teniendo dos casas y capaces, una para hombres y otra para mujeres, con mucha suma de dinero, tiene agora (ultra que más espera o tiene) dos hebreos que nosotros le inviamos». Enviáronle juntamente «todas las camas y ajuar de la casa que teníamos y la limosna que asimismo pusimos en depósito para el mismo efecto».

Pablo III lo aprobó todo y lo enriqueció de gracias y favores por la bula *Illius qui pro Dominici* (19 de febrero 1543). Dícese en el documento que a ruegos de Juan de Torano, Rector de la iglesia de S. Juan del Mercado, se pide la facultad de erigir un hospital y Monasterio para los judíos que se conviertan en esa región de la Urbe: *unum monasterium pro puellis el unum hospitale pro viis*. El Romano Pontífice, concedida la dicha facultad, desea que se funde allí una Archicofradía

(Archiconfraternitas) que sea la cabeza de todas las demás cofradías y hospitales y monasterios que se erijan para bien de los judíos convertidos. Los cofrades gozarán allí de hospitalidad, alimento y vestido, además de las otras gracias, im dulgencias, etc. Ellos podrán elegir un cardenal, que sea su Protector. Recayó la elección en el cardenal Marcelo Crescenzi, amigo de Ignacio.

Respecto al director o gobernador de la casa de los catecúmenos, que no fue Ignacio, aunque nadie se había interesado tanto por ella, leemos en una carta de Roma a los jesuitas de España estas líneas: «Cerca de los catecúmenos, aunque... dexamos nosotros todo el cargo a un M. Johán del Mercado, el cual tomaba la cura de la tal obra, no nos hemos podido excusar de tomar algunos en casa por importunación, o por mejor decir, con mandamiento del Vicario y del cardenal de Trana».

Ya hemos visto que en 1543 Ignacio se refería a Juan del Mercado (o de Torano) como «un buen hombre amigo mío». Tres años más tarde no lo podía afirmar, porque el corazón de aquel hombre se había amargado con envidias y supuestas postergaciones, acusando a Ignacio y a sus compañeros de herejía y revelación del secreto de confesión. Otros delitos debieron de descubrirse, pues demostradas falsas sus acusaciones, fue condenado a cadena perpetua, conmutada poco después a perpetuo destierro de Roma. Cuando en 1550 subió Julio III al trono pontificio, lo primero que hizo fue colmar de beneficios a un hombre vulgar y despreciado públicamente, Inocencio del Monte, de quien se sospechó con grosero error que era hijo del pontífice, el cual no sólo le hizo cardenal, sino que le nombró Director de la *casa de los catecúmenos* y Cardenal Protector de la obra. Desde entonces las dos funciones fueron juntas. Y el número de catecúmenos, en aumento.

De lo dicho en este capítulo se deduce con claridad ultrameridiana la altísima significación que debe atribuirse a Ignacio de Loyola en la historia social, moral y religiosa de Roma. Puede afirmarse que llenó la ciudad de instituciones benéficas. Es el «fundador» por excelencia, fundador porque echó los fundamentos y levantó los muros y cubrió con la techumbre, firme y duraderamente, no pocos edificios físicos y materiales, sociales, morales, etc.

Hemos trazado en este capítulo la historia de las fundaciones o instituciones de beneficencia pública. Mas no podemos pasar por alto otras obras de menor publicidad, aunque reveladoras del más profundo espíritu cristiano. Que dos de sus más nobles amigos rompiesen la caridad cristiana

hasta el punto de matar o morir, si era preciso, por un puntillo de honra, era cosa que no podía comprender ni tolerar el que en su juventud había incurrido en semejante delito. Ahora veía claramente que Cristo es el Rey de la paz, y que sin paz, amor y concordia, el Cristianismo no tiene fundamento.

Angel de paz. La curia romana y Portugal

Como ángel de paz intervino Ignacio en graves contiendas que amargaron los ánimos de príncipes, obispos, altos señores, ciudades y caballeros. En 1541 la corte de Lisboa, en donde reinaba el amigo más íntimo que Loyola tenía entre los reyes cristianos, estuvo a punto de romper las relaciones diplomáticas con la corte pontificia. Hubiera sido un escándalo para toda la Cristiandad. A fin de prevenirlo, escribió Ignacio una carta a Simón Rodrigues, que gozaba del valimiento de Juan III, para e «vosotros allá y nosotros acá», todos llevando un mismo fin de servir siempre en augmento a nuestro Criador y Señor... procuremos *(restablecer la paz)* entre personas tales y de tanta importancia».

¿Qué había sucedido? Que D. Miguel de Silva, hermano del conde de Portalegre, antiguo embajador de Portugal ante los papas León X, Adriano VI y Clemente VII, no había logrado el cardenalato por la oposición de su rey. Vuelto a Portugal, D. Miguel fue consagrado obispo de Viseo y hecho primer Ministro del reino. Pero irritado por las intrigas de sus envidiosos enemigos, pidió al monarca licencia para ir a Roma. Juan III se la negó; y él no temió disgustar gravemente a su señor, emprendiendo el viaje contra su regia voluntad. El papa Pablo III, amigo de Miguel de Silva, le otorgó la púrpura cardenalicia en diciembre de 1541. Ofendido el rey portugués de tal nombramiento, fulminó una carta regia contra el vasallo rebelde, y para demostrar al papa su enojo, manda a su embajador D. Cristóbal de Sousa abandonar inmediatamente la ciudad de Roma, lo cual se verificó en seguida.

Fue en aquel momento cuando Ignacio de Loyola toma cartas en el asunto escribiendo la susodicha a Simón Rodrigues y poniendo en movimiento todas sus habilidades diplomáticas y todas sus influencias romanas, sin descuidar —como nunca lo hacía — sus instancias ante Dios con oraciones propias y ajenas, «hablando largo sobre esto mismo con el cardenal de Burgos *(Juan Alvarez de Toledo O. P.)* como en todas nuestras osas nos sea muy especial señor y abogado».

Mucho se alegró de las palabras que le oyó en defensa y alabanza de

Juan III, pues como alguien recelase que tal vez en esta ocasión el rey de Portugal se saliese de la obediencia del papa, «el buen cardenal responde con mucho ánimo, sin poderlo sufrir: ¿Quién dice eso? Aunque el papa pisase con sus pies al rey de Portugal, no haría eso. ¿Pensáis vos que la gente de allá es como la de acá, o aquel rey como el de Inglaterra, que ya estaba medio fuera antes que se declarase? No penséis eso de príncipe tan cristiano y de tan buena consciencia».

Riñas entre caballeros

El 24 de agosto de 1545 el Sr. Juan de Vega, embajador de la cesárea majestad y amigo íntimo de nuestro santo, como sabemos, tenía invitados a su mesa a varios ilustres comensales, entre otros, a los señores Puerto Carrero y Bustamante de Herrera. No sabemos por qué causa, hallándose sentados a la mesa se enzarzaron éstos en una disputa hasta el punto de que Puerto Carrero dio una bofetada a Bustamante. Tal afrenta entre caballeros se consideraba entonces infamante e intolerable. Quiso el embajador que quien arreglase el asunto fuese Ignacio, el personaje más respetado de todos. No era buena solución la que a muchos hubiera parecido natural: que el ofendido devolviese el ultraje al ofensor en la misma moneda. No lo permitía el Derecho Canónico, «por ser el Sr. Puerto Carrero de prima tonsura». Lo que Ignacio hizo fue pedirle dispensa al Vicario de Su Santidad; después ordenó al ofendido Bustamante que esperase en la calle a Puerto Carrero, cuando éste saliese de casa y, sin escándalo de nadie, le diera dos o tres golpes con una caña o verga sin efusión de sangre. Así se hizo, y «el mismo día delante del Rdmo. cardenal Carpi, fueron abrazados y hechas las paces con mucha edificación de las dos partes. Y porque yo me hallé por servicio y gloria divina en concertar las dos partes y presente a la conclusión de las tales paces, por ser así verdad y pedírseme testimonio della, firmé quí mi nombre. Hecha en Roma a dos días de setiembre de 1545» *(Ignacio)*.

Muy semejantes fueron las circunstancias en que intervino para reconciliar al caballero húngaro D. Juan Bálax con el español D. Francisco Laso. El caso fue que «Don Francisco Laso dio una bofetada a un caballero húngaro, el cual después de algunos días dio un golpe con un palo al Sr. D. Francisco». Este retó a duelo al húngaro y la enemistad se exacerbó tanto, que «parece que está en punto de perderse sus ánimas y sus cuerpos». Según el embajador Juan de Vega, el único que podía enderezar todo el negocio era el emperador, al cual se podía llegar por medio de fray

Pedro de Soto y la persona designada para llegar a fray Pedro de Soto, fue precisamente Ignacio de Loyola. El asunto se concluyó felizmente en febrero de 1546.

Acciones como ésta, aunque indirecta, demuestran la enorme autoridad de que gozaba el Santo, pues al lado de embajadores, cardenales y personalidades conspicuas le dan la preferencia. Es la resplandeciente santidad de Loyola la que se antepone, en opinión de los jueces más significados, a la virtud y prestigio de cuantos le rodean.

Pacificador en Tívoli y en Valencia

Graves debieron de ser, aunque no las conocemos bien, las riñas y enemistades surgidas entre la pequeña y pintoresca ciudad pontificia de Tívoli y el castillo de Sant'Angelo (Castel Madama), feudo de Margarita de Austria. Las dos partes contrincantes o rivales tenían a Loyola por amigo; no es de maravillar, por lo tanto, que éste aceptase inmediatamente la ocasión de hacerles un favor, concertando la paz entre unos y otros. Los magistrados tiburtinos recibieron al Santo con mucha benevolencia y aceptaron sin dificultad las propuestas de paz que éste les hizo. Ignacio se hospedó casi todo el tiempo, que no fueron muchos días, en las afueras de la ciudad, en casa de don Luis de Mendoza *(cum domo et harto amoeno*, dice Polanco). Y quiso Dios premiar las caridades que obró en aquella ocasión, poniéndole en contacto con quien había de ser su innsigne bienhechor: «Un nuestro amigo grande en el Señor, que se dice Luis de Mendoza, sacerdote, y muy buena cosa, que ha dado estos días a la Compañía una casa y una iglesia que tenía en Tívoli, 16 millas de Roma, en un lugar muy gracioso».

No sabemos si admitir sencillamente o rebajar mucho la hipérbole de un aprendiz de pintura y escultura, Benedicto Maroni (o Amaroni), que se hallaba en Roma en 1545 y trabajó algún tiempo en la misma casa de Ignacio y que testificó más tarde lo siguiente: «Sucedió que en la ciudad de Roma, entre dos familias nobilísimas —la casa Altieri y la casa Caposachi existía una enemistad grandísima, de suerte que 18 años o más (?) estaban encerrados con guardias y cancelas, porque jamás fue posible componer esta paz entre ellos por muchos Príncipes, Cardenales y por el Mismo Pontífice que se interpuso. Luego que el Padre entendió esta enemistad, se interpuso y negoció esta paz; y con la ayuda del Señor Dios la compuso y aquietó, con lo que llenó de admiración a la ciudad de Roma y a todos los prelados»,

Demasiadas vaguedades e imprecisiones con hipérboles inconcebibles para que les demos entero crédito.

El año de 1552 tuvo Loyola que afanarse de mil modos por concertar la paz y concordia entre el noble valenciano Don Gaspar de Centellas y el joven duque de Gandía y Marqués de Lombay, Carlos de Borja, hijo mayor del santo Duque, a quien tan obligado estaba el fundador de la Compañía. Provocado epistolarmente el impulsivo Duque Carlos de Borja por el caballero Gaspar de Centellas, dispuso que éste fuese apaleado en público. No fue éste el único acto de violencia. Dividióse la ciudad dos facciones enemigas. Dolíale a Ignacio esta enemistad y discordia entre personas que le merecían respeto y estima. Hallábase él muy lejos del teatro de la contienda, pero sabía que en semejantes casos la solución más cierta y segura era la decisión tajante y pacificadora del rey. Empezó, pues, a mover sus teclas. El 1 de setiembre de 1552 ordenó seriamente a Araoz promover ante el príncipe Don Felipe la causa de Carlos de Borja, a quien juzgaba menos culpable. Hizo que le llegasen al futuro Felipe II, Rey Prudente, otras cartas de parte del cardenal y nuncio España Giovanni Poggio, de la reina de Bohemia y del Rey de Romanos, etcétera. Efectivamente, como se esperaba, el arco iris de la paz no tardó en disipar la tormenta amenazadora.

Pacificador de la familia Colonna

Uno de los pocos viajes que hizo Ignacio de Loyola desde Roma fue el de 1552 a la pequeña ciudad de Alvito (2-12 noviembre) en compañía de su secretario Polanco y de un hermano coadjutor (Juan Pablo Borrell). Motivo del viaje fueron las desavenencias matrimoniales del Duque de Paliano, Ascanio Colonna, con su mujer, Juana de Aragón, Duquesa de Tagliacozzo. Ascanio, hermano de la renombrada Victoria Colonna, se distinguía por su excesiva prodigalidad y tenía un temperamento difícil. Juana, una de las mujeres más hermosas de su tiempo, ensalzada por los poetas y retratada por Rafael, era propensa a la piedad y tenía por consejero a Ignacio. Cuando éste supo que la noble dama había abandonado su hogar —el palacio Colonna—, dirigiéndose hacia el reino de Nápoles, se apresuró a montar a caballo y correr en persecución de la fugitiva, con intención de hacerla regresar a vivir con su marido. El 2 de noviembre la alcanzó en Alvito. La duquesa se dejó convencer inmediatamente por las 26 razones que Ignacio le dio por escrito, y regresó con su hijo Marco Antonio Colonna que la acompañaba. Brevemente nos

lo cuenta Ribadeneira en su *Collectanea:* «Y como por la mañana que había determinado de partir lloviese a cántaros, y el Padre Maestro Polanco le dixesse que sería bien diferir la partida para otro día, porque el agua no le hiziesse mal; respondió nuestro Padre: —Vamos luego; que 30 años ha que nunca he dexado de hacer a la hora que me había propuesto negocio de servicio de Nuestro Señor, por ocasión de agua, ni viento, ni de otros embarazos de tiempo, etc.; y así se partió luego. Iba entonces por una cosa de grandísima importancia, que era pacificar y poner en concordia a Doña Juana de Aragón y al señor Ascanio Colonna, su marido, los cuales habían estado muchos años apartados, y ni papa, ni emperador, ni otros príncipes grandes habían bastado a pacificarlos; y nuestro Padre acabó con ella, lo que otros no habían podido. Aunque después viniendo ella a Roma para vivir con su marido, como lo había prometido a nuestro Padre, ciertos cardenales y otras personas de calidad que pusieron la mano en ello, lo borraron y echaron a perder»[139].

¿Quién era Catalina de Badajoz?

Llegados a este punto, nos tienta el deseo de averiguar quién era cierto personaje femenino, que pasa como un relámpago por el epistolario ignaciano. Parece que algún tiempo fue dama de honor de doña Juana de Aragón. Que tenía relaciones de amistad espiritual con los primeros compañeros de Loyola se pone de manifiesto en la única carta que se atrevió a escribir al Fundador de la Compañía, el cual se interesó por ella y la guardó en su archivo. Gracias a esta diligencia conservamos hoy el manuscrito autógrafo, fechado en Nápoles el 23 de marzo de 1538 y suscrita humildemente con estas palabras: «Vuestra humilde esclava *Cathalina de Badajoz*. Que éste era su verdadero nombre no es posible dudar. Pero resulta que por aquellos días, o poco después, aparece en España otra joven piadosa, celebrada en la Universidad de Alcalá como poetisa latina, a quien se le da el nombre de *Catalina Paz (o de Paz)*. Y como sabemos que el nombre de Badajoz se traduce en latín *Pax Augusta*, surge la duda: ¿No se referirán los dos nombres a una misma persona? ¿No hará traducido la poetisa complutense su nombre familiar de Catalina de Badajoz en el más humanístico de *Catherina de Pace?* Tal es la opinión de

[139] RIBADENEIRA, *Miscellanea* en F.N. II, 414. Las 26 razones de Ignacio, en *Cartas* (Madrid 1877) III, 136-42. Ya anteriormente, en 1539, Juana de Aragón, estando en la isla de Ischia (junto a Nápoles) se había reconciliado con su marido por los buenos oficios del P. Bobadilla.

historiadores tan autorizados como Georg Schurhamrner y Hugo Rahner. Del último son las palabras siguientes:

«Concluyamos con un apacible idilio la tragedia de la familia Colonna la que San Ignacio estaba tan profundamente aficionado. En la época en que el P. Bobadilla se trasladó por vez primera a Nápoles para allanar las dificultades conyugales de la duquesa Juana de Aragón, se hallaba en el séquito de aquella soberana una españolita de trece años, por nombre Catalina de Badajoz. Era en la primavera de 1539. La joven dama, que más adelante conquistaría en su patria española cierto renombre literario, había sin duda encontrado a San Ignacio desde el primer mes de la llegada de éste a Roma en noviembre de 1537. El santo había dado a la precoz muchacha inolvidables consejos para la vida interior. Por eso, en marzo de 1539, escribe Catalina desde Nápoles una cartita encantadora a Ignacio con la escritura de una muchacha seria y aplicada… De la vida posterior de Catalina solamente sabemos que volvió a España (?) y fue aplaudida en la Universidad de Alcalá por su saber humanístico y sus poemas latinos. Murió en Guadalajara a la edad de 27 años».

Si esto último fuera verdad, tendría que haber nacido en 1526. Ahora bien, ¿es verosímil que una niña de once a doce años conociera y tratara a Ignacio y a Fabro a fines de 1537?[140] Es mi opinión, por tanto, que estamos delante de dos personas distintas, ambas envueltas en sombras históricas.

[140] En marzo de 1539 escribe a Ignacio (¿a los doce años de edad?): «Hágole saber cómo ha dizisiete meses que estoy en Nápoles, y siempre con deseo de saber de Vm. Y de todos esos señores y siervos de Jesucristo, en cuyas oraciones de cotinuo me encomiendo». Y sigue hablándole a su director espiritual: «De todo lo que en otro tiempo me mandó no he puesto nada en olvido, porque, en cierto (?), sus palabras no son de olvidarlas; mas siempre me hallo descontenta y tengo la muerte delante los ojos». No es éste el lenguaje una niña de 12 años (MHSI *Epist. mixtae* I, 17-18).

CAPÍTULO II

CATEQUISTA Y MAESTRO DE NOVICIOS. FORJADOR DE HOMBRES

Por el catálogo que acabamos de presentar —aunque en breve compendio— de sus principales amigos, protectores, hijos espirituales, etc., es fácil reconocer el prestigioso mundo social de que se veía rodeado el fundador de la Compañía, no obstante su humildad, su deseo de esconderse y de trabajar en silencio. Ribadeneira hace notar que Ignacio de Loyola, a pesar de tener tantos y tan poderosos amigos, como quizá ningún otro en Roma, no perdía tiempo en visitarlos. Solamente en casos de necesidad, cuando entraba de por medio una cuestión grave y urgente, o cuando lo requería la alta dignidad del personaje, como de un papa, un cardenal o un embajador, se acercaba modestamente a sus palacios. Las leyes de la cortesanía no había quien las cumpliese con mayor finura que él; pero le gustaba ser breve y no perder el tiempo.

La gracia de su conversar

¿En dónde residía el secreto de aquella fascinación que ejercía su modesta persona? No cabe duda que su mayor fuerza magnética, o por lo menos la raíz y el foco más patente de aquel espiritual atractivo se ha de buscar en la fuerza enorme de su auténtica santidad. Pero había también otras fuerzas inferiores, procedentes de su educación caballeresca y de su psicología aristocrática, que le bastaba para conquistarse la admiración y simpatía de cualquiera apenas iniciaba el diálogo. Esto lo advirtieron ya en 1522 los rudos payeses, los pequeños industriales y hasta las hospitaleras de Mantesa. Y lo más admirable y sorprendente es que en la Universidad de París, siendo no más que un maduro escolar, llamase la atención de los mejores alumnos y profesores haciéndolos entrar en su órbita de amistad y apostolado.

¿Cuál era ese don que magnetizaba a la gente? En lo natural y humano su delicadeza y distinción en el trato, junto con la modestia y encanto de su hablar. ¿Y de qué hablaba aquel andrajoso mendigo o aquel

gallofeante escolar cuando aún no había cursado los estudios mayores? Entonces y en todo tiempo —responde Ribadeneira— «su predicar era siempre exhortando a buenas costumbres y a entrar dentro de sí; y al conoscimiento y amor de Dios y oración». Que no es precisamente el más dulce halago para atraer a la gente del mundo.

Más convincente es la respuesta de un discípulo espiritual de Ignacio. El flamenco Oliverio Manare explica así los prodigios que producía su lenguaje:

> «Admirable era en su hablar, grave y autorizado, no rápido, ni precipitado, ni insubstancial, sino sólido y eficaz, propio de un hombre santo. No se le escapaba una palabra casual o de improviso, sino que aquella boca bienaventurada sólo profería palabras sensatas y bien meditadas. Y por eso nadie se apartaba de él, sino muy consolado, provisto de saludables consejos y enteramente satisfecho, consiguiese o no lo que pretendía, porque aquel bienaventurado varón poseía una maravillosa gracia de hablar».

Recuérdese la expresión de Nadal sobre el señorío y majestad de Ignacio en el hablar, que en otro lugar citamos.

A un Padre que se quejaba de ser llamado con harta frecuencia a la portería, le recomendaba lo siguiente: hay que recibir con fina caridad a los que vienen en demanda de ayuda y consolación espiritual; pero si empiezan a parlar de cosas inútiles, conviene sembrar en la conversación pensamientos de la muerte, de la gravedad del pecado, de los juicios de Dios, de la confesión, del infierno, del examen de conciencia, etc., para que se aprovechen, si les place; y si no, se marcharán y no volverán con sus importunidades.

Consejos a los nuncios de Irlanda (1541)

Poseía el don de conversar eficazmente de cosas espirituales. Y sobre ello dictó muchas veces normas a sus hijos, vgr. a Salmerón y Broet, cuando iban a Irlanda, como Nuncios apostólicos, en 1541. Con qué personajes han de hablar, pasando por París y por Escocia, a quiénes y cómo han de escribir:

> «Del modo de negociar y conversar in Domino. En el negociar con todos... según dignidad o autoridad, hablar poco y tarde, oír largo y *libenter*, oyendo largo hasta que acaben de hablar lo que quieren; después respondiendo a las partes que fueren, dar fin, despidiéndose...; la despedida

presta y graciosa. Para conversar y venir en amor de algunos grandes o mayores en mayor servicio de Dios N. S., mirar primero de qué condición sea y haceros della, es a saber, si es colérico y habla de presto y regocijado... no mostrarse grave, flemático o melancólico. ¿Que a *natura* son recatados, tardos en hablar, graves y pesados en sus conversaciones? Tomar el modo dellos con ellos, porque aquello es lo que les agrada... Es de advertir que, si uno es de complexión colérico y conversa con otro colérico, si no son en todo de un mismo espíritu, hay grandísimo peligro que no se desconcierten en sus conversaciones sus pláticas; por tanto, si uno conosce ser de complexión colérica, debe ir... mucho armado con examen o con otro acuerdo de sufrir y no se alterar con el otro, máxime si lo conosce enfermo... Con los que sintiéremos tentados o tristes, habernos graciosamente con ellos, hablando largo, mostrando mucho placer y alegría dentro y fuera... En todas conversaciones, máxime en poner paz y en pláticas espirituales, estar advertidos, haciendo cuenta que todo lo que se habla puede o verná en público».

Mucho podría alargarse este capítulo, recogiendo las normas y consejos que Loyola daba por escrito a sus hijos, cuando partían en misión a Concilios, Dietas imperiales y otros asuntos trascendentales para la Cristiandad.

Por confesión de todos cuantos le oían, poseía dotes extraordinarias para la conversación y el diálogo; sabía persuadir suavemente sin forzar ni molestar lo más mínimo al colocutor, sin levantar la voz y sugiriendo con habilidad lo que pretendía y casi siempre lograba conseguir.

La fuerza y eficacia de sus palabras en ninguna ocasión se mostraban más vivas que en dar privadamente, individualmente, los *Ejercicios espirituales*. En este punto logró verdaderos milagros. Dialogando con amable suavidad, con finísima elocuencia, con sagaces insinuaciones, tal vez con golpes decisivos como quien habla en nombre de Dios, sabía hacerse a sí mismo amable y cariñoso, presentar sus doctrinas ascéticas nada difíciles con la gracia de Dios, que nunca falta, y animar al ejercitante a ser generoso y a decidirse con heroísmo a remontar sin miedo las cumbres más altas de la perfección cristiana. Así arrastró hacia el género de vida que seguía, a jóvenes tan altamente dotados como Fabro, Javier, Laínez, Salmerón, Rodrigues, Bobadilla, Nadal. Los ejemplos abundan sobremanera. Fijémonos en aquel jovencito toledano, vivaracho y despierto, a quien tanto quiso Ignacio. Me refiero, claro está, a Pedro de Ribadeneira.

En su juventud se sometió a practicar bajo el Santo los Ejercicios

plenos. Lo recordaba años adelante en sus *Confessiones:*

> «Vos, Señor, juntastes vuestro divino espíritu, y distes tan grande energía y eficacia a sus palabras, como se ve en las que me dixo cuando me confesé con él: que no fuese ingrato a quien tantas mercedes me había hecho, como Dios Nuestro Señor. Las cuales, con ser tan pocas, como saetas de vuestro arco flechadas por mano de vuestro siervo, fueron tan poderosas que atravesaron y trocaron mi corazón. Y otra vez, antes desta, exhortándome a recogerme y hacer los *Ejercicios*, y hallándome rebelde y obstinado, con una sola vez que me dixo, me mudó de tal suerte, que sin saber lo que me decía, comencé a dar gritos y a decir: Yo lo haré, Padre, yo lo haré, porque estaba como fuera de mí y me parecía que no hablaba yo, sino que otro hablaba por mí».

Elocuencia persuasiva

¿Puede llamarse Ignacio orador elocuente? Todo depende del significado que se dé a las palabras *Oratoria* y *Elocuencia*. Si por Oratoria se entiende el arte de hablar con elegancia y entonación a la manera de los clásicos, y por Elocuencia, la facilidad de expresión y la facundia de palabra con habilidad para arrastrar los ánimos y persuadir a los oyentes, no es fácil encasillar a Ignacio entre los oradores. Y no es que le faltasen dotes para iluminar los entendimientos, convencerlos de una verdad, mover sus voluntades. Todo esto lo hacía él mejor que nadie en la predicación —si así puede llamarse— de sus *Ejercicios espirituales*. Lo que le faltaba era el arte de la palabra y la facilidad de la expresión; le faltaban —como él decía— «elegancias y primores». No era un orador de grandes desparrafadas, ni de elocuencia fácil y retórico. Era tan sólo —y no poco— un predicador fervoroso, ardiente, persuasivo, realístico, concreto, sin ampulosidades, que decía más cosas que palabras. En esto insiste que nadie su confidente Gonçalves da Cámara describiendo su elocuencia natural, sin adornos y sin vana palabrería:

> «Acordarme he —escribe en su *Memorial*— del modo de tratar las cosas de N. P.: 1.º que nunca persuade con afectos, sino con cosas; 2.º que las cosas no las orna con palabras, sino con las mesmas cosas, con contar tantas circunstancias y tan eficaces, que cuasi por fuerza persuaden; 3.º que su narración es simple, clara y distinta».

A los pocos días, o semanas, de llegar a Roma, todos sus compañeros

se distribuyen por diversas iglesias predicando en italiano: pero «Maestro Iñigo *(predicaba)* en español en Santa María de Montserrat... Maestro Iñigo era oído de personas de mucha cualidad, con mucha satisfacción y edificación de algunos dellos. Del Doctor Ortiz oí yo mismo —es Polanco quien lo cuenta—, que se tenía por dichoso de no haber faltado a ninguna lección suya. Y el Doctor *(Jerónimo)* Arce decía que no había visto predicar a nadie como hombre sino a él»

Mucho debieron de afligirse personajes como éstos, y no menos otros de altísima categoría, como la Marquesa de Pescara y amiga de Miguel Angel, Victoria Colonna, que desde 1544 vivía dedicada a la oración y a la poesía; Leonor de Osorio, hija espiritual de Ignacio, con quien comportó los ministerios de caridad pública y asistencia social; su esposo el embajador de España, don Juan de Vega, el magistrado español que más íntimamente se familiarizó con el Santo. Doliéronse indudablemente cuando le oyeron decir, después que le nombraron General de la Compañía de Jesús, que ya no predicaría más en Nuestra Señora de Montserrat, ni en ninguna otra iglesia, por ser el oficio propio del General incompatible con el de predicar, confesar, etc., habitualmente.

Muy lejos estaba Ignacio de todo academicismo y de toda imitación de los clásicos, lo cual no quiere decir que los despreciase como entrenamiento. Llevar entre sus cuadernos algún discurso bien escrito para alguna ocasión inesperada y aun ejercitarse en declamarlo privadamente era cosa que recomendaba a los escolares y a los inexpertos. Y elogió más de una vez la lectura de los oradores paganos, como Demóstenes, Cicerón y otros para aprender a disertar con soltura de estilo y facundia de expresión.

Lo que él buscaba en sus sermones no era otra cosa que la conversión las almas a Dios, no el aplauso de los hombres. Que hablaba con una elocuencia natural, fogosa y persuasiva y con voz no rechinante y fuerte, sino viva, blanda y eficaz, lo repiten muchos testigos en los procesos. Altos personajes lo escuchaban embebecidos, mas no disfrutaron mucho tiempo del encanto de su palabra y de las verdades divinas que les disparaba, como flechas, al corazón; porque luego que tomó sobre sus hombros el grave peso del Generalato, se vio forzado a declinar las invitaciones amigas que le venían a declarar el santo Evangelio en la Iglesia, como norma habitual se negaba incluso a sentarse en el confesonario. Estaba persuadido de que el General de una Orden religiosa como la suya no disponía de tiempo para juntar los ministerios pastorales con el gobierno

del Instituto, «siendo el oficio proprio del General (decía) gobernar todo el cuerpo de la Compañía, en manera que se conserve y augmente con la divina gracia», mas el Prepósito General, «como particular persona, verá lo que podrá hacer, cuando las ocupaciones de su ofició proprias le dieren lugar».

El catecismo ignaciano

Es muy verosímil que abandonar los púlpitos y sermones no le costara tanto como renunciar a la catequesis popular a la gente ruda y a los niños, ora en los templos, ora en las plazas y calles. Que le placía conversar con los niños, nos lo aseguró aquel que testimonió en el Proceso remisorial romano: «Yo he conocido al Padre Ignacio en la iglesita de Santa María de la Strada, que estaba en la plaza de Altieri, hoy llamada del Gesù, por los años de 1549-1550, y entonces le hablé y me hacía muchas caricias, e iba algunas veces a buscarlo, por mandato de mi padre, para besarle las manos».

Son niños los que más tarde nos transmitieron los lugares donde Ignacio enseñaba el Catecismo.

> «Yo no conocí al Padre Ignacio —testifica uno— sino una vez que yendo de paseo con mi maestro y pasando junto a la *Zecca vecchia*, vimos que predicaba un Padre del GESÙ, y mi maestro me dijo que el predicador era el Padre Ignacio; y otra vez lo vi predicar en la Piazza della Rotonda».
>
> «Yo he conocido al Padre Ignacio —añade otro— que predicaba en la *Zecca vecchia*, y los chicos le tiraban manzanas, y él soportaba con paciencia sin enojarse, continuando la prédica; y otra vez le vi predicar en *Campo di Fiore».*

Conversando con tales oyentes, bien podía tomarse la libertad de expresarse en un pésimo italiano, que el joven Ribadeneira se empeñaba inútilmente en corregir. Cuando el 22 de abril de 1541 los primeros jesuitas hicieron en la basílica de S. Pablo extramuros su profesión solemne, declararon en la fórmula de los votos su propósito de enseñar a los niños y personas rudas la doctrina cristiana, fórmula que por voluntad de Ignacio se insertó en la parte quinta, capítulo tercero, de las *Constituciones de la Compañía*.

Y a los nuevos Prepósitos y Rectores se les manda: «El Rector debe leer o enseñar la doctrina cristiana por cuarenta días por sí mesmo. Y mire también quiénes y hasta qué término en casa y fuera della deban… enseñar

la doctrina cristiana, parte para exercicio dellos mesmos… parte por elfructo de los otros» (Part. IV cap.10).

El fue el primero en cumplir el voto pronunciado en S. Pablo, según refiere Ribadeneira; y de su relación parece que no se trataba de una explicación elemental del catecismo, sino de una exposición más alta de la doctrina cristiana, sin duda porque la iglesia se llenaba de personas adultas. Dice así:

> «Después desto comienza a enseñar la doctrina cristiana a los niños, lo cual hizo cuarenta y seis días arreo en nuestra iglesia, pero no eran tantos los niños cuantas eran las mujeres y los hombres, así letrados como sin letras, que a ella venían. Y aunque él enseñaba cosas más devotas que curiosas, y usaba de palabras no pulidas ni muy propias, antes toscas y mal limadas, eran empero aquellas palabras eficaces y de gran fuerza para mover los ánimos de los oyentes, no a darles aplauso y con vanas alabanzas admirarse dellas, sino a llorar provechosamente y a compungirse de sus pecados. De manera que cuando él acababa su plática, muchos se iban gimiendo, y echados a los pies del confesor, no podían decir sus pecados porque estaban sus corazones tan atravesados de dolor y tan movidos, que de lágrimas y sollozos apenas podían hablar. Lo cual muchas veces me contó el Padre Maestro Laínez, que en aquel tiempo confesaba en nuestra iglesia. Aunque acordándome yo de lo que entonces vi, no tengo por qué tener esto por cosa nueva ni extraña. Porque me acuerdo de oír predicar entonces a nuestro bienaventurado Padre con tanta fuerza y con tanto fervor de espíritu, que parecía que de tal manera estaba abrasado del fuego de caridad, que arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes… Quiero añadir que yo en este tiempo repetía cada día al pueblo lo que nuestro Padre había enseñado el día antes».

El tratadito «de la doctrina cristiana»

Recomendaba el Santo en las *Constituciones* (Part. IV cap.8) a los catequistas lo siguiente: «En el modo de enseñar la doctrina cristiana y acomodarse a la capacidad de los niños o personas simples, se ponga estudio competente. Ayudará tener en escrito sumariamente la explicación de las cosas necesarias para la fe y vida cristiana». Recomendación que él se hizo a sí mismo, porque en efecto vio que la necesitaba, dada la dificultad con que se expresaba en italiano. Y así hallamos entre sus papeles un brevísimo tratado con este título que seguramente fue añadido por mano ajena: *La summa delle prediche di M. Ignatio sopra la dottrina Xtiana*. El

título hace pensar en un Catecismo, mas en realidad no es tal; más bien parece una preparación.

Transcribiremos aquí literalmente, sin traducción, algunos párrafos. Es un italiano castellanizado, que no precisa traducción, y por otra parte tiene la ventaja de mostrarnos el lenguaje que hablaba el Santo:

«Della confissione. Per la vera confessione bisognia che habbiamo tre cose, cioè: contritione di cuore, confessione di bocca, et satisfatione di opere. All'hora haremo contritione, quando haremo gran doglia delli nostri peccati et ferme proposito di non ritornar' a peccare; con gran voglia et desiderio d'esser' veri christiani, servando et laudando Dio N. S.

II primo remedio per acquistare vera contritione è pensare che dopo ch'io son nato, non ho fatto da me stesso, senza altro aiuto, cosa alguna che buona sia per puotermi salvar', ne manco per potermi liberar' dall'inferno…

Quando non puotrerno haver' la vera contritione, o a noi non sarà concessa, como sia dono de Dio, almanco habbiamo una gran doglia et dispiacer' de non puoter haver' quella contritione et dolore, che tanto grandi sono li nostri peccati...

Inanzi di discorrer le comandamenti, seguita un poco di discorso della vita passata. Havendo Dio N. S. creato il cielo, la terra et ogni cosa, et essendo il primo huomo nei paradiso, gli fu revelato come il Figliuolo de Dio nostro creatore et signor s'haveva da far'huomo, et dopo che Adan et Eva hebbero peccato, connobbero che Dio s'haveva da far'huomo per redimer' il loro peccato, et furono vestiti di silicio, et scacciati del paradiso, et poi revelorono alli loro figliuolo come il Figlio de Dio nostro creatore e signor s'havea da far huomo...

Li commandamenti erano scritti in due tavole di pietra: li tre primi in una, in vero honore et culto divino; li sette alri in altra, in honor' et dilettione del prossirno. Adonche per intender'bene li commandamenti, sapiamo che la charità, senza la quale nisuno si può salvare, è un amore con quale amiamo Dio N. Creator' et signor per se medesimo, et gli prossimi per il medesimo nostro Salvatore; per il prossimo intendiamo ogni huomo che si può salvar', o sia fedele o infidele...

Li commandamenti della Chiesa. Essendo la Chiesa una congregationc delli fideli christiani, et illuminata et governata da Dio N. S., haviamo de intender' che quel medesimo Signore nostro che ha donato li X commandamenti, è il principal donator' di quelli che da la Chiesa, acciochè noi altri in ogni obedienza et servitio di suà Maestà più sicuramente ci potiamo salvar. II primo comandarnento è digiunar' tutta la quadragesima, eccetto le domeniche...

Li sette peccati mortali. II primo è superbia... il 2.º è avaritia... II 3.º è

luxuria, questo intendendo secondo che è stato dechiarato nel et 6.º et 9.° comandamento...

Li cinque sentimenti del corpo... L'opere di misericordia... Le 7 opere spirituali…».

Ignacio, forjador de hombres

Aquel papa malogrado que fue Marcelo II, comprendiendo el valor y significación que en la nueva época de la Iglesia —época de lucha, de defensa y ataque— habían de ser los legionarios —*sit venia verb*o— reclutados por el fundador de la Compañía, le dio a Ignacio, según queda dicho en el capítulo precedente, este encargo digno de un generalísimo en la guerra: «Tú reclútame soldados y adiéstralos para la batalla, yo dispondré de ellos».

Loyola vio con claridad el sentido de aquellas palabras del Vicario de Cristo y obedeciendo ciegamente las tomó como un programa de su vida En la milicia humana el modo de adiestrar los soldados es someterlos a diversos ejercicios físicos y evoluciones militares que les den agilidad y aptitud para la pelea. En la milicia espiritual Ignacio tenía otros *Ejercicios* más altos y eficaces, que obraban sobre el espíritu más que sobre los músculos del cuerpo. Con estos *Ejercicios espirituales* formaría el fundador de la Compañía las tropas escogidas que deseaba el papa. Ignacio comprendió desde el primer momento que su destino era forjar hombres que poseyesen la santa ambición de trabajar con él *ad maiorem Dei gloriam*, y ensanchar el reino de Cristo en la tierra.

Para troquelar los corazones de esos hombres nuevos disponía, como queda dicho, de una fragua aptísima como ninguna: los *Ejercicios espirituales*. Y para asegurar su perfección, ordenar y potenciar sus vidas, metiéndolas en un cauce que multiplicase sus energías, les ofreció ese admirable monumento legislativo, que lleva el nombre de *Constituciones de la Compañía*, fruto de largos años de experiencia, reflexión y consulta. Hablaba un día el P. Olave con Marcelo Cervini sobre la gran demanda que había en todas partes de hijos de la Compañía, y el cardenal (futuro Papa) lo explicaba por el acierto de Ignacio en forjar hombres enteros. El sabía amaestrar como nadie a los que venían, como niños al maestro, buscando consejo y normas de vida. Personas de tan altos valores espirituales como el beato Pedro Fabro y el mismo Javier y Laínez se humillaban, sintiéndose pequeños ante la grandeza de Ignacio. A su lado se formaron espiritualmente y alcanzaron la estatura humana y psicológica que

hoy se les reconoce, personas que crecieron a su sombra y aprendieron de sus ejemplos la virtud heroica, de sus labios la sabiduría espiritual. Se veía claro que traían en sus venas la espiritualidad, el ímpetu apostólico, el amor a Cristo y a la Iglesia, la obediencia y la humildad que les había infundido día tras día su venerado maestro Ignacio. Recordemos unos cuantos nombres que sirvieron de enlace o puente entre la primera y tercera generación: los italianos Pedro Codacio y Benedicto Palmio, el portugués Gonçalves da Cámara, los franceses Andrés Prusia y Poncio Cogordan, los flamencos Cornelio Wischaven y Everardo Mercurian e incluso Oliverio Manare, natural de Douai, los españoles Pedro de Ribadeneira, Juan de Polanco, Antonio Araoz, Francisco de Borja, Jerónimo Nadal, Jerónimo Doménech, Martín de Olave y otros muchos, hombres de gobierno casi todos, trasmitieron con fidelidad a sus herederos e inmediatos sucesores el espíritu auténtico que habían aprendido directamente en el magisterio de Loyola.

¡Qué coro tan glorioso de apóstoles *(gloriosus apostolorum chorus)!* Por un regalo espléndido de Dios aquella legión de hombres admirables, tan ricos de dones naturales como sobrenaturales. Uno de ellos, Jerónimo Nadal, el promulgador y comentarista de las *Constituciones*, recomendaba a todos cuantos querían imbuirse del genuino espíritu ignaciano «leer, meditar y gustar lo que ha scripto el P. Maestro Ignacio, con toda ponderación, devoción y homildad. Esto ha de dar a sentir *(al lector)* nuevo espíritu y devoción propia de la Compañía... en modo suave, fuerte, fácil, líbero, intrínseco, devoto y Mansueto».

Así forjaba Ignacio a sus discípulos y así lo procuraba Nadal, cuando explicaba las *Constituciones* y los *Ejercicios*.

La inmensa faena que se tomó el fundador de la Compañía en la transmisión a sus hijos de la mística y del apostolado, del arte de hablar con Dios y de tratar con los hombres, del régimen de vida y del estilo de pensar, reflexionar y juzgar; suponía una labor difícil y agobiadora para cualquiera y más para un hombre enfermo como Loyola, que tenía que dirigir continuamente los ojos a todos los puntos del planeta, y le era forzoso mandar socorro a todos los que urgentemente lo necesitaban y resolver los problemas que le proponían los papas y los obispos, emperadores y príncipes, naciones cristianas y países que no habían sido iluminados por la antorcha evangélica.

Tantos afanes y preocupaciones destrozaron sus fuerzas físicas, se agravaron sus dolores antiguos y se sintió desfallecer.

Trabajo agobiador. Necesidad de auxiliares

«Si algunos están ocupados en la Compañía —exclamaba el 10 de diciembre de 1542— yo me persuado que, si no estoy mucho, no estoy menos que ninguno, y con menos salud corporal... Y así, por amor de Dios Nuestro Señor nos ayudemos todos y me favorescáis en llevar y en aliviar en alguna manera tanta carga como me habéis dado a cuestas».

Muy mal debía de sentirse, cuando un hombre como él, avezado desde joven a toda clase de sufrimientos y enemigo de cualquier quejumbre, deja escapar tan doloridas palabras. Lo comprendió mejor que nadie Polanco, que, como su secretario, trabajaba siempre a su lado. Tal vez le oyó decir que con gusto dejaría su cargo de General, ya que sus energías no daban abasto a realizar cumplidamente todas las tareas cotidianas. Al verle tan decaído, Polanco llamó a consejo a los consultores de casa probablemente en octubre de 1554, y les dijo: La salud del P. Ignacio se muestra tan deleznable, que es preciso aliviarle el trabajo.

«En cuatro cargos que tiene ahora nuestro Padre, uno universal *(de toda la compañía)*, otro de la casa *(profesa)*, otro de nuestro Colegio *(Romano)*, otro del Germánico, parece podría ser aliviado delta manera.

Para lo universal: deputando cuatro Asistentes, o Consulta general de cuatro, los cuales se mire si podrían ser el Doctor Olave, Maestro Andrés Fruzi *(des Freux)*, el licenciado Madrid, el P. Luis González, con el secretario, que hasta agora es Polanco... Véase si sería bien que todas letras que escribe las viese alguno de los Asistentes: uno las para Portugal y la India, otro las para España, otro las para Francia, Flandes, Alemania, otro las para Italia y Sicilia, cuando el Padre no las viese...

Si fuere la cosa tal, que juzgaren los de la consulta que no se puede bien hacer resolución sin el Padre, propóngasele por uno de los arriba dichos, y espérese su determinación...

Sin esta ayuda de la consulta, se juzga ser necesario que haya con el tiempo uno con quien pueda nuestro Padre aún más descansar, y para esto se espera Maestro Nadal, que se vista enteramente la persona del Padre para todas las cosas de su oficio, y con autoridad cual al Padre pareciere».

Ya se ve la gran autoridad que cobra aquí el P. Nadal, ya que se le hace una especie de sustituto del General con autoridad «para todas las cosas de su oficio», según pareciere al P. Ignacio.

Siguen otras ideas sobre la manera de aliviarle en las cosas *«Para la casa»*, es decir, para la casa de Santa María de la Strada, que era la casa

generalicia. Aquí en casos dudosos, el P. Ministro debía pedir dictamen al P. Polanco, al P. Wischaven, etc. *Para el Colegio nuestro* (i. e. para el Colegio Romano): «Que el Doctor Olave resuelva por sí lo que le pareciere ser claro, ayudándose de Maestro Oliverio *(Manare)*, como de instrumento general, y si de otros le pareciere dentro de su Colegio... *Para el Colegio Germánico:* Lo mesmo que del nuestro (C. R.) aplicándolo a las personas del P. Maestro Andrés (Frusio) y Maestro Ursmaro Goysson... *Generalmente:* Parece que ninguno de los que hubieren de negociar con el Padre vaya a negociar, si no es después de comer o de cenar, o demandando a S. R. una hora de negociar, cuál será más cómoda»...

Se distinguían tres clases de visitas o embajadas: 1) Unos vienen enviados por otros, trayendo un mensaje, «como un criado que viene de parte del señor»; a éstos se les puede dejar pasar con su embajada, «pues será cosa breve»; 2) «otros son personas de respecto, como algún gran perlado o grande amigo y familiar»; si éstos, entendida la indisposición del Padre, todavía desean verle, se les permitirá la entrada; 3) otros no son personas de respecto, a los cuales se les inducirá a que digan al portero o receptor lo que pretenden, y si rehúsan se les dirá que la indisposición del Padre no le permite hablar.

En torno de Ignacio bullía un hirviente enjambre de solícitas abejas predicando, confesando, catequizando, consolando, repartiendo la miel de los sacramentos a las muchedumbres que se agrupaban en Santa María de la Strada anhelando la paz con Dios y la pacificación con los hombres. Loyola miraba con satisfacción y regocijo aquel manípulo incansable de operarios, unidos por la caridad, bien preparados para el ministerio sacerdotal, encendidos en celo apostólico, y con facilidad para atraer al buen redil a las ovejas descarriadas, ya que muchas veces podían hablar a los hijos pródigos en su lengua propia.

Diego Laínez, que propendía al juicio riguroso, más bien que al panegírico entusiasta, escribía el 21 de setiembre de 1555 a S. Francisco de Borja:

«Me parece obra rarísima, y que por ventura en muchos centenares de años no se ha visto en la Iglesia, y que sólo Dios la puede hacer, estar Roma más de 200 de la Compañía de diversas complexiones, y costumbres, y edades, y tierras (porque hay entre ellos de España, Italia, Francia Alemaña, Bohemia, Gothia, Flandes, Inglaterra, Irlanda, Esclavonia, Grecia), y ser todos un corazón y un alma en el Señor, todos dotados de sobriedad, castidad, amor de pobreza y obediencia y de justicia,

y paz y gozo en el Espíritu Santo; y haber hecho sacrificio de sus almas y cuerpos y todo lo demás al Señor para loallo y servillo...; y entrellos haber muchos letrados en diversas facultades... y otros dotados de gracias para el servir y ayudar en lo temporal... y así del exemplo de todos y de la doctrina de muchos dellos, como de divina simiente, Roma se ha ayudado después que está en ella la Compañía, así en la frecuencia de la palabra de Dios y de uso de los sacramentos, que no solía haber, en la erección de diversas obras pías...; y fuera de Roma por medio de los inviados della… casi en toda la Iglesia Católica y en muchas tierras de infieles», etcétera.

El director de almas. La fragua de los Ejercicios

Refieren los evangelistas que el pueblo judío quedaba estupefacto cuando oía la prudencia, serenidad, cordura, madurez y discreción, con que Nuestro Señor solía responder a las preguntas capciosas que le hacían fariseos y saduceos. Análogamente, aunque a distancia infinita, los paisanos de Ignacio se sentían atónitos de pasmo cuando le escuchaban discernir un parecer, dirimir un pleito, aclarar los puntos discutidos. Por eso se comprende que hallándose en Nápoles el Cardenal Bartolomé de la Cueva, apenas oyó la muerte de su gran amigo, Ignacio de Loyola, tomó la pluma y dirigió a los jesuitas de Roma una carta de condolencia, haciendo resaltar esta frase categórica: «La Cristiandad ha perdido una de las cabezas señaladas que en ella había».

Huonder traduce y no sin fundamento *«la cabeza más prudente de todas*, no era en modo alguno aquella taimada, intrigante e innoble astucia *(Schlauheit)* que algunos suelen denominar *prudencia jesuítica*. Si hubo jesuitas que alguna vez ostentaron esa caricatura de la prudencia cristiana, cierto no la aprendieron de su padre y fundador».

Con la gracia divina elevó y sobrenaturalizó una virtud que le era innata y connatural. Ya en su juventud la cordura y sensatez de Iñigo de Loyola llamaron la atención del Duque de Nájera, quien le confió el espinoso encargo de apaciguar los bandos que desgarraban a Guipúzcoa Y triunfó Iñigo gracias a su fino tacto en el manejo de los hombres. Más tarde su maravillosa prudencia se convirtió en proverbio.

Un hombre como Loyola, que, según el teólogo Laínez, tenía «gran cognición de las cosas de Dios... gran consejo y prudencia *in agendis* y el don de discreción de espíritus», un hombre de prudencia tan consumada no podía menos de ser un estupendo Padre espiritual, director de conciencias, consejero en trances críticos, guía de extraviados, consolador de

escrupulosos y pusilánimes, moderador de violentos e impetuosos, forjador de caracteres, estatutario de santos, troquelador de ascetas y de apóstoles.

Podríamos escribir un grueso libro —si ya no está escrito— sobre Loyola forjador de hombres. El que haya hecho los *Ejercicios* en retiro y silencio bajo la guía de un director experto, habrá visto la multiplicidad de luces y reflejos que Ignacio ha ido proyectando en los preámbulos, contemplaciones y corolarios del clásico librito. Naturalmente esa misteriosa transmisión del espíritu del uno en el del otro se verifica en el silencio de la oración bajo el divino influjo del Espíritu Santo. Y puede ser profanación el explicarla. Sólo el paso de los años va poniendo en claro cómo un hombre, casi sin sentirlo, se ha transformado en otro hombre.

No se hiperbolizará bastante la acción transformadora de los *Ejercicios espirituales*, practicados en soledad y silencio durante cuatro semanas bajo la disciplina de un experto maestro espiritual. En todos los tiempos se han visto conversiones que parecen milagrosas, como las de Pablo y Agustín. En los días de S. Ignacio y bajo sus manos carismáticas las transformaciones que se obraban cada día tenían algo de prodigioso. Bajo la palabra serena de Loyola los más duros corazones se dejaban plasmar y moldear como si fueran pasta blanda y maleable. En el horno de los *Ejercicios* ardían como ascuas y se encendían como lumbraradas. Tras esa prueba ya podía Ignacio manejarlos a su arbitrio en las empresas de la divina gloria. Ya podía exigirles la obediencia más sumisa, la pobreza más desnuda, la castidad más acendrada y pura, el apostolado más ardiente, el sacrificio más total. Todo se lo podía pedir al que entrando pecador, salía resuelto a ser santo. Infinidad de cartas escritas posteriormente al director lo demuestran.

Ignacio mejor que nadie palpaba diariamente esta metamorfosis, obra de la gracia divina, y a sus más íntimos les recomendaba, sin sombra de vanidad, someterse a esta maravillosa obra santificadora. Escribe a Manuel Miona el 16 de noviembre de 1536: «Dos y tres y otras cuantas veces puedo os pido por servicio de Dios N. S. lo que hasta aquí os tengo dicho, porque a la postre no nos diga su divina Majestad por qué no os lo pido con todas mis fuerzas, siendo *todo lo mayor que yo en esta vida pensar, sentir y entender*, así para el hombre poderse aprovechar a sí mesmo, como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos».

El noviciado

Es admitido comúnmente que el Fundador de la Compañía

revolucionó el modo de ser, las reglas y costumbres que observaban los monjes y frailes en sus conventos antes del siglo XVI. Con el cambiar de las Reglas se modificaba también el espíritu, y conjuntamente se alteraba la formación monástica que se daba en los cenobios ya desde el noviciado.

Nadie, pues, se extrañará de que S. Ignacio, al traer a la Iglesia una nueva forma de Orden religiosa, se presentase sin pretenderlo, como un innovador, creando constituciones y reglas originales, apropiadas al nuevo instituto. No las inventó de un día para otro; las ideó y las fue madurando despacio; aun después de fundada la Compañía las retocó y acomodó a las circunstancias, según lo imponían los tiempos y los países.

Son muchos los autores que las han descrito, tarea no difícil, porque están editadas críticamente en *Mon. Hist. S. I. (Examen, Constitutiones, Reglas)* y no pocos las han comentado sabiamente. Aquí les dedicaremos pocas palabras y aun ésas quizá superfluas.

Los hijos de S. Ignacio dan comienzo a su vida comunitaria, lo mismo que las demás Ordenes, por el Noviciado. El fundador se mostró al principio harto fácil en admitir candidatos; más tarde afirmó que si deseaba vivir más tiempo, era para «ser difícil en admitir gente para la Compañía» *(De Rat. gubern.)*. No quería que fuesen recibidos sino aquellos sujetos adornados de «dones naturales e infusos», de doctrina sana y con aptitud para el estudio, de buen juicio, deseo de perfección espiritual, celo de las almas, amor al Instituto que deseaban abrazar, y que tuviesen el don de la palabra, sin el cual tropezarían con muchas dificultades en su apostolado, y —por la misma razón— se solía exigir que fuesen de fisonomía honesta y respetable, sin deformidad corporal notable, «si ya no tuviese otras partes tan señaladas que con ellas recompensase esta falta». *Mala facies, malum faciens*, repetía. Quiso también que el tiempo del noviciado fuese más largo que el de otras religiones, porque deseaba conocer a fondo al candidato antes de admitirlo a los votos simples («miraba mucho el metal y natural de cada uno», escribe Ribadeneira) y dar tiempo al candidato para que conociese bien el carácter y la naturaleza de la Orden en que se alistaba, juntamente con los compromisos que contraía. Esto quiere decir que el primer cuidado de Ignacio era la selección de los candidatos a la Compañía; después, ya entrados en el noviciado, empezaba la forja, el martilleo de donde saldría perfecta la escultura. Así, en los primeros años de la Compañía duraba el noviciado un año y tres meses (aunque no faltaban las excepciones); después, constitucionalmente, dos años. Eran los novicios de ordinario jóvenes,

aunque no faltaban hombres maduros de 30 y 40 años, procedentes de diversos países europeos, con distintas formaciones intelectuales y académicas, según los colegios y universidades, en que hubiesen cursado sus estudios. Muchos venían atraídos por la fuerza magnética de la santidad de Ignacio de Loyola, cuya fama llegaba hasta los países más lejanos. Venían generalmente con hambre y sed de perfección apostólica, dispuestos a soportar la pobreza más estrecha, la obediencia más sumisa, la humildad más despreciadora de sus valores personales, el deseo de mortificarse por Cristo y de entregarse a la salvación de las almas.

Aun siendo Prepósito General, se tomó Ignacio el cargo de Maestro de Novicios hasta el año de 1547, en que vino de Lovaina a sustituirle en este delicado oficio el flamenco Cornelio Wishaven, sacerdote de vida santísima, jesuita desde 1543, expertísimo en la dirección espiritual de jóvenes religiosos. De Roma pasó con el mismo oficio a Mesina y de allí otra vez a Roma en 1555. Esto no quita que la inmensa autoridad de Ignacio llenase todos los ámbitos de las casas jesuíticas de Roma, y en la casa profesa de Nuestra Señora de la Strada la presencia y las palabras del Prepósito general de la Compañía influyesen más eficazmente que nadie en aquellos novicios venidos de múltiples naciones con el deseo ardiente de encender su espíritu en la gran hoguera de Loyola.

Cuenta el P. Cámara en sus *Memorias* que solía el P. Wishaven imponer alguna penitencia a los novicios por faltas que cometían en las lecciones, lo cual no gustaba a S. Ignacio.

«Era el P. Cornelio flamenco de nación, hombre tenido por gran siervo de Dios, aun antes que entrase en la Compañía... Hízole Nuestro Padre Maestro y juntamente confesor de los novicios de Roma, y era perfectísimo en este oficio. Recuerdo que un día, estando ambos *(Cámara y Wishaven con Ignacio)*, me dijo que los novicios se habían de llevar hacia la mortificación de la manera que se acostumbra hacer entrar a las gallinas por un agujero pequeño; porque así como, para que éstas entren, es necesario llevarlas delante de vos, y cuando se desvían hacia una parte, habéis de acudir allí, cuándo hacia la otra, del mismo modo, hasta que por último se encaminen por donde vos queréis; así para que el novicio atine con el camino de la mortificación, importa no atizarlo desde los costados, desviándolo... hasta que suavemente él mismo caiga en la cuenta y siga el camino por sí mismo. Y a propósito de esta orden, que nuestro Padre le dio *(a Wishaven)* acerca de las penitencias de los mismos novicios, me decía *(Ignacio)* que haríamos ambos una buena ensalada, si él echase el aceite, y

yo, que era Ministro (de casa), el vinagre».

Hospedábanse los novicios los primeros 15-20 días en una parte separada de la Casa profesa (primera probación), después de lo cual pasaban al noviciado (segunda probación).

Las probaciones del noviciado

Cuatro eran las principales pruebas usadas por el Maestro de novicios para probar el progreso en la virtud de sus hijos espirituales. El verbo probar quería significar dos cosas: primero, poner al joven novicio en circunstancias de mortificación, penalidad, trabajo, a fin de purificarlo, como al oro en el crisol; y segundo, examinarlo con diversos experimentos para ver qué grados de virtud había alcanzado. No cabe duda que le prueba más importante eran los *Ejercicios espirituales*, durante los cuales bajo el magisterio inmediato de Ignacio o de otro experto director aprendía el novicio, a lo largo de cuatro semanas, los diferentes *modos de oración y contemplación,* la práctica del *Examen general y particular de conciencia,* las *Reglas para el discernimiento de los espíritus* («o las varias mociones que en la ánima se causan»), las *Anotaciones* preliminares, muy útiles para el que ha de dirigir los Ejercicios y para el que los hace, los *modos de hacer sana y buena elección*, las normas sobre *los escrúpulos* y manera de comportarse en ellos, sobre *el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener,* etc.

Este mes de Ejercicios era el instrumento más apto y eficaz «para quitar de sí todas las affecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para salud del ánima», en otros términos, el cincel más acerado, más fino y de mayor eficiencia, con que Ignacio labraba el mármol de las estatuas escogidas por Dios para el templo de la santidad. Era la ocupación central en los comienzos del Noviciado.

Treinta días discrecionales, al juicio del director, divididos en cuatro semanas o grupos de temas diferentes, pueden llegar a configurar el espíritu de un hombre, viviéndolos en soledad y absoluto silencio, bajo la dirección de un maestro y Padre espiritual, a quien dará cuenta de su conciencia, de lo que siente en la oración y de los diversos movimientos que experimenta en su alma, a fin de recibir de él oportunas instrucciones y consejos.

Este mes de Ejercicios que solía hacerse en el primer trimestre del

Noviciado marcaba hondamente su huella en el alma joven y ardorosa de aquellos novicios sedientos de mayor perfección. A diferencia de los novicios actuales, que por lo común hacen los Ejercicios de mes corporativamente, reuniéndose varias veces al día en una sala o capilla para escuchar los puntos de meditación que les propone el Padre ejercitador, los del siglo XVI los hacían individualmente, aunque fuesen muchos a la vez, hablando con el Director uno a uno separadamente. El Director les enseñaba a cada cual lo que aquel día debía meditar, lo que debía pedir a Dios instantemente, cómo había de orar, como hacer los exámenes de conciencia con las demás reglas de discernimiento de espíritus que Ignacio explica en su librito.

Bajo la dirección de un experto Padre espiritual, que le espolea, le remueve los problemas, le ayuda a resolverlos y no le deja estar ocioso, el ejercitante ahonda más en su vida interior y aprende a conocer la voluntad de Dios. Preparados con estos Ejercicios de mes, los novicios encuentran fáciles los demás Ejercicios y prácticas de piedad, que a lo largo del año deberán cumplir.

El portugués Antonio Brandâo propuso un día a S. Ignacio 15 interrogaciones sobre cómo habían de portarse los jóvenes religiosos que, viviendo fuera de Roma, no podían ser guiados por el Santo, y éste le contestó por medio de su secretario. A la interrogación 6.ª responde:

«Allende de los ejercicios que tienen para la virtud, que son oír misa cada día, una hora para rezar y examen de conciencia, confesar y comulgar cada ocho días, se pueden exercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéremos, pues es verdad que está su divina Majestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas. Y esta manera de meditar, hallando a nuestro Señor Dios en todas las cosas, es más fácil que no alevantarnos a las cosas divinas más abstractas... y causará este buen exercicio, disponiéndonos, grandes visitaciones del Señor, aunque sean una breve oración»

Esta es una manera de poner en práctica lo que Nadal veía en Ignacio, que juntaba la acción con la contemplación: *in accione contemplativus*. Y tras esto, volvamos a las pruebas del noviciado.

La segunda prueba, que se decía «el mes de hospital», consistía en vivir todo un mes fuera de casa, en algún hospital de la ciudad, sirviendo a los enfermos día y noche en todas sus necesidades, asistiendo corporal y espiritualmente a los moribundos, según las facultades de cada novicio,

abriendo el foso de las sepulturas en el cementerio y sepultando a los muertos. No siempre los enfermos sabían agradecer tantos cuidados; y lo peor era los gestos y palabras de desprecio con que ciertos enfermos rudos y sin educación trataban a los fervorosos novicios, cuya modestia, paciencia y caridad no sabían comprender. Para colmo de humillación les hacían vestir el uniforme de los convalecientes que más parecía de farsa y comedia que de obra de misericordia y beneficencia. Con túnicas largas y bermejas y con birretes del mismo color, pasaban por las galerías ayudando a todos, consolando a los afligidos, haciéndoles las camas o limpiándoselas y siempre y en todo ejercitando la paciencia y la humildad. Los dos hospitales más frecuentados por los novicios en Roma eran: San Giácomo de los Incurables y Santa María de la Consolación.

Venía en tercer lugar *la prueba de la peregrinación*. No es que se sucediesen estas pruebas una tras otra en el orden dicho, pues leemos en el *Examen* que precede a las *Constituciones*, que pueden «anteponerse o postponerse y en algún caso trocarse con otras». En los primeros tiempos era mucha la indeterminación de ciertas prácticas en sus circunstancias de tiempo, duración, etc. En una prescripción de los primeros años se precisa cómo ha de peregrinar el novicio: «Por espacio de otro mes ha de peregrinar a pie y sin dineros, porque toda su esperanza ponga en su Criador y Señor, y se avece en alguna cosa a mal dormir, y a mal comer, porque quien no sabe estar o andar un día sin comer y mal dormir, no parece que en nuestra Compañía podría perseverar»[141].

Mucho se aficionó a peregrinar desde su conversión Iñigo de Loyola. En su *Autobiografía* se llama siempre a sí mismo «El Peregrino». Y como Gonçalves da Cámara le preguntase un día por qué recomendaba tan vivamente a los novicios el ejercicio de la peregrinación, respondióle: «Porque en mí mismo había experimentado cuánto aprovechaba, y porque me había bien hallado en ello».

Peregrinaban de dos en dos, generalmente hasta un santuario de la Virgen, llevando una *carta patente*, o cédula de identidad firmada por el

[141] *Constitutiones* S. I. *Documenta praevia* vol. I, 54. Y a continuación: «En estas tres experiencias entendemos que uno ha de estar un mes en hospital, y otro en peregrinar; o que pueda tomar los dos meses en hospital, o los dos meses en peregrinar...; finalmente que en estas tres experiencias se gasten a lo menos los tres meses enteros... Estas experiencias se harán en los estudiantes que tengan edad complida y perfecta disposición conveniente; que con los que no tuvieren edad complida, bastará por tres meses alguna conversación y comunicación espiritual» (ibid., 1, 54-55).

Superior con el sello de la Compañía. Para un novicio que aspiraba a ser predicador popular y misionero de países extraños, la práctica de la peregrinación en pobreza suma, mal vestido y peor calzado, sin un céntimo en el bolsillo, mendigando días y días la comida y el alojamiento y sirviendo en los hospitales de paso, expuesto al sol y a la lluvia en los caminos, era un ensayo duro, pero muy apropiado para la vida que más tarde le esperaba.

A las tres pruebas que acabamos de indicar puede añadirse otra más larga, pues comprendía la mayor parte del noviciado y que suele denominarse «la prueba de los oficios humildes».

El hermano Rion

Estos oficios humildes eran el barrer los pasillos y los aposentos, fregar y limpiar los platos de la cocina, ayudar al cocinero, al refitolero, al panadero, al sacristán, al hortelano, al enfermero, en una palabra, a todos los hermanos coadjutores que se afanaban diariamente en sus oficinas. Todo esto no molestaría mucho a los más jóvenes, amigos de actuar en cualquier forma y necesitados de poner en movimiento sus músculos pero ¡qué reflexiones harían los que habían entrado en el noviciado, maduros con mucha ciencia en la cabeza y acaso también con el cabello entrecano! La humillación resultaba más mortificante y enfadosa, cuando el novicio era reprendido en público por cualquier descuido, y el que lo reprendía en nombre del Superior no era una persona seria y de autoridad, sino un personaje burlesco, zafio, ignorante. Esto sucedía a menudo en la casa generalicia de la Compañía, donde Ignacio, quizá por sus antiguas experiencias de la corte, se complacía en tener junto a sí un hermano lego, analfabeto, rudo, dotado de gracia especial para sermonear a quien hubiese cometido una falta. Había uno en casa, llamado Antonio Rion, que trabajaba en el comedor y en la cocina, caritativo y cuidadoso de no herir a nadie con sus dichos picantes, pero aficionado a tachar los defectos ajenos con donaire, o como entonces se decía a «dar capelos» (reprensiones de parte del Superior). Que más de una vez se le iba la lengua cuando desde el púlpito del comedor disparaba sus flechillas inocentes *(acer et lepidus)* contra el novicio culpable y aun contra los Padres más reverendos, a quienes el Superior quería dar un coscorrón por mano ajena, lo demuestra aquella queja de algunos de la comunidad: «Que Rion no diga injurias en los capelos», «palabras brutas que dice Antonio Rion».

El estilo paternal y casero de Ignacio se revela en estas anécdotas.

«Acostumbraba N. P. mandar a los nuestros que venían por primera vez a Roma, que fuesen luego en los primeros días todas las mañanas, antes de salir el sol, a hacer ejercicio para tomar los aires frescos de Roma, a fin de que no les hiciera mal la tierra, que suele ser nociva a los extranjeros. Conforme a eso, luego en llegando me dijeron que hiciese ese mismo ejercicio. Hícelo así uno o dos días; y pensando que no era obediencia y orden... sino solamente licencia que me daban, lo descuidé un día de aquella misma semana. Súpolo N. P. y mandándome llamar, preguntóme por qué no había ido al ejercicio; y después de oír la escusa, me dio en penitencia, que luego al domingo siguiente comiese en la mesa *piccola*, y que Antonio Rion me diese un capelo». Y concluye Cámara diciendo, que «para que me fuese la penitencia leve», me acompañasen en el capelo dos Padres tan respetados como Polanco y Olave.

Incluso al Duque de Gandía, cuando vino a Roma en 1550 (disimulando su condición de jesuita), le dio Rion un capelo en el refectorio, sin duda a ruegos del mismo Borja, que deseando humillarse más, lo pidió a S. Ignacio.

Sabemos también que en la misma casa vivía otro hermano coadjutor, modelo de humildad, ingenuidad e inocencia columbina, a quien alguna vez se le daban encargos semejantes. Era su nombre Juan Cors, natural de Cataluña, pero de carácter más dulce y apacible que el piamontés Rion. Es Cámara quien lo cuenta.

«El era el que cuidaba del aposento del Padre, para lo cual moraba en otro contiguo, en el cual se pasaba todo el día, y para emplear bien el tiempo que le sobraba de su oración y oficio divino que rezaba, aprendió a hacer escarpines y calzados de aguja, en los cuales trabajaba de continuo. Acuérdome que una vez le dijo N. P.: Dadle un capelo por tal cosa a Martín (de Zornoza) donde quiera que le hallareis, pero que sea con cólera. Preguntando después al mismo Martín si se lo había dado con cólera y respondiéndole que no, llamó el Padre a Juan Cors y le dijo: ¿No os dije que dieseis a Martín el capelo con cólera? ¿Por qué no lo hicisteis assí? Respondió: —Padre, yo no tengo cólera ninguna. —Dícele el Padre: ¿Cómo que no tenéis cólera? —Toda, replicó aquél, la vomité en el mar cuando vine de Barcelona. De la cual respuesta se satisfizo mucho N. P., conociendo su gran simplicidad y llaneza».

El Fundador de la Compañía, según queda dicho, propendía a la suavidad y mansedumbre en su gobierno; por eso a los novicios de complexión flaca, que cumplían la prueba del «mes de hospital» les dispensaba

de los trabajos más molestos y difíciles, por ejemplo, el de pasar toda la noche con los enfermos, cuando no los eximía totalmente de la prueba.

Muy interesante es el caso que le pasó con un novicio alemán, que no pudiendo soportar el yugo de la obediencia y la vida reglamentaria del noviciado, determinó de salirse de la Compañía. Escribe Ribadeneira: «Apiadándose de su ánima nuestro B. P. Ignacio, procuró de reducirle y apartarle de aquel mal propósito que tenía; mas el novicio estaba tan obstinado y tan fuera de sí, que no abría camino para entrarle. El Padre no se espantó de su terribilidad, ni se cansó con su pertinacia, sino que quiso pelear con el enemigo que le traía engañado... Rogó al novicio que se detuviese algunos días en casa, con condición que en ellos no estuviese sujeto a regla ninguna, sino que durmiese y bebiese, trabajase y holgase a su voluntad, y así ordenó que se hiciese. Aceptó el novicio el partido, comenzó a vivir aquellos días con libertad y alegría, pareciéndole que había salido de aquella sujeción de campanilla y de ahogamiento y apretura de reglas con que antes estaba aprisionado y cautivo, y poco a poco vino a ensanchársele el corazón y volver en sí y a enojarse consigo mismo y avergonzarse de su liviandad, y arrepentimiento de haberse arrepentido, pidió al Padre que no le echase de sí, y perseveró en la Compañía».

Otra anécdota merece recordarse aquí, porque es un claro ejemplo de la bondad y de la humildad del Santo. Había un novicio natural de Sena, a quien un su pariente le quiso sacar del noviciado, brindándole con mentirosas dignidades eclesiásticas. Vaciló el pobre novicio y decidió cambiar de vida. Se lo comunicó a Ignacio y al preguntarle éste por qué deseaba volver al mundo, callaba y no se atrevía a responderle. Por mucho que el Padre insistió, se cerró el novicio en una mudez absoluta. Es Cámara quien nos lo cuenta así: «En esto el Padre llamó al Hermano vexado, y estuvo con él dos horas para le hacer decir la causa de quererse ir; y sospechando que era algún pecado que hubiese hecho en el mundo, le dixo el Padre parte de su vida, *etiam* de males que había hecho, para quitalle la vergüenza, y ansí le confesó la causa, que era muy poca cosa».

Y comentando el caso, agrega por su parte Gonçalves da Cámara. «Con otros usó N. P. deste medio con mucho fruto. El mismo me contó que para sacar a una persona de gran calidad de un pecado de que estaba infamado, le contó muchas cosas que por él pasaron en el mundo, y por esta vía lo redujo nuestro Señor»

Rasgos de su gobierno

Del *Memorial* de Cámara se pueden extractar no pocos ejemplos de benignidad en el gobierno. He aquí algunos.

> «A un flaco *in utroque homine* el Padre le examinó de sus enfermedades corporales, y le hizo dar por escrito todo lo que le podría hacer mal y (lo que) le era necesario, y así mandó que se hiciese. Es cosa admirable la compasión que el Padre tiene con los enfermos; y así suele muchas veces, hallando a novicios que eran algún tanto flacos y descoloridos, mandalles que duerman más, o que tomen otros alivios de los trabajos; y en todas las cosas *videtur induisse viscera misericordiae»*.
>
> «Suele el Padre con los novicios tentados usar grandes dulzuras, como hizo el año pasado (1554) con un flamenco sin letras, y con poca habilidad para ellas, que le fue a abrazar; y por el contrario suele usar de mucho rigor con algunos, que debrían haber cobrado muchas fuerzas espirituales por antigos en la Compañía, máxime como sea cosa de no querer obedecer o dexar su juicio proprio en alguna que le mandan... Este flamenco (de quien acaba de hablar) era holandés de nación, mancebo de 19 para 20 años; estaba aún en la primera probación. Cuando N. P. tuvo noticia de su tentación *(de volver al mundo)*, mandó que fuesen a hablar con él los Padres antiguos, y no bastando eso, fue él mismo como aquí se dice. Contábanos después que, cuando lo abrazó, le fue preciso dar un saltito para poder llegarle con los brazos al pescuezo, porque era muy alto de cuerpo; mas ni con eso le movió a que quisiese quedarse en casa».

Del cuidado que Ignacio tenía de todos los de casa, mayormente de los que sufrían dolores y enfermedades, nos refiere Ribadeneira lo siguiente:

> «No quiero dexar de decir lo que a mí, estando enfermo, me aconteció. Habíanme sangrado una noche de un brazo; puso el Padre quien estuviese aquella noche conmigo; no contento esto, estando ya todos durmiendo, a medianoche, sólo el buen Padre no dormía. Dos o tres veces envió quien me reconociese el brazo y viese si estaba bien atado, porque no me aconteciese por descuido lo que a muchos ha acontecido, que, soltándoseles la vena, perdieron la vida. Decía que por maravillosa y divina providencia tenía él tan corta y tan quebradiza la salud y estaba sujeto a enfermedades, para que por sus trabajos y dolores supiese estimar los trabajos y dolores de los otros y compadecerse de los flacos.
>
> Todo esto era usar de compasión y misericordia con los enfermos, mas no le faltaba también la severidad con ellos cuando era menester. Porque

quería que de todo punto se descuidasen de sí mismos y obedeciesen perfectamente y tuviesen paciencia y fuesen bien acondicionados y no pesados o desabridos o mal contentadizos, ni pidiessen que los mandassen a otros aires por su antojo».

Cuando creía necesario castigar, lo hacía paternalmente, sin mostrar irritación alguna, de manera que el castigado seguía tratando a su venerado Padre con el mismo afecto y confianza de antes; y él conservaba la misma serenidad y rostro amable. Jamás hablaba de defectos ajenos, ni hería en lo más mínimo la reputación y crédito de los demás. Anota G. da Cámara: «Nuestro Padre... siempre ha de decir bien de todos; y nunca descubre vicio de ninguno, sino cuando, para consultar alguna cosa, es menester; y si uno basta para la consulta, nunca lo dirá a dos; y si dos, nunca a tres».

En la formación de los novicios solía recomendarles insistentemente la virtud de la obediencia, tanto que algunas veces puede parecer excesivo. «Cada Rector, Ministro, Maestro de novicios y cada Superior —según dice en una Regla particular de aquellos días— procurará que sus súbditos sean prontíssimos en la obediencia, y muy ejercitados en la abnegación de sí mismos... Procurará que cada uno esté aparejado para hacer toda penitencia y disciplina, aunque no hobiesse causa ninguna, sabiendo que ha merecido muchas veces ésta y mayor penitencia, o si no la ha merecido, merecerá no poco en hacerla». Luego repite que «cada uno esté aparejado para oír pacíficamente con toda humildad cualquiera capelo o reprensión... aunque sea sin causa». Con ello quiere acostumbrar al novicio a no chistar cuando se le mande algo, y si no le es posible por cualquier motivo ejecutar lo mandado, tiene dos soluciones, primera, demostrar prácticamente que tiene buena voluntad de obedecer; segunda, después de hacer oración, exponer francamente al Superior las razones que existen contra tal disposición.

Un caso de mandatos, tal vez imposible de cumplir a la letra, lo hallamos en una Regla de 1555, que desapareció muy pronto, sin incorporarse nunca a las Reglas en uso. Dice así:

«Esté cada uno aparejado para *probar a predicar* en griego o latín, hebraico, tudesco o en cualquiera otra lengua o manera que le fuesse mandado, aunque en la tal lengua no supiesse dizir sino una sola palabra; considerando que *no pretiende la obediencia sino su promptitud y mortificación;* e siéndole a cada uno mandado esto; luego sin excusarse ni replicar vaya al púlpito; y si supiere, de lo que le han mandado predicar, dizir dos o tres palabras, las dirá; y si no suplesse, dirá: yo estoy aparejado

para lo que me mandaren que diga; y no se abaxará de púlpito hasta que le digan que se abaxe».

Nótese que no se le manda predicar, sino *probar a predicar*, es decir dar alguna señal de su buena voluntad, con lo cual mostraba *su promptitud y mortificación*. Adviértase también que entre los novicios de Roma solía haber no pocos que conocían esas lenguas, principalmente el latín y el tudesco, e incluso el griego y el hebraico, ora fuese porque las habían aprendido en la Universidad, ora porque habían nacido en algunos de esos países. El latín era la lengua de precepto para todos dentro de casa.

Queda ya dicho cómo, al reprender, no se irritaba, ni levantaba la voz, lo cual significa que la calma interior no se turbaba, pero hay en su vida dos o tres casos en que es difícil imaginarnos al Padre con gesto apacible y tranquilo. Lo que podemos afirmar es que reprendía —a veces fuertemente— porque era su deber, sin la menor amargura, y procurando que el supuesto culpable no se sintiese ofendido.

Reprensión dura y amorosa

A pocos amó Ignacio tanto, y a nadie le comunicó en confianza tantos hechos de su vida, como al portugués Luis Gonçalves da Cámara. Nacido en 1520, vino a Roma a los 25 años, siendo ya jesuita. Ignacio, que lo estimaba por sus cualidades naturales y por sus virtudes, quiso conducirlo por sí mismo a la perfección. El lusitano por su parte amaba al fundador de la Compañía con fidelidad inquebrantable y con una veneración casi excesiva. Mientras el hijo espiritual conservaba la ternura de la juventud, Ignacio lo mimó con afecto y delicadeza, pero cuando se hizo varón fuerte, lo trató con la dureza que el mismo Cámara nos cuenta muy por menudo en este caso.

Estaban para partir como misioneros a Etiopía Andrés de Oviedo, Melchor Carneyro y otros. En atención a tan ilustres personajes, pidió Gonçalves da Cámara a S. Ignacio que le permitiese a él, acompañado de Olave y Ribadeneira, hacer con ellos la primera parte del viaje a caballo, de modo que pudieran regresar a Roma a la hora de comer. S. Ignacio que los estaba esperando no los vio llegar hasta la hora de la cena, porque las aventuras del viaje no fueron pocas y la mula vieja del portugués no corría, aunque éste la destripase a palos: «Estrípela, Padre, estrípela!», le gritaba burlón el P. Olave. Próximos a llegar, se separaron; y Gonçalves da Cámara se dirigió a su casa, donde le aguardaba Ignacio.

«Muerto de hambre y de sed», entró por fin en Nuestra Señora de la Strada (los otros dos compañeros vivían en el Colegio). «Recibióme con un rostro muy severo, y sin preguntarme la causa de la tardanza, dijo lo siguiente: No queréis ser obediente; ya no sé qué os haga; no me veáis más el rostro; id vos al Colegio y veremos si queréis allá ser obediente, y hoy ni comáis ni bebáis cosa ninguna». Yendo al Colegio pasó por la plaza de Altieri, que está llena de fosos, «que hacían para sacar piedras labradas de las ruinas antiguas», como era noche oscura, «se escapaba de un foso para caer en otro; de esta manera llegué al Colegio, donde me recibieron mis compañeros con mucha fiesta... Y después de ocho días de apartamiento, sin entrar en casa, tornó Nuestro Padre a recogerme en ella y reconciliarme con benevolencia».

Suavidad y rigor «todo parece amor»

En un tratadito *De ratione gubernandi* atribuido a S. Ignacio, aunque fue Ribadeneira quien lo compiló con locuciones y sentencias que recordaba haber oído a su santo Padre, leemos en el capítulo primero lo siguiente:

«Aunque deseaba que los novicios se diessen a rienda suelta a la mortificación de sí mismos, todavía en los principios iba muy poco a poco, y condescendía con la flaqueza y ternura en todo lo que la santa y suave discreción daba lugar. Cuando el ímpetu de la tentación era tan vehemente que arrebataba al novicio y le hacía salir de sí, usaba nuestro Padre grandes medios y de mucha blandura, y procuraba con suavidad vencer la terribilidad del mal espíritu... Cuando era menester, mezclaba la severidad con la suavidad, y el rigor con la blandura».

Como regla general, a los principiantes los trataba con suavidad; más adelante se acomodaba a su grado de virtud y a su carácter. Bien lo expressó Gonçalves da Cámara: «Se puede decir del Padre que *suscipit infirmos in spiritu lenitatis* (Gal 6,1) y que a los ya recios les da pan duro y pasto de varones a comer».

«Es cosa mucho de considerar cómo N. P. en cosas que parecen las mismas usa de opósitos medios; a uno con grande rigor, y otro con grande blandura; y después de hecho, siempre se ve que aquél era el remedio, aunque antes no se entendía. Mas siempre es más inclinado al amor, *imo* tanto, que todo parece amor; y ansí es tan universalmente amado de todos, que no se conoce ninguno en la Compañía que no le tenga grandísimo amor, y que no juzgue ser muy amado del Padre».

Basten estas anécdotas para alcanzar alguna idea del carácter de S. Ignacio y de su modo de gobernar, paternal y benigno por naturaleza y convicción, fuerte en las cosas que él juzgaba esenciales, suave y condescendiente en las demás. Todos cuantos se le acercaban para abrirle en confianza las puertas del corazón y la conciencia, se sentían conquistados inmediatamente por un misterioso fluido humano-divino que exhalaba todo su ser y que levantaba las almas hacia Dios. ¡Con cuánto acierto el P. Edmundo Auger llamaba a Ignacio de Loyola «notre grand mouleur d'homme!»

Dos novicios diferentes bajo el mismo maestro

Si pudiésemos mirar por una rendija al interior del Noviciado de la casa profesa de Roma en los últimos meses de 1544, podríamos contemplar juntos en la iglesia o capilla, en el refectorio y quizás en la recreación (aunque no tendrían muchas cosas que comunicarse) dos novicios muy diferentes entre sí: el uno de 34 años, con aire de sabio y de loco *(docte et fol* le llamaron los que le conocieron), aunque otros lo proclamaban prodigio de erudición y ciencia.

Su nombre, bien conocido de los filólogos y orientalistas se decía Guillermo Postel. El otro era un mallorquín de 37 años, hombre de mucho espíritu y de altas cualidades naturales, que desconfió algún tiempo del método espiritual y del proselitismo de Ignacio y de sus compañeros, pero que al fin se identificó totalmente con ellos y desplegó en los orígenes de la Compañía de Jesús y en su difusión y organización geográfica, así como en su espiritualización puramente ignacianista una actividad incomparable. Sobre él volveremos luego.

Demos primero a conocer a Guillermo Postel. Nacido de padres muy pobres en una aldea de Normandía el año de 1510, mostró desde su niñez una prodigiosa facilidad para el aprendizaje de las lenguas. Muy pronto se adueñó del hebreo, conversando con un judío, y con igual prontitud empezó a hablar el griego. Avido de ciencia fue a la Universidad de París, entró, como fámulo del maestro español J. Gélida, en el colegio de Sainte Barbe (1527-1532), pasó al del cardenal Lemoine (donde había enseñado J. Lefèvre d'Etaples) y quizá por sus dotes de lingüista, fue elegido en 1536 como adjunto, en una embajada del rey de Francia al Sultán de Constantinopla. Al año siguiente regresa con el árabe aprendido y con una gramática arábiga, que publicará en 1538. Inmediatamente le nombran catedrático de Matemáticas y de Lenguas orientales en el Colegio Real

(1538-1543), recién fundado por Francisco I.

Entre tanto este hombre, que tenía la cabeza llena de ensueños, utopías, adivinaciones proféticas y astrológicas, como un lejano discípulo de Joaquín de Fiore y de los «Espirituales», se encuentra en París con seguidores de Ignacio de Loyola, que cursaban sus estudios en la Universidad; escoge por confesor a uno de ellos, Jerónimo Doménech, quien le da a conocer el espíritu altamente apostólico y el ideal evangelizador de los discípulos de Loyola, inspirándole al mismo tiempo un ardiente deseo de imitar a los apóstoles de Cristo y trabajar por la conversión del mundo entero. ¿No era esto algo de lo que más ardientemente le abrasaba el alma y le hacía soñar uniones de pueblos en paz y de religiones fundidas en la única verdadera?[142]

Guillermo Postel, novicio en Roma

A fines de 1543 Postel se dirigía a pie hasta Roma, con el intento de declarar a Ignacio de Loyola sus deseos y propósitos de abrazar la vida de perfección en la Compañía de Jesús, sometiéndose humildemente a cuánto exigen las Reglas jesuíticas. El bueno de Postel siempre soñando.

Ignoramos si antes o después de comparecer ante Ignacio, recibió las Ordenes sagradas, probablemente de manos del obispo Felipe Archinto, Vicario de la Urbe. Sería en la primavera de 1544, cuando se agregó a los jesuitas de Roma, poniéndose bajo la obediencia de S. Ignacio.

Una carta de Roma, de fecha imprecisa, comunica lo siguiente:

«El marzo pasado (el de 1544) vinieron tres franceses de París... entre los cuales venía uno que se llama Guillermo Postel, hombre de 35 años, lector del rey en París y muy beneficiado, suficientemente maestro en Artes de París, muy docto en griego, hebreo, latino y medianamente en arábigo. Habla muy bien el italiano. Ha compuesto muchos libros, parte traduciendo de griego en latín y parte componiendo del suyo. Ha abandonado la cátedra y los beneficios; ha venido a dexarse gobernar y guiar por la Compañía; e ansí faciendo los *Exercicios*, se ha determinado para ser de la Compañía. E habiendo pasado por algunas experiencias, como

[142] De aquí el deseo de abrazar el Instituto de la Compañía: «Hubiera deseado (desiré) —son palabras suyas— á toujours vivre avec eux, á cause que leur manière de proceder est la plus perfaite après les Apótres, qui en fut au monde». Cf. H. BERNARD-MAITRE, *Le passage de Guillaume Postel chez les premiers Jésuites de Rome:* «Mélanges d'hist. litt. de la Renaissance offerts à Henri Chamard» (1951 e.230-31).

fazer cozina, predicar en plaça, va perseverando con mucha edificación de todos».

Como se ve, sus primeros meses de novicio hacían concebir grandes esperanzas. En 1544 pronunció privadamente el voto de entrar en la Compañía.

¿Qué transformaciones se fueron obrando en las ideas o sentimientos de Postel? Cierto parece que se le recalentaron los ideales de la conversión del mundo, soñando con la reconciliación del mundo musulmán con el mundo cristiano y dando por cosa fácil y próxima la monarquía universal bajo la hegemonía del rey de Francia. Juntamente no es inverosímil que conversando con sus jóvenes compañeros se le escapasen algunas ideas de extremo galicanismo y sostuviese audazmente que el concilio ecuménico está sobre el papa y que la Santa Sede debía instalarse no en Roma, sino en Jerusalén[143].

Llegaría indudablemente todo esto a S. Ignacio, el cual desde el principio del noviciado estaría observando la psicología poco equilibrada y las peregrinas ideas de aquel desconcertante novicio. ¿Qué hacer con él? Le pareció que lo más prudente sería hacer que lo examinasen tres personas imparciales y competentes. Encomendó, pues, el asunto a los Padres Alfonso Salmerón, L. Lhoest y E. Ugoletto, los cuales, tras cuidadoso examen de los escritos de Pastel, sentenciaron el 10 de mayo de 1545: «Por cuanto hemos podido juzgar, tanto de los escritos como de las palabras de micer Postello, pensamos que si bien su voluntad es buena, pero su espíritu y profecías nos parecen ilusiones manifiestas del demonio, y fantasías puramente humanas sin fundamento alguno, aptas para engañar a muchos curiosos».

Con humildad, al parecer sincera, aceptó Postel la opinión de sus jueces y no una sola vez, sino varias; al mismo tiempo que rechazaba el

[143] A Ignacio le molestaría, aunque no era lo más grave, el traslado de la sede papal de Roma a Jerusalén. En una apología de sus doctrinas, que envió Postel al cardenal Marcelo Cervini hacia 1547 reafirma dos de sus más acariciadas doctrinas: Primera: Que el rey de Francia por la suprema y justísima disposición de la Iglesia Católica Romana debe ser nombrado Emperador del Universo. Segundas Que la sede de Jesús, concedida por el mismo a Pedro en Roma, en la actual renovación de todas las cosas debe ser trasladada a Tierra Santa e instalada en Jerusalén, junto al sepulcro de Cristo. Termina la *Apología* exponiendo sus méritos y pidiendo una cátedra de lenguas orientales. La publicó en su original latino, junto con otra que dirigió al Concilio de Trento, J. Schweizer en «Röm. Quartalschrift» 20 (Roma 1910) 104-106; 97-104.

carácter sobrenatural de su profetismo, prometiendo «di rifutar d'aquí inante ogni profetico» (así el 1 de octubre 1545 en Roma) y sometiéndose de buena voluntad al sentir de la Iglesia Romana.

Volubilidad de sus promesas

Postel no tardó en volver a las andadas.

No fiándose de las volubles aseveraciones y de las versátiles promesas de aquel visionario, juzgó Ignacio más prudente atenerse al juicio de los tres censores, a los cuales se había adherido la gran autoridad de Diego Laínez. Así que con la persuasión firme de que Postel, con todas sus buenas cualidades, no era apto para la Compañía de Jesús, manifestó su decisión en carta a Claudio Jayo, del 12 de diciembre de 1545:

> «Cuanto a Postello —escribe— aunque él tenga buenas partes, a nosotros no nos parece recibirlo en nuestra Compañía por la diversidad de juicios y parecer diverso en cosas particulares que con ella tiene... Assí que, no estando él ni para ir allá *(quizá a Alemania, donde estaba Jayo)* ni para otra parte, juzgamos que ni tampoco es para nosotros, de manera que, siendo él agora a hacer alguna probación peregrinando algunos días, como hacen otros, si del todo no se conforma y dexa sus juicios diversos, determinamos en ninguna manera tornarle a recibir cuando venga..., porque no parece en ninguna manera convenir en la Compañía tanta diversidad y ajenos pareceres».

No dejaría de doler esta sentencia al dulce y amable Jayo, que se hallaba entonces en Worms y que había recorrido buena parte de Alemania, tratando de levantar el nivel de la enseñanza y hacer que resucitase la teología. Desde aquellas tierras norteñas no estaba bien informado del carácter de Postel, y soñaba en él como futuro reformador católico de la ciencia eclesiástica alemana, porque lo que hace falta en estas tierras «son personas de nuestra Compañía, que tengan espíritu y doctrina, como serían micer Diego Laínez, micer Alfonso Salmerón, micer Guillermo Postel... Monseñor el Reverendísimo cardenal (de Augsburgo) ha querido tener las obras de Micer Guillermo Postel, que le son muy gratas, y lo estima como hombre muy excelentemente docto. Yo por mi parte he quedado muy edificado de la epístola preliminar, donde se ve el espíritu, la mente, la intención de este hombre de Dios, a quien yo estoy aficionadísimo, y creo que Dios por su bondad le ha dado su buena voluntad de emplear sus fuerzas, su ingenio, su doctrina, en honor de Dios y en beneficio del

prójimo, preparándolo y dándole la voluntad, antes de habernos conocido, de visitar a los árabes, a los indios y a otros pobres pueblos infieles, para reducirlos al camino de salvación... Creo que Dios se servirá de él, habiéndole dado tan buena voluntad y tantos talentos. Monseñor el Reverendísimo cardenal de Augsburgo, que ha dado principio a estos colegios, querría tenerlo en esta obra. Y por mi parte yo soy del mismo parecer».

Aquella frase de Ignacio «si dexa sus juicios diversos», por ser condicional, parece indicar que todavía el 12 de diciembre la sentencia no es categórica y absoluta, como si todavía le quedara alguna esperanza de connservar en la Compañía a un sabio como Postel.

Que la fama de éste había llegado a todos los Colegios jesuíticos de Europa, lo deducimos de dos cartas llegadas a Roma: una de Alemania (enero de 1545) proponiendo el nombre de Postel como uno de los más aptos para dar realce a los colegios jesuíticos; y otra de Portugal (marzo e 1546) diciendo que en el colegio de Coimbra se necesitaría un profesor como él para enseñar la lengua arábiga.

En los colegios de los jesuitas alemanes sería útil el envío de Postel; la de Portugal decía que en el naciente colegio de Coimbra se necesitaría un profesor como Postel para enseñar la lengua arábiga.

Ninguna de estas súplicas pudo ser atendida, porque ya para entones Guillermo Postel no pertenecía a la Compañía de Jesús. La sentencia de los censores romanos marcó el destino de aquel profeta fantaseador. ¿Qué quiso decir Postel cuando el 8 de diciembre de 1545 escribió una cédula para Ignacio con solas estas palabras: *«Maestro Ignacio. De aquí a dos años seremos de un mismo parecer, o yo estaré confuso. Día de la Virgen de diciembre 1545?»*

Sale del noviciado contra su voluntad

Antes de despedirlo de la Compañía, Ignacio lo dejó algunos días libremente en la ciudad, haciendo lo que más le placiese y reflexionando sobre su porvenir. Lo que hizo Postel fue dirigirse al Vicario de Roma, Mons. F. Archinto, a quien le dio palabra de que en la interpretación de la Sagrada Escritura no admitirá nada que repugne a la doctrina de la santa Iglesia Romana; y que si alguna vez sostiene alguna opinión que no place ni a Ignacio ni al Vicario de Roma, él hará lo posible por arrancarla de su ánimo, y si no lo consigue, por lo menos no la comunicará con nadie, ni

escribirá sobre ella, y seguirá las opiniones de sus superiores. El Vicario se dio por satisfecho. «Por lo tanto —así se lo comunicó a Ignacio— determino que no lo echéis de vuestra casa, y le restituyo todas las facultades, como antes, para cualquier ministerio del altar».

Readmitido por el Fundador de la Compañía, debió Postel olvidarse muy pronto de sus promesas, porque no mucho después ya no figura entre los jesuitas de Roma. Sería probablemente en los últimos días de 1545 o a principios de 1546, cuando el errabundo soñador abandonó la Ciudad Eterna, desconcertado y triste, protestando de que el fundador de la Compañía le hubiese cerrado las puertas de su casa. Y el gran aventurero reanudó su vida quijotesca de rodar por el mundo, persiguiendo sueños imposibles.

¿Cuáles fueron las causas, por las que Ignacio lo excluyó de su Compañía? Lo dirá expresamente el propio Postel en 1552 en su libro *Des merveilles du monde, et principalement des admirables chases des Indes et du nouveau monde... Et y est monstré le lieu du Paradis terrestre* (París 1553).

«Yo —confiesa— he sido injustamente calumniado por Micer Ignacio de Loyola, como sostenedor de falsas proposiciones, por las cuales me expulsaron de la Compañía y me hicieron odioso o notado de ligereza ante todo el mundo».

¿Qué proposiciones eran esas que escandalizaron al fundador de la Compañía y que Postel juzgaba verdades reveladas? He aquí algunas:

1) El Monarca francés será el Monarca reformador de la Iglesia y del mundo universal. 2) Es necesario que todo lo que Satán ha destruido y gastado en este bajo mundo sea restituido por Jesucristo con infinita ganancia y con creces. 3) El Rey Cristianísimo será el reformador y hará elegir por sí solo (a causa de la corrupción romana) un Papa santo de Francia, que se llamará Pedro II. 4) El concilio está por encima del Papa.

¡Pobre teología la del iluso Postel!

De Venecia a Tierra Santa

Sigámosle brevemente en su itinerario por diversas naciones; sólo así podremos conocer el alma inquieta de aquel perpetuo habitante del mundo de los sueños. No es fácil referir ordenadamente sus andanzas de ciudad en ciudad.

Parece que en primer lugar dirigió sus pasos de Roma a Venecia, donde le vemos en octubre de 1546 haciendo los oficios de capellán de un hospital. En Venecia tropezó con «la Madre Juana», que le llenó la cabeza de ideas iluministas y encendió más y más su imaginación con absurdas revelaciones, visiones celestes y profecías entre temerosas e hilarantes. Esta mujer, que no era monja o religiosa, sino a lo más lo que e España llamaban «beata», habrá de influir decisivamente en la confusión seudomística y seudoteológica de nuestro docto y loco soñador, para quien «la Madre Juana, esposa de mi Padre Jesús», era la nueva Eva, « Vergine Venetiana», extática y visionaria, que hacía obras grandes y milagrosas, superiores a todos los milagros del pasado, excepto los del nuevo Adán, Jesucristo. Fue ella quien le reveló los secretos de las Escrituras. He aprendido —decía— con esta simple mujercita más de lo que hubiera aprendido por mí solo, estudiando desde el principio del mundo. La Madre Juana estaba escogida por Dios para lograr la conversión de toda la Humanidad y para reformar la Iglesia como verdadero Sumo Pontífice, aunque fuese mujer.

En 1548-1549 emprendió una larga peregrinación a Tierra Santa, Siria y Constantinopla, de donde aquel hombre de inmensa erudición y cultura, más que de ciencia propiamente dicha, regresó cargado de preciosos manuscritos arábigos y griegos.

En 1551 pasa por Basilea y en los comienzos de 1552 le hallamos de vuelta en París, explicando sus lecciones universitarias en el Colegio de los Lombardos, con aplauso y admiración de los asistentes. Pero al cabo de un año tuvo que interrumpirlas, a causa de la publicación de uno de sus más ruidosos libros: *Les tres merveillesses victoires des femmes du Nouveau Monde, et comme elles doibvent a tout le monde par raison commander* (París 1553). Allí, entre mil incongruencias y desatinos, escribe que ha tenido una visión de la «Madre Juana» († 1551), con la cual se ha identificado milagrosamente, porque la *vergine venetiana,* esto es, «su cuerpo espiritual y substancia sensible descendió sensiblemente a mí, de suerte que es ella, y no yo, quien vive en mí».

La escandalera que se armó en París entre amigos y enemigos del autor del libro y el peligro de que la Inquisición tomara cartas en el asunto le obligaron al infeliz Postel a poner pies en polvorosa. Buscando la protección del emperador Fernando I, o llamado por él, corre a Viena (1553-1555); allí se ofrece a Su Majestad a leer públicamente la lengua arábiga y el texto griego de Aristóteles, pero ni el emperador (acaso por

influjo de Pedro Canisio) ni la mayoría de los oyentes quedan satisfechos de sus lecciones, si hemos de creer a Polanco en su *Chronicon* (año de 1554). Antes de dos años parte para Venecia y Padua (1554), siempre escribiendo y publicando libros sin hacer pausa en su carrera de escritor.

La Inquisición de Venecia le obliga a comparecer ante su tribunal y a retractar sus errores. Lo hace, mas no del todo. Así que en noviembre es remitido a las prisiones de Ravenna y luego a las de Roma, de las que logra evadirse gracias a la sedición popular que estalló a la muerte del Papa Carafa (agosto 1559).

Sabemos que en 1561 estaba otra vez en Venecia, de donde subió a Trento, la ciudad del Concilio. No había mucha concurrencia a las sesiones, pues la gran asamblea eclesiástica no hacía mucho que había iniciado su tercera etapa. Del concilio ecuménico G. Postel, no obstante su rendido conciliarismo, no esperaba nada bueno para la reforma d, Iglesia. ¿Por qué causa? Porque quien lo gobierna —así razona— es el Espíritu Santo, sino el Emperador. Sin embargo, hay que decir que se interesaba por el Concilio Tridentino en la primera etapa del mismo.

En 1560 publica en Poitiers un libro *De la République des Turcs et des Moeurs et Lay de tous les Mahumedistes*, cuyo autor se llama acertadamente Guillermo Postel Cosmopolita. Al año siguiente hace estampar en Basilea una *Cosmographica disciplina* (1561), objeto de sus últimas lecciones.

Y por fin, tras mucho vagabundear por diversos países, empieza a estampar libros en París (1562). Debieron de surgir alborotos por su causa, porque el 29 de enero de 1563 el Parlamento Parisiense, deseando conservar la paz pública de la ciudad, ordena y manda que Guillermo Postel sea «confinado como lunático» en el priorato de Saint-Martin-des-Champs hasta nueva orden del Rey.

Su carta a Diego Laínez y su muerte

Los últimos 18 años de su vida fecunda y agitada los pasará tranquilos, con relativa libertad, en aquel confinamiento monasterial escribiendo libros, cuyos manuscritos todavía se conservan, discurseando sobre sus temas favoritos y dialogando con las personas que van a visitarle. Murió cristianamente el 6 de setiembre de 1581, cuando su fogosa y loca fantasía se apagó para siempre. Los rasgos de piedad y devoción que los últimos días se vieron en él impresionaron a todos los

que estuvieron presentes. Con honda fe y amor a Cristo salió de este mundo.

Antes de dejar a un lado esta figura tan curiosamente medieval, renacentista y estrafalaria, penetremos un poco en su espíritu religioso, anotando que Postel durante muchos años deseó llevar vida de piedad y retiro en un convento. Ni los Cartujos (que no predican) ni los Mínimos (demasiado austeros) le ofrecían facilidades, según él dice, y quién sabe si alguna vez llamó a sus puertas. Siguió pensando años y años en la Compañía de Jesús, de la cual había salido contra su voluntad. Se le avivaron las esperanzas de reingresar en ella, cuando en 1556 murió su Fundador, el que lo había expulsado bajo la acusación de heterodoxo. Aunque mucho estimaba a S. Ignacio como reformador de la Iglesia, se alegraría de su muerte, y al enterarse de que el sucesor de Loyola en el Generalato era Diego Laínez, tomó la pluma y le dirigió una carta desde Lyon el 9 de abril de 1562.

Son sus palabras un fervoroso panegírico del sapientísimo Laínez y de la Compañía. Espera que el nuevo General revocará la sentencia «falsa» dada por Ignacio, aunque bien sabía Postel que había sido corroborada por el voto del mismo Laínez. Aceptó de buen grado —confiesa humildemente — su sentencia condenatoria, como si la hubiera pronunciado Cristo. Rechaza todos los errores que le inculpan y en que ha podido incurrir (con exclusión del conciliarismo en el que sigue firme) y consiguientemente le pide y suplica ser admitido de nuevo en la Compañía, en esa Compañía que él tanto estima, porque «mientras todos los demás institutos religiosos se hallan en decadencia con grandes corruptelas (con una o dos excepciones)... sólo la Compañía florece en tiempos tan difíciles… promoviendo el Reino de Cristo, como ninguna otra Orden lo ha hecho hasta ahora». Y pone fin a su carta con una profesión de fe católica: y una súplica ardiente y conmovedora.

Pero Laínez, por carácter, era menos propenso que Ignacio de Loyola a recibir personas tan difíciles de regir, como Postel. Lo cual no quita que internamente sintiera hacia él cierta simpatía compasiva.

Amor de Postel a la Compañía de Jesús

La manera de proceder de los jesuitas le satisfacía mucho más que ninguna otra, porque «su vida apostólica —repetía— es la más perfecta que ha habido en el mundo después de los Apóstoles»; por eso suspiraba tanto por ponerse a las órdenes de Ignacio, hacia el cual profesaba alta

admiración, por más que en alguna ocasión pronunció contra él palabras duras, inspiradas por el profundo sentimiento que le produjo la salida del noviciado.

En cambio, véase lo que de él escribió en su libro *«Des Merveilles du monde»:*

> «Vemos hoy día —cosa digna de soberana deploración— que ha llegado a tal punto la desgraciada costumbre de los cristianos de Occidente, que no solamente no se mueve nadie, ni por la doctrina, ni por milagros, ni por santidad de vida, sino que apenas aparece un personaje iniciando algún modo de reformación o de vivir según Dios, inmediatamente es despreciado o burlado y aun reputado por loco e insensato y finalmente aprisionado y muerto. Habiendo experimentado esto largo tiempo, como otros innumerables servidores de Dios, el Maestro Ignacio de Loyola (cuya vida será ampliamente escrita en otra parte), después de haber vivido en España con maravillosa austeridad de vida, acompañada de igual fe y buenas obras..., se partió de España, y concluidas algunas peregrinaciones, se vino a París, tanto para acrecentar el caudal de su católico saber, como para ver si encontraba alguno que le quisiese imitar, o por mejor decir, servir a Jesucristo más sinceramente por medio de sus exhortaciones. A este fin, trazó primeramente una forma divina y verdaderamente admirable de doctrina breve para hacer que el hombre conozca en verdad y sienta verdaderamente en sí por qué ha venido a este mundo, y que en un mes entienda y guste de la verdad cristiana, más de lo que vulgarmente no se alcanza en veinte o treinta años por la predicación. Así plugo a Dios que, por medio de la susodicha doctrina, llamada *Ejercicios espirituales*, encontrase personas que quisiesen verdaderamente posponer todas las cosas a la verdadera reforma de sí mismos y de todo el mundo».

Al año de 1553 pertenece también el comentario a los *Libros sibilinos* dedicado al obispo de Clermont, Guillermo du Prat, amigo y mecenas generoso de la Compañía: «Yo he creído —le dice al obispo en la *Dedicatoria*— que debía interpretar este precioso monumento, y os lo dedico no tanto por la amistad que me profesáis, cuanto porque Vos sois el primero que habéis protegido en nuestra Francia una *Compañía* nacida en el seno mismo de este hermoso reino, decorada con el nombre de Aquel que debe ser reconocido como Rey del Universo, y ya célebre por el éxito que tiene llenando todas las Indias con la luz del Evangelio».

Aunque estas palabras al obispo de Clermont, tan sinceras y afectuosas, demuestran un amor indudable a la *Compañía de Jesús*, cuyo fundador seguía viviendo en Roma, no faltaron en París algunos

maliciosos, que propalasen el rumor de que Postel había hablado mal de la Compañía. Era una falsedad tan grande que el P. Roberto Claysson se apresuró a desmentirla desde París el 18 de mayo de 1552: *«Que eso es mentira lo sabemos con certeza*. Ayer precisamente *la levantó hasta el cielo*... Le quedan todavía los antiguos fantasmas, de los cuales no es posible arrancarlo. Tiene lecciones dos veces al día en el colegio de los Lombardos con numerosísimo auditorio».

«La levantó hasta el cielo», es decir, exaltó y glorificó a la Compañía de Jesús hiperbólicamente. De 1562 es la carta a Laínez haciendo la apología de la Orden Ignaciana y suspirando por entrar en ella.

Pero tanto Ignacio como Laínez habían intuido a tiempo el desequilibrio mental de aquel doctísimo varón, y conservando hacia él sincero afecto, se negaron constantemente a retenerlo en una Orden tan disciplinada como la Compañía. Ignacio y Postel no podían avanzar juntos y en armonía por los mismos raíles. El método pedagógico de Loyola, que en tantos casos triunfó de psicologías rebeldes y torcidas, se reveló ahora impotente para embridar los fogosos impulsos de este corcel desenfrenado. Pero hay que decir que la vida hondamente espiritual y apostólica que solía infundir Ignacio a los novicios de Roma quedó para siempre marcada, como con hierro candente, en el irrequieto y atormentado corazón de Pastel.

Sirva esta digresión acerca de la figura de Guillermo Postel para mostrar con un ejemplo la variedad de tipos que actuaban y se movían en aquella casa del noviciado romano bajo la varita ingrávida y fuerte de aquel maestro insuperable de espíritus que era Ignacio de Loyola.

Nadal y Postel, contrapuestos

Connovicio de Postel fue varios meses (entre 1544 y 1545) el mallorquín Jerónimo Nadal, hombre de libros y de oración, de estudio y de gobierno, dotado de fina sensibilidad y de inteligencia penetrante. Alimentaba altos ideales religiosos, mas no era un soñador y un iluso, como Postel. Ambos eran dinámicos y emprendedores, pero el mallorquín corría caminos trillados y seguros, mientras el francés volaba desorientado por las estrellas, convencido de que Dios le revelaba los misterios de la fe directamente.

Por su carácter un poco desconfiado y sentimental, el mallorquín no era fácil de ser derechamente encauzado por un maestro que no fuese

psicólogo y observador atento de la naturaleza humana. El mismo Ignacio había fracasado con Nadal en París; en Roma, al contrario, triunfó plenamente.

Buenos conocedores ambos —Postel y Nadal — de las lenguas clásicas y de la hebraica, no menos que de la Sagrada Escritura, ¿no se enzarzarían alguna vez en discusiones filológicas y aun teológicas? Nadal cuenta de ello a S. Ignacio, y éste, para deshacer las redes que su famoso connovicio le tendía, creyó necesario declararle los errores que en los escritos de Postel habían denunciado teólogos tan eminentes como Salmerón y Laínez con otros dos. Así se liberó de los lazos que echaban a sus pies. Más tarde se lo agradecerá a su Padre Ignacio.

Entre el visionario Postel, que jamás dudó de las revelaciones privadas que recibía del cielo, y el devotísimo Nadal, que aceptaba siempre humildemente los preceptos y consejos de sus Superiores, viendo en ellos la voluntad de Dios, se abría un abismo infranqueable. Los dos serán perpetuos viajeros por los enrevesados caminos de Europa. Postel con la ilusión de realizar sus fantásticos sueños y sus ideas personales; Nadal, obedeciendo a su Superior que le encomendaba imponer en todas las casas jesuíticas no sus propias reglas y ordenaciones particulares, sino las del Fundador de la Compañía, ¿Quién fue el fracasado y quién el triunfador?

Nadal llegó a Roma el 10 de octubre de 1545, día de la coronación del papa Farnese. Venía melancólico, con la incertidumbre de su destino, y tras muchas deliberaciones se puso en manos de Ignacio, quien logró marcar su espíritu con su propio sello. Postel, bajo velos de humildad y obediencia, alimentaba un espíritu duro e insobornable. La norma última de su conducta era su propia razón. Y desgraciadamente su razón estaba desconcertada y su juicio desequilibrado.

Ignacio abordó a los dos novicios de modo muy distinto. A Postel a quien siempre estimó en lo que valía y cuyo profundo sentido religioso unido a su vastísima ciencia, le parecía en gran manera aprovechable para la evangelización de los países orientales, trató de modelarlo con el espíritu de Francisco Javier —apóstol idolatrado por Postel—, mas no logró asesar aquella cabeza loca ni rectificar sus torcidos conceptos teológicos, por más que le prohibió leer otro libro que no fuese la *Summa theologiae* del Doctor Angélico. Tampoco pudo forzarle a centrar en Roma sus ideales unionistas, quitándole la idea quimérica de que todos los radios del sentimiento, de la religiosidad, del amor y aun de la organización social hubiesen de partir no del punto céntrico romano, de la ciudad de Roma,

sino de Jerusalén, nueva Sede del supremo Pontificado. Esto era desquiciar el orbe católico, luchando locamente contra la historia. El tratamiento alterno, de blandura y severidad, usado tantas veces por la pedagogía de Ignacio, no dio buen resultado en esta ocasión. Y el soñador galicano tuvo que salir de Roma, pensando siempre nostálgicamente en regresar a donde estaba Ignacio.

A Nadal le trató desde el primer día con suma amabilidad y confianza, con franqueza de antiguo amigo y con la seguridad de que aquel pájaro que se había escapado de sus manos en Paris volvería a la jaula, buscando paz, consolación, seguridad. Nadal volcó en Ignacio todos los problemas de su vida, toda la intimidad de su alma.

La delicadeza y blandura con que le trató en la época del noviciado, esmerándose con el mayor cuidado en no exacerbar sus melancolías ni poner en peligro la fragilidad cristalina de su temperamento algún tanto indeciso y fluctuante, se reflejan perfectamente en una breve crónica de su vida en aquellos años, de 1535 a 1546.

Páginas autobiográficas de Nadal

Para conocer la vida del novicio y sus relaciones con Ignacio, nada mejor que copiar literalmente algunos fragmentos de su breve *Chronicon Natalis* (1545).

«Llegué a Roma el 10 de octubre y me fui en derechura a buscar a Jerónimo Doménech; éste me condujo al P. Ignacio, que volvía del monasterio de Santa Marta... Me pareció que, al verme, no se impresionó mucho; se contentó con desearme feliz llegada... En casa del Auditor de la Rota me quedé 30 días, que pasé con ánimo distraído y disipado, pues siendo así que en mi patria casi no se pasaba un día sin celebrar la misa, en esos 30 días no celebré nunca. Vagaba por la ciudad, curioseaba los monumentos de la antigüedad romana; iba a menudo a la casa de Ignacio, adonde me conducía el espíritu de Dios... El P. Laínez y Doménech me insistían mucho en que hiciese los Ejercicios, pero yo los despreciaba. Ignacio me invitó alguna vez a comer, y hablaba conmigo mesuradamente y con dulzura, según su costumbre».

«Le hablé después seriamente sobre los *Ejercicios*. Pedro Sentino, a quien el P. Ignacio le encomendó buscarme un aposento apto para el retiro y la oración, tardaba en encontrarlo. Por temor a mis melancolías deseaban un aposento cómodo con un huertecillo ameno... Me dieron por Instructor

al P. Doménech, muy estimado por su destreza en proponer los Ejercicios. El 5 de noviembre de 1545 empecé el retiro. Yo estaba de buen ánimo, pero afligido por la débil salud y la melancolía. La primera semana fue para mí fructuosa. Al terminar me confesé generalmente con Ignacio... El fruto de la segunda semana fue aún mayor, especialmente en las dos meditaciones del rey temporal y de las banderas, y más aún en los misterios de la vida de Cristo. Pero cuando llegué a la elección, me sentí tan perturbado y disipado, que corporal y espiritualmente me hallaba desazonado: la mente obscura, la voluntad estéril y obstinada, el cuerpo afligido por la fiebre, por el dolor de estómago y de cabeza... Viendo Doménech que yo había consumido algunos días en la elección sin resolverme a nada, me aconsejó pasar adelante. Le respondí que aquella noche haría un último esfuerzo. Así lo hice, y una gracia de Dios muy singular me asistió, de tal manera que con suma consolación de mi alma, bajo la acción del Espíritu Santo, escribí:

»… Yo, en nombre de la Santísima Trinidad... determino y propongo seguir los consejos evangélicos, haciendo los votos en la Compañía de Jesús…, y ahora con sumo temor y temblor, confiado en la gran misericordia que nuestro Señor Jesucristo ha tenido conmigo, hago este voto con toda mi alma, con toda mi voluntad, con todas mis fuerzas. A Dios la gloria. Amén. Roma, año de 1545, día 23 de noviembre, hora 18 y media[144].

No solamente experimenté una increíble consolación del espíritu, sino también alivio corporal. Ese día 23 hice voto de entrar en la Compañía... El 29 fui recibido en casa para ser de la Compañía. Y el mismo día el P. Ignacio me dijo que transcurrido un par de días empezase a ser fámulo del cocinero, ayudase también al hortelano, leyese cada día un capítulo de Gerson (i. e. *De la Imitación de Cristo)* para meditar, y leyese igualmente otros capítulos en caso de necesidad o de enfermedad. Alabó el librito maravillosamente, y añadió que cuando yo abriese el libro, aunque fuese casualmente, había de encontrar lo que era más conveniente a mi necesidad del momento; que él así lo había experimentado. A los dos días fui invitado a comer por el P. Ignacio y me senté a la mesa con él...

El día de S. Esteban me dijo el Ministro, P. Cristóbal Mendoza, que dejase la cocina para servir en el refectorio. En el servicio de la cocina estuve 26 días. Mi consolación era continua, aunque flaca mi salud. Mi

[144] Ibid., p.10. El nuevo día empezaba en Roma media hora después de la puesta del sol: el 23 nov. tramonta el sol a las 16,45.

oración se reafirmaba día tras día... "Para barrer la cocina me dieron una escoba con los palmitos y las ramillas tronchadas, a fin de dificultarme el barrido, lo cual me servía de prueba. Mandábame el P. Ignacio cavar en el huerto, con la ropa alta sujeta por un cinturón de cuero, mientras él se paseaba con el Doctor Torres..."

He sabido del P. Doménech, que Ignacio dijo de mí, antes de oír la confesión que con él hice en Ejercicios: Este sujeto nos creará dificultades, porque está lleno de melancolías, como lo revelan sus ojos, y es de temer que si Dios no le llama (a la Compañía) se torne tan melancólico que pierda el juicio... Tendrá tribulaciones y quizá más graves que actuales; pero Dios le ayudará, disminuirán sus turbaciones, aumentarán las consolaciones y llegará a gustar en esta vida una parte del paraíso...

El P. Ignacio ha comenzado a tratarme con gran suavidad y familiaridad, muchas veces me invita a comer con él y a menudo viene a mi aposento o me saca de paseo, lo cual interpreto yo en el sentido de que ha comprendido mi terneza de espíritu y ve que necesito de esta familiaridad en el tratos...

Con los halagos la severidad

Podrá alguien pensar que las blanduras y condescendencias del Fundador de la Compañía con el novicio Jerónimo Nadal no darían por resultado un hombre fuerte, forjado a la ignaciana; sino más bien un religioso delicado y devoto, sin grandes arrestos apostólicos; y, sin embargo, la historia nos dice que pocos hijos de aquel Padre le resultaron tan perfectamente modelados en el troquel paterno. El admirable don de gobierno que años adelante manifestó el mallorquín; su amplitud de miras, su intrepidez en la fundación de casas y colegios, misiones y provincias; sus innovaciones pedagógicas y la misma espiritualidad que aprendió de su maestro y que él predicó y trasmitió a todos, repitiendo aquella frase lapidaria: *in accione contemplativus* (acción y contemplación siempre unidas), todo ello nos demuestra hasta qué punto el discípulo se identificó con el maestro y le sorbió el espíritu. Ignacio llegó a confiar en él, como en ningún otro, para el gobierno de la Compañía.

Por eso cuando al Fundador le iban flaqueando las fuerzas físicas, llamó a Nadal para nombrarle «Comisario general de España y Portugal» con poderes omnímodos, *«cum omni nostra auctoritate»* (1553) y al año siguiente «Vicario general de toda la Compañía» y en 1555 «Comisario general de Italia, Austria, Alemania» *ad quaevis negotia*.

Esos frutos recogió Ignacio con su método pedagógico de alternar lo dulce con lo amargo, la caricia con la reprensión.

«Nuestro Padre —escribe Gonçalves da Cámara— suele muchas veces llevar los súbditos por esta vía, es a saber, loándoles lo que tienen bueno, y halagándoles. Y es una cosa extraña la circunspección que tiene en tratar cualquier persona que sea, si no es a un Nadal y a un Polanco, que a éstos trata sin ningún respecto, antes *duriter* (con dureza) y con rigurosos capelos»[145]. Es decir, pan duro tras la papilla de la infancia.

Tan rigurosas eran aquellas reprensiones, motivadas a veces por cuestiones fútiles, que Nadal pensaba que el mundo se le venía encima cuando Ignacio girando un poco por la habitación le reprendía duramente, pero confiesa el mismo Nadal haber notado que cuando Ignacio, terminada la reprimenda, le volvía la espalda, se marchaba sonriendo, como si lo tomase a broma. «Este era el modo —testifica el P. Diego Jiménez— que tenía Ignacio de tratar con los súbditos de virtud sólida».

Con el mismo Laínez, «el hijo más querido» del Santo, según afirma Ribadeneira, tuvo palabras alguna vez que podían ser ofensivas y dolorosas, si ambos no se conocieran y amaran tan entrañablemente, por ejemplo, aquel día en que discutiendo sobre un negocio de importancia e insistiendo Laínez en su propio parecer, terminó Ignacio la discusión «diciéndole Nuestro Padre estas palabras: *"Ora tomad vos la Compañía y gobernadla"*. De tal manera que el P. Laínez quedó cortadísimo»...

El óleo y el vinagre

Otro varón ilustre, el P. Gaspar Loarte, uno de los mejores discípulos de San Juan de Avila, que por indicación de aquel maestro singular entró en la Compañía en 1552, ya sacerdote, muy dado a la oración y a las cosas espirituales, buen predicador, doctor y profesor de teología, vino a Roma con Nadal cuando éste acababa su primera visita de España. Y dice Gonçalves da Cámara: «El Padre habló con Loarte y quedó muy satisfecho dél; porque dándole capelos muy grandes y para mucho humillalle y confundille, conoció en él su virtud... Llegó a Roma siendo yo Ministro *(de la casa);* entregómelo nuestro padre y encomendóme que lo

[145] *Font. Narrat*. I, 587. Y poco después: «Con el P. Polanco y con el P. Nadal haciendo del severo; y con otros más flacos, más blandamente» (p.673). Y Ribadeneira: «A los que en la virtud eran niños, daba leche; a los más aprovechados, pan con corteza; y a los perfectos trataba con más rigor» *(De modo gabernandi* 4; FN III, 620).

mortificase mucho, cosa que de ningún otro me había dicho... Lo tomé a mi cargó, y usé con él de todo el rigor posible... Yo le hablaba a menudo - de la propia mortificación, de la abnegación de la voluntad, de la indiferencia grande y de la obediencia ciega que en la Compañía se buscaba… Diéronle estos ejercicios tanto en qué entender, que se quejaba de que, habiendo tenido fuera muchas consolaciones en la oración, no sentía ninguna después de entrado en nuestra casa; y fue necesario que nuestro Padre hablase de propósito con él de cosas espirituales... Viéndolo pasmado del P. Ignacio y sumamente consolado y animado para los trabajos que tenía entre manos, y preguntándole yo qué le parecía del Padre, respondio: *El P. Ignacio es una fuente de óleo*. Y qué le parecía de mí, respondió: *V. R. es todo vinagre*... Me acuerdo que cuando le conté a N. P. esta respuesta del óleo y el vinagre, lo celebró mucho y lo contaba después a algunos Padres con muestras de gran contentamiento».

Que en verdad era «una fuente de óleo», lo demostrará este último testimonio. Refiere Oliverio Manare con qué delicadeza trataba a los novicios: «Cuando yo era novicio —escribe— me admitía con suma benignidad e incluso me invitaba a mí y a otros semejantes, a conversar con él y a sentarme a su lado, hoy en el jardín, mañana en otra parte, según las ocasiones. Cuando estaba yo enfermo, no tenía reparo en visitarme paternal y amorosamente, ofreciéndome una cajita llena de incienso y diciéndome: Toma, Oliverio, este incienso que poco ha he recibido de la Virreina de Sicilia *(esposa de D. Juan de Vega);* te la doy para que te recrees y uses de él, según prescriba el médico. A veces me llamaba a su mesa privada sin desdeñarse de ofrecerme la vianda con el tenedor o alargándome una manzana o pera bien pelada por su mano».

Cerremos este capítulo con un breve comentario de quien le conocía muy bien. Dice Conçalves da Cámara: «Siempre es más inclinado al amor (que al rigor), *imo* tanto que todo parece amor y ansí es tan universalmente amado de todos, que no se conoce ninguno en la Compañía, que no le tenga grandísimo amor y que no juzgue ser muy amado del Padre».

CAPÍTULO III

UN DÍA CUALQUIERA EN LA VIDA ROMANA DEL SANTO

Antes de que veamos a Ignacio de Loyola abordando con decisión y método los gravísimos problemas ecuménicos que se le presentaban a la Iglesia a mediados del siglo XVI —la revolución protestante, la propagación del Evangelio por mundos apenas conocidos, la renovación de la pedagogía, la amenaza constante de la invasora Media Luna, la reforma moral y pastoral del clero, la purificación y rectificación de una religiosidad popular demasiado medieval—, vamos a echar una mirada de pura curiosidad a la persona que con más empeño se entregó a la ciclópica tarea de resolver en lo posible, por sí y por sus valerosos discípulos e imitadores, esos abrumadores problemas que a muchos parecían sobrehumanos.

De los problemas mismos se tratará en posteriores capítulos. Aquí no contemplaremos al héroe hazañoso y conquistador, sino al hombre vulgar, a la persona corriente con quien tal vez tropezamos a cada paso sin brindarle un saludo, porque va por la calle andando como nosotros, viste, come y duerme como nosotros; más concretamente, a un clérigo humilde, de baja estatura, de pobres apariencias, que en nada parece diferenciarse de cualquier otro de la misma condición social. Pero de cuando en cuando le dejaremos que nos hable en secreto, y nos revelará los incendios divinos en que arde su alma. Vamos a sorprender a Ignacio en uno de sus días romanos, un día cualquiera de sus últimos años, y seguirle paso a paso, desde que al amanecer se levanta hasta que, bien entrada la noche, se acuesta: ¿Cuánto duerme? ¿Cuándo y cómo hace oración? ¿Cómo celebra la Misa? ¿Cuándo estudia y trabaja y platica con otros? ¿Con quiénes se sienta a la mesa? ¿Cómo habla con sus diversos colocutores? ¿Cuándo sale de casa y a quiénes visita? ¿Qué hace en las últimas horas del día? ¿Y qué vestidos usa? ¿Y qué manjares le recomiendan los médicos? ¿Y cuál es su vida interior?

Un argumento —se dirá— demasiado trivial para la talla gigantesca del personaje. Pero los muchos detalles mínimos de su vida diaria nos enseñaran a conocer el alma que debajo de ellos palpita.

Primeras horas del día

Ignacio de Loyola, desde 1544, vive en una casa «alquilada, vieja y caediza», según la describe Ribadeneira, pero que poco a poco dilatará sus ámbitos con fábricas y construcciones adventicias.

La situación de la casa y de su iglesia no puede ser mejor: en el corazón de Roma, al pie del Capitolio, y cerca del *Palazzo Venezia*, residencia frecuente de los papas en verano. En lugar del suntuoso templo actual del Gesù, cuya primera piedra no se puso hasta 1551, existe una con la imagen de Santa María de la Strada, muy venerada del Santo de Loyola.

Es de madrugada. El sol no ha salido aún. Las ventanas de casa están cerradas. Pero a Ignacio, que, si hemos de creer a Maffei, no dormía más de cuatro horas, le convenía por sus enfermedades reposar tranquilamente en el lecho algunas horas más. Y así lo hacía antes de levantarse, dedicando ese tiempo a su primera hora de oración. Cuando en su Diario habla de la oración sólita, se refiere siempre a ésta.

Muchos pensarán que no es la postura de la cama la más apta para altas contemplaciones espirituales. Pues para S. Ignacio sí lo era, como lo vemos por los apuntes apocopados y casi telegráficos que nos dejó en su *Diario espiritual*. Escribe, por ejemplo, el 12 de febrero de 1544: «Después de despertado, orando, no acababa de dar gracias a Dios Nuestro Señor mucho intensamente, con inteligencias y lágrimas, de tanto beneficio y de tanta claridad recibida, no se podiendo explicar. Después de levantado, me duraba el calor interior y devoción habida».

El 14 de febrero: «En la oración acostumbrada *(o sólita)*... con mucha devoción y elevación de mente, y notablemente en tranquilidad. Después al preparar para salir de la cámara, no sin lágrimas y mociones interiores. Después, antes de la Misa, en ella y después della, con mucha abundancia de lágrimas, devoción, grandes sollozos, no pudiendo muchas veces tener la habla sin perderla, con muchas inteligencias espirituales, hallando mucho acceso al Padre en nombrarle, como la Misa le nombra, y con una grande seguridad o esperanza de alcanzar lo perdido».

El 15 de febrero: «A la primera oración, al nombrar del Padre Eterno, etc., venía una sensible dulzura interior, continuando, y no sin moción de lágrimas, más adelante con asaz devoción, y hacia al fin con harto mayor, sin descubrirse mediadores ni personas algunas *(de la Sma. Trin.)*».

El 18 del mismo mes: «Me desperté a la mañana un poco antes del día... tanto pesado y desierto de toda cosa espiritual; y haciendo la oración

sólita, hasta cerca de la meytad, con ninguno o con muy poco gusto, y con esto una desconfianza de hallar la gracia en la Sanctísima Trinidad, a tanto que de nuevo tornando a la oración, parece que hice con asaz devoción, y hacia la postre con mucha dulzura y gusto espiritual. Después, queriéndome levantar con un pensamiento de dilatar el comer *(ayunando)*... sentía nuevo calor y devoción a lacrimar, vestiéndome con pensamiento de abstenerme en tres días por hallar *(lo que deseaba)»*.

El 22 de febrero: «En la oración sólita a la larga mucha asistencia de gracia calorosa, y en parte lúcida, y con mucha devoción».

Dos días más tarde: «En la oración sólita, del principio hasta la fin inclusive, asistencia de gracia mucho interna y suave, y llena de devoción calorosa y mucho dulce».

El 3 de marzo: «En la oración sólita, a las 10 horas[146] asaz con devoción, sin algunas mociones ni turbaciones y con alguna pesadumbre de la cabeza».

Se podrían multiplicar los textos sobre esta «oración sólita», que según Lancicio duraba cerca de dos horas, pero no es necesario. Un hermano coadjutor ha pasado llamando a las puertas de los aposentos, porque no hay campana que despierte a la comunidad.

Seguiremos en esto y en otras muchas cosas menudas al P. Nicolás Lancicio, un lituano, que no llegó a conocer a Ignacio, pero sí a muchos coetáneos del Santo, y de sus labios oyó muchos detalles que le interesaron y que los primeros historiadores habían descuidado. El los coleccionó a manera de notas y los transmitió curiosamente a la posteridad: *pro notitia posterorum*. A él debemos noticias menudas y triviales, como ésta:

«En tiempo del P. Ignacio no se tocaba la campana para levantarse, ni para la oración, ni para el examen de conciencia, sino que cuando era tiempo de levantarse iba el despertador recorriendo los aposentos y despertando a todos. Luego, cada cual hacía su oración y examen al tiempo debido».

Habían dedicado al sueño siete horas.

---

[146] Según el calendario romano de entonces «las diez horas» corresponden hoy día a las cuatro y media (más o menos) de la mañana, porque el 3 de marzo se pone el sol en Roma a las 18,04; y sabido es que en Roma, hasta el siglo XIX, se contaban las horas del día a partir del *toque del Ave María*, que se daba media hora después del tramonto. Como el sol cambiando a lo largo del año, hay que tener en cuenta, para hacer el cálculo, la hora del tramonto cada día.

El vestirse y la preparación para la misa

Describiendo Lancicio la ropa interior de Ignacio, habla de dos prendas íntimas, que designa con las palabras *subucula* e *indusium;* ambas significan la mismo: *camisa* o *camiseta;* Lancicio las distingue, mas no precisa diferencias; una vez afirma que la *subucula* era de tela negra, en lo cual yerra evidentemente, pues poco antes dice que «la *subucula* en invierno era de tela doble, más gruesa y blanca; en verano, de tela simple y duplicada».

Quizá al vestirse se la pondría por encima del *indusium* para resguardarse en invierno del frío. Así se entiende el caso conmovedor, cuando Javier estaba para emprender el viaje a Portugal y al Oriente; Ignacio, al despedirle, le abrió la sotana por el pecho, para ver cómo andaba de ropa interior, y viendo sólo la camisa sobre las carnes, sin más abrigo, exclamó: «¿Así, Francisco, así?»

En las *Constituciones de 1545* se manda que las *calzas* (que algunos entienden los calzones o bragas) sean «más negras que blancas y pardillas, y anchas, que sin trabajo alguno se calcen y se descalcen».

Los vestidos exteriores, expuestos a la vista de la gente, eran negros, negra la sotana de *paño rontanesco*, ni tan burdo y craso como el de los ermitaños, ni tan precioso y fino como el de los prelados y clérigos muy ricos, decente cual conviene al estado clerical: ni de lujo —escribe Lancicio— ni de paño tan híspido y basto como el que hoy día se teje en Moravía y Bohemia. La sotana se sujeta al cuello con unos broches o hebillas de metal y cae abierta hasta el tobillo, cuatro dedos del suelo, pero ceñida con un ceñidor de lana negra, algún tanto grueso, ancho no más de dos dedos, al modo de los estudiantes teólogos de París; daba una vuelta a la cintura y colgaba no más de dos palmos. El collarín era alto, de modo que no dejaba ver el cuello de la camisa. Ignacio abrigaba el estómago con un paño de varios dobleces, sin duda contra los dolores que padecía.

Para andar por casa no calzaba zapatos, sino unas zapatillas o pantuflos; sólo cuando había de salir fuera, se ponía zapatos, y bajo el pie derecho (el de la pierna destrozada en Pamplona) colocaba dos plantillas, una de tela negra, otra de bayeta roja, y eso le bastaba para disimular su cojera. En lugar de bastón, empuñaba una caña.

El bonete era cuadrado, de cuatro picos, a la manera romana. Así lo dice Lancicio, y así aparece exactamente en la pintura de Jacopino del Conte, retrato de Ignacio, hecho el mismo día de su muerte. Si hacía frío,

se abrigaba en casa con el manteo.

Una vez terminado el aseo matutino —en una palangana, que entonces no había agua corriente— Ignacio pasaba del dormitorio a una estancia inmediata, encima de la portería, que en los primeros años, antes de las nuevas obras, tenía una ventanilla, desde donde podía ver el altar mayor y hacer su oración, mirando a la iglesia por aquella ventanilla, sin ser visto de los que en el templo estaban.

Es en esta estancia donde consagra largo tiempo a la oración. Por las muchas lágrimas que derramaba con la consiguiente enfermedad de los ojos, el papa Pablo III le había dispensado de recitar el Breviario, conmutándole el rezo del Oficio divino por el de algunas oraciones vocales. Este deber lo cumplía por la mañanita, según refiere Gonçalves da Cámara: «Levantábase nuestro Padre ya en este tiempo *(alude al año 1555, anterior a la muerte del Santo)*, por orden del médico y en atención a sus continuas enfermedades, un poco más tarde que los hermanos, rezaba luego las Avemarías, que sustituían al Oficio divino; acabado lo cual, entraba en una capilla que estaba junto a su aposento, a oír misa los días que no la decía».

Esta segunda oración, que Ignacio llama en su *Diario* «oración preparatoria», o más claramente «oración preparatoria de la Misa», comprendía probablemente la oración vocal de las *Avemarías*, la lectura meditativa del *Introito* y demás partes de la Misa del día, la oración de la *Colecta*, etcétera, lo cual significa que tenía el Misal ante los ojos; y por supuesto el arreglo del altar y el revestirse los ornamentos. Así reconcentrado espiritualmente, se acercaba con el mayor respeto al altar.

Como la Misa que va a celebrar es —lo que sucede casi siempre— *de la Santísima Trinidad*, va invocando a las tres Personas divinas:

«Padre eterno, confírmame; Hijo eterno con(firmame); Espíritu Sancto eterno cort(firmame); Sancta Trinidad con(firmame); un solo Dios mío con(firmame); con tanto ímpetu y devoción y lágrimas, y tantas veces esto deciendo, y tanto internamente esto sentiendo; y con un decir: *Y, Padre eterno, ¿no me confirmaréis?* ... Deciendo la Misa... con una cierta devoción calorosa y como rúbea, y muchos anhélitos de asaz devoción».

Y el 22 de febrero:

«Al preparar el altar, ciertas mociones a lacrimar, con un mucho duplicar: *No soy digno de invocar el nombre de la Sanctísima Trinidad;* el cual pensamiento y multiplicación me movía a mayor devoción interna; y al vestir, con esta y otras consideraciones, un abrirse más la ánima a lágri-

mas y sollozos. Entrando en la Misa y pasando por ella hasta el Evangelio, dicho con asaz devoción y asistencia grande de gracia calorosa, la cual parecía después batallar, como fuego con agua, con algunos pensamientos».

Y al día siguiente: «Al preparar del altar, veniendo en pensamiento Jesú, un moverme a seguirle, pareciéndome internamente, seyendo él la cabeza de la Compañía, seer mayor argumento para ir en pobreza, que todas las otras razones humanas... Y pareciéndome en alguna manera seer de la Sanctísima Trinidad el mostrarse o el sentirse de Jesú, veniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo». (Esta es una alusión a la famosa visión de *La Storta,* noviembre 1537). Y sigue el mismo día: «Al tener el Sanctísimo Sacramento en las manos, veniéndome un hablar y un mover intenso de dentro, de nunca le dexar por todo el cielo o mundo o etc., sentiendo nuevas mociones, devoción y gozo espiritual».

El 4 de marzo anota lo siguiente:

«Después de seer vestido, mirando el *Introito* de la Misa, todo movido a devoción y amor, terminándose a la Santísima Trinidad. Después yendo a la oración preparatoria de la misa, no sabiendo por quién comenzar, y advertiendo primero a Jesú, y pareciéndome que no se dexaba veer o sentir claro..., y después razonando adelante con la su divina majestad, un cubrirme de lágrimas, sollozos y de un amor tanto intenso, que me parecía eccesivarnente juntarme a su amor tanto lúcido y dulce, que me parecía aquella intensa visitación y amor fuese señalada o eccelente entre otras visitaciones...»

Favores divinos durante la misa

Bastábale presentarse ante el altar para que su alma se engolfase en altísima contemplación. Así el 4 de marzo:

«Después, casi al cabo *(de la Misa)* tornando a Jesú y cobrando alguna cosa de lo perdido *(por el hablar de algunos en la cámara)* al decir: *Placeat tibi Sancta Trinitas,* etc.... un mucho eccesivo amor y cubrirme de lágrimas intensas... Acabada la Misa y desnudo *(de las ornamentos)*, a la oración del altar tantos sollozos y efusión de lágrimas, todo terminando al amor de la Sanctísima Trinidad, que me parecía no quererme levantar, en sentir tanto amor y tanta suavidad espiritual. Después diversas veces, al fuego *(junto al brasero encendido)*, con interno amor en ella, y mociones a lacrimar; y después en casa de Burgos *(del arzobispo de Burgos y*

cardenal Juan Alvarez de Toledo) y por las calles hasta veintiuna hora (3 1/2 p.m.), en acordárseme de la Sanctísima Trinidad, un amor intenso y cuándo mociones a lacrimar».

Estas últimas palabras, alusivas a las visitas que hacía a grandes personajes de la curia romana, demuestran que las dulcísimas consolaciones y sublimes ilustraciones de la oración matutina le duraban todo el día. Y es que entre los éxtasis de la mañana y los negocios de la tarde no había interrupción espiritual. La acción, para él, estaba compenetrada de contemplación, porque él siempre y a todas horas se hallaba en la presencia de Dios. Muchos se sorprenderán al ver que aquel Ignacio, a quien se ha querido pintar como un férreo asceticista, era el hombre de las lágrimas y sollozos, de los afectos y ternuras; un perpetuo contemplativo, sumergido en un mar de carismas divinos. Va por las calles de Roma, entra en palacios de cardenales, de embajadores y de amigos, para tratar negocios que requieren muy fina diplomacia y mucho conocimiento de los hombres, y va siempre como poseído de Dios.

Por todo su *Diario espiritual*, que no es otra cosa que una larga oración, apuntes y recuerdos de lo que le ha pasado con Dios, se ve fluir un río de lágrimas intensas y suaves, dirigidas al amor, siempre creciente, de la Santísima Trinidad y de Jesús y de Nuestra Señora. Particular atención merecen sus visiones.

Visiones más intelectuales que imaginativas

Las visiones de S. Ignacio no suelen ser de figuras corpóreas o imaginarias, al modo humano, sino intelectuales, con muy poco o casi nada de fantasía. Una visión de la esencia divina en figura de Sol se le representó en la Misa del 6 de marzo: «Entrando en la Misa con una satisfacción interior y humilde; y pasando adelante por la Misa hasta *Te igitur*, con mucha interna y mucho suave devoción, diversas veces veniendo mucho tenuamente, con interna suavidad como a lacrimar. Al *Te igitur*, sentiendo y viendo, no en oscuro, mas en lúcido y mucho lúcido, el mismo ser o esencia divina en figura esférica un poco mayor de lo que el Sol parece, y desta esencia parecía ir o derivar el Padre, de modo que al decir: *Te, id est, Pater,* primero se me representaba la esencia divina que el Padre, y en este representar y veer el seer de la Sanctísima Trinidad sin distinción o sin visión de las otras Personas, tanta intensa devoción a la cosa representada, con muchas mociones y efusión de lágrimas... y amor muy crecido y muy intenso al seer de la Sanctísima Trinidad».

Repetidas veces dice que con la efusión de tantas «lágrimas intensas», perdía el hablar (así dos veces el 17 de marzo). Alguna vez declara haber visto «a la Madre y al Hijo propicios para interpelar al Padre», «sentiendo o viendo al mismo Espíritu Sancto». Y otros días se repite la visión de la esencia divina, al modo dicho. Así el 27 de marzo: «Antes de la Misa lágrimas, y en ella muchas, todo terminándose a acatamiento y con visión del seer divino en figura esférica, como las otras veces pasadas». Casi igual el 6 de marzo.

El 30 de marzo Dios nuestro Señor le anima a confiar: «Muchas lágrimas, y en la Misa con mucha abundancia dellas, continuando por toda ella; y después mucho intensas. En este intervalo de tiempo me parecía que la humildad, reverencia y acatamiento, no debía ser temeroso, mas amoroso, y así esto me asentaba en el ánimo, que *fientadamente* (i.e. *fiadamente*, del ital. *fidente* o *fidante*) decía: Dadme humildad amorosa, así de reverencia y acatamiento... En estos entervalos diversas veces con visión del seer divino en figura circular, como antes». Esta última frase de la visión divina se repite el 2 de abril.

Las escuetas frases que hemos citado del Diario espiritual bastan para que cualquier lector pueda adivinar con qué fervores místicos celebraba Ignacio la santa Misa; cómo se preparaba a ella con larga oración; cómo se derretía en lágrimas abundantes, intensas y suaves, tan frecuentes, que estuvo a punto de perder la vista; cómo se dejaba inundar por un torrente diario de consolaciones divinas; cómo se arrobaba ante la Hostia consagrada, que se elevaba en sus manos igual que un Sol naciente que seguiría alumbrando su alma durante todo el día[147].

No todos podrán seguir la lectura de este *Diario espiritual* sin fatigare, No está escrito para ser leído. Tan sólo un estudioso bien versado en teología mística lo leerá con admiración y con provecho espiritual. Que no está escrito para ser leído, lo está proclamando la interrupción casi

[147] Véase el importante estudio de A. SUQUÍA GOICOECHEA, *La Santa Misa en la espiritualidad de San Ignacio de Loyola* (Madrid 1950). Después de estudiar la espiritualidad trinitaria del Santo, escribe: «La espiritualidad eminentemente trinitaria de S. Ignacio de Loyola se acentúa de manera sorprendente en su *Diario:* en 70 páginas de texto hay 170 pasajes referentes a la Trinidad, sin contar los que se refieren a cada una de las Personas divinas en particular (p.78-77). Y poco después: «Para San Ignacio la Santa Misa no es tan sólo el acto supremo de culto, por el que honra y sirve a la augusta Trinidad, sino también medio el más eficiente, camino el más seguro, que le conduce al término de la unión mística, consumada, con las divinas Personas» (p.179).

continua de las frases, la frecuente omisión de palabras necesarias y el ningún cuidado de que le entiendan exactamente su lenguaje. Está escrito para su autor y para nadie más; de ahí que muchas de sus páginas, principalmente las últimas, sean puras alusiones, que el profano jamás acertará a descifrar. A pesar de esa aspereza cortical, hay que reconocer que la pluma de Ignacio ha escrito en este *Diario* íntimo y privado párrafos de indudable belleza literaria y expresiones hondas, sabrosas, musicales y poéticas. La liturgia de entonces daba mucha libertad para escoger la Misa de cada día; por eso S. Ignacio, dejándose llevar de su devoción, celebraba preferentemente *De sanctissima Trinitate* y con no tanta frecuencia las *Misas De Spiritu Sancto, De nomine Iesu, De beata Virgine,* sus grandes devociones.

En los últimos años —apunta en su Memorial Conçalves da Cámara — «no podía nuestro Padre decir Misa sino los domingos y días de fiesta, porque tenía un estómago tan enfermo, que si se ponía una camisa lavada, su frialdad le causaba tanta náusea, que al día siguiente no podía decir Misa, por lo cual solía vestirla siempre el sábado por la mañana, o el viernes por la noche. La tarde precedente al día en que había de decir Misa mandaba buscar un misal, y en su cámara la leía al modo de Roma, que es hablar el sacerdote tan alto, que pueda ser bien oído en todo el templo. Y así el Padre, aun cuando estaba en la capilla, la entonaba en voz tan alta, como si estuviera en la iglesia».

«Solía orar con tanto fervor y vehemencia —son palabras de Ribadeneira— que de la mucha atención y fuerza grande de espíritu que ponía, le acaeció caer enfermo. Y el año de mil y quinientos y cincuenta llegó a punto de muerte por haber celebrado dos Misas, una tras otra, sin intermisión, el día del Nacimiento de nuestro Redentor».

Los médicos de entonces no acertaron a diagnosticar su enfermedad y menos a curarla. ¡Lo que por eso le hicieron sufrir!

Dos horas de oración después de misa

Una vez concluido el santo sacrificio, que duraba ordinariamente, según O. Manare, «poco más de una hora», porque las lágrimas le impedían mayor celeridad, se quedaba en acción de gracias, haciendo su *tercera oración* por espacio de dos horas. Dos horas en las que trataba con Dios todos sus negocios en largo coloquio inenarrable, sintiendo en lo más hondo de su alma las comunicaciones admirables de la Divinidad y en su cuerpo una especie de transfiguración esplendorosa. Oigamos sobre esto a

Gonçalves da Cámara en su *Memorial:*

«Después de la Misa quedábase en oración mental por espacio de dos horas; y para que no le estorbasen, mandaba que todos los recados que viniesen de la portería para él, me los diesen a mí, que era ministro, en su lugar. Algunos de los cuales, por ser de importancia y de personas a quienes convenía que él respondiese luego, se los llevaba yo mismo a la capilla. Acuérdeme que todas las veces que a eso entré, que fueron muchas, lo hallé con un rostro y semblante tan resplandeciente, que con no ir yo con otra mira e imaginación sino la del recado, quedaba espantado y como fuera mí; porque no era como lo que muchas veces había visto en personas devotas, cuando están en oración, sino que claramente parecía cosa de los cielos y muy extraordinaria».

Unos fragmentos del *Diario espiritual*, escogidos al azar, nos permitirán entender lo que era esta tercera hora de meditación ignaciano: Leemos el día 8 de febrero:

«Después de la Misa, con devoción y no sin lágrimas, pasando por las elecciones por hora y media o más, y presentando lo que más me parecía por razones y por mayor moción de voluntad, es a saber, no tener renta alguna *(si las casas profesas pueden tenerla o no, éste es problema que no veía claro),* queriendo esto presentar al Padre por medio y ruegos de la Madre y del Hijo, y primero haciendo oración a ella por que me ayudase con su Hijo y Padre, y después orando al Hijo me ayudase con el Padre en compañía de la Madre, sentí en mí un ir o llevarme delante del Padre, y en este andar un levantárseme los cabellos, y moción como ardor notabilísimo en todo el cuerpo, y consecuente a esto lágrimas y devoción intensísima... A la tarde, por hora y media o más, andando por las elecciones asimismo, y haciendo elección de no tener nada, hallándome con devoción, me hallaba con una cierta elevación y muy tranquilamente».

Los días siguientes son más tranquilos, llenos de luz, de paz, de consolación. Desde el 11 de mayo comienza a oír la voz dulcísima de Dios en su alma, la *loqüela interna* y la *loqüela externa*.

«En todas las Misas de la semana, aunque no tan visitado de lágrimas, con mayor quietud o contentamiento en toda la Misa por el gusto las loqüelas con devoción... Las (lágrimas) de este día me parecían mucho, mucho diversas de todas otras pasadas, por venir tanto lentas, internas, suaves, sin estrépito o mociones grandes... todo moviéndome a amor divino y al don de la loqüela *divinitus concesso*, con tanta armonía interior cerca la loqüela, sin poderlo exprimir».

Y al día siguiente en la Misa un cubrirse de lágrimas. «Todas éstas eran como el día pasado, y con el tanto gusto de la loqüela interior un asimilar o recordar de la loqüela o música celeste, creciendo la devoción y afecto con lágrimas en sentir que sentía o aprendía divinitus».

¡Lástima que la pluma del Santo, que no escribía para los demás, sino para sí solo, juzgara innecesario explicar qué significaba ese *don de la loqüela divinitus concesso con tanta armonía interior*, y esa *loqüela o música celeste,* etcétera. Y las palabras del 22 de mayo (fiesta de la Ascensión); «dubitaciones del gusto o suavidad de la loqüela, que no fuese *a malo spiritu* en cesar la visitación espiritual de lágrimas...; me delectaba en el tono de la loqüela cuanto al sonido, sin tanto advertir a la sinificación de las palabras».

Sigámosle en su distribución diaria.

Terminadas sus largas oraciones, a saber, la primera *oración sólita*, o acostumbrada, antes de levantarse, iniciada alguna vez a las cuatro y media de la mañana; la oración preparatoria para la Misa, según la hemos descrito; y la que servía de acción de gracias, después del Santo Sacrificio.

De la capilla pasaba a su aposento de estudio y trabajo. Ignacio no desayuna. No era costumbre general en aquel tiempo. El ordenó para sus hijos que solamente se sirviese desayuno a los débiles y enfermizos. «A éstos se les dará medio panecillo y una copa de vino, para que puedan trabajar con mayor ahínco en sus estudios».

Tampoco se hace mención de la merienda en los documentos, porque seguramente no existía, a no ser por excepción.

El despacho del Prepósito General

Las tareas del General de la Compañía a lo largo de la jornada eran agobiantes. Como él solo no podía llevar toda la carga, allí estaba Polanco, el secretario ideal, que le arreglaba los papeles, le copiaba los documentos, le escribía muchas de las cartas de oficio y le sugería mil cosas que se podían hacer y en qué manera. Y al lado de Polanco estaban disponibles y prontos a echar una mano Nadal, Cámara y el joven Ribadeneira, entre otros.

La sala de trabajo de Ignacio era sumamente modesta y sencilla. Sus proporciones eran de 5,50 m. de largura, 3,50 de anchura y 2,60 de altura. La ostentación le repugnaba al Santo. Sencillez y limpieza eran sus normas. «En su habitación privada —asegura Oliverio Manare— no tenía

sobre la mesa otros libros que el Nuevo Testamento y Tomás de Kempis *(autor de la Imitación de Cristo)*, a la que Ignacio solía llamar la perdiz de los libros espirituales»

Quien lea la brillante página que le dedicó el protestante investigador Heinrich Boehmer, se imaginará que el despacho del General de la Compañía de Jesús era como el de un primer Ministro de los Estados modernos, con sus mecanógrafas, cancilleres, secretarios, jefes de sección y otros alfiles de la moderna burocracia.

El renombrado historiador alemán, después de puntear en un mapamundi los cientos de domicilios y colegios jesuíticos establecidos en uno y otro hemisferio antes de la muerte de S. Ignacio, exclama: «Esa línea combate enormemente dilatada está regida y comandada por una sola voluntad. Pues todos los hilos del gobierno de la Orden vienen a convergir en un solo lugar: el despacho del General en Roma. Este despacho es semejante al de un príncipe, y el General mismo parece tan poderoso como un príncipe. Está en relación con casi todas las cortes católicas, recibe cartas, consultas, comunicaciones secretas de todas las partes del mundo católico. Le llegan con regularidad, al menos cada tres meses, informes extensos de todos los domicilios europeos de la Orden; y más frecuentemente aún, relatos confidenciales de todos y cada uno de sus discípulos. Su despacho se convierte así en una cancillería eclesiástico-política y al mismo tiempo en una oficina de información de gran estilo. Si en alguna parte, aquí podemos informarnos acerca de los fines, y los éxitos de la actividad de la Orden»

Ciertamente, añadiré yo, allí despachaba Ignacio los negocios con sus colaboradores; allí recibía la correspondencia que le llegaba de los cuatro puntos cardinales: unos le informaban del avance del Catolicismo en tierras invadidas por la herejía y en lejanos países de infieles; hablaban otros de los peligros que amenazaban a la Iglesia en pueblos de antigua raigambre cristiana; muchos, de las varias vicisitudes de la Compañía al establecer nuevas casas en ciudades abiertas a la cultura o en campos incultos; muchísimos de problemas puramente espirituales; y todos, en una o en otra forma, venían a pedirle consejo e instrucciones, que él repartía generosamente y con amor, proponiendo soluciones para problemas enredados, sugiriendo iniciativas, consolando a los tristes o desalentados, animando y espoleando a otros, o bien dando gracias a los bienhechores, que eran muchos y poderosos, pidiendo favores y recomendaciones cuando se trataba de monarcas, virreyes y príncipes de la Iglesia.

Pues bien, esa admirable oficina central de actividades católicas no se componía de múltiples departamentos, bufetes, consultorios, etc. Era una modestísima habitación, más pobre que la de Felipe II en el Escorial, con una sola mesa, que al decir de Lancicio «no estaba cubierta con paño alguno, sino desnuda y de absoluta sencillez». Toda la inmensa labor cancilleresca la llevaba personalmente Ignacio con un solo secretario, aunque éste de dotes excepcionales: el burgalés Juan Alfonso de Polanco, cuya labor describimos al tratar de las *Constituciones* de la Compañía.

Con ser tan pesado el trabajo de gobierno y administración que diariamente había que despachar, solían amontonarse otros de muy diversa índole. Recuérdese que él era prácticamente maestro de novicios, aun cuando hubiese otro que llevase el título, y director espiritual de muchos de Roma y de fuera de Roma. Sin su presencia operativa y actuante difícilmente le sustituiría otro en el oficio de «moldeador de hombres». Sobre él pesaba la gran responsabilidad de crear el genuino espíritu de la nueva Orden y de infundido en los jóvenes reclutas. No sería corto tiempo que le robarían las consultas de un novicio que flaqueaba en vocación; de otro que no sabía orar o que padecía escrúpulos, melancolías, dudas, tentaciones, y de muchos que le vendrían con pueriles impertinencias. Lo que ciertamente podemos afirmar, porque lo refieren ellos mismos, es que nadie salía triste del aposento de Ignacio, donde a veces se oían risas juveniles y bulliciosas.

El huertecillo o jardín

Sabemos que alguna vez se sentaba en el alféizar de la ventana, mientras su joven interlocutor se acomodaba en una silla. Para dialogar de cuestiones íntimas o con algún amigo salía a un pequeño huerto o jardín de la casa, que podía servir de esparcimiento y solaz y que Ignacio podía ver desde su aposento. Gonçalves da Cámara cuenta cómo el 4 de agosto de 1553, «estando el Padre en el huerto, junto a la casa o aposento que se dice del Duque *(de Gandía)*, yo le empecé dar cuenta de algunas particularidades de mi alma». Este mismo sujeto, en una especie de solana o azotea, que llamaban la Torre Rossa (de Rossi), escuchó de labios del Santo el relato de su vida, que luego el diligentísimo portugués, con maravillosa fidelidad, puso por escrito, y que suele titularse *Autobiografía de Ignacio de Loyola*.

«Muchísimas veces —escribe O. Manare— le vi paseando por el jardín y mientras paseaba, a ratos detenía el paso y levantaba los ojos al cielo,

meditabundo». Sería en estos momentos, o mientras meditaba solitario en la solana, cuando dejaba escapar de sus labios aquel suspiro contemplando el cielo: *Heu! Quam sordet terra, cum coelum aspicio.*

Los mismos sentimientos debió de expresarlos muchas veces, pues lo notó con admiración Ribadeneira: «Vímosle muy a menudo —dice— tomando ocasión de cosas pequeñas, levantar el ánimo a Dios, que aun en las mínimas es admirable. De ver una planta, una yerbecita, una hoja, una flor, cualquier fruta, de la consideración de un gusanillo o de otro cualquiera animalejo, se levantaba sobre los cielos y penetraba lo más interior y más remoto de los sentidos; y de cada cosita destas sacaba dotrina y avisos provechosísimos para instrucción de la vida espiritual».

Algunas veces cuando componía ese código inmortal que son las *Constituciones* de la Compañía, y no quería que viniese nadie a distraerle, refiere el P. Aníbal de Coudret que, «cuando el día estaba sereno, se retiraba al huerto de un amigo romano, y allí poniendo en medio del huerto una mesa con las escribanías y el papel, iba escribiendo lo que se le ofrecía».

Las frugales comidas del Santo

Cuando llega la hora de la refección meridiana, suena en casa una campanilla de mano, indicando que es la hora de comer en el refectorio. La comida era entonces muy anterior a la de nuestros días. En las *Reglas del despensero* se ordena: «En invierno tocará la campana para comer una hora y cuarto antes del mediodía, a fin de prevenir al cocinero y a los demás de la casa; pasado un cuarto de hora (i. e. a las 11) tocará de nuevo la campana y todos acudirán inmediatamente». «En verano la primera refección será dos horas antes de mediodía» «En el tiempo que se está en la mesa léase algún libro bueno para tal tiempo, según la discreción del Rector». Solía ser primeramente algo de la Biblia, después la vida de un santo y por fin un capítulo del *Kempis*.

«Ignacio comía separadamente —anota Lancicio—, a mediodía poquísimo, en la cena algo más, pero muy parcamente. En las fiestas principales le gustaba venir a comer con la comunidad»[148].

[148] FN III, 721. No comiendo con la comunidad, cambiaba algunos días de hora. Así 2 de marzo de 1545 vemos que comió a la 1,30 p.m. De los huéspedes se habla en varias ocasiones, v. gr. «El sábado pasado *(23 de febrero 1555)* pidió uno licencia a nuestro Padre de traer a comer a casa un cierto religioso, muy amigo y familiar y sólito a venir» (FN I, 652). —«Comía una vez con nuestro Padre D. Pero de Sárate,

Tenía por costumbre comer en su propio aposento en compañía de algunos Padres más graves de casa, y con frecuencia invitaba a ciertos huéspedes ilustres o amigos a que le acompañaran en la mesa, o como él decía, a «hacer penitencia». Frase clásica y corriente entre los cortesanos, que recogió Cervantes y la puso en labios de Don Quijote cuando invitó al Bachiller Sansón Carrasco. El hecho de recibir huéspedes le precisaba a no ajustarse en el horario con la exactitud matemática de la comunidad. Otras veces lo hacía por motivos que ignoramos, v. gr. el 12 de marzo de 1544 parece que estaba completamente solo y escribe en su diario: «Después de *dadas decinueve horas* (1½) asentando a comer y de ahí a buen rato... un confirmar con lágrimas y con toda seguridad cerca todo lo determinado»

De las comidas de S. Ignacio lo sabemos todo, desde el menú hasta el número y modales de los sirvientes y el estado de los manteles y toallas. Conocemos las recetas de los médicos, en que le señalan las viandas que puede comer y las que no debe comer. Recojamos el testimonio de uno de sus comensales; es largo, pero interesante. Habla L. Gonçalves da Cámara:

«Bendecía la mesa en pie, preparándose y recogiéndose siempre primero un poco, como acostumbraba en todas las cosas de Dios. Estaba con una devoción y reverencia tan particular, que muchas veces nos espantábamos y poníamos los ojos en él los que estábamos presentes. Daba las gracias de la misma manera; no recuerdo si de pie o sentado. Usaba para la bendición esta fórmula:

—Benedicite. —Deus. —Nos et ea quae sumpturi sumus, benedicat Deus trinus et unus, Pater et Filius et Spiritus sanctus. —Amen.

Y en la acción de gracias usaba esta otra:

—Laus Deo, pax vivis, requies defunctis. Patea noster. [Et ne nos inducas tentationem]. Sed libera nos a malo. Amen. Christus Iesus det nobis suam sanctam pacem, benedictionem et post morten vitam aeternam. Amen. Beata viscera Mariae Virginis, quae portaverunt aeterni Patris Filium. Amen.

Y prosigue el portugués:

«Diré aquí lo que me acordare de la mesa de nuestro P. Ignacio. Comía nuestro P. Ignacio en una cámara contigua a aquella en que dormía. Comían con él los Padres con quienes consultaba los negocios de la Compañía, los cuales eran en el tiempo que yo estuve allí, los Padres

hombre muy devoto, celoso de la honra de Dios, el cual andaba por entonces pidiendo instantemente al papa, al emperador y al rey de Castilla, que instituyesen un convento en el Santo Sepulcro de Jerusalén» (FN I, 711).

Laínez, Salmerón y Bobadilla, cuando estaban en Roma; Nadal, Madrid y yo, que residíamos en la casa; Olave y Frusio, que muchas veces venían de los Colegios (Romano y Germánico) a casa; y Ribadeneira, a quien algunas veces mandaba llamar del Colegio donde estaba. Además de éstos, cuando algunos Padres o Hermanos se iban de Roma, o venían de nuevo a ella, comían ordinariamente con él, algunos de los últimos o de los primeros días, en señal de caridad y hospitalidad. Otras veces también algunas personas de fuera, hombres de autoridad y virtud y devotos de la Compañía, a los cuales nuestro Padre, cuando convidaba, decía: Quédese vuestra merced con nos, si quiere hacer penitencia».

Del antepasto a los postres

Gonçalves da Cámara, que vivió en Roma con el Santo los años (incompletos) de 1553-1555, es el autor de lo que últimamente hemos dicho sobre el yantar de Ignacio y los suyos. De su *Memorial* seguimos tomando algunos datos más precisos.

«Lo que a la mesa se comía era: en invierno carnero, y en el verano campariche (?), que son vacas, y andan en Roma al precio del carnero; y otra suerte de carne, como cabrito o ave alguna de pluma, en ningún modo venía a la mesa, por más que hubiese huéspedes. No se daba ninguno porción propia, sino que poníase toda la carne en un plato en medio de la mesa, y de allí tomaba cada uno para su plato en que comía. En el yantar no me acuerdo si había antepasto; en la cena se daba de antepasto en invierno unas ensaladillas cocidas, o unas salserillas *(tacitas)* de zanahorias, y en verano unas ensaladas de hierbas, o un poco de fruta de la común del país. Y el postre era ordinariamente queso, o alguna de las frutas que dije. Y así se acababa la mesa.

Con todo, cuando el Padre estaba enfermo, se comía carne; dábanle un pollastro, mas por falta de cocinero que supiese aderezar las cosas, venía ordinariamente insípido y mal guisado... La cantidad de lo que nuestro padre comía era muy poca; y así la porción de carne o pescado que tocaba a los compañeros de su mesa era pequeña. A este propósito me acuerdo que trayéndonos un día a la mesa cazón (pez que en Roma es más nocivo que en Portugal), dijo uno de nosotros al P. Bobadilla, que no comiese de ello, porque le haría mal; a lo que él, adelantándose, respondió: *Modicum veneni non nocet*.

Tornando a nuestro P. Ignacio, todos los que lo trataron se espantaban de la gran mortificación que mostraba en su comer; porque no

digo alabar o hacer alguna fiesta a lo que comía, ni entonces ni después de comer, pero ni siquiera mostraba una mínima señal de gusto de las cosas, por mejores que fuesen; sino que después de levantada la mesa, si los compañeros hablaban de esta materia, algunas veces decía esta sola palabra: *Yo entraba bien en ello*. De la misma manera, si lo que se ponía en la mesa estaba mal sazonado, traía mucha sal o ninguna, aunque fuese tal que pudiese ser en perjuicio de su salud, ni por eso lo desalababa o se quejaba con gesto o palabra ninguna cuanto duraba la mesa, si bien después de levantada daba penitencia a Giovanni Battista (Anzola), que era cocinero, para ejercicio de su mucha virtud...

«Y como su estómago no sufría cosa ninguna aceda, traíasele un poco de vino dulce por orden del médico; y aunque muchas veces, por mala preparación, era muy acedo, todavía el Padre lo bebía sin decir ni significar cosa alguna. Y después de acabada la mesa, llamaba al Hermano que de eso tenía cuidado y le avisaba diciendo: Hoy el vino estaba un poco acedo. Era esto tanto, que, cierto, me parecía en esta parte haber perdido el gusto. Y así en todo el tiempo que estuve en Roma, nunca me acuerdo que ordenase le hiciesen alguna cosa para comer, ni que significase el modo con que holgaría de ser guisado lo que comía. Y la fiesta que a veces le hacíamos era darle cuatro castañas asadas, que por ser fruta de su tierra y con que él se criara, parecía que holgaba con ellas... Y en algunas de estas pláticas familiares mostraba nuestro Padre que no era nada tétrico y pesado, sino que tenía la alegría y facilidad religiosa, muy ordenada y en armonía con la gravedad y prudencia; y así, sin faltar a ninguna de estas virtudes, hacía a las veces fiesta a lo que los otros modesta y graciosamente decían y hacían.

»Era la mesa, aunque pobre como dije, muy limpia en todo. Una vez comimos sin nuestro Padre algunos Padres de casa; y no teniendo por entonces cosa alguna, sino dos o tres huevos para cada uno, después de ellos nos presentó luego el Hermano que servía unos panecillos en un plato, cubiertas de vino y de hojas de salvia, como para limpiar los dientes; al cual le dijo uno de nosotros: ¿Ya traéis panes para limpiar los dientes, cuando aun no tuve con qué ensuciarlos? De la cual respuesta gustó nuestro Padre cuando después se la contaron...

»Comiendo una vez con nuestro Padre el P. Poncio. (Cogordan), que era Procurador de la casa, acertó a decir graciosamente que un Cardenal con quien él fuera a yantar, le diera lampreas a comer. Era él naturalmente un poco apretado, y nuestro Padre deseaba mortificarlo internamente en

aquella inclinación y perfeccionarlo en la caridad para los Hermanos, y a este fin le respondió así: Pues ¿paréceos bien que vos comáis lampreas y los Hermanos no tengan sardinas para comer? Pues ahora buscaréis lampreas para que todos los Hermanos las coman. Comenzó a excusarse mezquinamente y a afligirse con la falta de dinero, mas nuestro Padre no desistió de lo que le había dicho, hasta después de algunos días que lo trajo en aquella aflicción y mortificación».

En atención a los huéspedes exigía que se portase a su mesa algún plato mejor que a la comunidad, mas él no disfrutaba de las viandas delicadas. Eso le extrañaba a Ribadeneira, joven de buen apetito, el cual hace constar con admiración: «No puede comúnmente comer cosa buena, sino lo ruin, como fructas, queso, etc.; y *tamen* el comer le ayuda mucho... En el comer las contrarias cuasi solas hallaba gusto, y así comía duraznos, queso, vaca etc... Cosas buenas y bien guisadas comúnmente no podía comer».

Nos ha dicho Gonçalves da Cámara, que entre los comensales particulares de Ignacio se veía de vez en cuando al joven Pedro de Ribadeneira, quien sin duda por su carácter juguetón y alegre entretenía al Santo. Dos años más que Ribadeneira tenía Benedetto Palmio, a quien Lancicio llama «muchacho regordete y de buen diente» (aunque había nacido en 1525). Gustábale a Ignacio verle comer con excelente apetito, razón por la cual invitábale a menudo, y gozaba mirándole, y le animaba a que comiese con ganas y sin rubor.

Pronto se reveló este joven, antes de ser sacerdote, como gran predicador. Supo un día S. Ignacio que Palmio, satisfecho de sus primeros sermones, había rogado a una viejecita que viniese a oírle. Cayóle en gracia al Santo esa autopropaganda, y en adelante, cuando quería recompensarle al joven predicador por alguna cosa bien hecha, le decía zumbonamente: Palmio, si me haces esto bien, yo te prometo llevar alguna viejecita a tu sermón.

Pues bien, este Benedetto Palmio, natural de Parma, nos dejó un testimonio magnífico de la distinción y aristocracia de Ignacio en el comer, como en todo. Dice así en su *Autobiografía*: «Aunque la mesa de Ignacio resplandecía por la parsimonia y la frugalidad, exhalaba no sé qué perfume áulico; eran dos o tres los que servían, principalmente cuando había convidados de fuera. La copa del vino se escanciaba con tanta elegancia y cortesanía, que ni en los palacios se haría mejor».

Cortesía, limpieza y decoro religioso

Su delicadeza en el trato con todos brillaba en cualquier ocasión, aun con personas de ninguna significación social o política, como los cinco jóvenes que vinieron de Ferrara en la primavera de 1555, para entrar en el noviciado. Debían de ser muy conocidos del abad Jerónimo Martinengo, personaje de alto coturno, que había sido Nuncio ante Don Fernando rey de Romanos, y ahora quería hacer los *Ejercicios* en Roma. Con mucha deferencia y obsequiosidad ordenó Ignacio al P. Ministro: «Los tres muchachos de Ferrara vayan mañana a comer al Colegio, porque el Abad come allá; y a los otros dos que quedan se les puede decir que irán otro día, porque no se desconsuelen». Y comenta Cámara: «Suele nuestro Padre tener grande cuenta con no ofender a ninguno; y este cuidado llega a todas las cosas, hasta estos que son novicios de la primera probación; y así se puede decir del Padre, que es el más cortés y comedido hombre, cuanto a lo natural».

La limpieza era lo primero que Ignacio exigía en todo, limpieza en las personas y limpieza máxima en los objetos de uso común y en las cosas personales. Los sirvientes a la mesa debían presentarse con mandiles blancos, limpios y tersos; a fin de que ellos tuviesen siempre las manos limpias, se ponía una toalla, colgada en el pasillo de la cocina al comedor. Los tránsitos de la casa tenían que estar limpísimos. Hasta los viales del jardín había que barrerlos por lo menos tres veces por semana; las propias habitaciones, todos los días (el Ministro o Sotoministro, según Lancicio, iba a echar una ojeada durante la misa de los Hermanos).

Este afán de limpieza y aun de nitidez y elegancia escandalizó al principio a los que, como el P. Pascasio Broet, lo juzgaban mundanidad. Se explica porque Broet era de nacimiento un aldeano, mas no tardó en comprender que los modales de Ignacio no eran residuos de su educación cortesana, ni melindres de señorita, indignos de un religioso, sino algo natural en él y no fingido, y que sobre todo iba impulsado por motivos sobrenaturales.

«Tres cosas —escribe Manare— recomendaba Ignacio a sus hijos en lo tocante a la disciplina externa y al decoro religioso: a saber, la *limpieza* de toda la casa y de los vestidos; el *silencio*, y finalmente la *clausura;* son indicios de que en una casa religiosa la buena disciplina está en vigor».

Visitas postmeridianas

Ignacio, después de comer, no echaba siesta, ni era costumbre en aquel tiempo en las casas de la Compañía. Lo que él mandaba a todos era entretenerse una hora, después de comer y de cenar, en ocupaciones ligeras. A él mismo le gustaba entonces no hablar de cosas serias y desagradables, sino fomentar conversaciones joviales *(sermones habebat iucundos* escribe Maffei). El tratadito *De ratione gubernandi* nos dice: «La hora que en la Compañía tenemos de quiere o de recreación después de comer y de cenar, no es solamente para que en aquella hora no haga daño el atender al estudio o a la oración, sino también para que los Padres y Hermanos se traten y con aquella comunicación se conozcan y amen más. Esto me respondió a mí nuestro bienaventurado Padre (testifica Ribadeneira), diciéndole yo que los Superiores del Colegio Romano que querían quitar el espacio de quiete, que las noches de Cuaresma se usaba».

Lo que hacía Ignacio en ese tiempo era reunir a los Padres para la *consulta doméstica de sobremesa*. «El modo que guardaba en las deliberaciones y consultas —según G. da Cámara— era éste: todos los días, en acabando de comer, así al yantar como a la cena, el Hermano que alzaba el mantel ponía sobre la mesa un reloj de arena; y cuando se había de proseguir un negocio, del que ya habían comenzado a hablar, ponía juntamente en señal de ello una naranja. Traían todos los Padres a la consulta sus papeles, en donde apuntaban lo que nuestro Padre quería que hiciesen sobre el negocio. Preguntaba luego por orden a cada uno, no tratando nunca más de una sola cosa. Y así oyendo y respondiendo a todos, estábase hasta que la arena del reloj acababa de correr. Acabada la hora, se levantaba y ponía fin a la consulta»

Llamando a Polanco, despachaba con él la parte restante de la correspondencia y, con esto, era llegada la hora de las visitas.

Cuando tenía que hacer una súplica o pedir personalmente un favor al Romano Pontífice, y lo mismo se diga de algún Príncipe de la Iglesia o a otro personaje de mucha influencia, aprovechaba estas horas postmeridianas, porque decía que después de una buena comida los encontraba más propicios y benévolos que en cualquier otra ocasión. Tratándose de los papas, tal recurso no le era necesario, pues asegura Nadal que «nunca pidió a los Pontífices romanos una cosa que no se la concedieran»“.

En eso de buscar las circunstancias más oportunas para sus negocios, S. Ignacio era maestro. En 1554 hízole saber a Felipe II, todavía príncipe de España en ausencia de su padre, que el Colegio Romano y sus pro-

fesores pasaban grandes estrecheces económicas; por lo cual sería conveniente remitir al papa unas letras comendaticias. Así lo hizo Don Felipe escribiéndole a su embajador en Roma el 22 de abril lo siguiente:

«Embaxador... Os encargo mucho que, dando a Su Beatitud la carta que le escribo en vuestra creencia, le supliquéis de mi parte que mande favorecer mucho al dicho Colegio... y que mire por los religiosos dél como lo merece su buena vida y cristiandad; y el mismo oficio haréis de mi parte con las otras personas a quien conviene hablar...; yo escribo sobre ello al P. Maestro y a algunos cardenales de corte, y seré muy servido de todo», etc.

Las cartas reales no tardaron en llegar. El embajador D. Juan Manrique de Lara, estaba ausente de Roma, en la guerra de Siena, pero hacía sus veces D. Fernando de Montesa, quien, por indicación del Santo, retuvo la misiva del rey hasta el día 16 de diciembre, en que llegaron noticias de la vuelta de Inglaterra a la obediencia romana. Optima coyuntura para hablar con el papa, que no cabía en sí de gozo y no podía menos de otorgar lo que se le pedía. En efecto, corrió Mantesa precipitadamente al Vaticano, y presentó las cartas a Julio III. «Estando el papa muy alegre y benévolo al príncipe», anota G. da Cámara, concedió todo lo que se le pedía sin dificultad. Inmediatamente Montesa se lo comunicó a Ignacio aquel mismo día 16 de diciembre: «En esta hora, que son dos horas de noche, salgo de palacio de hablar a Su Santidad con la carta del serenísimo rey de Inglaterra *(Felipe II)*. Está, cierto, el papa tan bien animado, cuanto se podría desear, ansí por el negocio en sí, cuanto por la recomendación del rey tan caliente y afectuosa»[149].

Las visitas del Santo al Romano Pontífice no eran raras, aunque más de una se las ahorraba sirviéndose de los numerosos y eficaces valedores que tenía en la curia. Más frecuentes eran las visitas a los cardenales. Entre los purpurados contó siempre multitud de amigos.

Galería de amigos poderosos

En el cuadro de los más íntimos y de plena confianza tienen que figurar, sin falta, cardenales como Gaspar Contarini, caudillo y guía de los amantes de la reforma eclesiástica, que hizo los Ejercicios espirituales bajo

[149] *Epist. Mixtae* IV, 481. Añade G. da Cámara: «A seis del presente Hebrero el papa se determinó en consistorio de dar al Colegio una reserva de 2.000 ducados de renta, y cada mes 50 sobre sus rentas, empezando luego agora» (*Memoriale*, FN I, 661). Por la muerte del papa, nada se hizo.

la dirección de Ignacio de Loyola y que dio a éste la gran satisfacción de tener de obtener Pablo III la aprobación canónica del Instituto de la Compañía de Jesús; Marcelo Cervini, de tanta santidad como sabiduría, que será papa con el nombre de Marcelo II, quizá el más identificado con el espíritu de Loyola; el cardenal Juan de Burgos, Juan Alvarez de Toledo O. P., que era tío del Gran Duque de Alba y gozaba de toda la confianza de Ignacio; Alejandro Farnese, nepote de Pablo III y espléndido mecenas, que construyó, entre otros monumentos, la fastuosa iglesia del Gesù; Juan Morone, cofundador con Ignacio del Colegio Germánico y alma del concilio de Trenzo en su tercera época; Reginaldo Pole, el cardenal inglés, de estirpe regia; Bartolomé de la Cueva, hijo del Duque de Alburquerque, cordial amigo de Ignacio y generoso favorecedor de los jesuitas españoles; Francisco de Mendoza y Bobadilla, obispo de Burgos, gran admirador del fundador de la Compañía; Pedro Pacheco, que se hizo estimar en Trento por sus observaciones teológicas; Antonio Pucci, del título de Santiquatro; y otros que omitimos, porque la lista sería demasiado larga. El relato de los favores que le prestaron equivaldría a una historia de S. Ignacio en Roma.

Fomentó la amistad con los embajadores de España, de Portugal y de Fernando, hermano de Carlos V y rey de Romanos, entre ellos contó con amigos tan incondicionales como Juan de Vega y Pedro Mascarenhas, personajes de primera fila en la historia de sus respectivas naciones, que le abrían confiadamente sus conciencias.

Gozaron de su intimidad doctores como el teólogo salmantino, Pedro Ortiz, agente de negocios de Carlos V; el embajador de Siena y renombrado humanista Lactancio Tolomei, que practicó los Ejercicios con S. Ignacio en 1539; el clérigo toledano Iñigo López, doctor en medicina, muy familiar de los primeros jesuitas; D. Pedro de Marquina, secretario de la embajada española, de quien a veces se valía Ignacio para mandar a España la correspondencia; el duque de Paliano y Tagliacozzo, Ascanio Colonna, padre del triunfador de Lepanto, Marco Antonio; el caballero de la Orden del Santo Sepulcro, Pedro de Zárate, natural de Bermeo en Vizcaya; el mayordomo de Margarita de Austria, D. Lope de Guzmán con su esposa Doña María de Mendoza; los curiales pontificios Antonio, Diego y Francisco Zapata, tres hermanos, que también eran llamados por Simón Rodrigues «nuestros hermanos». Y no olvidemos al doctor Jerónimo Arce, a quien los sermones de Ignacio en la iglesia de Montserrat le encantaban. Ribadeneira lo menciona para exaltar «la gratitud en la cual fue admirable» nuestro Padre, tratando de vencer a los bienhechores, favoreciéndoles en todo lo posible, «avisándoles de los buenos sucesos de la Compañía,

convidándolos, visitándolos, ayudándolos en lo que podía...; con el Dr. Arce se estaba mucho tiempo oyéndole, yendo a comer a su casa, en tiempo en que nuestro Padre por su enfermedad solía comer en la cama; y cuando el Doctor estaba enfermo, enviando a Joán Paulo o a otro Hermano para que estuviese en su casa y le sirviese».

Entre las mujeres siempre despertó S. Ignacio, no diré simpatía, pero sí grande y profunda veneración. Basta aludir a sus admiradoras de Manresa, de Barcelona y últimamente de Roma. Las más linajudas y devotas eran sus más fieles servidoras en las obras de caridad, de misericordia y de celo apostólico. Es natural que tuviese que visitarlas muchas veces en aquellas tardes romanas, buscando su ayuda y su generosidad. Madama Margarita de Austria, la hija natural de Carlos V, casada con Octavio Farnese, príncipe de Parma, debe figurar la primera por su altísima aristocracia y por la devoción al Santo. Más pura aristocracia podía ostentar Juana de Austria, hija legítima del emperador, y devotísima como nadie de la Compañía de Jesús, tanto que logró del papa todas las dispensas y licencias necesarias para entrar en la Compañía, y obtuvo de S. Ignacio la aceptación de sus votos religiosos, para ser en realidad la primera y única jesuítica de la historia. Esta Juana de Austria, regente de España en la ausencia de su hermano Felipe II, debería ocupar no el segundo, sino el primer puesto en la galería de damas ilustres, amigas de Ignacio, si se hubieran conocido y tratado de cerca, de forma que se pudiera hablar de amistad entre los dos, pero nunca pudieron verse, ya que Ignacio estaba fijo en Roma y Juana en España. Su trato fue solamente epistolar.

La Marquesa de Pescara, Victoria Colonna, reina de las poetisas italianas de su siglo, amiga y favorecedora de todos cuantos amaban la genuina espiritualidad y profesaban amor sincero a «nuestra Madre la Santa Iglesia»; la Duquesa Juana de Aragón, hija de Ferrante, Duque de Montalto, y mujer de Ascanio Colonna; la virtuosísima Doña Leonor Osorio, esposa de D. Juan de Vega y tan próxima siempre a S. Ignacio en sus obras de misericordia. Estas y otras muchas damas nobilísimas le profesaban una veneración, superior a la amistad.

En su trato de sociedad no buscaba sino la gloria de Dios y la salvación de las almas. No visitaba a los personajes de alta categoría sino para resolver graves y difíciles problemas o para pedir su apoyo en las empresas que traían entre manos. Más que entrar en las moradas de los opulentos, prefería recibirlos a ellos en su pobre casa de Santa María de la

Strada. Y para las visitas de los extraños ningún tiempo mejor que después de comer y de cenar.

Salidas de casa

Un hombre tan agobiado a todas horas de graves negocios no podía ser un asiduo paseante. No tenía tiempo que perder. Para respirar unas bocanadas de aire puro le bastaba el jardín. Pero en los documentos ignacianos vemos que se citan nombres de muchas iglesias y basílicas, de plazas, de hospitales, etc., que sin duda recibieron con alguna frecuencia las visitas del santo de Loyola. El cardenal arzobispo de Toledo, Gaspar de Quiroga, nos dice que, siendo él Auditor de la Rota en Roma, «le debí de ver más de cien mil veces en esta vida. ¿Había día que no nos viésemos o en la (casa de) la Compañía, o en mi casa o en la viña?»[150].

Cuando por un motivo u otro tenía que salir de casa para uno de esos paseos, poníase el manteo o el ferreruelo *(ferraiolo* de los estudiantes romanos), cogía su sombrero sencillo y modestísimo, sujeto a la barba por dos cintas para que no se lo arrebatase el viento, y apoyándose en una caña, por bastón, salía por las calles. Si tenía que ir hasta el Vaticano, o a otro lugar distante, en los años de su vejez montaba en mula.

Fácilmente nos lo podemos imaginar dialogando serenamente sentado en casa de un amigo o tomando el aire de un atardecer veraniego por las faldas del Aventino, o bien caminando sin prisa por las calles que conducen al palacio del embajador español, donde le recibían como en su propia casa.

Apenas el sol se acerca al horizonte y la luz vespertina comienza a menguar, Ignacio se despide con tanta cortesía como afecto y sencillez. Todos cuantos tenían ocasión de hablar con aquel humilde clérigo (que eso parecía), admiraban su fino trato, realzado por un espíritu sobrenatural que maravillaba y en cierto modo fascinaba. Su conversación nada tenía de fútil o mundano. «Era tan grande la fuerza y eficacia de su hablar —escribe Ribadeneira— que parecía más que humana, porque movía los corazones a todo lo que él quería, no con copia ni elegancia de palabras,

[150] «La viña» es la que a principios de enero de 1555 compró Ignacio en las faldas del Aventino, junto a la iglesia de Santa Balbina y encima de las termas mismas de Caracalla. Era lugar de recreación y esparcimiento de los escolares del Colegio Romano. Cf. R. GARCÍA-VILLOSLADA, *Storia del Collegio Romano dal suo inizio alla soppressione della Compagnia di Gesù* (Roma 1954) 42-44. D. FERNÁNDEZ ZAPICO, *Regulae Societatis Iesu* (Romae 1948), 511-513.

sino con la fuerza y peso de las cosas que decía. A hombres duros y obstinados los ablandaba como una cera, y los trocaba de manera que ellos mismos se maravillaban de sí».

No es menor la admiración de Gonçalves da Cámara: «En el modo de conversar ha recibido tantos dones de Dios, que difícilmente se pueden escribir».

Cuando le preguntaban alguna cosa o le manifestaban los propios sentimientos con entusiasmo o temor o incertidumbre, Ignacio los calmaba, respondiéndoles «muy sosegadamente, ut solet». *Ese sosiego*, que en el fundador de la Compañía era habitual, según Cámara, trae a la memoria aquel sosiego de Felipe II, que a los que venían a hablarle por primera vez con cierto temor, los tranquilizaba con este preludio: «Sosegaos». Esto bastaba para que entre el superior y el súbdito se estableciese un puente de confianza, sin el cual no es fácil dialogar. El hablar de Ignacio —cualquiera que fuese su colocutor— era reposado y lento, no precipitado, con palabra justa, bien pensada, sin hipérboles. No solía usar los superlativos, y fácilmente se imponía a las personas más autorizadas.

Son muchos los que testifican con pasmo y admiración esa superioridad conversacional. «Maravilloso era su hablar... —afirma De Coudret— *miranda inerat dicendi gratia»* De ahí que tantas personas se le aficionasen, atraídas por el hechizo de su palabra. El sabio teólogo Diego Laínez afirmaba que para él «no había cosa más suave que el trato con el P. Ignacio».

Este apostolado de la palabra era el instrumento más eficaz que utilizaba en sus paseos y visitas, para amonestar a unos, instruir a otros, consolar a muchos y conducir a todos hacia Dios, después de lo cual volvía a cruzar las calles de Roma, sin perder jamás la unión amorosa que él sentía incesantemente con la Divinidad.

Sabemos por su Diario espiritual que siempre, incluso cuando iba andando por las calles de Roma, experimentaba los mismos fenómenos místicos que transportaban su espíritu en las horas dedicadas a la oración. Veamos, por ejemplo, lo que escribe en su *Diario* el 24 de febrero de 1544:

«Andando por la calle, representándoseme Jesú con grandes mociones y lágrimas. Después, que hablé a Carpi *(al cardenal Rodolfo Pio de Carpi, protector de la Compañía)*, veniendo asimismo sentiendo mucha devoción. Después de comer, mayormente después que pasé por la puerta del Vicario *(Felipe Archinto)*, en casa de Trana *(cardenal arzobispo de*

Trani), sentiendo o viendo a Jesú, muchas mociones interiores y con muchas lágrimas en todo este tiempo con tanta calor interior y visitación interior, rogando y suplicando a Jesú me alcanzase perdón de la Santísima Trinidad, y quedando y sentiendo en mí una confianza grande para impetrar. En estos tiempos era en mí tanto amor, sentir o ver a Jesú, que me parecía que adelante no podía venir cosa que me pudiese apartar dél».

Y así, con leves variaciones, todos los días, uno tras otro monótonamente. Y este hombre de Dios, verdaderamente endiosado, es el hombre que lleva en su cabeza todos los mayores negocios de la Cristiandad: los de Italia y los de Alemania, los de Portugal y los de la India y Etiopía, los de la reforma eclesiástica y los de la defensa del Mediterráneo contra la Media Luna. Este es el hombre que, al mismo tiempo que se cartea con Carlos V, con Felipe II, con Fernando I, con el Duque de Baviera, Pedro Canisio, con el rey de Portugal, con Francisco Javier, con el Patriarca de Etiopía, y con tantos hijos suyos esparcidos por todo el planeta, ese mismo es el que se preocupa de que se enseñe el catecismo a los chicuelos de la plaza y se atienda a los enfermos de los hospitales; y conduce por la calle hasta un refugio seguro a una pobre meretriz que ha decidido cambiar de vida; y recibe en su casa, comprometiéndose a mantenerlo y educarlo, a un niño judío harto travieso, a quien su padre —hebreo convertido— no puede prestarle los debidos cuidados durante una temporada[151].

Ultimas horas del día

En los documentos que están a nuestra disposición no se dice terminantemente la hora de la cena. Solamente en las *Reglas del repostero* se le advierte que «en verano la primera refección será dos horas antes de mediodía; para la segunda *(la cena)*, ocho o nueve horas, según el tiempo de verano o invierno». De la cena se podría repetir lo que queda dicho de la comida. Unicamente añadiríamos una nota pintoresca copiando lo que los médicos dictaminaron sobre los achaques que padecía Ignacio y sobre sus remedios; el primero de éstos es que «no se haga exercitio de cuerpo ni de mente», y el último «encima de la comida es de gran provecho un poco de cotoñato *(carne de membrillo)* o de coriandro *(culantro)* preparado, o de simiente de hinojo seca». Vienen a continuación los alimentos

[151] Ese niño entró luego en la Orden de Santo Domingo con el nombre de Fray Alejandro, fue buen predicador y llegó a ser obispo de Forli (*Scripta de S. Ignacio* I, 574-75).

prohibidos y los alimentos prescritos *pro bona valetudine.*

Concluida la cena, se concedía un buen rato de recreación a la comunidad. Cuenta Ribadeneira que él salió alguna vez a recrearse en el huertecillo doméstico con el santo Fundador: «Estábamos una tarde de verano después de cenar, nuestro Padre y yo, paseando en un vial del jardín, y en los otros había otros que hablaban y paseaban, porque era hora de recreación. Paróse nuestro Padre repentinamente y dixome: Mirad, yo os ruego, quiénes son los que hablan en aquel vial. Dixele que era un Padre que hablaba con un novicio», etc.

Después de cenar, tan sólo sabemos que salió fuera de casa a visitar a Madama Margarita de Austria, su hija espiritual, que estaba para dar a luz.

A eso de las diez o de las once, según las diversas estaciones del año se acostaba la comunidad.

Ignacio se iba muy tarde a la cama. Nunca se acostaría antes de nuestra medianoche. ¿Qué hacía en esas horas de soledad y silencio? Nos dice Lancicio, que paseaba pensativo por el aposento. Ocioso no estaba jamás. Su ocupación espontánea y natural, como el canto del pájaro, como el aroma de las flores, como la respiración de los pulmones, era la oración, el coloquio intimo con Dios. También recitaría entonces el rosario, si no lo había hecho por la mañana. ¿Cómo era el rosario acariciado por los dedos de Ignacio? De tamaño mediano, no cerrado en forma de corona, como ahora se estila, sino que se reducía a un simple cordelino colgante, con las cuentas ensartadas, sin cruz ni medalla; y no lo llevaba consigo todo el día, sino que lo dejaba siempre a la cabecera de su cama.

Parte de la noche la dedicaba a la correspondencia epistolar, que llegó a convertirse en una de las tareas más agobiadoras, porque él por sí, o por su secretario contestaba a todas las cartas que recibía, y éstas eran innumerables, procedentes de todos los países y a veces de las personas más autorizadas.

Unas veces eran obispos con cartas de agradecimiento o con peticiones de ministros evangélicos que predicasen en sus diócesis; en ocasiones eran padres o madres de familia con dudas, incertidumbres o preguntas sobre cuestiones de conciencia.

Cartas sobre los afeites mujeriles

No se crea que el epistolario de Ignacio versaba tan sólo sobre cosas piadosas y espirituales. Nadie se admire de que alguna vez aquel santo,

que estaba ininterrumpidamente en contacto íntimo con Dios, se ponga discutir incluso sobre los cosméticos de las mujeres. He aquí un ejemplo.

Un padre del colegio de Nápoles, Juan Francisco Araldo, advirtió que entre sus penitentes había mujeres que se teñían el pelo o se alcanforaban el semblante. Ignorando la intención con que lo hacían, dudó en darles la absolución y lo consultó con el Santo. Este contesta así el 27 de enero de 1555:

> «Cuanto al acicalarse de las mujeres napolitanas, se puede ver lo que escriben las *Sumas* en la palabra *fucus* (afeite). Si lo hacen con mala intención de cosa que sea pecado mortal, cierto es que no pueden ser absueltas. Si lo hicieren por ser ésa la voluntad de sus maridos, se les puede absolver... Si lo hiciesen por vanidad y por parecer bellas, con tal que no tengan otra mala intención de pecado mortal..., el pintarse no es mortal… Y aunque estas tales bien podrían ser absueltas, parece más conveniente..., si no bastasen las exhortaciones hechas en una confesión, no confesarlas más, diciéndoles expresamente que si quieren continuar en esa imperfección, ellos no quieren perder el tiempo con ellas... La discreción podría dictar que en casos particulares se procediese de otro modo».

Aquí se ve claramente la intención de Ignacio, de encaminar a todos sus hijos espirituales hacia la perfección, no contentándose con estar libre de pecado. Al P. Juan Bautista Tavón, de Padua, le aconseja más brevemente el 15 de junio del mismo año:

> «Acerca de los abusos de las mujeres, muy convenientemente seria poderlos remediar por las causas que indica V. R., pero no se pueden condenar de pecado mortal, ni excluir de la absolución a todas aquellas que usan vanidades en el vestido, en la cabellera, etc.; ni siquiera se puede dar una regla general, porque dada la usanza común, la intención y el exceso podrían ser causa de pecado mortal. Vea V. R. lo que escriben las *Sumas*, y después obre en los casos particulares como Dios le inspire».

Tímido y encogido debía de ser el P. Alberto de Ferrara, a quien S. Ignacio ya en otra ocasión le había animado a «proceder más animosamente en la confesión tanto de jóvenes como de señoras». El 29 de junio le escribe:

> «Carísimo P. Maestro Alberto:... Donde la usanza es común y no se ve ni existe exceso en la cosa misma, ni hay intención de pecar o de inducir a pecado a otros, no se reputa pecado mortal; más aún, si alguna lo hiciese por

agradar a su marido, no habría pecado venial... Donde no se vea curiosidad notable, ni intención mala, aunque hubiese alguna vanidad, presentándose ante las otras mujeres con deseo de parecer hermosas, etc., puede ser absuelta la primera vez con admoniciones y consejos si tornase a confesarse, máxime frecuentando los sacramentos, conviene hacerle dejar las vanidades y restringir cuanto se pueda estas malas usanzas; y si no lo quiere hacer, dígasele que por aquella vez la absolverá, mas no en adelante... Y no sea tímido ni escrupuloso».

Aunque este argumento puede parecer fútil en una biografía de Ignacio de Loyola, no lo hemos querido sobreseer, porque puede añadir una pincelada nueva a la descripción del carácter y aun de la mentalidad de aquel gran santo.

Examinando su rico epistolario, se echa de ver que la mayoría de las cartas van dirigidas a sus hijos, no porque ellos sean siempre sus destinatarios últimos, sino porque, dado el puesto que ocupan y el influjo social de que gozan, tienen más facilidad de hacer que llegue con seguridad la misiva al verdadero destinatario (un monarca, un Ministro, un embajador, un secretario real, un cardenal) e incluso de explicarle mejor el tema de que se trata.

Solía dejar la correspondencia para las últimas horas de la noche. El comercio epistolar con sus compañeros y discípulos, desparramados por todo el planeta, él lo había legislado con precisión, señalando con qué frecuencia le habían de escribir y en qué forma. En cada sobre iban dos cartas: la carta principal (que puede mostrarse a los de fuera, porque sólo contiene noticias edificantes de la Compañía) y una «hijuela» aparte (tan sólo para los de casa).

La «carta principal —le dice a Fabro— yo la escribo una vez, narrando las cosas que muestran edificación, y después, mirando y corrigiendo, haciendo cuenta que todos la han de veer, torno a escribir, o hacer escribir otra vez, porque lo que se escribe es mucho más de mirar que lo que se habla; porque la escritura queda y da siempre testimonio... Yo, con ayuda de Dios nuestro Señor, os escribiré a todos cada mes una vez, sin faltar, aunque sea en breve, y de tres en tres meses, largo, inviándoos todas nuevas, y todas copias, de todos los de la Compañía».

Siendo tan numerosas, como sabemos, las cartas que escribía muchas noches, es lícito pensar que le quedaría muy poco tiempo, antes de acostarse, para redactar, en frases brevísimas y entrecortadas, su *Diario espiritual*, donde apuntaba las visitaciones divinas, las luces maravillosas,

las elevaciones místicas y los ricos dones espirituales que el Señor le había comunicado en aquel día.

Reposo nocturno

Muy pocas eran las horas de sueño para él, no más de cuatro horas, según el historiador J. P. Maffei (a. 1585), debía alargar algún tanto la estancia en la cama, por prescripción médica. Ya hemos dicho en el principio de este capítulo cómo hacía entonces *la oración sólita*, matutina, antes de levantarse. Aun esas pocas horas de reposo las interrumpía para hacer actos de caridad.

Más de una noche, si algún novicio estaba enfermo y le habían sangrado el brazo —operación entonces muy corriente—, salía de puntillas para acercarse a su lecho y cerciorarse de que la vena estaba bien vendada y no había peligro de que se desangrase el enfermo.

En los últimos días de su vida, cuando la vejez entorpecía sus miembros, un Hermano coadjutor le ayudaba a desnudarse, especialmente a sacarle las medias o calcetas de los pies, en uno de los cuales tenía un abceso o tumor de cierto cuidado. Y una vez que Giovanni Ignazio, coadjutor florentino, le descalzaba ese pie, preguntóle el Santo: ¿No será cáncer esta postema? Y cuando oyó la respuesta del Hermano «no lo creo», se calló sin decir palabra

Al servicio de Ignacio estaban dos *cubicularios*, o compañeros de aposento, que tenían la habitación junto a la del Padre Ignacio y le ayudaban alternativamente en la limpieza del aposento y en otros menesteres en que el anciano y valetudinario General de la Compañía no podía valerse por sus manos. Pasaban el día entero a su lado y a su servicio atentos a sus llamadas y asistiéndole como socios y recaderos. Uno se llamaba Juan Pablo Borrell, y era barcelonés, «compagno di camera del N. S. N. Padre», según Lancicio; fue el que, junto con Polanco, acompañó al Santo en su viaje a caballo hasta la ciudad de Alvito en noviembre de 1552. El otro era el sencillo e ingenuo catalán Juan Cors; de él sabemos que en los días precedentes a la elección de Marcelo II solía acompañar a Ignacio todas las noches en el rezo de las letanías *Pro electione Pontificis*.

Estos dos, y algunos otros que les sustituían a veces en el servicio, nos podrían haber contado muchas anécdotas interesantes y curiosas acerca de la vida privada del santo Fundador. Siendo hombres sin letras, no dejaron nada escrito.

No faltaron otros, hijos espirituales y discípulos del Santo, observadores solícitos, atentos y amorosos, que asombrados de la incomparable santidad de aquel hombre, a quien seguían como a Padre, caudillo y maestro, anotaron día a día las menores incidencias de Ignacio de Loyola; así v. gr. el tantas veces citado Luis Gonçalves da Cámara, Pedro de Ribadeneira, Jerónimo Nadal, Oliverio Manare, Laínez, Polanco, etc., cuyos testimonios recogió en parte el lituano Nicolás Lancicio.

Gracias a esos memoriales, recuerdos y colectáneas de datos menudos, triviales y al parecer insignificantes, nos ha sido fácil en este capítulo seguir paso a paso al fundador de la Compañía en las sucesivas acciones minúsculas de un día cualquiera de su vivir en Roma.

CAPÍTULO IV

IGNACIO Y LA REFORMA CATÓLICA. LA COMPAÑÍA EN ITALIA

¿En qué forma y medida contribuyó la Compañía de Jesús, dirigida por Ignacio de Loyola, a la reforma general de la Iglesia en el siglo XVI? ¿Y qué parte tuvo en aquel vasto movimiento reformador que los historiadores suelen denominar «Reforma Católica», movimiento que unos consideran como la faceta positiva de la «Contrarreforma», dentro de la cual está englobada, y otros pretenden separar los dos conceptos, considerando aparte la «Contrarreforma», como pura «Antirreforma», constituida solamente por los elementos negativos, contrarios a la Reforma protestante?

Nosotros miraremos aquí tan sólo a la reforma eclesiástica o católica; no en su totalidad, sino en aquello que se debe a la Compañía de Jesús, bajo la dirección del santo de Loyola.

En el siglo XV y en los días de Ignacio eran infinitos los que se presentaban públicamente como «reformadores», desde Martín Lutero, el «Reformador» con mayúscula, cuya acción fue más bien revolucionaria que reformadora, hasta el último frailecito que predicaba simplemente contra los pecados y los pecadores en el púlpito de su convento o salía a dar una misión popular por ciudades y aldeas.

Ignacio de Loyola fue uno de los más egregios reformadores en la Iglesia de su tiempo; para Ludovico Pastor es el mayor del siglo XVI. Para G. Droysen, «la Iglesia Romana, sin aquel español, no hubiera recobrado nueva vida y nuevas fuerzas». Extendió su radio de acción desde los papas, cardenales, obispos y príncipes, religiosos y clérigos, hasta las personas más ínfimas, abandonadas y despreciadas, como hez de la sociedad. Los resultados fueron sorprendentes. Y, sin embargo, nunca alardeó de reformador, nunca alzó una bandera que ostentase al viento ese lenta o rótulo. Nunca quiso presentarse diciendo: Yo vengo a reformar. Ni siquiera le placía discutir sobre el modo de reformar la Iglesia, según la costumbre de aquel tiempo; las pocas —poquísimas— veces que habló de la reforma eclesiástica, lo hizo en privado, brevísimamente. Cuando le

piden un programa de restauración cristiana y católica para un determinado país, lo escribe en forma de carta particular. Jamás lo lanza a la publicidad.

La reforma vendrá de arriba

El opinaba que la reforma eclesiástica había de venir de arriba, del Papa. Ni siquiera esperaba mucho del concilio, que ciertamente daría buenas leyes, mas no podría hacer que se ejecutasen. De igual modo pensaba el gran teólogo Jerónimo Seripando, lumbrera de Trento y gloria de la Orden Agustiniana.

> «Predicando un día en Roma el P. Jerónimo Otello, acertó a decir una vez en el púlpito ciertas cosas que sería bien hiciese el papa. Mandólo nuestro Padre llamar y preguntóle cuántos papas había en Roma, Como respondiese que uno sólo, díjole el Padre: ¿Y es costumbre en las predicaciones hablar de alguien en particular? Id y pensad bien en la penitencia que merecéis, y luego venid a decírmelo».

Era este predicador de gran virtud, y después de hacer oración, propuso al P. Ignacio muchas penitencias, a escoger: «o ir a Jerusalén a pie (creo que descalzo, añade G. da Cámara, que es quien lo cuenta), o ayunar tantos años a pan y agua, y disciplinarse por la ciudad de Roma largo tiempo, y otras que no me acuerdo... Nuestro Padre solamente le concedió una disciplina o disciplinas en el refectorio». De Roma pasó en 1553 a Menina como predicador, con disgusto del pueblo romano, de quien era bien quisto, «tanto que, después de su partida, diciendo nuestro Padre Misa en la iglesia un día festivo, al decir en el *Confiteor, mea culpa, mea culpa* etc.; le respondió detrás en voz alta una vieja: Muy bien podéis decir vuestra culpa, pues mandasteis de aquí al P. Jerónimo Otello»

Pensaba Ignacio que censurar públicamente al papa era mermar su autoridad ante el pueblo cristiano. Por eso castigaba a quien lo hiciese, máxime desde el púlpito. El auténtico reformador, realmente eficaz, había de ser el Vicario de Cristo, no el parlero o charlatán de la calle, que ni estaba autorizado para ello, ni conocía a fondo los problemas, y en cuyas palabras se traslucía muchas veces el murmurador, el apasionado o el resentido. Al Romano Pontífice debían ayudarlo todos e informarle por los debidos cauces.

El 25 de mayo de 1555 escribía Ignacio en italiano (por medio de su secretario) a toda la Compañía, anunciando la elección del napolitano Juan Pedro Carafa: «Ha placido a Dios N. S. dar presto a su santa Iglesia Pastor

y Cabeza; y el modo de la elección del Sumo Pontífice fue tal, que bien parece haber sido Dios el autor de ella. Su Santidad, siendo cardenal, ha sido de vida muy ejemplar, y de gran celo de la religión católica y de raros dones de Dios N. S., y así es de esperar que, estando en este Sede, tendrá mucho mayor influjo de la divina gracia para el bien universal de la Iglesia». Es decir, para la *reforma eclesiástica*, por todos deseada.

Y luego, cuando Pablo IV empieza de veras a *reformar la Curia*, Ignacio comunica a Francisco de Borja con manifiesta alegría los pasos reformatorios que va dando el papa, aquel papa que no simpatizaba mucho con Ignacio, ni veía con buenos ojos a los españoles.

Instrumento de reforma: los ejercicios espirituales

Cuando se estudia la Historia de la Iglesia en los siglos reformistas (entre Constanza y Trento) se contempla no sin estupor la aparición de michos y grandes predicadores, que logran conmover a las multitudes y convertir a vida más profundamente cristiana a muchísimas personas, fruto apreciable sin duda; pero si nos preguntarnos qué consiguieron todos esos predicadores, itinerantes o fijos, en lo tocante a la reforma de la Iglesia, tan anhelada por todos, es preciso responder: muy poco. Aquella conmoción religiosa, popular, no pasó de la superficie. Muchas de las conversiones fueron efímeras y de personas de escaso influjo social. Los tendones y ganglios, lo mismo que los nervios y músculos del cuerpo de la Iglesia y de la Cristiandad, siguieron afectados de languidez y flaqueza; las venas, exangues; las altas cabezas, distraídas con vanidades humanas. Sólo cuando aparecía un hombre de santidad apostólica y de dotes aptas para crear una asociación nueva y estable, un instituto permanente y bien organizado, dotado de espíritu renovador y progresivo, se veían los arbolillos florecer y, tras un constante laboreo, dar frutos de virtud duradera y de religiosidad auténtica en los anchos campos de la Iglesia.

¿Cuál fue el instrumento de mayor eficacia, empleado por Ignacio para la conversión y transformación de las almas? Indudablemente los que su autor llamó *Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse, por affección alguna que desordenada sea;* Ejercicios que sirven también para forjar apóstoles, enamorados de Cristo, que se empeñen con toda el alma en la evangelización del mundo. La eficacia que entonces tenía la práctica de los Ejercicios, auténticamente ignacianos, en la reforma y renovación de las almas, es cosa que hoy nos sorprende y maravilla.

Mediante los Ejercicios, practicados individualmente, con entrega total a la búsqueda de la voluntad de Dios, se modelaron almas de elevado espíritu y de mucha fuerza de arrastre, que al cabo de años, desde sus puestos de gobierno, llegaron a reformar buena parte de la sociedad. Antiguamente los Ejercicios eran más eficaces que hoy, porque no se practicaban en comunidad, sino uno a uno, bajo la dirección de un maestro espiritual que señalaba a cada cual la materia meditable y el método que debía seguir, y se informaba del modo cómo procedía el ejercitante en la oración, cuáles eran los pensamientos que en él predominaban, qué consolaciones o desolaciones le sobrevenían, y según eso le instruía, le enseñaba a discernir las sugerencias del buen espíritu y del malo. Director y dirigido solían estar en estrecho contacto. Tenían los *Ejercicios* un carácter más individualista y su acción en el alma era más honda.

Miles de personas se entregaron a Dios con absoluta sinceridad y se convirtieron en fervorosos apóstoles del mundo en que vivían. No cuento en ese número a la incalculable muchedumbre de fieles cristianos, sin altas aspiraciones, que tan sólo hacían *Ejercicios incompletos* «para llegar hasta cierto grado de contentar a su ánima» (en frase de S. Ignacio), ni a los «rudos e de poca complexión», tal como se describen en la *Anotación 18;* sino a los que teniendo capacidad de ingenio y disposición espiritual para la oración, les inquietaba el deseo de conocer la voluntad divina, y de aceptar los designios de Dios sobre ellos. Estos eran los que se entregaban con voluntad generosa y «con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad».

Fueron legión, pero muy selecta, los que con este espíritu se pusieron bajo la dirección de Ignacio, de Fabro, de Salmerón, de Doménech, de Estrada y de otros que se adiestraron muy pronto en el arte y ciencia de dar los genuinos ejercicios ignacianos. Y fueron legión los que en la fragua de los *Ejercicios* cambiaron de vida para sacrificarse en el apostolado con sus súbditos o con sus semejantes. ¡Cuántos, que habían olvidado su oficio de pastores de almas, lo renovaron con ardiente celo! ¡Cuántos religiosos, que vivían como seglares, fuera del claustro, reavivaron la llama de la Observancia primitiva! ¡Cuántos personajes de prestigio y de influencia se sintieron fuertemente movidos a elevar el nivel moral y religioso dentro del círculo a que se extendía el radio de su acción! La parte que en la reforma general de la Iglesia pertenece a los *Ejercicios* individuales, para personas selectas, no se echó de ver claramente hasta fines del siglo XVI. Fueron reformas particulares (de asociaciones, de ciudades, de variados grupos sociales, de altas autoridades que pudieron y supieron dar leyes y

mandatos a sus súbditos), las que multiplicándose y creciendo de día en día, y uniendo por fin sus raudales armónicamente bajo el Romano Pontífice, vinieron a engrosar la gran riada de la «Reforma Católica», que regó y fertilizó los anchos campos de la Iglesia universal.

Hasta dónde se difundió la oleada jesuítica, desencadenada por Ignacio, lo vamos a ver en seguida.

Normas de apostolado en las ciudades

Desde los primeros días de su estancia en Roma oyó Loyola las nuevas que llegaban de los países del Norte de Europa, particularmente de Alemania, desgarrada por las doctrinas heterodoxas de Lutero. Y en seguida empezó a echar sus planes sobre la manera de reconquistar aquellas gentes para Cristo y de poner fuertes diques al avance de la marea protestante sobre las riberas católicas.

No pudiendo salir él personalmente en plan evangélico a predicar, enseñar, dar los Ejercicios, dirigir almas, cultivar la vida de fe y de piedad en los extensos campos del Imperio, tan necesitados entonces de intenso laboreo, hizo que algunos de los primeros miembros de la Compañía de Jesús se esparciesen por las ciudades más importantes, comisionados por la Santa Sede y muchas veces llamados con urgencia por los obispos o los príncipes. Desde su cuartel general de la Ciudad Eterna atalayaba los campos de duros combates y de escaramuzas, y meditaba los planes de ofensiva y defensiva. Bien informado de la mayor o menor necesidad y urgencia de refuerzos en uno o en otro lugar, podía fácilmente orientar, dirigir y amaestrar a los que prodigaban sus energías y entusiasmos en la defensa de la moral evangélica y del Cristianismo tradicional.

Versaban las normas e instrucciones de Ignacio sobre el modo de condecirse en los viajes a países distantes; sobre el arte de tratar con las autoridades y con los grandes benefactores, eclesiásticos o laicos; sobre la manera de pedir la limosna necesaria para el sustento; sobre el apostolado humilde con los niños enseñándoles el catecismo; sobre la reforma de los monasterios, especialmente de monjas; sobre la administración de los sacramentos, el confesar, el predicar, el modo de hacer oración y penitencia; el dar los *Ejercicios*, el dirigir por el camino de la perfección almas extraordinarias, el poner en marcha un colegio, el predicar obras de beneficencia y de humildad para provecho y edificación del pueblo.

Son numerosísimos los documentos del Santo acerca de todos estos

puntos. Coleccionados en un volumen (a lo cual podría servir muchísimo la obra del P. José Manuel Aicardo) constituirían un tesoro ascético y pastoral, especie de consultorio para sacerdotes, religiosos de vida activa y personas de gobierno.

Tan sucinta como substanciosa es la *Breve instrucción para los que de la Compañía son inviados.*

> «A tres puntos tiene que mirar el que en esta Compañía es mandado a laborar en viña de Cristo, uno a sí mismo, otro al prójimo con quien conversa, un tercero a la cabeza y a todo el cuerpo de la Compañía, de la cual es miembro».
>
> 1. «Respecto a sí mismo, procure no olvidarse de sí por atender a los otros, no cometiendo un mínimo pecado por cualquier ganancia espiritual, ni poniéndose en peligro», considerando las criaturas, no como hermosas o graciosas, sino como bañadas en la sangre de Cristo, imágenes de Dios y templo del Espíritu Santo».
>
> 2. «Respecto a las obras piadosas en las cuales se ocupa, dando la preferencia a aquellas para las cuales ha sido especialmente mandado, sobre todas las demás, y anteponiendo las mejores, como sería, las espirituales a las corporales, las más urgentes a las menos urgentes, las universales a las particulares, las perpetuas y que perduran a las que no duran, etc., cuando no es posible hacer unas y otras».
>
> «Respecto a los instrumentos de que se debe hacer uso... ver si hay que emplearse en confesiones, o *Ejercicios* y conversaciones espirituales, o en enseñar la doctrina cristiana, o leer (lecciones sacras) o predicar, etc. Y no pudiendo usar todas las armas, tomar aquellas que se piensa serán probablemente más eficaces, o las que uno maneja mejor... Procurar la benevolencia con las personas con que se trata, demostrando que verdaderamente se funda en virtud y en amor».
>
> 3. «Respecto a la cabeza y cuerpo de la Compañía, primeramente se dejará regir del Superior, dándole aviso de todo lo que convenga y siendo obediente a las órdenes que le serán dadas». «Procurar la buena fama y buen olor de la Compañía, dándole toda la ayuda que se pueda a gloria divina, principalmente en fundaciones de colegios, si hay oportunidad y comodidad, y buscando buenos sujetos para la misma Compañía, como personas letradas, aptas para vida activa, o jóvenes de buen ver, buena salud, buena inteligencia e inclinación al bien».

No contento con estas directivas previas y generales, les escribía frecuentemente cartas con avisos y consejos, y si uno o varios eran enviados con alguna misión particular, les daba por escrito *Instrucciones*

particulares, concernientes al asunto que debían negociar. Ignacio se multiplicaba en sus hijos; éstos eran espejos que reflejaban la imagen de aquél con reverberos más o menos vivos. Por su medio es Ignacio quien predica en Venecia y en Parma, en Nápoles o en Sicilia.

Normas de educación cristiana en los colegios

Si las normas de apostolado que hemos visto se refieren principalmente a los ministros de Dios que recorren las ciudades anunciando el Evangelio y renovando la vida cristiana de los pueblos, hallamos otras normas en las cartas del Santo, que se refieren especialmente a los colegios que la Compañía empezaba a dirigir, educando a los jóvenes no menos en la piedad que en las letras. Como en estos colegios solían formarse, además de niños, muchos adolescentes de altas aspiraciones, y clérigos que necesitaban algo de filosofía y teología para obtener las Ordenes sagradas, y entre ellos solían vivir jóvenes escolares jesuitas, compartiendo unas veces sus lecciones e impartiéndolas otras veces como maestros, no nos sorprenderá que Ignacio, en el documento que ahora presentamos, mezcle normas y consejos para unos y para otros.

La *Instrucción* fue enviada al recién fundado colegio de Ferrara para el P. Juan Pelletier, francés, que había sido poco antes el primer Rector del Colegio Romano y era el 13 de junio de 1551 el primer Rector del ferrariense. No sólo a Ferrara se envió la Instrucción (en italiano), sino también, en forma casi igual, a los colegios de Florencia, Nápoles y Madena.

La aspiración de Ignacio es triple: a) «que se conserven y aumenten los de la Compañía en espíritu, letras y número»; b) «que se atienda a la edificación de la ciudad y fruto espiritual de ella»; c) «que se consoliden y aumenten las cosas temporales del nuevo colegio, para que, en lo primero y segundo, sea más servido el Señor».

> «Para eso todos rectifiquen su intención, de modo que totalmente busquen no sus intereses, sino los de Jesucristo (Flp 2,21), y se esfuercen por hacer grandes propósitos y cobrar iguales deseos de ser verdaderos y fieles siervos de Dios, y dar buena cuenta de sí en todo lo que les será encargado, con verdadera abnegación de la propia voluntad y juicio, sometiéndose totalmente al gobierno de Dios por medio de la santa obediencia».
>
> «Se observará, en cuanto se pueda, el orden y modo de este Colegio

(Romano), especialmente en confesar y en comulgar cada ocho días y en examinar la conciencia y oír Misa diaria en casa».

«Dentro de casa ejercítense diariamente en predicar... durante la comida o la cena... no teniendo más de una hora, o a lo más dos, para pensar la predicación, que se hará en el refectorio. Sin esto, alguna vez entre semana ejercítense en predicar en lengua vulgar y en latín, proponiéndose un tema para que sobre él se hable de repente, y aun en griego, o teniendo los *tonos»*.

«Pongan cuidado (los maestros) en que sus explicaciones y lecciones se acomoden a sus discípulos, y que todos se funden bien en la gramática *(latina)*, y usen el componer, y tengan los maestros cuidado de corregir los temas, y haya ejercicio de disputar y conferir».

«Deberá procurarse, con las conversaciones de letras o de cosas espirituales, atraer a otros a la vida de perfección; pero con los estudiantes más pequeños no lo hagan sino con mucha destreza, y nunca los reciban sin licencia de sus padres, aun a los mayores»

Cooperación de S. Ignacio a la reforma católica

Aunque Ignacio de Loyola nunca quiso presentarse como reformador de la Iglesia, como lo habían hecho tantos otros, sus obras demostraron que en realidad lo era. Y los papas lo reconocieron muy pronto como tal. Fue Pablo III el primero que intuyó, al momento mismo de la aprobación de la Compañía, el destino reformador del nuevo Instituto y de su genial artífice. Nos lo refiere A. de Polanco en el *Sumario hispánico:* «El P. Maestro Ignacio con los que en Roma estaban... poniendo en orden la *Forma de vivir* suya, quisieron, sin otro medio alguno, presentarla al papa; pero queriéndose el papa partir de Roma, por no esperar a la tornada, usaron del cardenal Contarino para proponérsela; y así su Santidad la concedió toda, hablando cosas en gran loa de la Compañía, y como con un espíritu profético diciendo que *esta Congregación había de reformar la Iglesia* y otras cosas que demostraban gran esperanza que será Dios muy servido desta Compañía».

Para decir «esta Congregación ha de reformar la Iglesia», tuvo que haber intuido en ella una eficiencia nunca vista. Era el 3 de setiembre de 1539 en Tívoli. Reformar la Iglesia era entonces el anhelo más vivo del a Farnese. Así se comprende la satisfacción y el júbilo con que saludó en adelante a Ignacio y sus compañeros, hombres providenciales que venían a ofrecerse totalmente a su servicio en la gran empresa que estaba planeando.

También el fundador de la Compañía rebosaba de gozo, al ver que aquel Pontífice, ya entrado en años y con gran experiencia de la vida, enderezaba los antiguos caminos de su juventud, no muy rectos, orientando ahora sus actividades hacia la reforma de la Curia, difícil de alcanzar en poco tiempo, y hacia la convocación de un concilio ecuménico que se celebraría en Trento.

Julio III, el sucesor de Pablo III en la cátedra de Pedro, no tenía la intuición y clarividencia de aquél en los negocios político-eclesiásticos y se contentó con llevar adelante el concilio Tridentino prometiendo la reforma de la Curia y del clero en general; pero le quedaron siempre no pocos residuos mundanos del Renacimiento, para que se pudiesen concebir muchas esperanzas de acción eficaz, si bien no se le puede regatear el mérito de haber entendido el alcance de los planes de Ignacio y de haber contribuido decididamente a la constitución canónica de la Compañía de Jesús, otorgándole grandes privilegios.

Falleció el papa Juan María del Monte el 23 de marzo de 1555, y pasado medio mes, todas las campanas de las iglesias de Roma se echaron a vuelo, porque el 9 de abril una voz de alegría había anunciado al pueblo reunido, que el nuevo papa se llamaba Marcelo II, varón bien conocido por sus admirables virtudes. Era bien sabido de todos que su primer ideal en el pontificado sería el de reformarse a sí mismo, aspirando siempre a mayor santidad, y reformar sin vacilaciones muchas corruptelas que perduraban en la santa Madre Iglesia.

Es probable que tal ideal o programa reformista se lo hubiera oído un día a su gran amigo, Ignacio de Loyola, el cual ciertamente expresó su modo de reformar la Iglesia el 18 de mayo de 1555, a las dos semanas de morir Marcelo II, según refiere el P. Da Cámara: «el sábado decía el Padre que, si el papa reformase a sí, y a su casa, y a los cardenales de Roma, que no tenían más que hacer, y que todo lo demás se haría luego».

Algunos días antes, el papa Cervini, hablando con un grupo de jesuitas, había dicho casi lo mismo. Nos lo cuenta el mismo G. da Cámara: «Me acuerdo que cuando fue elegido Marcelo II, especial amigo de la Compañía, de quien toda Roma concibió esperanzas que reformaría la Iglesia, tratando los Padres de eso delante de él, nos respondió, que tres cosas le parecían necesarias y suficientes para que cualquier papa reformase el mundo, a saber: la reformación de su propia persona, la reformación de su casa y la reformación de la corte y ciudad de Roma».

¿Quién fue el primero en formular tan concisamente la idea? Es cosa

que importa poco. Teniendo los dos un alma y un corazón, su modo de pensar sería el mismo. Uno y otro vivían consagrados a la reforma de la Iglesia, clero y pueblo.

La idea no era nueva. Ya en el siglo XV el cardenal veneciano Marco Barbo la expresó con suma claridad.

Tanto Marcelo Cervini como Ignacio de Loyola eran de opinión que esa vasta reforma debía comenzarla y dirigirla el papa, más bien que el concilio, el cual tenía plena autoridad para dar leyes, pero poca eficacia para hacerlas cumplir. Es lo mismo que durante el concilio de Trento opinaba Jerónimo Seripando. La obra de Ignacio promotor de la reforma no había de ser obra suya, sino del papa. Por eso la Compañía de Jesús estaba consagrada al Vicario de Cristo. Los dos primeros puntos del programa habían sido iniciados por Pablo III, Julio III, Marcelo II. ¿Qué decir del último punto, o sea, de la reforma de Roma? Los que habían contemplado cómo Loyola y sus primeros compañeros trabajaban afanosamente en obras de beneficencia con los hambrientos y enfermos, con los huérfanos y niños abandonados, con las mujeres perdidas, con las muchachas en peligro, con los pobres vergonzantes y con los catecúmenos de origen judío o mahometano, podrían asegurar que la renovación religiosa y moral de la Ciudad Eterna estaba en marcha y avanzaba con paso lento, pero firme y seguro. Respecto al influjo de Ignacio en los cardenales, para todos era evidente.

Comienzos de reforma moral y religiosa

Había llegado la hora de reformar, es decir, levantar la moral y el espíritu de aquellas naciones que, siendo católicas, languidecían moral y religiosamente.

Empecemos por la península itálica. Luego vendrán los demás pueblos latinos y tras ellos los germánicos.

Moral y religiosamente la Italia del Renacimiento dejaba mucho que desear. Las guerras, tan frecuentes a lo largo de la península, con sus *condottieros* y capitanes de ventura, y más todavía la infantería mercenaria de Suiza y Alemania, a la que se juntaban ávidos de botín los soldados españoles y franceses, habían arrasado aquel «jardín del Imperio» soñado por Dante, regándolo de sangre y lágrimas y cubriéndolo de ruinas: campo arado por las espadas, en el que fácilmente germinaban los vicios y los crímenes.

Tal vez la región del Véneto, la más inmunizada de los contagios bélicos, fue la que mejor se conservó tanto en lo moral como en lo religioso, precisamente porque fue la menos conculcada por las hordas desenfrenadas y devastadoras. Por lo mismo, allí la reacción cristiana fue más cumplida.

Tentativas de reforma no habían faltado en el pueblo italiano y en sus Ordenes religiosas, desde los días de Bernardino de Siena, Juan de Capistrano, Jacobo de la Marca, Bernardino de Feltre, y otros semejantes predicadores, inflamados todos ellos de la caridad y misericordia para con los pobres enfermos, que desde 1495 —como es bien sabido— caían víctimas, al paso de los soldados, de dolencias infecciosas. A la caridad con los prójimos se añadió la piedad eucarística, cuyos ejemplos más altos y universales resplandecieron primeramente en las «Compañías del Divino Amor», fundadas en Génova por el notario Héctor Vernazza en 1497, quien trasportó la llama a Roma en 1515, si ya no existían en la Ciudad Eterna. Ganó para la reforma a notables curiales, como S. Gaetano de Thiene. Y al poco tiempo vemos que el *Divino Amor* cunde por Nápoles, Venecia, Verona, Florencia, Vincenza, etc. Eran los comienzos de la reforma católica en Italia, comienzos de origen popular, débiles, desorganizados, sin gran influjo social y hasta con miedo de ser conocidos fuera de la asociación, no despojados de típicas notas medievales. Por eso, hasta que no surgieron nuevas órdenes religiosas de «Clérigos regulares» iniciadas, sin fuerte organización todavía, por S. Gaetano de Thiene ayudado por J. P. Carafa. El radio de acción de estas Congregaciones era muy corto; su influencia escasísima; fuera de Italia, nula.

Era necesario que surgiese en la Iglesia una Orden de tipo universal, que se extendiese a todos los países del orbe, impulsada por un ardiente celo misionero, con dominio de todos los utensilios necesarios para su alta y difícil vocación, poseedora de una organización moderna, tan dúctil como fuerte, y poseída de un ideal apostólico y eclesiástico capaz de arrebatar a muchas almas selectas.

Esa Orden fue la Compañía de Jesús, creada, modelada y vivificada por la genialidad de Ignacio de Loyola. Conocemos ya sus orígenes y su aprobación pontificia. También sus inicios o primeros ensayos en la Ciudad de los papas. Sin descuidar la reforma de Roma, por la que seguía preocupándose el fundador de la Compañía, éste se puso a meditar sobre el mapa religioso de Europa y a escuchar con atento oído las súplicas que de diversos países y múltiples ciudades le llegaban, pidiendo —como si no

encontraran salvación en otras partes —uno o dos o más de aquellos «presbíteros reformados», que lograban con sus pláticas, sus instrucciones, sus ejemplos de vida y abnegada caridad, y no en últimos término, con los llamados *Ejercicios espirituales*, la transformación de individuos y ciudades.

Muchas de estas peticiones le venían directamente a Ignacio de parte de obispos que demandaban pastores para sus diócesis; otras procedían de príncipes y embajadores que se dirigían al mismo Sumo Pontífice, rogándole interviniese con el fundador de la Compañía para que les enviase predicadores y directores de almas, los cuales corregían abusos, pacificaban a los enemigos y ponían en paz los pueblos y las conciencias. Ignacio, como buen alfarero, no se cansaba de plasmar estatuas parecidas a él, procurando infundirles su propio espíritu. Pero no daba abasto, porque sus compañeros y discípulos eran todavía pocos, muy pocos para la inmensa superficie del mundo que había que salvar.

La multitud y urgencia de las peticiones y la imposibilidad de dar satisfacción a todos le producía cierto desasosiego, se sentía *infestado* (latinismo que en su carta equivale a molestado e importunado) con tantos ruegos. Pero en medio de todo le escribe a Isabel Roser (o Rosés) con el tono de quien está alegre y contento:

«Cada día —dice— se introduce más bonanza, de manera que, a mi juicio, las cosas van mucho como las deseamos, en servicio y gloria de Dios N. S.; y somos ya muchos los *infestados* de unos perlados y de otros, para que en sus tierras —Dios nuestro Señor obrando— fructificásemos. Nosotros estamos quedos para esperar mayor oportunidad».

Tales importunidades, a las que procura atender en lo posible, gracias a las estancias breves de los predicadores y la rapidez y frecuencia de los viajes, no son exclusivas de los primeros tiempos; van redoblándose mes a mes y año tras año. S. Ignacio los esparce de buen grado, porque, entre otras cosas, les aconseja que, al tratar con personas poderosas y acaudaladas, les insinúen la conveniencia o necesidad de fundar un colegio en aquella ciudad, con lo cual se multiplicaban las vocaciones y la Compañía iba en aumento. En la fragua ardiente de los *Ejercicios* era donde más totalmente se transformaban las almas escogidas, que luego corrían a inscribirse en las filas de Ignacio. Testifica en los *Procesos* el P Oliverio Manare haber oído algunas veces al mismo Ignacio que, al despedir a sus hijos para una misión, solía decirles estas palabras: *«Itote, omnia accendite et inflammate»* (Id y entrad por todo a fuego y llamas).

Esta frase de arenga y exhortación infundía en los corazones de todos un ardor impetuoso y heroico, característico de los jesuitas de primera hora, orgullosos de luchar y morir bajo el más divino de los estandartes: A.M.D.G.

Expansión por Italia: Fabro y Laínez

El cuadro de los ministerios apostólicos bajo el gobierno de Ignacio de Loyola da la impresión de un pequeño cuerpo de ejército que se despliega en todas direcciones y casi se desparrama a la desbandada, luchando con heroísmo en todas partes, pero sin un estratega que señale los frentes de batalla y los momentos de ataque. Más que un pequeño ejército, es un grupo de individualidades, a cual más eminente y capaz, pero carentes de una eficaz sistematización de fuerzas. ¿No les pasaba algo parecido a los apóstoles de Cristo en el primer siglo de la Iglesia? Si dos hijos de Ignacio se lanzan a evangelizar el Norte de Italia es porque de allá les llama con urgencia y con halagüeñas perspectivas un Duque poderoso o un Príncipe, de quien depende el porvenir de la Iglesia de sus Estados. Si otro par de ignacianos marcha hacia el Centro o el Sur, es porque un cardenal o el Obispo de una gran diócesis, de clero escaso y mal formado, les demuestra con datos la desolación de sus ciudades y aldeas amenazadas por el error, la inmoralidad y la ignorancia. Y porque Ignacio, en nombre del Supremo Pastor los envía en misión a una u otra parte, según las circunstancias, todos van gozosos e ilusionados, y se entregan al trabajo casi con furor. Recuérdese la movilidad que Ignacio deseaba de sus discípulos: que fuesen «una Compañía, que siempre debe estar cuasi con el un pie alzado para discurrir de unas partes a otras, conforme a la vocación nuestra» *(22 febr. 1519)*. Así está él perpetuamente, mirando al mapa y con el oído atento a las palabras que el Pontífice le sugiera o a los preceptos que le imponga. Es un jugador de ajedrez, que mueve las piezas sobre el tablero, pero detrás de él y encima de él hay otro más alto que determina las jugadas, aunque muchas veces haya sido el jugador el primero en sugerírselas. No hay que imaginarse un Loyola estacionario, a quien raramente se le ve fuera de su casita de Roma. Su corazón y su palabra escrita se hallan en todos los puntos estratégicos y en todos los frentes, en que maniobran sus hijos. Más que sobre éstos la responsabilidad y el mérito recae sobre el general que prepara y conduce la campaña.

A las órdenes del Romano Pontífice, designa Ignacio los que han de evangelizar las ciudades italianas, y empieza por los más selectos de sus

compañeros, Pedro Fabro y Diego Laínez, dos hermosas columnas que prestigian y decoran el frontispicio de la naciente Compañía de Jesús. Fabro respira santidad suavísima; con su amabilidad y dulzura se atrae las simpatías de los que le oyen; no es elocuente como Laínez, pero nadie le gana en el arte de dar los *Ejercicios espirituales*, según confesión del autor de los mismos[152]. El fino trato de Laínez se realza con su humildad; triunfa en todas partes por su gran sabiduría, por su ciencia teológica y moral y hasta por su habilidad para instruir en religión lo mismo a los intelectuales que a los mercaderes, a los clérigos que a los niños.

En abril de 1539 el cardenal Ennio Filonardi es destinado a Parma como legado pontificio; pide que le acompañen dos de aquellos «clérigos reformados», bien conocidos en Roma por su caridad y celo. Con ellos entra en Parma, y mientras Fabro predica en San Gervasio, Laínez lo hace en la catedral, ensayando sus dotes de orador en lengua italiana. «Predicábase, leíase, confesábase, dábanse Ejercicios», escribirá poco después Laínez; «moviéronse muchos a salir de pecado y ordenar su vida, y dedicarse a la Compañía diversos estudiantes, los cuales perseveran hasta hoy día».

Tan resonante y llamativo fue el fruto, que los «Ancianos, o consejeros supremos de Parma» escriben a su embajador en Roma el 26 de enero 1540 lo siguiente: «Vinieron en compañía del Legado dos sacerdotes *(Fabro y Laínez)* ciertamente de timorata conciencia y de buenísima ejemplaridad, los cuales predican todos los días festivos la palabra de Dios con tanto fervor y buenísimas maneras, que ya han comenzado a rendir tan buen fruto, pues son cerca de cien personas las que se confiesan y comulgan cada mes, habiendo ciertamente abandonado el vivir mundano para atender al culto divino, de lo cual esta ciudad recibe mucho contentamiento, porque piensa que de ello se seguirá gran provecho».

Y en marzo del mismo año los mismos «Ancianos» se dirigen a Costanza Farnese, hija del Pontífice, con estas alabanzas de los dos misioneros: Hay aquí «dos sacerdotes de los que están en Roma y hacen profesión de pobreza y costumbres santísimas, a lo cual se junta, además, la doctrina y el conocimiento de la Sagrada Escritura. Pues bien, estos sacerdotes han trabajado tanto en esta ciudad, así con el ejemplo de su vida

[152] «Hablando (Ignacio) de los *Exercicios*, decía que de los que concia en la Compañía, el primer lugar en darlos tuvo el P. Fabro, el segundo Salmerón y después ponía a Francisco de Villanueva y a Jerónimo Doménech. Dicía también que Estrada daba bien los de la primera semana» (L. G. DA CÁMARA, *Font. narrat.* I, 658).

santísima, como con la doctrina y continuas predicaciones, que la mayor parte de este pueblo se ha transformado en el vivir, de modo que se frecuenta la confesión y comunión mucho más de lo acostumbrado, y se hacen limosnas mayores de lo que exige la condición de estos tiempos de carestía; y en suma, se ve la ciudad entera convertida a la religión mucho más de lo que ha estado en el tiempo pasado».

Entre los frutos más estimables recogidos en este misionar de Parma se deben contar las vocaciones de muchos jóvenes de alto valor moral e intelectual, que haciendo los *Ejercicios espirituales*, se decidieron a entrar en la naciente Compañía de Jesús, v. gr. el canónigo español de Valencia, Jerónimo Doménech, el parmense G. B. Viola, los hermanos Benedetto y Francesco Palmio, Elpidio Ugoletti, Pablo d'Achille, el gran misionero popular Silvestre Landini, el protomártir de la Compañía en la India, Antonio Criminali, etc. Mientras Fabro sube a tierras germánicas, Laínez sigue en el Norte de Italia donde la mies es tanta, que se ve obligado a trabajar, como él dice, *supra modum et supra virtutem*, tanto en Parma como en Piacenza y Reggio.

Poco después lo reclaman los venecianos. Laínez se siente gozoso, porque en la ciudad de las lagunas son un millar de personas, muchas de distinción, las que tres veces por semana oyen su docta y fervorosa palabra en la explicación del Evangelio de San Juan. Los domingos los dedicaba al pueblo sencillo y a los niños: Y por supuesto siempre había almas escogidas que deseaban practicar los *Ejercicios espirituales*. Hasta dentro del Senado veneciano se dejó sentir la acción reformadora del gran teólogo. En todas las ciudades de aquella república se despierta un vivo deseo de aprovecharse de la buena nueva que anunciaban los «presbíteros reformados» venidos de Roma. Laínez no desoye las súplicas de Brescia, Vicenza, Verona, Basano, Padua; muchos que no frecuentan los sacramentos desde hacía muchos años, hacen penitencia

Broet y Jayo

Dulce y angelical era el alma del francés Pascasio Broet, que hizo sus estudios teológicos en Amiens y en París, donde se agregó a los compañeros de Ignacio con los votos de Montmartre en 1535. Podemos decir que sus primeros ministerios en Italia se desenvolvieron en la ciudad y diócesis de Siena, adonde fue enviado por mandato del papa Pablo III en 1539, en compañía del P. Simón Rodrigues de Azevedo y del joven Francisco Estrada, no sacerdote aún, que entonces reveló sus

extraordinarias dotes de orador. Con su trato amabilísimo, con sus fervorosos sermones, con sus lecciones sacras a sacerdotes y con la práctica de los *Ejercicios espirituales* sabía enfervorizar y transformar las almas. El arzobispo Francisco Bandini escribió a Ignacio de Loyola el 15 de agosto de 1539 un elogio encendido del P. Broet, de quien alaba «la integridad de su vida, la suavidad de las costumbres, de forma que se hace agradable y jovial a todos, y a mí gratísimo». «En la predicación —añade — es vehemente, exhorta con sus palabras, ayuda con sus ejemplos, atrae con su humildad, inflama con su caridad, haciéndonos vivir bien y felizmente *(bene beateque)»*. Termina pidiendo al Santo un operario más de estas cualidades.

Por mandato del papa interrumpió tan fructuosa labor con la difícil y peligrosa misión a Irlanda (1541) en unión con Salmerón. Y a su regreso le mandan a diversas ciudades italianas, como Montepulciano, Foligno, Reggio, Faenza (donde refuta los errores que predicaba el apóstata Bernardino Ochino). Pasa por fin a Bolonia. En esta doctísima ciudad, ilustrada por grandes maestros universitarios, se esfuerza por levantar el nivel humanístico del naciente colegio jesuítico, lo mismo que en Ferrara. Los boloñeses reciben a Broet con entusiasmo, porque ven en él a un hermano de Francisco Javier, de quien conservan recuerdo imborrable. En 1551 Ignacio lo nombra Provincial de Italia (o Toscana, Tuscia) y al año siguiente lo manda a regir la provincia de Francia.

Saboyano como Fabro era Claudio Jay (Jayo). Fue Fabro quien con los lazos de la amistad logró arrastrarlo a la Universidad de París y hacer que allí se incorporase al grupo de amigos acaudillados por Ignacio. Venidos a Italia y fundada la Compañía de Jesús, se empleó en faenas idénticas a las de sus compañeros: predicar, catequizar, fomentar los sacramentos, reformar monasterios, dar *Ejercicios*, atender a los sacerdotes. Sus campos de operación fueron principalmente Bagnorea, Brescia, Faenza y Ferrara, cuya duquesa, Renata de Francia, encubría con disimulo sus ideas calvinistas. En la primavera de 1542 lo vemos en Ratisbona y lo volveremos a ver en campos alemanes en otro capítulo.

Nicolás Alonso de Bobadilla

Una mirada más detenida se merece Nicolás de Bobadilla. Todo un libro sería poco para describir su fisonomía, su carácter, su independencia de juicio, sus genialidades, sus estudios, su modo de tratar con Ignacio de Loyola y con el papa Carafa, y sobre todo su errabundez apostólica y

aventurera por todas las naciones del Norte y Sur de Europa. Pero no tratamos de escribir su vida y ni siquiera es fácil sintetizarla[153].

Bobadilla no tenía vocación de religioso enclaustrado; las reglas le encorsetaban quitándole la agilidad de movimientos, y todo formalismo le parecía antinatural. No entendía de maneras diplomáticas; él llamaba siempre la atención por su franqueza de carácter, su locuacidad y libertad de manifestar su parecer, aunque fuese contrario al de los Superiores; como buen campesino de Castilla la Vieja, amaba la honradez, la llaneza, la sinceridad y no temía cantar verdades al lucero del alba, aunque fuese Carlos V, Pablo IV o Ignacio de Loyola. Entre el fundador de la Compañía y el papa Carafa, por temperamento propendía más hacia el último, aunque nunca se entregase a los arrebatos apasionados del napolitano. En su crítica de las *Constituciones S. I.* atacaba más que el fondo, la prolijidad de la forma y lo laberíntico de su desarrollo, que a él —no sin algún fundamento — le parecía «confusísimo»; y si suscitó un problema serio en las cumbres del Instituto ignaciano a la muerte del Santo, tuvo parte en ello el P. Poncio Cogordan con otros de la misma opinión. ¿Y no estaría a sus espaldas la sombra protectora, aunque callada, del papa Carafa? Admiraba la gran santidad del fundador de la Compañía, pero le disgustaba que todas sus cosas se tomasen como revelación del Espírito Santo; y no le molestaban menos «dos o tres personas, que queriendo imitarle, se hacen sus monas».

Por lo demás, perdonándole sus imprudencias y ligerezas en el hablar, sus faltas de reflexión, su comportamiento a veces poco clerical y su modo irrespetuoso de tratar a S. Ignacio en las cartas, hay que reconocerle ingenuidad y sencillez de niño, celo ardiente de las almas, laboriosidad incansable durante muchísimos años, austeridad de vida y casi continuas penalidades en su infinito discurrir por el Norte y el Sur de Europa. Parece inconcebible la gran estima que de él tenían todos los altos señores, papas, príncipes seculares, obispos, etc., que no querían desprenderse de aquel misionero alegre y parlanchín, y se lo disputaban

[153] Algunas fuentes jesuíticas, como las que derivan de Nadal y Polanco, no simpatizan con Bobadilla, sin duda porque se mostró a veces poco respetuoso con el fundador, y al morir éste, le creó problemas al Instituto ignaciano. Pero Ignacio fue siempre comprensivo y tolerante con aquel hijo, un poco díscolo, el cual amó siempre a Loyola (a su modo) y le veneró profundamente. El Santo le pagó sus intemperancias verbales con elogios y frases de estima. Entre los modernos historiadores de la Compañía el más comprensivo y penetrante me parece Mario Scaduto en sus dos espléndidos volúmenes sobre Diego Laínez.

entre sí, porque admiraban su disponibilidad para todo cuanto le encomendasen, y el espíritu de sacrificio con que se entregaba a los ministerios apostólicos.

El año 1540, en que Pablo III confirmó la Compañía de Jesús, evangelizó Bobadilla, por mandato del papa y con poderes de Vicario general, la ciudad y obispado de Bisignano, «expulsando a las concubinas —son sus palabras—, repartiendo víveres entre los pobres, pues había gran penuria y carestía en toda Italia, y predicando en la catedral en Adviento y Cuaresma los domingos y días festivos. El cardenal Bembo, obispo de aquella diócesis y refinado humanista, supo apreciar el fruto. En setiembre de 1541 el Sumo Pontífice le manda volver a Roma; apenas llegado el cardenal inglés Reginaldo Pole lo reclama para su legación de Viterbo. Responde el papa: Es imposible porque tiene que ir a Alemania con nuestro Nuncio el cardenal Morone. Replica Pole: Concédamelo Santidad hasta el día del viaje. Accede Pablo III y Bobadilla permanece en Viterbo con Pole hasta las fiestas de Navidad, predicando todo el Adviento en la catedral y explicando la epístola de S. Pablo a los Romanos.

Parte en enero para Alemania. Allí permanece, siempre activo, seis años. No poseyendo la lengua del país, no le es posible cosechar tanta mies como en Italia. Predica en latín para los clérigos y personas cultas. En mayo de 1542 se halla en Viena, dialogando amigablemente con Don Fernando, rey de Romanos, hermano de Carlos V. Acuérdase de Roma y escribe a sus compañeros, quejándose de que no le escriben. El lo hace con relativa frecuencia, dándoles cuenta de todo lo que hace y padece: «Pudiendo tener muchas casas y palacios, estoy en un hospital, y tiene esta corte de mí la opinión que de vos se tiene, es a saber, que no quiero ni tomo nada» (24 junio). «El rey, su corte y Nuncio apostólico (le dice en setiembre a Ignacio) están contentos de mí, yo les digo públicamente que yo no lo estoy de ellos». Ha tenido una disputa de religión con un luterano delante de seis doctores, y ha resultado claramente victorioso.

En 1545 se va de Austria, con el Nuncio G. Verallo, a Bruselas. Sigue predicando el Evangelio en Spira, Colonia, Ratisbona, Passau. En la guerra de Smalkalda se mezcla con los soldados, a quienes ayuda si están heridos o atacados de peste, y sobre todo les asiste espiritualmente como capellán militar. Un disparo de alabarda viene a herirle en la cabeza y se libra de la muerte gracias a la reciedumbre del sombrero. El 30 de junio de 1548 Carlos V, forzado por la necesidad, concede *provisionalmente* a los novadores, si son sacerdotes el matrimonio, si laicos la comunión bajo las

dos especies, hasta que los decretos del concilio decidan la cuestión definitivamente. Este es el famoso *Interim,* que Bobadilla refutó en dos *Memorias* que circularon por la corte, dividiendo los pareceres de los caballeros alemanes y españoles, unos en pro y otros en contra. El emperador montó en cólera y poniéndole dos guardias, plantó a Bobadilla en la frontera de Italia.

Al llegar a Roma y presentarse ante Ignacio, éste, que no estaba bien informado de lo sucedido, no le permitió entrar en casa, a fin de que nadie pensase que la Compañía estaba contra el emperador. Después lo admitió, y al cabo de pocos meses lo mandó a preparar la apertura del colegio de Nápoles, a donde le llamaba el virrey D. Pedro de Toledo. Pero allí Bobadilla no brilló por su prudencia. Y tornó a sus faenas apostólicas.

Su empeño por fundar colegios le llevó muchas veces a negociaciones precipitadas. Reconozcamos, con todo, que esa afición no le impedía el correr por los campos y ciudades predicando y reformando personas e instituciones con el celo y el humor de siempre. Después de la muerte de S. Ignacio parece que el vigor se le recrece, y pasa como un fuerte viento purificador por la Umbría, las Marcas, la Valtelina, Dalmacia, y otra vez en el Sur de Italia, Calabria y Sicilia, en el Norte Liguria y Piamonte, hasta que se recoge para morir —último superviviente de los fundadores de la Compañía— en el santuario de Loreto (1590). Contaba probablemente 81 años.

Sería largo recoger una serie de elogios de Bobadilla, a cuál más ponderativo de sus virtudes, escritos por las autoridades que escucharon sus sermones y por los de casa, que convivieron con él, empezando por el de Oliverio Manare, sin despreciar el humorístico de S. Ignacio: «Yo no sé en la Compañía ningún hipócrita, si non es Salmerón y Bobadilla». Quería decir que estos dos, algo más desenvueltos que los otros, disimulaban con la poca compostura de sus palabras y gestos la virtud que guardaban en su interior.

Laínez y los colegios

Cortemos por un momento el hilo de la narración y sin olvidar a los misioneros que desde Roma parten y se desparraman por las ciudades y campos de Italia, contemplemos uno de sus frutos de mayor transcendencia: *los colegios*, cuya fundación preparan conversando y persuadiendo a autoridades mayores y a las personas amigas que disponen de ricos caudales, a practicar la caridad y la beneficencia.

Quizá fue Laínez —de acuerdo siempre con S. Ignacio— el más activo propagador de los primeros colegios jesuíticos. Pero entendámonos, porque aquellos colegios discrepaban mucho de los que vinieron poco después. No eran institutos dedicados a la educación de la juventud; ni siquiera en los comienzos tenían un cuerpo de maestros jesuitas que dieran lecciones a los estudiantes de la propia Orden. Eran, más bien, una especie de «Colegios mayores», o residencias de estudiantes, en los que residían grupos de escolares de la Compañía, que para oír las lecciones y cursar sus estudios tenían que acudir a la Universidad. Lo explicaremos mejor en otro capítulo.

¿Quién inventó los colegios?, preguntaron un día al Padre Ignacio. Y éste respondió: «Laínez fue el primero que tocó este punto *(mientras se hacían las Constituciones)*. Nosotros hallábamos dificultad por causa de la pobreza; y así quién tocaba unos remedios, quién otros».

Debió de ser el año 1539, cuando deliberando los primeros Padres sobre los puntos fundamentales de la Compañía, para ofrecer luego al Romano Pontífice un esbozo o *Fórmula* compendiosa de la misma, tropezaron con esta dificultad. ¿Cómo podremos dar una formación científica y literaria, verdaderamente seria, a los jóvenes que, desprovistos de ella, quieran seguir nuestro Instituto? La dificultad estaba en que el Instituto exige a todos vivir de limosna y en pobreza absoluta. Ahora bien, con pobreza tan severa podrán sustentarse las casas profesas y todos cuantos estén consagrados plenamente a los ministerios pastorales, administración de los sacramentos, predicación, obras de misericordia, *Ejercicios espirituales*, etc., porque siendo trabajos al servicio de los fieles, éstos sabrán recompensarlos con suficientes limosnas para el sustentamiento de los ministros evangélicos. Pero los jóvenes que están todavía en período de formación y que han hecho voto de pobreza ¿cómo han de sustentarse?

Intervino entonces Laínez: Al hacer las *Constituciones*, pongamos una excepción en el capítulo de la pobreza: los Colegios podrán tener rentas para sustentar a nuestros jóvenes estudiantes que allí viven.

A todos les pareció prudente y aceptable esta solución. Una manera de propagar el Instituto de la Compañía era fundar colegios. La cuestión era hallar fundadores que dieran capital y rentas; y de ello se ocuparon los Padres de mayor autoridad y de más trato con personajes opulentos y poderosos. Y examinando las ciudades y los años en que van surgiendo los colegios, advertimos que por muchos de ellos ha pasado la sombra de

Laínez.

Como la mayoría de los predicadores, en calidad de pregoneros del Evangelio, llevaban una vida itinerante de aquí para allá, en perpetuo movimiento, las casas profesas y las residencias fijas y estables eran al principio poquísimas. En cambio, los Colegios proliferan en gran abundancia, no tanto en la forma primitiva (lainiana), sino según el tipo más abierto a todos, de los colegios modernos para seglares. Veamos por ahora solamente los que se fundan en esos años, a saber:

Messina (1548), Palermo (1549), Tívoli (1550), Colegio Romano y Bolonia, Ferrara, Venecia (1551), Padua, Módena, Florencia, Perusa, Germánico, Nápoles (1552), Gubbio (de vida muy efímera, 1552-1554), Monreale (1553), Siracusa (1554), Loreto (1555), Siena, Bivona, Catania (1556).

Si en los comienzos, como quería Laínez, eran sólo para jóvenes jesuitas en formación, pronto fueron miembros de la Compañía los maestros que impartían la enseñanza y se abrieron sus puertas (gratuitamente) a niños y adolescentes de todas las clases sociales, que aspiraban a conseguir buena cultura clásica a base de latín y griego, y también a cuantos deseaban cierto grado de cultura científica y filosófica, incluso algo de teología, si aspiraban al sacerdocio. La gratuidad de la enseñanza acrecentaba naturalmente la concurrencia. Estos colegios de tipo moderno se derivan de Laínez. Fueron fruto de la evolución y fueron ellos los que más influyeron en la sociedad.

Laínez capellán militar

El genio de Laínez presentaba múltiples facetas. Tan pronto diserta en las augustas asambleas de Trento sobre las más hondas y abstrusas cuestiones teológicas, delante de sabios doctores que le escuchan con pasmo, como enseña los elementos de la doctrina cristiana a niños analfabetos y a mujeres desprovistas de toda cultura. Con el mismo dominio habla los mercaderes genoveses sobre los contratos usurarios, que declara los deberes de su oficio y estado a príncipes, embajadores, magistrados y eclesiásticos. Lo mismo tiene cursos de teología en la Sapienza de Roma, que asiste a los apestados y a los enfermos de los hospitales o consuela a los pobres moribundos.

Imaginar a Bobadilla como capellán de lansquenetes alemanes en lucha contra milicias luteranas no resulta difícil, pero ¿quién se iba a

imaginar al gran teólogo de Almazán cumpliendo el durísimo y peligroso oficio de capellán mayor de los ejércitos ítalo-españoles, confesando a los soldados antes de entrar en batalla contra los muslimes en las costas de Túnez, recogiendo a los heridos, asistiendo a los heridos y enterrando a muertos? Vamos a ver cómo pasó de un campo a otro.

Apenas concluida la primera etapa del concilio de Trento (1549), Laínez es llamado a Florencia por la altiva duquesa Leonor de Toledo, hija del Virrey de Nápoles y esposa de Cosme de Médicis, futuro «Gran Duque de Toscana». En la brillante ciudad renacentista Laínez trabaja como siempre, con modestia pero con eficacia, y como goza de gran prestigio se capta la simpatía de los Médicis y de todos los florentinos, logrando preparar la fundación de un colegio muy anhelado por Ignacio de Loyola.

De Florencia, pasando por Bolonia y Ferrara, llega a Venecia, donde encuentra a Salmerón, y no sin graves complicaciones, logra que se haga efectiva la entrega a los hijos de Ignacio del Priorato de la Trinidad (donación de A. Lippomani).

No menos imperiosa necesidad espiritual que el Norte alega el Mediodía de Italia. Poco más de un mes se detiene en Nápoles derrochando heroicamente sus energías. Los napolitanos, después de tratar con él de la conveniencia de un colegio, le despiden con dolor. El 16 de enero de 1548 está en Palermo. Lo que más deseaban, tanto el Virrey D. Juan de Vega como su esposa, doña Leonor Osorio, hijos espirituales de Ignacio de Loyola, era la reforma moral espiritual del clero diocesano y del monástico. Ambos cleros se peleaban, alegando derechos difíciles de precisar. Laínez opinaba que los monjes eran los más responsables; pero tuvo también admoniciones para el insigne bienhechor Alejandro Farnese, recordándole sus obligaciones de pastor. Acató el cardenal humildemente la decisión del jesuita y conforme a ella promulgó un estatuto justiciero.

Por voluntad del Virrey, que llevaba en su espíritu bien grabada la marca ignaciana, aceptó Laínez la predicación en la Capilla Palatina todos los domingos desde la septuagésima de 1549 y después toda la Cuaresma de aquel año. Entró también en las cárceles a anunciar la palabra divina a los presos, y consiguió, por medio de la Virreina doña Leonor, que se constituyese una sociedad para la asistencia material y espiritual de los enfermos en el hospital de los Incurables de Palermo. Durante el verano tuvo en la catedral de Monreale un curso de lecciones sacras sobre el Eclesiastés. Predicó igualmente en la Cuaresma de 1550, y ayudado por el Virrey y la Virreina, no menos que por el P. Jerónimo Doménech, se

encargó de conservar en el buen camino a las convertidas y de que fuesen debidamente atendidos los niños huérfanos, para lo cual obtuvo de Pablo III la aprobación de cinco orfanotrofios.

Una aventura militar iba a estrechar más los lazos de amistad con el Virrey D. Juan de Vega. Audaces piratas, al servicio de la flota turca, no cesaban de atacar a los cristianos en sus costas y en sus barcos. El corsario más temido en aquellos días era Dragut, de origen griego, que en 1550 dio asalto a la pequeña ciudad de Affrica (antiguamente Afrodisio, hoy Mahdia), haciendo de ella la base de sus piraterías. Inmediatamente ordenó Carlos V al famoso almirante genovés, Andrea Doria, arrojar a Dragut de aquel nido de águilas. Mientras Doria hacía sus preparativos, el Virrey Juan de Vega zarpaba de Palermo el 21 de junio de 1550, como comandante general de un cuerpo de ejército, formado por 500 soldados españoles y cerca de 1.000 sacados de Sicilia. Y quiso llevar consigo a Laínez.

En la noche del 11 de julio los asaltantes no lograron abrir brecha en las macizas murallas de la fortaleza. La situación de los cristianos empeoró con la multitud de enfermos afectados de fiebres malignas, disentería, malaria y otras dolencias causadas por el excesivo calor africano. En el grupo de sacerdotes o religiosos que asistían a los soldados la historia subraya el nombre «del P. Laínez, célebre jesuita, capellán mayor y presidente del hospital de Affrica (Mahdia), el cual tenía 240 enfermos confiados a su caridad».

Los actos de caridad y sacrificio que realizó con aquellos pobres soldados, ignorantes, heridos gravemente o moribundos, fueron causa de que todos le mirasen con veneración. Por fin el 10 de setiembre de 1550 las tropas cristianas, renovando sus ímpetus, lograron expulsar de aquel nido al aguilucho Dragut.

El domingo siguiente (14 sept.) Laínez bendijo la mezquita principal de la ciudad. El cardenal Alejandro Farnese, arzobispo de Monreale, felicitó efusivamente al Virrey por esta victoria, «de la que resulta —decía— beneficio universal a todo el cristianismo». Y el papa Julio III ordenó solemnidades en acción de gracias en la basílica de San Pedro, luminarias en la ciudad por tres días consecutivos, antorchas en el Capitolio, hogueras y músicas por las calles.

Desde Roma Ignacio había seguido con interés la guerra de Africa. Don Juan de Vega le había suplicado, en nombre de todo el ejército cristiano, recabar del Pontífice las indulgencias y privilegios espirituales que

conceden con el Jubileo del Año Santo. Ignacio responde el 9 de julio que ya está obtenido.

Pocos días más tarde el mismo Ignacio le dirige una carta a la hija del Virrey, Isabel de Vega, consolándola por la muerte de su madre, Leonor, y manifestando el religioso espíritu con que seguía las vicisitudes la guerra contra el enemigo del nombre cristiano: «He ordenado que todas las Misas y oraciones de la casa (de Roma) se conviertan en desear pedir el favor divino para el Sr. Joán de Vega y su armada».

Al regresar Laínez a la península, no le dejan un momento de descanso. En Pisa y en Florencia le espera impaciente la duquesa Leonor de Toledo. Hay motivos que le fuerzan a condescender algún tiempo. Pero la voz del papa es más poderosa, y Julio III le manda ir a Trento, como teólogo pontificio y allí disputa y estudia y discursea en la segunda etapa del Concilio (1551-1552), lo mismo que en la primera, al lado de Salmerón. Describir la inmensa y brillante labor que ambos desarrollaron en las reuniones conciliares no es propio de este lugar.

Nombrado por Ignacio provincial de Italia, predica en Ferrara, y en el emporio comercial de Génova se detiene largo tiempo, porque la Señoría le ha nombrado miembro de una comisión de doctores encargada de estudiar y clarificar el problema de los negocios comerciales y la licitud de los contratos que hacían los mercaderes».

Todo lo que realizó después de la muerte de Ignacio († 1556), a quien sucedió en el generalato de la Compañía, cae fuera de esta biografía.

Alfonso Salmerón

El toledano Alfonso Salmerón, tres años más joven que Laínez, estaba unido a él con lazos de estrecha amistad desde que ambos estudiaban en la Universidad de Alcalá. Juntos fueron de allí a la Universidad de París, donde se agregaron a Ignacio y compañeros, con los cuales hicieron los votos de Montmartre en 1534. Al ser fundada la Compañía de Jesús, su amistad se hace más sólida. Juntos irán a Trento, enviados por el papa, en las tres convocatorias del Concilio, y participarán con brillantez en las principales discusiones conciliares. La «misión de Irlanda», que Pablo III encomendó a Salmerón y Broet en setiembre de 1541, será narrada en otro capítulo. En 1543 tuvo lugar su viaje a Módena a instancias del cardenal Juan Morone, obispo de la ciudad y muy amigo de San Ignacio.

El joven Salmerón, que entonces no contaría más de 27 ó 28 años,

pero ya tenía plena conciencia de su saber teológico, se propuso desenmascarar desde el púlpito los errores que más o menos disimuladamente iban esparciendo por la ciudad algunos luteranizantes. Habiéndole oído algunas prédicas el cardenal-obispo le amonestó: «Anunciad a Cristo y no insistáis en los méritos nuestros o de los santos en orden a la justificación». Y entre los dos se inició una disputa.

El propio Morone nos lo cuenta en el Proceso que más tarde se le formó:

«Y empezando sus sermones, noté que atribuía (Salmerón) demasiado y alababa los méritos humanos tanto, que me parecía daba ocasión a que los hombres se hiciesen más arrogantes y soberbios respecto de Dios. Por lo cual, lo llamé a mi cámara y comenzando a razones juntos los dos solos... él, que era joven intrépido y docto, me hablaba muy gallardamente, con buen celo, según creo. Yo, con más insolencia que la de él, me impacienté, me lo quité de delante, y alterado por la disputa, creo que le dije muchas inepcias, de las que no me acuerdo sino de ésta: que yo no reconocía en mí tantos méritos, pues incluso al decir la Misa, la cual es la más santa obra que se puede hacer, yo pecaba. El me replicó que esa opinión era falsa, como en efecto lo es, si se entiende que decir la Misa es pecado, pero mi pensamiento es que, si bien no se puede hacer cosa alguna más grata a Dios que el celebrar devotamente, todavía a mí me sucede que, o por la poca devoción y reverencia, o por la distracción de la mente, sentía necesidad de confesar mi culpa de los defectos cometidos en torno a tan gran misterio. Reconozco, sin embargo, que hice mal, y después le di satisfacción a Salmerón no sólo con palabras, sino con hechos, porque en servicio de Dios, para ayudar a las ánimas y para que la ciudad entienda que yo apruebo la doctrina de esa Compañía, he contribuido desde hace muchos años con cincuenta escudos anuales —y sigo contribuyendo— a mantener un colegio de la misma Compañía».

Todo esto acontecía en 1557, catorce años después de la disputa con Salmerón en Módena. Olvidado de lo entonces ocurrido, Salmerón siguió discurriendo por Italia, Alemania y Trento. Especialmente en Ingolstadt había sido la admiración de los profesores de la Universidad, mayormente del Doctor J. Eck.

Hallábase en el colegio de Nápoles, cuando llegó a sus oídos el retumbante trueno de Juan Morone, llevado al tribunal de la Santa Inquisición. Morone, el cardenal de vida irreprensible, consagrada al servicio de la Iglesia; el cofundador del Colegio Germánico, a una con S.

Ignacio, de cuya Compañía fue siempre favorecedor («sempre fui affezionato ad essa Compagnia»); el que tanto había trabajado por la Reforma Católica contra la revolución protestante; el que tenía no pocas probabilidades de subir al trono pontificio, y el que salvará el concilio Tridentino en el momento más crítico de su historia, había sido arrestado por mandato del papa Carafa (Pablo IV) como sospechoso de herejía. Sobre la cabeza del inocente Morone, culpable tan sólo de unas frases imprudentes, llovieron inculpaciones graves, que le ocasionaron en junio de 1557 la prisión en el Castillo de Sant'Angelo.

Los que le conocían íntimamente y escuchaban con imparcialidad su justificación y defensa se convencieron fácilmente de su inculpabilidad. Desde el Concilio de Trento —afirmó— he ajustado siempre mis doctrinas a las decisiones conciliares; posiblemente en años anteriores habré pronunciado frases malsonantes, sin la debida explicación, y leído algún libro como el *Del beneficio de Cristo*, que era leído entonces con devoción por muchos varones espirituales, e incluso por algunos inquisidores. «Ese librito fue leído por mí y casi devorado con gran avidez, porque me parecía muy espiritual; me acuerdo especialmente y con afecto de lo que dice *sobre la Comunión,* porque yo tenía como primera máxima que los libros heréticos eran contrarios a todos los sacramentos... y hablando al reverendísimo Cortese *(Gregorio, abad reformador OSB),* el cual era uno de reverendísimos Inquisidores..., me dijo estas formales palabras: Cuando por la mañana me pongo el jubón, yo no sé ponerme otra veste que ese *Beneficio de Cristo».*

A pesar de que nadie pudo demostrar con certeza la heterodoxia del cardenal, este no fue puesto en libertad. Alguien le propuso que pidiera perdón al papa y saldría absuelto. Respondió Morone: «No puedo, eso sería reconocerme culpable; sólo quiero justicia». Y hubo de permanecer en los calabozos de Sant'Angelo, hasta que, muerto Pablo IV en setiembre de 1559, le permitieron salir para dar su voto en el conclave, y el nuevo papa Pío IV le otorgó la libertad y lo rehabilitó plenamente.

De estar en vida Ignacio de Loyola, ¡cómo le hubiera dolido la prisión y el proceso de su amigo y protector Juan Morone! Hubiera puesto en movimiento, sin duda, todos los recursos de que era capaz, en orden a obtener su liberación. Lo que Loyola no pudo, lo hizo Laínez, Vicario general, entonces, de la Compañía, haciendo llegar a Felipe II un ruego de intercesión. Muy dignamente se portó el P. Salmerón defendiendo la causa de Morone dos veces que fue llamado a deponer en el proceso (75 de julio

y 9 de octubre 1557); además se dirigió por carta al arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, que se hallaba en Bruselas junto a Felipe II, rogándole que le hablase de ello al rey. Pero ante el papa Carafa no valían las más altas recomendaciones. Tuvo que intervenir la mano fría de la muerte para cortar el hilo del proceso.

«El Salomón» de Nápoles

Nombrado en 1558 Provincial de Nápoles, su personalidad de sabio, de santo y de eminente predicador, se impuso a la admiración de todas las clases sociales, sobre todo de las más cultas y autorizadas. Una vez tuvo que abandonar, y muy honrosamente la ciudad; porque teniendo que marchar Laínez a Francia acompañando al Legado pontificio, cardenal Hipólito de Este, escogió a Salmerón para que le sustituyera en Roma con el título de Vicario del General. Fue también en esa ausencia de Nápoles cuando se vio obligado a asistir al Concilio de Trenzo, en su tercera convocatoria. Después que esta ecuménica asamblea se dio por concluida definitivamente en diciembre de 1563, todavía Salmerón retrasó su vuelta a Nápoles, predicando la Cuaresma de 1564 en Venecia. Aunque se creía y se decía viejo, «recomenzó de nuevo sus sermones al pueblo napolitano, en los cuales sobresalía como un rey», según la expresión de Lagomarsini, el cual alude a una expresión del cardenal Estanislao Hosius.

Reinando entre sus queridos napolitanos pasó los últimos años de su vida frente al risueño golfo partenopeo, dando la última mano a sus numerosos escritos, parte de los cuales, comentarios a todos los libros del Nuevo Testamento, fueron publicados después de su muerte en doce tomos (Madrid 1598-1602). La muerte se lo llevó el 13 de febrero de 1585. Manifestáronle su cariño y admiración las autoridades y todo el pueblo, que ya no le llamaban Salmerón, sino «Salomón», en reconocimiento de su ciencia. Tras largos años de vivir entre los napolitanos, había llegado a ser una de las personalidades más representativas de aquella ciudad.

Diríase que Salmerón, emparejado con su amigo Laínez, desmerece un poco, porque es inferior en talento especulativo y en dotes de gobierno. Y no ha tenido tan buenos historiadores como Laínez. El de Toledo carecía de la finura en el trato, propia del de Almazán, y era menos prudente en el hablar, pero le ganaba en simpatía y comunicaba más fácilmente su jovialidad a los que conversaban con él. Sobrepujaba además a Laínez en erudición, no en profundidad, y en amor a la cultura clásica.

Pedro de Ribadeneira, que por toledano, por su intuición psicológica

y por el trato frecuente con su compatriota, pudo conocerle mejor que cualquiera, nos dejó estas pinceladas de su retrato:

«Fue desde niño muy inclinado a las letras... Los poetas, oradores e historiadores eclesiásticos y sagrados doctores, concilios y decretos, los tenía prontísimos por la felicísima memoria de que nuestro Señor le había dotado... Sabía muy bien la lengua latina, griega y hebrea, y tenía mucha facilidad, copia y eficacia en el decir. En la Escritura era toda su recreación... Fue hombre de muy sanas y amorosas entrañas, y grande llaneza, sinceridad y verdad..., despreciador de honras y dignidades... Era modesto y humilde, y presumía tan poco de sí, que con ser tan letrado como se ha dicho, alababa y estimaba y engrandecía cualquiera cosa de los otros».

Y poco antes refiere así sus funerales: «Cuando se supo su muerte, corrió toda la ciudad a nuestra casa a verle y besarle la mano, y el arzobispo de Nápoles vino con su cabildo y clero vestido de pontifical al entierro. Acabado el oficio, fue tanta la gente que acudió, así de señores y caballeros y ministros reales, como del pueblo, que no se pudo enterrar, porque unos le cortaban los cabellos y barbas; otros las uñas de los pies; otros pedazos de su vestidura, hasta que con buena maña se despidió la gente».

Para terminar el retrato, nada mejor que las palabras de un santo, que entendía de letras y de espíritu. San Bernardino Realino, que conoció a Salmerón en Nápoles, lo definió así: «Questa singolarissimo Padre, colonna grandissirna della verità cristiana», y pocos días después: «L'uomo più ammirabile in lettere e in spirito che io abbia udito».

Doménech, «el ángel de Sicilia»

Nos falta echar una mirada rápida a Sicilia y a Córcega.

Cada una de estas dos islas tuvo en el siglo XVI un apóstol jesuita para corregir los vicios del pueblo, reformar a los clérigos olvidados de su alta misión sacerdotal, promover el uso frecuente de los sacramentos y levantar el nivel espiritual de todos. En Sicilia trabajó, enviado por S. Ignacio, el P. Doménech; el enviado a Córcega fue el P. Landini: dos hombres llenos de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, muy distintos por el carácter y el género de vida.

Jerónimo Doménech, nacido en Valencia de España en 1516, estudió filosofía y teología en París, en cuya Universidad tuvo ocasión de conocer

a Ignacio, mas no se dejó pescar por él. Antes de concluir los estudios teológicas regresó a Valencia y a la casa paterna, muy rica de bienes temporales. Siendo aún muy joven, ordenóse de sacerdote (antes de tiempo, con dispensación, dice Ribadeneira) y alcanzó un canonicato. Con intención de resolver ciertos negocios familiares se dirigió a Roma, de donde pensaba llegarse hasta París a fin de perfeccionar sus estudios.

En lo que sigue copiaré a Ribadeneira, que en una carta, escrita el 6 de febrero de 1593, hace una semblanza de Doménech, recientemente difunto.

"No hay —escribe— quien pueda dar tan particular cuenta de las cosas del P. Jerónimo Doménech como yo... Era canónigo de Valencia y ya maestro en artes, y de muy gentil disposición, rico y con muchos criados (cuando se presentó en Roma). Y yendo a París a acabar sus estudios, topó en Parma von los Padres Maestro Pedro Fabro y Diego Laínez; y allí hizo los Exercicios, y se resolvió en ellos a entrar en la Compañía..., despidió sus criados y luego se entró en un hospital a servir a los pobres por amor de Jesucristo pobre.

»Vino a Roma el año de mil y quinientos y cuarenta, donde yo le conocí, a ver a nuestro Padre Ignacio, que le amó y estimó siempre mucho por haberse dado a sí y a su hacienda, en tal edad y tan liberalmente, a la Compañía, antes de que ella fuese confirmada de la Sede apostólica, ni conocida ni estimada en el mundo. De Roma fue enviado a Paris, no ya como rico, sino como pobre, el mismo año, donde estuvo hasta los 24 de julio del año 1542, en que estando yo ya en París, fuimos echados todos los españoles de Francia. En París él era nuestro Superior y padre de todos los de la Compañía que allí estábamos, que éramos quince o dieciséis, españoles y italianos y un flamenco; y nos sustentábamos pobremente con otros socorros y ayudas, pero la principal era la hacienda del P. Jerónimo Doménech; el cual dando los más dineros que pudo a los hermanos de la Compañía que quedaron en París, fue con los demás a Flandes, donde nos vimos con grande aprieto ..., hasta los ocho de hebrero del año de 1543, que dexando en Lovaina proveidos lo mejor que pudo a los demás, nos partimos para Roma el Padre y otro Padre flamenco y yo, a pie, con muy recio tiempo y muy tenue viático... Nos vimos en gran peligro de morir por la mucha nieve que nos caía encima y... era tanta su caridad que, olvidado de sí, volvía los ojos a mí, blandos, amorosos y llorosos, por parecerle que aquél había de ser el lugar de nuestra sepultura. *(Llegados a Venecia)* nos embarcamos para Choza *(Chiogggia)*, ciudad 25 millas de Venecia. Aquí

cayó malo el Padre Doménech, de la agitación del mar; y con calentura anduvo a pie hasta la ciudad de Ravenna, que son casi cient millas... con grande trabajo y pobreza y no menos consuelo y alegría; y finalmente, ayudándole nuestro Señor, llegó a Roma y fue curado y regalado de nuestro santo Padre Ignacio...

»En Roma estuvo algunos años, y predicó y confesó y fue Ministro de casa profesa, siendo nuestro Padre (Ignacio) superior della. Después fue a Bolonia a dar principio al colegio que se fundó en aquella ciudad, hasta que el año de 1547 fue enviado de nuestro Padre a Sicilia, con Juan de Vega que iba por Virrey de aquel reino. En el cual no se puede decir con pocas palabras, ni fácilmente creer, lo que el Padre Jerónimo sirvió a nuestro Señor los muchos años que allí estuvo. Porque podemos decir que todos los colegios se hicieron en aquel tiempo, que son muchos y muy bien fundados y en muchas ciudades y villas, son obras de sus manos *(colegios de Messina, Palermo, Monreale, Siracusa, Catania, Bivona)*, y que se debe a él, como a origen y principio todo el fructo que se ha seguido en aquel reino con el exemplo y doctrina y industria de los de la Compañía. Hiciéronse así mismo muchas obras pías y de gran servicio de nuestro. Señor en aquel reino, de hospitales de huérfanos y de huérfanas, monasterios de monjas muy reformadas, de montes de piedad y de otras obras para redimir cautivos, librar encarcelados, socorrer a todos los pobres y menesterosos, a los cuales asistió siempre el Padre Doménech con gran cuidado y diligencia en los años que Juan de Vega y el Duque de Medinaceli fueron Virreyes, que fueron 18...

»Fue el primer Provincial que hubo en Sicilia y fuelo algunas veces y muchos años; y de todos los súbditos y de los extraños era reverenciado por santo y tenido por padre. Fue superior del Colegio Romano *(Rector 1568-1571)* y Prepósito de la casa professa de Valencia... Siempre fue conocido y estimado por gran siervo de nuestro Señor y dotado de muy grandes virtudes; y aunque las tuvo todas, las que más resplandecieron en su vida eran la humildad y mansedumbre, el celo de la gloria de nuestro Señor y de la salud de las almas, y una extremada compasión y misericordia para con los pobres».

Para redondear esta semblanza hecha por un coetáneo y amigo, añadamos que Doménech tiene la gloria de haber sido uno de los iniciadores más decididos de los colegios externos de la Compañía y el fundador del de Valencia (1544); que Ignacio le encomendó la tarea de dar los *Ejercicios* al pretendiente Nadal, que salió decidido a abrazar el Instituto

ignaciano; y que en Sicilia desarrolló una labor tan moderada, vasta y profunda en la renovación cristiana del pueblo y de los monasterios, que mereció el renombre de «el Angel de Sicilia», debido en parte al apoyo y la ayuda que le prestaron siempre los dos Virreyes D. Juan de Vega, con su esposa, y D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli. Desempeñó el cargo de Provincial de los jesuitas en Sicilia largos años con aplauso de todos (1553-61; 1563-69; 1571-76). Era suave y amable en su trato y tenía un corazón generoso y abierto a todos. Después de haber sido durante casi 30 años el padre y organizador de la Compañía en Sicilia, le permitieron en 1576 disfrutar de un merecido reposo en su patria, Valencia, donde serenamente entregó su alma a Dios el 20 de diciembre de 1592.

Landini, el prodigioso apóstol de Córcega

Ignoro por qué el P. Silvestre Landini (1503-1554) que fue un apóstol popular sin más eximias dotes que el fervor elocuentísimo, fruto de su oración y de su amor a Cristo, con que arrastraba a las multitudes, sacándolas del pecado y llevándolas a los sacramentos, por qué causa, repito, apenas es conocido ni siquiera entre los hagiógrafos, siendo así que en su tiempo hubo quien le comparó con S. Francisco Javier, y a su muerte se inició el *Proceso* de beatificación.

Nació Silvestre Landini en 1503, en la población de Margrate (Toscana). Ordenado de sacerdote, practicó la penitencia corporal con sumo rigor. En 1540 pidió ser admitido en la Compañía de Jesús, y el santo Fundador lo admitió sin dificultad, pero como se advirtiesen en él síntomas de una extraña enfermedad que perturbaba la vida comunitaria, Ignacio le aconsejó salir de la Compañía temporalmente. Dedicóse a la predicación popular con un entusiasmo y fervor que enloquecía a las turbas, primero en Margrate, su patria, después en Sarzana de Liguria y en otras muchas poblaciones, sin que por eso dejase de importunar a S. Ignacio pidiéndole el reingreso en la Compañía. Este por fin se lo concedió, lo cual colmó de gozo y exultación a Landini. Tomó en sus manos la carta, la besó con devoción y se arrodilló para dar gracias al Señor de tan gran beneficio.

Prosiguió sus predicaciones por centenares de poblaciones, pertenecientes a diversas diócesis del norte de Italia. Las maravillas que obró en los años 1547-1548 las refiere el *Chronicon* de Polanco con expresiones de pasmo; lo mismo predicaba en la iglesia, que en la plaza, en el campo, en el mercado; los pecadores más encallecidos en sus perversas e inveteradas

costumbres se entregaban a Dios y frecuentaban los sacramentos, abandonados durante largos años; las mujeres extraviadas se recogían para no volver más al camino del vicio; y los herejes que esparcían descaradamente sus errores entre el pueblo no osaban comparecer ante el ardoroso predicador.

El *podestà* de Castiglione, Baltasar Turiano, escribe el 27 de noviembre de 1547 a Ignacio de Loyola, le quiera conceder por algunos días más al P. Silvestre Landini por el mucho fruto que hace en aquellas partes, «poniendo concordia en las familias, en el vecindario, en las comunidades, en los que riñen hiriéndose con armas, y pacificando a los enemigos capaces de venganza...; él hace que los frailes fugitivos vuelvan a sus conventos, que se subvencione a los monasterios y a los pobres, que desaparezca la blasfemia y sean observadas las fiestas; él predica en las iglesias y en las plazas públicas... Explica por las tardes el Catecismo, hace frecuentar cada día la iglesia para oír misa, exhorta a ingresar en las órdenes monásticas, dice la Misa todos los días con la aurora, ayuna todos los días, come pan de maíz, que es asperísimo y bebe un poco de agua».

Y como en Castiglione, así en todas partes por donde pasa. No obstante su flaca salud y sus ásperas penitencias, se ponía al servicio de todos los que requerían su ministerio. En 1548 entra en la ciudad de Roma, en donde hay días que predica durante seis horas. Vuelve hacia el Norte y evangeliza los valles de la provincia Garfagnana y la Lunigiana, cuyo lamentable estado religioso nos describe él en sus humildes y respetuosas cartas a Ignacio de Loyola.

Un tal Rafael Augustini, que al parecer era párroco de Fivizzano, escribe el 15 de mayo de 1548 a Ignacio de Loyola, agradeciendo el bien que ha traído a los de Fivizzano el predicador Landini: «El cual, así en el predicar como en las otras cosas, imita a los santos Apóstoles y a otros santos de la primitiva Iglesia... Dice cosas y palabras de vida eterna, siempre ocupado en oraciones, en ayunos, en enseñar, confesar y otras obras santas en honor de Dios y utilidad del prójimo, solícito en predicar y evangelizar la palabra de Dios, en lo cual se muestra tan vehemente, que creo ciertamente, que no es él quien habla, sino el Espíritu Santo en él... al cual sería necesario que su Santidad le alargase su mano favorablemente».

El propio Landini, después de sus misiones en la Toscana en 1548, comunica a Roma las falsas ideas que los herejes difunden por aquel país: tienen libros como *«Beneficio de Cristo*, Fabro, Bucero, Martín Lutero, Ecolampadio y semejantes»; persuaden a los clérigos a tomar mujer;

predican que la fe sola justifica; que la Iglesia vera no es la Romana, etcétera[154].

Tiene más suerte con los aldeanos. Cuando pasa por los campos, la gente abandona la tierra, los bueyes y los aperos, y corre tras él, pidiéndole confesión.

A pesar de una vida tan áspera y fatigosa, sigue este gran misionero relampagueando y prendiendo fuego de fe, religiosidad y práctica sacramental, por pueblos y más pueblos, como Sarzana, Lucca, Modena, hasta que en 1552 el papa Julio III, a ruegos de la república de Génova, lo manda como Visitador y Comisario apostólico a restaurar la religión en campo más inculto, selvático y bravío, cual era la isla de Córcega, no visitada por obispo alguno desde hacía 70 años.

En la siembra y laboreo de aquella tierra incivil y ruda sacrificó todas sus fuerzas este apóstol de la confesión y de la Eucaristía y este reformador del clero rural, hasta que en 1554 le alcanzó la muerte en la ciudad de Bastia cuando sólo tenía 51 años.

San Ignacio, por medio de su secretario, comunicó a la Compañía el fallecimiento del infatigable siervo de Dios con estas palabras: «Hemos entendido por cartas de Córcega y de Génova, que Dios N. S., ha puesto fin a los trabajos y santas fatigas del Padre don Silvestre, comisario de su Santidad en aquella isla. Pasó de esta vida a los tres del presente *(marzo)* dejando gran olor y edificación, tanto de su vida, cuando de su muerte. Estuvo los 25 últimos días sin comer cosa alguna. Y aunque tenemos por cierto que está en lugar donde podrá interceder por nosotros, cumplan VV. RR. la deuda de la caridad»...

El pueblo lo veneró siempre como santo.

Nadal, «brazo y segunda mente de S. Ignacio»

Mientras Jerónimo Nadal estudiaba en París fue uno de aquellos privilegiados estudiantes que sintieron la fascinación apostólica de Ignacio, pero el mallorquín resistió tan tenazmente, que sólo después de diez años de dudas, incertidumbres, combates espirituales, al pie de un Crucifijo, en una cámara de Santa María della Strada, en donde hacía los *Ejercicios*

[154] *Litterae Quadrimestres* I, 132-37. Landini predica con tal sentimiento y persuasión, a vees llorando, que al despedirse, «lloran y se lamentan y se me echan al cuello los principales y gobernadores de la tierra, y con singultos me tienen apretado un gran pedazo antes me dexen partir» (I, 136).

espirituales bajo la dirección de Ignacio de Loyola, prometió abrazar los consejos evangélicos y observar los votos religiosos en la Compañía de Jesús. «Hoy día 23 de noviembre (1545), a la hora 18 y media, tras 18 días de Ejercicios».

Con firme resolución de seguir la vida de Ignacio se presentó ante el Fundador de la Compañía, le declaró sus propósitos y fue abrazado muy cariñosamente como verdadero hijo por el Santo. ¿De dónde nacía el empeño de Ignacio en ganarse este nuevo soldado? ¿Qué veía en él? ¿Qué le atraía o qué buscaba? A tales preguntas responde M. Nicolau: «Sin duda había en Nadal un ingenio y talento grande, polifacético, capacitado para las diferentes facultades y estudios... En París había dado sus clases de Matemáticas, y más adelante se le tenía, en la Compañía por docto en ellas... De sus conocimientos teológicos escriturísticos darán después testimonio sus escritos todos y muy en particular las *Adnotationes et Meditationes in Evangelia*... Se ponderaban también su doctrina filosófica y su pericia en las letras de humanidad, latinas, griegas y hebreas».

En una obra del clásico escritor italiano Daniel Bartoli (1685) estampada muy tardíamente, como obra póstuma, después de narrar ampliamente la conversión o transformación espiritual de Jerónimo Nadal, traza el autor un diseño de los incesantes trabajos del mallorquín al servicio la Compañía.

«Por ventura —escribe— de cuantos en su tiempo vivieron en Europa no hubo uno que trabajase tanto. En los treinta y cinco años que sobrevivió, no puede contarse un día en que no tuviese las manos en sus faenas, todas de gran relieve; lo que él obró por sí solo bastaría a hacer ilustres a no pocos de gran valor por la virtud y el juicio, si entre ellos se repartiese. Omito sus lecciones de Teología escolástica y de lengua hebraica, de la que era expertísimo; el pasar al Africa con el cuidado de las almas de un ejército, que el Virrey de Sicilia, Juan de Vega, conducía contra los moros; el ser enviado dos veces a Alemania, una por Julio III, otra por el B. Pío V, como teólogo a la Dieta de Augsburgo. Limitándonos a lo concerniente a la Compañía, *él fue el brazo, y por así decirlo, la segunda mente de Ignacio*. El fue el único a quien encargó la promulgación en Europa y la declaración del Instituto y las *Constituciones* de la Compañía. Fue Comisario en España, fue Visitador de los Colegios y casas de Europa, fue Asistente en Roma y gobernó toda la Compañía que Ignacio puso en sus manos por algún tiempo. No tienen número las cosas, entonces no bien formadas, a las que dio regla y forma por todas partes donde

anduvo»[155].

[155] *Degli uomini e de' fati della Compagnia di Gesù* (Turín 1847) I, 52. El envio de Nadal a promulgar y explicar las Constituciones, no puede decirse absolutamente único. Pedro de Ribadeneira fue enviado por S. Ignacio a Flandes (1555-1556) con análoga comisión. Advirtamos, para completar el perfil de Nadal esta nota de su espiritualidad: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Fue Nadal quien más difundió entre los jesuitas del siglo XVI la genuina espiritualidad ignaciana, y fue también él quién promovió a la vez que S. Pedro Canisio, la devoción del Corazón de Jesús. ¿Por influencia de la devoción de las *Llagas de Cristo* (Anima Christi...? Cf. NICOLAU, o.c., 362-376.

CAPÍTULO V

LA COMPAÑÍA EN EL REINO DE PORTUGAL

Si la expansión misionera de los jesuitas por Italia nos ha llevado muchas páginas, preciso es tener en cuenta que sin esa larga narración no se puede valorar la labor ingente de Ignacio desde Roma. Pasemos ahora al reino lusitano, que se halla en un momento culminante y glorioso de su historia. Los discípulos de Ignacio de Loyola entraron en Portugal triunfalmente. En Lisboa reinaba D. Juan III, que amaba la reforma eclesiástica, harto necesitada en el alto clero y en casi todas las clases sociales, y que personalmente era de una piedad ejemplar, lo mismo que su esposa, Doña Catalina de Austria, a quien podemos identificar muy probablemente con aquella dama de los pensamientos, que tan ardientes ensueños despertó en la fantasía de Iñigo en su convalecencia de Loyola. Reina de grandes virtudes, supo alentar al monarca en todos sus grandes planes. No bien tuvieron noticia de Iñigo por el Dr. Diego de Gouveia, que le había conocido en Santa-Bárbara de París, se entusiasmaron con sus ideales misioneros y encargaron al embajador Don Pedro de Mascareñas, hijo espiritual de Ignacio en Roma, le pidiese, para la misión de la India, nada menos que seis de sus compañeros. Conocida es la respuesta: «Jesús, señor embajador, si de diez *(que somos)* van seis para la India, para el resto del mundo ¿qué quedará?».

Por fin, como sabemos, fueron dos los destinados: Simón Rodrigues, que se embarcó inmediatamente en Civitavecchia para Lisboa, y Francisco Javier, el predestinado por Dios para aquella misión, quien acompañando al embajador emprendió poco después un largo viaje de tres meses por Italia, Francia, España. En junio de 1540 estaban todos en Lisboa. Fueron acogidos festivamente por los reyes, y mientras aguardaban buena coyuntura para hacerse a la mar, se consagraron en cuerpo y alma con fervor nunca visto a los ministerios de confesar, predicar, asistir a los pobres, catequizar, etc. La corte y la ciudad se transformaron espiritualmente en pocos meses. Ya Don Juan, asombrado del cambio obrado en los cortesanos y en el pueblo, no quería dejarlos partir. Pero intervino Ignacio e inspirado por Dios, propuso al rey que por lo menos dejase a

Javier transfretar el océano. El heroico navarro se hizo a la vela el 7 de abril de 1541, llevando consigo a un joven portugués, de nombre Francisco Mansilhas, y al sacerdote italiano Pablo de Camerino, entrados en la Compañía poco antes.

Simón Rodrigues se quedó en Lisboa reclutando apóstoles para las misiones, y tantos reclutó, que si Portugal se honraba de ser «un pueblo de navegantes», pudo llamarse desde entonces «un pueblo de misioneros». Con felices auspicios entró la Compañía en Portugal; felicísimos fueron sus comienzos en la tarea pedagógica de los colegios y de las Universidades; nadie podía imaginar que dentro mismo de la Compañía portuguesa había de producirse pronto una espantosa tormenta, como en ningún otro país. Y eso viviendo aún S. Ignacio. Lo cual no obsta para que aun en esos años críticos (1553-1554) los jesuitas de Portugal contribuyesen a la reforma moral del pueblo y a la renovación espiritual de personas influyentes. Y no digamos nada del esfuerzo heroico de sus misioneros.

Ignacio y la corte de Lisboa

Don Juan III y su esposa se convirtieron en los más decididos amigos y protectores de la Compañía. La gratitud de S. Ignacio parece desbordarse en sus cartas al rey:

«¿Cuándo nosotros merecimos que en tiempo de nuestras mayores contradicciones en Roma, Vuestra Alteza de nosotros muy indignos se acordase?... ¿De quién, o por qué méritos viene a nosotros, seyendo tan baxos y tan abatidos en la tierra, que llegando algunos de los nuestros en Portugal, por V. A. tanto fuesen favorecidos, alzados y en tanta estima puestos? ¿De dónde, finalmente, puede caer o venir tanto manná y con tanta afluencia sobre esta mínima Compañía, seyendo tanto inútiles, y sin haber servido ni en el cielo ni en la tierra? Mucho en verdad me consuelo y me gozo en el Señor nuestro, en hallarme todo ligado y muy siempre obligado... Intensamente nos hemos gozado en el Señor nuestro en sentir los tan saludables casamientos que V. A. ha ordenado... para más reposar y segurar esos reinos, en los cuales parece que el Señor nuestro tanto reluce, cuanto por otras partes en todo se escurece»[156].

Pensaba Ignacio que la gratitud, como el amor, no debe consistir en

[156] *Ignat. Epist*. I, 244-45. Alude a los casamientos, que entonces se concertaban entre el Infante Don Felipe de España con la Infanta Doña María de Portugal, y el príncipe de Portugal, Don Juan, con la infanta española Dona Juana.

solas palabras; por eso él la manifestaba en hechos concretos («deseo mucho más mostrarme en obras... que de palabras»), colaborando activamente con los embajadores de Portugal en negocios atañederos a la religión, y en un momento de roces entre el monarca y el pontífice, afanándose por conseguir la paz entre ambas potestades.

La amistad entre el fundador de la Compañía y Juan III era cordial y delicada. Lo demuestran hechos mínimos, como el siguiente. Una vez que Leonor Osorio, mujer del embajador imperial en Roma, le regaló a Ignacio unas reliquias muy estimadas, «metidas en una caxica de oro», Ignacio de acuerdo con la donante se las ofreció al monarca portugués.

De esta veneración de la casa real hacia Ignacio y los suyos se contagió la nobleza y el clero, y consiguientemente todo el pueblo.

«El primer príncipe —escribía con razón A. de Polanco— que comenzó a conocer y favorecer la Compañía, ha seydo el rey de Portugal; y las fundaciones de su reino y de las Indias y Brasil principales, han seydo suyas, y hechas con no menos caridad que real magnificencia. La reina y los infantes sus hermanos, y toda la casa regia y principales señores del reino, tienen muy especial amor a la Compañía». Preveía Ignacio un inminente florecer de su Instituto, por lo cual a fin de facilitar su expansión y su organización, constituyó la Provincia Lusitana independiente, nombrando primer provincial al P. Simón Rodrigues, muy querido del monarca (25 de octubre de 1546). Pero quien atalaya y rige desde lejos la provincia es Ignacio. Tal vez en ninguna otra provincia ha estado el Fundador de la Compañía tan presente y activo como en Portugal. Su epistolario lo demuestra.

Colegio de San Antón en Lisboa

El espléndido resultado que dieron en Sicilia y en la misma Roma los colegios abiertos a los alumnos externos dio que pensar a Ignacio de Loyola en la posibilidad y conveniencia de multiplicarlos, haciendo que el apostolado jesuítico no se orientase solamente a la predicación, catequesis, *Ejercicios espirituales*, obras de piedad y beneficencia, sino que ensanchase de un modo imprevisto sus fronteras abrazando el dilatado campo de la educación de la juventud. Educación literaria, moral y religiosa de los jóvenes ¿no era un instrumento maravilloso para crear un pueblo sinceramente cristiano y para forjar personalidades civiles y eclesiásticas, que con su poderoso influjo y autoridad pudiesen reformar evangélicamente la Iglesia y la sociedad?

Ignacio, que hasta entonces no había meditado sobre el problema, lo contempló ahora con claridad, entendiendo que los colegios bien llevados serían castillos de defensa y puestos de avanzada en la campaña de tipo religioso que en aquel siglo desgarraba a Europa.

Bajo la luz de esta nueva visión del apostolado, tomó la pluma el 1.° de diciembre de 1551, y escribió unas breves líneas al P. Simón Rodrigues: «Os hago inviar la copia de una letra... donde se escribe del modo y utilidades que acá hallamos en los colegios de Sicilia y Italia, para que miréis si en Evora y en Lisbona, o en otras partes de ese reino, sería bien se introduxese el mesmo modo de proceder para ayudar la juventud, y las tierras donde los colegios se fundasen».

Y con mayor expresividad le dice lo mismo al rey D. Juan III el 6 de julio de 1553: «Teniendo conocido cuánto convenía para que fuesen las ánimas ayudadas, y servido Dios N. S. en ellas en ese reino, que se ordenasen por los nuestros escuelas para enseñar letras y buenas costumbres a la juventud, y por medio de los hijos tirar los padres y deudos al divino servicio, ordené que donde quiera que tuviesen aparejo en ese reino, procurasen los nuestros de instituirlas, como acá, en Sicilia y en Italia lo usamos con muy notable fructo... Y pidiéndome de allá con instancia que inviase persona exercitada y inteligente de las tales escuelas... me determiné de inviar allá por algún tiempo al Dr. Hierónimo Nadal, provincial nuestro en Sicilia y persona de mucho talento, así en otras cosas, como en ésta del ordenar los colegios y escuelas, a los cuales él ha dado principio en Sicilia».

Bien conocida la voluntad de Ignacio, apresuróse Simón Rodrigues, como provincial de Portugal, a levantar su primer colegio en Lisboa. Y aunque la *casa de San Antón* (antiguo monasterio de monjas) que los jesuitas poseían desde 1541 no era de mucha capacidad, Rodrigues se industrió para hacer sitio a los numerosísimos alumnos que desde principios de 1553 invadirían sus aulas. No menos de 330 se contaban a los seis meses. El rey y la ciudad tomaron sobre sí la dotación del colegio.

No vería Simón Rodrigues la inauguración de este colegio, porque la tempestad dentro de la Orden estaba en fermentación y en consecuencia el Provincial portugués había tenido que abandonar su cargo el 3 de mayo de 1552. Le sucedió Diego Miró, natural de Valencia.

Dos maestros salieron de Coimbra el 25 de enero de 1553 para enseñar en el colegio de San Antón. Dos maestros no más, pero ambos dignos de figurar en la historia del Humanismo latino. Maestro de retórica sería el

P. Cipriano Suárez, autor de un tratadito *De arte rhetorica*, que resume las doctrinas de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano; el P. Manuel Alvarez explicaría las Humanidades, aunque su obra maestra fue la *Gramática latina*, que se impuso en todos los colegios de la Compañía y le dio fama entre todos los gramáticos de Europa. Baste decir que se tradujo al alemán, inglés, francés, checo, croata, húngaro, ilírico, italiano y español. Tal fue la afluencia de alumnos, que fue preciso llamar «un tercer maestro, Roque Sánchez, que tenía en su aula o *gymnasium* unos 100 oyentes; el segundo 90 y el primero 39; todos distribuidos en decurias, presidida cada una por un decurión. En el tercer gimnasio se enseñaban los elementos de la gramática; en el segundo se explicaban las *Epístolas familiares* de Cicerón, su libro *De amicitia* y los preceptos más difíciles de la Gramática; en el primero la *Retorica ad Herennium*, los discursos de Cicerón, Salustio y la Gramática griega».

Colegio y facultad de artes en Evora

Hacía tiempo que el Cardenal-infante Don Enrique, hermano del rey, había deliberado con los Padres de la Compañía sobre la manera de establecer un colegio en su archidiócesis evoracense. Pensaba el celoso cardenal que juntamente podrían educarse en las disciplinas sacras los clérigos y jóvenes sacerdotes, cosa que luego se le desaconsejó. A fin de que el pueblo se aficionase a la Compañía, apenas vinieron los primeros hijos de S. Ignacio, invitó el cardenal al famosísimo fray Luis de Granada O. P., que allí residía, a predicar sobre «el intento y fin de la Compañía» y —según una carta del P. M. Leite a S. Ignacio— «dixo maravillas, comparándola con el estado apostólico, y que su misión era trabajar por tornar a reducir la Iglesia a la sanctidad primitiva».

El ambiente en la ciudad estaba bien preparado, y el Cardenal-Infante se mostraba cada día más aficionado al Instituto de la Compañía.

Cuando en 1553 tuvo noticia del rotundo éxito del incipiente colegio de San Antón, en Lisboa, se sintió fuertemente estimulado a acelerar la construcción del edificio y determinar el modo de fundación y dotación del colegio de Evora. Entre los profesores que vinieron de Coimbra para poner en marcha el nuevo colegio, que se llamó *del Espíritu Santo*, se distinguía por su perfecto conocimiento de las letras humanas el valenciano (de Elche) Pedro Perpiñá, lumbrera del Humanismo español y admiración de los humanistas italianos. Fue este profesor de Retórica quien el 28 de agosto de 1553, día de la inauguración solemne, pronunció el discurso

inaugural, revelando con pasmo de todos su alta elocuencia y su exquisita latinidad. La misma impresión dejará más tarde en Coimbra, en Roma, en París, etc.

Creóse en este colegio, como en otros de la Compañía, una cátedra de *Casos de conciencia* para los sacerdotes que quisieran instruirse sólidamente en la Moral. Desde el principio el número de alumnos se acercó a los 200 y pronto llegaron a 300.

Animado el cardenal por la prosperidad de los primeros años, determinó crear la Facultad de Artes, que se inauguró el 1 de octubre de 1556.

El Cardenal, muy satisfecho, aspiraba a más. Pensaba ya entonces en elevar aquella institución pedagógica al grado de Universidad, regida por la Compañía de Jesús. Sostenido por la autoridad de los reyes, manifestó al papa sus deseos, que por fin los vio cumplidos, cuando Pablo IV por la bula *Cum a nobis* (15 de abril de 1559) erigió la Universidad de Evora con todos los privilegios de costumbre. En octubre, por voluntad del Cardenal, se tuvo la solemne apertura de la nueva Universidad.

Colegio de Jesús en Coimbra

Dada la importancia académica e intelectual que Coimbra empezó a ostentar desde 1537, año en que la Universidad de Lisboa fue trasladada a la ciudad del Mondego, se comprende que las Ordenes religiosas y los estudiantes en general desviasen sus miradas de Lisboa, para orientarlas hacia Coimbra, convertida en la capital intelectual del reino. Don Juan III, «el Mecenas de la ilustración portuguesa», según lo califica Mario Brandâo, deseando que los hijos de Ignacio, a quien tanto admiraba, tuviesen en Coimbra un gran colegio para la formación de los jóvenes jesuitas, se lo propuso al Provincial, S. Rodrigues, señalándole en la parte alta de la ciudad un lugar idóneo, salubre y ameno. No había cosa que más le ilusionase a Rodrigues, el cual con tanta presteza se movió, que el 9 de junio de 1542 partió de Lisboa con doce compañeros, que serían los fundadores, a quienes alojó en un local apto que había alquilado. Creció la comunidad con cinco jóvenes selectos que Ignacio le envió de Roma y que llegaron a Coimbra el 29 de junio. Al empezar el año 1543 eran ya 25 colegiales y 6 Padres operarios, que en total subieron a 46 en 1544. Vino por entonces de Francia Francisco Estrada, famosísimo predicador desde su juventud, y durante los años que permaneció en Portugal entusiasmó de tal modo a las multitudes, que fueron incontables las vocaciones que suscitó para la Compañía. La construcción del que se llamó «Colegio de

Jesús» procedió muy lentamente los primeros años, mas no por eso los escolares dejaban de estudiar y de asistir a las lecciones de Gramática, Lógica, Dialéctica y Teología. Según las noticias que trasmite el *Chronicon* de Polanco, los *collegiales conimbricenses* en 1550 eran ya 150.

Sabedor de la buena marcha de los estudios y deseoso de que los colegios en Portugal se organizasen a la perfección, encomendó Ignacio esta faena a Jerónimo Nadal, a quien pensaba mandar al reino lusitano por otros graves asuntos.

Merece copiarse la carta que le escribe el 6 de junio de 1553 al monarca, a quien está infinitamente agradecido, porque se ha puesto de parte del Superior mayor en el espinoso problema provocado por el voluble Simón Rodrigues. Leamos las palabras del Santo.

> «Su Divina Majestad ha querido V. A. fuese entre los príncipes cristianos el primero y más principal instrumento de su Providencia para comenzar y llevar adelante las cosas desta Compañía».

Y sin insinuar más que vagas alusiones, pasa a tratar del ardiente deseo que tiene de que se funden y organicen bien los colegios en Portugal, según el estilo que podemos llamar «romano».

> «Teniendo conocido cuánto convenía... que se ordenasen por los nuestros escuelas para enseñar letras y buenas costumbres a la juventud... ordené que donde quira que tuviesen aparejo en ese reino, procurasen los nuestros de instituirlas, como acá en Sicilia y en Italia lo usamos con muy notable fructo».

Y como de Portugal le piden una persona ejercitada e inteligente en la institución de tales centros pedagógicos, dice:

> «Me determiné de inviar allá por algún tiempo al Dr. Hierónimo Nadal, Provincial nuestro en Sicilia y persona de mucho talento, así en otras cosas como en ésta del ordenar los colegios y escuelas, a los cuales él ha dado principio en Sicilia».

El 7 de julio llegaba Nadal a Lisboa. Venía como Comisario general para las Provincias jesuíticas de España y Portugal, con la misión de promulgar las *Constituciones* de la Compañía y de hacer lo posible, con su personal prestigio, por sanar las heridas y sosegar las turbaciones que muy pronto veremos. Y juntamente traía órdenes de dar forma romana a los

colegios que en Portugal se fundasen.

Ignoramos el tema (aunque es fácil conjeturarlo) de las conversaciones con el rey. Nos consta de lo que trató particularmente con el Infante don Luis. Con éste habló —y seguro que también con el rey— de un problema candente en aquellos días: ¿Será provechoso y conveniente confiar a la Compañía el Colegio Real, o «Colegio de las Artes»? El Infante lo deseaba de veras, y el mismo rey lo veía con buenos ojos, ya que solamente los jesuitas podían aprestar un equipo de expertos profesores, capaces de llevar adelante aquel colegio humanístico en trance de perecer o rebajar el nivel.

El Colegio Real («Colegio das Artes»)

¿Qué había acontecido en el «Colegio Real» o *Colegio das Artes*, tan afamado poco antes? Al crearlo y fundarlo, incorporándolo a la Universidad, había querido Don Juan III encomendar su enseñanza a maestros extranjeros y portugueses, que hubiesen enseñado en Francia. No le fue difícil encontrarlos. Y como los Gouveias portugueses habían dejado alto renombre de humanistas y pedagogos en París y Burdeos, fue nombrado Director (o Principal) Andrés de Gouveia.

Inauguróse en febrero de 1548. Numerosísimos alumnos corrieron a sus aulas. Y los primeros triunfos fueron celebrados por toda la ciudad como maravillosos. Pero pronto sobrevino la tragedia. Apenas habían transcurrido cinco meses, cuando Andrés de Gouveia, murió casi repentinamente el 9 de junio, dejando en algunas personas de la ciudad dudas acerca de su ortodoxia. Los demás profesores, aunque eran escuchados en cátedras con gran aplauso por un millar de alumnos, y aunque de mucha fama por sus dotes pedagógicas, empezaron muy pronto a despertar - sospechas de doctrinas heterodoxas.

El Cardenal-Infante don Enrique, en calidad de Gran Inquisidor, pidió informes a París en octubre de 1549 sobre doctrina y costumbres de los maestros conimbricenses que habían enseñado en París y Burdeos, y cuando recibió las declaraciones de los testigos parisienses, dio orden de prisión de los tres más sospechosos: el humanista escocés Jorge Buchanan y los portugueses Juan de Costa y Diego de Teive. El 15 de agosto de 1550 entraron en las cárceles inquisitoriales de Lisboa. Ninguno de los jesuitas llamados a testificar dio testimonio francamente desfavorable. La sentencia no fue dura. Se les exigió la abjuración de sus errores y se les condenó a una breve reclusión, cada uno en monasterio diverso. Pronto

quedaron libres y uno de ellos, Diego de Teive, volvió al *Colegio das Artes*, donde actuó de Principal, al menos interinamente; los otros dos desaparecieron. Ya se podía presumir que aquel colegio, antes tan prestigioso, tendría vida efímera.

El 4 de mayo de 1555 el Provincial Diego Miró comunicó a S. Ignacio: «El rey... me mandó (a) decir, por el Doctor Pinheiro, que tenía por bien de entregarnos su Colegio Real de Coimbra»

Prácticamente la entrega tuvo lugar el 10 de setiembre de 1555.

Las Facultades de Teología, Derecho canónico y civil, Medicina y Matemáticas, seguirían sin cambio alguno en la Universidad; los jesuitas tomaban las cátedras de Filosofía, Retórica, Humanidades, Gramática, lengua griega y hebrea. No por eso dejó de existir el Colegio de Jesús, que tendrá, para sólo jesuitas, cátedras de Teología y Sagrada Escritura.

Graves perturbaciones internas

Las perturbaciones entre los jesuitas de Portugal tuvieron que dolerle a Ignacio mucho más que todas las persecuciones externas, que iba padeciendo en su carrera. Que dentro de la misma Compañía y en un reino como Portugal, con reyes tan amigos, y con todas las clases sociales (nobleza, clero, mundo estudiantil, burguesía) tan agradecidas a la labor asidua de aquellos fervorosos predicadores, a quienes llamaban «los apóstoles»; que en aquellas condiciones y después de inicios espléndidos, se produjesen entre los miembros de la misma Compañía tales alteraciones, cismas y desórdenes, nadie lo hubiera creído ni imaginado antes de 1545; pero en ese año, con toda su dulzura y amabilidad debió de barruntar algo el bueno de Pedro Fabro, pasando por Evora y Coimbra (1544-45). Nadie más propenso que él a defender las cosas buenas; por eso, escribiendo a S. Ignacio el 9 de enero de 1545, al par que enaltece el buen espíritu que ha hallado entre los estudiantes, el hambre y sed que tiene cada uno de aprovecharse, la paz y concordia entre todos, el amor fraternal y la obediente humildad, así como su diligencia en los estudios, indica suboscuramente que el P. Martín de Santa Cruz le había hablado *«de rebus* que son o han parezcidos seer *a sinistris»*. Y en el mismo tono, más o menos le había contado algunas cosas el P. Antonio Araoz. Fabro no condena a nadie, pero añade: «El P. Araoz vee más, y por ventura mejor, lo imperfecto de acá, por haber estado más tiempo en estas partes… A mí todo me podrá parecer oro lo que a otro parecerá lodo».

Aceptemos todas las cosas buenas que en esta carta refiere el Beato Fabro. No cabe duda que en los primeros años de la Compañía en Portugal ardían todos, como contagiados por un furor sacro, en la hoguera chisporroteante de una devoción exterior y no pensaban sino en trabajar y sufrir; muchos de ellos habían brillado y brillaban aún por su talento en la Universidad; no pocos procedían de familias linajudas y habían renunciado a honores y riquezas por seguir a Cristo pobre y humilde. Puestos a buscar la penitencia, la humillación, el desprecio, se lanzaban por veredas ásperas, que acaso habían admirado en algún santo estrambótico del *Flor sanctorum*, pero que ningún prudente director se las aconsejaría. Pero los impetuosos escolares de Coimbra se daban a ver quién inventaba un acto de mortificación más novedoso y escéptico. Disciplinarse en el refectorio era cosa demasiado vulgar y conocida en las casas religiosas; flagelarse por las calles, entre multitud de gente curiosa, hasta que la sangre salpicase las desnudas espaldas, eso tenía más novedad, sobre todo si se mezclaba con escenas cómicas de transeúntes humoristas; vestirse como mendigos barriobajeros y agitanados con trajes harapientos, a fin de ser despreciados por antiguos amigos o por gente que conocía y estimaba a su familia, era hacerse pobre con los pobres y matar en sus propios corazones la pasión del honor y del orgullo. Fácilmente se concedía el ir en peregrinación a pie hasta Guadalupe o Compostela, de donde volvían contando aventuras como la de aquellos dos novicios pasaron toda una noche durmiendo sobre la paja de una era y fueron arrestados como ladrones, no queriendo ellos declarar quién eran. Permítasenos relatar algunas anécdotas, pasadas en silencio por otros historiadores, para que los lectores comprendan hasta qué límites puede llegar una juventud de talento y de buena voluntad, abandonada a sus antojos.

Con licencia y sin licencia del superior

El primer desbordamiento parece haberse producido en 1545. En agosto de ese año el P. Martín de Santa Cruz escribe desde Coimbra al P. Fabro, «dándole cuenta de algunas cosas que *de pocos días a esta parte* han por nosotros pasado cerca de algunas mortificaciones y exercicios humildes, que han hecho, *parte sin licencia del Maestro Simón… parte dando él facultad para ello, parte asimismo en que intervino su expresso mandamiento.*

Narra a continuación un hecho verdaderamente macabro, ocurrido algunos días antes. En resumen se reduce a lo siguiente: Un escolar de

apellido Cardoso tenía en su cámara una calavera, sin duda para meditar sobre la muerte. Otro escolar llamado Figueredo, con el consejo de un tal Leitón, «llevó la calavera a la clase donde oía, y puesta delante de sí sobre un banco, en espacio de dos horas que duró la lección... la estuvo contemplando. Vuelto a casa, el Maestro Simón, por eso haber sido hecho sin su licencia, le manda que tomando la cabeza del muerto, él y C. Leitón, que a su consejo no había repugnado, fuesen a casa de su madre de Figueredo... y puestos de rodillas le contasen el caso».

Al regresar a casa, el portero les negó la entrada por orden del P. Simón.

«Entrambos se sentaron en la calle cerca de la puerta, donde estuviera hasta seer cuasi de noche, que viniendo el Rector de la Universidad para su casa, y viéndolos así estar sentados en el suelo... envió su capellán al P. Simón, diciendo que... tuviese por bien de perdonarlos».

Los perdonó, pero mandó a todos los hermanos que no les hablasen hasta que él les diese licencia para ello. El susodicho Figueredo, héroe principal de la hazaña, fue condenado a ir un día al refectorio «llevando las manos atadas y una soga a la garganta, y la lengua con la misma soga entre dos palos atada, descalzo y sin bonete... Y estas maneras de penitencias inventaban ellos consigo. Esto fue a los 13 de julio».

Ese mismo día 13 de julio «un Ambrosio de Herrera, músico de tecla que fue del obispo... mozo de cámara del rey», vino hasta el colegio por medio de la ciudad «con una calavera en la mano..., seguíanle muchos mozos y otras personas del pueblo, a los cuales rogaba que le tirasen piedras o le diesen con los zapatos... Este Ambrosio de Herrera había cuatro o cinco días que era venido de la corte no a más sino que le recibiesen en casa *(de la Compañía)*, y como el P. Maestro Simón se excusase con parecerle que era de complexión flaca, todavía... le propuso que si él venía de la manera que está dicho, le admitiría».

Entró en la Compañía y allí, en vez de «tocar delicadas teclas», tocaba «muy gruesos leños», porque le hicieron cocinero. Otros casos pintorescos.

«A los 16 de julio envió el P. Maestro Simón a las escuelas (a) Benito Hernández vestido de una vestidura corta y vieja, y con él a Pedro Méndez, que es un hermano nuestro de la mayor estatura que hay en esta Universidad. Este llevaba un sayo de frisado, que apenas le llegaba un palmo abaxo de la cinta, y a Botelo con un otro sayo corto sin mangas, sino las de un jubón de lino, con sus capas... El viernes en la mañana que

fue a los 17 días, fueron a buscar agua a una fuente *(4 escolares)* todos si capas y con sus vestiduras viejas...; con las mismas vestiduras y otras capas muy cortas fueron a las lecciones; y luego fue enviado Ceabra, que era maestro *(ministro)* de casa, con otra capa semejante a la plaza a comprar un cesto grande de hortaliza y fructa que traxo a cuestas.

Este mismo día enviaron Lacerda a casa del calcetero a la plaza, en un sayo sin mangas, y sin manteo, y porque yendo se le perdió una calza, mandáronle volver a buscarla y que llevase la una pierna descalza, pidiendo ¿quién halló una calza?... Y en anocheciendo fueron por el P. Mestro Simón enviados *(seis entre Padres y Hermanos)* todos ellos por las calles con una campanilla y el uno dellos diciendo en voces altas: *Infierno a todos los que están en pecado mortal*... El domingo luego siguiente, en anocheciendo, fueron hasta otros diez o doce hermanos, con los vestidos que comúnmente traemos, por las calles, diciendo de rato el uno de ellos en cada calle: *Pecadores, apartaos del pecado, que habéis de morir*, y con esto tañiendo la campanilla ponía esto tanto temor, que se oían gemidos por donde iban los Hermanos y pedían las gentes a Dios misericordia».

Que los Superiores tolerasen tales insensateces, disparates y locuras, hoy no lo podemos comprender; y que los súbditos obedeciesen ciegamente, con alegría, sin rebelarse, sin protestar, y pensando que por esas tortuosas sendas caminaban hacia la perfección religiosa, es cosa que nos deja estupefactos. Mas no faltaban Padres graves y de apellido ilustre, que repugnaban este modo de gobernar la Provincia y algún día lo denunciarán a Roma.

El P. Simón Rodrigues, un gobernante desacertado

El fervor, la observancia, el celo apostólico y la alta temperatura religiosa que nos impresiona gratamente en los jesuitas portugueses durante los primeros años se han de atribuir, más que a nadie, a uno de los compañeros de S. Ignacio en la fundación de la Compañía: a Simón Rodrigues, varón tan piadoso como fácil al entusiasmo, aunque por desgracia, extrañamente voluble, con muchos altibajos en su gobierno, y cuyo temperamento y carácter no han sido aún detenidamente estudiados por ningún psiquiatra. Basta leer las extrañas anécdotas, referentes a sueños nocturnos y visiones diurnas de mujeres tentadoras, como las de París, Metz, Ravenna, etc., que el interesado refiere en su tratado *De origine et progressu Societatis Iesu*, para sospechar que padecía obsesiones sexuales, aunque fuese su alma de una pureza intemerada. Incluso el famoso sueño

de Javier en Roma, tan sólo conocido por el testimonio de Rodrigues, se nos hace sospechoso. ¿Se lo contaría Javier confidencialmente o lo inventó de pies a cabeza la calenturienta fantasía del portugués? Y las visiones que describe en las últimas páginas de su tratado *De origine et progresssu S. I.* ¿son visiones, son fantasías, son sueños?

Ignacio de Loyola, que amó siempre con ternura a Simón Rodrigues, aunque éste, no queriéndolo reconocer, respondía a las cartas más afectuosas de aquél con frialdad ofensiva, llegó a convencerse —un poco tarde es verdad— que Simón, no obstante su amor a las misiones extranjeras y su innegable piedad íntima, no valía para Padre Provincial; ni era el hombre a propósito para dirigir espiritualmente aquella falange de juventudes multinacionales que entraban en una Orden nueva, rebosantes de entusiasmo y de fervor religioso, con más necesidad de freno que de espuelas. Aquel Superior sabía estimular los fervores exteriores de sus subordinados, mas no sabía reprimir los excesos penitenciales de los mismos.

«Tenía el defecto —apunta Astráin muy acertadamente— de ser inconstante en su proceder, dejándose llevar de ímpetus y fervores indiscretos, y al mismo tiempo pecaba de blando y condescendiente en el gobierno de sus súbditos. Parece que ponía la faena del gobierno más en la exhortación que en la dirección». ¿Por qué el P. Simón, cuando en 1547 advirtió —según él dice— la honda escisión entre los que deseaban practicar «locuras santas» y los que no las querían, no intervino para que la oposición entre los dos bandos no se produjese con daño de la caridad fraterna?

Como él no fue perfecto obediente respecto de su Superior mayor, que era S. Ignacio, así tampoco supo imprimir en el alma de sus dirigidos la auténtica obediencia ignaciana, de absoluta necesidad en todo verdadero jesuita. Y sucedió lo que tenía que suceder: el desmadre de aquella juventud, que se desbordó, con un río sin hondo cauce, confiando en que llegaría a la perfección religiosa por caminos equivocados.

A las mortificaciones indiscretas y muchas veces ridículas y despreciables, porque tenían más de farsa que de penitencia, se asoció el aflojamiento de los lazos que deben ligar al súbdito con el superior; consiguientemente se relajó la disciplina y se formaron dos bandos, con grave perjuicio de la caridad y unión fraterna. Además el P. Simón no daba a los súbditos ejemplo de austeridad en su vida, murmuraban algunos de aulicismo, y lo que es más grave, quería gobernar con cierta independencia

de Roma.

La carta de Ignacio sobre la perfección religiosa

En Roma se recibían pocas cartas de Portugal, de lo cual se quejaba. Ignacio, que no cesaba de escribir a cuantos allí tenían alguna autoridad o influencia en la corte, en la que un rey, devotísimo del Instituto ignaciano, retenía consigo al P. Simón Rodrigues.

Deseaba el Santo tener noticias precisas de Portugal, donde no pocos operarios apostólicos se afanaban fervorosamente en los ministerios espirituales, al par que otros, principalmente escolares universitarios de Coimbra, se regían por sus caprichos sin el debido control de los Superiores. Cuando Ignacio llegó a tener suficientes elementos de juicio, pensó que el mejor y más radical remedio para cortar los desórdenes y enderezar los espíritus hacia la perfección, sería sacar de aquel campo al P. Simón Rodrigues, autoridad suprema de la Provincia portuguesa.

´Con esta intención escribióle el 6 de marzo de 1545 llamándole a Roma, advirtiéndole al mismo tiempo: «escribo al rey para que Su Alteza se digne daros amorosa licencia», Repite la llamada el 22 de agosto, «con cuánto gozo os esperamos»; y como Simón había aludido a diversas objeciones que presentaba el rey, quien le había nombrado maestro y confesor del príncipe, el Santo no quiere forzarle: «atentas todas estas cosas, yo me remito... a vuestra conciencia». Y el 14 de diciembre insiste en parecida forma, pues ha entendido que el rey está de por medio: «Donde su Alteza tiene tan buena voluntad a esta Compañía... de su Alteza es mandar y de nosotros obedecer».

Puesto que del P. Simón no consigue nada, aunque le ha escrito «largamente por diversas vías», el Prepósito general de la Compañía se dirige al P. Martín de Santa Cruz el 19 de febrero de 1546, manifestándole su deseo de tener noticias de Portugal, particularmente «de todos esos hermanos estudiantes».

Lejos de enfadarse o dar señal de fastidio por estas desatenciones de su siempre querido P. Simón, el 25 de octubre de 1546 le nombra oficialmente en documento latino *Portugalliae Praepositus provincialis*, dándole con ello una muestra más de su estima y confianza.

Y con la misma bondad les escribe a los Padres y Hermanos conimbricenses una hermosísima carta sobre la perfección religiosa (7 de mayo de 1547), silenciando los rumores desfavorables que le han llegado y exal-

tando todo lo bueno que de ellos conoce:

«Tengo a la continua nuevas de todos, y sabe Dios, de quien todo lo bueno desciende, cuánto consuelo y alegría yo reciba con saber lo que él os ayuda, así en el estudio de las letras como en el de las virtudes... De todo sea siempre bendito y alabado el Criador y Redentor nuestro... y a El plega cada día abrir más la fuente de sus misericordias».

Sigue a esta Introducción una elocuente exhortación a progresar cada día más en el camino de la perfección:

«Cada uno se ponga delante para animarse, no los que son a su parecer para menos, sino los más vehementes y estrenuos. No consintáis que os hagan ventaja los hijos de este mundo en buscar con más solicitud y diligencia las cosas temporales que vosotros las eternas... No seáis, por amor de Dios, remisos ni tibios... Vale más un acto intenso que mil remisos; y lo que no alcanza un flojo en muchos años, un diligente suele alcanzar en breve tiempo. En las letras, clara se ve la diferencia del diligente y negligente; pero hay la misma en el vencer de las pasiones y flaquezas...

Pero sobre todo querría os excitase el amor puro de Jesucristo, y deseo de su honra y de la salud de las ánimas que redimió, pues sois soldados suyos con especial título y sueldo en esta Compañía…»

Pasa en la segunda parte a tocar el punto flaco de los conimbricenses: las indiscreciones en la práctica de la virtud.

«Lo que hasta aquí he dicho para despertar a quien dormiese, y correr más a quien se detuviese y pasase en la vía, no ha de ser para que se tome ocasión de dar en el extremo contrario del indiscreto fervor…

Acaece que, por crucificar el hombre viejo, se crucifica el nuevo, no pudiendo por la flaqueza ejercitar las virtudes.

Sin éstos hay aún otros inconvenientes, como es cargarse tanto de armas, que no pueden ayudarse dellas, como David de las de Saúl, y proveer de espuelas y no de freno a caballo de suyo impetuoso; en manera que en esta parte es necesaria discreción, que modere los ejercicios virtuosos...

Y si os pareciere rara ave la discreción y difícil de haber, a lo menos suplidla con la obediencia, cuyo consejo será cierto... Así que para tener el medio entre el extremo de la tibieza y del fervor indiscreto, conferir vuestras cosas con el Superior, y ateneos a la obediencia. Y si tenéis mucho deseo de mortificación, empleadle más en quebrar vuestras voluntades y subyugar vuestros juicios debajo del yugo de la obediencia, que en debilitar los cuerpos y afligirlos sin moderación debida, especialmente ahora en tiempo de

estudio...»

No podía darse consejo más oportuno y adecuado que este de la obediencia, y en otra ocasión volverá Ignacio a insistir mucho más en ello. Ahora, antes de terminar, responde a los que defendían las extravagancias y locuras de los jóvenes jesuitas portugueses, diciendo que se trataba «locuras santas».

> «No querría que con todo lo que escrito pensásedes que yo no apruebo lo que me han hecho saber de algunas vuestras mortificaciones; que estas y otras locuras santas sé que las usaron los santos a su provecho, y son útiles para vencerse y haber más gracia, mayormente en los principios; pero a quien tiene ya más señorío sobre el amor propio, lo que tengo escrito de reducirse a la mediocridad de la discreción, tengo por lo mejor, no se apartando de la obediencia, la cual os encomiendo muy encarecidamente, junto con aquella virtud y compendio de todas las otras..., no solamente que entre vosotros mantengáis la unión y amor continuo, pero aun le extendáis a todos, y procuréis encender en vuestras ánimas vivos deseos de la salud del próximo».

Más atinadamente y con más prudencia y suavidad no se podían tocar las heridas que exigían pronta curación. Al gobierno paternal de Ignacio no respondían bien las medidas imperiosas y tajantes. En esta ocasión, como en otras muchas, hasta puede parecer demasiado condescendiente. No quería ser ácido como el vinagre, sino suave como el aceite (Fuente de *óleo* lo definió G. Loarte, como sabemos).

¿Con qué sentimientos oyeron los de Coimbra la lectura pública de esta carta? Muchos con placer y júbilo, lo cual demuestra que todavía abundaban los auténticos hijos de Ignacio. Algunos abrirían sus ojos para hacer examen de conciencia y ordenar su vida conforme a la doctrina ignaciana. No todos serían como aquellos que describe el P. Rodrigo de Meneses, en carta al P. Martín de Santa Cruz: «No podré contar el gozo y alegría que en el Señor recibimos cuando vemos hablar al P. Maestro Ignacio por lengua del P. Luis de Grâa, el cual leyó la carta. Cierto que estaban los hermanos bañados en alegría de oír, ya que no les es lícito ver, al su Reverendo en Cristo Padre tan deseado. Una sola palabra les consuela tanto, que es cosa para alabar al Señor y para mover al muy piadoso pecho dél para no se olvidar a las veces destos sus hijos. Yo, hablando por mí, bien sé que no lo merezco, mas de la bondad es hacer salir el sol sobre los malos y los buenos. No dexe V. R. de hacer ese sol, que allá resplandece, eche acá sus rayos de su doctrina y palabras para

escalentar los que fríos estuvieren, como yo».

La situación de la provincia no cambia

Ignacio no se hacía ilusiones. Para hacer algo práctico en orden a la reforma, se dirigió, uno de los últimos días de octubre de 1547, al valenciano P. Diego Miró, Rector de Coimbra, proponiéndole erigir, separadamente del Colegio, un noviciado o casa para solos novicios, porque así formarán mejor sin mezclarse con los estudiantes. Y por los mismos días prescribe a los Superiores «que no resciban gente que no sea apta para el Instituto de la Compañía», indicándoles al mismo tiempo cómo se debe hacer el noviciado. Así, las futuras levas vendrán más purificadas.

Remedios a largo plazo. Hacía falta usar de otros más inmediatos, porque las heridas se iban enconando. Debió de temer Simón que su cargo estaba en peligro y comenzó a fantasear, buscando puestos honoríficos en otras partes. No conocemos las cartas que escribió a Roma y a quién; pero las conoció el Secretario Polanco, y él nos cuenta los planes del P. Simón: «En 9 y 10 de octubre (1548) escribe *(Simón a S. Ignacio)* que estaba muy movido, y aun determinado de irse sin licencia del rey a las Indias, llevando… más de 10 ó 12 del colegio; y era su diseño en Goa y por allá esperar a que se diese orden cómo fuese él por patriarca de Etiopía... Después en el mismo mes mudó parecer, así de la empresa de Etiopía, como del irse sin licencia del rey, y determinando de ir a las Indias del Brasil, que son muy diversas de las otras, habida licencia del rey por tres años; y así pensaba partirse, sin esperar aprobación de nuestro Padre ni otro, para mediado enero del 49...

Todo esto considerado, acá hay sospecha, como dixe, que juega el espíritu malo debaxo de especie de bien: Primero, porque el ir sin licencia del papa, ni rey, ni del P. M. Ignacio, es contrario a la orden que en las misiones debe guardar la Compañía... Segundo, porque la mutabilidad y saltar de un diseño en otro tan diverso es, al parecer, señal de otro espíritu que el de Dios... Tercero, porque sus diseños parece que van mucho fundados en un apetito de excelencia propria».

Ignacio, a quien no le gustaba precipitar las resoluciones («Es necesario dormir sobre ello», era su norma de prudencia), dejó pasar algún tiempo sin tomar decisión alguna, porque ya había terminado de escribir las *Constituciones de la Compañía* y deseaba presentarlas a la revisión y al juicio de los más antiguos y distinguidos miembros de ella. Con este

objeto tendría necesariamente que venir a Roma Simón Rodrigues, que se ufanaba de ser uno de los fundadores.

Optima ocasión se ofreció en el Año Santo 1550. A principios de 1551 se hallaban en Roma casi todos los convocados. Rodrigues se presentó el 8 de febrero de 1551. Ignacio y Rodrigues pudieron entonces platicar francamente durante un mes. ¿Lo hicieron? Sabemos que Rodrigues criticó varios puntos de las *Constituciones*, llegando a decir una vez: «Si esto ha de pasar así, mejor es desunir a Portugal de Castilla». La impresión que dejó en el santo Fundador fue poco satisfactoria.

¿Quién es de Ignacio y quién de Simón?

Como la situación de la Provincia portuguesa seguía inmutable, pensó Ignacio que había que dar un golpe decisivo: quitar el provincialato al P. Simón y sacarlo de Portugal; mas era preciso hacerlo con suavidad y tacto. Pidió Ignacio la aprobación al rey, a la reina, al Cardenal-Infante Don Enrique y a los principales Padres portugueses. Muy poco antes, el 1 de enero de 1552, había dividido la Provincia de España en dos: Provincia de Castilla y Provincia de Aragón. De esta última, que comprendía Aragón, Cataluña y Valencia, el Provincial sería Simón Rodrigues (a no ser que prefiriese ir al Brasil) y por sucesor suyo en Portugal fue nombrado el P. Diego Miró, que había sido, años atrás, Rector de Coimbra, hombre bueno, sencillo y fervoroso como pocos, «alma cándida, simple, mortificada y despreciada de sí mismo», según lo calificaba el P. Miguel de Torres, aunque su gran ingenuidad y su meticulosidad en el mandar no le hacían apto para el gobierno de una Provincia tan difícil como era entonces la de Portugal. Para ayudarle, dispuso Ignacio que entrasen en el reino lusitano dos prudentísimos personajes: el P. Miguel de Torres, como Visitador, con todos los poderes del General, y el jesuita más prestigioso que había entonces en España, Francisco de Borja, venerado en las cortes de los reyes y aclamado como santo por el pueblo. Un mandato desatinado de Miró y de sus consejeros de Coimbra trastornó el plan de Ignacio. «Todos acá determinamos —escribirá L. G. da Cámara— que fue notable yerro no dexar venir los Padres que nuestro Padre enviaba».

«El buen P. Mirón *(Miró)*, con fervorosísimos deseos, acometió la reforma de la Provincia; pero desgraciadamente, en el nuevo Provincial no correspondía el juicio al fervor. Precedía, es verdad, a sus súbditos con el ejemplo de sus virtudes religiosas, era el más asiduo en la oración y trato con Dios, ejercitaba personalmente los oficios humildes... pero al lado de

estas virtudes ¡cuántas simplicidades!».

Entendiendo los Padres portugueses que no era Miró el Superior que necesitaban, y con permiso del mismo, escribieron al P. Torres que viniera a visitarlos. El 9 de junio de 1552 se presentó en Coimbra sencillamente, como si fuera tan sólo un socio de Miró. Y mientras éste se daba a las misiones populares con un fervor que entusiasmaba a las gentes, Miguel de Torres emprendía con mano firme la reforma de la Provincia, tal vez prematuramente antes que el P. Simón saliera de tierras portuguesas.

Lo primero que hizo fue llenar una de las firmas en blanco, mandadas por S. Ignacio, ordenando al P. Simón «en virtud de santa obediencia» - salir de Portugal y tomar en sus manos el gobierno de la Provincia de Aragón. Ronceó algún tanto, alegando su flaca salud, pero el rey y la reina, reforzando el mandato de Ignacio, le escribieron exhortándole a partir. Ahora no tuvo más remedio que obedecer, y entrando por Castilla, acompañado en las primeras jornadas por el gran sembrador de calumnias, P. Miguel Gómez (que no tardará en salir de la Orden), se encaminó a su nueva Provincia.

Mientras Gómez trataba de infamar a Ignacio y a su Orden, tanto en la corte como en el pueblo, propalando mil calumnias y leyendas, como la ambición de Loyola, que deseaba emparentar con la familia Borja, y sus manejos ocultos para sacar dinero de Portugal, perjudicando el erario público, ocurrió la llegada a Lisboa del más valiente de los jesuitas portugueses, Luis Gonçalves da Cámara, que junto con su primo León Henríquez logró deshacer delante del rey la trama de falsas acusaciones[157].

Desde Lisboa le comunicaba al P. Hernández el 15 de octubre de 1552:

«Llegué a esta tierra *(de Lisboa)* el viernes a media noche, y hallé las cosas conformes al tiempo, quiero dizir, puesto todo en tinieblas; mas dellas espero que ha nuestro Señor de sacar luz... Comenzaron luego a reventar por el palacio males de Maestro Ignacio y de Mirón. Tienen todas estas cosas perturbada toda esta Corte y está en ella Maestro Ignacio muy desacreditado... El rey está enleado *(embarazado o perplejo)* porque el Duque *(d'Aveiro)* y otros le dicen, por persuasiones de Miguel Gómez, que la mayor parte de la gente dese colegio quiere antes obedecer a Maestro Simón que a Mirón, ni a Ignacio... Luego como Maestro Simón vino a esta tierra *(a la vuelta de Aragón)*, empezó a criar estos humores: *Scilicet*, no

[157] Es triste pensar que quien le inspiraba a M. Gómez, sugiriéndole las acusaciones, no era otro que Rodrigues; lo afirma Gonçalves da Cámara.

hacer cuenta de Ignacio, y querer acá hacer cabeza por sí; luego le conocieron esto muchos de los hermanos, y se tentaron contra él, y escribieron cartas al P. Ignacio...; y nosotros navegando siempre *in simplicitate*, venimos a parar en esto: que entende probar Maestro Simón al rey, que en cuanto tuviere esto subiecto a Maestro Ignacio, no ha de llevar dacuá buen bocado… Vase la cosa tanto embarazando, que no sé otro remedio mejor que darse un pregón nese colegio *(de Coimbra)*, que diga: quien quiere seguir a Maestro Ignacio, declárese; y quien quisiere seguir a Maestro Simón, vase en pos dél, porque desta manera se vendrá a saber cuáles son nuestros o ajenos.

(A continuación afirma que el gobierno de Simón ayudado por la corte se desvió de la influencia ignaciana y "no quedó Maestro Ignacio libre para hacer lo que quisiese"). Claramente veo que Dios quiere que esta Compañía vaya adelante; pues yendo desencaminados todos tanto tiempo, quedaron aún algunos con piernas y con fuerzas para querer tornar a la estrada... Los que desta vez quedaren, paréceme que hará cuenta el P. Ignacio que los gana de nuevo, porque también de nuevo empieza él a fundar la Compañía nesta tierra, en la cual espero que de aquí adelante ha de crecer de verdad... Pidoos por amor de Dios, que le encomendéis mucho al P. Maestro Simón, porque por muchas razones somos a ello muy obligados... Nuestro Señor nos quite nuestras propias opiniones y nos dé *cor unum et animam unam»*.

Este desasosiego de los espíritus y estas noticias alarmantes tenían que llegar a conocimiento de Ignacio de Loyola, el cual, con fecha 17 de diciembre de 1552, dirigió al Provincial Diego Miró esta carta, una de las más enérgicas y tajantes salidas de la pluma de Ignacio:

> «He entendido que hay falta notable entre algunos y no pocos de los nuestros en aquella virtud que más necesaria es y más esencial que ninguna otra en esta Compañía..., que hay entre ellos quien, sin acatamiento, dice a sus Superiores: *No me debiades mandar esto, o no es bien que yo haga estotro*. Esta cosa me parece habrá ido tan adelante por culpa de alguno, a quien tocaba remediar y no lo ha hecho *(¡P. Simón!)*. Dios N. S. le perdone... Yo os mando a vos, en virtud de santa obediencia, que me hagais observar esto acerca della: que si alguno hubiese que no quiere obedecer, no digo a vos solamente, sino a cualquiera de los prepósitos o rectores locales que allí hay, que hagan de dos cosas una: o que le despidáis de la Compañía, o le enviéis acá a Roma».

Como dentro de la Provincia se movían muchos descontentos e

intrigantes, que armaban alborotos y se negaban a someterse a la obediencia, acordaron los Padres más autorizados, con el beneplácito del rey, llamar otra vez de España al P. Miguel de Torres, que conservaba aún el título de Visitador.

El 12 de noviembre se presentó en Coimbra; bajó a Lisboa para informarse exactamente de los desórdenes y de las desobediencias más o menos toleradas. Consiguió alejar de la corte a los salidos de la Compañía, a fin de que no engañasen con sus falacias al monarca, y empezó a purgar y repurgar la provincia. Precisamente por entonces debió de llegar la enérgica disposición de S. Ignacio, que acabamos de transcribir.

Número de expulsos

Más de dos meses duró la visita, en la que el P. Torres fue recorriendo casas y colegios, hablando con todos los que seguían adoptando una actitud desobediente e insumisa, a quienes les hizo firmar las dimisorias. Al P. Ignacio, desde Lisboa le escribió las siguientes significativas palabras el 6 de enero de 1553:

«Esta viña parece que estaba tan carcomida por de dentro, que, al parecer, muchas vides non tenían más que las hojas, pues queriéndolas enderezar y podar para que hiciesen fruto, no lo pudiendo sufrir, o se salían, o era menester echarlas fuera de la viña, para que no dañasen a las otras, y esto ha sido en tanto número, que de CCC y XVIII vides que se han plantado en ella después que comenzó, *más de ciento veintisiete* están fuera, los cuales no poco daño han hecho y hacen a los de dentro, pues nunca faltan tentados de muerte en ella, y ándanse por esta Lisboa con muy poco escrúpulo de sus votos».

Graves son estos datos indudablemente, como dichos por el mismo Superior que ha extirpado de la viña *tanto número* de vides. Datos que asustan, aunque no hay que abultarlos demasiado. El historiador Antonio Astráin, con su serenidad característica (que no imitan sus impugnadores), analizó y sometió a examen esas graves afirmaciones de Torres con el deseo de aprehender la verdad, por dolorosa que fuera para su corazón de jesuita, de ningún modo con la mala voluntad —inconcebible en un historiador de su altura y de su carácter— de «lanzar injustamente gran descrédito sobre la antigua Provincia de Portugal».

No daré yo como seguros todos los cálculos de Astráin; pero tampoco los de F. Rodrigues, el cual propone una cifra muy módica de

expulsos («apenas 33») incompatible con lo que aseguran todas *los testigos coetáneos*.

El secretario de S. Ignacio y de la Compañía, J. A. de Polanco, historiador serio y sin prejuicios de ningún género, parece admitir literalmente el testimonio de Miguel de Torres y hasta eleva el número de 127 a 130 (III, 190). De toda su narración se trasluce que el número total fue muy alto. El mismo Torres nos dice ponderativamente que la expulsión *«ha sido en tanto número»*, que demuestra lo *carcomido* que estaba la viña. Jerónimo Nadal da la cifra de 60, aunque sólo se refiere al colegio de Coimbra. Otro tanto dice Pedro de Ribadeneira. Y es notable que una nobilísima señora portuguesa, Doña Guiomar Coutinho, muy aficionada a la Compañía, en octubre de 1552, cuando aún la tormenta seguía tronando, escriba a S. Ignacio: *«Cerca de la mitad de los que estaban* en la Compañía son salidos… y otros están para salirse, según dicen, y cada día se salen por lo que vieran hacer al Padre Maestro Simón». ¡No se dirá que esta señora dependa de las cifras de Torres!

El historiador P. Francisco Antonio, nacido en Lisboa en 1535, refiere con más precisión que nadie, que el Provincial Diego Miró expulsó a 18, en pos de los cuales se fueron 80 confederados suyos, en total 98.

Pero dejemos estas cuestioncillas aritméticas y contentémonos con la vaga afirmación, que los que salieron o fueron despedidos de la Compañía en Portugal alrededor de 1552 fueron escandalosamente numerosos, sin que nos atrevamos a determinar el número.

Lo grave fue que en una Provincia jesuítica, que había comenzado con el máximo fervor y con admirables éxitos que se notaron en el progreso moral y religioso de todas las clases sociales, brotaran en pocos años tantos desórdenes y trastornos, que hubieran podido arruinar totalmente la Provincia de no estar a la cabeza de ella uno de los hombres más prudentes de la Cristiandad, según calificaba el cardenal B. de la Cueva a Ignacio de Loyola.

Queriendo el historiador portugués F. Rodrigues medir la responsabilidad que le cupo al P. Simón en aquella gran perturbación de la Provincia, hace todos los esfuerzos posibles por aligerar el peso que carga sobre los hombros del fundador de la Provincia. «Debemos contar —dice — con la psicología de Simón Rodrigues y con las diversas condiciones de vida atribulada». Cierto y admitiremos también que sus deficiencias tienen atenuantes que disminuyen su culpa. Pero nos parece injusto, falso antihistórico querer excusar al mayor culpable para echar la más grave

responsabilidad sobre aquellos que, obedientes a las órdenes de Ignacio de Loyola, lograron hermanar a los jesuitas portugueses, divididos momentáneamente por un cisma fatal, devolverles la paz y la alegría en el trabajo apostólico, y hacer que todo el pueblo, desde el rey hasta el último vasallo, recobrase la confianza y el amor hacia aquellos operarios angélicos, que eran, como los denominaba la gente, verdaderos «apóstoles».

Sin ellos, ¿qué hubiera sido de la carcomida provincia, víctima de su Provincial?

Simón Rodrigues vuelve a Portugal

Ya hemos indicado cómo «en virtud de santa obediencia» y en obsequio de la voluntad del rey, Simón Rodrigues fue obligado a cambiar el provincialato de Portugal por el de Aragón. Libre ya de estorbos, se puso ahora el P. Miguel de Torres a remediar los desórdenes de la Provincia, corrigiendo los defectos, como Visitador oficial, y despidiendo a los incorregibles (noviembre 1552-enero 1553). Su modo de proceder fue aprobado por Ignacio el 18 de diciembre de 1552. Parecía que la paz reinaba en todas las casas, cuando inesperadamente se presenta a las puertas de Coimbra el P. Simón, que había abandonado su Provincia de Aragón sin consultar a nadie.

Este hombre enfermizo, versátil, inconstante y a ratos infantil, quizá desequilibrado, que había entrado con alegría, al decir suyo, en las ciudades españolas de Zaragoza, Barcelona y Valencia, se queja y lamenta, apenas pasado un mes, de que en España no puede hacer nada de provecho, se siente enfermo. Diga lo que quiera, le intranquilizan las saudades de su tierra.

«Aunque yo seya malo, como V. R. sabe (escribe a Ignacio desde Barcelona el 22 de setiembre 1552), todavía me huelgo mucho en ver los de la Compañía... De mi no tengo que dizir, sino que estoy muy contento en estas tierras». Y el 26 de octubre ya se le han cambiado los humores: «Este país esme muy contrario, porque hasta los comeres son diferentes...; hasta el hablar me cansa, me parece que no estoy... sino para estar en una enfermería..., ni hago nada, sino hacerme peor que en Portugal... Mándeme volver a mi natura *(o país)*... que seya mi tierra... Y ha de ser sin cargo ninguno... No quiero que otro seya mi papa, sino V. R.». Es decir, que no soporta ningún otro Superior.

Bondadosamente condesciende Ignacio el 9 de diciembre: «Me pedís os haga tornar a Portugal, pero sin cargo ninguno. Yo me hallo tan instigado a haceros placer y daros contentamiento en todo lo que puedo en el Señor nuestro, que hay poco que hacer en persuadirme... Y así soy contento que tornéis a Portugal, a los aires naturales y buenos para vuestra salud, y que tornéis sin cargo, como lo pedís».

No esperó a recibir la licencia que se le daba en esta carta, sino que inmediatamente partió para Alcalá, donde pasó las Navidades y restableció su quebrantada salud, para llegar a Portugal a fines de febrero o principios de marzo de 1553.

Sorprendidos de tal aparición los Padres Visitador y Provincial, temieron algún alboroto de parte de los partidarios que aún le quedaban en su patria, y pensando acertadamente que Ignacio, al permitirle volver a su tierra, no estaba bien informado de las circunstancias críticas en que se hallaba la Provincia portuguesa, decidieron cortarle el paso antes de que llegase a Lisboa. Con este objeto, el P. Miró le pasó un aviso, que era una orden terminante: no se le permitiría poner el pie en ninguna casa de la Compañía. Dícele que lo ha consultado con seis o siete Padres de la Provincia y todos lo dan por bueno y lo juzgan prudente y oportuno. Y a fin de justificar el paso dado, redacta un escrito con este rótulo: *Para nuestro Padre Ignacio*, en el que razona y sostiene claramente, casi con brusquedad lo que piensa del P. Simón y por qué causas debe vivir fuera de las casa de la Compañía.

También el rey, al saber que había abandonado la Provincia de Aragón sin licencia de Ignacio, le cerró disgustado las puertas de palacio. Viéndose sin el apoyo real, acudió a su gran amigo y protector el Duque de Aveiro, quien le acogió en una quinta o casa de campo, para que descansase. Allí permaneció hasta fines de junio de 1553.

La carta sobre la obediencia

En Lisboa, en la quinta del Duque de Aveiro, estaba descansando el P. Simón Rodrigues, cuando llegó a Portugal una de las más importantes cartas que escribió S. Ignacio en su vida, la *Carta de la obediencia*. En aquella «gran tragedia» (que así llama Polanco a los trastornos que estamos describiendo), era claro que sólo la obediencia ignaciana podía aclarar las mentes y sosegar los corazones. Y con una mansedumbre e imperturbabilidad, bajo la cual nadie podría adivinar la tempestad que fermentaba en la atmósfera, después de pensar bien todas las frases con su

secretario Polanco, dirige «A mis, en el Señor nuestro, carísimos hermanos, los de la Compañía de Jesús, en Portugal», un auténtico tratado sobre la obediencia, (26 de marzo de 1553), recogiendo la tradición ascética de la Iglesia y repitiendo conceptos que él mismo ha expuesto brevemente en otras cartas, como la del 14 de enero de 1547 a los del Colegio de Coimbra, la del 29 de julio del mismo año a los de Gandía y la del 27 marzo de 1548 al P. Andrés de Oviedo.

Siendo tan trascendental para conocer la doctrina y el gobierno de Ignacio, merece darse a conocer aquí, siquiera en esquema.

1. *Introducción y saludo*. «Mucha consolación me da, hermanos carísimos en el Señor nuestro Jesucristo, entender los vivos deseos y eficaces, que de vuestra perfección y su divino servicio y gloria os da el que por su misericordia os llamó a este Instituto y en él os conserva y endereza al bienaventurado fin a donde allegan sus escogidos. Y aunque en todas virtudes y gracias espirituales os deseo toda perfección, es verdad (como habréis de mí oído otras veces) que en la obediencia, más particularmente que en ninguna otra, me da deseo Dios nuestro Señor de veros señalar».

2. *Principio fundamental de la obediencia*, ver a Cristo en el Superior. «Nunca mirando la persona a quien se obedece, sino en ella a Cristo nuestro Señor, por quien se obedece. Pues ni porque el Superior sea muy prudente, ni porque sea muy bueno, ni porque sea muy cualificado en cualesquiera otros dones de Dios nuestro Señor, sino porque tiene sus veces y autoridad debe ser obedecido, diciendo la Eterna Verdad: *Qui vos audit, me audit, qui vos spernit, me spernit;* ni al contrario, por ser la persona menos prudente se le ha de dexar de obedecer en lo que es Superior, pues representa la persona del que es infalible sapiencia».

3. *Grados de la obediencia: de ejecución, de voluntad y de entendimiento*. «Es muy baxo el primero grado de obediencia, que consiste en la execución de lo que es mandado, y que no merece el nombre, por no llegar al valor de esta virtud, si no sube al segundo de hacer suya la voluntad del Superior, en manera que no solamente haya execución en el efecto, pero conformidad en el afecto, con un mismo querer y no querer... Así que, hermanos carísimos, procurad de hacer entera la resignación de vuestras voluntades; ofreced liberalmente la libertad que él os dio a vuestro Criador y Señor en sus ministros... Quien pretiende hacer entera y perfecta oblación de sí mismo, *ultra* de la voluntad, es menester que ofrezca el entendimiento, que es otro grado y supremo de obediencia, no

solamente teniendo un querer, pero teniendo un sentir mismo con su Superior, sujetando el proprio juicio al suyo, en cuanto la devota voluntad puede inclinar el entendimiento».

4. *Medios para conseguir tan alta perfección.* «Yo os respondo con S. León papa: *Nihil arduum humilibus, nihil asperum mitibus*. Haya en vosotros humildad, haya mansedumbre; que Dios nuestro nuestro Señor dará gracia, con que suave y amorosamente le mantengáis siempre la oblación que le habéis hecho... No consideréis la persona del Superior como hombre subiecto a errores y miserias; antes mirad al que en el hombre obedecéis, que es Cristo... Si miráis, no al hombre con los ojos exteriores, sino a Dios con los interiores, no hallaréis dificultad en conformar vuestras voluntades y juicios con la regla que habéis tomado para vuestras acciones». «Buscar siempre razones para defender lo que el Superior ordena, o a lo que se inclina, y no para improbarlo». «Presuponiendo y creyendo (en un modo semejante al que se suele tener en cosas de fe) que todo lo que el Superior ordena es ordenanza de Dios nuestro Señor, y su santísima voluntad, proceder, con el ímpetu y prontitud de la voluntad deseosa de obedecer a la execución de lo que es mandado... Con esto no se quita que si alguna cosa se os representase diferente de lo que al Superior, y haciendo oración os pareciese en el divino acatamiento convenir que se la representásedes a él, que no lo podáis hacer».

Conclusión: Jerarquía universal en toda la Creación. «Este es el modo con que suavemente dispone todas cosas la divina Providencia, reduciendo las cosas ínfimas por las medias, y las medias por las summas a sus fines. Y al en los ángeles hay subordinación de una hierarquía a otra; en los cielos y en todos los movimientos corporales reducción de los inferiores a los superiores, de los superiores por su orden, hasta un supremo movimiento. Y lo mesmo se vey en la tierra en todas policías seglares bien ordenadas, y en la hierarquía ecclesiástica, que se reduce a un universal vicario de Cristo nuestro Señor. Y cuanto esta subordinación mejor es guardada, el gobierno es mejor, y de la falta della se veyn en todas congregaciones faltas tan notables».

Y para terminar, alude al Modelo supremo de obediencia, que es Cristo, obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

S. Ignacio ha merecido el título de «Doctor de la obediencia». Y es que no sólo escribió magistralmente sobre ella, sino que la impuso a todos sus hijos como columna fundamental de su Orden.

En diciembre de 1922, al cumplirse tres siglos de la canonización del

Santo, el Sumo Pontífice Pío XI dirigió unas Letras apostólicas al General de la Compañía, conmemorando el hecho de haber nacido S. Ignacio aquella época turbulentísima, en que alzaron la bandera de la desobediencia y rebelión contra la Iglesia de Cristo, de una parte príncipes desenfrenados y de otra Novadores heréticos. Y a continuación proclama solemnemente que «Ignacio poseyó en grado insigne el espíritu de obediencia, y que Dios le asignó como oficio y tarea propia *(tamquam proprium munus)* el conducir a los hombres con mayor afán al cultivo de esa virtud».

El causante de los desórdenes se rinde y va a Roma

La carta de la obediencia no pudo llegar en momentos más oportunos. Pero ¿la leyó el P. Simón Rodrigues, que había sido el causante principal de la misma? Es muy probable que no, pues vivía entonces fuera de las casas de la Compañía y la carta era demasiado larga para que corriese en copias. Por otra parte, las persuasiones resultaban inválidas con él. Por eso, S. Ignacio creyó más eficaz la apelación al corazón y a la conciencia. El 20 de mayo de 1553 le impuso este severo precepto:

> «Amado los en el Señor nuestro... Para mayor quietud y consolación espiritual de los que en la nuestra Compañía perseveran en los reinos de Portugal... no se pudiendo tratar por menos que por la presencia... me ha parecido en el Señor *(que vengáis a Roma)*. Y así, en virtud de santa obediencia, como cosa que mucho importa, os lo mando por parte de Cristo nuestro Señor, por mar o por tierra, como os pareciere más conveniente. Y esto sea con la brevedad que pudiéredes, en manera que ocho días después de vista la presente os pongáis en camino y continuéis. Pido a Dios N. S. os guíe y acompañe».

Con la misma fecha, y a fin de robustecer el precepto, escribe otra más larga al rey en la seguridad de que su exhortación o consejo tendrá fuerza de mandato regio:

«Y porque esta salida de Portugal y venida para Roma de Maestro Simón la tengo por del todo necesaria, presupuesto lo que he sabido de ser esta la voluntad de V. A. le escribo una patente *(a Simón)*, donde le mando en virtud de obediencia, que venga acá».

Desterrado de las casas de la Compañía y amenazado con censuras eclesiásticas si ponía el pie en ellas, el P. Simón Rodrigues dejaba pasar los días en la quinta del Duque de Aveiro, sin intervenir en la corte ni en

los negocios públicos.

El precepto ignaciano del 20 de mayo le turbaría un poco, sobre todo si al saber que el rey lo daba por bueno. Mas no sabemos si el correo llegó oportunamente.

Lo que ciertamente sabemos es que el P. Provincial, Diego Miró, viendo que ni las amenazas ni las más delicadas muestras de amor conmovían el corazón del P. Simón, se creyó en la necesidad de tomar una medida resolutoria. Al P. Visitador y a los diez Padres portugueses más autorizados pidió que respondiesen por escrito a esta pregunta: ¿Qué se debe hacer con el P. Simón Rodrigues? La respuesta de todos fue unánime. Debe salir de Portugal, donde ha creado disensiones, y dirigirse a Roma, según lo ha demandado el P. Ignacio. Otros cuatro Padres consultados fueron del mismo parecer. Entonces Diego Miró, usando de las facultades que le otorgaba Ignacio, después de leerle al acusado todos los dictámenes, mandóle «en virtud de obediencia, que él saliese de Lixbona de aquel día dentro en ocho días, y de Portugal dentro de XX días; y para que esto se cumpliese sin falta, le ponía la pena de excomunión *ipso facto,* si así no lo hiciese».

Desde el momento en que Simón se rindió a los jueces, aceptando su sentencia, aunque de mala gana y renegando por la injusticia y la mala fama que hacían caer sobre él, fue tratado por todos con las más finas señales de afecto, facilitándole todos los preparativos que tenía que hacer y dándole por compañero de viaje al P. Melchor Carneiro. Querían despedir con todos los honores al que había sido su Superior tantos años. Y querían, sobre todo, que los seglares, con quienes él se confiaba, no pensasen que aquel viaje a Roma era un castigo, como si le llamasen a rendir cuentas de su mal proceder. Fue el mismo Simón quien facilitaba esa mala impresión, pues no disimulaba su disgusto y la amargura de su corazón, gruñendo y rezongando contra los Superiores.

Los dos viajeros salieron juntos de Lisboa el 28 de junio en ruta hacia Alicante; de aquí a Génova fueron en barco; en octubre los hallamos en Florencia, donde el P. Simón padeció algunos días «un poco de calentura» y pudo agradecer la delicadeza de Ignacio, que le mandó atentamente una cartita de saludo al tener noticia de su viaje. El 11 de noviembre de 1553 entraban ambos en Roma.

Con el amor tierno y paternal que solía mostrar Ignacio a los hijos predilectos o más necesitados, le abrió los brazos a aquel hijo pródigo que tanto había resistido a venir a la casa de su Padre, y mandó que se le tratara

con más delicadas atenciones que a ningún otro. «Parece —escribe G. da Cámara— que no se dexaba cosa que le pudiese dar consolación y contentamiento»[158]. Pero Simón Rodrigues no sabía agradecer.

EI proceso romano. Conversión momentánea

Simón estaba amargado y comenzó a quejarse contra las maniobras injustas empleadas en Portugal para forzarle a venir a Roma. En una conversación con Ignacio «concertaron entrambos que se deputasen algunos de la Compañía por jueces, los cuales, oídas de una parte y de otra las razones, juzgasen y por sentencia declarasen todo lo que en este negocio sintiesen *in Domino*... el Padre le propuso cuatro nombres... Y porque el uno dellos no le placía tanto, nuestro Padre le mudó y puso otro en su lugar; de manera que Maestro Simón se mostró tan satisfecho desta liberalidad que nuestro Padre con él usaba, y tan contento de los jueces, que decía que estaba aparejado para creer que lo blanco fuese negro, y lo negro blanco, si ellos ansí lo juzgasen».

«Los cuatro jueces, que fueron el P. doctor Olave, el P. Maestro Polanco, el P. doctor Miona y el P. Maestro Poncio... *(dos españoles, uno portugués y el cuarto francés)* juraron sobre los Evangelios de en todo y por todo juzgar y declarar aquello que en sus consciencias sintiesen... Nuestro Padre, antes que se comenzase el juicio, habló con los jueces, y les encargó en cuanto fuese posible, salva la razón y la justicia, favoreciesen la parte de Maestro Simón».

El 1. ° de diciembre de 1553 se dio comienzo al proceso. Los Padres. G. da Cámara y M. Carneiro escribieron las acusaciones venidas de Portugal con otros documentos atañederos al caso, y las explicaron oralmente. No menos de 20 días se le concedieron al acusado para escribir las respuestas, que fueron leídas ante el tribunal. Cuatro días del mes de enero de 1554 gastaron G. da Cámara y Carneiro en redactar una réplica, a la cual siguió otra respuesta del P. Simón. Sólo faltaba la sentencia definitiva. Intervino entonces Ignacio mandándoles «que antes de dar la sentencia,

[158] «Nuestro Padre —escribe Cámara— le había hecho dar antes el mejor aposento de la casa… y uno que le ayudase y sirviese» *(Epist. Mixtae* IV 185). Seguimos el largo relato de G. da Cámara al P. Miró, Provincial de Portugal (*Ep. m.* IV. 186-191). Las penitencias que se le impusieron fueron muy graves: Por 7 años una misa semanal en reparación de los malos ejemplos que dio en Portugal. —Por 7 años una disciplina semanal durante un *Miserere*. —Por 2 años ayuno semanal en satisfacción de «los excesos de sensual libertad, etc., según el arbitrio del confesor.

cada uno dellos celebrase 3 días a esta intención y jurasen sobre los santos Evangelios de dar la sentencia que les pareciese más conforme a razón y justicia. Y así lo hicieron».

«A 7 de Hebrero del 1554, en la cámara del doctor Miona, estando presentes los cuatro jueces y Maestro Simón y los dos denunciadores, y no más, para que la cosa estuviese más secreta, se leyó la sentencia», en la cual se declaraba «que había sido con mucha razón depuesto del cargo que en Portugal había tenido» (por lo mucho que al servicio de Dios y al bien de la Compañía podía dañar) «por la cual cosa y por la demasiado afección que él había tenido de quedar en el reino, declararon los jueces que no debía de tornar más a Portugal en ninguna manera.... Otras muchas cosas se declararon en la sentencia sobre las faltas de Maestro Simón... Leyéndose la sentencia, y llegando a donde se declaran las faltas, Maestro Simón, que hasta entonces había estado sentado con los otros, se levantó y descubrió la cabeza, y se hincó de rodillas, movido de suyo, y diciéndole que se levantase, se excusó, mostrando que por su devoción quería oír lo que le quedaba de la sentencia; y toda oída la aceptó... queriendo besar a todos los pies, lo que no se le consintió... Hecho esto, y dando señales de reconocimiento y humildad Maestro Simón, nuestro Padre le habló con mucha dulzura, y de su propia liberalidad le quitó todas las penitencias que los jueces les habían dado, dexando lo del ir a Portugal».

Cualquiera diría que la conversión de Simón Rodrigues había sido total y definitiva. Quien así piense, no conoce la psicología perturbada y anormal de este noble portugués que hizo sorber a S. Ignacio los tragos más amargos de su vida.

La idea bondadosamente paternal que tuvo Ignacio, de dispensar al Maestro Simón de todas las graves penitencias que le habían impuesto los jueces, había de ser un alivio enorme para toda la vida del procesado, y debería dejar en su alma un sentimiento profundo de gratitud y de amor. No fue ésa la reacción de Simón. Más de mes y medio pasó en casa tranquilo y sosegado, sin mostrar descontento de nadie. Pero salía frecuentemente a conversar con los seglares y con varios cardenales, a quienes les contó su historia, diciéndoles «quel P. Ignacio le había depuesto, más por pasión y odio, que por otra cosa..., y quél ya cansado de tener cargos, deseaba retirarse en un lugar, para lo cual deseaba quel cardenal le impetrase esta licencia del papa».

No ambicionada más, según decía, que «estar en cierta ermita cabe Lisboa; y en fin esención de su Superior y de la Compañía».

No se decidían los dos cardenales con quienes habló, Marcelo Cervini y Pío de Carpi, a darle gusto, pues la última de sus exigencias les parecía exorbitante y de consecuencias imprevisibles en un exaltado como aquel.

Arrogancia de Simón y humildad de Ignacio

Y estando en éstas, he aquí que «Maestro Simón un día, que fue a los 29 de abril, sin saberse en casa cosa alguna desto, vino a hablar con nuestro Padre, diciéndole que su reverencia no miraba por su honra, y que en todas maneras tenía deseo de volver a Portugal. Y nuestro Padre, dándole razón con toda mansedumbre, de cómo no era conveniente su ida allá etc.; él con poco respeto y humildad, después de haber calumniado los jueces, vino a decir a nuestro Padre, que, pues él no quería mirar por su honra, quél miraría por ella y que haría recurso al Superior de entrambos *(al papa)*... El día siguiente, después de haberle nuestro Padre encomendado a Dios y consultado con algunos Padres, nuestro Padre le habló y le mandó, que para que más se ayudase y recogiese, que no saliese de casa... Aquí él salió mucho fuera de sí y se desmandó, hablando con tanto descomedimiento a nuestro Padre, que es vergüenza pensallo, cuánto más escribillo».

El P. Gonçalves da Cámara habló con el embajador portugués, Alfonso de Lancastre, que se mostró dispuesto a defender a la Compañía; habló también a los dos cardenales, con lo cual «se ataparon estos agujeros que he dicho», exclama G. da Cámara. Ignacio aseguró que haría por Simón todo cuanto pudiese hacer con buena conciencia. «Y para el mismo efecto hizo venir de Ancona a Roma al Maestro Bobadilla y también a Maestro Salmerón de Nápoles, para que, siendo aquí todos 4 de los 10 primeros... se pudiese dar algún corte para sanar esta llaga».

Durante algunos días fueron inútiles todas las conversaciones. «Todavía la caridad, que nunca se cansa, movió a nuestro Padre para que mandase a Maestro Salmerón... que tornase a hablar a Maestro Simón, y, o que viese que tenía mal juego... o que nuestro Señor, como es de creer, le moviese el corazón, dio palabra a Maestro Salmerón de humillarse y ponerse todo en las manos del Padre, y así hoy, que es el día de la Santísima Trinidad *(20 mayo 1554)* se confesó... Y queriendo decir Misa, se echó a los pies de nuestro Padre, pidiendo perdón y prometiendo ser hijo obediente».

Desde este momento las relaciones de Ignacio y Simón Rodrigues

son casi normales, para lo cual Ignacio no cesa de darle muestras de grande afecto y de condescender con sus antojos y caprichos, dejándole muchas veces en libertad para hacer lo que quiera.

Lo primero que solicita Simón de su Superior es que le autorice para hacer un viaje a Tierra Santa. Inmediatamente y con gran placer Ignacio se lo concede con la mayor generosidad, pues no solamente le permite visitar los Santos Lugares de Jerusalén, sino detenerse allí por espacio de un año y aún más, a su arbitrio; añade que, dada su flaca salud, ha consultado a los médicos si le puede dispensar de los ayunos y abstinencias, le han dicho que sí; obre, pues, en todo ello conforme a su conciencia, sin escrúpulos. Así lo hace constar en la *Patente* latina que podría presentar donde quiera, fechada el 4 de junio de 1554.

El 15 de junio llega a Venecia y se prepara para el embarque. El 23 del mismo mes pide a Ignacio más dinero para el viaje; y a fines de julio entra en la nave. A los pocos días llegan noticias de que la flota turca inspecciona las costas del Adriático; todos se asustan y la tripulación prefiere desembarcar. Ignacio le aconseja al P. Simón no desalentarse y aguardar en Venecia la salida de otra nave. Y cuando propone a Ignacio poner la residencia en Ancona, el Santo se lo disuade porque «es mal aire»; «si en Venecia no se halla bien, que pruebe a Padua o Basano, que es lugar sano y ameno el sitio de aquella nuestra ermita»[159].

Carta de amor y carta de ingratitud

Claro reflejo de lo que el corazón de Ignacio ha sido y sigue siendo respeto del P. Simón lo tenemos en unas letras que le escribe el 15 de diciembre de 1554:

> «En lo que toca a vuestra salud, plega al que lo es eterna de todos, dárosla cual más conviene para lo que vos deseáis en su santo servicio, y yo no menos… Pues Dios N. S. me ha de demandar a mí esta cuenta, vos la podréis dar buena de vuestra persona, dexándoos guiar del que en lugar de su divina majestad tomastes; y tanto más cuanto *yo digo delante la sapiencia suya y bondad infinita, con la reverencia y verdad que debo en su acatamiento tener, que a ninguna criatura de las que están sobre la tierra*

[159] *Ignat. Epist.* VIII, 63. Esa ermita de Bassano (agosto-setiembre 1537) es donde Simón Rodrigues, en compañía del P. Jayo y de un ermitaño pasó cuarenta días de oración y penitencia; allí le visitó Ignacio y bastó su presencia para darle la salud, como queda referido en el cap. XIV de la Parte I.

doy ventaja en el amaros y desearos todo bien espiritual y corporal, para honor y gloria divina. Y con esto, siento que por ahora vuestra residencia debe ser in Venecia, o Padua o Bassano, como más a vuestra consolación y comodidad fueren».

Palabras de mayor sinceridad y honda ternura no es fácil hallar en los epistolarios de personas espirituales. Palabras que no son mero verbalismo, desasistido de los hechos correspondientes. Parece que Ignacio está buscando en todo momento lo que Simón Rodrigues desea, el dinero que necesita y aun más, lo que apetece, lo que le gusta, el país, la residencia, la casa o colegio, incluso separado de sus hermanos, basta que lo pida y no se le niega nada, con tal de tenerlo contento. Pero a juzgar por la fría contestación que él le dio, esas obras de sentido afecto, de cariño, de cordialidad, de bienquerencia, no son reveladoras del amor. ¿Pues qué otras obras quiere?

Oigámosle en su carta del 22 de diciembre: «La de V. R. de 15 deste mes recibí. Y quoanto a lo que dice, no dar vantage a ninguno que más me ame, así nel cuerpo como nel espirito, *probatio amoris, exhibitio est operis;* y en este negoçeo ellas han de ser las que darán confirmación de lo que en la suya dice: Y quoando ello así fuere, V. R. hará oficio de padre y pastor, y de las piedras hará hijos, y será padre del alma, y no superior del cuerpo solamente... V. R. use de su prudencia... Y tome sobre sí todo, pues está en lugar de Cristo, que tomó sobre sí todas nuestras enfermedades, y se hizo como pecador, siendo justo, etc. Y Dios le dé buenas fiestas y buen principio de anno»[160].

A los pocos días de escribir esta carta, con la libertad que le daba S. Ignacio, se retiró al eremitorio de Bassano, lugar ameno y apto para la

[160] *Epist. P. Broet... S. Roderici* p.65r. A ninguno de los jesuitas del entonces se le mimaba como al P. Simón, y ninguno de los modernos Superiores tendría aguante de S. Ignacio. Como se quejase desde Venecia que andaba escaso de dinero y que necesitaba más para sus gastos, Polanco le contesta, en nombre de Ignacio, que «aunque estamos... con muchos millares de escudos de deudos y no comiendo ni vistiendo sino de dineros prestados y con harto intereses», se le escribe al Rector veneciano «que procure no falte a V. R. nada de lo necesario, y se ahí no, ni en Padua, no fuese proveído V. R., como le conviene para su necesaria comodidad, dice N. P. que él ordinará cómo en algún otro colegio sea V. R. proveído, donde esté con mejor aparejo». Y en postdata se dice: «el Rector *(de Venecia)* provea V. R. al dobla mayor que él se trata en todo» *(Ignat. Epist.* VIII, 657-58). La respuesta de Simón es de una intemperancia increíble; la lista de sus gastos (comidas, vestidos, zapatos, ropa blanca y negra, interior y externa) hace pensar en un abad medieval más que en un pobre clérigo reformado *(Epist. P. Broet... S. Roderici* p.657-661).

oración. Allí vino un día a visitarle el P. Jerónimo Nadal, conocedor del espíritu ignaciano como nadie. Disputó con el improvisado ermitaño, y como a éste se le revolviesen todos los sentimientos antiguos y alegase las injusticias que con él se habían cometido, siendo él con Ignacio uno de los fundadores de la Compañía, supo Nadal deshacer sus falacias y demostrarle que un fundador debe ser el primero en cumplir las reglas y Constituciones, prestando con humildad la más perfecta obediencia a los superiores.

Del eremitorio se trasladó a Padua. Aquí estaba cuando, a principios de agosto, le llegó la triste nueva de que el Padre Ignacio había fallecido santamente el 31 de julio de 1556.

Espléndido reflorecer de la provincia portuguesa

Ausente Simón Rodrigues de su Provincia, ésta comenzó a florecer con la pujanza de sus mejores días, señal de que la viña no estaba tan *carcomida*, como el P. Torres había dado a entender. El manejó la podadera con brío y decisión; muchas ramas cayeron semiáridas al suelo, pero muy pronto se vio que la savia vivificadora bullía dentro de las plantas y que éstas se cubrían de flor y se colmaban de frutos.

A ello contribuyó sin duda la paz de los espíritus, mas también el envío de varones insignes como Jerónimo Nadal y S. Francisco de Borja, de estancia breve en Portugal, pero extraordinariamente bienhechora. Nadal, de palabra sabia y prudente, vino en nombre de S. Ignacio a promulgar las *Constituciones de la Compartía* y a comentarlas y declararlas; Borja era la santidad personificada, a cuyo paso parecía que los campos y ciudades se perfumaban; su renuncia a todas las dignidades civiles y eclesiásticas le prestaba una aureola maravillosa que arrastraba a las gentes, y cuando predicaba o daba los *Ejercicios* no había corazón que se le resistiese. En Portugal él se movía como en su patria. Portuguesa había sido su difunta esposa, y portuguesa la emperatriz Isabel, la mujer de Carlos V, a la que había asistido siempre en su vida de cortesano.

El infante Don Luis, heredero de Portugal, fomentaba con sus cartas la amistad con el santo Borja. «Su conversión (le decía el 13 de julio de 1551) hace mayores frutos de lo que V. R. piensa. De mí le sé certificar, que sus palabras muchas veces me suenan en mis orejas como si las estuviese oyendo de su boca y considero su paso como si presente le tuviese. ¡Oh bienaventurado siervo de Dios, que en tiempo de tan grandes perturbaciones ha sabido hallar la paz del hombre interior!» Dos años más

tarde pudieron hablar en Lisboa, porque su Alteza el rey Don Juan III le rogó instantemente «no cesase la venida a esta ciudad (de Lisboa) por la necesidad que tenía de le comunicar, así negocios suyos como de la Compañía».

Llegó el Santo a Coimbra a fines de setiembre de 1553, y quedó encantado del amor fraterno que reinaba en aquella comunidad. Recuerde que este colegio de Coimbra, así como era el mayor de la Provincia, así también había sido el más carcomido por las murmuraciones, discordias y faltas de obediencia. Pero tras la desaparición del P. Simón Rodrigues, brilló la paz, la euforia, el optimismo, la virtud cristiana, la observancia religiosa. Al poco tiempo de empezar a regir aquel gran colegio de Coimbra el P. León Henríquez, se restableció el espíritu ignaciano, con tal fervor que lo admiraban todos los visitantes.

Testimonios de Borja y de Nadal

No hay testimonio más autorizado que el de un santo, como Francisco de Borja:

> «Llegué a Coimbra a último del pasado *(mes de agosto 1553)*, donde estuve cinco días, y el Señor me consoló mucho con la vista y santa conversación de nuestros Padres y hermanos, y con ver que, siendo tantos, *erat omnibus cor unum et anima una*. Y para mayor prueba de su perfección quiero decir a V. P. una cosa de que me edifiqué mucho en el Señor nuestro, y es que habiéndoles, cada día de los que allí estuve, hecho una plática después de cenar y algunos días dos, a la mañana y a la tarde, y preguntando cada uno lo que le ocurría en materia de la vida espiritual, vino a mí, el postrer día que allí estuve, el P. *(Henriquez)* León, que es el Rector de aquella casa, y me dixo que quisiera ponerme en las manos algún tentado *(en la vocación)* y que por la bondad de N. S. no le había en toda la casa… De Lisbona a 20 de setiembre 1553»

Y trece meses más tarde: «Los de Portugal lo hacen bien... y yo trabajo de los consolar y animar continuamente por cartas, y les envío algunos subjetos de acá, de que, según entiendo, el rey se tiene por muy servido».

Del influjo benéfico de Jerónimo Nadal, no sólo en la organización de los colegios, sino en el espíritu, bastará un ejemplo. El testimonio es del provincial Diego Miró en carta a S. Ignacio. Hace brevemente el relato de la *gran tribulación* sufrida por la Provincia, y de la mucha gente sin

vocación que salió de la Compañía «con licencia o sin licencia», y de la transformación que se notó con el paso de Nadal: «Después que el P. Maestro Nadal llegó acá, comenzó en Lisbona a publicar las *Constituciones*, en las cuales, bendito Dios, habemos todos hallado tanto espíritu y perfección, que agora nos paresce ver y sentir con gran claridad y gracia del Señor el verdadero espíritu de la Compañía, y que de nuevo somos partícipes del divino y abundante influyo de la gracia del Señor nuestro sobre ella... Comenzóse a augmentar el concurso a los sermones y a la doctrina cristiana en Lisbona, que muchos se tornaban por no poder entrar la iglesia, y restaban muchos sin ir a comer, por tener lugar después de comer a la doctrina cristiana; y la multitud de confesiones tomó tanto augmento, que doce sacerdotes no bastaban, y toda la semana se administraban los sacramentos, porque el domingo y fiestas no podían todos haber recado por la multitud. Vemos, Padre, que el Señor movió los ánimos de todo el reino y todas las obras».

Agrega que, con *la luz de las Constituciones* promulgadas por Nadal, empezaron a «distinguir los supósitos... en profesos, coadjutores espirituales, coadjutores temporales, escolares y de probación», y a perfeccionar con mejor método la pedagogía de los colegios; todo lo cual ha provocado en la corte, entre los infantes, obispos, duques, etc., un movimiento de favor hacia la Compañía, con grandes donaciones y limosnas. Las innovaciones del colegio de Evora se han hecho, presente el P. Nadal, «el cual con su verdadero espíritu nos ha sido guía y capitán en estas obras».

Tres fueron los hombres de más alta categoría y de mayor influencia en la regeneración de la provincia: el Visitador Miguel de Torres, distinguido por su serenidad y cordura y por las exactas informaciones que mandaba a S. Ignacio; Jerónimo Nadal, pues cuando él declaraba las *Constituciones* parecía que Ignacio hablaba por su boca, y Francisco de Borja, por sus dones carismáticos. Decía Torres que antes de la venida de Nadal «cada uno iba por su camino y fingía veredas conforme a su cabeza»; y de Boda era tan alta la opinión de todos, que no sabían alabarle sino balbuciendo y postrándose a sus pies, lo mismo príncipes y cortesanos que muchedumbres populares.

Una de las glorias más resplandecientes de la Provincia de Portugal fue el fervor del espíritu misionero, en lo cual le cabe buena parte al P. Simón Rodrigues, desde el día en que entró en Portugal viniendo de Roma con el que había de ser capitán y adalid de los misioneros modernos, Francisco Javier. Un río nunca interrumpido de apóstoles salía del colegio

de Coimbra rumbo a la India, al Brasil, a diversas regiones de Africa, como Congo, Angola y Etiopía. Dos nuevas Provincias jesuíticas, hijas de Portugal, alcanzaron en el generalato de S. Ignacio vida propia e independiente: la de Goa en 1549 y la del Brasil en 1553. De los héroes y mártires que las enaltecieron con su virtud heroica y con el sacrificio de sus vidas, se dirán breves palabras en otro capítulo.

CAPÍTULO VI

INICIOS DE LA COMPAÑÍA DE JÉSUS EN ESPAÑA. FABRO Y ARAOZ

Es opinión corriente, más o menos fundada, que la Compañía de Jesús, esencialmente cosmopolita y ecuménica, lleva siempre en su carácter y en su alma un indefinible matiz español. De los diez primeros compañeros que hicieron sus votos privadamente en la iglesita de Montmartre (1534, 1535, 1536) cinco, contando al fundador, eran españoles (Loyola, Javier, Laínez, Salmerón y Bobadilla). Incluso Simón Rodrigues podría decirse español *lato sensu,* pues así llamaba Camoens a todos los peninsulares. Español fue el primero que se juntó a los fundadores en Venecia (Diego Hoces) y españoles eran los más íntimos y más eficaces colaboradores de Ignacio en Roma.

La Compañía y los españoles

Me atrevería decir que la Compañía de Jesús, a lo menos en los primeros años, no causó en el pueblo español un impacto tan fuerte y resonante como en otras naciones europeas. Traían los jesuitas en sus labios, en su conducta y en su manera de actuar una sinceridad y un estilo de reforma que impresionaba mucho a los cristianos de otras naciones católicas, porque en aquéllos la vida auténticamente cristiana, la frecuencia de los sacramentos, la asistencia a la parroquia, la enseñanza del Catecismo habían caído desde la Edad Media en triste abandono por culpa de los sacerdotes; y por su parte los clérigos en general, de los ínfimos a los más altos, violaban sin escrúpulo muchas leyes morales y servían de escándalo a los laicos por su crasa ignorancia. Así que, cuando se presentaron los hijos de Ignacio de Loyola predicando la reforma católica (de seglares y eclesiásticos) no con formulismos vacuos y resobados, ni con formalismos rutinarios o meramente rituales, sino con palabra viva, clara, sencilla, ardiente, persuasiva, como salida del corazón, las gentes piadosas sentían sobre sus cabezas como un chaparrón de luz y de gracia y se convertían a Dios catequizados por los nuevos predicadores, que

llevaban vida muy espiritual, penitente y austera, y eran los primeros en practicar lo que predicaban.

Esta manera de anunciar el Evangelio, la renovación interior de hombre y la reforma de las costumbres sorprendía fuertemente a toda aquellas almas no sacudidas aún, ni cultivadas suficientemente, por los pregoneros de la «reforma católica». Creían las gentes que el predicar no era propio de párrocos y simples sacerdotes, sino tan sólo de los obispos (que raramente lo hacían).

Por eso los hijos de S. Ignacio, dedicados intensamente y en todo tiempo a la predicación de la Sagrada Escritura, así como a la enseñanza del Catecismo a niños y personas ignorantes en los templos o en las plazas, suscitaban la admiración y el pasmo del pueblo sencillo, porque los tenían siempre a su disposición, y no menos de la más alta nobleza, porque comprendía mejor su ejemplo, sus heroísmos, sus altos ideales y el provecho que reportaban a la Iglesia y a la sociedad.

Si ese impacto no fue en España tan sensacional como en otros países, entre otras razones fue porque ya España estaba vacunada contra el virus de la ignorancia religiosa en clero y pueblo y de la consiguiente inmoralidad, propia de aquella época. Por eso el triunfo de los jesuitas en España no fue subitáneo, llegó poco a poco. Ciertas reformas traídas por hijos de S. Ignacio se habían obtenido ya con la reforma de ciertas Ordenes religiosas, muy influyentes en la nación ibérica. Mención muy particular merecen aquí los grandes santos, tan numerosos, que no podemos citar ni siquiera la lista de sus nombres, y que santificaron con su vida y doctrina el ambiente nacional con todas sus categorías humanas. En dos secciones triunfaron ciertamente los hijos de S. Ignacio desde el principio.

La primera fue la interiorización de la vida espiritual, no sólo de las almas recogidas o de aspiraciones místicas (esto ya lo conocían bien todas las Ordenes monásticas), sino de muchas personas que vivían en medio del tráfago mundanal, las cuales sometidas al método de los *Ejercicios espirituales* de S. Ignacio, bajo la dirección de un experto maestro del espíritu, se ejercitaban en diversas formas de orar, aprendían a discernir las diversas mociones del bueno y mal espíritu y a conocer cada cual los designios de Dios sobre su vida; de allí fácilmente se pasaba a los caminos de la mística; y los menos generosos o menos heroicos por lo menos purificaban sus conciencias y se hacían «hombres de oración».

La segunda sección en que sobresalieron los jesuitas fue la enseñanza y educación cristiana de la juventud. Era un campo que hasta entonces

ninguna otra Orden religiosa había querido cultivar con método y modernidad. Fue S. Ignacio quien lo propuso como un apostolado importantísimo para la Iglesia, parangonable con la evangelización de los infieles.

El joven Araoz entre Roma y España

Con ser tantos los españoles que desde la primera hora se afiliaron a la Compañía fundada por Ignacio de Loyola, no fue un español quien por primera vez vino a predicar y dar a conocer la Compañía en la patria del fundador.

Podríase afirmar —y no sin algún fundamento— que esa primacía se le debe adjudicar al joven guipuzcoano Antonio Araoz, nacido en Vergara el año 1515. Era su padre el Bachiller Juan de Araoz, «Alcalde de Hijosdalgo en la Cancillería de Valladolid» y su madre una noble dama napolitana.

Digamos desde ahora que era sobrino de S. Ignacio por afinidad, pues una tía suya, Magdalena de Araoz, estaba casada con Don Martín, hermano mayor de Ignacio de Loyola.

Sabemos por Ribadeneira que Araoz estudió y se graduó en la Universidad de Salamanca, y que «siendo mozo de solos veintitrés años» (por tanto en 1538), en tiempo de primavera, se fue a Roma «en busca de nuestro B. P. Ignacio». Polanco, en cambio, afirma que aquel joven lujosamente trajeado iba con *diseños de mundo*.

Oyendo en Roma las acusaciones y calumnias que corrían por la ciudad contra Ignacio y sus compañeros, tuvo recelos de tratar con su tío, pero una vez demostrada su inocencia, no tuvo dificultad en hacer bajo su dirección los Ejercicios espirituales en diciembre de 1538, y desde principios de 1539 se consideraba ya incorporado al grupo capitaneado por Ignacio de Loyola. Este lo quiso probar como a un novicio: «fue una de sus primeras pruebas que, cargado de seda con que venía vestido, se fuera a predicar en los *Bancos;* y como era vehemente de natura, entró mucho en mortificaciones y penitencias y devoción»[161].

Por cuestión de negocios, que le encomendó Ignacio, relativos probablemente a los primeros compañeros y amigos del Santo, tuvo que hacer

[161] POLANCO, *Summarium hispanicum: Font. narrat.* I, 241. Los *«Bancos»* (via dei Banchi) era un barrio popular junto al Tíber. Con los trajes lujosos provocaría allí la risa y la burla de los rapaces y mozuelos.

un viaje a España en octubre de 1539, por lo tanto antes de Fabro; pero nótese que Araoz no podía decirse miembro de la Compañía de Jesús, porque si bien la bula de aprobación pontificia era inminente, no se había promulgado todavía. Esto tuvo lugar, como sabemos, el 27 de setiembre de 1540. Araoz se ordenó de sacerdote en 1541 e hizo la profesión religiosa el 19 de febrero 1542 en la basílica de San Pablo, el primero después de los diez fundadores.

Tras un tormentoso viaje desembarcó en Barcelona (octubre de 1539), donde los antiguos conocidos y amigos de Iñigo se alegraron infinitamente al saber las noticias que Araoz les daba. Lo mismo acontecía en todos los lugares por donde pasaba: Barcelona, Montserrat, Almazán, Zaragoza, Valladolid, Burgos, San Sebastián, Vergara, Oñate, Azpeitia, y otros lugares de Castilla y del País Vasco. Aunque no era sacerdote, se lanzó a predicar sin experiencia y lo hizo con tan sorprendente éxito, que las gentes se entusiasmaban con aquel orador fervoroso y joven que lanzaba fuertes invectivas contra los pecadores públicos, especialmente concubinarios y usureros. En algunos pueblos de Guipúzcoa —refiere Polanco — predicaba a las turbas en el campo y en la lengua del país *(cuius linguam ut sibi vernaculam tenebat)*.

En el verano de 1541, arreglados satisfactoriamente todos los negocios, volvió a Roma, y no hizo el viaje solo, sino acompañado de dos jóvenes animosos, en cuyos pechos se había despertado la vocación a la Compañía: eran el toledano Martín de Santa Cruz, y Millán (Aemilianus). De Loyola, sobrino del Santo.

Un segundo viaje a España realizó Araoz, ya sacerdote (1541) y profeso de la Compañía de Jesús, viaje rápido y breve, entre abril y octubre 1542. Con qué comisión secreta le envió el santo Fundador y con qué personajes se entrevistó en España no lo sabemos con certeza. Cierto que al pasar por Barcelona en julio de 1542, no pudo encontrarse con el Virrey, que se hallaba en las Cortes de Monzón. Diríase que Ignacio tenía cierto empeño en mandar a España a Araoz. Ya que el Fundador no podía ir, mandaba a su sobrino, y con él a su compañero más íntimo y espiritual, al que mejor conocía los *Ejercicios espirituales*, Pedro Fabro.

Apostolado del beato P. Fabro

La primera vez que el dulce saboyano Pedro Fabro pisó tierras españolas fue en el otoño de 1541. Venía del Norte con el Doctor Pedro Ortiz, a quien había acompañado, como asesor, en sus misiones diplomáticas por

Alemania. Había nacido en Villaret (Saboya superior) en la Pascua florida de 1506, de piadosa familia campesina, mas no desprovista de bienes temporales. Pedro en su niñez pastoreaba rebaños, pero manifestó muy pronto su viva inteligencia y tuvo un sabio preceptor que le instruyó perfectamente en las letras humanas no menos que *in sapientia bonitatis et castitatis,* según él dice en su *Memoriale*. Muy joven hizo voto de perpetua castidad y a los 19 años fue enviado a la Universidad de París, donde entró en amistad íntima con Ignacio de Loyola, según dijimos a su tiempo.

Conocemos también su apostolado en Italia, particularmente en Parma en unión con Laínez y veremos algo que hizo más tarde en Alemania. Ahora diremos algo sobre cómo trabajó por establecer sólidamente en España la Compañía de Jesús. Su apostolado fue el de la humildad, devoción y simpatía. Su alma angelical y carácter amabilísimo, rebosante de dulzura y piedad, tenían algo de cautivador, seductor y persuasivo. Y no hay que despreciar lo que afirmó un testigo en el *Proceso de Beatificación:* que su ingenio era vivo, y no vulgar su belleza corpórea, *quae sane elegans erat*.

No tenía *pectus* de orador, porque le faltaban las fuerzas físicas y carecía de voz potente y bien timbrada, pero le sobraba el fervor del espíritu, el amor sacrificado a los prójimos y el don de palabra arrebatador. Por eso, mientras su compañero de apostolado cultivaba la elocuencia de los sermones, él prefería la plática espiritual en locales reducidos y la conversación animada con pocas personas. Nadie como él —según testimonio de Ignacio de Loyola— sabía dar los *Ejercicios Espirituales;* era su ministerio favorito. La conversión de os pecadores era el más hondo anhelo de su corazón, y lo alcanzaba siempre, o casi siempre, a fuerza de bondad, humildad y ternura. El pecador que se ponía a dialogar con él, terminaba dándose golpes de pecho en el confesonario. No le gustaba reprender a nadie, ni atacar al adversario si se le ponía de frente. Sembraba simpatías dondequiera, y en todas partes recogía el fruto de adhesiones y afectos profundos. En sus cartas, escritas en un castellano simpático, no siempre correcto, y en su *Memoriale*, o diario espiritual, se refleja su alma buena para con todos y su espíritu de oración y súplica por amigos y enemigos.

España tiene que agradecer a Ignacio de Loyola el haberle dado este primer discípulo espiritual, que también era entrañable amigo de Francisco Javier.

Viniendo de Alemania por el camino de Francia, apenas traspasó la

frontera pirenaica, se le esponjó el corazón, llenándosele de tiernos y devotos afectos hacia los santos españoles.

«Entrando en España —escribe en su *Memoriale*— tuve notables devociones y sentimientos espirituales sobre la invocación de los principados, arcángeles, ángeles custodios y santos de España, cobré especialmente mucha devoción a San Narciso, que está en Gerona; a Santa Eulalia, en Barcelona; a nuestra Señora de Montserrat; a nuestra Señora del Pilar; a Santiago, a San Isidoro, a San Alfonso, a los santos mártires Justo y Pastor; a nuestra Señora de Guadalupe, a Santa Engracia de Zaragoza, etc., rogándoles a todos quisiesen aceptar mi viaje a España y ayudarme con sus oraciones para sacar algún fruto, como de hecho se hizo, más por sus intercesiones que por mi diligencia».

Su encuentro con ilustres personalidades

Desde Madrid el 27 de octubre de 1541 le escribe a S. Ignacio, narrándole las peripecias de su itinerario: cuán amablemente le recibieron en Montserrat: cómo «en Zaragoza fuimos recebidos de personas principales con muy grande amor...; tomé muy intrínseco conocimiento y favor... de los Hierónimos y con los canónigos de nuestra Señora del Pilar y con los canónigos de la Seo, máxime con un doctor teólogo, hecho en París, el cual se llama nuestro Maestre Miguel de Santángel, el cual de muy buenas entrañas hiciera los *Exercicios,* si yo allí hobiera de reposar tanto tiempo. En Medinaceli yo hallé el bachiller Gutiérrez, natural de Almazán... discípulo y devotísimo de Maestre Laínez... Con el Duque (de Medinaceli) también hablamos... De Medinaceli yo escribí una carta muy extensa al padre del Maestre Laínez no podiendo yo alcanzar licencia del doctor *(Ortiz)* para llegarme hasta allí, que fueran no más de seis leguas... Desde Medinaceli venimos por Torrijo (Torija), donde está una hermana del señor don Hernando de la Cerda, *id est,* hija del Duque y de la Duquesa de Medinaceli; allí prediqué y tomé muy intrínseca conversación espiritual con la dicha señora y con su marido… De Torrijo venimos a Guadalajara, donde hay muchos parientes y afines del doctor… Desde Guadalajara venimos a Alcalá, donde hemos estado obra de diez días. *(Aquí habla de muchas mujeres que conservan gratos recuerdos del Iñigo estudiante y de los consejos espirituales que les dio)*.

Con el Vicario general *(Gaspar de Quiroga, más tarde auditor de la Rota en Roma y arzobispo cardenal de Toledo)* he tomado una increíble amistad, de suerte que su ánima me ha comunicado como si yo fuera su

confesor, mostrándome perfecta voluntad de hacer los *Exercicios*... El principio desta intrínseca conversación comenzó por lo baxo... Venido al Vicario, él me interroga, y yo respondo como peregrino; y de palabra hízome entrar dentro la sala, después dentro de su cambra, *consequenter* me hizo asentar, y entramos en todas nuestras cosas... y *tandem* venimos a Iñigo y sus primeros compañeros... Pasadas unas dos horas en pláticas, llevóme a la iglesia, y mandó que me diesen todo recaudo, rogándome *insuper* que yo las XI horas volviese a su casa a comer con él... Después de comer nos encerramos unas dos horas más, estando más de 40 personas esperando en la sala».

Siguiendo su viaje hacia Madrid, se encuentra en el camino con el arzobispo de Toledo, Juan Pardo de Tavera, a quien besó respetuosamente las manos. «Con el cardenal también iba un doctor, el cual es del consejo, que se llama el Dr. Barnard *(Bernal Días de Luco, futuro obispo de Calahorra)*, muy afeccionado de mucho tiempo a nuestras cosas; con él he tomado también muy familiar conversación... A la partida me dixo el Vicario estas palabras con grandísimo sentimiento, que si yo algunos días pudiese estar cerca dél, no saría mucho que él presto dixiesse: *paratus sum tecum in carcerem et mortem ire.*

Desde Madrid, siguiendo siempre al Dr. Ortiz, fue a pasar unos días en la villa de Galapagar, beneficio curado del mismo doctor, encomendado a un honrado y docto sacerdote. «Tres veces y en tres lugares ya he predicado en esta mese (mies) del doctor, y dádome a muchas confesiones; el doctor también otras tres veces ha predicado... Sembrando palabras del Señor, cogemos frutos de buenas obras destos filigreses». Así escribía el 4 de noviembre de 1541.

Y el 17 de mismo mes: «Hoy son nueve días que aquí en Galapagar yo comencé a enseñar los mandamientos cada día a las dos horas después de comer, tañiendo para ello la campana de la iglesia. L'ordinario y cuotidiano número de los pequeños será de ciento, entre niños y niñas; porque vienen también de otro lugarejo, que es cerca de media legua d'aquí; las fiestas viene el doblado; y porque... suelo sacar determinados puntos de vista de cada cosa para los grandes, por eso también vienen hombres y mujeres ordinariamente y algunos sacerdotes... Al teniente del doctor, que es una persona honrada, teólogo y licenciado en artes, he comenzado también (a) dar los *Exercicios*… Estoy espantado *in bonam partem* del gran aparejo que hay en España para el modo de proceder en las cosas espirituales».

El papa le ordena cambiar de ruta

Deseaba el Dr. Ortiz que Fabro siguiese acompañándole en las visitas oficiales o de compromiso que él tenía que hacer a varios personajes en diversas ciudades de España; pero he aquí que inesperadamente le llega a Fabro, por medio del cardenal Alejandro Farnese, un mandato del papa Pablo III, en el que le comunicaba que, habiendo enviado al obispo de Módena, cardenal Juan Morone, a Alemania «para ciertas cosas de la religión cristiana, pareció a S. S. darle por compañeros personas, que con doctrina y exemplo de buona vida le puedan ayudar a hacer fructo en las ánimas. Y porque S. S. vos conoce por más apto para este efecto..., me ha mandado vos escriba y encomiende en virtud de la santa obediencia de su parte, que recebida ésta os pongáis luego en camino la vía de Espira... *Bene valeas*. De Roma, 22 de deciembre de 1541».

Hallábase entonces el Dr. Ortiz en Ocaña, visitando a las Infantas Doña María y Doña Juana, hijas del emperador, siempre muy favorecedoras de la Compañía; con ellas estaba Doña Leonor Mascareñas, tutora le las Infantas, que a nadie cedía en amor a Ignacio y su Instituto. Hubiera sido una inconcebible descortesía alejarse de España sin cumplir con tales personajes. Por eso, el P. Fabro no pudo menos de hacer un viajecito a Ocaña (enero de 1542) y pasar allí tres días con las Infantas y con las personas que les hacían la Corte. Trató en particular de cosas del espíritu con el Conde Cifuentes, Fernando de Silva, «gobernador de las Infantas».

Llegado el momento de la despedida, las Infantas agradecidas le ofrecieron a Fabro un capellán suyo, Juan de Aragón, para que le acompasase por los caminos de España. Otro tanto hizo Doña Leonor con su propio capellán, Alfonso Alvaro. Juntos se dirigieron primero a Toledo, «estuve tres días, donde hallé puertas abiertas para entrar, que es para espantar»), después a Alcalá, luego a Almazán, y finalmente se orientaron hacia Barcelona. Ya en las primeras jornadas se sintieron los dos capellanes tan atraídos por la dulce santidad de Fabro, que le suplicaron los admitiese en la Compañía. Obtenido el permiso de las Infantas, prosiguieron el viaje, sin apartarse nunca de su venerado P. Fabro. «Estos buenos capellanes — apunta Astráin— fueron los primeros españoles que entraron en la Compañía dentro de España».

En la ciudad de Barcelona (a donde llegarían a fines de febrero) todo fue atenciones, honores, obsequios, de parte de los que habían conocido al pobre estudiante Iñigo, a quien todos, ya entonces, tenían por santo.

Fueron ahora con particular amor y delicadeza agasajados por el Virrey de Cataluña, Francisco de Borja, que desde hacía algún tiempo llevaba una intensa vida espiritual. Abrió el Virrey su conciencia al P. Fabro; éste, tan experto en la dirección de las almas, le alentó en sus aspiraciones a la vida de perfección, le habló de Ignacio y de sus *Ejercicios espirituales* y le dio consejos para seguir adelante.

Era ya marzo cuando Fabro y los dos capellanes salían de Barcelona para dirigirse por Perpignan, Lyon y Solothurn (Oeste de Suiza) a la ciudad de Spira en Alemania, donde les aguardaba el cardenal-legado Juan Morone. Era ya el mes de abril de 1542.

Fabro tornará con satisfacción a España, pero tardará más de dos años.

Araoz retorna a España

Había pasado algún tiempo en Roma el P. Araoz, ocupado en los habituales ministerios de la Compañía, cuando Ignacio determinó mandarlo otra vez a España en noviembre de 1543, con seis (no cinco) compañeros jóvenes. El propio Araoz da los nombres de todos escribiéndolos uno a uno con cierto humorismo[162].

Salieron de Roma, como siempre, a pie siguiendo el camino de Siena, Prato, Pistoya y Lucca, llegaron a Savona, ciudad de Liguria, en cuyo puerto vieron una nave arrojada a aquella costa por los vientos y la tempestad. Este percance resultó muy oportuno para la tripulación y los pasajeros, los cuales por exhortación de Araoz, confesaron sus pecados y recibieron la sagrada Comunión, sacramentos olvidados por muchos desde hacía largos años. Tan hermoso espectáculo estimuló el fervor y la devoción de los naturales de Savona, que en gran muchedumbre atestaron los templos en las fiestas de Navidad.

Nuestros siete viajeros se embarcaron en aquella nave sacudida por las olas, atracaron en la isla de Córcega y siguieron hasta Palamós, donde tomaron tierra próximos a Barcelona, a principios de enero de 1544.

Puede decirse que todos los barceloneses acogieron con júbilo al P.

[162] Carta a Doménech desde Siena 21 noviembre 1543 *(Epist. Mixtae* I, 148-50). Ignacio mandaba estos seis jóvenes jesuitas al colegio de Coimbra a fin de que le diesen importancia y magnitud a aquel centro de estudios. El rey Don Juan III, a cuya munificencia se debía la fundación, debió de agradecer a Ignacio este gesto espontáneo.

Araoz, representante de aquel Loyola, con fama de santo, de quien tan gratos e imborrables recuerdos conservaban. Con el aplauso popular y con el favor que decididamente le prestó el Virrey D. Juan Fernández Manrique, Marqués de Aguilar (sucesor de Francisco de Borja que había vuelto a sus Estados a la muerte de su padre), los triunfos de Araoz fueron fáciles. La mies que en poco más de dos semanas recogió pudo definirse ubérrima. Acabó con los odios y las enemistades implacables que dividían ferozmente a familias e individuos de calidad; suprimió las fiestas licenciosas de los Carnavales; promovió el culto eucarístico, dejando fundada la «Confraternidad de personas frecuentadoras de las sanctísima confesión y comunión».

Un amigo suyo, Juan Boguet, Oidor del consejo de su Majestad, tenía un hijo de cuatro años, de quien es poco decir que era un «niño prodigio». Según Araoz, «él habla latín con más facilidad que la lengua materna, y sabe los evangelios de la vida de Cristo *a mente*. Dice cosas que a los oyentes causa confusión, y a mí —*ego fateor*— admiración; y dice tanto de la Compañía y de ir a ella (a la Compañía) a Roma, que parece *monstrum in natura»*.

Tanto el Virrey como los principales de la ciudad pedíanle con muchas instancias a Araoz se quedase en Barcelona por toda la Cuaresma, pero él, que solamente se había detenido a causa de los fuertes y continuos aguaceros que imposibilitaban el viaje, no quiso retrasar su ida a Valencia. «El tiempo comienza a aclarar —escribe el 3 de febrero— y a cesar las aguas, y así con el divino auxilio partiremos para Valencia dentro de dos o tres días, por dexar mitigar los ríos».

Con Doménech en Valencia. Funda el colegio

Siendo el fin de su viaje la corte de Lisboa, ¿a qué se debió aquella desviación a Valencia? Al empeño que tenía S. Ignacio de acelerar en la ciudad del Turia la fundación de un colegio de la Compañía. Antes de ponerse en camino, Araoz dejó marchar hacia Portugal a los seis jóvenes electos, destinados por Ignacio a seguir estudios en el naciente colegio de Coimbra. En Valencia le esperaba y no dejaba de llamarle el P. Jerónimo Doménech, aquel joven y rico canónigo, cuya entrada en la Compañía, después de unos Ejercicios que hizo con Fabro (Parma 1539) y cuyo fecundo apostolado en Sicilia hemos narrado en otro capítulo. Llegó Araoz a Valencia el 24 de febrero y tras los primeros saludos, empezó explorar los designios y propósitos del P. Doménech. Este le declaró que deseaba

emplear parte de su antiguo canonicato y toda la herencia materna en la fundación de un colegio en Valencia. También D. Pedro Doménech, padre del jesuita, veía con buenos ojos la fundación. Sabido esto por S. Ignacio, ordenó inmediatamente al P. Diego Miró, rector de Coimbra, y valenciano de nacimiento, tomase consigo algunos escolares y marchase con ellos a su patria, Valencia, a fin de poner en marcha el colegio de Doménech, que por entonces era sólo una residencia de estudiantes. Como tales empezaron a frecuentar las lecciones de la Universidad el 18 de octubre (fiesta de S. Lucas 1544). S. Ignacio desde Roma y Simón Rodrigues desde Coimbra mandaron refuerzos al colegio de Valencia, no todos de la virtud y fervor del P. Luis Gonçalves da Cámara, que años adelante será el autor de la *Autobiografía* ignaciana. Recuérdese lo que ya advertimos en un capítulo precedente y repetiremos en otro capítulo posterior, que los colegios de la Compañía eran en un principio simples «residencias de estudiantes», que noimpartían enseñanza alguna, sino que asistían a las lecciones de profesores universitarios. Sólo cuando disponían de un buen equipo de maestros formados, se convertían en centros de enseñanza, y abrían escuelas, siempre gratuitas, para alumnos externos.

Una vez arreglados en 1544 los asuntos del colegio de Valencia, que puede decirse en cierto modo el primer colegio jesuítico de España, pasó Araoz a Gandía con objeto de saludar al santo Duque Francisco de Borja. Manifestóle éste al jesuita su plan, todavía poco madurado, de crear un colegio para la catequización de los moriscos tan numerosos en aquel país. No era despreciable la idea, pero el Duque se dejó convencer por Araoz, que le propuso la fundación de un colegio para la buena educación espiritual y literaria de la juventud comarcana. Pasaron dos años antes de que se pusiera la primera piedra. Esta ceremonia le tocó cumplirla muy religiosamente al P. Fabro, quien antes de despedirse para siempre de España, pasó dos días en Gandía (2-4 de mayo 1546).

Lo refiere él mismo en carta a Araoz: «La mañana que yo partía de Gandía muy contento y dexando a todos contentos, dixe Misa primero en San Sebastián, que es donde se hace el colegio, y después de Misa, en la cual estuvo el Duque y sus hijas, fuimos a poner las primeras piedras en el colegio con cierta bendición que yo solemnicé con siete psalmos. Acabados los psalmos dixe la oración: *Visita, quaesumus, Domine, locum istum et omnes insidias inimici ab eo longe repelle,* etc. mutatis mutandis. Hecho esto, eché agua bendita, y luego puse la primera piedra, el Duque la segunda».

De Valencia a Portugal

De Valencia el P. Araoz enderezó su camino hacia Portugal, pasando por Madrid, donde las Infantas, hijas del Emperador, le obligaron a que les predicase un sermón, y él les dio por el gusto; en Galapagar, seis leguas de Madrid, visitó al Doctor Ortiz, le oyó con mucho gozo predicar dos sermones y siguió hasta Portugal.

«A Coimbra —según escribe a S. Ignacio— llegamos el martes de la Semana Santa (8 de abril 1544). Con cuánta caridad y leticia fuimos rescibidos, no hay para qué escribirlo; mas de que me hallé muy suspenso, y estoy por decir algo cansado de hacer rostro a tantos coros de almas al parescer muy benditas. Cuando pensaba haber satisfecho con XX o XXX, de nuevo venían otros como hierarquías, porque son más de sesenta, y de mucho talento, y muchos de los más nobles deste reino: el hijo del conde Luis de Silvera *(Gonzalo Silveira, mártir)*, y el del Gobernador de Lisbona y otros; mostrando no menos, antes mucha más noblexa de espíritu que de genealogía. En entrando en Portugal oía mucho hablar de los «apóstoles», cosas muy edificativas, que llámanlos así… Andan todos vestidos de negro, con sotanas largas, manteos, con capillas y bonetes, segund el uso de aquí, muy modestos… La cibdad parece sana; es muy fértil y de mucha floresta y ribera. El hijo del Gobernador, que era paje del rey y muy privado, es de tanta memoria, que en oír un sermón, por largo que sea, aunque sea de los nuestros, le repite, no sólo la substancia, mas las palabras, puntos y autoridades..., tanto que yo tengo scripto de su mano un sermón que yo hice, y agora le invío a pedir otro que sé ha scripto...

De Coimbra, partiendo último de Pascua, llegué en Almerín, donde está la Corte..., fui a sus Altezas, y con tanto amor y demostración rescibido, que no sólo me edificaron, mas aun me fue confusión en veer tanto celo y deseo. Las preguntas que me hicieron fueron muchas, así de V. R. muy en particular, como de los de la Compañía... La reina *(Catalina de Austria)* es una bendita cosa, a lo que paresce, y a muchas cosas que el rey me preguntaba, respondía ella, como persona que está muy informada».

No abandonó Araoz tan pronto como había imaginado la residencia real de Almeirin, porque corrió la voz de que el P. Fabro no tardaría mucho en llegar, y Araoz quiso aguardarle. Pero Fabro, siempre delicado y enfermizo, hubo de detenerse mucho en el camino de los Países Bajos a la península Ibérica. Retrocedamos un poco en nuestra narración para ver lo que había sucedido.

Tenía muchos deseos Ignacio de Loyola de captarse la benevolencia del joven príncipe Don Felipe (II) y para ello le pareció muy oportuna ocasión de su casamiento con la Infanta Doña María, hija de los reyes Portugal. Aquellas fastuosísimas bodas tuvieron lugar en Salamanca 13 de noviembre de 1543.

Desafortunadamente la presencia de Fabro faltó, por causa de unas fiebres malignas que le atacaron en Lovaina, estando ya de viaje. «Su enfermedad —escribía Andrés de Oviedo a S. Ignacio— ha sido prolixa y grave de calenturas, en la cual nos ha predicado la paciencia con su mucho padecer... hacer exhortaciones y oir muchas confesiones y tener coloquios espirituales con personas de cualidad, las cuales por aprovecharse con su conversación le vienen a visitar, a los cuales ha enseñado de la doctrina cristiana. Es grande el fruto que por gracia de nuestro Señor ha hecho en esta tierra en su enfermedad».

Al cabo de varios meses, sintióse con fuerzas bastantes para ir hasta Colonia, donde predicó muy frecuentemente, hasta que en el mes de julio - de 1544 recibió nuevo mandato de trasladarse a Portugal. Obedeció al instante y el 24 de agosto desembarcó en Lisboa con gran contento y regocijo de los reyes. No menos alegre fue su encuentro con Araoz, que ansiosamente le esperaba.

Queriendo informar de todo a S. Ignacio, recorrió Fabro las casas y colegios de la Compañía en Portugal, animando, exhortando y consolando a todos; en sus hermanos portugueses no vio sino virtudes y anhelos de perfección; y ésa fue la impresión general que comunicó a S. Ignacio.

Dolíale al devoto y generoso monarca desprenderse de «apóstoles» activos y fervientes como Fabro y Araoz, pero cuando éstos le hicieron ver la conveniencia de presentarse los dos ante la Corte española para dar cuenta al rey, a las magnates y a los prelados, del Instituto de la Compañía de Jesús y de su naturaleza y finalidad, que era la renovación espiritual del pueblo cristiano y la propagación del Catolicismo por todo el mundo, no tuvo dificultad Don Juan III, y menos la reina Doña Catalina, en otorgarles la licencia y todas las recomendaciones que les pudieran ser útiles ante las autoridades españolas.

Partieron ambos de Evora el 4 de marzo de 1545 camino de España; subieron hasta Salamanca y fueron obsequiados, como si fueran dos famosos personajes, por los maestros y profesores de aquella universidad, que se hallaba entonces en la cima de su esplendor. Particular simpatía les demostraron dos de los más insignes doctores: el franciscano Alfonso de

Castro, que preparaba su viaje a Trento como teólogo, y el dominico Francisco de Vitoria, restaurador de la teología en España, que entonces se hallaba enfermo y moriría al año siguiente.

Valladolid, Corte de España. Amigos y benefactores

El 18 de marzo de 1545 dos humildes clérigos subían por la orilla del Pisuerga hasta Valladolid, capital entonces de España. La ciudad de Valladolid, cuna de Felipe II, se sentía orgullosa por su prosperidad económica, el esplendor de sus monumentos y obras artísticas, su frecuencia de gentes extranjeras, su Real Cancillería, su Universidad y la multitud de políticos, militares, literatos, sabios, poetas, frailes, etc., que zumbaban como abejas en el colmenar. Era aquella su edad áurea, que comenzó a palidecer en 1561, cuando Madrid le arrebató la capitalidad del reino. Copiemos aquí una página de A. Astráin, que nos ofrece un cuadro de la Corte vallisoletana en el momento en que entraban en ella Fabro y Araoz en marzo de 1545:

«Sin presentar entonces la Corte de España el aspecto de esplendidez que admiramos en la de un León X o de un Luis XIV, ofrecía, sin embargo, al curioso espectador un conjunto de varones distinguidos en las letras, en las armas y en la política, los cuales, si no deslumbraban por el esplendor del lujo, agradaban notablemente por la gravedad de las costumbres, la energía del carácter y la distinción de sus talentos. En todos se conservaba pura e intacta la fe católica, y aunque no faltasen las flaquezas que siempre lleva consigo la humana fragilidad, presentaban, sin embargo, excelente disposición a las operaciones de la gracia. Allí se presentaba de paso el Marqués del Valle, el ya anciano Hernán Cortés, conquistador de Méjico, que dos años después había de morir casi en la oscuridad. Allí se mostraban algunos ilustres títulos de Andalucía, como el Duque de Medina-Sidonia, el Marqués de Gibraleón y el Conde de Niebla, cuyos nombres sonaban tan gratos en los oídos españoles, porque recordaban los laureles, todavía frescos, de la conquista de Granada. Otros insignes señores, como los Marqueses de Cerralbo y de Astorga, los Condes de Benavente, de Luna y de Monterrey, representaban en la Corte la dignidad y entereza tradicional que había distinguido a la antigua nobleza de Castilla…

Al lado de estos cortesanos seglares asistían en Valladolid algunos distinguidos prelados, entretenidos en la Corte, ya por los negocios particulares de sus diócesis, ya por los importantes cargos que

desempeñaban en la nación. Allí conocieron los nuestros al cardenal Poggio, que tantos años fue Nuncio en España; al cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, que había desposado a Felipe II en Salamanca; a Martínez Siliceo, obispo de Cartagena, maestro del príncipe y sucesor de Tavera en la Silla primada; al obispo de Pamplona, Antonio de Fonseca; al Dr. Bernal, nombrado obispo de Calahorra, y a otros prelados e insignes eclesiásticos que ya desde entonces tomaron alguna noticia del espíritu y profesión de la Compañía».

Frutos espirituales en la Corte

Mucho más que el esplendor y la magnificencia de la Corte o la dignidad de las personas, a Pedro Fabro y Araoz lo que les interesaba era el fruto espiritual que copiosamente estaban logrando: Fabro con las conversaciones espirituales y la habilidad para explicar los Ejercicios ignacianos; Araoz con su cálida elocuencia, ordenada al aborrecimiento del pecado y a la renovación del alma. Ni uno ni otro descuidaba los ministerios más humildes, que les aconsejaba Ignacio de Loyola, la enseñanza de la Doctrina cristiana a los niños y personas rudas en medio de las plazas, las visitas a los enfermos en los hospitales, la predicación en las parroquias, carentes por lo común de pregoneros evangélicos, y luego la permanencia asidua en el confesonario, oyendo a las almas tocadas internamente por la gracia divina.

Decía Fabro a Ignacio el 23 de mayo de 1545: «Por ser hoy la vigilia de Pentecostés, donde más cargan los negocios de las almas, yo no me puedo alargar en el escribir... Hannos aposentado, por mandado del príncipe y de la princesa, juncto a la iglesia de Nuestra Señora la Antigua... Nuestra esperanza es que nuestra venida por acá ha de seer en mucho servicio de Cristo nuestro Señor, teniendo para todo tanto favor, que es para alabar a su Divina Majestad. El príncipe *(Felipe II)*, y la princesa *(Doña Juana)* y el cardenal de Toledo están muy al cabo de todas nuestras cosas, y a ellas muy aficionados».

Esta era la manera más práctica de mostrar públicamente quiénes eran los hijos de Loyola, y cuál el espíritu de la Compañía: las obras de humildad, amor y sacrificio cantaban más alto que cualquier panegírico.

Uno de los que con mayor afecto y simpatía se acercó a estos «apóstoles» fue el doctor Juan Bernal Díaz de Luco, Consejero de Indias y del cardenal Tavera. Como consejero de Indias, pidió ardientemente a S. Ignacio que mandase a las Indias del Emperador algunos misioneros,

portadores de la luz del Evangelio a los pueblos recientemente descubiertos. Respondió Ignacio con profundo sentimiento que, siendo poquísimos los sujetos disponibles y todos muy atareados bajo las órdenes del Vicario de Cristo, no podían disponer de ellos sin autorización papal.

Nombrado Díaz de Luco obispo de Calahorra en abril de 1545, inmediatamente suplicó al Santo le mandase operarios —especialmente si conocían la lengua vasca— que evangelizasen su diócesis. Recuérdese que al obispado de Calahorra pertenecían entonces no pocos lugares de Guipúzcoa, en los que dominaba la ignorancia religiosa por falta de pastores evangélicos.

El celoso prelado se dirige a Ignacio, intentando conmover su corazón de vasco, ponderando la necesidad que tienen de pastor aquellas gentes abandonadas; él por su parte promete residir en el obispado y procurar que no falte buena doctrina. «Y como yo sé cuán sancta y sana es la que enseñan todos los de la Compañía de V. m. ternía por gran felicidad, si V. m. encargase a alguno o algunos della, que me ayudasen a doctrinar el obispado. Y por esto, cuan afectuosamente puedo, le pido por merced que haga tan gran limosna a aquella tierra... que me envíe alguno de sus compañeros, que me ayude, especialmente de los bascongados; pum V. m. sabe bien cuánta necesidad tiene aquella tierra, donde se habla esta lengua... Yo haré tan buena compañía a los que vinieren, que tengan consolación y quietud, cuanto lo podrían tener con cualquier Prelado de la Cristiandad, como parescerá por las obras».

A las encendidas súplicas de un Prelado, «tan celador del provecho espiritual y de la entera salud de las ánimas», responde que no tiene personal disponible; «y con esto no siento medio alguno por agora hasta que Dios N. S. provea de nuevos medios; porque diez solos, que somos en la Compañía, estamos tan repartidos y dispersos, y en partes tanto enlazados, que yo no sabría cómo poder soltar»[163].

Entre los amigos y favorecedores que los dos jesuitas encontraron en la Corte de Valladolid, se contaban el Nuncio Giovanni Poggio, que se les hizo siempre extremadamente familiar y casi inseparable. Tras él nombra

[163] *Ignat. Epist.* I, 313. Dice que son pocos y tan sólo acudiendo al Romano Pontífice se podría obtener alguno, para lo cual habría que disponer de algún poderoso intercesor. Cuando dice «diez solos», no es de creer que escoja el número redondo de 10 para expresar un «número reducido», sino que se refiere a los *Padres profesos*, que realmente eran diez, es decir los primeros profesos, a los que debe agregarse Araoz, que hizo la profesión en 1542. Araoz repetidas veces predicó en Guipúzcoa, mas no en forma estable, como deseaba el obispo.

al Comendador de Castilla, D. Juan de Zúñiga, y al Secretario del Consejo de la Inquisición, Juan Martínez de Lasao, casado con Doña Catalina de Loyola, sobrina carnal de Ignacio, como hija que era de D. Martín García de Loyola y Oñaz; todos los cuales escucharon con alegría y gran consolación las últimas noticias acerca del fundador de la Compañía.

Demostración palpable del ardentísimo celo con que atendían a todas las clases sociales estos dos infatigables apóstoles, es el continuo llamamiento que les llega de una parte y de otra; les llaman las princesas y los magnates, que apetecen su dirección espiritual y desean igualmente que sus súbditos escuchen la predicación evangélica y la enseñanza de la doctrina cristiana de labios de estos hombres de Dios que parecen hablar un lenguaje nunca oído; les llaman los obispos a sus diócesis, persuadidos de que nadie, como estos nuevos pregoneros del Evangelio, catequistas y directores de almas, podrán con la fuerza mágica de su palabra y con su ejemplo de vida santa, austerísima, pobre y mortificada, servir de ejemplo a todos, así sacerdotes como laicos. Y el fruto solía ser tan copioso, que para recogerlo no tenían aquellos operarios, ni tiempo ni fuerzas y salud. ¡Con cuánta razón se maravillaba el saboyano Pedro Fabro de la admirable disposición religiosa que hallaba en el pueblo español, en los de arriba como en los de abajo!

Muerte inesperada de la joven reina

La paz y contentamiento de las dos Cortes hermanas (la de Valladolid y la de Lisboa) se conturbaron profundamente con la noticia inesperada de que la jovencita María de Portugal, hija de los reyes portugueses y esposa de Felipe II, había muerto de sobreparto. Era el día 12 de julio de 1545, fecha dolorosa y triste para Felipe II, que a los 18 años de edad quedaba viudo de su primera mujer, tres días después de haber tenido de ella el primer hijo, que será el príncipe Don Carlos de funesto destino.

Toda la Corte vistió de luto y toda la ciudad —podemos asegurar que toda la nación— se entristeció con profunda pena. Fabro y Araoz, que tan estrechos lazos de amistad tenían con los padres de la reinecita difunta, se sintieron acongojados como pocos.

Para cumplir con los deberes de la gratitud y la amistad, Fabro tomó la pluma el 13 de julio (día siguiente a la defunción) y dirigió a Don Juan III esta emocionada misiva de condolencia:

«Muy alto y muy poderoso señor. La gracia y paz de Cristo nuestro

Señor esté siempre amparando el serenísimo corazón de V. A. y le esfuerce para beber este otro cáliz, que nuestro eterno y poderosísimo rey Jesucristo ha querido preparar a V. A. Su divina Majestad sabe lo que hace, y él mismo dice por la boca de San Pablo que *diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*. V. A. sabe que las más amargas medicinas son las más saludables, y así es de creer que las mayores correcciones de Cristo nuestro glorificador son las más evidentes señales y los más expresos indicios de su secreto e inefable amor, con que nos ama y con que nos gobierna… El hace caer los hombres hasta lo profundo para alzarlos hasta colocarlos muy cerca de sí en los cielos. Su dina Majestad podrá parecer algo rigorosa para con V. A., y aun más con el tierno corazón de la reina *(Doña Catalina de Austria)*, mi señora en Jesucristo y madre carísima desta tan llorada hija suya, la princesa, que en gloria sea... Si un tan benigno y misericordioso Señor ha querido agora turbar y desmayar todo el mundo por solo contentar y poner en descanso perpetuo cosa que es tanto de V. A., ¿quién le osará reprehender?... ¿Cómo no se holgará V. A. veyendo que el Criador del mundo universo se quiere servir en su mesa de hijos e hijas de V. A.?... Yo no soy testigo de vista para poder dar testimonio del ánimo que su alteza tuvo para morir (y desto algo me pesa, es a saber, por haber tenido tan poca entrada para veerla en el tiempo de su extrema necesidad). Pero otros testigos hay más importantes y más dignos de fe que no yo, los cuales quedan con grandísima admiración y con mucha edificación de la buena preparación... y preciosa muerte de su alteza, y de cuán aparejada estaba para el camino que nuestro Señor ha ordenado... ¡Quién pudiese escribir las lágrimas que están en esta Corte y en esta villa de Valladolid!... ¡Han sido tantas las voces deste palacio, que parecía que toda España se finaba...! Bendito sea el revolvedor de los corazones, al cual ha parezcido y placido quitarnos una tanta consolación... El sea glorificado dello y en ello, aunque más nos pese a nosotros... Si el Señor la quiere glorificar y consolar a ella con nuestra desconsolación y confusión, él sea bendito y alabado por ello de todos y de vuestras altezas *in saecula saeculorum*. Amén».

El tierno y compasivo corazón de Fabro palpita en esta carta consolatoria de un modo palpable y evidente. Pasó por este mundo consolando a todos los necesitados de compasión y consuelo. Con la misma ternura y afecto con que trata de consolar a los reyes de Portugal en la pérdida de su hija, así escribe a Diego Laínez al saber que su padre ha muerto en Almazán y a la esposa del difunto, sin olvidar a sus hijas y a «Cristobalico». Siempre y con todos desempeña Fabro el oficio de «consola-

dor».

A la sombra protectora de príncipes y prelados

Tanto el P. Fabro como el P. Araoz parecían haber heredado de su Padre Ignacio el don de captarse las simpatías de todos aquellos con tienes trataban, ya se tratase del pueblo humilde, ya de los próceres y magnates. Se había visto claro en la Corte portuguesa y resplandeció aún más en la española de Valladolid.

«No quiero alargarme sobre nuestras cosas y negocios espirituales —escribe el beato Fabro a S. Ignacio el 22 de setiembre 1545—; basta decir que todo va siempre en mucha bonanza». Y desgrana a continuación una letanía de nombres ilustres que buscan su amistad y le ofrecen su favor y patrocinio: «Monseñor Pogio *(el Nuncio)* desea mucho que se tenga continua memoria de su salvación por toda la Compañía; asimismo doña Leonor Mascareñas *(tutora del príncipe)*, el Comendador mayor de Castilla, que es don Joan de Zúñiga, el obispo de Cartagena *(J. Martínez Guijarro,* «Siliceo»), el de Palencia *(L. Cabeza de Vaca)*, y el de Lugo *(J. Suárez de Carvajal)*, don Fadrique de Portugal *(prefecto de la caballería real),* don Miguel de Velasco *(a quien Araoz en otra carta contará entre los amigos)*, y doña María *(de Velasco, condesa de Osorno)*, el señor Honorato *(homo nobilis, graece et latine doctus,* según Sepúlveda), Hernando de Vega *(hijos del embajador Juan de Vega)*, el conde de Osorno *(Pedro Fernández Manrique)*, el licenciado Aguirre y don Diego de Tavera, ambos del Consejo de la Inquisición, el señor Gonzalo Pérez, secretario del Príncipe *(y padre del famoso Antonio Pérez)*, *cum alia turba* de los que bien nos quieren y nos favorecen. La Corte se partirá presto para Madrid, e yo con ella como cortesano, habiendo mandado el príncipe que nos aposienten allá».

La misma nota resuena en las cartas de Araoz a Ignacio, por ejemplo la del 14 de abril 1545: «Fuimos rescibidos de Sus Altezas con mucha demonstración... y de otras muchas personas fuera de palacio... Hoy comimos con Don Juan de Zúñiga, ayo del príncipe y Comendador de Castilla... de V. R. muy devoto; y para mañana nos tiene también convidados, porque ha concertado con Su Alteza que a las dos le hablemos... También nos ha inviado a llamar para mañana el obispo de Salamanca, nuevamente electo, que es don Pedro de Castro, teólogo, Legente en Alcalá. El obispo de Lugo *(J. Suárez de Carvajal)* nos ha también llamado. Decíame un caballero, amigo mío, que hay mucho rumor de nosotros *ad bonum*, porque al

parescer, notablemente se han movido en los sermones. Algunos nos llaman *Iñiguistas,* otros los *papistas,* otros *apóstoles,* otros *teatinos* y *reformados*. Maestre Fabro ha confesado y reconciliado más de 15 damas, sin otras personas de palacio y fuera; es para alabar a Dios nuestro Señor cuánto crédito tienen de la Compañía en esta Corte y cuánto se sabe della... Hay mucha religión entre estos cortesanos; tanto que a unos llaman *claustrales;* a los más recogidos, *observantes;* y a los más espirituales, *capuchinos*... El príncipe, a lo que paresce... los cuatro días de la Semana santa no comió pescado, ni huevos, ni conservas: es muy bien inclinado».

Por lo dicho se ve que el impacto moral y espiritual de estos hijos de Ignacio en la Corte de España y en los personajes de más alta alcurnia y consiguientemente en diversas regiones de la península, fue profundamente renovador. En el árbol de la religiosidad española no faltarían ramas áridas y sin fruto, pero en el viejo tronco hervía la savia de la fe católica; de ahí que la predicación del Evangelio provocase fácilmente esplendidas floraciones de virtud. Un día leyó Araoz ante el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, una carta de Francisco Javier, en que el gran apóstol contaba la conversión de los pueblos de la India al Cristianismo y el heroísmo de algunos mártires, todo lo cual conmovió tan hondamente a los que oyeron, como si hubiera sido escrita para ellos la carta de Javier «de manera que no menos fructo ha hecho en España y Portugal con su letra, que en las Indias con su doctrina».

Siendo la especialidad de Fabro dar los Ejercicios con el más fino arte y la mayor eficacia, no le era muy difícil hallar en el multicolor averío que revolaba en torno al monarca, «personas de letras y cualidad», las únicas de que se podía esperar fruto espiritual de vida eterna. Y no fueron pocos los que bajo tal maestro ordenaron su vida o escogieron camino de perfección.

Los obispos benditos

Entretanto el P. Araoz con su alta espiritualidad y su fino trato íbase ganando a los obispos que pasaban por la Corte, los cuales, al volver a sus diócesis, no dejarían de favorecer las casas y colegios de la nueva Orden. Véase lo que el 29 de junio de 1545 refiere a S. Ignacio:

«Hay muchas personas de cualidad que, ultra de las de palacio, se confiesan con nosotros, frecuentando la confesión. En los hospitales y cárceles es para alabar a Dios lo que se hace... Algunas personas de letras y

cualidad hacen los *Exercicios*... Hay algunos caballeros que los quieren hacer, y uno, que es de los principales de aquí, los toma ya...

»El obispo de Pamplona *(Antonio de Fonseca),* que es un bendito... insta mucho para que yo le acompañe a su obispado. El de Calahorra lo mismo, que es todo de la Compañía, a quien y al obispo de Cibdad Rodrigo *(Francisco de Navarra),* natural de Navarra, Prior de Roncesvalles, y al obispo de Valencia *(Santo Tomás de Villanueva)* han elegido para el Concilio. El de Calahorra es ya partido con los más privados y familiares del Príncipe, que son unos benditos, *praesertim* el Comendador Mayor de Castilla *(Juan de Zúñiga)* que muchos años ha es de la Compañía. Tenemos mucha comunicación [con él] y con el Secretario del Príncipe *(Gonzalo Pérez)* que se confiesa con el Maestre Fabro... Algunos regidores desta villa son muy nuestros, y especialmente Hernando de Vega, que es pariente del Embaxador, que es un bendito».

No acaban aquí los nombres de prelados amigos, catalogados por Araoz en la carta a S. Ignacio. He aquí algunos más:

«Maestre Fabro está en mucha opinión y crédito con Sus Alteza estos señores. De mí no tengo que decir... Cuánto nos amen y nos traten los Señores de la Inquisición, no podría decirlo, más de que me parece tienen el sentir del Doctor Ortiz en las cosas de la Compañía... El sobrino del Cardenal de Toledo, que es el Inquisidor General, que se dice Don Diego Tavera, letrado y del mismo Consejo, es muy nuestro, no sólo devoto, mas aun abonador y expositor. Hanos encomendado que en un auto *(de fe)* que se hará aquí presto, nos hallásemos para confortarlos y enseñarlos, y que, si tuviésemos casa, nos darían un luterano, para que le stabiliésemos. Muchas veces nos convida, y comemos con él: es un bendito; *orate pro eo.* Y como Doña Catalina de Loyola, hermana de Millán *(S. I.),* está aquí y es mujer del Secretario del Consejo de la Inquisición, tiénennos por suyos.

»Al Presidente del Consejo Real hablé poco ha; muéstranos mucho amor. El obispo de Cartagena, confesor y maestro del Príncipe, *diligit nos et nostros.* El Doctor Moscoso *(Alvaro)* y el Maestro fray Ambrosio de la Serna, predicador dominico, parisiense, y los frailes, son muy nuestros. No puede descender a los particulares, más de referir lo que Maestre Fabro dice, e yo digo lo mismo, que es así, me paresce un laberintio haber de escribir las particularidades... Un hijo del Conde de Feria, ya teólogo, ha hecho los *Exercicios* y se ha determinado para la Compañía...

«Después de esta escripta, he ido a Dueñas, porque ultra la madre de Estrada *(Francisco S. I.),* nos deseaba veer el Conde de Buendía, que es el

señor de allí. Estuve tres días muy ocupado en confesiones... Mañana *(30 junio)* pienso, *Deo duce,* partir para Tordesillas, donde está la reina *(Juana la Loca),* madre del emperador, porque ha venido aquí dos veces un criado de Su Alteza, y dice que para el día de la Visitación me esperan».

Nada nos dice Araoz, en esta epístola del 29 de junio de 1545, del aplauso con que eran recibidos sus fervorosos sermones, aunque a la verdad no dejan de reflejarse en todas sus líneas la euforia y el optimismo que llenaban el ánimo del autor.

Cuando S. Ignacio la leyó en Roma, no podría menos de sentir internamente cierta satisfacción con las excelentes noticias que su sobrino le daba del intenso laboreo y de la rica cosecha que a cuatro manos recogían en la Corte los dos incansables operarios. Y acaso apuntó en sus labios una sonrisa, sospechando que el tono de la carta estaba ingenuamente teñido de un poco de vanidad, aunque tal vez era simplemente efecto del optimismo juvenil, poco experto todavía en el trato y estilo de la Corte.

De todos modos, podía estar contento de aquellos dos apóstoles enviados por él a España, para dar a conocer el instituto de la Compañía a los príncipes, a los obispos y al pueblo, a los que no la conocían y a los que de ella tenían siniestros informes; para fundar los primeros colegios; para dar los *Ejercicios espirituales* a personas selectas y para reclutar vocaciones que asegurasen el crecimiento y fecundidad de la nueva Orden. Todo eso lo habían logrado —y con creces— Fabro con su palabra ungida de santidad y Araoz con su verbo elocuente y fervoroso. Ellos habían sido los pioneros, o peones de vanguardia, que abrieron caminos a los que habían de venir detrás de ellos, y roturaron terrenos aptos para un cultivo espiritual y moral, que coadyuvará en mayor o menor medida a la renovación religiosa, cultural y evangélica de España.

La Corte sale para Madrid

No mucho tiempo después del 12 de julio, día en que falleció la joven reina María de Portugal, determinó Don Felipe trasladarse a Madrid con toda la Corte. Y con los cortesanos, Pedro Fabro[164]. Aquel Fabro, cuyo programa de vida estaba cifrado en aquellas tres palabras que proponía él por aquellos días al P. Martín de Santa Cruz: («Tres superlativos le encomiendo siempre, que son: *minimus, ultimus, infimus»),* y que

[164] «La Corte se partirá presto para Madrid —escribe Fabro el 22 de setiembre— e yo con ella, como cortesano, habiendo mandado el Príncipe que nos aposienten allá» *(Fabri Monumento* 367-68).

ciertamente en su espíritu eran tres columnas armónicamente unidas, como el pedestal más firme de su admirable santidad, ese humilde Fabro se veía obligado por las circunstancias a vivir junto a los palacios de los magnates y entre los cortesanos de Felipe II.

Aquellos días estaba solo, porque Araoz había salido para un viaje, que no sería muy largo, hacia Barcelona. De la ciudad de Valladolid le quedaba un grato recuerdo, porque, como él decía el 11 de setiembre de 1545: «Nunca en ninguna parte, entrando en la cuenta París, Roma y Parma, tuve conocimiento con tantas personas para en cuanto la conversación espiritual, como aquí en Valladolid». Pero su salud, que nunca había sido robusta, sufrió al llegar a Madrid un fuerte quebranto a causa de sus muchas mortificaciones y de la aspereza de su vida. No por eso reprimió su ardor apostólico; ni los muros de Madrid pudieron contener las llamas de aquella hoguera que salían a recalentar las ciudades y poblaciones vecinas como Toledo, Alcalá, Ocaña, etc.

Llególe por entonces la orden de su Padre S. Ignacio y del Sumo Pontífice, Pablo III, de que abandonando España, regresase a Italia, pues convenía que asistiese, junto con Laínez y Salmerón, al concilio de Trento, como teólogo[165].

Fácil le hubiera sido exponer a sus Superiores las dificultades físicas que se le ofrecían. Pero obedeció al instante y en silencio, aunque muchos personajes españoles de influencia lo querían retener. Dedicó unos días a visitar amigos y favorecedores, que estaban en la villa del madroño, o en las cercanías, como el Dr. Ortiz en Galapagar, despidiéndose afectuosamente de ellos. Y el 20 de abril de 1546, sin ruido alguno, salió de Madrid rumbo a Valencia. ¿Quién le iba a decir al dulce saboyano, estando en la flor de la edad, que no volvería a contemplar estas tierras tan amadas?

[165] Con fecha 17 de febrero de 1546 comunica S. Ignacio al príncipe D. Felipe la voluntad del Papa Pablo III de que el Maestro Fabro asista al Concilio de Trento, inaugurado el 13 de diciembre de 1545; el Fundador de la Compañía «humildemente suplica por amor de Dios nuestro Señor sea *(el Príncipe)* contento de la tal elección», que redundará en mayor gloria divina y servicio de su Alteza» *(Ignat. Epist.* I, 360). El 10 de abril de 1546 el Nuncio G. Poggio se quejaba al cardenal Cervini, «che quelli di Roma ci habbino privati del dolce consuetudine del nostro Pietro Fabro» (CT vol.X *Epist.* I, 446, nota 4).

Fabro y Araoz se despiden

El saboyano Fabro y el guipuzcoano Araoz eran de temperamento y carácter muy diferentes: modesto y humilde Fabro, a pesar de sus no vulgares dotes intelectuales; autosuficiente y lleno de optimismo Araoz, aunque mortificado y dispuesto a sacrificarse por el prójimo; Fabro de poca voz, pero apacible y apta para la conversación confidencial; Araoz de pecho oratorio y de acento vibrante, como habituado a arengar a las multitudes. Recíprocamente se completaban; se estimaban y amaban entrañablemente. El adiós de despedida que se dieron en Madrid no podía menos de ser afectuoso, aunque ni uno ni otro sabía que se despedían para siempre.

Del 3 de mayo de 1546 son estas palabras de Araoz a un jesuita portugués:

«Lo que nuestro Señor ha hecho y obrado en estos señores *(de la Corte), qui videntur columnae,* por ministerio del P. Maestre Fabro... casi no lo querría decir; mas creed, hermano mío, que es notablemente notable, y que está en muy alta opinión de todos; y él es tal, que si lo supiésedes por experiencia, como este pobre que queda sin tal Fabro, daríades gracias a nuestro Señor porque os lo dexara veer; es una alma llena de misericordias, del que es Padre dellas y Dios de toda consolación. Confesaba una turba multa de señores y señoras. Dos días ha, que me dixo una señora de salva *(de alto rango),* que lloraba mucho su ida. De mí no sé qué os diga, pues va allá quien sabe de mí poco menos que yo mismo».

La última carta de Fabro a su compañero Araoz, firmada en Valencia el 10 de mayo de 1546, revela una ternura conmovedora, casi me atrevería a decir, un sentimentalismo, de que se teñía tal vez la amistad fuerte, robusta y santa de los dos amigos. Véanse algunas de sus expresiones más delicadas, aludiendo al campo en que se despiden junto a un rebaño de ovejas.

«Carísimo en Jesucristo, hermano... Después que corporalmente nos apartamos y despidimos el uno del otro, yo noté y sentí aquella parada que vos hicistes, estando cerca del ganado de las ovejas, esperando a que pudiésedes despidir vuestra vista de mí. Yo de mi parte, aunque caminase, no dexé algunas veces y muchas de mirar atrás, pero no hice parada hasta que vi el tiempo de absconderme de vos *cum imprecatione divinae benedictionis, quo tempere, id est, postquam ab te abstractus fui,* no dexé de veer cómo vos dexastes de parar. El sábado santo venimos a dormir en un lugar llamado Honrubia *(prov. Cuenca),* donde yo prediqué el día de

Pascua y confesé cuatro o cinco personas, entre las cuales hubo una, que me dixo que mi sermón la había tocado para confesarse, habiendo estado quince años en estado de pecado mortal... Llegamos aquí a Valencia el jueves de Pascua».

Con estos sentimientos entró en la ciudad del Turia el 29 de abril. De allí pasó a Gandía, donde dialogó muy a su placer larga y despaciosamente con el santo Duque, que un mes antes había perdido a su esposa y necesitaba consuelo. Con la mayor intimidad Francisco le descubrió los senos de su alma, le manifestó sin duda sus propósitos de entrar en la Compañía de Jesús y quizás le dijo algo para S. Ignacio. También hablarían sobre el Colegio, cuya primera piedra fue Fabro quien la puso. El P. Araoz le daba a S. Ignacio estas noticias el 20 de junio: «Maestre Fabro... estuvo en Gandía y Valencia, siempre obrando nuestro Señor por él; porque sin duda es un instrumento continuo y no ocioso. En Barcelona está al presente convalesciendo de unas fiebres que ha tenido: misericordias son que el Señor hace a Barcelona».

Al Concilio celeste y no al de Trento

Efectivamente, apenas llegado a la Ciudad Condal, agotado de tantos trabajos, cumplimientos y predicaciones, recayó gravemente en sus antiguas fiebres, que le impidieron embarcarse por algún tiempo. ¿En qué fecha se hizo a la vela? No lo sabemos, pero una carta de Roma nos cuenta que el 17 de julio había llegado a la Ciudad Eterna «muy sano por gracia del Señor». Tuvo la dicha de abrazar a su Padre Ignacio y el 23 de aquel mes escribió su última carta dirigida al P. Laínez, que se hallaba en el concilio. De su ida a Trento sólo dice: «Mi ida se difiere hasta que pasen estos calores». Transcurrida una semana, presintió que la muerte se le acercaba. Pidió el 31 un confesor. Y al día siguiente, fiesta de S. Pedro *in vinculis* (1 de agosto) *«solutus est a vinculis mortis huius»*... «a la mannana oyendo Misa y recibiendo el sanctissimo sacramento y la extrama unción, entre medio día y vésperas, presentes cuantos éramos en casa... dio su ánima a su Criador y Señor».

Una fiebre violenta le quitó la vida. Era la semana más calurosa del año en Roma.

S. Ignacio ordenó que se mandara a todas las casas de la Compañía la noticia y descripción de su santo fin. En la carta circular no se prescribían sufragios ni oraciones por el alma del difunto. Todos se consolaron con el pensamiento de que tenían en el cielo un gran patrono e intercesor.

El P. Fabro, al morir, contaba 40 años. Había misionado en Italia, Alemania, Países Bajos, Portugal y España con maravillosa conmoción de los que corrían a oírle, o hacían con él los *Ejercicios*. El implantó la Compañía de Jesús en varias de esas naciones y atrajo a ella vocaciones tan insignes como la de S. Pedro Canisio. Vida más plena, dentro de su brevedad, no puede darse.

Cundió su devoción en el pueblo ya mucho antes de morir. A su muerte las gentes de Saboya le invocaban como a santo. San Francisco de Sales († 1622) promovió más que nadie la devoción al jesuita saboyano con la palabra y con la pluma. Hoy le veneramos, como Beato, en los altares.

Discusiones en torno al P. Antonio Araoz

El celo ardiente de Araoz no le dejaba reposar un momento. Con el mismo fervor predicaba a los magnates de la Corte que a los simples clérigos y a las mujeres del vulgo, en las ciudades como en las aldeas, en los húmedos valles de su tierra vasca, como en las llanuras soleadas de Castilla. El fruto que cosechaba era extraordinario, a veces sensacional, sobre todo en las misiones populares. Los cortesanos de Felipe II lo querían tener a su lado, y él se aficionó un poco a la Corte, no tanto como se ha dicho. A fin de tranquilizar plenamente su conciencia, propuso el caso al P. General preguntándole si debía retirarse lejos de la Corte de Felipe II. A lo cual respondió Ignacio que no, mientras el Príncipe siga mostrando su ánimo benigno y favorable a las cosas de la Compañía.

A pesar de todo, no faltó quien le acusase de aulicismo, empezando por Nadal, a quien Araoz admiraba y amaba. En 1546 le hizo S. Ignacio provincial de España, y cuando en 1554 España se dividió en tres Provincias (Castilla, Andalucía y Aragón) la potestad de Araoz se restringió a la Provincia de Castilla. Más adelante desempeñó el cargo de Comisario general. Pero digamos desde ahora, que estuviese mucho o poco tiempo en la Corte, tratando familiarmente con los reyes y gentilhombres de palacio, no lo hacía por vanidad y ostentación, sino buscando siempre el modo de orientar a todos con sus consejos en los asuntos espirituales y el ayudar con limosnas a los hijos de S. Ignacio en sus fundaciones y en sus empresas apostólicas.

Una de las acusaciones que se lanzaron contra Araoz fue que en su gobierno aflojó en las propias penitencias y empezó a llevar una vida comodona, contagio, decían, de su trato con los ricos y nobles. Señal

palpable de esas comodidades era la costumbre que empezó a tener Araoz de servirse de dos hermanos coadjutores, como ayudantes, y de disponer de dos muías para sus viajes. Los que de ello se escandalizaban un poco farisaicamente, no advertían que Araoz, siendo el Superior mayor, primeramente de todos los jesuitas de España y después de los de Castilla, tendría un matalotaje respetable, que no podría conservarse en buen estado, ni preparárselo él antes de cada viaje, si no le ayudaba un par de hermanos coadjutores. Que un Provincial vaya acompañado de algún ayudante, ha sido y es usanza ordinaria y de absoluta necesidad. En el siglo XVI dos mulas para un Padre Provincial, que residía frecuentemente en la Corte se criticaba como un exceso contra la pobreza religiosa; pero en el caso de Araoz no se tenía en cuenta su necesidad de viajar casi continuamente por toda la geografía española y no se presta atención a sus achaques que iban creciendo con la edad, y que le impedían hacer las caminatas a pie, como cuando era joven; éste es el motivo que impulsó al P. Laínez y luego al P. Francisco de Borja, Generales de la Compañía, a mandarle que viajase siempre en muía. Hoy que vemos diariamente a tantos Superiores, lo mismo eclesiásticos que civiles, disponer para sus más cortos viajecitos de automóvil y chófer, nos hace sonreír el llamado lujo y despilfarro de aquellos pobres religiosos.

A los que murmuraban de su comer y vestir, se les podía responder que, padeciendo Araoz bastantes achaques, S. Ignacio creyó prudente someterlo al arbitraje de una persona tan discreta y equilibrada como el P. Miguel de Torres: «Cerca vuestro comer y beber, vestir y calzar y dormir, os deberéis gobernar por el señor doctor Torres, obedeciéndole en todo ello, como haríades a mí mismo».

No son éstas las únicas acusaciones contra Araoz; hay otras de ningún peso. A todas ellas respondió Araoz, negándolas rotundamente o justificando su modo de proceder. ¿Por qué se siguen repitiendo en nuestros días tales acusaciones sin haber tenido la paciencia de leer las cartas del mismo Araoz a S. Ignacio y al P. Polanco, Secretario del fundador? Basta hojear el tomo V de las *Epistolae mixtae.*

Algo, sin embargo, debía de haber en el trato de Araoz con los súbditos o en su modo señoril de gobernar, que causaba pequeños roces y disgustos, los cuales llegaban abultados a Roma, y de allí le venían admoniciones que le herían en el corazón, porque eran falsas interpretaciones de cosas insubstanciales. Y nótese que todas las acusaciones de importancia son posteriores a la muerte de S. Ignacio. Este

tuvo siempre de su sobrino un juicio extremadamente favorable. Llegaron ciertamente a sus oídos murmuraciones de que Araoz no ajustaba su parecer al de otros Superiores (exceptuado Ignacio, a quien tributaba absoluta obediencia y veneración) y otras cosas vagas e imprecisas, que el Secretario Polanco le trasmitió el 14 de julio de 1554, en nombre del fundador, aunque añadiendo que de su buena voluntad no se duda, y que «de su fidelidad para con la cabeza nunca se ha temido». Tal vez se quejó Araoz de que los Superiores mayores desconfiasen de él, lo cual sabido por Ignacio, respondió así el 21 de julio: «De vuestra fidelidad si yo dudase, no sé hombre ninguno de quien me fiase. Pero desto no más».

No deja de tener valor que el primero que salió en defensa de Araoz con una carta apologética, dirigida a Ignacio, fuese un humilde hermano coadjutor, Antonio Gou, secretario de Araoz y compañero que le conocía mejor que nadie. Merece leerse toda la carta, que en resumen viene a decir: son falsos todos los rumores que se esparcen contra la virtud y gobierno del P. Antonio Araoz. Es falso que tenga a su servicio muchas personas; es falso que sus gastos sean «sobre los gastos y anchuras de los provinciales», v. gr. en el viajar, en el comer y en el vestir; en el trato con los nuestros y con los de fuera procede «con tanta dulzura... con todo amor y hermandad». «Esto me ha parecido decir a V. P... por satisfacer a mi conciencia».

Como Polanco, al trasmitirle los reparos que se hacían a su vida y modo de gobernar, empleaba las expresiones más delicadas, también Araoz contestaba en forma análoga, con amor y agradecimiento, como en esta del 28 de febrero de 1554:

«Bendita sea la misericordia del Padre dellas, por las *(misericordias)* que hace en tantas partes por medio de la Compañía... en tomarla (a ella) por medio e instrumento de obras y empresas tan grandes y agradables a su divina Majestad! ¡Sea también bendito y mil veces bendito por la caridad que V. R. ha usado conmigo en lo que me escribe en una de enero... Dar a V. R. las gracias de tanto beneficio, deseólo; mas conozco que no podría significar por letra la milésima parte de la gratitud que siente mi alma» *(Y como en el mismo círculo de Ignacio se ha pensado que Araoz, en el conflicto de Simón Rodrigues, favorecía a éste en su oposición a Roma, declara que esa opinión es falsa).* «Mis entrañas —dice— por la bondad divina son deseosas de acertar, de unirme inseparablemente *(con el P. General)* como pienso estarlo, cuanto es lícito decir, y de obedescer sin ojos y sin cabeza propia; y si por mis descuidos y miserias otro testimonio

dan mis muestras, sea cierto, Padre carísimo, que la intención ha sido de unión y no de división: absit, absit».

Apología y defensa de Araoz hecha por Borja

Sus discrepancias de gobierno con el P. Nadal no merecen refutarse. Y menos las supuestas disensiones con Borja. El santo, siendo General de la Orden, las negó rotundamente.

Apenas alcanzó el generalato, impuso silencio a todos los murmuradores. Lo sabemos por una carta del 16 de mayo de 1566, en que el P. Diego Carrillo le agradece ese mandato: «Lo que V. P. *(P. Borja)* manda es que le tengamos *(a Araoz)* el respecto y reverencia que tan justamente se debe a persona que tantos años ha tenido el gobierno de toda la Compañía en España. Yo me he consolado mucho con este mandato».

Como, según parece, las murmuraciones y calumnias no cesaban, juzgó necesario el santo Borja, Prepósito General de la Compañía de Jesús, volver por la buena fama de Araoz en forma clara y terminante. Borja había salido de Roma, acompañando al cardenal Legado M. Bonelli, el 30 de junio, por mandato del papa, y el 29 de setiembre entraba en Madrid. Allí tuvo que hablar con el acongojado Araoz, y quizá le consoló con la promesa de defenderle públicamente. Mes y medio permaneció en la Corte de España, despachando múltiples negocios jesuíticos, familiares y políticos. Y el día 16 de noviembre, la víspera (o el día mismo) de su partida, firmó una circular dirigida a todos los jesuitas españoles, que empieza así:

«Francisco de Borja, Prepósito General de la Compañía de Jesús. A los provinciales, prepósitos y rectores, y a los demás religiosos de la Compañía de Jesús en España, salud y vida en el Señor, sempiterna.

»Ya sabéis, pues es notorio, la confianza y crédito que del Padre doctor Araoz, de nuestra Compañía, tuvo nuestro P. Ignacio, de sancta memoria, y lo que ha trabajado y servido a la Compañía en estos reinos, teniendo el gobierno della tantos años; y que deseando la última Congregación General que asistiese todavía en él *(en el gobierno),* le eligieron por Asistente de España, y que no pudo ir por la falta de salud que es tan notoria; por lo cual, y por lo que se debe a sus trabajos y fidelidad... Y por cuanto, de haber peregrinado tanto a pie, y de haberlo así permitido el Señor, vino a estar gran tiempo tullido de la ciática; por lo cual, siendo consultados, por orden de los médicos, nuestro P. Laínez, de buena

memoria, y yo, *le ordenamos anduviese a mula;* y porque la necesidad antes ha crecido que menguado, como es manifiesto, le ordeno ahora lo mismo, para que sin escrúpulo lo haga, y asimismo tenga *dos compañeros que le ayuden, como hasta ahora los ha tenido por nuestro orden;* y pues por lo dicho no puede seguir la communidad del refitorio, pueda sin escrúpulo comer en su cámara o en otra parte».

(Y le da facultad para residir en cualquier colegio o casa, en Madrid y Valladolid y en la provincia de Guipúzcoa, que aprovecha a su salud).

«Y porque a mi noticia ha venido que algunos han pensado que todas estas cosas o algunas della se hacían sin mi comisión, consulta y voluntad, doy esta patente, para que a todos conste lo que aquí digo; y se envíe un traslado della a los provinciales de España; y para que asímesmo entiendan *cuan falsa ilusión y imaginación* ha sido pensar que ni por pensamiento *haya habido desunión* entre el dicho P. Araoz y mí, pues siempre hemos sido una voluntad y un corazón en el Señor nuestro... Y para que todos sepan ser esta mi voluntad determinada; y para que miren y tengan cuenta con el regalo y salud de su persona, como mirarían y ternían cuenta con la mía propria... hice hacer esta patente, y sellarla con el sello acostumbrado de nuestra Compañía, y la firmé de mi proprio nombre. Hecha en Madrid a los 16 de noviembre 1571. Por caridad pido a todos en el Señor nuestro lo hagan como lo digo. FRANCISCO».

¡Carta verdaderamente admirable la de este gran Superior que, en el último año de su vida, se preocupa de la honra de un súbdito y sale en su defensa con valentía nunca vista! El prestigio que aureolaba entonces a Francisco en la Corte de España, en la de Portugal y ante la Sede Romana era tal, como nunca quizás lo ha tenido un General de la Compañía, sólo parangonable al de San Ignacio. Tanto Borja como Loyola sabían comprender a los enfermos, como era Araoz en los últimos años, y amarlos tiernamente, disculpando ciertos desplantes o quejas que manifestaba filialmente a los Superiores, particularmente a Diego Laínez.

Decadencia espiritual de Araoz, según A. Astráin

El gran historiador de la Compañía en España, Antonio Astráin, consagra un capítulo del volumen II de su vasta obra histórica a lo que él llama «Decadencias espirituales», que se notaron en España durante los generalatos de Laínez y de Borja. Muy oportunamente advierte Astráin que «decadencia» en su lenguaje no es «relajación»; es tan sólo entibiamiento del fervor. Que entonces, como antes y después y en todos

los tiempos, han aparecido religiosos tibios, de espiritualidad languideciente y más amigos de la medianía confortable que del heroísmo ascético, es cosa que no se discute. Pero creemos que no bastan tres o cuatro nombres, como los que elige Astráin, para ensombrecer toda una época (1556-1572) que estaba encumbrándose al cénit de su máximo esplendor cultural y espiritual.

Como entre esos pocos nombres hallamos el de Antonio Araoz, jesuita formado reciamente al modo ignaciano, apóstol tan amado y aplaudido en la corte como en las míseras aldeas por su celo ardentísimo, hombre en quien el fundador de la Compañía puso toda su confianza y a quien proclamaron sus contemporáneos a la hora de su muerte «varón esclarecido con muchos dones de Dios», vamos a ver si borramos de su imagen algunas manchas infamatorias, no bastante probadas a nuestro juicio.

Antes de desencadenar Astráin su acometida contra la conducta del P. Araoz, empieza por un alto panegírico del mismo: «Todo cuanto se diga de este Padre durante los diez primeros años de su vida religiosa era corto para su mérito. ¡Qué actividad la suya en aquel tiempo! ¡Qué continuo predicar y confesar! ¡Qué vida tan austera y penitente en medio de tantos trabajos apostólicos! Aparece entonces Araoz como un digno émulo de Fabro y de Laínez *(nótese el encomio del historiador)* y la principal columna de la Compañía en España. ¿Quién pudo detener el vuelo de este hombre, que parecía subir a la más insigne santidad?».

¿Quién? Responde Astráin sin vacilar: «no hay duda que el trato de la corte». Pero ¿tan maléfico y corruptor era el trato con aquellos cortesanos, que poco antes el mismo historiador nos los ha pintado como piadosísimos, con príncipes y princesas modelos de religiosidad y devoción? ¿Tan a oscuras estaba S. Ignacio cuando le recomendaba a su sobrino que no saliese de la Corte, porque allí podía hacer mucho bien? ¿Y tan equivocada andaba la religiosísima regente Doña Juana, cuando el 7 de febrero de 1556 pedía y suplicaba al fundador de la Compañía, que no hiciese salir de Madrid a Borja y Araoz, porque en ningún otro lugar podían hacer tanto fruto como el que hacían en la Corte? Y Nadal, vocero de S. Ignacio, ¿no mandaba a Araoz quedarse en Madrid (1561), para que allí trabajase en favor del mismo Nadal? ¿No serán ellos los responsables del aulicismo araoziano? Quien pudo realmente detener su vuelo fue la enfermedad, fue el dolor de la ciática, que le obligaba a predicar sentado

en el pulpito. En 1568 Araoz no predicaba por el riesgo de que se le rompiese una vena.

Nuevo elogio de Araoz

El 1 de setiembre de 1547, fue nombrado el P. Araoz Provincial de toda España (a excepción de Portugal). Al elevarle S. Ignacio a tan alto cargo de Superior de todos los jesuitas españoles, se debe suponer que confiaba en sus dotes de gobierno y en su virtud. He aquí la patente, traducida del latín, y recuérdese que Ignacio aborreció los superlativos.

«Ignacio de Loyola, Prepósito General de la Compañía de Jesús, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica canónicamente instituida, a nuestro amado en Cristo hijo el Licenciado Antonio de Araoz, de la misma Compañía, salud sempiterna en el Señor.

«Como nuestro Señor Jesucristo se sirva por su misericordia adelantar y propagar más y más esta mínima Compañía, para mayor gloria de su nombre, Nos, según lo pide nuestro deber... hemos determinado en el Señor nombrar y señalar Prefectos Provinciales, que tomen sobre sí parte de nuestra labor... Y hanos movido a escogerte a ti para este cargo en toda España, a excepción de Portugal, la abundante cosecha con el favor de Dios recogida en estos pocos años por el trabajo e industria del Maestro Pedro Fabro, que ya descansa en el Señor, y la tuya. Porque se han ya fundado algunos colegios, otros están comenzados, y de otros se tiene segura esperanza y propósito formado de que se funden; estudian en varias Universidades escolares de la Compañía... Y así... te hemos por muchos títulos juzgado idóneo para conferirte en las mismas provincias parte de nuestro oficio y potestad. Porque *desde los principios de tu vocación, con señalada fe, constancia, obediencia, religión y con grande ardor de caridad, has trabajado en la heredad del Señor en todas las demás obras de caridad, pero sobre todo en sermones hechos al pueblo,* no sólo en España, donde ahora estás, sino en todas las partes de la tierra donde antes has andado, tan esforzadamente y con tanta destreza y prudencia te has aplicado a exaltar la gloria del nombre de Jesucristo, que en poco tiempo le acarreaste a la Iglesia de Dios omnipotente, mediante su gracia, grandes y copiosos frutos. Por tanto Nos, estribando en la benignidad y consejo del Espíritu Santo, por autoridad Apostólica y conforme a nuestras Constituciones, te creamos y deputamos Prepósito Provincial de toda España, exceptuado Portugal... en el nombre del Padre y del Hijo y del

Espíritu Santo. Amén... Dado en Roma, el primer día de setiembre del año de mil quinientos cuarenta y siete»[166].

No debió de administrar mal su alto cargo, pues al dividirse en tres la Provincia de España en 1554, S. Ignacio lo puso al frente de la Provincia de Castilla; más tarde le hicieron Comisario, y en la Congregación General II (1565) fue nombrado Asistente del General, cargo que no pudo asumir por enfermo.

Con todo, el celoso Araoz trabajaba cuanto la salud le permitía. Y a veces mucho más. Sabido es que yendo con S. Francisco de Borja, rivalizaba con él en cuestión de penitencias y mortificaciones. Tanto, que San Ignacio tuvo que mandarles no tratar al propio cuerpo con tanta aspereza. Ahora, véase este testimonio del maduro Doctor en derecho, Pedro Saavedra, que entró en la Compañía ya viudo, y que en 1568 escribía: «Ya escribí que el P. Dr. Araoz era llegado aquí (a Madrid). A banderas desplegadas no queda hombre en la Corte que no le venga a ver; Duques y Condes y Marqueses y del Consejo, etc. Yo le he lástima... Come de ordinario a las dos; de las cenas y colaciones no podemos dar testimonio».

Testimonio como éste lo mismo pueden aducirse como el panegírico de un ferviente e incansable operario apostólico, que como una solapada crítica. Así parece entenderlo Astráin, que pone este comentario: «Un hombre a cuya puerta se agolpan de ese modo los cortesanos, no hay que preguntar en qué se ocupa»[167].

Si comía de ordinario a las dos (siendo así que la comunidad lo haría entre las 11 y las 12) sin duda que no lo hacía por gusto y comodidad. Nunca fue Araoz un hombre de buen comer, primero porque era penitente

---

[166] *Ignat. Epist.* I, 584-88. Trad. española en *Cartas de San Ignacio* (Madrid 1875) vol.II, 35-36. Otro elogio de Araoz nos lo brinda el austerísimo P. Andrés de Oviedo el 7 de marzo 1549: «A nuestro P. Provincial, el doctor Araoz, es de tenerle compasión, según lo mucho que trabaja y su poca salud corporal. Creo yo que la fuerza de su espíritu le hace parecer pequeños los trabajos tomados por amor del Señor, por cuyo amor lleva con mucha paciencia la carga deste colegio..., y ultra de todo, ha tomado trabajo de servirnos a la mesa y de lavar los platos, y ser compañero de un negrito que hace la cocina, que es del señor Duque. Bendito sea el Señor, que nos da tales Superiores, que a imitación de nuestro Redentor, quieren primero hacer lo que han de enseñar y mandar» *(Epist. Mixtae* II, 104-105).

[167] ¿En qué se ocupaba? En predicar cuando podía, y cuando no, en dirigir almas, aconsejar y mantener diálogos espirituales, además de conseguir grandes favores para los colegios de la Compañía.

y mortificado, y luego porque las enfermedades se lo impedían. Aun suponiendo que haya algo de exageración en lo de «banderas desplegadas», y «no queda hombre en la Corte», eso está proclamando el gran prestigio y autoridad de Araoz; la gente no hallaba otro más capacitado que él y de mayor ciencia y paciencia para oír largas consultas y resolver intrincados negocios. ¿Y predicar? Mientras pudo hacerlo, fue su ocupación más placentera, porque era orador de raza. Y aún hay quien pregunta: ¿en qué se ocupaba? Ciertamente no en opíparas cenas, pues sabemos que meses y meses se acostaba sin cenar. Sabemos que a veces —interrumpiendo sus muchas ocupaciones de gobierno— predicaba en Madrid y en Valladolid; sin duda —como en años anteriores— confesaría a las princesas y otras personas de la Corte; y sabemos también que en sus conversaciones con Felipe II, con su Ministro Ruy Gómez de Silva, con el Secretario del rey, Gonzalo Pérez, etc., se industriaba para conseguir limosnas —directa o indirectamente— para el Colegio Romano. Y esto, conforme a la expresa voluntad de Loyola, de Laínez y de Borja, a quienes prestaba buenos servicios. El mismo Nadal, a fin de obtener del Consejo Real facilidades para visitar los colegios de Castilla la Vieja, mandaba en 1561 a Madrid, como agente suyo, al buen Araoz.

La más grave de las incriminaciones: los memoriales

La más grave de las incriminaciones no se hizo pública hasta después de la muerte del P. Araoz. Este falleció santamente en Madrid el 13 de enero de 1573. Una semana más tarde el P. Diego Samaniego Polanco escribía desde Valladolid: «El buen P. D. Araoz nos ha edificado en su muerte, como en su vida».

Y el P. Gaspar Sánchez Polanco, desde Madrid comunicaba el 16 de enero: «Soledad se siente con la muerte del buen Padre Doctor Araoz, que cierto le tenían los de fuera mucho respecto. Dios le tenga en su gloria».

Y recogiendo la opinión general, Alfonso de Polanco, el Secretario del General, que tanto dialogó con él de palabra y por escrito, anotó en sus *Complementa: «Die 13 Januarii D. Antonius Araoz… vir multis Dei donis clarus, et in Hispania magnae auctoritatis, Madridii obiit»*.

Pasaron varios años de silencio, sin que nadie se acordase del difunto P. Araoz ni para exaltarlo ni para denigrarlo, pero he aquí que el 17 de junio de 1577 muere en Madrid el Nuncio Nicolás Ormaneto, celoso promotor de la reforma dentro de las Ordenes religiosas, cuya lánguida observancia quiso vivificar con autorización del papa y bajo la protección

de Felipe II. Para informarse de los desórdenes que se cometían en los conventos franciscanos de Andalucía, comisionó secretamente en 1575 al jesuita Gonzalo Meléndez, rector de Madrid, en lo cual demostró, como otras veces, la buena estima y afecto que profesaba a la Compañía de Jesús.

Era el encargo muy espinoso y desagradable, y el P. Meléndez opuso cierta resistencia, pero ante el precepto del Nuncio y del rey tuvo que bajar la cabeza. No conocemos el resultado de esta comisión; sólo sabemos que muy molestados los franciscanos se quejaron a Roma, de donde le vino al Nuncio el mandato de no servirse de los Padres de la Compañía para tan delicados asuntos. El buen Ormaneto respondió que lo había hecho, porque le parecía el único medio de ver claro en aquellas luchas de frailes apasionados, pero que jamás lo repetiría.

Siendo, pues, bien conocido el Nuncio por su empeño en reformar las Ordenes monásticas, no es de extrañar que algunos religiosos reformistas enviasen memoriales de reforma de tal o cual Orden, como el que vamos a describir.

Cuando en 1577 falleció el Nuncio en Madrid, encontraron en su mesa unos papeles que el P. Cordeses, Provincial de Toledo quiso leer y no se lo permitieron, ni siquiera le dejaron tomar nota, cuando otra persona se dignó leérselos. Eran cinco pliegos de letra menuda.

Vuelto a casa, trazó de memoria un resumen, por el que se ve que los autores del escrito «piden remedio o reformación de tres cosas que en la Compañía hay».

«La una es la *desigualdad de los estados;* esto es, coadjutores temporales, escolares formados, coadjutores espirituales, profesos de tres votos y profesos de cuatro votos». (Alegan que eso es cometer gravísima injusticia, que engendra amaritud en los sujetos todos, incluso los hermanos coadjutores deben hacer la profesión).

«La segunda es el modo de elegir los Provinciales y Rectores por sólo el General». (Se objeta que el General no puede conocerlos, se puede mover por odio y pasión y así habrá superiores aborrecidos por los inferiores).

«La tercera es el despedir los de la Compañía». (A fin de evitar las posibles injusticias, no se despide a nadie, si no es a votos de los de la casa).

Sospechas mal fundadas

¿Quién era el autor de este memorial revolucionario y destructor del instituto de la Compañía fundado por S. Ignacio? Las primeras sospechas del P. Antonio Cordeses recayeron nada menos que sobre el P. Ribadeneira y F. Solier, en lo cual erraba de medio a medio. No se comprende, a pesar de las fútiles apariencias, cómo un Provincial se atrevió a lanzar hipótesis tan absurdas. Ribadeneira, sintiéndose gravemente infamado, se defendió de la manera más aplastante, y escribió al General pidiéndole que defendiese públicamente su inocencia. Más atinado estuvo Cordeses al decir: «Es probable que en esta milicia no anda uno solo, sino muchos».

Fruto de las investigaciones fue el descubrimiento de una verdadera conjuración, cuya cabeza y brazo derecho no era otro que el P. Dionisio Vázquez, genio descontentadizo, inquieto e intrigante, venido de Italia con la idea de transformar todo el sistema de gobierno de la Compañía. Suyo era, además, otro memorial más rebelde y subversivo. Le apoyaban cuatro o cinco cabezas alocadas. Valerosamente les contradijo y refutó el P. Ribadeneira.

Por entonces no salió a relucir el nombre de Araoz; bastaba el de Dionisio Vázquez y compañeros. Pero bajo el gobierno del P. Claudio Aquaviva (1581-1615) —no sabemos precisar el año— un jesuita que desempeñó altos cargos en la Compañía y se distinguió por su prudencia y su talento, el P. Gil González Dávila, sin consultar muchos documentos y sin hacer crítica de ninguno, dirigió al P. Aquaviva un escrito del que copiamos algunos párrafos:

«El origen de este espíritu *(cismático,* o separatista de Roma) hallo yo que haya sido el P. Araoz, primer Provincial de España, Comisario que fue... Este Padre, aun en tiempo del P. Ignacio, mostró siempre estar mal contento del gobierno de Roma *(¿en qué documento hallaría el P. Gil G. D. esta novedad, que está en oposición a los documentos críticamente editados en MHSI?)* ¿Cómo ni siquiera le vino al pensamiento el P. Simón Rodrigues?, achacando la culpa al P. Maestro Polanco de la multiplicación de colegios *(ni Polanco tuvo la culpa* —o el mérito— *de tal multiplicación, querida por Ignacio y Laínez, ni se dio cuenta de la aversión de Araoz),* sacar sujetos y dineros de estas provincias, de admitir sujetos con nota *(de conversos, en lo cual se atuvo humildemente a la opinión de Ignacio, que no pensaba como él).* Mas después que sucedió el P. Laínez en el generalato, se declaró más esta su pretensión, declarando

no contentalle cosa del Instituto (!!) pidiendo que el General no fuese perpetuo, que hubiese elecciones en España Capítulo general, para que se tratase lo que conviniese; que no se sacasen sujetos de España para otras provincias; que no está bien la comunicación con extranjeros».

Estas últimas líneas, las más atrevidas, debió de sacarlas del memorial hallado entre los papeles del Nuncio Ormaneto, memorial que no era de Araoz, sino de Dionisio Vázquez; por lo cual parece injusto atribuírselo a aquél.

«Otro memorial se halló entre sus papeles después de muerto», añade a continuación, pero con esta nota: *«no sabemos si fuese suyo,* o dado de alguno del Consejo de Estado, en el cual se prueba por muchas razones convenir desmembrar todas las religiones del gobierno de Roma». Esta última cláusula no responde a la mente de Araoz.

Todo lo dicho nos hace creer que el jesuita vergarés se interesó en los últimos años de su vida por los problemas concernientes al gobierno de la Compañía; pero no consta que escribiera ningún memorial contra dicho gobierno; los papeles que envió a Roma pudieron muy bien ser de propuestas o consultas. Conocemos alguna carta suya a S. Ignacio, quejándose modestamente de que ciertos personajes, como Borja, estuviesen exentos de la obediencia del Provincial, pero acata la opinión de Ignacio. En qué forma y hasta qué punto aprobaría —si es que aprobó— algunos puntos de los memorialistas, no es posible, hasta ahora, puntualizarlo. Por lo tanto, es atrevido y mal fundado decir, con Astráin, que el espíritu mal llamado *cismático,* o el *excesivo españolismo* de Araoz, son los manantiales de las ideas nacionalistas y en parte antirromanas, que propugnaron los memorialistas. Pero es el mismo Astráin el que lima algún tanto sus afirmaciones diciendo: «No sabemos que él intentase nada contra el Instituto de la Compañía».

Ese manantial hay que buscarlo, más bien, en Felipe II y sus consejeros. Quizá entre los secuaces del portugués Simón Rodrigues. Entre los mismos memorialistas hay que distinguir los primeros, que atacan las instituciones de S. Ignacio, de los últimos que amplían su programa, «tendiéndolo a la curia pontificia y al derecho canónico. Araoz pudo interesarse por la reforma de las leyes jesuíticas, mas no quería tocar las leyes canónicas, universales, establecidas por la tradición eclesiástica.

CAPÍTULO VII

FRANCISCO EL GRANDE, IV DUQUE DE GANDÍA Y JESUITA

Hemos visto en el capítulo precedente la primera entrada en España de los hijos de San Ignacio. Tanto Pedro Fabro como Antonio Araoz eran personalidades de alto relieve en el espíritu, dotados de buena cultura y sobresalientes en el trato social. Ignacio tuvo el gran acierto de escogerlos y hacer con ellos un gran regalo a España. Fue un gran infortunio la desaparición prematura de Fabro. Cierto que Araoz poseía dotes naturales y sobrenaturales para continuar la gran obra que juntos habían comenzado de implantación, desarrollo y progreso de la Compañía. Pero los achaques de la vejez primero, y después las murmuraciones y críticas de sus propios hermanos, incapaces de comprender ciertas acciones y expresiones suyas, le forzaron a una vida de escasa actividad. Es verdad que en el gobierno no le faltaron colaboradores de alto valor, como Nadal, Miró, Miguel de Torres, Doménech, Francisco Villanueva y otros más.

Pero tal vez hubiera sobrevenido una crisis de autoridad, dada la lejanía de Roma, y una peligrosa discrepancia de comportarse en la oración y en el apostolado, si la bondad de Dios no hubiera suscitado un hombre tan extraordinario como Francisco de Borja, poniéndolo en manos de Ignacio, para que le sirviese de instrumento en la estructuración y régimen del Instituto, y mucho más en la pujante vitalización de aquella Compañía adolescente que estaba creciendo con fuerza incoercible.

Francisco de Borja fue el hombre providencial, venido en el momento más oportuno. Su estatura moral y espiritual descollaba tanto sobre los demás por sus grandes virtudes, empezando por su humildad, que muchos le miraban como a un hombre caído del cielo.

Personalidad de Borja

Un estudio de la personalidad humana de Borja nos ayudaría muchísimo a comprender su espiritualidad en lo que tiene de más profundo, de elevado, de más característico. No es éste el lugar de hacerlo,

porque se requiere un libro entero.

Un moderno escritor francés ha intentado trazar un *perfil psicológico* de este personaje, con suficiente conocimiento de las fuentes históricas, y con la novedad de utilizar también el método grafológico. No es la grafología un sistema seguro, ni muy apreciado por los historiadores, pero si sus resultados van de acuerdo con la historia, pueden esclarecer algunos problemas biográficos, penetrando en el alma y carácter del sujeto estudiado.

Dejando, pues, un resquicio a la duda y a la discusión, me atrevo a copiar la página que André Ravier dedica al perfil psicológico de Francisco de Borja.

«Francisco de Borja es un hombre de acción, un organizador y un jefe de primer orden... Su inteligencia, muy superior a la media, domina todos los problemas, todas las circunstancias y todos los actos por el vigor del espíritu. Espíritu abierto a las grandes cosas, curioso e inquisidor, servido por un sentido crítico penetrante, incisivo, y por una notable intuición con vistas geniales y elevaciones fulgurantes... Pensamiento fuertemente estructurado, flexible y poderoso, apto para las vastas síntesis, rápido para captar lo esencial de las cosas... Su juicio demuestra una penetración, una perspicacia y una claridad que facilitan una comprensión y una asimilación inmediatas: tanto en el dominio de lo concreto como de lo abstracto. La expresión es brillante, firme e insistente; la imaginación rica, a la vez que realista por su amplio pragmatismo... Temperamento esencialmente activo, emprendedor, combativo —incluso agresivo— desbordante de vitalidad, de un dinamismo infatigable... Le gusta mandar y sabe hacerlo de una manera amplia, flexible, generosa, como un gran señor que no necesita exigir ni forzar para hacerse obedecer... Naturaleza fundamentalmente buena, generosa, jovial, optimista y radiante, alejada de toda pequeñez, de toda mezquindad, tolerando en los demás no pocos desvíos, faltas de consideración, pero jamás bajezas, cobardías, faltas de dignidad... Su espíritu de justicia está muy desarrollado; sabe ponerse a distancia y tomar altura para dar su juicio con toda serenidad e imparcialidad. Por otra parte, tiene un excepcional sentido político de la diplomacia, e inversamente a su integridad moral, también el sentido de los negocios (pues concede importancia a los bienes temporales)... En fin, hay en él una gracia casi femenina, un encanto indiscutible, delicadezas conmovedoras que atraen y fascinan... En él se da un caso de *sublimación, perfectamente lograda, de esta transformación de las energías instintivas, poderosas en él, en*

energías espirituales».

Quizás el autor de este perfil psicológico ha visto demasiado en los rasgos grafológicos de Borja. Tracemos ahora nosotros más sencillamente unas breves líneas de su personalidad a base de las fuentes históricas, sin olvidar jamás que Francisco de Borja, desde su conversión, es por encima de todo un hombre de Dios, un contemplativo, un religioso pobre y humilde, un máximo despreciador de los honores y de las riquezas, que busca un rincón oscuro donde ocultarse, mientras le persiguen para ensalzado las más altas dignidades eclesiásticas.

Niñez y juventud de Francisco de Borja

Después de Pedro Fabro y de Antonio Araoz, el tercer apóstol de la Compañía en España y tal vez el que más contribuyó a darle raíces, nombre y prestigio, por la nobleza de sus apellidos, por su íntima amistad con el Emperador y por lo sublime y heroico de su santidad, fue Francisco de Borja y Aragón, cuyo padre se llamó Don Juan de Borja y Enríquez, tercer Duque de Gandía y nieto de Alejandro VI; su madre Doña Juana de Aragón y Gurrea, nieta del rey D. Fernando el Católico. Bien pudo escribir el cardenal Alvaro Cienfuegos, biógrafo bien documentado de nuestro héroe, pero barroco hasta el delirio, que su árbol genealógico «está dichosamente oprimido por el peso de las tiaras y de las diademas».

Nació Francisco el 28 de octubre de 1510 en el palacio ducal de Gandía (Valencia). El ambiente familiar en que se educó estaba saturado de virtudes cristianas, especialmente de ardiente caridad para con los pobres y menesterosos, devoción a la Eucaristía y fe viva, hondamente arraigada. De las cuatro hermanas de Francisco, tres tomaron el velo en el convento de las monjas Clarisas, y la cuarta, por nombre Luisa, casada con el Conde de Ribagorza, más adelante IV Duque de Villahermosa, aromó con el perfume de sus virtudes el palacio de Pedrola (Zaragoza), mereciendo el título de «la santa Duquesa».

Antes de cumplir los diez años, tuvo Francisco la desgracia de perder a su madre. Eran días de guerra en aquel país, porque los artesanos, menestrales y pequeños industriales, sintiéndose inicuamente oprimidos por los ricos burgueses y pequeña nobleza, se coligaron en hermandades o *germanías* para alzarse revolucionariamente contra sus opresores, dando origen a lo que se llamó la *guerra de las germanías* (1519-1523), de tipo social, no político, como fue la guerra de los Comuneros castellanos. Al niño Francisco fue preciso llevarlo fugitivamente al palacio de su tío, D.

Juan de Aragón, arzobispo de Zaragoza. Allí fue cariñosamente acogido y pudo continuar la educación literaria que había comenzado en su tierra.

Por aquel entonces (1520) el joven Emperador Carlos V estableció cierta escala o jerarquía en la nobleza española, distinguiendo con especial dignidad a los que desde entonces se denominan «Grandes de España» y «Primos del Rey». Uno de los agraciados fue D. Juan de Borja, III Duque de Gandía, que trasmitirá a su hijo Francisco, por herencia, el honroso título de «Grande de España».

No fue larga la estancia del niño Borja en Zaragoza, pues deseando Carlos V aliviar la triste soledad de su hermanita, la Infanta Catalina, encerrada en la torres de Tordesillas para acompañar y asistir a su madre infeliz, la reina Juana la Loca, determinó que fuesen allá varios jovencitos como pajes. Uno de ellos fue Francisco de Borja, que permaneció en Tordesillas tres años, de 1522 a 1525, es decir, hasta que la joven Infanta Catalina pasó a contraer matrimonio con el Rey de Portugal.

Francisco regresó a la casa de su tío el arzobispo de Zaragoza, el cual confió su educación filosófica durante dos años al entonces famoso Gaspar Lax de Sariñena, que pocos años antes se había acreditado en el colegio de Montaigu, centro del nominalismo parisiense, como príncipe de los dialécticos, con sus lecciones de Lógica y Aritmética especulativa, y con los numerosos libros que sobre dicho tema publicó.

Tenía Francisco 18 años, cuando su padre Don Juan, deseando que su hijo mayor se educase en la Corte y allí se ejercitase en servir al monarca, se lo envío a Carlos V con unas breves letras del 8 de febrero 1528, en que decía: «Sacra, Cesárea y Católica Majestad: Porque comiencen a servir estos hijos que Dios me dio para dallos al servicio de Vuestra Majestad, va Don Francisco... Aprendan con sus flacas fuerzas a emplearse en el oficio en que yo con las mayores del mundo querría emplearme».

Tanto el Emperador como la Emperatriz Isabel, conociendo las eximias dotes de inteligencia y carácter de aquel adolescente, lo acogieron con muestras de singular amor y simpatía. Fue entonces cuando conoció por primera vez al principito Felipe, nacido en 1527, a quien, mucho más tarde, cuando toda la nación admire y venere al prudente D. Felipe II, nuestro Francisco, ya jesuita, le recordará las veces que tiempo atrás le había acariciado, teniéndolo en sus brazos.

La amistad del emperador y el marqués de Lombay

Preparando estaba Carlos V su viaje a Bolonia, donde el papa Clemente VII le impondría la corona imperial, cuando su esposa Isabel le sugirió la conveniencia de unir en matrimonio a Francisco de Borja, que no había cumplido 20 años, con Leonor de Castro y Meneses, dama de honor muy querida de la emperatriz. Leonor era portuguesa, y Carlos V hubiera preferido una española, pero aceptó la propuesta e inmediatamente ordenó a su Secretario Francisco de los Cobos escribir al Duque de Gandía, indicándole que el emperador y la emperatriz querían tratar a Francisco como a hijo y arreglar ellos mismos lo relativo al casamiento. Este tuvo lugar en Valladolid el año 1529. A la novia le otorgó el Emperador una dote de «ocho cuentos *(millones)* de maravedises, demás de lo que ella tiene», y obtuvo el título de camarera mayor de la Emperatriz, uno y otro con elevados sueldos. A Francisco el 29 de junio 1529 le concedió su padre la mitad de la baronía de Lombay (o Llombay) que el Emperador elevó a Marquesado el 7 de julio de 1530, en atención a los méritos del Duque de Gandía y de su primogénito Francisco.

Desde entonces se le llamará siempre «el Marqués de Lombay», hasta que a la muerte de su padre alcance el Ducado de Gandía.

Al primer fruto del matrimonio —que se revelará fecundo— entre Francisco y Leonor, le pusieron el nombre Carlos en obsequio al Emperador; había nacido en Madrid en 1530. A los dos años, en 1532, vino a este mundo Isabel, así llamada en honor de la Emperatriz.

Carlos V y Francisco de Borja se profesaban una amistad íntima y confiada, casi fraternal. En 1534, por espacio de seis meses, estudiaron juntos Matemáticas, Historia y Cosmografía, bajo el mismo maestro, que se decía Alonso de Santacruz, cosmógrafo imperial. Refiere Ribadeneira que «sabiendo el Emperador que el Marqués (de Lombay) oía las mismas lecciones que oía él, le preguntaba muchas cosas de lo que había oído, y confería con él sus dudas familiarmente. Y de esta comunicación creció la afición y amor que el Emperador tuvo al Marqués, y del amor la confianza, y de la confianza el darle parte de sus cosas».

Sus aficiones más apasionantes eran la música y la caza de altanería (con halcones y azores). En ambas cosas competían los dos egregios amigos. Que Carlos V, como sus abuelos Don Fernando y Doña Isabel, mantenía en su Corte una espléndida capilla musical, es un tópico bien conocido. En una *Historia* (colectiva) *de la música* leemos: «A lo largo del siglo XVI España ocupa un puesto de preferencia en la historia de la mú-

sica europea. Para mejor comprenderla, como se merece, hay que recordar la floración política, privilegiada, de ese país, durante todo ese periodo, así como la floración de todas sus artes, pintores, poetas, escritores, místicos, dramaturgos, vida social y religiosa..., que impregnan todas las manifestaciones artísticas de sus reyes, primeramente de Carlos V, ese mecenas de la música flamenca, y de su hijo Felipe II, el mecenas de la música española. Quien desee captar el sentido de la música española del siglo XVI, tiene que conocer el alma española de aquella época e impregnarse de la vida y del espíritu religioso de sus místicos, espíritu que late en lo más hondo de las expresiones artísticas y literarias del Siglo de oro».

Y páginas más adelante: «La Emperatriz Isabel y Carlos V se ingeniaban para dar a sus hijos una educación musical completa, y la danza de corte estaba al centro de su educación... El príncipe D. Felipe tenía seis años y sus diversiones favoritas eran la danza, la caza y la equitación»

Que Borja estaba dotado de una voz dulce y sonora, lo afirma el cardenal A. Cienfuegos en *La heroica vida... del Grande S. Francisco de Borja* (Madrid 1702). Siendo esto así, más de una vez cantaría con los hijos e hijas del Emperador, y les enseñaría por lo menos a solfear. Merece todo crédito el testimonio de Ribadeneira: «En la música aprovechó tanto, que no solamente llevaba su voz con mucha destreza, pero llegó a componer muchas obras, como un buen maestro de capilla lo pudiera hacer, de las cuales se servían algunas iglesias de España, y llamaban «las obras del Duque de Gandía». Porque todo lo que componía era para el culto divino, y no consentía que delante de él se cantasen canciones livianas o profanas. La otra recreación de que gustaba era la caza de halcones, y era tanta su habilidad y buen ingenio en *hacer* los halcones de su propia mano, que pudiera muy bien ganar de comer por sola esta habilidad. Porque *hacía* un neblí de la tierra, o un sacre mudado de aire, o un jerifalte, y los tenía en su cámara para competir con los que daba a sus cazadores, para que ellos los *hiciesen,* y muchas veces salían muy mejores los hechos por sus manos, que los hechos por sus cazadores».

En la equitación no se sabía quién ganaba a quién, porque si el Emperador manejaba mejor que su favorito un bridón flamenco, Borja, que era más joven, le superaba en galopar a toda brida en un caballo árabe-andaluz.

Carlos V, vencedor en Túnez y triunfante en Roma

En abril de 1535 el monarca y su valido se hallaban en Barcelona ultimando los preparativos para la expedición contra Túnez, donde dominaba el pirata Barbarroja (Kheir-al-Din) bajo la protección del Sultán de Constantinopla. El Marqués de Lombay se presentó con una brillante escolta de arcabuceros y caballeros en soberbias monturas con gualdrapas de brocado. Luego arribó la flota de Portugal y las galeras genovesas. Pablo III no pudo enviar más que seis naves. Un humanista, profesor en la *Sapienza,* escribió en una carta que era «la flota más bella, más grande y mejor bastimentada de cuantas la Cristiandad había equipado hasta entonces» (Rómulo Amaseo). Cuando Carlos V pasó revista a la poderosa escuadra que tenía bajo su mando, pronta a marchar contra la Media Luna, se sintió el primer paladín de la Cristiandad, y su corazón de cruzado palpitaría henchido de noble orgullo, porque a sus órdenes estaban dos jefes incomparables que le daban garantías del triunfo: el genovés Andrea Doria y el español Alvaro de Bazán. Por el contrario, el Marqués de Lombay sentiría tristeza y amargura, cuando el Emperador, al saber que su valido estaba con fiebre y disentería, le obligó a quedarse en tierra, acompañando a la Emperatriz.

Zarpó la flota el 30 de mayo rumbo a Cagliari, de donde partió directamente hacia Túnez. El espíritu de todos era excelente. Asomados al golfo de Túnez, bombardearon durante un mes la fortaleza de la Goleta hasta que la tomaron al asalto el 20 de julio. Poco tiempo les costó la conquista de la ciudad de Túnez, capital del territorio, donde pusieron en libertad a 20.000 cautivos cristianos.

Fue aquella una de las campañas más gloriosas de Carlos V, dirigida por él personalmente.

Tan resonante victoria bien se merecía un triunfo aparatoso como el de los antiguos emperadores romanos. El 5 de abril de 1536, con un ejército de 4.000 soldados y 500 caballos y con la nobleza romana y española que se adhirió al cortejo imperial, pasó bajo los arcos de Constantino, de Tito y de Septimio Severo, y cruzando los foros en ruinas llegó al Capitolio. Desde allí hasta el Vaticano le fue preciso al Papa abrir una calle recta, suficientemente ancha para el paso de tan grandiosa cabalgata. Si hemos de creer al autor de *Gargantua,* que estaba presente, no menos de 200 casas y tres o cuatro iglesias fueron arrasadas por necesidad. En la plaza de S. Pedro descabalgó el Emperador. A las puertas de la basílica le esperaba el papa con hábitos pontificales y tiara en la cabeza. Entraron en

el santuario y el Emperador fue conducido a su alojamiento en el palacio Vaticano.

Los días siguientes fueron dedicados a conferencias entre los dos jefes de la Cristiandad, sobre cuestiones políticas, particularmente sobre la paz entre Francia y España. El 17 de abril en la Sala de los paramentos, delante de Su Santidad, de los cardenales, embajadores y distinguidas personalidades, Carlos V pronunció su famoso discurso de hora y media, en lengua española (con disgusto del embajador francés), discurso implorando la paz, pero que tomó el carácter de una larga imprecación contra el rey de Francia, a quien llegó a retar a duelo, como único medio de alcanzar la paz. El resultado fue la guerra.

El Marqués de Lombay seguía desde España los azares de esta ausencia del Emperador, sus victorias de la costa africana, sus triunfos en Roma. Esperaba que Carlos V lo llamase a su lado. Quizá ya anteriormente le había llegado algún aviso, porque el 11 de febrero de 1536 ordenó que en Valencia le comprasen un par de espadas valencianas, ligeras de peso, y un buen caballo «con estas cualidades: que sea sardo, si es posible, vigoroso y joven, de buena boca y de buena ambladura».

El rey de Francia se había lanzado precipitadamente a la guerra, apoderándose de la Saboya. El Emperador subió con fuerte ejército al Norte de Italia y tras largas consultas, decidió penetrar en Francia por la baja Provenza. El 17 de julio inició el paso de los Alpes marítimos, avanzando día y noche bajo calores tórridos. El 25, día de Santiago Apóstol, está en Niza, y tras un breve reposo siguiendo el consejo de uno de sus mejores generales, Antonio de Leiva, prosigue la marcha por la costa azul apoderándose de las plazas de Antibes y Cannes. El 2 de agosto se adueña del puerto y ciudad de Frejus; el 13 llega hasta Aix-en-Provence, pero de ahí no pasa. El condestable Montmorency, con gran habilidad y éxito sigue la táctica defensiva de la tierra quemada; no se enfrenta jamás con las tropas de Carlos V, ansiosas de pelear, mientras el caudillo francés no se empeña jamás en batalla campal, y lo que hace es ir destruyendo y quemando todo cuanto halla en los campos, que pudiera ser útil al enemigo. El ejército imperial va consumiendo sus vituallas, comiendo mal y muriéndose de sed por el calor excesivo de aquellos días de agosto. Mueren tristemente hombres y caballos. La mortandad resulta mucho mayor por causa de la disentería y otras enfermedades que cunden y hacen tremendos estragos en las tropas.

Antonio de Leiva y Garcilaso de la Vega

No cayó enfermo el Marqués de Lombay, que hizo toda la campaña, de Lombardía en adelante, con el Emperador; pero la grosura de su corpulencia le producía tanto sudor bajo la férrea armadura, que el pasar largas horas bajo el sol de agosto era para él un verdadero martirio. Compadecido el Emperador, le mandó terminantemente despojarse del yelmo y de los brazales, a lo que Francisco, que juzgaba indigno de un caballero el abandonar sus arneses por razones de comodidad, se vio obligado a obedecer por la fuerza.

Carlos V veía con tristeza el desvanecerse de sus ambiciones. Diríase que la fatalidad le perseguía. Pues el 13 de setiembre, viendo a uno de sus más estimados generales, Antonio de Leiva, atormentado por la gota y próximo a la muerte, pensó después de maduras reflexiones, que lo más prudente y humano era retroceder ordenadamente por donde habían venido. La retirada se inició el 15 de setiembre, dos días después de la muerte de Leiva, de aquel caudillo invencible, que «mereciera ciertamente (según Prudencio de Sandoval) compararse con los grandes capitanes antiguos», si no fuera por su carácter áspero y codicioso.

Otra desgracia muy sensible le esperaba a la persona del Emperador. La retirada estaba ya en movimiento, cuando aproximándose a la fortaleza de Muey, cuatro millas de Frejus, Carlos V dio órdenes a la artillería de batir en brecha aquella fortaleza; los proyectiles tardaron en abrir anchos boquetes en el muro, lo cual impacientó al Emperador. Entonces fue cuando un maestre de campo de la infantería española, Garcilaso de la Vega (tan buen caballero, como poeta, y era el mejor poeta que entonces tenía España), amigo del monarca, a quien había acompañado en sus principales empresas, arrima la escala al muro y empieza a subir intrépidamente sin casco ni coraza; pero una carga de piedras que los franceses vuelcan sobre su cabeza lo derriba hasta el foso dejándolo malherido. Francisco de Borja, amigo suyo, se lanza a socorrerle, y como las heridas son graves, lo conduce hasta Niza, donde le atiende lo mejor que puede, mas no logra evitar que la muerte le arrebate este distinguido amigo. Murió Garcilaso el 14 de octubre con 33 años, en la flor de su vida.

De regreso a España, Carlos V mandó al Duque de Lombay adelantarse llevando a la Emperatriz, que se hallaba en Segovia, noticias de la fracasada expedición. Así lo hizo y de allí pasó a la Corte, a Valladolid. En julio fue invitado a las Cortes de Monzón, cuyas sesiones no acabaron hasta noviembre.

El gran desengaño

Todo el año 1538 residió en Valladolid el Marqués de Lombay, al servicio de la Emperatriz, mientras el Emperador, cediendo a los apremios del Papa, se dirigió en abril a Italia, donde Francisco I y Carlos V, reunidos en Aiguesmortes del 16 al 18 de mayo, estipularon una tregua de diez años.

No se olvidaba entre tanto el Emperador de su favorito, y así el 13 de junio otorgó al Marqués de Lombay y a la Marquesa una renta vitalicia de 400.000 maravedís. Para la primavera de 1539 fueron convocadas las Cortes castellanas en la ciudad de Toledo. El Emperador recibió a sus vasallos con magníficos festejos, torneos, cabalgatas, músicas, juegos de equitación y otros regocijos públicos. Entre los caballeros que salieron a hacer ostentación de sus habilidades, también el Emperador y el Marqués alardearon de agilidad y destreza. De súbito la bella Doña Isabel de Portugal, la Emperatriz inmortalizada por los pinceles de Tiziano, se sintió atacada por una fiebre maligna. Toledo cambió de aspecto. Plegarias en todas las iglesias, penitencias en las calles durante ocho días. La Emperatriz se extinguía por momentos. Antes de morir dejó mandado que nadie tocaría sus restos mortales, para amortajarla, sino su camarera mayor, que tan fiel le había sido siempre, y que el Marqués de Lombay conduciría su cuerpo hasta Granada, donde sería sepultado en la Capilla Real, junto al sepulcro de los Reyes Católicos. Expiró piadosamente el 1 de mayo a mediodía (1539). Tenía 36 años de edad.

Las fiestas toledanas se apagaron de repente, como si un rayo fatídico hubiese caído sobre la imperial ciudad. El corazón de Carlos V quedó herido para siempre. Y algo semejante podemos decir del Marqués de Lombay, que todos los años el primero de mayo rememorará tan lúgubre acontecimiento.

En su breve y esquemático *Diario espiritual* (de 1564 a 1579) recordará el 25 aniversario de la muerte de la Emperatriz con estas palabras: «1.° de mayo... Acción de gracias por agora 25 años. Pedir gracia... por la Emperatriz, que murió tal día como hoy».

Y al año siguiente: «Mayo 1.° *Consolatio.* Item, en la muerte de † *(cruz alusiva a la muerte de Isabel).*

«Mayo. —E †† Consolación con la E., gozando de lo que el Señor obra en ella y en mí por su muerte». Un año más tarde: «Mayo 1567 y 28

de la muerte de la Emperatriz, ídem E † *Consolatio.* Propuse vida nueva *in Domino»*.

Este recuerdo, que le acompaña durante tantos años, hasta la muerte, nos habla muy claro del tremendo desengaño y dolor que le causó la repentina desaparición de su protectora la Emperatriz.

Con dolor también, aunque a la vez con agradecimiento, había recibido de la misma moribunda el último encargo de conducir su cuerpo hasta Granada.

Entierro de la Emperatriz

Bajando de Toledo hacia Andalucía, y pasando probablemente por Malagón y El Viso, las carrozas y los caballos de la comitiva entraron en el reino granadino. Mientras el Emperador se retiraba unos días a meditar en el monasterio Jerónimo de Sisla, el cortejo funeral, integrado por el cardenal Juan Alvarez de Toledo, obispo de Burgos, los obispos de León y de Coria con el electo de Osma, los Marqueses de Lombay y de Villena, la condesa de Faro y otros altos personajes, tomó el camino del Sur.

«Llegaron a Granada —escribe Ribadeneira— y al tiempo de hacer la entrega del cuerpo de la Emperatriz, destaparon la caja de plomo en que iba, y descubrieron su rostro, el cual estaba tan feo y desfigurado, que ponía horror a los que le miraban... Apartáronse los demás de este espectáculo, porque les causaba espanto, lástima y mal olor. Pero el Marqués, con el particular amor y reverencia que siempre había tenido a la Emperatriz, no se podía apartar, ni desviar los ojos de aquellos ojos que poco antes eran tan claros y resplandecientes, y ahora estaban tan feos y oscurecidos».

Suelen añadir todos los antiguos historiadores, que el Marqués de Lombay, teniendo que hacer juramento delante de testigos y escribanos, que aquél era el cuerpo de la Emperatriz, lo que juró fue, según la diligencia y cuidado que se había puesto en guardarlo, tenía por cierto que era aquél y no podía ser otro.

Esta escena, tan impresionante y bella bajo el pincel de J. Moreno Carbonero († 1942), ha sido barrocamente dramatizada por los escritores de los siglos XVII y XVIII, centrando en ella la hondura del dolor y del desengaño de Borja con rasgos de Valdés Leal y tonos de Calderón. Es de creer que las cosas sucederían más sencillamente. Después de tantos días de camino, casi dos semanas por las soleadas llanuras de La Mancha y

Andalucía, aquel cuerpo que no había sido embalsamado, por voluntad expresa de la Emperatriz, forzosamente había de hallarse en estado de putrefacción con la consiguiente fetidez. Era lo normal. Pero impresionaría tanto por tratarse de una Emperatriz joven, florida de belleza, como la pintó el Tiziano.

¿Tuvo lugar entonces la conversión total y profunda de Borja a su Dios y Señor? No parece probable. De los dos fuertes impactos recibidos por Borja, el primero en Toledo con la muerte de la Emperatriz, el segundo en Granada con el descubrimiento del cadáver putrefacto, el más íntimo y conmovedor fue el toledano; el granadino fue más superficial y sensorial. Del primero no se olvidó jamás en su vida, como lo demuestra su *Diario espiritual;* del segundo, nunca hizo mención, que sepamos. Esto quiere decir que la transformación espiritual que se inició en su vida debió de comenzar con la muerte de la Emperatriz, no con su enterramiento. ¿Fue verdadera conversión la de Toledo? Ciertamente, pero interna; en lo exterior apenas cambió de vida; menos juegos y diversiones, más frecuencia de los sacramentos; en el resto igual. Pero que hubo conversión a Dios, lo escribió él en su *Diario* el 1 de mayo de 1567 con estas palabras: *«Propuse vida nueva in Domino». Vida nueva* no puede significar aquí más que vida *más interior y fervorosa.*

La conmoción más honda y espiritual la experimentó en Toledo apenas vio muerta a su reina y señora. Allí intervino la gracia divina con soberana fuerza para arrancar de las vanidades del mundo el alma y el corazón de Borja. La visión del mundo se transformó a sus ojos; fue aquél un primer paso hacia la conversión total.

Promesa o voto de perfección evangélica no lo hizo ni lo podía hacer, porque estaba ligado por muchos compromisos, a los que no podía entonces renunciar, empezando por los que se originaban de su matrimonio. Tenía 29 años y estaba casado con una mujer relativamente joven, que le había dado ocho hijos, de los cuales el mayor contaba nueve años y el menor muy pocos meses. Tenía, pues, que vivir con ellos y para ellos, hasta Dios sabe cuándo. Se comprende que las obligaciones familiares le forzaban a seguir en el mundo y en la Corte, sin pensar en vincularse a breve plazo, mediante los votos, con un Instituto religioso.

Nunca servir a señor...

Esto no quita que se diese entonces en su vida interior un viraje, fruto de una profunda reflexión, y también una más íntima relación con Dios: es

lo que él llamó más adelante «vida nueva». Y no sería extraño que la consagración total a Dios en una Orden religiosa empezase a rondarle la *cabeza,* como una obsesión grata de difícil ejecución; y que desde entonces la llevase en el fondo del corazón como un ideal, que estaba dispuesto a realizar en lo futuro, si Dios le preparaba a su tiempo tales derroteros.

¿Y qué decir de aquella frase feliz que, al decir de muchos escritores, pronunció el Marqués de Lombay ante los restos de la Emperatriz: «Nunca servir a señor que se me pueda morir»? Si la inventó el cardenal Cienfuegos, hay que confesar que la inventó muy oportunamente, expresando los sentimientos que entonces tendría el Marqués. Y si fuese cierto que Borja la pronunció, eso pudo acontecer lo mismo en Toledo que en Granada, o en cualquier otra ocasión.

Otra interrogación: ¿qué papel jugó S. Juan de Avila en la conversión del Marqués de Lombay? Acaso ninguno. No pocos biógrafos se complacen en evocar la figura de aquel santo y elocuente personaje, que se decía «el Maestro Juan de Avila», haciéndole intervenir en las exequias de la Emperatriz con un sermón, que conmovería las entrañas d Francisco, inculcándole las ideas de la vanidad del mundo y el desprecio de todas las dignidades. Pero en la biblioteca del Duque de Gor (Granada) existe un relato minucioso (ms.13) de un testigo de vista, según el cual la comitiva funeraria llegó a Granada el 16 de mayo, a las 4 de la tarde. A la mañana siguiente día 17 hicieron las honras fúnebres en la Capilla Real «los cortesanos», predicando el cardenal de Burgos; el 18 y 19 hubo honras fúnebres, mas no sermón. Parece que «los cortesanos» habían salido de Granada, y con ellos —se supone— el Marqués de Lombay. Los días siguientes estuvieron las honras a cargo de la clerecía y las religiones. Del Apóstol de Andalucía dice lo siguiente: El lunes 26 le tocó hacerlo a la catedral, y «predicó el Maestro Avila», cuando ya seguramente había abandonado Borja las riberas del Genil. Parece, pues, difícil la asistencia del Marqués al sermón del más ferviente orador sacro de aquella época, pero insisten tan repetidamente los antiguos biógrafos, que se hace increíble algún fondo de verdad. ¿No habrá que trasmutar el sermón catedralicio en un diálogo familiar entre los dos futuros santos, sobre los problemas espirituales que empezaban a angustiar el alma de Borja?

Borja, Virrey de Cataluña

Agradecido el Emperador al comportamiento del joven Marqués de Lombay, y en vista de su fidelidad a toda prueba y de sus eximias cuali-

dades humanas, tanto intelectuales, como morales y políticas; queriendo además galardonarle de alguna manera el afecto, la devoción y los innúmeros servicios prestados a la Emperatriz, quiso darle una prueba más de su personal estima y afecto, nombrándole Virrey de Cataluña. El documento está firmado en Toledo el 25 de junio de 1539. Y a fin de que entrase en tan elevado cargo, le aconsejó tomar el hábito de los caballeros de Santiago, después de lo cual podría recibir una encomienda. Así lo hizo, cumpliendo parcialmente el noviciado y siendo revestido del manto blanco con la cruz roja de los santiaguistas el 25 de junio de 1540.

El Virreinato de Cataluña y de los Condados de Rosellón y Cerdaña era uno de los ápices más altos, a que aspiraba la nobleza española y a la vez un puesto de gran responsabilidad, erizado de escollos en la Cataluña de entonces, por su situación de país fronterizo, amenazado por las guerras franco-españolas y por el feroz bandolerismo que llenaba de crímenes, latrocinios y violencias todos los caminos, de lo cual muchas veces se hacían responsables los señores temporales y aun los eclesiásticos que en sus castillos daban a los forajidos asilo, incolumidad y protección. Efecto del bandolerismo solía ser, como ha notado F. Braudel, «un aumento del número de pobres y una agravación general de la miseria».

El 14 de agosto llegó Borja a Tortosa, donde hizo el juramento de respetar los fueros y *usatges* de Cataluña, e inmediatamente comenzó a hacer justicia de los criminales que convertían los castillos en cuevas de ladrones, porque estaba resuelto —así se lo escribía a Carlos V— a no tolerar «bellaquerías y pasiones». El 23 del mismo mes entró en Barcelona, donde repitió el juramento de costumbre, y comprendiendo que la plaga de los bandidos era difícil de exterminar, porque se presentaban en cuadrillas de 50 y 60 arcabuceros, pidió en seguida (27-VIII-1539) al Emperador fuerzas militares para combatirlos eficazmente.

Siguiendo las minuciosas *Instrucciones* del Emperador, el nuevo Virrey, que conocía bien la lengua y las costumbres catalanas, se trazó su programa. Atendió primeramente a la administración de la justicia criminal; después a la civil. Retiró de su oficio a muchos magistrados del país, que se dejaban sobornar por sus paisanos. Nombró Comisarios que instruyesen ciertas causas pendientes, mas cuidó de no escogerlos entre los oficiales del Virrey anterior. El personalmente hacía en Barcelona las rondas nocturnas. Examinó los procesos suspendidos y urgió su ejecución, vigiló la independencia de los jueces y les obligó a visitar cada semana las cárceles, para ver si los pobres estaban bien tratados. En sus cartas,

admirables por su claridad, precisión y energía de lenguaje, da informes al Emperador de todos sus hechos y de sus planes. «Habrá tres o cuatro días que ahorqué a uno de los principales bellacos de esta revuelta». No se contentó con hacer justicia. Viajó por sus dominios, restableció el orden público, activó los preparativos bélicos, avisó al Emperador del estado de los castillos, de los peligros en las fronteras, de la organización de la defensa, construyó galeras y defendió las costas contra turcos y piratas. Trató de hacer de los nobles, antes descontentadizos y poco seguros, amigos fieles del Emperador y declaró a éste la situación lamentable de algunos monasterios que debían ser reformados. No interrumpió las obras de misericordia, a las que estaba acostumbrado desde niño, y miró por su propia alma con un fervor siempre creciente.

Abramos el *Chronicon* de Polanco y allí veremos su género de vida después de la muerte de la Emperatriz, viviendo aún su propia esposa, Leonor de Castro: «Con ánimo generoso empezó a dedicarse a la oración y a la lectura (a la cual era propenso desde la juventud) y también a la castigación del cuerpo; tanto que mientras era Virrey de Cataluña, entre los banquetes, que por fuerza debía ofrecer a los otros, tenía la práctica de los cilicios y la flagelación asidua de la carne, y dedicaba largas horas seguidas a la oración mental. Así, en la lectura de los Santos Doctores y en la meditación de las cosas pertinentes a la perfección de la vida cristiana hizo grandes progresos». Acercábase a la confesión y a la comunión semanalmente, cosa rara entonces. Como «Caballero de Santiago», tenía el deber de recitar cada día una especie de *Rosario,* que constaba de 150 Avemarías y 15 Padrenuestros. Examinaba su conciencia dos veces al día y buscaba directores espirituales entre los dominicos y franciscanos. En suma, si externamente se comportaba como el más cumplido caballero, internamente no se distinguía del fraile más observante.

Carlos V manifestó muchas veces, en sus cartas y en sus documentos oficiales, la admiración que sentía hacia su Virrey; éste le hablaba con suma franqueza a su señor y le obedecía con plena sumisión y respeto, le declaraba todo lo que hacía y lo que pensaba hacer. Nunca tuvo el Emperador un Virrey ni un gobernante cualquiera de más talento, de más energía y de más dúctil disponibilidad.

Borja y la Compañía de Jesús

El primer hijo de San Ignacio, a quien el Virrey de Cataluña conoció, fue seguramente el Beato Pedro Fabro, cuando en marzo de 1542 pasaba

por Barcelona. El 1 de marzo escribe Fabro a S. Ignacio: «Llegamos aquí a Barcelona este sábado de noche, y fuimos aposentados por mano del señor Virrey, Marqués de Lombay, que está muy aficionado a todos nosotros, así como la Señora Marquesa, su mujer». En una de aquellas conversaciones en casa del Virrey, éste le abrió la conciencia y le habló de su vida espiritual, mientras Fabro le contaba maravillas de la vida y santidad de Loyola, así como del Instituto religioso por él fundado. Esto despertó la curiosidad de Borja y el ansia de conocerlo. Así que poco después, teniendo conocimiento de lo que algunos murmuraban en la ciudad contra el Virrey, porque siendo laico y casado, recibía semanalmente la comunión eucarística, se decidió a pedir consejo a Ignacio, por una carta, que sólo indirectamente conocemos.

Nos cuenta el primer biógrafo de Francisco de Borja, Dionisio Vázquez († 1589), autor muy bien informado y conocedor de muchos documentos hoy perdidos, que el fundador de la Compañía le contestó en estos o parecidos términos (el documento original no se conserva):

«Que aunque de esto no se puede dar regla universal, que cuadre a todos igualmente, pues la frecuente comunión, que para unos sería provechosa y agradaría a Dios, para otros podría ser dañosa e injuriosa a la divina Majestad; mas que el recibir el santísimo sacramento del altar a menudo, de suyo es santa y bendita obra, y así se debe aconsejar cuando hay disposición y aparejo en el alma... y que este aparejo se debe conocer por un examen de la conciencia».

Dictaba luego tres reglas: 1.ª Que la intención de comulgar sea pura Y recta. 2.ª Con el consejo del P. espiritual y confesor escogido. 3.ª Según el aprovechamiento que el alma siente; en crecer en las virtudes[168].

Con este primer intercambio de cartas entre Borja y Loyola, la amistad y confianza entre los dos grandes personajes —grandes uno y otro ante Dios y los hombres— empezó a crecer con llamaradas cada día más vivas.

Sobrevínole repentinamente al Virrey una tristísima noticia. Su padre, D. Juan de Borja, III Duque de Gandía, falleció inesperadamente el 8 de enero de 1543. Comunicáronselo los Jurados o Magistrados de la

[168] Conocemos otra carta de Borja a Ignacio (18 de julio de 1542) rogándole que permitiese a Araoz seguir algún tiempo más en Barcelona, porque si sale de aquí, «será una grande infelicidad de esta ciudad... y vos, señor, tendréis en vuestra santa Compañía otras personas de buen ejemplo y doctrina, que le puedan suplir donde quiera» (MHSI *Borgia* II, 415-16); de la carta sólo se conserva una antigua traducción italiana.

ciudad, rogándole que viniese pronto a Gandía para poner en orden todo el régimen de los dominios paternos; a lo que el Virrey contestó que comprendía las necesidades de Gandía, mas que él se hallaba en muy difíciles circunstancias, preparándose para la guerra que amenazaban los franceses, y que no podía moverse ahora sin facultad expresa del Emperador. A Carlos V le envió estas letras el día 14:

«Después que V. Majestad se partió de Valencia y se volvió el duque mi padre a su casa, le vinieron unas calenturas, de las cuales, y de unos desmayos y vómitos muy grandes que le sobrevinieron, fue nuestro Señor servido de llevarle a su gloria a los IX *(sic)* del presente; y aunque murió con todos los complimientos de la sancta Madre Iglesia, déjame con la pena ques razón, por ser la pérdida tan grande. Ofrescíaseme agora necesidad de dar una vista por aquella casa para poner en recado algunas cosas; pero vista la falta que haría acá en el servicio de V. Mt., no oso suplicar por licencia, hasta que sea en tiempo en que menos falta haga».

El Emperador le contestó dándole el pésame el 22 de enero. En cuanto a su viaje a Gandía, le aconsejaba suspenderlo hasta marzo, en que él iría a Barcelona. Y en otra carta del mismo día le avisaba que estuviese atento a las fronteras, pues era de temer un próximo ataque francés.

Mucho más le debió consolar el pésame de Su Santidad el papa Pablo III, de la casa Farnese, que debía su cardenalato al papa Borja:

«Dilecto hijo —le decía—, salud y la bendición apostólica. Mucho nos ha afligido la muerte de tu padre Juan de buena memoria, pues era grande el amor que le teníamos como a nieto de Alejandro VI, nuestro predecesor de feliz memoria, de quien tiene origen nuestra dignidad, y le amábamos como a varón insigne por su autoridad, piedad y virtud y por la veneración que nos profesaba... La benevolencia que hacia él teníamos, la volvemos ahora hacia ti, hacia tus hijos y hermanos», etc. Lleno de agradecimiento le respondió Francisco: «Beatísimo y Santísimo Padre. Aunque esta casa de V. Bd. no hubiera recebido otra merced de su santísima mano, sino la que agora ha recebido con su favor y consolación, nadie bastaría a servirla, cuánto más veniendo sobre tantas y tan señaladas... Sólo me queda el desear ir a besar el pie a V. Sd. por mostrar en algo no ser ingrato a tantos beneficios».

Nuevos desengaños del Duque de Gandía

Desde la muerte de su padre, Francisco de Borja, como primogénito, asumió el título de IV Duque de Gandía. Una vez arreglados los asuntos de la familia y del ducado, pensaba en dirigirse a la Corte, ya que en el Virreinato de Cataluña le había sucedido, por voluntad de Carlos V, el Marqués de Aguilar, Juan Fernández Manrique.

Se estaban preparando las bodas de Felipe II con la infanta María Manuela, hija de los reyes de Portugal. Ya estaba firmado el contrato matrimonial (Lisboa 1 de diciembre 1542), y la boda se había de celebrar en Salamanca el 13 de noviembre de 1543. Carlos V había echado sus planes sobre aquel fiel servidor, amigo y favorito. En lugar del Virreinato, le daría otro cargo no menos alto, honroso y bien pagado, nombrándole Mayordomo mayor de la Infanta María Manuela, y a su esposa, Doña Leonor de Castro, Camarera mayor de la misma Infanta.

Este nombramiento imperial no se hizo público por la resistencia que opusieron los reyes portugueses. En consecuencia, Francisco de Borja no se movió de Gandía hasta 1550. Siete años que cambiaron el rumbo de su vida de un modo radical.

Dios le iba conduciendo por el sendero de la vida a golpes de desengaños, los cuales le venían en los momentos que parecían más brillantes y cenitales. Pero Borja era un santo, que veía en todo la mano guiadora de Dios y se acomodaba gustoso a la Providencia divina.

Los más altos honores de la Corte se habían esfumado ante sus ojos, como una columna de humo multicolor. Y a fin de orientar mejor su ruta, Dios le quitó un obstáculo en el camino, abriéndole nuevas sendas más rectas hacia la santidad. Ese tercer desengaño le vino con la muerte de su querida esposa Doña Leonor (27 de marzo 1546). El 24 de abril le escribe al P. Araoz: «Padre mío, no sé lo que le diga de su buena amiga, sino que ella puede decir: *Dominus mortificat et vivificat.* Porque cierto en su enfermedad fue mortificada maravillosamente, y en su tránsito y fin fue regalada maravillosísimamente».

Desde aquel día el Duque de Gandía vigorizó su vida espiritual. Más oración, más penitencia, mayor frecuencia de la comunión eucarística en la capilla de su palacio. Si hemos de creer a Dionisio Vázquez, se levantaba a las dos de la madrugada y se ponía en oración y meditación hasta las ocho. Habrá alguna exageración porque otros testimonios reducen las horas de oración. El Rector del Colegio de Gandía, P. Andrés de Oviedo, escribía a

S. Ignacio que en aquel colegio comúnmente se daba a la oración una hora (de 5 a 6 de la mañana), después de la cual se oía la Misa y por la noche (de 9 a 10) otra hora de oración. San Ignacio respondió que mientras no se publicasen las *Constituciones,* que regularían todo, podían continuar los de Gandía haciendo dos horas de oración al día.

Vida de estudio y oración en Gandía

Las pláticas espirituales que Borja había tenido con el Beato Pedro Fabro en Barcelona y últimamente en Gandía, por donde pasó Fabro a primeros de abril camino de Roma, le hicieron amar a la Compañía de Jesús y concebir alta estima de S. Ignacio. Pronto empezaron a cartearse con grande opinión el uno del otro. Esta correspondencia epistolar se hizo más frecuente y más hondamente espiritual desde que el Duque se estableció en Gandía, y sobre todo desde el día de su viudez.

En mayo de 1546 hizo éste el mes de *Ejercicios* (cuatro meditaciones diarias más una nocturna) bajo la dirección del P. Andrés de Oviedo, a quien siempre le quedará aficionadísimo por su sincera humildad y su mucha devoción. El 2 de junio, dentro probablemente de los mismos *Ejercicios,* hizo voto de entrar en la Compañía. Cuando lo supo en Roma S. Ignacio, le salió del corazón esta carta rebosante de júbilo y de agradecimiento al Señor, porque tenía a bien enriquecer el cuerpo de la Compañía con tan riquísima prenda.

> «Illmo. Señor. Consolado me ha la divina Bondad con la determinación que ha puesto en el alma de V. Sría. Infinitas gracias le den sus ángeles y todas las almas sánelas que en el cielo gozan, pues acá en la tierra no bastamos a dárselas por tanta misericordia, con que ha regalado a esta mínima Compañía de Jesús, en traernos a ella a V. Sría., de cuya entrada espero sacará la divina providencia copioso fruto y bien espiritual para su alma y otras innumerables, que de tal exemplo se aprovecharán; y los que ya estamos en la Compañía nos animaremos a comenzar de nuevo a servir al divino Padre de familias, que tal hermano nos da, y tal obrero ha cogido para la labranza deste su nuevo majuelo, del cual a mí (aunque en todo indigno) me ha dado algún cargo. Y así en el nombre del Señor yo acepto y recibo desde ahora a V. Sría., por nuestro hermano, y como a tal le tendrá siempre mi alma aquel amor, que se debe a quien con tanta liberalidad se entrega en la casa de Dios para en ella perfectamente servirla...»

(Le añade consejos sobre el modo de ultimar sus negocios familiares, como la colocación de sus hijos e hijas, y prosigue en esta forma):

> «Entre tanto que estas cosas se concluyen, pues V. Sría., tiene tan fundados principios de letras para sobre ellos edificar la sagrada teología, holgaría yo, y espero que dello Dios se servirá, que aprenda y estudie muy de propósito la teología; y si ser puede, querría que en ella se graduase de doctor en esa Universidad de Gandía, y esto con mucho secreto por ahora (porque el mundo no tiene orejas para oír tal estampido), hasta que el tiempo y las ocasiones nos den, con el favor de Dios, entera libertad».

No habían transcurrido dos años y medio, cuando Ignacio le permitió hacer la profesión solemne, vínculo definitivo de unión con la Compañía. ¿A qué se debió tanta precipitación? A las sospechas o barruntos que tenía el fundador de la Compañía de los planes de Felipe II, que podría nombrar al Duque de Gandía Mayordomo mayor suyo. Había que impedirlo a toda costa. Por eso Ignacio acudió al papa Pablo III, pidiéndole que Borja hiciese la profesión religiosa, conservando la facultad de seguir ocupándose durante tres años en sus asuntos familiares. El papa Farnese no podía negarle nada.

Y, en efecto, no tardó en despachar un *Breve,* otorgándole cuanto se le pedía. Francisco de Borja pronunció los votos jesuíticos en el colegio de Gandía el 1 de febrero de 1548, fiesta de S. Ignacio mártir de Antioquía, fecha escogida adrede, pensando en Ignacio de Loyola.

Los dos años precedentes habían sido para el santo Duque años de oración y estudio, asistiendo a la Universidad —a su propia Universidad, pues Borja había sido el fundador en 1547— estudiando teología en orden al sacerdocio, y conversando amablemente con el P. Andrés de Oviedo, Rector del colegio de la Compañía, y con Francisco Onfroy (o Francisco *Gallo* porque era francés), el cual regentaba la cátedra de filosofía.

Más que con Onfroy, intimó Borja con Andrés de Oviedo, varón espiritualísimo y propenso —como también Onfroy— a la vida contemplativa y eremítica, aunque más humilde, sumiso y obediente a cualquier precepto o indicación del Padre Ignacio. De Oviedo decía el P. Miró en 1546: «Es un santo»; «Alma bendita» lo llamaba Araoz. A reforzar el carácter espiritualista y místico de ambos vino el franciscano fray Juan de Tejeda, que había conocido a Borja en Barcelona, en el verano de 1547 lo hallamos en Roma, negociando su ordenación de sacerdote, y a principios de 1548 estaba ya establecido en Gandía, cursando estudios teológicos e

influyendo bastante en algunos de la comunidad jesuítica, en la cual se sentía tan a gusto como entre los suyos. Corno el único convento franciscano de Gandía era el de las monjas Clarisas, se puede creer que allí tendría su residencia habitual.

Tres personajes: Oviedo, Onfroy, Juan de Tejeda. Tres personajes que parecen arrancados a un códice miniado de los siglos XIII-XIV, y que no atreviéndose a asomarse al Renacimiento, vuelven la cabeza hacia atrás, hacia aquellos «Espirituales» que hosannaron la venida de Celestino V, y a los Fraticelos condenados por Juan XXII. Una nota distintiva tienen los de Gandía, y es que no atacan la autoridad del Sumo Pontífice. Algo ignaciano hay en ellos; en Andrés de Oviedo, mucho. Y eso le salvó. En un franciscano, como fray Juan de Tejeda, nada tiene de extraño que se oigan resonar los últimos ecos de los Espirituales apocalípticos.

De los tres personajes gandienses amantes de la soledad y de la vida contemplativa el que más amistad tenía con Borja era el Rector P. Andrés de Oviedo (1517-1580), toledano de Illescas, bien experimentado en las cosas de la Compañía desde sus estudios en la Universidad de París (1542) con un grupo de jesuitas, dirigidos por Doménech, y luego en Coimbra (1545), a quien S. Ignacio, previendo los peligros de un vago individualismo pseudomístico, procuró fundarlo sólidamente en la obediencia, dirigiéndole el 27 de marzo de 1548 una carta, que es como el preludio de la que más tarde escribirá a los de Coimbra. Y el impacto que causó en su alma, aun en los momentos más críticos, no dejó de notarse pronto.

Desviaciones hacia el eremitismo

Muy dolorido debió de quedar Ignacio con la lectura de una carta que el 8 de febrero de 1548 le escribió nada menos que el Rector de Gandía, Andrés de Oviedo, atacando en forma humilde y respetuosa, y aun impregnada de devoción, lo más sustancial de la Compañía de Jesús. Vemos por ella que Oviedo amaba tanto la soledad del yermo, que por ella dejaría con gusto la vida de comunidad y de apostolado. Por lo pronto se limita a pedir, con humildad y por motivos sobrenaturales, tan sólo siete años de vida eremítica en compañía del P. Francisco Onfroy.

Está profundamente persuadido que Dios le llama a la soledad, pero, como verdadero hijo de S. Ignacio, lo deja todo en manos del Superior:

«Muchos días ha que Nuestro Señor me ha dado grandes deseos del recogimiento, y me ha parecido que este exemplo de recogerse mucho y darse a la oración por largo tiempo da Cristo nuestro Señor y su precursor Baptista a los que han de predixar y enseñar al próximo. Porque la candela que ha de alumbrar a otros, es menester que se encienda primero... (Vienen largas consideraciones entretejidas con ideas típicamente ignacianas, queriendo probar que no va contra el Instituto que profesa y sigue:) Bien conozco también mucho fructo a mi alma de las sanctas ocupaciones en que me han ocupado... por el gran fructo y mérito de la obediencia, que da perfición a la obra, dexado aparte el provecho del próximo, de que Dios nuestro Señor tanto se sirve...

»El caso es que, augmentándoseme mucho el exercicio mental, diversas veces me ha venido deseo de soledad, como en algún desierto o lugar apartado..., y lo apartaba de mí como tentación... pareciéndome que cómo era posible esto, habiendo yo tantas veces (siendo movido de nuestro Señor para ello) rogado a nuestro Señor que me dexasse acabar mi vida en la Compañía, y que antes me mate (y así de presente se lo suplico) que yo salga de la obediencia de la Compañía... Plega al Señor que yo siempre obedezca... Y después, en fin de enero, veniendo el P. Francisco Onfroy de Valencia, de graduarse de Maestro en artes, sentí una gran consolación, pareciéndome ser inspiración de nuestro Señor en que los dos juntos podríamos estar algún tiempo en desierto, por ser entrambos sacerdotes para celebrar, y tan concordes en la condición y conversación... Y ofrecióseme entonces deseo que estuviéssemos siete años en desierto o soledad, dándonos a la oración y contemplación...; y él me dixo que holgaría dello en que los dos estuviéssemos juntos...

»Y un día, diciendo Misa, hallándome en algún conocimiento, me parescía que, si fuese solo yo y por toda mi vida, que sería yo muy contento, y que yo no me merescía ser consolado teniendo compañía, y hallé mucha paz en esto de procurar haber licencia para lo sobredicho...

»Y así digo a V. P. que mi deseo es, dándome V. P. licencia para ello, y de otra manera no, de recogerme en algún desierto o lugar recogido por espacio de siete años, o los de más o de menos que V. P. fuere servido, siendo así la voluntad de nuestro Señor... *Sum certus* que a ello no me mueve la carne ni la sangre, ni la gloria ni fama del mundo... pero en fin todo lo dexo en las manos de nuestro Señor y de V. P. que yo no deseo otro en esta vida, sino obedecer y orar o contemplar, y no lo uno sin lo otro».

¿Qué contestó S. Ignacio a esta carta tan contraria a sus ideas, pero en medio de todo tan humilde, devota y obediente? No quiso hacerlo directamente, sino que por medio de Polanco, su secretario, le recomendó «que en todas sus cosas recurra al Licenciado Araoz *(su Provincial)* y le obedezca como a Jesucristo nuestro Señor». A lo que respondió Oviedo: «Yo soy muy consolado y alegre de así hacerlo».

El fundador de la Compañía conocía muy bien al Rector del colegio y Universidad de Gandía, sus grandes virtudes y las debilidades de su temperamento, su obediencia rendida, su humildad sin límites y su ardiente deseo de cumplir en todo la voluntad de Dios. Por eso la respuesta fue suave, seguro como estaba de que Oviedo acataría la voluntad del Superior como la de Dios.

«Cuanto al recogimiento y soledad que por siete años desea, por ser la cosa ardua y de peligroso exemplo para el modo de proceder de la Compañía —le escribe Polanco—, parécele a nuestro Padre Maestro Ignacio, que requiere mayor provisión. Cuanto a la instancia grande que V. R. usa en pedir la licencia, he sentido que nuestro Padre la tenía por poco necesaria, porque sintiendo su Paternidad la cosa ser a mayor servicio y gloria divina, sin mucha fuerza viniera en ello».

La reacción de Andrés de Oviedo a la negativa de Roma fue la de un santo. Se sometió al parecer de los Superiores en forma total y absoluta. No sólo se sometió plenamente a todo y en todo, sino que, avergonzado de sí mismo y de haber errado en cosa de tanta importancia para un religioso, confesó humildemente: «creo firmemente venirme esta respuesta de mano de nuestro Señor... y así estoy dello alegre... y confío en la divina Majestad... que a lo menos en la obediencia ha de detener mi malicia, para que yo no me quiebre el amoroso vínculo que su divina Majestad ha puesto en mi alma, de la obediencia, haciéndome desear mucho el obedescer... Yo pido a nuestro Señor y a V. P. perdón, rogando a nuestro Señor me dexe guardar tan buenos puntos de obediencia como V. P. me envía... Padre mío, deseo salvarme, y nunca plegué a la divina Majestad, que yo, por favorescer mis opiniones, dexe el juicio de mis Superiores y ofenda a nuestro Señor... De Gandía a 2 de mayo 1548».

¿Se dejó influir el Duque de Gandía?

Un San Francisco de Borja, inteligencia alta y clara, juicio sereno y atinado, conocimiento práctico de las cosas y de los hombres, y por contra discípulo fidelísimo de Loyola en las cosas espirituales, no podía dejarse

enredar en las fantásticas telarañas de unos soñadores esclavos de sus propias ilusiones y fantasías. Pero como en el fondo de su corazón, lleno de fe y de amor de Dios, admiraba sinceramente a aquel grupito de personas religiosas que buscaban apasionadamente el camino de ir a Cristo, empresa nobilísima que a él le seducía más que a cualquiera, observó en cada uno de ellos sus prácticas espirituales, particularmente su oración y su penitencia, y como hombre que buscaba la perfección cristiana, no quiso ser menos y se consagró en lo posible a macerar el cuerpo y a elevar el espíritu.

Se dio a practicar rigurosos ayunos y abstinencias; todo el tiempo que dedicase a la oración y contemplación le parecía poco; sus flagelaciones corporales eran largas y tan crueles que de sus espaldas saltaban gotas de sangre. Y esto en un tiempo que estudiaba en la Universidad con la intención de graduarse en teología. ¿Cómo podría hacer bien sus estudios con tan severo régimen de vida?

Aquel soberano maestro y director de las almas, que era Ignacio, juzgó que le había llegado el momento de intervenir. Y el 20 de setiembre de 1549 dirigió al santo duque de Gandía una carta llena de sabiduría natural y sobrenatural, carta que debe leerse entera, porque refleja la imagen tanto del director práctico como del altísimo contemplativo.

Entendiendo que de la divina Bondad proceden todos los dones y virtudes, dice Ignacio que él se complacía en las grandes penitencias y largas oraciones de Borja; mas «para un tiempo tenemos necesidad de unos exercicios, así espirituales como corporales; para otro diverso, de otros diversos». Y establecido este principio, da comienzo a los consejos. *Primeramente,* no teniendo grandes tentaciones, o malos pensamientos, o turbaciones interiores, «no seyendo necesarias tantas armas para vencer los enemigos..., ternía por mejor que la meitad del tiempo *(que solía dar a la oración y otros ejercicios espirituales)* se mudase en estudio... en gobierno de su Estado y en conversaciones espirituales, procurando siempre de tener la propia ánima quieta, pacífica y dispuesta para cuando el Señor nuestro quisiere obrar en ella».

«Cuanto al segundo, cerca ayunos y abstinencias..., guardar y fortificar el estómago con las otras fuerzas naturales, y no en debilitarlas, porque, primero, cuando una ánima se hallase así dispuesta y así determinada, que antes elegiría perder en todo la vida temporal, que hacer una ofensa, por mínima que fuese, deliberada, contra la divina Majestad; y segundo, que no se hallase trabajada de particulares tentaciones del

enemigo, del mundo o de la carne, como yo me persuado que V. Sría. por gracia divina se halle... deseo mucho que V. Sría... no dexase enflaquecer la natura corpórea, que siendo ella flaca, la que es interna no podrá hacer sus operaciones. Por tanto, dado que los ayunos con tanta abstinencia y con tanto quitarle de manjares comunes yo laudé mucho, y dello me gocé por cierto tiempo, para en adelante yo no podría laudar, donde veo que el estómago con los tales ayunos y abstinencias no puede naturalmente hacer sus operaciones, ni aun digerir alguna de las carnes comunes...; antes sería *(mi consejo)* en buscar todos modos que pudiesse para esforzarle, comiendo de cualesquiera viandas concedidas...; porque al cuerpo tanto debemos querer y amar, cuanto obedece y ayuda al ánima».

«Cerca la tercera parte, de lastimar su cuerpo por el Señor nuestro, sería *(mi consejo)* en quitar de mí todo aquello que pueda parecer a gota alguna de sangre..., y en lugar de buscar o sacar cosa alguna de sangre, buscar más inmediatamente al Señor de todos, es a saber, sus sanctísimos dones, así como una infusión o gotas de lágrimas, agora sea, 1.° sobre los proprios pecados o ajenos, agora sea, 2.° en los misterios de Cristo N. S..., agora sea, 3.° en consideración o amor de las personas divinas... Y aunque en sí el 3.° sea más perfecto que el 2.º y el 2.º más que el 1.°, aquella parte es mucho mejor que cualquier individuo, donde Dios nuestro Señor más se comunica mostrando sus sanctíssimos dones... Los cuales entiendo seer aquellos que no están en nuestra propia potestad traerlos cuando queremos, mas que son puramente dados de quien da y puede todo bien: así como son... intensión de fe, de esperanza, de caridad, gozo y reposo espiritual, lágrimas, consolación intensa, elevación de mente, impresiones y iluminaciones divinas, con todos los otros gustos y sentidos espirituales, ordenados a los tales dones, con humildad y reverencia a la nuestra santa Madre Iglesia, y a los gobernadores y rectores puestos en ella. Cualquiera de todos estos sanctissimos dones se debe preferir a todos actos corpóreos».

No hay que decir que aquel tan grande como humilde discípulo espiritual de Ignacio siguió a la letra los consejos de su excelso maestro, y enderezó su camino hacia Dios mirando en todo a las enseñanzas de la Iglesia y de los Doctores más seguros. No obstante su ardiente amor a la oración y su fuerte tendencia hacia las mortificaciones corporales, no se dejó llevar a ningún exceso de los que predicaban sus tres amigos. Pronto veremos que Ignacio se vale de él para atraer a los que iban descarriados.

El profetismo reformista y su refutación

Se ha podido observar que en el colegio de Gandía y dentro de aquella comunidad fervorosa, mortificada y anhelante de mayor perfección, se estaba formando una atmósfera caldeada de profetismo reformista por influjos del franciscano fray Juan de Tejeda, no sacerdote todavía, pero dotado de indudables virtudes, que lograron seducir al piadosísimo Rector P. Andrés de Oviedo (más adelante obispo y Patriarca de Etiopía) y a un joven profesor de Filosofía en la Universidad, Francisco Onfroy. Era fray Juan de Tejeda, un franciscano que en el siglo XIII y XIV hubiera militado en la facción de los «Espirituales» tocados de profetismo y anhelosos del «Papa Angélico», de aquel papa soñado y anhelado, que mediante la pobreza y la oración había de reformar la Iglesia. Trataba con los jesuitas de Gandía, como si fuera uno de ellos, y era el que más soplaba en la hoguera de piedad y recogimiento que se había formado en torno a Francisco de Borja. Constituían un cenáculo espiritual, en que se fomentaba mucho la oración mental, a lo cual contribuía el *Directorium aureum contemplativorum* del franciscano brabanzón Enrique Herp (Harphius † 14-78), y otro libro, entonces bien conocido, cuyo autor era un lego franciscano Bernabé de Palma, andaluz originario de Sicilia: *Via spiritus o de la perfección del ánima,* obra muy leída en el colegio de Gandía, según testimonio del P. Antonio Cordeses.

Estas lecturas y otras semejantes eran muy apropiadas para infundirles un amor desmedido hacia la oración y contemplación. Pero ¿había en la comunidad de Gandía alguna obra típica de los Espirituales y Fraticelos, con dogmas de matiz heterodoxo, como el de la Iglesia corrompida, que sólo con el advenimiento de un Papa Angélico había de ser reformada y regenerada? Nos atrevemos a decir que no. Y si alguna vez afloran en sus conversaciones, es porque ciertas ideas reformísticas flotaban en el ambiente, y el mito del Papa Angélico se repetía con frecuencia no en libros de historia, sino en hechos reales. Así el mismo Ignacio (o su Secretario) en su tratadito *De illusionibus quibusdam* contra las falsas revelaciones, cuenta varios casos, ocurridos en su tiempo, como el del Cardenal Galatino y otros, que «indubiamente tenían y tienen que hayan de ser Papas Angélicos para reformar la Iglesia». «Así mesmo en otras partes de Italia, como Spoleto y Calabria, se ha levantado otro estos días, descendiente de Santo Francisco de Paula, que así mismo pretendía que había de ser Papa Angélico y reformar, etc.» «También vino los días pasados uno de Portugal, que había de reformar la Iglesia, y aquí en casa procuró

nuestro Padre de reducirlo». Todos ellos se presentaban como «el esperado», «el Papa Angélico», «el que vendrá para reformar la Iglesia».

Siguiendo a fray Juan de Tejeda, que sin ser sacerdote actuaba como profeta y maestro espiritual de aquellos ingenuos y descaminados jesuitas («Oír hablar de propósito al Texeda, es oír hablar a Dios», decía Oviedo), parece que se redactó una suma de sus doctrinas, que llegó a manos de S. Ignacio. Este, deseando poner por escrito su doctrina con sus métodos y cautelas en materia de revelaciones privadas y profecías, encargó a su secretario que pusiese por escrito una refutación de los errores, y así lo hizo Polanco en un tratadito que suele citarse en latín *De illusionibus quibusdam,* y que trata de las ilusiones o engaños en materia de revelaciones y profecías[169].

Vamos a entresacar de dicho tratado, compuesto al alimón por Polanco e Ignacio, algunas frases de Onfroy, o contra Onfroy, sobre las profecías:

— «Que este espíritu de profecías o sentimientos, en especial de la reformación de la Iglesia y Papa Angélico, etc., que corre de muchos años acá... se debe tener por muy sospechoso; que con él se ha dado el demonio a burlar todos aquellos, en quienes halla disposición... entrando en cuenta destos algunas personas rarísimas en dones de natura y doctrina» *(y cita entre otras a Savonarola,* «persona de grandes y singulares partes... de tanta virtud y devoción... y con todo ello se engañó»).

— «Cuando Dios N. S. revela semejantes cosas sobrenaturales, suele hacerlo por algún fin bueno... y es propio destas *gratias gratis datas* que sean para el bien de los próximos, según San Pablo y los doctores; pero mirando el fin y a lo que estas profecías y revelaciones podían servir, no hallamos utilidad sino antes daño y desedificación de los de la Compañía... Pues es cierto que decir que no está bien instituida y que se ha de instituir mejor, haría que quien lo creyese no se quietase en ella, y esperando lo futuro, no observase lo presente».

Refiriéndose a Onfroy, a quien está refutando, afirma (sin nombrarlo) que no da garantías de iluminación profética, por su «entendimiento confuso», que no sabe en la iluminación distinguir lo absoluto de lo con-

[169] *De illusionibus quibusdam* en I*gnat. Epist*. XII, 632-54. El autor principal parece ser Polanco, pero tiene no pocas enmiendas de mano de S. Ignacio, y tres veces por lo menos se nombra al mismo Polanco, por ejemplo: «Esto sábelo Maestro Polanco de cierto», etc., que suponemos procede de S. Ignacio.

dicionado. «De parte de su voluntad y afecto se vey también la facilidad del engaño».

Señal —dice— de que la revelación viene de Dios, es que hace al alma más humilde; aquí, en cambio, le infunde soberbia, con la cual juzga y condena a quien él ha tomado por Superior en lugar de Cristo nuestro Señor. Y prosigue en esta forma:

— «No parece conveniente contención y resistencia contra el Vicario de Cristo... Tampoco parece probable que el Criador y Señor de todos tanto desamparara al Papa en las cosas generales de la Iglesia».

— «Que la Compañía de tres años acá, cuanto haya crescido en número, haya decrecido en espíritu *(las dos líneas que siguen son de letra de S. Ignacio):* en cuanto razonablemente se puede juzgar, creemos sin poder dudar en el Señor nuestro, que lo contrario es verdadero». *(Y sigue la prueba histórica de mano de Polanco).*

— «Parecen imaginaciones ligeramente sentidas y dichas..., imaginaciones salidas de su afición y poco verímiles... Parece que si Texeda hubiese de ser instrumento para reformar su Orden, que no debía faltar así en algunos puntos de perfecta obediencia... Pues duda, ya consta que no tiene revelación destas cosas, sino opinión».

— «Que el R. *(Francisco de Borja)* será Papa Angélico, cosa es posible y muy fácil al Señor de todos; y acá se daría poca ventaja, o ninguna, a persona alguna en gozarnos en el mismo Señor nuestro de cualquier grande empresa que la su divina Majestad del se quisiese servir; *lamen* cuanto a la tal dignidad... es mejor hallarnos fuera de los tales pensamientos». *(Todo este párrafo es de manos de S. Ignacio).*

— «Los tres auctores que alega pueden errar, que no son todos aucténticos... y alguno dellos, como Henrico Herp, tiene, sin duda, necesidad de ser glosado en algunos lugares, para que se sufra lo que dice».

— «¿Que en ninguna religión hay menos oración? —Si entiende que el Instituto de la Compañía tenga limitado más breve tiempo que las otras, no tiene razón; que hasta agora no hay cosa limitada... Aquí muestra dónde le duele y dónde nacen tantas profecías. Y dice mal... pues es cierto que no vieda la oración..., aunque ponga límites a algunos particulares, que en ella se alargan demasiado».

— «Que oración de una y dos horas no es oración, y que son menester más horas, es mala doctrina, contra lo que han sentido y practicado los sanctos. Veyse por exemplo de Cristo», etc.

— «Hasta aquí parece que basta lo dicho sobre la persona de B. *(Onfroy)*... Ahora se dirá algo de las sentencias de la persona C. *(Oviedo)* más en breve». Tan en breve, que no hace sino rectificar algunas de sus expresiones más inexactas.

Final del drama

Aquellos fanáticos de la oración de largas horas, tan prolongada que no les dejaba un momento libre para el estudio ni para los ministerios apostólicos, engañados y seducidos como estaban por las profecías de fray Juan de Tejeda, no podían reducirse fácilmente a las costumbres de la Compañía. Ignacio pensó que esta dura tarea la podría realizar el fino tacto político de Francisco de Borja, que además tenía mucho ascendiente y prestigio sobre ellos. Le confió, pues, el 27 de julio de 1549, la faena de captarlos suavemente y traerlos al buen camino. La resolución de Ignacio era seria y decidida:

«Por tanto, mirando a lo que mi conciencia obliga, y para mí creyendo firmemente y sin poder dudar, y protestando delante del tribunal de Cristo nuestro Señor, que para siempre me ha de juzgar, que ellos van fuera de la vía, engañados y errados, cuándo en camino y cuándo fuera, persuasos del padre de la mentira..., encomendando el todo a la su divina Bondad, V. Sría quiera mucho... vigilar y proveer en ello... que todo se convierta cómo su divina Majestad en todas las cosas se sirva, y ellos sean en todo remediados».

De qué artes se sirvió el Duque de Gandía para que, al menos uno de los descarriados, volviese al recto sendero y a las normas ignacianas, no lo sabemos, pero es lo cierto que a los cuatro meses de escrita la carta de Roma, respondía Borja con aire de victoria: *«In nomine tuo,* después del Señor nuestro, *mutavi homines»,* que suena algo así como el cesariano *«veni, vidi, vici»,* aunque parece que sólo se rindió plenamente y de corazón el Rector Andrés de Oviedo, del cual hace Borja un sincero elogio: «al P. Maestro Andrés, a quien debo y amo tanto como es razón... Y así está muy consolado y muy buen estudiante *(de teología).* Por lo cual vuelvo a suplicar a V. P. esta gracia, suplicando también le escriba consolándole y congratulándose de lo que escribo; porque al fin es hijo verdadero de la Compañía, aunque por su pureza deseó ser *ut passer solitarius in tecto* (como eremita)».

Borja no pudo hablar con el P. Onfroy, porque atacado éste por una fuerte tuberculosis tuvo que ir rápidamente a Valencia, donde murió tísico

en junio de 1540. Fray Juan de Tejeda tuvo la satisfacción de ordenarse de sacerdote, después de lo cual hizo un viaje a Castilla con una comisión del Duque de Gandía para sus hijas Isabel y Juana (condesa de Lerma la primera, marquesa de Alcañices la segunda) que se hallaban la una en Tordesillas y la otra en Toro, a las cuales participó el viaje de Francisco a Roma con ocasión del Año Santo. Debía hacer lo mismo con la hermana del Duque, Doña Luisa, condesa de Ribagorza, residente en Pedrola de Aragón; mas no le fue posible al devoto fraile, porque estando en Valladolid sufrió un ataque repentino que en dos días le arrebató la vida el 8 de agosto de 1550.

Mucho más largamente y en tierras lejanas siguió trabajando heroicamente el P. Andrés de Oviedo. Exonerado de su cargo de Rector, partió para Roma acompañando a Borja. Quedóse algún tiempo al lado de S. Ignacio, el cual le nombró primer Rector del colegio de Nápoles en 1552. Dos años más tarde fue designado para la misión de Etiopía. Recibió la consagración episcopal en Lisboa en 1555, y se embarcó para la India. Tras una larga parada en Goa, continuó su odisea hasta Etiopía, adonde llegó en 1557. A la muerte del Patriarca J. Núñez Barrete en 1562, le sucedió Andrés de Oviedo en aquel cargo erizado de dificultades. Entre mortificaciones increíbles y en pobreza absoluta, que le forzaba a cultivar por su mano un *campiello* para poder comer, se esforzó por mantener una minúscula cristiandad, casi toda de mercaderes portugueses, frente a la hostilidad del Negus. Sus cartas emocionaban a sus hermanos de Europa, y su antiguo compañero de Gandía, ahora General de la Compañía de Jesús, le escribía envidiando su total despego de las cosas humanas.

La aprobación papal de los «Ejercicios»

Según refiere el P. Jerónimo Nadal, tres cosas deseaba ver Ignacio de Loyola antes de morir: 1.ª la aprobación y confirmación, por parte de la Santa Sede Apostólica, de la Compañía de Jesús; 2.ª la aprobación papal de los *Ejercicios;* 3.ª acabar de escribir las *Constituciones.* La primera la había visto realizada felizmente ya en 1540; la tercera estaba llegando a su conclusión; faltaba la segunda, que significaba para él una gran ilusión, porque conocía como nadie el fruto inmenso que sacaban las almas y la increíble transformación que se obraba en ellas. Bien conocido es el ponderativo panegírico de los *Ejercicios,* que hizo su mismo autor en la carta a M. Miona (1536). Y el P. Nadal testifica que «El Padre Ignacio se entregó a este ministerio cuanto pudo. Solía ensalzarlos diciendo que son *nuestras*

armas principales (máxima arma), a las que Dios ha dado tanta eficacia para su servicio».

No era fácil obtener de la suprema autoridad de la Iglesia una aprobación solemne del librito de los *Ejercicios.* Que el autor de los mismos se adelantara a pedirla, sería mucha audacia. Y si no él, ¿quién tendría suficiente prestigio y autoridad para mover al Romano Pontífice a dar ese paso?

La idea de hacer algo en este sentido partió de Borja, quien manifestó a Ignacio el 7 de junio de 1546 «un deseo acerca de los *Ejercicios»,* un deseo que se reducía a lo siguiente: «Viendo el fruto que hacen, el demonio opone en algunos algún escrúpulo... persuadiendo que, por ser cosa nueva, no se debe así entrar en ellos, y más en tiempos tan peligrosos de opiniones, etc. No podrían decir esto, si fuesen favorecidos por Su Santidad repartiendo algunas indulgencias y gracias por las personas que en ellos se ejercitaren».

Pareció bien a Ignacio, y así, enviando a Roma, como procurador del Duque, a un canónigo de Gandía se logró, por un «vivae vocis oráculo» del 2 de enero 1547, una aprobación indirecta de los *Ejercicios,* sin nombrarlos.

Sin tener noticia, probablemente, de esta aprobación implícita de los *Ejercicios,* empezó poco después a correr por la Universidad de Alcalá, donde el *Alumbradismo* había dejado malos recuerdos, el rumor de que en los *Ejercicios* de la Compañía serpeaban disimuladamente algunos errores de los Alumbrados. Lo que parece pretendían estos susurrones no era otra cosa que el descrédito de la Compañía ante el pueblo. Pero el P. Francisco Villanueva, rector del colegio jesuítico y hombre que juntaba la mucha virtud y buen juicio con el carácter intrépido y firme, pidió al Rector de la Universidad convocase la Facultad de teología, a fin de que sus doctores examinasen severamente todo lo que a los jesuitas se les achacaba. Lo que hizo el Rector fue formar un tribunal de tres catedráticos de los menos afectos a la Compañía y ordenar a Villanueva que compareciese ante ellos. Respondió el jesuita tan clara y acertadamente a todas las cuestiones que se le presentaron, que todos los presentes quedaron persuadidos de la pureza de la doctrina y del fruto espiritual de los Ejercicios. De todo ello dio cuenta por carta al Duque de Gandía.

La decisión de Borja fue escribir a Ignacio, aconsejándole entregar al papa Pablo III el librito de los *Ejercicios* con la súplica de que lo mandase examinar seriamente a fin de poderlo aprobar luego solemnemente. No le

pareció bien presentar el texto en su original castellano, sino en latín, lengua oficial de la Iglesia. El propio Ignacio había hecho una traducción latina, literal, mas no muy elegante; y ahora encargó al distinguido humanista Andrés Frusio (de Freux) hacer una nueva. Los censores elegidos por el papa fueron el cardenal de Burgos Juan Alvarez de Toledo O. P., Mons. Felipe Archinto, Vicario de Roma, y el Maestro del Sacro Palacio, Egidio Foscarari O. P., que leyeron y examinaron las dos traducciones latinas, dictaminando que eran dignas de publicarse, para el bien espiritual de los fieles, todas y cada una de las cosas allí contenidas, después de lo cual Pablo III expidió el Breve «Pastoralis officii» (31 de julio 1548) a instancias del *«Dilectus filius, nobilis vir, Franciscus de Borgia, dux Gandiae»* (a quien se le nombra tres veces en el Breve) proclamando que los *Ejercicios* están llenos de piedad y santidad y son muy útiles y saludables para la edificación y el provecho espiritual de los fieles», por lo cual «los aprobamos a ciencia cierta, los alabamos y con el patrocinio del presente escrito los corroboramos».

«Cuándo se ha visto otro libro, así elogiado y recomendado en vida de su autor? Borja sufragó los gastos de la primera edición *(Romae apud Antonium Bladum, 1548)* con una tirada de 500 ejemplares. Fue éste el último y una de las mayores muestras de afecto que dio el Papa Farnese a la Compañía de Jesús.

No nos detendremos a describir aquí las tormentas que se desataron los años siguientes en España contra el librito ignaciano y contra la práctica de los *Ejercicios.* Mas tampoco faltaron valientes apologistas, entre los sobresalió el doctor teólogo Bartolomé de Torres, cuya *Apología* terminaba con estas palabras: «Ellos *(los impugnadores)* han hecho gran diligencia en saber si hay errores; si después de hecha la tal diligencia dicen que los hay, el Papa ha hecho tanta y mayor diligencia que ellos, como parece en la aprobación, y después de hecha dice que ningún error halla en los *Ejercicios.* Díganme ahora los tales a quién es más razón que crea yo, al Papa o a ellos».

Borja, doctor en Teología

Ya llevaba algún tiempo el Duque de Gandía repasando en su Universidad las Artes o Filosofía, y estudiando con seriedad y ahínco la Teología. Se lo había aconsejado S. Ignacio recomendándole prepararse a graduarse en dicha Facultad antes de entrar en la Compañía y de recibir el sacerdocio.

Tuvo la suerte de cursar sus estudios teológicos, oyendo las lecciones de un ilustre y muy experto profesor, P. Jerónimo Pérez, Vicario general de la Orden de la Merced, acreditado teólogo, comentador de la *Suma* de Santo Tomás y de las *Sentencias* de Pedro Lombardo.

La inauguración de la Universidad de Gandía, fundada por Francisco de Borja, puede decirse que tuvo lugar el 1 de marzo de 1549 con la toma de posesión del primer Rector, Andrés de Oviedo. Borja obtuvo el título de Doctor en Teología el 20 de agosto de 1550. Acababan de escribirse las *Constitutiones Universitatis Gandiensis,* uno de cuyos párrafos establece lo siguiente:

«El que se hobiere de graduar de maestre en teología, haya de tener tres actos de conclusiones y leer dos liciones y después ser examinado.

»Las primeras conclusiones sean sobre los dos primeros libros de las *Sentencias;* las segundas sobre los otros dos libros de las *Sentencias,* scilicet 3.° y 4.°; las terceras en teología positiva y sobre la Sagrada Escritura, parte del Viejo Testamento y parte del Nuevo.

»Las liciones sean *ad libitum,* la una en teología escolástica y la otra en teología positiva.

»E para el examen se le den dos puntos dentro de 24 horas, como se hace en Valencia, y sea examinado con rigor».

En otro documento antiguo, que se conserva en el Archivo municipal de Valencia *(Libro I de la Universidad de Gandía)* leemos:

«Las ceremonias usadas en la Universidad de Gandía para la colación del doctorado en Teología eran las siguientes: 1.° Se concedía al doctorando la cátedra. 2.° Se ponía en sus manos un libro, primero cerrado y luego abierto. 3.° Se le ponía en el dedo un anillo, en señal de su desposorio con la divina sabiduría. 4.° Se le ponía el birrete en la cabeza. 5.° Se le admitía al ósculo de paz» [46].

El Duque de Gandía se sometió a todas las prescripciones, superó felizmente todos los exámenes, respondió con agudeza digna de alabanza a los argumentos que se lanzaron contra él, juró defender el misterio de la Inmaculada Concepción y con el asentimiento de todos los examinadores, el Rector lo proclamó doctor en sagrada teología, con facultad de enseñarla en todo el mundo, después de lo cual le impuso el birrete y demás insignias doctorales.

De Gandía a Roma. Año Santo de 1550

¡Cuánto había suspirado el Duque de Gandía por conocer personalmente al fundador de la Compañía, a aquel Ignacio de Loyola, cuyas cartas tanto le habían consolado e iluminado en los oscuros caminos del espíritu! Buscaba una buena ocasión de llegarse a la Ciudad Eterna, a la Ciudad de los Papas, a la cabeza y corazón de la Cristiandad. Necesitaba del consejo de Ignacio para resolver muchos problemas personales y familiares. Necesitaba hablar con él confidencialmente, determinar juntos el camino que en adelante debería seguir el Duque cuando renunciase a sus dominios temporales. Aunque últimamente había vivido como verdadero jesuita, entrar en Roma le parecía entrar totalmente en la Compañía de Jesús.

Más de una vez había pensado hacer ese viaje, pero temía que el Sumo Pontífice Pablo III, generoso favorecedor de los Borjas, aprovecharía tan propicia coyuntura para honrar y recompensar a Francisco con la púrpura cardenalicia, cosa que aquel incomparable despreciador de las honras y dignidades aborrecía con toda el alma.

Este primer obstáculo se le removió sin esfuerzo alguno de su parte por la muerte del anciano Papa, ocurrida el 10 de noviembre de 1549. Y ocurrió que pocos meses antes de morir anunció públicamente que el año 1550 sería *Año Santo,* en que todos los cristianos podrían ganar las sólitas indulgencias del Jubileo, como de costumbre. Lo que no llegó a realizar lo cumplió sin tardar su sucesor Julio III, pues elevado a la cátedra de S. Pedro el 10 de febrero de 1550, publicó el 24 del mismo mes y año la bula *Si Pastor ovium,* abriendo a la vez la Puerta Santa a los innumerables peregrinos que acudieron de todo el mundo a lucrar las indulgencias.

Ya tenía con eso el Duque de Gandía motivo más que suficiente para emprender su viaje a Roma, como lo hacían tantos devotos cristianos. Tenía además un motivo particular, como miembro de la Compañía. Quería Ignacio que todos los antiguos Padres y los profesos que pudiesen acudir se congregasen en Roma, pues, habiendo terminado de escribir las *Constituciones de la Compañía,* deseaba presentarlas a su examen, a fin de que le hiciesen las observaciones y enmiendas que juzgasen oportunas.

Hizo pública su voluntad de que no faltasen los más antiguos, los más graves y autorizados; y a los que él preveía que se mostrarían reacios, como Bobadilla y Rodrigues, les escribió particularmente. Al rey de Portugal le suplica el 5 de julio de 1550: «Pareciéndome que la venida por acá de Maestro Simón por algunos meses, sería de mucha importancia para nuestras cosas... por haberse de tratar de muchas que universalmente tocan

a la conservación y buen proceder de la Compañía, no he querido dexar de representar mi deseo y suplicar humildemente a V. A. sea servido de le dar licencia para ello, desde este agosto hasta el marzo siguiente».

El monarca se opuso a dejarle partir y sólo a nuevas instancias de Ignacio le permitió ponerse en viaje, según testifica Polanco, al finalizar el año 1550. Entrado en Italia tropezó Simón Rodrigues en Viterbo con Borja y Laínez, que regresaban ya de Roma.

No pudo, por tanto, examinar muy despacio las *Constituciones,* ya que su llegada a la Ciudad Eterna tuvo lugar el 8 de febrero y, pasado un mes, el 11 de marzo de 1551 avisan de Roma que el P. Simón ha partido para Portugal.

De Gandía salió el Duque el 30 de agosto de 1550, después de poner orden en su casa y familia y en otros variados negocios, como el de su testamento. Poco antes hizo en Valencia una visita de amistad al santo arzobispo Tomás de Villanueva, cuyo afecto y estima de los hijos de S. Ignacio y de sus ministerios se acrecentaba de día en día, y otra igualmente de amistad a los frailes dominicos de Llombay, que le eran muy aficionados.

Itinerario triunfal

Había pretendido S. Ignacio retrasar el viaje de Borja, dejando pasar el *ferragosto* (el máximo calor de las *feriae angustí),* a fin de que no le abrasaran a Borja los calores estivales romanos. Estaban ya a las puertas de setiembre, cuando el día 30 de agosto por la mañana (lo recuerda el propio Borja en su *Diario),* una brillante comitiva de caballeros se abrió paso entre la multitud de curiosos espectadores y jineteando briosamente, se acercaron a la muralla, cruzaron el portón de Valencia y salieron a campo abierto. Formaban la comitiva del Duque y de su hijo segundo, Don Juan, no menos de 19 criados y 9 jesuitas. Iba Francisco ataviado con la austera elegancia de un Duque y Grande de España. No había querido, de acuerdo con S. Ignacio, vestir aún el hábito eclesiástico, porque no había llegado el momento de manifestar públicamente su nuevo estado, y también porque había de pasar por lujosas cortes italianas que se pagaban mucho del fausto, y tenía que exhibirse dignamente ante príncipes, duques y marqueses que se ufanaban de su parentesco.

Sus súbditos de Gandía le habían despedido con voces de regocijo y con un sentimiento de expectativa, difícil de definir, pues presentían que

algo muy importante, que no podían precisar, iba a ocurrir en torno a su señor.

Quienes lo sabían, más o menos, eran los jesuitas del colegio gandiense, los cuales se propusieron acompañar al duque no montando en un caballo, sino orando y mortificándose para que Dios le concediera buen viaje. El P. Juan Bta. de Barma nos hace ver en carta a S. Ignacio del 5 de oct. 1550 el espíritu de la comunidad en una larga narración, de la que son estas palabras: «Referiré a V. P. las cosas en que los hermanos se han ocupado después que el señor duque se partió y yo fui constituido siervo desta casa por su mandado. Ha sido tanto el fervor y calor que han cobrado en esta partida... viendo el fruto que con esta bendita alma el Señor nuestro empieza ya a obrar... Todo ha de ser para la gloria de la divina Majestad... Primeramente en la oración se han mucho encendido, madrugando mucho más de lo que solían para orar; aunque por esto el estudio no ha recibido detrimento. Al principio de las meditaciones y fines se han dicho y dicen las letanías muy devotas con oraciones *pro iter agentibus.* Los Padres han dicho y dicen muchas Misas por lo mismo, y los hermanos han frecuentado más que solían la comunión...»

«Otro exercicio han tenido allende destos, con el cual han sentido mucho provecho: que cada hermano ofreciese a N. S. una mortificación pública en nuestro refitorio *(fueron once estas mortificaciones públicas, quizá no todas del gusto de S. Ignacio)...* La tercera *(mortificación)* fue de un hermano que se dice Benedicto, el cual entró sin calzas, con una gran soga y una cruz en la mano, en forma de los que en esta tierra suelen sacar a ahorcar», etc.

Entre tanto la comitiva ducal se dirigía hacia el norte, atravesaba Cataluña, el Rosellón y Cerdaña, y cruzaba el Ródano por Avignon. Aquí se quedó por enfermo el P. Miró y acompañándole el P. Oviedo. Entró la comitiva en Italia y pasando por Genova llegaron hasta Parma, cuya princesa era Margarita de Parma, hija natural de Carlos V y en lo espiritual hija de Ignacio, casada con el duque Octavio Farnese.

«Besé las manos a Madama —escribe Borja a Ignacio el 10 de octubre— y gusté mucho de ver cuan verdadera hija y devota es de V. P.». El P. Pedro de Tablares, que formaba parte de la comitiva, nos cuenta lo siguiente relativo al viaje: El Duque Octavio Farnese salió al encuentro de Borja con mucha gente de a caballo. Llegados a Palacio, quien más a gusto se despachó en hablar fue Madama Margarita. «Fue casi toda la cena hablar Madama en los loores de la Compañía, y cuánto sentía la ausencia

de nuestro Padre General y confesor suyo». Quedó determinada a hacer un colegio de la Compañía. El viaje se continuó por la ciudad de Bolonia. «De allí —refiere Tablares— partimos para Ferraria; y aquel recibimiento no fue el que menos mortificó a su Señoría, porque fue el mayor, a causa de ser los dos Duques muy deudos *(el Duque Hércules II de Este, como hijo de Lucrecia Borgia, estaba estrechamente emparentado con los Duques de Gandía)*. Lleváronnos a su palacio, a donde estuvimos cuasi tres días sufriendo sus regalos y fiestas... Quedó el Duque de Ferrara con la comunicación de su Señoría determinado de hacer allí un Colegio de la Compañía, y tiene bien con qué; porque le hacen favor de trezientos mil ducados de renta. Salió a despedir a su Señoría cuasi dos legoas... De allí venimos a Florencia. Dexo lo que el Duque hizo con su Señoría, y más la Duquesa, que son deudos... Quedaron aquellos señores con voluntad de hacer en aquella ciudad una casa de la Compañía... De allí partimos para esta ciudad *(Roma)* y determinado el señor Duque de entrar en Roma de noche *(para no ser festejado)*... y veniendo con esta determinación, topamos más allí de Viterbo un gentilhombre, cuasi por la posta, del Cardenal de la Cueva... *(diciendo)* cómo ya se sabía en Roma su venida, y que permitiese que se le hiciese el recebimiento que se le debía a su persona, porque esto se debía a la autoridad del Emperador y de su persona, y de sus pasados..., y que aunque viniera a pie con un bordón en la mano, se debía esto, y que deste parecer estaban otros cardenales y señores... Y ansí a dos o tres leguas comenzaban a llegar caballeros muchos espanholes; después salió el embaxador (Don Diego Hurtado de Mendoza) con muchos señores y prelados... Cierto, pareció un exército; y con todo, él se vino a apear a esta casa de la Compañía».

Las calles hervían de grandes señores y cardenales, que le ofrecían sus palacios. El rechazó todos los ofrecimientos.

El 28 de octubre, día de los gloriosos apóstoles S. Simón y Judas, fue el Duque a besar los pies de su Santidad. Suele repetirse, no sé si con sólido fundamento, que Julio III le ofreció, como alojamiento, los *appartamenti Borgia* del Vaticano.

El gran estampido en Roma

El Duque y su comitiva entraron en la Ciudad Eterna el 23 de octubre de 1550. Y si el trueno, que tres años antes presentía Ignacio, había venido retumbando por las ciudades italianas, con vociferantes y afectuosas aclamaciones al Duque de Gandía, que renunciaba a las dignidades y

vanidades humanas para consagrarse en desnudez total a Cristo Crucificado, ahora dentro de Roma estalló con el más estruendoso estampido, que dejó estupefactos a todos, desde el Papa y los cardenales hasta el último romano. Estampido que a nadie conmovió tanto como al fundador de la Compañía. Hay que proceder —le había dicho— «con mucho secreto por ahora, porque el mundo no tiene orejas para oír tal estampido».

Los coloquios entre Borja y Loyola en los tres largos meses que convivieron en Santa María de la Strada debieron de ser frecuentísimos y de suma importancia para los dos colocutores. Francisco le abriría su conciencia y su corazón, sus deseos y propósitos; y le pediría consejos para su vida espiritual; Ignacio le explicaría las *Constituciones,* recién concluidas, y le pondría en claro —como sólo él podía hacerlo— el genuino espíritu de la Compañía y lo más específico de ella.

Hablarían luego de la iglesia de Santa María de la Strada, insuficiente para las grandes multitudes que acudían a recibir los sacramentos y asistir a las funciones litúrgicas; era preciso construir una nueva de muy amplias proporciones. Bajo la presión de Borja se puso uno de aquellos días la primera piedra del grandioso templo del *GESÙ,* que tardaría en levantarse más de lo previsto. Desde Gandía había mandado el Duque 14.000 libras para la proyectada construcción del *Colegio Romano,* obra fundamental, no sólo por su grandiosidad arquitectónica, sino principalmente por su significación educativa, intelectual y científica que dejará huella en Roma y en toda la Iglesia católica.

En una nota que entregó al despedirse de la ciudad, «para que se dé algún principio a las dos obras santas de la iglesia y colegio, yo dexo aquí en Roma..., en dinero de contado, 3.200 ducados de oro. Más, que se cobrarán a mediado abril, de Benedicto Limona, 1.500 ducados de oro. Más, dará mi hijo el Marqués cada anno en cuanto viviere, 500 ducados de oro. Más, mi hijo don Joan por 6 annos, en cada anno dará 500 ducados de oro. Más, cobrándose del Emperador por 5 annos o 3... cada anno 1.200 ducados». Siguen otros amigos, de los que había conseguido alguna contribución substanciosa, como Ignacio de Villalobos, obispo de Esquiladle; Mons. Tomás del Giglio, amigo de la Compañía y uno de los más influyentes ministros del cardenal Farnese; el cardenal de Ferrara Hipólito de Este, el cardenal de Coria Francisco de Mendoza, el cardenal de Brescia Duranto de Durantis, etc.

Es de creer que, habiendo venido a Roma como peregrino para ganar las indulgencias del *Año Santo,* Borja se daría prisa para visitar las ba-

sílicas de costumbre, rezar en ellas las oraciones señaladas por el Romano Pontífice y cumplir todos los demás requisitos. Dado su profundo espíritu de devoción, su piedad jugosa y sus ansias de gracia y de perdón, fácilmente podemos imaginar los sentimientos que embargarían su ánimo en el recorrido de las basílicas.

Le faltaba cumplir con el Emperador. Lo hizo el 15 de enero de 1551 con estas palabras:

«Nuestro Señor sabe lo que yo he deseado la venida de V. M. a Italia para poder decir lo que tengo de escribir..., y así dirá la pluma lo que había de decir la lengua». Brevemente le cuenta su deseo de abrazar la vida religiosa, «desde que falleció la duquesa... creciendo cada día más los deseos y quitándose las tinieblas de mi corazón..., por ser la divina Bondad sin medida, y su Clemencia un piélago sin suelo, ha sido servido de mover a estos siervos suyos de la Compañía de Jesús a que me admitiesen en su religión... Por lo cual suplico a V. M. como su vasallo y criado, y comendador de la Orden de Santiago, sea servido de darme su imperial, graciosa y agradable licencia, para que en estos pocos días que me quedan de vida, pueda en alguna manera acordarme del tiempo perdido», etc., y le promete «rogar a su divina Bondad acreciente en V. M. la salud espiritual, para que, así como le ha dado victoria contra los infieles y herejes, la dé también para las guerras y pasiones del hombre viejo, si algunas quedan por mortificar y vencer, y abrase y encienda en su alma el amor y memoria de la Pasión de Cristo».

Conmovido el Emperador —y quién sabe si la carta de Borja le inspiró la primera idea de su retiro a Yuste—, le contestó diciendo: «He entendido la determinación que tenéis de entrar en la religión de Jesús, y las causas que a ello os mueven, que son fundadas en celo de servir a Dios N. S., por que le debéis dar muchas gracias, como lo hacéis, de que he holgado particularmente por el afición que os tengo, y así os agradezco la cuenta que desto me habéis querido dar». Y después de prometerle a Borja que seguirá favoreciendo a su casa y parientes, termina así: «Y en lo que últimamente tractáis, cerca de favorecer esta religión en cosas espirituales, como lo pedís, y decís que lo ha hecho la Sede apostólica..., tened por cierto que, así por ser cosa en que N. S. será servido, como por vuestro respecto, se hará de buena voluntad... De Augusta a X de marzo de MDLI».

Revisión de las «Constituciones»

Ya sabemos que el viaje de Francisco de Borja a Roma tuvo en la mente de Ignacio muy diversas finalidades: una de ellas fue, para que Borja asistiese a la revisión de las *Constituciones de la Compañía.* Quería el Fundador que todos los antiguos Padres y profesos examinasen por sí el texto que Ignacio, con la ayuda del Secretario Alfonso de Polanco, a fines de 1550, daba por concluido. No había de ser obra exclusiva de un solo hombre, sino que en ella debían poner mano de una u otra forma los Padres más representativos; y de los antiguos, todos, incluso Simón Rodrigues y Francisco Javier, aunque pronto se persuadió Loyola que su amado Javier no podría abandonar las Indias.

En las *Ephemerides* (1546-1557) que escribió Jerónimo Nadal, leemos al año 1550: «Fueron convocados por el Padre Ignacio *los profesos* que cómodamente podían venir, y *algunos otros Padres,* a una especie de Congregación general, en la que les mostraría las Constituciones para que ellos las anotasen o corrigiesen».

Entre los congregados estaba Borja (en hábito todavía de Duque) y sus compañeros de viaje, Padres Araoz, Oviedo, Miró, Estrada, Rojas, Tablares y el Maestro Manuel de Sa. En Roma se hallaban habitualmente Laínez, Salmerón, Polanco, Miona, Frusio. Simón Rodrigues se presentó el 8 de febrero de 1551 y no llegó a cuatro meses el tiempo que allí permaneció. A Bobadilla lo vemos esporádicamente en ciertos días de febrero y también de abril. De otros no sabemos cuándo llegaron ni cuándo partieron. No debieron de ser muchos. Ni hubo propiamente sesiones de consulta y discusión. Conservamos las observaciones que dejaron por escrito Salmerón, Laínez, Araoz y Bobadilla. Algunos serían consultados en pequeños grupos o individualmente, que tal vez respondieron de palabra. Se ve no las leyeron muy despacio; pues tenían prisa y su respuesta fue expeditiva: Que se abrevien muchas cosas; cuanto más breves, mejor, ésta fue su respuesta.

No se crea que por estar ya acabadas y aprobadas las *Constituciones,* las lanzaría Ignacio al público sin nuevos retoques. Incluso mandó a Nadal que las fuese explicando por casi todas las Provincias, pero el texto original quedó siempre en manos de Ignacio, el cual siguió perfeccionándolas con ligeros retoques hasta el año de la muerte.

«II gran rifiuto»

Ya conocemos los múltiples obstáculos que Ignacio opuso a que le nombrasen Prepósito General en abril de 1541, y la tenacidad con que rechazó la elección secreta y unánime de todos sus compañeros, *nemine discrepante.* Si entonces no pudo evitar la pesada carga, ahora lo intentó de nuevo con igual decisión. Y con mayor motivo. Pues era evidente que ya le iban faltando las fuerzas físicas, y el dolor gástrico y hepático le impedía en buena parte del año trabajar y aun levantarse de la cama. Esperaba que sus compañeros no le obligarían a seguir adelante con el fardo abrumador y con el suplicio de la enfermedad.

Los dolores agudos que le atormentaron toda la vida, desde sus penitencias en Manresa y que se agravaron en París, forzándole a interrumpir los estudios, reaparecieron en Italia. Era como el quemarse todo su cuerpo en una continua hoguera y él callaba o disimulaba, pero su secretario lo veía y a veces lo consignaba en sus cartas. Si repasamos el epistolario ignaciano, redactado muchas veces por Polanco, encontraremos frases como estas de Polanco:

— «El P. Maestro Ignacio ha estado indispuesto muchos días» (14 de julio 1548).

— «El Padre por su enfermedad no escribe a Doña Leonor» (5 de enero 1549).

Lo mismo viene a decir una semana más tarde. Y la enfermedad preocupa a todos.

—«Que rueguen por la salud del Padre» (15 de abril 1553).

— «Por haber estado nuestro Padre Maestro Ignacio muy indispuesto, como está todavía, no ha recibido V. Señoría sus cartas» (23 de setiembre 1553).

— «Al señor Conde de Mélito escribirá nuestro Padre como tenga un poco de salud» (21 de junio 1554).

— «Desde la llegada del P. Maestro Andrés, nuestro Padre ha estado siempre en cama. Por eso responderé yo» (24 de junio 1554).

— «Nuestro Padre, habiendo convalecido de su enfermedad, ha tornado a ser maltratado del estómago, el cual le causa calentura» (25 de julio de 1554). La enfermedad avanza y se precipita en 1556, último año de su vida.

Los médicos no acertaban a quitarle los dolores y la causa principal estaba en que no acertaban a diagnosticar en qué consistía su dolencia.

Teniendo esto en cuenta, se comprenderá que Ignacio se sintiese incapacitado para el gobierno; él insiste en sus deficiencias morales e intelectuales, sumamente exageradas por su humildad, y sólo vagamente alude a las deficiencias físicas derivadas de su falta de salud. Veamos ya todo aquel documento, escrito de su propia mano, con que sorprendió a todos sus hijos el día 30 de enero de 1551:

«Ihs.

1. En diversos meses y años, siendo por mí pensado y considerado sin ninguna turbación intrínseca y extrínseca, que en mí sintiese que fuese en causa, diré delante de mi Criador y Señor, que me ha de juzgar para siempre, cuanto puedo sentir y entender a maior alabanza y gloria de la su divina Majestad.

2. Mirando realmente y sin pasión alguna, que en mi sentiese, por los mis muchos peccados, muchas imperfecciones y muchas enfermedades, tanto interiores como exteriores, he venido muchas veces a juzgar realmente que yo no tengo, casi con infinitos grados, las partes convenientes para tener este cargo de la Compañía, que al presente tengo por indución y imposición della.

3. Yo deseo en el Señor nuestro que mucho se mirase, y se elegiese otro que mejor, o no tan mal, hiciese el oficio que yo tengo de gobernar la Compañía.

4. Y elegiendo a la tal persona, deseo asimismo que al tal se diese el tal cargo.

5. Y no solamente me acompaña mi deseo, mas juzgando con mucha razón, para que se diese el tal cargo, no sólo al que hiciere mejor, o no tan mal, mas al que hiciere igualmente.

6. Esto todo considerado, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Sánelo, un solo mi Dios y mi Criador, yo depongo y renuncio simplemente y assolutamente el tal cargo que yo tengo, demandando y en el Señor nuestro con toda mi ánima rogando, así a los profesos como a los que más querrán juntar para ello, quiera aceptar esta mi oblación así justificada en la su divina Majestad.

7. Y si entre los que esto han de admitir y juzgar, a mayor gloria divina, se hallase alguna discrepancia, por amor y reverencia a Dios N.S. demando lo quieran mucho encomendar a la su divina Majestad, para que en todo se haga su santísima voluntad a mayor gloria suya y a mayor bien universal de las ánimas y de toda la Compañía, tomando el todo en su divina y mayor alabanza y gloria para siempre.

En Roma, hoy viernes, 30 de enero de 1551. Ignacio».

Cuantos conozcan la sobrehumana sabiduría de Ignacio en el gobernar, y la opinión en que era tenido por todos, de varón prudentísimo por encima de cualquiera, según la expresión del cardenal Bartolomé de la Cueva, tendrán motivo para meditar hasta qué profundidades puede llegar la humildad de los santos.

No se nos tache de temerarios, si al referir esta pretendida abdicación del generalato de una Orden, nos viene a la memoria *(non aliter, si parva licet componere magnis)* la famosa abdicación del papado de parte de Celestino V en 1284, abdicación o renuncia que Dante calificó de «il gran rifiuto» *(Inf.* III, 60).

Refiere el primer cronista de la Orden y secretario Alfonso de Polanco, que «todos, sin excepción, juzgaron que no debían admitir la renuncia». Nosotros podemos decir más exactamente, apoyándonos en Nadal, que todos, «menos el P. Andrés de Oviedo, quien con gran simplicidad de ánimo dijo que a él le parecía que Ignacio no era apto para desempeñar el oficio de General, porque siendo santo, como era, y afirmando él que no era apto, había que creerle».

Todos sonreirían modestamente viendo la infantil simplicidad del P. Oviedo, del cual todos podían testificar la santidad, una santidad ciertamente incompatible con el cargo de General de la Compañía.

Y Francisco de Borja, que vivía en la casa profesa, al lado de Ignacio, y que tal vez tenía noticia previa de lo que iba a suceder, albergaría en su corazón un sentimiento de admiración por Ignacio y diría en su interior: No soy yo el único que desprecia los puestos altos, los títulos y dignidades: tengo un hermano.

Viaje de Borja a Guipúzcoa

Tiempo hacía que Borja deseaba regresar a España; fue Ignacio quien lo retuvo un poco más en la ciudad de los papas. Si el Fundador de la Compañía hubiera previsto, aunque sólo de lejos, la intención del pontífice de nombrarle cardenal, le hubiera facilitado la huida de Roma. Pero Julio III no era tan magnánimo, generoso y agradecido a los Borjas como el papa Farnese. Francisco deseaba partir porque ya había cumplido en Roma todo lo que traía pensado; había derrochado en obras grandes los miles de ducados que había traído de Gandía; había comunicado por carta del 3 de febrero al obispo de Clermont y al cardenal de Lorena su vocación religiosa y su admisión en la Compañía de Jesús; y por otra parte era

objeto de tantos agasajos y honorificencias en la Ciudad Eterna, que con tantas incensadas se le hacía el ambiente irrespirable. El amaba el silencio y el retiro.

Antes de salir de Roma, el P. Ignacio lo declaró exento de la jurisdicción del P. Provincial, no dependiendo de otro Superior que del P. General. Así que en el atardecer del 4 de febrero, con una escolta de 30 caballeros, casi la misma que había traído, se orientó hacia el norte, camino de Pisa. Allí puso a su disposición el duque Cosme de Médici una galeota que los podría trasladar a Génova, pero la violencia del temporal les impidió embarcarse. Borja y unos cuantos más pudieron llegar a Génova por tierra el 22 de febrero. Los demás, apenas embarcados, fueron arrojados a la costa por las olas. El 8 de marzo escribía Borja desde Avignon que todos se hallaban bien, aunque cansados. Siguieron por tierra hasta entrar en Cataluña, y entonces sin tocar el suelo barcelonés, cruzaron las provincias de Lérida, Huesca, Zaragoza, Navarra y penetraron en Guipúzcoa, yendo a parar a Azpeitia (4 de abril). En esta villa natal de S. Ignacio hicieron noche y no les faltaría tiempo para visitar la casa solariega de los Loyola y particularmente el oratorio doméstico, el aposento donde Ignacio había nacido y la sala más alta donde se había convertido a Dios.

No vieron al señor de Loyola, porque D. Beltrán de Oñaz y Loyola, sobrino de Ignacio, había muerto prematuramente en 1594, pero pudieron saludar a la viuda de éste y a sus dos hijas Lorenza y Magdalena. Consignemos aquí una nota del P. Dalmases. «No sabemos —escribe— cuál fue el momento preciso en que la ya señora de Loyola, Lorenza, entró en relaciones con el segundo hijo varón de Francisco, Juan, que acompañaba a su padre en aquel viaje. El hecho es que el año siguiente, a 7 de agosto de 1552, Juan y Lorenza firmaron el contrato de su matrimonio, con el que emparentaban las familias de Loyola y de Borja. Sabemos que Ignacio no quiso entremeterse en aquella boda ni tomar parte en favor de ninguno de los varios pretendientes que pedían la mano de la señora de Loyola. Sabemos también que la boda de Juan de Borja no fue del agrado de Ignacio, porque en Roma aquel joven había dado señales de vocación a la Compañía».

Dejado al arbitrio del P. Araoz el escoger el lugar más adecuado para la vida de Borja, vaciló entre Oñate y Vergara. Por fin determinó según refiere el mismo Borja el 23 de abril «que nuestra habitación sea en una ermita que se llama de la Madalena. Es muy graciosa y participa de Oñate y Vergara, porque está en el mismo camino; y según estos dos pueblos han

mostrado afición a que fuese la morada en cada uno de ellos, paresce partido ponerse en medio, y más teniendo ya Oñate colegio».

Pronto surgió adosada o contigua a la ermita una modestísima residencia —la primera residencia jesuítica en el País Vasco—, donde en compañía de Borja y del navarro Miguel Ochoa y de otros cuatro pudieron el 8 de setiembre instalarse los miembros de una pequeña comunidad. Para Borja fue aquel retiro un verdadero cenáculo, como el de los Apóstoles, con libertad para dedicarse a la oración y a la penitencia, lejos de las miradas humanas. Pero hay que tener en cuenta que el espíritu de Borja estaba ya tan saturado de ignacianismo, que podía consagrarse a los ministerios de predicación y catequesis sin hacer una pausa en la oración. De todas partes solicitaban su presencia, es decir, su palabra inflamada, su consejo y su dictamen. Deseaban verle y oírle, porque no podían imaginar que un duque de Gandía, Virrey de Cataluña, Grande de España, favorito de todos los miembros de la familia real, viviese como un mendigo en absoluta pobreza, pisoteando los honores y las dignidades, consagrado en cuerpo y alma al provecho espiritual de los más necesitados.

Francisco de Borja, sacerdote

Su ministerio apostólico no podía ser completo mientras no recibiese las Ordenes sagradas. Hasta entonces predicaba, catequizaba, aconsejaba, dirigía espiritualmente, mas no podía entrar en los más hondo y sagrado de las conciencias, ni ofrecer el sublime sacrificio de la Misa, ni distribuir el Pan Eucarístico, que alimenta la vida de las almas.

Se hallaba entonces en el concilio de Trento el obispo de Calahorra, con jurisdicción sobre buena parte de Guipúzcoa, Juan Bernal Díaz de Luco, muy amigo de la Compañía, que hubiera venido muy gustosamente a la ordenación; pero su defecto era fácil de suplir, porque Borja traía de la Santa Sede facultad para que le ordenase cualquier obispo que él escogiese. El escogido fue el obispo de anillo D. Juan Gaona, auxiliar de Díaz de Luco. Habiéndose cortado el cabello y rapado la barba, que nunca fue crecida, se vistió la sotana de la Compañía y se dispuso a recibir las sagradas Ordenes, que le fueron conferidas en la sala de la casa en que tenía costumbre de oír Misa.

«Su Señoría —escribe de Borja el P. Manuel de Sa— se ha ordenado la semana de Pentecostés y recibió todas órdenes en cuatro días: *scilicet,* las cuatro menores el primer miércoles después de Pentecostés (20 de mayo) y así *consequenter* hasta el sábado, que recibió las de sacerdote (23

de mayo)... Hízose con harta solemnidad». El 24, fiesta de la Santísima Trinidad, predicó el P. Araoz en el convento de las religiosas Trinitarias con la profundidad y elocuencia que solía, y testifica el citado P. Manuel de Sa que asistió al sermón el P. Francisco de Borja, «y fue éste el primer (día) que salió, como uno de nosotros, con su ropa y zapatos, como uno de la Compañía».

Aunque parezca a primera vista un poco extraño, no celebró Borja el santo sacrificio inmediatamente, pues le había escrito S. Ignacio que retrasase algún tanto la solemnidad de la primera Misa, porque esperaba impetrar del Sumo Pontífice una indulgencia especial para todos los asistentes, con lo cual el ofrecimiento del Santo Sacrificio se celebraría con mayor devoción y fruto.

Dos meses hubo que esperar hasta que a fines de julio un correo de Oñate se presentó con la carta de Ignacio y la concesión pontificia de la indulgencia y jubileo. Esta primera Misa de Borja no fue pública y solemne, sino íntima y recogida. Casi a solas con su Dios Sacramentado pudo celebrarla el 1 de agosto de 1551, en el oratorio de la casa de Loyola, henchido de recuerdos de su Santo Padre, y pudo dar expansión a los ardores y afectos de su alma. Le ayudaba la Misa su hijo Juan, el que le había acompañado en el viaje de ida y vuelta a la Ciudad Eterna; la casulla, que todavía se guarda como reliquia en la Santa Casa, había sido primorosamente bordada por la «Santa Condesa» hermana del Santo, D.ª Luisa de Borja y Aragón, condesa de Ribagorza y duquesa de Villahermosa.

No esperó Francisco a recibir el sacerdocio para trabajar por el bien de las almas en la predicación. Adonde quiera que le llamasen acudía sin demora y hablaba con sencillez y fervor al pueblo. No le hacía falta desplegar ficticias retóricas, que tal vez aquellos sencillos vascongados no le hubieran entendido; si lo reclamaban de tantas partes, es porque un halo de santidad le rodeaba y su acento persuasivo conmovía los corazones. En su primera excursión apostólica, antes de instalarse en la ermita de Oñate, predicó en Azpeitia, en San Sebastián, en Villafranca, en Rentería, en Hernani, en Tolosa. El 8 de setiembre se dejó oír de los oñatienses en la iglesia de San Miguel. En algunas aldeas, según refiere un testigo, ni siquiera un niño dejó de asistir a la prédica, aunque indudablemente alude a tiempos algo posteriores, pues añade que decía Misa todos los días con indecible devoción del pueblo. A fines de octubre recibió el santo varios mensajeros de D. Bernardino de Cárdenas y Pacheco, duque de Maqueda y

Virrey de Navarra, suplicándole que se llegase hasta Pamplona. Y no dudó en aceptar.

«En llegando a Pamplona —escribe a S. Ignacio desde Oñate el P. Benedicto— se fue a posar a un mesón, y de allí, sabiéndolo el Visorey, l'envió personas de su casa, y así después fue aposentado en casa del mismo Visorey con mucha caridad y gozo, así del Visorey como de toda la casa. Iba su reverencia con intención de estar ocho días, y detuviéronle allí tres semanas, y en éstas predicó cinco sermones, dos en la iglesia mayor, y l'otro en un monasterio de frailes de Santo Domingo, rogado mucho, por una misa nueva que tenían, y los otros dos en dos monasterios de monjas, de los cuales quedaron así el Visorey como los de la ciudad tan movidos y edificados, que es de alabar a Dios... El P. predica muy bien y con mucha devoción y atención de los oyentes, así por la excelente y salutífera dotrina, como por el buen modo y libertad que tiene en el pulpito, acrescentándose en él de día en día la gracia en el predicar. Allende de los sermones, estuvo ocupado en visitas, así de la frecuente conversación del Visorey, como de caballeros, canónigos, frailes y de otra gente principal de la ciudad, y también de los regidores, que también vinieron a ofrecerse a su reverencia, dándole muchas gracias de la buena dotrina y del buen exemplo que les había dado. Entendió también en dar Ejercicios a algunos, y cuando vino el postrero día del mes de octubre, el Padre *sacó los santos del mes* siguiente, para que cada tuviese especial veneración al que le cupiese. Y esto agradó tanto (que)... muchos caballeros de casa pidieron la manera de sacarlos para sus deudos en sus tierras. También fuimos ocupados en ordenar una cofradía..., en dar formas de rosarios, instrucciones, reglas, devociones, que nos pedían con mucha affección... Entre las otras cosas que Dios obró por él, fue que el duque de Maqueda quiere hacer un colegio para la Compañía de Torrijos, que es una villa populosa de su ducado, a cinco leguas de Toledo, y para esto dará una casa, que costó diez o doce mil ducados y doscientas hanegas de trigo de renta... Y más aplicará 5.000 maravedís de renta de cierta limosna que dexó doña Teresa Enríquez».

Antes de abandonar la ciudad, quiso Borja restituir la visita a los personajes principales, empezando por el Condestable de Navarra, Luis de Beaumont, IV Conde de Lerín, y el Virrey, que asistió el último día a la Misa del Padre y comulgó de su mano. Siguió por los dos Priores de San Agustín y de Santo Domingo, el cual le aseguró «que si no tuviera ya el hábito, que se fuera con él» y algo parecido le insinuó el canónigo Sanctander.

Primera misa pública y solemne

Todos en Pamplona sintieron de veras la partida de aquel santo y le deseaban un pronto regreso. Pero él se volvió a su humilde ermita de Oñate, para pensar en su primera Misa pública y solemne con indulgencia plenaria concedida a los asistentes por el Papa. Determinó que el domingo siguiente celebraría la Misa del Jubileo en Vergara. «Lo hizo publicar por toda la provincia y por Bizcaya, y así el sábado... el Padre fue a Vergara, y fue a posar al hospital... El domingo (15 de noviembre 1551) a la mañana, antes de celebrar la Misa, comenzó a comulgar la gente de toda la tierra, que algunos eran venidos de más de diez leguas; y aunque la iglesia era harto grande, fue forzado ir a decir la Misa en una ermita al campo, y iba la gente *(a la ermita de Santa Ana de Rotalde)* con tanta devoción, que era de alabar a Dios; que hasta los árboles estaban cargados de hombres y mochachos, y dicen que pasaban de diez y doce mil ánimas. Dicha la Misa, volvieron a la iglesia, y el Padre su puso a comulgar a la gente, que había confesado la semana pasada, que era tanta, que aquel día se comulgaron más de 1.200 personas, y el otro día cuarenta o cincuenta, y el otro otros que no se ha visto en estas montañas... El viernes después, el Padre... tomó al P. Miguel *(Ochoa, Rector de Oñate)* el viernes después de comer, y con sendos sacos a cuestas fueron a Oñate... primero a las casas de los principales a pedir limosna por amor de Dios, y fuele muy bien con la mucha caridad de aquella gente; que las mujeres, viendo esto..., estaban a las puertas con sendos panes... Y también por las calles que pasaban, aun sin pedir, les traían las limosnas, y con tanto gozo y devoción, arrodillándose a ofrescer el pan, que era cosa de ver».

No se comprende cómo un hombre flaco y débil como él, agotado por su austerísima penitencia, podía atender a tantas ocupaciones sociales que le venían de su noble estirpe y de su altísima santidad. Esas mismas relaciones con personajes de alta alcurnia, unidas muchas veces a él con vínculos familiares, le forzaban a escribir cartas y más cartas, que si no le distraían, le robaban un tiempo precioso. El mal de gota o podagra le producía graves dolores y molestias. Y sus fuerzas físicas se iban mermando con los ayunos, abstinencias y el mal comer. Preocupado de su salud, le escribía Ignacio desde Roma, recomendándole un buen régimen de alimentación y una moderación en el trabajo. Francisco le responde el 23 de julio de 1551:

«Cuanto a lo que V. P. me manda en lo de la salud corporal, aquí vino el médico de Azpeitia, y me dio el regimiento que le parece que debo

tener; ése pienso de guardar, pues V. P. lo manda, aunque tengo de mi estómago experiencia, que cuando más le honran, más le fatigan y para menos se halla. El Señor lo esfuerce todo. Amén... El P. Provincial, creo, dará cuenta de cómo el día de S. Pedro comencé a predicar en Vergara, y el día de la Magdalena en nuestra ermita, y el día de Santa Ana, que espero predicar en Santa Ana, monasterio de las beatas de este lugar, y el domingo siguiente en Azpeitia, y el día de Santo Domingo en San Sebastián, y el domingo siguiente en Azpeitia; de manera que, mientras se erija la ermita *(de Oñate),* no comeremos el pan de balde, si al Señor place... Francisco pecador».

Si mirando hacia el Este se dirigió hacia Pamplona, como hemos visto, así luego mirando hacia el Oeste, tomó el camino de Bilbao, donde todas las Iglesias le reclaman ansiando oír su voz y ver su figura de asceta. Su alojamiento preferido es el hospital de los pobres.

La situación interna de los jesuitas de Portugal es crítica, por los trastornos que ya conocemos ocasionados por la persona del P. Simón Rodrigues. Ignacio de Loyola, que mira siempre con cariño a aquella Provincia, esperando que Borja será el hombre más apto para pacificar los espíritus, le señala ese nuevo destino, pero las circunstancias cambian por el momento, y el Santo se detiene predicando en Vergara, en Casa la Reina, etc. Vuelve hacia Valladolid, da los *Ejercicios* en Toro a la princesa Doña Juana hija de Carlos V, que será regente de España y actuará siempre bajo el influjo benéfico del P. Francisco. Este prosigue sus excursiones misioneras, predicando en Salamanca y Burgos y en toda Castilla, hasta que en abril de 1553 nuevas invitaciones de D. Juan III le ruegan se traslade a Portugal. Accede por fin pasando por Medina del Campo, donde pone la primera piedra del colegio que será famoso por sus discípulos y por su imprenta. Tanto el rey como la reina Doña Catalina le reciben jubilosos. Muere pronto el monarca portugués († 11 de junio 1557) y Borja manda a la reina viuda una hermosa carta consolatoria.

El 18 de octubre sale para Córdoba y multiplica sus actividades en Andalucía, hasta el nuevo año de 1554.

La predicación del padre Borja

Varias veces se le ha tachado al santo Duque de Gandía de poco orador y sin preparación para el anuncio de la palabra divina. El que siempre había vivido en un palacio ¿cómo iba a hablar en el templo a los niños y a los pobres y humildes? ¿Cómo podía en breve tiempo aprender el lenguaje

de clases sociales tan diversas de la suya? Por timidez o modestia se le notó al principio cierta inhibición en el hablar de cosas altas y teológicas. Pero muy pronto se soltó y empezó a predicar con brío y desparpajo, con mucha facilidad de palabra, en lo cual superaba a otros de más fama con mucha sencillez, de suerte que le entendiesen todos, y sobre todo con mucha unción. Este era su arte.

En el País vasco se reveló como un misionero popular. Y ya entonces se le notó que progresaba de día en día. Salido a los anchos campos de Castilla su elocuencia desplegó las alas. No igualaba a su compañero y amigo Araoz, y mucho menos al famosísimo orador Francisco Estrada, pero tenía virtudes de que otros carecían.

Su socio Bartolomé Bustamante testificó el 30 de abril de 1553, que el santo llegó a Calahorra el sábado santo, «y fue tanta la moción de aquella cibdad con la visitación y doctrina del Padre, que no se ha visto cosa semejante... Detúvose su reverencia allí cinco o seis días, y predicó en la iglesia mayor dos sermones, con tan gran auditorio, que apenas cabía en la iglesia. Puedo decir con verdad que en ninguna parte he visto en tan pocos días hacerse tanto fruto». De allí pasó a Burgos. Y prosigue el P. Bustamante: «En los sermones de Calahorra y Burgos pareció haber recebido el P. Francisco el don de la predicación, porque la acción y afectos que le solían faltar, ha cobrado de manera, que su doctrina hace mucho mayor provecho que solía, de gran parte».

Más convincente es el testimonio del eximio orador Francisco de Estrada. El 1 de mayo de 1553 escribe desde Burgos: «El P. (Francisco) ha predicado cinco sermones y predicará más. A mí me satisface mucho, y veo que del año pasado, que le oí, hasta ahora se ha mucho aprovechado en el predicar. Y porque por su humildad algunas veces paresce que rehusa el oficio de predicar... sería bueno que V. R. le escribiese cómo huelga de que predique... El predica con mucha facilidad, y sin mucho estudio, y mueve más en un sermón, que los famosos predicadores en muchos, porque la gente se admira de ver un duque pobre y predicador, y en él y por él glorifican a Dios y se confunden a sí mismos».

¿Otra vez el cardenalato?

No olvidaba el Emperador Carlos V al amigo de su juventud, a quien ahora veneraba por sus virtudes y su prudencia. Por eso, al designar en 1552 cuatro españoles candidatos a la dignidad cardenalicia, en la lista que entregó a su embajador en Roma puso el primero a Francisco de Borja.

Pareciéndole muy bien al papa Julio III, ordenó al Nuncio Giovanni Poggio que se le comunicase al interesado.

Sin mandado expreso del papa, las Constituciones de la Compañía prohíben aceptar el capelo cardenalicio o cualquier alta dignidad, pero siempre queda abierto para la resistencia el camino de la humilde exposición de razones en contrario. Esto pensó en hacer Ignacio, pero luego le vinieron dudas, si no sería resistir a la voluntad de Dios que parecía querer llevar a Borja por derroteros imprevisibles a la razón humana. Encargó a todos los jesuitas de Roma muchas oraciones y sacrificios a fin de que el Señor le iluminase, y con toda franqueza le comunicó al mismo Borja lo siguiente: «Sentía en mí que venían ciertos timores... con un decir ¿qué sé yo lo que Dios nuestro Señor quiere hacer? no hallando en mí entera seguridad de estorbarlo... Andando en este ruego diversas veces, cuándo con este temor, cuándo con el contrario, *tandem* en el tercero día yo me hallé en la sólita oración... con un juicio tan pleno y con una voluntad tan suave y tan libre para estorbar lo que en mí fuese, delante del papa y cardenales», que creería de lo contrario obrar contra la voluntad de Dios.

Una de las consideraciones que más movían a Ignacio era que aquel halo de santidad que tanta autoridad y prestigio daba a la figura de Borja consistía precisamente en el soberano desprecio de todos los honores y dignidades; ahora bien, si Borja aceptaba el capelo, «se menoscabaría el buen crédito que el Padre Francisco había ganado en todas partes, y se daría ocasión... para murmurar y decir que no es oro todo lo que reluce, ni verdadera devoción todo lo que lo parece. Y que el renunciar el Duque su Estado había sido para dejarle a su hijo y pescar el capelo para sí».

Inmediatamente fue a hablar con el Sumo Pontífice, «y le persuadió —prosigue Ribadeneira— que le ofreciese el capelo *(a Borja)* pero que no le obligase a aceptarle. Porque con esto su Beatitud honraría la persona del P. Francisco y cumpliría con el Emperador y con el colegio de los cardenales y con todo el mundo, y mostraría su santo celo y no afligiría aquel siervo de Dios... Hízolo así el Papa, convencido de las razones... y ofreció el capelo al Padre Francisco, que estaba en su rincón, bien descuidado de lo que en Roma se trataba».

Tranquilo quedó Ignacio, al oír de labios de Julio III, que él «nunca le enviaría el capelo al P. Francisco». De la negativa de Borja no tenía dudas.

Hay que observar aquí que el voto jesuítico de «No pretender fuera de la Compañía prelación o dignidad alguna, ni consentir en la elección de

su persona para semejante cargo, cuanto es en ellos, si no fuesen forzados por obediencia de quien puede mandarlos so pena de pecado», no lo había pronunciado aún el P. Francisco no obstante que hizo la solemne profesión el 1 de febrero de 1548, y por tanto no estaba obligado en virtud del voto. Los votos simples que normalmente acompañan a la profesión solemne (entre los cuales está el de rechazar las dignidades, si el Papa no lo impone bajo pecado) no fueron pronunciados por Francisco de Borja hasta el 22 de agosto de 1554, en el noviciado de Simancas, fundado aquel mismo año por el santo.

Parecía del todo disipada la tormenta, cuando de nuevo, antes de dos años, se torna a hablar de que el Papa, de acuerdo con el Nuncio y con Felipe II, no sólo le ha ofrecido el rojo capelo al P. Francisco, sino que se lo quiere imponer por obediencia. Quien se hace eco de tales rumores es principalmente Nadal. *Sed aliter longe evenit,* escribe Polanco, «pero sucedió todo lo contrario, porque el mismo P. Francisco hizo que la Princesa Juana escribiese al Príncipe Felipe no se tratase más de este asunto, y al Emperador que no permitiese volver sobre ello. Y el P. Ignacio negoció con el Pontífice Julio III de tal forma que la Compañía quedó completamente segura y libre de todo temor».

Comisario de España y Portugal

Sabido es que hasta el año 1554 los jesuitas españoles constituían una sola Provincia, gobernada toda, de Norte a Sur, por aquel ferviente predicador y apóstol que era el P. Antonio Araoz. Como las vocaciones se multiplicaban y se fundaban nuevas casas y colegios, pensó S. Ignacio en aumentar también el número de Provincias, mejorando su estructura y dando mayor flexibilidad al gobierno; para lo cual no había instrumento más apto que el P. Nadal, que visitaba entonces (1552-1554) toda la Península explicando y promulgando las *Constituciones de la Compañía.* La carta que le dirigió el 7 de enero de 1554 decía así:

«Mirando cuánto sea necesario la visitación y asistencia del Prepósito Provincial a los colegios y casas de nuestra Compañía... me he determinado en el Señor nuestro ordenaros que... dexéis *tres Provincias*... Una del reino de Aragón, Valencia y Cataluña; otra de Castilla (la) Vieja y el reino de Toledo; otra de Andalucía... (será *Provincial)* de Andalucía, el doctor Torres; el de Aragón, el Maestro Estrada; el de Castilla, el doctor Araoz, porque la Corte es de creer que más ordinariamente estará ahí que en otra parte, y *su estada en la Corte creo será para mucho servicio divino,* según

lo que soy informado; y tanto más le conviene ser descargado de la mucha carga que ahora tiene... El Comisario *(con jurisdicción)* sobre todas las cuatro Provincias *(incluida la de Portugal)* será el P. Francisco *(de Borja);* y todo esto por tres años».

Obsérvese, contra las maledicencias de algunos, que la estancia de Araoz en la Corte no se funda en un vicioso aulicismo, sino en que, según Ignacio, «será para mucho servicio divino».

¿Y qué decir de los cacareados roces entre el Provincial de Castilla y el recién nombrado Comisario? Roces tenía que haber necesariamente entre el Provincial, a quien se le limitaba muy vagamente la jurisdicción, y el Comisario, que la tenía plenaria. Uno y otro por su parte habían de visitar las casas; y por un milagro coincidirían las formas de gobierno del uno con las del otro. Araoz, que hasta entonces era casi todopoderoso, hubo de renunciar a ciertas atribuciones; y como S. Ignacio otorgaba siempre a Borja todo lo que era posible conceder, haciendo de él una especie de Vicario o Lugarteniente del General, no es de maravillar que en alguna ocasión el bueno de Araoz, con ser amigo íntimo y gran admirador de Borja, pensase que el Comisario se extralimitaba invadiendo la jurisdicción del Provincial. En realidad no era así, pero que alguna vez se lo imaginase Araoz, es la cosa más natural; pero el roce siempre ligero nunca llegó a ser choque. Ambos se amaban y se admiraban recíprocamente. Hasta el último momento de su vida, siendo General de la Compañía, Borja salió con valentía a la defensa de Araoz, según vimos arriba. Con el tiempo la mano finamente diplomática de Borja recortó sus propias facultades, atenuándolas lo más posible, pues él carecía de ambiciones, de suerte que ni Araoz ni ningún otro Provincial podía estar descontento.

Entre los múltiples viajes y las diversas ocupaciones del nuevo cargo, halló Borja ratos sueltos y días libres para dedicarse a una de sus aficiones: la de escribir trataditos espirituales, que fomentasen la devoción. Era aún Duque de Gandía, cuando publicó *Seis tratados devotos y útiles para cualquier cristiano* (Valencia 1548, 2.ª ed. Amberes 1556). No podía prever el santo los disgustos que años adelante le había de acarrear dicho librito por culpa de un librero que, sin permiso de su autor, lo publicó en 1550 mezclando los trataditos de Borja con otros anónimos y salpicados de errores, bajo el título de *Obras del cristiano... por D. Fco. de Borja.* Intervino la Inquisición y Borja, para mayor seguridad, tuvo que salir huyendo a Portugal y de allí a Roma.

Francisco de Borja y la familia real

No vamos a narrar las relaciones de Borja con todos los miembros de la familia real. Bastará desgranar algunos episodios sueltos acerca de la reina Doña Juana, apellidada «la Loca», de su hijo Carlos V y de la hija de éste, la infanta Doña Juana.

En la vida religiosa y espiritual de todos ellos influyó notablemente, con su ejemplo y con su palabra persuasiva Francisco de Borja. Empecemos por la reina Doña Juana, hija de los Reyes Católicos, casada con Felipe el Hermoso, el cual la hizo infeliz en su matrimonio, ocasionándole continuos celos que degeneraron en locura. Murió Felipe en 1506, dejando a su viuda tan dolorida y perturbada, que le fue imposible reinar. Sin renunciar a la corona ni a sus títulos de reina, ella misma se retiró a su palacio de Tordesillas, donde vivió en locura creciente desde 1509 hasta 1555. Carlos V y la Infanta Doña Catalina, hijos de Doña Juana, atendiéronla todo lo posible, pero sin resultado alguno, porque lo que al principio se decía «locura de amor», avanzando los años se reveló «locura de remate», descuidando el aseo y cobrando horror a las cosas sagradas.

Francisco en su niñez o juventud vivió casi tres años (1522-25) como menino de aquel palacio. La visitó de nuevo en 1552, durante dos meses, por voluntad de Felipe II y comprendió la gravedad de aquella extraña locura, que tomaba matices religiosos. Sumamente interesantes son las tres cartas que entonces dirigió a Felipe II, narrándole sus conversaciones con su abuela de mente enajenada. Aunque al fin pareció que la loca se serenaba y deja de creer en las brujas que le molestaban, pero no tardó en recaer. Más fortuna tuvo Borja en las últimas visitas, cuando Doña Juana se hallaba próxima a la muerte. Apenas le avisaron de que la reina estaba muy grave, corrió a su cabecera. Era marzo de 1555. Aunque al principio la reina moribunda, atormentada por los sufrimientos, se negó a hablar con nadie, al fin se dejó vencer por la blandura y amabilidad de Borja. Este le mandó hacer actos de confianza en Dios, de dolor de todos su pecados, tanto que llegó a pedir los sacramentos y a declarar —como le insinuaba Borja— que quería morir en el seno de la Iglesia Católica, rezó el Credo y, según escribía el santo al Emperador el 19 de mayo, «sus palabras postreras, pocas horas antes que falleciese, fueron: *Jesucristo crucificado sea conmigo*».

Entregó su espíritu a Dios el Viernes santo, 12 de abril de 1555, a los 75 años de su edad. En aquella España católica el morir rechazando los sacramentos, como se podía temer de sus manifestaciones en los últimos

meses de su vida, hubiera sido un gran escándalo; en cambio, cuando todos conocieron la piedad y devoción de los últimos días, lo atribuyeron a la santidad de Francisco de Borja».

De la íntima y cordialísima amistad del Emperador con el Marqués de Lombay, Virrey de Cataluña, Duque de Gandía y finalmente sacerdote y religioso de la Compañía de Jesús, sabemos lo que basta para un estudio como éste, que de ningún modo pretende ni siquiera abocetar las figuras de los primeros hijos de San Ignacio.

Conocida la familiaridad con que el Emperador y Francisco de Borja se habían tratado desde la juventud, no es de maravillar que en las largas ausencias de Don Carlos se acordase de su joven amigo y muchas veces preguntase por él.

En 1556, habiendo designado como sucesor suyo en el Imperio a su hermano D. Fernando I, y después de abdicar sus dominios de España, Italia y Flandes en su hijo Felipe II, se hizo a la vela con rumbo a la Península, desembarcó el 28 de setiembre en Laredo y prosiguió su viaje hacia Burgos, Valladolid y Yuste, pero antes de llegar a la meta prefijada le fue preciso detenerse en el pueblo cacereño de Jarandina (6 Km. de Cáceres) desde el 11 de noviembre hasta el 3 de febrero de 1557, a fin de dar tiempo a que los monjes Jerónimos de Yuste aparejasen dignamente las celdas o cámaras que debía ocupar el Emperador dimisionario.

Dícese que éste preguntó al Conde de Oropesa, Fernando Alvarez de Toledo, «dechado y espejo de los señores cristianos» (según Ribadeneira), ¿cómo no le venía a ver el P. Francisco de Borja? el cual, apenas el Conde le comunicó este deseo, se puso rápidamente en camino el 9 de diciembre desde Alcalá, donde residía, hasta Jarandilla. Así lo dice el P. Francisco de Villanueva en carta del 13 de diciembre 1556 a D. Laínez: «El P. Francisco se partió cuatro días ha a visitar al Emperador».

Y desde Jarandilla 19 de diciembre 1556 escribe el mayordomo Luis Quijada al secretario Juan Vázquez: «Hoy *(19-XII-56)* ha estado el Padre Francisco con Su Majestad bien dos horas y media».

En dos horas y media, conversando a solas, tuvieron tiempo para agitar cuestiones de importancia, de las cuales, Borja, escribiendo a Laínez el 28 de diciembre de 1556, le dice lo siguiente:

«Su padre de Mateo Sánchez *(nombre postizo de Juana de Austria, cuyo padre era el emperador Carlos V)* envió a mandar al señor Rafael de Saa, que le visitase *(Rafael de Saa, o simplemente Rafael, es la denominación criptográfica de Francisco de Borja);* y aunque estaba

lexos, luego Rafael obedeció, y le informó muy particularmente de las cosas de la Compañía, en que no tenía tan buena opinión, por sinistras informaciones que le habían dado; y quedó de todo en todo tan satisfecho, que ni réplica ni contradicción halló a cuanto le fue propuesto. Yo lo echo esto a la gran fuerza que Dios tiene puesta en la verdad y simple llaneza. Mostró su padre de Mateo Sánchez *(i.e. Carlos V)* mucho contento, y admirando de los que osaron decille en contra de tales cosas, etc. Acogió al que le fue a ver con más amor que nunca, y estuvieron en algunas pláticas de cada tres horas en cosas del servicio de nuestro Señor al cual el padre de Mateo Sánchez se aficionaba mucho, y da grandes señales de ser inspirado y llamado de la divina dignación, para ocuparse todo en servicio del que es *omnia in ómnibus.* Dio parte de todas sus cosas al Señor Rafael de Saa, y de sus propósitos, estado, casa, parientes, pleitos, y de la paz que en todo desea hallar con su Señor. Désela Dios por quien es, que yo, por lo que le amo y amé siempre, se la deseo, y se lo suplico al que es poderoso para ello.

Quedó que Rafael le escribiese muchas veces, y que le enviaría algunas a llamar. Si el padre de Mateo lo manda, creo yo que Rafael no podrá escusar la ida, aunque sea trabajo; pero como sea en servicio de nuestro Señor, y por la afición que a la Compañía tiene, Dios le dará fuerzas a Rafael, y le dará palabras que hable en aquella hora. Otro tiempo quizá habrá más comodidad de dar desto cuenta en particular».

Amor a la penitencia y amor a la vida eremítica se nota en Carlos V casi tanto como en Borja; pero en ambos predomina por encima de todo el sentido apostólico y el amor a la Iglesia de Cristo.

El 23 de diciembre 1557, escribiendo Borja al Vicario general, Diego Laínez, le comunicaba: «Yo fui llamado de su Majestad el Emperador estos días pasados, y fui a Yuste, donde me mandó aposentar a mí y al P. Dionisio *(Vázquez);* y esto fue una merced y regalo no hecha a nadie... y diome muestras de reconocer mucho el amor y deseo que yo de su servicio y bien he tenido y tengo. Y al cabo de confundirme con tanta cuenta como se tenía conmigo, me envió una limosna de su pobreza, con obligación que la tomase en todo caso; y añadió que cuando tenía más, me había dado más, y como pobre daba ahora poco a otro pobre; y esto todo es señal del amor que tiene. Por caridad, que V. R., Padre mío, le tenga por muy encomendado, y lo mande así a todos, para que supliquen a nuestro Señor, que, pues le ha dado deseos tan eficaces de buscar el recogimiento y

ayudarse en el espíritu, que lo lleve su divina Majestad adelante con augmento de su gracia y bien común».

Todavía se alargó la vida del Emperador en su retiro monasterial hasta el 21 de setiembre de 1558. En su agonía varias veces preguntó por el santo Padre Francisco. Este se hallaba entonces en Valladolid, y en la misa solemne que se celebró en el templo de San Benito, Borja subió al pulpito para pronunciar la oración fúnebre.

El 25 de octubre de 1558, bien informado sobre los particulares de la muerte de Carlos V, le escribía al P. Laínez: «Ya V. P. habrá sabido por otros el fallecimiento del Emperador, y así, remitiéndome a ellos, sólo añadiré que fue tal, como de un cristiano príncipe se esperaban, dando grandes muestras de conformidad con la voluntad del Señor, y con mucha alegría, recebidos todos los sacramentos, y con entero juicio hasta un cuarto de hora antes. Abrazado con un crucifixo, y siempre hablando de Dios y oyendo cosas del Señor con gran gusto, espiró... Acá por todas estas provincias he ordenado por consejo del señor Juan de Vega, que cada Padre le diga seis misas como a fundador de dos colegios de la Compañía (Palermo y Mesina)... Dexóme por testamentario; y aunque me pretendía escusar con la obediencia, todavía S. A. me ha mandado muy de veras que lo acepte... siendo tanto lo que siempre me quiso y las mercedes que me hizo».

En la renuncia de Carlos V al Imperio y a sus dominios españoles y en su retiro al monasterio de Yuste podemos ver —no sin algunas pruebas positivas— una imitación admirativa de la vida de su amigo.

La infanta Doña Juana, hija del Emperador

Tratando de hacer la historia de San Ignacio de Loyola, hemos tenido que narrar los hechos de sus hijos más notables, porque son un eco de las hazañas paternas, prolongación de lo que Ignacio planeaba en Roma para que ellos, como nuevos Ignacios, llenos de su espíritu y su estilo, lo difundiesen por todos los países; por la misma razón, es preciso decir algunas palabras de un extraño personaje, que —siendo mujer y princesa— se infiltró (digámoslo así) entre las filas del ejército de Loyola, porque deseaba seguir el espíritu y los preceptos del fundador de la Compañía *ad maiorem Dei gloriam.* Me refiero a la Princesa Juana de Austria, o Juana de España, que de las dos maneras es llamada. Hija de Carlos V y de su esposa Isabel de Portugal, nació en Madrid el 24 de junio de 1535.

A los cuatro años perdió a su madre; su hermano, el futuro rey Felipe contaba doce. Aquella gran señora y educadora ejemplar que se decía Doña Leonor de Mascarenhas, a quien el P. Borja llamaba «mi señora carísima, hermana en Cristo», recibió a la niña en sus brazos por voluntad del Emperador y le enseñó a dar los primeros pasos en la piedad como en las letras. A los 8 años entendía el latín y sabía tocar diversos instrumentos musicales. De su dirección espiritual se encargó Francisco de Borja, que la adoctrinó religiosamente y la instruyó sobre los modos de dar sentido cristiano a los juegos de la corte. En 1552, antes de cumplir los 17 años de edad, la casan con el príncipe-heredero de Portugal, Juan Manuel, débil y enfermizo, que dos años más tarde dejaba viuda a su joven esposa, la cual se hallaba encinta y a los pocos días dio a luz en Almeirim al futuro rey Don Sebastián, que excitó la fantasía de sus contemporáneos y hubiera dejado brillante estela en la historia si su exaltado espíritu de cruzada, a vueltas con sus rasgos de soñador y aventurero, no le hubieran arrastrado locamente a la derrota de Alcazarquivir, en Marruecos, donde perdió la vida (1578). Director espiritual del joven monarca había sido el jesuita L. Gonçalves da Cámara, antiguo confidente de Ignacio.

Su madre, la Princesa Doña Juana, no llegó a conocer el trágico destino de su hijo, porque la muerte le sobrevino cinco años antes.

En el momento de nuestra historia se encontraba todavía la Princesa en Portugal, cuando le llegaron noticias de su padre el Emperador, que dieron rumbo nuevo a su vida. Desde Alemania le comunicaba Don Carlos, que teniendo que ausentarse el Príncipe Don Felipe a causa de su matrimonio con la reina María Tudor de Inglaterra, había determinado nombrarla a ella, a Juana, Regente de España, mientras su hermano Felipe estuviese ausente. Juana, que se hallaba en Portugal, debió de regocijarse con la noticia, pues inmediatamente se la participó a su director espiritual, Francisco de Borja, que se hallaba en Tordesillas, procurando consolar y serenar el ánimo perturbado de la triste madre de Carlos V. Le ordenaba la joven Princesa que la aguardase en la provincia de Castilla, donde quería hablar con él de asuntos de conciencia y de otros concernientes a la gobernación de España, ya que el Emperador la nombraba Regente del reino.

Encontráronse primero en Tordesillas para hablar de cosas tocantes a la conciencia y al modo de gobernar, y al separarse dijo la Princesa que ahora iba ella a Valladolid, donde le esperaba de nuevo para oír sus consejos *«ad quindecim aut viginti dies»*.

La Princesa pronuncia los votos de la Compañía

La noticia de la regencia, al correr por toda España, no despertaría rumor estrepitoso, pues era conocida de todos la prudencia, madurez y buen juicio de la princesita viuda, aunque sólo contase 19 años. Antes de que el hecho (12 de julio 1554) se anunciase públicamente, el fundador de la Compañía, que conocía suficientemente a los dos hermanos Felipe y Juana, presagió un feliz porvenir para la Iglesia y para la misma Compañía de Jesús. Se lo escribió a Nadal, por medio de su secretario, el 21 de junio de 1554:

«La voluntad tan buena del Príncipe, y Princesa su hermana, para con la Compañía, nos consuela en el Señor, esperando se servirá de tales medios su divina Majestad para algunas buenas obras de su servicio y bien común».

La joven Princesa, habituada desde niña a las obras de piedad y devoción, primero en la escuela de Borja, después en la de Araoz, no podía disimular que en la austeridad de su espíritu había algo de monástico. «La Princesa Doña Juana y toda su casa —anotaba Polanco en 1554— procede en las cosas espirituales con gran edificación de todo el reino».

Ella se mostraba en todo el esplendor de su belleza, tal como la vio y la retrató el pintor holandés Antonio Moro; vestida de raso negro; ojos, nariz y labios de gran finura y elegancia, que revelan cierto autoritarismo más bien que blandura femenina; delicadas las manos y ligeramente enjoyadas, la diestra apoyada en el brazal de un sillón, pero dispuesta a alzarse cuando sea menester.

En el quinquenio de su regencia (1554-1559), cinco años culminantes de su vida, demostró sus dotes de mando y no vulgares aptitudes políticas; también su espíritu religioso voló atrevidamente hasta cimas discutibles. Todo el mundo que pasaba por Valladolid, quedaba estupefacto al contemplar aquellas damas y aquellos cortesanos, que más parecían frailes y monjas que hombres de mundo. Los transeúntes no sabían explicarse el cómo y el porqué de aquella transformación moral. Los habituales residentes en la Corte solían atribuirlo a la acción proselitista que en sus diarias conversaciones ejercía el santo Duque de Gandía, ahora discípulo ferviente de Ignacio de Loyola.

El 1 de setiembre de 1554 el P. J. de Valderrábano le escribía al P. Ignacio:

«Ya por otros sabrá vuestra Reverenda Paternidad el fructo que el P. Francisco ha hecho en el palacio de la Princesa; lo que toca a nosotros, diré que se dan tanto a la confesión, que más parecen religiosos que seglares... deseando renovar la vida en todo».

Los hijos de S. Ignacio no daban abasto para atender a tantas personas de calidad que deseaban confesarse con ellos, darles cuenta minuciosa de su conciencia y escuchar sus consejos.

El P. Bartolomé de Bustamante, frecuente socio de Borja, decía el 29 de abril de 1555: «Muéstrase el gran aprovechamiento espiritual de S. A. en todo su palacio, que es para bendecir mucho al Señor ver la devoción y santos exercicios que en él hay; tanto que comúnmente se dice que parece más monasterio que palacio, porque las damas, que de principal intento solían tratar de ser servidas de los caballeros y galanes, ya no tratan sino de cómo servirán mejor a Dios nuestro Señor; y así están determinadas algunas de las de mejor parecer a ser monjas».

Eran muchos los que no acertaban a descifrar la incógnita o el misterio de aquella reina gobernadora. ¿Cómo era posible que una Princesa, hija de Carlos V, hermana de Felipe II, y cuyo hijito estaba ya destinado a ser rey de Portugal; una mujer adornada además personalmente de altas cualidades de belleza, clara inteligencia y firme voluntad, pudiese combinar y armonizar tan perfectamente el fervor de la vida espiritual con el ajetreo político y diplomático de una Corte como la de España en aquellos días?

Doña Juana la jesuitisa

Aquella gran incógnita la despejaron solamente los que en secreto sabían que la joven soberana española era una *jesuitisa,* la única jesuitisa que se conoce en la historia de la Iglesia, porque, con licencia papal, San Ignacio la había admitido en la Compañía de Jesús, y en el Instituto ignaciano había emitido los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, a la manera de los escolares jesuitas[170].

[170] Digo la única, porque las tentativas de Isabel Rosel (o Roser) con otras dos compañeras en 1545-47 fueron forcejeos contra la voluntad de S. Ignacio, y aunque llegaron a hacer los votos, según dijimos en el cap.VIII del libro I, no cuajaron plenamente. Además, tratábase entonces de formar una rama femenina de la Compañía; ahora, en cambio, se pedía la incorporación de la princesa Juana, como excepción única, en el Instituto ignaciano.

Debió ser en el verano de 1554, cuando bajo la dirección espiritual de Borja y de Araoz fue madurando en la Regente la vocación religiosa. Quería profesar en una Orden monástica y precisamente en la Compañía de Jesús. ¿No le sugeriría tan audaz idea el P. Araoz, antiguo favorecedor de los caprichos jesuíticos de Isabel Rosel?

Borja informó a Ignacio del asunto y de la voluntad decidida de la Princesa. Ignacio, que siempre había sido fuertemente reacio a cualquier forma de admisión de mujeres bajo la obediencia y gobierno de la Compañía, porque las consideraba un impedimento para el carácter apostólico de la Orden, temió oponerse a la voluntariosa Regente, y como Juana había hecho años antes voto de ingresar en la Orden de S. Francisco, había que empezar por conmutarle el voto. Consultados los cinco Padres más autorizados que había en Roma, redactaron un Memorial el 26 de octubre de 1554, que decía en su lenguaje criptológico, habitual en estos casos:

«Juntándose el Dr. Nadal, el Dr. Olave, el Dr. Madrid, el P. Luis Gonçales y Maestro Polanco por orden de N. P. Maestro Ignacio para tratar del modo de admitir *Mateo Sánchez* (la princesa Juana) en la Compañía, por virtud de una bula de Penitenciaría que le conmuta el voto de la religión de S. Francisco, simple, en la nuestra; mirando de una parte las *Constituciones* nuestras que viedan tal admisión, y el privilegio de nuestras bulas, que no podemos ser forzados a tomar tal cargo... etc., nos resolvimos en lo siguiente, y es:

«Que podía ser admitida esta persona, y convenía que se admitiese, *al modo que se resciben los escolares de la Compañía a probación,* declarándole que por dos años (y más, si al Superior paresciese) es lo ordinario estar en probación, hasta el cual término las *Constituciones* nuestras no obligan a hacer voto ninguno; pero si los hace por su voluntad antes de ese tiempo... lo hace desta forma:

«Dios mío y Criador mío, Padre eterno y Señor de todos, yo N., aunque en todo me hallo indignísimo de parecer y presentarme delante vuestro divino acatamiento, viendo vuestras infinitas misericordias, con deseo de serviros (mediante vuestra santísima gracia) siempre, sin fin, hago voto y promesa a vuestra sacratísima y divina Majestad, en presencia de la gloriosísima Virgen María y de toda la celestial Corte, de entrar en la religión de la Compañía de Jesús, para vivir y morir en ella; en la cual prometo perpetua pobreza, castidad y obediencia, todo entendiendo según las *Constituciones* de la dicha Compañía, y suplicando a vuestra divina Clemencia me accepte en grato sacrificio por la sangre de Cristo nuestro

Señor, y se digne darme gracia de cumplir lo que se dignó hacerme desear y ofrecer. En tal parte, tal mes y año. Y el que tiene tal voto es religioso de la Compañía, como en la 6a. parte se vey» *(Constituciones* p.VI, cap. 1-5).

A continuación hacen los cinco consultores algunas observaciones de rigor, v. gr.: «Pareció se declarase a esta persona, que los tales votos son en su vigor y fuerza todo el tiempo que el Superior quiere tener en la Compañía al que los hizo». «Esta persona, quien quiera que sea, pues con privilegio tan especial, y sola, es admitida en la Compañía, tenga su admisión debajo de sigilo de secreto y como en confesión, porque sabiéndose no fuese exemplo para que otra persona tal diese molestia a la Compañía». «En lo demás esta persona no tendrá para qué mudar hábito, ni casa, ni dar demostración alguna de lo que basta que tenga entre sí y Dios nuestro Señor; y la Compañía o alguno della habrá de tener cuenta con su ánima, cuanta baste para el divino servicio y su consolación a gloria de Dios nuestro Señor».

El 1 de enero de 1555 se habla ya en una carta de que Borja ha conseguido de la Santa Sede para una cierta persona la conmutación del voto. Y el día 3 del mismo mes el propio S. Ignacio escribe a la interesada:

«Mi señora en el Señor nuestro: La suma gracia y amor eterno de Cristo nuestro Señor salude y visite a V. A. con sus santísimos dones y gracias espirituales. Por una letra del P. Francisco de Borja entendí cuánto sería servida V. A. que tuviésemos forma, cómo los píos y santos deseos de cierta persona fuesen cumplidos. Y aunque en el negocio hubiese dificultad no pequeña, pospúsose todo a la voluntad que todos debemos y tenemos al servicio de V. A. en el Señor nuestro. Y porque el P. Francisco hablará de lo particular de que V. A. querrá ser informada, remitiéndome a cuanto dirá de mi parte, no diré otro, sino que suplico a V. A. humildemente a todos nos tenga por cosa muy suya, pues lo somos en el Señor nuestro; y a la divina y suma Bondad, que a todos nos dé su gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos y enteramente la cumplamos».

Estas palabras decían claramente que Juana de Austria se había incorporado oficialmente a la Compañía de Jesús.

Nunca como en esta ocasión pudo Ignacio hacer ofrecimiento de sí mismo y de la Compañía a nadie con tanta verdad y sinceridad: «nos tenga por cosa muy suya». Ignacio, que siempre la amó y estimó por ser quien era, desde ahora la miraba como a hija predilecta. Y ella por su parte se consideraba hermana de todos los jesuitas, les daba cuanto tenía,

comenzando por una suma de 3.000 ducados para la fundación del colegio de Valladolid.

Habiendo ido cierto día a visitar a su abuela, Juana la Loca, que falleció consolada por Francisco de Borja el Viernes santo de 1555 en Tordesillas, a la vuelta se detuvo la Princesa en Simancas; «mandó que le aparejasen la que era nuestra casa *(escribe Ruiz del Portillo),* porque estaba vacía después que nos pasamos a la que moramos, porque quería posar allí; y aunque el aposentador... la había aposentado en la fortaleza, todavía llegando S. A. a Simancas, se fue a nuestra casa y dixo que allí quería estar, y así fue... diciendo que las cosas de la Compañía tiene S. A. por proprias».

El futuro esperanzador que en 1554 había previsto S. Ignacio para la Compañía en España, por el ascenso al poder del Príncipe Don Felipe y de la Princesa Doña Juana, lo describió el P. Polanco a principios de 1555 por la acción reformadora y contrarreformista de la mayor parte de los soberanos europeos. Al rey Felipe, casado con María Tudor, le hacía decir «que como viese alguna disposición en Inglaterra, había de llamar la Compañía en aquel reino». Y de la regente española Doña Juana decía palabras encomiásticas, que sólo le podían venir a los labios a quien conociera bajo sigilo (como era el caso de Polanco), el secreto de la Regente. «La Princesa gobernadora de España tiene a la Compañía tanta afición, que de ninguna persona de grande o de pequeño estado se piensa tenga más; y lo muestra en favorecer en todo lo que ocurre con muy especial amor, y en la comunicación muy íntima y confianza con que trata con los Padres della».

La gobernadora providencial

Fue singular providencia de Dios que el tiempo de las grandes tormentas, padecidas por la navecilla de la Compañía en España, el tiempo de los bravíos ataques contra el librito y la práctica de los *Ejercicios espirituales* por parte del arzobispo toledano Silíceo y del teólogo dominicano Melchor Cano, el tiempo de las violencias morales y físicas de las autoridades zaragozanas, sostenidas por opiniones erróneas y por las turbas inciviles y tumultuosas, coincidiesen en gran parte con el austero gobierno de la Regente jesuitisa.

Si el arzobispo de Toledo, que no carecía de ciencia ni de virtud, pero tenía un carácter inhumano, en lucha con todo el mundo y un corazón de pedernal, como lo expresa su propio apellido *(Siliceus)* dio tanta guerra a

la Compañía, es porque subió al tablado de la historia eclesiástica antes de que apareciera Doña Juana. Los que mejor le respondieron fueron los altos personajes nombrados por el Sumo Pontífice para examinar el libro de los *Ejercicios* y la rotunda aprobación de dichos jueces. El mismo P. General de la Orden de Santo Domingo, Francisco Romeo, expidió una carta circular a sus súbditos, ordenando que ninguno murmurase de los Padres de la Compañía, a quienes debían más bien ayudar, «como a soldados de nuestra misma capitanía»[171].

Donde intervino Doña Juana, espada en mano, dispuesta a esgrimirla con valor en defensa de sus jesuitas, fue en la ciudad de Zaragoza. Fueron aquellos alborotos antijesuíticos tan turbulentos, tan arraigados en las autoridades de la ciudad y en los ínfimos estratos sociales, que hubiera sido muy dificultoso cortarlos de raíz, de no haber intervenido con viril firmeza y decisión la Princesa gobernadora.

Estaban los jesuitas aderezando una capilla abierta al público el 17 de abril de 1555, como preámbulo del templo que se pensaba edificar más tarde, si lograsen hallar sitio oportuno, cuando inesperadamente, apenas terminada la solemnidad litúrgica, ven que en las paredes de la misma capilla, por la parte de fuera había sido puesto un edicto por manos del Vicario del arzobispo, acusando a los jesuitas de celebrar Misa pospuesto el temor de Dios, de predicar y administrar los sacramentos en una casa profana y prohibiendo a todos los fieles a frecuentar allí cualquier oficio divino bajo pena de excomunión.

Acudieron los jesuitas al Vicario, rogándole suprimiese su edicto y mostrándole las bulas y privilegios que tenían para oficiar en su propia iglesia. Todo inútil. Bajo el nombre del Vicario, actuaba más fuerte que nadie el propio arzobispo, Don Hernando de Aragón, tío de Francisco de Borja.

La ciudad se dividió en dos campos: en contra de los jesuitas trabajaban el Arzobispo y su Vicario, los Padres Franciscanos conventuales, Agustinos, Carmelitas y casi todo el clero parroquial; en pro de los hijos de S. Ignacio militaban los Padres Dominicos y los Jerónimos, el obispo de Huesca D. Pedro Agustín, el Virrey de Aragón y los jurados de la ciudad.

[171] El texto de la circular, en ASTRÁIN, *Hist. de la Compañía* I, 331. Uno de los dominicos que más apasionadamente atacaba a la Compañía y a S. Ignacio (de palabra, nunca por escrito) era el conocido teólogo Melchor Cano. La princesa doña Juana tuvo que amonestarle por medio del Presidente del Consejo Real y aun mandarle se retirase a su diócesis de Canarias (POLANCO, *Chronicon* VI, 630; *Epist. Mixtae* V, 188-190).

Dos espectadores ilustres contemplaban desde lejos los azares de la batalla. El uno se llamaba Ignacio de Loyola, que desde Roma miraba serenamente la contienda, sin más intervención personal que una carta privada para dar explicaciones a un amigo, porque confiaba plenamente en la voluntad y poder de la Gobernadora, bien aconsejada por Francisco de Borja; el otro espectador, aunque era mujer, miraba las vicisitudes del palenque zaragozano con agitación y apasionamiento. Fue Juana la que decidió la enredada discusión y la ruidosa pelea a tajos de espada. Y su espada no fue otra que la pluma. Se dirigió primeramente al Virrey y, por su medio envía otra carta al arzobispo ordenándole que hiciera revocar cierta provisión de su Vicario general en agravio y perjuicio de los jesuitas. «Os certificamos que así por el cumplimiento y obediencia de los dichos indultos y concesiones que los dichos religiosos tienen... como por la particular devoción que Su Majestad y yo tenemos a la dicha Orden, no hemos de dar lugar que sea por ninguna vía perjudicada, sino que la habemos de favorecer y ayudar».

Aunque el Virrey intenta persuadir que acepte lo que la Regente manda, resístese el Prelado. Al Virrey, Pedro Martínez de Luna, que simpatizaba con los jesuitas, le da particularmente estas órdenes: «Por nadie sea molestada la dicha Orden, sino favorecida y respetada como es razón»: tal es la Real voluntad de Felipe II y la nuestra. Y respecto a la actitud del Arzobispo, dícele al Virrey: «Si viéredes que pone alguna dificultad o estorbo, o no lo hace de manera que la dicha Orden y Compañía y religiosos de ella queden muy satisfechos, le desengañaréis, que no lo habernos de permitir ni consentir. Y así os encargamos que vos, en nombre de Su Majestad... les deis el favor necesario, de manera que líberamente puedan celebrar los divinos oficios en la casa y sitio que tienen comprado y señalado y en el que al presente están, tomando a los dichos religiosos y a la dicha casa en la protección y salvaguardia real de su Majestad... De Valladolid a 25 de junio de 1555».

Como la princesa Doña Juana advirtiese que no se obedecían sus mandatos con la puntualidad debida, despachó una carta para los «Venerables Inquisidores contra la herética parvedad y apostasía en el reino de Aragón», mandándole intervenir contra todos aquellos que no han obedecido puntualmente y han llegado a poner «cedulones con pinturas y figuras de los de la dicha Compañía, con gran escándalo y alboroto del pueblo... y que fue enviada una cuadrilla de muchachos al colegio de los de la dicha Compañía a apedrear los religiosos de ella... Y siendo esto tan en deservicio de nuestro Señor y de una Orden de religiosos tan pro-

vechosa a estos reinos y de tanta cristiandad y doctrina, aprobada por los Sumos Pontífices, convendría que luego se pusiera remedio. Y así os encargamos mucho, que... los dichos abad de Veruela y el guardián de San Francisco y prior de San Agustín, el rector de San Miguel de los navarros y el Vicario de la Magdalena, y también los beneficiados de la dicha iglesia de la Magdalena, y el canónigo Pérez de la Seo y el Dr. Melendo, canónigo también de la Seo, no sólo depongan lo que han hecho contra los religiosos de la dicha Compañía de Jesús, pero que parezcan personalmente en esta Corte dentro de quince días después que se lo ordenáredes, y vengan a darnos razón de las causas porque se ha intentado; y esto so las penas y premios que conviniere, y no queriendo obedecer lo susodicho... los enviéis presos y a buen recaudo a esta dicha Corte; que así conviene al bien de la justicia y público de ese reino... De Valladolid a 27 de julio 1555».

Antes de que esta carta tan inflexible y rigurosa llegase a manos de los Inquisidores zaragozanos, los cuatro jesuitas que estaban en la ciudad habían tomado una decisión caritativa y humilde. Presentáronse juntos el 27 de julio en la casa del Ayuntamiento y entregando las llaves de su propia casa, expresaron su voluntad de retirarse a fin de no provocar con su presencia los excesos y escándalos de los últimos meses. Cuando todos los vecinos estuviesen en paz, sería el momento de volver. Entre tanto ellos se retirarían a Pedrola, donde estaban ciertos de hallar benévola acogida. Efectivamente, una hermana de Francisco de Borja, Doña Luisa de Borja y Aragón, casada con el duque Martín de Villahermosa, señor de Pedrola, tenía allí su palacio, donde practicaba todas las virtudes y especialmente la caridad y la misericordia.

No duró largo tiempo este voluntario destierro, pues toda la ciudad cambió de opinión respecto a los humildes y trabajadores jesuitas. Doña Juana reiteró sus cartas de defensa. Los que sentían cariño y admiración hacia ellos cobraron ánimos y se convirtieron en públicos apologistas. Y el mismo arzobispo tan seriamente amonestado por la Princesa, tuvo que cantar la palinodia, retractando sus precedentes censuras. Este documento se leyó en todos los pulpitos de Zaragoza el 8 de setiembre de 1555.

Al día siguiente los hijos de S. Ignacio, retirados modestamente a Pedrola, regresaron triunfalmente a Zaragoza en una especie de procesión popular, organizada por el obispo de Huesca, D. Pedro Agustín.

El homenaje de acción de gracias tributado por Ignacio y sus hijos a la enérgica gobernante de España no se distinguió por su pompa y aparato; tuvo más de calor íntimo y afectuoso que de suntuosidad pública.

La excelente impresión que de su conducta y su espíritu religioso tenían, se patentiza en las cartas.

Ignacio decía a Araoz el 13 de junio de 1555: «Del grande exemplo que da la serenísima Princesa, de su vida y modo de proceder de esos reinos, acá nos consolamos en extremo».

De la misma doña Juana son estas palabras a su embajador ante la Santa Sede, rogándole con mucho encarecimiento que le haga conocer al papa (Pablo IV Carafa) «la buena voluntad y devoción que tengo a esta santa Compañía», y vos, el embajador, protejáis a los hijos de Ignacio, «los amparéis, favorezcáis y ayudéis, así con Su Santidad, como con los que más fuere menester».

El 31 de julio de 1556 Ignacio de Loyola desapareció calladamente de la escena de este mundo, viniendo a sucederle Diego Laínez. Tras el Santo, el Sabio. El espíritu de la Regente Juana, en vez de amortiguarse, se avivó con nuevas llamas. Borja le comunicaba a Laínez con expresivas palabras su opinión sobre aquella «jesuitisa»: «La Princesa... crece de cada día en espíritu y en devoción de la Compañía, y así creo es una de las personas que entiende el instituto della».

Retorno del rey don Felipe

La escena de España cambia de repente. Despachados los asuntos de Flandes e Inglaterra primero con la renuncia y la muerte del Emperador y después con el fallecimiento de su segunda esposa, María Tudor de Inglaterra en 1559, regresó a España Felipe II y tomó en sus manos las riendas del Estado. La regencia de Juana se había acabado. Como ya llevaba algún tiempo construyendo en Madrid un gran «Convento de las Descalzas Reales de la Orden de Santa Clara», a la sombra de sus muros se acoge muchas veces buscando paz y silencio. Junto al convento ha mandado edificar un retiro para sus meditaciones.

Sin abandonar la Corte, hace una vida medio-monástica, medio-cortesana, siempre bajo la dirección de sus Padres espirituales. No hay día que no consulte a Borja o a Polanco. De tiempo en tiempo vive en palacio junto al rey, su hermano. En setiembre de 1569 leemos en una carta: «La

Princesa ha estado muchos días mala con calentura continua». En febrero de 1570: «Se ha pasado a las Descalzas por esta ausencia del rey».

Le gustaba tomar algún esparcimiento, saliendo a Aranjuez con los jóvenes archiduques de Viena, Ernesto y Rodolfo, a los cuales a veces acompañaba en la caza de liebres. Pero su principal entretenimiento y lo que más le encantaba era tocar diversos instrumentos musicales. Francisco de Borja, buen compositor, le acompañaría más de una vez.

Aunque llevaba una vida espiritual intensa sabemos que en la Corte muchos fijaban sus ojos en la interesante personalidad de la Princesa tan dulce como enérgica, tan espiritual como política. Y les parecía imposible que una mujer de dotes tan cautivadoras, no aspirase a unir matrimonialmente su vida con algún príncipe o archiduque. En el círculo de los embajadores es donde más proyectos se forjan, buscándole cónyuges de alto linaje, como el rey de Francia, Carlos IX, el hijo del Duque de Florencia, muy estimado del Papa, los archiduques austríacos Carlos o Rodolfo, y aun novios inverosímiles, como el degenerado Carlos, su sobrino.

No es de creer que ella tomase en serio ninguno de aquellos vanos ofrecimientos. Conocía bien lo que eran las más altas dignidades humanas, y no le seducían. Era feliz con el trato paternal de Francisco de Borja, los consejos de Araoz y de otros mil jesuitas, a quienes tenía por hermanos. Su hermano el poderoso Felipe II sabía tratarla con amor y respeto. Y allí cerca tenía el convento de monjas Clarisas, o Descalzas Reales, por ella fundado, que creaban en torno a su persona un ambiente de piedad y devoción, contrario al de los hombres mundanos.

Un día le llegó de Roma una triste noticia. El secretario de la Compañía Alfonso de Polanco le escribía dándole cuenta de la santa muerte de Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús. Al año siguiente, 7 de setiembre de 1573, ella misma, la hija de Carlos V, la hermana de Felipe II, la madre del rey Don Sebastián, la única jesuitisa de la historia, cerraba plácidamente los ojos y pasaba a la eternidad en el monasterio, de El Escorial. Entre cirios humeantes y cánticos litúrgicos fue conducida a su convento de las Descalzas Reales. Había vivido 38 años.

Dos palabras más sobre Borja

No poco de la grandeza de Juana de Austria se debe a la dirección con que la guió espiritualmente aquel gran santo que fue Francisco de

Borja. Borja fue siempre para ella —sin que queramos desestimar lo más mínimo la acción alentadora de Araoz— luz en la mente, calor en el corazón y unción en el espíritu. Borja tuvo el privilegio de ser el intermediario del gran Ignacio de Loyola, el que hizo sus veces, ya que el Fundador de la Compañía sólo por cartas pudo dirigirla. Para la implantación de la Compañía en España —objeto de este capítulo— nadie contribuyó tan eficazmente como el Gran Convertido de Gandía, el Gran Favorito del Emperador, el Gran pisoteador de todas las grandezas humanas. En ninguno de los suyos tuvo Ignacio tanta confianza como en Francisco de Borja. Desde el primer momento de su vida en la Compañía le otorgó poderes omnímodos por encima de todos los Provinciales españoles. Alguien los juzgará excesivos, pero Ignacio estaba cierto de que el humildísimo Borja no había de usar de ellos como un autócrata. Tenía la seguridad de que no había otro que conociese a los hombres como Borja y que los gobernase mejor. Veía que en él y con él actuaba el espíritu de Dios.

Armado con tantos poderes hizo el Comisario de España muchas obras que sin ellos no se hubiera atrevido a acometer. ¿Quién fomentó la cultura y la ciencia como él, que parece se propuso sembrar el suelo español de Colegios (incluyendo los ocho que surgieron en su generalato), en donde se formara una nueva juventud, conforme al espíritu de la nueva época? ¿Quién alentó tanto como él a los dotados de talento lingüístico, filosófico, teológico, escriturístico, a intensificar estos estudios, preparando así los áureos tiempos que no tardarían en llegar?

Con no haber recibido él una formación estrictamente jesuítica porque estaba ya en la madurez cuando entró en la Compañía, cayó en seguida en la cuenta de la necesidad de los noviciados, y así le propuso a S. Ignacio que cada Provincia tuviera el suyo; Simancas, el de la Provincia de Castilla, conservó mucho tiempo su recuerdo y el aroma de sus virtudes.

El incidente que tuvo con la Inquisición por haberse puesto en el *índice de libros prohibidos* unos tratados poco ortodoxos de autor anónimo, mezclados con otros auténticos de Borja, no es de este lugar el referirlo porque las cosas sucedidas después de la muerte de Ignacio de Loyola y concretamente el disgustoso episodio de la Inquisición, caen fuera del ámbito de este libro. Nos remitimos a la bibliografía señalada brevemente en la nota 78 de este capítulo. Si lo mencionamos aquí es para explicar las causas que originaron la partida de P. Francisco, primero a. Portugal y luego a Roma. Un punto oscuro que no nos detenemos a explicar, porque

lo ha hecho bastante bien el P. Suau, y tras él otros autores más modernos, es el cambio radical que se nota en Felipe II, amantísimo de Borja desde su niñez, y enigmático después, displicente, malhumorado y casi hostil en el trance más difícil que pasó Borja en su vida. Verdad es que al rey no le faltaban razones para tratar duramente a los parientes de Borja, aunque en ocasiones nos parece excesivamente riguroso, pues con un poco de buena voluntad fácilmente hubiera llegado a la convicción de que el P. Francisco de Borja era absolutamente irreprochable.

La Corte de Lisboa estaba dispuesta a defender a Borja, el cual sin duda hubiese puesto dificultades a ello, por miedo a disgustar a Felipe II. En España no se ponían claras las cuestiones relativas a los tratados censurados por la Inquisición, que llevaban el nombre de Francisco de Borja. ¿Había alguien empeñado en que las cosas diáfanas se oscureciesen? El mejor modo de que le olvidasen era alejarse de España. Pero ¿no sería mirado como un culpable fugitivo?

Borja, llamado por el papa

La resolución del Pontífice Pío IV pareció cortar el nudo con el Breve *Pastoralis officii sollicitudo* (10 de octubre 1560) en que le llamaba a Roma, colmándole de elogios: «Amado hijo, salud y bendición apostólica. La carga del oficio pastoral que el Señor ha puesto sobre nuestros hombros y que es superior a nuestras fuerzas y merecimientos, nos obliga a desear tener a nuestro lado copia de buenos y fieles ministros para ayuda de las almas en tiempo tan necesitado... Y porque la Compañía ha producido y cada día produce tan grandes y copiosos frutos en la Iglesia, nos ha parecido enviaros a llamar a Roma a vos, cuya vida y santas obras derraman tan suave olor y fragancia en todas partes, de suerte que podemos confiar que vuestro ministerio y servicio nos será provechoso. Por lo cual... os exhortamos en el Señor, que lo más presto que pudiereis, no teniendo enfermedad que lo estorbe, os vengáis a esta santa ciudad... Dado en Roma», etc.

No se atrevió el P. Francisco a ponerse en camino por temor a que Felipe II lo considerase como un desacato y una escapada de las autoridades españolas. El peligro no se desvanecía para la persona de Borja. Por eso el P. General, Diego Laínez, creyó que debía forzar de nuevo al Papa. Con esa intención suplicó al cardenal de Ferrara, Hipólito d'Este, pariente de los Borjas, rogándole obtuviese de Pío IV un nuevo Breve. Accedió con benevolencia el Papa y el Breve *Dilecti filii nostri* fue expedido el 20 de

junio de 1561, reiterándole el deseo de tenerle en Roma como consejero en las cuestiones del Concilio y en otras pertenecientes al obsequio y honor de Dios. «Lo mismo el cardenal de Ferrara que el Prepósito General de la Compañía nos han hablado de la integridad de tus costumbres y eximia virtud, de tu doctrina y de otros dones que de Dios has recibido... Por lo cual te exhortamos a que en seguida que la salud te lo permita te traslades a nuestra ciudad. Dado en Roma, palacio de San Marcos», etc.

La divina Providencia le había preparado las circunstancias para que Borja fuese elevado a la más alta dignidad de la Compañía de Jesús. Saliendo de Portugal, pasó por el Norte de España sin ruido alguno, entró en Francia y el 1 de agosto de 1561 estaba en Aviñón, el 16 en Génova y el 17 de setiembre se encontraba en Roma. Apenas supo el papa su llegada, mandó un camarero a darle la bienvenida y a los tres días le otorgó audiencia, en la que le ofreció hospedaje en el palacio pontificio, delicadeza que Borja agradeció de corazón, mas no quiso aceptar.

Y obró con exquisita prudencia, porque quién sabe lo que en la Corte española se hubiera dicho contra el Papa y contra Borja. La tempestad antijesuítica que se formó al lado de Felipe II solamente el P. Araoz supo apaciguarla, mientras Nadal, por prudencia o cobardía ante el rey y la santa Inquisición, pronunciaba palabras indignas de su gran autoridad, en desdoro de Borja. S. Ignacio, con todo su respeto al Santo Oficio, no se las hubiera tolerado. De nuevo sale a la defensa del perseguido y calumniado la serena autoridad del P. Diego Laínez, que en carta a su buen amigo Francisco de Vargas —carta que seguramente llegaría al rey— proclamaba que el P. Francisco de Borja «cuanto a la fe (allende de las otras buenas costumbres) es tan limpio como el más puro oro, y que fue de los primeros que ayudaron al Santo Oficio a descubrir los errores que en España pululaban».

Desprestigiado ante el «Rey Prudente», Borja se veía ensalzado hasta lo sumo por sus amigos fieles y por el mismo Papa. El General de la Compañía Diego Laínez, alma generosa y serena como pocas, pasó a recibir el premio de sus virtudes el 19 de enero de 1565, e inmediatamente los Padres más graves de Roma designaron Vicario General a Francisco de Borja, el cual se apresuró a convocar la Congregación o Capítulo General, en donde sería elegido el sucesor vitalicio de Laínez.

Esta de 1565 era la segunda Congregación General después de la muerte del Fundador. Fue inaugurada por el Vicario, P. Francisco, con representantes de todas las Provincias de Europa; se llegó a la elección el 2

de julio; por mayoría casi absoluta fue proclamado Prepósito General de la Compañía el P. Francisco de Borja. «Todos con muy especial alegría y consolación espiritual le besaron la mano según las Constituciones; y la mesma alegría recibieron los demás de la casa y colegios de Roma, que con muchos de fuera tenían la casa llena hasta el lugar de la elección». Polanco, de quien son estas palabras, añade que se dirigieron a la iglesia «donde se cantó el *Te Deum laudamus».* El relato del secretario prosigue de este modo:

«El mesmo día, después de comer, habiendo de ir nuestro Padre General, ya electo, a hacer reverencia a S. S. con todos los demás de la Congregación, vino el señor Embajador del Rey de Portugal para acompañarle, y así fuimos todos al monesterio de Araceli, donde el Papa era venido aquel día; y entró primero nuestro Padre y besó el pie de S. S., ofreciéndole la obediencia suya y de toda la Compañía; ... recibióle el Papa con muestras de mucho amor, y de haberse mucho alegrado de su elección... Y entre otras cosas dixo que no se podía hacer elección en persona que a él fuese más grata, ni de la cual hubiese de seguirse mayor servicio divino y exaltación de la Compañía... Después entraron los demás Padres... y le besaron los pies, dando él a cada uno su bendición... y diciendo al Embaxador, que allí estaba: *Esta es buena gente, éstos son nuestros soldados,* etc.»

No es de este lugar trazar el programa de su generalato: espiritualización más intensa de la vida jesuítica y un ímpetu apostólico más intrépido hacia las misiones de infieles; él introdujo a los hijos de S. Ignacio en la Florida (1566), en el Perú (1568), en Méjico (1572), etc.; él organizó mejor los estudios preparando lo que después se llamará *Ratio studiorum S. I.*

Mártir gozoso de la obediencia al papa

Coronó su vida llena de humillaciones y de exaltaciones con una muerte ideal para todo auténtico jesuita: viejo y enfermo emprendió un largo viaje, por voluntad del papa S. Pío V, acompañando al Legado Pontificio, Cardenal Bonelli, quien debía de coligar a los príncipes católicos contra el peligro musulmán. La comitiva salió de Roma en 30 de junio de 1571. El 29 de setiembre entró en Madrid. Un mes antes el rey Felipe II le escribió una carta afectuosa, a la que Borja contestó con agradecimiento y alegría. Señal de que la antigua desavenencia se había disipado sin dejar huella. Diez días en Lisboa le dieron tiempo para abrazar a su hijo Juan,

embajador de España en aquella Corte. De allí retrocedieron por tierra hasta Francia. Las negociaciones políticas no tuvieron resultado. Al regresar a Italia, se halló Borja tan decaído, que le fue preciso detenerse unos días en Ferrara. Aunque le desaconsejaban el viaje, siguió adelante por Loreto y Macerata. El se veía morir y se alegraba «y daba gracias a Dios porque se acababa la jornada de la vida con la de la obediencia» (según palabras de su hermanastro Tomás de Borja).

Más muerto que vivo llegó por fin a Roma, como deseaba, y a los tres días, el 20 de setiembre de 1572, tras una prolongadísima oración, entregó su alma a Dios. «Así acabó a los sesenta y dos años de edad —escribe Astráin recopilando su vida— aquel hombre extraordinario, a quien tanto debió la Compañía, y que forma con Ignacio y Javier la gloriosa terna de santos que veneramos al frente de la Compañía... Un hombre que había vivido en el lujo y abundancia, entrado religioso, se trató a sí mismo con tanta pobreza y escasez, que todos confesaban ser excesivo aquel rigor... Considerando estas virtudes, no nos debe maravillar la impresión grande que hacía en la Corte la presencia del P. Francisco. Todo el mundo sabía que donde entraba aquel hombre entraba la santidad; todos estaban convencidos de que aquel hombre era superior a todos los intereses mezquinos y a todas las envidias y miserias que se agitan en las Cortes... Después de San Ignacio, fue el hombre a quien la Compañía debió más en España, pues era su amparo en todas las persecuciones y quien todo lo allanaba con el peso de su colosal autoridad»[172].

[172] ASTRÁIN, *Historia de la Compañía* II, 340-41.

CAPÍTULO VIII

A LA CONQUISTA ESPIRITUAL DE FRANCIA

Gracias a la constancia, método y energía de Ignacio de Loyola y de sus hijos, y en virtud sobre todo del inflamado espíritu sobrenatural que transmitían a las almas privilegiadas (príncipes y princesas, obispos, doctores, sacerdotes, personajes de gran influencia social) pronto se echó de ver que la Reforma Católica y Eclesiástica empezaba a triunfar en la Jerarquía y en el pueblo, en las ideas y en las obras. Esto se veía claro en Italia, en Portugal y principalmente en España, según lo dicho en capítulos precedentes. No tuvo la renovación cristiana éxitos tan fáciles y decisivos en la Francia del siglo XVI, debido probablemente, al menos en parte, al espíritu galicano que hervía aún en muchos eclesiásticos y teólogos.

Nunca se imaginó Ignacio de Loyola que la «Nación Cristianísima» y su celebérrima Universidad Parisiense, presidida por el Colegio de la Sorbona, habían de cerrar las puertas con tantos cerrojos y alzar los muros tan escarpadamente, que resultasen obstáculos infranqueables para los hijos de aquel maduro estudiante español, que no se cansaba de enaltecer las glorias y los merecimientos de la *Alma Mater,* a cuyo calor habían germinado las primeras semillas de la Compañía de Jesús.

Sabido es que Ignacio, como Francisco Javier y sus compañeros, se complacían en recordar nostálgicamente la Facultad teológica de la Sorbona con sus grandes maestros, y el Colegio Real de Navarra, el de Santa Bárbara, el de Montaigu, el de Beauvais, el de Coqueret, el convento de los Jacobitas (O.P.), el de los Cordeleros (O.S.F.), y por encima de todo la modesta iglesita de Montmartre, donde tuvo su cuna aquel amigable consorcio de estudiantes, que luego recibiría el nombre de Compañía de Jesús.

Estudiando en la Universidad de París

Para Loyola, cuando se trataba de crear un colegio, lo primero de todo era Roma; después, París. Sabemos por testimonio del P. Ponce Cogordan, que el pensamiento y voluntad de Ignacio había sido fundar en

Europa dos colegios mayores o Universidades cosmopolitas, es decir, dos grandes centros de estudios: uno en Roma, corazón de la religión cristiana, de donde la verdadera piedad, junto con la doctrina ortodoxa se expandiese por todo el mundo; otro en París, *civitas litterarum,* que habría de ser fecundo manantial de alta ciencia y bellas letras, cuyas aguas cristalinas fertilizarían toda la tierra. El primer objetivo lo consiguió, fundando en Roma el *Colegio Romano,* denominado por los Papas *«colegio universal de todas las naciones»,* cuya pujante vitalidad permanece en nuestros días como hace cuatro siglos. Ignacio no pudo ver la segunda parte de su programa, porque su noble empeño fracasó en París por las circunstancias políticas y religiosas de Francia y de la Iglesia, que le forzaron a cambiar de método.

A pesar de todo, no escatimó esfuerzos, ni le faltaron algunos éxitos.

En la primavera de 1540, bajo la dirección del P. Diego de Eguía, salieron de Roma con rumbo hacia la capital de Francia un grupo de escolares que, conforme a las órdenes de S. Ignacio, debían dar el primer asalto a la Universidad parisiense, estudiar con sus maestros y apoderarse de sus métodos. Nótese que este golpe audaz lo da el Santo cuando aún la Compañía de Jesús no había recibido la fundación canónica.

Aquellos audaces escolares, carentes de recursos humanos, se establecieron, como *porcionistas* (porque pagaban una cuota módica) en el Colegio *Des Trésoriers.* Hacían vida casi monacal. Alternaban el estudio con la oración, frecuentaban los sacramentos y no perdían una hora de clase.

Al sacerdote navarro, Diego de Eguía, sucedió en la dirección de aquella reducida comunidad el P. Jerónimo Doménech, rico canónigo de Valencia, antiguo alumno de la Universidad de París, ganado en Parma para la Compañía por el beato Pedro Fabro. Doménech procuró mejorar un poco el tratamiento digno de sus jóvenes estudiantes, para lo cual los trasladó del colegio *Des Trésoriers,* harto estrecho, al más capaz y mejor disciplinado colegio de los *Lombardos,* donde abundaban los italianos y donde tenía cátedra prestigiosa el famoso hebraísta Guillermo Postel, cuyo talento y extravagancias ya conocemos. Estudiaban por entonces en París los jóvenes jesuitas franceses Poncio Cogordan, J. Pelletier y Guy Roillet, varios italianos como el parmense Pablo d'Achille, los españoles Francisco Estrada, conocido como «el orador por excelencia», Andrés dé Oviedo, cuyas inclinaciones hacia la contemplación pudimos observar en Valencia, y Diego Miró, provincial de Lusitania en 1552. A los ya dichos se les

agregó, en 1542, Millán o Emiliano de Loyola, sobrino del Fundador de la Compañía, que había iniciado con fervor y éxito sus estudios en Salamanca.

En la primavera de ese mismo año (28 de abril) salió de Roma un grupo de jóvenes jesuitas, cinco de los cuales iban para Portugal y dos a París. Caminaban a pie. El jovencito de 16 años, Pedro de Ribadeneira, «que era el menor y más delicado de todos», iba con otro mayor en dirección de París; «íbamos con hábito y traje de peregrinos», «con los pies sin soletas ni escarpines», «pedíamos limosna, dormíamos en los hospitales». Con su castizo lenguaje toledano refiere Ribadeneira en sus *Confessiones* el largo viaje que tenían que hacer, de «trescientas y treinta y seis leguas, por Aviñon, de Roma a París».

«Pareció a mis compañeros que sería imposible que yo pudiese atener con ellos y salir con tan dificultosa empresa en tan tierna edad; propusiéronle a nuestro beato Padre, no para que no fuese, sino para que fuese con más comodidad con los otros, en algún cuartaguillo o jumentillo; mas el santo Padre... conociendo cuánto importaba quebrantar aquella mi viva y rebelde naturaleza, respondió que yo fuese como quisiese, porque él lo dexaba a mi voluntad; mas que si yo fuera su hijo, no me enviara sino como a los demás. Estas solas palabras bastaron, cuando lo supe... para determinarme de ponerme a cualquiera trabaxo, por grande y nuevo que fuese y no hacer menos que los otros».

Los que marchaban a Portugal se separaron de los otros dos en Aviñón. Estos, ignorando la lengua, temblaban de miedo. Antes de llegar a Lyon, «se comenzaba a rugir que el rey de Francia rompía guerra contra España... Todas las cosas que veíamos y oíamos nos ponían espanto, y nos hacían desmayar y juzgar que era imposible llegar a París y acabar nuestra jornada; y mi compañero se rindió, y me comenzó a exhortar que dexado el camino de París nos volviésemos luego a Aviñon... Me volví a mi compañero y le dixe: Si vos os queréis ir a España, idos, que a mí la obediencia de nuestro Padre me enviaba a París, y a París tengo de ir, aunque sepa morir».

En la Universidad iniciaron sus estudios. Ribadeneira se alojaba en Santa Bárbara. Mas no tardó en estallar la guerra. Los súbditos de Carlos V se vieron obligados a abandonar las tierras de Francia, pese a las protestas y alegatos de la Universidad, que demostraba con documentos los privilegios e inmunidades de estudiantes en semejantes casos. Todo fue inútil.

«Estábamos entonces en París —sigue narrando Ribadeneira— como diez y seis de la Compañía, ocho españoles, uno flamenco, otro portugués, y los demás eran italianos. Salimos nueve, y los otros se quedaron... Entramos en Arras, que es ciudad fuerte y la primera por aquella parte de los Estados del País Baxo, y cabeza de la Provincia de Artois, a los 27 de julio».

Apenas llegados a Lovaina, capital intelectual de los Países Bajos, empiezan a frecuentar las aulas de aquella Universidad. Todos se distinguían por su aplicación al trabajo y por su intensa vida de piedad. Buena parte de ellos, obedeciendo a un mandato de Roma, salieron pronto para el colegio de Coimbra en Portugal. Algunos fueron destinados a Roma.

Por los caminos de Europa

Aquellos animosos estudiantes, que habían aprendido de su Padre Ignacio a peregrinar por lejanas tierras, cogieron sin demora sus mochilas y con escasísimas monedas en la cartera, emprendieron alegremente sus difíciles viajes por Francia, Alemania, Suiza, Italia, España y Portugal, recorriendo siempre a pie centenares y centenares de kilómetros, sin más lengua —muchas veces— que el latín de las escuelas.

Ribadeneira, que era el más joven y el menos experimentado de aquellos peregrinos por los variados derroteros de tierras tan lejanas y desconocidas, recordando en su ancianidad la manera que tenía Ignacio, tan amigo de las peregrinaciones, de enviar a los suyos con espíritu de penitencia, fervor apostólico y rigurosa pobreza, nos traza este breve cuadro en la biografía del Santo.

«Iban peregrinando —dice— a pie, y aunque no todos de un hábito, todos pobremente vestidos... Predicaban en las plazas según la oportunidad y tiempo que hallaban... Animaban a todos los que topaban a la penitencia de sus pecados, a la confesión y oración, y a todo género de virtud. Saliendo de la posada, se armaban con la oración, y en entrando, también se recogían en ella. Confesaban y comulgaban los domingos, o más a menudo los que no eran sacerdotes... Mandábales el Padre que el más flaco y que menos podía andar fuese delante de todos, para que la regla y medida de su camino en el andar y en el parar fuese lo que aquél podía, y los más fuertes siguiesen a los más flacos. Y porque no había entonces colegios de la Compañía en que albergarse..., ordenaba el Padre —y así se guardaba— que si alguno enfermase en el camino, de manera que no pudiese pasar adelante, se detuviesen todos con él, y le guardasen algunos

pocos días. Y si la enfermedad pareciese larga, quedase uno de los compañeros con el enfermo, y que éste fuese el que era más a propósito para servirle y regalarle».

En el colegio de los Lombardos

Los que sin temor a la guerra, por no ser súbditos del Emperador, se quedaron en el *colegio de los Lombardos,* se ilusionaron pensando que allí podían permanecer tranquilos y seguros. No eran más que ocho, bajo la dirección de P. Pablo d'Achille, y ni siquiera a esta pequeña comunidad de estudiantes desconocidos, y ciertamente no españoles ni germánicos, se les permitió vivir en paz, porque las tropas inglesas, aliadas de Carlos V, trataban de poner cerco a la ciudad de París.

Sólo en setiembre de 1544, cuando los soberanos se reconciliaron y firmaron la *Paz de Crespy,* se restituyeron mutuamente los territorios conquistados después de la Tregua de Niza (1538), y concordadas diversas capitulaciones, reinó la paz. Entonces pudieron los hijos de S. Ignacio regresar al colegio de *los Lombardos* y consagrarse a los estudios con afán y sin temor de nadie.

Calladamente se veía florecer aquella comunidad gracias a las copiosas y excelentes vocaciones que se lograron en el silencio de los *Ejercicios espirituales.* En lugar del P. Pablo d'Achille, que fue llamado a Roma, quedó el P. Juan Bautista Viola, amable y enfermizo, que seguía los cursos de la Universidad, pero que ya mostraba su arte de educar espiritualmente a los jóvenes. También sabía manejar muy hábilmente el arma eficacísima de los Ejercicios.

En 1548 vino a engrosar las filas de Ignacio el P. Everardo Mercurian, de la Bélgica luxemburguesa, cuyas dotes de prudencia y moderación le llevarán, después de Borja, a la suprema gobernación de la Compañía, siendo así Mercurian el primer General de la Compañía, no español. En 1550 pedirá ser admitido en la Orden ignaciana, por influencia espiritual de Mercurian, Olivero Manare, que gozará del afecto del Fundador, fue Rector del Colegio Romano en 1553 y más tarde Asistente y organizador de la Germania inferior. Tantos cargos no le impidieron ser víctima de murmuraciones y calumnias que amargaron sus últimos años.

Siguieron el mismo camino de la vida religiosa otros muchos bien dotados, entre los que sobresale el brillante latinista belga Roberto Claysson. Los 13 jóvenes que estudiaban en París tuvieron la dulce

satisfacción de pronunciar en la colina de Montmartre la renovación de los votos, el día 21 de noviembre de 1549, fiesta de la Presentación de la Virgen, como lo habían hecho Ignacio y sus compañeros el 15 de agosto de 1534. Su satisfacción fue mayor, llenándolos de fervor, cuando inesperadamente se encontraron con buen número de peregrinos y otros fieles, que venían a contemplar devotamente la ceremonia de la renovación de los votos de aquellos jóvenes jesuitas.

Por lo demás llevaban una vida recoleta, austera y estudiosa, moldeándola en los *Ejercicios espirituales,* como lo habían hecho los primeros fundadores. En el monasterio de San Germán *des Prés,* exento de la jurisdicción episcopal, los monjes benedictinos les cedieron amistosamente una capilla para la catequesis y para la administración de los sacramentos, merced muy digna de agradecimiento, mayormente en la época en que se les cerraron todas las demás iglesias por mandato del severo Arzobispo de París. No les faltaron, sin embargo, otros fidelísimos amigos, que les manifestaron desde el primer día gran afecto y benevolencia, como el *Doctor Francisco Le Picart* y el *Maestro Pedro de Cornibus,* franciscano, y otros más, que habían sido profesores o amigos de Ignacio de Loyola y no lo podían olvidar.

A la sombra del Obispo de Clermont

De mayor influencia y eficacia se mostró la autoridad y decisión del obispo de Clermont, Guillermo du Prat, que había concebido en Trento altísima idea de la Compañía de Jesús, conversando amistosa y familiarmente con los teólogos Laínez, Salmerón y Jayo. Por amor a los jesuitas, les hizo abandonar en París el colegio *de los Lombardos,* trasladándolos en 1550 a su palacio, en la calle de la Harpe, palacio que cedió poco después a la Compañía. Así nació el famoso *Colegio* (parisiense) *de Clermont,* nombre que en el siglo XVII se cambiará por el de *Colegio de Luis el Grande,* cuando el Rey Sol lo haga objeto de sus munificencias y desfilen por sus aulas las más prominentes figuras de la ciencia y de las letras.

Fue *Guillermo du Prat,* uno de los mayores luminares de la Restauración católica en Francia, uno de los pocos prelados franceses que arremetieron briosamente a favor del incipiente movimiento católico-reformista, que con cierto retraso echó a andar en la «Nación Cristianísima».

De clara mentalidad tridentina, sin rastros de Galicanismo y con la mirada puesta en Roma, el obispo claromontano, apellidado no sin motivo «el Borromeo de Francia», se entusiasmó con los hijos de Ignacio desde

que los conoció, y en los momentos difíciles actuó como protector y verdadero padre de todos ellos. En 1553 hizo que varios jesuitas de París pasasen a la diócesis de Clermont, a fin de que trabajasen con fervor y método entre las gentes, como misioneros populares o como predicadores más doctos en las grandes poblaciones, como catequistas en todas partes, y así organizasen la vida cristiana, dando comienzo a la reforma eclesiástica solicitada por los Padres tridentinos.

Con objeto de completar la reformación deseada, planeó edificar en la ciudad de Billom un gran colegio, donde los hijos de Ignacio impartiesen una educación plena, moral, literaria y científica a toda la juventud de la diócesis, inmunizando de esta manera a los jóvenes contra el virus de la herejía que empezaba a difundirse por aquellas tierras de Auvernia. Para la creación de ese gran colegio de aspiraciones casi universitarias, aquel celoso prelado se decidió a pedir profesores a S. Ignacio. El resto lo pondría él generosamente.

El 29 de setiembre de 1553 le dirigió al Fundador de la Compañía estas palabras: «Hace ya mucho tiempo que escribí a vuestra Paternidad cuan ardientes eran mis deseos y cuántos mis afanes para que en un lugar de mi diócesis, que sus habitantes llaman Billom, se erigiese e instituyese la Universidad casi totalmente decaída y medio muerta. Hasta ahora mis conatos no tuvieron resultado... Pero ahora tengo la esperanza de que Dios con su inmensa benignidad no permitirá que mis afanes sigan siendo vanos, ya que todo se ordena a la gloria de su nombre y a la salvación de mi pueblo». Como la situación del país parece más tranquila, le pide se digne enviarle tres o cuatro de la Compañía, bien formados en letras y costumbres, «a quienes recibirá con amabilidad y bondad, como hermanos y amigos, procurando que no les falte nada de lo necesario para la vida y para el mayor provecho espiritual».

El colegio de Billom para jesuitas y externos

Andaba Ignacio, como siempre, muy escaso de sujetos. Pero la gratitud era en él omnipotente. Por eso, aunque tardó tres años (los últimos de la vida de Ignacio) en satisfacer los deseos del obispo, tres años empleados por los jesuitas para combatir la herejía calvinista en aquella diócesis, la obra al fin se logró. El 12 de setiembre de 1555 Ignacio anunciaba al obispo el envío del P. Jerónimo Le Bas, «bien conocido de vuestra Señoría Reverendísima»; juntamente le manda al P. Pedro Chanal, muy versado en

filosofía y teología, de vida ejemplar, modesta e irreprensible, «es francés y natural de un lugar no lejos de la diócesis de Clermont».

Estos dos, al llegar a Billom el 26 de octubre de 1555, se encontraron con el P. Roberto Claysson, que como profesor de teología y elocuente predicador, alcanzará una fama muy superior a la de sus colegas. Había recibido pocos días antes la consagración sacerdotal de manos del obispo Guillermo du Prat, el cual, contemplando sus virtudes y sus altas cualidades oratorias, se hacía lenguas de él escribiendo a S. Ignacio:

«He hecho venir al P. Roberto Claysson, miembro de tu Compañía, tan recomentable por su maestría en las letras, como por la integridad de sus costumbres y su fervor religioso, a quien destiné para la interpretación de las sagradas Escrituras a los escolásticos en la ciudad de Billom y para la predicación sagrada en el templo. Apenas puedo expresar con cuánto aplauso y favor no sólo de los escolásticos, mas de todos los ciudadanos ha sido acogido, de tal manera que ha excitado la santa emulación de otras muchas ciudades de mi diócesis, que desearían llamarlo y aun atraerlo». Para contentar a todos, el celoso prelado rogó al P. Claysson que fuese durante las vacaciones a ejercitar su elocuencia y su celo en algunas ciudades. «Tanto Jerónimo Le Bas como Pedro Chanal son admirables por su modestia, dignos de toda nuestra consideración. Al maestro Jerónimo he tenido que mandarlo a Clermont, donde se consagra a los enfermos del hospital y a los pobres con tanta caridad, que ha conquistado el respeto y el afecto de mis diocesanos... Nos prestaríais vos muy útil concurso a nuestros esfuerzos si nos enviaseis otros cuatro o cinco Padres, sea para ayudar al Maestro Claysson, sea para cumplir los diversos oficios del Colegio, pues me propongo de poner en manos de vuestros Padres toda la dirección de las escuelas de Billom». Y para terminar, sospechando que en la casa de Roma les agobia la pobreza, «recibirá Vuestra Paternidad, como regalo *(xeniolum),* cien ducados, para que de nuestra parte aliviemos vuestra inopia con nuestra abundancia».

El obispo compró terrenos que entregó a la Compañía para nuevas construcciones; y el 26 de julio de 1556 pudo celebrar el colegio su inauguración. Desde el primer día se presentaron 500 alumnos que abarrotaron las clases, sin contar los 200 niños que aprendían a leer con pedagogos. Pronto serán 800 bajo 14 profesores y llegarán a 1.600 en 1563. Al principio había cinco clases distintas de letras humanas, latinas y griegas. Tres diversos profesores regentaban otras tantas clases de gramática latina y griega. El P. N. Lorrain ocupaba la cátedra de Humanidades; el P. L.

Masser la de Retórica. R. Claysson, sin descuidar el pulpito, cumplía sus funciones de profesor de teología.

El Rector del Colegio era el P. J. B. Viola, muy amado del obispo, que lo había conocido y tratado afablemente en París; aunque no era francés sino italiano, se distinguía por sus maneras de gran finura y delicadeza.

El celoso y magnánimo obispo Guillermo Du Prat falleció el 23 de octubre de 1560, sin el consuelo de ver concluida la fábrica de la iglesia, a cuyos sagrados ámbitos fueron merecidamente transportados sus restos mortales.

El cardenal de Guisa o de Lorena, protector de los jesuitas

Hemos dicho que Mons. Guillermo Du Prat, gran favorecedor de los hijos de San Ignacio, viendo la precariedad de la mansión en que vivían, casi de limosna, los escasos miembros de aquella comunidad estudiantil, les hizo abandonar el colegio de los Lombardos, trasladándolos en 1550 a su palacio situado en la calle de «la Harpe». Quería cederles el palacio en propiedad, pero eso no era posible antes de que obtuvieran oficialmente el *derecho de naturalización,* único modo de alcanzar la facultad de poseer bienes estables y rentas. Sin dificultad ninguna había logrado el buen obispo el consentimiento de su cabildo, del Papa y del mismo rey de Francia.

Las patentes del rey Enrique II las había obtenido gracias a la poderosa intervención del cardenal Carlos de Guisa o de Lorena, cuya autoridad solía ser decisiva en París como en Roma. Lleno de juventud, de noble y esbelta apostura, dotado de egregias cualidades oratorias, intelectuales y diplomáticas, arzobispo de Reims, a los 14 años de edad, cardenal a los 22 (en 1547), favorito y consejero, en unión con su hermano mayor Francisco de Guisa, del rey Enrique II, había conocido en Roma a Ignacio de Loyola, cuando vino para el cónclave de febrero de 1550. Ya para entonces era, con su hermano Francisco, árbitro de la política francesa. Deseando S. Ignacio ganarse a personaje tan prestigioso le hizo una visita recomendándole y poniendo bajo su augusta protección la Compañía de Jesús. El joven cardenal le restituyó la visita, viniendo al Gesù y ofreciéndose al Santo como protector de la Compañía en Francia.

Retornando a su patria, repitió los mismos ofrecimientos al P. J.-B-Viola. Pocos días después, hablando con el monarca, trataron del asunto de

la nacionalización jesuítica y Enrique II manifestó en enero de 1551 que haría de su parte todo lo posible, autorizando a los jesuitas para «construir, con las limosnas obtenidas, una casa o colegio en la ciudad de París, donde vivir según sus reglas y estatutos». Mas no fue fácil obtener las letras del privilegio, pues el Consejo real exigía la aprobación y sello del Canciller, después de lo cual debía el documento real pasar al Parlamento de París, que era como la Corte suprema de Justicia.

Aquí todo fue rémoras y dificultades. Pensando el P. Viola acelerar el expediente, presentó a los abogados y procuradores del Parlamento las letras apostólicas que contenían los privilegios otorgados por el Papa Pablo III a la Compañía de Jesús. En aquella Francia tan aferrada tradicionalmente a las «libertades de su Iglesia Galicana», no era la mejor recomendación una bula pontificia. El Procurador general de la Corte no vio sino contradicciones entre el documento del Romano Pontífice y el del Rey.

Pascasio Broet, francés y provincial de Francia

El P. Viola no era francés de nacimiento, ni de carácter tenaz y fuerte para gestionar este complicado asunto, por lo cual juzgó S. Ignacio poner otro Superior, que, siendo francés de nacimiento, conociese mejor a sus compatriotas y no le faltase doctrina y firmeza con que desenmarañar aquellos enredos jurídicos. Pocos eran los jesuitas franceses para formar una «Provincia jesuítica»; con todo, el Fundador se decidió a constituir la «Provincia de Francia» bajo el gobierno del prudente, aunque un poco ingenuo, *Pascasio Broet* (25 de junio 1552).

Era entonces arzobispo de París Mons. Eustaquio du Bellay, de nobilísima familia, enemiga de los Guisas. Bastó, pues, que el Cardenal Carlos de Guisa o Lorena se mostrase adicto a la Compañía, para que él se declarase en contra. Una vez que el P. Broet le indicó que el Romano Pontífice había aprobado a la Compañía para toda la Iglesia y que el rey la había admitido en su reino, replicó el galicano Arzobispo: «El Papa puede hacer eso en sus Estados, mas no en Francia, y el rey tampoco puede recibirla en su reino, puesto que se trata de un asunto espiritual».

San Ignacio tenía los ojos fijos en París y particularmente en las dos personas de su confianza: el cardenal de Guisa y el obispo de Clermont, a quienes escribía siempre que tenía ocasión, porque en ellos se cifraba el porvenir de la Compañía de Jesús en Francia. Él 9 de mayo de 1550 escribe dos epístolas que parecen de cumplimiento. Y lo son tal vez, pero

le salen del alma. La primera es para el obispo Guillermo Du Prat, escrita con la confianza de un amigo, que no puede olvidar a su amigo fiel y generoso; la segunda es de carácter consolatorio, cuyas fórmulas rituales son forzosas, pero bajo el formulismo se siente latir un corazón agradecido. Habían muerto el duque Claudio de Guisa, padre del cardenal Carlos, y el cardenal Juan de Lorena, tío del mismo Carlos. Ignacio le da el pésame con palabras sencillas y vulgares, porque su vocabulario es deficiente. Dice poco, porque no sabe decir más, pero se le nota que el corazón quisiera ser más expresivo, y se vuelca en promesas de oraciones y sufragios: todos los de casa harán oración por el duque difunto; todos los sacerdotes ofrecerán sus misas en casa y otras muchas en altares privilegiados de la ciudad.

La gratitud era una de las virtudes naturales más hondamente sentidas por Ignacio. Y cuando se trataba de beneficios hechos no personalmente a él, sino a la Compañía de Jesús, el agradecimiento alcanzaba límites difícilmente superables.

No era menos señalado su amor a la justicia. Cuando él, o la Compañía en general o alguno de sus hijos, era acusado de algún delito falso, o era infamado públicamente, no se contentaba con obligar al calumniador a una retractación pública; se empeñaba en que interviniesen los jueces y en público tribunal se sentenciase dónde estaba la verdad y dónde la mentira, a fin de que la fama del inocente fuese respetada en todas partes. Esto lo hizo repetidas veces en España y en Italia. ¿Podría hacerlo ahora en Francia, donde se le negaban derechos ciertos y se ponían tropiezos inaceptables a su misión apostólica rechazando documentos papales? Su sincero y hondo amor a la Universidad de París no le permitía llevar el caso a los tribunales. Sería un escándalo descalificar jurídicamente a la más autorizada de las Universidades. Y cuando se le preguntaba por qué no lo hacía, modestamente respondía: «Por respeto hacia la Universidad de París, madre de los primeros miembros de la Compañía».

Dictamen del arzobispo y de la facultad de Teología

El primero que tomó posiciones firmes y decididas contra la nacionalización de los jesuitas en Francia fue la autoridad eclesiástica de Mons. Eustaquio du Bellay, arzobispo de París. Su dictamen oficial de 1554 contenía 11 puntos tan llenos de pasión, como fáciles de refutar por su inanidad canónica y por sus palmarias contradicciones. No digamos nada de su posición diametralmente opuesta a la que la Santa Sede había

tomado antes, respecto al Instituto ignaciano. Puesto a examinar las bulas pontificias favorables a la Compañía, descubría en ellas muchas cosas ajenas a la razón, que no deben ser recibidas en la religión cristiana. ¿Cuáles? 1.° El nombre de «Compañía de Jesús» es arrogante, propio de la Iglesia Universal y no de una pequeña Congregación. 2.° Aunque hacen los tres votos monásticos, los interpretan de un modo inadmisible. 3.° Se comportan con independencia de la santa jerarquía eclesiástica. 4.° En su oficio de predicadores, administradores de los sacramentos, etc., violan los derechos de los párrocos. 5.° Se arrogan el derecho de exención y otros superiores a los de los obispos. 6.° Pisotean las prerrogativas de las Universidades, etc. Y puesto que los jesuitas se dicen en sus bulas aparejados a predicar entre turcos e infieles, para traerlos al conocimiento de Dios, convendría que se estableciesen en la proximidad de los infieles y no en medio de la Cristiandad, pues perderían mucho tiempo en ir desde París hasta Constantinopla.

Como se ve, las frases irónicas sustituían a los argumentos serios. Mientras la sentencia negativa del prelado pasaba al Parlamento, la Universidad de París, casi siempre adversaria de las Ordenes monásticas, desde el siglo XII, examinaba las bulas de Pablo III y de Julio III, tan encomiásticas del Instituto de la Compañía, esforzándose por descubrir en ellas algún punto flaco por donde lanzar un ataque. Entre los amigos de los jesuitas, antiguos maestros de Ignacio, Javier, etc., se hallaban doctores teólogos de gran valer y autoridad, como el Dr. Francisco Le Picart, el anciano portugués Diego de Gouveia, el Dr. del Colegio de Navarra, Antonio de Mouchi (llamado Démocharès), el valenciano Dr. Francisco Jover, el sorbónico Doctor Pelletier, el Dr. Dumont muy estimado de S. Francisco Javier, nada pudieron contra la inmensa mayoría. Una vez que el eruditísimo Dr. Jover hizo un cálido elogio de los ignacianos que él había conocido en París y en Lovaina, le motejaron de «jesuita», a lo que él replicó: «Yo no soy digno de formar parte de su Compañía».

La sentencia definitiva se dictó en la sesión del 1 de diciembre de 1554, en todo conforme a la del arzobispo.

Tratos y negociaciones de Broet. Ataques de Benoit

No descansaba un momento el P. Pascasio Broet, corriendo de un favorecedor a otro, animándoles a la resistencia, ayudándoles a organizar en lo posible la defensa, y comunicando en seguida a S. Ignacio los cambios atmosféricos en los ambientes políticos y universitarios.

El 7 de febrero de 1553 le manifestaba lo que últimamente le había dicho el rey y también el cardenal de Lorena, «a quien he visitado muchas veces... y su Señoría Reverendísima ha hablado de lo mismo al rey». Otras visitas eran menos gratas. «El día de la Purificación de Nuestra Señora he visitado a muchos consejeros del Parlamento, a fin de que nos ayudasen en nuestro negocio; algunos prometieron darnos favor en lo posible, mas a otros encontré tan contrarios, que es de maravillar, llegando a decirme que el demonio había suscitado a la Compañía de Jesús. Yo le respondía que, a mi juicio, el Espíritu Santo era el autor, y no el demonio, pues el demonio no procura hacer tantas obras buenas, como por la gracia de Dios hace esta Compañía en muchas partes del mundo...

Díjome que éramos supersticiosos, soberbios, vanidosos, fanfarrones y muchas otras cosas con gran furia, según acostumbran... Ayer hablé al primer Presidente; y él empezó a gritar contra mí, que hay demasiadas religiones, y que si queremos ser religiosos, que entremos en la religión de San Francisco, en la de los Cartujos o en otra. Y diciéndole yo que nuestro Instituto es diferente en cuanto al modo de vivir, replicó con gran furor: ¡Cómo! ¿Es que vosotros hacéis milagros? ¿Y pensáis ser mejores que los otros?»

De gente tan prevenida y tan mal informada ¿qué se podía esperar? Y con todo, el optimista Broet le dice a Ignacio: «Espero que con la gracia del Señor obtendremos todo lo que pedimos, aunque no será sin contrariedades».

Ya queda dicho cómo la sentencia definitiva del Parlamento fue substancialmente idéntica a la de los teólogos sorbónicos, negando rotundamente a la Compañía de Jesús el reconocimiento legal o la nacionalización en el Reino Cristianísimo.

¿Qué hizo entonces San Ignacio? Respetó el parecer de su *Alma Mater*. Hubiera podido fácilmente desde Roma aplastar la soberbia galicana, presentando el problema ante los más altos tribunales de la Iglesia. No lo quiso hacer. A los tribunales jurídico-canónicos prefirió el veredicto de la Ciencia universal, como veremos.

Un afamado doctor de la Sorbona, Juan Benoit, sin conocer a fondo la naturaleza, reglas y Constituciones de la Compañía de Jesús, sin tener noticia de su brillante historia religiosa en Europa y Asia, ni de los maravillosos frutos que en todas las naciones producía, se lanzaba audazmente a profetizar, que si en Francia se le concedía la nacionalización, «enervará el ejercicio de las virtudes, abstinencias, ceremonias y austeridades; más

aún, dará ocasión de apostatar libremente a los miembros de otras religiones, quitará la obediencia y sujeción a los Ordinarios, privará injustamente a los señores temporales y eclesiásticos de sus derechos, y acarreará perturbaciones en lo civil y en lo eclesiástico, con muchas quejas en el pueblo, muchos litigios, disensiones, contiendas, rivalidades, rebeliones y cismas... siendo como es esta Compañía peligrosa en el negocio de la fe, enervadora de la religión monástica, perturbadora de la paz eclesiástica y más apta para la destrucción que para la edificación».

Decisión serena de San Ignacio. Respuestas de toda la cristiandad

«Llegada, pues, a Roma la nueva del decreto —escribe Ribadeneira — los Padres más antiguos y más señalados de la Compañía eran de parecer que se respondiese a él... Mas nuestro Padre, con un ánimo sosegado, y con rostro como solía alegre y sereno les dice: "No se ha de escribir nada, ni hacer de donde pueda nacer alguna amaritud y rancor. Y no os turbe la autoridad de la Facultad de Teología de París, porque aunque es grande, no podrá prevalecer contra la verdad..." Con esto escribió nuestro Padre a todas provincias y colegios de la Compañía... y ordénales que todos los Príncipes, Prelados, Magistrados, Señorías, Universidades y ciudades donde se hallaban, pidan público testimonio de su vida, doctrina y costumbres, y que le envíen los testimonios cerrados y sellados con autoridad pública a Roma. Y esto ordenó para contraponer, si fuese menester, al decreto de París y al juicio y parecer de unos pocos hombres mal informados, el juicio y aprobación de todo lo restante del mundo. Hízose así como nuestro B. Padre lo ordenó. Y de casi todas las ciudades, provincias y reinos, donde estaba entonces la Compañía, le vinieron letras y testimonios auténticos de los Magistrados y Superiores dellos (los cuales yo he visto) en que todas dan firme, grave y esclarecido testimonio de la virtud y verdad de la Compañía. Mas con todo esto no quiso usar destos testimonios nuestro Padre, porque ya el decreto se iba cayendo, de manera que dentro de pocos días apenas había quien se acordase del».

A todos aquellos a quienes se les mandaba la súplica de Ignacio, se les mandaba juntamente el texto del decreto sorbónico.

Gran número de las respuestas con los autorizadísimos testimonios han llegado hasta nosotros y pueden leerse en los Bolandistas de Amberes *(Acta Sanctorum,* julio vol. VII, parr. XLVII y XLVIII).

Las altas personalidades que entonaron el más grandioso himno de alabanza que conocemos en honor de una corporación son las siguientes:

El Rey de Romanos, Fernando I, hermano de Carlos V.

El Rey de Portugal D. Juan III.

El Virrey de Sicilia D. Juan de Vega.

El Dux de Génova.

Los Duques de Toscana, de Ferrara y de Baviera.

El Duque Alberto de Baviera.

Los obispos o arzobispos de Módena, Bolonia, Génova y Mesina.

Los Inquisidores de Ferrara, de Florencia, de Evora, de Zaragoza.

Los magistrados de Mesina, de Gandía, de Lisboa.

Las Universidades de Ferrara, de Valladolid, de Coimbra, de Lovaina, de Viena, de Gandía.

Las autoridades eclesiásticas de Piacenza.

El Vicario general de la archidiócesis de Sevilla.

Invitados todos ellos a responder y dar testimonio de la verdad como en un proceso jurídico, lo que hacen es pronunciar y firmar y sellar *los más altos elogios que ha recibido la Compañía.* Así el Inquisidor de Ferrara, Maestro Jerónimo Papini de Lodi O. P., asegura que habiendo convocado a todos los doctores de la Universidad y pidiendo a todos y cada uno su parecer en lo tocante a la Compañía de Jesús, todos unánimemente (y eran no menos de 30) *«omnes uno ore unoque animo»* declararon que no encuentran en la Compañía nada que no sea *«ob sanctitatem admiratione dig-num»* y tras elogiar su fervor en los ministerios apostólicos, aconsejan que, en lugar de expulsar a los jesuitas de allí donde están, hay que llamarlos a donde no estén *«undique esse conquirendos et nullis parcendo impensis... esse convocandos».* Análogas ponderaciones hizo el obispo de Bolonia Juan Bautista Campeggi y otros muchos. El Rector de la Universidad de Valladolid, Juan de Isunza, después de alabar a la persona de Ignacio de Loyola y a la Compañía por él fundada, se extiende en elogios de las labores apostólicas de sus hijos para terminar con estas palabras: *«In quorum testimonium, approbationem commendationem et certificationem, praesentes litteras manu nostra subscriptas et sigillo nostrae Universitatis communitas, manu notarii publici huius studii iussimus communiri».*

Un plebiscito más autorizado y elocuente no lo podía esperar S. Ignacio. El mundo católico con sus jerarquías políticas, eclesiásticas y universitarias daba una respuesta contundente a los teólogos parisienses.

El Doctor Olabe responde a los parisienses en Roma

Sucedió que a los pocos meses, en agosto de 1555, el cardenal Carlos de Guisa o de Lorena tuvo que hacer un viaje a Roma, para arreglar en nombre de su rey ciertos negocios políticos con el papa Pablo IV. Para el caso se hizo el Cardenal acompañar de cuatro ilustres teólogos parisienses: Claudio D'Espence, del Colegio de Navarra; Jerónimo de la Souchière, cisterciense; Crespin de Brichanteau, religioso benedictino, y Juan Benoit, dominico, a quien ya conocemos por sus ideas antijesuíticas, puesto que él había sido el redactor del decreto acusatorio.

Es muy posible que Ignacio le haría una visita de bienvenida al prestigioso purpurado francés, que se preciaba de Protector de la Compañía en el reino de Francia. Cierto es que a los pocos días, el 8 de diciembre, el Emo. Cardenal de Guisa o de Lorena con todos sus teólogos se presentó a devolver y agradecer cortésmente la visita. El fundador de la Compañía seguramente tendría gusto en fomentar tales visitas, porque brindaban la ocasión para discutir sobre el Instituto jesuítico, su naturaleza, su fin apostólico y sus misiones a las órdenes del Papa. Escribiendo Polanco al P. Broet el 17 de diciembre, le anuncia que está en Roma el Reverendísimo Cardenal de Lorena con cuatro doctores, Benoit O. P., Brichanteau O. S. B., Souchière (de Claraval) y D'Espence, «con los cuales tiene conversación particularmente el Dr. Olave, que los conoce desde sus estudios en París familiarmente... Quizás vendrán todos a comer y a ver el colegio. Creo que ahora se darán cuenta del exceso cometido. Haremos lo posible con buenas formas para que regresen a su país con ánimo de que sea revocado aquel decreto».

Los más contrarios son Benoit y D'Espence. El 1 de enero de 1556, en nombre del Secretario escribe el P. Juan Felipe Vito: «Algunos de los doctores de París vinieron al colegio con el Cardenal de Lorena, el cual se muestra muy favorable a la Compañía, y en su presencia han hablado el P. Laínez, el P. Frusio, el D. Olave y el P. Polanco a los Doctores sobre el decreto hecho contra la Compañía, respondiendo muy cumplidamente a las objeciones de aquéllos... El dicho Cardenal ha referido que, hablando una vez con el rey de Francia sobre la Compañía, dijo el rey entre otras cosas:

Monseñor, yo y Vuestra Señoría seremos protectores de la Compañía de Jesús; que hagan los demás lo que quieran».

Varias fueron las reuniones de los teólogos parisienses con los jesuitas de Roma, bajo la alta dirección del Cardenal Carlos de Guisa y en la propia casa de éste. De la discusión sabemos lo esencial, pero ignoramos muchos particulares. El 25 de enero de 1556 Polanco nos comunica lo siguiente en carta a Pascasio Broet, Provincial de Francia:

«Después de mis últimas del 19 del pasado hemos hablado diversas veces el Cardenal de Lorena y yo con Brichanteau y D'Espence, discurriendo un rato sobre nuestro tema con el cardenal y dejando orden de comparecer otra vez cuatro de nosotros con los cuatro doctores parisienses delante de Su Señoría Reverendísima; y así fueron propuestas diversas cosas, especialmente por el Maestro Benoit, con las bulas en la mano; pero se le respondió de tal manera, que el cardenal quedó muy convencido de que nosotros teníamos la razón y de que los doctores que hicieron tales decretos estaban mal informados, y que nosotros habíamos usado harta amabilidad y respeto para con la Facultad de teología en no querer publicar aquí su decreto ni presentarnos con nuestras quejas ante el papa ni ante los cardenales. Los Doctores igualmente parece quedan muy amigos nuestros, especialmente Brichanteau, confesor del Delfín, y D'Espence y Sauchières».

Ciertamente la tempestad se calmó y las nubes parecieron desvanecerse, pero el reconocimiento oficial de la Compañía de Jesús en Francia no tuvo lugar hasta el coloquio de Poissy, entre los católicos y hugonotes calvinistas en 1561-62.

El acto de admisión de los jesuitas en el reino fue allí firmado el 15 de setiembre de 1561. Poco después el P. Ponce Cogordan, hombre incansable, tenaz y habilísimo para los negocios, obtuvo del Parlamento el decreto definitivo. La reina Catalina de Médici, desde la conjura de Amboise en 1550, había empezado a rectificar su política, porque le entró miedo de los hugonotes y creyó que le era más positivo y práctico favorecer a los jesuitas, que pretendían desarraigar de Francia todas las herejías. En el coloquio de Poissy, cuando se propuso la cuestión de la Compañía de Jesús, cinco cardenales allí presentes y otros altos personajes se declararon decididamente en pro de la admisión o legalización del Instituto Ignaciano. Es verdad que allí estaba también el arzobispo de París, Eustaquio du Bellay, que persistía en su tesis antigua, galicana y antijesuítica, pero las circunstancias le obligaban a mostrarse menos rígido; y por fin, tuvo que

ceder, admitiendo la admisión con algunas fastidiosas restricciones. Solamente desde la eternidad pudo contemplar Ignacio de Loyola su victoria. Victoria que él la había previsto serenamente algunos meses antes de morir.

Nueva época

La historia de la Compañía en Francia casi puede decirse que comenzaba de nuevo. Habían transcurrido veinte años de estrechez y pobreza, tal vez de hambre y sufrimientos. Los que vinieron jóvenes y animosos en 1540, ya eran maduros y aun ancianos; algunos habían muerto, particularmente el capitán que los había enviado por delante a todos y los había puesto en la brecha. Los pioneros habían hecho una gran obra de roturación, de fundación de colegios, de predicación y de *Ejercicios espirituales,* y habían fundado la provincia de Francia.

La nueva ola que viene en torno a la muerte de Ignacio se presenta inicialmente con hombres de mayor cultura y brillantez, como J. Pelletier, Aníbal Coudret, Edmundo Auger, en colaboración fraterna con otros venidos de fuera, como el italiano Antonio Possevino, erudito, diplomático y predicador; y los tres españoles Pedro Perpiñá, brillante meteoro que a los 36 años se extinguió en el horizonte, y humanista eximio, cuyos discursos ciceronianos fascinaban a cuantos los oían; el egregio teólogo Juan Maldonado, cuyo nombre excepcional no es fácil adjetivarlo dignamente, y, en fin, el Herodoto español Juan de Mariana, historiador de primera línea, teólogo, humanista y pensador de altura.

Fruto de tan alta predicación y enseñanza son los muchos colegios y centros de educación que surgen en ciudades como Tournon (1561), Rodez (1561-1562), París (1562), que llega a tener cerca de 3.000 alumnos; Mauriac (1563), Toulouse (1564), Burdeos (1572), colegio y Universidad de Pont-á-Mousson (1572), etc.[173] Dejamos aquí interrumpida nuestra na-

[173] El último colegio fundado en Francia pocos días antes de la muerte de San Ignacio fue el de Billom (no lejos de Clermont). Se inauguró el 26 de julio de 1556, con medio millar de alumnos que no tardarían en duplicarse y aun triplicarse (POLANCO, *Chronicon* VI, 29-30; 481-83; 496-500). Más ampliamente H. FOUQUERAY, *Histoire de la Compagnie de Jesús en France* (París 1910) I, 175-95. Probablemente fue Billom el primer Colegio que abrió sus puertas sin reparo a los estudiantes externos.

rración, porque a la historia de S. Ignacio no le toca referir lo acontecido después de su muerte[174].

[174] El obispo de Clermont, Guillermo du Prat, murió el 23 de octubre de 1560. El P. Laínez, general entonces de los jesuitas, ordenó a todos los sacerdotes de la Compañía celebrar doce Misas en sufragio de su alma, y a los no sacerdotes hacer especiales oraciones por él durante doce días.

CAPÍTULO IX

JESUITAS EN FLANDES

Una vez que hemos visto cómo fueron superadas las dificultades con que tropezaba la Compañía de Jesús para entrar en el reino de Francia, parece que deberíamos detenernos a estudiar la labor que allí realizaron los primeros jesuitas franceses, ayudados por sus colegas italianos y españoles; pero como hasta después de la muerte de Loyola no empezó a fructificar copiosamente la rica cosecha que todos esperaban del «Reino Cristianísimo», tenemos ya que dar un salto desde Francia hasta el Imperio Germánico, que alcanza en estos años una trascendencia sin igual. Y como de este vasto Imperio formaban parte entonces los Países Bajos españoles, vamos a servirnos de ellos como de puente y puerta de entrada hacia Alemania. San Ignacio conocía algo de los Países Bajos desde sus años parisienses, cuando aprovechaba las vacaciones para limosnear entre los mercaderes españoles de Lovaina y Amberes. Ahora quienes viajaban hacia el Norte eran sus hijos.

De los 16 estudiantes jesuitas que vivían en París, nueve tuvieron que salir casi huyendo porque eran súbditos de Carlos V, y por esa razón se les prohibía residir en los dominios de Francisco I, que hacía la guerra al Emperador.

«Echamos por vía de Amiens, camino de Flandes, en compañía de algunos doctores y otras personas graves devotas de la Compañía; y desde los 24 de julio (1542) vigilia de nuestro sancto apóstol Sanctiago... que a las diez horas partimos de París, hasta a los 26, día de Santa Anna, en poco más de dos días y medio, fue necesario que para salir del reino de Francia anduviésemos a pie 38 leguas, porque el mandato del rey fue tan apretado y riguroso que nos ponía pena de la vida si no salíamos en todo aquel día. El 27 de julio —prosigue Ribadeneira en sus *Confesiones*— entramos en Arras, que es ciudad fuerte y la primera por aquella parte de los Países Bajos. A los 13 de agosto pudieron entrar en Lovaina, con el propósito de estudiar en la floreciente Universidad, que había merecido el nombre de "Capital intelectual de los Países Bajos"».

Primera comunidad jesuítica y primeros frutos

A la sombra de la Universidad consiguió el P. Doménech instalar muy pronto, en una casa alquilada de la rue des Récollets, aquella juvenil y reducida comunidad de hijos de S. Ignacio, la primera que se establecía en Bélgica.

> Sintiéndose miembro de aquella comunidad de jóvenes pioneros o exploradores en tierras desconocidas, Pedro de Ribadeneira, que entonces tendría 16 años cumplidos, fijaba en su memoria los acontecimientos con las más menudas circunstancias para anotarlo en las *Confesiones* de su vejez, y dejar constancia de los nombres de aquel pelotón de aventureros, obedientísimos a sus jefes.

«El P. Jerónimo Doménech, que era Superior de todos y el que nos sustentaba, y los hermanos Francisco de Estrada y Antonio de Estrada su hermano; y Emiliano de Loyola sobrino de nuestro beato Padre Ignacio, y hijos de su hermano mayor; Andrés de Oviedo, el cual después fue Patriarca de Etiopía; Jacobo Espech, catalán, y yo... Otro mancebo estudiante que se llamaba Miguel, también catalán, nos ayudaba y proveía... Demás de estos ocho, había otro Padre flamenco, que se llamaba Lorenzo Deis. Y éstos fueron los primeros de la Compañía que en esta ocasión entraron en los Estados de Flandes, y moraron algún tiempo en ellos, y fueron la primera semilla que Dios sembró en ellos, y de la cual después han nacido tantas mieses y se han recogido en los troxes de la Compañía».

Llamado a Roma el P. Doménech en febrero de 1543, llevó consigo a Deis y Ribadeneira, pues éste no podía soportar aquel frío que helaba en los tinteros la tinta de escribir, «y a media noche era menester hacer fuego, porque se helaban vivos». El viaje a Roma fue larguísimo, lleno de rodeos y de incomodidades y peligros, «a pie con poco viático», hasta que por fin a últimos de abril entraron con gozo en la Ciudad Eterna, donde Ignacio los esperaba con los brazos abiertos.

Quedaron los demás en Lovaina bajo la dirección de Wishaven, sacerdote pero aún novicio. Inesperadamente se presenta un día de otoño de 1543 la dulce y amable figura de Pedro Fabro, venerado en todas partes como santo. Venía de Colonia y tenía intención de pasar hasta España y Portugal. Una enfermedad le interrumpió el viaje, lo cual resultó muy provechoso para los jesuitas lovanienses, porque en los tres meses que aquí se detuvo pudo instruir a los jóvenes que apenas conocían la vida y

costumbres de la Compañía, y sobre todo pudo ganar muchas simpatías en la Universidad para los hijos de S. Ignacio, dar los *Ejercicios,* como él sabía darlos, a los que anhelaban renovar su vida y aspiraban a mayor perfección, y predicar a los doctores y a la gente sencilla y despertar muchas vocaciones a la vida religiosa.

La elocuencia arrebatadora de Francisco de Estrada contribuyó a «la conmoción espiritual que se ha hecho en Lovaina», la cual se notó principalmente en el mundo universitario, cuando corrió la voz de que Fabro dejaba Lovaina. Ocho estudiantes, según escribe el mismo Fabro a Francisco Javier,

> *«relictis omnibus* con propósito de ser de nuestra Compañía, se son determinados de salir fuera de Lovaina con nosotros y de seguirnos *quocumque essemus ituri.* Los cinco dellos son maestros en artes liberales, el uno bachiller en Teología, el otro catedrático de una lección de las Eticas... el tercero es teólogo de un año, el cuarto legista de dos o tres años, y el quinto era regente en un colegio; los otros tres, que non son maestros en artes, son todos buenos latinos... Es cosa para alabar a Jesucristo la grandísima consolación que cada uno de ellos ha hallado en el Espíritu Sancto sobre su vocación. Todos se confesaron para el día de los reis y comulgaron».

Como puede juzgarse por esta carta de enero de 1544, la cosecha se anunciaba fecunda y rica.

Y no se vaya a creer que solamente la Compañía de Jesús se beneficiaba de este florecimiento primaveral, sino que lo mismo les acontecía a otras Ordenes monásticas, pues asegura Polanco, bien informado como siempre, que por efecto de los sermones de Wishaven y de Estrada, «los monasterios redundaban de vocaciones». Estos dos jóvenes jesuitas eran el estupor de todo el país: el más joven era Francisco Estrada, a quien ya conocemos desde que en 1538, mozo imberbe, en lugar de alistarse en la milicia española de Nápoles, se entregó plenamente a la milicia de Cristo por persuasión de Ignacio. Y figuró desde entonces entre los más formidables pregoneros del reino de Dios. Una de sus más conocidas conquistas fue la del espiritualísimo sacerdote Cornelio Wishaven, primer belga que se alistó en la Compañía de Jesús. Si no tanto como Pedro Fabro, también Wishaven gozaba de gran fama de santidad y era estimado como un admirable conocedor y director de las almas. Así que, cuando en 1543 pidió ser admitido entre los jesuitas, éstos lo recibieron como un don de Dios. Podemos decir que estos tres hombres, Fabro, Wishaven y

Estrada transformaron religiosamente la ciudad de Lovaina, o por lo menos la sacudieron fuertemente como un viento del cielo.

El mismo Inquisidor General, Ruardo Tapper, distinguido teólogo, Rector y gloria de la Universidad, que se dio a conocer en Trento disputando sobre la Penitencia y el Sacrificio de la Misa, se dejó seducir por la encendida palabra de Francisco de Estrada, bajo cuya dirección hizo los *Ejercicios* ignacianos, y en adelante se mostró firme apoyo y defensor de la Compañía de Jesús.

Aquellos jóvenes estudiantes que frecuentaban las escuelas de la Universidad, no poseyendo una casa común donde hospedarse, tenían que buscar su alojamiento en diversas casas estudiantiles que llamaban *pedagogías*. Sólo a fines de 1546, según el *Chronicon* de Polanco, empezaron a organizarse y por fin el 18 de febrero de 1547 Cornelio Wishaven decidió admitir en su propia casa a ocho de ellos para que formasen una comunidad religiosa. Había surgido la primera residencia o colegio de Lovaina. Uno de los estudiantes era Pedro Canisio, que estudiaba teología en la Universidad.

Al frente de una pequeña colonia estudiantil Wishaven tuvo que emprender muy pronto el viaje a Roma, llamado por Ignacio de Loyola. No quedaba Lovaina desierta de miembros de la Compañía, porque esos mismos que Ignacio arrebataba para llenar los colegios de Coimbra, Colonia y Roma, no tardarían en regresar a su tierra, bien plasmados en el troquel ignaciano y llameantes de entusiasmo y de celo apostólico.

Tres cumbres del espíritu: Wishaven, Olivier y Charlat

Dios concedió entonces a Bélgica y a la Compañía de Jesús tres hombres privilegiados, ricos de virtudes y predicadores ardientes del Evangelio: Cornelio Wishaven, Bernardo Olivier y Quintín Charlat. Tres hombres de Dios que vivieron y murieron santísimamente.

Ya conocemos a Wishaven, nacido en Malinas en 1509, nacido para la vida interior más que para el ajetreo de los negocios exteriores; más apto para la suave y acertada dirección de las almas hacia Dios, que para la predicación elocuente. Ordenado sacerdote en 1533, consiguió la capellanía de la iglesia de San Pedro en Lovaina, donde tenía un confesonario, que parecía un colmenar por las numerosas almas que cada día revolaban a su alrededor buscando consolación, perdón o misericordia de sus culpas y alientos para una vida de perfección.

Su confesonario resultaba más eficaz, elocuente y persuasivo que el pulpito de un gran orador. Wishaven estaba hecho para el retiro de la vida religiosa; así que apenas conoció al beato Pedro Fabro y escuchó la palabra ardiente de Francisco de Estrada, pidió ser admitido en la Compañía de Jesús, y lo fue sin demora en 1543.

Al establecerse comunitariamente aquellos estudiantes en febrero de 1547, la casa que hacía de residencia o colegio no era otra que la propia del capellán de la iglesia de San Pedro, y era su dueño Wishaven, quien hacía de Superior de la pequeña comunidad.

Sin duda le sorprendería una carta que recibió de Roma, firmada el 18 de julio 1547. La había redactado el secretario Polanco en nombre de San Ignacio, alabándole la piedad, el fervor religioso y las virtudes del buen Wishaven, y juntamente exhortándole y animándole a trasladarse a Roma, a fin de conocerse mejor unos a otros, lovanienses y romanos.

El 15 de noviembre ya estaba Wishaven en la Ciudad Eterna al lado de San Ignacio. Este le nombró Maestro de novicios, sucediendo en este cargo nada menos que al fundador de la Compañía. Más adelante le hallamos con el mismo cargo en el colegio de Mesina. Pasó por fin a Loreto, donde murió devotamente el 24 de agosto de 1559, sin haber vuelto más a su patria.

Olivier, gran predicador

Muy distinto en carácter y en vida fue Bernardo Olivier, nacido en Antoing en 1523. Dicen que tuvo una juventud disipada. Sería más bien alegre y divertida. Estudió en la Universidad hasta laurearse en Artes en Lovaina en 1543. Terminada la Filosofía, pensó en viajar por Italia, y huyendo de los reproches de su padre, se juntó a un grupo de seis muchachos, que deseaban contemplar las ciudades y campos italianos. Vagabundeando llegó con ellos hasta Roma, donde se puso a trabajar con un notario, y lo hizo tan satisfactoriamente, que el notario quiso darle a su hija por esposa. No sabemos qué planes tenía entonces, pero no aceptó la propuesta. Habiendo caído gravemente enfermo, se confesó con un jesuita, a quien le prometió entrar en la Compañía si curaba de su enfermedad. Curó en efecto y solicitó su admisión en el noviciado de Roma. Ignacio, desconfiando de sus propósitos, le fue dando largas, hasta que un día se presentó decidido en la Casa Profesa: «Vengo esta vez —dijo— para no salir más». Admirado el Santo de su gran constancia, le dio un abrazo y lo admitió en el noviciado el año 1549, concluido el cual hizo que fuese

ordenado sacerdote; lo nombró Ministro de la Casa Profesa y en seguida Rector del incipiente Colegio Romano (1551-1553), de donde pasó a Monreale (Sicilia) a fundar un colegio.

Como se le agravase la antigua enfermedad de pecho (¿tuberculosis?) juzgó prudente Ignacio mandarle a Bélgica, a respirar los aires nativos. El 12 de octubre 1553 estaba en camino.

Restableció su salud en la casa paterna tan rápidamente, que en la Cuaresma de 1554 se atrevió a predicar los sermones propios de esa época litúrgica. Un ejemplo de su resistencia es que el día de Viernes Santo predicó sobre la Pasión de Cristo un sermón de cuatro horas. Desde entonces cobró fama de orador elocuente, celoso y apostólico, a quien venían a escuchar los pueblos de los contornos desde una distancia de cuatro leguas. El público recibía con aplauso su fervorosa palabra. A fin de hacer efectiva y duradera la reforma del pueblo y del clero, muy necesitado de ella, escribe a S. Ignacio el 23 de enero 1554, suplicándole que mande en su ayuda al P. Quintín Charlat, sucesor suyo en la rectoría del colegio Romano (1554); de sí mismo le dice que la enfermedad de pecho se le ha aliviado, mas no las cuartanas. El P. Charlat es tan deseado por todos, que le oirán con gusto y provecho, aunque el país está lleno de luteranos y calvinistas, y de malos sacerdotes. «Solamente en la ciudad de Lille en 1556 se contaban de 4.000 a 5.000 hugotones, casi todos de la clase trabajadora».

Olivier y Charlat van de la mano

El P. Quintín Charlat, nacido en la aldea de Tertre en 1507, pertenecía a una familia cristiana bien dotada de bienes de fortuna. Desde niño se hizo notar por su tierna piedad e incluso por sus penitencias. Más tarde lo retratará el P. Polanco como *«vir plane magnis Dei donis... praeditus»,* y en otro lugar «pietate conspicuus». Estudió en la Universidad de Lovaina hasta alcanzar el título de Maestro en Artes y Licenciado en Teología. Era canónigo de la catedral de Tournai, cuando conoció al P. Adriano Adriaessens en Lovaina e hizo con él los *Ejercicios espirituales* en los que se consagró con voto a la Compañía de Jesús. Esto debió de ser hacia la Navidad de 1551-52. En 1552 partió para Roma y como era persona de buena formación eclesiástica y práctica de confesiones, le encomendaron a fines de 1553 las lecciones de Casos de conciencia en el Colegio Romano; no le duró mucho porque en 1554, viendo San Ignacio las ansias con que

le deseaban sus compatriotas, lo devolvió a Flandes para que, en unión con el P. Olivier, se esforzase en renovar religiosamente aquel país.

En carta que le entregó personalmente Ignacio de Loyola le muestra su afecto y le da un aviso para sus compatriotas: que no se quejen de que muchos jóvenes de aquel país sean llamados a Roma, porque «el designio de N. P. es hacer idóneos operarios, para mandarlos luego a Flandes y Alemania, como la experiencia lo demuestra».

Olivier y Charlat acometen una gran campaña de evangelización y moralización. Unas veces juntos, otras separados, peregrinan de pueblo en pueblo, predicando en todas partes, en parroquias y conventos, enseñando el catecismo, oyendo confesiones, exhortando a la frecuencia de sacramentos. Se veía un reflorecer de la vida cristiana. Muchos sacerdotes mejoraban sus costumbres y prometían hacer los *Ejercicios espirituales,* cuya consecuencia solía ser no pocas veces la vocación a la Compañía. Aquellos apóstoles trabajaban con tal ardor y con tanto concurso de gente, que las iglesias no tenían capacidad bastante para las multitudes que afluían.

> «En las fiestas de Pentecostés, Corpus Christi y Asunción de la Virgen María —escribía Olivier a S. Ignacio— fueron muchísimos los que comulgaron, contra la costumbre del lugar, y muchos más se confesaban, sin atreverse a comulgar, porque allí era cosa incógnita, que a otros les movía a risa. Allí mismo, con el auxilio de Nuestro Señor, pusimos fin a muchas riñas y discordias».

La actividad de estos misioneros parecía a los ojos del pueblo prodigiosa. Se notaba la reforma de las costumbres y el fervor en la frecuencia de los sacramentos. Quizá lo más significativo era que los católicos se confirmaban en la fe y cobraban más ánimo contra los herejes, los cuales, cada día menos audaces, no osaban disputar públicamente sobre religión.

Lo atestigua Ribadeneira el 7 de julio de 1556:

> «Yo fui a Tornay... para visitar aquellos Padres nuestros que allí están, y para tractar con ellos algunas cosas del divino servicio; y consoléme infinito con su caridad y bondad y celo... Están continuamente muy ocupados en confesar y exhortar a todos, y particularmente en consolar a los católicos, y confirmar a los dudosos, y confundir a los herejes que en aquella tierra son muchos. Uno de los grandes fructos que allí se han hecho y continuamente con la gracia de nuestro Señor se hace, es animar a los católicos para que de veras lo sean; porque antes que ellos viniesen allí, había crescido tanto la

audacia de los herejes, que ya los católicos apenas osaban entrar en las iglesias los domingos y fiestas, por no ser dellos motejados y escarnecidos; y agora con la gracia de nuestro Señor no solamente los domingos y fiestas, pero cada día entran, y hacen su oración y se confiesan y comulgan públicamente, muchos muy a menudo; y tienen ya tanto crédito, especialmente el P. Maestro Quintino, que cuando quieren los católicos reprehender a los herejes, luego les dan en rostro con la santidad del P. Quintino; y ellos mismos confiesan que los nuestros son buenos, y que *zelum quidem Dei habent, sed non secundum scientiam.* Una cosa que allí vi fue para mí de grandísima consolación, y es, que un domingo que yo allí estuve, y había de predicar el P. M. Bernardo (Olivier), vinieron de To(u)rquain, que está cuatro leguas de allí, 14 ó 15 personas, hombres y mujeres, a oír el sermón, de manera que se partieron a la media noche, y caminaron hasta las 6 horas de la mañana, y tomaron lugar una hora antes que se comenzase el sermón; el cual acabado, se vinieron todas a confesar a nuestra casa, con grandísima demostración de espíritu de Dios y devoción».

Cambiaban tan radicalmente de vida los que se confesaban con los jesuitas, que dejaban a todos maravillados *«ad stuporem usque»* y el mismo Viglius van Aytta, propenso a la indiferencia religiosa, decía «todo está lleno de jesuitas, porque Jesuitas son llamados los que se dan a la piedad».

Hacia el establecimiento legal

Cuando los primeros jóvenes jesuitas llegaron a Lovaina, huyendo de París por el estallido de la guerra en 1542, no pensaba S. Ignacio en fundar a la sombra de la Universidad lovaniense un establecimiento sólido y estable, legalmente reconocido por las autoridades. Pero ya en 1550, persuadido de la importancia que podía tener aquel floreciente centro universitario para la formación humanística y teológica de sus estudiantes, no menos que para reclutar en sus claustros óptimas vocaciones religiosas, se dio a pensar sobre el modo más apto y las circunstancias más favorables de acudir al Emperador para la súplica de autorización legal.

Hasta entonces les era permitido solamente establecerse en casas prestadas o alquiladas, sin reconocimiento oficial, mientras la autoridad imperial no les concediera la facultad de adquirir y poseer en común bienes inmuebles y rentas. Ya se comprende que en situación tan precaria no podían los jesuitas desenvolver ampliamente los ministerios apostólicos y las labores pedagógicas propias de su Instituto.

No eran en esta ocasión muy amplias las exigencias de los hijos de S. Ignacio. El 24 de febrero de 1551 el P. Polanco, en nombre del Fundador, notificaba a Claudio Jayo lo que se debía pedir al Emperador, a saber, la facultad de alzar *un colegio en Lovaina,* y no en cualquier otra ciudad.

A fin de conseguirlo más fácilmente de Carlos V, buen conocedor y favorecedor de la familia de los Loyolas, se le decía a Jayo que en la petición hiciese alguna referencia a los méritos «del P. Maestro Ignacio y sus deudos, lo que habían servido a la Corona».

Entre los profesores universitarios hallaron los Padres muchos y muy excelentes amigos y protectores, dispuestos a defender su causa en todo momento. Los más distinguidos eran Josse Ravensteyn (Tiletanus), Rector de la Universidad y Profesor de Teología, teólogo tridentino y autor *de* numerosas obras, y el canciller Ruardo Tapper, lumbrera de la teología lo mismo en la Universidad lovaniense que en el concilio Tridentino y venerado por todos a causa de su sabiduría y de su alta virtud. En afecto y simpatía hacia los hijos de S. Ignacio no era inferior a nadie. Tanta era su intimidad con ellos, que el 10 de mayo de 1551, en la solemnísima ceremonia celebrada en la iglesia del hospital con ocasión de la profesión religiosa del P. Adriano Adriaessens, fue Ruardo Tapper quien, con licencia y en nombre del General, le recibió los votos y en el sermón hizo una valiente defensa de la Compañía con un buen panegírico.

Algo se había conseguido en Lovaina en orden al establecimiento legal de la Compañía, y era evidente cuánto anhelaban muchos ciudadanos el establecimiento de los jesuitas en su ciudad. Por lo menos un ambiente jesuitófilo se hacía notar en todas las clases sociales. En gran parte, si no totalmente, se debía al sacrificio constante de los dos virtuosos misioneros: Olivier y Charlat, a quienes se habían agregado otros posteriormente, como Adriano Adriaessens.

Ignacio se dirige al Emperador

A los intentos que se hacían por fundar una casa fija y estable en Lovaina agregáronse otros casi iguales en Tournai. Los héroes de las campañas turnacenses fueron los mismos de las lovanienses: los infatigables misioneros, a quienes ya conocemos, más una intervención epistolar del mismo Fundador de la Compañía.

Los misioneros se esforzaban por avivar el espíritu cristiano de aquella región, y consiguientemente daban a conocer el Instituto de la Com-

pañía de Jesús, y lo hacían admirar y amar. El efecto de la carta de Ignacio al Emperador no pudo menos de ser fructuoso, aunque no lo podemos precisar bien, porque no conocemos su fecha y porque antes había pensado Claudio Jayo en dirigirse también al Emperador.

Surgió en Ignacio esa idea con las informaciones que de Bruselas y Lovaina llegaban reiteradamente a Roma. Persuadióse el P. General de la Compañía que el terreno se hallaba suficientemente labrado y el ambiente político-social a buen punto para dar un golpe directo a la suprema autoridad de Carlos V, demandándole la debida autorización para la Compañía fundase un colegio al lado de la célebre Universidad de Lovaina. Lo que en Coimbra de Portugal había sido tan fácil y en París de Francia tan largo y difícil, ¿por qué no intentarlo en Lovaina?

¿En qué fecha se redactó el documento de súplica? No consta. Según los editores de MHSI, tal vez en marzo de 1554. No importa que quede en la penumbra.

Ignacio había pensado bien el asunto, como solía en tales circunstancias, y dirigiéndose respetuosamente a su admirado Emperador, le ruega en una carta latina, bien razonada, se digne concederle facultad para establecer legalmente en Lovaina un Colegio de la Compañía de Jesús. En la suposición que quizá Carlos V no tiene conocimiento exacto de la finalidad y de la índole de esta Compañía, le da —en latín— las indispensables explicaciones.

> «La finalidad de esta Compañía —le dice— es la obediencia a Su Santidad el Papa, el trabajar por la salvación de las almas, la predicación pública, la práctica de las obras de caridad y beneficencia, la propagación del Evangelio entre los infieles, la resistencia a los herejes refutando sus errores; todo lo cual sólo podrán ejercitar aquellos que junten la piedad con la competencia en el conocimiento de las Sagradas Letras. Por esta razón, muchos príncipes cristianos encomiendan a la Compañía tales Colegios en ilustres ciudades, v. gr. en España, Portugal, la India, Sicilia, Bolonia, Padua, Venecia. Y habiendo manifestado algunos varones distinguidos clara voluntad de promover la educación de los jóvenes, nos ruegan que en la preclara Universidad de Lovaina instituyamos un Colegio de la Compañía, para el cual están prontos a poner de su parte los bienes inmuebles, para lo cual es preciso el benigno consentimiento y favor de Vuestra Sacra Majestad. Esto es lo que implora Ignacio de Loyola, sacerdote español y prepósito de la dicha Compañía, rogando a vuestra Sacra Majestad se digne conceder que junto a la célebre Universidad de Lovaina sea erigido tal Colegio, al que se le puedan aplicar bienes inmuebles y rentas anuas conforme a la liberalidad de

buenos amigos, hasta un valor de mil ducados. Por tal merced esta Compañía, tan obligada a V. M. por muchos títulos, estará mucho más comprometida a ofrecer sus oraciones a Dios por la incolumidad de V. M. y la felicidad de todos sus reinos».

Paso a paso venciendo obstáculos

Una ráfaga de prematuro optimismo rozó las frentes de los jesuitas, particularmente de Olivier y Charlat. Dando el triunfo por inmediato, el P. Charlat empezó a preparar el camino para la admisión pública y oficial. Como él no había hecho aún la profesión y voto de pobreza, podía disponer de su antigua casa de canónigo. Y se puso a arreglarla, deseando transformarla en la primera residencia de jesuitas en Tournai. Olivier le comunica la noticia a S. Ignacio el 27 de junio 1554: «Estamos muy bien acomodados en una casa, la cual es de Maestro Quintín (Charlat) mientras conserve su canonicato. Podrán estar cómodamente en ella doce personas, y tenemos comodidad para sustentar fácilmente ocho personas o más».

Improvisaron en la planta baja una capilla, en que decían Misa y oían confesiones. Desde allí salían en excursiones apostólicas por los países circundantes, logrando reencender el fervor de la gente y convertir algunos heréticos de los muchos que pululaban en la ciudad[175].

Clara muestra de la benevolencia de las autoridades eclesiásticas hacia los jesuitas fue que un día, el obispo de Tournai, Carlos de Croy, les concedió de viva voz autorización para usar de sus privilegios; el cabildo los admitió en la catedral para oír confesiones y les confió la dirección espiritual de un beguinaje, con iglesia abierta al público, donde podían ejercer sus ministerios.

Puestos a soñar alegremente los hijos de Ignacio imaginaron que por el momento podían abrir una pequeña escuela para pocos alumnos. El pueblo turnacense agradecería esta enseñanza gratuita, y poco a poco surgiría un Colegio en regla con todas las asignaturas y copioso alumnado. Llegaron a Roma estos planes, más fundados en la ilusión que en la experiencia, y S. Ignacio, que entonces estaba «muy indispuesto» y sin salud para redactar una carta, ordenó a su secretario que respondiera con una negación absoluta, porque él veía tres puntos difíciles y oscuros, que

[175] Hay aquí en Tournai tantos luteranos, que si fuese posible, aun las personas buenas dudarían de lo que hay que creer» *(Litt. Quadrimestres* III, 41). Sobre los herejes que huyen a Alemania, ibid., IV, 200).

los de Tournai debían esclarecer, y mientras no mandasen a Ignacio «un poco di lume», él no podía dar una solución. Entre tanto, esperar. Del obispo de Cambray les vino un contratiempo inesperado, pues se empeñó tercamente en declarar válida y vigente la antigua prohibición de predicar en su diócesis.

Apoyado en sus privilegios pontificios, quiso Olivier apelar al Papa, pero con prudente delicadeza el cardenal inglés, Reginaldo Pole, buen amigo de la Compañía, se lo disuadió, prometiéndole que él personalmente intervendría con el resentido prelado. Intervino, es verdad, pero el resultado fue nulo. Buen número de personajes influyentes instaron a Olivier a que se presentase ante el cabildo para obtener la autorización de predicar en la iglesia de la Magdalena, situada en un ángulo poco visible del caserío. Así lo hizo, y el suceso fue de veras resonante y fructuosísimo, pues de toda la ciudad corrieron a escucharle, empezando por las familias aristocráticas y por las autoridades. Por fin el obispo de Cambray, que durante todo un año había persistido en su actitud negativa, levantó su prohibición a causa de la presión de Roma, o mejor, de un cardenal, Rodolfo Pio de Carpi, protector de la Compañía, el cual inducido seguramente por S. Ignacio dirigió una carta, que no conocemos, al pertinaz obispo cameracense.

Era un paso hacia la meta deseada. Algo se había conseguido. Pero la decisión última y definitiva tenía que venir del Emperador o de su hijo.

Cambio de escena. Felipe II sucede a Carlos V

Sabemos que el Emperador Carlos V, en la primera etapa de su gobierno, no alimentaba particular simpatía hacia los jesuitas, sin duda porque algunos políticos y consejeros que le rodeaban le sugerían ideas falsas y le contaban sucesos mal interpretados; pero él —alma recta y justiciera— no tenía de suyo prejuicios antijesuíticos; lo podemos deducir de su conducta en los últimos años de su vida, desde que Francisco de Borja en conversaciones íntimas y confidenciales le fue borrando de su cabeza todas las prevenciones. Carlos V, según bastantes documentos, tuvo siempre gran estima de Martín, señor de Loyola, y de su hermano Iñigo, porque sabía con cuánta fidelidad le habían servido en la paz y en la guerra.

¿Y qué decir de toda la parentela del Emperador? No tuvo Ignacio de Loyola más altos protectores, más poderosos amigos y corazones más aficionados a su obra, que los hermanos y hermanas, hijos e hijas, de Don

Carlos. Nombremos entre los primeros a Don Fernando I, sucesor de su hermano en el Imperio; María de Hungría, esposa del rey de Hungría y de Bohemia; Catalina de Austria, la ilusión juvenil y caballeresca de Iñigo en la convalecencia de Loyola, reina después de Portugal; y omitimos el nombre de Eleonor de Austria, porque sus largos años en la corte de Portugal, en la de Francia y en los Países Bajos le impidieron conocer de cerca al que había de ser fundador de la Compañía de Jesús.

Entre los hijos hay que poner la gran figura de Felipe II, a quien la Compañía debe perpetua gratitud, sin tener en cuenta ciertos altibajos que se han de atribuir a las circunstancias y al carácter del rey. Las grandes aficionadas a Ignacio y a los jesuitas fueron las tres hijas de Carlos V: Juana de Austria, la reina que más amó a la Compañía, tanto que en ella quiso profesar, como en realidad lo consiguió —milagro irrepetible de nuestra historia—, según queda explicado en otro capítulo; Margarita de Parma, hija espiritual de S. Ignacio, limosnera y protectora del mismo, cuyo nombre figura en todas las obras de piedad y de beneficencia, iniciadas por aquel que la consolaba y era su confesor; y en tercer lugar María de Augsburgo «de un catolicismo inquebrantable» *(L. Pfandl),* que en 1548 casó con el vacilante en la fe Maximiliano II de Austria, y desde el trono imperial logró mantener a su esposo en la religión de sus padres y conservar para Roma a buena parte de Alemania.

A pesar *de* tantos vínculos como ligaban a los familiares del Emperador con Ignacio y sus hijos, es innegable que Carlos V fue casi toda su vida víctima de ciertos prejuicios o prevenciones contra la Compañía de Jesús. No, que mirase mal a los jesuitas, sino que no les tenía afecto y simpatía particular. Algo le habían dicho de su manera de ser, de sus innovaciones monásticas, de su afán de señalarse en todo, de los ataques que contra ellos habían desencadenado ciertos teólogos, algunas Universidades, obispos y personas de indudable ortodoxia, que él —lego en materias doctrinales y apegadísimo a lo tradicional— no se atrevía a censurar, pero tampoco quería aprobar con toda su autoridad imperial sin estar seguro de que los caminos nuevos no eran extravíos. Sus relaciones se habían agriado desde que en 1548 el P. Bobadilla tomó una actitud decidida contra el *Interim* de Augsburgo. Pero la intervención de Ignacio tranquilizó mucho al Emperador.

El único jesuita con quien Carlos V se unió con amor entrañable fue Francisco de Borja desde la juventud. Era la amistad de ambos más que fraternal, conglutinándose las dos almas, como las de Jonatás y David (1

Sam 18,1). Y esta amistad no sufrió la más mínima hendidura, ni siquiera cuando Francisco participó a Carlos que después de meditarlo largamente, «desde que falleció la Duquesa», había resuelto entrar en la Compañía de Jesús; a lo que respondió muy religiosamente el Emperador, aprobando plenamente tal decisión, porque conoce «las causas que a ello os mueven, que son fundadas en celo de servir a Dios N. S., por lo que le debéis dar muchas gracias». Y añade: «cerca de favorecer esta religión (de la Compañía) en cosas espirituales, como lo pedís... tened por cierto que... por vuestro respecto se hará de buena voluntad» (1551).

Ignacio manda un saludo a Felipe II

¿Quiénes eran los altos personajes que en Flandes habían torcido la opinión de Carlos V sobre los jesuitas, inventando dificultades para que no se les permitiese instituir colegios estables y percibir réditos? El cronista Polanco parece apuntar a dos o tres de los principales, cuando escribe: «El negocio de la fundación de colegios comenzó a tropezar con dificultades, cuando aún estaba en Amberes Felipe II, porque ni el Emperador Carlos, ni la reina María (de Hungría) ni el Consejo de Flandes y de Borgoña se mostraban propicios».

En otra página de su *Chronicon* refiere que los jesuitas flamencos, conociendo la gran autoridad de que gozaba Pedro de Soto O. P. ante el Emperador, acudieron al sabio teólogo, como buenos amigos, rogándole que pidiese al Soberano concediese a los jesuitas la facultad de erigir un colegio en Lovaina. Hízolo de buen grado el dominico, pero Carlos V respondió: Propongan el asunto a la reina María, su hermana, gobernadora de los Países Bajos. Así lo hizo Soto de palabra y por escrito; y después dijo que había notado en Carlos y en María ciertas señales de que no tenían buenos informes sobre la Compañía de Jesús, pero que los había encontrado a los dos muy pacíficos y con mejores sentimientos que otras veces.

Las esperanzas se pusieron en Felipe II. Este, a principios de octubre de 1555, abandonó Inglaterra, donde se hallaba por su matrimonio con la reina María Tudor, y se dirigió a Bruselas, donde Carlos V quería abdicar el Imperio (en pro de su hermano Fernando) y los demás territorios españoles, incluso Flandes, tierras de Italia y los dominios de ultramar (en manos de su hijo). Lo quería hacer por partes, en diversos días y muy solemnemente, a lo cual no podía faltar el que desde ahora será D. Felipe II.

Apenas tuvo noticia de ello en Roma el P. Ignacio, tomó la pluma y dirigió este saludo de complacencia al nuevo monarca español:

> «Sacra Católica Real Majestad... Habiéndose aquí entendido la renunciación que la majestad del Emperador nuestro señor ha hecho de las tierras de la Baxa Alemania y de los otros Estados por acá a V. M., recebimos todos sus siervos mucha consolación en el Señor nuestro, así por el santo exemplo que en este caso ha dado S. M. imperial, como por lo que esperamos que la divina bondad será servida, estando los dichos Estados en las manos de V. M.; y así, continuamente en nuestras pobres oraciones se lo suplicamos».

Adviértase cómo el Santo sabe usar de la más fina cortesía antes de solicitar cualquier cosa. Sigue diciendo que acaba de enviar a los Países Bajos al P. Pedro de Ribadeneira, el cual le explicará mejor las causas de este viaje, y en consecuencia le ruega

> «se diñe tomar esta su mínima Compañía debaxo de sus alas y amparo en esas partes, así como ha sido servido de hacerlo en las otras, y le otorgue licencia de poder tener colegios en esas tierras... para gloria de Dios nuestro Criador y Señor y beneficio de los pueblos que él ha puesto en las manos de V. M., como más largamente lo entenderá V. M. del dicho Ribadeneira, al cual será servido dar la misma fe y creencia que a mi propia persona... De Roma 23 de octubre de 1555»[176].

Ribadeneira en Flandes

Esta carta de saludo la llevó Ribadeneira en propias manos al rey Don Felipe, juntamente con otras varias de recomendación para los magnates y nobles españoles de la corte, como el conde de Feria (G. Suárez de Figueroa), el conde de Mélito (Ruy Gómez de Silva), el secretario real Gonzalo Pérez, los amigos íntimos de Loyola y del rey, Pedro de Zarate y Alejo Fontana, etc. Puede asegurarse que todos los cortesanos que

[176] *Ignatii Epist.* X, 32-34. La abdicación de todos sus Estados y dominios de parte de Carlos V no fue recibida por todos con igual ánimo. Algunos, principalmente extranjeros, murmuraron diciendo, que la renuncia del más vasto Imperio del mundo no se podía hacer sin especial licencia del Papa. San Ignacio sencillamente la aplaudió. En carta a su amigo Pedro de Zarate exclama: «Raro ejemplo da el Emperador a sus sucesores, pues otros querrían vivir más, para gozar esos Estados, y él los dexa en vida. Muéstrase príncipe verdaderamente cristiano, que viendo que no puede satisfacer a los trabajos de sus reinos, da el honor a quien ha de llevar el peso» *(Ignat. Epist.* diciembre 1555).

formaban la comitiva de Felipe II se manifestaban públicamente como admiradores de la Compañía y de su fundador.

Llegado Ribadeneira a Lovaina el 7 de diciembre de 1555, cumplió en Flandes su cometido, no obstante su juventud, egregiamente; Ignacio podía regocijarse íntimamente de la elección hecha. «Era yo entonces de 29 años —escribe Ribadeneira en sus *Confesiones*—; habíame criado desde los 12 años de mi edad en Italia...; no tenía noticia de la corte del rey de España ni de los señores y grandes y ministros de ella». Pero su misma juventud, sus poderosos protectores, su carácter sencillo al mismo tiempo que intrépido y su elocuencia arrebatadora fueron las armas con que triunfó plenamente.

El 26 de diciembre de 1555 escribe Ribadeneira a Ignacio: «Yo, Padre, no he comenzado a declarar las *Constituciones*... principalmente porque, sabiendo que la principal causa de mi venida era otra, he querido luego emplearme en ella». Efectivamente, S. Ignacio le había encomendado, como objeto secundario de su viaje a los Países Bajos, el promulgar y declarar a todos los jesuitas del país las *Constituciones de la Compañía,* cosa que Nadal había hecho en otras naciones; pero como lo capital era la obtención del decreto real permitiendo la fundación de Colegios, a esto enderezó Ribadeneira todos sus afanes.

A fin de hacerse bien quisto de las autoridades, dijéronle sus amigos que se dedicase a la predicación, y si lo hacía en latín, mejor, porque así sería más estimado. Lo mismo le había dicho en Roma nuestro beato Padre, «que llegado a Lovaina, predicase en latín en aquella Universidad, y después, cuando la fama de mis sermones hubiese llegado a Bruselas, donde a la sazón estaba el rey Felipe segundo con su corte, entonces fuese a ella para tratar los negocios. Yo nunca había predicado en latín y en Lovaina no era conocido; pero... me vino a visitar el Rector de la Universidad, y me rogó con mucha constancia que predicase en latín, y lo mismo hizo el deán Ruardo Tapper... que era cancelario y la persona más docta y más grave de aquella Universidad; y así comencé a predicar».

Triunfos oratorios

Muy pronto venció su natural timidez, y desde entonces no había fiesta religiosa que Ribadeneira no aprovechase para subir al pulpito y derramar torrentes de elocuencia; elocuencia que nadie antes había imaginado en él. Predicaba en español a la corte de Felipe II, en latín a la Universidad y en algunos templos:

No hay elogio más entusiástico que el de B. Olivier, escribiendo a S. Ignacio el 27 de diciembre de 1555:

«El dicho P. Maestro Pedro *(de Ribadeneira)* ha predicado aquí en San Miguel tres veces en latín, a saber, en la tercera y cuarta dominica de Adviento y el día de Navidad con gran encanto, erudición, fervor y satisfacción, o mejor, estupor de todos... *El auditorio es mayor, sin comparación que cuando predicaba el Maestro Estrada,* y también mayor la satisfacción y admiración de todos. Todos los antiguos predicadores se han hecho sus oyentes con mucha diligencia. Desde que ha comenzado a predicar el Maestro Pedro, no hay otro que haya tenido valor para subir al pulpito... No se podía encontrar un modo mejor de dar a conocer la Compañía, que con este clamoreo... En Lovaina no se habla más que de los jesuitas, y este rumor ha llegado hasta Bruselas, tanto que muchos señores y entre otros el señor Eraso, secretario mayor del Emperador, solicitan ante el señor Zarate, que mande al Maestro Pedro ir a predicar a los españoles el día de la Epifanía, y creo que se hará».

Como si tantas alabanzas no fueran suficientes, apenas habían pasado dos semanas, cuando vuelve a la carga —pero con carga de flores— quizá para contentar a Ignacio, que gozaba en oír los méritos de su discípulo amado. Oigamos, pues, de nuevo a Bernardo Olivier el 11 (ó 12?) de enero de 1556:

«Por las últimas avisé a vuestra Rda. Paternidad del buen suceso de los sermones latinos del Maestro Pedro de Ribadeneira y de la gran satisfacción de toda esta Universidad (de *Lovaina).* Ahora diré cómo su fama aumenta cada día... El regente del Colegio llamado el Halcón invitó a cenar uno de estos días al P. Maestro Pedro. Juntáronse allí todos los principales maestros de aquel Colegio, los cuales se juzgaron felices de poder hablar algunas palabras con S. R.; en tal modo que si uno hablaba con él solo, lamentábanse los otros, diciendo que no uno solo sino todos a la vez querían disfrutar de él; y fueron tantas las ofertas y señales de amistad y favor, que Maestro Pedro quedaba estupefacto, y lo mismo Maestro Adriano *(Adriaessens)...* Hoy me ha venido a hablar un bachiller en teología, el cual ha estado ausente de Lovaina al tiempo de los sermones del Maestro Pedro, de lo cual estaba muy afligido por haber oído hablar tanto de él, asegurándome que no hay nadie en Lovaina, ni el más pequeño de los escolares que no sepa decir grandes cosas del mismo, y que todos los doctos lo encomiaban *usque ad miraculum;* y con grande instancia me suplicó que al menos le procurase que hasta sus manos llegase la copia de uno de aquellos tres sermones».

Ribadeneira presenta sus credenciales. Felipe II se acuerda de Ignacio «vestido de pardillo»

Hasta el 14 de febrero de 1556 no se presentó en la corte de Felipe II con las credenciales de parte de S. Ignacio, el joven P. Ribadeneira improvisado diplomático que no tardaría en cumplir los 30 años. He aquí el texto del documento:

«Sacra, Católica, Real Majestad. — Nuestro P. Maestro Ignacio me mandó que después de haber besado las manos de V. M. de su parte y de toda la Compañía, representase a V. M. el deseo que Dios nuestro Señor nos ha dado a todos, muy crecido, de emplear el pequeño caudal, que él se ha dignado comunicarnos para su gloria y provecho de las ánimas, en servicio de V, M. y le declare que, siendo el Instituto de nuestra Compañía tal, que los que en ella viven no solamente han de tener cuidado de aprovecharse en sus ánimas, mas también han de tener cuenta con sus prójimos, y cada uno, según el talento que Dios le ha dado, debe procurarles la salvación, ahora sean fieles, ahora sean infieles o herejes... y que todo el bien de la Cristiandad y de todo el mundo depende de la buena institución de la juventud... para lo cual hay gran falta de virtuosos y letrados maestros, que junten el ejemplo con la doctrina, la misma Compañía... se ha bajado a tomar esta parte menos honrosa y no menos provechosa de la institución de los muchachos y mancebos; y así, entre los oficios que ejercita, es éste uno, y no el menos principal, de tener escuela y colegios, en los cuales no solamente los suyos, mas por los suyos son los de fuera, de balde y sin otro galardón ninguno temporal, enseñados, juntamente con las virtudes y cosas necesarias a un buen cristiano, todas las ciencias principales, desde los rudimentos y principios de gramática hasta las otras más subidas Facultades... en diversos colegios, los cuales se han fundado para este fin en diversas partes de España, Portugal, Italia y Alemania... Y así viendo nuestro P. Maestro Ignacio el provecho universal que de esta manera de enseñar ha nacido en todos lugares, y por una parte considerando cuan provechoso y necesario sería esto para estos Estados por el daño y estrago que comienzan en ellos a hacer las herejías... no le parecía que cumplía con lo que debe a la salud de las ánimas y servicio de V. M., si a lo menos no mostrase el deseo que tiene de servir a V. M.; ... Y el desear remediar esto también le ha movido a nuestro Padre a enviarme a V. M. a suplicar que se digne tomar esta mínima Compañía debajo de sus alas en estas partes, así como se ha servido de hacerlo en las otras, y otorgarle licencia de poder tener colegios... Nuestro Padre Maestro Ignacio, sabiendo con cuánta benignidad y clemencia ha sido V. M. servido de abrazar y amparar esta Compañía en los otros sus reinos y el provecho de las ánimas que de ello ha resultado... no puede dudar sino que, ahora que

Dios nuestro Señor ha puesto en las manos de V. M. tan gran parte de su Iglesia y los más poderosos reinos del mundo... será V. M. servido de otorgarlos... V. M. hará en esto lo mejor que le pareciere..., que el P. Maestro Ignacio, en haber representado esto a S. M., juzga haber cumplido con lo que a su conciencia y el servicio de V. M. debe en esta parte.—Anvers 14 de hebrero de 1556».

Invitado Ribadeneira a que se presentase en Amberes, donde se había trasladado Don Felipe, acudió puntualmente a la audiencia el 14 de febrero «la mañana al vestir del rey». Ruy Gómez de Silva, que estaba a la puerta de la cámara real, lo acompañó hasta ponerlo delante de Felipe II.

«Yo comencé —es Ribadeneira quien habla— a hacer mi razonamiento, el cual duró un cuarto de hora, y díxele todo lo que quise, y oyólo con maravillosa atención, ahora mirándome en el pecho, ahora en el rostro; y después que yo acabé díxome: Yo he oído muy bien lo que me habéis dicho, y dadme esa memoria que ahí tenéis *(las credenciales que ya conocemos),* que yo mandaré responder». Hízole el Rey diversas preguntas sobre los colegios, sobre la forma de gobierno de la Compañía, etc. y luego «comenzó a decir qu'él conocía muy bien a V. P. cuando iba vestido de pardillo, que iba algunas veces a Doña Leonor Mascareñas que le criaba, etc. Después saltaron a las cosas de la India, y el Conde (de Feria) díxole lo que Dios nuestro Señor obraba en aquellas partes de la India por los de la Compañía, y el Rey pidió que le llevasen las *(cartas)* que este año eran venidas... No sé cuánto estaremos aquí; pero piénsase que dentro de muy pocos días volverá el rey a Bruselas, adonde habremos de ir».

Tras una conversación tan llana y familiar, era claro que las intenciones del monarca eran inmejorables respecto a la Compañía. Pero Felipe II no quería actuar en negocios de importancia por respeto a su padre el Emperador, por eso demandó consejo a otros personajes de mucha autoridad en Flandes y retrasó algún tanto la respuesta.

Los primeros escollos. Ignacio transige

Por muy buena impresión que sacase Ribadeneira, no podía ilusionarse con que la ruta carecería de escollos. El Rey Prudente hizo que la súplica ignaciana fuese examinada por el gran jurista y político holandés Viglius, adversario de los jesuitas, y por el obispo de Arras, futuro cardenal, Antonio Granvela, poco favorable a los mismos. El legista Viglius, defensor del poder absoluto de los reyes, mermaba cuando podía la po-

testad de los Pontífices; juzgaba que los privilegios papales concedidos a los jesuitas eran exorbitantes, provocadores de abusos y perjudiciales a la jurisdicción de los obispos y a los derechos de los párrocos; por lo cual querían que los jesuitas hiciesen la promesa de no utilizar la exención y de no predicar sin licencia de los Ordinarios. Ribadeneira resistía intrépidamente a tales exigencias injustas. «Y ansí hablándome desto el Conde (de Feria), le he dicho que no toca al rey, ni a su consejo ni a otro cualquiera inferior reformar las concesiones de la Sede Apostólica, y que nosotros, aunque ellos lo quisiesen hacer, no lo podríamos consentir con buena consciencia. Y así el Conde se lo dixo al Rey, y el Rey le respondió que era verdad».

Cuando lo supo Ignacio, tomó una actitud que le era muy propia: asentar firmes y claros los principios, pero en lo que no va contra la justicia y la verdad, condescender lo posible con el adversario obstinado. Véase la lección de prudencia que le dio a Ribadeneira el 14 de abril de 1556:

> «Hemos visto las dificultades que se mueven de parte del Rmo. obispo de Arras y del señor presidente Viglio, a quienes parece que no debe hacerse perjuicio a los Rmos. obispos ni a los curas. *Y a nosotros nos parece lo mismo:* pero no hacemos perjuicio a los unos ni a los otros, usando de las facultades que nos da la Sede Apostólica para ayudar las ánimas, pues de la mesma fuente mana su auctoridad y la nuestra, y tanto la pudo dar a nosotros como a ellos el Summo Vicario de Cristo en la tierra. Y parece cosa de admiración, que en falta como hay de obreros fieles y doctos en la viña que Cristo N. S. les commetió, no huelguen que los nuestros les sirvan de balde, pues les piden licencia y se les ofrecen por ministros con toda sumisión... No es menester que ellos se pongan en querer restringir o limitar las facultades que la Sede Apostólica nos ha concedido. Con esto, si pareciese a su majestad real, que convendría que la Compañía moderase el uso de sus facultades, por algunos respectos justos y ordenados al bien común, *la Compañía nuestra es contenta de no usar más de sus facultades en estos Estados de lo que pareciere a S. M. y a sus sucesores.* Y si fuere menester, N. P. Maestro Ignacio, con patente sellada del sello de la Compañía y firmada de su mano, obligará a todos los que estuvieren a obediencia de la Compañía en estos Estados a usar de nuestras facultades como a S. M. pareciere que será Dios más servido».

El historiador belga A. Poncelet, habiendo estudiado el asunto, reconoce que «este proyecto de transacción hizo dar un gran paso a las negociaciones».

Pronto veremos sus resultados. Ribadeneira ponía en acción sus múltiples y variadas dotes de orador y de negociador. El 13 de junio, festividad del *Corpus Christi,* predicó en Lovaina dos veces en latín,

> «y el domingo siguiente, con la sólita audiencia y mucho mayor, y de personas muy principales en toda la Universidad; y confío en nuestro Señor que ha sido con notable provecho. A lo menos me han dicho que bastaba el sermón postrero para diez años, y que no habría de aquí en adelante más quien osase murmurar de los que se comulgan a menudo... Viniéronme a rogar que enseñase a los teólogos la manera de predicar, y que estampase mis sermones... Son bien inclinados y tiernos estos benditos flamencos... En Lovaina hay algunos españoles muy doctos... Uno dellos, que se llama M (Diego de) Ledesma, que es una cosa muy bendita, y que tiene muchos libros entre manos para estampar, me ha dicho que él a lo menos está determinado de ser de la Compañía».

Aprovechando una indisposición del Rey, Ribadeneira declaraba las *Constituciones* a los jesuitas y en unión con sus poderosos amigos procuraba disipar los errores y calumniosas acusaciones que se difundían por muchas partes.

Aprobación definitiva de los colegios; tres objeciones de Viglius

Después de largo dialogar y discutir el gran amigo de los jesuitas, Ruy Gómez de Silva propuso a Ribadeneira y Olivier el plan de atacar directamente al Rey, que tan benévolo se mostraba, presentándole una nueva fórmula o memorial, algo más transigente que la primera, a base de las transigencias y concesiones que el propio San Ignacio en la carta del 14 de abril se mostraba dispuesto a aceptar. Tras muchos dares y tornares, la redacción del P. Olivier fue aceptada.

Ruy Gómez y el Conde de Feria volvieron a hablar con Felipe II, el cual les prometió ponerse en seguida al trabajo. Se dio prisa con la llegada de su hermana María, reina de Bohemia, esposa del archiduque Maximiliano, que llegó a Bruselas el 16 de julio. Corrió a su encuentro el jesuita. Le entregó recomendaciones de parte de S. Ignacio, recibiendo de la reina la seguridad del éxito.

> «Ella habló al Rey, escribe Ribadeneira, y yo también, y su Majestad mandó que se tractase del negocio por el Presidente Viglius, y que se hallase presente el Conde de Feria y también el deán de Lovaina (Ruardo Tapper), que a la sazón estaba aquí. Juntámonos todos cuatro... Las dificultades que

por parte del Presidente se propusieron fueron tres».

1.ª Los de la Compañía exigen facultad de predicar y confesar, *episcopis et pastoribus irrequisitis,* lo cual es contrario al orden jerárquico.

2.ª Pretenden ser exentos de la jurisdicción de los Ordinarios, lo cual ha sido en las demás Ordenes causa de grandes escándalos.

3.ª El Rey no puede dar consentimiento para amortizar, *«hoc est,* perpetuar rentas, sin consentimiento de los magistrados del pueblo, debajo del cual están las dichas rentas». (Era ésta una costumbre tradicional, que Felipe II respetaba siempre; para no violar las franquicias y fueros de las ciudades, ponía la condición de que se solicitara el consentimiento de los Magistrados del lugar).

En cuanto al primer punto, «la conclusión fue, que nosotros no usaríamos de nuestros privilegios sin voluntad de los obispos». El segundo punto pareció más espinoso y complicado; no dejaba de insistir en el peligro de abusos, mientras Ribadeneira se empeñaba en defender a dentelladas *(mordicus,* dice Viglius) sus posiciones, pero al fin optó por la fórmula transaccional, propuesta por Olivier: En caso de abuso, reservar al Rey la facultad de revocar este privilegio. No satisfizo la solución a Ruardo Tapper, pues pensaba que con eso la Compañía quedaba al arbitrio del poder civil; lo que él propuso fue: «que no se haga mención ninguna de exempción, de manera que en el privilegio del rey no se apruebe ni repruebe». Esto es lo que prevaleció.

«Cuanto a lo tercero: que el Rey dará su consentimiento para que tengamos colegios con consentimiento de los gobernadores, adonde este consentimiento es menester... Así que ésta fue la conclusión, y al parecer del Conde y del Deán y de los demás amigos muy buena... Cierto —concluye Ribadeneira— es tanto lo que el señor Conde de Feria se ha mostrado en este negocio, y los favores que su Señoría Ilma, nos ha hecho, que estas y otras mayores dificultades que hubiera, bastaban a romper»[177].

[177] El 14 de abril Ignacio responde a Ribadeneira: «Hemos visto las dificultades que se mueven de parte del Rmo. Obispo de Arras (Granvela) y del señor Presidente Viglio» (las declara infundadas y concluye así): «Con todo, si pareciese a Su Majestad Real, que convendría por algunos respectos justos y ordenados al bien común, la Compañía nuestra es contenta de no usar más de sus facultades en estos Estados de los que pareciere a Su Majestad» *(Ignat. Epist.* XI, 252-53). Contra Viglius escribió el eximio escritor ascético Ludovico Blosio, reformador de la Orden Benedictina, una enérgica defensa de los jesuitas *(Cartas de San Ignacio,* Madrid 1889, vol.VI, 583-85).

Letras patentes del rey

Tan fausta nueva se la comunicó el P. Ribadeneira a S. Ignacio el 2 de agosto de 1556, es decir, dos días después de la muerte del Santo, acaecida el 31 de julio. No llegó, pues, a tener conocimiento de la última decisión real, que tanto le hubiese consolado. Tampoco alcanzaron a tener esa satisfacción los dos grandes luchadores por el ingreso de la Compañía en Flandes: los Padres Olivier y Charlat. Quintín Charlat había muerto el 28 de julio, y Bernardo Olivier poco después, el 22 de agosto, a los 33 años de edad; sin duda que la enfermedad no le permitió enterarse del triunfo, debido en parte a sus esfuerzos.

Fue el 15 de agosto de 1556, cuando el Presidente del Consejo, Viglius, sometió a la signatura real la apostilla escrita al margen de la súplica del P. Bernardo Olivier. La apostilla decía así:

> «Su Majestad consiente y permite que los suplicantes puedan residir en los países de acá y vivir en ellos según su Instituto y profesión, bien entendido que no podrán entremeterse en el ejercicio de cosa alguna perteneciente al oficio pastoral, sin tener sello oficial, el consentimiento y el visto bueno, lo mismo de los curas del lugar que de los obispos y otros Ordinarios, a los cuales pertenezca la autoridad. Y en cuanto a los bienes inmuebles y rentas que conseguirían para la fundación y dotación de sus colegios, los dichos suplicantes obtendrán previamente el consentimiento de aquellos de quienes es la propiedad, según los estatutos y privilegios del país en el que están situados dichos bienes»... (Firman Viglius y Felipe II).

El 20 de agosto se expedían las letras patentes para todas las provincias, a excepción del Brabante, y el 14 de octubre la concesión especial para este ducado.

Aquel inteligente y ardoroso negociador, que fue el P. Ribadeneira, discípulo mimado de Loyola, no quedaría del todo satisfecho, pues por entonces no se lograron todas sus aspiraciones, pero mucho más adelante se regocijaría al ver que las restricciones de 1556 fueron eliminadas en 1584 con nuevos favores del gobierno a la Compañía de Jesús.

Colegios, congregaciones, catequesis

Vinieron para el país de Flandes años difíciles, ocasionados por los tumultos bélicos, los cuales, si entorpecieron la predicación y otros ministerios pastorales, no paralizaron el progresivo aumento de colegios jesuí-

ticos. La multiplicación de tales instituciones pedagógicas fue verdaderamente enorme. Diríase que todas las ciudades, por pequeñas que fuesen, deseaban poseer un colegio de la Compañía, donde educar a sus hijos.

La multitud de Colegios (no menos de 18) que surgieron en los últimos decenios del siglo XVI y en los primeros del XVII, puede verse en el volumen (caps. III, IV, V y X, XI) de la obra de A. Poncelet, *Histoire de la Compagnie de Jesús dans les anciens Pays-Bas* (Bruselas 1927).

Los Colegios eran focos de educación cristiana, centros de alta formación intelectual y baluartes de combate. En ellos se forjó la brillante generación que dará vigor y grandeza a la Edad de oro creada por los dos soberanos Archiduques, Alberto de Austria e Isabel Clara Eugenia, en cuyas manos puso Felipe II el gobierno de los Países Bajos el 6 de mayo de 1598, poco antes de morir el Rey Prudente.

De todas las disciplinas que en esa breve Edad de oro florecieron, fueron la Teología y sus ciencias auxiliares las más respetadas. Serán inolvidables los nombres del mayor teólogo de entonces, Leonardo Lessius, y del más amplio y erudito escriturista de aquellos días, Cornelio a Lapide, y del fecundo erudito cultivador de la Patrística, la Historia, la Numismática, la bibliografía, Andrés Schott; y no olvidemos al patriarca de la hagiografía científica, Juan Bollandus, iniciador de *Acta Sanctorum,* obra de la que dijo el Papa Alejandro VII: «Jamás se ha emprendido hasta ahora obra más útil y gloriosa para la Iglesia». Hoy mismo, a finales del siglo XX se sigue repitiendo esa gran alabanza en honor de los bolandistas.

La predicación, tan tradicional en el país desde que el primer jesuita se dio a conocer, redobló sus variadas actividades desde el concilio de Trento, y tuvo siempre en Flandes promotores de altura y de espíritu apostólico. Solamente en la Provincia Flandro-belga el número global de sermones predicados al año 1639 por los jesuitas llegaba a 15.206. No pocos se especializaban en dar los *Ejercicios,* y el número de los que individualmente practicaban esta devoción tan eficaz para la reforma interior se acrecentaba de día en día. Conocemos los nombres de personajes ilustres (obispos, doctores, dignidades eclesiásticas, frailes, etc.) que los hicieron en diversas ocasiones, como Ruardo Tapper, Theodoricus Hezius, Ludovico Blosio abad de Liessies; alguno de cuyos monjes los hizo en Cambray por espacio de cinco semanas.

La enseñanza del Catecismo, que tanto inculcaba S. Ignacio, no se descuidó nunca. Sabemos que en la provincia Flandro-belga existían en 1640 no menos de 200 secciones de catequética (algo menos en la Galo-

belga) y unas 32.508 personas acudían a la doctrina. Esto prueba que las Provincias Belgas se distinguían entre todas tanto por el celo de los catequistas como por el número de secciones catequísticas y abundancia de catecúmenos.

Las Congregaciones Marianas, fundadas en el Colegio Romano (1563) por un joven profesor de gramática, Juan Leunis, florecieron en los colegios de Flandes notablemente: congregaciones de estudiantes, de hombres casados, de juristas, etc. El P. Guillermo Stanyhurst reclutaba sus congregantes exclusivamente entre alumnos y maestros de las Facultades de Derecho y de Medicina. De las congregaciones salieron muchos directores y organizadores de las fuerzas católicas, y personajes de gran prestigio social, científico o artístico, obispos, magistrados, y sabios de fama, como Justo Lipsio, filólogo y filósofo estoico, que después de simpatizar con los calvinistas volvió a la Iglesia Romana en 1591; Aubert le Mire (Miraeus), que cultivó los estudios históricos de la Iglesia medieval; artistas como el escultor Erasmo Quellín; pintores como David Teniers, Antonio Van Dyck, Daniel Seghers «el pintor de las flores» y el gran Pedro Pablo Rubens.

Humanismo jesuítico en Flandes

Los humanistas que produjeron las dos Provincias de Flandes alcanzaron una perfección estilística, tanto en latín como en griego, que hoy seguimos admirando, aunque más por el encanto de la forma que por su valor intrínseco y substancial. Síntesis del Humanismo flamenco, de un Humanismo delirantemente barroco, que aborrecen los que no pueden oír un panegírico de la Compañía de Jesús tan pomposo y exuberante, pero que bajo su magnificencia rubeniana y excesivamente encomiástica alardea de un dominio absoluto de las lenguas, latina, griega y hebrea, frecuente en los maestros de los colegios jesuíticos, es la obra que un grupo de literatos jesuitas, amantes de la Compañía, levantaron como un monumento conmemorativo del Fundador en el primer centenario de la Orden. Esta glorificación de la Compañía la dirigió el P. Juan Bolland, cuya más alta actividad hagiográfica conoce y admira aún el mundo de hoy.

Bajo el título de *Imago primi saeculi Societatis Iesu* se imprimió aquel magnífico volumen de 952 páginas en las célebres oficinas antuerpienses de C. Plantin, páginas adornadas con artísticos emblemas de muy experta mano y de indudable belleza, con exquisitos versos latinos

(endecasílabos, elegiacos, hexámetros, alcaicos, etc.), con poemitas griegos y hebreos, que se intercalan en la clásica relación de todo un siglo de historia de la Compañía (1540-1640).

Esta preponderancia concedida a las lenguas clásicas nos hace lamentar la ausencia de las literaturas profanas, que no cobran vuelo hasta la segunda mitad del siglo XVII. Algo semejante ocurría en el mundo científico de otros países septentrionales.

> «Del mismo modo que los jesuitas fueron los grandes educadores de los Países Bajos católicos —escribe el gran historiador belga Henri Pirenne—, así también fueron ellos los que dirigieron el movimiento literario y científico... Mientras que en sus colegios explican a sus alumnos los autores paganos, en empresa tan grandiosa como las *Acta Sanctorum* aplican la crítica textual a la historia de los santos, despojando las leyendas de su vegetación parásita, para elevar a los santos más y más imponentes sobre los altares. No hay ramas del saber que no abordan: la moral y el derecho con Lessio, la política con Scribani, la historia con los Bolandistas, la física con Aguilón, las matemáticas con Gregorio de Saint-Vicent y sus discípulos, Sarasa, Aynscom, Hesius, A. Tacquet. Y éstos no son más que los jefes de un verdadero ejército de teólogos, polemistas, pedagogos, predicadores, gramáticos y eruditos de toda especie. La producción literaria de los jesuitas belgas de 1600 a 1650 (poco más o menos) es como para sorprender a la imaginación. Trae a la memoria por su abundancia la de los Humanistas del siglo XVI. Y se explica por las mismas causas. El entusiasmo por el ideal del Renacimiento como el entusiasmo por el ideal católico desarrollaron, de una y otra parte, el mismo ardor y la misma necesidad de acción y de propaganda. La extrema fecundidad de los jesuitas hace resaltar tanto mejor la indigencia lamentable de la literatura profana. Y nada hay tan fácil de comprender como la decadencia de las letras flamencas y de la literatura francesa en Bélgica desde que se acaban las turbulencias del siglo XVI. La literatura neerlandesa, abundantemente alimentada por los refugiados protestantes de Bélgica, conocerá su edad de oro; en el Sur, por el contrario, se hace silencio... La Iglesia no se sirve más que del latín. Ella hace que se perpetúe y se agrave más el descrédito que los Erasmianos y los Humanistas habían lanzado sobre la lengua popular. Sólo el latín, universal como la religión y como la razón, parece digno de la majestad del pensamiento. El domina también en la poesía».

No generalicemos demasiado, pues en cada país el lenguaje nacional y el idioma latino se influyen mutuamente en forma diversa como diversa es su evolución lexicológica y gramatical. Por otra parte, la Compañía no

está al arbitrio de una Academia de la lengua, sino al servicio de Cristo y de la Iglesia. ¿No es eso lo que quiso decir Pirenne al describir la acción de la Compañía como prácticamente religiosa?

> «Esta infatigable milicia de Roma combatió con más valentía que nadie por la Contrarreforma... Con gozoso ardor se lanzó a la gran batalla confesional que se desarrollaba en el terreno de los Países-Bajos, y de aquel territorio, amenazado de la herejía por todos sus flancos, hizo una verdadera plaza fuerte de guerra espiritual, escogiéndola como base del ejército de misioneros que ella enviaba al asalto del protestantismo en Inglaterra y en Holanda».

Ese «gozoso ardor», al ir a la batalla y aun a la muerte, era muy propio de la Compañía lo mismo en Flandes que en cualquier otro país de la época contrarreformista. Cuando no tenían herejes ni herejías que refutar, como frecuentemente acontecía en los países latinos de Europa, pedían a sus Superiores que los enviasen a tierras lejanas, donde enseñar el catecismo y derramar su sangre por la salvación de las tribus bárbaras e infieles.

Y ese gozoso ardor se siente también, como una brisa de fresca juventud, entre los folios de ese gran volumen conmemorativo del primer centenario de la Compañía de Jesús, escrito por los jóvenes jesuitas de 1640, para cantar los triunfos epopéyicos de su Madre en prosa latina, digna de Cicerón, en hexámetros que ondulan con la elegancia de Virgilio, y en toda la variedad de metros horádanos. Es obra magnífica, por su elegancia *(Opus luculentum est)* decía en una carta el General de la Compañía, Mucio Vitelleschi; quien poco antes de leer la obra había avisado a los belgas de que había quienes murmuraban de aquel monumento literario.

Pero los jóvenes autores podían repetir su cantilena: «Aunque seamos muy numerosos, no hay viejos de pelo cano entre nosotros».

Era su alegre juventud la que les impulsaba al combate y les daba aquel «gozoso ardor», de que se ha hablado. «Las Provincias de Flandes —escribía el P. General Claudio Aquaviva el 22 de octubre de 1613 — son para mí como la flor de la Compañía».

CAPÍTULO X

LAS PUERTAS DE ALEMANIA SE ABREN A LA COMPAÑÍA

En el capítulo VI de esta segunda parte dijimos algo de la «Reforma Católica», de su historia y de sus evidentes progresos, no igualmente rápidos y brillantes en cada nación, pero ciertamente positivos.

La Iglesia católica empezó su reforma con cierta seriedad en el Concilio de Constanza (1414-1418) principalmente en algunos monasterios, en las Congregaciones de Observancia, en los grandes predicadores del siglo XV, en el movimiento de la *Devotio moderna* y en algunos obispados; mas no era la reforma de que hablamos aquí; la Reforma con mayúscula empezó a manifestarse claramente en la España pretridentina de Cisneros y los Reyes Católicos; en la Italia de la «Compañía del Divino Amor» y en la Roma de Pablo III y Marcelo II ayudados por celosos cardenales. Cuando todos estos riachuelos vinieron a convergir en un ancho río bajo la dirección del Romano Pontífice, sólo entonces pudo hablarse con verdad de «Reforma Católica». Coincidió esto, poco más o menos, con la fundación de la Compañía de Jesús (1540) que derramaba sus múltiples caudales, bajo la dirección inmediata del papa y de Ignacio de Loyola, por todas las naciones de Europa. Reléase lo que dejamos escrito sobre su desbordamiento por Italia, Portugal, España, Francia y los Países Bajos. No hemos hecho allí más que narrar algo de lo que la Compañía cooperó con su predicación apostólica, sus *Ejercicios* y educación de la juventud en la reforma de esos países. Hemos llegado a uno de los puntos más complicados y difíciles: la recatolización de Alemania[178].

Contrarreforma

Si en la «Reforma Católica» hasta ahora descrita el elemento principal, por no decir único, era de carácter religioso, moral, espiritual, no ocurre lo mismo en Alemania, donde muchas veces el elemento político y

[178] Entendemos Recatolización en el sentido de Restauración católica, no de lucha antiprotestante.

militar se pone al servicio del religioso y espiritual (recuérdense las guerras de religión y el tribunal de la Inquisición con distintas formas en uno y otro campo), llegando a preponderar en ocasiones el primer elemento sobre el segundo. Cuando en el fragor de la lucha lo que más resuena es lo político y militar, entonces no se le denomina *Reforma,* sino *Contrarreforma.* Artífices del primero son personajes eclesiásticos y clericales, frailes, jesuitas, obispos, Nuncios, Santos, etc., que a las órdenes del Papa, predican la moral y las creencias cristianas, promueven la vida litúrgica y la frecuencia de los sacramentos. Artífices del elemento político y militar (llamémoslo estrictamente *Contrarreforma)* era el emperador y los príncipes con todos aquellos duques (en primer lugar, los Wittersbach de Baviera) y los grandes capitanes que acaudillaban los ejércitos. Resumiendo: la Reforma Católica fue un movimiento de renovación interna de la Iglesia, que venía preparándose en la Iglesia desde el siglo XIV, se aceleró para defenderse de los ataques protestantes, y recibió un gran impulso del concilio Tridentino. En el campo doctrinal y dogmático fue la respuesta de la Iglesia a todas las herejías de aquel tiempo.

Sobre el concepto de *Contrarreforma católica* siguen disputando los historiadores. Hay quien la entiende como pura reacción *contra el Protestantismo,* concepto que se niegan a admitir muchos católicos, no todos, porque no falta quien opine que puede ser usado filológicamente este vocablo, como «Reforma positiva, que se alza enfrente de otra reforma de signo contrario», aunque conservando el elemento negativo y de lucha. La Contrarreforma, sea que se emplee con esta significación complexiva de los dos elementos, sea que se use como mera *Antirreforma,* es un período histórico de gran esplendor histórico y cultural, que se cierra con la Paz de Westfalia (1648) y que empieza con el Concilio de Trento (1545-1563).

Antilutero y paladín de la Contrarreforma

Decir que Ignacio de Loyola fue el *Antilutero* y el *Paladín de la Contrarreforma* puede ser un doble error, fundado en el conocimiento poco exacto de la Historia.

Cuando Ignacio reunió en torno a sí un grupo de discípulos que habían de ser los fundadores de la futura Compañía de Jesús, apenas conocían al padre del Luteranismo, si no es de un modo vago e impreciso. Estando en París habían oído hablar de él como de un rebelde que negaba las Indulgencias, el culto de los santos, la veneración de las imágenes, la

oración por los difuntos, el sacrificio de la Misa, el celibato sacerdotal, los votos monásticos, etc. ¿Cómo habían llegado estas ideas a su conocimiento? No por la lectura de los escritos luteranos, que seguramente los ignoraban, sino porque los habían escuchado en los sermones de algunos frailes (que no serían modelos de formulación exacta) o habían oído rumores en conversaciones de estudiantes. ¿Podía bastar esto para formarse idea de los errores luteranos? De ningún modo. Las Reglas 14.ª, 15.ª, 16.ª y 17.ª de las conocidas como «Reglas para sentir con la Iglesia», que evidentemente tratan, no de preceptos eclesiásticos, sino de dogmas fundamentales y profundos, sin los cuales no es posible entender la mentalidad heterodoxa de Lutero, esas reglas a mi juicio no las formuló Ignacio hasta 1536, año que pasó en Venecia, estudiando y repasando seriamente la teología de los Novadores, que en la misma Venecia pululaban. Lo que mejor llegó a conocer Ignacio en la universidad de París debió de ser un erasmismo, teñido muy superficialmente de luteranismo. Hubo en París, a la presencia de Ignacio, herejes (luteranos o calvinistas) quemados en la hoguera, pero el estudiante vasco consagrado totalmente a sus estudios y a sus ministerios, no tenía tiempo para examinar detenidamente las doctrinas condenadas por la Inquisición[179].

La idea ignaciana de ir a Jerusalén con sus compañeros, y derramarse desde allí por todo el mundo, bajo las órdenes del Papa, a predicar el Evangelio y salvar las almas, tal era la idea primitiva de la Compañía de Jesús, y si las circunstancias hubieron de modificar forzosamente algunos detalles, todavía quedaron fijos dos elementos esenciales: *a)* La Compañía de Jesús nació con *finalidad misionera universal,* no antiluterana; *b)* la Regla suprema de sus Constituciones es *el voto solemne de los Profesos al Romano Pontífice.* En el horizonte de sus proyectos no se perfilaba aún la figura revolucionaria de Martín Lutero con bastante fuerza ni colorido.

No siendo, pues, históricamente razonable enfrentar las dos figuras, que nunca se vieron, ni se conocieron, ni se asemejaban en la vida ni en el carácter, ni se impugnaron directamente, no hay por qué hacer con ellos una especie de lucha, cuerpo a cuerpo, fenomenal y monstruosa, como la descrita por Virgilio, entre Laocoonte, que defiende a sus hijos, y las dos serpientes marinas que se les enroscan y los ahogan.

---

[179] Conocía indudablemente aquellas doctrinas luteranas que van contra los preceptos eclesiásticos, pero es posible que todavía no conociera bien el dogma de la justificación y la eclesiología. Lo que dice al fin de los *Ejercicios* sobre la obediencia ciega a la Iglesia, esposa de Cristo, y sobre la predestinación y la fe, seguramente lo escribió en Venecia en 1536.

Ignacio vino al mundo medio siglo antes de que la Contrarreforma apareciese vestida de todas armas en la palestra de Europa, y salió de esta vida cuando al Concilio de Trento le faltaban casi siete años para su clausura. Es decir, que el Fundador de la Compañía murió antes de que el Catolicismo tridentino y contrarreformista produjera en la Iglesia sus mejores frutos, así religiosos, como culturales, artísticos y militares. Un hombre que no alcanzó los años de San Pío V y Gregorio XIII; que no vio la victoria de Lepanto, la reforma de Santa Teresa y de S. Juan de la Cruz, las obras de Martín de Azpilcueta, Francisco de Vitoria, Antonio Agustín, fray Luis de León, fray Luis de Granada, Cervantes, Lope de Vega, Francisco Suárez, Roberto Belarmino, Francisco de Sales, y los grandes artistas (pintores, escultores, arquitectos) de Italia y España ¿puede llamarse *Paladín de la Contrarreforma?* No en modo absoluto, sino con reservas y explicaciones. Ignacio puede por muchas razones presentarse como «Paladín (a las órdenes del Papa) de la Reforma Católica»; de la Contrarreforma, digamos más bien, que él la preparó, o la inició con rasgos perdurables.

Repito que yo no tengo inconveniente en usar la palabra «Contrarreforma» en su sentido más amplio y complexivo: Reforma auténtica opuesta a otra reforma. Y así bien puede decirse que Ignacio la promovió, porque la *Contrarreforma* fue en primer lugar *a)* una reforma auténticamente religiosa y eclesiástica, que produjo frutos de heroica santidad' *b)* una gran cultura de raíces teológicas, que supo armonizar el espíritu cristiano medieval con las formas e innovaciones del Humanismo renacentista; *c)* una secular batalla contra el Protestantismo, a quien no logró arrebatar sus primeras conquistas, pero sí reprimir sus avances invasores; *d)* una defensa permanente contra la Media Luna, que surgiendo de Constantinopla y desplegándose en dos alas, una por el norte de África, y otra por las costas y naciones sudeuropeas, aspiraba al imperio de Mahoma sobre toda la Cristiandad.

Todos esos cuatro puntos le interesaron a Ignacio, vigilante siempre por los destinos y las vicisitudes de todos los pueblos redimidos por Cristo; mas no en todos ellos actuó como figura preeminente e inspiradora.

El problema religioso alemán ante el beato Pedro Fabro

El año 1540, el año mismo de la fundación de la Compañía, pocos meses después que Javier salía de Roma para la India, el saboyano Pedro Fabro, el primogénito de Ignacio, abandonaba la ciudad de Parma,

obedeciendo al Romano Pontífice, que lo deseaba tener en la Dieta de Worms, como asesor del Doctor Pedro Ortiz, legado del Emperador Carlos V; de allí pasará a Spira con el mismo Doctor presenciando las principales Dietas imperiales y *Coloquios religiosos* con los protestantes, de cuya eficacia desconfiará siempre.

Hay que tener en cuenta que Pedro Fabro, natural de Saboya, no conocía el alemán y por tanto le era sumamente difícil, por no decir imposible, predicar a los alemanes en el propio idioma; dominaba en cambio el francés, el latín, el español y bastante bien el italiano, lenguas que utilizaba para la conversación con las personas cultas de cualquier nación. La fidelidad y dulzura de su lenguaje encantaba a cuantos le oían. Y eran muchísimos los que con él iban a confesarse y a pedirle consejo. No pudo Ignacio de Loyola mandar a tierras germánicas un conversador más suave, de más fina psicología, y de mayor bondad y simpatía. No entró en el conocimiento de la situación político-religiosa directamente, sino por medio de los personajes extranjeros que seguían al Emperador.

El 27 de diciembre de 1540 escribe desde Worms a su Padre Ignacio:

> «Yo estas fiestas harto he tenido que hacer en confesiones y comuniones, habiendo acquistado sin trabajo mío diversos hijos espirituales, como de casa de monseñor de Granvela y de su hijo el obispo de Arras, de monseñor de Águila (en Abruzzo) etc... Otros hijos míos *etiam* os encomiendo, *id est,* que se confiesan conmigo, como es monseñor Rmo. Mutinense, que es Legado en esta Germania y obispo de Módena, *cuius virtutes nolo narrare...* Otro es el Dr. Moscoso (Alvaro), el cual conocéis; asimismo siempre os replico las encomiendas del Dr. Ortiz y el Scoto (Wauchop), juntamente con el Maestro del Sacro Palacio *(card. Tomás Badia O.P.).* Con uno decano desta ciudad estoy concertado para mañana dar principio a los *Exercicios,* el cual es estado mucho tiempo Vicario general de aquí y también Inquisidor de la fe... En esta ciudad públicamente, y en la iglesia de Santo Domingo, se predica a la clarísima la doctrina de los luteranos, *nec obstat* que los doctores católicos estén aquí... Acerca del negocio de los Coloquios, esto primeramente puedo decir, que hasta agora no ha habido principio de ellos... ni para disputar, ni para razonar, de manera que sin dudar yo creo, que de cuantos luteranos estaban aquí en Wormacia, y de cuantos son venidos de fuera, ninguno se ha emendado en ningún error...»

Y sigue narrando todo lo que podía interesarle a S. Ignacio, particularmente los contactos con los Novadores. Fabro queda un poco al lado de

estas conversaciones, porque su delicada prudencia le prohíbe mezclarse donde no le llaman. Por eso dice:

«A Melanthon ni a ninguno otro luterano yo no he hablado, ni menos conversado. Muchos doctores *(como Ortiz., Maluenda, Moscoso, y otros igualmente católicos)* deseaban mucho que yo tomara conversación con Melanthon, diciendo que era más lícito a mí que a los otros, que tienen sus respectos *in ordine ad varia puncta, a quibus pendent haec negotia.* Yo, cierto, muchos sanctos deseos he sentido para ello en mi ánima; todavía, no he querido hacer contra el juicio ni parecer de los que principalmente guían este negocio... Por amor desto, el Dr. Ortiz me ha detenido; bien que de su parte él se holgaría mucho... Grandes *ramos* de amor y caridad me permiten muy a menudo desta nación, y grandes esperanzas de poder hacer mucho fruto... y non dúbito nada en que estos deseos no sean procedientes de un gran bien... Tal es lo que digo, que algunas veces me querría enterrar por acá...; y con esto está, por gracia del Señor, que ninguna tentación tengo acerca de la obediencia de ir a España en compañía del Doctor *(Ortiz),* y no querría por todo el mundo no haber venido a estas partes».

No muchos días más tarde sigue informando a Ignacio de Loyola:

«Las vías y modos que, para comenzar los *Coloquios,* se han negociado en poco menos de tres meses... agora habrá diez días que comenzaron... de tal manera, que de parte de los XI católicos hablase uno sólo, y de parte de los otros XI uno otro asimismo en nombre de todos, el doctor Eckio por parte de los católicos, y Filippo Melancton por parte de los protestantes... Sobre el primer artículo, en el cual había contradicción, que es de *pecado originali...* han andado tres días y nunca acabado de concordar, de manera que se ha dado corte a tal manera de discutir estos artículos, remitiendo el todo a la Dieta. Y así mañana habrá siete días que monseñor de Grandvela, y consecuenter nosotros, nos pasamos de Wormacia, para venir aquí, en Spira, ciudad donde reside el supremo trono de la justicia imperial de Alemania... Por la partida de tanta gente, no sé si ninguna persona en Wormacia resta tan sinceramente descontenta y triste como aquel mi decano de San Martino, el cual ya había acabado los *Exercicios* de la primera semana, no le faltando sino hacer la confesión general, la cual pienso después habrá hecho con el Doctor Ciego *(Roberto Wauchop)...* Es para alabar a Dios nuestro Señor, del fruto que hacía aquel buen decano *(de San Martín),* etiam acerca de conmover a otros, duros como piedras».

Sería de sumo interés trazar la lista de los cardenales, Nuncios, prelados, religiosos y teólogos, que van acompañando a Pedro Fabro en sus

viajes, consultar con él sus dudas morales y teológicas, al par que esos mismos le aconsejan y le instruyen acerca de los hombres, de las costumbres y de las condiciones de cada país. Noticias imprescindibles para cualquier misionero.

Ya nos ha hablado de varios de esos personajes y de los más importantes; ahora vamos a ver lo que cuenta de otros muy diversos entre sí:

El 24 de abril de 1541, al enterarse del orden que se guardaba en los *Coloquios* teológicos, se lo transmite a San Ignacio desde Ratisbona:

> «Todos los príncipes y prelados del Estado imperial han depuesto sus juicios y quereres en que el Emperador elija seis letrados... pretendiendo al posible la concordia de Germania acerca de la fe católica. Y así, conforme a esto, su Majestad ha elegido seis letrados, tres católicos y otros tres protestantes. Los católicos son Joannes Eckio (Eck) por primero; el segundo se llama Julio *(Pflug),* que es por parte del Rmo. cardenal de Moguncia; y el tercero se llama Gropper, de parte del obispo de Colonia, y estos dos son canonistas más que no teólogos. Los protestantes son Filipo Melanthon, Bucer (o *Bucerus antiguo fraile O.P.)* y (Juan) Pistoris. Pienso que mañana comenzarán a junctarse; aún no se sabe *quibus testibus* tractarán la cosa... Estos letrados no han de concluir ninguna cosa, sino procurar paz, que verdadera sea; y esto, o lo que fuere, referir al estado imperial; y después los príncipes referirán a su Majestad y al monseñor Rmo. Contareno *(Gaspar Contarini)* el todo. En este medio que comenzarán esta cosa, no hacen nada acerca la Dieta del Imperio».

Los «Ejercicios», arma de apostolado

Entre los innumerables eclesiásticos que se acercaban a Fabro con la súplica de que les diese, aunque fuese sintéticamente, los Ejercicios ignacianos, uno de los que más descollaban entonces en Alemania, era el Dr. Juan Cocleo, gran controversista, tenaz e incesante adversario de los luteranos, que hizo los *Ejercicios* con Fabro y sintió su corazón tan tiernamente conmovido por la palabra del saboyano, que éste se dejó también conmover y en adelante lo cita siempre con palabras de personal afecto.

El 25 de enero de 1541, por ejemplo, comunica a S. Ignacio desde la ciudad de Spira lo siguiente:

> «Yo había concertado con uno, que es principal de los doctores teólogos, que son venidos de parte del Rey de los Romanos. Llámase Johannes Cocleus, el cual mucho ha escrito *in rem christianam* contra estos

herejes, de manera que el día que debíamos comenzar los *Ejercicios,* fuenos menester partir. Es cosa para alabar a Dios nuestro Señor, cuánto gozoso entraba en ellos; riyendo de placer espiritual, me dixo estas palabras, después de haberle yo hecho una plática sobre la diferencia del saber y el sentir las cosas espirituales: *"Gaudeo, inquit, quod tandem inveniantur magistri circa affectus"».*

Entusiasmado por Fabro, parece que también Cocleo se metió a dar los *Ejercicios,* venciendo su inexperiencia con su fervoroso proselitismo.

«El Dr. Cocleo ya anda tras unos alemanes, para que hagan los *Exercicios;* y me dixo el otro día, que él creía que había aún de predicar, lo que nunca hizo en su vida, ni tuvo esperanza o pensamiento de tal cosa. Con los prelados de Germania habla sobre estas cosas espirituales; bien que no aproveche para con todos.

Dos semanas más tarde: "A otro también tengo, caballiero español, seglar, que es nieto del último rey que fue de Granada, el cual díxome ayer que estaba muy determinado a tomar y probar de las addiciones todo cuanto podrá para hallar lágrimas en su exercicio, que hace sin faltar su hora la mañana. Sabréis también cómo el Dr. Cocleo ha comenzado, dos días habrá, a dar *Exercicios* a un obispo alemán, *qui dicitur episcopus Misniensis* (de Meissen), prelado de muchas partes ultra la facultad temporal, y don Sancho de Castilla *(capellán de Carlos V)* tiene etiam otro caballiero seglar en *Exercicios"».*

El desfile de personajes puede alargarse con lo que había escrito el 27 de enero de 1541:

«He comenzado ayer dar los *Exercicios* al Vicario general daquí *(de Spira)...* es persona de letras y de buen juicio, que mucho holgaría que aquí me quedase. El obispo mismo ayer me prometió que en Ratisbona los haría; que allá, por ser uno de los príncipes de Germania, ha de ir; donde también los ha de hacer aquel doctor, por nombre Cocleus, principal en letras entre los que son venidos por mandado del Rey de los Romanos. Conoscimiento con caballeros de España y otros señores hallo en esta corte tanto como Bobadilla en Nápoles. Aun ayer se me ofrezció por hijo espiritual el hijo del Duque de Medinaceli *(Fernando de la Cerda),* y para cuanta conversación espiritual querré. Así que terné siempre quehacer, y terné puertas abiertas para a lo menos ofrezcer los *Exercicios».*

Cuando en abril de 1542 regresa Fabro de su peregrinación por España, donde ha conocido íntimamente al P. Araoz, sobrino de San Ignacio,

y a Francisco de Borja, virrey entonces de Cataluña, no tiene la satisfacción de encontrar en la Dieta de Spira a los Padres Bobadilla y Jayo, que serán sus conmilitones en la reconquista espiritual de Alemania; pero traba amistad con Otto Truchsess von Waldburg, que hace los *Ejercicios* con Fabro, llegará a ser cardenal y obispo de Augsburgo, realizara una buena labor en Trento y será el reformador de su diócesis y una de las grandes figuras de la Reforma Católica.

De dos personajes dignos de memoria hace mención el beato Fabro en sus cartas a San Ignacio y como los dos son deudores al humilde saboyano del fruto espiritual que recogieron en el silencio de los *Ejercicios* nos place decir aquí dos palabras de cada uno: Julio Pflug (1499-1564) y Miguel Helding (1506-1561). Ambos fueron obispos. Pflug fue el último obispo católico de Naumburg; casi lo mismo puede decirse de Helding, que gobernó la diócesis luteranizante de Merseburgo, desde 1544 hasta su muerte, en 1561, año en que se interrumpió la línea episcopal.

Helding y Pflug son los promotores de un nuevo clima religioso; más irenista, más propenso al diálogo y a las concesiones. La nueva táctica suscitó esperanzas, mas ningún éxito. Estos dos obispos no quisieron privarse del maravilloso don, que Fabro había aprendido de San Ignacio, de dar los *Ejercicios espirituales.*

> «Yo —dice nuestro saboyano en su español fácil aunque poco académico, más o menos como el latín que usaría al dar los Ejercicios a personajes como éstos— he comenzado hoy en este día de darlos a dos obispos, a cada uno por sí; el uno es sufragáneo, que es también predicador en la iglesia mayor *(M. Helding);* y el otro llámase monseñor de Nemburgo *(Naumburg), lectus episcopus,* muy noble persona y docta. El bien que yo espero destos dos obispos es tanto, cuanto aún merecía veer en esta pobre Alemana. Dios sabe lo que he pasado en Espira, batallando contra la desperación del bien de Germania; y finalmente, llegando en el cabo a una bonanza tan próspera; mas agora yo veo muy a la clara que nuestro Señor nos guarda muchas almas por acá, las cuales son para tomar nuestra doctrina».

Las palabras no bastan

Y el 28 de setiembre de 1542 remite a S. Ignacio los últimos que ha recogido. Esto viene a decir: Esperanzas no faltan, mientras no falten

buenos predicadores, pero hoy día no bastan las palabras; hacen falta argumentos de sangre.

«He estado en Maguncia y hablé largamente con monseñor Reverendísimo *(card. Alberto de Brandeburgo)* que me comunicó muchas cosas... Hizo retenerme principalmente para que yo examinase ciertas doctrinas y escrituras, de las que su señoría Reverendísima no se tenía por seguro que fuesen aptas para sus ovejuelas; y me concedió para todo tanta autoridad sobre su propio juicio y el de muchos otros que habían visto las susodichas doctrinas, que yo no sabría agradecerle bien su estima. Y juntamente con su gran favor he podido tener conocimiento y comunicación con algunos otros señores canónigos de Maguncia, y especialmente con tres obispos, que se hallaban entonces en aquella ciudad, los cuales en diez días me han prestado grandísimos favores y benevolencia por el servicio de Cristo nuestro Señor: el primero es el obispo de Lund (en Suecia); el segundo, el sufragáneo maguntino (M. Helding) que deseaba mucho me quedase yo con él en Maguncia; el tercero es el obispo electo de Naumburg (Julio Pflug)».

Maguncia es una de las ciudades que más le ocupa y entretiene. El Cardenal-arzobispo le brinda ocasiones y le infunde alientos para las obras de caridad y beneficencia. Un vasto caserón, cedido en usufructo, lo utiliza para refugio de peregrinos indigentes. Muy escasas son sus fuerzas físicas, y todas las consume y prodiga en el socorro a los menesterosos y desamparados. En una hermosa carta del 12 de mayo de 1541 les decía a los jóvenes jesuitas que estudiaban en París, que trabajaba más de lo que podían sus fuerzas, echando de menos la falta de operarios en la viña del Señor.

«El mundo es ya venido a tal estado del no creer, que es menester argumentos de obras y sangre... Ya palabras no abastan ni razones... Por tanto bien podéis exhortar aquellos letrados de París, a que procuren en buscar el espíritu vivífico de las letras, por vía de vita muy señalada a Cristo, para poder persuadir la fe a los caídos».

Y es hondamente conmovedor aquel grito lloroso que exhalará más tarde en carta a S. Ignacio:

«Yo, aunque ninguna cosa más deseo en esta vida, que poner alguna raíz para nuestra Compañía en Alemania, todavía estoy suspenso, no sabiendo, si mañana resciberé cartas vuestras, que me mandarán ir a España, o no, y habiéndome de ir, estoy perplexo sobre el dexar algunos *(compañeros)* acá, o no. El celo que tengo sobre esta nación, y el amor que nuestro Señor me da para ella, no permite que a todos haya de llevar. Por otra parte, viendo

el peligro que hay, de no se aprovechar tanto ellos acá en letras ni espíritu como en Portugal..., querría que la mitad de la Compañía estuviese por acá, dando voces, rezando y llorando y muriendo cada día por esta gente de acá».

Quien con más ardor le suplicaba que no se olvidase de la ciudad de Colonia era el Prior de la Cartuja, Gerardo Kalkbrenner, amigo de Fabro, bajo cuya dirección hizo los *Ejercicios,* y admirador entusiasta de toda la Compañía. En Colonia se presentó Pedro Fabro el 17 de agosto de 1543, y el fruto que recogió en aquella ciudad de tanta antigua tradición católica, puede decirse alentador.

Consoló al Prior de los Cartujos, Kalkbrenner *(Hammontanus)* y se consoló con él; no es seguro en qué días le dio los Ejercicios. Levantó el espíritu del clero y animó al cuerpo universitario y a todos los fieles católicos a no vacilar en la fe, reaccionando contra las tendencias equívocas y peligrosas del arzobispo Hermán von Wied, hombre ignorante que no sabía latín, había celebrado a lo más tres misas en toda su vida, y al decir del Emperador, no era cristiano ni luterano, sino pagano, y se complacía en recibir regalos de Catalina de Bora, mujer de Lutero y de ilustres protestantes.

Disipar el ambiente deletéreo que Hermán von Wied, prelado voluble, indiferente y mundano, iba creando en la católica ciudad de Colonia, junto al Rhin; tal era el designio y la firme intención de Fabro al aceptar de buen grado el viaje a Colonia. La importancia de aquel espléndido centro cultural, político y religioso, lo reconocían todos; basta advertir que el arzobispo de Colonia, con el de Maguncia y el de Tréveris, eran Príncipes del Sacro Romano Imperio, los cuales unidos a cuatro Príncipes laicos, constituían el Colegio electoral de los *Kurfürsten.*

Método para ganarse a los herejes

De pronto vemos a Fabro «perpetuo peregrino apostólico» camino de la Península Ibérica, adonde le reclaman nuevas órdenes de Roma. Hasta los pintores lo retratan caminando con paso decidido, el pie izquierdo en delantera y el derecho en alto como queriendo sobrepasarlo, empuña en la diestra bastón de peregrino: viste sotana normal y fajín de jesuita; esclavina de romero sobre los hombros, y el sombrero recogido en el antebrazo doblado sobre el corazón; cinco grandes ángeles, compañeros inseparables de viaje, con quienes ora y adora sin cesar, vuelan a la altura de su cabeza por un paisaje algo nubloso y áspero. Así le vemos caminar en

setiembre de 1543 hacia Lovaina, con voluntad de seguir hasta España, pero la enfermedad le corta el paso, haciéndole retroceder a Colonia, donde le hallamos nuevamente en enero de 1544. Restablecido tras algunos meses de reposo, reemprende el largo viaje. Lo que hizo en sus dos últimos años queda narrado en el capítulo VI de este segundo libro.

Cuesta separarse del beato Pedro Fabro sin descubrir su alma angelical y amabilísima, y mostrar su género de apostolado con los disidentes de Alemania. A una carta de Laínez, que no conservamos, responde Fabro el 7 de marzo de 1546: «Me pedís *algunas reglas para poderse haber quien desea salvar almas con los herejes».* Lo substancial de su respuesta rápida se reduce a lo siguiente:

1. «Quien quisiere aprovechar a los herejes deste tiempo, ha de mirar tener mucha caridad con ellos y de amarlos *in veritate».*

2. «Es menester granjearlos, para que nos amen y nos tengan en buena posesión dentro de sus espíritus; esto se hace comunicando con ellos familiarmente en cosas que *nobis et ipsis sint communes* (sean comunes a unos y otros), guardándose de todas disceptaciones, *ubi altera, pars alteram videatur deprimere; prius enim communicandum est in illis, quae uniunt, quam in illis quae diversitatem sensuum ostendere videntur»* (donde una parte parece que aplasta a la otra; antes hay que buscar la unión en lo que une, que en lo que separa).

3. «Porque... primero se ha perdido el buen sentir, que no el buen creer, en ellos, es menester proceder *ab his quae sunt et valent ad bene sentiendum* (de las cosas que sirven para sentir bien y con afecto) *ad ea quae sunt ad recte credendum* (a las cosas que se han de creer rectamente)». Con otras palabras: antes de imponer una creencia, hacerla amar.

«En suma, esa gente ha menester *admonitiones, exhortationes, etc., circa mores, circa timorem et amorem Dei ac bonorum operum...* contra sus flaquezas, sus indevociones, distracciones, pesadumbres que tienen y otros males, que no son principalmente, *neque per prius* (ni prioritariamente) en el entendimiento»

Con este método, más psicológico que teológico, se comprende que las conversaciones de Fabro con los disidentes discurriesen con aquella suavidad, amabilidad, humildad y bondad, y solían dar sabrosos frutos, como las que sostuvo con un párroco de Maguncia, *quem ex concubinario carthusianum effecit,* según frase de P. Canisio.

No era otro el pensamiento de su compatriota Claudio Jayo, cuando decía que, a su parecer, la extirpación de los vicios y de las malas costumbres es la mejor preparación para que rebroten la fe y las virtudes.

Otro saboyano: Claudio Jayo

Para ayudar a Fabro en sus labores y colmar el vacío de sus ausencias, vinieron Jayo (Jay) y Bobadilla, dos tipos muy diferentes entre sí, pero ambos de no vulgar estatura. Los tres forman la primera tríada de predicadores jesuitas que evangelizan las grandes ciudades de Alemania.

Jayo había nacido en 1504 en Mieussy de la alta Saboya. Encontróse con Fabro en 1534, siendo ya sacerdote, e invitado por él se decidió a marchar a la Universidad de París a fin de perfeccionar sus estudios. En 1535, según dijimos a su tiempo, se adhirió de corazón al círculo de Ignacio, haciendo los *Ejercicios espirituales* bajo la dirección de Fabro, y los votos que ya conocemos en la capilla de Montmartre. Por su modestia y sencillez innata, pudo Polanco caracterizarlo como «de una humildad próxima a la timidez», mas no se crea que en la acción careciese de ímpetu y valor. Arremetió con coraje siempre que tropezó con dificultades; y ante los obstáculos, en lugar de desalentarse, encontró modos nuevos de acción para superarlos. Recuérdese algunas expresiones suyas, entresacadas de varias cartas a Ignacio en 1542:

> «Aquí en Ratisbona, do hay muchos luteranos, entre los cuales son algunos del Príncipe, se decía que habíamos de correr gran peligro; empero nos no lo temíamos, por la gracia del Señor». «Esperamos en el Señor nuestro, que nuestra venida no será en balde, aunque ansí al presente como al principio, no nos falta la cruz de Cristo... Ruégoos que hagáis de continuo oración fervente por nosotros, que tenemos muchas contradicciones, en las cuales el Señor nos consuela». —«Hácennos muchas amenazas con mucho peligro de la muerte. Hannos *ínter alia* amenazado, que nos quieren echar en el río Danubio; a lo cual habemos respondido, que *tan fácilmente se puede ir al cielo por agua como por tierra*.

Comprendió antes que otros muchos, que la fundación de colegios sería la salvación de Alemania, porque allí surgirían planteles de jóvenes católicos bien instruidos y quizá fue él quien lanzó la idea, que Trento hizo suya, de fundar convictorios para la educación de jóvenes sacerdotes, futuros apóstoles de sus compatriotas. Al P. Salmerón dice el 21 de enero de 1545:

«Por el momento no tengo esperanza de que en esta nación se funden colegios para nuestra Compañía. A pesar de todo, de cualquier modo que sea, no ceso de solicitar, que por una vía o por otra, se restauren los estudios de la teología en las Universidades, estudio que se halla hoy enteramente sepultado... por el odio y el desprecio a que ha llegado el sacerdocio. Quisiera Dios al menos se fundasen colegios, donde cada obispo alimentase diez o doce pobres escolares de su diócesis, los cuales estuviesen obligados a estudiar teología con voluntad de llegar al sacerdocio... De lo contrario de aquí a poco tiempo no habrá ni doctores, ni predicadores, ni sacerdotes».

En el mismo sentido escribe a Ignacio de Loyola, rogándole que en las actuales circunstancias no bastan los colegios de letras humanas, ni basta que los jesuitas asistan a las lecciones universitarias, sino que la Compañía misma debe tener cátedras y profesores que enseñen teología.

Jayo teólogo

Personalmente él sube a la cátedra de la Universidad de Ingolstadt en 1543, como lo había hecho antes en Ratisbona para explicar la Epístola a los Gálatas. Como procurador general del cardenal A. Truchsess de Augsburgo, que mucho lo estimaba, participaba en la primera convocatoria del Concilio de Trento (1545-1547) con voto consultivo en todas las sesiones.

A la actividad de Jayo debe, en parte, Alemania la actitud resuelta y decidida que la dinastía imperial de los Habsburgos y los duques Wittelsbach de Baviera tomaron en favor de la Compañía de Jesús y en contra de las fuerzas protestantes.

Su brillante intervención en el sínodo de Salzburgo, la expone él mismo en carta a S. Ignacio; él fue el encargado de examinar los artículos del sínodo; él trazó la lista de los errores sostenidos por los Novadores; él recomendó al arzobispo la institución de colegios para defender la religión en Alemania; él apuntó los peligros de la fe y los remedios que se deberían aplicar.

En la Dieta de Worms de 1545 pudo dialogar fraternalmente con Bobadilla, y respetuosamente con el Rey de Romanos, Fernando I, que escuchó sus sermones italianos con placer y satisfacción, tanto que se empeñó en que el Papa le nombrase obispo de Trieste, y lo hubiera conseguido, si no es por la tenacísima resistencia del humilde Claudio Jayo («Prefiero la muerte», exclamó) auxiliado desde lejos por la diplomacia de Ignacio de Loyola.

Pronto lo vemos de nuevo en Ingolstadt, tras una larga permanencia en Ferrara, llamado por el duque. Escribe Polanco en su *Chronicon:*

> «Grandes anhelos y deseos de verle había dejado en Ingolstadt el P. Jayo por su doctrina y sus costumbres... Y como el duque de Baviera, Guillermo IV, defensor acérrimo de la religión católica, estuviese persuadido de que sería muy provechosa para su Universidad de Ingolstadt la presencia de nuestra Compañía, si algunos miembros de ésta fuesen allá como profesores de teología a enseñar las sagradas letras, obtuvo en el año 1549 del Sumo Pontífice Pablo III, que tres lectores de nuestra Compañía fuesen enviados a Ingolstadt. Por indicación del Sumo Pontífice al Padre Ignacio, los elegidos fueron, además del P. Claudio, que era reclamado expresamente por el duque, los Padres Alfonso Salmerón y Pedro Canisio».

Los tres, al pasar por Bolonia (septiembre-octubre 1549) recibieron, para ir más autorizados, el birrete de Doctor en teología. Jayo en la Universidad de Ingolstadt tomó sobre sí la explanación de los Salmos, mientras Canisio explicaba el libro IV de las *Sentencias,* empezando por un espléndido panegírico de la ciencia teológica.

A pesar de tantos esfuerzos realizados por Jayo, Salmerón, Canisio y otros más, en la renovación de la ciencia teológica, bajo la generosa protección del duque Guillermo IV, la Universidad de Ingolstadt no levantó cabeza hasta que en 1556 volvieron 18 jesuitas para fundar un Colegio al flanco de la Universidad. El duque Alberto V, hijo de Guillermo IV y tan ferviente católico como él, imitó a su padre en llamar a los hijos de Ignacio para la enseñanza. «El 7 de julio de 1556 (ha escrito H. Boehmer) 8 Padres *(no más de 6)* y 12 escolares jesuitas hicieron su entrada en Ingolstadt. Entonces comienza una era nueva para Baviera». Allí recibieron educación católica y jesuítica los príncipes del Imperio, los magnates de diversos países germánicos y muchos otros distinguidos personajes que dieron lustre y esplendor a la Contrarreforma.

Elogio de Jayo por Canisio

En los diez años que misionó en tierra germánica el P. Claudio sembró la doctrina católica y los principios de la moral cristiana en casi todas las principales ciudades de Alemania. El P. Ignacio, que desde su modesto domicilio de Roma seguía avizorando todas las peripecias, aun las más imprevistas, de sus hijos y de sus enemigos lo mismo en la más populosa metrópoli que en el más apartado rincón, y que sentía como propia

cualquier palpitación que repercutiese en el cuerpo de la Iglesia, tuvo un día noticias de aquel famosísimo predicador, Bernardino Ochino, que, al decir de Carlos V, «quebrantaba con su elocuencia los corazones y aun las piedras». Ochino predicaba la reforma cristiana a su manera, influido tal vez por Juan de Valdés y abandonó la Iglesia en 1542. Un personaje, para nosotros ignoto, le indicó a S. Ignacio que intercediese ante el Papa en favor del apóstata. Ignacio respondió: «Yo no faltaré» pero indicó que él no osaba presentarse ante el Romano Pontífice con esa petición sin unas letras del propio Ochino. Como Jayo estaba en Dilinga relativamente cerca de Ginebra (residencia de fray Bernardino) no hallaba Ignacio otro más apropiado que el suave y pacífico Claudio Jayo para «procurar de visitalle... y sentir del alguna cosa, tomándole alguna palabra, para que con toda caridad por cualquier vía le pudiésemos ayudar, y él tomase ansa para ayudarse con la ayuda de nuestro Señor». Si Ochino muestra temor de dar este paso, (añadía Ignacio) tenga por cierto que tendrá «el favor cumplido de mí... Acá estoy yo, está Mtre. Laínez, Mtre. Salmerón... que lo mirarán como a su misma ánima».

Para que el asunto tuviera feliz éxito, se requería en el fraile renegado un mínimo de buena voluntad y de arrepentimiento. Esto es lo que falló en Ochino, quien después de vagar errante por diversos países protestantes, desvariando cada día más y cayendo en nuevos errores, murió tristemente en Austerlitz en 1564.

En cambio, el alma de Jayo se adelantó a volar de este mundo en la Viena de su benefactor Fernando I el 6 de agosto de 1552. Al día siguiente Pedro Canisio enviaba a Polanco una carta de condolencia, que es un verdadero panegírico. He aquí algunas líneas:

«En la fiesta de la Transfiguración de Jesucristo nuestro Señor, el reverendo Padre (Jayo) se elevó de este valle de miseria y ascendió al monte para ver a Cristo perfectamente y gozar con san Pedro de la belleza de la naturaleza divina, como él durante tantos años había deseado sin cesar... Como V. R. sabe, ninguno de la Compañía hasta ahora ha trabajado más, ni sufrido tanto entre los herejes de Alemania; y en todos los lugares donde ha estado ha dejado siempre buenísimo olor y tanta edificación, que casi todos lo querían retener consigo». Exalta su ciencia y método en la enseñanza de la teología; le llama «apóstol de Alemania, muy favorecido y amado de los príncipes y de los obispos, entre los cuales cosechó gran fruto en las Dietas imperiales». Y concluye con una noticia política: «Aquí (en Viena) se teme el asedio de los Turcos, que están vecinos y ganan

terreno en Hungría más y más cada día... No se puede decir en cuánto peligro está el Imperio y toda Alemania... Derramemos la sangre por el dulce nombre de Jesús. No basta ya confesarlo solamente con la boca. Lavemos nuestras estolas en la sangre del Cordero».

Nicolás de Bobadilla, predicador andariego

Las genialidades de este apóstol de Italia y de Alemania, tan diferente, a sobrehaz, del saboyano Jayo, las recogieron los cronicones y las repitieron no pocos narradores sin estudiar el carácter y sin penetrar en el alma y en el corazón de aquel «castellano viejo». Modernos historiadores, como G. Schurhammer y M. Scaduto, se acercan a él con más comprensión y consiguientemente con más acierto y benevolencia[180].

Su primer apellido era Alfonso, pero él lo cambió por el nombre de la aldea que le vio nacer (Bobadilla o Boadilla en la diócesis de Palencia). Queda referido en otro lugar cómo estudió la filosofía en Valladolid y Alcalá, y en la ciudad del Pisuerga también la teología. El nos describe sus estudios y las mil peripecias de su vida en su curiosa *Autobiografía*.

El afán de aprender bien las tres lenguas sabias —latín, griego y hebreo— le impulsó a estudiar en la Universidad de París. Ignacio le apuntó ciertos peligros que podía correr en el trato con ciertos helenistas *(qui lutheranizabant),* le infundió el espíritu apostólico de servir a Cristo y a la

[180] Les había precedido B. Duhr: «Como Bobadilla era el confesor de la mayor parte de los españoles de la Corte del Rey, y a veces iba en la comitiva del Emperador, su alejamiento fue para pocos doloroso... Era un carácter leal, pero tosco y violento. Hablaba mucho y se le llenaba la boca de gusto, cuando hablaba de sí y de sus actividades. Enérgico, activo, sacrificado, Bobadilla sirvió a la Iglesia alemana con la más noble intención, entre grandes privaciones y trabajos personales, pero nada tenía de cortesano; paladinamente y aun con brusquedad decía su parecer, sin consideración alguna, a cualquier dignatario por alto y aun altísimo que fuese. El P. Nadal formuló sobre él un juicio duro y acerbo en demasía» (B. Duhr, *Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutschen Zungen* [Freib. i. Br. 1907] I, 32). La carta del Prior de Granada (28 mayo 1548) lamentando la expulsión de Bobadilla por el Emperador, a causa de sus críticas del *Interim* de Augsburgo, dice así: «No fue poco escándalo en esta Corte ver ido a Bobadilla sin saber cómo ni de qué manera... No ha habido caballero en esta Corte... que no le haya pesado. Y como yo tengo dicho muchas veces, adelante se echará (de) menos la falta que hace Bobadilla. Porque era más necesario para esta Corte que todos cuantos estamos en ella, por los oficios en que aprovechaba a todo el mundo» *(Epist. Mixtae* I, 503-504). Pedro Canisio sabía apreciar el celo apostólico de Bobadilla: «Pace belloque labores ingentes nec levia pericula exantlavit» *(Scripta de S. Ignatio* I, 715).

Iglesia, trabajando por la salvación de las almas, lo moldeó según su estilo en los *Ejercicios espirituales* y el 15 de agosto de 1534 lo llevó consigo a Montmartre, donde Ignacio y sus compañeros pronunciaron los famosos votos, de los que germinó lentamente la Compañía de Jesús. Tras el presbiterado, recibido en Venecia el 24 de junio de 1537, inició su carrera misionera por los más variados países europeos, predicando al pueblo, exhortando a obispos, aconsejando a príncipes y papas, hasta caer rendido después de medio siglo de fatigas. Apenas pasada la Pascua de 1542, se dirigió a Innsbruck con D. Fernando, Rey de Romanos, y con el Nuncio apostólico J. Morone. Quiso el monarca que Bobadilla le acompañase hasta Viena, para lo cual le fue preciso obtener la licencia de Pablo III. Pero Bobadilla no era hombre de corte y curia, y arrebatado por su celo, corre acompañando a Nuncios y obispos a las Dietas de Spira, de Núremberg, de Worms, de Ratisbona, de Augsburgo. De Colonia le llaman para que deshaga las artimañas del luteranizante arzobispo Hermán von Wied. En Viena predica todos los domingos y fiestas, dando ejemplo de pobreza evangélica viviendo en el hospital, con menosprecio del palacio que hubiera querido ofrecerle el Nuncio Jerónimo Verallo En Núremberg explica la *Epístola ad Romanos,* de tanta actualidad después de Lulero, y en Spira disputa con los teólogos protestantes. En Passau emprende la reforma de los clérigos, a quienes da lecciones de Sagrada Escritura. Siguiendo al Nuncio, llega hasta Bruselas, y en compañía del Legado A. Farnese y del Emperador recorre las ciudades de Utrecht Lieja, Spira, Ratisbona, Augsburgo, Eichstadt. No descansa un instante.

> «El arzobispo de Salgespurch (Salzburgo) y el obispo de Passau procuran me haber, para que vaya a Trento en nombre de los dos. La corte cesárea quiere en todo caso que vaya con ellos a la guerra. Yo callo y dejo hacer a Dios, sin hablar palabra, resoluto de hacer lo que me mandará el cardenal Farnesio, el cual creo me llevará consigo a la guerra, tanto por la affección que me tiene, como por la instancia que le hará esta corte, donde he en esta Dieta *(de Ratisbona)* predicado y leído, conversado con todos estos príncipes y prelados tan familiarmente, como si fuera uno dellos. Et in suma no hay otra palabra en la boca de esta corte, sino que, si toda nuestra Compañía fuese como Bobadilla, sería felicísima, dándome sobre todos las primeras partes... Esto todo escrito, no por exaltarme, mas para humillarme, y dar gracias a Dios... Plácele a Cristo siempre la sinceridad clara, sin hipocresía, con edificación».

Nuestra vocación es de pobreza

En 1546 Fernando I se empeña en hacerle obispo de Trieste. «Yo le he respondido que nuestra vocación es de pobreza y no de grandeza, y que a S. M. no le faltará otra persona más suficiente, etc. Estoy ocupado aquí en confesiones y administración de los sacramentos destos soldados españoles enfermos y heridos, que es santa ocupación, y será mayor por la de los italianos... Ex castris Caesaris 1546, 25 augusti».

Esta «vocación de pobreza» la demuestra en cien ocasiones, si no es cuando tiene que vivir entre príncipes y magnates. Al cardenal Alejandro Farnese, generosísimo protector y amigo de la Compañía, le manifestaba Bobadilla con toda confianza sus sentimientos: «Del vivir mío, es cierto, yo desearía más estar por los hospitales de Italia y demandando limosna, que no en Germania en palacios y mesas de príncipes».

Diríase que un aldeano, algo áspero y tosco, como Bobadilla, de carácter franco y abierto, humilde, sincero, caritativo y bueno sin mojigaterías, enemigo de cualquier adulación y lisonja, no estaría bien visto de los aristócratas y nobles; y, sin embargo, sabemos y tenemos testimonios escritos de príncipes, obispos, cardenales y reyes, que le quieren tener a su lado y le agradecen sus continuos sacrificios. En carta a S. Ignacio le confiesa que ha estado «en todas las Dietas después que vine» y «se me han comunicado todos los negocios intrínsecamente... ultra de la intrinsiqueza que tengo con el Rey de Romanos»... «En la corte cesárea con grandes y pequeños, donde los más y más principales se confiesan conmigo».

El tiempo que le queda libre visita los hospitales, administra los sacramentos, predica, aconseja, da los *Ejercicios* y escribe libros.

Cómo pasaba los días festivos, lo dice en carta a Claudio Jayo: «De mí no digo más, salvo que leo domingos y fiestas el libro mío *De bona et christiana conscientia,* a la cual lección vienen los príncipes todos del Imperio, ansí eclesiásticos como seculares, el cardenal de Augusta, y el Nuncio Verallo, y todos los obispos. Leo en latín, porque concurren todas naciones de germanos, italianos y españoles y franceses, y todos los embajadores».

Como Bobadilla era hombre jovial y decidor, no es de extrañar que en algunos banquetes o reuniones familiares con gente rica y opulenta se desmandase un poco, llegando —según afirma Nadal, no sabemos con qué fundamento— a empinar el codo más de lo debido. Que llegase hasta la

ebriedad, nos parece inverosímil, tratándose de un grupo de personajes distinguidos, entre los cuales gozaba de mucha estima y afecto el P. Bobadilla. Más justa y comprensiva nos parece la explicación de su compañero Claudio Jayo, quien sospecha que las alegres gesticulaciones del elocuente y regocijado Bobadilla darían motivo a pensar que se había excedido en el beber. Otra cosa sería si esto se le atribuyese como un vicio o costumbre repetida.

Bobadilla, capellán militar

En la guerra llamada de Esmalcalda (1546) contra los Protestantes, guerra que había de concluir al año siguiente con la gran victoria de Carlos V en Mühlberg, Bobadilla marchó entre los soldados imperiales, como capellán militar; él confesaba a los que iban a entrar en batalla y atendía caritativamente a los heridos. «Yo sigo esta guerra (escribe el 17 de agosto 1546 a Jayo) no sin grandes trabajos de dormir en el campo. Y el sábado, vigilia de nuestra Señora, pasando una puerta y puente de Landshut con el cardenal de Augusta, fueron muchos los heridos gravemente, y yo fui herido con una alabarda en la cabeza; y si no fuera por el sombrero grueso, fuera peligro de la vida... El cardenal de Augusta hace maravillas con armas y lanza».

Como si no le hubiera pasado nada, y sin pensar en su salud él (era enemigo de los médicos) estaba predicando en Passau, y poco más tarde en Augsburgo y en Colonia. Contemporizar con los heterodoxos no iba con su temperamento. Las concesiones —decía— excitan más los deseos.

La página más lamentable de la vida de Bobadilla es la de su actuación atolondrada contra Diego Laínez, cuya candidatura para suceder a S. Ignacio, como General de la Compañía, se consideraba segura.

Bobadilla murió en el santuario de Loreto el 23 de septiembre de 1590 a los 80 años cumplidos.

No podemos entretenernos en recoger noticias, más o menos interesantes, de otros sembradores de la palabra divina enviados por Ignacio para que trabajasen directamente por sí mismos, o en unión con los mensajeros del Sumo Pontífice, y con las más egregias figuras del Imperio en la recatolización de Alemania. Ni siquiera podemos añadir algo de la relevante personalidad de Jerónimo Nadal, a quien con veneración y respeto definió Diego Laínez en febrero de 1557: «come arcangelo delle cose di Alemagna».

Estos primeros jesuitas deteníanse muy poco en cada ciudad, de modo que la siembra no podía ser bastante fecunda, con serlo mucho. Roturaban el terreno y aguardaban tiempos mejores. Llegar hasta el alma del pueblo les era casi imposible, porque ordinariamente no dominaban el idioma del país. De ahí que su predicación principal y su trato privado se limitase a los próceres y cortesanos, a los obispos, al clero, a la juventud universitaria, a todos los cuales generalmente les hablaban en latín.

Pero los tiempos iban a cambiar. Ya que del clero viejo y sin formación seria no era posible esperar gran cosa, fueron bastantes los que comprendieron la absoluta necesidad de formar un clero nuevo, instruido y casto, con dedicación a la reforma y educación cristiana del pueblo. Fue entonces cuando el P. Claudio Jayo propuso a S. Ignacio crear colegios y seminarios, de donde saliesen sacerdotes ejemplares que fuesen la levadura, la sal de la tierra, la luz de sus compatriotas. Y el Fundador de la Compañía, a una con el cardenal Morone, dio principio en Roma a la fructífera obra que se llamó *Colegio Germánico* (1552), como se dirá en otro capítulo.

CAPÍTULO XI

POR LA RECONSTRUCCIÓN CATÓLICA DE ALEMANIA

El Imperio germánico, fundamentalmente católico y defensor de la Catolicidad, parecía a lo largo de la Edad Media una grandiosa construcción arquitectónica, que no carecía de fuerza, aunque le faltaba vigorosa unidad y cohesión orgánica. Tenía mucho de santuario y de alcázar regio, alzado por encima de un conglomerado de casas de ladrillo y adobe. Junto a los príncipes y clérigos convivían los hombres doctos y los más rudos campesinos, mezclados entre sí, como solían entreverarse en las grandes poblaciones los palacios, las tiendas y lonjas, las barracas, los templos góticos y las viviendas innominables.

El Emperador pierde poderío

A la cabeza de todo aquel aglomerado social y político, que cubría variadísimas y dilatadas regiones, se alzaba la figura del Emperador con relumbrante corona de oro, y con espada —en ciertos momentos críticos— de deleznable estaño. Cuando reinaba la paz, todo funcionaba armónicamente, pero cualquier conmoción bélica ocasionaba un terremoto. Acaso el mayor que sufrió Alemania, fue el que produjo la rebelión de Lulero contra las dos supremas autoridades del Papa y del Emperador. Aquello fue un verdadero cataclismo. La secular construcción imperial se resquebrajó, con pérdida de la necesaria cohesión y unidad. Política y religiosamente Alemania quedó escindida. El católico Emperador puso manos a la reconstrucción del edificio desplomado. Tarea ingente, acaso imposible.

Muy fácilmente acusaron algunos a la Iglesia Romana de haber acudido tarde a la ardua empresa restauradora. Pero ¿había alguien, fuera o dentro del Imperio, con visión clara y con voluntad firme de reedificar seriamente lo que el terremoto había derruido? Díganse nombres capaces de poner diques al río de la Historia en aquel momento, personajes de autoridad que conociesen bien la situación y dispusiesen de elementos para

cortar el avance del terremoto, que seguía destruyendo todo, y una vez reprimido, planear la nueva obra.

Primeros apologistas. Programa jesuítico

En la decadente Alemania del siglo XV y primeros años del XVI las fuerzas católicas eran pocas y flacas. Las más fervientes ardían en las cartujas, que simpatizaron con la Compañía de Jesús desde que la conocieron, pero la Orden de San Bruno no estaba hecha para la defensa de la Iglesia. La *Devotio moderna,* venida de los Países Bajos, era por naturaleza más atractiva que impulsiva. No se distinguía por el espíritu apostólico tan absolutamente necesario en aquella sazón. Ni siquiera podemos alabar en los «Hermanos de la Vida común» el afán pedagógico y educador de la juventud, pues si eran educadores, lo eran de la moral y del espíritu, no de las letras, ni menos de la teología o de la cultura. Erasmo los despreciaba como retrasados.

No es que faltaran en la Alemania de entonces hombres de espíritu y de talento, aptos para oponerse firmemente a la vorágine desatada por Lutero, pero eran individuos aislados, incapaces para organizar una resistencia compacta. Los humanistas de la primera generación nunca fueron grandes pensadores. Además al estallar la revolución religiosa, todos o casi todos habían desaparecido. Los que vinieron detrás de ellos, en vida de Lutero, se interesaban más de la poesía frívola que de la teología y venían a caer en las redes del luteranismo. Jacobo Wimpfeling († 1528) era teólogo y humanista de relevante personalidad, pero sus ideas sobre la reforma de la Iglesia no eran muy seguras y en los primeros años simpatizó con fray Martín. Dos años después desaparecía el no menos grande Wilibaldo Pirkheimer digno de emparejarse con aquél.

Los conventos, que solían ser cuna de muchos teólogos y predicadores, habían quedado casi desiertos bajo el huracán revolucionario. Buen teólogo y fervoroso predicador era el agustino Juan Geusser de Paltz († 1511), que no fue maestro de Lutero, como a veces se ha afirmado sin fundamento, pero sí muy conocido suyo. Quien pudo combatir y realmente combatió al luteranismo fue otro de la misma Orden, Bartolomé Arnoldi de Usingen († 1532), muy apreciado por su discípulo fray Martín, estando en el convento; Arnoldi, fraile maduro, consolaba a Lutero cuando al joven le acongojaban los escrúpulos, pero cuando éstos se transformaron en negaciones rotundas de los dogmas, Arnoldi se convirtió en su más acerbo flagelador. Nadie conoció tan íntimamente al padre del luteranismo como

su superior y consejero fray Juan de Staupitz († 1524), que desgraciadamente se dejó vencer por el cariño al heresiarca, sin atreverse a enderezarlo, y menos a resistir enérgicamente a la revolución luterana.

Otros defensores de la fe

Como he nombrado a estos apologistas y defensores de la fe católica, podría escoger otros nombres de iguales aptitudes en las filas del clero regular y secular. A la cabeza de todos iría el intrépido controversista Juan Eck († 1543), primer espada de la corrida antiluterana, profesor de Ingolstadt, tan resuelto adversario de Lutero como de Melanthon. Los que vienen siguiendo a éstos, puede decirse que son en parte empujados por la oleada romana, que llega del Sur, y en particular por la creciente marea jesuítica. Relaciones de amistad y contacto espiritual con los hijos de S. Ignacio tuvieron, entre otros, Juan Fabri († 1541), Vicario general de Constanza; Juan Cocleo († 1552), humanista y teólogo, que escribió la primera biografía de Martín Lutero, desesperación de los amigos de fray Martín; Federico Nausea († 1552), teólogo, controversista y obispo de Viena; un segundo Juan Fabri O. P. († 1558) animoso orador sagrado, laureado en teología por P. Canisio en 1552; el Provincial de los Carmelitas de Colonia, alma de reformador de su Orden y de la Iglesia, Everardo Billick († 1557).

Se inicia la recatolización sistemática

En la jerarquía eclesiástica alemana, el primero que se lanza con decisión a combatir al Luteranismo es Otto Truchsess von Waldburg, cardenal obispo de Augsburgo, inseparable de Canisio y de otros jesuitas. Sólo entonces empieza a organizarse —y no sin la poderosa ayuda de los príncipes católicos— la reacción antiprotestante.

A todos los operarios apostólicos que Ignacio manda desde Roma a restaurar el catolicismo alemán, les entrega un programa bien calculado, que contiene dos puntos y mira a dos objetivos: 1) promover la educación cristiana de la juventud en los colegios hasta formar una generación de hombres nuevos; 2) regenerar el clero, muy decadente en unos países, en otros, en casi todos, muy escaso. Para lo primero, crear escuelas o colegios. Para lo segundo, fundar seminarios independientes o agregados a alguna Universidad y fomentar en todas las Universidades la Facultad de teología con eminentes maestros; de allí saldrá un clero diocesano digno

de su antigua tradición y de las arduas circunstancias actuales. El propio Loyola jamás olvidaba la oración frecuente al Señor, pidiéndole instantemente que ayudase a los que laboraban por su mayor gloria en los países dominados por la herejía.

El 12 de enero de 1555 escribía lo siguiente:

> «Ya otras veces he escrito que se haga oración especial por la reducción de Alemania e Inglaterra, una vez cada mes, y diciendo misa los sacerdotes. Y me parece que en buena parte nos ha oído la divina misericordia... Ahora conviene tanto más renovar esta devoción, cuanto mayor esperanza se muestra de hacer algún bien grande en Alemania, al mandar Su Santidad un Legado, que es el cardenal Morón, en su nombre, a la Dieta que se hace en aquella nación. Y juntamente el Papa *motu proprio* ha nombrado a dos de nuestra Compañía, para que acompañen al Legado: uno será el P. Don Diego Laínez, y el otro el P. Mtro. Nadal».

Era Nadal, cuyo juicio tanto apreciaba Ignacio, quien más ennegrecía en sus cartas, con foscas paletadas, la situación religiosa de Alemania.

> «Estoy cierto que V. P. conocerá mejor que nosotros (le escribía el 30 de marzo 1555 desde Augsburgo) la extrema necesidad y suma miseria de esta nación... que no se puede mirar a parte alguna, sino con muchas lágrimas y compasión infinita... Digo más, Padre, no sé si me mueve el fervor y celo grande de ver tan extrema miseria de estas naciones y tan abierto dominio bestial del demonio, y tan pocos remedios humanos. En la Dieta no se hace nada, sino que los luteranos ganan mucho terreno cada día y la verdad evangélica está supeditada y conculcada con sumo escarnio de todos».

Una semana más tarde volvía a lo mismo con insistencia: «En la otra carta le describía, Padre, la extrema miseria de estas naciones y la poca o ninguna esperanza que se tiene de auxilio; me parece ver una nación tan grande y noble como ésta, abandonada de todos y dejada para pasto del demonio».

Remedios de Nadal y de Ignacio

¿Qué remedios se le ocurren a Nadal? No ve más que uno: el de los colegios. Ignacio estima mucho la instrucción de los Colegios, pero ama sobre todo la ciencia teológica. A la Facultad de Teología deben supeditarse y orientarse las Letras, así latinas, como griegas y hebreas, y las demás Facultades.

El programa del Fundador de la Compañía para la conquista de Alemania es bien claro: para la conquista del individuo, los *Ejercicios espirituales,* que bien practicados transforman al hombre; para la conquista intelectual de los que han de influir en la sociedad, largos años de letras, idiomas, ciencias filosóficas y teológicas bajo maestros prestigiosos en colegios y Universidades. La fecundidad de estos métodos se manifestó al cabo de pocos decenios con tan brillante esplendor, como para competir con cualquier nación de Europa. Y su eficacísima acción son los protestantes mismos los primeros en reconocer el día de hoy sus maravillosos efectos.

Un historiador imparcial, que ha estudiado seriamente el renacer del espíritu religioso en Alemania después de la revolución luterana, descubriendo algunas raíces medievales y aun cartujanas en la espiritualidad de la Compañía de Jesús, ha escrito lo siguiente:

«Investigadores católicos y protestantes proclaman en común su convencimiento de que la perduración y renovación del catolicismo alemán se deben casi exclusivamente a las fuerzas operantes que vinieron del exterior a desembocar aquí. Los tres grandes movimientos que actuaron en Italia y España, en Roma y en la Curia, los vemos aquí en primera línea; y son: el Pontificado reformador, la Orden de los Jesuitas y el Concilio Tridentino; aquí es donde se buscan y se encuentran las fuerzas propulsoras, y casi las únicas».

De estas tres fuentes de energía, señaladas con acierto por Joseph Greven, la segunda es la que más nos interesa ahora. ¿Qué hizo la Compañía de Jesús por la reforma católica de Alemania y cómo se esforzó por levantar muros de represión contra la caudalosa riada protestante?

«Es indudable —escribía con dolor en 1575 un predicante calvinista — que únicamente a los jesuitas se les debe imputar el *estancamiento* y en muchos territorios el *retroceso* a que hemos llegado. Antes que esos pajarracos diabólicos pusieran el nido y se propagasen entre nosotros, teníamos las más serias razones para esperar que los últimos vestigios del Anticristo y de la idolatría papística serían extirpados en nuestro país por los príncipes, las autoridades y los genuinos servidores de la Palabra»[181].

[181] El lamento de ese calvinista, Guillermo Seibert, lo conocemos por J. Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalters* (Freiburg i. Br. 1924) IV, 392-93.

Hagamos aquí un alto y un salto, porque nuestra narración quiere limitarse a lo que hicieron algunos jesuitas alemanes en vida de S. Ignacio, es decir, únicamente en los inicios de la Contrarreforma.

Encuentro memorable de dos apóstoles

Del saboyano Pedro Fabro, primogénito espiritual de S. Ignacio, que iba dejando por dondequiera que pasaba un reguero de santidad, de humildad, piedad, bondad amable, cariño y delicadeza en el trato hemos dicho bastante en varios capítulos. Fue el primer jesuita que puso pie en tierra alemana y el que fundó en Colonia, en mayo de 1544, en unión con Pedro Canisio, Emiliano de Loyola y otros cinco estudiantes matriculados en la Universidad, Facultades de Filosofía y Teología, el primer colegio de la Compañía, trasladado en 1545 a otro edificio más digno. Allí creció y se desarrolló en tal forma, que Colonia se convirtió en el plantel más fructífero de vocaciones para la Compañía y en seminario de maestros y apóstoles, que evangelizaron toda Alemania y parte de los Países Bajos.

Tras ellos se alzó la gran figura de Pedro Canisio, que nació en Nimega de Holanda en 1521. Nobles y ricos eran sus progenitores, que educaron a su hijo muy cristianamente. Muy pronto reveló Pedro excelsas cualidades de espíritu y de talento, corazón encendido y ánimos, inteligencia privilegiada. «Siendo aún niño —escribirá él más tarde— gozaba yo mucho en contemplar las imágenes devotas y en asistir a las funciones litúrgicas». Antes de conocer el pecado, ceñía muchas veces sus carnes con cilicio, socorría a los pobres y leía los sermones de Taulero que le daban materia de meditación. El 18 de enero de 1536 se matriculó en la Universidad de Colonia y encontró hospedaje en un gimnasio unido con la Universidad. Uno de sus compañeros de estudio se llamaba Lorenzo Surio, que se metió cartujo en 1540. Tuvo además la fortuna de tropezar con un sacerdote de piedad ascética, Nicolás van Esch, que hizo con él de pedagogo y padre. En unión con van Esch se acostumbró a frecuentar la cartuja de Colonia, en la que florecían monjes tan doctos como piadosos, que le inspiraron una devoción tierna y ardiente al Corazón de Jesús, más de un siglo antes de que la divulgara Santa Margarita Alacoque († 1690). Entre los cartujos, el más amante del Corazón de Jesús era Juan Justo Landsberg (o Landsberger), que murió en Colonia en 1539, el cual sin duda influyó espiritualmente en el joven Canisio, como había influido en Fabro, según parece por el recuerdo que éste le dedica en su *Memorial.* Y

no cabe duda que los escritos de Landsberg sobre la Pasión y el Corazón de Cristo dejaron huella en la espiritualidad de siglos posteriores.

En la primavera de 1543 se hallaba Pedro Fabro en Maguncia por voluntad del arzobispo, quien le había llamado para que levantase el nivel moral e intelectual del clero, harto rebajado y abatido.

Fue entonces cuando Pedro Canisio, laureado en Filosofía en 1540 y estudioso ferviente de Teología y Sagrada Escritura, oyó hablar de un hombre de Dios, por nombre Pedro Fabro, que enfervorizaba a cuantos le trataban en la intimidad, y que por aquellos días de abril y mayo explanaba los Salmos en la Universidad de Maguncia. Deseando conocerle personalmente, el ardoroso Canisio se puso inmediatamente en camino. Hablaron de cosas espirituales los dos futuros santos, y el mansueto y apacible Fabro, conociendo la fuerza interna del Espíritu Santo que le movía a aquel joven, le indujo a hacer los *Ejercicios espirituales.* Canisio los practicó con el mayor rigorismo y con entusiasmo. Al terminarlos, tomó la pluma y se desahogó con un amigo de Colonia (¿Lorenzo Surio? ¿Gerardo Kalkbrenner?) en esta forma:

> «Con vientos favorables llegué a Maguncia, y con gran dicha mía encontré al hombre que yo buscaba, si hombre se ha de decir y no más bien Ángel del Señor; jamás he visto ni oído a un teólogo más docto y profundo, ni a un hombre de tan ilustre y eximia virtud. No entra en sus aspiraciones otra cosa que cooperar con Cristo en la salvación de las almas. No sale una palabra de sus labios, ni en su hablar habitual, ni en conversaciones familiares, ni a la mesa, que no se enderece al honor de Dios y a la piedad, sin que la facundia del lenguaje sea grave o molesta a los oyentes. Goza de tanta autoridad, que se le entregan, para su formación espiritual, muchos religiosos, muchos obispos, muchos doctores, entre ellos el mismo Cocleo, los cuales dicen que no podrán nunca agradecer dignamente la instrucción de él recibida. Muchos sacerdotes y eclesiásticos de cualquier grado despidieron sus concubinas o se apartaron del mundo para recogerse a mejor vida bajo el impulso y con la colaboración de ese director. Por lo que a mí toca, apenas puedo decir cómo transformó mi espíritu y mis sentimientos con aquellos *Ejercicios espirituales* y alumbró mi mente con nuevos rayos de la gracia celeste y sentí que mi ser se robustecía con el caudal de la divina misericordia que redundaba en mi cuerpo y me convertía en otro hombre».

El que así habla es el que pronto será aclamado como el mayor capitán de las huestes católicas en Germania. De ahí la trascendencia de esta conquista hecha por Fabro para la recatolización de Alemania.

Canisio, jesuita y teólogo de Trento

Desde el 8 de mayo de 1543, día en que cumplió Canisio 22 años, podía llamarse hijo de S. Ignacio, pues ese día pronunció en Maguncia delante de Fabro los votos religiosos, con ciertas particularidades que pueden verse en la fórmula que trae Braunsberger. Vuelto a Colonia, visitó al Prior de la Cartuja, G. Kalkbrenner, para darle a conocer las impresiones recibidas con el trato de Fabro. Un viaje rápido hizo a Nimega en diciembre de 1544 para asistir a su padre moribundo y prepararlo para presentarse ante Dios. Y al regresar a Colonia pudo ayudar económicamente al pequeño grupo de jóvenes jesuitas que estudiaban en la Universidad.

En aquella ciudad de tan católico historial seguía su arzobispo y Príncipe Elector, Hermann von Wied, tratando de lanzar a su grey por los precipicios de la herejía. Canisio, como portavoz del clero y del pueblo católico, sublevados contra su pastor, se opuso enérgicamente a los planes de aquel prelado tan ignorante como mal cristiano. Lo mismo hizo delante del Emperador, cuando éste en agosto de 1545 pasó por Colonia. Depuesto el príncipe-obispo en abril de 1546 por el Pontífice Pablo III, tuvo que renunciar al arzobispado en 1547, con lo que la crisis religiosa de Colonia quedó resuelta.

Hallándose Pedro Canisio en Ulm en la primavera de 1547, tuvo ocasión de hablar con el obispo de Augsburgo y cardenal O. Truchsess, quien apenas lo vio, se enamoró de sus brillantes cualidades de ciencia virtud y elocuencia, y le manifestó el deseo de mandarlo al concilio de Trento, como su representante junto con el P. Jayo. No puso dificultades y se preparó a la ecuménica asamblea, recibiendo la ordenación sacerdotal. Aquel mismo año moría Lutero. Pocos días después de la apertura del concilio se presentó Jayo; el 16 de mayo de 1546 entraban en la ciudad conciliar los dos ilustres teólogos Laínez y Salmerón; y el 3 de marzo de 1547 se les agregaba el cuarto jesuita, Pedro Canisio, con recomendaciones de Otto Truchsess. La labor que se realizaba en el concilio, el orden que se llevaba en las congregaciones de los teólogos, y particularmente los méritos de Laínez y Salmerón, todo lo refería Jayo a Ignacio el 30 de enero de 1547.

El secretario del Concilio, Ángel Massarelli, menciona en su *Diario* varias veces a Canisio, v. gr. el 23 de abril de 1547: «A la hora 20 *(cómputo italiano: a partir del tramonto del sol o media hora después)* tuvo lugar la congregación de los teólogos... Hablaron cinco, a saber,

Pedro Canisio de la Compañía de Jesús, alemán... don Diego Laínes;...» etc. En la congregación del 6 de mayo no hace más que nombrarlo: «don Petrus Canisius».

Conocido es el traslado de la mayor parte de los Padres tridentinos, con los Legados pontificios, a la ciudad de Bolonia, después de la octava sesión solemne. Se celebraron en la nueva sede algunas congregaciones, hasta que, vistas las dificultades que ponía el Emperador, ordenó su Santidad Pablo III, el 3 de febrero de 1548, que se suspendiera en Bolonia toda actividad conciliar.

Discípulo de Ignacio en Roma

No esperó tanto S. Ignacio para llamar a Pedro Canisio. Estaba bien informado de sus cualidades y de su espíritu. Quería tenerlo en Roma. Probarlo a su lado, plasmarlo ignacianamente y darle a conocer plenamente el espíritu de la Compañía de Jesús, haciendo de él un dechado de futuros apóstoles.

Canisio, que había admirado la sabiduría de Laínez en Trento, marchó con él hasta Florencia a mediados de junio. Allí permaneció, no sabemos por qué, más de dos meses, y dejando al *perdoctum et exquisitum theologum egregie concionantem* en las hermosas y cálidas ciudades italianas, partió en setiembre hacia Roma, donde Ignacio de Loyola lo esperaba con los brazos abiertos.

Aunque ya era jesuita, no había pasado por todas las pruebas que se requieren en el noviciado. Las tenía que practicar ahora en la casa generalicia bajo el magisterio del Fundador de la Compañía. La prueba más importante y la que más solía influir en la formación espiritual era la práctica de los *Ejercicios espirituales* (tres o cuatro semanas en oración, silencio, apartamiento total del mundo, meditaciones ordenadas, examen de conciencia, conocimiento de sí mismo, siguiendo las sabias instrucciones y los consejos de un experto director, que en nuestro caso no era otro que el propio Ignacio de Loyola). Allí aprendía a vivir con Dios, a orar en todo momento, a luchar por el perfecto dominio de las aficiones desordenadas, por la purificación de los instintos y deseos *(Vince te ipsum)* y allí se ejercitaba diariamente en la obediencia y en la abnegación de su propia voluntad.

Otra prueba era la de los hospitales y servicio de los enfermos. De la mañana a la noche debía estar el novicio continuamente en pie, atendiendo

a los pacientes en sus lechos, arreglándoles las camas, portando los difuntos al cementerio. La humildad de los novicios se ejercitaba ayudando al cocinero en sus faenas, limpiando pucheros y marmitas, lavando el suelo y desempeñando los oficios más humildes. Compañero de Canisio era un flamenco, a quien ya conocemos, llamado Cornelio Wishaven, devotísimo hasta el exceso, que había entrado en la Compañía siendo ya sacerdote con fama de excelente confesor y director espiritual. Sucedió a S. Ignacio en su cargo de maestro de novicios.

Sentíase Canisio tan feliz en tan bajas ocupaciones, que se olvidaba de Alemania y del resto del mundo. Y hubiera deseado igual felicidad para todos sus amigos.

Al venir a Italia, había dejado en Colonia al canónigo de Zutphen, Andrés Sydereo, vacilante en seguir la llamada de Dios a la Compañía, en la que finalmente entró. Véase cómo el 20 de noviembre de 1547 Canisio exhorta a su amigo desde Roma:

> «Carísimo hermano Andrés...: Ojalá pudiera yo explicarte con la pluma mi felicidad... Créeme que, después de haber visto en el Concilio tantos y tan ilustres varones; después de haber conocido familiarísimamente a Padres insignes de nuestro Instituto; después de haber examinado las costumbres admirables de los hombres en diversas regiones, ahora por fin me lleno de gozo estando en compañía de tan selectos hermanos y del más digno de todos, nuestro Padre General, viviendo y conviviendo con ellos en íntima unión día tras día... Aquí me veo yo en la academia de la sabiduría, en el taller de la humildad, en la escuela tan rica como espléndida de la obediencia y de todas las virtudes, y aquí deseo siempre ejercitarme, aunque ningún vínculo o derecho de obediencia me obligase... Deseaba yo que... puesto que ya te ofreciste íntegramente a esta nueva milicia de Jesucristo, a quien te habías consagrado, ahora desembarazado de todo te adhirieses a nosotros. Comunicado el asunto con nuestro piadosísimo y sapientísimo Prepósito, cuya benevolencia para contigo aumenta cada día, creo haber hallado un remedio y es que... poniendo en las manos de Dios todas tus preocupaciones... te dirijas a Roma, para ejercitarte con nosotros en el Señor en todo lo concerniente a la humildad y obediencia apostólica. Y que eso le parecerá grato y aconsejable a nuestro Maestro y Padre Ignacio, yo te lo puedo asegurar firmemente y sin ambigüedad alguna. De que acabarás a su tiempo tus estudios no tengas duda, porque nuestro Prepósito y Reverendo Padre en Cristo hará que los lleves adelante, puesto que no descuida nada de lo que concierne a la suprema gloria de Dios y mayor provecho de los suyos... Con el santo amor de Jesucristo crucificado nada te parecerá duro o

molesto en esta vida».

Ya se ve cómo el espíritu de Ignacio se iba compenetrando con el de Canisio.

Los fundadores del Colegio de Mesina

Debió de ser a principios de 1548 cuando le llegó a Ignacio en Roma una carta del Virrey de Sicilia, suplicándole que mandase a Mesina, con objeto de fundar allí un buen Colegio, cuatro profesores que enseñasen la teología y las Artes y otros cinco que se ocupasen en ministerios espirituales. Ignacio, que no deseaba otra cosa, pues la idea de un Colegio para jóvenes extraños a la Compañía le rondaba la cabeza desde fines de 1545 o comienzos de 1546, se puso inmediatamente a escoger el grupo de jesuitas que debía partir para Mesina. Tan acertadamente los escogió que Polanco le escribía a Doménech: «Se ha cortado del mejor paño que había». Y no se contentó con mandar nueve; mandó diez.

Pocos asuntos tomó Ignacio con tanta gravedad y circunspección como éste. Hizo que se reuniera toda la Comunidad de Santa María de la Estrada (unos 36 religiosos) el día 2 de febrero de 1548; explicó las razones que le movían a conceder la fundación del Colegio de Mesina, y propuso a los presentes estas interrogaciones: 1) ¿Estáis igualmente prontos para ir o no ir a Sicilia? 2) Si en efecto vais, ¿os halláis dispuestos a aceptar cualquier oficio, alto o bajo, que os señale? 3) El que va como escolar ¿está dispuesto a estudiar en cualquier Facultad, como Gramática o Filosofía o Teología? 4) ¿Están todos dispuestos a aceptar lo que le manden, como lo mejor para él, sometiendo al yugo de la obediencia incluso el propio juicio y la voluntad, contentándose y consolándose con lo que el Superior juzgue más conveniente para él?

Cada uno debía hacerse esas preguntas a sí mismo y no dar la respuesta por escrito hasta pasados tres o cinco días.

Se conserva la respuesta escrita de Canisio, que es de una indiferencia absoluta y heroica. Declara que está indiferente para permanecer perpetuamente en esta casa, o marchar a Sicilia, a la India, a cualquier otra parte. Si voy a Sicilia aceptaré con igual disposición de ánimo cualquier oficio o ministerio, aunque sea cocinero, hortelano, portero, oyente o profesor de cualquier disciplina, por desconocida que me sea. Y desde hoy hago voto de no preocuparme en adelante de cuanto

concierne a mi habitación, misión, o comodidad mía, dejando todo mi cuidado y solicitud a mi Padre en Cristo, el reverendo Prepósito general.

Conocido perfectamente el espíritu y disponibilidad de sus súbditos, Ignacio trazó una lista de diez sujetos: cuatro sacerdotes (Jerónimo Nadal, Andrés Frusio, Pedro Canisio, Cornelio Wishaven) y seis todavía estudiantes (Benedicto Palmio, Aníbal du Coudret, Isidoro Bellini, Rafael Riera, Martín Mare y Juan V. Passarini), de diversas nacionalidades, italianos, españoles, franceses, flamencos. Del P. Tacchi Venturi son estas palabras: «La información que Ignacio entregó a Doménech es un documento que irradia deslumbradora luz sobre la perspicacia prudencial del Santo y su seguro juicio en torno a los hombres por él formados a la vida apostólica».

Audiencia papal

Antes de partir para Sicilia, los diez elegidos pidieron al Papa una audiencia, que les fue concedida bondadosamente por el anciano y venerando Pontífice, el 17 de marzo de 1548. El sagaz y prudente Pablo III, profundo admirador de Ignacio, los miró como un nuevo don que Loyola —allí presente con los diez que iban a Mesina— había forjado reciamente para servir al representante de Cristo y a la Iglesia universal. Tras un breve, pero afectuoso saludo, el joven sacerdote Pedro Canisio, que sentía una conmoción nunca experimentada hasta entonces, se adelantó en nombre de todos para manifestar al Vicario de Cristo el objeto de su venida y darle gracias por el amor con que los había recibido. Fue un discursito latino, sobrio y elegante, como sabía componerlos aquel futuro profesor de retórica.

«Todos teníamos —escribió más tarde el mismo Canisio— un inmenso deseo de besar los pies del Beatísimo Padre y de recibir su bendición apostólica». Su hondo agradecimiento creció infinitamente cuando Pablo III, de quien no se esperaba un discurso en aquellas circunstancias, rompiendo el protocolo, se puso a hablarles como un Padre. Fue una plática ardorosa *(«inopinata et inusitata»)* de exhortación al amor a la Iglesia y a la defensa de la misma contra los herejes, una plática de media hora que empezó con estas palabras de paterno amor: «Gratísimo es para Nos el veros aquí, hijos carísimos. De todo corazón amamos a vuestra Compañía, porque conocemos su virtud y sus grandes obras que tanto fruto espiritual ha producido en todos los países». Seguid vosotros —continuó— el mismo camino, y no solamente debéis ayudar con la santidad de la vida

a las tierras adonde vais ahora, sino atended con obras y oraciones a la Iglesia universal. Especialmente os encomendarnos que con todas las fuerzas luchéis contra la impía cizaña de los luteranos. «Ayudad vosotros también, hijos, a la santa Iglesia de Cristo». Al fin recibieron la bendición apostólica y besaron, según costumbre, el pie del Santo Padre antes de retirarse.

Al día siguiente, 18 de marzo de 1548, aquellos diez misioneros —que como tales se consideraban al ser destinados a la educación de la juventud— dejaron la ciudad de Roma montados a caballo, rumbo a Nápoles. De allí en barco a Mesina, adonde llegaron el 8 de abril.

Apostolado de la enseñanza

Marchaban todos con espíritu de misioneros y de exploradores, porque tenían conciencia de que iban a enseñar la sabiduría divina y humana a los jóvenes laicos, misión no usada normalmente hasta entonces en los Colegios de la Compañía; entraban, pues, como exploradores de un mundo nuevo para ellos, el de las conciencias y de las inteligencias de una juventud casi abandonada; y tenían la persuasión de que ensanchaban así los horizontes culturales de la Orden de S. Ignacio, añadiendo a los ministerios acostumbrados, a la predicación sagrada, a los *Ejercicios espirituales,* a las misiones entre infieles y a la obras de caridad y de beneficencia con los pobres y enfermos, la apostólica tarea de la educación cristiana de la juventud, medio eficacísimo para la transformación de la sociedad.

Antes que los diez desembarcasen en Sicilia, una carta de Ignacio de Loyola a Jerónimo Doménech, cuya autoridad en la isla era entonces decisiva, podemos pensar que había llegado a manos de su destinatario. Estaba fechada el 18 de marzo de 1548, y en ella suministraba los datos que un buen superior necesitaba sobre las cualidades intelectuales y morales de aquellos que iban a determinar el nivel científico y literario del nuevo Colegio.

Escribía S. Ignacio por medio de su Secretario:

> «De la suficiencia dellos yo diré lo que se siente acá, donde hay experiencia dello, porque se ha hecho que cada uno lea en la Facultad que ha estudiado... Primeramente, el *Maestro Nadal,* que va por lector de Teología scholástica, es docto en ella, y en la Scritura, y en la (teología) positiva..., docto en matemática..., Docto en Artes y en letras de Humanidad... —

Maestro Andrés (Frusio) docto en Artes y Teología scholástica y en la Scriptura, tiene eminencia en las lenguas latina y griega, y también sabe la hebrea. Y aunque es retórico, tiene especial don de Dios en verso...

—*Maestro Pedro Canisio,* aunque ha oído el curso de Artes y algo de Teología scholástica, más versado es en la Scritura, la cual ha leído con mucha gracia en Colonia, y tiene eminencia en la lengua latina, prompta y elegante. Y si acaba de tomar la lengua italiana, predicará con más gracia que los de arriba». (Siguen brevísimas palabras sobre *Cornelio Wishaven e Isidoro Bellini). —«Benedicto Palmio* tiene buenas letras de Humanidad, latinas y algunas griegas, y de retórica... —*Aníbal de Coudreto* es razonablemente docto, como sabe, en letras de Humanidad... Tiene gentil juicio y es hábil para todas letras» (Añade los nombres de *Rafael Riera, Martín Mare* y *Joan Battista Bressano).* Y concluye: «Son todos almas escogidas, y de grandes dones de Dios, y muy mortificados y experimentados».

Con tan espléndido equipo de profesores bien se podía augurar un brillantísimo florecer de las letras y de las lenguas clásicas más que de la Teología escolástica, aunque Jerónimo Nadal, que la enseñaba, no era una inteligencia mediocre, ni un espíritu de corto vuelo. Al contrario, en muchas cosas tenía un pensamiento original e innovador y acaso nadie comprendió mejor que él la mentalidad ignaciana.

La primera exhibición de los profesores fue el 10 de abril de 1548. Asistió el Virrey en medio de una lúcida corona de gentiles hombres. Nadal disertó en latín sobre los misterios de la teología; Frusio ponderó la necesidad de las lenguas, griega, latina y hebraica; Canisio exaltó ciceronianamente las glorias de la elocuencia; Isidoro Bellini discurrió sobre diversos sistemas filosóficos; y por fin B. Palmio sobre la utilidad y la dignidad de las letras humanas. Hasta el 25 del mismo mes no se tuvo la solemne inauguración de los estudios; y sólo al día siguiente, 26, principiaron en el palacio arzobispal las lecciones de teología escolástica (a cargo de Nadal), dialéctica (Bellini), lengua griega (Frusio), retórica (Canisio), humanidad y gramática (Palmio).

Nadal reveló en la organización del Colegio y selección de los libros de texto elevación intelectual y agudeza crítica.

De Mesina hacia Alemania

El laboreo tenaz, fuerte y espléndido, realizado por los profesores recién llegados de Roma, tendremos ocasión de describirlo en el capítulo

siguiente. No sospechaba el mejor, o uno de los mejores profesores, Pedro Canisio, que antes de dos años sería él reclamado por la voz de Ignacio, que era la voz del Papa. Canisio, que tenía fama de buen ciceroniano, explicaba en el Colegio de Mesina la *Rhetorica ad Herennium* con gran aceptación. Ahora tenía que dirigirse a la Universidad de Ingolstadt para ocupar una cátedra de Teología.

Precisamente porque los príncipes católicos alemanes de aquel tiempo se dieron cuenta de que no había modo de represar el avance de los Novadores, más eficaz que la multiplicación de los Colegios jesuíticos, como el de Mesina, se dieron prisa en suplicar a Ignacio de Loyola les enviase maestros que educasen a la juventud en letras y costumbres.

Fue Guillermo IV Duque de Baviera, de la dinastía Wittelsbach, acérrimo defensor de la fe católica, amigo y protector de los jesuitas desde que los conoció, quien asustado de los progresos que hacía el protestantismo, y viendo que en la misma católica Baviera empezaba a reinar la corrupción moral, se amortiguaba la religiosidad, el clero menguaba de día en día y olvidaba sus deberes, el pueblo yacía en la ignorancia religiosa, y a veces caía en la impiedad y el desenfreno, los conventos y monasterios se despoblaban, Roma y la Iglesia se desprestigiaban a los ojos de los nobles y de los letrados, sin que nadie se alzase a predicar intrépidamente la verdad y disipar los errores, buscó auténticos predicadores y maestros en las Universidades de mejor reputación católica, como Colonia, Lovaina, París. Todo en vano. Pensó para dar mayor realce y prestigio a su Universidad de Ingolstadt, en lo que el P. Claudio Jayo le había contado de la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola y se dirigió al Sumo Pontífice Pablo III pidiéndole tres teólogos de la Compañía para la Facultad teológica de Ingolstadt. El Papa transmitió la petición a Ignacio, el cual deseando mandar tres buenas lanzas y habiendo consultado a los entendidos, eligió a Claudio Jayo (pedido *nominatim* por el Duque), a Alfonso Salmerón y a Pedro Canisio.

Este, que se hallaba en Mesina, fue llamado a Roma y acudió puntualmente con no leve pesadumbre de Nadal. No sabía Canisio, cuando a fines de junio de 1549 entraba en la Ciudad Eterna, que por la voz de Ignacio la voz de Dios lo reclamaba para hacerle «Apóstol de la Alemania moderna» frente a los luteranos, como había sido S. Bonifacio el «Apóstol de la Germania antigua» frente a los paganos del siglo séptimo y octavo.

Y lo que menos sospechaba era que en Roma, sobre la tumba de San Pedro, el Corazón mismo de Jesús le iba a confirmar ese título honorífico y

comprometedor. Antes de partir hacia el Norte, acompañado de otros jesuitas que salían de Roma, quiso implorar la bendición del Papa. Era el 2 de setiembre de 1549. La audiencia pontificia tuvo lugar en el Castillo de Sant'Angelo, monumento dedicado al ángel San Miguel, patrono del Sacro Romano Imperio y del pueblo alemán.

Canisio, como el mejor dotado de cualidades oratorias, habló en nombre de todos, pidiendo la bendición, que fue recibida de rodillas.

Dones místicos de Canisio

Y ahora dejemos la palabra al interesado, que consignó sus sentimientos en lo que se ha llamado *Diario espiritual,* y que Braunsberger recoge bajo el título de *Testamentum sacrum:*

> «Terminada la audiencia (del 2 de setiembre), mientras los otros hermanos se fueron a saludar a los Cardenales, plugo a tu inmensa Bondad, oh Padre santo y Pontífice eterno, que yo encomendase vivamente los efectos y la confirmación de aquella bendición papal a tus apóstoles que se veneran en el Vaticano y que obran maravillas con tu favor. Sentí entonces gran consolación y la presencia de tu gracia, que se me ofrecía dulcemente con tales intercesores. También ellos me bendecían, ratificaban mi misión en Alemania, y parecía que me prometían su benévola asistencia a mí, como apóstol de Alemania. Bien sabéis, Señor, con cuánto afán y cuántas veces me recomendasteis aquel día al pueblo alemán. A ese pueblo me entregaría yo totalmente, como lo hizo el P. Fabro, y por él deseaba vivir o morir. De este modo debía cooperar con el Ángel de Alemania. Ocultando a mis ojos en aquel momento el inmenso cúmulo de mis indignidades, me mostraste claramente que en Ti y por Ti se hacen todas las obras».

Dos días más tarde el nuevo apóstol de Alemania hizo la solemne profesión religiosa, según lo ordena S. Ignacio, y tuvo la suerte de hacerla ante el mismo Fundador de la Compañía en la iglesia de Nuestra Señora de la Strada, pronunciando con íntimo fervor los votos de pobreza, castidad y obediencia, y de especial obediencia al Soberano Pontífice.

A fin de prepararse a este acto de la profesión, tan definitivo para él, acudió primero a la basílica de San Pedro en el Vaticano y arrodillándose sobre la tumba del Príncipe de los apóstoles, le dedicó la profesión religiosa que aquella misma mañana (del 4 de setiembre) pronunciaría ante la Virgen de la Estrada. Volvamos a oír su voz temblorosa de emoción, pues

hemos llegado a la cumbre mística más alta que conocemos del Santo. Nos dice en su *Testamento* o diario espiritual:

«Arrodillado ante el altar de los apóstoles Pedro y Pablo, comprendí la nueva merced que me hacías, de destinar, para el que iba a hacer la profesión, un Ángel que me instruyese y ayudase en el sublime estado de vida propia de los profesos. Tomándolo, pues, como compañero, me acerqué al altar donde estaba el sacramento de tu Santísimo Cuerpo, y allí en la misma basílica aprendía el oficio de ángel nuevo. Yacía postrada en el suelo mi alma deforme, inmunda, perezosa, inficionada de muchos vicios y pasiones. Entonces el santo Ángel, volviéndose al trono de su Majestad, mostraba y numeraba la grandeza y muchedumbre de mis indignidades y vilezas, para que yo viese con claridad cuan indignamente me acercaba a la profesión, y me parecía alegar la dificultad de gobernarme y guiarme en camino tan arduo y de tanta perfección.

Entonces Tú, como abriéndome el corazón de tu santísimo cuerpo, que me parecía mirarlo de cerca, me mandaste beber de aquel manantial, invitándome a sacar de tus fuentes, Salvador mío, las aguas de mi salvación. Lo que yo más vivamente deseaba era, que los raudales de fe, esperanza y caridad se derramasen sobre mí; porque tenía sed de pobreza, de castidad, de obediencia; y te suplicaba que Tú mismo me lavaras por completo y me pusieses la vestidura y los adornos. Por eso una vez que tuve la audacia de aplicar mis labios a tu Corazón dulcísimo y aplacar en él mi sed, me prometiste para cubrir mi alma desnuda, una vestidura tejida de tres partes, todas ellas referentes a mi Profesión, a saber, Paz, Amor y Perseverancia. Protegido con este ropaje, confiaba que nada me faltaría, y que todo redundaría en gloria tuya.

Al empezar la Misa, que en presencia de los Hermanos celebraba tu hijo Ignacio, nuestro reverendo Padre y Primer Prepósito de nuestra Compañía, me descubriste nuevamente la fealdad lastimosa de mi alma, cuya sola vista bastaba para concebir horror y desesperación. Pero al tiempo de la elevación, oh Padre de las misericordias, me consolaste, alentaste mi esperanza y me hiciste cobrar ánimos, me prometiste las mayores cosas, me perdonaste todos los pecados, y dulcemente me invitaste a ser en adelante "nueva criatura" y a dar comienzo desde entonces a mi nueva vida religiosa. También tu gloriosa Madre bendecía estos auspicios por medio de aquel Ángel, que por vez primera se me había asociado junto al altar de los Santos Pedro y Pablo. Me aconsejaba el Ángel que me acostumbrase a cederle a él la derecha teniéndole en todas partes no menor respeto del que se tiene a la persona más honorable. Y en efecto, eso servía para avivar el recuerdo de la presencia angélica, cuya contemplación es maravillosamente provechosa...

En el momento de la Profesión religiosa acrecentaste en mí la fe y la confianza, sin poder ya dudar de que llevaría a cabo la misión recibida en tu nombre... A pocos ha tocado esta santa gracia de poder profesar esta vida verdaderamente apostólica, que es, oh Señor Jesús, tu Compañía, y hacerlo en vida del Padre Ignacio, en la ciudad de Roma y en la primera casa de tan santa Congregación. Y no fue exigua la fortaleza que sentí después de la Profesión; mi esperanza era más firme, la paz más plena, la circunspección más atenta, y más libre la facultad y gracia para amonestar. Todo cuanto esto significa beneficio, todo es tuyo, Señor».

Canisio, Doctor entre los alemanes

Entre tanto, llegó la hora de Alemania. Era un país desgarrado por cismas y guerras que esperaba la aparición de su Apóstol. Y éste sería Pedro Canisio, venido de Roma. Ya hemos dicho cómo el Duque Guillermo IV de Baviera alcanzó del Papa y del Fundador de la Compañía tres excelentes profesores de teología para su decadente Universidad de Ingolstadt. Ignacio escogió tres de los mejores que estaban a su disposición: Claudio Jayo, Alfonso Salmerón y Pedro Canisio. Aunque todos tres muy expertos en la enseñanza de la teología, carecían del título de doctores, por lo cual Ignacio, deseando presentarlos al Duque y a sus teólogos universitarios con el mayor prestigio posible, les mandó que acudiesen inmediatamente a Bolonia en cuya Universidad, celebérrima en Alemania, se sometiesen a todos los actos académicos que allí se requerían para el título de Doctor.

Dice Canisio en el *Testamentum* que antes del Doctorado, pensando en las respuestas que daría en el examen, tuvo miedo *ob severitatem futuri examinis,* pero venció ese temor abrazándose generosamente con la humillación que le podía venir. De hecho, en el examen experimentó gran consolación espiritual y el resultado fue un éxito. Eso aconteció el día 2 de octubre. Formaban el tribunal tres maestros de la Orden de Predicadores, el principal de los cuales era Ambrosio Catarino, gran controversista, distinguido teólogo de Trento y tomista de la estricta observancia. Dos días más tarde, 4 de octubre 1549, el cardenal Juan María del Monte, legado *a latere* del Papa en toda la Romagna, que al cabo de pocos meses sucedería en la cátedra de S. Pedro a Pablo III, expidió las *Litterae patentes de gradu doctoris,* ensalzando los grandes méritos de cada uno en su carrera científica y literaria, «por lo cual y por haberse sometido al *arduo, rigroso ac tremendo examini...* por la autoridad apostólica que se nos ha

concedido... te constituimos doctor y maestro en sagrada teología con potestad de ascender a la cátedra magisterial, de regir y leer y de ejercer los demás actos *doctóreos* y magistrales aquí y en todas las partes de la tierra... Dado en Bolonia el 4 de octubre de 1549».

Tres días después los tres doctores partieron de Bolonia y pasando por Trento, donde los obispos españoles que allí continuaban, obedeciendo al Emperador, los acogieron con muestras de alegría; de Trento pasaron a Dillingen, donde el piadoso cardenal de Augsburgo Otto Truchsess, al ver a sus queridos jesuitas, lloraba de júbilo abrazándolos. El 12 de noviembre descabalgaron en Munich para saludar al Duque de Baviera Guillermo IV, que los había llamado, y a su canciller Leonardo von Eck, árbitro de la política bávara con sentido católico. En uno y otro hallaron el recibimiento más cordial y bondadoso. Al día siguiente, 13 de noviembre, entraban en Ingolstadt, término del viaje.

El acogimiento no pudo ser más halagüeño. Todos los doctores de la Universidad fueron a darles cariñosa bienvenida. Canisio respondió con un discursito improvisado en latín exquisito. Pero muy pronto pudieron los recién venidos contemplar el lamentable estado de la Universidad, muy decaída después de la muerte del gran teólogo controversista Juan Eck († 1543), con escasos profesores y escasísimos alumnos.

Al día siguiente de llegar, les dieron buena estancia en el edificio de la Universidad. Canisio comenzó las lecciones sobre los sacramentos el 26 de noviembre, según el texto de Pedro Lombardo en el libro IV de las *Sentencias*. El P. Jayo tomó sobre sí la interpretación del Salterio, y Salmerón la Epístola a los Romanos. Recuérdese que todos tres serán teólogos del concilio de Trento.

Un aire más puro se empezó a respirar en las aulas de Ingolstadt con sorpresa y admiración de estudiantes y maestros. Los que más se regocijaban con la enseñanza de los nuevos profesores eran el Duque Guillermo IV y su consejero Leonardo von Eck (no confundirlo con el teólogo).

Pocos días después, en un pliego estampado, que se fijó en las puertas de la Universidad, proclamaba el consejero y canciller del Duque:

«Cuánta alegría hayamos recibido poco ha con la venida de los tres teólogos, Claudio Jayo, Alfonso Salmerón y Pedro Canisio, es difícil de expresar; cuya presencia, lejos de aminorar la fama que sus nombres excitaron, más bien la acrecienta».

La juventud de Canisio daba mayor realce a su virtud y a su elocuencia, por lo que no es de maravillar que en aquella decadente

Universidad resplandeciera más su figura. El 18 de octubre de 1550 lo nombraron Rector, cargo que duraba seis meses, tiempo demasiado breve para aplicar los remedios necesarios a los frecuentes abusos. A fin de no incurrir en desgracia de sus oyentes, hacía lo posible por no contrariar sus gustos y aficiones. El concepto lamentable que se formó de aquella Universidad, lo describe en carta del 24 de octubre de 1550.

Ingolstadt sigue en decadencia

> «En lo tocante a nuestras lecciones (dice) hay que guardarse de no citar mucho a los doctores escolásticos, ni usar alegorías, si es que queremos entretener a estos oyentes, pues por muchos halagos que les hagamos evitando las excesivas sutilezas o siendo en algún punto negligentes, comienzan a disminuir en clase. Quiera Dios que sean cuatro o cinco entre todos de los cuales podamos esperar fruto de las lecciones... Aquí se tiene por regla general, que los escolares del estudio Ingolstadiense, aunque sean pocos, no se fatiguen mucho por las letras y menos por la Sagrada Escritura... Hablando con claridad, diré que habiendo aquí una concurrencia de escolares alemanes, principalmente juristas, pertenecientes a diversas regiones germánicas, es imposible que no tengan varias opiniones y errores en la santa fe. Con esto los principales de la Universidad o no pueden o no quieren contrariarles, viendo que ya toda la Universidad no está en sus manos, como bajo el gobierno del Duque *(Guillermo)* y del doctor Eck, especial gobernador de dicho estudio... En la Dominica *Laetare* (16 de marzo) ha parecido a los parroquianos y a los reverendos Padres que predicase yo en alemán en la iglesia principal. Gracias sean dadas a la Suma Bondad por el buen suceso, porque en opinión de todos me han entendido bien esta primera vez, y querrían que tornase y continuase en la empresa comenzada».

Acerca de la lengua usada por Canisio diremos que los tres idiomas bien conocidos por él eran el latín, el holandés y el italiano; pero al querer darse a la predicación en Alemania, especialmente entre la gente popular e inculta, le era absolutamente necesario el alemán, idioma que él todavía no dominaba perfectamente, a pesar de su facilidad para las lenguas y de las semejanzas existentes entre el alemán y el holandés. Su celo apostólico le movía a escribir el 2 de noviembre de 1550 a S. Ignacio: «Quiera Dios que pueda antes de un año aprender la lengua tudesca, para predicar su santa palabra y fructificar en el pueblo... Para lo cual el P. Nicolás *(Goudanus)* y yo hemos determinado empezar estudiando bien la lengua en casa..., sin

dejar las lecciones ordinarias y los sermones latinos, y ejercitarnos en la lengua griega, muy necesaria en estos países»[182].

Con la muerte del Duque Guillermo y de su consejero Eck en 1550, las dos columnas más fuertes de la Universidad, ésta retembló como un edificio a medio construir. Canisio y los jesuitas que con él estaban, temieron —y no sin causa— que el Colegio de la Compañía prometido por Guillermo IV para refuerzo de la Universidad, se desvanecería en el aire.

Aprovechando aquellas críticas circunstancias, el obispo de Verona, Luis Lipomano, suplicó al Romano Pontífice que permitiera al P. Salmerón regresar a Verona, donde había estado antes. El 24 de setiembre de 1550, con permiso de Roma, entraba en aquella ciudad. De un modo análogo se portó el cardenal O. Truchsess de Augsburgo, reclamando al P. Jayo. Dolorosa fue la partida de ambos eximios profesores, pero celebrada, como era costumbre en Alemania, con un *«non vulgare convivium»,* símbolo de firme amistad.

Para sustituir a Salmerón llegó el P. N. Coudano, acompañado de Pedro Schorich *(Boius).* Pronto sonaría también para Canisio la hora de partir. El Rey de Romanos, D. Fernando rey de Hungría y de Bohemia, hermano de Carlos V, se había encariñado con Jayo, para quien hubiera obtenido del Papa la dignidad de obispo de Trieste si Ignacio no se hubiera opuesto tenazmente apoyado en las *Constituciones de la Compañía.* Consiguió el rey Fernando por lo menos tenerlo a su lado el último año de la vida de Jayo († 6 agosto 1552). Jayo amaba mucho la teología y anhelaba restaurar su estudio en la Universidad de Viena. Sobre el modo de hacerlo, le escribió una hermosa carta S. Ignacio el 8 de agosto de 1551.

Cuando murió el 6 de agosto de 1552, supo Ignacio contentar al monarca enviándole dos teólogos: Pedro Canisio y Nicolás Goudanus *(de Gouda).* El primero, que entonces empezaba a ser el apóstol de Alemania, había ya merecido el título de «ornamento de la Universidad de Ingolstadt» por sus lecciones tan doctas como brillantes, y atractivas por su método más positivo que escolástico; era venerado por todos como insigne predicador, celoso catequista y misionero infatigable, movido siempre por su celo ardentísimo de la salvación de las almas.

[182] El canónigo Erasmo Wolf puso en su Colegio Georgiano un púlpito, donde el predicador P. Canisio tendría sus sermones en latín los días festivos (BRAUNSBERGER, I, 340). Un año más tarde declaraba Canisio que había superado las dificultades de la lengua alemana y predicaba fácilmente en ella: «Progredior ego in contionando, et superavi utcumque difficultates linguae germanicae» (BRAUNSBERGER, I, 389).

Nicolás Goudanus, buen predicador y teólogo, sin la brillantez y el ardor de Canisio, a quien acompañará en la Dieta de Worms de 1557, desempeñó cargos de confianza de la Santa Sede, como la legación a Escocia en 1562, que tenía por fin alentar a los católicos, tiranizados por el predicador calvinista John Knox, animar a la reina María Stuart, y aconsejarle mandar obispos escoceses al Concilio de Trento.

Canisio en Viena. Sus catecismos

¿Cómo se arregló S. Ignacio para arrebatarle a la Universidad de Ingolstadt estos dos profesores, sin disgusto ni protesta del duque Alberto? Pidiéndoselos directamente al Papa con una condición: Ignacio los devolvería a Ingolstadt apenas el Duque construyese el Colegio que había prometido a los jesuitas.

Esta promesa fue cumplida en 1556 tan espléndidamente como pocas veces, ya que Ignacio en carta dirigida al Duque con fecha 9 de junio, traza la lista de 18 jesuitas (de casi todas las naciones) con los nombres de todos ellos con sus patrias, sus especialidades y dotes para la enseñanza y el estudio. El 7 de julio se hallaban en Ingolstadt, dispuestos a enseñar Teología, Filosofía, Humanidades, griego, latín y aun hebreo *(si opus fuerit)*. Con tal infusión de sangre joven la Universidad podía iniciar nueva vida.

También la Universidad de Viena, con mayores recursos y mejores perspectivas, recibía con ansia los refuerzos que le mandaba Ignacio de Loyola.

En la carta que éste escribía al rey Don Fernando en abril de 1551 alababa la solicitud del monarca por restaurar la religión allí donde ha sido derribada y sostenerla donde se bambolea; sobre todo le aconseja cuidar de la Universidad de Viena:

> «Entre los demás remedios que han de emplearse contra el morbo largamente difundido en Alemania, procúrese que haya en las Universidades quienes con el ejemplo de vida religiosa y la integridad de la doctrina católica puedan ayudar a los demás y levantarlos a mejor estado... Ojalá pueda efectuarse esto, al menos parcialmente, con el favor y la clemencia de Dios, por medio del Colegio que Vuestra Majestad nos promete erigir en Viena... Dos teólogos (Canisio y Goudano) y algunos escolares, que con sus letras y ejemplo de vida puedan ayudar a esa obra, los enviaremos a Viena en la primera ocasión, cosa que al embajador de Vuestra Majestad (Diego Laso de

la Vega) ha parecido bien».

El 9 de marzo de 1552 pudieron por fin los dos teólogos nombrados presentarse en Viena, tras un viaje molestísimo de cuatro días de grandes molestias y fríos en un miserable navío incómodo y lento por el Danubio.

Muy cordialmente fueron acogidos en Viena por el Rey D. Fernando. Sin tiempo que perder subió Canisio a la cátedra universitaria. Se propuso explicar, además del Nuevo Testamento, una Suma compendiosa de Teología escrita por el P. Jayo. Fuera de la Universidad se ocupaba en visitar a los encarcelados, asistir a los enfermos en los hospitales, echar pláticas a las monjas en sus conventos, predicar en diversos templos de la ciudad y escribir libros. De esta época es la *Summa doctrinae christianae* (Viena 1555), precedida de edicto del monarca, en que se ordenaba que en todas las escuelas públicas y particulares de sus dominios austriacos se usase este Catecismo, el primero y más extenso de los tres Catecismos canisios: *Catechismus maior, Parvus Catechismus catholicorum* y el *Minimus* en alemán *(Katechismus für die gemeinen Laien und Kinden.)*. Las ediciones se cuentan a centenares y no menos las traducciones a todas las lenguas. «Desde 1555 en adelante (ha escrito J. Lortz en su conocida obra *Die Reformation in Deutschland* II) el catolicismo alemán no es cogitable sin los *Canisios»*. El *Catechismus maior* (o *Summa*), por su estilo fácil, popular, de acentuado sabor bíblico, sin alusiones polémicas y en pequeños capítulos que responden a otras tantas interrogaciones, alcanzó entre los católicos la misma celebridad que el Catecismo de Lutero. Felipe II lo puso por obligación en los Países Bajos.

Actividad apostólica de Canisio en Viena

La situación religiosa y moral de Austria, tal como Canisio la contempló desde el mirador y atalaya de Viena, era lamentable y digna de ser llorada; pero él no perdió tiempo en lamentos y lloros. Su conciencia de Apóstol de Alemania se avivó más que nunca.

Las concesiones, en materia de reforma eclesiástica, no de fe, hechas por el Emperador y por su hermano Fernando, habían dado audacia a los Novadores para avanzar por caminos extraviados cada día más y para sembrar la confusión ideológica en el pueblo. Gran parte del clero fue bajando de escalón en escalón hasta olvidarse de su dignidad sacerdotal y de sus deberes cristianos, escandalizando al pueblo sencillo. Lo mismo se diga de las Ordenes monásticas que no raras veces abandonaba sus

claustros, renunciando cobardemente a su vocación. La nobleza laica entraba a saco en los bienes eclesiásticos y se los regalaba a los pastores apóstatas. La antigua y brillante Universidad de Viena yacía postrada y abatida, los profesores sin prestigio, los estudiantes sin amor al estudio ni a la disciplina. Por el Danubio occidental se filtraba la herejía; por el oriental subía amenazadora la Media Luna entre la cimitarra y el Corán.

Lo que más entristecía a Canisio era la pérdida de la fe cristiana, particularmente en la Universidad: *«Schola Viennensis, eiusque corroptissimi mores»*. Creo —decía— que aquí nadie puede vivir seguro largo tiempo, si quiere conservar intacta la religión en su alma y ojalá no haya semejante peligro en las otras Universidades germánicas». Afortunadamente Fernando llamó a los hijos de Ignacio de Loyola, particularmente a Jayo y a Canisio, a quienes favoreció cuanto pudo, y gracias a ellos la fe católica volvió a resplandecer en aquellos países.

No por triste que apareciera a sus ojos este espectáculo se sentía Canisio desfallecer lo más mínimo. Al contrario. Sus energías y esfuerzos se multiplicaban, porque tenían la certidumbre de que el Angel, que le habló en Roma el día de su profesión religiosa, estaba siempre a su lado, y el Corazón de Jesús, que en aquella ocasión se le había mostrado abierto, derramaba sobre él las aguas de la salvación en raudales de fe, esperanza y caridad. El «Apóstol de Alemania» se enfervorizaba más y más.

Sus múltiples actividades religiosas y sociales causan asombro: predica en la corte delante de Fernando I, el cual le nombra visitador de la Universidad por tres meses en 1553; ese mismo año, tanto el Rey como el Nuncio le suplican que admita el obispado de Viena, dignidad que él rechaza en absoluto; predica en la catedral de San Esteban y en otras iglesias de Viena; evangeliza muchas poblaciones de la Austria inferior (unas 250 carecían de pastor), y en las fiestas de Navidad sale a hacer de párroco en las aldeas; en octubre (?) de 1553 es nombrado Decano de la Universidad y el 3 de noviembre de 1554 el Papa Julio III le constituye administrador por un año de la diócesis de Viena; a principios de 1555 avisa seriamente a Fernando I de la propensión que se nota en su hijo Maximiliano hacia el protestantismo, a fin de que lo amoneste y enderece. No se agota aquí, ni mucho menos, el número o la especie de obras apostólicas y benéficas que Pedro Canisio llevó adelante en Viena.

Verdad es que el celo por la fe católica que ardía en los pechos de algunos príncipes, como los Duques de Baviera, debía estimularle a sacrificarse y dar su vida por la salvación de tantas almas descarriadas.

Leamos las palabras que el Duque Alberto V dirigía al Papa Julio III el 20 de mayo de 1554, pidiéndole más jesuitas, especialmente Canisio y Gaudano, para el Colegio de Ingolstadt que está para fundar:

> «Beatísimo Padre... en este infelicísimo y calamitosísimo siglo me tiene lleno de solicitud el cuidado de la fe ortodoxa y de nuestra religión y de la libertad eclesiástica casi completamente oprimidas en Alemania. Pues veo que, por la gran virulencia de las herejías y la confusión de doctrinas erróneas, quiere arruinar y arrojar de nosotros, tanto con las armas como con las pestíferas predicaciones y enormes vociferaciones de indoctísimos hereresiarcas, nuestra única y suma felicidad. De modo que, si a tan grave mal no se pone remedio, retirada la luz de Cristo nuestro Salvador Optimo Máximo, nos invadirá aquella triste y eterna noche, y la muerte horrenda caerá sobre nosotros. Cuantas veces pienso en esto, y lo hago con muchísima frecuencia, me horrorizo totalmente y tiemblo, sin detenerme tanto en excogitar los medios de conservar incólume y floreciente mi Estado y mi patria cuanto en buscar ansiosamente los modos de retener en mi Ducado los restos que aún quedan de la fe, de la religión y de la libertad eclesiástica y en restaurar lo que se ha derrumbado. Bien sé que esto se lo debo primeramente a Dios, de quien recibí todo lo que poseo, y después a mi fe, heredada gloriosamente de mi queridísimo padre y de mis preclaros predecesores en esta familia».

Celo ardiente de Canisio. Peligro turco

En el verano de 1555, siendo el P. Jerónimo Nadal Visitador de la Compañía en los países germánicos, conociendo sus cualidades propagandísticas, le mandó componer libros aptos para la instrucción de los fieles y refutación de las doctrinas heréticas, libros de fácil difusión entre el pueblo cristiano. El «Apóstol de Alemania» no dejó de componerlos con gran facilidad en alemán y en latín. En seguida mencionaremos sus escritos, de mayor valor científico, dirigidos a refutar las herejías. Indiquemos aquí su campaña contra los escritos heterodoxos. A Fernando I le movió que prohibiese terminantemente a los impresores estampar libros heréticos; los libreros no podían vender escritos de ideas heterodoxas, ni los estudiantes comprar y retener tales obras. Así se trataba de purificar la confianza universitaria y de inmunizar a la juventud contra la ponzoña que solapadamente se difundía, más que por la palabra, por el papel impreso.

La grande y espléndida ciudad de Viena, destinada por su situación y

su historia a ser la ostentosa cabeza del Imperio, atravesaba entonces años muy críticos, amenazada como estaba por la parte de Oriente y por la de Occidente. El enemigo oriental infundía más pavor que el occidental. Lo vemos claramente en estas líneas de Canisio al Secretario de la Compañía de Jesús, fechadas el 7 de agosto de 1552:

> «Aquí —escribe a Polanco— se teme el asedio de los Turcos, estando ellos tan cercanos a nosotros y ganando cada día más y más terreno en Hungría. Ayúdenos, pues, V. R. Paternidad con los comunes sacrificios de los Rev. Padres, a fin de que estemos siempre preparados, sin resistencia nuestra, lo mismo para morir que para vivir en la santa obediencia. Cierto, no es posible decir en qué gran peligro se encuentra el Imperio y toda Alemania. Ojalá no se hayan colmado las iniquidades de los Amorreos (Gen 15,16). Derramemos la sangre por el dulce nombre de Jesús; no basta ya confesarlo solamente con la boca, lavemos nuestras estolas en la sangre del Cordero (Apoc 22,14), que exige sangre por sangre, y muchas veces se aplaca con la muerte mejor que con la vida. El Señor nos conserve en su santa gracia».

Tantos trabajos y desvelos, tantas fatigas y ocupaciones no mermaban el celo de su apostolado, porque en su corazón estaba siempre unido con Dios que le aumentaba las energías. Al igual de Ignacio de Loyola, Canisio había aprendido de su maestro a ser contemplativo en la acción, es decir siempre y en todo contemplativo. Uno de sus biógrafos, el P. José Boero, escribía en 1864: «Numerosos testimonios deponen en los procesos haber visto muchas veces el rostro de P. Canisio todo encendido y circundado de luz tan viva que se hacía irresistible a los que le miraban. Esto sucedía ordinariamente después de la oración matutina y después de celebrar el divino sacrificio. Andaba entonces por la casa como un extático, con los ojos bañados en lágrimas, enajenado de los sentidos... tengo en mi poder una carta del P. Jorge Scherer (que le conoció en Viena), donde refiere que siendo él joven estudiante en Viena, oyó una noche al P. Canisio, de quien le separaba una pared, alzar alto la voz y romper en exclamaciones interrumpidas por largos suspiros. Temiendo algún siniestro, se levantó súbitamente de la cama, y poniéndose a la puerta, vio con grandísimo estupor la habitación toda iluminada, y en medio de ella al P. Canisio de rodillas, encendido el rostro y con las manos levantadas al cielo, que a la manera, dice Scherer, del Patriarca Jacob, estaba en coloquio y en lucha con Dios».

En el Colegio de Praga (Bohemia)

Intereses del Rey —que eran a la vez intereses de la Iglesia y del Imperio— llamaron urgentemente a nuestro Canisio a la ciudad de Praga, capital de Bohemia, de donde era Rey desde 1526 Don Fernando I de Habsburgo, hermano del Emperador. La historia de Bohemia es tumultuosa como pocas, lo mismo en el semblante religioso que en el racial político. El héroe nacional era Juan Hus, quemado como hereje en el Concilio de Constanza († 1515). El fue uno de los más ardientes predicadores del *Utraquismo*, el Padre de la Iglesia husita y el que abrió las puertas de Bohemia, más o menos conscientemente, a las herejías de Wyclif. La Universidad se convirtió en un horno donde hervían fermentos religiosos y sociales. Los estudiantes alemanes se imponían a los tchecos por el número, por la arrogancia y el ímpetu, pero los *Utraquistas* se habían adueñado de la cátedra de Teología, y los predicadores católicos no tenían quien los amaestrase en la doctrina sana y ortodoxa. El fanático revolucionario Juan Ziska se rebeló contra el Emperador Segismundo († 1437), devastando el país con sus hordas salvajes y arrasando templos, conventos, lugares santos. Jerarquía católica no existía, porque el arzobispo Conrado de Vechta apostató en 1421, pasándose a los husitas. Desde entonces hasta 1561 el arzobispado fue administrado por el cabildo.

El confusionismo y el desorden religioso se embrolló más por los avances del Luteranismo. Los católicos de Bohemia pensaron —como muchos alemanes de aquel tiempo— que la mejor solución era llamar a los hijos de S. Ignacio, y en este sentido escribieron en 1552 al Rey Fernando rogándole fundase un Colegio de la Compañía en Praga. Cuando dos años más tarde pasó el monarca por toda la Bohemia, advirtió por sí mismo la absoluta necesidad de una buena educación religiosa que tenía aquella juventud, y tratándolo con su confesor, Urbano Textos, obispo de Laibach, éste le propuso transformar un viejo monasterio de Celestinos en Colegio de la Compañía. No le disgustó el plan a Don Fernando. Mas apenas lo supo Canisio, escribió a S. Ignacio el 14 de octubre de 1554 que de ningún modo aceptase tal monasterio, por ser un edificio poco adaptado a nuestra vida y un lugar desierto y solitario sin fácil comercio con las gentes. El Colegio —le dice— debe estar en Praga, donde tenemos muchos amigos que están dispuestos a sostener económicamente al Colegio de profesores. «Piden 12 personas, las cuales tendrán el viático necesario para llegar a Viena, y de Viena a Praga... Y así espero que este Colegio recogerá a todos tudescos de Sicilia e Italia. Entre estos 12 quieren tener 2 doctores

teólogos… Yo querría que todos los que han de venir a fundar este Colegio, viniesen bien armados de santa paciencia y con un gran celo no para disputar, sino para soportar y edificar esta provincia más con los hechos que con las palabras, *ut cum seminaverint in lachrymis, in exultatione metant».*

El fundador de la Compañía, que disfrutó siempre de la amistad de Don Fernando (a quien tal vez había conocido en Arévalo, de paso cuando el príncipe era muy niño), condescendió ahora de buen grado con sus deseos, aunque las circunstancias no podían ser más inoportunas, pues estaba comprometido a enviar *casi 50 jóvenes* jesuitas a Etiopía, Italia, Sicilia, Génova, Loreto, con lo cual los recursos de Roma quedarían exhaustos; a pesar de todo, escribe a Don Fernando el 24 de noviembre de 1554: *«intra annum, Deo iuvante, duodecim illos, et inter eos duos theologos, omnino mittere ad nutum Majestatis Vestrae parati erimus»*.

El local destinado a Colegio fue un convento de PP. Dominicos, tan arruinado por las guerras de los Husitas, que era preciso restaurarlo. A ello se consagró, con más entusiasmo que nadie, el P. Canisio, y acaso por esa razón al nuevo Colegio se le llamó *Collegium Canisianum*, aunque caduco y deleznable, como hecho de prisa. El título de «Fundador» le fue concedido por S. Ignacio al Rey D. Fernando (6-VII-1956).

Colegio de Praga, en marcha. Elogio de Canisio

De Roma, enviados por Ignacio, llegaron el 21 de abril de 1556 los doce jesuitas que debían poner en marcha el Colegio. Las primeras impresiones que recibió Canisio en Praga no podían ser más halagüeñas. El 15 de julio de 1555 se las comunicaba a S. Ignacio con estas palabras:

> «Hago saber a V. R. P. que estos señores de la Corte y del Clero Pragense me han recibido y abrazado con mucha caridad, dándome todo favor y ayuda para comenzar el Colegio, estando persuadidos todos los católicos, que los nuestros harán fruto grandísimo en toda Bohemia. Y cierto yo no he visto en Baviera y Austria tan buena disposición como aquí para reducir los cismáticos a la unión católica. 1.° Porque la gente ordinaria, aunque comulga bajo las dos especies, no va contra las costumbres, ejercicios y preceptos de la santa Iglesia, sino que guarda los ayunos y las ceremonias exteriores mejor que todos los tudescos; 2.° porque los capitostes del clero, aunque no hay obispo ni arzobispo en todo el reino de Bohemia, son muy celosos y diligentes en restaurar la religión; 3.º porque los husitas están en desacuerdo y tienen pocos hombres letrados y sacerdotes, de manera que si abundasen

aquí predicadores bohemos, se haría ciertamente fruto grandísimo, a pesar de las muchas sectas que hay y tanta depravación en la nobleza y tan sólo tres o cuatro ciudades que profesen la fe católica... Quiso el Archiduque *(hijo del Rey Fernando)* que yo predicase en la catedral delante de la Corte, y viene mucha gente que conoce la lengua tudesca... V. R. P. podrá sin escrúpulo mandar aquí no 10, sino 20 personas, y aun 30, si fuese posible. Y parece cierto que se puede y se debe esperar de aquí más que de Viena, no obstante que ahora esta Universidad está casi reducida a la nada; espero que los nuestros serán los primeros teólogos y profesores en la cátedra después de la muerte de Juan Hus... Entre los que vendrán mande V. R. de gracia dos peritos en la lengua griega, y otros muy buenos humanistas, la mayor parte tudescos, y si es posible un predicador tudesco... En cuanto a las expensas necesarias para la fábrica, no faltará Su Majestad, que tiene mucha afición a este Colegio... En cuanto a los teólogos, procúrese que estén capacitados para responder a las diversas herejías que el día de hoy se encuentran aquí por la malignidad del enemigo de todas las verdades católicas, de modo que aquí vemos Valdenses, Picardos, Zuinglianos, Osiándricos, schwenkfeldianos, además de los herejes comunes».

A pesar de tantas herejías, y herejes que no podían menos de herir la sensibilidad religiosa del P. Canisio con infamantes mentiras y calumnias, el jesuita respiraba en sus cartas alegría y satisfacción. También el Rector de aquel Colegio, P. Ursmaro Goisson, buen latinista y predicador, escribiendo a S. Ignacio el 16 de julio de 1556, se deja contagiar un poco del optimismo reinante entre los de aquella fervorosa comunidad. No podía saber entonces el buen rector que quizá aquella carta no sería leída por el General de la Compañía, porque antes de cumplirse 15 días su alma había de volar desde su aposento de Roma hasta los brazos paternales de Dios, de aquel Dios omnipotente y misericordioso, por cuya gloria tanto había combatido. Decía Goisson:

«En cuanto a la edificación espiritual del reino y ciudad de Praga, empezaré diciendo que los católicos están muy edificados y contentos con nosotros, especialmente aquellos que temen a Dios y no han doblado sus rodillas ante la estatua de Baal... La gente católica simple, cuando pasamos por la calle (aunque no es frecuente), o estamos en el templo, nos tienen gran reverencia, si bien los verdaderamente fieles y católicos son pocos. Los cismáticos husitas, cuando nos ven, sienten gran admiración, y se paran muchas veces para ver bien a los jesuitas, de los cuales se habla tanto, no sólo en Praga, sino aun en toda Bohemia. Todos los domingos mucha gente, católicos y husitas, acuden a nuestras Misas con más frecuencia que nunca.

¡Alabado sea Cristo, pues parece que aun contra su voluntad y proponiéndose lo contrario, no pueden abstenerse de visitar nuestra iglesia, principalmente la Misa, cuando comulgan nuestros hermanos, todos juntos…

El P. Canisio, todos los domingos y fiestas predica en palacio con gran satisfacción de todos, especialmente de su Alteza el Archiduque, el cual le muestra gran favor y afección, y lo mismo otros amigos nuestros, magníficos señores, prelados y barones con el pueblo católico. Su doctrina es muy sólida y estimada; su conversar es agradable y sabe acomodarse a todos más de lo que puede decirse y ponderarse. Por su elocuencia, acompañada de doctrina, y por su prudencia y afabilidad unidas en el conversar, y no menos con su vida integra, me parece que es a propósito para ayudar mucho a los alemanes; si hubiera muchos oradores alemanes de la Compañía, semejantes a éste, darían mucho que hacer a los luteranos. En Praga es el P. Canisio muy querido, principalmente ante el príncipe y otros muchos grandes señores».

El provincial de la Germania superior

Cuando Goisson redactaba esta larga carta, Canisio se hallaba visitando el Colegio de Ingolstadt. Había sido nombrado por S. Ignacio el 7 de junio de 1556 Provincial de la Provincia jesuítica de la Germania Superior, que comprendía la Germania meridional con Baviera, Suiza, Tirol, Austria, Hungría y Bohemia. Con frases de humildad nunca vista trató de sustraerse a tal dignidad, manifestándole al Prepósito General su falta de juicio y de experiencia, sus graves defectos, como el orgullo y la violencia que le imposibilitaban cumplir bien el cargo de Superior. Contó el Santo de Roma, que la experiencia había demostrado lo contrario; en adelante no tenía que hacer otra cosa que portarse como hasta aquí; le bastaba seguir haciendo lo mismo; ahora con nuevo título y especial gracia de estado lo haría mejor.

Sería esta carta una de las últimas recibidas de su Santo Padre, ya que Ignacio falleció el 31 de julio de aquel año. Recibida la noticia del fallecimiento, se apresuró a contestar al P. Diego Laínez, elegido Vicario la Compañía:

«Los informes —le decía cl 13 de setiembre— que V. R. P. me ha transmitido de la muerte (por no decir de la vida) del bienaventurado Padre Ignacio, los recibimos tardíamente es verdad, pero también demasiado pronto. Cierto que la noticia sacudió los ánimos de muchísimos y los apesadumbró con gran tristeza, porque ya no podrían ver con sus ojos a un Padre tal y tan grande, de quien recibimos en Cristo las primicias del Espí-

ritu. Pero más bien se le ha de felicitar a él, que vuelve a la patria, y a quien yo tengo en verdad por bienaventurado. Vivió de tal modo que no podía morir mal. Se fue, mas de tal modo, que nos ha dejado el deseo de vivir ahora a su lado, mejor que estar muriendo cotidianamente como él ha muerto. Si en la tierra pudo gobernar y conservar y propagar y enaltecer, como en verdad lo pudo hacer maravillosamente en Cristo, no hay que desconfiar de que en el cielo cuidará de nosotros y de nuestras cosas tanto más propiciamente cuanto más ardiente es ahora su caridad y más copiosamente rebosa de dones y frutos espirituales en aquella inmortalidad. Ojalá pudiese yo decirme, entre tantos otros, digno hijo de tal Padre, o alcanzar por su intercesión siquiera una sombra de aquel perfecto espíritu en Cristo nuestro Señor».

A principios de 1557 se declara enteramente opuesto a los «coloquios de religión» con los protestantes, juzgándolos inútiles y vanos. Por voluntad del cardenal de Augsburgo pone por escrito para uso de los obispos las normas que se deben emplear en orden a la reforma del clero. De enero a marzo interviene en una reunión de teólogos convocada por el rey don Fernando en Ratisbona y defiende valerosamente los derechos de la Sede Apostólica. En esa misma ciudad predica en la catedral todos los domingos y días festivos. Se complace en alternar los grandes sermones a la multitud, sedienta de verdades religiosas, con la catequesis a los niños e ignorantes, a quienes enseña la doctrina cristiana con sus propios catecismos, que todos reciben como maná del cielo. A la predicación sucede la administración del sacramento de la penitencia, con numerosas confesiones, y en ellas o en pláticas privadas la consulta de asuntos complicados, a veces difíciles de desenmarañar. Y esto significa poco en comparación con negocios que le vienen de parte de las más altas autoridades eclesiásticas y civiles. Los Romanos Pontífices, por sí o por el General d, la Compañía, otras veces por los Nuncios, le encomiendan tareas que agotan sus fuerzas físicas y morales. Contra su propia voluntad tiene que intervenir en la solución de problemas religiosos y políticos, porque en la gran campaña contrarreformística, a la que está entregado, se mezclan y confunden más de una vez cuestiones que es preciso distinguir y que tan sólo con suma prudencia, mucho estudio y frecuente recurso a la oración se pueden solucionar, al menos temporalmente.

Desde que S. Ignacio le nombró Provincial de la Alemania Superior, apelan a él más a menudo sus propios súbditos y las autoridades externas. Al mismo tiempo, la Compañía se va propagando por todo el territorio alemán, se multiplican las casas, crecen las exigencias de sujetos aptos para el trabajo apostólico, y el mismo Pedro Canisio, consciente de su

vocación y poseído de la noble ambición de reconquistar para la Iglesia de Cristo a todos los pueblos que se desviaron en la gran tempestad provocada por Lutero, procuraba hallar nuevos frentes de batalla y nuevos campos de laboreo espiritual.

Fundaciones de colegios

Uno de los campos que más le seducían era el de la educación de la juventud y del clero. Canisio, lo mismo que Claudio Jayo, siguiendo a S. Ignacio, habían llegado a la persuasión de que para reformar y renovar la Iglesia e infundirle espíritu de conquista no había manera mejor que la fundación de colegios, donde la juventud recibiese educación religiosa, sana y sólida, al par que formación humanística, y filosófica, sin descuidar jamás —en esto insistía Ignacio más que nadie— la buena formación teológica para los que aspirasen al sacerdocio... Renovada la juventud y renovado el clero, no había que pedir más para la renovación de la Iglesia y de la sociedad.

Ya hemos visto algo de los esfuerzos de Canisio en la fundación de Colegios, como el de Praga, el de Ingolstadt, y otros semejantes, que influyeron decisivamente en la recatolización de Alemania en tiempos posteriores. Sin ellos, Alemania sería hoy día una nación casi totalmente alejada de la Iglesia Católica. Lo reconocen los mismos protestantes, cuyos testimonios aportaremos en otro lugar.

Ya que no es imposible narrar las posteriores fundaciones de Colegios en tierra germánica, en las que Canisio intervino como iniciador, sugeridor, primer impulsor y principal responsable de los Colegios jesuíticos en los países sometidos a su autoridad, nos limitaremos aquí a dar siquiera los nombres de las ciudades y las fechas más probables de sus comienzos académicos:

Praga (1556), Ingolstadt (1556), Munich (1559), Tréveris (1560), Innsbruck (1562), Dillingen (1564), Würzburgo (1567), Maguncia (1568), Augsburgo (1571), Fulda (1571), Hall (1572), Graz (1573), Heiligenstadt (1575), Lucren (1577), Landsberg (1578), Molsheim (1580), Coblenz (1581), Friburgo de Suiza (1582), Paderborn (1585), Ratisbona (1589)[183].

[183] James Brodrick, en su estimable biografía del Santo, después de enumerar muchos de los Colegios fundados o consolidados por Canisio, hace estas consideraciones: «Al que ponga en duda los graves trabajos que suponen semejantes faenas, le bastará leer las Fundadoras de Santa Teresa. En realidad no era tanto por las fatigosas tareas, cuanto porque llevaban consigo una forma de martirio, el martirio

«Puede afirmarse —concluye Boero— que no hay Estado ni Provincia en la Germania Superior e Inferior que Canisio no los recorriese una y más veces: Austria, Bohemia, Hungría, Tirol, Baviera, Suevia, Franconia, el Palatinado, Polonia, Suiza. Cinco veces vino a Italia y a Roma, y una vez pasó a Mesina en Sicilia. Estaba siempre con un pie en tierra y otro en el aire..., conforme lo requería la necesidad de las almas, el deber del oficio y la obediencia que debía a los Sumos Pontífices y a sus PP. Generales, ofreciéndose todavía, como lo hace en muchas de sus cartas, a salir de Alemania y de Europa, y viajar sin dilación hasta la India y la Tartana y adondequiera que le insinuase la voz de Dios manifestada -por los Superiores». Sus viajes y peregrinaciones muchas veces a pie, no eran de turismo, de distracción ni de expansión recreativa, ni siquiera de curiosidad científica; eran viajes apostólicos; emprendidos por obediencia al Papa y al servicio de la Iglesia; viajes de misionero como los de San Pablo, como los de Francisco Javier. En cada ciudad que visitaba organizaba una misión, con sermones, catequesis, frecuentes confesiones y comuniones, organización de la vida cristiana e institución de obras de beneficencia.

En los 13 años de su Provincialato (1556-1569) no cabe duda que sus viajes se multiplicarían por deber del oficio, y por lo menos se agravaron con un nuevo peso, pues tenía obligación de informarse sobre la vida privada y pública de sus súbditos, labores que realizaban, empresas en que estaban empeñados, para después resolver sus dudas, darles orientaciones y trasladar a las autoridades supremas las cuestiones de mayor importancia.

Este apostolado ferviente, tenaz y sin descanso nos sugiere la imagen del agricultor que recorre su campo de labranza, de arriba abajo y de abajo arriba, trazando los surcos durante todo el día, sudorosa la frente, pero con esperanza de la cosecha futura. Y la cosecha que tras tantos años de labor logró recolectar este apóstol de Alemania fue verdaderamente ubérrima. Hubo ciudad populosa, como Augsburgo, que era un tiempo protestante casi en su totalidad, y al cabo de afanoso cultivo pudo agradecer a su apóstol (ayudado, es verdad, por su obispo, el cardenal Otto v. Truchsess) que la mitad de la población volviese a su antiguo redil de la Fe Romana.

---

de las lenguas envidiosas, de las esperanzas disipadas y de las promesas no cumplidas (*St. Peter Canisio*, Londres 1963, p.253).

Canisio, enaltecido por sus súbditos

¿Qué opinión se tenía por entonces del P. Canisio en Alemania? Podríamos recoger no pocas alabanzas que nos han transmitido sus contemporáneos. Mas por ahora contentémonos con el panegírico, entreverado de alusiones clásicas, que el 13 de julio de 1556 dirigió al General de la Compañía desde Praga el profesor de Humanidades, P. *Florianus Sylvius*, cuyo nombre ordinario debía ser, a juzgar por otras cartas que de él y sobre él conocemos, *Petrus Silvius*, que en su lengua patria se decía Peter van den Bossche[184].

Interesante es saber la causa y origen de esta carta. Cuando S. Ignacio nombró Provincial a Pedro Canisio, éste en un exceso de humildad, mandó a sus compañeros que comunicasen al General los vicios y defectos que en Canisio habían advertido, porque si Ignacio los conociese no le otorgaría tal dignidad. Pero ¿qué sucedió? Que los informes llegados con esta ocasión a Roma fueron tan encomiásticos y recomendatorios, que demostraban lo contrario de lo que Canisio pretendía. Una de las epístolas en latín de reminiscencias clásicas iba firmada por *Florianus Sylvius:* «Reverendo Padre: yo no puedo con todo el ropaje de mis palabras abrazar, ni celebrar dignamente por exuberante que sea mi lenguaje, aunque yo tuviera cien lenguas y cien bocas, las alabanzas que en estas partes de Alemania ha merecido (Canisio) de todos los hombres buenos y sinceros que profesan la fe católica... Bien puede apellidarse Juan Bautista, el que va por delante preparando a los germanos y bohemos el camino del Señor. Este, como lo saben todos, resplandece con la mayor piedad y triunfa con todo género de virtudes; él es el honor y la gloria de toda Alemania. De día y de noche suda y no se substrae a ningún trabajo con el fin de propagar y promover la verdadera religión de la fe ortodoxa. Nadie puede imaginar cuán terrible martillo sea éste contra los impíos adversarios de la Iglesia. Es tan grande por su piedad y reverencia para con Dios, que todos le veneran, le estiman y le aman, de tal modo que en esta ciudad de Praga resplandece y brilla y florece como un lirio del campo; él fundó nuestro Colegio, lo levantó, lo consagró, y tal autoridad le dio, que todos maravillosamente no cesan de asombrarse... Vuestro hijo indignísimo *Florianus Sylvius».*

[184] Silvius (Van den Bossche) entró en la Compartía en abril de 1552, y en enero de 1556 fue destinado a Praga, donde enseñó Humanidades.

Canisio en el coloquio religioso de Worms (1557)

No más de 35 años contaba Canisio cuando Ignacio de Loyola, incomparable conocedor de los hombres, lo juzgó digno de gobernar la Provincia de Germania Superior, que abarcaba la mayor parte de los territorios alemanes, exceptuada la Provincia del Rhin. A los 35 años era un joven lleno de vitalidad y de fervor. Pasa menos de un año y en enero de 1557 todas las miradas se dirigen a él. Ya murieron Pedro Fabro y Claudio Jayo; ahora Fernando I de Austria no ve en sus dominios otro jesuita que le ayude con sus consejos y su teología mejor que el P. Provincial, Pedro Canisio. Este le escribe a Diego Laínez:

> «Los herejes hacen instancia al Rey (D. Fernando) a fin de que se resuelva el asunto de la religión como se les prometió en la última Dieta de Augsburgo. Y así parece que Su Majestad me querría emplear ahora casi como casi como su *Teólogo primario*, añadiendo algunos otros que han escrito en Alemania contra estas sectas. No que Su Majestad quiera hacer un nuevo *Interim*, o disputar mucho contra los Luteranos, en prejuicio de la Sede Apostólica... Pero creo que Su Majestad quiere tener a su lado a estos teólogos para estar bien provisto de lo que conviene responder a los adversarios en cualquier ocasión. Por lo cual, conociendo yo mi poca suficiencia, gran flaqueza e impericia, querría verme libre en cualquier forma, y mendigar hasta la India antes que enredarme en tantas intrigas peligrosísimas, por las cuales muchas veces se alcanza una infamia perpetua y se perjudica a la Santa Sede etc. *Sed loquetur in me Deus per servum suum et Superiorem meum»*[185].

A fin de estudiar maduramente los procedimientos más aptos para recoser y componer las discordias religiosas, el Rey Don Fernando convocó una comisión de dos obispos y cinco teólogos en Ratisbona, para ver si era posible hacer alguna concesión a los disidentes. A propuestas del Cardenal

[185] Braunsberger, II, 51-52. (Desde Ratisbona, setiembre 1557). Los temores de Canisio estaban bien fundados. El bueno de D. Fernando se vio forzado a firmar la *Paz de Augsburgo* (25 setiembre 1555), que hacía a los luteranos concesiones excesivas, a pesar de las fogosas y dolorosas palabras del cardenal de Augsburgo, Otto Truches y las protestas de los católicos más íntegros. Su resultado, en J. Janssen, *L'Allemagne et la Reforme* voI.III, 788-91 trad. fr.). Las cuestiones disputadas ¿las habla de definir un *Coloquio religioso*, o un *Concilio ecuménico?* Los protestantes respondían: un Coloquio; los católicos: un Concilio. Canisio escribía al P. General, Laínez: «Vuestra Reverencia verá cómo van las cosas en la Dieta y cómo el Rey ha abierto la puerta al *Coloquio*. Yo le mando aquí la copia y detrás un escrito mío contra esa resolución» (Braunsberger, II, 41).

Otto Truchsess y por voluntad del rey el primero en hablar, como *Primarius theologus*, debía ser Pedro Canisio

La *Paz religiosa* de Augsburgo creyó componer las discordias dejando la solución definitiva a una Dieta próxima que arreglarían las divergencias entre los dos partidos contendientes. Los luteranos se resistieron con furor a someterse al Concilio; y con no menos tenacidad se oponían los más fervientes católicos, como Canisio, a cualquier coloquio religioso, pues «del coloquio, hágase como se quiera, se ha de temer un mal suceso de este modo de tratar de la religión, si no concurre la autoridad de la Santa Sede. Los católicos temen mucho que Su Majestad conceda nuevamente lo que sea en perjuicio de la santa fe, sobre todo deseando el Rey ser ayudado de los herejes en la expedición contra el Turco, el cual hace grandes preparativos para venir sobre Alemania».

Este peligro de los turcos influyó no poco en la decisión de Fernando I de convocar un *Coloquio religioso en Worms*, cuya primera sesión tuvo su apertura el 11 de setiembre de 1557, a las 7 de la mañana.

A mediados de agosto de 1557 los dos teólogos jesuitas, P. Canisio y N. Goudano, entraban en la ciudad de Worms, dispuestos a luchar, en unión con tres teólogos mandados de Lovaina por Felipe II, contra los secuaces de Lutero, empeñados en triunfar a toda costa. Afortunadamente les falta la unión y concordia. Pronto se vio que los luteranos se hallaban radicalmente escindidos en dos bandos opuestos: el de los luteranos fanáticos e intransigentes, que se identificarán con los «Magdeburgenses», y el bando de los luteranos moderados, o melanthonianos, cuyo jefe era Melanthon, mientras que el de los magdeburgenses llamábase Juan Wigand. Aunque Melanthon gozó siempre fama de pacifista y moderado, en la Dieta de Worms se mostró violento por demás, como resentido y amargado, lo cual se explica por la sencilla razón de que los católicos querían abolir la *Confessio Augustana de 1530*, obra de Melanthon.

Desde la primera sesión saltó a la vista la esencial incompatibilidad de católicos y protestantes, que no hallaban una plataforma común donde plantear sus tesis. Con violencia inesperada declaró Melanthon que ni él ni los suyos se apartarían un punto de la *Confesión de Augsburgo;* y rechazaban a priori las «impías doctrinas de Trento», que defendía el culto de los ídolos y favorecían el comercio de las indulgencias y de las misas por los difuntos. ¿Y no habían corrompido Santo Tomás y Duns Escoto la doctrina de la penitencia y de la justificación? Tomó la palabra Canisio para advertirles que la Iglesia no aprobaba los abusos que pudo haber en

tiempos precedentes, y les rogó modestamente que se portasen con caridad, sin expresiones violentas y empleasen un lenguaje científico y amigable. En otra sesión les declaró que era una pretensión orgullosa y una ofensa para los demás estimar tanto la propia interpretación de la Escritura, despreciando la de otros estudiosos.

Final de la Dieta

Al oír Melanthon a Canisio razonar tan modestamente con perfecto conocimiento de los textos bíblicos y de los Santos Padres, sin levantar la voz y sin ofender a nadie, cayó en la cuenta de que el orador de los católicos no era un viejo escolástico de enmohecidas armaduras, sino que podía esgrimir las mejores del Renacimiento y optó por retirarse de la palestra, borbotando palabras injuriosas. El despecho de los vencidos se vengó apelando a una absurda fábula que volaba por Sajonia, desde los mismos púlpitos luteranos, a saber: que después de la disputa con Melanthon, al subir de nuevo Canisio a la tribuna, enmudeció de repente y cayó muerto.

Fábula indigna de cualquier hombre sensato. La contienda teológica de Worms fue una grave derrota para los luteranos, no porque fuesen derrotados por Canisio y sus conmilitones, sino porque ellos mismos se dividieron en diversos bandos, afirmando unos lo que otros consocios atacaban violentamente y viceversa. Empezaron así las disensiones doctrinales de los Novadores y simultáneamente los avances compactos del partido católico.

> «Con esta ocasión se mostró en todos los católicos que asistieron —son palabras de Canisio a Diego Laínez— una insigne concordia y constancia común a todos, resultando en los católicos una misma opinión y consentimiento de pareceres para salvar la causa de Cristo y de la Iglesia. Y en cambio, envió Dios contra los adversarios el espíritu dc la confusión, de tal forma que no pudiendo sintonizar unos con otros, ni en los artículos de más importancia, enredáronse en batallas graves e irreconciliables, combatiéndose mutuamente, Llevando unos para sí la *Confesión Augustana* y arrastrándola otros hacia su bando... De nuestros teólogos no hubo quien escribiese tanto, ni leyese y alegase tanto, como hicimos nosotros, con la ayuda de Cristo, en el curso de la disputa».

Melanthon no logró convencer a nadie, y por otra parte este discípulo amado de Lutero era acusado de propender hacia el Calvinismo por los

más intransigentes luteranos, empezando por Flavio Ilírico y Juan Wigand.

El croata *Mathias Flacius Illyricus*, viendo con dolor que su Iglesia, después de la Dieta de Worms, se deshacía miserablemente porque cada cual defendía el dogma que más le acomodaba, condenando la doctrina contraria, y no hallando dentro del Luteranismo ningún teólogo ni persona de autoridad que uniformase a todos en unidad de fe, pensó que no había otra solución que echarse en brazos de la autoridad civil y política. Con fecha 23 de setiembre de 1557 se dirigió al poderoso Christian III, rey de Dinamarca, Noruega etc., con estas palabras: «La mayor parte del pueblo empieza a dudar cuál es la verdadera y la falsa religión... En las discusiones sobre la *Confessio Augustana* son tantas las opiniones como los colocutores... Unos defienden a Zwingli y a los Sacramentarios, otros Schwenckfeld, el tercero a Osiander y el cuarto no quiere sostener que el Papa es el Anticristo... Por lo cual, oh Rey poderosísimo y piadosísimo, no yo, sino toda la Iglesia de Dios, y la verdadera religión y el mismo Señor Jesús, imploramos tu compasión y tu ayuda». ¿Qué auxilio piden un Rey laico los teólogos y sacerdotes, desorientados y sin fe firme y eficaz? —«Que te alces contra tantas pestes y las arrojes del templo y de su religión».

O sea, que no haya otra religión que la ley del rey, impuesta por lo fuerza. Tal solución, a la larga, tenía que resultar inhumana e imposible. Jamás, entre los teólogos protestantes, se habían visto disensiones más acerbas. Por eso el 14 de enero de 1559 el vencedor Canisio lanzaba un grito de optimismo y de aliento: «Non bisogna perder la speranza» (es carta a Laínez).

Las centurias de Magdeburgo

Ese Matías Flacio Ilírico, a quien acabamos de nombrar, era un croata que en su juventud quiso ser franciscano, pero pronto abandonó a San Francisco para pasarse a las filas de fray Martín Lutero, y lo hizo con tal furor, que sus frases contra los Romanos Pontífices y la fe católica son tan violentas, injuriosas y delirantes, que nadie puede descubrir en ellas un mínimo de verdad. Pues bien, esa cabeza exaltada por la pasión concibió la idea, digna de alabanza por otros títulos, de escribir la historia universal de la Iglesia, atendiendo principalmente a la historia interna, casi completamente olvidada hasta entonces (historia doctrinal, litúrgica, moral, administrativa, etc.) y no contentándose con repetir lo dicho por otros, sino explotando las fuentes latinas y griegas. Con Flacio Ilírico se

dispuso a la gran tarea un teólogo, discípulo de Lutero, Juan Wigand, a quien se añadieron otros varios.

Irnprimióse en Basilea de 1562 a 1574 en siete pesados volúmenes que abarcan toda la historia de la Iglesia en sus tres primeros siglos o centurias, y como fueron escritas en Magdeburgo, recibieron el nombre de *Centurias Magdebungenses*. Lo que se propusieron demostrar era que la doctrina predicada por los Apóstoles era la mismísima de Lutero, doctrina que se fue corrompiendo por obra de los Pontífices Romanos, los cuales no son sucesores de San Pedro. Era, pues, una obra esencialmente polémica, apologética del Protestantismo y antirromana.

La impresión causada en el mundo erudito fue sorprendente, por la copiosa documentación y la novedad del método, aunque los estudiosos más serios no tardaron en desengañarse. El impacto mayor se recibió entre los católicos de escasa formación, pues parecía a primera vista que el estallido de aquella bomba, repleta de dinamita documental y revestida de seudocientíficos oropeles, iba a hacer trizas los más fundamentales dogmas del Catolicismo. ¿Cómo refutar aquella ciencia ilusoria? El único que por entonces podía responder con eficacia y competencia era el agustino Onofre Panvinio, el cual se aprestó a la tarea con rapidez, pero este formidable arqueólogo e historiador falleció tempranamente a los 34 años en 1568.

En su modestia y humildad, no podía imaginarse el santo P. Canisio que él sería uno de los primeros que acometiesen la ingente obra de rebatir las herejías acumuladas en las *Centurias* de Magdeburgo. Abrumadísimo de trabajo como estaba, no podía soñar en apostolados fáciles. Una orden del Sumo Pontífice S. Pío V trató de simplificar el encargo, distribuyendo la tarea entre varios y no aspirando por entonces a una obra seria y profunda, sino a una refutación sencilla y popular, que desacreditase a los autores de las *Centurias*, mostrándoles con ejemplos los desatinos, las contradicciones en que incurrían, las afirmaciones absurdas y los errores más crasos que ningún lector podría aceptar, además de las frases provocatorias, infamantes y groseras que se lanzaban contra el Papa y contra la fe católica. Esto bastaría para que el pueblo no se dejase engañar.

Esta orden papal le fue comunicada a Canisio el 31 de mayo de 1567 por medio de Polanco, Secretario de la Compañía.

Canisio respondió al General Francisco de Borja lo siguiente:

«En lo concerniente a la breve confutación de las *Centurias,* que el

Sumo Pontífice desea de mí y de otros teólogos de nuestra Compañía, después de tratarlo plenamente con los nuestros, comprendo la singular dificultad de este asunto. Aguardaré, pues, el juicio de Vuestra Paternidad, para conocer más seguramente cómo tendré que satisfacer los deseos de Nuestro Santísimo Señor, o más bien del Ilustrísimo Cardenal Commendone. Por ahora el tiempo en primer lugar me exige la visita ordinaria de los Colegios para recibir las confesiones de todos y al mismo tiempo emplearme necesariamente en la futura renovación de los estudios. Añádese que nuestros teólogos tienen conmigo un trabajo grave y ordinario, ayudándome en la enseñanza y en la predicación. Ninguno de los nuestros está versado, ni siquieramente, en las Historias eclesiásticas. Nos faltan aquí los libros necesarios para realizar esa tarea... Por mi parte tengo que laborar en la corrección del *Catecismo Romano,* que tradujo al alemán y apenas lo tiene acabado el P. Paulus (Hoffaeus); una vez corregido son muchos los que desean que se imprima en Dilinga. Y lo que se desea de nosotros casi lo tiene ultimado el P. Onofre (Panvinio) que ha escrito tres libros contra los autores de la Historia eclesiástica Magdeburgense, libros que revelan un conocimiento exacto y auténtico de casi todas las cosas pertenecientes a la Historia Eclesiástica desde Cristo Señor hasta el Pontífice Gregorio, sobre el Oficio y Potestad del Romano Pontífice. No lo ha editado todavía, pero lo tiene escrito en 150 hojas en folio. No sabría yo esto, si el amor no lo testificase en carta reciente a nuestro Cardenal *(Otón Truchsess)*. El P. Onofre (O.S.A.) es el único perfectamente capacitado para rematar bien esta obra, y a quien hay que promover antes que a nadie, pues el día de hoy no tenemos otro igual en el conocimiento de las historias... especialmente discutiendo con hombres doctos y controversistas. Estas y otras muchas cosas se me ofrecen y se me ofrecerán, si emprendo esta labor, mas no rehúso el trabajo, porque sé que me debo a la santa obediencia».

El refutador de los Centuriadores

Como eran muchísimos los que confiaban en su ciencia y habilidad, Canisio tuvo que rendirse a la obediencia. Exonerado por Borja del Provincialato, se retiró al Colegio de Dilinga, del que era Rector su hermano Teodorico, y allí, aunque mal provisto de libros, se consagró plenamente a la refutación de los Centuriadores.

El tenía conciencia de que le faltaba preparación para las investigaciones históricas; por lo cual, dando a un lado los errores que hallaba en ese campo (aunque no le faltaron deslices por escasez de crítica) atendió más bien a las afirmaciones heréticas y a las equivocadas

interpretaciones del texto bíblico.

Ya en años anteriores, a medida que se publicaban las *Centurias*, las compraba Canisio para sí o para algún amigo insigne. A su gran amigo y protector Otón de Truchsess le habla repetidas veces en las cartas de lo que él y otros juzgan de las *Centurias*. A Canisio se dirige Polanco desde Roma en noviembre de 1563, encargándole que compre *«tutte le Centurie* et li libri de Lutero, Brentio, etc.» con dinero que le mandará el cardenal Luis Madruzzo, el cual desea hacer un regalo al doctísimo cardenal Vitellio. En el Epistolario canisiano hay muchas cartas, preguntas y respuestas, que dialogan acerca de las famosas *Centurias*. Pero tras el encargo oficial de Francisco de Borja y del Papa S. Pío V, no se podía contentar con una rápida lectura; tenía que estudiar a fondo los problemas doctrinales.

Sin abandonar muchas de sus ocupaciones, logró dar a la imprenta en 1571 (Dilinga) un volumen de 364 páginas, en cuyo largo título se precisa poco su argumento: *De Verbi Dei corruptelis... contra novos Ecclesiasticae Historiae consarcinatores, sive Centuriatores*. El intento de Canisio era rehabilitar a San Juan Bautista, el Precursor, de quien los Centuriadores pretendían hacer, interpretando tendenciosamente su predicación, un precursor de Lutero. Sobre la base de los Evangelios, expone Canisio la doctrina católica sobre el Precursor de Cristo, refuta las enseñanzas de Lutero sobre la justificación y la penitencia, etc.

Pasaron seis años antes de que nuestro gran controversista diera la última mano al segundo volumen (de 780 páginas) que bien puede llamarse, por los numerosos e importantes problemas que examinaba acerca de Nuestra Señora, una verdadera Mariología. Llevaba por título: *De Maria Virgine incomparabili et Dei Genitrice sacrosancta, libri quinque* (Ingolstadt 1577).

Como devotísimo de la santa Madre de Dios, Pedro Canisio se complace en propugnar la Concepción Inmaculada de María, su perpetua Virginidad, la plenitud de las gracias de que fue colmada, su Asunción al cielo en cuerpo y alma. Los antiguos Padres, los santos y doctores de la Iglesia van desfilando con fervorosos loores a la Reina del cielo, y antes de proclamar las grandezas con que el culto católico ensalza a la Virgen María, recoge de los escritos de Lutero y de otros protestantes algunos títulos y honores que sinceramente tributaron a la Madre de Cristo.

Un tercer volumen sobre San Pedro y el Pontificado Romano debía integrar esta Suma teológica, admirada y elogiada por Papas, cardenales,

obispos y doctores. Pero el sucesor de Canisio en el Provincialato, P. Hoffaeus, religioso de grandes méritos en el gobierno de la Compañía, pero demasiado testarudo en sus opiniones, no compartía el parecer del Santo, y le cambió de ruta: díjole que se dejara de escribir esos librotes que tantas fatigas suponían y se dedicase a su antiguo oficio de la predicación, en lo que descollaría más. Sin murmurar una qua obedeció Canisio, con tanta humildad, que cuando le llegó a Hoffaeus el año en que debía abandonar su cargo de Provincial, intercedió Canisio pidiendo que se le alargase el plazo. Y no fue éste el único conflicto entre aquellos dos hijos de S. Ignacio, los más ilustres que entonces trabajaban en Alemania.

La grandeza de Canisio, lejos de aminorarse algún tanto, se agigantó; sus virtudes resplandecieron más cada día. Su palabra no perdió nada de su antigua elocuencia al dejarse oír en Augsburgo, en Dilinga, en Würzurgo, en Roma, en la corte de Innsbruck, en Landshut y en Ingolstadt con los duques de Baviera, y ante las devotas hijas del Emperador, en la Dieta de Ratisbona, en Friburgo de Suiza... Allí, mientras realizaba prodigios de celo, de abnegación, de caridad y de beneficencia pública, le alcanzó la voz de Dios que le llamaba a la eterna recompensa. Era el 21 de diciembre 1597.

Ignacio de Loyola, apóstol de Alemania por sus discípulos

Arrastrados por la figura fulgurante de Pedro Canisio, hemos ido más allá de la fecha de tope que corresponde a una biografía del Fundador de la Compañía. Pero reflexionando detenidamente sobre el hondo significado histórico de Ignacio de Loyola, vemos que su acción reformista y apostólica en Alemania no se cerró en su propia sepultura, porque su voz siguió resonando en la predicación, en la catequesis y en los escritos de los que, educados por él, y herederos de su mismo espíritu, corrían detrás pisando sus huellas.

Entre estos nuevos Ignacios y nuevos apóstoles de Alemania sobresalió por sus cualidades humanas, por sus dones sobrenaturales, por el ímpetu y fuego de su palabra, no menos que por el conocimiento de las personas y del país, el infatigable Pedro Canisio. Ambos amaban entrañablemente a los alemanes; ambos ofrecían a Dios continuas oraciones por el bien de Alemania y el General de la Compañía mandó a todos los Jesuitas sacerdotes celebrar un número determinado de Misas, y a los que no lo eran, un número fijo de oraciones por la fe y religión de sus compatriotas.

Mientras vivió Ignacio, él obedeció fielmente sus consignas; cuando se fue de este mundo, aquí siguió Canisio rememorando sus consejos e imitando sus ejemplos, porque la aspiración de Canisio era la de ser una reproducción de Ignacio, adaptada a los países germánicos. El pensamiento del General de la Compañía llegaba escrito a manos de Canisio, y éste lo distribuía según los informes que recibía de Roma. Lo vamos a demostrar con una especie de apéndice documental, que servirá de remate y colofón de este capítulo.

Cómo se deben comportar los apóstoles de Alemania en el trato y conversación con los seguidores de Lutero y de otros herejes; qué consejos y normas de vida y de gobierno deberán sugerir sabiamente a los Príncipes católicos respecto de los mismos herejes; en suma, con qué espíritu sobrenatural han de proceder en todo y con qué claridad y precisión expondrán su parecer, excluyendo las disputas inútiles o contraproducentes; todo esto y mucho más lo explica con claridad y brevedad el Fundador de la Compañía en dos cartas, dirigidas, la primera a los tres teólogos que iban a la Universidad de Ingolstadt en 1549 (Salmerón, Jayo y Canisio); la segunda, cinco años más tarde, debía llegar hasta la Majestad del rey Fernando I para que aprendiese a gobernar con moderación y eficacia a sus súbditos heterodoxos, tan frecuentes en Austria.

A

Carta a los tres teólogos enviados a Ingolstadt (24-IX-1549)

La Universidad de Ingolstadt en Baviera había tenido años de cierto florecimiento literario y científico hasta la muerte del famoso teólogo y controversista antiluterano Juan Eck († 1543). Desde entonces su caída fue vertical. Ningún profesor de altura y las aulas universitarias casi vacías. El Duque Guillermo IV, constante defensor de la fe, acudió a Roma pidiendo algunos profesores de teología, que elevasen el nivel de los estudios; y como siempre, el Papa Pablo III trasmitió la súplica a Ignacio de Loyola. Este, que estimó siempre los estudios teológicos como uno de los mejores instrumentos para conservar o restaurar la fe católica, accedió inmediatamente enviando tres de los mejores teólogos que tenía a su disposición: los PP. Salmerón, Canisio y Jayo. Según costumbre de Ignacio, también aquí les dio por escrito unas Instrucciones útiles para el mejor desempeño de su misión.

Cosas que parecen poder ayudar a los que van a Alemania

«El fin que sobre todo ha de tenerse ante los ojos es aquel que pretende al enviarlos el Sumo Pontífice: a saber, ayudar a la Universidad de Ingolstadt y, en lo posible, a toda Alemania en lo pertinente a la pureza de la fe, obediencia a la Iglesia, y en una palabra, a la sólida y sana doctrina y a las buenas costumbres. Como fin secundario, tendrán el promover nuestra Compañía en Alemania, cuidando particularmente se erijan colegios de los Nuestros en Ingolstadt y en otras partes...

Medios comunes para ambos fines

Lo que primera y principalmente ayudará es que, desconfiando de sí mismos, confíen con gran magnanimidad en Dios, y tengan un ardiente deseo, excitado y fomentado por la obediencia y la caridad, de conseguir el fin propuesto... Lo segundo es la vida muy buena y por lo tanto ejemplar... Porque Alemania, así como necesita mucho de estos ejemplos, así se ayudará mucho de ellos... y Dios peleará por ellos... Tengan y muestren a todos afecto de sincera caridad, y principalmente a los que tienen más importancia para el bien común, como es el mismo Duque (Guillermo IV)... a quien se ha de manifestar el amor que tanto el Sumo Pontífice y la Sede Apostólica, como nuestra Compañía le tienen...

...Que comprendan cómo no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo, o sea, su gloria y el bien de las almas, y conforme a eso no reciben estipendios por Misas, o predicar o administrar los sacramentos, ni pueden tener rentas de ninguna clase. Háganse amables por la humildad y caridad, con que se haga cada uno para todos; manifiéstense, cuanto lo sufre el instituto religioso de la Compañía, conformes con las costumbres de aquellos pueblos, y no dejen ir a nadie triste en lo posible... Donde haya facciones y partidos diversos, no se opongan a ninguno, sino que muestren estar como en medio y que aman a unos y a otros... Se deben ganar los doctores de la Universidad y las otras personas de autoridad con humildad, modestia y buenos oficios... Ayudará tener bien conocida la índole y genio de los hombres, y pensar lo que en las varias ocasiones puede ocurrir... Ayudará que todos los compañeros no sólo sientan lo mismo y digan lo mismo, sino también que vistan del mismo modo, y en todo lo exterior observen idénticos modales... Escriban a Roma, ya pidiendo consejo, ya declarando el estado de las cosas; y esto hágase con frecuencia, porque no poco podrá ayudar para todos»...

Medios más propios del fin primario *(fe, doctrina y vida cristiana)*

«En las lecciones públicas, para las que singularmente han sido pedidos por el Duque y enviados por el Papa, pórtense bien, y propongan doctrina sólida sin muchos términos escolásticos que suelen hacerla odiosa... y las lecciones sean doctas y a la vez claras... acompañadas de alguna elegancia en el decir... Además de las lecciones escolásticas, parece oportuno que los domingos y fiestas haya sermones o lecciones sacras que tengan por intento más bien mover el afecto y formar las costumbres que ilustrar el entendimiento. Lo cual parece lo podrá hacer Mtro. Canisio ya en las aulas en latín, ya en alemán en la iglesia, adonde asiste todo el pueblo... Alguna vez empléense en las obras piadosas que más se ven, como de hospitales y cárceles y socorro de otros pobres, que suelen edificar mucho en el Señor. Asimismo en hacer paces, y enseñar a los rudos la doctrina cristiana...

A los que son cabezas de los adversarios, si los hay, y aquellos que sobresalen entre los herejes o entre los sospechosos, y no parecen del todo obstinados, cuiden de hacérselos amigos... apartándoles de sus errores... Defiendan la Sede Apostólica y su autoridad de modo que atraigan a todos a su verdadera obediencia, no sea que con defensas imprudentes sean tenidos por papistas y por eso menos creídos. Y al contrario, con tal celo se han de impugnar las herejías, que se manifieste con las personas de los herejes amor, deseo de su bien y compasión más que otra cosa...

Medios para el fin secundario *(promover la Compañía en Alemania)*

«Téngase cuidado de fundar el Colegio *(de la Compañía)* de modo que los nuestros no parezca que intervienen, o se vea que lo hacen por el bien de Alemania, sin especie ninguna de ambición o codicia… pues consume las rentas en el uso de los pobres que estudian... Entienda también (el Duque) que la Universidad de Ingolstadt se podría no poco ayudar si tuviera allí un colegio como de Gandía y Mesina, donde se enseñasen lenguas y filosofía, y no sólo teología, ejercitándose escolásticamente al modo de París. Entienda también cuán grande ha de ser su corona, si él es el primero que introduce en Germania estos seminarios y colegios para provecho de la sana doctrina y de la piedad...

Además de los colegios se pueden promover los intereses de la Compañía con la juventud y con otras personas de mayor edad y doctas, incitándolos a seguir nuestro Instituto. Esto se hará con buenos ejemplos, con

el trato por medio de los Ejercicios y de conversaciones espirituales... Y si ahí no pudieran sustentarse, o no conviniera que se quedasen, deberían enviarse a Roma o a otros sitios de la Compañía».

B

Carta de San Ignacio a San Pedro Canisio sobre el modo de extirpar la herejía y defender la religión católica en Alemania (13-VIII-1554)

Una carta de Canisio al Secretario de la Compañía, fechada el 7 de julio de 1551, sembró la alarma entre los jesuitas que en torno de Ignacio trabajaban en Roma. Decíase que la peste luterana invadía la ciudad de Viena, principalmente la Universidad y sus profesores. «En nombre de Cristo —imploraba Canisio— encomendarnos a vuestras oraciones la causa de la religión». Algo se ha obtenido de la buena voluntad del rey, harto condescendiente; pero la religión está en peligro y tropezamos con muchas dificultades. Nada se hace contra los herejes manifiestos, aunque sean de los Anabaptistas. «La ciudad está inficionada por libelos corrompidos con horrendas blasfemias. Son infinitos los libros heréticos que se leen tanto en las ciudades como en las aldeas. Hay suma escasez de sacerdotes; los obispos toleran a los sacerdotes casados y a los apóstatas, porque carecen de ministros eclesiásticos». ¿Qué hacer? Canisio pide consejo a Ignacio. Este reúne una consulta con los PP. Laínez, Salmerón, Frusio, Olave y Polanco. El resultado de aquella consulta fue la carta que ahora presentamos en extracto, fechada el 13 de agosto 1554. Es una carta de altísima y dilatada visión histórica, social y religiosa. Aunque va dirigida a Pedro Canisio, su verdadero destinatario es el rey Don Fernando, futuro emperador, a quien se le deberán sugerir nada más que sugerir— muchas de las cosas contenidas en la carta. La podríamos titular: PROGRAMA DE CONTRARREFORMA Y DE REFORMA CATÓLICA EN ALEMANIA.

«Pax Christi. Rdo. Padre y muy amado en Jesucristo:

Hemos entendido lo que V. R. con pía solicitud pedía en sus cartas…: que escribiésemos lo que pensásemos que podría ser de más provecho para conservar en la fe católica las provincias sujetas a S. M. Real, y restaurar en ella la religión donde está caída, y sostenerla donde amenaza ruina; en cuyo negocio nos parecía deberse poner tanto mayor diligencia, cuanto el ánimo de S. M. Príncipe verdaderamente cristiano, se entiende estar bien dispuesto no menos que para tomar consejo, para reducirlo a la obra; pues de otra suerte, si a la diligente inquisición no

acompañase la ejecución animosa, lejos de producir ningún fruto, pararían en burla nuestros esfuerzos. Mas de las cosas que aquí se escribirán, queda a la prudencia de V. R. ver cuáles deban proponerse a S. R. M.»

Medios para extirpar la herejía

«Y lo primero de todo, si la Majestad del Rey se profesase no solamente católico, como siempre lo ha hecho, sino contrario abiertamente y enemigo de las herejías, y declarase a todos los errores hereticales guerra manifiesta y no encubierta, éste parece que sería entre los remedios humanos, el mayor y más eficaz. De éste seguiríase el segundo de grandísima importancia: de no sufrir en su Real Consejo ningún hereje, lejos de parecer que tiene en gran estima a este linaje de hombres... Aprovecharía también en gran manera no permitir que siga en el gobierno, sobre todo en el supremo, de alguna provincia o lugar, ni en cargos de justicia ni en dignidades, ninguno inficionado de hería...

Y si se hiciesen algunos escarmientos, castigando a algunos con pena de la vida, o con perdimiento de bienes y destierro, de modo que se viese que el negocio de la religión se tomaba de veras, sería tanto más eficaz este remedio. Todos los profesores públicos de la Universidad de Viena y de las otras, o que en ellas tienen cargo de gobierno, si en las cosas tocantes a la religión católica tienen mala fama, deben, a nuestro entender, ser desposeídos de su cargo. Lo mismo sentimos de los rectores, directores y lectores de los colegios privados, para evitar que inficionen a los jóvenes... Todos los maestros de escuela y ayos deberían tener entendido y probar de hecho con la experiencia, que no habrá para ellos cabida en los dominios del Rey, si no fueren católicos y dieren públicamente pruebas de serlo. Convendría que todos cuantos libros heréticos se hallasen, hecha diligente pesquisa, en poder de libreros y de particulares, fuesen quemados, o llevados fuera de todas las provincias del reino...

Sería asimismo de gran provecho prohibir so graves penas que ningún librero imprimiese alguno de los libros dichos, ni se le pusiesen escolios de algún hereje, que contengan algún ejemplo o dicho con sabor de doctrina impía, o nombre de autor hereje. ¡Ojalá tampoco se consintiese a mercader alguno, ni a otros, bajo las mismas penas, introducir en los dominios del Rey tales libros, impresos en otras partes!

Ningunos curas ni confesores deberían tolerarse, que estén tildados de herejía; y a los convencidos de ella, habríase de despojarlos luego de todas las rentas eclesiásticas; que más vale estar la grey sin pastor, que tener

por pastor a un lobo. Los pastores, ciertamente católicos en la fe, pero que con su mucha ignorancia y mal ejemplo de públicos pecados pervierten al pueblo, parece deberían ser muy rigurosamente castigados y privados de las rentas por sus obispos, o a lo menos separados de cura de almas; porque la mala vida e ignorancia de éstos metió en Alemania la peste de las herejías...

Sería bien se publicase en todas partes, que los que dentro de un mes desde el día de la publicación se arrepintiesen, alcanzarían benigno perdón en ambos foros; y que pasado este tiempo, los que fuesen convencidos de herejía, serían infames e inhábiles para todos los honores; y aun pareciendo ser posible, tal vez fuese prudente consejo penarlos con destierro y cárcel, y hasta alguna vez con la muerte; pero del último suplicio y de establecimiento de la Inquisición no hablo, porque parece ser más de lo que puede sufrir el estado presente de Alemania...

Medios para plantar la sólida doctrina católica

«En primer lugar, sería conducente que el Rey no tuviese en su Consejo sino católicos, y que a éstos solos favoreciese y honrase...

Gobernadores y jueces;... sean católicos y juren que lo serán siempre... Buenos obispos, traídos de dondequiera, que edifiquen a sus ovejas con palabra y ejemplo. Además sería menester cuidar de llevar el mayor número posible de predicadores religiosos y clérigos seculares, y asimismo confesores... Podrían éstos, discurriendo por villas y aldeas, enseñar al pueblo los días festivos las cosas conducentes a la salvación de las almas... A nadie debería darse beneficio curado que, examinado previamente, no fuese hallado católico y bueno, y de bastante entendimiento.

A los rectores y públicos profesores de las Universidades o Academias, igualmente a los rectores de colegios privados, y también a los maestros de escuela, y hasta a los ayos parece que debiera ser menester, que antes de ser recibidos en sus cargos... deberían jurar que son y serán siempre católicos...

Aprovechará también que a toda la juventud propongan sus maestros uno o dos Catecismos o Doctrinas cristianas, donde se contenga una suma de la verdad católica... También ayudaría un libro compuesto para los curas y pastores menos doctos, pero de buena intención, donde aprendan las cosas que han de explicar a sus pueblos... Valdría también una Suma de teología escolástica que sea tal, que no la miren con desdén los eruditos de

esta era, o que ellos a sí mismos se tienen por tales. Pero porque es extrema en los dominios de S. M. la falta de curas, confesores, predicadores y maestros, que sean juntamente católicos, doctos y buenos, parece debería Su Real Majestad procurar con toda diligencia, en parte traerlos de otras tierras, aun con grandes premios, y en parte disponer muchos o —si pocos— muy capaces seminarios de tales sujetas, para el bien de sus dominios. Y parece que pueden hacerse cuatro seminarios:

El primero es de los religiosos que suelen desempeñar semejantes cargos... para que dedicándose a las letras, mediante la real liberalidad, puedan después salir excelentes predicadores, lectores y confesores. El segundo es del Colegio Germánico de Roma, adonde podría enviar muchos mancebos ingeniosos, haciéndoles la costa... si ya no le contenta más fundar en Roma otro Colegio semejante para los de sus Provincias de Austria, Hungría, Bohemia y Transilvania. El tercero es de nuevos Colegios, parecidos al Germánico de Roma, que podría fundar en sus Universidades bajo la enseñanza de hombres doctos y píos... Estos tres Seminarios podrían sustentarse parte de las rentas de los monasterios abandonados, parte de las parroquias desamparadas de sus pastores... El cuarto Seminario sería de Colegios donde a sus propias expensas se sustentasen mancebos nobles y ricos, que después fuesen idóneos para las dignidades seculares y eclesiásticas, aun las más altas...[186]

C

Hemos dado un extracto muy amplio de la más famosa carta que Ignacio escribió con intención de que llegase a Canisio y por Canisio al Rey Don Fernando, exhortando a éste a la firme defensa del Catolicismo en sus dominios. Se habrá notado que lo que allí se aconseja pertenece más bien a la Reforma Católica, que a la Contrarreforma, más a la renovación interna de la Iglesia, que a la impugnación del Protestantismo. Existe otra carta de Ignacio sobre el mismo argumento, algo más breve, pero que añade algunos consejos muy útiles. Que la carta (o largo fragmento de carta) es de S. Ignacio no cabe la menor duda, y que su destinatario es Pedro Canisio, parece que puede asegurarse de igual manera. El códice manuscrito no lleva inscripción ni firma; pero trata el mismo argumento con expresiones muy semejantes. Los sabios editores de MHSI le ponen la misma fecha que a la anterior (Roma 13 de agosto 1551), suponiendo que es un fragmento de la misma. Tal vez es

[186] *Ignatii Epist.* VII, 398-404. Según Braunsberger, las *Instrucciones* ignacianas fueron causo de que en Austria, Baviera y otras regiones alemanas se restaurase fructuosamente la religión católica *(Epist. et Acta* I, 494).

una carta independiente, que se escribió para Canisio y luego no se le envió porque antes se le había mandado la que ya conocernos, y ésta, con pequeñas adiciones, podría enviarse a «Francia y otros Lugares». Está escrita en italiano.

Un apéndice a la historia de la Contrarreforma: los piratas turcos

No eran solamente los enemigos interiores —herejías y cismas— los que inquietaban y ponían en apurados trances a la Cristiandad europea, y consiguientemente a la Contrarreforma católica. Había también un poderoso enemigo exterior, el Imperio Islámico, que desde el Oriente avanzaba amenazante por Hungría, y desde las costas africanas traía en constante desasosiego a Italia y España. Con el mismo furor con que intentaban sojuzgar a Europa, deseaban matar la fe de Cristo en los corazones de los cautivos. Por eso, quiero hacer mención del proyecto planeado por S. Ignacio para alejar de las naciones católicas la gravísima amenaza de la Media Luna. Una carta de Polanco a Jerónimo Nadal del 6 de agosto de 1552, nos presenta la composición de lugar y las circunstancias dignas de meditación. Hela aquí:

> «No dexare de comunicar a V. R., tuviendo comisión para ello de nuestro Padre Mtro. Ignacio, una impresión con que se halla estos días para que escriba lo que della le parece... Es el caso, que, viendo un año y otro venir estas armadas del turco en tierras de cristianos, y hacer tanto daño, llevando tantas ánimas que van a perdición para renegar de la fe de Cristo, que por salvarlas murió;... y viendo también el mal que los corsarios suelen hacer tan ordinariamente en las regiones marítimas, en las animas, cuerpos y haciendas de los cristianos, ha venido a sentir en el Señor nuestro muy firmemente, que el Emperador debría hacer una muy grande armada, y señorear el mar... Y no solamente se siente movido a esto del celo de las ánimas y caridad, pero aun de la lumbre de la razón, que muestra ser esta cosa muy necesaria, y que se puede hacer gastando menos el Emperador de lo que ahora gasta. Y tanto está puesto en esto nuestro Padre, que como dixe, si pensase crédito con S. M. o de la voluntad divina tuviese mayor señal, se holgaría de emplear en esto el resto de su vejez, sin temer para ir al Emperador y al Príncipe el trabajo ni peligro del camino, ni sus indisposiciones, ni otros algunos inconvenientes.
>
> V. R. encomiende esto a Dios N. S. y mire en ello, y avise presto de lo que le parece... Por comisión de N. P. Mtro. Ignacio, Joan de Polanco».

El proyecto ignaciano, bien detallado, lo mandaría Polanco al P. Na-

dal, que se hallaba en Mesina. En Mesina se hallaba también el Virrey de Sicilia, D. Juan de Vega, servidor fidelísimo del Emperador y amigo entrañable de todos los jesuitas. Nadal sería utilizado como intermediario para D. Juan de Vega, y el Virrey, buen conocedor de la guerra y de los territorios africanos, podía fácilmente tratar con el Emperador sobre las ventajas e inconvenientes del proyecto. ¿Lo hizo? No lo sabemos. Lo único que conocemos bien es el proyecto político-militar-financiero, tal como fue enviado por Polanco a Nadal el 6 de agosto 1552. Consta de dos partes: I. *Razones en pro de la gran armada*. II. *Arbitrios económicos para poder financiarla*.

Seguramente que en la primera parte ni Carlos V ni Felipe II hallaron dificultad alguna. De la segunda no nos atrevemos a decir lo mismo. El optimismo de Ignacio es patente; más bien debe llamarse idealismo encendido de entusiasmo:

> «Gente no ha de faltar a S. M., que la tiene, por la divina gracia, mejor que príncipe del mundo que se sepa; los dineros se podrían sacar de diversas partes» *(de las Ordenes monásticas, de las Ordenes militares, de los Grandes y caballeros seglares, de los mercaderes, de las ciudades marítimas, de Portugal, de Génova, Luca y Siena, de Florencia, del Papa (?), del mismo Emperador)*. «Sin fatigarse mucho podrían mantenerse más de doscientas y aun... trescientas velas, y las más o cuasi todas galera.»

Este mismo número de 300 velas, sañalado por Ignacio en 1552, le bastaron a Don Juan de Austria en 1571 para deshacer en Lepanto la potencia naval del Islam. Veinte años antes el triunfo hubiera sido fácil y decisivo.

De todos modos, no deja de ser interesante ver a un místico, absorto en las cosas divinas, ponerse a excogitar campañas militares y operaciones financieras, no por ventajas personales o familiares, sino por defender a la Iglesia y a las naciones católicas, que estaban en peligro, y por salvar «tanto número de personas... que padecen de los infieles, se hacen moros o turcos; y destos hay tantos millares entre ellos, que el día del juicio verán los príncipes si debían menospreciar tantas ánimas y cuerpos que valen más que todas sus rentas y dignidades y señoríos, pues por cada una dellas dio Cristo Nuestro Señor el precio de su sangre y vida»

Sorprende a primera vista esta distracción —llamémosla así— del Santo que parece olvidar los graves problemas religiosos, que angustian constantemente su corazón y ponen en conmoción al mundo entero, para

dejar volar su pensamiento a los tristes cautivos de Argel o de Constantinopla o a los piratas que asaltan de sorpresa las ciudades costeras. ¿Será que en los últimos años de la vida de Ignacio se despertaron en su mente ya débil las fantasías militares de su juventud? Nada de eso. Todo lo que apunta en sus proyectos de defensa contra el Gran Turco entra perfectamente en los altos ideales que llenaban su alma y su vida: Defensa de la Religión cristiana; defensa de los pueblos católicos (máxime de España); defensa de los cautivos cristianos, que estaban en peligro de perder la fe en las mazmorras de Berbería; defensa de la Iglesia Católica y defensa de Europa.

He dicho poco ha, que es casi cierto que el Virrey Juan de Vega leyó el *Memorial* de Ignacio y dialogó con el Emperador sobre sus ventajas y desventajas. Esto se deduce de una carta del 30 de enero de 1554, en que Ignacio, conocedor de un proyecto que estaba poniendo por escrito Don Juan de Vega, quizá para mostrarlo al Emperador (si ya no fue el Emperador mismo quien le ordenó redactarlo), se alegró con su lectura. Se lo dice Polanco a J. Doménech el 16 de enero de 1554:

«Ha visto N. P. el Discurso del Signor Juan di Vega acerca de la armada, y parécele tanto bien, que si así pareciese al Príncipe (Felipe II) y a S. M., habría poca duda en la execución, para la cual desde acá ayudaremos todos con oraciones; y parece debría S. E. insistir mucho en que se pusiese por obra lo que Dios N. S. le ha dado a sentir».

CAPÍTULO XII

COLEGIOS DE LA COMPAÑÍA. SU ORIGEN, NATURALEZA Y PROPAGACIÓN

En la biografía de aquel hombre que se llamó Ignacio de Loyola y que logró fascinar con la fuerza de su virtud y de sus altísimos ideales a tantos héroes que hoy siguen siendo admiración y pasmo de los que van tras ellos, no se pueden omitir los rasgos más esenciales de su retrato histórico, lo más vital de su espíritu creador, ni lo más nuevo de las obras e instituciones que nos dejó en herencia.

La biografía de aquel noble guipuzcoano, que, trabajando siempre en silencio y en la soledad de una celda monacal, gobernaba la mitad del orbe civilizado, nos está diciendo con voz clara que no hace falta gritar ni moverse mucho, para que la mitad del mundo gire a nuestro alrededor. Lo están proclamando los miles de cartas que recibía y otras tantas que escribía a todas las clases sociales: a príncipes y obispos, a embajadores y magnates, a cortesanos influyentes y a damas de alto rango, a santos y pecadores, a doctos y profanos, a monjas que buscan su dirección espiritual y a tantas y tantas personas que le piden luz y consejo en los angustiosos problemas que plantea la vida.

Los Papas acudían a Ignacio para resolver mil negocios, y era voz pública que Ignacio acudía siempre a los Papas y éstos no le negaban nunca nada.

¿Qué es lo más grande y valioso que Ignacio hizo por lo que entonces se decía «la reforma eclesiástica»? Es decir, por el bien de la Iglesia. Creo que la victoria más decisiva y universal del Santo consistió en el hecho de descubrir un apostolado nuevo, o mejor dicho, una nueva forma de apostolado.

La creación de los Colegios para la educación de la juventud, así laica como clerical, el medio mejor para reformar, rejuvenecer y revitalizar la Iglesia. Los innumerables Colegios fundados por Ignacio en las principales ciudades y naciones no son sino el cumplimiento de las palabras de Cristo: *Docete omnes gentes,* enseñad, instruid, mostrad a todos la verdad.

Influjo de los Colegios

Ese apostolado de la educación y de la enseñanza, desconocido o por lo menos no practicado sistemáticamente hasta que Ignacio lo fue imponiendo por medio de colegios y Universidades, tal fue la creación ignaciana de mayor influencia en la sociedad. Creación lenta como vamos a ver, porque no nació de una manera intuitiva y fugaz, a manera de relámpago en la mente de un sabio; fue más bien efecto de la experiencia con distintos maestros y en múltiples escuelas. Cuanto más se contempla y observa ese carácter, o si se quiere, esa faceta de tipo educacional que transformó el alma de tantas naciones más se admira uno de la prudentísima sabiduría de Ignacio. Y es que Ignacio abrió los ojos, aunque no desde la primera hora, a aquel principio y fundamento de su apostolado universal: *«Todo el bien de la Cristiandad y de todo el mundo depende de la buena institución de la juventud»*, palabras que estampó en su hermosa carta al rey Felipe II el 14 de febrero de 1556, y que Ribadeneira, desde Amberes transmitió al monarca.

Al ritmo con que proliferan los Colegios en Europa, Asia y América, se multiplica el número de jesuitas y su enseñanza se perfecciona en método y doctrina, antes de que nazca la *Ratio studiorum,* que alcanzará una fuerza enorme, modelando las cabezas de miles de personas doctas y formando maestros promotores de las ciencias humanas. Y esto, lo mismo en los gimnasios, liceos y colegios de Italia, España, Francia y Alemania, que en todos los demás establecimientos educativos de Asia y América. Una misma máquina de pensar diríase que reina en todas partes. No había entonces otra mejor. La misma gramática latina y el mismo texto de retórica se dejan oír y entender entre los alemanes y polacos, húngaros y españoles, en las pampas americanas que en las orillas del Ganges y del Sena. Y téngase presente que el jesuita creado por Ignacio no suele ser únicamente maestro de escuela o de Universidad; es hombre de cátedra y a la par itinerante; es misionero, predicador, confesor y catequista. Pero es sobre todo, como escribió H. Boehmer, «profesor de enseñanza secundaria y superior; la Compañía no es en primer término una sociedad consagrada a la misión interior; es sobre todo una Orden docente y el General no es ya simplemente el director de una compañía de Sacerdotes para la misión exterior e interior, mas también y al mismo tiempo, el dispensador de la enseñanza superior en toda la Europa católica».

Nacida la Compañía como Orden esencialmente misionera, se convirtió muy pronto, sin abandonar su primera orientación, en Orden

docente.

Jesuitas como orden docente

Con este epígrafe un historiador alemán, menos conocido de lo que se merece, hizo un esquema histórico de la enseñanza jesuítica en tiempos el Fundador, jugando sencillamente con algunas fechas y dejándolas hablar en su seco y penetrante lenguaje. Me refiero al escritor Heinrich Boehmer. Ningún protestante alemán ha sabido prestar a su pluma tanto atractivo y al mismo tiempo huronear los archivos y estudiar las fuentes documentales con tanta profundidad y exactitud crítica sin otro amor que el de la verdad. Su editor Hans Leube dice de Heinrich Boehmer, que le domina siempre el «Fanatismo de la Verdad» *(Wahrheitfanatismus)*. No podrá en todas las ocasiones liberarse de prejuicios o concepciones subjetivas ni faltarán frases abultadas y falseadas por la exageración; pero su sinceridad es evidente. Son muy valiosos sus estudios sobre Martín Lutero, emprendidos en su juventud (1906, 1914, 1918, 1925) y no menos los consagrados a la Compañía de Jesús, que dejó incompletos en 1914.

Tratando de la Compañía como Orden docente, atinan muy certeramente Boehmer-Monod aseverando que entre las numerosas tareas y deliberaciones que se les presentaron a los primeros Padres en 1539, es decir, poco antes de la aprobación pontificia, no aparece ninguna duda o discusión acerca de la enseñanza superior. Y se preguntan: «¿Cómo Ignacio llegó a ensanchar y transformar su programa de tal forma que le diese un alcance tan general para la historia del mundo? Si el jesuita, responden, debe hacerse todo a todos para ganarlos a todos, según el dicho de S. Pablo (1 Cor 9,22), eso quiere decir que no debe ser solamente superior a sus hermanos en energía y celo por la fe, sino que los debe superar también en cultura intelectual. Nadie lo comprendió mejor que Ignacio. Por eso el desarrollo intelectual tuvo en la educación de los neófitos de la Orden un adiestramiento casi tan grande como el de la milicia para la doma del carácter y de la sensibilidad. Pero Ignacio pensó al principio que su Orden no debía ocuparse directamente sino en la segunda tarea. Dejaba la primera a las Universidades católicas... Así encontramos, luego de 1540, asociaciones de escolares jesuitas en las Universidades de París, Padua, Coimbra, Alcalá, Valencia. Lo más ordinario es que habitasen en una misma casa bajo la dirección de uno o más sacerdotes de la Orden, los cuales vigilaban el trabajo y de tiempo en tiempo servíanles de repetidores o dirigían sus disputaciones. Pero seguían los cursos de las Universidades

con los otros estudiantes».

El Colegio-Seminario de Santa Fe en Goa

Se ha dicho y repetido que el primer Colegio jesuítico nació en las misiones de Oriente, a la sombra y bajo la protección de Francisco Javier. Creemos que tal afirmación hay que puntualizarla para que sea perfectamente exacta. Cuando en mayo de 1542 llegó el Gran Apóstol a las costas de Goa, solo había en aquella ciudad un Colegio de niños de corta edad y de rudísima formación, fundado poco antes por el piadoso presbítero portugués Diogo de Borba. Entraban los niños pobres y desaliñados, aunque de ingenio despierto, cuando sólo contaban cinco o seis años. Otros doblaban y aun terciaban esa edad. Más que un colegio, aquello parecía un grupo de acólitos y sacristanes, o una escuela de catequética que lleva el apelativo de la parroquia. Prevaleció el nombre de «Colegio de Santa Fe de Goa».

En el verano de 1542 estaban para concluirse las obras del edificio. Así lo indica Francisco Javier en carta del 20 de setiembre.

«Hay ya —dice— más de sesenta mochachos naturales de la tierra, de los cuales tiene cargo un Padre Reverendo *(Magister Didacus)*. Estos este verano habitarán en el Colegio. Entre estos hay muchos, y cuasi todos, que saben leer y rezar el officio, y muchos dellos escrebir. Y algunos van los domingos a servir en las parroquias».

El número que da S. Francisco Javier en 1542 de «sesenta muchachos rurales de la tierra» lo repite el *Chronicon* de Polanco en 1545 con estas palabras: «Eran casi sesenta los jovencitos *(sexaginta adolescentuli)*, entre los diez y los veinte años, de los cuales casi veinte se daban a la Gramática, otros aprendían a leer y escribir, todos se instruían en la doctrina cristiana y en las buenas costumbres...; e incluso predicaban en su lengua nativa, aunque todavía no estaban bien instruidos en el catecismo y en las oraciones».

¿Cuál era la finalidad de este naciente Colegio? Javier lo explicó en carta a Ignacio del 20 de setiembre de 1542, es decir, en sus mismos orígenes:

> «Díxome el señor Gobernador que os escribiese muy largo deste Colegio y su fundación. Fue fundado para que ahí fuesen ensenyados en la fe los naturales destas tierras, y destos que fuesen de diversas naciones de gentes; y después que fuesen bien instruidos en la fe, mandarlos a sus naturalezas para

que fructificasen en lo que eran instructos... De los que han de venir dessea el señor Gobernador que entre ellos veniesse algún predicador, el cual se occupase con los clérigos en exercicios espirituales, o en leerles alguna cosa de la Sagrada Escritura o de materia de sacramentis, porque los clérigos que vienen a India no son todos letrados».

¿Quién llamará a esta institución escolar «Colegio jesuítico»? Colegio en hierba, bien podría decirse, pues ya empezaban a verdear y crecer sus primeras plantas y solamente los frutos del mañana traerían la verdadera definición. Pero ¿Colegio jesuítico? Se quería que en adelante lo fuese, mas por entonces no lo era. No era un Colegio de la Compañía, porque todavía las autoridades eclesiástico-políticas no lo habían donado a los Superiores de la Compañía, y por tanto ni la enseñanza estaba en manos de los jesuitas, ni éstos podían disponer del edificio y sus aulas. Mucho menos podrá decirse «el primer Colegio jesuítico».

Tan sólo en 1548 —sostiene L. Lukács, editor de los *Monum. Paedag*.— la dirección del Colegio o Seminario goano pasó a manos de los jesuitas por voluntad de las autoridades. Desde aquel momento podía decirse Colegio plenamente jesuítico

El P. Lancilotti en carta a S. Ignacio con fecha 12 de enero de 1551 refiere lo siguiente:

El Rector contra los niños indígenas

«Yo (Nicolás Lancilotti) tenía nombre de Rector, pero eran otros los que regían... Estos buenos hombres edificaron aquel Colegio y reunieron hasta 70 adolescentes de todas las lenguas que pudieron, entre los cuales había muchos no sólo bárbaros, sino muy agrestes e incapaces de toda doctrina y virtud y eran de casi 20 años de edad y no había modo de enseñarles las virtudes y buenas costumbres, porque ignoraban nuestro idioma y sólo hablaban como papagayos... Muerto el Maestro Diogo (Borba)... vino Antonio Gómez con suma autoridad... Y a todos los adolescentes (indígenas) que estaban en el Colegio, mayores y menores, los expulsó del Colegio y recibió en su lugar jóvenes portugueses... Apenas empezó a actuar con autoridad recibida del P. Simón Rodrigues (de Lisboa) se dio a tachar nuestra manera de comer, de beber, de dormir, de leer, de orar y asistir a misa... A los indios, como los veía inquietos, indevotos y sin espíritu, no los podía sufrir... Yo, por orden del Maestro Francisco, me marché a Cochín. Y apenas me aparté de allí, comenzaron los indígenas a

saltar los muros del Colegio y ponerse en fuga... Este Antonio Gómez (el rector) es hombre honrado y bastante buen predicador y amante de la Compañía, mas para gobernar es el menos idóneo a juicio de todos... El Colegio de Goa todavía no es de la Compañía (12 de enero 1551) sino únicamente su administración; tiene 2.000 y 500 ducados de renta, que da el Rey no para provecho de la Compañía, sino para la alimentación de los niños recién convertidos a la fe».

Aquello fue una verdadera revolución desde arriba. Niños que se escapan del Colegio, saltando las paredes para huir del castigo del Superior; serios adolescentes que eran expulsados del Colegio por el único pecado de pertenecer a alguna de las muchas razas de la India. Antonio Gómez, natural de la isla Madeira, quería que todos los alumnos del Colegio fuesen portugueses. La mayor parte del alumnado tuvo que ceder a la ley de la raza. El Virrey y el obispo hicieron lo posible por defender a los pobres perseguidos. Autoridades y caballeros le ruegan al testarudo jesuita que torne a mandar poblar el Colegio con niños de la tierra. El Virrey D. Antonio de Noronha decía el 5 de enero de 1551: «Un día, sin parecer del Obispo ni de ninguna otra persona secular, solamente con consentimiento de Jorge Cabral (Gobernador) echó Antonio Gómez todos los muchachos fuera del Colegio, y amanesció el otro día tan solo, como la tierra en que mueren de peste».

Más de treinta eran los muchachos expulsados sin razón valedera. Ante aquel panorama de desolación y tristeza, el P. Lancilotti pudo escribir a San Ignacio el 6 de enero de 1551: «En el Colegio de Goa ya no hay ningún indio; a todos los lanzó el P. Antonio Gómez, y tornó para nuestra Compañía hombres portugueses, veintitantos, según él me tiene dicho».

¿Y ése era el primer Colegio jesuítico? Buen modelo para los que vinieran detrás. El remedio lo puso el gran Apóstol de las Indias, apenas regresado del Japón. Dispersó a los que actuaban de cualquier forma en el deshecho Colegio, a uno lo mandó a Cochín, a otros a Bassaim, a otros Maluco y Malaca, a Gómez, ex-rector de Goa, tan buen predicador como mal gobernante lo expidió más lejos al Norte. Había aprendido a conocerlo demasiado tarde; anteriormente lo había ensalzado públicamente como gran predicador, y ahora veía que le faltaba humildad y caridad. Siendo Rector del colegio, discutía con el Superior mayor por cuestión de criterios y no sabía obedecer ni mandar. Con decisión enérgica que no toleraba la más mínima muestra de desobediencia, el santo misionero lo mandó a la isla de Diu, que los portugueses habían convertido en castillo o fortaleza

en el golfo de Cambaya (N.O. de la India). Y cuando Javier se informó plenamente de las injustas y estúpidas medidas tomadas por aquel vanidoso Rector en el colegio, lo despidió de la Compañía. El último golpe vino del cielo, pues habíendose embarcado Antonio Gómez para dar cuenta de sí ante Ignacio en Roma, estalló en el viaje una violentísima tempestad, en la que sucumbió bajo los rayos y las olas.

Menos mal que aquel naciente y casi muerto Colegio de San Pablo de Goa en pocos años se regeneró, y creció muchísimo, no tanto en letras y ciencia como en número y virtud.

Variedad de Colegios jesuíticos

En el primer esbozo de las *Constituciones* trazado en 1541 por Ignacio y Codure, en representación de los demás compañeros, hallamos una prohibición que puede sorprender a primera vista: «No Estudios ni lecciones en la Compañía» ¿Qué quiso significar S. Ignacio? ¿Que en las casas de la Compañía no se den lecciones en orden a una carrera, ni se organicen «Estudios» para ello? Nada de eso. La *Compañía* de que ahí se habla es la *Compañía profesa*. A los profesos se les prohíbe que se consagren oficialmente a la enseñanza, porque los profesos eran muy pocos, cuando más, 60, según la bula *Religioni militantis Ecclesia*e (1540), y en el concepto del Fundador, habían de ser «un escuadrón de caballería ligera», que se pudiese movilizar rápidamente a una parte y a otra con la mayor prontitud, lo cual ciertamente no era factible, si los pocos profesos que había en casa debían estar hincados en sus cátedras[187]. Los profesos de cuatro votos guardaban pobreza absoluta y no podían cobrar ni un céntimo por sus lecciones. En cambio, los estudiantes que no habían profesado solemnemente, podían, con permiso de la Santa Sede, vivir de las rentas que les procurase un rico bienhechor. Así queda bien clara la frase ignaciano: «No haya Estudios ni lecciones en la *Compañía profesa»,* pero sí —según la aguda solución de Laínez— en la Compañía no profesa, en los jóvenes escolares, que viven de las rentas o donaciones de algún generoso protector.

Cuando en los primeros documentos habla Ignacio de Colegio de la Compañía, se refiere a domicilios o pupilajes de escolares jesuitas, que

[187] La restricción del número de profesos a 60 por Pablo III (1540) se debió a la obstinada voluntad del cardenal Guidiccioni, pero fue derogada por el papa en su bula *Iniunctum nobis* (14 marzo 1544), accediendo gustosamente el mismo Guidiccioni, amigo ahora de S. Ignacio.

asisten a alguna Universidad o Colegio externo, pero tienen algún bienhechor que les paga la carrera. Así vemos aparecer frecuentemente en sus cartas los Colegios de París (1540), los de Padua, Coimbra y Lovaina (1542), Colonia y Valencia (1544), Barcelona y Valladolid (1545), Alcalá (1546), Salamanca (1548), etc. A veces podían decirse simplemente «Residencias de estudiantes religiosos», cuando tenían su morada en un domicilio comprado o alquilado (colegio de estudio, no de enseñanza) y seguían diariamente los cursos públicos en las Academias, Estudios o Universidades de la ciudad. Gustábale a S. Ignacio esta clase de Colegios, porque así los estudiantes jesuitas recibían excelente formación universitaria y al mismo tiempo en el trato amistoso con sus compañeros de estudio, conversaban y discutían con ellos sobre la vida apostólica y perfecta, captándolos suavemente para la mayor gloria de Dios en el seguimiento de Ignacio de Loyola.

Para formarse idea de la vida de estudio y piedad que llevaban los escolares jesuitas, viviendo en una casa de la Compañía, con la obligación rigurosa de asistir diariamente a las clases que oficialmente se dan en Institutos o Universidades, véanse algunas *Ordenaciones* escritas en 1545-1546, al tiempo que Pedro de Ribadeneira estudiaba Humanidades en la Universidad de Padua.

1. Mientras los escolares no hagan, aprendiendo con maestro de fuera Gramática, Dialéctica, Lógica, Filosofía y Teología, «nos parece en casa no se lea lección alguna en público ni en secreto».

2. «Los escolares gramáticos vayan a oír fuera sus lecciones en las escuelas de los muchachos, eligiendo el mejor maestro de gramática que se pueda, procurando oír gratis, y si no, hágase lo que se pueda. Y dichos escolares procuren entrar en clase hasta que el preceptor haya terminado todas las lecciones... Sean los primeros en andar a la escuela y los últimos en salir».

4. Si algún día la lección no es proporcionada a su saber, «pongan mucha diligencia en componer en prosa o verso, o estudiar por sí solos o enseñar a los niños que saben menos, ejercitándose en hablar latín, de suerte que no se pierda el tiempo»

Acerca de los escolares de Lógica. «6. Supuesto que en todas las Universidades de buenos estudios como París, se toman tres años y medio, o cuatro años, para oír las Artes liberales con lecciones y ejercicios cotidianos, aun en días festivos, oyendo así tres años íntegros, o tres y medio, Dialéctica y Lógica y Filosofía, y medio año para repasar todo, o

para hacer los actos y graduarse..., los dialécticos, lógicos y filósofos vayan a las escuelas públicas... Cada día tengan repiticiones de las lecciones inmediatas... y todos los domingos, después de comer dispútese públicamente con cuantos escolares de fuera quieran venir... Además de estos ejercicios, los gramáticos atiendan siempre a ejercitar el estilo en escribir y hablar latín».

Otra variedad de colegios se verá en seguida.

Por lo demás, no le agradaba a Ignacio que sus hijos y discípulos, siendo tan pocos, consumiesen sus esfuerzos y trabajos en dar lecciones a los externos, descuidando otros ministerios apostólicos. En cambio el ardiente reformador de los estudios eclesiásticos, Claudio Jayo, hacía lo posible estimulando a los obispos a fundar cátedras de teología, donde seriamente se estudiase la ciencia sagrada. Jayo proponía que S. Ignacio enviase a las Universidades alemanas algunos eminentes jesuitas que enseñasen la sana y genuina teología a los sacerdotes enviados por los obispos, y al mismo tiempo esos obispos fundasen de su peculio cátedras teológicas donde maestros jesuitas enseñasen gratis la ciencia sagrada a los suyos y a los extraños.

Así le comunica sus planes a Alfonso Salmerón el 21 de enero de 1545:

«Esta pobre patria se ha alejado tanto de la cruz de Cristo, de la mortificación, del espíritu de Cristo, de los votos, de los consejos de Cristo Nuestro Señor, que casi a todos se les hace odioso el nombre de frailerías, compañías, mendicidad voluntaria etc. y esto en aquellas provincias donde todavía hacen profesión de ser católicos, de modo que las grandes tierras, que son aún católicas, han determinado no aceptar ni permitir hacer monasterios o iglesias de Compañías etc... Después de venir de Salzburg, he escrito una vez al Rdmo. arzobispo del dicho lugar y tres veces a Mons. Rdmo. de Eichstätt. En cuanto al obispo, es más solícito porque es canciller de la Universidad de Ingolstadt, la cual aunque ve está sin Estudio de teología, no parece que busque modo de proveer a tanta necesidad... Querido hermano mío, últimamente he querido hablar de nuevo con Mons. Rdmo. cardenal de Augsburg, acerca de estos colegios, y lo hallo tan bien dispuesto, que me ha rogado que cada uno haga lo posible para que esta obra vaya adelante... y me ha suplicado que yo escriba alguna ordenación, indicando los capítulos que deberían ser observados en esos colegios en lo que se refiere tanto a las buenas costumbres, como al modo de estudiar... Según mi parecer, algunos de nuestra Compañía, que

tuviesen espíritu y doctrina, como sería el P. Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Guillermo Postel, etc., podrían ayudar mucho a este país, siempre que se dé principio a estos colegios... Por mi parte yo soy de este parecer, que si bien nuestra vocación *no esté ordenada a hacer oficio de profesores y lectores ordinarios en las Universidades*, todavía en la necesidad tan extrema en que se halla este pobre país estaría muy bien, que algunos de nuestros compañeros, que han recibido de Dios talentos convenientes a tal oficio, cuando fuesen buscados, quisiesen suplir gratis, es decir, sin estipendio en tal oficio».

De aquí se infiere claramente que en 1545 Claudio Jayo no consideraba propio de los hijos de S. Ignacio hacer oficio de profesores y lectores ordinarios en las Universidades; y su pensamiento coincidía con el del Fundador de la Compañía. Deseaba Jayo ese oficio y esas cátedras para Alemania por la extrema gravedad de las circunstancias de aquel país, y como un suplemento temporal, mientras falten otros maestros; nótese que tampoco aspira a que se funden Colegios para muchachos externos que sean instruidos en Gramática y Humanidades. Lo que desea es que en las nuevas cátedras se les dé formación universitaria y sacerdotal. Esto es lo que necesita Alemania. Por eso dice que S. Ignacio podría enviar hombres eminentes, «como sería Micer Diego Laínez, Micer Alfonso Salmerón, Micer Guillermo Postel, etc.», es decir, lo más florido y granado que crecía con admiración general en los huertos de Ignacio.

Conforme a esta idea de Jayo, cuando se trataba de revitalizar la Universidad de Ingolstadt con una respetable aportación de profesores jesuitas, San Ignacio envió en 1549, por voluntad del Duque y de Su Santidad Pablo III, tres excelentes profesores de teología (Canisio, Salmerón y Jayo). Las lecciones eran gratuitas. Los gastos de los maestros corrían a cuenta de bienhechores como el Duque. Pero los tres jesuitas encontraron una Universidad tan ruinosa, que tuvieron que abandonarla y dejar su reconstitución para mejores tiempos.

No era Ignacio en un principio amigo de *Colegios mixtos,* en que maestros de la Compañía diesen lecciones juntamente a jóvenes estudiantes de dentro y de fuera. El tenía sus razones bien fundadas, pero en aquellos años en que tanto vuelo cobraban los Institutos de enseñanza, la idea (y aun el ideal) del colegio se iba difundiendo por todas partes, así que nada tiene de extraño que penetrase también en la mente de Ignacio, llevándole al convencimiento de que la educación y la enseñanza de la juventud eran necesarias para todos, incluso para los estudiantes laicos. Vio

en ello un instrumento de singular importancia para sacerdotes y para seglares y consiguientemente se persuadió que era un medio muy eficaz para conseguir los fines que pretende el Instituto de la Compañía. Así surgió un nuevo tipo de Colegio jesuítico, en que profesores de la propia Orden ponían cátedra en su propia casa para los suyos y no cerraban las puertas a estudiantes de fuera que deseaban cursar sus estudios bajo profesores autorizados de la Compañía.

El Colegio y la Universidad de Gandía

El Duque de Gandía se ofreció a fundar un colegio de este tipo en su ciudad. El santo Duque, como le apellidaba el pueblo, que ya sentía íntima propensión hacia la Compañía de Jesús, consagraba su viudez a las grandes obras de caridad y beneficencia (el hospital, la colegiata de Gandía, la educación de los moriscos). Ignacio le desaconsejó el colegio de moriscos, cambiándolo por un colegio para la educación de la juventud gandiense, colegio mixto, pues asistirían, además de los niños y jóvenes de la ciudad, los escolares de la Compañía y por supuesto los profesores, todos o casi todos jesuitas. Ignacio mandó de Coimbra dos buenos sujetos (Oviedo, teólogo, y Onfroy, filósofo); además otros cinco hermanos venidos de Roma para las clases inferiores. Empezaron las lecciones en noviembre de 1545. En 1546 el Rector, P. Andrés de Oviedo, quiso celebrar solemnemente la apertura de los estudios. El espectáculo, conforme al gusto del tiempo, consistió en una ceremoniosa disputa escolástica, que duró dos días. Allí se veían no pocos prelados en compañía del Sr. Duque, otras personas nobles y doctas, y por supuesto un buen número de alumnos externos, cosa inusitada hasta entonces. Profesor de artes y filosofía era el P. Francisco Onfroy, que defendió tesis de Lógica, Física, Filosofía moral y Teología. La novedad del acto impresionó a no pocos padres de familia, que pidieron inmediatamente al Rector fuesen admitidos sus hijos a los cursos. De hecho algunos muchachos de la ciudad empezaron a frecuentar las lecciones. No eran muchos ciertamente, pero puede decirse que era el primer colegio en que Padres de la Compañía dictaban sus lecciones juntamente a jóvenes, fuesen laicos o religiosos. De los laicos el más distinguido era Carlos Borja, Marqués de Lombay, hijo primogénito del santo Duque de Gandía.

Había que empezar por la construcción del edificio donde tendrían lugar las lecciones. A principio de mayo de 1546 el Beato Pedro Fabro y el Duque juntamente con otros allí presentes, fueron poniendo con devotas

oraciones litúrgicas la primera piedra, la segunda, etc.

Aunque el alumnado que empezó a concurrir cotidianamente a las clases no era muy nutrido, ni podía serlo, porque la población gandiense en 1547 no pasaría de 400 hogares, todavía los conductores de aquel colegio miraban con placer su lento progreso, porque los avances intelectuales y espirituales de aquella juventud saltaban a la vista.

Por eso Francisco de Borja concibió el audaz pensamiento de elevar aquel colegio al rango de Universidad. Teniendo a Pablo III y a Carlos V de su parte y con vivos deseos de complacer a un Borja y un Loyola, todo parecía fácil y hacedero. Loyola se encargó de negociar el asunto ante la Sede Romana. Puso en ello todo el empeño que solía; supo esperar y vencer las dificultades. Y a mediados de 1547 le anunciaba al Duque de Gandía: «Cuanto a los negocios de la Universidad y de otras cosas adherentes, donde V. Sría. tanto me encarga y me manda... haré solicitar cuanto pudiere a los que tienen el cargo, y terne muy especial cuidado dello».

El papa Pablo III no puso la menor dificultad en acceder bondadosamente a lo que se pedía. Y se apresuró a firmar la bula *Copiosus in misericordia* (4 de noviembre 1547), que luego fue solemnemente publicada en Gandía el 1 de marzo de 1549. Empieza ponderando los beneficios que resultan de los estudios sagrados, las comodidades de Gandía para los estudios y los méritos de Francisco de Borja, autor de la súplica. Continuaba así Su Santidad: «Erigimos e instituimos, a honra de Dios y gloria de su santísimo nombre, en el dicho pueblo de Gandía, Universidad de estudio general, la cual allí por los siglos venideros florezca y se frecuente, y en la cual se enseñen Lógica, Dialéctica, Filosofía, Teología escolástica y positiva, y las demás facultades y lenguas que se juzgare convenir para la salud de las almas, a juicio del Rector de aquel Estudio, que el Propósito de la Compañía de Jesús eligiere, a cuyo cargo también esté poner, quitar y dirigir los maestros, lectores, los demás oficiales y ministros, señalar y moderar sus salarios, y la disposición y gobierno de todas las demás cosas que pertenecieren a la Universidad».

El 20 de marzo de 1548 Ignacio de Loyola despachó las patentes, admitiendo la dirección de la Universidad y mandando que se pusieran en ella ocho maestros, tres de Gramática y de Letras humanas, tres de Filosofía y dos de Teología; dejando, empero, al arbitrio del Duque el aumentar o disminuir el número de maestros.

Erigida por Pablo III con los mismos privilegios que las de París, Va-

lencia, Salamanca y Alcalá, no tuvo el éxito que se esperaba, porque desde el principio hubo mucha escasez de estudiantes. Desde que en 1556 se suprimió la Facultad de Teología, la decadencia se precipitó y Gandía se convirtió en un Colegio de segunda categoría, al decir de Astráin.

El gran colegio de Mesina (1548)

El caso de Gandía abriendo las puertas de su colegio, desde 1546, no sólo a los jóvenes jesuitas, sino a los seglares externos, parecía un caso excepcional, que S. Ignacio aprobaba, al parecer, por el respeto y veneración que le merecía la figura de Francisco de Borja, deseosísimo de dar prestigio literario a la pequeña capital de su ducado. Además, la ciudad entera se hallaba dispuesta a colaborar cuanto pudiese.

En Mesina de Sicilia, en cambio, no existía tal presión moral de un fundador ilustre, porque el Virrey de la isla, que ciertamente deseaba un colegio, tenía suficiente confianza en Ignacio de Loyola para pedirle un favor, sin hacerle presión alguna, y bastante autoridad sobre los jurados de la ciudad para impulsarlos a sacrificarse por la enseñanza de la juventud.

Como director espiritual del Virrey Juan de Vega, nobilísimo caballero español, y de su esposa y familia, fue enviado a Palermo por S. Ignacio aquel valenciano a quien ya conocemos, P. Jerónimo Doménech, que se afanaba por reformar la moralidad de la isla en sus múltiples aspectos y elevar el nivel espiritual del pueblo y particularmente de los sacerdotes. Ayudábale en todo la Virreina, Doña Leonor Osorio, la cual conociendo el fruto manifiesto que producía el recién fundado Colegio de Gandía, se propuso hacer lo mismo en Palermo o en otra ciudad de Sicilia.

Doménech y Leonor acudieron a los magistrados de la ciudad, los cuales, por medio del Virrey, se dirigieron a San Ignacio, el cual de acuerdo con Pablo III, recibió con alegría el proyecto, que de tiempo atrás estaba forjando en su cabeza, sólo que en vez de Palermo, como sede del futuro colegio, señaló la ciudad de Mesina, cuya situación geográfica, abierta al Oriente y al Occidente, le pareció más apta para la navegación y los viajes.

En la fundación del colegio de Mesina las autoridades civiles intervienen con más empeño y decisión que las autoridades de otras ciudades y la fundación de sus respectivos colegios. Así el 19 de diciembre de 1547 dirigen una carta al P. Ignacio de Loyola, que empieza así:

«Teniéndose aquí verídica información de que en la Congregación de

los religiosos del Nombre de Jesús, que está a cargo de V. R., hay personas doctísimas y religiosísimas que con la doctrina y con obras evangélicas son de mucha utilidad para la república cristiana, ha deseado en gran manera esta noble ciudad, tener algunas personas de la dicha Congregación, que leyesen, predicasen e hiciesen el fruto que suelen hacer donde quiera que habitan, ... con licencia del Ilustrísimo Señor Juan de Vega, que con su mucha religión, prudencia y excelente virtud ha hecho saber el caso a V. R., a quien rogamos por favor quiera mandar cinco maestros en Teología, otros de casos de conciencia, otro de artes, otro de retórica y gramática, y otros cinco religiosos de la misma Congregación, que estudian y atienden a obras y ejercicios cristianos; a los cuales dará esta noble ciudad el alimento y vestido completamente, según tendrán necesidad, con las estancias oportunas y ropas necesarias, a fin de que esto se hiciese de nuestra parte con la firmeza y consideración que convenía, la ciudad ha tratado y acordado en su consejo ordinario, confirmado y aprobado por el Ilustrísimo Señor Virrey a instancias de la dicha ciudad». El Virrey y la Virreina, con las autoridades de la ciudad se comprometieron a procurar todos los subsidios económicos que necesitase el Colegio.

El 8 de abril de 1548 desembarcaron en las playas de Mesina, el P. Nadal y sus compañeros de magisterio (en total 10), siendo aclamados por los magistrados de la ciudad, presididos por la alta dignidad del Virrey y por la gozosa multitud que saludaba a los fundadores del Colegio. El 26 de abril se abrieron las escuelas. El profesorado «se ha cortado del mejor paño que había (son palabras de Nadal) y esto digo por no me alargar como se alargaba el Mtro. Miona, que decía que era felicísima Sicilia donde iba tal gente, no solamente en bondad, pero aun en letras».

Profesores y facultades

«De la suficiencia dellos —continuaba Nadal en carta del 18 de marzo— yo diré en suma lo que se siente acá, donde hay experiencia dello, porque se ha hecho que cada uno lea en la facultad que ha estudiado; quien latín, latín; quien Lógica, Lógica; quien Física, Física; quien Teología escolástica y positiva, en la una y la otra; quien en todo ha estudiado, en todo; y tras ello que hiciese un sermón...»

«Primeramente, el Mtro. Nadal, que va por lector de Teología scolástica, es docto en ella, y en la Escritura, y en la positiva; tiene cognición de decretos y concilios, etc. El mesmo es docto en matemáticas, que las ha

leído en París... Es asimesmo docto en artes, y en letras de Humanidad, latinas, griegas y hebreas, como allá verá por experiencia.

Maestro Andrés (Frusius, des Freux), que va por lector, no sé de qué, porque es para todo..., docto en artes y en Teología scolástica, tiene eminencia en las lenguas latina y griega, y también sabe la hebrea... Tiene especial don de Dios en verso...

Maestro Pedro Canisio, aunque ha oído el curso de artes y algo de la Teología scolástica, más versado es en la Scritura... y tiene eminencia en la lengua latina, prompta y elegante...

Mtro. Cornelio (Wishaven) es graduado en artes y tiene algo de todo, también ha predicado en su lengua... Si lee allá, será en Gramática... Isidoro (Bellini), ultra del latín y principios de griego, ha studiado el curso de artes con diligencia; y como tiene mucho buen ingenio... hase echo docto en ellas...

Benedicto Palmio tiene buenas letras de Humanidad latinas, y algunas griegas, y de retórica, y ha oído Lógica y Física...

Aníbal du Coudrey es razonablemente docto... en letras de Humanidad, y ha también oído Lógica y Física, y aun medicina... Tiene muy gentil juicio...

Rafael (Riera) tiene mediana lengua latina y ha también oído algo de las artes, y en ellas se ha aprovechado razonablemente...

Martín (Mare) tiene razonable lengua latina y ha también oído algo de las artes...

Joán Battista Bressano (Passarino) tiene Gramática, aunque no creo sea seguro en ella...

Cuanto a la vida y costumbres, esto se puede decir generalmente, que son todas almas escogidas, y de grandes dones de Dios, y muy mortificados y experimentados».

En total eran diez: cuatro sacerdotes y seis aún no consagrados.

El Rector, Jerónimo Nadal, que iba como cabeza de todos y organizador de todo el sistema pedagógico, tomó para sí la cátedra de Teología y la de Hebreo; Pedro Canisio se encargó de la Retórica; el distinguido humanista Andrés Frusio y dos jóvenes, estudiantes aún, pero buenos literatos, Benedicto Palmio y Aníbal du Coudray, no tuvieron dificultad en explicar los autores clásicos y parte de la Gramática.

El humanista Aníbal du Coudret, en una larga carta del 14 de julio de

1551, le da cuenta a Polanco de casi todas las facultades y lecciones.

Universidades y colegios solían dar principio al curso con un acto solemne en que se recitaban discursos, en que los oradores alardeaban de la más pura latinidad. Esta fiesta inaugural, preludio del curso, se tuvo en Mesina, en la iglesia de San Nicolás el 10 de abril de 1548. Estaban presentes el Virrey D. Juan de Vega, los jurados de la ciudad y una bien escogida selección de personas ilustres y doctas que escuchaban con admiración las disertaciones latinas, algunas de las cuales de carácter científico. Nadal desplegó su sabiduría sobre los misterios de la teología; Andrés Frusio sobre la necesidad de los idiomas, griego, latino y hebraico, que él bien conocía; Pedro Canisio, elocuente como era, se propuso tejer, zurcir y bordar el gran tapiz de la elocuencia clásica y sagrada; Isidoro Belini no era aún sacerdote, pero conocía bien la filosofía para contraponer e ilustrar los diversos sistemas filosóficos; tampoco había alcanzado sacerdocio Benedetto Palmio, que discurrió sobre la dignidad y utilidad de las letras humanas. Como de costumbre en tales casos, se cubrieron las paredes con poemas latinos, griegos y hebraicos.

Pero la apertura del curso no se celebró hasta el 25 del mismo mes. Y sólo el 26 se llegó a iniciar las clases. Las primeras lecciones de teología escolástica, de dialéctica, de lengua griega, de humanidades y de gramática encontraron espacio suficiente en las amplias salas y galerías del palacio arzobispal. En la carta ya citada de Aníbal du Coudray se encuentran datos curiosos e interesantísimos sobre cada una de las clases de gramática, Humanidades, Retórica, Filosofía y Teología, con los libros que hacen de texto, en cuya descripción pormenorizada no podemos detenernos. Qué gramáticas usaban, qué nombres de clásicos como Cicerón, Virgilio, Horacio, Planto, César, Séneca, Salustio, Marcial, Isócrates, Demóstenes, Hesiodo Aristófanes, Hornero, Luciano, Tito Livio, Horacio, etcétera; en una palabra, todo el mundo clásico. Y tampoco faltaban los más elegantes libros de los humanistas, como Lorenzo Valla, Erasmo, Luis Vives.

«Modus Parisiensis»

Una de las cosas principales de la metodología ignaciana, acaso lo más típico, es el método práctico con que han de proceder todos los maestros jesuitas. Es el *modus Parisiensis*, método que Ignacio alababa constantemente y lo imponía en todos los colegios.

Aconsejando a Claudio Jayo en 1551 el método que había de seguir para restaurar la Teología en la Universidad de Viena, le recomienda que

los escolares que van a cursar teología se funden bien en el estudio de las lenguas y de las «bellas letras humanas» y sigan «un curso de artes con ejercicios buenos y asiduos al modo de París, y cuando los vea bien fundados y «deseosos de la teología, entonces podrán comenzar el curso de la misma, y del mismo modo en los años consecutivos al modo de París... y cuando estén bien dispuestos, podrá ofrecer maestros de esa teología, que desarrollen cursos al modo de París...

«Al modo de París» es la fórmula que se repite siempre que se trata de regular la enseñanza en los colegios jesuíticos. Es que Ignacio, examinando los métodos pedagógicos que se empleaban en las diversas naciones, se persuadió que los profesores se cuidaban muy poco o nada de sus discípulos, principalmente en los países germánicos: y los discípulos les correspondían del mismo modo. El empeño más constante de los maestros italianos era lucirse ante los oyentes con elegantes discursos, ateniendo más a la fama del profesor, que al provecho científico de los alumnos.

En Universidad de Alcalá, aunque muy influida por París, Ignacio de Loyola no aprendió nada, por la sencilla razón de que no siguió orden ni concierto en las lecciones, alternando la gramática con las ciencias filosóficas y con la teología de Pedro Lombardo. Al ir a París, donde todo estaba tan regulado, se persuadió que tenía que empezar desde lo más elemental. El mismo lo confiesa:

> «Y la causa fue, porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa, hallábase muy falto de fundamentos; y estudiaba con los niños, *pasando por la orden y manera de París».*

Desde el primer día que entró en el Colegio de Montaigu, debió quedar sorprendido de la regularidad y puntualidad con que los muchachos entraban en las aulas apenas sonaba la campanilla; y lo tuvo presente para sus futuras ordenaciones Vio después cómo la multitud de los gramáticos no se agrupaba densamente en una amplia sala para oír las lecciones de un profesor, sino que eran divididos en secciones o clases, según lo mucho o poco que hasta entonces habían aprendido. Esto se aplicó literalmente en Mesina. Los más atrasados que aún no sabían escribir y hablar en puro latín, eran colocados en la clase ínfima, o *primera escuela;* los que ya hablaban bien en la lengua latina y dominaban la gramática iban a la *segunda escuela;* y en la más alta, la *tercera,* reuníanse bajo un maestro de arte oratoria los que ya podían leer a Cicerón y Quintiliano, y aun declarar sus principales discursos. «Eran tres escuelas distintas, cada uno con su

maestro propio, que sólo atendía a los suyos... En estas tres escuelas dichas, además de las lecciones, se tenían de ordinario *repeticiones, interrogaciones, concertaciones, composiciones, declamaciones* y otros ejercicios semejantes, según el modo y orden que se usa en París, porque éste es el modo mejor que se puede tener para llegar a ser con facilidad y perfección docto en lengua latina».

«En otra escuela se enseñará la lengua griega, comenzando por los primeros fundamentos y leyendo algunos autores griegos... con ejercicio de hablar y escribir en griego, como antes en latín. De igual modo tendrán lecciones y ejercicios de lengua hebrea, siendo una y otra muy útiles para entender la Sagrada Escritura. Otro maestro dará comienzo al curso de filosofía de Aristóteles, principiando por la Lógica con la debida Introducción... Otra lección se hará de la Filosofía moral o Etica de Aristóteles, frecuentando las disputas, etc.

También se leerá la Teología escolástica con buenos ejercicios, actos y disputaciones *según la usanza de París*... Se leerá también la Sagrada Escritura con pía y ortodoxa exposición de los Santos Padres y doctores de la santa Iglesia Católica... Con el auxilio divino se harán todas las susodichas lecciones y ejercitaciones con el mayor cuidado y diligencia, *conformándolo todo al modo parisiense»*.

Aquí está condensado casi todo el *modus Parisiensis* reflejado en la práctica, y juntamente vemos el método clásico y humanístico que impuso Nadal. Los que conozcan a Ignacio se darán cuenta de palabras como *Repetitiones* (que tan frecuentemente reaparece en los Ejercicios), *Concertationes, Composiciones, Declamationes*, etc., tan usadas por Ignacio. Este, amante siempre de la formación clásica, no sólo imponía a todos el dominio del latín y aun del griego, sino que les pedía a veces a los discípulos que le mandasen a Roma la composición latina antes de que la viera ningún maestro, pues deseaba él formarse una idea personal de la pura latinidad del alumno, antes de que interviniese la pluma del profesor con retoques y enmiendas.

Mesina y Palermo

El vuelo que tomó el Colegio de Mesina, donde Nadal, obedeciendo a S. Ignacio, siguió al pie de la letra todo lo expuesto hasta aquí, fue verdaderamente rápido y brillante. A la falange de eximios profesores con su tenacidad, su competencia en la disciplina propia, su atención personal a cada alumno, su solicitud en exigir el cumplimiento exacto de las reglas

pedagógicas y el celo apostólico que los animaba, se debió en gran parte el éxito rotundo y la fama que el colegio adquirió desde los primeros años. Polanco en su *Chronicon* nos refiere, año por año, la incansable laboriosidad de maestros y discípulos, las tesis públicas que se defendían con ardor, a veces durante dos y más días sin interrupción, los discursos de los estudiantes que entusiasmaban a los oyentes. En cierta ocasión, invitados al Capitulo provincial de los Dominicos los Padres Nadal, Canisio y Frusio, disputaron durante ocho días en la iglesia y en la catedral con tanta admiración de los presentes, que la fama del Colegio Mesinense se extendió por la ciudad y por toda la isla. Los estudiantes de gramática crecieron tanto en número y fervor, que fue necesario repartirlos en cinco clases. Nadal escribía en noviembre de 1549 a S. Ignacio, que en la clase ínfima había 78 gramáticos, en la penúltima 56, en la tercera 42, en la cuarta (de letras humanas) 14, en la quinta (de Retórica) 15 ó 16, en dialéctica 16, en filosofía 13, en teología escolástica sólo 3, pues los religiosos no habían empezado a frecuentar nuestras escuelas y casi ninguno de los seculares se hallaba maduro para estos altos es-dios. Nadal enseñaba el griego a diez discípulos, el hebreo a tres o cuatro y las matemáticas a diez o doce. A cada lección de éstas seguía una ejercitación práctica *more parisiensi*.

Las *repeticiones* semanales de cada lección, así como las *disputaciones*, etcétera, servían para ahondar y aclarar las ideas. El Colegio de Mesina empezó a descollar muy pronto como la instrucción pedagógica más perfecta de entonces, que podía rivalizar con las más adelantadas de los Humanistas europeos. Allí estaba el primer esbozo de lo que será la pedagogía jesuítica. Más aún, podía llamarse Mesina prototipo de los colegios. A su imitación surgió inmediatamente el Colegio de Palermo, ciudad preeminente de Sicilia. Personaje decisivo en esta fundación fue la piadosísima Doña Leonor Osorio, esposa del Virrey, que también prestó su ayuda generosísima al fundador de la Compañía. Treinta miembros del senado palermitano escribieron a Ignacio con urgencia, suplicándole que no se demorase en levantar un colegio en Palermo, no inferior al de Mesina.

Nada de tardanzas. Ignacio seleccionó once jesuitas de cinco naciones distintas (según era su costumbre) y dispuso que partieran para Palermo apenas pasados los calores del verano. El 25 de noviembre se solemnizó en la iglesia de S. Francisco la fiesta de la inauguración, a la que no dejó de asistir, para darle mayor realce, el Virrey, rodeado de los Jurados. Dos días más tarde se iniciaron las lecciones. Los principales

profesores tuvieron su discurso en cada clase. Entre todos cobró fama extraordinaria el joven de apenas 22 años, Pedro de Ribadeneira, por la elocuencia y elegancia de su estilo latino *(ob suam tum venustatem, tum ubertatem)*. El *modus Parisiensis* triunfó en Palermo, como en Mesina. Lo demostró el alumnado creciente desde el primer día. En la primera clase de gramática (15 febrero) había más de 160 escolares, que tuvieron que dividirse en tres secciones. Y el 31 de diciembre del mismo año 1550 comunicaba el Rector (N. Delanoy) a Roma que los escolares pasaban de 300.

Tan sólo dos colegios (Mesina y Palermo) tenían hasta entonces los jesuitas en Italia. Pero fue tan grande la resonancia alcanzada por los dos primeros, que en adelante, en el septenio de 1550 a 1556 (año en que el alma de Ignacio voló a la eternidad) el suelo de Italia se cubrió de árboles floridos, que prolongaban los días mejores del Renacimiento. No menos de 14 colegios cuyos nombres refulgen como una constelación en el mapa de Italia, se fundaron en el breve espacio de 7 años, en un alarde maravilloso de fecundidad y anhelos de progreso cultural y espiritual.

El método de Ignacio y Nadal se impone en todos los Colegios

El crecer incesante de los Colegios en toda Europa durante el gobierno del Fundador de la Compañía (1540-1556) se pone de manifiesto en el siguiente cuadro estadístico, trazado pacientemente por el P. Ladislao Lukács. Lo trasladamos aquí por ser, según creemos, el más seguro. Va dividido por naciones y en cada nación por la fecha.

Italia:

Padua: 1542; Bolonia: 1546; Mesina: 1548; Palermo: 1549; Tívoli: 1550; Roma: 1551; Venecia: 1551; Ferrara: 1551; Florencia: 1552; Nápoles: 1552; Perusa: 1552; Módena: 1552; Monreal: 1553; Argenta: 1554; Génova: 1551; Loreto: 1555; Siracusa: 1556; Bivona: 1556; Siena: 1556.

España:

Valencia: 1541; Gandía: 1545; Valladolid: 1545; Alcalá: 1546; Barcelona: 1546; Salamanca: 1547; Burgos: 1550; M. del Campo: 1551; Oñate: 1551; Córdoba: 1553; Avila: 1554; Cuenca: 1554; Plasencia: 1554; Granada: 1554; Sevilla: 1554; Murcia: 1555; Zaragoza: 1555; Monreal: 1556.

Portugal:

Coimbra: 1542; Evora: 1553; Lisboa: 1553.

Otros países:

París: 1540; Lovaina: 1542; Colonia: 1544; Viena: 151; Praga: 1556; Billom: 1556.

A estos 46 podríamos añadir otros seis Colegios, que, aprobados por Ignacio en vida, no pudieron ponerse en marcha hasta la muerte del Santo. Así nos es fácil concebir lo que el Fundador de la Compañía pudo realizar en el campo de la educación humanística, cristiana y teológica, de la juventud, en la renovación del clero alto y bajo y en la regeneración de las costumbres y de los ideales de aquella sociedad.

Lo mismo que esta siembra de Colegios en las naciones latinas multiplicaba tan abundosamente sus frutos para provecho de la Iglesia y de la sociedad, vemos que, muerto Ignacio de Loyola, le imitan sus hijos de las tierras septentrionales, labrando con entusiasmo aquel áspero y duro terruño, que no tardará en producir frutos como los que hemos visto.

El estallido primaveral no se verá hasta el último decenio del siglo XVI, pero apenas nacido el XVII, empiezan a florecer los Colegios y Universidades en los países de lengua germánica, de tal forma que impiden el paso de las sectas. Fue éste uno de los grandes triunfos contrarreformistas. En este punto el historiador católico podría contentarse con transcribir literalmente las afirmaciones de los que militan en el campamento opuesto. Pero no será necesario. El pensamiento histórico de Federico Paulsen († 1908) es bien conocido y estimado. Suyas son estas consideraciones:

«Esta ojeada rápida basta a demostrar cómo el sistema docente de los jesuitas avanza irresistiblemente. La formación del clero católico está a fines del siglo XVI, o sea, medio siglo apenas después del nacimiento de la Orden, casi del todo en sus manos. En el ancho arco que va desde la desembocadura del Rhin hasta la del Weichsel habían logrado apretar el centro de la herejía con sus colegios, como un cinturón de máquinas de asedio. La Compañía les había arrebatado de las manos a las Universidades la enseñanza casi total de las Humanidades, de la Filosofía y de la Teología, infiltrándose unas veces en sus facultades, y otras mediante institutos de concurrencia.

Las antiguas corporaciones de Ingolstadt, Viena, Praga, Freiburg,

Colonia, resistieron según sus fuerzas; fue inútil, los jesuitas salieron vencedores en todas partes... Puédese decir que la conservación de la Iglesia Católica en el Sudeste y en Noroeste de Alemania es esencialmente obra de la Compañía de Jesús. A mediados del siglo XVI el Catolicismo no tenía porvenir. La nobleza y la población de los países austriacos y bohémicos habían caído en la herejía; no había clero para impedirlo. Los grandes principados eclesiásticos del Rhin, del Ems y del Weser, estaban en peligro de convertirse en principados laicos. Las casas de Wittelsbach y de Habsburgo no hubieran podido estorbar la catástrofe con medidas políticas. Así estaban las cosas en los años 40, cuando aparecieron los primeros jesuitas en Alemania y se pusieron a disposición de Guillermo IV de Baviera y del rey Fernando. En pocos decenios, se puso un dique al avance del Protestantismo, y a principios del siglo XVII estaba el Catolicismo bien equipado para la reconquista».

Y más gráficamente explicó casi lo mismo Enrique Boehmer:

«Algunos se complacen en decir: fue el maestro de escuela quien venció en Sadowa y aseguró la hegemonía de Prusia en Alemania. Con mayor razón puede decirse, fue el maestro jesuita el vencedor en todas partes donde el Luteranismo cayó vencido; fue él quien aseguró la supremacía de la antigua Iglesia en muchos países totalmente o a medias conquistados por el Luteranismo... El mapa confesional de la Europa actual es en buena parte el resultado de las correcciones que el maestro jesuita trazó sobre el mapa confesional de la Europa de 1550 a 1556».

El Colegio Romano

Ninguno de los Colegios jesuíticos se distinguió tanto en la Reforma y Contrarreforma Católica como el Colegio Romano.

Los aplausos de Mesina repercutieron en Roma. Ignacio los escuchó con gozo, y reflexionó de este modo: Si en una isla como Sicilia se producían cosechas tan exuberantes de juventudes bien formadas para el combate de la vida, bien curtidas en la práctica de la ciencia y la virtud, que indudablemente anunciaban con sola su presencia el inminente aparecer de una nueva generación de hombres más cultos e ilustrados, más cristianos y más humanos, no había que esperar menos de una institución similar en mejores condiciones de desarrollo.

Y naturalmente le vino al pensamiento la ciudad de Roma, capital del Catolicismo, centro de toda la civilización cristiana, faro de luz y de

verdad, al que deben mirar los que no deseen extraviarse moral y espiritualmente. Para la educación de la juventud, para la instrucción del clero, para la reforma moral del pueblo, para el fomento de toda idea noble y alta, de repercusiones universales, pensó que no había en todo el orbe una ciudad más apta que Roma[188]. En aquella cumbre espiritual del mundo es donde podían funcionar perfectamente un Colegio y una Universidad que irradiasen luz y verdad a todo el mundo, y que al mismo tiempo lo magnetizasen, atrayéndolo hacia sí para darle el agua viva del Evangelio y la fe salvadora. Intuyó la trascendencia y universalidad que podía tener una institución semejante en el centro de la Catolicidad. Y desde entonces el Colegio Romano le obsesionó, aunque todavía no podía imaginarse que aquella obra sería la más grande y sublime que emprendió en toda su vida, y la más beneficiosa para el porvenir de la Iglesia. Lo podemos decir hoy, sin temor a equivocarnos, porque esa obra la estamos viendo viva, joven y en acción después de tantos siglos. Y testimonios de no pocas autoridades que trabajan en el campo contrario reafirman, con sus homenajes, nuestras convicciones.

Nos consta que Ignacio revolvía en su cabeza la importantísima fundación del Colegio Romano, que en nada sería inferior al de Mesina, ya en junio de 1549.

Un Colegio de excelentes y bien adiestrados profesores, con orden y método para la buena educación de los niños, era muy necesario en Roma, por el abandono y desorden en que yacían los niños y muchachos que asistían a las escuelas oficiales de las barriadas *(rione)* de la ciudad, bajo la dirección de *«maestri regionari stipendiati dal Senato»*. Estos *maestros de barriada*, que eran los únicos que daban la instrucción primaria, fueron los primeros y más sañudos enemigos que se alzaron violentamente contra los jesuitas, como más adelante lucharán contra las escuelas de S. José de Calasanz.

San Ignacio residía entonces, desde 1544, en la Casa Profesa, pobre y de escasas proporciones, que se alzaba junto a la iglesia de Santa María la Strada. En 1545, vivían allí, no sin aprietos, 35 o más miembros a

[188] El 27 de junio 1549 escribía a F. de Borja que en Roma hacían mucha falta dos cosas: una iglesia capaz y un Colegio igual a superior al de Messina: «La 2.ª obra es, de comenzar un Colegio aquí, en Roma, cosa que se tiene, sin dudar en ello, por singularmente buena obra y de grande servicio de Dios» (*Epist. Ignat*. II, 448). Era como decirle al Duque: si queréis emplear bien el dinero, aquí tenéis dónde. Bien sabía Ignacio que la bolsa del Duque estaba siempre abierta a las obras del servicio de Dios.

Compañía.

El 22 de febrero de 1551, domingo de Pascua, pudieron contemplar los vecinos un acontecimiento modesto, que había de tener transcendencia histórica. Quince jóvenes escolares de la Compañía, conducidos por su Rector, Juan Pelletier, salían de Santa María de la Strada para dirigirse a otra casa de modestas apariencias que los señores *Aquilani* habían cedido en alquiler y surgía en la «Via nuova Capitolina» (hoy *Aracoeli*) a faldas del Capitolio.

Sobre la puerta de entrada se veía un cartel fijo que decía: *Schola de Grammatica, d'Humanità e doctrina christiana, gratis*. Acaso esta última palabra fue la que con más fuerza atrajo hacia el nuevo Colegio la turbamulta de los alumnos, porque hasta entonces nadie había visto en Roma que las familias de los niños no tuviesen que pagar los honorarios exigidos por sus maestros.

Al día siguiente, lunes de Pascua, se iniciaron las clases. Nos lo dice Polanco en carta del 1 de marzo: «El Colegio se comenzó domingo, 22 de Hebrero, digo, la gente se pasó a él, 15 scolares; y el lunes se comenzaron diversas lecciones de latín y también de griego; y como se asienten las cosas, se pondrán lectores de todas facultades».

Y diez meses después (1 de enero 1552) vuelve a escribir: «El Colegio va de bien en mejor. Léese latín, griego y hebreo por muy buenos lectores, y creo pasan de 250 los scolares que vienen ciertos; y cada día se vee el augmento y número y aprovechamiento en letras y virtudes. Con tiempo se enseñarán las otras facultades, con la ayuda de Dios Nuestro Señor».

Ignacio, tan atento siempre a las cosas pequeñas como a las grandes, se preocupó de la vida de los colegiales en todos los pormenores. Son muy instructivas las Reglas que les dio, dirigidas al rector: *«Quello ch'il Rector del Collegio de Roma deve procurare si osservi in esso»*.

El Colegio Borja

Gracias a una subvención económica del Duque de Gandía, Francisco de Borja, se pudo pagar el alquiler de la primera casa al pie del Capitolio y mantener a los primeros escolares jesuitas y a sus maestros. Las gruesas limosnas de Borja, y más las de sus hijos, empezaron a ser de día en día más exiguas, y aunque Ignacio siempre tuvo confianza en la generosidad del santo Duque, no tardó en persuadirse que era necesario

acudir a otras fuentes. Y no dejó de hacerlo. Envió a Nadal a Portugal y España, donde encontró personas generosas, tanto en la corte de Lisboa como en la de Madrid; movió a Felipe II a que interviniera con el papa como lo hizo con encarecimiento. En Roma el cardenal Alejandro Farnese, y el embajador Francisco de Vargas hicieron cuanto estaba en su mano por favorecer al Colegio, aunque muy tardíamente. En agosto de 1553 se escribieron cartas a Felipe II pidiendo recomendaciones para Julio III y para los cardenales Alvarez de Toledo, Morone y Bartolomé de la Cueva, a todos los cuales escribió el rey calurosamente. De todos modos, Ignacio no se inmutaba lo más mínimo; tenía plena confianza en Dios y Dios le ayudaba en cualquier apuro. Un caso muy singular nos refiere Ribadeneira:

«El año de 1543 (o 1544?) morábamos en una casa alquilada en Roma. Era nuestro procurador el padre Pedro Codacio..., el cual quiso labrar la casa en que agora vivimos, y para ello compró al fiado los materiales necesarios. Mas, como no pudiese después pagar a sus acreedores y los truxese en largas de día en día, finalmente la justicia del papa envió sus alguaciles a casa para que a Codacio le sacasen prendas y se entregasen en cualesquier alhajas que en ella hallasen; pero éstas eran tan pocas y tales que mostraban bien nuestra pobreza. El ministro de casa (Jerónimo Doménech) turbado de ver la justicia en casa y tanto tropel de gente, envió luego un padre que buscase a nuestro padre... y le avisase de lo que pasaba. Hallóle el mensajero en casa de cierta persona devota de la Compañía... Dióle al oído el recaudo. Y el padre, sin alterarse nada, díxole: Bien está. Y volvióse a su plática... De allí a una hora, con alegre semblante dice a los amigos con quien hablaba: ¿No sabéis la nueva que me traían? ¿Qué nueva? dixeron ellos. Y como, sonriéndose, les contase lo que pasaba... alteráronse ellos mucho... queriéndolo remediar. Pero con la misma paz y rostro sereno: No hay para qué —dixo nuestro padre—: porque si nos llevaren las camas, la tierra nos queda que tengamos por cama, que pobres somos y que vivamos como pobres, no es mucho... Lo que (para abreviar) sucedió fue que un caballero vecino nuestro, llamado Jerónimo Astalli, salió fiador por nosotros, y con esto los alguaciles no tocaron a cosa alguna de casa. Y el día siguiente, un devoto de la Compañía, que se llamaba Jerónimo de Arce, doctor en santa Teología, sin saber nada de lo que había pasado, dio a Codacio dozientos ducados, con los cuales pagó sus deudas... Una de las cosas en que más se mostró la alteza de ánimo que el padre tenía, era esta firmísima confianza en Dios y el hacer tan poco caso del dinero».

De casos similares se puede llenar un libro, que demostraría no sólo la virtud del Santo, que eso por ahora no nos interesa, sino el hecho histórico de que aquel Colegio Romano fundado por Ignacio con tantas ilusiones y esperanzas, arrastró su indigencia los primeros años por sendas ásperas de suma pobreza. Ribadeneira refiere las hambres y los apuros que pasó el Colegio que alimentaba «gratis» sin pedir un céntimo, a centenares de alumnos con el manjar de la ciencia, mientras sus maestros apenas tenían un mendrugo de pan. Oigamos un último caso de labios de Ribadeneira: «El año de 1555, a 16 de septiembre, habiendo en Roma gran carestía y habiendo mucha gente en nuestro Colegio de Roma, y fabricándose en la viña de la Balbina, y no habiendo dineros ni para el gasto ordinario, ni para la fábrica, el P. Mtro. Polanco los fue a buscar a Bancos, y como no los hallase ni a emprestados, ni a interese, ni de otra manera, volvió a nuestro padre, y díxole lo que pasaba, y la necesidad que había de pagar aquella noche los obreros, etc.... Nuestro Padre se encerró en cámara a hacer oración... Y vuelto a Mtro. Polanco le dixo: Estad de buen asumo, Mtro. Polanco, y sustentadme el colegio estos seis meses, que el Señor nos ayudará. Fue cosa maravillosa, que el mismo día dos personas enviaron dineros a casa, sin buscarlos, con los cuales se socorrió a la necesidad presente; y cuasi al cabo de los seis meses envió nuestro Señor tantas limosnas de fuera de Roma, que se pagaron en gran parte las deudas».

Estas penurias y angustias hubo de pasar el Colegio Romano a pesar del empuje y brío con que dio comienzo a las clases con las primeras aportaciones económicas del Duque de Gandía. Tan decisiva fue esta ayuda pecuniaria, que sin ella el Colegio no hubiera nacido o hubiera muerto en la cuna. Ignacio siempre agradecido quiso darle el nombre de «Colegio Borja» o *Borgiano;* mas la humildad de santo Duque puso una resistencia invencible.

A pesar de todo, en los primeros años no faltan alusiones al «Colegio Borja», v. gr. en carta del 1 de agosto de 1551 escribe Polanco al P. Villanueva: «De las casas de Roma... van las cosas espirituales en continuo aumento, y el *Colegio Borja de Jesús* crece en letras y lo demás».

De nuevo el 21 de junio de 1554 Polanco a Nadal: *«El Colegio Borja* cada día florece más... diciendo algunos que de mil años a esta parte no se ha visto obra igual».

Que bogaba prósperamente en el aspecto académico y pedagógico, es la impresión que se saca de los datos suministrados por Polanco al conde

Diego Hurtado de Mendoza el 21 de julio de 1554. Hay gran concurso de alumnos y abundancia de profesores. De éstos, son 5 de Gramática, otro de Retórica, otro de Griego, otro de Hebraico, otro de Lógica, otro de Filosofía natural, otro de Metafísica, otro de Matemáticas y filosofía moral, más dos lecciones de Teología escolástica y una de Sagrada Escritura por varios lectores.

La Universidad del Colegio Romano

Que el Colegio Romano, aunque de reciente origen, aspiraba a la categoría universitaria, lo dice más que el gran número de alumnos, el número y calidad de los profesores. En la primera exhibición pública de gramáticos y humanistas celebrada el 28 de octubre de 1552 en la iglesia parroquial de S. Eustaquio, que pertenecía entonces a la Universidad de Roma, ostentaron los del Colegio Romano tal dominio de los temas y de los autores clásicos, bajo la alta dirección del Doctor Martín Olabe, que de ella salieron confundidos los díscolos y arrogantes de las escuelas *rionales* con sus maestros, que impugnaron las conclusiones vanamente. Dieron esplendor y solemnidad al acto cinco cardenales y varios prelados.

El ardiente deseo de S. Ignacio de elevar el Colegio a la categoría de universidad se nota bien claramente en sus cartas con altos elogios del nivel científico de sus maestros y con el afán de acrecentar más y más el número de cátedras y de profesores. El 6 de noviembre de 1553 escribe al Duque Carlos de Borja, hijo de Francisco de Borja, y a Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mélito, dándoles cuenta de «la importancia destá obra» del Colegio. «Hasta aquí —dice— había en el Colegio 24 personas, y se habían leído letras de Humanidad, latinas, griegas y hebraicas; ahora habrá 60 personas poco más o menos, y se han comenzado todas las facultades y scientias superiores..., para lo cual hemos traído muchos y muy buenos maestros..., en manera que *en ninguna de las Universidades de que acá tenemos noticia, nos parece habrá aparejo para salir tan bien fundados en las letras»*.

Con este vivo afán que en el corazón llevaba ordenó a los profesores que en el próximo curso de 1553-54 no se enseñase tan sólo la lengua latina, griega y hebraica, sino también la filosofía y la teología. Los doctos maestros aceptaron gustosamente. Y el 28 de octubre de 1553 quisieron dar comienzo a la enseñanza no en S. Eustaquio, como el año precedente, sino en Santa María de la Strada, la iglesia de la Casa Profesa. Solemne fue el inicio, pues consistió en disputas públicas que duraron tres días (28

y 29 de octubre, y 4 de noviembre). Llenaron el primer día Benito Pereira y Martín de Olabe. Tras un brioso discurso del joven Benito Pereira, valenciano, en loor de las ciencias, Doctor Martín de Olabe, el único entre los jesuitas, doctorado hasta entonces en la Universidad de París, teólogo de larga preparación en la Sorbona y de fama bien adquirida en el Concilio de Trento, se levantó ahora para proponer en público su tesis *De conditione, lapsu et reparatione generis humani*. [189]

Es digno de notarse que, mientras en todas las instituciones universitarias de Italia se seguía la costumbre medieval de leer en teología los cuatro *Libros de las Sentencias de Pedro Lombardo*, fue en el Colegio Romano donde el Doctor Martín de Olabe se adelantó a todos imponiendo como libro de texto y base de las lecciones la *Suma teológica de Santo Tomás*.

Diremos que el Colegio Romano se adelantó también en otra cosa importante. En él se instituyó desde 1555 la cátedra *De controversiis,* regentada por Martín de Olabe. Lo que Ignacio pretendía con dicha cátedra —que más adelante será inmortalizada por Roberto Bellarmino— era dotar de armamento apto y moderno, es decir, de *Teología positiva* (Sagrada Escritura, Concilio, Santos Padres, etc.) a los jóvenes sacerdotes de los países norteños, que aquí recibirían su formación científica y espiritual, a fin de poder pelear victoriosamente contra los errores que el protestantismo sembraba por doquier.

Cambios de domicilio. Inundación del Tíber

A pesar de los numerosos y graves obstáculos con que tropezaba en su camino, el Colegio Romano marchaba siempre adelante, creciendo en autoridad, en prestigio, en número de alumnos y profesores. Señal de entusiasmo y buen espíritu que reinaba en aquella tropa estudiantil es la creciente concurrencia a las clases. Es verdad que en ningún otro centro escolar podían encontrar las ventajas que aquí se les presentaban. Ventajas como éstas: 1. Alto nivel literario y científico de los maestros. 2. Gratuidad completa de los cursos, cosa que les pareció nueva y sorprendente. 3. Orden y método admirable, que significaba seriedad y prometía seguros progresos en el estudio. 4. Bondad con que eran tratados sin abusar de los castigos, pues S. Ignacio había prohibido terminantemente a los jesuitas

[189] En la tesis sobre la redención afirmó Olabe el privilegio de Inmaculada Concepción de María, pero ames de entregar el texto a la imprenta retiró Ignacio esa tesis a fin de no reñir von los PP. Dominicos.

manejar la férula (vara o palmeta) por su propia mano; se les permitía a veces a los fámulos o sirvientes. 5. Sentido religioso y moral de la educación. 6. Alcanzar conocimiento de los clásicos, aun los niños de las clases más humildes. 7. Los más crecidos aprendían a estimar la filosofía aristotélica, despreciada a veces por los mayores, y desconocida entre los seglares. 8. Los que aspirasen al sacerdocio o simplemente a adquirir una cultura elevada alcanzaban algún conocimiento de la teología y de las ciencias sagradas.

Tal era la afluencia al Colegio, que a los siete u ocho meses del primer curso no había aulas suficientes para todos, y fue necesario dejar la casa de los Aquilani al pie del Capitolio, y alquilar otra mejor para noviembre de 1551. Se la concedió en alquiler Mario Capocci, y estaba situada a medio camino de la plaza del Gesù a la Minerva, en la calle que hoy se dice del Gesù. Su posición correspondía a la tribuna de la iglesia de S. Stefano del Caceo, fabricada posteriormente. Este segundo edificio del Colegio se llamó después casa de los Frangipani, porque un miembro de esta familia se lo compró a los Capocci en 1570. De aquí no se movió el Colegio mientras vivió S. Ignacio.

De haber vivido un año y pocos meses más, él que con tanta solicitud había cuidado siempre de mejorar la casa y aumentar el número de cátedras y de maestros, se hubiera sentido profundamente adolorado con la terrible inundación del Tíber en la noche del 14 al 15 de setiembre de 1557. A media noche, de improviso, las hinchadas aguas del río arrastran los puentes y se derraman por la dudad. Por la plaza de S. Pedro se andaba en barca; en la del Gesù las aguas alcanzaban un metro de altura; en nuestro Colegio entraban por las ventanas. Las plazas eran charcas sucias y malolientes. Se perdieron las provisiones de trigo, vino y aceite.

Una de las casas que sufrieron grandes desperfectos fue la de Capocci (Frangipani). Había que buscar otra mejor. Pareció buena y capaz la que les ofreció el señor Juan Bta. Salviati, en la plaza del Olmo, frente al Arco Camiliano y tocando al actual palacio Doria. Y la tomaron en alquiler (1558). Las negociaciones fructuosas que más adelante tuvieron con la piadosa Victoria de la Tolfa, Marquesa del Valle, sobrina del papa Paulo IV, y sobre todo la munificencia del papa Gregorio XIII (Hugo Buoncompagni), cuyo nombre se había de perpetuar en la *Universidad Gregoriana*, sobrepasan los límites de esta historia.

Colegio universal de todas las naciones

La denominación de «Colegio universal o de todas las naciones» la consagró por así decir el papa Gregorio XIII en varias de sus inscripciones, pero ya S. Ignacio había hablado no pocos años antes de «Colegio universal». En una larga carta a S. Francisco de Borja, fecha 14 de setiembre 1555, le da cuenta muy permenorizada del Colegio, que «va mucho bien», «ora le consideremos como colegio particular de Roma, ahora como *colegio universal* de todas partes». «El diseño y fin deste Colegio es universal en tres maneras. Una es, que convenía, como en Roma está la primera casa de la Compañía, que así hubiese un Colegio, donde nuestra Compañía probase la forma que semejantes colegios y studios generales que están en su cargo, deben tener... La otra es, hubiendo muchas personas en la Compañía, especialmente en estas partes de Italia, Sicilia, Flandes y Alemaña, de grandes ingenios y habilidades..., pareció muy conveniente... que se hiciese este Colegio... Assí mesmo convenía hacer un Seminario, especialmente de las naciones septentrionales, donde está la religión católica en gran parte destruida, para que hombres de aquellas lenguas, instituidos en buena y sana doctrina, pudiesen... restituir lo que se ha perdido de la religión cristiana..., acudiendo tantos buenos ingenios de Alemaña alta y bassa, Austria, Bohemia, Moravia, Silesia y hasta Prusia... a la Compañía; y así de la Sclavonia, Dania y Gocia, Hibernia y Inglaterra... Así que nuestro Colegio con el Germánico son un Seminario muy universal para todas partes... La tercera manera es, que deste Colegio, como de fuente, se pretiende que puedan fundarse otros muchos Colegios; y así hasta ahora han salido muchos por toda Italia, como el de Perosa, Florencia, Nápoles, Loreto, Ferrara, Modena, Genua, Bologna... el de Praga en Bohemia... el de Ratisbona y Strigonia y Warmiense en Prusia».

Una «villa» en el Aventino

Más de un centenar eran ya los jesuitas del Colegio, entre los cuales hallamos gente de las más variadas naciones. Convivían fraternalmente en el Colegio jóvenes franceses, españoles, italianos, flamencos, tudescos, bohemios, portugueses, griegos, hebreos y dálmatas. No todos gozaban de buena salud. ¿Por qué mantenerse constantemente en la ciudad sin respirar a pleno pulmón los aires más sanos del campo?

Personas jóvenes, venidas de climas tan distantes y diversos, es

natural que tardasen en aclimatarse y padeciesen frecuentes indisposiciones y achaques. Ignacio, que se cuidaba muchísimo de la salud de sus hijos, pensó en hacer algo por la salud corporal de los mismos, y aun padeciendo entonces tan grave penuria, y tantos apuros económicos,[190] consultó al Maestro Alejandro Petroni, que era el médico más importante de Roma, interrogándole sobre la salubridad de la viña de Santa Balbina, en el Aventino. Apenas el galeno le aseguró de la bondad del clima, llamó a un conocido suyo, Alejandro de Foligno, *hebreo neófito* (según Nadal), y ajustaron la compraventa de una quinta (villa) que Alejandro poseía en el Aventino, más arriba de las termas de Caracalla y no lejos de la iglesia de Santa Balbina. El 10 de enero de 1555 se firmó el contrato, que costó a Ignacio 300 ducados de oro. No le pareció demasiado al comprador, porque era mucho más lo que amaba la salud y el reposo de sus jóvenes escolares[191].

Por consejo del médico Dr. Alejandro Petroni, levantó allí una casa de tres pisos, pulquérrima, a juicio de Lancicio, buena al parecer de otros y según algunos, modesta. De todos modos era apta para que en ella buscasen reposo los enfermizos y convalecientes.

«Y como algunos por haber en casa mucha necesidad, le dixessen que en tiempo tan apretado harto era vivir y sustentarse sin labrar casa en el campo, respondió: Más estimo yo la salud de cualquier hermano, que todos los tesoros del mando».

Los primeros grados académicos

No cabe duda que S. Ignacio desde el primer momento de la fundación del Colegio Romano pensaba en obtener la facultad de conceder los grados académicos, sin los cuales una Universidad no puede decirse tal.

[190] «La viña es una quinta, que nuestro Padre hizo comprar en tiempo de mucha necesidad, sólo porque le parecía necesaria para la salud de los hermanos. (L G. DA CÁMARA, *Memoriale* n.130: FN I, 608). Seria en circunstancias apuradas como aquéllas, cuando Ignacio, conociendo las angustias que pasaba el Ecónomo, porque no tenía dinero para pagar a los exigentes acreedores, exclamó humorísticamente: «Me temo que cualquier día se presentan aquí los alguaciles y nos encierran a Polanco y a mí en Tor de Nona». Era Polanco el ecónomo endeudado, y Tor de Nona una de las principales prisiones de Roma.

[191] Años antes había escrito Ignacio en las *Constituciones de la Compañía:* "A lo menos un día haya entre semana de reposo después de comer... Confiérase con el Provincial la orden que se ha de tener cuanto a las vacaciones o intermisiones ordinarias de los estadios» (*Constit*. parte IV, cap.13).

Del Colegio Romano consta que no expidió a nadie tales grados de filosofía y teología hasta principios de 1556. Habrá pensado alguno que la razón está en que ningún alumno, antes de 1556, alcanzó el tiempo suficiente de seis años de teología requeridos para el Doctorado. Pero no. La verdadera razón era que el Colegio no tenía los documentos pontificios indispensables para dar los grados. Ignacio, que estaba esperando la ocasión oportuna para pedir a la Santa Sede tal privilegio, creyó llegado el momento de tener que enviar algunos jóvenes maestros y doctores al Colegio de Praga y a otros de Alemania. Entonces se dirigió personalmente al nuevo papa Pablo IV, suplicándole que «tanto los Nuestros como los que estudian en el Colegio Germánico, siguiendo las lecciones y ejercicios literarios, puedan ser promovidos a todos los grados, aun de teología». Y el papa lo concedió, dice Polanco.

«El papa —escribe este Cronista un mes más tarde— nos concedió un *motu proprio* para que se puedan graduar en nuestro Colegio etc., y las primicias fueron los doctores en teología, discípulos del Dr. Olabe, que se enviaron entre los colegiales del Colegio de Praga. Tuvieron cada uno *conclusiones* tres días y leyeron en público; y las *Conclusiones* fueron del Nuevo y Viejo Testamento y teología escolástica. Dios Nuestro Señor se sirva dellos, que son Mtro. Enrique *(Blyssem)* y Mtro. Juan de Tilia (Vander Tilden) uno tudesco y el otro de Gheldria».

El 6 de enero, fiesta de la Epifanía, tuvo lugar la colación del grado la iglesia de la Compañía. «Nos reunimos todos —escribe el secretario de S. Ignacio— para oír la Misa que celebraba el R. P. Olabe, durante la cual los futuros doctores comulgaron. Luego el R. P. Olabe les hizo jurar sobre el Evangelio y la Eucaristía... que se conformarían siempre y todo con la Iglesia Romana; después de lo cual, con la autoridad apostólica concedida al R. P. Ignacio, del cual él, como canciller, hacía las veces, les impuso el birrete doctoral. Y los Doctores subieron al púlpito y después de una acción de gracias y una breve Introducción, dieron comienzo a las lecciones de sagrada teología, como para tomar posesión de su grado».

Con esta concesión pontificia se llenó de alegría en primer lugar Ignacio de Loyola, porque venía a realzar el altísimo concepto que ya él se había formado de aquel Colegio internacional, y no menos se regocijaron los estudiantes, filósofos y teólogos, que veían ya de cerca los laureles de la gloria que venían a sus manos y a su frente.

La tipografía del Colegio Romano

«En este año de 1556 se instituyó por primera vez en nuestro Colegio una tipografía con los tipos o caracteres necesarios para la estampación de los libros». Con estas palabras claras y categóricas despacha rápidamente Polanco el negocio de la tipografía, que bien hubiera merecido algunas palabras más, aunque sólo fuera porque aquella tipografía del Colegio Romano era la primera que se había instalado en casas jesuíticas. Desde los primeros días del año 1556, que había de ser el último de su vida, pensaba Ignacio que una buena tipografía haría un gran papel en la vida académica y literaria del Colegio Romano. ¿Por qué lo deseaba tanto y qué pretendía con ello? A la gran cabeza del Fundador no se le escapaba nada de lo que al buen gobierno y al prestigio de su Colegio le convenía.

Lo que él pretendía con la tipografía era primeramente facilitar los estudios a los escolares pobres de fortuna y deseosos de aprender; imprimiendo los libros en casa, él les ofrecería a precio exiguo todos los libros necesarios; por otra parte deseaba poner en manos de los jóvenes textos clásicos purgados de toda obscenidad. El humanista A. Frusio se encargó de hacer limpiamente el expurgo, empezando por los Epigramas de Marcial y siguiendo por Horacio. Además, siendo el Colegio Romano ejemplo y modelo de todos los demás Colegios, quería Ignacio difundir los libros de sus maestros y las tesis y los diálogos literarios y otras publicaciones económicamente en otros centros de enseñanza.

El 2 de mayo de 1556 escribió Polanco al P. César Helmi, rector de Venecia, pidiendo que se fundiesen un cierto número de letras de estaño para el Colegio Romano. A mitad de dicho mes ya estaban en Roma. Pero Ignacio quedó desilusionado porque los tipos de letra eran muy pequeños. A fines de junio, nueva petición al P. Helmi, esta vez más precisa; demandando 45.000 caracteres. El 25 de julio de 1556 vuelve a escribir Polanco a Helmi, pero diciéndole que no mande más caracteres venecianos, que ya no son necesarios, porque ha podido comprar en Roma letras de «cursiva cancilleresca buena y a buen precio». Con este tipo de letra se estamparon el *Breve Directorium* de Polanco para confesores y penitentes, y *De utraque copia verborum et rerum* del P. Andrés Frusio.

A modo de curiosidad diremos que la primera tipografía con caracteres arábigos fue la del Colegio Romano. Un profesor de lengua hebraica, hebreo de raza y buen conocedor del Oriente y de sus idiomas, Juan Bautista Eliano, convertido al Cristianismo y entrado en la Compañía de Jesús, desempeñaba en el Colegio Romano la cátedra de hebreo. Inducido por el

papa Pío IV, tradujo al árabe los Decretos y Cánones del Concilio de Trento en 1564. El Sumo Pontífice, con el deseo de que esta traducción viniese a conocimiento de los Orientales, quiso que fuese estampada en los tórculos del Colegio, para lo cual hizo comprar los materiales necesarios. Más adelante (1577) la tipografía se enriqueció con los caracteres hebraicos.

Multitud de flamencos. Frusio compone 700 versos latinos en tres días

Aquel año de 1553-1554 debió de ser para Ignacio de Loyola una fecha de consoladores recuerdos, porque en octubre-noviembre puede decirse que vio nacer armada de todas armas, como Minerva de la cabeza de Júpiter, la Universidad Gregoriana, por la que tanto se afanaba. Como verdadera Universidad dotada de todas las facultades propias de tal institución, actuó desde el principio, si bien es verdad que la facultad pontificia de dar grados tras rigurosos exámenes, no la obtuvo oficialmente hasta casi tres años más tarde, bajo Pablo IV, como veremos. Y fue Ignacio quien personalmente recabó del papa Carafa tal facultad.

La animación y fervor con que se manifestó en la exhibición general el 28 y 29 de octubre de 1553, nos dice Polanco que entrando en el año 1554 se reforzó más el entusiasmo, pues no solamente creció el número de los colegiales, sino la brillantez de sus actuaciones.

El 23 de enero del nuevo año 1554 testificaba el Secretario de Ignacio, que en el Colegio había 60 personas justas *(de la Compañía)* y en el Colegio unos 50, añadiendo: «y son tantos los flamencos, que podrían combatir con un ejército de luteranos» (supongo que se referirá a los numerosos flamencos de la Casa Profesa, no a los del Colegio).

El mismo Secretario, deseando mostrar al P. Salmerón la vitalidad de aquella juventud estudiantil y de algunos profesores, le da cuenta de las concertaciones o disputas públicas que se están celebrando en Santa María de la Strada los días 2, 3 y 4 de febrero de 1554:

«Ayer, hoy y mañana —escribe el día 3— se han tenido y se temían en nuestro Colegio *Conclusiones* de teología, filosofía natural y moral, y matemáticas y dialéctica y retórica... Y han hecho oraciones (discursos) y dicho versos acomodados al tiempo... Y habrá un Diálogo mañana, domingo, que el Mtro. Andrea Frusio hizo en tres días, creo de 700 versos. También invío aquí un su Epigrama para el cardenal (Pedro Pacheco, Virrey de Nápoles)... Otro hizo al papa, que le quiere hacer sculpir en

mármor en su viña».

Nos consta que en 1556 la tipografía funcionaba normalmente, y es probable que Ignacio, antes de morir contemplaría, por lo menos, las primeras pruebas de imprenta. En cambio no alcanzó a ver las primeras *Assertiones* o *Theses* escolásticas que por primera vez se imprimían en casa para la solemne disputa de comienzos de curso y decían así:

«Assertiones theologicae... Propanuntur in disputationes futuras ante instaurationem studiorum in templo Societatis Iesu defendendae... Romae in Aedibus Societatis, 1556».

Mucho más que todas estas adquisiciones técnicas, artísticas, literarias y científicas, le hubiera inundado de satisfacción y alegría, si en el horizonte del porvenir hubiera podido leer los nombres de los sabios y santos y altos personajes que habían de ilustrar la historia del Colegio Romano. Nombres dignos de esculpirse en oro, como los de Francisco de Toledo, Roberto Bellarmino, Juan de Mariana, Juan Maldonado, Pedro Perpiñá, Francisco Suárez, Gabriel Vázquez, Francisco Bencio, Esteban Tucci, Juan de Lugo, Cristóbal Clavio, Cristóbal Grienberger, Gregorio de Valencia, Cornelio a Lapide, Cristóbal Scheiner, Horacio Grassi, Silvestre Mauro, Sforza Pallavicino, Atanasio Kircher y tantos y tantos otros, como el genial Rogerio José Boscovich, que murió en 1787, cuando ya la Orden Ignaciana había sucumbido bajo el golpe mortal de aquel a quien a defendía.

El Colegio Germánico

No es preciso insistir en la decadencia y disolución del Catolicismo alemán a mediados del siglo XVI. El cuadro tétrico que nos pinta Johannes Janssen en el VIII y último volumen de su *Historia* entristece el ánimo de cualquiera. La religión cristiana iba degenerando entre los que externamente la profesaban, la moralidad pública se corrompía, la vida sacramental y litúrgica se abandonaba fácilmente; el pueblo era un rebaño sin pastor, mientras los protestantes trataban de avanzar a largas marchas. El clero católico vivía en el desenfreno y en la más triste ignorancia. Pocos eran los obispos celosos de la ortodoxia y de la limpieza de costumbres. Uno de los mejores y más solícitos reformadores, obispo de Augsburgo, rogó muchas veces al cardenal Cervini que trabajase ante el papa en favor de una renovación auténtica. Afortunadamente había en Roma otro cardenal, buen conocedor de la situación alemana y deseoso de buscar un remedio a la situación religiosa y moral de aquel pueblo.

Fue un acierto el nombramiento de Morone a legado papal ante Fernando I de Austria. El papa Julio III le consignó la cruz el 13 de febrero de 1555 y a los cinco días Morone, con severas instrucciones sobre el modo de comportarse en la defensa de la autoridad eclesiástica, emprendía el viaje. Iban en su séquito dos jesuitas de gran talento y suma prudencia: Diego Laínez y Jerónimo Nadal. No pudo darle Ignacio mejores consejeros.

No pocos años hacía que Ignacio de Loyola rogaba con fervor por Alemania, suplicando que los católicos se mantuviesen firmes y los herejes no dieran un paso adelante. Deseaba que todos los de la Compañía hiciesen lo mismo. Y desconfiaba de los esfuerzos carentes de método y por lo mismo estériles de algunos predicadores. Ni siquiera la abnegada labor de sus propios hijos en el trato con los príncipes católicos, en las deliberaciones con los obispos, en las discusiones de los comicios imperiales, en la predicación a los sacerdotes y a la plebe, resultaba eficaz para dilatar las fronteras católicas. Había que hallar algún medio más efectivo y radical. Pensó en un Seminario de tipo nuevo, gobernado por los jesuitas dentro de Alemania, pero advirtió que los jóvenes fácilmente se dejarían contagiar —aun estando en su patria— por las doctrinas heterodoxas y los malos ejemplos que flotaban en el ambiente.

Estando así, dándole vueltas a esos pensamientos, se le presenta el cardenal Morone, que le propone la regeneración del pueblo alemán mediante la previa renovación del clero, pero su formación serninarística y sacerdotal no ha de tener lugar dentro de su patria, sino en el extranjero, donde no se pueda respirar aires malsanos.

«Desvelábase nuestro Padre —dice el biógrafo Ribadeneira— en pensar de día y de noche cómo podrían remediar los males de toda la Cristiandad y curarse las partes más flacas y más enfermas della, y sobre todas las otras, le acongoxaba el cuidado de Alemania, porque la veía más llagada y afligida que las otras provincias; y tratando desto un día con el cardenal Juan Morone, varón de singular prudencia, el cardenal le propuso esta obra del Colegio Germánico, como cosa que, por haber sido Legado apostólico en Alemania y conocido los humores de aquellas gentes, pensaba que podría ser de grande provecho, para reducir aquellas provincias tan estragadas a la obediencia y sujeción de nuestra santa fe católica. Persuadíase este prudentísimo varón, no sin gran fundamento, que todo el mal que ha venido a Alemania ha nacido principalmente de la ignorancia y de la mala vida de los eclesiásticos, y que así el remedio ha de

venir de las causas contrarias, que son la doctrina maciza y católica de los curas y predicadores, y de su vida exemplar. Y que convenía que los doctores y pastores de los alemanes fuesen también alemanes».

Morone y Loyola

Lástima que dos hombres así no hubieran surgido en Roma treinta años antes. Y ambos con la misma inspiración, y el mismo empuje. Morone y Loyola no vacilaron en ponerse de acuerdo: el nuevo Seminario debería tener su sede en la ciudad más exenta de peligro, en la ciudad de Roma, al lado del Vicario de Cristo, y en un Colegio dirigido espiritual, teológica y pedagógicamente por la nueva Orden de la Compañía de Jesús. Tarea difícil, que Morone puso en manos de S. Ignacio. Este la aceptó de buen grado, y lo mismo el papa Julio III, cuando le informaron del proyecto. Sin perder un momento Ignacio redactó un *Memorial* sobre el modo de preparar la fundación. Los colegiales habrán de tener de 16 a 21 años, serán de buena presencia, de buena índole, de ingenio claro, de buen juicio y gracia en el hablar. Se sugerían maneras de que los Nuncios de las naciones septentrionales enviasen candidatos, provistos de una suma pecuniaria que les bastase hasta llegar a Roma. Aquí se les proveería para en adelante. Los príncipes y prelados eclesiásticos de sus respectivas naciones, animados por el papa, prestarían su ayuda. En Roma sería conveniente tomar en alquiler una casa no muy alejada del Colegio Romano, que estuviese ya dispuesta para recibir a los nuevos inquilinos. Y que el papa preparase en seguida una bula de erección del Colegio Germánico. San Ignacio mandó inmediatamente un esbozo de la misma. Las *Constituciones et Regulae Collegii Germanici*, redactadas por el Santo no tardaron en venir. La bula pontificia, esbozada por el mismo Ignacio, llevaba la fecha del 31 de agosto de 1552. Todos esos documentos fundamentales y otros más pueden verse en F. Schroeder *(«Monumenta* quae spectant primordia Collegii Germanici). La apertura del Colegio Germánico tuvo lugar en octubre; en diciembre contaba 24 alumnos y dos años después cerca de 60.

De Ludovico Pastor son estas palabras: «Como había escrito el esbozo para la bula de erección, así compuso Ignacio las leyes de la institución y las reglas para los colegiales. Las sabias *Constituciones* que a falta de modelos más antiguos, el Santo tuvo que crear casi completamente de nuevo, son en su densa brevedad, precisión y moderación una obra maestra, que ha servido de ideal para innumerables seminarios».

En espera de un gran benefactor

Las primeras dificultades del Colegio fueron de carácter financiero. Hubiera deseado S. Ignacio que el número de colegiales ascendiese a 200 ó 300, lo cual exigiría un gasto anual de 8.000 a 9.000 ducados; mas él no disponía de tan alta suma, ni mucho menos. Pensó en recurrir a la generosidad de los cardenales, de los prelados y príncipes civiles, abadías y monasterios ricos. Pasó una lista de suscripciones entre los cardenales. Con la contribución del papa (500 ducados al año) y con la más reducida de 33 cardenales se pudo contar con 3.565 ducados. Cantidad insuficiente y poco segura. ¿Coadyuvó también el emperador, invitado por el papa en enero de 1554? No lo sabemos.

Ignacio no cejó en su empeño. «A muchos, así de casa como de fuera (comentaba Gonçálvez da Cámara) espantaba la constancia grande que nuestro Padre tenía en proseguir las cosas que determinaba cumplir para el divino servicio y provecho espiritual del próximo. Creí muchas veces que le nacía esto de la mucha comunicación y consulta que tenía con Dios, antes que en ninguna se determinase, porque no procedía sino como hombre que estaba ya en el fin que los negocios podían tener; y conforme a ello hallaba para todo medios muy diferentes y desacostumbrados de los que cualquier hambre hallaría... El cargo de los colegiales en lo espiritual y gobierno de la casa lo entregó el papa al P. Ignacio; en lo temporal se proveía de limosnas.... Pero como esto no bastase para la provisión de los convictores, persuadían muchos a nuestro Padre que se dejase el Colegio hasta mejor oportunidad. Mas nada bastó para que desistiese».

Sus días áureos llegaron con Gregorio XIII en 1573; cuando se iniciaron, ya Ignacio de Loyola dormía el sueño de la muerte. El nuevo Pontífice de Roma prodigó mil favores al Germánico con la munificencia propia del Papa Boncompagni, asignándole una renta anual de 10.000 escudos para el mantenimiento de 158 jóvenes (128 alemanes y 30 húngaros); de ahí su nombre de *Colegio germánico-húngaro*. Y el mismo año les donó la iglesia de S. Apolinar y el palacio adjunto.

No siempre vivieron próximos al Colegio Romano, de quien dependían académicamente. Pero aun viviendo apartados, diariamente tenían que venir al Colegio Romano (hoy Universidad Gregoriana) para oír las lecciones, seguir los diversos cursos, sostener los exámenes y participar en todos los actos académicos.

Del Germánico salieron —y hoy día los vemos aún— ya sacerdotes bien armados. Volvían a su patria con amor, con ardientes ansias de le-

vantarla del lamentable estado en que yacía, para llevarla a Cristo. Querían consagrar sus energías y talentos a la renovación religiosa de su pueblo, para lo cual habían sacrificado los más floridos años de su vida en una especie de noviciado austero. Y ahora regresaban al lejano país de sus ilusiones, dispuestos a consumir su vida apostólicamente. Ellos ocuparon los puestos de más responsabilidad y de mayor influencia en las principales ciudades de las diócesis, transformando así en lo posible y según las circunstancias el mapa religioso de Alemania.

Ignacio de Loyola podía estar satisfecho de sus esfuerzos por llevar adelante esta gran obra que fue durante mucho tiempo el ejemplo y modelo de no pocos Seminarios eclesiásticos tal y como los quería Trento.

CAPÍTULO XIII

«MI VOLUNTAD ES DE CONQUISTAR TODA LA TIERRA DE INFIELES

(Palabras del Rey temporal en la parábola de los dos Reyes: *Ejercicios esp*., n. 93)

Loyola y Javier, misioneros

Decir que Ignacio de Loyola fue un gran misionero, sin precisar circunstancias de tiempo y espacio, ni modos y maneras de misionar, nos parece tan obvio y natural, tan firme y evidente, que se puede catalogar tal afirmación entre las que llamamos «verdades de puño». Pero si por misionero se entiende un propagador del Evangelio por tierras dilatadas y lejanas, un catequista y bautizador de paganos, un mensajero de la fe cristiana y un conquistador de pueblos, sin más armas que la palabra divina, entonces hay que afirmar que un misionero de ese tipo común y tradicional no fue Ignacio. No hay que identificar a Ignacio con Javier. Los dos son grandes a su modo.

Nosotros, siguiendo una vía media, no tenemos reparo en proclamar que el Fundador de la Compañía es uno de los más insignes misioneros que ha tenido la Iglesia, porque si no logró ir él personalmente a predicar en tierras de gentiles (como ardientemente deseaba), reclutó juventudes misioneras, bien escogidas, y las mandó a misionar, o a colaborar, según sus aptitudes, con los misioneros militantes, consiguiendo así que la gran obra misionera de la Iglesia diera un avance formidable, que modificó el mapa religioso del mundo.

A Ignacio se le debe —porque intuyó la vocación del gran Javier— la marcha sobre la India y el Japón y sobre las islas que se mecen entre mares contrapuestos, del mayor conquistador espiritual de los tiempos modernos. Marcha que se adivinaba triunfal, pero que iba acompañada de lágrimas, porque desprenderse Ignacio de aquel joven, tan favorecido por la naturaleza y la gracia, era arrancarse del pecho no el corazón de un

amigo, sino su propio corazón. Ignacio y Javier se despidieron para siempre en el patio o en la puerta del caserón de Frangipani (Ignacio estaba con su ordinaria enfermedad de estómago o de hígado), se despidieron con un brevísimo y entrañable diálogo, ya referido en su lugar. Tenían ambos el presentimiento de que ya no se verían más en esta vida; vivirían separados por distancias inconcebibles. Separados para siempre corporalmente, pero con los corazones perpetuamente unidos. En las luchas por el reino de Dios, Javier será el capitán de las batallas, Ignacio el estratega que dirige la guerra desde lejos.

Hacia el mismo ideal

Dos hombres tan santos como geniales, dos compatriotas, cuyo más ardiente patriotismo es el de la patria celestial; dos temperamentos antitéticamente diferentes que se hermanan afectuosamente siempre que se trata de asuntos sobrenaturales. Y que no tienen más que un objetivo, un ideal, un empeño: el que Cristo les ha señalado. En la vida de Loyola predomina la sensatez del sabio, el juicio y la cordura y la prudencia de quien tiene la responsabilidad de mil negocios graves, pero cuyo peso no siente porque Dios se lo alivia amorosamente. En Javier sorprende más el ímpetu de la acción rápida, los golpes geniales, los heroísmos del corazón y una simpatía que cautiva a quien lo trata. Pero en el fondo de sus cartas late un sentimiento puramente psicológico y humano, que gotea lágrimas, muy disimuladas por la virtud. Yo me atrevo a decir que tiene, desde que salió de Roma y cruzó el mar, la tristeza de la soledad. ¿No se podrá sospechar que se siente un desterrado? Desterrado de Roma, desterrado de la compañía del P. Ignacio, desterrado de las antiguas amistades. El es el único de sus compañeros de París y Roma, que ha tenido que abandonar Europa y lanzarse a ciegas a continentes desconocidos. Su más íntimo amigo, Pedro Fabro, ha muerto en 1546; amigos afectuosos eran también Rodrigues, Laínez, Bobadilla... que trabajan con éxito en las naciones europeas y en todas partes cosechan aplausos.

El amigo más entrañable y constante es siempre Ignacio, su Padre del alma; pero las relaciones que con él puede mantener son forzosamente muy discontinuas a causa de la enorme distancia que los separa. Las cartas que de Ignacio recibe son tiernas y amorosamente paternales, pero tienen un inconveniente y es que acentúan en el errante misionero de la India y Japón el sentimiento de la soledad. Todo lo que le dicen de Roma, de sus antiguos compañeros, los éxitos que alcanzan en las naciones católicas y

aun en las protestantes. Y le hacen pensar: ¿No haría yo tanto y más, si estuviera entre ellos, con tantos alicientes para desplegar provechosamente mis dotes y hacer florecer y fructificar los campos cultivados?

Son sentimientos de soledad y de destierro, que Javier superaba fácilmente por su ardentísimo amor de Dios y de la Iglesia y por lo menos los mitigaba con expresiones epistolares de ternura familiar. Ignacio era para él «Padre de su alma», «nuestro amigo e verdadero Padre», «mi en Cristo santo Padre Ignacio», para terminar «rogando a vuestra santa Caridad, Padre mío de mi ánima observantísimo, las rodillas puestas en el suelo el tiempo que ésta escribo, como si presente os tuviere, que me encomendéis mucho a Dios nuestro Señor... que me dé a sentir su santísima voluntad... Vuestro mínimo y más inútil hijo, Francisco».

Con la misma efusión, cálida como sus lágrimas, cierra la carta del 29 de enero de 1552: «Ceso rogando a Dios nuestro Señor, tomando en la tierra a vuestra Caridad por intercesor con toda la Compañía, juntamente con toda la Iglesia militante, y en el cielo conseguientemente, comenzando por todos los beatos que en esta vida fueron de la Compañía, con toda la Iglesia triunfante, para que por sus ruegos y méritos Dios nuestro Señor me dé a sentir en esta vida su santísima voluntad, y sentida, gracia para bien y perfectamente cumplirla... Menor hijo y en destierro mayor, Francisco».

¡Con qué verdad alude, casi inconscientemente, a ese *destierro mayor! Pero hay momentos en su vida errante y solitaria, en que ese sentimiento de desliarado*, si no desaparece del todo, se mitiga al menos y se dulcifica con la presencia espiritual de su Padre Ignacio, que le habla de cosas antiguas, de años que han pasado juntos, y se entretienen con efusiones de tierno amor y dulces lágrimas. Léase, por ejemplo, el fragmento de una carta del 29 de enero de 1552, escrita en Cochín, a la vuelta del Japón[192].

192

Epistolae Xaverii II, 286-88. Con todo, nadie se imagine un Francisco Javier introvertido y nostálgico. Por carácter es alegre e impulsivo. Goza siempre que se le ofrece ocasión hablando con sus hermanos, que son súbditos suyos; goza contemplando la fauna y flora de aquellos países, observando sus costumbres, la diversidad de razas y castas; anota la soberbia de los ignorantes brahmanes. Y a ratos se deja invadir de la consolación divina: «Son tantas las consolaciones que Dios nuestro Señor comunica a los que andan entre estos gentiles, convirtiéndolos a la fe de Cristo, que si contentamiento hay en esta vida, éste se puede decir. Muchas veces me acaesce oír decir a una persona que anda entre estos cristianos: «Oh Señor, no me

Amor de Javier a Ignacio y a toda la Compañía

El amor ardiente a su santo Padre, que bullía en el corazón de Javier, no se contenía en los límites de un individuo, por grande, y egregio y fascinador que fuese, sino que redundaba y se desbordaba sobre toda la Compañía de Jesús. Francisco Javier se siente «hijo muy amante de la Compañía», de aquella Compañía, a quien él mismo contribuyó a fundar, «Compañía santa», «Compañía bendita», «Compañía de Jesús (que) quiere decir Compañía de amor y conformidad de ánimos».

Amaba con ternura dulcísima a su «bienaventurado Padre Ignacio», y consiguientemente a todos los que se nutrían de su doctrina espiritual y de sus ejemplos de santidad, porque si todos pueden decirse hijos de Ignacio, todos son hermanos de Javier. A sus compañeros que trabajan en Europa les dirige el 10 de mayo de 1546 una larga epístola llena de curiosas noticias y de expresiones conmovedoras: Está escrita en la isla de Amboino (la mayor del archipiélago de las Molucas).

> «Carísimos en Cristo Hermanos... En el año de 1545 os escribí largo, haciéndoos saber cómo en una tierra llamada Macassar se hicieron dos reis cristianos con mucha otra gente... Partí del Cabo de Comorín para Macassar por mar, por cuanto no se puede ir por tierra. Hay del Cabo de Comorín hasta las islas de Macassar más de 900 leguas... En muchos peligros me ví en este viaje del Cabo de Comorín para Malaca y Maluco, así entre tormentas del mar, como entre enemigos. En uno especialmente me hallé en una nao en que venía de 400 toneladas; con viento recio navegamos más de una legua, tocando siempre el *leme* (el timón) en tierra. Si acertáramos en todo este tiempo con algunas piedras, la nao se deshiciera... Estas partes de Maluco todas son islas, sin ser descubierta hasta ora tierra firme. Son tantas estas islas, que no tienen número y cuasi todas son pobladas... Los gentiles en estas partes de Maluco son más que los moros. Quiérense mal los gentiles y moros... Si hubiese quien les predicase la verdad, todos se harían cristianos, porque más quieren los gentiles ser cristianos que no moros... Por amor de Cristo N. S. y de su Madre sanctísima y de todos los sanctos que están en la gloria del paraíso, os ruego, carísimos Hermanos y Padres míos, que tengáis especial memoria para encomendarme a Dios continuamente... Para mucha consolación mía os hago saber, carísimos Hermanos, que tomé dc las cartas que me escrebistes, vuestros nombres, escritos por vuestras manos propias, juntamente con el voto de la profesión que hice, y los llevo continuamente

---

deis muchas consolaciones en esta vida; o ya que me las dais por vuestra bondad infinita y misericordiosa llevadme a vuestra santa gloria, pues es tanta pena vivir sin veros». Si esto es nostalgia, será nostalgia de Dios, «vivir sin veros».

conmigo por las consolaciones que dellos recibo... Y pues presto nos veremos en la otra vida con más descanso que en esta, no digo más».

Con mucha franqueza y libertad les habla de los peligros que pueden correr los misioneros incautos, que vengan a estos países sin muchas pruebas y sólida probación; por eso escribe a Coimbra —fuente de misioneros para la India— «que no manden de allá personas a estas Universidades, sino personas aprobadas y vistas por vuestra santa Caridad».

Opinaba muy justamente que aquellos que estaban destinados a llevar luz y calor a los pueblos gentiles convenía que antes encendiesen su antorcha en el regio candelabro *(lucerna ardens et lucens)* que Ignacio había levantado en el centro de la Cristiandad.

Asociación juvenil misionera

¿Cómo y cuándo se hizo luz en la mente de Iñigo de Loyola la idea misionera? No hay que sutilizar mucho la crítica, porque penetramos en campo psicológico, en el que entra mucho el subjetivismo y la evolución, además de otros factores más delicados y obscuros, de los que Ignacio (por respeto a la iluminación divina que había recibido) no quería hablar claramente, sino dejar que se adelantasen los hechos.

No conocemos bien sus intenciones cuando le vemos salir de Loyola, convertido a Dios, encaminándose a Manresa y Barcelona, soñando en su viaje a Jerusalén.

«Su firme propósito —leemos en su *Autobiografía* (n.45)— era *quedarse es Hierusalen, visitando siempre* aquellos lugares santos; y también tenía propósito, ultra desta devoción, de *ayudar las ánimas;* y para este efecto traía cartas de encomienda para el guardián». Ignoramos si era un propósito auténticamente misionero o sencillamente catequético. Cuando se vio obligado por el guardián (?) de Montesión a emprender el viaje de regreso, «siempre vino consigo pensando *quid agendum,* y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas» *(Aut.* n.50). Si un hombre a los 32 años se propone hacer serios estudios, quiere decir que sus ideales son más altos que los de un simple catequista. Estudiar suponía en Iñigo prepararse para el sacerdocio —lo dice él mismo —, y el sacerdocio era para él condición necesaria para un apostolado vasto y profundo.

Con dos años de estudio serio en Barcelona, y «cuasi año y medio»,

en Alcalá, donde se embarullaron sus ideas con un *por-pourri* filosófico-teológico que no le sirvió sino para perder el tiempo (prescindo ahora de su apostolado particular), la divina Providencia lo condujo a la famosa Universidad de entonces, la de París, donde en siete años largos (1528--1535) de aplicación tenaz al estudio, había de salir sólidamente fundado en filosofía (lo demuestra la buena nota que obtuvo en la *licenciatura* (equivalente al *doctorado)* y donde Dios le aguardaba para hacer el espléndido regalo de un florido ramillete de estudiantes teólogos, ya graduados en filosofa y tan firmemente asentados en la virtud como en la ciencia. Ellos serán las pilastras sobre las cuales estribará todo el edificio de la Compañía de Jesús. Ignacio los fue formando uno a uno, para realizar todos juntos una excepcional empresa de carácter apostólico al servicio de la Iglesia. Sin duda que al darles en París los Ejercicios, en la meditación del *Rey temporal* y del *Rey eternal,* les hablaría de la predicación a los infieles. Mas no intentaba despertar en ellos la vocación misionera.

Ignacio los conduce con mano firme y segura. Ni él mismo sabe a ciencia cierta adónde van; pero está segurísimo que van bien, porque Dios los guía; de esto no le cabe la menor duda. Ignacio fue siempre el hombre de la máxima confianza en Dios. Cuando no ve con precisión el camino que debe seguir, se deja llevar por el viento del Espíritu, que le va empujando suavemente por el rumbo más seguro hasta la meta deseada. Sus compañeros o discípulos le siguen a él con plena confianza y sin dudas ni preocupaciones, porque se sienten arrastrados por la extraña fascinación de aquel hombre sin igual[193].

Poco a poco y como quien no quiere la cosa Ignacio los va reuniendo y dirigiendo espiritualmente, sin que ellos se conozcan entre sí, como no sean dos o tres, y al fin, poco antes de Montmartre, todos se dan a conocer.

[193] Varias veces he aludido a la gran fascinación que ejercía Ignacio entre los que le rodeaban, lo mismo en Mantesa y Barcelona, que en Alcalá, Paris y Roma. Nótese ese fenómeno incluso en ciudades enteras, que al principio le reciben hostilmente y a las pocas semanas le miran con veneración. Hay algunos que a las primeras de cambio se muestran suspicaces y al poco tiempo se te rinden y se hacen sus mayores amigos y protectores. No buscó la amistad de príncipes, embajadores, cardenales, obispos, damas de alto rango, profesores de Universidad, pero todos cuantos conoció se le rindieron amistosamente. Y digo todos, no excluyo a ninguno de los Papas, bajo cuya obediencia estuvo, ni siquiera al napolitano Carafa, que en vida de Ignacio proclamó sus alabanzas repetidamente, y que sólo a la mueve de Loyola se atrevió a denigrarle privadamente con palabras ofensivas, aprendidas, sin duda, del indiscreto parlanchín y amigo suyo, Bobadilla, a quien se le iba la lengua fácilmente y que lo mismo criticaba a Carlos V, el Emperador, como al Lucero del alba.

¡Qué gozo y que júbilo tan fraternal y tan insospechado! Ahora se explican muchas cosas que Ignacio les había dicho privadamente, no sin misterio, y empiezan a adivinar el futuro que les espera. En los votos de Montmartre se unen y se unifican todos espiritualmente. Todos tienen la misma vocación, el mismo destino, que ven en lontananza envuelto en flotante bruma. Cada día confiarían mas ciegamente en Ignacio; él nos ha traído hasta Montmartre; él nos llevará hasta el fin del mundo, si es necesario.

Ayer eran cuentas de cristal o de marfil, desgranadas de un rosario invisible; hoy, ensartadas en un hilo misterioso que sólo su maestro conoce, se sienten miembros de otro rosario más alto y divino y lleno de misterios, que irán rezando fervorosamente toda su vida. Es una metáfora pueril, si se quiere, y poco acertada la del rosario ensartado por Ignacio, sin que los interesados se diesen cuenta, pero tal vez sirva para significar cómo el Santo logró hacer de aquel grupo desunido de estudiantes maduros una asociación estudiantil misionera. Era el primer paso de importancia que daba Loyola hacia la Institución que venía soñando.

Alma misionera de la Compañía de Jesús

Vamos a ver cómo el espíritu apostólico es el alma de la Compañía de Jesús desde antes de nacer, desde su misma concepción.

Para aclarar este punto hay que remontarse hasta el voto de Montmartre en 1543. Es probablemente la primera vez en que Ignacio se reúne con todos ellos, y lo hacen para decidir su vocación, su futuro modo de vivir. Problema substancial de su existencia. Aunque todavía son jóvenes, tienen que deliberar y tomar delante de Dios una determinación irrevocable. De mañanita suben la cuesta de la colina de Montmartre, donde existe un pequeño santuario, custodiado por monjas benedictinas. Piden la llave a la sacristana de la próxima abadía y bajan a la venerada cripta de S. Dionisio.

Pedro Fabro, que era el único sacerdote, celebra la santa Misa con sentimientos de íntima devoción. No asiste persona alguna, fuera de los siete votantes. Los seis no sacerdotes comulgan en la Misa. Después, uno a uno, van pronunciando la fórmula de los votos. Al fin, es Fabro quien, volviéndose al altar, recita los votos y comulga. Lástima que no conservemos la fórmula textual de los votos. Eso disiparía muchas discusiones.

Tal vez la más antigua forma sea la que nos trasmite Diego Laínez. Según él, hicieron voto de pobreza por la salud de las almas, predicando y sirviendo en hospitales; andar a los pies del papa, vicario de Cristo, y

demandarle licencia para ir a Jerusalén y quedarse allí aprovechándonos y *aprovechando a otros fieles e infieles,* y si no hubiere posibilidad de ir a Jerusalén dentro de un año, o de quedar allá, tornar al papa y hacer su obediencia andando donde mandase. El propósito misional está claro y explícito.

Hubo deliberaciones (o las había habido) y no parece que hubiese perfecta unanimidad de todos en algunos puntos de secundaria importancia. Sin embargo, si suponemos que hay pequeñas omisiones de palabras en el texto aceleradamente escrito, o silencios explicables porque los entendidos sabían bien de qué se trataba, quizá esas apariencias de desacuerdo se desvanezcan sin discusión alguna.

Un ejemplo lo tenemos en el texto de Fabro, el primero o más antiguo de los compañeros, que dice así: «En aquel mismo año y día de la Virgen de Agosto, todos fuimos al santuario de Nuestra Señora, que se dice *Monte de los mártires*, tocando a París, para que allí cada uno hiciese voto de ir a Jerusalén en el tiempo convenido, y una vez regresados, ponerse *bajo la obediencia del Pontífice Romano»*.

¿Quiere esto decir, como alguien interpreta, que hicieron voto de ir Jerusalén con el *propósito de regresar* a Roma? Literalmente así parece; pero si se introduce una suposición, que probablemente estaba en la mente de Fabro, como en la de los demás compañeros, habrá que leer así: «Ir a Jerusalén en el tiempo convenido, y *(si fuese imposible quedarse allí)* una vez regresados ponerse bajo la obediencia», etc.

Porque si no iban con intención de quedarse allí predicando la fe cristiana a los infieles, ¿qué es lo que pensaban hacer? ¿Venerar aquellos santos lugares como cualquier peregrino y volverse tan tranquilos? ¡Cómo se empequeñece aquel gran pensamiento del viaje!

Juan de Polanco, el secretario de Ignacio, que desempeñó este cargo con diligencia suma y con minuciosidad admirable desde 1547 hasta la muerte del Santo y años siguientes, conocía toda la documentación de modo perfecto ya que por sus manos pasaban todas las cartas y papeles que entraban o salían del despacho del P. General. Y el pensamiento de S. Ignacio lo solía intuir a la perfección. Gozaba, además, de la intimidad de Laínez.

Aunque no estuvo en Montmartre, veamos cómo declara el voto que allí se hizo.

«Todos hicieron voto simple de dedicarse totalmente al servicio divino

en perpetua pobreza y en procurar la salvación de los prójimos, y de *pasar a Jerusalén en el tiempo acordado;* y si en el plazo de un año no pudiesen partir, o si llegados a Tierra Sama, no pudieran permanecer allá, o si encomendando la cosa al Señor, no pudiesen conseguir lo que deseaban de *ayudar a los infieles* y hallasen modo de emplear su vida a honor de Cristo, entonces se presentarían al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, a fin de que los enviase y ocupase a su arbitrio, donde mis pudiesen aprovechar a los prójimos a gloria de Dios».

El voto de ir a Tierra Santa para dedicarse a la predicación de la fe entre los infieles, está bien claro, y casi lo mismo puede afirmarse de *presentarse al Sumo Pontífice, a fin de que los enviase y ocupase donde más pudiesen aprovechar a los prójimos a gloria de Dios;* porque lo que piden al Papa es que envié a cualquier parte del mundo, sin excluir nación alguna, ni infiel ni herética, ni cismática. Esto demuestra en ellos un decidido universalismo misionero

Quede, pues, firmemente asentado que la Compañía de Ignacio, desde sus primeros gérmenes parisienses de Montmartre, se sentía alentada por un juvenil espíritu apostólico, y un ansia de evangelizar el mundo entero. Estaba para nacer con alma misionera. Así se explica la rapidísima contestación de Javier a la propuesta de Ignacio: «Javier, la India es vuestra empresa. —Pues ¡sus! heme aquí». Y al siguiente día —literalmente— (ante de 24 horas) estaba de camino para la India, todo rebosante de júbilo.

Si cuando no eran todavía religiosos —ni pensaban serlo— abrazaban la vocación misionera entre infieles con tanto fervor y decisión tan enérgica, supeditándola siempre a la voluntad del Romano Pontífice, fácil es de imaginar con qué fuego saldrían de sus labios, el día de su primera profesión religiosa en San Pablo *extra muros*, aquellas palabras de la *Fórmula de los votos:* «Yo... prometo a Dios todopoderoso y al Sumo Pontífice, su Vicario en la tierra... pobreza, castidad y obediencia... Prometo, además, especial *obediencia al Sumo Pontífice respecto de las misiones indicadas en la bula».*

Muy semejante es lo que se repite en diversos pasajes constitucionales de la Compañía y acaso más vivamente que en ningún otro en la *Fórmula del Instituto* presentada por Ignacio al papa Julio III, y aprobada por éste su bula *Exposcit debitum* (21 de julio 1550).

Dícese allí lo siguiente:

«Cualquiera que en esta nuestra Compañía, que deseamos lleve el nombre de Compañía de Jesús, quisiere militar por Dios bajo el estandarte de la Cruz y servir al único Señor y a la Iglesia, su Esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, una vez hechos los tres votos de perpetua castidad, pobreza y obediencia, se persuada firmemente que ya forma parte de la Compañía instituida principalmente para la defensa y propagación de la fe... Y todos aquellos que en esta Compañía hicieren profesión, entiendan y recuerden no solamente en los primeros tiempos de profesión, sino todo el tiempo de su vida, que la Compañía entera y cada uno de los que hicieron profesión en ella militan por Dios bajo la fiel obediencia del santísimo señor nuestro el papa Paulo III y los demás Romanos Pontífices, sus sucesores...

Todavía, para mayor abnegación de nuestras propias voluntades, y para ser más seguramente encaminados del Espíritu Santo, hemos juzgado oportuno que cada uno de nosotros y todos cuantos sigan la misma profesión, además del vínculo común de los tres votos, estemos obligados por voto especial, en virtud del cual, *todo lo que el actual o los Romanas Pontífices, sus sucesores, mandaren,* tocante al provecho de las almas y a la propagación de la fe, *lo cumpliremos* en cuanto esté de nuestra parte, *cualquiera que sea el país a donde nos quieran enviar, bien sea a los Turcos o a cualesquier otros infieles, aunque sea en las partes que llaman Indias, o bien a los herejes, cismáticos o fieles»* .

Todos los documentos que hemos aducido no dejan lugar a la más mínima duda sobre la vocación misionera de los fundadores de la Compañía de Jesús. Repitamos, pues, que la Compañía nació con espíritu misionero. En esto se parece a otras Ordenes religiosas, anteriores o posteriores a S. Ignacio, que desde sus orígenes dieron importancia a la predicación de la fe y difusión del Evangelio por el mundo. Pero la Compañía, desde sus orígenes, tiene algo más: su *Constitución jurídica como Orden misionera*.

Examinemos brevemente este título jurídico

Ya sabemos que los diez fundadores de la Compañía de Jesús, sin esperar a la fundación canónica de la misma, hicieron voto expreso al Sumo Pontífice, como a Vicario de Cristo, de ir a dondequiera que Su Santidad les mandase (a cualquier misión) entre fieles o infieles, sin excusación y sin demandar viático alguno. Y dentro de las mismas *Constituciones* (P. VI, c.3) se legisla así: «Las personas desta Compañía deben estar cada hora preparadas, para discurrir por unas partes y otras del mundo, a donde

fueren inviados por el Sumo Pontífice y sus superiores». Y a lo mismo se obligan todos los jesuitas, al hacer los votos, aunque no hagan la Profesión solemne.

Fue el Instituto de S. Ignacio de Loyola el primero que no sólo colectivamente y de un modo vago, sino en forma constante e ininterrumpida, sobre todo en sus documentos fundacionales, se obligó a prestar cuidadosa atención a las misiones entre infieles, de tal forma que, en virtud de su constitución jurídica de Orden misionera, puede enviar a todos y a cada uno de sus hijos a cualquier misión por lejana y dificultosa que se presente.

Un especialista en la materia, Teodoro Grentrup S. V. D. ha escrito lo siguiente en su obra *Jus Missionarium:* «Muchas Ordenes y Congregaciones de religiosos, y aun de religiosas, se dedican a la propagación de la fe en tierras de misiones..., lo cual no es exclusivo de nuestros tiempos».

Y seguidamente propone una duda: «¿Constituyen los votos religiosos un fundamento jurídico especial para abrazar la vida misionera?» Responde el autor: «Los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, que son esenciales para la vida monástica, por sí y directamente no se refieren a la propagación de la fe». Ni siquiera *indirecte vel implicite.*

Distingue luego tres categorías de Institutos religiosos respecto a las misiones: 1.ª categoría, la que en sus *Reglas* o *Constituciones* no dice una palabra de las misiones extranjeras. En este caso los profesos no pueden ser obligados a ir a las misiones. Más aún, citando al franciscano Raimundo Caron, afirma tajantemente: «Pecaría gravísimamente el Superior que a un determinado súbdito le mandase ir a una misión contra su voluntad». 2.ª categoría, la que en su *Regla* habla de la propagación de la fe entre los católicos, como ministerio propio de la Orden, pero sin obligar a ninguno de los religiosos en particular. Tal es la Regla de San Francisco, que fomentó las misiones extranjeras, pero dejó el arbitrio de cada fraile elegir o no ese propósito misionero... Así el capítulo XII de la *Regla* franciscana dice: «Todo fraile que, inspirado por Dios, quisiera ir a los Sarracenos u otros infieles, deberá obtener antes el permiso a sus Ministros provinciales». 3.ª categoría, es aquella cuya *Regla* declara que la Congregación íntegra con la totalidad de sus miembros se dedicará a las misiones extranjeras. Y aquí se dan dos casos: o la propagación de la fe es la obra única del Instituto, y entonces todos y cada uno de los miembros deben dedicarse a esa obra, o bien, es tan sólo una de las numerosas que lleva el Instituto, y en ese caso, si uno de los religiosos desea ir a misiones,

no puede ser excluido de ellas. En esta tercera categoría va incluida la Compañía de Jesús, con matices típicamente suyos que el autor no se detiene a explicar.

Alma misionera de Ignacio

El apostolado personal de Ignacio entre los infieles no pasó de ser una gran ilusión que nunca se cumplió. Como la llama siguió ardiente siempre en su corazón, se comprende su júbilo cuando le llegaban noticias de los éxitos que alcanzaban sus hijos en misiones de remotos países. ¡Y qué gozo el suyo cuando a su lado veía jóvenes entusiastas que le rodeaban anhelando la partida a cualquier cabo del orbe! Eran misioneros en flor, que esperaban lugar oportuno para entreabrir sus pétalos y perfumar tierras incultas. Ignacio los escogía cuidadosamente, los instruía, les transfundía sus propias ilusiones y los mandaba con la sencillez y con el alma encendida con que despidió a Javier. El no podía salir de Roma y marchar en persona a la misión lejana, pero indudablemente podía, sin pisar tierras paganas, ayudar a que jóvenes hijos suyos sembrasen y regasen el campo, mientras maduraba la cosecha; tareas que él quizá no hubiera podido ejecutar personalmente.

A los suyos que iban a misiones los despedía con alegría y pena, envidiándoles la suerte y sintiendo no poder seguirles en la santa empresa. El hubiera ido de mil amores, no como Superior, sino como simple misionero. En sus oídos resonaban desde los tiempos de Manresa aquellas palabras del Rey Eternal:

> «Mi voluntad es de conquistar todo el inundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir comigo ha de trabajar comigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria».

Como se frustró la primera misión que soñó en París en 1534, en la iglesia de Montmartre, también se frustrarán parcialmente, si es lícito hablar así, las múltiples misiones que se le ofrecerán, siendo General de la Compañía, quiero decir no las llevará a cabo él en persona, pero las realizará de modo imprevisto por medio de sus hijos. Así le vemos intervenir en los países recién descubiertos de América y en los antiguos pueblos de Africa y Asia.

Llamadas de América

Una de las primeras noticias que debió tener Ignacio de las Indias del Emperador fue tal vez la carta del Doctor Juan Bernal Díaz de Luco, miembro del Consejo de Indias, que en 1545 será nombrado obispo de Calahorra. Este renombrado canonista y celoso reformador de la Iglesia dirigió a Ignacio una carta, cuyo texto no conocemos, pero que a juzgar por la respuesta, debía de suplicar al Santo enviase a las Indias del Emperador algunos de sus discípulos y compañeros aptos para catequizar a los primeros indios convertidos. El fundador de la Compañía contestó el 16 de enero de 1543, alabando «su gran devoción y deseos intensos en el servicio, alabanza y gloria de Dios N. S.», pero lamentando la falta de personal. «Cuanto al deseo, tan bueno y sancto para mayor provecho spiritual de las ánimas, (de que) fuesen algunos desta mínima Compañía, los unos para España, los otros para las Indias, cierto yo lo deseo en el Señor nuestro... Mas como no somos nuestros, ni queremos, nos contentamos en peregrinar donde quiera que el Vicario de Cristo nuestro Señor mandando nos inviare».

La respuesta parece dura y negativa; pero en aquellas circunstancias difíciles en que Ignacio no tiene gentes a su disposición, la solución que le brinda al Doctor es mover al Papa a que lo ordene y mande taxativamente, y entonces Ignacio, obedeciendo al Sumo Pontífice, hará el mayor esfuerzo posible. Aconseja, pues, que se valga de algún poderoso intermediario, para lo cual deberá buscar «un perlado que fuese obispo o cardenal, persona de buena conciencia y de buenas letras», en cuyo pecho dejará el asunto para que lo juzgue. «Y si aprobase que sería a mayor gloria de Dios N. S.... V. Md. haga que el tal perlado escriba unas letras para algún cardenal, o para Madama *(Margarita de Austria hija de Carlos V)* o a lo menos para mí... para que yo pueda dar algún testimonio acá... y todo lo que más puede ayudar a la causa».

Estos largos caminos y rodeos para pedir una cosa al papa nos hacen creer que Ignacio no había entrado todavía en la confianza y amistad de Pablo III tan profundamente como entrará poco después.

Lástima que no conozcamos el texto de la carta del Doctor Bernal, con quien muy pronto trabará Ignacio una amistad entrañable, de confianza y mutua estima. La de Ignacio es de 12 de enero de 1549.

El historiador mexicano Mariano Cuevas refiere de México lo siguiente: «Quien por parte de la Compañía manifestó primero que nadie deseo muy decidido y muy sincero de que sus hijos viniesen a la Nueva

España, fue el mismo Patriarca y fundador de la Orden, san Ignacio de Loyola. El 12 de enero de 1549 escribía a los Padres Estrada y Torres, que estaban al frente de los jesuitas españoles, estas palabras que leemos con filial veneración: *Al México invíen, si les parece, haciendo que sean pedidos, o sin serlo*. La frase... *o sin serlo* muestra el empeño de nuestro Padre».

También del Perú le llegaron peticiones. El nuevo Virrey, Marqués de Cañete, pidió en 1555 dos Padres que llevar consigo. Parecióle bien al comisario de España, Francisco de Borja, el cual rogó al Provincial de Andalucía escogiese dos sujetos aptos. Borja comunicó todo a San Ignacio, que aquellos días debía de sentirse muy indispuesto. Por eso fue Polanco quien respondió a Borja en nombre del General. La respuesta es generosa, pues claramente deja ver que quiere dejar contentos a los jóvenes misioneros que soñaban con el Perú. Dudábase si los candidatos habían de hacer la Profesión religiosa de tres o de cuatro votos antes de emprender el viaje. La respuesta fue: «Los dos que V. R. envía al Perú parece bien a nuestro Padre hagan Profesión antes de partir del reino; pero si deban hacerla de tres o de cuatro votos, quedará a la consideración de V. R. Cuando ellos tuviesen las partes que piden las *Constituciones* y aunque les faltare algún poco, parece podrían hacer la de cuatro, por el viaje tan luengo y difícil misión, y mayor consolación suya. V. R. hará lo que mejor le pareciere».

Hermoso ese premiar anticipadamente a los dos misioneros, otorgándoles la Profesión solemne «aunque les faltase algún poco» de lo exigido por las *Constituciones* de la Orden. Pero he aquí que los navíos que osaron hacer la travesía naufragaron trágicamente. Tan sólo aquellos dos misioneros que no pudieron embarcarse, salvaron sus vidas. *Nondum venerat hora eorum,* comentó Borja.

La hora del Perú llegará más tarde, y vendrá abriendo las puertas refulgentes de las misiones Sudamericanas. San Ignacio solamente desde el cielo podría contemplar los heroísmos de sus hijos.

Javier, apóstol de Oriente... y de Occidente

Ya conocemos las escenas que en el invierno de 1538-39 se desarrollan en el gran caserón *dei Frangipani,* albergue provisorio, hallado por Ignacio para sus compañeros y para la caterva de pobres, harapientos, mendigos, famélicos, enfermos o consumidos por la inanición y el frío, que alcanzaban en aquella casa de misericordia algún refrigerio brindada

por la mano de un grupo de sacerdotes caritativos. Uno de ellos, que se llamaba Francisco Javier, hizo prodigios de caridad y beneficencia, al lado de Ignacio de Loyola.

En aquel caserón se remediaron las hambres, dolencias y tristezas de miles de necesitados; allí tuvo lugar el nacimiento de la Compañía de Jesús por la aprobación *viva voce* de Pablo III; y de allí salió, para circunnavegar el Africa, cruzar el océano Indico y descubrir otros mares remotos, el evangelizador de aquel mundo oriental. Apóstol del Oriente le apellidan hoy los sucesores de aquellos que él bautizó con su concha santificadora, esos mismos que en nuestros días no se cansan de peregrinar siguiendo el rumbo del sol, con la ilusión de besar las piedras del Castillo en que nació el gran misionero, y de orar fervorosamente ante el Cristo medieval, cuyos pies besó mil veces con labios de niño aquel a quien la posteridad seguirá llamando «el Apóstol», *Apóstol del Oriente,* por los pueblos innumerables que evangelizó con su palabra y santificó con sus desnudos pies, portadores de paz; y séame permitido decir también *Apóstol del Occidente,* porque si los Orientales conocieron el reino de Cristo por la palabra ungida y vibrante de Francisco Javier, muchos de los Occidentales alimentaron su fe y su fervor con las palabras de las cartas javierinas, que venían como saetas inflamadas a prender fuego en los corazones de los hombres de Occidente. Digamos, pues, con la explicación dada, que dos especies de predicación hallamos en Javier: predicación oral para la India y predicación epistolar para Europa. ¿Cuál era más fructuosa? Su entrañable amigo Pedro Fabro, quizás porque no veía de cerca la inmensa cosecha que recolectaba su amigo en los vastos trigales de la India, sentía más admiración ante las mieses maduras de Occidente.

Acaso no de otra manera pensaba el P. Jerónimo Nadal, un mallorquín que había conocido a Ignacio de Loyola en sus estudios de París. Al fundar Ignacio por entonces la Compañía de Jesús, trató de persuadir a Nadal a que se agregase al coro de fundadores del Instituto Ignaciano, lo cual rehusó una y mil veces el tozudo mallorquín. En 1538, ya profesor de teología, regresó a Palma de Mallorca, enfermo y melancólico, tal vez con algún escrúpulo de no haber oído la voz de Ignacio. Siete años pasó en su patria, ocupado en diversos ministerios espirituales y dedicado a la oración como un ermitaño.

Sucede entonces un hecho que cambia el rumbo de su vida. Inesperadamente llega a sus manos la copia de una carta, enviada desde Roma por el embajador de Carlos V al Virrey de Mallorca. Este se la deja a Nadal,

pues le interesa. Al fin de la carta —que es muy larga— lee estas palabras: «Entre muchas mercedes, que Dios nuestro Señor en esta vida me tiene hechas y hace todos los días, es esta una, que en mis días vi lo que tanto deseé, que es la confirmación de nuestra regla y modo de vivir. Gracias sean dadas a Dios nuestro Señor para siempre, pues tuvo por bien de manifestar públicamente lo que en oculto a su siervo Ignacio y Padre nuestro dio a sentir».

Esta fue para Nadal una de las flechas de fuego que solía disparar Javier desde las lejanías de la India o el Japón. Sintió su corazón herido, y empezó a meditar en un cambio de vida. Lo que Javier en la carta proclamaba, era que la Compañía de Jesús, creada por Ignacio, había sido aprobada por la Sede Apostólica, y que esa misma Compañía estaba recogiendo frutos pasmosos de fe cristiana, de virtud y santidad, en las vastas regiones del Oriente. Esto le arrancaba a Javier aquel grito de amor: «Ya basta, Señor, ya basta». Pues ¿por qué —él, Jerónimo Nadal— no seguía los ejemplos de aquel Javier a quien había conocido en la Universidad de París? ¿No era precisamente Javier el que se sentía divinamente consolado siguiendo la bandera de Loyola? Buscando la misma fuente de consuelos, el mallorquín recordaba más tarde: «desde entonces me propuse partir para Roma». Y partió en seguida.

Parece que ahora deseaba hablar con Ignacio seriamente. Y así lo hizo. El 10 de octubre de 1545 atravesaba las puertas de la Ciudad Eterna, y preguntaba por la mansión de Ignacio de Loyola. Por lo pronto el Fundador de la Compañía le aconsejó empezar en seguida los Ejercicios espirituales practicando las normas ignacianas bajo la dirección del valenciano Jerónimo Doménech, muy hábil conocedor —discípulo al fin de Ignacio— de los recovecos espirituales.

El resto es bien sabido. Nadal será uno de los más auténticos jesuitas, y uno de los más exactos y fieles intérpretes de la espiritualidad ignaciana.

El aguilucho más cimarrón de cuantos habían alguna vez sobrevolado la más alta aguja de Notre Dame, ya estaba cogido en el puño de Loyola, gran cazador. Y eso gracias a la carta de aquel a quien el propio Nadal llamará un día *«F. Xaverius, magnus ille pater Indorum et Japonensium»*.

¡Cuántas veces repetiría Nadal, ya convertido y transformado, las palabras que al igual de Javier había aprendido en los Ejercicios ignacianos: *Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles!* O en otros términos semejantes: Mi voluntad es de dilatar las fronteras del reino de Cristo por

el mundo entero[194].

Javier y Loyola, un alma sola

La conquistadora entrada de Javier en el paganismo oriental, vista de lejos, sin detenerse en detalles produce la impresión de un imperioso asalto militar a una antigua fortaleza mal defendida, a pesar de su ancha circunvalación, o mejor tal vez, la irrupción impensada de un río caudaloso que se desborda en múltiples direcciones.

Venía con título y facultades de «nuncio Apostólico», pero eso no le importaba mucho. Quería predicar y bautizar, arar el campo y sembrar buena semilla. Mas para eso había que empezar por el estudio y conocimiento del pueblo en su aspecto social, moral, cultural y religioso. Así lo hizo e inmediatamente se puso a levantar su nivel en todo, a educarlo humanamente y sobre todo religiosamente. Si el Instituto ignaciano significó desde el primer día un decisivo avance en la Historia de las misiones católicas, eso se debió en gran parte al método de evangelizar y a la organización prudente y eficaz que le señaló su Fundador. No a todos había que evangelizar con el mismo método, pero sí con el mismo amor y caridad como hijos de Dios que eran todos.

Cómo debía proceder en la vida social y religiosa; cómo había de adaptarse a la psicología y costumbres de los indígenas, cuidando de evitar todo peligro de error y de superstición; todo eso estaba Ignacio acostumbrado a repetirlo mil veces, con tonos y matices diversos según las circunstancias. Aconsejaba Ignacio, en su pedagogía misionológica, la organización de la caridad y beneficencia en hospitales y orfanotrofios; el buen orden de los catecumenados, con catequistas y maestros seglares; la instrucción de la niñez y juventud en Colegios y escuelas técnicas; la fundación de Seminarios de misioneros en Europa y en las Indias, de los cuales saliesen buenos sacerdotes indígenas y aun Obispos que pudiesen gobernar aquellas cristiandades Y otro capítulo singularísimo del método ignaciano era el apostolado epistolar. Debía haber contacto de información mutua entre los misioneros y el remoto pueblo cristiano.

---

[194] Nadal concebía el Instituto de la Compañía como un águila que tiene dos alas: con la una vuela sobre el Oriente para convertir a los gentiles; con la otra vuela sobre Occidente (el mundo protestante). Por eso he comparado al mismo Nadal con un aguilucho en manos de S. Ignacio: «Alae duae Societatis sunt partes Societatis, quae in *India* et *Germania* in auxilium animarum incumbunt in Christo Jesu» (MHSI, *Nadal* IV, 698).

No se ha ponderado bastante el valor que Ignacio concedía al comercio epistolar. Tal vez el primero que lo comprendió fue Javier, y nada tiene de extraño, si se admite lo que hemos dicho, que Javier y Loyola eran un alma sola. Es notoria la trascendencia que tuvieron siempre las cartas de los misioneros jesuitas comenzando por las curiosas y emocionantes de Francisco Javier. Aun bajo el aspecto puramente científico eran tan notables las relaciones que de los diversos pueblos escribían los misioneros de la Compañía, que Juan Páez de Castro, el cronista de Carlos V, las buscaba con interés para utilizarlas en sus *Apuntes históricos*.

El 21 de junio de 1556 desde Bruselas escribía Pedro de Ribadeneira a S. Ignacio: «Yo he escrito a España que me invíen todas las cartas de las Indias en romance, porque se podrían con gran facilidad estampar en Envers (Amberes), y sería cosa muy provechosa en esta corte entre los españoles, como también lo han sido entre los borgoñones las que se han imprimido en francés en París. V. P. me mande avisar muy en particular de todas las cosas de la Compañía, porque el D. Joan Paiz (Páez de Castro), que es cronista del Emperador, y muy grande amigo nuestro, me ha dicho hoy que ha comido aquí con nosotros, que lo desea infinito para hacer un estrato de todo y enxerirlo en su lugar y tiempo en la historia de sus tiempos que apareja».

Aquí conviene advertir que a Ignacio se le debe la colección de *Cartas de Indias* y su publicación por medio de la imprenta *(Litterae Indicae,* Roma 1545, etc.), cartas que en seguida se traducían al latín, francés, alemán. Frecuentemente en su correspondencia habla S. Ignacio de sacar copias, de hacer traducciones a diversas lenguas, de hacerlas volar por el mundo entero, y de enviarlas a unas partes y a otras, especialmente a libreros, para que las vendan a precios insignificantes y de propaganda.

Al holandés Gaspar Berse (Barzaeus), misionero en la India, discípulo y émulo de Javier, le dirigía Ignacio el 24 de febrero de 1554 estas palabras. «Algunas personas principales, que en esta ciudad leen con mucha edificación suya las letras de las Indias, suelen desear, y lo piden diversas veces, que se escribiese algo de la cosmografía de las regiones donde andan los nuestros, como sería, cuán luengos son los días de verano y de invierno, cuándo comienza el verano, si las sombras van sinistras o a la mano diestra. Finalmente, si otras cosas hay que parezcan extraordinarias, se dé aviso, como de animales y plantas no conocidas, o no in tal grandeza, etc.».

Javier navegando en torno al Africa

Mientras Ignacio, Padre y maestro de misioneros, quedaba meditabundo EN EUROPA atalayando el mapa geográfico de las tierras orientales, Javier acompañando al embajador portugués ante la Santa Sede Don Pedro Mascarenhas, escalaba los Alpes y los Pirineos para cruzar el norte de España y presentarse en la Corte de Portugal, ante el monarca Juan III con intención de tomar cuanto antes el barco que le llevaría a la India. Dios le detiene entre los portugueses más de lo que él había calculado. Mas no perdió el tiempo que allí estuvo aguardando, porque aprendió muchas cosas que le serían provechosas en el mundo asiático. De todos modos, no partió de Lisboa hasta el 7 de abril de 1541, día preciso en que cumplía sus 35 años[195].

Su fama de santidad, que le acompañaba siempre desde Roma, se acrecentó mucho más en las travesías marinas que se hacían molestísimas por la carencia de todo lo necesario para la vida, por la fragilidad de las naos, que no resistían muchas veces a las tempestades y a la sacudida de los vientos, conviniéndose en juguete de las olas. Muchos de los pasajeros morían, otros padecían enfermedades dolorosas y otros desembarcaban en Goa, más muertos que vivos. Cuántos y cuántos habían fallecido entre las manos misericordiosas del misionero, que no descansaba una hora ni de día ni de noche. Y cuántas veces, al llegar al puerto, en aquellas manos caritativas no había más que una carga infecciosa para los hospitales. Con alimentos de pésima calidad, y sin una gota de agua dulce, muchos caían desfallecidos por la sed bajo la calma chicha de la atmósfera abrasadora.

Trece meses duró este primer viaje marítimo del Santo, trece meses de infierno por los sufrimientos continuos que hubo de tolerar en su propio cuerpo y en multitud de enfermos, apestados y moribundos que necesariamente tenía que remediar, curar y por lo menos consolar; pero meses de cielo para nuestro Javier, favorecido por Dios con inefables consolaciones. Tras largas y duras penalidades, llegó la nave del Virrey, donde iba Francisco, al Cabo de Buena Esperanza. Véase la primera carta

[195] Aunque viajaba con autoridad de Nuncio Apostólico, su bagaje era tan módico, que hubiera ruborizado a cualquier mendigo, pero el resplandor de su virtud daba grandeza y aire de santidad a sus abstinencias y ayunos, a su vida de caridad, de mortificación, penitencia y oración. Aunque siempre pobre, hay quien asegura (sin sólido fundamento) que llevaba consigo, además de su *Breviario*, un libro titulado *Opus de religiose vivendi constitutione,* compuesto por el humanista croato Marko Marulié con sentencias y extractos de la Biblia y de los Santos Padres. Pudo leerlo en la India, pero no consta que lo llevase consigo, como libro de lectura espiritual.

que el primero de enero de 1542 escribió desde Mozambique a sus compañeros de Roma:

> «De Lisboa os escribí a mi partida de todo lo que allá pasaba, de donde partimos a siete de abril de 1541. Anduve por la mar mareado dos meses, pasando mucho trabajo cuarenta días en la cuesta de Guinea, así en grandes calmas, como en no ayudarnos el tiempo. Quiso Dios nuestro Señor hacernos tan grande merced de traernos a una isla *(la de Mozambique)* en la cual estamos fasta el día presente... Luego que llegamos aquí, tomamos cargo de los pobres dolientes... y así yo me ocupé en confesarlos, comulgarlos y ayudarlos a bien morir... Viniendo por el mar, prediqué todos los domingos, y aquí en Mozambique las veces que podía... Mucho deseara poder escrebir más largo, mas por en cuanto *(al presente)* la enfermedad no lo sufre; hoy me sangraron la setena vez».

En Mozambique, donde no pocos portugueses se habían establecido entre árabes y cafres, se alojó Francisco Javier en el hospital, acostándose en un catre de tijera hecho de cuerdas entrelazadas. Y aun eso lo cedía a menudo a algún febricitante. El gran número de enfermos obligó al Virrey D. Martín Alfonso de Sousa a pasar en aquella isla malsana todo el invierno (1541-1542). Detuviéronse brevemente en la ciudad musulmana de Melinda y luego en la isla de Sokotora, cuyos habitantes le causaron a Javier grata impresión por su apego al Cristianismo. El 6 de mayo de 1542, al cabo de trece meses justos de viaje, la nave virreinal atracaba en el puerto de Goa, capital de la India portuguesa y emporio del Oriente[196]. Era ya cerca de la media noche. Y Javier escogió para siempre, como hospedaje, el hospital. Al día siguiente se presentó a visitar por primera vez al Sr. obispo, fray Juan de Albuquerque, y arrodillándose ante él, le alargó el Breve del Papa, en que le nombraba Nuncio Apostólico. «Usaré de mis privilegios —le dijo— cuando y como a Vuestra Señoría le plazca, no más». Replicó modestamente el virtuoso prelado: Usad sin reparo de todos los poderes que Su Santidad os ha otorgado.

Javier no descansó un momento, aunque los trabajos del viaje le traían derrengado. Desde el primer momento empezó con la catequesis a los niños, para lo cual redactó un *Catecismo elemental,* escrito en portugués; atendía luego a los enfermos de los hospitales y no menos a los leprosos, relegados fuera de la ciudad, a quienes visitaba y decía misa los

[196] El último trayecto «de Mozambique a India hay 900 leguas», anota Javier *(Epist.* I, 121). De Goa escribe el Santo «que es una ciudad toda de cristianos, cosa para ver. Hay un monesterio de muchos frailes de San Francisco» (ibid.).

domingos; «confesélos y comulguélos todos cuantos en aquella casa había; prediquélos una vez; quedaron muy amigos y devotos míos».

Apertura del panorama misional. Los Paravas.

En setiembre de 1542, por orden o encargo del Señor Embajador, dirigió sus pasos «para una tierra, donde todos dicen que tengo de hacer muchos cristianos. Llevo conmigo tres de aquella tierra (como intérpretes). Los dos son de epístola y evangelio; saben la lengua portuguesa muy bien, y más la sua natural... Llámase la tierra donde voy el *Cabo de Comurín»*. En una extensión de 200 kilómetros, bajo un sol de fuego se afanaban miles de paupérrimos pescadores de perlas, apellidados *Paravas,* que habían recibido el bautismo, sin saber bien lo que era, y que en nada se diferenciaban de los infieles por su ignorancia y por sus costumbres. Vivían en chozas de barro, sin ser visitados e instruidos por sacerdote alguno. Así que la labor de Javier tenía que ser tan fecunda como engorrosa y difícil. Al misionero lo que más le incordiaba en los comienzos era la «habitación de tierra tan subjeta a pecados de idolatría, y tan trabaxosa de habitar».

Pero el apóstol infatigable añade con suprema valentía: «Tomándose estos trabaxos por quien se debrían tomar, son grandes refrigerios, materia para muchas y grandes consolaciones. Creo que los que gustan de la Cruz de Cristo nuestro Señor descansan viviendo en estos trabaxos y mueren cuando dellos huyen o se hallan fuera dellos. Qué muerte es tan grande vivir dexando a Christo, después de haberlo conocido... No hay trabaxo igual a éste. Y por el contrario qué descanso vivir muriendo cada día, por ir contra nuestro propio querer, buscando *non quae sua sunt, sed quae Jesu Christi!* Por amor y servicio de Dios nuestro Señor os ruego... que me escribáis muy largo de todos los de la Compañía; porque ya que en esta vida no espero más veros *facie ad faciem,* sea *saltem per aenigmata, id est, per litteras.* No me neguéis esta gracia».

Dos años corrió por aquellos arenales ardientes, que le dejaban los pies socarrados (pues como es bien sabido, Javier, cuando tenía que andar por tierra, caminaba a menudo descalzo), viviendo míseramente con los indios *Paravas* faltos de la más mínima cultura (él, profesor de la Universidad de París), hablando malamente la lengua de aquellos pescadores, instruyendo a los niños que no le dejaban tiempo ni de rezar, ni de comer, ni de dormir, bautizando a muchos, si le daban tiempo, fundando pueblos

nuevos más cómodos para la vida ordinaria y obrando curaciones extraordinarias, cuando no milagros.

Esta entrada en los campos y mares de la Pesquería, donde Francisco Javier se encontró con cerca de 20.000 Paravas que le oían con atención y buena voluntad, fue la primera penetración invasora de los jesuitas en países de infieles. Esos Paravas, dóciles a Javier, no le restaban trabajo, porque si bien ocho años antes habían sido bautizados apresuradamente por eclesiásticos portugueses que acompañaban a las tropas auxiliarías de su ejército, muchos no habían entendido nada de la ceremonia bautismal. Y había que catequizarlos de nuevo.

Método de evangelización simple y eficaz

Del vecino país de *Travancor* llamáronle en 1544 sus habitantes, pescadores como los Paravas. Acudió en seguida, y el fruto superó las esperanzas. Los métodos de evangelización los describe Javier en carta del 27 de enero de 1545 a sus hermanos de Roma:

> «Nuevas desta parte de la India, os hago saber cómo Dios nuestro Señor movió, en un reino donde ando, mucha gente a hacerse cristiana; fue de manera que en un mes (noviembre-diciembre 1544) bapticé más de X (diez mil) personas, guardando esta orden: cuando llegaba en los lugares de los gentiles, los cuales me mandaron llamar para que los hiciese cristianos, hacía ayuntar todos los hombres y muchachos del lugar a una parte, y començando por la confisión del Padre y del Hijo y del Spiritu Sancto, los hacía tres veces sanctiguar y invocar las tres personas, confessando un solo Dios. Acabado esto, decía la confesión general, y después el Credo, mandamientos, Pater noster, Ave María y la Salve Regina; y todas estas oraciones saqué, habrá dos años, en su lengua *(tamúlica)* y las see de coro; y puesta una sobrepelliz, a altas voces decía las oraciones... Y así como yo las voy diciendo, todos me van respondiendo...; y acabadas las oraciones les hago una declaración sobre los artículos de la fe y mandamientos de la Ley en su mesmo lenguaje. Después hago que todos demanden perdón públicamente a Dios nuestro Señor de la vida pasada... Acabado el sermón que les hago, demando a todos, así grandes como pequeños, si creen verdaderamente en cada artículo de la fe; respóndenme todos que sí... puestos los braços en modo de cruz sobre los pechos; y así los baptizo, dando a cada uno su nombre por escrito... Acabada la gente de baptizar, mando derribar las casas donde tenían sus ídolos, y hago, después que son cristianos, que quiebren las imágenes de los ídolos en minutísimas partes. No podría acabar de escribiros la mucha consolación que mi ánima lleva en veer distruir los ídolos por las manos de los que fueron

idólatras. En cada lugar dexo las oraciones escritas en su lengua, dando orden cómo cada día las enseñen una vez por la mañana y otra a horas de vísperas. Acabado de hacer esto en un lugar, voy a otro, y desta manera ando de lugar en lugar, haciendo cristianos; y esto con muchas consolaciones, mayores de las que por cartas os podría escribir»[197].

Conversando con brahmanes de poca ciencia

De Travancor pasó a Cochín, ciudad populosa, que podía superar en muchos casos a Goa, capital de la India, mas no en moralidad. La carta que dirigió a su P. Ignacio el 15 de enero 1544 refiere lo siguiente:

«Hay en estas partes entre los gentiles una generación, que se llaman Bragmanes: éstos sustentan toda la gentilidad. Tienen cargo de las casas donde están los ídolos; es la gente más perversa del mundo... Son estos bragmanes hombres de pocas letras; y lo que les falta en virtud tienen de iniquidad y maldad... Pésales mucho de que yo nunca otra cosa hago, sino descubrir sus maldades; ellos me confiesan la verdad cuando estamos a solas, de cómo engañan el pueblo; confiésanme en secreto, que no tienen otro patrimonio sino aquellos ídolos de piedra, de los cuales viven fingiendo mintiras. Tienen estos bragmanes para sí, que see yo más que todos ellos juntos... Si no hubiese bragmanes, todos los gentiles se converterían a nuestra fee. Las casas donde están los ídolos y bragmanes llámanse pagodes... Sólo un bragmane, después que estoy en estas partes, hízose cristiano; es mancebo muy buen hombre. Tomó por oficio enseñar a los muchachos la doctrina cristiana. Andando los lugares de cristianos, paso por muchos pagodes, y una vez pasé por uno, donde había más de 200 bragmanes y viniéronme a ver... *(Tras una disputa pueril)* levánteme... y a grandes voces dixe el Credo y mandamientos de la Ley en su lengua dellos, haciendo alguna detenencia en cada mandamiento; y acabados los mandamientos híceles una amonestación en su lengua dellos, declarándoles qué cosa es paraíso y qué cosa es infierno... Después de acabada esta plática, levantáronse todos los bragmanes y me dieron abrazos, diciéndome que verdaderamente el Dios de los cristianos es verdadero Dios, pues sus mandamientos son tan conformes a toda razón natural... Un bragmane solo hallé en un lugar desta Costa, el cual

[197] *Epist. F. Xaverii* I, 273-74. Desde Cochín, 27 enero 1545. En cambio, «a cincuenta leguas desta donde ando... el Rey de la tierra hizo grandes estragos y crueldades, porque se hicieron cristianos. Gracias sean dadas a Dios nuestro Señor, que en nuestros días no faltan mártires» (ibid., 274). Es un ejemplo palmario de la tenacidad con que abrazaban la fe aquellos pobres cristianos, aunque su preparación dejase algo que desear.

sabía alguna cosa, por cuanto me decían que había estudiado en unos estudios nombrados; procuré de verme con él, y tuve manera cómo nos vimos... Requerióme que le dixesse las cosas más principales que los cristianos tenían en su ley... Entonces dixe y declaré mucho a mi placer estas palabras de importancia de nuestra ley: *Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit.* Estas escribió en su lengua con la declaración dellas, que le dixe todo el Credo. En la declaración puse los mandamientos... Díxome que una noche soñó con mucho placer y alegría que había de ser cristiano, y que había de ser mi compañero y andar conmigo».

Parece como si Francisco Javier, cansado de referir historietas más o menos serias y respetables, pasase de un salto a cuestiones más íntimas y personales y abriendo su corazón ante Ignacio, como tantas veces lo había hecho en París y Roma, da rienda suelta a sus sentimientos espirituales.

«Destas partes no sé más qué escribiros, sino que son tantas las consolaciones que Dios nuestro Señor comunica a los que andan entre gentiles convertiéndolos a la fee de Cristo, que, si contentamiento hay en esta vida éste se puede dicir. Muchas veces me acaesce oír decir a una persona, que anda entre estos cristianos: ¡Oh Señor! No me deis muchas consolaciones en esta vida; o ya que las dais por vuestra bondad infinita y misericordia, levadme a vuestra sancta gloria, pues es tanta pena vivir sin veros, después que tanto os communicais interiormente a las criaturas. ¡Oh! Si los que estudian letras, tantos trabajos pusiesen en ayudarse para gustar dellas, cuantos trabajosos días y noches levan para saberlas. ¡Oh, si aquellos contentamientos que un estudiante busca en entender lo que estudia, lo buscase en dar a sentir a los próximos lo que les es necesario para conoscer y servir a Dios, cuánto más consolados y aparejados se hallarían para dar cuenta, cuando Cristo les demandasse: *Redde rationem villicationis tuae!*

Estas consolaciones espirituales con que Dios inundaba su corazón compensaban las soledades y tristezas que le afligían pensando en la multitud de almas que se perdían para siempre por culpa de los cristianos ociosos y sin sentido apostólico. Ese pensamiento le arranca gritos como el siguiente.

Muchos cristianos se dexan de hacer en estas partes, por no haber personas que en tan pías y sánelas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los Estudios desas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse a fructificar con ellas, cuántas ánimas dexan de ir a la gloria y van al infierno

por la negligencia dellos... Temóme que muchos de los que estudian en Universidades, estudian más para con las letras alcanzar dignidades, beneficios, obispados, que con deseo de conformarse con la necesidad que las dignidades justados eclesiásticos requieren. Está en costumbre decir los que estudian: Deseo saber letras para alcanzar algún beneficio, o dignidad eclesiástica con ellas, y después con la tal dignidad servir a Dios. Estuve cuasi movido de escribir a la Universidad de París, a lo menos a nuestro Maestre de Cornibus y al Doctor Picardo, cuántos mil millares de gentiles se harían cristianos, si hubiese operarios... Es tanta la multitud de los que se convierten a la fee de Cristo en esta tierra donde ando, que muchas veces me acaesce tener cansados los bracos de baptizar, y no poder hablar de tantas veces decir el Credo y mandamientos en su lengua dellos, y las otras oraciones, con una amonestación que sé en su lengua, en la cual les declaro qué quiere decir cristiano, y qué cosa es Paraíso y qué cosa infierno... Sobre todas las oraciones les digo muchas veces el Credo y mandamientos; hay día que baptizo todo un lugar, y en esta Costa donde ando hay 30 lugares de cristianos».

¿Qué decir del método del apóstol?

Formulando brevemente el método evangelizador de Javier, un académico de Francia, André Bellessort, lo ha resumido en estas frases: «La evangelización somera del Travancor *(évangélisation sommaire)* es una de las páginas, si no de las más gloriosas, a lo menos de las más sorprendentes del apostolado de Francisco. Ni la benevolencia de un rajah *(príncipe hindú, como el de Travancor),* ni la presión oficial de un capitán *(avariento como Cosme de Payva, capitán de Tuticorín)* llegan a explicar el éxito. Hay otros que han usado los mismos medios con diferentes resultados. En la India, en China, en Corea, los pastores americanos han derrochado el oro, los medicamentos, las promesas; y a pesar de todo, ninguno de ellos ha hecho en treinta años lo que Francisco hizo en treinta días. Eran ricos, bien trajeados, con buen alojamiento; viajaban a caballo o en hermosos automóviles; guardaba sus espaldas un gobierno menos imponente que el de Portugal; nadie tenía la audacia de tocar un cabello de su cabeza. Javier en cambio, caminando solo, con los pies cansados y las facciones tensas por el ayuno, a la merced de un insolente o de un brutal, con algunas frases penosamente aprendidas causaba asombro, arrastraba a millares de personas que se dejaban persuadir de que su interés estaba en seguir a aquel hombre, y que verdaderamente obedecían a la gracia, cuya luz llenaba sus ojos»

Los 600 (?) mártires de neófitos en la isla de Mannar (1544) proclaman que su adhesión a la fe no era superficial. No le hubiera sido difícil a Javier cambiar sus métodos según las circunstancias de tiempo, de lugar y de personas. Pero tropezaba con un obstáculo insuperable: la soledad, la falta de cooperadores, tanto sacerdotes como legos, que le ayudasen en la organización de las catequesis, sermones y administración de los sacramentos; en la correspondencia o intercomunicación con las comunidades lejanas; en satisfacer a las peticiones que llegaban de ciudades y regiones muy distantes. Y luego, la diferencia de razas, de idiomas, de costumbres (ancianos, mujeres, niños, catecúmenos, enfermos), a todos los cuales había que atender de diversa manera. Y siendo tan anchuroso y dilatado el territorio que debía ser evangelizado, con ciudades comerciales superpobladas y con infinito número de aldeas hormigueantes de esclavos y mendigos, con la más variada policromía física y moral, ¿cómo podría dar abasto a todo, mascullando un lenguaje extraño y dificultoso? Cuando tomaba la pluma para escribir en portugués, latín o castellano, debía de sentir en el cuerpo y en el alma un momentáneo alivio beatificante.

Correrías apostólicas y martirios de príncipes. ¿Cien mil conversiones?

No vamos a seguir paso por paso las correrías de este gran apóstol por las islas y continentes del mundo asiático. Solamente el trazar una línea sobre el mapa, uniendo ciudad con ciudad, puerto con puerto, nos aturde y asusta. Salta de islote en islote, de playa en playa, como un saltarín que ha apostado «a la mayor gloria de Dios». No suele decirnos lo que sufre en tales apuestas, porque ve cómo maduran las cosechas de cristianos y aun de mártires. Una síntesis, tan sucinta como significativa de sus viajes la traza Joseph Brucker en su *Histoire de la Compagnie de Jesús.* Hela aquí:

«Javier no es inferior a ninguno de los más grandes misioneros de los primeros siglos o de la Edad Media. En incómodos bateles recorrió trece veces los 900 ó 1.000 kilómetros de Goa a la Costa de la Pesquería; dos veces los 7.000 kilómetros para visitar las Molucas; dos veces los 8.000 kilómetros para el viaje del Japón, y otros 7.000 en su intento de penetrar en China; añádanse los millares de kilómetros que hizo en sus caminatas a pie, que tal era su modo de viajar cuando iba por tierra».

Queda arriba indicado cómo en 1544 cerca de 600 neófitos fueron degollados por su soberano, el Rajah de la isla de Mannar, a causa de su perseverancia en la religión cristiana.

> «El rey que mató estos cristianos —habla el P. Francisco— tiene un hermano, el cual es verdadero heredero del reino... Dice este hermano del rey que si el Gobernador lo pusiese *de posse* (con poderes) en el reino, que él será cristiano con los principales y los demás del reino... Espero en Dios nuestro Señor... y en las oraciones devotísimas de los que martirizó, que verná en conoscimiento de su yerro, demandando a Dios misericordia... En su reino destas partes (de Kotte) que es cuarenta leguas, donde andamos Francisco de Mansillas (S.I.) y yo, el príncipe de aquel reino determinó de hacerse cristiano; y el rey, siendo sabidor, mandólo matar. Dicen los que presentes se hallaron, que vieron en el cielo una cruz de color de fuego, y en el lugar donde lo mataron se abrió la tierra en cruz; y dicen que muchos infieles que vieron estas señales, están muy movidos para hacerse cristianos. Un hermano deste príncipe, como vio estas señales, requirió a los Padres de aquellas partes que lo hiciesen cristiano, y así lo baptizaron. Paréceme que antes de muchos días aquel reino se convertirá a nuestra sancta fee, porque la gente está mucho movida por las señales que vieron en la muerte del príncipe... En otra tierra muy lexos, cuasi 500 leguas desta donde ando, se hicieron habrá ocho meses tres grandes señores cristianos con mucha otra gente. Mandaron aquellos señores a las fortalezas del rey de Portugal a demandar personas religiosas, para que los enseñasen y doctrinasen en la ley de Dios, pues hasta ahora habían vivido como brutos animales... Confío en Dios nuestro Señor que este año haré más de cem mil cristianos, según hay mucha desposición en estas partes».

De Santo Tomé hasta la isla del Moro

Se hallaba Javier en la pequeña población de Negapatam, preparando su regreso al Cabo de Comorín, «pero los vientos —dice él— no me dieron lugar para poder tornar al Cabo de Comurín... Entonces me vi forzado a venir a Sant Tomé. En esta sancta casa tomé por oficio de ocuparme en rogar a Deos nostro Señor me desse a sentir dentro en mi alma su sanctísima voluntad con firme propósito de la cumplir».

A principios de mayo de 1545 estaba en Meliapor *(Mailapur, o ciudad de los pavos reales)* que hoy día es un barrio de la gran ciudad de Madras. La razón del viaje de Javier, fue la devoción al Apóstol Santo Tomás (de ahí que la ciudad se llamaba también Santo Tomé de Meliapor).

El devotísimo apóstol navarro deseaba reposar espiritualmente algunos días junto al venerando santuario, que guardaba, según antigua tradición, el sepulcro de aquel apóstol que metió su mano en el costado de Jesús resucitado. Y transcurridos cuatro meses, emprendió una navegación de casi dos mil millas (agosto-setiembre 1545) que le llevó hasta Malaca. En enero de 1546 vuelve a surcar los mares, y dejando Malaca, sin temor a los mares tempestuosos y turbulentos, desafía tormentas y huracanes en difícil travesía de cerca de tres mil millas.

Estamos en enero de 1546. Se dirige de Malaca (donde pasa tres meses) a la isla de Amboino en las Molucas. Tres meses bien ocupados «en predicar, confesar, visitando los enfermos, ayudándolos a bien morir, lo que es muy trabajoso de hacer con personas que no vivieron muy conformes a la ley de Dios». Son palabras del Santo.

De las Molucas del Sur se encamina a las Molucas del Norte, o Molucas propiamente dichas. Durante otro trienio pudo trabajar fructuosamente en la ciudad de Ternate, disponiendo el ánimo de la reina Pocaraga Niachile, hija del rey de Tidor, para que aceptase el bautismo. Javier le habló en 1546 y consta que en 1547 estaba ya bautizada. Un hijo suyo, cristiano, de nombre Manuel, fue reconocido por el rey de Portugal como rey de Ternate, capital de las Molucas. La reina Niachile, bautizada con el nombre de Isabel, era considerada como modelo de mujeres cristianas.

Con suma frecuencia suplica Javier a los jesuitas de Roma y Portugal y España, que le envíen auxiliares, porque la mies es inmensa y los obreros pocos; y esos pocos misioneros europeos que trabajan en la India, están continuamente solicitados a que presten su ayuda a los que siembran y siegan en regiones tan distantes entre sí, que los europeos quedan estupefactos. En muchas ocasiones pondera la distancia de un puesto de misión a otro, para que se entienda la dificultad de atender a pueblos tan separados.

«Habéis de saber —le escribe a su P. Ignacio— que los portugueses, en estas partes de la India, son señores del mar y de muchos lugares que están pegados con el mar; en los cuales el Rey de Portugal tiene fortalezas, y en estas fortalezas hay lugares de cristianos... y la distancia de unos a otros es muy grande, porque, porque desta ciudad de Goa a Maluco (conjunto de islas Ternate, Molucas, etc.) hay 1.000 légoas...; de aquí a Malaca hay 500 légoas...; de aquí a Ormuz, que es una ciudad muy

grande... hay 400 légoas; y de aquí a Diu hay 300 légoas; y de aquí a Mozambique hay 900 légoas; y de aquí a Sofala 1.200 légoas»[198].

Esto impresionaba mucho al Santo en los comienzos; después halló otras dificultades no menores. En 1546 tuvo nuestro misionero noticias de las islas de «El Moro», a sesenta leguas de Maluco, islas que doce años antes habían sido cristianizadas por clérigos portugueses, pero al morir éstos, quedaron los habitantes desamparados y en plena ignorancia religiosa.

No prosperaba el Cristianismo «por ser la tierra de *Omoro* (O Moro, *el Moro)* muy peligrosa, por cuanto la gente della es muy llena de traición, por la mucha ponzoña que dan en el comer y beber... Yo por la necesidad que estos cristianos de la isla del Moro tienen de doctrina spiritual y de quien los baptice para salvación de sus almas, y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal por socorrer a la vida spiritual del próximo, determino de ir al Moro por socorrer *in spiritualibus* a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda mi speranza y confianza en Dios N. S. ... Estas partes de Maluco todas son islas... Son tantas estas islas, que no tienen número y cuasi todas pobladas».

En la carta del 20 de enero de 1548 a sus compañeros de Roma empieza por contarles los muchos y variados ministerios que ejercitó en Amboino, y acaso más en Maluco, que por las plaças los niños, y en las casas, de día y de noche, las niñas y mujeres, y en los campos los labradores, y en la mar los pescadores, en lugar de vanas canciones cantaban sanctos cantares, como el Credo, Pater noster, Ave María, mandamientos, obras de misericordia y la confesión general y otras muchas oraciones.

Transcurridos en la ciudad de Maluco no menos de tres meses, partió de nuevo para las islas del Moro, donde bautizó muchas criaturas que halló por bautizar, visitó todos los lugares de cristianos y quedó muy contento. «Consoléme mucho con ellos y ellos conmigo».

---

[198] Así escribía en setiembre de 1542, cuando estaba en su noviciado misionero. El 10 de mayo 1546 cuenta su último viaje: «Partí del Cabo de Comorín... Hay del Cabo de Comorín hasta las islas de Macasar más de 900 leguas... Pasados los tres meses y medio... determiné de partir para otra fortaleza del Rey, llamada Maluco (o Térnate)... Acerca desta fortaleza, 60 leguas de ella, hay dos islas; la una es de 30 leguas en redondo, mucho poblada, la cual se llama Ambueno (Amboino)... Mi compañero y yo nos partimos para Maluco, que está de aquí 60 leguas. De la otra costa de Maluco está una tierra, la cual se llama El Moro, a sesenta leguas de Maluco» *(Epist. F. Xaverii 1,* 318-324). «De Goa *(India)* a Amanguchi (Japón) ha más de mil y cuatrocientas légoas» (ibid., I, 371).

Cartas edificantes con noticias curiosas

Sabiendo como sabía por impresiones de Europa, el contento que recibían los lectores de sus cartas, cuando les refería las cosas curiosas y raras que le salían al camino, escribe una larga carta el 20 de enero, dirigiendo «al Padre Iñigo y a todos mis carísimos de mi amadísima Compañía de Jesús» que indudablemente fue leída con sorpresa y placer. Para noticias interesantes y extraordinarias, nada mejor que las islas del Moro, las islas de esperar en Dios, las islas de las continuas consolaciones.

> «Estas islas son muy peligrosas por causa de las muchas guerras que hay entr'ellos. Es gente bárbara, carecen de escripturas, no saben leer ni escribir. Es gente que dan ponzoña a los que mal quieren y desta manera matan a muchos. Es tierra muy fragosa; todas son sierras y mucho trabajosas de andar. Carecen de mantenimientos corporales. Trigo, vino de uvas no saben qué cosa es. Carne ni ganados ningunos hay, sino algunos puercos, por grande maravilla. Puercos monteses hay muchos... Hay arroz en abastanza, y muchas árbores que se llaman zagueros, que dan pan y vino, y otros árbores que de su corteza hacen vestidos... Todos estos peligros y trabajos, voluntariamente tomados por sólo amor y servicio de Dios nuestro Señor, son tesoros abundosos de grandes consolaciones espirituales, en tanta manera, que son islas muy despuestas y aparejadas para un hombre *en pocos años perder la vista de los ojos corporales con abundancia de lágrimas consolativas. Nunca me acuerdo haber tuvido tantas y tan continuas consolaciones espirituales, como en estas islas,* con tan poco sentimiento de trabajos corporales; andar continuamente en islas cercadas de inimigos, y pobladas de amigos no muy fixos, y en tierras que de todos remedios para las enfermedades corporales carecen, y cuasi de todas ayudas de causas segundas para conservación de la vida. Mejor es llamarlas *islas de esperar en Dios, que no islas de Moro. Hay en estas islas una gente que se llaman Távaros.* Son gentiles, los cuales ponen toda su felicidad en matar los que pueden, y dicen que muchas veces matan sus hijos o mujeres cuando no hallan que matar. Estos matan muchos cristianos».

A estas noticias atroces siguen otras más divertidas, v. gr. los fenómenos geológicos.

> «Una isla destas cuasi siempre treme, y la causa es porque en esta misma isla hay una sierra que continuamente echa fuego de sí y mucha ceniza. Dicen los de la tierra que el grande fuego que debaxo está, quema las sierras de piedra que están debaxo de tierra; y esto parece ser verdad, porque muchas veces se acontesce salie en fuegos piedras tan grandes como grandísimos

árboles. Y cuando face grande viento, echan los vientos de aquella sierra tanta ceniza para baxo, que los hombres y mujeres que están trabajando en los campos, cuando vienen a sus casas, vienen todos llenos de ceniza, que no les parece sino los ojos y narices y boca, que parecen más demonios que hombres. Esto me dixeron los naturales de la tierra, porque yo no lo vi. El tiempo que ahí estuve no fueron estas tormentas de viento... Era el tremor de la tierra tan grande, que un día de San Miguel, estando en la iglesia, diciendo Misa, tremió tanto la tierra, que tenía miedo que no cayese el altar».

Estamos seguros que, de estar Ignacio allí, hubiera dicho las mismas palabras de Javier *respecto de las lágrimas consolativas.*

Preparándose para el Japón

Las lluvias de enero de 1547 se deshacían en aguaceros y las rugientes oleadas del mar se rompían en los escollos de la costa, cuando Javier llegó a la isla de Térnate, donde los portugueses poseían una fortaleza. El Santo tenía prisa. En las semanas que residió en Amboino visitó las aldeas próximas, confesó a los soldados de la tripulación de las naves, les predicó y asistió a los enfermos. Saliendo para Malaca, llevó consigo a veinte jovencitos indígenas, que deberían educarse en el Colegio de San Pablo, en Goa, para que en llegando a ser catequistas o sacerdotes, pudiesen regresar a sus islas y evangelizar a sus conterráneos.

En Malaca tuvo el gozo de encontrar a tres jóvenes jesuitas, que le traían noticias de Europa y le ofrecían sus personas al trabajo, que sin duda era muy grande el que les aguardaba en las Molucas. Javier no se cansaba de oírles referir los progresos de la Compañía en las naciones latinas y germánicas, y la generosa benevolencia de los Sumos Pontífices para la Orden Ignaciana. Oyendo los triunfos que, bajo la dirección del P. Ignacio, se lograban en las naciones cultas de Europa, y considerando los grandes servicios, cada día mayores, que la Compañía prestaba a la Iglesia y a la persona misma del Papa, Javier exultaba de gozo. Y a continuación ponía ante los ojos de los jóvenes misioneros recién llegados el heroísmo no menor que en el Oriente deberían desplegar, evangelizando tierras como las islas del Moro, salvajes y belicosas, y naciones ignotas, como las del Japón, cuya conquista meditaba él aquellos días.

Hacía ya algún tiempo que por diversos conductos le habían llegado noticias de un gran pueblo austero y laborioso, que se guiaba por la razón en las cuestiones abstractas y morales, como en otras ordinarias de la vida. A Javier le entraron vivas ganas de conocerlo y de atraerlo a la religión

cristiana. Pero había que esperar a que regresasen de la China las naves de los mercaderes que le contarían maravillas.

Estaba un día de diciembre cumpliendo las ceremonias de un desposorio en la iglesia de Nuestra Señora, cuando un capitán de nombre Jorge Alvarez, buen amigo suyo, entró en el templo con un personaje extranjero y se lo presentó a Javier. No más de 35 años tendría aquel extranjero, de rostro amarillo como los chinos y de ojos almendrados. Llamábase Anjiro (o Yanjiro) y no había nacido en China, sino en una de las islas del Japón, al NE de la China, descubierta cinco años antes por los portugueses. En la nave de Jorge Alvarez el dicho Anjiro había venido del Japón a China y había aprendido algo de portugués. Surgió entre los dos una noble amistad, y durante el viaje, Anjiro le manifestó a su amigo ciertas inquietudes y remordimientos de conciencia, porque en 1546 ó 47 había cometido un crimen, que no le dejaba vivir tranquilo. Los portugueses lo remitieron a Javier. Nadie mejor que Francisco podía darle a su alma la paz. Con este objeto partió para Malaca, pero Javier se había trasladado a las lejanas islas Molucas. Intentó Anjiro navegar hacia la China, para pasar luego al Japón, pero una violenta tempestad se lo estorbó. Sus amigos portugueses le aconsejaron ahora dirigirse nuevamente a Malaca, donde seguramente hallaría a Javier, el cual le instruiría en la religión cristiana. De allí debía pasar a Goa. En el Colegio de San Pablo se le daría una formación religiosa más completa, después recibiría el bautismo, como ardientemente lo deseaba y podría volver al Japón. Así lo hizo.

Ocho días estuvieron juntos el catequista y el catecúmeno. Y cada día el japonés, ávido de fe y de verdad, frecuentaba más la iglesia para aprender bien los artículos de la Doctrina cristiana. No se contentaba con oír las lecciones de aquel eximio catequista, sino que ponía por escrito, en su típica escritura japonesa, todo cuanto oía al Padre, y lo completaba con muchas preguntas que le hacía.

«Si así son todos los japoneses, tan curiosos de saber como Anjiro, (escribe Javier desde Cochín el 20 de enero 1548), paréceme que es gente más curiosa de cuantas tierras son descubiertas... Este Anjiro... iba muchas veces a la iglesia a rezar; facíame muchas preguntas; es hombre muy deseoso de saber, que es señal de un hombre de aprovechar mucho, y de venir en poco tiempo en conocimiento de la verdad».

La amistad con Anjiro le confirmó a Javier en la persuasión de que Dios le llamaba al Japón, para abrir allí una nueva puerta al Evangelio. En la fiesta de Pentecostés de 1548 Anjiro y sus dos compañeros japoneses,

tras larga preparación, recibieron en la catedral de Goa de manos del obispo las aguas bautismales. Anjiro se llamará en adelante Pablo de Santa Fe, su hermano el de Juan, y su siervo el de Antonio. Vivían en el Colegio; su veste talar era negra como la de los Hermanos religiosos, y mostraban en todo su profunda educación religiosa. Cuando Javier les preguntaba: ¿Qué es lo que más os gusta en la religión cristiana?, respondían invariablemente: la Confesión y la Comunión.

Vidente, profeta y traumaturgo

San Francisco Javier ha sido uno de los santos que han pasado a la hagiografía más cargado de milagros, de curaciones prodigiosas, de profecías anunciadas con mucha anticipación y cumplidas luego exactamente, de visiones de cosas muy distantes pero observadas con claridad, como si estuvieran ante los ojos, y de otros fenómenos al parecer sobrenaturales, obrados sencillamente por Javier, sin ostentación alguna, tan sólo para curar el cuerpo de un enfermo o el alma de un pecador. Incluso alguna vez se habla de resurrección de muertos, pero nunca se ha intentado hacer de ello un examen verdaderamente crítico. Muchas de esas obras prodigiosas y otras numerosísimas pueden leerse en los *Procesos para la canonización* (años 1556-1614)[199]. No todos los testigos merecen igual crédito. Hay atestiguaciones que llevan evidentemente infiltraciones legendarias, pero hay otras de testigos oculares, que respiran ingenua sencillez y lo afirman bajo juramento.

Detengámonos en un caso que alcanzó gran resonancia en Malaca y tierras circunvecinas, acrecentando el brillo de santidad que ya aureolaba la frente del P. Francisco. Una noche en Malaca, cuando ya la gente estaba acostada, un fragoroso tumulto popular se levantó en los barrios indígenas de la ciudad. ¿Por qué se daba el toque de alarma en la fortaleza? Porque los piratas de una flota de la ciudad o estado de Acen[200], mahometanos de

[199] Los *Procesos* están publicados en *Monum. Xaveriana* II, 173-679. Los procesos que se hicieron en ciudades de la India son de 1556 y 1557; el de Pamplona, de 1614. Y no se diga que los testigos son analfabetos; muchos son gente distinguida y de cultura. Sobre los milagros véanse las observaciones críticas de A. BROU, *Saint François Xavier* t.II, 433-41.

[200] Era Acen o Acin, una ciudad, capital del Sultanato del mismo nombre, en la parte septentrional de Sumatra. Designamos a sus habitantes como *Acinenses,* aunque los historiadores, desde el siglo XVI hasta nuestros días, se valen de muy diversas denominaciones, según el idioma que usan. Así, v. gr., designan a la ciudad con esta variedad de forma: Acin, Acen, Achin, Achen, Acchien, Acih, Aceh, Atchin, etc.; a

religión y enemicísimos de los cristianos, en el silencio de la noche (quizá el 22 de agosto de 1547; otros dicen que algo más tarde), dieron asalto a la fortaleza de los portugueses, los cuales tocaron a rebato. Despertóse la población sobresaltada e inquieta. Los piratas ladrones habían robado, a favor de las tinieblas, cuanto habían podido. Un navío recién venido de las islas Banda, cargado de especias, había sido atacado por la flotilla acinense bastante numerosa, y respondía a cañonazos. También de la fortaleza comenzaron a caer proyectiles sobre los agresores. De otras naves subían llamaradas de incendio. Los asaltantes optaron por retirarse hacia el Norte, llevándose por todo botín varios ánades. Cuando vieron que el capitán portugués Simón de Melo, aparejaba una escuadrilla de cuatro o cinco birremes y 180 soldados, dispuestos a luchar bravamente contra los mahometanos fugitivos; éstos apresuraron la marcha de su flota, que en un principio estaba formada por «cincuenta o sesenta navíos acinenses», pero la escuadrilla de Malaca los persiguió sin descanso. Fue entonces Francisco Javier quien jugó un papel de suma importancia, infundiéndoles a los malacenses fuerza y entusiasmo hasta obligar a los fugitivos a detenerse y hacer frente a las fuerzas del capitán Simón de Melo, prefecto de Malaca, que venía tras ellos. El choque tuvo lugar a cien leguas del puerto de Malaca. Grave fue la pérdida de naves musulmanas y rico el botín de los vencedores cristianos. Los que habían quedado en la ciudad empezaron a inquietarse, viendo que los suyos tardaban demasiado en regresar. No faltaban hechiceros que anunciaban desgracias: que los cristianos habían sido puestos en fuga por los adversarios; que éstos y no aquéllos eran los auténticamente vencedores. Un temblor universal corría y se dilataba por las calles de Malaca. La gente murmuraba contra Javier que los había estimulado a la guerra santa, y ahora se sospechaba que no volverían los soldados, porque todos habían sido bárbaramente sacrificados por los enemigos. Habían pasado 40 días sin que llegara noticia alguna. Hasta que por fin amanece claro uno de los primeros domingos de octubre. Javier predica durante la Misa. Al acabar el sermón se le ilumina el rostro, levanta la voz y exclama, no sin un gesto de indignación:

> «Hay aquí mujeres y otras personas, que hacen sortilegios e interrogan a los hechiceros, los cuales certifican que nuestra flota ha sido capturada. Hay muchos que ya gritan de dolor por la muerte de nuestros hombres. Y

---

los habitantes, Aceni (en latín, genit. Acenorum), los Achens, gli Acenesi, los Dachenes, los Dachenos, the Achine, les Atchénois, etc.

vosotros, malos cristianos, ¿qué es lo que hacéis? ¿Tan poca es la confianza que ponéis en Nuestro Señor? Hermanos y amigos, consolaos, regocijaos y recitad un *Pater noster* y un *Ave María* en acción de gracias a Dios, porque nuestros hermanos han dado batalla a los infieles y han obtenido victoria sobre su escuadra. Pronto los veréis volver triunfantes a casa»[201].

El biógrafo Manuel Teixeira († 1590), que fue el primero en escribir la vida de S. Francisco Javier (1579-80), vida que se conservó inédita hasta tiempos modernos, describe muy brevemente el temor y la tristeza de Malaca, la tardanza de la armada, la profecía de Javier («presto la veréis venir muy victoriosa»), agregando estas palabras: «Fue así punctualmente, porque de allí a dos o tres días llegó una embarcación, con nuevas de la victoria, que se había alcanzado en el mismo día que el Padre lo había dicho; y de ahí a poco llegó la armada victoriosa con los *dachenos* desbaratados y sus embarcaciones tomadas, como el Padre lo había dicho, quedando todos admirados, y dando gracias a Dios que tal don había dado a su siervo; y ésta fue la cosa que más constó *(o mejor se demostró)* por haber más testigos del don de su profecía, cuantos eran los oyentes que había en el sermón»[202].

Javier en el Japón

Muy difícil es seguir a Francisco Javier en el continuo zigzagueo de sus viajes. En 1547 le dejamos en Malaca, donde su amigo Jorge Alvarez le dio las primeras noticias acerca del Japón y donde conoció a Pablo de Santa Fe (Anjiro). El 31 de enero se dirigía a Cochín, para regresar pronto de nuevo a Malaca. Recibió en esos años notables refuerzos de jóvenes

[201] Los testigos son innumerables, todos cuantos llenaban el templo. Véase el *Proceso o Cochín* en «Monumenta Xaveriana» II, 274-75; 296. Lo testifica con la mano sobre los santos Evangelios, Bento Gómez, caballero de la casa del Rey. Lo mismo asegura otro caballero de casa del Rey (p.302-303) y con ligeras variantes Cristóbal Carvalho, fidalgo (306-307). En el *Proceso de Goa* Gonzalo Fernández da testimonio breve de lo que oyó decir a Francisco en el sermón (p.226). El Doctor Saraiva insiste en lo mismo, como testigo que se hallaba presente en la prédica, y añade algunos detalles (189). Entre los historiadores modernos, A. BROU, *Saint François Xavier* (I, 422-25) es uno de los más cuidadosos y precisos. La batalla naval y la predicción de Javier se narra también en bula de canonización *(Monum. Xaver.* II, 713).

[202] Esta *Vita S. Francisci,* publicada en lengua castellana en *Monum. Xaver.* II, 870, es probablemente la más antigua y tiene por autor al P. Manuel Teixeira (1536-1590), que conoció en su juventud a Javier.

misioneros y los distribuyó entre las cristiandades existentes y otras que se fueron fundando.

El 24 de junio de 1549, festividad de San Juan Bautista, salía de Malaca rumbo al Japón, con el corazón hirviendo de anhelos, sin dejarse impresionar por las grandes tormentas y dificultades en la nao de un mercader chino. Y el 15 de agosto, festividad de la Asunción de Nuestra Señora, saltaba gozoso al puerto de Kangoshima, no sin haber rozado de paso, las costas de Indochina y aun de la misma China. Era Kangoshima la patria chica de Pablo de Santa Fe (Anjiro) y de los dos japoneses que le acompañaban. Fueron recibidos de sus parientes con mucha satisfacción y alegría, y tan fervientes fueron las palabras con que Anjiro les explicó la religión cristiana, que cerca de un centenar de sus parientes y allegados abrazaron el Cristianismo. Un año estuvo el Santo en Kangoshima. «En este año que estuvimos en la ciudad de Pablo, nos ocupamos en adoctrinar a los cristianos, en aprender la lengua y en poner en la lengua del Japón muchas cosas de la ley de Dios, a saber, acerca de la creación del mundo, con toda brevedad, declarando lo que era necesario para saber cómo hay un Criador de todas las cosas... hasta llegar a la Encarnación de Cristo, tratando de la vida de Cristo, por todos los misterios hasta la Ascensión, y una declaración del día del juicio. Este libro lo pusimos, con mucho trabajo, en la lengua del Japón y lo escribimos con nuestra propia letra... Holgaban mucho los cristianos y los que no lo eran de oír estas cosas, por parecerles que ésta era la verdad, pues los japoneses son de muy singulares ingenios y muy obedientes a la razón; y si dejaban de hacerse cristianos, era por temor del señor de la tierra... Pasado un año, visto que el señor de la tierra no se contentaba de que la ley de Dios creciese más y más, nos fuimos para otra tierra, despidiéndonos de los cristianos, los cuales derramaban muchas lágrimas al despedirse, por el muy grande amor que nos tenían... Quedó con ellos, para adoctrinarlos, Pablo, natural de la tierra, muy buen cristiano».

No era despreciable la primera cosecha recogida en el Japón, porque, si no abundosa, era por lo menos selecta. Al principio de su apostolado en la India, creyó Javier más fácil y hacedero empezar por los *Paravas* de la Pesquería, gente tan humilde como ignorante. Después se persuadió de que las conversiones podían ser multitudinarias y selectas empezando por las personas más altas, que abrirían las puertas y arrastrarían consigo a las clases populares. En el Japón vio esto claramente.

Por eso sale de Kangoshima al cabo de un año, y se dirige a Hirado, capital de la isla Hirado-sima, cuyo señor o príncipe lo recibió «con mucho placer». En dos meses bautizó a cerca de 100 personas. Para atenderlas religiosamente, dejó allí al P. Cosme de Torres con un siervo traído del Malabar, que se decía Amador, mientras el mismo Javier con un hermano coadjutor, Juan Fernández, que ya hablaba japonés y era «persona de mucha confianza», ponían su asiento en la populosa ciudad de Yamaguchi, en la que imperaba «un gran señor del Japón».

Javier predicaba dos veces al día, según el libro escrito en japonés que llevaba consigo, y era mucha la gente que acudía a su predicación. También era llamado a «casas de grandes *fidalgos»,* pues deseaban saber qué ley era aquella que el extranjero predicaba. «Muchos mostraban contentamiento de oír la ley de Dios, otros hacían zumba de ella... Pocos eran los que se hacían cristianos», sin duda porque el *daimyó,* o señor feudal Shimatsu Takahisa cambió su primera tolerancia por el rigor más cruel. En vista del poco fruto que se hacía, «determinó ir a una ciudad, la principal de todo el Japón, la cual lleva por nombre Miyako».

Once días estuvo procurando hablar con el emperador Go-Nara-tennó con la intención de conseguir licencia para predicar el Evangelio, mas cuando supo que nadie, ni los suyos, le obedecían y que se temían guerras inminentes, determinó volver de nuevo a Yamaguchi. Aquí cambió de ritos y ceremonias al presentarse al Príncipe. En vez de la humilde vestimenta de la anterior visita, quiso ostentar, aunque sin fastuosidad alguna, la indumentaria que le correspondía. ¿No era él un Legado pontificio, representante del Papa? ¿No venía en nombre del Gobernador de la India y del Obispo de Goa? El Príncipe agradeció la visita y le ofreció con generosidad ricos dones; pero Javier, sin dejarle terminar, repuso: Solamente solicito licencia para predicar libremente la religión cristiana. El Príncipe accedió de buen grado y lo hizo en seguida mediante un edicto público. Inmediatamente, con la intrepidez que le era innata, se lanzó a predicar a su modo, valiéndose de un librillo escrito en japonés y comentándolo infantilmente. El fruto fue copioso; en dos meses 500 bautismos de personas distinguidas y de los bonzos hay que decir que los opositores más porfiados, los más batalladores contrincantes en las disputas contra Javier, ésos fueron los primeros en recibir el santo bautismo con devoción y fe.

Son curiosas y agudas a veces las objeciones que aquellos cultores de Buda arrojaban, como piedras esquinudas, contra el misionero: Si Dios es

bueno, ¿por qué ha creado tantas cosas malas, físicas y morales? Y si es malo, ¿por qué nos manda amarlo sobre todas las cosas? Y al mismo Dios ¿quién lo creó? Javier respondía con la mayor calma, desatando en forma inesperada los sofismas.

Oyó el Príncipe de Bungo los triunfos de Javier en Yamaguchi y le mandó un mensajero con una carta, en que le rogaba fuese a hacerle una visita. Aceptó Javier la invitación, y a fines de setiembre de 1551 ya le tenemos en Bungo, donde los agasajos que le hicieron fueron nunca vistos. El Príncipe no sólo le concedió benignamente la libertad de predicar su doctrina, sino que en un exceso de benevolencia y afecto, le manifestó el deseo de que se instalase en la proximidad de la corte. Los mercaderes portugueses no querían quedarse atrás en hacer obsequios al Padre misionero, y más de una vez en la misma corte real, en presencia del Príncipe y de altos personajes, extendían sobre el suelo tapetes de finos juncos entretejidos y encima desplegaban sus preciosos mantos para que el Padre se sentase con dignidad como en regias alfombras.

Javier llegó a ilusionarse pensando que acaso el Príncipe benévolo meditaba abrazar el Cristianismo, mas no sucedió así, porque habiéndose sublevado contra él un poderoso vasallo del Príncipe de Yamaguchi y no hallando modo de librarse de los rebeldes, decidió matarse por sus propias manos con un puñal, a la manera japonesa que llaman *harakiri.* Esto precipitó la vuelta del Santo hacia la India. Muchas razones le apremiaban a ello: el deseo de mandar Padres de la Compañía al Japón, que ayudasen en sus faenas apostólicas al P. Cosme de Torres y al H. Fernández, que quedaban en Yamaguchi; el no menos ardiente anhelo de disponer él su viaje al Imperio chino; y también, como Superior de los países orientales, la necesidad de pedir a Roma y Portugal obreros evangélicos que llevasen adelante la obra misionera. Así que, encomendando las cristiandades japonesas a la prudencia y experiencia de Cosme de Torres, preparó su viaje de regreso a la India. Javier no renunciaba a proseguir la empresa misionera del Japón; lo que ahora pretendía era solamente cambiar de táctica; para conquistar el Japón, no veía modo más fácil que conquistar antes la China. «Si acá en la India —escribía desde Cochín en febrero de 1552— no hubiere algunos impedimentos que me estorben la partida este año de 52, espero de ir a la China por el grande servicio de Dios nuestro, que se puede seguir, así en la China como en el Japón: porque sabiendo los japoneses que la ley de Dios resciben los chinas, han de perder más presto la fe que tienen a sus se(c)tas. Grande esperanza tengo que así los chinos como los japoneses, por la Compañía del nombre de Jesús, han de salir de

sus idolatrías y adorar a Dios y a Jesú Cristo, Salvador de todas las gentes».

Los chinos pasaban por los hombres más adelantados en todo y maestros de los japoneses, los cuales seguirían ciegamente lo que aquéllos les dictasen.

¿Qué concepto se formó Javier de los japoneses?

En los dos largos años que vivió en el Japón, observando finamente las costumbres de sus habitantes, su modo de pensar, hablar y obrar, su comportamiento social y sus sentimientos personales en las discusiones sobre problemas religiosos, pudo Francisco Javier, Maestro en Artes o Filosofía, por la Universidad de París, introducirse con más facilidad que otros en el pensamiento y en el corazón de aquellos hombres francos y sinceros que le descubrían sin dificultad el alma.

Demuestra una sutil intuición cuando describe a las personas de su entorno, más a aquellos que le piden la solución de graves problemas. Como él habla también a sus amigos y corresponsales con la mayor franqueza, no es muy fácil precisar el concepto que tiene de los japoneses, con sólo recoger unos cuantos trazos de la pintura que nos ha dejado en sus cartas.

El 5 de noviembre de 1549 escribe desde Kagoshima a los jesuitas de Goa:

> «De Japán, por la expiriencia que de la tierra tenemos, os hago saber lo que della tenemos alcanzado: primeramente la gente que hasta agora tenemos conversado, es la mejor que hasta agora está descubierta; y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japanes...
>
> Más estiman la honra que las riquezas. Es gente de muchas cortesías unos con otros, precian mucho las armas y confían mucho en ellas; siempre traen espadas y puñales... Es gente que no sufre injurias ningunas...
>
> Es gente sobria en el comer, aunque en el beber son algún tanto largos, y beben vino de arroz, porque no hay viñas en estas partes... Mucha parte de la gente sabe leer y escribir, que es un gran medio para con brevedad aprender las oraciones y las cosas de Dios. No tienen más que una mujer. Tierra es donde hay pocos ladrones... Aborréceles mucho en grande manera este vicio del hurtar...
>
> Huelgan mucho de oír cosas de Dios, principalmente cuando las entienden... No adoran ídolos en figuras de alimañas. Creen los más dellos en hombres antiguos, los cuales, según lo que tengo alcanzado, eran hombres

que vivían como filósofos. Muchos destos adoran el Sol y otros la Luna... Dado que haya vicios y pecados entre ellos, cuando les dan razones, mostrando que lo que ellos hacen es mal hecho, les parece bien lo que la razón defiende. Menos pecados hallo en los seculares, y más obedientes los veo a la razón, de lo que son los que ellos acá tienen por Padres, que ellos llaman bonzos, los cuales son inclinados a pecados que natura aborrece, y ellos lo confiesan y no lo niegan... Huelgan mucho los que no son bonzos en oírnos reprehender aquel abominable pecado...

Hay entre estos bonzos unos que se traen a manera de frailes, los cuales andan vestidos de hábitos pardos, todos rapados, que parece que cada tres o cuatro días se rapan, así toda la cabeza como la barba. Estos viven muy largos; tienen freilas de la misma Orden y viven con ellas juntamente, y el pueblo tiénelos en muy roin cuenta... Los legos viven mejor en su estado de lo que viven los bonzos en el suyo... Con alguno de los más sabios hablé muchas veces, principalmente con uno, a quien todos en estas partes tienen mucho acatamiento, así por sus letras, vida y dinidad que tiene, como por la mucha edad, que es de ochenta años, y se llama Ninxit, que quiere decir en lengua de Japán «corazón de verdad». Es entre ellos como obispo... En muchas pláticas que tuvimos lo hallé dubdoso y no saberse determinar si nuestra alma es inmortal, o si muere juntamente con el cuerpo. Algunas veces me dice que sí, otras que no... Es este Ninxit tanto mi amigo, que es maravilla...[203] Estad aparejados, porque no será mucho que antes de dos años os escriba para que muchos de vosotros vengan a Japán. Por tanto desponeos a buscar mucha humildad, persiguiéndoos a vosotros mismos en las cosas donde sentís o debríades sentir repugnancia... Por tanto os ruego que totalmente os fundéis en Dios en todas vuestras cosas, sin confiar en vuestro poder o saber... Yo sé de una persona, a la cual Dios hizo mucha merced, ocupándose muchas veces, así en los peligros como fuera dellos, en poner toda su esperanza y confianza en él, y el provecho que dello le vino sería muy largo de scribir».

[203] Este viejo bonzo Ninxit o Ninjitzu está aún en vida en 1577. Murió arrepentido de haber retrasado tanto el bautismo. «Esta isla de Japán (escribe el Santo) está muy despuesta para en ella se acrecentar mucho nuestra santa fe; y si nos supiésemos hablar la lengua, no pongo duda ninguna en creer que se harían muchos cristianos. Placerá a Dios nuestro Señor, que la aprendamos en breve, porque ya comenzamos a gostar della, y declaramos los diez mandamientos *en cuarenta días que nos dimos a aprenderla»* (con ayuda, sin duda, de Pablo Anjiró). *Epist. F. Xaverii* II, 190 nota.

Su regreso a la India

De esta y otras cartas javierinas venimos a entender la increíble fuerza atractiva que ejercía el pueblo japonés sobre su apóstol. Aun ahora que por necesidad tiene que alejarse geográficamente del Japón, hay que decir que se aleja, pero no se aparta; se aleja con el cuerpo, pero queda allá con el alma. Lo primero que hace al llegar a la India es mandar a los Superiores de las casas y colegios, que cuiden de los pocos y pobres misioneros que allí quedan, enviándoles todo aquello de que tengan necesidad, en primer lugar frecuentes refuerzos de predicadores y catequistas (sacerdotes o Hermanos coadjutores) y juntamente objetos útiles o necesarios para el culto, cálices y custodias y vestes litúrgicos, y otros mil objetos imprescindibles en la vida cotidiana.

Hay que ojear cuidadosamente sus cartas para darse cuenta de las minucias con que quiere atender a los misioneros más lejanos y más desprovistos de medios humanos. Las dotes intelectuales y morales que han de poseer las puntualiza y describe en algunas cartas a Ignacio de Loyola.

No hay que admirarse, con todo, de que a medida que se aproxima al Imperio chino, meta de sus ensueños últimos, la misión japonesa vaya quedando atrás, un poco difuminada, pero nunca olvidada.

El 16 de noviembre de 1551 salió del Japón, en cuyo conocimiento y tentativas de evangelización había trabajado durante dos años y tres meses. No sin cierta melancolía abandonaba las islas japonesas, sin sospechar que las abandonaba para siempre. Allí dejaba 1.500 bautizados, fruto de su catequesis y del celo concomitante, perenne e infatigable de sus compañeros; y cuatro centros de cristiandad floreciente: Kangoshima, Firando, Yamaguchi y Bungo. Al cabo de 20 años, serán 30.000 los fieles japoneses y a ese ritmo seguirán proliferando.

En el puerto de Bungo le estaba esperando el junco de un portugués conocido suyo, Duarte de Gama, que estaba para levar anclas. «Determiné ir a la India en una nave de portugueses —escribe a Roma el 29 de enero 1552— para verme y consolarme con los Hermanos de la India y para llevar Padres de la Compañía al Japón, tales cuales aquella tierra los requiere, y también para transportar algunas cosas necesarias de la India, que faltan absolutamente en el Japón».

Al día siguiente de dirigir esta carta a Ignacio, escribía otra a Simón Rodrigues insistiendo en las mismas ideas:

«Yo escribo al Padre Maestro Simón, y en su ausencia al retor del Co-

legio de Coimbra, que no manden de allá personas a estas Universidades, sino personas aprobadas y vistas por vuestra santa Caridad. Han de ser más perseguidos de lo que muchos piensan; han de ser muy importunados de visitas y preguntas a todas las horas del día, y parte de la noche, y llamados a casas de personas principales, que no se pueden escusar. No han de tener tiempo para orar, meditar y contemplar, ni para ningún recogimiento espiritual; no pueden decir misa a lo menos a los principios; continuamente han de ser ocupados en responder a preguntas; para rezar su oficio les ha de faltar tiempo, y aun para comer y dormir. Son muy importunos, principalmente con estranjeros».

Partió, en efecto, para la India, según él lo testifica, a mediados de noviembre de 1551. Pasados los primeros días de calma y serenidad, sobrevino una espantosa borrasca con acompañamiento de truenos y relámpagos. Por momentos iba creciendo el rebramar del oleaje. Se destrozó la maroma que unía la chalupa de salvamento a la nave mayor, y la chalupa con los dos marineros que iban en ella desaparecieron bajo montañas de agua y espuma. Todos temblaban ante el inminente naufragio, cuando Javier, poniéndose en pie, rogó a todos que se calmasen y tuviesen confianza, porque él había encomendado a Dios la nave y los navegantes, y les aseguró que se salvarían. Se vio entonces que la chalupa salía a flote con los dos chaluperos y se acercaban, sin necesidad de que les echaran un cable, a la nave mayor. Reinó la calma y el junco del portugués alcanzó muy pronto la costa de la China no lejos de Cantón. Duarte de Gama le declaró al Santo que en una islita próxima pensaba él invernar. El ánimo de Javier no se turbó lo más mínimo con esta noticia, pues en seguida le llegó otra grandemente consoladora. Una de las islas vecinas a Cantón era Sancián y, atracada la proa a la costa se veía la nave de Diego Pereira, la *Santa Cruz*. Sorpresa más grata no podía él esperar.

Además Pereira, su entrañable amigo, le ofreció su navío para continuar el viaje, oferta que fue aceptada con agradecimiento. El propio Pereira le comunicó dos informaciones de suma importancia: Primera, que desde el principio de julio la comercial y licenciosa ciudad de Malaca, situada en la costa sudoccidental de la península homónima, estaba asediada por el mahometano rey de Bintang, aliado con los príncipes de Malesia y de Java, y en cualquier momento podía caer en sus manos. (Afortunadamente se vio pronto libre, y a fin del año Javier y Pereira pudieron entrar en aquella ciudad). La segunda información que traía Pereira se refería al Imperio chino. En las cárceles de Cantón yacían miserablemente desde hacía tres años algunos prisioneros portugueses, los

cuales se pusieron en contacto epistolar con Diego Pereira, a fin de que tratase de su liberación. Ellos mismos le proponían un modo ingenioso de lograrlo. Reducíase a lo siguiente. El rey de Portugal debería enviar una embajada a Cantón con el intento de firmar un tratado de paz entre China y Portugal. Con eso se abriría también ancha puerta al Evangelio en aquel vastísimo Imperio, donde el Cristianismo estaba severamente prohibido. Jamás se le había ocurrido a Javier una maniobra tan audaz y complicada. Era un primer paso para la introducción del Cristianismo en China, y consiguientemente un paso para que el Japón siguiese el mismo camino. Propuso a su amigo Pereira que él se ingeniase para obtener la libertad de los prisioneros portugueses y en contracambio Javier conseguiría del gobernador de Goa el nombramiento de Pereira como embajador de Portugal. Javier en persona le acompañaría en China. Desde Cantón hasta Pekín, sede del Emperador, hay viaje para seis meses por tierra. Tanto se alegró el posible embajador con tales proyectos, que se comprometió a correr con todos los gastos de la expedición. Primer paso: que Javier se dirigiese a Malaca para abril del año siguiente, de donde partirían juntos los dos hasta la capital del Imperio. Mientras las ilusiones de Javier se iban desvaneciendo, las de Pereira se ponían más rosadas y halagadoras. Ya veréis, ya veréis, repetía sospechoso el gran evangelizador que nunca se desanimó ante ningún obstáculo y que recorría como un joven infatigable, miles de kilómetros. Temo —añadía— que el diablo nos lo arruine todo; ya lo veréis.

De Cantón se dirigieron los dos amigos hacia Singapur, de donde pasaron a Malaca. Finalizaba ya el año 1551. Arrojados de la ciudad los sitiadores, se manifestó claramente el castigo de Dios, vaticinado seis años antes por Javier. En los tres meses y medio que había durado el asedio el barrio de los indígenas había sido saqueado e incendiado, las fuentes del agua habían sido envenenadas por los sitiadores al retirarse, y 200 portugueses con otros muchos indígenas habían pagado su tributo a una epidemia.

Por última vez a Goa

A los pocos días Javier dio el adiós a Malaca y siguió su camino hacia la India con sus compañeros japoneses. Si quería entretenerse, a la mano tenía un paquete de cartas que le acababa de llegar de la India y de Europa. En la primera se le anunciaba el nombramiento de D. Alfonso de

Noronha, gran amigo de la Compañía, para Virrey. Otra, que le debió conmover las entrañas, era de su santo Padre Ignacio.

Lo que éste le decía, lo deducimos de la respuesta de Javier:

> «Verdadero Padre mío: Una carta de vuestra santa Caridad rescibí en Malaca agora cuando venía de Japón; y en saber nuevas de tan deseada salud y vida, Dios nuestro Señor sabe cuan consolada fue mi ánima; y entre otras muchas santas palabras y consolaciones de su carta, leí las últimas que decían: *Todo vuestro sin poderme olvidar en tiempo alguno, Ignacio;* las cuales así como con lágrimas leí, con lágrimas las escribo, acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que siempre me tuvo y tiene... Escrébeme V. S. Caridad cuántos deseos tiene de me ver antes de acabar esta vida. Dios nuestro Señor sabe cuánta impresión hicieron estas palabras de tan grande amor en mi ánima, y cuántas lágrimas me cuestan las veces que della me acuerdo».

Juntamente venía otro documento de Ignacio, que contenía la nómina de Javier para Provincial de la nueva Provincia jesuítica, que abarcaba la India portuguesa y demás regiones transmarinas sometidas al Rey de Portugal, con exclusión de Etiopía y del África occidental. Llevaba la fecha del 10 de octubre de 1549. Iba a su lado el diploma —fechado en Roma el 23 de diciembre 1549— de todas las facultades y privilegios apostólicos otorgados al primer prepósito de la nueva Provincia, independiente ahora de la Provincia portuguesa[204].

---

[204] El nombramiento de Provincial en *Monument. Xaver.* II, 990-91. Y el elenco de privilegios y facultades (ibid., II, 991-92). En esta ocasión tuvo Javier noticia del martirio de P. Antonio Criminali, natural de Parma. Entrado en la Compañía en 1542 y enviado poco después por S. Ignacio a Coimbra, pasó de allí a la misión de la India. Conociendo Javier su celo y santidad de vida, lo puso al frente de la cristiandad del Cabo de Comorín, tierra estéril y abrasada por los calores estivales; pero un día de 1549, entraron los bárbaros *badagas* en aquella tierra cautivando a cuantos podían. El P. Criminali, para defender a los niños y mujeres, los iba metiendo en unas embarcaciones. Se hallaba ocupado en esta obra de caridad, cuando los bárbaros se lanzaron contra él y lo cosieron a lanzadas. Fue el *mártir de la Compañía,* el primer jesuita que derramó su sangre por la fe cristiana. Murió a los veintinueve años, cinco de sacerdocio. Javier dio este testimonio en carta a Ignacio (14 enero 1549): «Antonius Criminalis in Comorino Promontorio cum sex aliis e Societate versatur. Enimvero is, mihi crede, vir sanctus est, et ad has terras excolendas natus; eius similes, quorum istic magna est copia, plurimos huc mittas velim» *(Epist. F. Xaverii* II, 29-30), traducción latina de Torsellini.

El nuevo Provincial desembarcó en Cochín el 24 de enero de 1552, y cinco días más tarde escribía a los Padres y Hermanos de Europa una larga e interesantísima carta sobre los usos y costumbres de los japoneses. Luego, trató él, como Superior provincial, de informarse menudamente acerca de todos sus súbditos, de sus planes y ministerios apostólicos, de sus ilusiones o desengaños, en una palabra, de su estado de ánimo, de su salud, etc., y de todo lo relativo a la misión. Regocijóse cuando le dijeron que los cristianos del Cabo de Comorín superaban los 40.000, aunque no había allí más que dos Padres y un Hermano; que la escuela de Cochín era frecuentada por 150 muchachos, y el colegio en construcción avanzaba a buen paso. Tuvo gusto en conocer al Rey de las islas Maldivas, joven de 25 años que pocos días antes había recibido las aguas del bautismo de manos del P. Heredia, venido recientemente de Portugal. Pero la visita más agradable y consoladora debió de ser la del Virrey de la India, D. Alfonso de Noronha, que le trató con todos los honores, y al conocer el viaje a China, que por entonces meditaban Javier y Pereira, manifestó claramente el Embajador que él aprobaba gustoso aquellos planes y que estaba dispuesto a nombrar Embajador suyo a Diego Pereira.

Bien ordenados y resueltos los asuntos de mayor importancia o de interés general, el Superior prosiguió su viaje hacia Goa, adonde llegó a mediados de febrero de 1552.

La febril actividad de Javier se remansó un poco en los dos meses que permaneció en la ciudad de Goa, capital de la India lusitana. No le faltaron desabrimientos y desazones en este período, pero en general fueron días de sosiego, de paz y alegría domésticas, de intimidad en el trato mutuo. Muchas anécdotas se refieren alusivas a la familiaridad del Padre con sus hijos, de un Padre a quien todos sus hijos veneraban como santo. Apenas entró Javier en el Colegio abrazó cordialmente a todos y preguntó: ¿Hay en casa algún enfermo? Sí, le dijeron, un Hermano. Quiso el Padre ver al enfermo y al verlo, leyó una perícopa del Evangelio, le puso las manos sobre la cabeza y el enfermo recobró la salud.

«Después que llegué al Colegio de Goa (escribe el 9 de abril) me fue necesario despedir algunas personas de la Compañía. Mucho me pesó hallar causas sobeyas *(sobradas)* para lo hacer, y por otra parte holgué mucho de los despedir. Hice retor del colegio al Padre Maestro Gaspar (Barzeo), de nación flamengo, persona de mucha confianza, en que Dios puso muchas virtudes; mucho grande pregador, aceto al pueblo en grande manera, muy bien quisto dos de la Compañía. Mueve tanto a lágrimas al

pueblo cuando predica, que es cosa para dar muchas gracias a nuestro Señor. Todos los destas partes, ansí Padres como Hermanos, dexo que le obedescan *(como a Padre Vice-Provincial, en ausencia del Provincial).* Los que podían causar alguna desedificación en mi ausencia por cosas ya pasadas, despedí. Todos quedan agora de manera, que voy a la China muy satisfecho».

Don Alvaro de Ataide (da Gama)

Que un héroe como Vasco de Gama, cuyas hazañas épicas sólo un poeta como Camoens pudo cantarlas dignamente, engendrara un hijo de grandes esperanzas y de tan triste destino, como Alvaro de Ataide, es muy de lamentar ciertamente, no sólo por la pequeñez de corazón y por la envidia miserable que demostró, sino porque llenó de amargura los últimos meses del gran misionero *hispano-portugués* (que bien merece Francisco Javier este apelativo). El encuentro de estos dos hombres antitéticos entristece y apena a cualquiera; pero el historiador se ve en la obligación de enfrentar a esos dos personajes, aunque sólo sea brevemente.

Javier zarpó de Goa el 14 de abril de 1552 rumbo a Malaca. Bajó hasta Cochín, dobló el cabo de Comorín y, rozando la costa de Ceilán, enderezó la proa hacia la península de Malaca. En la ciudad de este nombre tomó tierra a fines de mayo. No halló a Diego Pereira, porque había salido para las islas de la Sonda con objeto de proveerse de una carga de especierías para su empresa de China. Javier le escribió comunicándole que el Virrey le había nombrado su Embajador ante el Emperador de China.

Una epidemia que hacía estragos en Malaca dio al Padre ocasión para socorrer a los enfermos, sacrificándose día y noche por ellos, y preparándolos, si era menester, para presentarse ante Dios. Entre los muchos a quienes prestó su asistencia caritativa, uno fue D. Alvaro de Ataide, capitán general de Malaca: ¿Lo querría conquistar con sus atenciones? Solamente sabemos que a menudo repetía a sus Hermanos: «Rogad por el éxito de nuestro viaje a China y por Don Alvaro, a fin de que no ponga obstáculos a la embajada».

A los pocos días llegó Diego Pereira en su nave *Santa Cruz.,* cargada de especias y de ricos dones, con los que pensaba obsequiar al Emperador chino. Los dos amigos soñaban, viendo ya abiertas ante sus ojos las puertas del Celeste Imperio, cuando de pronto Don Alvaro de Ataide viene al puerto y dice apuntando a la Santa Cruz de Pereira: «Esta nave no puede

partir; el interés del Rey así lo requiere, porque una flota de Java viene contra nosotros y esta nave es necesaria para la defensa». Y mandó quitarle el timón y llevarlo a su casa. Cuando llegaron los javaneses, se vio que venían en son de paz, no amenazando de guerra.

Por si no estuviese claro el intento de Don Alvaro, atacó por otro flanco. Miraba con envidia que un simple comerciante, como don Diego Pereira, se alzase con un cargo tan importante como el de Embajador de Portugal ante el más poderoso monarca del Oriente. ¿Acaso apetecía la empresa para sí, como fuente de ingresos caudalosos y de grandes honores? ¿Era la envidia o la avaricia la que dirigía sus acciones?

Lo que hizo fue, como gobernador de Malaca y capitán mayor del mar, embargar la nave de Diego Pereira, y poner en ella hombres nuevos, impidiendo así que el gran amigo de Javier navegase hasta las puertas del Imperio chino. Esto imposibilitaba la embajada ordenada por el Virrey y detenía los pasos del gran misionero, pues era cosa establecida, que tan sólo a la sombra de un Embajador podía un extranjero penetrar en aquel vasto Imperio. Indignado Javier por la ciega obstinación del ambicioso portugués, se decidió —por vez primera en su vida— a hacer uso de las armas eclesiásticas. Le declaró que él era Legado Apostólico y que existía una ley canónica amenazando con la excomunión a quien impidiese a un Legado pontificio la práctica de su oficio. Alvaro de Ataide no entendía de cánones. Entonces, en reunión particular el párroco local le explicó brevemente lo de la excomunión; le aseguró que el Breve pontificio en favor de Francisco Javier estaba en Goa; pero que debía bastar la declaración escrita del Padre y el diploma del Virrey nombrando a Pereira Embajador. Inútiles fueron los razonamientos del párroco. «Muéstreme —replicó Ataide— el Breve papal con el nombramiento de Legado pontificio». El licenciado Juan Alvares, que era Auditor general y clérigo virtuoso, presentó el documento del Virrey, a cuya autoridad tenía que obedecer. Si lo rehusaba, el Virrey le recordaría las consecuencias de su negativa. Esto le llenó de tanta cólera y furor, que como fuera de sí, saltó de la silla, escupió al suelo, pisoteó el salivazo y gritó: «Mirad la cuenta que hago de las letras del Rey». Desde la calle se podían oír las imprecaciones que lanzaba contra Francisco Javier, llamándole el peor de los hombres, perverso impostor, hipócrita y falsificador de documentos pontificios. El corazón de Javier no podía menos de sentirse triste hasta la muerte. Su gran amigo Diego Pereira, que había gastado grandes caudales en sostener la expedición a China, venía a quedar poco menos que arruinado; su dignidad de Embajador se había desvanecido en el aire, y

todo por culpa del apasionado Ataide. Esto le dolía a Javier tanto como a su amigo, porque se querían de veras.

Javier por su parte veía con inmenso dolor cómo se le escapaba volando la mayor ilusión de su vida. El sueño dorado de su carrera apostólica, la evangelización de la inmensa nación de China, se difuminaba a sus ojos y desaparecía en el lejano horizonte. Y sobre todo —y esto es lo que más atormentaba su corazón abrasado de amor a Dios y a las almas— los grandes triunfos de Cristo que él se había imaginado con la apertura del Imperio chino a las luces del Evangelio, caían derrumbados, y la gloria de Dios se reducía a un vano sueño. ¿Para qué había servido su áspera vida de misionero? Quedaba aún mucho campo por labrar y sembrar, pero él tenía que renunciar al laboreo... Javier iba a morir joven.

Las penas fulminadas contra Ataide

Muy grave tenía que ser el castigo merecido por Ataide, tan obstinado desobediente a las leyes humanas y divinas. Javier lo preveía y lo anunció proféticamente: «Pésame que de Dios le ha de venir el castigo mayor del que él cree». Así terminaba una de sus cartas a Pereira. Castigo de Dios, mas con él también vendrá el de los hombres. Javier se contentó con enviar al Vicario de Malaca, Juan Soares, en junio de 1552 un «Libelo suplicatorio», del que son estas cláusulas:

> «Señor: Dice el Padre Maestro Francisco, que el Papa Pablo III, a requerimiento del Rey nuestro señor, lo mandó a estas partes para convertir los infieles y para que la santa fe de nuestro Señor Jesucristo sea acrecentada, y el Criador del mundo sea conocido y adorado de las criaturas.... Y para cumplir este oficio más perfectamente, lo hizo el Santo Padre Pablo III Nuncio apostólico... y me mandó al rey de la China a notificarle la ley verdadera... Y el señor Virrey... mandó a Diego Pereira que fuese a la corte del rey de la China... Ahora el señor Capitán *(Ataide)* impide la embarcación y viaje de tanto servicio de Dios y acrecentamiento de nuestra santa fe; por lo cual... requiero a V. R. *(señor Vicario)* de parte del señor obispo, nuestro prelado una y dos veces y tantas cuantas puedo, que declare al señor Capitán *(Ataide)* la (suso-dicha) decretal «Super gentes», y le ruegue de parte de Dios y del señor obispo, que no me impida el viaje... porque haciendo lo contrario, queda excomulgado, no por parte del señor obispo, ni de V. R. ni de la mía, sino por los santos Pontífices... Y le dirá V. R. de mi parte al dicho Capitán, que le pido por la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo, que no quiera incurrir en tan grande excomunión, porque no dude sino que de Dios tendrá

el castigo mucho mayor del que él piensa. Y V. R. me dará el traslado de esta petición con la respuesta del señor Capitán».

Seguía el Santo en Malaca «triste y desconsolado», tanto por la situación desventurada y lastimosa en que quedaba su mejor amigo Diego Pereira, como por el desamparo del propio Javier, que no tenía adonde dirigirse. No pudiendo consolarse con nadie, y sintiendo en su conciencia un extraño remordimiento o responsabilidad de las desgracias de D. Diego, escribió estas líneas:

«Señor *(Diego Pereira):* Con mucha razón, señor, os podéis quejar de mí, que os destruí a vos y a todos los que venían en vuestro navío. Os destruí, señor, con gastos de cuatro o cinco mil pardaos, que por ruegos míos gastasteis en piezas para el rey de la China, y ahora toda la nao y toda vuestra hacienda. Pídoos, señor, os acordéis que mi intención fue siempre serviros, como Dios nuestro Señor lo sabe y V. md. también; y si eso no fuese así, de pena moriría. Pídoos, señor, que no vengáis donde yo estuviere, por no acrecentar el dolor que tengo, pues viéndoos, me aumentáis mis tristezas...

«No puedo cumplir con V. md. con otra cosa sino con escribir al rey nuestro señor, que yo, señor, os destruí y precipité con rogaros y pediros como gran favor, que por servicio de Dios y del rey nuestro señor, fueseis a China con la embajada del señor Virrey... Para descargo de mi conciencia, me obligo por ésta, firmada por mí, a escribir al rey nuestro señor, que está obligado a pagaros todos los daños y pérdidas que os vinieren por servirle... Vuestro triste y desconsolado amigo, Francisco».

Desbaratados los planes del misionero caminante y navegante por las inicuas arbitrariedades de Alvaro Ataide, no por eso dejó aquél sus antiguos propósitos de conquistar la China para Cristo, y como si estuviera en marcha le escribe al P. Gaspar Barzeo el 21 de julio de 1552 desde el estrecho de Singapur: «Maestro Gaspar. No podríais creer cuan perseguido fui en Malaca; no os describo particularmente las persecuciones... El P. Francisco Pérez os escribe acerca de las excomuniones en que incurrió D. Alvaro (de Ataide) impidiéndome la ida a China, de tanto servicio de Dios y acrecentamiento de nuestra santa fe... Yo voy a las islas de Cantón, desamarrado de todo favor humano, con esperanza de que algún moro o gentil me llevará a tierra firme de China».

Con esa palabra portuguesa tan expresiva *(desamarrado)* nos pinta Javier su estado de soledad y de abandono, sin otra amarra que la confianza en Dios. Ha llegado a la isla de Sancián (nos lo cuenta el 22 de octubre) donde contempla muchos navíos de mercaderes, que vienen de la ciudad

de Cantón a hacer negocios en Sancián con los portugueses. Estos trataron de ver si alguno de Cantón lo quisiera llevar. Todos se excusaron diciendo que ponían sus vidas y haciendas a gran riesgo, pero por fin, el 19 de noviembre un chino de buena voluntad viene a ofrecer sus buenos oficios. «Plugo a Dios nuestro Señor que se ofreció un hombre honrado, morador de Cantón, a llevarme por doscientos cruzados en una embarcación pequeña, donde no hubiera otros marineros que sus hijos mozos. Más aún, se ofreció a meterme en su casa escondido tres o cuatro días, y de ahí ponerme un día antes de amanecer, en la puerta de la ciudad con mis libros y otro hatillo, para de ahí irme luego a casa del gobernador, y decirle cómo veníamos para ir donde está el rey de la China... declarándole cómo somos mandados de su Alteza, para declarar la ley de Dios».

Nadie podrá negar que el misionero navarro tenía un espíritu audaz y aventurero; con razón se ha dicho que la confianza en Dios es la virtud más profunda de Javier.

El biógrafo Teixeira cita en este capítulo las siguientes palabras de Javier, aludiendo a Alvaro de Ataide: «Dios por su misericordia le perdone, pues fue causa de tanto mal. Temóme que Dios le dará muy presto el castigo, mayor de lo que él piensa, si ya no se lo ha dado». Y comenta el biógrafo, bien conocido y amado de Javier: «Ese castigo de que el Padre aquí habla había ya dado nuestro Señor al capitán al tiempo que el Padre esto escribía, según vimos por nuestros ojos los que entonces nos hallamos en la India; porque ya a la sazón estaba leproso; y así como estaba le prendieron y le llevaron de la fortaleza de Malaca a la India, y d'ahí a Portugal, donde murió cubierto de lepra»[205].

[205] M. TEIXEIRA, *Vita S. Francisci,* en «Monumenta Xaveriana» II, 893. En otra biografía, atribuida a veces a Valignano, se refiere lo mismo con variantes de este modo: «Dio sobre el capitán sentencia de Dios, diciendo de él con sospiros y mucha lágrima suya: ¡Ay dél! porque ha de ser muy pronto castigado de Dios en la honra, en el cuerpo y en la hacienda, y plegué a su divina Bondad que no lo castigue en el alma. Y dicho y hecho; porque no pasó cuasi nada de tiempo que, por las muchas injusticias que hacía, lo mandó prender Rey con mucha deshonra, y fue llevado a Goa preso, y enviado a Portugal, donde le fue confiscada la hacienda mal ganada, y con grande menoscabo della y de su honra, en desgracia de su Rey, cubierto de una muy hedionda lepra, acabó en Portugal su vida miserablemente» (VALIGNANO, *Vita S. Francisci Xaverii* cap.24: «Monum. Xaver.» vol.I, 149.

En la isla de Sancián

Sin vacilar un momento en su propósito de entrar en China para anunciar el Evangelio, aunque desprovisto de todo, de amigos, de provisiones, de favorecedores, Javier no interrumpía su viaje. Gran parte del mes de julio lo pasó en Singapur escribiendo cartas a Barzeo, a Diego Pereira y a otros amigos. Desde Singapur, en un día de fines de agosto de 1552, «en pocos días —según Teixeira— llegó a las islas de la China», en concreto a la isla de Sancián, donde hallaría la muerte, tan inesperada al parecer, pero tan anhelada y suspirada, porque le llevaría en un vuelo hasta el abrazo de Dios.

Los portugueses que en la isla estaban le hicieron mil obsequios, deseando cada cual llevarlo a su casa, pero cuando «entendieron que el Padre deseaba le hiciesen una iglesia pequeña de paja para decilles misa y administrar los sacramentos y enseñar la doctrina a los niños, fue la iglesia luego hecha en dos días sobre un cerrillo pequeño que la isla tenía. Comenzó, pues, el Padre a decir misa en ella un domingo a 4 de setiembre de 1552, lo cual fue continuando todos los días hasta su enfermedad. En esta iglesica pequeña enseñaba cada día la doctrina a los niños y a los esclavos de los portugueses... y bautizaba las criaturas que nacían... y los demás que nuestro Señor convertía. Ocupábase también en tener cuidado de los pobres y enfermos... En estos y semejantes exercicios se ocupó el Padre hasta que vino a adolecer de unas calenturas que le duraron quince días».

Lo testifica Teixeira, quizá por información directa del chino cristiano allí presente Antonio de Santa Fe.

Indicados quedan los arbitrios de «aquel hombre honrado, morador de Cantón» que se ofreció a tenerle oculto en su casa por tres o cuatro días, hasta ponerle un día antes de amanecer en la puerta de la ciudad, dejándole solo y a la buena ventura. Al honrado morador de Cantón le entró miedo sin duda, pues no volvió a presentarse. A pesar de todo, Javier insiste en penetrar en China de cualquier modo. Y aunque en realidad —lo afirma él mismo— «no hay duda sino que en ello hay dos peligros grandes, según toda la gente desta tierra nos dice», pero considerando que los daños espirituales son peores que los corporales, «estamos determinados de entrar en el reino de la China por todas las vías posibles... Porque, si Dios está por nosotros, ¿quién cantará victoria contra nosotros?»

Del mes de setiembre no tenemos del misionero solitario de la isla de Sancián otra noticia que la de haber celebrado el 4 de aquel mes, por

primera vez, la Misa en la pajiza y rural iglesita recién hecha. De octubre y noviembre sabemos que se comunicó por carta con los PP. Francisco Pérez y Gaspar Barzeo y, por supuesto, con Diego Pereira.

Lo que ahora diremos del mes de noviembre nos es conocido por la relación que sobre la muerte de Javier escribió el más fiel de sus sirvientes y compañeros, el joven chino Antonio de Santa Fe, que no le dejó un momento hasta después de muerto. Antonio *China* (como le llaman a veces por su origen chino) era un joven piadoso y espiritual, que estudió 7 u 8 años en el Colegio de S. Pablo de Goa, 4 de ellos latinidad, y a quien Javier en su último viaje a China lo tomó consigo para que hiciese de catequista con los convertidos. Fue este Antonio de Santa Fe el único que asistió al Santo, como un diligente y compasivo enfermero, hasta los últimos momentos; fue él quien compuso un excelente relato para la biografía que había de componer el P. Teixeira. Antonio fue el único que presenció la muerte de Javier y por lo mismo el único que puede decirnos algo sobre ella. Digo el único, porque si bien Javier llevó consigo otro sujeto, miembro de la Compañía que se decía, Alvaro Ferreira, pero éste no fue testigo de la muerte del Santo. Javier dijo que a Ferreira «lo despedí de la Compañía porque no es para ella», porque rehusaba entrar con él en China.

«Entrados en el puerto —refiere Antonio de Santa Fe— en sabiendo los portugueses que allí estaban, que venían el P. Maestro Francisco, vinieron todos a recibirlo; y cada uno lo quería agasajar en su casa, porque todos lo amaban mucho. Finalmente fue llevado por un Jorge Alvarez, gran amigo suyo, que lo agasajó a él y a sus compañeros, que éramos el Hermano Ferreira y yo, por obra de dos meses y medio, poco más o menos».

«Cuando el P. Maestro Francisco llegó, luego pidió a los portugueses por amor de Dios le hiciesen una iglesilla de paja para poder decir Misa en ella y enseñar la doctrina a los niños y mozos cautivos, que si bien eran pocos, nunca cesó de instruirlos con mucha caridad y amor, como hacía en todas partes donde estaba. Confesaba también muchas personas, y en esto empleaba todo el tiempo que allí estaba, en sacar limosnas para los pobres y en hacer pláticas con los chinos gentiles... Respondíales a las preguntas que le hacían, que comúnmente eran de cosas de filosofía, como de la composición de este mundo y semejantes; respondíales tan bien, que los chinos andaban diciendo que el P. Maestro Francisco les parecía hombre muy sabio y de muy buena vida... Todo su cuidado era cómo podría entrar

en China a anunciar la fe de Jesucristo... Estando con estos pensamientos adoleció el P. Maestro Francisco; sin embargo, la dolencia era pequeña, porque no era más que una cargazón y escalofríos mas nunca dejó de decir la Misa cada día... En este tiempo partióse para Malaca el huésped que lo obsequiaba, y quedándose sin tener quien lo atendiese y le diese de comer, muchas veces me decía que fuese a pedir por amor de Dios algún pan a los portugueses que allí estaban... y así lo hacía muchas veces, y con todo, él padecía grande necesidades. Encontrándose mal y viéndose mal dispuesto y sin tener qué comer, me preguntó si sería bien irse a la nave de Diego Pereira, que estaba en el mar. *(Pereira no había venido, pero sí su nave con algunos marineros nombrados expresamente por Alvaro de Ataide).*

»Yo le dije que me parecía muy bien, porque allí tenía quien lo sustentase y curase, pues en tierra padecíamos tanta necesidad. Viendo esto el Padre, fue luego a embarcarse en la nao. Era esto un miércoles después de mediodía; mas no durmió en ella más que aquella noche, en que pasó grandes trabajos, así por parte de la nao, que sufrió grandes maretazos, como por parte de la fiebre, que cargó mucho... y venía con tanta fiebre y tan abrasado, que parecía una brasa... Diole luego tan gran hastío, que no podía comer nada, y al día siguiente, que era jueves, viendo ir la fiebre en crecimiento, tornáronle a sangrar... Y no pudiendo comer nada, y estando muy atribulado con la fiebre, era tan sufrido y paciente, que nunca le oyeron una palabra... Solamente con los ojos alzados al cielo, con rostro muy alegre, de buen aspecto y con voz alta, a manera de oración, hacía algunos coloquios de cosas que yo no lo entendía, por no ser de nuestra lengua, aunque algunas veces le oía repetir estas palabras: *Tu autem meorum peccatorum et delictorum miserere;* y en esto, con otras palabras que yo no le entendía, estuvo hablando con grandísimo fervor por espacio de cinco o seis horas, y el nombre de Jesús nunca se le caía de la boca».

Las últimas palabras pronunciadas por Javier, moribundo, parece que fueron éstas: *«In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum»*.

En soledad y silencio muere el apóstol

El jueves a mediodía recobró el habla y el conocimiento, que había perdido tres días antes, y empezó a suspirar invocando a la *Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo,* de quien siempre fue muy devoto, añadiendo las jaculatorias bien conocidas: *Jesu, Fili David...—Mater Dei...,* etcétera.

El viernes, 2 de diciembre, viendo Antonio de Santa Fe que el Padre se hallaba ya en las últimas, creyó que era su deber pasar toda aquella noche en vela.

«Un poco antes que amaneciese, yendo desfalleciendo, le puse la candela en la mano, y con el nombre de Jesús en la boca dio su alma y espíritu en las manos de su Criador y Señor con grande reposo y quietud; y quedando su cuerpo y rostro con un semblante muy apacible y con un color sonroseado, fue su bendita alma a gozar de su Criador y Señor... Falleció un sábado antes que amaneciese, a los 3 de diciembre del año de 1552, en la isla y puerto de Sanchón, en una casa de paja»[206], diez años después de haber venido a estas partes de la India. Y 45 y medio, anchamente cumplidos, desde que abrió los ojos por vez primera a la luz de este mundo en un Castillo de recuerdos medievales plantado a la falda del Pirineo navarro.

Para subir a los brazos de Cristo, su Rey y Salvador, nada más adecuado que la absoluta soledad de aquella noche oriental, a orillas del mar, con música de las olas, que le arrullaban melodiosamente como un *Nocturno* litúrgico. Y entre tanto, en el Oratorio del Castillo de Javier (Navarra) un alto Crucifijo —según quiere la tradición local— lloraba y sonreía.

¿Organizador de las misiones?

Las líneas que siguen pueden considerarse como un epílogo de este capítulo, extraño epílogo que también podría llevar este epígrafe: ¿Javier, organizador de las misiones? El 28 de junio de 1553 Ignacio de Loyola firmaba una carta, bien razonada, que iba dirigida a su hijo del alma, Francisco Javier, que estaría a la sazón ¿quién sabe dónde? ¿En China, o en Japón, o en la India? En ninguno de esos países. Estaba en el cielo, gozando de la visión divina. Es la primera carta ignaciana a la que Francisco no contestó, por la sencilla razón de que hacía 187 días que

[206] Palabras de Antonio de Santa Fe, según las traduce con cierta libertad MANUEL TEIXEIRA, *Vita S. Francisci,* en «Monum. Xaveriana» II, 896. Los triunfos de Javier empiezan con su muerte, o más exactamente, con el entierro de su cuerpo (incorrupto y obrador de milagros) en la ciudad de Goa. Muchos datos de escaso relieve en G. SCHURHAMMER, *Franz Xaver. Sein Leben und seine Zeit* (Freiburg i. Br. 1955-177). La incorrupción milagrosa del cuerpo la daban como cosa cierta Ignacio de Loyola y el Rey de Portugal, bien informado por su embajadoj; en la India. Y nada digamos de las multitudes incontables que desde entonces no dejan de afluir a venerar con fe y devoción tan insigne reliquia.

había perdido el uso de la pluma y la facultad de hablar, puesto que había muerto, como sabemos, el 3 de diciembre de 1552.

Veamos qué le dice Ignacio a su discípulo predilecto en una carta escrita con tanto retraso.

1. Primero: Que dejando el Asia, *venga cuanto antes a Portugal:* «Mirando el mayor servicio de Dios N. S. y ayuda de las ánimas en esas regiones y cuánto *depende de Portugal* el bien dellas, me he determinado a mandaros en virtud de santa obediencia, que entre tantos caminos tome *este de Portugal* con la primera oportunidad de buen pasaje; y así os lo mando en nombre de Cristo N. S., aunque sea *para tornar presto a la India»...*

2. El primer motivo para la venida a Europa es la *importancia del Rey de Portugal para la buena ordenación de las misiones:* «Ya sabéis *cuánto importa* para la conservación y augmento de la Cristiandad en esas partes (de la India) y en la Guinea y Brasil *la buena orden que el Rey de Portugal puede dar* desde su reino... siendo *informado de quien sabe por experiencia* las cosas de allá *tan bien como vos»...*

3. El segundo motivo: *Que la santa Sede esté bien informada de las Misiones.* «Importando tanto que la Sede Apostólica tenga información cierta y entera de las cosas de las Indias, y de persona que tenga crédito para con ella, *vos para esto seríades más a propósito que otro* de los que allí están, *por la noticia que tenáis y la que se tiene de vuestra persona»...*

4. *Conviene que los destinados a Misiones sean idóneos:* «También sabéis lo que importa para el bien de las Indias, que las personas que se invían allá sean idóneas para el fin que se pretiende... Para esto servirá mucho vuestra venida a Portugal y por acá; porque no solamente se moverían muchos más a desear ir allá, pero aun de los que hay movidos, veríades quiénes son al propósito para ir o no, quiénes para una parte, quiénes para otra»...

Conclusión: «Sin estas razones... pienso daríades calor al Rey para lo de Etiopía, que de tantos años a esta parte está para lo hacer... Asimismo en lo del Congo y Brasil podríades desde Portugal no poco ayudar... De Roma 28 de junio 1553.—Venido a *Portugal,* estaréis a la obediencia del Rey para hacer lo que dispondrá de vuestra persona a la gloria de Dios N. S. Todo vuestro en el Señor nuestro, Ignacio».

Bastarían estos párrafos de la carta ignaciana para demostrar con absoluta claridad que al imponer el fundador de la Compañía, en virtud de santa obediencia, el retorno de Javier a Portugal, *no a Roma,* de ningún

modo pensaba en cargar los hombros de aquel ya fatigado misionero con el mayor peso que podía darle, cual era, el grave oficio de *Prepósito General.* Lo que deseaba Ignacio se refería solamente a las Misiones. Quería que el Apóstol de las Indias y el Japón, dejando su campo misional del Oriente, viniese a Europa. Repito que la actividad de Javier debería desplegarse principalmente *en la corte del Rey de Portugal, Don Juan III,* que era el arbitro, en el aspecto económico, personal, proteccionista y aun militar (consiguientemente, aunque sólo en parte, religioso) de los inmensos países no cristianos de Asia, África y América.

Al Rey Donjuán III tenía que acudir quien desease mantener el orden y la paz en la colonización y evangelización de tantos millones de hombres, no iluminados aún por la luz de la fe cristiana. Los misioneros dependían de él, por el viaje y por el sustento. Nadie podía entenderse con el Rey mejor que Francisco Javier, porque nadie había sudado en las campañas apostólicas tanto como él, y nadie podía rivalizar con él en experiencia misionera. Por eso San Ignacio opinaba que Javier, amigo del Rey desde antiguo, era el hombre que podría como nadie organizar y reorganizar las múltiples Misiones que estaban a punto de florecer o de perderse. El peso no dejaba de ser grande y oneroso, aunque esparcido por diversas naciones y con eficaces colaboradores. Estos no le habían de faltar ni en los jesuitas sus hermanos de Portugal, ni en los de Roma. Aun así, para un hombre solo sería abrumador, pues la empresa concebida grandiosamente por el fundador de la Compañía de Jesús abarcaba casi medio mundo y consistía en «ordenar con los consejos y con la autoridad y crédito de Javier toda la gran máquina de las Misiones, cuantas tenía y cuantas podía tener la Corona de Portugal».

Estamos seguros de que Javier no se hubiera arredrado por lo enorme del trabajo. Pero no llegó a enterarse de lo que su santo Padre maquinaba desde lejos para el mejor de sus discípulos. Lo hubiera aceptado con más gusto que el cargo de Prepósito General de la Compañía, que algunos con demasiada agudeza quisieron adivinar en el pensamiento y en las intenciones de Ignacio.

Ignacio no pensó en el generalato de Javier

Y es maravilla que el primero en equivocarse fuese uno de los más íntimos de Ignacio y excelente conocedor de sus ideas y sentires: el P. Jerónimo Nadal. Este insigne jesuita mallorquín en sus breves *Ephemerides,* después de decir que Francisco Javier murió cuando iba a

entrar en China y que su cuerpo quedó incorrupto, añade: «Hay otros milagros de este varón. Habiéndole llamado el P. Ignacio para el oficio de Prepósito General, etc.»

Aquí interrumpe la frase con un etc. pasando a tratar de otro argumento. Pero nos basta la frase interrumpida, que equivale a esta afirmación: «El P. Ignacio llamó a Javier para ser General de la Compañía». ¿De dónde sacó Nadal esta noticia? Yo creo que de su facultad adivinatoria. Documentos de suficiente claridad no había. Tal vez conjeturó que, no pudiendo Ignacio trabajar mucho por su enfermedad, en viniendo Javier a Europa, el fundador de la Compañía dimitiría su cargo, y siendo tan inmenso el prestigio de que gozaba Javier, como santo y taumaturgo, la Congregación General que probablemente se reuniría en Roma en 1550 con ocasión del Jubileo, se dejaría arrebatar por la fama del santo misionero y lo elegiría sucesor de Ignacio. Esta conjetura, de poco fundamento ya la tuvo el historiador D. Bartoli en el siglo XVII y después otros modernos. Pero la sospecha carece de consistencia. Cuando leemos que Ignacio pensó un tiempo en congregar en Roma durante el año del Jubileo (1550) a los que fueron sus primeros compañeros en la fundación de la Compañía, incluso naturalmente Javier, a no ser que tuviese algún notable impedimento. Impedimentos surgieron, porque dos de los primeros compañeros habían muerto *(Juan Coduri y Pedro Fabro),* y Simón Rodrigues, con la anuencia del Rey, pensaba ir al Brasil o Etiopía, y Francisco Javier estaba tan comprometido en la gran empresa del Japón, que no la podía abandonar sin graves perjuicios. Ignacio cambia pues, de parecer y comunica a todos por medio del Secretario, Polanco que ninguno de ellos está obligado a venir a Roma: «Visto que se murieron dos y *Mtro. Francisco no se podía sacar,* y que se decía que él *(Simón Rodrigues)* iría al Brasil o Etiopía, resfrióse (Ignacio) y así *dexó en las consciencias y voluntad de todos* el venir o no; y así lo hace ahora». En conclusión: ¡Venga el que quiera! Javier no está obligado a venir a Roma, queda en pie su venida a Portugal. Esto último les bastaba a los entusiastas aclamadores y panegiristas del gran misionero. Porque tenía admiradores tan fuera de lo común, que príncipes y cardenales lo veneraban como a santo, y proclamaban sus virtudes heroicas y sus prodigios. Del Cardenal de Santa Cruz, Marcelo Cervini, futuro Papa Marcelo II, contaba San Ignacio a Juan III de Portugal lo siguiente: «Sabiendo cómo el P. Mtro. Francisco había de venir de las Indias a *Portugal,* lloró de placer, siendo hombre muy grave y a quien muy pocas veces acontecen semejantes movimientos, y

deciendo que era la cosa más acertada que se podía hacer para servicio de Dios. Dijo también que si él fuese vivo, le iría a ver a Portugal».

Es éste un magnífico testimonio de la inexplicable admiración que sentían los más elevados personajes hacia un humilde hijo de Ignacio, muerto en una playa, en absoluta pobreza, soledad y abandono, lejos de todo lo que estiman los hombres. El primero en exaltar al eximio misionero fue Dios mismo, que quiso otorgar al cuerpo difunto el milagroso privilegio de la incorrupción. Siguieron las más altas y respetables cabezas eclesiásticas, como el Cardenal de Santa Cruz, cuyas palabras acabamos de citar. Vienen luego los Reyes, empezando por el que mejor lo conocía, Juan III de Portugal, que apenas supo la muerte del santo, escribió a su Virrey en la India: «Virrey, mi amigo. Yo, el Rey os saludo. La vida del P. Maestro Francisco, sus acciones, han sido de tan saludable ejemplo, que según mi opinión, hay que hacerlas conocer para la gloria de Dios nuestro Señor. Vos buscaréis por todas partes los testigos dignos de fe de todas las buenas acciones de este hombre santo, las obras que superan las fuerzas de la naturaleza, que Dios ha obrado por él, vivo o muerto, y me los haréis llegar lo más pronto posible. Nada me será más agradable. He aquí el modo de llevar a cabo las averiguaciones». Y le señala puntualmente los pasos que ha de dar y el método que debe seguir, añadiendo: «Haréis que me llegue triple copia por tres vías».

Que los milagros y las acciones portentosas de un apóstol impresionen fuertemente a un monarca, no es de admirar; pero que los hombres santos y místicos, conocedores de los dones de Dios y de los caminos del espíritu, experimenten la misma admiración con vivos deseos de informar clara y exactamente a la Santa Sede acerca de las virtudes heroicas y maravillas taumatúrgicas, a fin de que la Iglesia histórica y teológicamente las estudie en orden a la posible glorificación del siervo de Dios, eso nos lleva a pensar que efectivamente Dios infunde en el alma de sus santos dones y gracias que los elevan a un nivel espiritual más alto que el de los cristianos ordinarios.

Y eso precisamente es lo que intuyó San Ignacio, y con él otros santos de la misma edad, en el alma inflamada del gran apóstol del Oriente. El 21 de noviembre de 1555 escribía Loyola al P. Miguel de Torres: «Cuanto al cuerpo del bendito P. Francisco, a todos nos parece gran testimonio de su incorrupta vida, que *no se corrompa con la muerte.* Y parece también que por la gloria y honor divino y de la edificación de la Iglesia, *se haga*

inquisición en forma auténtica en legítima forma de las cosas supernaturales que Dios N. S. obró por él en vida y en muerte».

Impulsados por el consejo de Ignacio de Loyola y estimulados ardorosamente por el Rey de Portugal, los Procesos no tardaron en incoarse en Goa, Cochín, Malaca y otras ciudades asiáticas (1556) y poco más tarde en Pamplona de Navarra (1614). Muchas eran las personas de diversas clases sociales que acudían con deseo de declarar lo que sabían acerca del P. Francisco y de sus obras portentosas. Entre ellas se presentó una de 120 años de edad y de nación china, que con una medalla de Javier y de la Virgen María había curado serias enfermedades.

«Muchísimas y extraordinarias cosas se refieren —lo atestigua Polanco— de este varón apostólico; pero puesto que por mandato del Rey de Portugal se ha hecho inquisición de su vida y milagros y consta en monumentos públicos, me abstengo de reseñarlos aquí; basta decir que a un hombre mudo e impedido de andar le devolvió el uso de la lengua y de los pies, restituyó el oído a los sordos y la salud a muchos enfermos desahuciados por los médicos; también consta de dos muertos resucitados, de su espíritu de profecía, de su predicción de cosas remotísimas y de su conocimiento de los secretos del corazón»[207].

Nadie se admire de que a un hombre, ya muerto, le cuelguen tantos milagros, cuando a ese mismo, estando en vida, le atribuyeron muchos más.

---

[207] *Chronicon Soc. Jesu* (1552 al fin) p.784. Para acabar el retrato de Javier, recojo las palabras de un joven que le acompañó durante meses y juntamente las de un rey pagano, que también le conoció personalmente. El P. Martín de Santa Cruz escribe a Pedro Fabro el 22 de octubre 1545: «Aquí vino un mancebo de las Indias, hijo de un ciubdadano principal desta ciubdad, que se dice el Licenciado Juan Vaz... Este anduvo seis meses con el P. Mtre. Francisco. Hanos contado cosas muy grandes dél, porque demandábale muchas particularidades, que él, ni los de allá, no se pornán a escrebir, ni yo tampoco tengo lugar para ello. Digo a V. R. cómo anda: que anda descalzo, y con una vestecilla muy rota, y con una caperucilla de tela prieta. Dice que le llaman allá *Balea Padre,* que quiere decir *el gran Padre.* Quiérenle mucho todos. *Invenit gratiam apud Regem unum;* tanto que hizo pregonar en todo su reino, que ansí le obedeciessen a su hermano, el grand Padre, como a su misma persona; y que todos los de su reino que se quisieren hacer cristianos, que se hiciesen... Tiene hechas 44 ó 45 iglesias a luengo del mar, en aquellos lugares que se han tornado cristianos... Sabe muy bien su lengua. Dice que saca al campo dos mil, tres mil, cuatro mil y seis mil almas y que se sube en un árbol y allí les predica» *(Epistolae Mixtae* I, 231-32). La fama de Javier fue creciendo de día en día por la India, Indonesia, Japón y por Europa.

CAPÍTULO XIV

ENTRE LOS TUPIES Y TAMOYOS DEL BRASIL

A la par de Ignacio de Loyola, y en íntima compenetración espiritual con él, hemos pergeñado el perfil misionero de Francisco Javier en sus grandes empresas de la India y el Japón y en sus aspiraciones ideales de conquistar para Cristo toda la tierra de infieles. Sucumbió en un islote cuando intentaba asaltar las fronteras del Imperio chino. Pero la semilla apostólica estaba echada, y vendrá pronto quien la haga fructificar. No se extinguieron con su muerte aquellas hogueras espirituales que hablaban de conquista. Todo lo contrario; sólo después del tránsito del apóstol se nota en aquellos pueblos asiáticos un florecimiento cristiano, pujante y fecundo, que se prolonga durante dos siglos.

La Compañía y el Brasil naciente

No vamos a dibujar aquí, ni siquiera esquemáticamente, un resumen histórico de las principales misiones. Sólo nos importa por el momento apuntar a ciertos campos fructíferos, cuya vitalidad primaveral se debió principalmente a esas dos egregias figuras que acabamos de estudiar.

Y puesto que nos interesa aquí, más que nada, ofrecer al lector una biografía del fundador de la Compañía de Jesús, nos limitaremos a presentar dos pequeños cuadros que decoran el mural misionológico, escasamente conocido, de Ignacio.

Que empecemos por la misión o misiones del Brasil, a nadie extrañará que conozca lo que el Brasil significa para la Compañía de Jesús y viceversa.

Uno de los mayores historiadores brasileños, J. Capistrano de Abreu, dijo un día que pecaría de presunción quien quisiese escribir la historia del Brasil, sin antes escribir la historia de la Compañía de Jesús en el Brasil. Otros han llegado a decir con frase audaz que en la portada de la historia de la nación brasileña campea resplandeciente y glorioso el IHS jesuítico. La idea es clara, como también la benevolencia de la hipérbole.

Fervientes misioneros portugueses vinieron a bregar con espíritu de fe y de sacrificio en las selváticas tierras y costas del oriente del Brasil. Nos fijaremos tan sólo en tres héroes que sobresalen netamente entre los demás:

Esas tres figuras que resaltan en la historia bien aureolados son: Manuel de Nóbrega, Juan de Azpilcueta y José de Anchieta.

Nóbrega, el fundador de la Misión

A los jesuitas, en la entrada en el Brasil, se les habían adelantado los franciscanos, pues a los tres años del descubrimiento casual hecho por el portugués P. A. Cabral en 1500, entraron en la región de Porto Seguro dos Frailes Menores y murieron mártires en 1505. Hubo otros pocos que entraron esporádicamente y aislados sin organización alguna. Solamente en la segunda mitad del siglo XVI se ven en varias ciudades del Brasil conventos franciscanos estables. Ya para entonces se hallaban instalados los hijos de San Ignacio, que, dada la tardía fundación de la Orden, no pudieron llegar hasta 1549.

El abanderado de la primera expedición se llamaba Manuel de Nóbrega. Había nacido a orillas del Miño el 10 de octubre de 1517. Hizo sus estudios humanísticos en Salamanca y alcanzó en Coimbra el bachillerato en cánones (1541) siendo discípulo del eximio canonista Martín de Azpilcueta (Doctor Navarro), que conservó siempre de su discípulo la mejor impresión. Siendo ya sacerdote, entró en el noviciado de la Compañía de Jesús en 1544, *Virtute et Iuris Canonici valde commendatus* (según A. de Polanco) actuó en diversos exámenes y procesos, mereciendo que los Superiores mayores se fijaran en él para la naciente Misión del Brasil. El 1 de febrero de 1549 zarpó de Belem (Lisboa) una armada compuesta de tres naves, dos carabelas y un bergantín, bajo el mando del Gobernador General Tomás de Sousa, que hará buenas amistades con los misioneros. Navegaban con él cinco jesuitas, además de Nóbrega, los primeros hijos de Ignacio que saltaban al Nuevo Mundo, valientes, decididos, animosos. Descollaban entre todos el ya nombrado Nóbrega, que iba como Superior, y el navarro Juan de Azpilcueta.

Esta primera misión de la Compañía de Jesús para América, al cabo de dos meses de navegación, el 29 de marzo de 1549 arribó felizmente a Bahía de Todos los Santos, allí donde surgirá con el tiempo la gran ciudad de San Salvador.

El desembarco de las naves, que venían llenas, como solía suceder, de soldados y de una numerosa chusma de malhechores, que venían a pagar con el destierro sus crímenes, tuvo lugar (no hablo aquí de los degredados, unos 400, que allí iban) en la población de Pereira (o Vila Velha, junto a Bahía) en perfecto orden, como quien se prepara, si es necesario, a pelear o rechazar un asalto. Los misioneros tomaron tierra más pacíficamente, levantando uno de ellos (Nóbrega o Azpilcueta) una gran cruz signo de paz. Dos días más tarde, el 31 de marzo, cuarto domingo de Cuaresma, el P. Nóbrega celebró la primera Misa de los jesuitas en Brasil. Asistió el Gobernador y todo el campamento militar. Los religiosos renovaron sus votos.

Entusiasmado Nóbrega con la impresión primera (cuasi-lírica) que le causó la tierra brasileña, sólo le faltó una lira para cantarla. Después de consultar con los indígenas sobre el sitio donde se fundaría la nueva ciudad, que se llamaría del Salvador, fijáronse en un «lugar de muchas fuentes sobre la playa, entre mar y tierra, y circundado de aguas en torno a los nuevos muros. Los mismos indios de la tierra ayudaban a hacer las casas... Podíanse ya contar unas cien casas y se comenzaron a plantar cañas de azúcar y muchas otras cosas necesarias para la vida, porque la tierra es fértil para todo... Es muy salubre y de buen aire... Son pocos los que enferman y éstos se curan pronto... Tiene muchos frutos de diversas cualidades y muy sabrosos; en el mar igualmente mucho pescado y bueno. Semejan los montes grandes jardines y pomares. No me acuerdo de vista un tapiz de Arras tan bello. En dichos montes hay animales de muy diversas especies, que nunca conoció Plinio... y hierbas de variados aromas, muchas y diferentes de las de España».

Inmediatamente comenzaron las actividades apostólicas de Nóbrega. Estableciéndose en la reciente población de Bahía, levantó en 1549 una pobre iglesita, la primera de los jesuitas en Brasil *(Nossa Senhora da Ajuda)* e hizo de ella el centro de su apostolado, consagrándose desde entonces a la conversión de los indígenas, que eran de un salvajismo brutal, particularmente los *Tamoyos.* El canibalismo o la antropofagia estaba a la orden del día. El joven Anchieta relatará más adelante el caso de un indio, que tenía un harén de lo menos 20 mujeres, y apenas supo que una de ellas había adulterado con otro, la aprisionó, la ató a un madero y la hizo descuartizar, abriéndole de arriba abajo el pecho y el abdomen; luego la quemó en una hoguera y la preparó para un espléndido banquete. Hechos como éste eran frecuentísimos y los refieren puntualmente los misioneros en sus cartas. La poligamia era en ellos habitual; y el hecho de

abandonar a una mujer para unirse con otra o con muchas, no escandalizaba a nadie.

Esta barbarie fue vencida en gran parte, aunque poco a poco, por los misioneros, a fuerza de predicaciones, consejos, buenas palabras, y más radicalmente catequizando y educando con paciencia a los hijos de los indios convertidos. Dios obraba por medio de aquellos hombres heroicos cosas sorprendentes, que los indígenas miraban como milagros, venerando a los Padres como hombres de Dios. A veces venía de los portugueses la protesta más o menos violenta, por la sencilla razón de que los misioneros parecían los defensores natos de los indios injustamente oprimidos.

Esto no hacía sino encender más y más el amor y agradecimiento de aquella pobre gente. Bien lo experimentó el P. Nóbrega una vez que padeció naufragio en una excursión por la costa de la provincia de Sao Paulo (enero de 1552) acompañando al Gobernador Tomás de Sousa. Tuvo entonces la satisfacción de ver que los indios, movidos por el agradecimiento, consiguieron con harto trabajo sacarlo a salvo.

Fundaciones

La idea misionera resplandece en las actividades de Nóbrega desde el primer momento de su desembarco en Bahía en 1549. Actuando él desde el principio como Superior de la pequeña comunidad, empezó a planear las obras apostólicas que debían acometer, como eran la educación de los niños y de los mayorcitos en colegios apropiados, la catequesis de todos los neófitos que venían con deseo de conocer la religión que predicaban los Padres venidos de Portugal, la templanza y moderación en las costumbres de los colonos portugueses y sobre todo la purificación y reforma de las costumbres inhumanas y corrompidas de los indígenas, particularmente la poligamia y la antropofagia, tan frecuentes en el país. La primera acción de trascendencia realizada por el P. Manuel Nóbrega fue el establecimiento de la Jerarquía eclesiástica en San Salvador de Bahía. Lo solicitó del Rey de Portugal y éste trasladó la petición al Papa Julio III, que la otorgó en seguida. En 1551 D. Pedro Fernandes Sardinha fue consagrado obispo de San Salvador de Bahía. Era virtuoso y amante de la reforma eclesiástica, mas no sabía hacerla y solía obrar imprudentemente. Al Superior de los Jesuitas le ponía dudas y dificultades en cosas que a Nóbrega le parecían claras y ciertas, con lo cual se entorpecía el gobierno de la diócesis, y con sus órdenes en materia de ritos y costumbres populares que entusiasmaban a los indígenas, mas no al Señor Obispo, se

opuso decididamente a lo que era habitual entre los indios cristianos y entre los misioneros. De ahí, ciertas discrepancias que no hacían bien a nadie.

Nóbrega, que hubiera deseado la amistad del prelado, describió su muerte con palabras de duelo. «El obispo —dice—, aun supuesto que era muy celador de la salvación de los cristianos, hizo poco, porque estaba solo y trajo consigo por compañeros unos clérigos que acabaron de echar todo a perder con su mal ejemplo y el mal usar y dispensar los sacramentos de la Iglesia».

El obispo D. Pedro Fernandes, al ir navegando por la costa, al norte de Bahía, fue asaltado por los indios Caetés, los cuales, habiendo descuartizado y asado su cadáver (y el de otras muchas personas), lo devoraron como auténticos antropófagos.

En Bahía residió muchas veces el misionero, pero en 1552 se trasladó a la capitanía de San Vicente, para dar vida a una especie de Seminario o Colegio y al año siguiente fundó la aldea de Piratininga, en cuyos campos se construyó el gran Colegio de San Paulo, cuya dirección entregó al P. Luis de Graça. Aquel mismo año fue nombrado por San Ignacio de Loyola primer Provincial de la Misión del Brasil, cargo que conservó hasta 1560. No se entibió por eso el ardoroso celo de Nóbrega. El amor y estima que le tributaba el excelente Gobernador Mem de Sá le estimulaba más al trabajo.

Una fundación simpática del P. Nóbrega fue la del *Colegio de los Niños de Jesús* en San Vicente, colegio inaugurado el 2 de febrero de 1553, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora. Fue el mismo Nóbrega el que predicó el sermón.

En sus ansias ardientes de evangelización y catequesis tuvo siempre ante sus ojos a los indiecitos y mestizos que deseaban seguir la ley de Cristo y a los niños que venían de Europa, ya bautizados, porque eran de familia cristiana.

Deseando fundar iglesias, cristiandades y escuelas o colegios, Nóbrega recorrió las costas orientales de Sur a Norte, buscando parajes aptos para hacer aldeamientos, facilitar la evangelización y construir alguna pequeña institución de enseñanza religiosa y moral.

Así fue instituyendo pequeños o grandes colegios, como en la iglesia de Nuestra Señora de Ajuda, en Bahía de Todos los Santos (1549); en San Vicente vemos «el Colegio del Niño Jesús», que en 1554 llegó a ser una especie de Seminario en el que enseñaba gramática latina «un mancebo

gramático de Coimbra»; el Colegio de San Paulo de Piratininga, que surge en enero de 1554, uno de cuyos fundadores fue J. de Anchieta, etcétera.

Aquellos indios salvajes, que no tenían noción de Dios, ni de paraíso o de infierno, ni en la tierra conocían un régimen político, económico y social, ni siquiera familiar, al menos estable, no se rendían con facilidad a las doctrinas y costumbres que predicaba el misionero; algunos se obstinaban en su criminal conducta toda la vida; mas no faltaban otros de mayor honestidad y sentido humano, como los Carijós, que se convertían mucho más fácilmente al Cristianismo, y perseveraban en una vida ejemplar[208].

Hugonotes en Brasil

Infortunio fue para los hugonotes de Francia, que antes de ellos echasen pie en el Brasil los hijos de Ignacio de Loyola, adversarios firmes y luchadores valientes contra todo cuanto oliese a protestantismo. La lucha entre ambas facciones era inevitable. Empecemos por decir que en noviembre de 1555 el Almirante francés N. Durand de Villegaignon levantó en un islote de la bahía de Río de Janeiro un fortín estratégico, al que puso por nombre *Fort Coligny,* en homenaje al bien conocido Almirante Coligny, paladín del calvinismo hugonote.

¿Qué planes tenía Villegaignon? Por aquellos días, siendo todavía católico, se estaba acercando más y más a los sectarios calvinistas. Y trató de ganarse sus simpatías construyendo en la América del Sur una fortaleza, que sirviese de refugio seguro a los calvinistas franceses (hugonotes) desterrados de su patria o perseguidos por motivos religiosos. Gracias a sus altos favorecedores obtuvo del Rey para la empresa dos grandes barcos y 10.000 libras. Y como él aseguraba que en la nueva colonia se celebrarían los oficios divinos según el ritual de Génova, muchos de los que se decían «Reformados» se pusieron de su parte.

[208] De los Carijós, emparentados, según parece, con los Guaraníes, decíase que eran los mejores gentiles de la costa brasileña. El P. Leonardo Nunes escribe a Nóbrega (29 junio 1552): «Gran espanto y fervor en mí causan las cosas que nuestro Señor por los de la Compañía obra... (y) lo que oyó decir destos gentiles Carijós... Primeramente son ya baptizados cerca de veinte mil, y los cristianos viven castamente, no tienen más que una mujer. Gardan bien todos los domingos y días de fiesta» *(Mon. Brasil.* I, 339). En cambio, de algún sacerdote cristiano dice «que no celebra Misa ha ya diez años... y a otros más les valdría más no celebrar» (ibid., I, 337). Sigue una pintura repugnante de muchos europeos que se dan por cristianos *(Mon. Brasil.* II, 116-18).

Diéronse a la vela en julio de 1555 y arribaron a la bahía de Guanabara (Río de Janeiro) en noviembre de aquel año. Al apoderarse de ella, cortaron al Brasil en dos partes con grave peligro de la unidad política brasileña. Durand de Villegaignon escribió desde allí a Coligny y a Calvino haciendo alardes de celo por la religión calvinista. Calvino le envió dos predicadores evangélicos, a los que se juntaron otros once y muchos colonos que llegaron en marzo de 1557.

¿No era este paso del extranjerismo sectario una puñalada en el costado del Brasil, país no bien organizado todavía política ni religiosamente? En seguida vinieron a cobijarse allí no pocos protestantes, enviados algunos directamente de Ginebra en 1557 por el propio Calvino, que aumentaron fuertemente la inquietud entre los colonos portugueses. Ni que decir tiene que los misioneros jesuitas, temiendo que su obra evangelizadora se derrumbase, dieron la voz de alarma. El primero, Manuel de Nóbrega, que residía en la capitanía de San Vicente, la más expuesta a la invasión extranjera. El peligro era tanto mayor, cuanto que los indios Tamoyos, los más crueles y los mayores adversarios de los colonos portugueses, se pondrían indudablemente de parte de los franceses.

Pocos años más tarde, el 30 de noviembre de 1559, aportaba a Bahía una armada comandada por Bartolomé de Vasconcelos, que venía precisamente para defender la costa de cualquier ataque. El Gobernador General Mem de Sá, buen amigo del P. Nóbrega, no descuidó la oportunidad que se le ofrecía, y se puso a abastecer su flota de gente de guerra. Siguieron su ejemplo las aldeas de los Padres misioneros, cada una con el mayor contingente posible, con el fin de organizar una expedición guerrera contra los *Tamoyos.*

Cuando soldados y navíos, con sus jefes, se hallaban bien aparejados, lanzáronse todos contra la fortaleza de los franceses, bien guarnecida. El 18 de febrero de 1560 estaban ya en Río de Janeiro a cuatro pasos del baluarte de los hugonotes. De San Vicente les llegó el refuerzo de un bergantín con armas de artillería y algunas canoas con soldados indígenas. Serían en total unos 120 portugueses y 140 indios, fuerza inferior a los adversarios, que serían, según Nóbrega, 60 franceses de pelea y 800 *Tamoyos* encastillados en aquel fortín que parecía inexpugnable, tanto por sus alturas rocosas, como por la estrechez de las subidas y la mucha artillería.

Los combates del primer día no fueron demasiado felices para los luchadores portugueses aunque se portaron valientemente, alentados por el P. Nóbrega que los acompañaba; pero al día siguiente cambió la suerte no sabemos cómo, pues, poseídos de súbito pavor, franceses y Tamoyos abandonaron la fortaleza, y como dice Nóbrega, «huyeron todos, dejando lo que tenían por no poder llevarlo».

Conquistado y destruido el *Fort Coligny,* el Gobernador Mem de Sá no creyó prudente mantenerse en él por no tener gente para seguir defendiéndolo. Y así, aunque la fortaleza derruida no se reconstruyó, los franceses perseveraron por algún tiempo en aquella región[209].

Por lo pronto buscan refugio en los bosques de los feroces *Tamoyos* y hostilizan sin cesar a los portugueses de la capitanía de San Vicente. Es entonces cuando Nóbrega toma una resolución heroica: Tomar al H. Anchieta por compañero e intérprete para tratar de paz directamente con los feroces *Tamoyos,* y ponerlos con decisión en esta alternativa: «abandonar esta tierra, donde la vida se nos hace imposible, o dialogar tranquilamente sobre el modo de estar siempre en paz». Si prefieren esto último, habremos hallado la solución; si prefieren lo primero, ellos serán los responsables de las guerras y mortandades que sobrevengan. La humildad y sencillez de los dos misioneros, el desprecio de la muerte, su entrega confiada a los indígenas, aun a los mayores enemigos, la serena tranquilidad con que hombres inermes e indefensos se ponían a deliberar sobre la vida o la muerte con otros hombres —hombres que de humano tenían muy poco— era como para transformar la mente y el corazón de cualquier salvaje. Pero no sabían ni los Tamoyos, ni los Tupíes, que aquellos hombres de Dios, que se cuidaban de la vida de los demás, no de la propia, venían a poner los fundamentos cristianos de la civilización brasileña.

---

[209] Las vicisitudes y alternancias de paz y guerra en los años sucesivos bajo el mando militar del egregio Gobernador Mem de Sá y de su benemérito sobrino Estacio de Sá, guerras victoriosas que acabaron con los reductos fortificados de franceses y Tamoyos en 1567, pueden verse en S. LEITE, *Historia da Companhia de Jesús no Brasil* vol.I, 375-89. Estacio de Sá, luchando con denuedo contra el enemigo, consiguió la victoria definitiva, pero una flecha envenenada le hirió gravemente en el rostro, causándole la muerte al cabo de un mes (22 de febrero 1567). Durand de Villegaignon riñó con los suyos, regresó a Francia y rompió bruscamente con Calvino, a quien llamó «vil hereje», a quien él no acataría jamás, ni admitiría otros maestros en religión que a los teólogos de la Sorbona. Esto significaba volver decididamente al Catolicismo. Murió en Francia el 15 de enero 1571 maldecido por los protestantes y desdeñado por los católicos.

Ya veremos, al tratar de Anchieta, cómo él y su Superior Nóbrega se entregaron como rehenes a los indios *Tamoyos* y vinieron con ellos a un armisticio, más bien que a una paz firme y estable, pero fue un primer paso hacia la paz completa y duradera.

Últimos años de Nóbrega

Por lo pronto, hay que decir que no fue poco el que buen número de *Tamoyos* abandonase la causa de los franceses y se uniesen amistosamente con los *Tupíes,* defensores de los misioneros. Por las negociaciones de Nóbrega se consiguió que *Tupíes* y *Tamoyos* se abrazasen en la iglesia de Itanhahém. En Piratininga la solemnidad del caso fue mayor. Vinieron no menos de 300 Tamoyos del río Paraíba. Y un indio *Tupí,* en la iglesia de los jesuitas, subiendo a un banco, dijo que había dado muerte a muchos *Tamoyos,* pero por amor de Cristo se apartaba de los *Tupíes* sublevados, y que ahora, no por miedo, sino porque así lo querían los Padres, que ordenaban aquellas paces, deseaba que de ahí en adelante no se hablase más de guerras pasadas y fuesen todos amigos, y por ese mismo amor se unía desde ahora a los *Tamoyos* transformados ya en amigos. El plan de Nóbrega empezaba a realizarse, aunque sólo parcialmente.

Las paces no eran firmes como parecía. «La vida de los Padres en Iperoig —escribe Leite— fue un constante sobresalto», porque los ataques de los Tamoyos no cesaron. Nóbrega se retiró a Sao Vicente, procurando que nadie molestase a Anchieta. Pero como el peligro persistía en Iperoig, tuvo Anchieta que huir clandestinamente de aquella soledad peligrosa, y uno de los más distinguidos Tamoyos convertido en amigo suyo le llevó en su nave hasta Sao Vicente. Dos años después, ya los *Tupíes* de Piratininga, a petición de los Padres, iban a ayudar a Estado de Sá en la conquista de Río de Janeiro contra los Tamoyos y los franceses.

No nos es posible enumerar aquí las fundaciones de aldeas, ciudades, escuelas, que calladamente y sin ruidos ni alborotos fue creando aquí y allí el P. Nóbrega, principalmente en sus años de Superior mayor de la Provincia jesuítica (1553-1560). En 1565 participó en la fundación de Río de Janeiro, de cuyo Colegio fue nombrado primer Rector.

Su salud fue extinguiéndose lenta y suavemente en la ciudad de Río de Janeiro, en donde pasó los tres últimos años de su vida. Murió en la mañana del 18 de octubre de 1570, el día anterior había cumplido 53 años. El 16 del mismo mes todavía, aunque débilísimo, se atrevió a salir por la ciudad para despedirse de sus muchos amigos y admiradores. Cuando

alguien le preguntaba adonde iba, apuntaba al cielo con el dedo. Su última invocación a Dios fue ésta: «Loado sea mi Señor, Fortaleza mía, Refugio mío y Libertador mío, que señalasteis este día para mi muerte y me disteis la perseverancia en mi Religión hasta esta hora». Amó a Dios con todas sus fuerzas, se sacrificó por sus hermanos, ora fuesen indígenas, ora procediesen de Europa, a unos y otros les enseñó la ley de Dios y las buenas costumbres, sacándoles del corrompido ambiente en que muchos vivían, esforzábase por alcanzar la libertad de los esclavos y por enseñar la catequesis a los niños e ignorantes. Atendía debidamente a la solemnidad y devoción del culto, para lo cual se valía de los indios, muy aficionados a cualquier género de instrumentos musicales y estimaba la música como excelente auxiliar de la liturgia. Más que un Prepósito Provincial de amplia jurisdicción, parecía en todas las acciones cotidianas un simple operario de la viña del Señor.

El P. Juan de Azpilcueta

Juan de Azpilcueta, el Javier de Sudamérica, nació en Navarra entre 1521 y 1523. Era sobrino del célebre canonista Martín de Azpilcueta, «Doctor Navarro», y pariente de S. Francisco Javier. Deseando imitarle, entró en la Compañía en Coimbra a fines de 1545 y se embarcó para el Brasil en 1549 juntamente con el P. Nóbrega. Tras una breve, pero ardorosa carrera apostólica, expiró santamente en Bahía el 30 de abril de 1557 (no el 55, como repiten algunos), al cabo de ocho años de fatigas ininterrumpidas y sufrimientos cada día mayores que agotaron en pocos años los bríos de su juventud.

En la primera expedición de los jesuitas al Brasil, cuyo Superior era el P. Manuel Nóbrega, uno de los más intrépidos y decididos, lleno de juventud y de celo, era sin duda el P. Juan de Azpilcueta, que se embarcó en Lisboa el 1 de febrero de 1549 y desembarcó en la Bahía de Todos los Santos el 29 de marzo del mismo año. Desde que puso el pie en tierras de América, fue destinado por el Superior a catequizar a los niños y a trabajar por la conversión de sus padres indígenas. Oyendo en ese destino la voz de Dios, se entregó a la difícil tarea con todo el ímpetu de su alma.

Los cinco misioneros recién llegados se distribuyeron el trabajo intentando levantar el nivel moral, religioso, social y cultural de los indios. Uno les enseña a leer, otro a escribir, otro a cantar. La música les hechizaba; al son de la música no les era dificultoso el aprendizaje del Catecis-

mo y de las oraciones; cantándolas en coro, hacían de los juegos la más grata diversión.

El primer misionero que pudo dialogar con los indios en la lengua de éstos fue el P. Juan de Azpilcueta. Lo proclamaban todos. Y el primero que supo predicar y confesar (sin intérprete).

Su celo juvenil iba camino de la santidad; tal vez corría demasiado precipitadamente y sus energías corporales se gastaron antes de tiempo Cuando se le veía andar corriendo todo el día por caminos fangosos o pedregosos, comiendo y durmiendo brevemente antes de caer la tarde, para catequizar y predicar a los indios por la noche, cualquiera se hubiera imaginado que se trataba de un misionero joven, fuerte y varonil, a quien esperaban largos años de apostolado. Y, sin embargo, tendría alrededor de los 35 años cuando Dios le llamó para la recompensa bien merecida.

Las alabanzas que de Azpilcueta se pregonaron desde el día que siguió a su muerte fueron tantas y tan ponderativas, que parece tratarse de un anciano cargado de años y de heroísmos. Y en algunos menologios de la Compañía hay exceso de aclamaciones en loor del joven apóstol Azpilcueta.

Ya mucho antes de su muerte, sin ruborizarse (porque se lo impedía la humildad) pudo oír alabanzas, como las que le tributaba su propio Superior, P. Nóbrega, en carta del 10 de agosto de 1549 al eximio Canonista que llevaba el apellido y la sangre de su sobrino Azpilcueta Navarro, como le decían en Brasil. Contando algunas anécdotas, escribe Nóbrega a su antiguo maestro de cánones: «Estando un día el Padre Joan de Azpilcueta, a quien acá llamamos Navarro... en otra aldea, halló el mismo Padre que estaban guisando un hijo de los contrarios, con quien tienen guerra, para lo comer; y porque los reprehendió mucho desto, supimos después que lo enterraron y no lo quisieron comer. Otras cosas semejantes nos acontecen con ellos, que serían largas de contar, y las más acontecen al Padre Navarro, porque parece que nuestro Señor tiene hecha mercé a esa generación particularmente de aprovechar al próximo: V. M. entre cristianos, Maestro Francisco (Javier) en las Indias, y éste su sobrino en estas tierras del Brasil. Anda siempre en las aldeas y allá duerme y come para les predicar de noche, porque es tiempo en que están juntos y sosegados. Ya sabe la lengua de manera que se entiende con ellos y a todos nos hace ventaja, porque esta lengua parece mucho a la vizcaína. Anda con grande hervor de aldea en aldea, que parece que quiere encender los montes con fuego de caridad».

El historiador de la Compañía, Nicolás Orlandini, escribió: «Aunque en el arte de atraer hacia Cristo a los paganos y en auxiliar a los bárbaros todos y cada uno de los Padres trabajasen con destreza, pero el navarro Juan de Azpilcueta era más admirado que ningún otro. Recorría diversas aldeas y aduares, y no pudiendo a veces instruir y adoctrinar a los indígenas dispersos, pasaba a menudo las noches entre ellos. En pocos meses consiguió aprender la lengua de los naturales con tan próspero suceso, que los portugueses, que ya habían oído las proezas de Javier en la India, aseveraban que la conversión de los gentiles era peculiaridad y oficio propio y gloria de la gente navarra».

El P. Nóbrega se lo repetía al P. Simón Rodrigues, que estaba en Lisboa: «Habiendo partido las naves de Bahía... (Azpilcueta) se quedó en sus castillos, como está ahora, predicando a los grandes y enseñando a leer y hacer oraciones a los pequeños y ayudando a algunos hombres y catecúmenos a inflamarse en el amor de Dios y deseos del bautismo... En la lengua de este país somos algunos todavía muy torpes, pero el P. Navarro *(Azpilcueta)* tiene especial gracia de nuestro Señor en este punto, porque andando por esos castillos de los negros, a los pocos días de estar allí, se entiende con ellos y predica en su misma lengua... Fuera del viernes, que hacemos juntos la disciplina con muchos del país... los otros días visita hoy un lugar, mañana otro fuera de la ciudad. Por la noche hace también cantar a los niños ciertas oraciones que les ha enseñado en la lengua de ellos, dándoles él mismo el tono, con lo cual sustituye a ciertas canciones lascivas y diabólicas que usaban antes».

Misión difícil

Juan de Azpilcueta era infatigable, o mejor, un hombre a quien no arredraban las fatigas. Bien se veía su pertenencia a la raza y familia de F. Javier. Tan sólo de vez en cuando se detenía brevemente relatando a sus hermanos en religión, particularmente a sus antiguos compañeros de Coimbra, las aventuras de sus misiones, aunque alguna vez tenía que aludir a monstruosidades que le repugnaban. Pero quien desee detalles realistas y curiosos, allí los encontrará. En la *Chronica da Companhia de Jesu do Estado do Brasil* vol. I, libr. I, núm. 48, escribe su autor D. de Vasconcelos:

«Es esta gente bravía y arraigada en sus costumbres bárbaras, principalmente en la de comer carne humana, tener muchas mujeres, odios, guerras, hechicerías y exceso de bebidas; vicios todos que perturban so-

bremanera los sentidos, provocando grandes desórdenes... No tenían los nuestros razones eficaces, porque ignoraban la lengua... Por eso la primera resolución que tomaron fue poner todas sus facultades en aprender la lengua, y el que más se señaló en esta empresa fue el P. Juan Azpilcueta Navarro que salió en breve tiempo con aptitud para predicar en ella y confesar; y fue el primero que puso en lengua brasílica algunas oraciones y diálogos de nuestra santa Fe, a fin de catequizar esta gente. Recorrían todos los días las aldeas, saludándolos, informándose de los dolientes, curándolos y acudiendo a sus necesidades del modo que podían. Y fue tan poderosa esta primera traza, que de hombres fieros e intratables, vinieron a entrar en razón, comenzando a oír a los Padres, buscándolos, fiándose de ellos y ablandando la fiereza de sus ritos agrestes... Pero es cosa digna de ser notada, que siendo bastantes estos trabajos, para que algunos de aquellos bárbaros abandonasen ciertas costumbres inveteradas… como la multitud de mujeres, odios, guerras, y lo que es más, la demasía en el beber, a la que se acostumbraron desde pequeños, y a la que son sobremanera inclinados; con todo del vicio abominable de torpe gula de carne humana sudaban y trabajaban los Padres y no podían refrenarlos… pues tenían aquel manjar por el más sabroso, vital y provechoso a la naturaleza humana».

El propio Juan de Azpilcueta, narrando lo que le sucedió en una expedición apostólica del verano de 1551, les dice a los Conimbricenses:

«Desque os escrebí, Hermanos carísimos, la postrera vez he estado tres o cuatro meses en el Puerto Seguro, a donde me envió el P. Nóbrega. Allí me ocupaba en enseñar los muchachos la doctrina... De allí también iba a visitar algunas aldeas al derredor. Yendo una vez me hobiera de ahogar en un río... Pasé harto peligro, por el río muy corriente y engañoso de pasar... Ansí llegamos a una aldea donde hallamos los gentiles todos embriagados, porque acá tienen una manera de vino de raíces, que embriaga mucho; y cuando ellos están así borrachos, están tan brutos y fieros, que no perdonan a ninguna persona... Ansí anduvimos por otras aldeas no sin poco trabajo y desconsolación por ver tan poco conocimiento de Dios... Después desto, con licencia del P. Nóbrega, me fui a otra aldea de cientos y cincuenta fuegos, y hice ayuntar los muchachos, y híceles algo en la fee, pasé adelante a otra, y llegando me dixeron que entonces acababan de matar una muchacha, y mostráronme la casa, y estando dentro hallé que la estaban cociendo para la comer, y la cabeza estaba colgada en un palo; y comencéles a extrañar y afear el caso tan abominable y contra naturaleza. Respondióme uno de ellos que si más hablase, que otro tanto

nos haría... Al cabo quedaron nuestros amigos y nos dieron de comer. Y después fui a otras casas, en las cuales hallé pies, manos y cabezas de hombre en el humo, a los dueños de las cuales también afeé mucho aquello y persuadí que aborreciesen tan grande mal. Después nos dixeron que todos enterraron las carnes, hasta la muchacha que estaba a cocer, y paréceme que algún tanto se emendaron».

La muerte en la brecha

Un joven de tan altos ideales y tan afanoso de sacrificarse más y más por Cristo y por las almas no podía sospechar, mirando al horizonte que se ensanchaba ante sus ojos, que la muerte le seguía los pasos muy de cerca. Verdad es que él no la temía. Fue asaltado por ella al volver de una expedición apostólica el último día de abril de 1557.

El cronista Simón de Vasconcellos, al llegar a este punto, no puede menos de llorar inconsolablemente como lo hicieron Nóbrega y Luis da Grâ, al que era «la luz y el lustre y ejemplo de la misión del Brasil; al incansable trabajador Juan de Azpilcueta Navarro; aquel tantas veces nombrado en esta historia y nunca asaz loado; aquel que con sus trazas, celo, espíritu, paciencia y sangre, arrancó tantas almas a la garganta del dragón infernal... Este fue aquel gran celador, que vestido de disciplinante salió por las calles y plazas de la ciudad de Bahía, lavándose en sangre, hasta las puertas del palacio del Gobernador, cuyo confesor era. Este, el que salía por las aldeas en semejante traje, como un *Ecce homo* bañado en su sangre, predicando, amenazando y espantando a los indios, con cuyo nuevo espectáculo, nunca de ellos visto, dejaron el abuso cruel de la carne humana. Fue aquel tan conocido y respetado entre los portugueses e indios, que bastaba su sola presencia para que todos guardasen modestia y compostura; aquel de cuyas predicaciones y doctrinas quedaban suspensas las almas; por cuyo medio se convirtieron innumerables pecadores; a cuyas amenazas temblaban los más endurecidos... Este varón fue el primero que salió con la empresa de la lengua del Brasil...; él enseñó a los indios del Brasil a levantar altares y capillas en sus aldeas; él construyó los primeros seminarios de indiecitos, de donde salían en aquella edad tan buenos discípulos, que llegaron a ser maestros del país; él puso en música de órgano los cantares de los indios que contenían la doctrina cristiana, dejándolos instruidos con la misma suavidad del canto... Con estas y otras invenciones semejantes, dignas de su fervor y espíritu, convirtió aquel varón millares de almas, con tal facilidad, que corría de él este dicho:

«Que parecía estar vinculada la conversión de uno y otro mundo, el Oriental y el Occidental, a la gente de Azpilcueta, de Navarra.

Basten estas líneas del elocuente cronista para bosquejar rápidamente el apostolado de aquel pariente de S. Francisco Javier, animado por el mismo espíritu de aquel su modelo y compatriota. Incansable en el caminar, se atrevió a emprender una larga misión, para la cual había que cruzar bosques, precipicios y selvas casi vírgenes, en donde tan sólo penetraban las fieras y la gente silvestre. Volvió exhausto de fuerzas por los excesivos trabajos al servicio de los más pobres indígenas, y llegado al Colegio de Bahía, apenas tuvo tiempo sino para predicar la Semana santa y rendir su vida heroica en manos de Dios, aceptando la muerte con íntimos sentimientos de piedad. Era el 30 de abril de 1557. Si la historia no le cuenta entre los grandes misioneros, es porque la muerte vino a cortarle la vida en flor; pero sus contemporáneos sin excepción no cesaron de exaltar sus virtudes religiosas y sus sacrificios por los pobres salvajes que ni conocían a Dios, ni tenían idea de la vida futura.

José de Anchieta, de Tenerife a Portugal

Hemos llegado a uno de los grandes misioneros de aquella época, merecedor de títulos tan gloriosos como «Apóstol del Brasil», «Taumaturgo y Profeta», «Lirio de pureza en el tablado escandaloso de una colectividad casi bestial», «Hombre de consumada perfección», etc. Un historiador brasileño ve en los orígenes de la Iglesia del Brasil un conjunto ternario formado por tres relumbrantes estrellas: «En esa Trinidad esplendida —Nóbrega el político, Navarro el pionero y Anchieta el santo— se simboliza la actividad extraordinaria de los jesuitas en el siglo XVI... Entre todos esos apóstoles y educadores sobresale con relieve singular la figura taumatúrgica de Anchieta».

Beatificado en 1980 por el papa Juan Pablo II, José Anchieta se hizo en vida altamente merecedor de los gloriosos renombres que le ha dado la historia.

Un historiador mejicano bien conocido en el mundo hispánico y buen conocedor de aquellos grandes personajes que salieron de España para engrandecer a América —me refiero a Carlos Pereyra († 1941)— puesto a condensar en uno de aquellos prohombres las virtudes de todos ellos, no encuentra una personificación mejor que la de Anchieta. «Allí vivía —dice — y trabajaba el Padre Anchieta, miembro de la Compañía de Jesús, tipo excelso del colonizador, maestro y oficial en las artes útiles como Pedro de

Gante, lingüista y etnólogo como fray Bernardino de Sahagún, elocuente como fray Bartolomé de las Casas, hábil y negociador como fray Bartolomé de Olmedo, caritativo como fray Toribio de Benavente, austero como fray Juan de Zumárraga, y caminante como Santo Toribio de Mogrovejo. Era, además de esto, músico y poeta». Y por encima de todo, santo.

Había nacido en San Cristóbal de La Laguna (Isla de Tenerife) el 19 de marzo de 1534. Su padre se llamaba D. Juan López de Anchieta, natural de Urrestilla (arrabal de Azpeitia), de noble familia algo emparentada con la de Ignacio de Loyola. Es probable que López de Anchieta emigrase a Tenerife con el fin de alejarse de los tres Virreyes (así los llamaban en aquellos días) que gobernaban el reino, a saber: Iñigo Fernández de Velasco (el Condestable), D. Fadrique Enríquez (el Almirante de Castilla) y por encima de ambos, el Cardenal Adriano, futuro papa Adriano VI, representante ahora del ausente rey Carlos.

En ausencia del monarca, este triunvirato tenía las riendas del gobierno español. Al alzarse los Comuneros en rebeldía contra los nobles, es posible que Juan López de Anchieta se uniese al levantamiento popular (1520-21), y cuando los insurrectos caminaban hacia la derrota, aplastados por las tropas nacionales, se fugase precipitadamente de Urrestilla, sin buscar auxilio o encubrimiento de sus parientes de Loyola.

La presencia de Iñigo, si es que por aquellos días se hallaba en la Casa-Torre familiar, podía ser peligrosa para Anchieta, porque tanto Iñigo, el menor de los hermanos, como Martín, el mayor, habían combatido valerosamente en pro de la autoridad central, contra los rebeldes Comuneros. Pero tengo por cierto que el corazón de Iñigo era bastante noble y generoso para tender la mano a un pariente en trances apurados, olvidando litigios y discordias ya apagadas. Más verosímil me parece que buscaría y hallaría medios de sugerirle al tránsfuga un lugar seguro y de buen porvenir. Lo que parece cierto es que entre 1521 y 1522 Juan López de Anchieta se embarcaría en un navío del Cantábrico o del Atlántico rumbo a la isla de Tenerife, la mayor de todas las que forman el archipiélago, y la de montañas más altas (el Teide, 3.711 m.).

En la ciudad de La Laguna, capital entonces de la isla, se enamoró de una joven viuda, doña Mencía Díaz de Clavijo, hija del abogado N. Núñez de Villavicencio. De ese matrimonio vinieron al mundo diez hijos, el tercero de los cuales fue precisamente el futuro apóstol del Brasil, que tomó el nombre de S. José por haber nacido el día de su fiesta. Su padre

mejoró de fortuna, y a los pocos años edificó una amplia casa en la plaza mayor. Por haber ganado un concurso en 1538, fue elegido Canciller de ciudad, cargo que conservó hasta 1548, en que pasó el cargo a su yerno Francisco Marquea.

Por las venas de Mencía Díaz de Clavijo, madre de nuestro José corría sangre judía, pero su fe cristiana era firme y ardiente, y así educó a sus numerosos hijos en la devoción a Cristo y a la Virgen nuestra Señora, acostumbrándolos a frecuentar los sacramentos de la Confesión y de la Eucaristía. Signo de la piedad familiar puede ser el hecho de que dos de los hijos se consagrasen a Dios por el sacerdocio.

En la Universidad de Coimbra. La llamada del Brasil

Dada la índole vivaracha y la inteligencia despierta que en todo ostentaba el niño José, es de creer que al cumplir los ocho años, le enviarían sus padres a una escuela de latinidad, probablemente a la que regían los PP. Dominicos en su convento, próximo a la casa de los Anchietas.

A los 15 años era un cumplido latinista, que leía a los clásicos, como Cicerón y Virgilio, corrientemente. Toda su vida dominó el idioma del Lacio con refinada elegancia, según la costumbre de los buenos humanistas. Ben podía ingresar en una Universidad para cursar estudios superiores.

Para José escogieron sus padres el Colegio y Universidad de Coimbra en Portugal. ¿Por qué en Coimbra y no en alguna de las ilustres Universidades españolas como Alcalá o Salamanca, aquella más humanística y renovadora, ésta más teológica y tradicional? Fácilmente se comprende la preferencia portuguesa, conociendo el ambiente de efervescencia religiosa y literaria, que imperaba en los estudios españoles. Bullían en la joven Alcalá las inquietudes religiosas de los Alumbrados, perseguidos por la Inquisición, y las audacias de los humanistas erasmianos. Todo lo contrario, hasta la exageración, ocurría en Salamanca.

Reflexionando sobre esto el padre de nuestro José, advirtió también otra cosa: que en España iba creciendo la aversión y ojeriza del pueblo a los judíos, y más aún a los judaizantes y falsos conversos, lo cual podía ocasionar, para su hijo José, no obstante su encendido espíritu religioso, amarguísimos disgustos. En cambio, el reino de Portugal bajo el cetro del piadoso D. Juan III, casado con Catalina de Austria, hermana menor de

Carlos V y ejemplo de todas las virtudes, se presentaba como un florido jardín de religiosidad y de esperanzas humanas. No era Anchieta caso único. Pululaban los castellanos, andaluces y aragoneses, que se sentían atraídos por la creciente fama de Coimbra, como muchos eran los portugueses que preferían estudiar en Castilla.

Verdad es que también en el Colegio de las Artes, de Coimbra, algunos profesores nuevos, erasmistas con resabios luteranos, trataron de infiltrar disimuladamente doctrinas audaces y heterodoxas. Intervino pronto la Inquisición y tres de ellos fueron encerrados temporalmente en sendos monasterios (1550). Fueron privados de sus cátedras y el régimen del Colegio de las Artes pasó a manos de los jesuitas por voluntad del Rey. Los padres de los muchachos, sinceramente católicos, pusieron toda su confianza en la sana educación que sus hijos recibirían de los nuevos maestros.

A poco de iniciar sus estudios superiores en Coimbra, a donde había venido con un hermano suyo de mayor edad, empezó a notar que germinaba en su corazón la vocación religiosa. Nada de extraño en un joven de costumbres inmaculadas, devotísimo de la Virgen María, que diariamente contemplaba a su lado un nutrido grupo de jóvenes modestos, piadosos e inteligentes, que no dejaban de ser alegres. Quiso ser como ellos, hijo de Ignacio de Loyola, de aquel Ignacio que aún vivía y era pariente de su familia. El 1 de mayo de 1551, cuando ya había aprobado la Lógica, fue admitido en la Compañía de Jesús. Contaba entonces 17 años.

Hizo su noviciado con el fervor, la mortificación y la entrega total con que solían hacerlo entonces los jóvenes jesuitas. Pudo hablar de sus asuntos espirituales con el P. Simón Rodrigues, Provincial entonces de Portugal y uno de los primeros colaboradores de S. Ignacio en la fundación de la Compañía. Y mucho más reposadamente con su Director espiritual y Maestro de novicios, que por entonces era el P. León Henriques, varón muy apto para orientar al novicio en las vías de la oración y contemplación, según los métodos ignacianos, fomentando a la vez la unión con Dios y el celo apostólico por la salvación de las almas. Esto se lo infundió el P. Henriques principalmente en los 30 días del *Mes de Ejercicios.* A esta prueba máxima del noviciado se añadían otras, como el mes de servicio a los enfermos en los hospitales; el mes de peregrinación a algún devoto santuario, caminando (a veces descalzo) y mendigando de puerta en puerta; el mes de servicios domésticos, barriendo la casa, ayudando al cocinero en sus variados menesteres, etc.

Turbó la serenidad de su alma en el noviciado una grave dolencia, que él quiso disimular, fajándose estrechamente las espaldas; pero sin resultado Fuese por una desviación de la columna vertebral, fuese por efecto de excesivas penitencias en posturas innaturales, o por causas que no sabemos, le quedaron las espaldas contrahechas y casi imposibilitadas para cualquier trabajo físico. Tanto que José temió se le despediría de la Orden por inútil. Pero un día tropezó con el P. Simón Rodrigues, autoridad suprema de la Provincia, que se informó del estado de su salud, y al oír la voz triste del novicio, que le respondía: «Esto va mal», le replicó el Superior: «No hay que apurarse; esto prueba que Dios te ama, y quiere servirse de ti en esta Compañía», palabras que cayeron sobre el alma del joven angustiado como un suave rocío de consolación.

Del Brasil llegaron por entonces noticias muy tranquilizantes y alentadoras. Aquel clima tenía algo de paradisíaco. Los enfermos que llegaban de Portugal se restablecían pronto, casi sin darse cuenta. Anchieta se reanimó y pidió con ardor aquella misión. Había oído la voz del Brasil que le llamaba. El entusiasmo misionero ardía en su corazón por efecto de las cartas de Francisco Javier, que se esparcían por casi todas las naciones «como centellas en un cañaveral» *(Sab.* 3,7).

Aunque con el dolor de perder un sujeto dotado, como Anchieta, de dulce carácter y de altas cualidades intelectuales y morales, los Superiores no dudaron en concederle la profesión de sus primeros votos religiosos. Y el 2 de mayo de 1553, en la capilla probablemente del Colegio, pronunció ante la comunidad con profundo recogimiento y emoción los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Seis días más tarde se embarcaba para el Brasil.

Maestro de gramática y escritor de libros

Duarte da Costa, nombrado Gobernador General, organizó la nueva expedición al Brasil, como sucesor de Tomé de Sousa. A la cabeza de los misioneros iba el P. Luis de Grâ, Rector un tiempo del Colegio de Coimbra. A sus órdenes viajaban dos Padres y cuatro Hermanos estudiantes, el más joven de ellos José de Anchieta. Cuando todos se marearon en las tumultuosas olas del Atlántico, «Anchieta, como buen isleño habituado a los aires del mar, comenzó a sentirse mejor, y servía a los demás en todo: les preparaba la comida, les daba las medicinas, hacía la limpieza. Se sentía inmensamente contento y empezaba de nuevo a estar bien».

El 13 de julio arribaron a San Salvador (Bahía), en donde los jesuitas tenían una casa con un Padre y dos Hermanos, que acogieron afectuosamente a los huéspedes. No duró mucho la estancia de éstos, porque al cabo de un mes llegó de parte del P. Nóbrega la orden de que casi todos partiesen para Sâo Vicente, entre cuyas selvas fragosas se abrían nuevos horizontes del Apostolado. Con muchas pausas en el camino entraron por fin en Sâo Vicente la víspera de Navidad. Pasando Por Porto Seguro se alegró Anchieta de saludar al gran conocedor de las lenguas y costumbres brasileñas, Juan de Azpilcueta, de quien aprendió los primeros rudimentos de la lengua tupí.

En Sao Vicente —escribe S. Leite— fue Anchieta encargado por Nóbrega de escribir las *Cartas edificantes* y de regentar la cátedra de *Gramática latina* en Sao Paulo, de Piratininga. Con la cátedra de *Gramática* entremezclaba el estudio de la lengua brasílica (tupí) que no tardó en aprender, y cuyo Arte redactó; él fue el intérprete favorito de Nóbrega después que este volvió a la capitanía de Sâo Vicente y lo asoció algún tiempo a su propia actividad... Pertenece a esta época un *auto* (pieza escénica) en portugués y en tupí; hízolo bilingüe para que fuese entendido por todos, de donde le vino el nombre, *Arte de predicación universal.* Con eso y otras composiciones piadosas y poesías varias (en tupí, castellano, latín y portugués) daba un desahogo a su notable propensión literaria».

El 15 de agosto de 1554 escribía desde el Colegio de Piratininga a los de Coimbra manifestándoles la necesidad que había de misioneros «para coger algún fructo del mucho que por falta de obreros se pierde en estas grandíssimas tierras de la gentilidad, que están muy secas por falta de la agua saludable de la palabra de Dios. Estamos, como les he scripto, en esta aldea de Piratininga donde tenemos una gran escuela de niños, hijos de indios enseñados ya a leer y escribir, y aborrecen mucho las costumbres de sus padres, y algunos saben ayudar a cantar la Misa. Estos son nuestra alegría y consolación, porque sus padres no son muy domables, puesto que sean muy diferentes de los de otras Aldeas, porque ya no matan ni comen contrarios, ni beben como de antes. Día de Sant Lorente se dieron algunas ropas a algunos dellos del paño que el Rey nos da de limosna, cosa con que huelgan mucho. Y así las más de las noches se juntan a cantar cosas de Dios en su lengua».

En otra del 1 de setiembre, escrita en buen latín a Ignacio de Loyola, le comunica que «Somos aquí siete Hermanos con el Rdo. en Cristo P Manuel da Nóbrega... Desde enero hasta el presente estuvimos a veces más

de veinte en una casa pobrecita, entretejida de madera y lodo, y cubierta de paja, 14 pasos de longitud y 10 de anchura, que es al mismo tiempo escuela, enfermería, dormitorio, refectorio, cocina y despensa, mas no echamos de menos las anchas habitaciones que tienen otros Hermanos nuestros, pues nuestro Señor Jesucristo fue puesto en lugar más angosto cuando nació en un pobre pesebre entre dos brutos animales y más aún cuando se dignó morir en la cruz por nosotros. Esta casa la construyeron los mismos indios para nuestro uso, pero ahora vamos a hacer otra algo mayor cuyos obreros seremos nosotros con nuestro sudor y ayuda de los indios. Vivimos en tales estrecheces, que a veces tenemos que salir al campo para la lección de gramática a los Hermanos… En las oraciones de V. R. Paternidad y de todos nuestros Hermanos humilde mente nos encomendamos. Piratininga, Casa de Sâo Paulo, 1554… Esta región brasileña que habitamos está, según dicen, a 22 grados de latitud austral. Toda esta costa marítima desde Pernambuco, que es la primera población de cristianos, hasta aquí y más aún, en una extensión de 900 millas está habitada por indios que se alimentan todos de carne humana en lo cual sienten tanto placer y dulzura, que frecuentemente recorren más de 300 millas para ir a la guerra. Pero en cogiendo cautivos a cuatro o cinco enemigos, sin cuidarse de más, regresan con la mayor festividad de cantos y copiosísimas bebidas (de un vino que extraen de ciertas raíces) los comen de manera que no pierden ni una mínima parte de la uña, y en toda la vida se alegran y glorían de tan egregia victoria... No están sometidos a ningún rey o jefe, y sólo estiman a los que hicieron alguna hazaña digna de un hombre fuerte».

En ese mismo año de 1554 surgió el Colegio de S. Paulo (antes Piratininga), que dio origen a la ciudad de Sao Paulo, en cuya fundación si Nóbrega fue la cabeza, Anchieta puso los dos brazos.

Fueron años aquellos de trabajo agotador, en que un maestro joven llevaba sobre sus hombros el peso mayor del Colegio, velando durante noches enteras y recopiando por su propia mano las mismas lecciones que había explicado de día, con objeto de entregarlas a sus alumnos y facilitarles el estudio. Y como si esto fuera poco, aprendía él mismo la lengua tupí o brasílica, estudiaba su estructura y se disponía a trasladar al tupí el *Catecismo* y redactar el *Arte de grammatica da lingoa mais usada na Costa do Brasil,* y componer en la misma lengua *Mysterios da Fe, dispostos a modo de diálogo em beneficio dos indios.*

Y todavía, entre otras diferentes obras, escribió tres opúsculos para la preparación de los indios al bautismo, a la confesión y a la buena muerte.

«Para desterrar las canciones profanas, vicio asaz común entre aquellos pueblos —observa Longaro degli Oddi— compuso una cantidad prodigiosa de himnos devotos y sagradas canciones, las cuales esparcidas por mil partes pusieron dique a un abuso que era motivo de infinitos escándalos. No se puede leer sin emoción lo que testigos de vista escribieron de allí a Europa, sobre el continuo resonar de cualquier calle, plaza o casa y aun cabañas de pastores, con las alabanzas del verdadero Dios y de los nombres santísimos de Jesús y de María. Cosa que parece increíble en un país entonces por la mayor parte infiel, y sin embargo, obtenida con el atractivo deleitable del canto y del sonido».

Con tales artes y artificios eran tan numerosos los indios que le seguían, sin querer apartarse del misionero, que éste no sabía cómo darles alojamiento ni hospedaje. Su caridad le enseñó el modo de fabricar casas para el servicio de los pobres, haciendo él mismo de arquitecto, peón de mano, albañil, herrero, carpintero, hasta proveer a las nuevas familias de lo necesario para vivir. Todo esto lo realizó Anchieta en menos de siete años, espacio en que vivía consagrado en cuerpo y alma a la enseñanza de los niños.

Siguieron largos años consagrados al ministerio de las misiones. Casi 37 años de su vida, años de madurez y de vejez, los empleó en las variadísimas tareas del apostolado popular y errante, con el paréntesis de diez años —no menos áspero y comprometido— del gobierno de la Provincia.

Los heroicos rehenes de Iperoig

Antes de dar comienzo Anchieta a sus ministerios apostólicos, cuando ya habían dejado la enseñanza en el Colegio de Piratininga, se encendió una guerra encarnizada entre los *Tamoyos* y *Tupíes,* indios indomables y crueles de una parte, y de otra los soldados portugueses que se defendían valerosamente, sin lograr aplastar la rebelión. Instigados los Tamoyos y Tupíes por los Hugonotes franceses, alzáronse en las cercanías de Río de Janeiro, poniendo en consternación todo el país, principalmente las capitanías de Sâo Vicente y Piratininga.

No pocos años duró la contienda, que costó a nuestro Anchieta sudores, sangre y lágrimas, derramadas copiosamente en la oración nocturna y solitaria ante el sacramento del altar.

Como no había medio de apaciguar las discordias, y como ni siquiera el valor y la prudencia del excelente Gobernador general Mem de Sá, no obstante sus victorias, acertasen a imponer la paz, fue Nóbrega, con toda su autoridad, el que buscando la solución de aquel problema que parecía insoluble, decidió acometerlo de frente, arriesgando su vida y la de su compañero. Sufrir más era imposible. Los mayores enemigos de los portugueses eran, en frase de Anchieta, unos nuestros enemigos llamados Tamuya *(Tamoyos)* del Río *(Ianeiro),* llevando continuamente los esclavos, mujeres e hijos de los cristianos, matándolos y comiéndolos» (8-1-65). Acción heroica la del misionero, que no hallaba más que dos salidas: o abandonar la misión por imposible, ya que cualquier día podían caer en manos de aquellos antropófagos, o entrar sin miedo en el campamento enemigo y plantear la cuestión, como de vida o muerte: o nos dejan en paz o nos vamos de esta tierra. A parlamentar con los indios irían dos misioneros y algunos pocos portugueses. Nóbrega sin vacilar escogió por compañero suyo a José de Anchieta, el cual aceptó su elección con entusiasmo. ¿Por qué fue elegido un joven como él? Porque Nóbrega no tenía pleno dominio de la lengua del Brasil y además balbuceaba un poco al hablar. En cambio Anchieta se distinguía como un literato de marca, con modales de fino diplomático, y cuando hablaba en público, la limpidez y tersura de su pronunciación dejaba a todos encamados.

Quedó pues, acordado que el joven maestro José de Anchieta acompañaría al P. Nóbrega, como intérprete en las discusiones y conferencias que habían de empezar en Iperoig, aldea marítima del jefe de los *Tamoyos.*

El 16 de abril de 1563 salen de Sâo Vicente en la nave de un portugués, amigo de mucha confianza; el 5 de mayo llegan a Iperoig. Contra lo que ellos temían, fueron recibidos con cierta benevolencia y cortesía en casa de un viejo venerable por su edad y de índole amable y plácida. Hubo un trueque de rehenes: los dos misioneros se entregaron a merced de los indios y éstos hicieron recíprocamente cosa parecida yendo a Sâo Vicente a deliberar con los portugueses.

El nueve de mayo —según refiere S. de Vasconcellos— en una pobre capilla de palmas, construida rápidamente por los misioneros, celebró el P. Nóbrega el santo sacrificio de la Misa, cosa nunca vista en aquellos lugares. Asistieron muchos por curiosidad, y Anchieta se encargó de hablarles, «con frases, semejanzas y metáforas propias de su nación», los misterios de nuestra santa Fe. La noticia de todo esto llegó a los indios de

Río de Janeiro, de donde salió multitud de indios enemigos de la paz y conducidos por el Principal, llamado Paranapuzú, amenazando con matar a los Padres y comerlos. Llegó Paranapuzú y con la espada de leño en la mano se dispuso a cortarles la cabeza en la capilla donde se hallaban los Padres arrodillados rezando las vísperas del Santísimo Sacramento, pues al día siguiente era *Corpus Christi;* aquella escena le infundió tal terror y respeto, que quedó como paralizado; y oyendo las palabras tan elocuentes de Anchieta en la lengua de los indios, confesó su error y exclamó convencido: «Personas tales son incapaces de traición o engaños». Vino de fuera el viejo Pindobuzú, señor de la casa, amigo de los misioneros y de los portugueses, y sabiendo lo sucedido a su hijo y la conversión que había tenido mostró rostro alegre, significando que ningún mal se debía hacer a aquellos Padres. Llamando luego aparte a su hijo le ponderó la gravedad de costumbres de sus huéspedes, su amor para con todos, la gran continencia que guardaban, su serenidad imperturbable, su austeridad, etc. Después de lo cual, cambiado totalmente Paranapuzú, acabó por proclamarlos «amigos de Dios» y «hombres que hablaban con Dios», a quienes nadie podía hacer el menor daño.

La soledad de Anchieta. El poeta plurilingüe

Como no faltaban en aquellas reuniones indios amantes de la guerra y enemigos de todo pacto con los portugueses, no podían tolerar más tiempo aquel estado de peligro de muerte en que vivían, pues a cada momento podían temer una asechanza para capturar una o más personas que luego las mataban y las devoraban. Pasó el 20 de junio, festividad del Espíritu Santo y la paloma de la paz no movía sus blancas alas sobre aquellas deliberaciones. Todo era tiempo perdido. Había que tomar una resolución, aunque fuese peligrosa. El P. Nóbrega fue quien decidió salir de aquella situación ambigua en que se hallaba y regresar a Sâo Vicente sin consultar a nadie más que a Anchieta. Este no solamente no le puso reparos, sino que le impulsó a ello, aun sabiendo que él quedaría en absoluta soledad, quién sabe cuánto tiempo

Triste y dolorida situación la del joven Anchieta que se quedaba solitario, sin amigos ni conocidos ni consejeros, en un pueblo como Iperoig, aldea central de los feroces *Tamoyos,* sin poder, durante tres meses asistir a la Santa Misa, ni recibir los sacramentos por falta de sacerdotes, rodeado por otra parte de continuos peligros. ¿Cómo superar tan fuertes incitaciones? Acudiendo sollozante, como un hijo a su Madre

Santísima, redoblando las penitencias corporales y renovando el voto de castidad ante la Virgen Purísima.

De Armando Cardoso son estas palabras: «Entre las angustias de muerte, hambre y frío, no faltaban dificultades morales. Las mujeres indias tentaban continuamente su castidad, que era un misterio para todos los salvajes. Para defenderse, este hombre de 29 años, en plena virilidad, consciente de su propia debilidad si Dios no le hubiese ayudado, hizo voto a la Santísima Virgen de escribir su vida en versos, con la seguridad de que ella lo habría conservado libre de toda culpa... Comenzó en seguida a poner en práctica su voto. Paseando por la playa, sin tinta ni papel, componía los versos mentalmente y los memorizaba. Es probable que alguna vez se sentaría sobre la arena y con un bastoncillo escribiría algún verso más difícil; de aquí la leyenda del poema escrito sobre la arena. Sólo por una confidencia de Anchieta al Prelado Pedro Leitâo, su antiguo alumno, tenemos conocimiento de una composición y memorización tan singulares. Cuando se hizo finalmente la paz, Anchieta quedó libre y pudo regresar a Sâo Vicente en la canoa del indio Cunhambebe, en 1564, donde escribió el Poema de la Virgen *(De beata Virgine Dei Matre Maria)*. Son 5.785 versos, en dísticos latinos, a la manera de Ovidio. Se trata de los actos principales de la vida de María y se exalta la virginidad consagrada. El poema está todo entretejido de elevaciones líricas, en que son los protagonistas la Madre de Dios, su hijo y el mismo Anchieta, representante de toda la humanidad pecadora, perdonada y salvada... No obstante las apremiantes ocupaciones apostólicas, Anchieta fue un gran literato, el más grande del primer siglo colonial. Hablaba y escribía correctamente en cuatro lenguas, latín, portugués, español y tupí, lo mismo en prosa que en poesía. Además del valor espiritual, el precio mayor de sus obras es el estilo fluido, armonioso y sencillo».

El verso latino de Anchieta es de severidad clásica, mas no exquisito; peca de difuso y fácil; triunfa en lo sentimental, más que en lo descriptivo o narrativo.

En cuanto al verso portugués, se ha dicho de Anchieta más de vez, que sigue las huellas de Gil Vicente, y podríamos añadir que en sus oídos están resonando las tiernas melodías de Fray Ambrosio Montesino, Juan del Encina y otros de la época de Isabel la Católica. Leánse, por ejemplo, estas estrofillas «a Santa Inez»:

Cordeirinha linda,
como folga o povo,

porque vossa vinda
Ihe dá lume novo.

Cordeirinha santa,
de Jesus querida,
vossa santa vida
o Diabo espanta.

Por isso vos canta
con prazer o poco,
porque vossa vinda
Ihe dá lume novo.

Vos sois cordeirinha
de Jesu Fermoso;
mas o vosso Espôso
já vos fez Rainha.

Também, padeirinha
sois do vosso poyo,
pois com vossa vinda
lhe dais trigo novo...

Volvamos a Iperoig reanudando la narración

La relación de los peligrosos episodios que tuvieron lugar en Iperoig, mientras se deliberaba sobre la paz, es Anchieta quien la cuenta con más verdad, o exactitud y detalles. Su carta del 8 de enero de 1565, en 59 densas páginas, más que carta, es una crónica repleta de episodios de crueldad, horror, heroísmo y santidad. He aquí unos extractos.

«Llegados a la playa (de Iperoig), nos pusimos de rodillas dando gracias a N. Señor y deseando abrirse ya alguna puerta por donde entrase su gracia a esta nación... Visitamos ambas aldeas, y entre ellos yo hablando en voz alta por sus casas, como es su costumbre, diciéndoles que se alegrasen con nuestra venida y amistad; que queríamos quedar entre ellos y enseñarles las cosas de Dios para que él les diese abundancia de mantenimentos, salud y victoria de sus enemigos y otras cosas semejantes, sin subir más alto, porque esta generación sin este escalón no quiere subir al cielo... La primera y principal condición de las paces fue que ellos también habían de ser amigos de nuestros discípulos... lo cual ellos concedieron de grado... Y a la verdad a todos los cristianos desta costa y aun a

nuestros Padres, que conocen esta brava y carnicera nación, cuya, quexadas aún están llenas de la carne de los portugueses, pareció esto no sólo grande hazanha, mas cuasi temeridad, siendo esta gente de manera que cada uno hace ley para sí, y no da nada por los pactos y contractos que hacen los otros... (*Partidos los indios Tamoyos a Sâo Vicente*), «nosotros nos quedamos en tierra, el P. Manoel da Nóbrega y yo, y posarnos en casa de un indio principal, que... aunque tenía rezón de tenernos grande odio, determinó de olvidarse dello y converterlo todo en amor, mostrándose como uno de los principales autores desta paz... Luego comenzamos a juntar los niños y niñas del lugar... y les comenzamos a enseñar las cosas de la fe... y los muchachos aprendían de buena voluntad, de manera que en espacio de una semana estaban aptos para recebir el bautismo, si estuvieran en tierra de cristianos».

A los 23 de mayo llegaron dos canoas; en una de ellas venía «un gran Principal» de la aldea de Iperoig, el cual, sabiendo el intento pacífico de los Padres, «mostraba gran placer de las paces, diciendo que mucho tiempo había que las deseaba». Este indio sosegado y amigo de la paz llamábase Pindobuzú, y tenía un hijo no menos poderoso, llamado Para-napuzú, «uno de los más insignes en maldad que hay entre aquella gente». En este momento nos cuenta Anchieta una anécdota que pudo terminar con la muerte de ambos, de lo cual Anchieta deseoso del martirio, se alegraba, mas trató de salvarse por el deber que tenía de mirar por su P. Nóbrega. Sucedió que estando los dos en la playa, apareció una canoa que venía de Río de Janeiro con indios sedientos de matanza. Nóbrega, viejo y enfermo, no podía correr, «si no corría, poníase en peligro de la vida; empero corrió cuanto pudo, y más de lo que pudo, hasta al cabo de la playa... donde corre una ribera de agua, muy ancha y que da por la cintura. El Padre iba con botas y calças, que comúnmente trae por las llagas que tiene en las pernas...; si se ponía a descalçar, llegaba la canoa... que estaba ya muy cerca de nosotros, de manera que lo tomé a cuestas y la pasé. Mas en el medio del río venimos ya todos mojados, y como mis rodillas aún duelen, como solían, y tienen muy pocas fuerzas, no le pude bien pasar, y fue forzado el Padre echarse en el agua, y así pasó todo ensopado, de manera que escasamente tuvimos tiempo para poder meter por el monte y encubrirnos con los árboles. Pues por el monte arriba fue cosa de ver. Quitóse el padre las botas, calças y ropeta, y todo mojado con toda su ropa mojada a cuestas, y él en camisa, sólo con un bordón en la mano, comenzamos a caminar. Mas él ni atrás ni adelante podía ir, en tanto que viendo yo su trabajo y que era imposible llegar a la aldea, le cometí que

nos escondiésemos en el bosque».

En la aldea de Iperoig los encontró Paranapuzú, dispuesto a darles «de estocadas y cuchilladas», pero hablando con ellos, «se amansó su furioso corazón». Vino luego otro con las mismas intenciones, y se marchó diciendo: «Yo venía a hacer esto y esto, mas cuando entré a ver a los Padres y les hablé, cayóme el corazón y quedé todo mudado y flaco; y pues yo no los maté, que venía tan furioso, ya ninguno los ha de matar».

Llegó el 20 de junio, y como las negociaciones de paz no conducían a buen puerto, y probablemente los indios no sabían propiamente cómo hacer las paces, se pensó en romper las deliberaciones y dejar que cada cual siguiese su camino. Los fieros *Tamoyos* se fueron, con las presas humanas que habían logrado raptar o conquistar, hacia sus tierras de Río de Janeiro. Había muchos todavía que ardían en deseos de pelear con sus contrarios. Los misioneros se persuadieron de que todo lo hecho hasta ahora en pro de la paz era tiempo perdido. Por más que miraban al cielo sereno y desgranaban oraciones, la paloma de la paz no se veía venir agitando sus blancas alas. Había que disolverse y volver cada cual a su tierra. De Sâo Vicente mandó el Capitán mayor, Vicente Pedro Ferrar Barreto, un bergantín que recogiese a los dos misioneros. «Mas porque los indios aún no estaban de todo seguros, midiendo nuestra verdad por la suya, que es muy poca —lo dice Anchieta—, no nos dexaron venir a ambos..., todavía pareció bien que se veniese (a Sâo Vicente) el Padre Nóbrega. Y aunque a él le fue muy caro por dexarme solo, (en Iperoig) esperando que aún nos podría caber alguna buena suerte de ser comidos por amor del Señor, todavía yo le insté mucho que se veniesse y sólo me dexase su bendición y mandamiento que allá diese mi vida al Señor».

Aquí aparece una vez más el ardiente deseo del martirio que abrasaba el corazón de Anchieta, el cual se quedó en Iperoig muy tranquilo por el momento.

Era el 21 de junio cuando el P. Nóbrega despidióse de su fidelísimo compañero «con muchas lágrimas», y en llegando por un mar proceloso a Sâo Vicente, «fue recebido el Padre con extraña alegría, como quien salía dantre los dientes hambrientos daquellos tigres fieros, y con su venida se ordenaron muchas cosas importantes a las paces».

Nueva y mayor soledad

Pronto experimentaría Anchieta la mayor soledad y angustia de su

vida. Comenzó a ver en torno suyo escenas horribles, como «un niño muy hermoso», recién parido y enterrado vivo, pero desenterrado por un indio «para quebrarle la cabeza, al cual yo dixe que lo dexasse, que yo lo quería tener por mi hijo... Yo desenterrélo... y comencélo a limpiar y lavar lo mejor que pude... Y como quiera que yo sabía poco de partera, íbale a cortar el embligo junto con la barriga, mas una vieja me fue a la mano diciéndome: No lo corte por ahí que morirá. Y enseñómelo a cortar... Vivió un mes, y aun viviera y cresciera, si no le faltara la teta (materna)... A la verdad el fue sesudo en huir de tan mala gente e irse al cielo».

Escenas de muertes bárbaras, comilonas de carne humana, embriagueces, cantares y bailes, canoas que vienen de Río de Janeiro, «con intención de nos matar», un indio feroz con la espada desnuda, «y mi corazón le estaba diciendo: *quod facis, fac citius*... que aparejado estoy».

En los primeros días de julio llegaron al puerto no pocas canoas de indios feroces, amenazando muerte a sus enemigos que defendían a los Padres. Rogóles Pindobuzú que se volviesen a su país y no turbasen aquí los tratos de paz. Viendo que no bastaban ruegos, «se fue allá con una espada de palo con que suelen quebrar las cabezas a sus contrarios … y comenzó a hablar con voz muy alta y dizierles dando palmadas en sí, como hacen en son de guerrear, hablando: No quiero que nadie bulla en mi Aldea. Los cristianos hacen paces conmigo, que estoy frontero, y los míos no me vienen a defender... No lo he de consentir... Los otros calláronse, y hablando él con uno en particular, le diría de mí: Este es el que trata las cosas de Dios y el verdadero maestro de los cristianos; si le hacen algún mal, luego nos ha Dios de destruir a todos... Y dizíame muchas veces: Hijo Joseph, no tengas miedo, que aunque los tuyos maten todos mis parientes que están en la tierra, yo no te he de consentir matar, porque bien sé que hablas verdad».

El pobre Anchieta, abandonado y solo, aunque siempre amarrado a su plena confianza en Dios, se sentía a punto de naufragar en la inmensidad de aquel mar tempestuoso. Pero Dios vendría a socorrerle en los momentos más difíciles.

No eran para Anchieta lo más difícil y peligroso los riesgos de muerte y de martirio, ni siquiera la soledad y abandono, sin un amigo a su lado, sin un sacerdote consolador y consejero. Lo que más le dolía era el tener que vivir diariamente entre el desenvuelto impudor de aquellos salvajes (hombres y mujeres) oyendo sus desvergüenzas. Esto no quita que muchos indios llegasen a cobrarle afición y respeto. Nos lo indica en la

carta del 8 de enero de 1565 dirigida, como una crónica confidencial, a Diego Laínez, sucesor de S. Ignacio:

«Los indios —dice en los primeros meses de Iperoig— hazíannos todo el buen tratamiento possible a su pobreza y baxesa. Y porque tienen por grande honra, cuando van algunos cristianos a sus casas, darles sus hijas y hermanas para que queden por sus yernos y cunhados, quisiéronnos hacer la misma honra, ofreciéndonos sus hijas y repitiéndolo muchas veces; mas como les diessemos a entender que no solamente aquello, que era ofensa de Dios, aborrecíamos, mas que aun ni éramos casados, ni teníamos mujeres, quedaron espantados así ellos como ellas, cómo erámos tan sufridos y continientes, y teníannos mucho mayor crédito y reverencia».

Otra vez en que el indio Pindobuzú, amigo de los Padres, les preguntó por el secreto de tanta pureza, le respondieron mostrándole las disciplinas con que flagelaban su carne, y los ayunos, abstinencias y otros remedios para domar las pasiones.

Conociendo —dice Anchieta— la volubilidad de los indios, en cuyas manos estaba mi vida, «me determiné a darme más íntimamente a Dios». Y nosotros, leyendo ciertas escenas realistas y crudas, comprendemos mejor cómo brotó en sus labios el voto de castidad y la idea de poetizar en un Poema la *Vida de nuestra Señora*, si la Virgen Purísima lo libraba de aquel abismo de corrupción. ¿Qué hacía entretanto el joven Anchieta, mientras su compañero Nóbrega deliberaba en Sâo Vicente sobre las condiciones de la paz? No podía hacer nada. Había ido como rehén, y eso ahora no tenía significado alguno, hallándose ausente el único que tenía autoridad para prometer y aceptar.

Tampoco los rehenes *Tamoyos*, que se habían juntado con los portugueses en Sâo Vicente para ventilar la cuestión de la guerra y la paz, pudieron llegar a una conclusión satisfactoria, aun después que se agregó a ellos el P. Nóbrega; y si algo se consiguió verbalmente, fue de escasa duración, porque el incendio de la guerra lo alimentaba continuamente los herejes franceses de Fort Coligny[210].

En una canoa del indio Gunhambeba, ya perfectamente amansado arribó Anchieta a Sâo Vicente el 21 de setiembre 1564, cariñosamente

[210] «Las pazes no quedaron tan fixas, como se deseaban, y así el P. Joseph tuvo recado del P. Nóbrega, que se viniese secretamente, y un indio amigo suyo lo trouxo secretamente en una canoa a S. Vicente» (*Hist. de la fundación del Coleg. del Río de Ianero,* cit. en *Monument Brasil*. IV, 168, nota).

recibido por el P. Nóbrega. Si Anchieta no había terminado aún su admirable poema *De Beata Virgine Dei Matre Maria*, entonces pudo darle la última mano.

Por lo concerniente a Nóbrega, hemos de decir que nunca dejó de la mano el negocio de pacificar a los indios entre sí y con los portugueses. Su plan madurado largo tiempo consistía en disolver la unión existente entre los feroces Tamoyos y los Tupíes, que no lo eran tanto; fruto de esta separación habría de ser que los tupíes hiciesen amistad con los portugueses, reforzando el poder militar de éstos y debilitando a los Tamoyos. A la sombra de los portugueses y sus indios aliados, los misioneros tendrían plena libertad para anunciar el Evangelio a los indígenas. Y en el aspecto político, los Hugonotes franceses, por sí solos, sin el apoyo de sus antiguos aliados, no podrían sostenerse contra las expediciones militares que seguirían viniendo de Portugal.

Un éxito parcial, pero hermoso, fue el que más arriba hemos mencionado, cuando Nóbrega logró que en la iglesia de los jesuitas de Itanhaém se dieron un abrazo de paz Tupíes y Tamoyos, acto repetido con mayor pompa en la de Piratininga, estando allí presentes no menos de 300 Tamoyos del río Paraíba.

Ordenación sacerdotal. Superior de toda la Provincia

Estaba para cumplir los 33 años y todavía José de Anchieta no había recibido las Ordenes sacerdotal., atareado como había estado en faenas mucho más laboriosas, incómodas, arduas y desapacibles. Las negociaciones con los indígenas para alcanzar la paz entre los diversos partidos le había arrebatado todo el tiempo del estudio. Solamente en su permanencia en Piratininga había hallado ratos libres para iniciar sus estudios teológicos bajo la dirección del P. Luis de Grá. Después, un buen teólogo, el P. Quiricio Casa, debió de darle en Bahía sabias lecciones sobre los tratados de autorizados doctores. Es el mismo P. Caxa quien nos informa de que «Anchieta compendió con mucha facilidad el tratado *De iustitia et iure* y los dos tomos *De sacramentis* de fray Domingo Soto O. P., señalando, cuando era preciso, los nombres de los autores y las opiniones contrarias». Dado su talento rápido y claro, pudo alcanzar una formación teológica superior a la medianía, formación que se redondeada con las posteriores lecturas para preparar los sermones y doctrinas.

Seriamente estudiada, y con algunos retoques bíblicos, la teología era una excelente preparación para el sacerdocio. La preparación interna,

espritual, la podemos imaginar fácilmente conociendo los fervores místicos, en medio de los cuales hervía de ordinario el corazón de Anchieta, y más aquellos días en que practicaba los Ejercicios espirituales de San Ignacio. Las sagradas órdenes le fueron conferidas, probablemente en agosto de 1566, ciertamente en la ciudad de Bahía, por el segundo obispo, del Brasil, Mons. Pedro Leitâo, su antiguo conocido mientras ambos estudiaban en la Universidad de Coimbra. Aquel dignísimo prelado testificó que ya en tiempo de sus estudios gozaba Anchieta fama de santo, era considerado como uno de los mejores estudiantes de letras humanas. Y añadió: «La Compañía de Jesús en el Brasil es un anillo de oro, y su piedra preciosa es el P. José».

Desde aquel dichoso día, alumbrado de celestes claridades, todas las mañanas celebraba el santo sacrificio de la Misa con la más profunda devoción, rememorando la institución de la Eucaristía en el cenáculo y la muerte de Cristo en la cruz del Calvario.

Si aquel día de su primera Misa fue para el P. José un dichoso día, también podemos decir que fue el día de su gran holocausto, porque serán pocos los que comprendan la grandeza del holocausto o sacrificio que a veces tiene que hacer el que teniendo brillantes cualidades intelectuales y literarias, como las tenía Anchieta, renuncia con magnanimidad de corazón al uso de las mismas, porque las juzga incompatibles con el ministerio sacerdotal.

«Cuando en Bahía se supo su muerte, dijo el P. Quiricio Caxa que, de todas las virtudes del P. José, la que más le había impresionado era la de haber soterrado sus grandes dotes de literato sólo por ayudar a salvar la gente del Brasil. Lo cual significa que Anchieta se había hecho pequeño con los pequeños, y que había recortado sus grandes alas de humanista para ser un pequeño cantor del litoral y del *sertâo* brasilianos. En la simplicidad y en el candor de sus rimas, en la vivacidad y el realismo de sus diálogos, autos (dramáticos) y canciones, reconocíamos la boca del padre, que se hace pequeña y dulce para que el «Brasil niño» pudiese balbucir su idioma de amor, de cultura y de elevación moral, que lo habían de hacer grande en sus tradiciones de dulzura, de igualdad racial y de progreso humano-divino».

El Superior Provincial

Consagrado sacerdote, Anchieta fue nombrado Redor del Colegio de Sin Vicente, teniendo así ocasión de dirigir tanto a los alumnos en su afán

de estudiar, como a los profesores en la orientación de la enseñanza y en las normas educativas. Transcurridos seis años en estas tareas, fue nombrado Provincial del Brasil en 1577, cargo penoso que conservó hasta el año 1587. El número de súbditos que debía gobernar llegaba a 140. No le causaron ellos tantas dificultades como el Gobernador General, Lorenzo de Veiga, y el Auditor de la Rota, Cosme Rangel, ambos con prejuicios antijesuiticos, que al fin tuvieron que deponer ante aquel Provincial, que era la verdad y la sencillez personificadas. En los diez años de su Provincialato visitó todas las casas de la Compañía más de diez veces, cosa que ninguno de sus antecesores logró realizar. Sus ministerios apostólicos se dirigieron con predilección a los indios y a los pobres; y según testificó el P. Pedro Rodrigues, ejercitaba su compasión y caridad particularmente con los enfermos dondequiera que tuviese, aun en el tiempo de su Provincialato, haciendo de enfermero, velando a los pacientes por la noche y curando muchas veces sus dolencias.

Cuando hacía la visita anual de cada: casa, se informaba de su estado espiritual y económico, de su laboreo diario en diversos campos y oficios, actividades pastoral., catequísticas, etc. Si venían a él con deseos de confesarse, o con aspiraciones de mayor perfección, o bien con sentimientos de tristeza, él les decía palabras de humildad, que en último término eran palabras de aliento y consolación. Su amabilidad en el trato, su bondad y su paciencia incansable le creaban amistades íntimas y relaciones de confianza.

Francisco de Asís y José de Anchieta

¡Que fácilmente se emparejan estos dos nombres! Nombre de dos santos, a cual más grande, más humilde y más amante de la pobreza. Los dos fueron tan místicos como poetas, los dos enamorados de la naturaleza. Pasear entre bosques, llanuras y ríos y mares, debió de ser para uno y otro la experiencia natural y sobrenatural de una contemplación extática. *Il Poverello*, hombre del Medioevo, versifica el *Cantico di frate Sole o delle creature* como algunos bardos de su tiempo con ritmo libre y sin rima, y le resulta una obra sobrehumana, insuperable en su género. Anchieta, en cambio, un humanista del siglo XVI, ha recogido los frutos clásicos del Renacimiento italiano, sólo que a veces, olvidado de su siglo, se pone a trovar a la manera popular de Fray Ambrosio Montesino o de Gil Vicente.

Tanto al de Asís, como al canario de La Laguna tinerfeña, les gustaba contemplar las criaturas de Dios en la anchura de la Creación. Para escribir

sus vidas, sería muy ventajoso recorrer los campos que ellos pisaron con sus pies descalzos y contemplar los paisajes que se abrieron ante sus ojos. De uno y otro podrían decirse las siguientes palabras que se dijeron de Anchieta: «Era continua su penitencia, cilicio, ayuno, contemplación, que enderezaban su alma hacia Dios y con ella sus ojos y deseos. En semejantes ejercicios pasaba la mayor parte de las noches, para poder gastar los días en provecho de los hombres».

Hemos abocetado una confrontación o un paralelo de Anchieta y Francisco de Asís, no porque pretendamos —ni de lejos— poner ambas figuras a un mismo nivel, sino porque nos ha sorprendido notablemente un rasgo común, que podemos denominar paradisíaco, «la fraternidad del hombre espiritual con las fieras y otros animales del campo». Y esto en épocas tan desemejantes, como los siglos XIII y XVI.

¿Qué hay de verdadero e histórico en todo lo que se cuenta de uno y otro personaje? No lo sabemos. ¿Tiene algún fondo real la escena del lobo de Gubbio con San Francisco? ¿O el sermón del mismo a las inocentes palomitas? Hay también otras cosas semejantes en los *Fioretti* (que son posteriores a San Francisco y respiran algo de su espíritu, de su simplicidad, ingenuidad y pureza) pero ¿hasta qué punto —directa o indirectamente— se derivan del *Poverello?*

Algo semejante podríamos decir de José de Anchieta: no atender tanto a lo histórico como a lo espiritual y místico.

Si fuésemos a creer todo lo que la tradición refiere de la confianza y familiaridad del Apóstol del Brasil con toda clase de fieras y animales, necesitaríamos de todo un libro para contarlo sucintamente. Remito al lector a la biografía escrita por el P. Longaro degli Oddi (Roma 1738), donde en la parte II hallará un capitulito de 17 páginas con este título *Dominio esercitato dal Padre Analtiara sopra gli animali*. Allí se cuenta con maravilla y estupor cómo venían las palomas y las golondrinas a dejarse acariciar por Anchieta en la ventana, o en la barca de la costa, o en los hombros del predicador en la iglesia, a quien con su zureo le indicaban cuándo había llegado al límite del sermón. A veces se ponía a dialogar con las cornejas y con los papagayos, a los cuales, con la bendición del Señor, los despedía agradeciéndoles el bien que le habían hecho. Lo mismo le acontecía con los peces, pequeños y grandes, del mar; y con los monos si los encontraba en los árboles del bosque; con un toro bravo, a quien amansó con sólo darle la bendición; y con las panteras y los tigres; y con las víboras y otras serpientes venenosas, que las tomaba en la mano, las

besaba y las llevaba en su seno.

El lector no tiene ninguna obligación de creer nada de esto, pero algo debió de ocurrir, pues tantos y tantos sucesos maravillosos no se inventan como cuentos fantásticos; algo sorprendente habría al menos en algún caso. Al lector le servirán para formarse idea del ambiente paradisíaco que rodeaba al santo Anchieta, a quien por lo mismo solían llamar «nuevo Adán».

De otros dones de Dios ya nadie se maravillaba, porque eran frecuentes en él, v. gr. mantener en vida a los niños moribundos, devolver la salud a las mujeres atacadas de dolencias incurables y a los hombres gravemente lesionados; más frecuente solía ser el don de profecía, que en los labios de Anchieta parecía natural, pues anunciaba frecuentemente las cosas futuras como si hubieran ya acontecido, o estuvieran aconteciendo entonces mismo. Entre las visiones a distancia, acaso la que se hizo más famosa fue la que le hizo contemplar la batalla de Alcazarquivir (en Marruecos) desde la torre Biritioca, junto a Sâo Vicente. Entrando en una aldea próxima a Sâo Vicente, le saludaron sus súbditos con el amor y alegría de otras veces. Pero una grave melancolía le sobrevino a Anchieta de repente. Dos días enteros estuvo sin probar alimento, en silencio y con el rostro pálido y lloroso. El guardián de la torre, que le quería bien, le preguntó la causa de tan súbita tristeza. Rehusaba darle una respuesta, mas al fin le contestó: «Hoy día grandes calamidades amenazan caer sobre el mundo». El guardián de la torre lo puso todo por escrito: «la aflicción del P. José, su respuesta y el día que la pronunció, que fue el cuatro de agosto de 1578. Después se supo que en aquel mismo día había caído muerto en Marruecos el caballeroso Rey Don Sebastián, derrotado su ejército, con pérdida que recordarán los siglos».

La muerte del santo

Anchieta no se fatigaba, al menos eso quería aparentar con su actividad incesante, con sus variadísimas tareas, con sus palabras siempre animosas y consoladoras a cuantos se acercaban a él. Pero todos notaban de día en día que su organismo se enflaquecía, por más que se empeñase en disimular su debilidad corporal. Que su salud iba declinando era cosa evidente. Varias veces lo cambiaron de un lugar a otro los Superiores, esperando que con el cambio de aire mejoraría el enfermo. Sería en 1596 cuando, presintiendo la muerte no lejana, manifestó el deseo de ser conducido a la aldea de indios, Reritiva, donde quería morir entre aquellos

cristianos brasileños, a los cuales con tanto amor y tantos sudores les había enseñado el camino del cielo. Lo llevaron en canoa, y como los Hermanos de la Cofradía de la Misericordia le rogasen que compusiese un *auto sacro* para que el pueblo lo cantase en la fiesta del 2 de julio (Visitación de Nuestra Señora), no supo negarse a ello, y unas veces tendido en su lecho, y otras sentado, escribió 570 vemos, en que dejando a su corazón expansionarse, incluyó esta estrofilla, invocando a su Madre Misericordiosa:

«Me parto sin partir
de Vos, Madre y Señora,
seguro que en la hora
final de mi vivir
seréis mi Auxiliadora».

Con esta confianza y serena placidez, recibidos los últimos sacramentos, entre sus queridos indios, que plañían su muerte, y cinco misioneros, antiguos discípulos suyos, que le veneraban como a santo, se durmió suavemente en el Señor el 9 de junio de 1597. Había vivido 64 años, 47 en la Compañía de Jesús, y de ellos 44 en el duro apostolado del Brasil.

Cinco años más tarde se inició el proceso de beatificación, que por varias vicisitudes históricas hubo de interrumpirse; hasta que en 1736 el Papa Clemente XII emanó el «Decreto de las virtudes en grado heroico practicadas por el P. José de Anchieta».

Las corrientes antijesuiticas del siglo XVIII, que expulsaron a los hijos de San Ignacio de los reinos católicos y arrancaron a Clemente XIV el Breve de supresión canónica de la Compañía, fueron causa de que el proceso se paralizase por largos años. Finalmente el Papa Juan Pablo II, el domingo 22 de junio de 1980, lo beatificó solemnemente en la Basílica Vaticana, junto al sepulcro de San Pedro, ensalzando sus virtudes heroicas y enalteciendo al Beato José de Anchieta con el título glorioso de «el Apóstol del Brasil».

CAPÍTULO XV

PLANES DE IGNACIO SOBRE LAS TIERRAS DEL PRESTE-JUAN

Robert Ricard escribía en 1956 que entre las misiones africanas «merece destacarse la misión de Etiopía, a causa del alto puesto que ocupa en las preocupaciones apostólicas de San Ignacio de Loyola, anheloso de conducir esta vasta región cismática al seno de la Iglesia».

Primeros contactos diplomáticos Etiopía-Roma

Las primeras inquietudes religiosas, con deseos de aproximarse al Occidente, tenían raíces políticas y algún tanto lejanas. Ya en 1513, cuando el Virrey de la India portuguesa, Alfonso de Alburquerque, logró penetrar con una escuadra en el Mar Rojo, se le acercó un embajador de Etiopía, ofreciéndole de parte del *Preste-Juan* aliarse ambos contra el Turco, siempre amenazador. Aceptó de buena gana el rey Don Manuel de Portugal, quien además se mostró dispuesto a servir de intermediario o puente entre Roma, cabeza del Cristianismo, y la Iglesia cismática de Etiopía.

Pronto se entrecruzaron amables —aunque poco eficaces— misivas entre la Curia pontificia de Roma y la corte del Negus. Conocemos dos cartas del Negus o Emperador David (Lebna Denghel) al Papa Clemente VII en 1542); y una tercera del 29 de enero de 1533, entregada al mismo Papa por el mismo embajador de Etiopía, Francisco Alvares, cuando Clemente VII y Carlos V dialogaban en Bolonia. Más que carta, parece simplemente lo que dice su título: *Obedientia Regis Aethiopiae* (29 de enero de 1533). Al escribir su nombre dice: *Regis Aethiopiae, vulgo Pretegya* (Preste Gian?)[211].

[211] El editor lo descifra en nota: «vulgo Preste Johan» (I, 304). Y creo que acierta. En la Europa medieval solía llamarse Preste Juan el soberano de Etiopía o Abisinia. Una aureola de legendaria grandeza circundaba su figura. Decíase que el *Preste Juan,* monarca de un Imperio mítico y fabuloso, cuya localización geográfica se mudaba con el tiempo, era un Rey-Sacerdote, inmensamente rico y opulento, como descendiente de los Reyes Magos y de la Reina de Suba. Su reino se extendía por el

Las relaciones diplomáticas solían reducirse a buenas palabras. Tan solo en los momentos de mayor peligro acudía el Preste-Juan en busca de socorro, fuese quien fuese el que le pudiese prestar auxilio, hoy el Papa, mañana el Rey de Portugal. El Negus David (Lebna Denghel), después reportar algunas victorias sobre los musulmanes en los primeros años de su reinado, en los que dio sinceras muestras de reverencia al Papa, acabó tristemente sus días en 1540, huyendo de sus enemigos, particularmente del Emir del reino de Adel, Ahmed ibn Ibrahim, apellidado comúnmente «Granh» («el Zurdo») porque lo era.

Los caudillos Granh (o Granha) y Da Gama

El emir mahometano, a quien los suyos aclamaron como «segundo Atila», iba sembrando el terror por donde pasaba y penetró en el Imperio - Etiópico como un huracán destruyendo pueblos y cautivando gentes el año de 1528 *(pouco mais o menos,* dice prudentemente Pedro Páez).

Cuando el rumor de sus estragos llegó a oídos del Preste Juan, o Emperador de Etiopía, David (Lebna Denghel), se propuso cortar prontamente la arrolladora invasión mahometana, para lo cual juntó las tropas que pudo hasta 3.000 hombres de a caballo e innumerables de a pie, pero en el primer choque no tuvo suerte. De allí a dos años se lanzó con guerreros más selectos, atacando briosamente al enemigo; pero éste, más experto en el arte de la guerra, cayó como un rayo sobre el ejército etiópico, puso en fuga al Emperador y le arrebató todo el botín ya conquistado. Retornó el moro Granh con poderosas fuerzas, y en sucesivas campañas fue derrotando a todos los grandes del Imperio. Quizá Lebna Denghel no alcanzó a ver la totalidad de su derrota, pues murió en 1540.

Extremo Oriente (Centro del Asia, después la India, últimamente Abisinia o Etiopía) siempre más allá de los dominios turcos, contra los cuales estaba siempre dispuesto a pelear, uniéndose a los monarcas cristiano de Occidente. La leyenda, quizá de origen nestoriano, debió de nacer en Asia en el siglo XII. Marco Polo alude al Preste Juan a fines del siglo XIII. En los siglos XIV y XV son los franciscanos los que más hablan y escriben sobre el Preste Juan. Es curioso que un Papa como Alejandro III, el primero de octubre de 1177 escriba al «Charissimo in Christo filio illustri et magnifico Indorum Regi», enviándole saludos y bendiciones. Desde el siglo XV la existencia del Preste Juan pierde lo que tenía de carácter histórico y se conviene en «pura leyenda». Véase G. Marinescu, *Le Prêtre Juan, son pays, explication de son nom:* «Académie roumaine» VII, 73-112. J. Oppert, *Das Presbyter Johanes in Sage und Geschichte* (Berlín 1870). L. Lefèbre, *La legenda del Preste Gianni:* «Annali Lateranensiy 8 (1944) 9-89.

El nombre personal de su sucesor era Claudio y su título imperial, Asnaf Sagád (1541-59). No le faltaron guerras con los mahometanos. Algunos triunfos alcanzó, mas no siempre le acompañó la gloria. Tuvo la desgracia de que uno de los más audaces y brillantes caudillos de aquel tiempo sucumbió muy pronto, cuando ya su ejército lo aclamaba como jefe victorioso y el porvenir le sonreía rico en promesas. Era un joven de valor y valentía, que portaba sin orgullo el apellido de su padre, de aquel gran Almirante Vasco de Gama, que fue el primero que dobló el cabo de Buena Esperanza para llegar a la India, y cuyas gestas epopéyicas las cantó el máximo poeta portugués, L. de Camoêns.

Ese joven caudillo que enloquecía de entusiasmo a sus tropas, se llamaba Cristóbal da Gama. Elevados ideales patrióticos y religiosos ardían igualmente en el corazón de Cristóbal, como en el de su padre. Desgraciadamente la vida del hijo fue demasiado breve. Acompañado a su hermano Esteban da Gama, a cuya sombra había hecho Cristóbal el noviciado militar y también administrativo, juntos subieron ambos hermanos navegando por el Mar Rojo hasta desembarcar en Massaua, puerto de Eritrea, con objeto de ayudar al Negus Claudio, seriamente amenazado por las tropas del moro Granh.

Digamos de paso que con ellos iba un pobre portugués, «Juan Bermudes, de oficio quirurgo», que ya en aquel año de 1541 se ufanaba sin motivo de ser sacerdote y legítimo Patriarca de Etiopía. La fama de este aventurero crecerá como la espuma en Asia y Europa, gracias a sus dotes de fantaseador, hasta que un hijo de Loyola venga en 1555 a privarle oficialmente del título patriarcal. Muchos embustes dijo, muchas patrañas inventó, pero digamos en su favor que un conocedor suyo le alaba por su «santidad de vida» y otro le llama «clérigo sencillo», de suerte que podemos creer con C. Beccari que no cometió sacrilegios en los oficios que orgullosamente se arrogó, porque «no consta que celebrase alguna vez el santo sacrificio de la Misa o administrase sacramentos»[212]. Y en su

[212] El aventurero portugués Juan Bermudes se dio a conocer primeramente en la India, como «médico-quirurgo» de la embajada que el rey D. Manuel el Afortunado envió a la corte del Negus en 1520 cuando todo el personal de la embajada regresó a Portugal, Bes-mudes se quedó con el Negus David que le mostró especial simpatía. Aseguró más tarde el impostor que el Patriarca cismático Markos le habla conferido las órdenes sagradas en 1535, designándolo para sucederle es la dignidad patriarcal. Mas cuando se le pedía que mostrase las letras credenciales, respondía que se las habían robado los Turcos. Buscando la confirmación pontificia de esas letras inexistentes se fue a Roma (cf. MHSI, *Epist Salmeronis* I, 33-36). El Papa no lo acabó de creer; en Portugal lo creyeron no pocos, incluso el Rey, y en la India

moralidad nadie puso tacha; ni siquiera personajes tan sinceramente cristianos como los hermanos Esteban y Cristóbal da Gama que le trataron muy de cerca.

Del prestigioso y joven caudillo Cristóbal da Gama no nos toca reseñar las victorias contra los musulmanes por lo fulmíneo y breve de sus acciones militares. A principios de febrero de 1542 logró poner en fuga al moro Granh, encastillado en una altísima sierra tajada a pico y tenida por inexpugnable, triunfo que sus soldados ensalzaron apoteósicamente. Pero cuando avanzaba triunfante y conquistador por el Nordeste de Etiopía, cayó malherido en el campo, de forma que pudo ser capturado por sus enemigos, los cuales se vengaron de él, torturándolo de mil maneras, arrancándole cejas y pestañas y cubriéndole con un paño sucio y vil, afrentas que él sufrió con cristiana paciencia, pidiendo perdón a Dios por sus pecados. Como le ofreciesen altos cargos y honores si abrazaba el islamismo, indignóse el heroico hijo de Vasco de Gama y contestó a las viles ofertas con palabras como éstas: «Si tú, moro, conocieras quiénes son los portugueses, no dirías cosas de viento... Los portugueses no acostumbran a vivir con moros, que son sucios y enemigos de la santa fe de Cristo nuestro Señor». Al oír esto el moro Granh, le cortó de un tajo la cabeza con su cimitarra. Era el día 28 de agosto de 1542.

No más de 26 años contaba el joven Cristóbal, que ya había desempeñado cargos de alta responsabilidad. Sus tropas pudieron todavía rehacerse y continuar la campaña en unión con las milicias del Negus Claudio. Al frente de un reducido ejército de 500 soldados de a caballo y 8.000 de a pie, etíopes y portugueses, marcha en busca del jefe musulmán, vence las primeras dudas e incertidumbres (6 de febrero 1543) hasta que se decide a la batalla decisiva. Tanto el Emperador Claudio como los portugueses dieron muestras de gran valor. Los cristianos, invocando la Santísima Virgen, hieren gravemente en la cabeza al moro Granh, a quien degüellan para pasear su sanguinolento trofeo por todo el país.

El Emperador no se olvidó de la primera y más gloriosa víctima Cristóbal da Gama, en cuyo honor quiso celebrar solemnes exequias en el aniversario de su muerte. Dícese que asistieron más de 600 monjes (!!) a quienes hizo espléndidos regalos. Muerto el Emperador Claudio (Asnâf Sagâd) en una batalla (marzo de 1559), no teniendo hijos, le sucedió su

algunos doctos misioneros. Cuando en Oriente se presentó el P. Núñez Barreto con sus bulas auténticas de Patriarca, Juan Bermudes optó por retirarse a Portugal, donde murió oscuramente el año 1570 en la ermita de San Sebastián de Pedreira (cf. S. EURINGER, *Der Pseudopatriarch J. Bermudes*).

hermano Minâs con el nombre de Adamâs Saguêd. Este fue un soberano «cruel por naturaleza», hombre impío que obligó a muchos cristianos a renegar de su religión y a otros metió en prisión, como al santo Patriarca Andrés de Oviedo, a quien sometió a tormentos inhumanos.

Se mueven las ideas unionistas

Ya hemos visto cómo en el Imperio etiópico, comenzando por el mismo Negus, empiezan a sentir la necesidad y el anhelo de la unión con los latinos. Las embajadas del Negus Claudio reiteradas férvidamente por causa de los ataques e invasiones de los musulmanes, hacen que los Romanos Pontífices se preocupen del grave problema de la unión de las Iglesias, aunque su acción es de poca eficacia. Quien más remueve la cuestión es el Rey de Portugal, Juan III, que además de ser profundamente religioso, y por lo mismo muy amante de la propagación de la fe cristiana por medio de sus misioneros, se da cuenta de que la tendencia unionista será favorable a la consolidación del Imperio colonial portugués.

Apenas este piadoso monarca tuvo en Lisboa noticias vagas de las posibilidades de conversión que burbujeaban en el alma del Preste Juan, se puso en movimiento, y a mediados de agosto de 1546 escribió presurosamente a su embajador en Roma, Baltasar de Faria, ordenándole que hablase con Ignacio de Loyola, y le propusiese la facilidad de reducir la Iglesia Etiópica a la Romana. Lo más importante para comenzar sería enviar un Patriarca latino, acompañado de otros varones apostólicos. Quería el monarca portugués que ese primer Patriarca lo escogiese el propio General de la Compañía entre sus mejores discípulos, y le sugería el nombre de Pedro Fabro; él no conocía otro jesuita tan santo y tan lleno de fervor, dulzura y espíritu apostólico.

Hizo algunas reservas el P. Simón Rodrigues, consejero del rey; pero la muerte vino a desatar el nudo, llevándose al santo saboyano Fabro, no al Imperio Etiópico, sino al Celeste.

El 14 de agosto de aquel año 1546 el monarca portugués escribió a San Ignacio unas letras que decían: «Maestro Ignacio. Yo el Rey os envío muchos saludos. Mando al Doctor Baltasar de Faria de mi Corte suprema, que de mi parte os dé cuenta de un negocio que por su medio se ha de suplicar al Santo Padre y que importa mucho al servicio de Dios y de S. S., y al acrecentamiento de nuestra santa Fe católica en el reino de Etiopía, llamado del Preste Juan... A (14) días de agosto de 1546».

Ignacio contestó al Rey Don Juan en octubre de 1546: «Mi señor en el Señor nuestro... Seiendo informado largo por Baltasar de Faria de la cristiana intención de V. A..., como entendiese que Mtro. Fabro era fuera de los trabajos y miserias desta vida, me demandó otro en su lugar; y discurriendo por los pocos que somos en esta mínima Compañía, más de V. A. que nuestra..., a él quedó (el) cuidado de escribir a V. A. más en particular... Vuestra Alteza sea cierta que en todo cuanto nosotros pudiéremos en el muy debido servicio de V. A. a mayor gloria divina, que nosotros no podremos faltar todos los días que el Señor nuestro nos diere».

Y poco después, quizá el mismísimo día, el propio Ignacio, sin esperar respuesta, se apresura a enviar al rey un billete personal, de sumo interés por sus expresiones de generoso ofrecimiento para marchar personalmente a las misiones. Véase con qué naturalidad nos abre su corazón y su espíritu:

«He pensado en el Señor nuestro escribir esta de mi mano; si los otros compañeros en el mismo talento y profesión... no me prohibieren... (como yo creo que no lo harán), yo os ofrezco, donde otro de los nuestros no quisiere tomar esta empresa de Etiopía, de tomarla yo de muy buena gana, seyéndome mandado».

¿No se ve aquí reaparecer llameante el ardor de sus antiguos afanes misioneros? Como General de la Orden, no puede abandonar su alto cargo, si los electores no deciden antes nombrar un sucesor. Mas ¿no era una ventura quijotesca, inconcebible en aquellas circunstancias, el emprender la marcha a tan lejanas tierras, anciano y enfermo abandonando el gobierno y generalato de la Compañía?

El Rey de Portugal y el General de la Compañía

El Rey de Portugal, un portugués de pro, y el español Ignacio de Loyola, hombre de miras universales, parecían competir en quién de los dos trabajaba con mayor esfuerzo en dar impulso a las misiones, suplicando constantemente al Romano Pontífice facultades y poderes para llevar adelante la gran tarea misionera de la Iglesia.

El monarca lusitano solía comunicar a Ignacio todo cuanto pensaba en aquel asunto, y el Santo, después de consultarlo con el Papa, le trasmitía su parecer. Podría decirse que el Rey D. Juan, el Romano Pontífice y el General de la Compañía andaban de acuerdo, al menos en este asunto de Etiopía y de su Patriarca, pues ya Ignacio —venciendo su personal opinión

— había admitido lo que el vicario de Cristo y el Rey de Portugal solían repetirle: «Sólo el General de la Compañía puede salir responsable del discutido negocio».

Pero ¿no era Ignacio de Loyola, el ardentísimo propulsor de la empresa etiópica, el mismo que más dificultades había puesto a que la dignidad de Patriarca recayese (según el monarca y el Papa lo deseaban) sobre un miembro de la Compañía de Jesús? Así era en verdad; pero también es cierto que Ignacio, después de muchas y fervientes oraciones, con lágrimas y sollozos, había rogado a Dios le iluminase si era conveniente o no que un hijo de la Compañía aceptase prelaturas y dignidades eclesiásticas. Y él había creído escuchar la voz que le decía: Negativamente, en los casos ordinarios, pero en los casos extraordinarios y con mandato del Papa, no hay dificultad. Puesto el caso al examen de Julio III, éste aclaró la cuestión: La misión de Etiopía no es caso ordinario, no tiene nada de apetecible; no hay peligro de que misiones como ésa despierten ambiciones y codicias; los misioneros tendrán que soportal muchas penalidades y sacrificios. Y en todo caso, la voluntad del Papa es voluntad de Dios.

Se comprende muy bien que Ignacio vacilase, cuando recordaba que él había escrito en *las Constituciones de la Compañía:* «Será de suma importancia para perpetuar el bien ser de la Compañía, excluir della con grande diligencia la ambición, madre de todos los males... cerrando la puerta para pretender dignidad o prelación alguna directa o indirectamente dentro de la Compañía, con que todos los profesos ofrezcan a Dios nuestro Señor de no la pretender jamás..., si no fuesen forzados por obediencia de quien puede mandarlo so pena de pecado» *(Const.* X, 817).

Ante la evidente voluntad del Vicario de Cristo, Ignacio se sintió claramente iluminado por Dios, y en consecuencia se aplicó con empeño a poner en marcha la expedición misionera.

Del entusiasmo ignaciano se contagiaron lodos los de casa. En junio de 1554 el Secretario de Ignacio le comunicaba al P. Salmerón las noticias más recientes: «Para las primeras aguas de agosto se hace cuenta partirán los de Etiopía… que ya están en Roma… Toda la casa y colegio está lleno de personas que desean esta empresa».

El primer Patriarca jesuita, camino de Etiopía

Largas y enredosas habían resultado las negociaciones sobre la

persona del Patriarca que se debería elegir para la misión de Etiopía.

Llegado el cronista Polanco a los inicios del año 1553, nos anuncia una feliz noticia: «Este año se ha tratado seriamente *(en el Consistorio romano)* de enviar un Patriarca a Etiopía: y el Rey de Portugal puso en manos del P. Ignacio el cuidado de escoger algunos sacerdotes de nuestra Compañía. Y no solamente debía escoger al Patriarca, sino además otros dos obispos y nuevo Provincial de Etiopía con otros sacerdotes y hermanos... El P. Ignacio escogió como Patriarca al P. Juan Núñez (Barreto) que en Tetuán de Africa había laborado mucho ayudando a los cristianos cautivos. Para obispos coadjutores y sucesores fueron elegidos el P. Andrés de Oviedo... y el P. Melchor Carneiro. Otros compañeros para esta misión... no pudieron publicarse hasta el tiempo del Pontífice Paulo IV, después de la muerte de Julio

Rebosante de santa alegría y satisfacción Ignacio comunicaba por fin al Rey de Portugal el 12 de setiembre de 1554 la partida de los misioneros para Lisboa, donde se embarcarían para el Oriente. «Los llevadores de la presente —dice— son letras vivas, y por mí besarán humilmente las manos de Vuestra Alteza,

Podemos imaginar el júbilo con que los futuros misioneros cantarían himnos litúrgicos, alabando con voces juveniles al Señor de los mares y de los vientos. Amanecía el primero de abril de 1555, y miraban alegres cómo se enarbolaban en los mástiles las gloriosas banderas de Portugal, que aleteaban como queriendo volar sobre los océanos Atlántico e Indico con el signo de la triunfadora Cruz de Avís.

La flota de aquel día primaveral zarpó cargada de esperanzas —quizá también de ilusiones— porque aquellos animosos apóstoles, encendidos en fuego sacro por la palabra persuasiva del Vicario de Cristo y por el verbo cálido, aunque breve, del Monarca lusitano y del santo fundador de la Compañía de Jesús, abandonaban el suelo de Europa con la divina ambición de conquistar vastos Imperios para Cristo, sin saber lo que les aguardaba en aquellas inhóspitas lejanías.

La expedición misionera empezó por no salir completa de las fauces del Tajo, porque en la corte portuguesa se habían quedado el Patriarca electo Juan Núñez Barreto y el obispo Andrés de Oviedo en espera de las bulas pontificias. Ambos recibieron en Lisboa la consagración episcopal el 5 de mayo de 1555. Melchor Carneiro fue consagrado en Goa años más tarde.

La ciudad de Goa era el puente de paso para el reino africano de

Etiopía. Y antes de cumplir la última etapa del viaje, quisieron entrevistarse con el Virrey de la India, el cual les aconsejó mandar previamente, sin compromisos, una pequeña embajada que tantease la situación de Etiopía y el estado de ánimo del Negus. Para ello fueron señalados Diogo Dias como embajador, y el P. Gonzalo Rodrigues, con el Hermano Fulgencio Freire, como asesor y compañero. Conocemos lo que les aconteció, por una carta del mismo P. Rodrigues, que más tarde llegó a manos del misionero historiador Pedro Páez, el cual nos la trasmite casi íntegra.

La relación histórica de Rodrigues

El 17 de mayo de 1555 llegaron al lugar donde estaba el Negus de Etiopía, según la relación del P. Gonzalo Rodrigues. Lo hallaron en el campo, con multitud de tiendas a su alrededor. El jesuita y el embajador Dingo Dias fueron recibidos juntamente. La conversación se entabló el segundo día. El Emperador Claudio (Asnâf Sagâd) estaba sentado en una camilla de lona con unas cortinas encima; la tienda era alcatifada y con paramentos de seda. Las cartas que Diogo Dias le entregó en nombre del rey portugués decían que dentro de un año le mandaría un hombre de su casa real con cierto número de religiosos de santa vida y probada doctrina. Con ello quedó el Preste Juan todo confuso, de tal manera que hablándole nosotros —dice Rodrigues— no nos dio respuesta alguna. Así que se despidieron y los portugueses tornaron a sus tiendas, sin que nadie les hiciese cumplimiento alguno. En el tiempo de casi un mes que el rey etíope estuvo ausente, el P. Rodrigues compuso un tratado de los errores de Etiopía y de la verdad de nuestra fe, para presentarlo al Negus. Por un portugués muy privado del Emperador se supo lo que el rey etíope solía decir de los Padres misioneros: que no tenía necesidad de ellos, ni menos quería prestar obediencia a la Iglesia Romana; añadían algunos Grandes del reino, que antes se someterían a los moros, que dejar o cambiar las costumbres etiópicas

La impresión que aquella entrevista dejó en los embajadores y en todos los portugueses fue desalentadora. Nadie podía fiarse de aquel monarca que no guardaba ni las maneras más ordinarias y rituales entre los diplomáticos.

El Emperador Claudio, olvidado de lo mucho que debía a los portugueses y de la reconciliación religiosa que él había querido entablar con el Pontífice Romano, se defendía diciendo que ni los portugueses ni el Papa habían entendido la significación de aquellos documentos, en los que no se

trataba de cambio de religión sino de política; que el texto lo había falseado un monje árabe al traducirlo al latín; que él aborrecía a los católicos como a nestorianos; por lo mismo despreciaba sus dogmas y costumbres y no quería tener nada común con la fe de Roma. A pesar de todo, no se negaba a que entrasen en Etiopía los obispos y misioneros venidos de Portugal.

Al escuchar el Virrey de la India las impresiones tan displicentes y ambiguas, que traían Diogo Dias y Gonzalo Rodrigues de la entrevista con el Negus, no juzgaron prudente la entrada de los tres obispos en aquel extraño reino. Decidieron que solamente, para probar fortuna, y abrir camino al Patriarca, se lanzase a la buena de Dios el obispo Andrés de Oviedo con cinco compañeros. En efecto, se embarcaron el 16 de febrero de 1557 y al cabo de un mes arribaron al puerto de Masçua o Masua. La carta de presentación del obispo Oviedo al rey de Etiopía, muy deferente y profundamente religiosa, nos la trasmite Pedro Páez en su Historia.

Como el monarca etiópico tras varias disputas le indicase que no estaba satisfecho de la fe romana, quiso Oviedo dar mayores vuelos a las discusiones y a este objeto le rogó que hiciese venir a sus letrados. Vinieron efectivamente, disputaron mucho, mas no se distinguieron por su ciencia. «Todos sus letrados delante de él parecían bozales —refiere Páez —; él mismo tomaba siempre la mano y defendía sus desatinos con vehemencia... Estos desengaños tan claros los manifestó el rey a fines de diciembre del 58; en enero del 59 se despidió el obispo de él, y poco después, en el mes de febrero vinieron los moros a esta tierra... y en el siguiente mes de marzo, en la quinta feria de Semana santa, tropezó con ellos el rey, y como su gente huyese abandonando el campo, murió el miserable» (1559).

Al descontentadizo Emperador Claudio, muerto sin hijos, le sucedió su hermano Minâs (nombre de bautismo) que al subir al trono se cambió por el de Adamâs Sagued. La historia de este Emperador, perseguidor cruel de los católicos, la refiere Páez en diversos capítulos de su *Historia de Etiopía,* vol. III, libr. III y IV.

Oviedo, Patriarca y apóstol de Etiopía

Increíbles parecen los suplicios, cárceles, destierros, hambres, etc., que bajo el Emperador Minâs (en el trono Adamâs Sagued) padeció largos años el Patriarca Andrés de Oviedo hasta que falleció entre grandes dolores, soportados con heroísmo. Entregó su alma a Dios en la soledad de

una aldea el 9 de julio de 1580 ó 1578, día en que se celebraba en Etiopía la fiesta de San Pedro y San Pablo. Todo cuanto tenía, que era bien poco, lo dejó para los que eran tan pobres como él. Hasta los cismáticos lloraron su muerte. Se cuenta de Isaac, Virrey de Tigre (Etiopía septentrional) que cuando oyó que había muerto el Patriarca, exclamó: «¿Murió el Patriarca? ¿Murió el Patriarca? Acabados y destruidos somos todos». Se puede afirmar que los antiguos anacoretas del desierto no le aventajaron en penitencias, en despego de todas las cosas, aun de las necesarias y elementales para la vida, ni tampoco en consagrar todo el tiempo que podía a la oración y contemplación. Este austerísimo final de su vida se adivinaba ya cuando en su rectorado de Gandía (1548) hubo de ser amonestado por Ignacio de Loyola, que seriamente le aconsejó no desear tanto la vida eremítica ni prolongar por tantas horas la oración o contemplación. El humilde rector de Gandía obedeció en seguida con la sencillez de un niño.

Andrés de Oviedo, nacido en Illescas en 1518 y admitido en la Compañía por el mismo Ignacio en 1541, fue desde su juventud un santo y en su vejez un mártir; sus grandes amores fueron la pobreza y la oración; su ingenuo corazón de niño respiraba inocencia y estaba siempre dispuesto a sacrificarse por cualquiera de sus hermanos.

Tres podían haber sido las columnas más robustas de la misión de Etiopía. Fue ésta la misión predilecta de Ignacio de Loyola, mas no tuvo quien la sustentara en horas de tormenta y de catástrofe. Los huracanes que soplaban en aquellos vastos territorios impidieron a las columnas levantarse airosas y sostener arcos basilicales. De los tres obispos, elegidos tras largo examen y ponderadas consultas por el Romano Pontífice, a quien sesudamente aconsejaban el fundador de la Compañía y el devoto monarca de Portugal, tan sólo uno paseó la Cruz Patriarcal por el país el Preste Juan durante largos años. Ese fue el admirable Patriarca Andrés de Oviedo.

Nuñes Barreto, primer Patriarca

Juan Nuñes Barreno, que fue el primer obispo de la Compañía y el primero que fue designado Patriarca de Etiopía, debía de haber sido también el primero en entrar a predicar la más pura doctrina cristiana entre los abisinios y etíopes. Conocía bien las regiones septentrionales del Africa por sus misiones en Tetuán y Ceuta, en donde trabajó por rescatar a los cristianos cautivos y sacarlos de lóbregas mazmorras. De ahí que no le disgustase la nueva misión de Etiopía; sólo cuando vio que el Papa le

nombraba Patriarca, se asustó de la dignidad que caía sobre él. «Estoy muy contento con eso» (decía en carta a S. Ignacio), pero añadía: *«me perturbóu muito o animo»*. Su humildad hacía que el peso del Patriarcado le abrumase. «Una sola cosa pido a V. P. por las cinco llagas que Cristo recibió en el árbol de la santa Cruz: que no me mande aceptar dignidad alguna, en especial de Patriarca, porque una de las cosas que más asentadas tengo en mis entrañas, es de no tener nunca dignidades, porque conozco no poseer talento suficiente para tan grande cargo, como es no solamente el plantar de nuevo una iglesia, sino el desplantarla primero, desarraigando las supersticiones y ritos que podrá tener».

El 26 de julio le contesta Ignacio quitándole radicalmente los escrúpulos con argumentos tan aplastantes como las apelaciones a Jesucristo y a su Vicario.

«No temáis la empresa grande, mirando a vuestras fuerzas pequeñas, pues toda nuestra suficiencia ha de venir del que para esta obra os llama... Cuanto en vos desconfiáis... tanto confiad en el que por su Vicario os manda tomar este asunto... Y si escrúpulo alguno os ocurriese en este caso, descargadle, no solamente sobre mí, cuyo parecer seguiréis, pero sobre el Sumo Pontífice, por cuyo mandado, en lugar de Cristo N. S., aceptaréis el cargo que se os diere».

El buen religioso bajó la cabeza, recibió la consagración episcopal en mayo de 1555 y el 28 de marzo de 1556 ascendió a la nave que lo transportaría al Oriente. No pudo poner el pie en Etiopía, porque el Emperador Atanâf Sagued había vuelto las espaldas a Roma y no admitía en su reino a los misioneros católicos. Tuvo, pues, que poner su centro de acción en Goa, ejercitando allí los ministerios apostólicos y esperando que algún día se le habían de abrir las puertas del Imperio del Preste Juan, tanto tiempo oscilante entre la verdad y el error. Le alcanzó la muerte el 10 de agosto de 1562, sin haber pisado jamás tierra etiópica. Digamos que, a pesar de todo, su nombramiento de Patriarca de Etiopía vino a apagar oficialmente el falso título del pseudo Patriarca Juan Bermudes.

El tercer obispo que debía ejercer sus ministerios en el reino de Etiopía era el portugués Melchor Carneiro, nacido en Coimbra hacia 1516. Hizo allí los estudios. Entró en la Compañía en 1543 y en 1551 le nombraron Rector del Colegio de Evora. En 1555 fue consagrado en la India obispo titular de Nicea, siendo a la vez designado auxiliar y eventual sucesor de Nuñes Barreto.

Partió en 1556 para Goa, y dada la cerrazón del Negus a cualquier

apertura que facilitara la entrada de los católicos, se puso a esperar en Cochín a ver cuándo se le abrían las puertas etiópicas. No se le abrieron nunca, y le fue preciso retirarse a la India, donde pudo enseñar teología moral y dogmática hasta que Pío V en 1566 lo mandó al Japón y a China, como administrador apostólico. En Japón renunció a su dignidad episcopal, con objeto de atender mejor a sus ministerios pastorales. Retirado a Macao, murió el 19 de agosto de 1583

Fin de la etapa ignaciana. Los recuerdos de Ignacio

Cuando los primeros Patriarcas de Etiopía, si es que llegaron a tres (y no dos, a lo sumo), habían ya pagado sucesivamente su tributo a la muerte (1562, 1578 y 1583), pudo decirse que había concluido la primera etapa de la misión etiópica, que podría con razón llamarse la etapa ignaciana, porque Ignacio había sido el primer fundador y creador de aquella misión, el forjador espiritual de aquellos misioneros y el que había obtenido del Romano Pontífice (a unas con D. Juan III) la consagración episcopal y la elevación al Patriarcado para los tres celosos jesuitas.

Hubo en esta etapa ignaciana exploradores audaces, y pioneros intrépidos; si faltaron grandes conquistadores, no fue por carencia de valerosos soldados y de sabios y perspicaces capitanes, sino porque las difíciles y complicadas circunstancias político-religiosas y las dificultades geográficas y humanas, no eran fáciles de ser dominadas por extranjeros de países tan remotos y de idiomas tan desemejantes.

En la conquista del Imperio Etiópico, planeada por Ignacio, se derrocharon recursos materiales, morales y espirituales, con mucha ilusión en sus principios, y con triste desengaño en sus momentos catastróficos. Se hizo lo posible y lo imposible con el Rey de Portugal, que mandó a tan lejanos países sus joyas y tesoros, sus hombres, sus embajadores. Ignacio puso a su disposición espíritus selectos, ánimos emprendedores de nobles sacrificios y de altísima idealidad. Lo que se construyó en un momento se disipó en otro. Si el gran Loyola hubiera vivido algunos años más, no se hubiera desalentado; hubiera dado nueva vida a la esperanza y detrás del próximo horizonte hubiera entrevisto la claridad de un nuevo día. Las lágrimas que con tanta frecuencia solía derramar el fundador de la Compañía, hubieran caído ahora como lluvia fecundante en los terrenos que antes parecían sequedales estériles.

Páez, Méndez, el mártir Sella Christos

También el toledano Pedro Páez (1564-1622) incansable siempre en aquellos arenales, ríos y montañas, regó con sus sudores durante 19 años tierras inmensas que parecían estériles y desiertas. Padeció siete años de cautividad en las prisiones turcas y una vez libertado, tuvo la dicha de reducir al seno de la Iglesia Católica al Emperador Za-Dâgal (1604), a su sucesor Seltân Sagâd (1607-1632) y a otros que le hicieron merecer el título de «Apóstol de Etiopía»[213].

La más alta y reverenciada autoridad de la Iglesia etiópica recayó en manos del P. Alfonso Méndez, un portugués nacido en 1593, profesor de Sagrada Escritura en las Universidades de Coimbra y Evora. En el tiempo de su patriarcado tuvo lugar un acontecimiento de alta resonancia. El 11 de febrero de 1626 el Emperador Seltân Sagâd, rodeado de sus hijos, su corte y los miembros del clero etiópico hicieron delante del Patriarca A. Méndez solemne profesión de fe romana.

Se esperaba una conversión en masa del pueblo, pero se tropezó con una firme y constante resistencia de parte de los monjes. Allí faltaron la prudencia y el tacto de Ignacio de Loyola. Reglas de tacto y prudencia las había dado en los Recuerdos escritos que entregó en 1555 al Patriarca Juan Nuñes Barreto.

Se ve que aquellas reglas de gobierno blandas y tolerantes estaban ya olvidadas, o habían caído en desuso. Méndez, más celoso que prudente, corrigió ciertas costumbres, más o menos relajadas, con severidad ruda, siendo así que en la iglesia cismática muchas veces se transigía. Esto causó entre el clero monacal la desestima y la antipatía respecto del Patriarca latino. El mismo Negus, católico durante varios años, renegó de la fe en junio de 1632, pero al fin murió cristianamente el 16 de setiembre de ese mismo año, afirmando su fe romana y recibiendo la absolución sacramental y la Santa Eucaristía de las manos de un hijo de San Ignacio.

«La Etiopía —ha dicho un historiador de las misiones— después de 85 años había sido regada por el sudor o la sangre de 56 jesuitas; pero

[213] Pedro Páez fue el primer europeo que descubrió las fuentes del Nilo. El mismo lo describe con visible satisfacción y tuvo lugar d 21 de abril de 1618: «Está la Fuente (del río) casi al Poniente de aquel reino... y a los 21 de abril de 1618, que yo llegué a verlo, no aparecían más que dos ojos redondos de cuatro palmos de largo, y confieso que me alegré de ver lo que tanto desearon saber antiguamente el rey Ciro y su hijo Cambises, el gran Alejandro y el famoso Julio César» *(Hist. Aethiop.* Lib. I, cap.XXVI).

mientras los primeros años de Seltân Sagâd habían sido tan copiosos, en conversiones, que con razón se podía esperar que el país pronto volvería al Catolicismo, la debilidad de la mayor parte de los convertidos no resistió frente a la persecución».

Hubo martirios ciertamente gloriosos, mas no tantos como se podía esperar. El más egregio de todos, por tratarse de un hermano del Emperador Seltân Sagâd, fue el Príncipe Sella Christos, valeroso propugnador de la fe cristiana y afortunado caudillo militar contra todos los enemigos del Emperador. No faltó ya en su tiempo quien declarase que la Iglesia debería concederle los honores de los mártires. Rechazó con energía los dones y premios con que los cismáticos querían atraerle a su partido; protestó siempre de una inquebrantable adhesión al Pontífice de Roma y a su fe católica, y porque era mirado por todos como la columna de la fe en Etiopía, le echaron al destierro, donde vivió los últimos 21 años de su vida «en un monte de tierra caliente que confina con los cafres de cabello revuelto» (expresión gráfica del Patriarca Méndez) hasta que ya avanzado en días le cortaron la cabeza en 1653. Signo muy claro de que la Misión católica desaparecía en el reino del Preste Juan.

Ignacio, misionólogo

Era habitual costumbre de San Ignacio informar cuidadosamente a los misioneros que enviaba a tierras lejanas y a países desconocidos acerca de las peculiaridades de la región, de las costumbres de sus habitantes, de las autoridades que allí encontrarían, del carácter del pueblo, del clima, del modo de tratar a la gente y de mil otras cosas en que tropezarían los predicadores de la religión, si no fueran exactamente prevenidos.

Para el caso de Etiopía redactó varios documentos de diversa transcendencia y desigual carácter. El primero va dirigido «Al Rey de Abisinia», cuyo nombre era entonces Claudio, y no raras veces se decía «el Preste Juan». Como él y toda la nación seguía el cisma alejandrino, Ignacio le habla del Primado pontificio, que es necesario acatar; de la unidad de la Iglesia, único rebaño pretendido por el único Pastor y regido por el único Vicario de Cristo en la tierra, que es el Papa. Exhorta al Negus a no depender del Patriarca de Alejandría, porque está separado de la Iglesia universal. Tan sólo el Pontífice Romano es la cabeza de todo el cuerpo de la Iglesia y en su unión y dependencia hay que vivir, porque es «beneficio singular estar todos unidos al cuerpo místico de la Iglesia católica, vivificado y regido por el Espíritu Santo, que le enseña toda la verdad».

Así componía Ignacio en febrero de 1555 para el Negus Claudio un brevísimo y claro tratado teológico con lo más fundamental de la eclesiología, nítidamente expuesto.

Otro documento compuso Ignacio en aquella ocasión para el Patriarca J. Nuñes Barreto, no de teología, sino de psicología misional, enseñando: 1) el modo de captarse las simpatías del Negus; y 2) la manera de adaptarse a la mentalidad del pueblo con delicadeza y prudencia, con suavidad y sin arrebato. Lleva por título el siguiente: *Recuerdos que podrán ayudar para la reducción de los reinos del Preste Juan a la unión de la Iglesia y Religión Católica, enviados al P. Juan Núñez.*

Haciendo mención poco más tarde de esta Instrucción le dice muy delicadamente al mismo Patriarca: «Usaréis della en cuanto os pareciere, sin hacer escrúpulo de no seguir esto, cuando otro se os representase mejor».

No he querido hacer aquí un extracto de esos «Recuerdos» que deberán tener presentes los misioneros, porque lo hizo perfectamente el P. Ignacio Ortiz de Urbina en su librito, *San Ignacio de Loyola y los Orientales* (Madrid 1950) p.59-66. Una cosa no quiero pasar por alto, porque siempre me ha parecido cosa admirable en Ignacio de Loyola la importancia que daba a la cultura y particularmente a la latinidad como elementos humanizadores y civilizadores. Diríase que no es el fundador de los jesuitas el que legisla para pueblos semisalvajes, sino un seguidor de Erasmo y Luis Vives que quiere dar lecciones de humanismo a la juventud de un pueblo en vías de progreso.

No escribe a maestros de escuela o de liceo, sino a misioneros de países de infieles, a quienes les dirige estas frases, tomadas de la carta al P. Juan Nuñes Barreto:

«Ayudaría para la reducción entera de aquellos reinos... que allá en Etiopía *hiciesen muchas escuelas* de leer y escribir y otras letras y colegios para instruir la juventud... en la lengua latina y costumbres y doctrina cristiana, que esto sería la salud de aquella nación… Y si pareciese difícil, entre los de aquel reino, tan habituados a su modo de proceder, que los niños se instituyesen como deben, mírese si sería bien que el Preste enviase *muchos dellos, de buenos ingenios,* fuera de su reino, haciendo un Colegio *en Goa,* y si pareciese, otro *en Coimbra,* y otro *en Roma,* y otro *en Chipre* por la otra parte del mar, porque con buena doctrina y católica tornando a sus reinos, ayudasen los de su nación, y tomando amor a las cosas de la Iglesia latina, tanto más firmes estarían en el modo de proceder

della... Mírese por hacer a su tiempo algunas Universidades o Estudios generales.

Miren los abusos o desórdenes que pueden reformarse suavemente... Convendría *hacer hospitales,* donde se recogiesen peregrinos y enfermo, de males curables y incurables, dar y hacer dar limosnas secretas y públicas a pobres, y ayudar a *casar natos expósitos y niñas,* etc.»

Todo esto y mucho más entraba en el programa educativo de Ignacio de Loyola, que abarcaba lo físico y lo moral, lo corporal y lo espiritual, lo patriótico y lo religioso, lo social y cuanto pudiera decirse cultural y humano. Este es el programa que entregó a sus hijos, y que éstos difundieron por todas las partes del mundo entonces conocido.

CAPÍTULO XVI

LOS ÚLTIMOS DESTELLOS

De Ignacio de Loyola es lícito a cualquier historiador decir —dentro de sus justos límites— aquello que de Juan el Bautista dijo Cristo en Jerusalén: *Erat lucerna ardens et lucens*. Desde el año 1521, en que Iñigo de Loyola sintió dentro de su alma la conversión total a Dios en la casa-torre de sus abuelos, hasta el primer alborear del día 31 de julio de 1556, en que exhaló en la Roma de los Papas su último suspiro, aquel hombre privilegiado por el Señor con tantos dones no cesó de arder y resplandecer en el templo de Dios como una lámpara.

Irradiaciones de largo alcance

Y es de notar una particularidad de los hombres grandes, que con su luz no solamente esclarecen los pasos que van dando ellos mismos en su camino de la vida, sino que alumbran el andar de los que quieren seguirles de cerca o de lejos. Eso le pasó a San Ignacio, que, teniendo su foco central en Roma, le venían súplicas del Norte de Europa, de Africa, de Asia y América, pidiéndole apóstoles modelados por el mismo fundador de la Compañía y llenos de su espíritu. Nada menos que un hombre de tan alta espiritualidad como el P. Antonio de Córdoba le rogaba desde Plasencia de Extremadura: «Sería gran ayuda para estas partes, que de ésas viniesen algunos a regir y leer; aunque no fuesen tan cabales, *viniendo con el calor de Vuestra Paternidad serían más estimados;* de esta manera se podrían cumplir sin tantas quiebras las fundaciones que por el Andalucía hay comenzadas».

Lo mismo le gritaba desde la India Francisco Javier; lo mismo repetían desde Africa y América otros apóstoles de la fe. Pero Ignacio no podio multiplicarse; les mandaba cartas de aliento, de consolación, de normas y criterios, de doctrinas y métodos catequéticos. ¡Cuántos manualitos de evangelización y de pedagogía para jóvenes misioneros; cuántos libretines para personas espirituales; cuántos documentos de sabias instrucciones para príncipes o personas de modesta condición se podrían coleccionar,

leyendo despacio los miles de epístolas ignacianas! Aunque sin lucir cualidades literarias, el bien espiritual que consiguió con su pluma fue inmenso y perdurable. En la misma cultísima Europa, si apagamos las lámparas que encendieron su luz en la hoguera de Ignacio y fueron los propagadores del espíritu ignaciano (un Pedro Canisio, un Francisco de Borja, un Diego Laínez y Alfonso Salmerón, un Pedro de Ribadeneira, un Benito Pereira [Pereirus], un Martín de Olabe, un Andrés des Freux, un Juan Perpiñá, un José de Anchieta, un Manuel Alvares y Cipriano Suárez, a quienes cito por su sabiduría católica más que por su apostolado, aunque apostolado sea el suyo y de sublime altura, ¿no es verdad que, borrados los nombres, pierden claridad y esplendor la ciencia eclesiástica y la cultura humanística del Quinientos?

Repito que Ignacio no podía multiplicarse; tan abrumado estaba de múltiples y variadísimas faenas. Por eso redoblaba su acción por medio de sus hijos, a quienes enviaba bien amaestrados y disciplinados a todas las regiones y ciudades que los reclamaban.

Desgraciadamente la salud corporal, quebrantada desde los días de su conversión a causa de las excesivas penitencias, y mal atendida por una terapéutica equivocada, íbase tornando cada día más precaria, de suerte que apenas le permitía levantarse del lecho, al paso que los asuntos de gobierno y sus obligados servicios a la Santa Sede, o a los Obispos y a los monarcas católicos se multiplicaban y se hacían absorbentes y complicados.

La salud en quiebra

Observando la vida de Ignacio en su juventud, nos da la impresión de que goza de una salud envidiable; es la de un adolescente ágil, impetuoso, dinámico, vigoroso, resistente, o la de un soldado que no teme al dolor ni a la muerte. Se quiebra, momentáneamente por lo menos, en el castillo de Pamplona, combatiendo contra los invasores franceses. Vienen los médicos y cirujanos a la casa misma de Loyola, y advierten que los huesos de la pierna de Iñigo estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. «Y hízose de nuevo esta carnecería, en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños. Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte... Fue aconsejado que se confesase, y así recibiendo los sacramentos... dixeron los médicos, que, si hasta la media noche no sentía

mejoría, se podía contar por muerto».

Con invocaciones a San Pedro («solía ser el dicho infermo devoto de S. Pedro») y con medicamentos y corte de huesos que le hicieron los médicos y cirujanos, lo cierto es que empezó pronto a mejorar.

Su resistencia en el caminar no bajó lo más mínimo. Se vio claro en el viaje que hizo a pie y con la herida de la pierna sin cicatrizar del todo, desde Navarrete hasta Montserrat y de allí hasta Manresa, donde «la gente —son palabras de Polanco— le tenía en gran admiración y estima; tanto que, cayendo él en una enfermedad, la Comunidad misma *(o el Común de la villa)* le hizo proveer de casa y recado para curarse, y las principales señoras de la tierra le velaban toda la noche. Llegó esta enfermedad (que vendría de los muchos y insólitos trabajos y penitencias que usaba), hasta la muerte... Convaleciendo desta enfermedad, tomó a recaer una y muchas veces». Desde entonces todo su cuerpo se sintió más débil. Bien lo advirtió Laínez: «Con ser al principio recio y de buena conplisión, se mudó totalmente cuanto al cuerpo». Lo mismo viene a decir su biógrafo Ribadeneira: «Al principio fue de grandes fuerzas y de muy entera salud, mas gastóse con los ayunos y excesivas penitencias, de donde vino a padecer muchas enfermedades y gravísimos dolores de estómago... Sufría tanto la hambre, que a veces por tres días y alguna vez por una semana entera, no gustó ni aun un bocado de pan ni un gota de agua».

Cuando estaba para embarcarse en Venecia rumbo a Palestina, le sobrevino al peregrino Iñigo «una grave enfermedad de calenturas» y preguntado el médico si podría embarcarse, respondió: «Para allá ser sepultado, bien se podría embarcar». Iñigo «vomitó tanto, que se halló muy libero» y llegó felizmente a Jerusalén.

Estando en Vicenza del Véneto el año 1537, con ánimo de pasar a Jerusalén, tuvo noticia, estando también él «enfermo de calenturas», de que su compañero Simón Rodrigues estaba «muy al cabo» en Bassano. ¿Qué hace Ignacio? «A la mañana siguiente se puso en camino a pie, y anduvo 30 millas hasta Bassán, donde estaba Maestro Simón»[214]; 30 millas, aun reduciendo la milla a un tercio de legua, es demasiado para ser recorrido en un día.

Se cuenta en la llamada comúnmente *Autobiografía* de Ignacio, que un estudiante español, a quien Ignacio había entregado en depósito cierta

[214] La milla es una medida itineraria que varía según los países: en Roma y Génova 1.460 m, en el Piamonte 2.466 m. Para otros equivale sencillamente a un tercio de la legua (pero la legua cambia también según los países).

cantidad de dineros, huyó con ellos camino de España; súpolo Ignacio, y al enterarse de que al llegar a la ciudad de Ruán había caído enfermo, le vino «deseo de andar aquellas 28 leguas que hay de París a Ruán a pie, descalzo, sin comer ni beber». Así lo hizo, de forma que la primera noche se albergó con un pobre mendigo en un hospital, habiendo caminado aquel día 14 leguas. Al día siguiente fue a recogerse en un pajar, y al tercer día llegó a Ruán. En todo este tiempo permaneció sin comer ni beber y descalzo, como había determinado. En Ruán consoló al enfermo y ayudó a ponerlo en una nave para ir a España». Tres leguas de ida y tres de vuelta, sin comer ni beber y descalzo, no es un viaje fácil y agradable para ningún andarín, y mucho menos si cojea de un pie.

Los dolores que en tiempo de los estudios parisinos pareció que se calmaban se agravaron en tal forma, que en el último año «se sintió mal del estómago, de suerte que cada 15 días le venía un dolor de estómago, que le duraba una hora larga y le producía fiebre; y cada vez le duró el dolor de estómago 16 o 17 horas... Creciendo la enfermedad de día en día, sin poder hallar ningún remedio, por muchos que se ensayaron, solamente los médicos dijeron que no quedaban otro remedio si no era el aire nativo que le pudiese aliviar. Sus compañeros le aconsejaban lo mismo y con grande instancia».

Después de su temporada de reposo en Azpeitia, deseó pasar a Italia y estudiar algo de teología en la Universidad de Bolonia, pero le asaltaron sus dolencias ordinarias con tal ímpetu, que le fue imposible detenerse en Bolonia y se llegó hasta Venecia. Desde allí cuenta el 12 de febrero de 1536 al futuro obispo Jacobo Cazador lo sucedido: «Antes de Navidad con quince días, estuve en Bolonia siete días en la cama, con dolor de estómago, fríos y calenturas; así determiné de venir a Venecia, donde habrá mes y medio que estoy».

No lo pasó mal en Venecia, pues la fiebre que le atacó en Bassano no debió ser de gran importancia. Y su residencia definitiva en Roma desde fines de 1537 parece que le fue bienhechora los cinco primeros años hasta el otoño de 1543.

Se echa encima el invierno, y la enfermedad se agrava. Pero ¿en qué consistía propiamente esa casi continua enfermedad? Los médicos de entonces no acertaron a diagnosticada, y al recetarle remedios y medicamentos inútiles o contraproducentes, hacían más graves sus dolores.

Como Ignacio se quejaba siempre del estómago, creyeron los que le asistían que allí estaba la raíz de su mal; pero aunque era verdad que el es-

tómago le dolía, bien dijo en nuestros días el Doctor Gregorio Marañón, que «tenía dolores en el estómago, mas no era propiamente el estómago lo que le dolía», porque su dolencia era «de litiasis biliar y cirrosis hepática». Ya en 1922 el médico italiano Dr. Alejandro Canezza había pronunciado rotundamente: «calculosis biliar». Como al morir se le hizo la autopsia, podremos luego entender las razones. Entre tanto vamos a ver cuánto tuvo que sufrir el Santo en tantos años de dolorosa enfermedad, mal curada.

Cuando uno ve por sus cartas los cuidados exquisitos, casi excesivos, con que el fundador de la Compañía deseaba que los enfermos de cualquier casa o nación fuesen atendidos con los mejores médicos y los remedios más costosos traídos de donde fuese necesario, no puede menos de maravillarse de la pobreza con que fue tratado Ignacio de Loyola, sin que éste pronunciase una palabra de queja o indicase el deseo de algo apetecible.

Tan sólo dos veces, estando ya casi moribundo, hizo muy humildemente, como solía siempre, dos indicaciones o apetencias. La primera fue al enfermo: acaso un cambio de aires, le sería saludable, trasladándose a la *villa* (o viña) que poseía el Colegio Romano cerca de las grandiosas ruinas de las Termas de Antonio Caracalla, a las faldas del Aventino. La había comprado él un año antes para recreación y salud de los estudiantes. La segunda tuvo lugar a las puertas de la muerte, dos días antes del fallecimiento. Y se trató de una súplica tan elemental, que cualquiera se la hubiera concedido sin pedirla. Llamó al P. Polanco y le rogó que avisase al Doctor Baltasar Torres, insigne médico y matemático, entrado en la Compañía tres años antes, que no le olvidase a él, sino que lo visitase igual que a los demás enfermos de casa.

Alternancias de salud y de enfermedad

Hasta fines de 1543 no parece que la salud, aunque debilitándose poco a poco, se le resintiese gravemente. Pero desde entonces su vivir es un continuo caer y levantarse. Los fuertes dolores hepáticos le fuerzan a guardar cama semanas y meses. El, con todo, no se queja. A comienzos del año 1544 (ignoramos la fecha precisa), un ayudante de Ignacio en asuntos de correo comunica a los jesuitas lo siguiente: «Por haber estado M. Ignacio *de cuatro meses acá* más enfermo de lo que antes solía, amostrando sus *continuas enfermedades*... ha parecido a algunos aliviarle deste trabajo que tenía de escribir, el cual no poco le agravaba, más de lo que parescía, para que en cosas de mayor importancia se ocupase... Y, ansí,

esto impetrado de S. R., el tal cargo se me ha dado a mí, aunque indigno e insuficiente para ello» (cf. I, 285). El que así escribe es probablemente el valenciano Jerónimo Doménech, antecesor de Ferrán y del gran Polanco.

El eximirle del trabajo de la correspondencia epistolar, ¿no quiere decir que lo veían demasiado fatigado y sin fuerzas?

Pero es curioso que a los pocos días una ráfaga de optimismo penetra en su habitación, como en su cuerpo ha penetrado una ráfaga de salud, y alegre se dirige a Francisco de Borja: «Estoy de salud mejor que haya estado de un año a esta parte, Dios loado». Y era aquel invierno de tremenda carestía y hambre en Roma, tanto que los personajes más distinguidos de la Casa Profesa, para buscar el sustento necesario para vivir, salen a mendigar algo con que alimentar a sus hermanos. Y esos mendigos se llaman Teutonio de Braganza, L. Gonçalves da Cámara, Diego de Guzmán y el Doctor Loarte con otros de igual categoría. ¿Qué le darían de comer a Ignacio?

Es de creer que ya se sentía robusto cuando su secretario redactaba estas frases, en la primera mitad de 1544: «Maestro Ignacio, el tiempo que ha estado libre de su enfermedad, no poco ha estado ocupado, cresciéndole siempre los trabajos espirituales, como en confesiones no solamente habiendo cargo de confesar la casa de Madama *(Margarita de Austria),* pero aun la casa de la mujer del embajador de España, y esto a menudo; y aun en tratar ciertas paces de mucha importancia, en adressar las *Constituciones de la Compañía* e in semejantes obras». A Salmerón le dejaba las prédicas al embajador y a su mujer en adviento, sin abandonar los sermones los domingos y fiestas.

El bienestar de Ignacio no obedeció a una mejoría momentánea; mucho menos a una curación perfecta, fruto de una terapéutica progresiva. No creo que los galenos cambiasen sus medicaciones y tratamientos. Sólo que la estirpe de los Loyolas era de una naturaleza robliza y dura como los cocinares de sus montañas. Y resistió mucho más de lo que se podía esperar.

Hay que dejar correr los años 1544, 45, 46 y 47, para que el 14 de julio de 1548 se deje oír la voz del P. Nadal que murmura sin aspavientos: «El P. Maestro Ignacio ha estado indispuesto muchos días».

Y esperar la entrada de año nuevo, para que el 5 de enero de 1549 el secretario de Ignacio dé un aviso a los que pueden molestarle con sus cartas: «Que el Padre por su enfermedad no escribe a Doña Leonor de Osorio», esposa del Virrey de Sicilia.

Eran los pródromos de la enfermedad que se agravaba. Habla de ella Ribadeneira colocándola en el invierno de 1550-51. Gonçalves da Cámara la recuerda con estas palabras: «El año de 50 estuvo muy malo de una muy recia enfermedad, que a juicio suyo y aun de muchos se tenía por la última. En este tiempo, pensando en la muerte, tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derretía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dexaba de pensar en la muerte, por no tener tanto de aquella consolación».

Esto nos recuerda la alegría sobrenatural de aquellos mártires romanos que cantaban himnos a Dios en las garras de los leones, o entre las llamas del martirio.

Ignacio abandona el gobierno (1551)

Sabido es que el fundador de la Compañía, ante la inminencia del año jubilar 1550, en que muchos jesuitas acudirían a Roma, quiso aprovechar esa oportunidad para invitar a todos los profesos, que no eran muchos, a que reunidos en Roma revisasen el texto de las *Constituciones,* ya ultimado, y le hiciesen algunas observaciones. Tuvo lugar la reunión entre 1550 y 1551. Una cosa de mucha importancia les dijo entonces Ignacio: que él renunciaba al cargo de Prepósito General, pues no tenía cualidades para desempeñarlo debidamente. Así se expresó con tanta sinceridad como humildad el día 30 de enero de 1551:

«Yo deseo en el Señor nuestro que mucho se mirase, y se elegiese otro, que mejor, o no tan mal, hiciese el oficio que yo tengo de gobernar la Compañía». ¿Razones para ello? Sus pecados, imperfecciones y muchas enfermedades. Esto de las enfermedades era el único motivo digno de tenerse en cuenta. Pero los Padres profesos se negaron resueltamente a admitir la renuncia. Todos, menos el santo Andrés de Oviedo, que en su columbina ingenuidad decía que había que creerle a Ignacio, como a santo, cuando afirmaba que no era apto para el cargo. La anécdota la cuenta Nadal. Reiríanse los congregados con esta salida del Rector de Valencia, mientras el enfermo, callando, haría un acto heroico de resignación. Porque la verdad era que sus dolencias no se mitigaban, y uno piensa que aquellos próceres de la Compañía naciente que tanto amaban indudablemente a su Padre y Maestro, deberían haber hecho algo positivo para aliviar sus dolencias y dolores. Por lo menos llamando a un médico de los mejores de Roma.

Ignacio se acercaba a la muerte lentamente, se la bebía sorbo a sorbo.

Quizá ésa era la opinión de su secretario cuando escribía a Simón Rodrigues: «Nuestro Padre anda muy indispuesto y en mano de médicos y declinando mucho *de dos meses acá;* tanto que nos da que *temer de dexarnos.* Muy grave debía estar Ignacio cuando a sus amigos y confidentes les asaltaba el pensamiento de una muerte próxima.

Son muy significativas las palabras de Ignacio a Francisco de Borja, con cuya conversación epistolar mucho se deleitaba, porque admiraba su gran santidad, y preveía en él a su futuro sucesor. «Sabed, carísimo hermano —le decía el 20 de agosto de 1554—, que de dos meses a esta parte, por mis enfermedades, de 24 horas del día, apenas las cuatro estoy fuera de la cama, Dios loado».

Que la enfermedad avanzaba amenazadora, se transluce de un informe del secretario a Petronio Zanelli, amigo de Loyola, el 10 de setiembre de 1554: «En nombre de nuestro Padre. El cual desde hace cerca de tres meses hasta ahora ha estado muy enfermo, y algunas veces próximo a la muerte. Ya está mejor por la gracia de Dios, pero debilísimo y casi siempre en cama».

Con el cuerpo *debilísimo* y con las entrañas devoradas por los más atroces dolores, no era posible conducir a la victoria un ejército numeroso juvenil y emprendedor como era la Compañía de Jesús. Ignacio se daba cuenta de la situación mejor que nadie. Y puesto que los Profesos han rechazado su propuesta de abdicar, decide algo muy parecido a la abdicación: nombrar Vicario general a Nadal, y retirarse él de todo gobierno.

Lo hizo por este documento fechado el 9 de agosto de 1555: «Por mi edad y falta de salud y muchas ocupaciones, me pareció en el Señor nuestro convenir, para mayor servicio divino y mejor gobierno de la Compañía, que yo tomase una ayuda, a quien comunicase *toda la autoridad mía* en lo que toca a la Compañía y supósito della; y así haciendo juntar cerca de 40 sacerdotes, que se hallaron en Roma, de nuestra Compañía, todos de común consentimiento escogieron al Mtro. Hierónimo Nadal, no le faltando (sino) uno o dos votos de todo el dicho número, los cuales después vinieron a sentir lo mesmo. Siendo esto assí, por ésta me ha parescido avisaros que e*n todo habéis de estar a obediencia del dicho Mtro. Hierónimo,* teniéndole en lugar de Xto. nuestro Señor, porque yo en lo que toca al cuidado de vuestra persona me he descargado del todo con él; y assí en virtud de santa obediencia os ordeno le obedezcáis cumplidamente, como a mi mesma persona, por tener el lugar que tengo y oficio,

seríades obligado».

Este tan grave y serio documento se lo mandó directamente, como es natural, a Jerónimo Nadal constituido Vicario, y también —por razón de su extraña rebeldía— a Simón Rodrigues, que se hallaba en la soledad de Bassano y que finalmente obedeció, para consuelo de Ignacio.

Dos tópicos se repiten frecuentemente estos años en las cartas del Secretario.

1.° Que está en cama con dolores de estómago y calenturas, tanto que no puede contestar a las cartas; tanto que «aun el firmar le es trabajoso» (15-1-55).

2.° Todos los de la Compañía rueguen por el Padre.

De pronto cambia la escena repentinamente. Desde el 26 de enero de 1555 hasta noviembre del mismo año se repite en las cartas más de siete veces que «nuestro Padre está bueno», «por gracia de Dios N. Señor nuestro Padre Maestro Ignacio está bien». Y un hombre tan sensato como Polanco escribe a Borja el 1 de setiembre de 1555: «Le hago saber que nuestro Padre está tan bueno ahora de salud... que no le he conocido en tiempo alguno tan sano. Sobre el estómago no más ropa que los otros ordinariamente; y come y cena bien, y puede trabajar más que primero; y creo nos ha de enterrar a la mitad de los que parecemos más mancebos. Dios sea loado. El ejercicio de salir al campo es el medio que nos parece le ha más ayudado».

Muy rosado se le presentaba a Ignacio el horizonte, pues durante tres meses estuvo soñando en peregrinar al santuario de Loreto: «Espero con la divina ayuda —escribía el 9 de febrero— andar en la misma semana de Pascua a visitar la Santa Casa y consolarme en el Señor».

Mas no hay que cantar victoria, porque la enfermedad no está curada y volverá a morder como una serpiente venenosa.

El 30 de noviembre de 1555 se le participa al Doctor Gaspar de Doctis, sin darle demasiada importancia, que ha reaparecido la calentura con sus dolores: «Nuestro Padre se halló estos días mal de salud, con fiebre y dolores de estómago. Ya está bien, Dios loado». ¿Queda alguna esperanza?

La obediencia a los médicos

Siendo S. Ignacio de Loyola el Doctor por antonomasia de la virtud de la obediencia, el que más fundamentalmente la estudió y cantó sus

alabanzas, llamándola «oblación nobílisima», que hace al hombre «hostia viva y agradable a su divina Majestad, no reteniendo nada de sí mismo», virtud en la que deseaba se señalasen muy particularmente todos los hijos de la Compañía de Jesús, se comprende que él la cultivase con amor y esmero, como la flor más alta y perfumada de su jardín espiritual, y la practicase obedeciendo no solamente a las personas constituidas en dignidad, y dotadas de virtud y sabiduría, sino a las más humildes e incapaces.

Cuenta el P. Luis Gonçalves da Cámara en su *Memorial* varios casos de su obediencia a médicos ignorantes, que sabían de medicina probablemente menos que él, y a quienes obedecía al pie de la letra. Dice así el confidente de Ignacio:

«Obedecía nuestro Padre a los médicos en sus enfermedades con la misma perfección que él quería y deseaba que los de la Compañía tuviesen para con los Superiores de ella. No parecía en esta materia sino que perdiera el juicio en las cosas que le ordenaban, y aun todo el cuidado de sí mismo y de su salud. Estando en Roma, adoleció algún tanto gravemente; curólo un médico de casa, mancebo y de pocas letras, y engañándose en la raíz de la enfermedad, aplicábale remedios calientes, con que lo trataba muy mal. Era en verano, y en tiempo de grandes calmas de Roma. Mandábale estar sofocado con muchas mantas o colchas, con las ventanas y puertas de casa cerradas, para que no entrase aire; mandábale no beber sino vino puro muy fuerte, pensando que procedían del frío sus dolores de estómago. Ardía el Padre de sed, y nunca pidió una poca de agua para beber; deshacíase en sudor con la fuerza de los dolores y la gran calentura en que estaba, tanto que traspasaba los colchones de la cama y no se quejaba; sentíase finalmente desfallecer, y no lo significaba, mostrando en todo tener tanta confianza y sumisión al médico, como si fuera un hombre perfectísimo en aquella ciencia, constando por otra parte manifiestamente al Padre la gran insuficiencia de su saber. En fin, llegó la cosa a términos, que él comenzó a disponerse para morir, cosa que nosotros entendimos, porque mandó que ninguno le fuese a hablar a la cámara, sino el enfermero, remitiendo a los Padres todos los negocios de la Compañía, como quien se daba ya por consignado a la muerte. Juntámonos entonces los Padres profesos que había en casa, y pareciónos a todos que estábamos obligados a mandar llamar otro físico que lo visitase, y viese si podría vivir aún. Violo el Doctor Alexandro (Petroni), y en seguida que lo vio y fue informado de lo que pasara en la cura, comenzó a gritar que lo habían matado a poder de calentura. Mandó luego que lo descargasen de la mucha

ropa; que abriesen las ventanas de la casa; que le diesen de beber toda el agua fría que quisiese; de esta manera sanó y convaleció muy en breve».

Triste cosa es que fuese llamado a destiempo este insigne médico, cuando ya Ignacio se encontraba a las puertas de la muerte. ¿Por qué no antes? ¿No hubiera él intuido con su ciencia y experiencia, que aquellas fiebres tan constantes y aquellos dolores tan insoportables no podían proceder sólo y siempre del estómago? Tal vez la paciencia silenciosa del propio enfermo fue parte a que ninguno de los de casa se percatase de la extrema gravedad del ya casi agonizante. A la verdad, pasma y sorprende que un hombre atenaceado por tan atroces y casi continuos sufrimientos físicos, se comportase con tanta firmeza y serenidad, como si disfrutase de perfecta salud, o como si aquel cuerpo dolorido y sufriente no fuera suyo, y pudiese llevar adelante tantas obras de caridad corporales y espirituales, tantas empresas apostólicas por sí y por sus hijos en casi todos los países, y tantos afanes en resolver problemas intrincados y espinosos que le proponían los Papas, los cardenales, los obispos, los Príncipes y todos cuantos tenían fe y confianza en su prudencia sobrenatural.

Ignacio descansa en la villa (o finca) del Colegio Romano

La ciudad de Roma, sin montes altos, sin bosques umbrosos y sin playas cercanas, no era el mejor sitio para veranear. Por eso, mirando por la salud de los jóvenes estudiantes del Colegio Romano, y a fin de que pudiesen respirar aire del campo, divertirse en los días de vacación y reposar tranquilamente los enfermizos, convalecientes y extenuados por excesos en el estudio o en otras tareas, pensó comprarles en las afueras de Roma un lugar campestre y ameno adonde no llegasen los ruidos de la ciudad. Consultó el asunto con el insigne Doctor Alejandro Petroni, preguntándole si aquel paraje era salubre y apto para levantar una casa de descanso estudiantil. Habiéndole respondido afirmativamente, se puso en tratos con un hebreo converso, de nombre Alejandro Fulgíneo, quien se lo vendió por 300 ducados de oro (10 de enero de 1555). No pudiendo Ignacio, por su enfermedad, actuar personalmente en la compraventa, le representó, como su procurador, el Dr. Juan de Sandoval.

Bajo las órdenes del P. Cristóbal de Madrid se construyó inmediatamente una casa amplia de tres pisos y de elegante arquitectura, según el P. N. Lancino.

Eran días en Roma turbulentísimos, con soldados armados por las calles, como en estado de guerra. Brevemente lo describe Ribadeneira, en su

Vida del P. Ignacio de Loyola. «Estaba en aquel tiempo Roma llena de soldados por la guerra que había entre el Papa Paolo IV y el Rey Católico, don Felipe el II, y no se oía otra cosa en la santa ciudad sino a tambores y pífanos y ruido de arcabuces y artillería, y toda la gente estaba llena de pavor y sobresalto. Por no ver esto tan de cerca y por llorar más a sus solas tan grande calamidad, salióse por unos pocos días a una casa del campo, un poco apartada de lo poblado de Roma»[215].

Esto significa que no abandonó la ciudad por habérsele agravado la enfermedad, o buscando un aire más fresco y salubre, sino huyendo del rumor de guerra y del estruendo militar.

N. Orlandini, con su elegante latinidad, añade nuevas pinceladas al oscuro cuadro: «Todo lo perturbaba la guerra, que ardía ya, o se preparaba, entre el Pontífice y el Rey Católico. De día y de noche los confusos clamores de los soldados y del vulgo, el clangor de las trompetas, el estrépito de los tambores, el acelerado tañido de las campanas herían los oídos y los ánimos de todos. El aborrecimiento de tales alborotos impelía su corazón hacia la villa que poco antes había él construido, para utilidad del Colegio Romano, dentro de los muros de la ciudad, no lejos del templo de Santa Sabina».

En aquella apacible soledad enteramente deshabitada, no se oían gritos, ni retumbos, ni algarabías. Allí podía Ignacio reposar y meditar. Había hecho su traslado el 2 de julio de 1556. Un día después escribía Polanco: «Nuestro Padre está bien por la gracia de Dios... Actualmente se halla en la casa del Colegio, donde anoche durmió».

Y el 4 del mismo mes a Gaspar de Doctis, gobernador de la Casa de Loreto, le da noticias optimistas: «Nuestro Padre, desde el jueves por la mañana, no está en casa, pues hallándose muy indispuesto, se trasladó a la casa del Colegio, donde ha mejorado notablemente, tanto que ya come y cena fuera de la cama, lo cual no lo había hecho desde hace muchos meses».

No son tan faustos sus presentimientos el 20 de julio, escribiendo a Bobadilla: «Nuestro Padre está en la casa de la viña, y hanle visitado estos días algunos dolores de estómago, y con más facilidad que suelen, le han

---

[215] *Vida de Ignacio de Loyola. Textus latinus et hispanus,* ed. Dalmases *(Font. narrat*. IV, 709). Como algún amante de la pobreza le advirtiese a Ignacio: ¿Cómo se gasta tanto en una casa de recreación de los estudiantes, siendo días de tanta escasez y hambre? Oyó esta respuesta: «Más estimo yo la salud de cualquier hermano, que todos los tesoros del mundo» *(Font. narrat*. IV, 829).

dexado... Y huelga con aquella estancia. Quiera Dios que le sea buena».

A medida que avanza el mes, la mejoría de salud retrocede. El 26 ó 27 de julio (día domingo o lunes) determina volver a su casa de Roma. Entra en ella por última vez. Sólo él lo sabe.

La muerte del Santo, según carta de Polanco

La soledad callada de la viña junto a las ruinas monumentales de las Termas de Caracalla, podía ser muy buena para el reposo y la reparación de las fuerzas; no tanto para morir, entregando a Dios el alma entre las oraciones de sus hermanos. Quizá eso le movió a pedir que le trasladasen a la casa generalicia en el centro de la Ciudad Eterna. Quería morir en silencio, mas no en olvido y abandono. Y de esto último se quejó suavemente, estando ya en su casa romana el miércoles 29 de julio, cuando ya se percibían los pasos sigilosos de la muerte. Oigamos lo que refiere Polanco en su carta circular del 6 de agosto, enviada probablemente a todos los Superiores de la Compañía y en primer lugar a Pedro de Ribadeneira:

«Esta es para hacer saber a V. R. y a todos nuestros hermanas que a su obediencia están, cómo Dios Nuestro Señor ha seído servido de sacar de entre nosotros y llevarse para sí nuestro bendito Padre Maestro Ignacio el viernes 31 de julio, por la mañana..., oyendo finalmente los deseos deste bienaventurado siervo suyo, que... que deseaba muchos años ha muy intensamente, en la patria celestial ver y glorificar a su Criador y Señor... En esta casa y colegios, aunque no puede dejarse de sentir la amorosa presencia de tal Padre, ...es el sentimiento sin dolor, las lágrimas con devoción, y el hallarle menos con aumento de esperanza y alegría espiritual…

Y porque querrá V. R., entender algo de lo particular en el tránsito de nuestro Padre, que es en gloria, sepa que fue con grande facilidad, y que no duró una hora después que caíamos en la cuenta que se nos iba. Teníamos en casa muchos enfermos, y entre ellos al Padre Maestro Laínez, y a don Juan de Mendoza (hijo del Marqués Pedro González de Mendoza), y algunos otros graves; y nuestro Padre también... Y así el miércoles *(día 29)* me llamó y me dijo que dijese al Doctor *(P. Baltasar)* Torres, que tuviese también cargo dél, como de los otros enfermos, porque no se teniendo por nada su mal, acudíase más a otros que a él... El jueves

siguiente *(día 30)* me hace llamar, después de las 20 horas[216], y haciendo salir de la cámara al enfermero, me dice que sería bien que yo fuese a San Pedro y procurase hacer saber a Su Santidad *(Paulo IV)* cómo él estaba muy al cabo y sin esperanza, o cuasi sin esperanza, de vida temporal... — Yo repliqué: Padre, los médicos no entienden que haya peligro en esta enfermedad de V. R., y yo para mí espero que Dios os ha de conservar a V. R. algunos años para su servicio. ¿Tanto mal se siente V. R. como esto? — Díceme, Yo estoy que no me falta sino expirar; o una causa deste sentido... *(Dije)* que haría el oficio; y demandé si bastaría ir el viernes siguiente... Díjome: Yo holgaría más hoy que mañana, o cuanto más presto holgaría más; pero haced como os pareciere, yo me remito libremente a vos... Yo para poder decir que, según los médicos, estaba en peligro... demando al principal de ellos aquella misma tarde (que era M. Alejandro) que me dijese libremente si estaba en peligro nuestro Padre, porque me había dado tal comisión para el Papa. —Díjome: Hoy no os puedo decir de su peligro, mañana os lo diré. Con esto y porque se había remitido a mí el Padre, parecióme, procediendo en esto humanamente, de esperar al día siguiente, para oír lo que decían los médicos. Y aquella mesma noche nos hallamos a una hora de noche *(a las 9 p.m.)* el Doctor Madrid y yo a la cena de nuestro Padre, y cenó bien para su usanza, y platicó con nosotros, sin sospecha ninguna de peligro desta enfermedad.

La mañana, al salir del sol, hallamos al Padre *in extremis;* y así yo fui con priesa a San Pedro, y el papa (Carafa) mostrando dolerse mucho, dio su bendición y todo cuanto podía dar amorosamente. Y así *antes de dos horas del sol,* estando presente el P. Doctor Madrid y el Maestro Andreas de Freux *(Frusius),* dio el ánima a su Criador y Señor, sin dificultad ninguna».

¿Cómo pasó la última noche de su vida? Su enfermero el H. Juan Tomás Canizaro nos dice brevemente: «Hasta la media noche le oí moverse y hablar, como solía por causa de su enfermedad. Después de media noche me parecía que descansaba *(videbatur mihi quievisse),* pues no me llamaba

[216] Sabido es que en Roma se contaban las horas a partir de la puesta del sol, o con más exactitud, desde el toque del *Ave María* que se daba como media hora después del ocaso. Del 15 de julio al 15 de agosto, ese toque sonaba a eso de las 8 de la tarde en nuestro cómputo actual. Era la hora en que terminaba un día y empezaba el siguiente. Por lo tanto, si Polanco fue llamado por Ignacio «después de las 20 horas» del día 30 de julio, serían en nuestro modo de contar algo más de las 4 de la tarde. Vino luego la consulta a los médicos y la cena del enfermo con Polanco y con el Doctor Madrid «a una de noche», esto es, a eso de las 9 de la noche.

tan a menudo como solía, aunque frecuentemente invocaba al Señor en su auxilio: ¡Ay, Dios)» (en español)[217].

Con harta curiosidad le hizo una vez el P. Lancicio varias preguntas al enfermero Canizaro: «¿Recuerda Ud. de quién recibió la comunión y en qué hora?» Respondió Canizaro: «No lo recuerdo». —¿Y a qué hora murió? A la hora segunda después de salir el sol *(Secunda hora post ortum solis)*.

A preguntas similares que le hizo el P. Luis Maselli contestó de modo parecido. Primero sobre la comunión antes de morir: «No recuerdo si recibió o no el Santísimo Sacramento en forma de Viático. La Extrema Unción no la recibió». ¿Y acerca de la santidad de Ignacio? —Yo oí que tanto los nuestros como los externos, clamaban: ¡Ha muerto el santo! ¡Ha muerto el santo... El concurso del pueblo a nuestra iglesia mientras el cuerpo estaba en casa y en la iglesia, fue grandísimo, de modo que el templo estaba repleto hasta las puertas y aun fuera, con gran asentimiento del pueblo, que daba señales de la opinión que tenía de la santidad de Ignacio». El mismo Padre Laínez, que allí cerca yacía gravemente enfermo, según refiere Ribadeneira, al sospechar lo que en la estancia vecina había ocurrido, preguntó conmovido: «¿Ha muerto el Santo? ¿Ha muerto?»

La autopsia y el sepelio

Todavía le quedan a Polanco, al final de su larga carta sobre la muerte de Ignacio, algunas cosas que contar:

«Pasado deste mundo el Padre nuestro —sigue el relato del Secretario— por conservar el cuerpo, pareció conveniente sacar lo interior dél, y embalsamarle en alguna manera... Le hallaron el estómago y todas las tripas sin cosa alguna dentro y estrechas; de donde los peritos desta arte, seglares, inferían las grandes abstinencias del tiempo pasado... Viose tam-

[217] *Fontes narrat*. III, 583. Antes de que le llegase la última hora se consolaba dulcemente pensando en la muerte, que para él no era otra cosa que echarse en los brazos amorosos del Padre. Conocemos los sentimiento que tuvo en 1550, cuando él y otros muchos con él creían que era la última enfermedad. Pensando entonces en la muerte, sentía tanta alegría y consolación espiritual por tener que morir, que todo se deshacía en lágrimas. Y esto llegó a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, a fin de no recibir tanta consolación de aquel pensamiento» (J. A. VALTRINI, *Vi ta Ignatii* (incompleta) en *Font. narrat* III, 464). Casi lo mismo dice Ribadeneira *(Vida* IV, 709).

bién el hígado que tenía tres piedras... Y viene a parecer verdadero lo que el buen viejo Don Diego de Eguía (que es en gloria) decía, que nuestro Padre vivía por milagro mucho tiempo había, que con tal hígado naturalmente no sé cómo se podía vivir... Tuvimos su bendito cuerpo hasta el sábado después de vísperas *(1 de agosto);* y fue mucho el concurso de los devotos y devoción dellos, bien que estuviese en cl lugar mismo donde murió, quién besándole las manos, quién los pies, quién tocando las cuentas (del rosario) a su cuerpo; y hemos tenido trabajo en defendernos de los que querían un pedazo de algún bonete, o vestido, o le tornaban de las agujetas... aunque no se ha dado nada desto a los que lo pedían, ni se permitía sabiéndolo. También le hicieron algunos retratos de pintura *(Giacopino del Conte)* y de bulto *(mascarillas de yeso, o de cera)* en este tiempo; que en vida nunca él lo permitió... Hicimos de nuevo en la capilla mayor de nuestra iglesia, a la parte donde se dice el Evangelio, una sepultura, a modo de carnero *(osario),* pequeña, donde pusimos su cuerpo en una caja después de haber dicho el oficio acostumbrado, y lo cubrimos con una piedra grande... Allá estará como en depósito, hasta que otro se vea más convenir»

Al describir la autopsia, dice Polanco que los presentes vieron el hígado que tenía tres piedras. Pero el autor mismo de la operación, insigne anatomista, Dr. Realdo Colombo († 1559) discípulo de Verallo, aseguró en su obra *De re anatomica libri XV* (Venecia 1559) «que él extrajo con sus propias manos al Venerable Ignacio, General de la Compañía de Jesús, en presencia del médico Giacomo Boni, casi innumerables piedras de vario color, halladas en los pulmones, en el hígado, en la vena porta, como tú mismo, buen Giacomo, lo viste con tus propios ojos». Treinta años había sufrido Ignacio con paciencia admirable, sin un gemido, la mordedura casi constante de los cálculos en sus entrañas. Treinta años de dolor callado.

Sólo ahora pueden los doctores en medicina diagnostican con acierto la naturaleza de la enfermedad que le causó la muerte. Véase lo que escribió en 1922 el Doctor Alejandro Canezza en un periódico de Roma:

«Después de tales dilucidaciones es fácil establecer, que la enfermedad de Ignacio consistía en una *calculosis biliar* con síntomas particulares referentes al estómago; los accesos dolorosos presentaban el aspecto singular de irradiarse al estómago, simulando así una enfermedad del estómago, como precisamente sucede en aquella forma de *cólico biliar,* denominada por eso gastrálgica por su sintomatología. Pero el relato de la autopsia nos permite valorar la atrocidad de los dolores y la fortaleza del

hombre que los soportó con tanta serenidad. En efecto, Realdo Colombo encontró los cálculos en la vena porta, adonde transmigraron de la vesícula biliar por un proceso inflamatorio, que se manifiesta siempre con un síndrome doloroso terrible y con disturbios funcionales de particular gravedad. En conclusión, también la historia de la enfermedad de Loyola proyecta viva luz sobre la psicología del hombre fuerte, y en extremo tenaz frente a los padecimientos físicos, como ante las persecuciones y la adversidad».

Las exequias se celebraron en Santa María de la Strada, con gran concurso del pueblo romano el día primero de agosto, a las cinco de la tarde. Oficiaron dos Padres españoles, Alfonso de Polanco y Martín de Olabe. Predicó sobre las virtudes heroicas del difunto el joven italiano Benedicto Palmio, que se expresó «con gran modestia y devoción».

En aquel mismo templo, todavía de reducidas proporciones, fue soterrado el ataúd que contenía el cadáver. Allí reposó el venerando cuerpo del Santo hasta que Francisco de Borja, tercer General de la Compañía, en 1568 lo hizo transportar a otro lugar del templo, que hacía de sacristía, mientras la ostentosa munificencia del Cardenal Alejandro Farnese levantaba sobre la pequeñez de Santa María de la Strada ese espléndido monumento, que llamamos «Il Gesù», prototipo de casi todos los templos jesuíticos, que con su lujosa hermosura ilumina lo mejor de la época barroca.

Descripción del artístico sepulcro actual

Ninguno lo ha descrito mejor ni con tanta documentación como el historiador Pío Pecchiai en su documentadísima obra *Il Gesù di Roma descritto ed illustrato* con prefacio del P. Pietro Tacchi Venturi (Roma 1952). La impresión que produce el altar y sepulcro al que lo contempla de cerca, en su realidad, es tan deslumbrante que cualquier descripción literaria resulta sin calor ni vida. Por eso, dejando toda impresión mía personal, acudo a la de Pecchiai, que empieza así: «El barroco, enemigo de toda disposición estática, siempre anhelante del movimiento, se revela súbitamente en la forma del altar.

Dos pilastras de mármol en colores, con listas de bronce dorado, se aferran al muro de una y otra parte; de ellas se arrancan dos parejas de columnas dispuestas a iniciar un arco, avanzando hacia el centro del altar. Las columnas son de travertino, pero después de ser estriadas, fueron revestidas de listas de lapislázulis orladas de listas de bronce dorado. De

bronce dorado son los capiteles... y todo el basamento, bajo un zócalo de alabastro... En la apertura del tímpano se sientan con majestad las figuras de la Santísima Trinidad. Domina el grupo la mística Paloma desde el centro de un nimbo luminoso de metal dorado; debajo está la estatua del Eterno Padre, en pie, en actitud de bendecir al mundo, y a la derecha la del Salvador, sentado, sosteniendo la cruz con la mano derecha, mientras con la izquierda señala al mundo, volviéndose al Padre e invitándolo a bendecirlo. Las dos estatuas, plasmadas por Leonardo Reti... no podían ser más bellas... El mundo está representado por una esfera de travertino, revestida de lapislázuli y fajada de bronce dorado».

Las reliquias de Ignacio se guardan en una urna de bronce dorado, custodiada por dos ángeles debajo de la mesa del altar. Y en fin, contemplamos con devota admiración la figura central del Fundador de la Compañía, que con los brazos abiertos, en actitud de alabar al Señor y darle gloria, campea lujosamente, en medio de un nicho de amplia concavidad que se eleva sobre el tabernáculo, llenando todo el altar. La estatua del Santo fue originariamente hechura del escultor francés Pedro Le Gros, discípulo del Bernini. Lo principal de su obra escultórica desapareció con la invasión napoleónica; pero la estatua se rehízo bajo la dirección y en el taller del famoso escultor neoclásico Antonio Canova, a quien se atribuyen las manos, los pies y la cabeza del santo, que en belleza escultórica no se juzgan inferiores a la de Le Gros. De los dos grupos estatuarios que ostentan su fuerza y hermosura a derecha e izquierda del altar, el del lado de la izquierda *(La Religión vapuleando a la Herejía)* es de Le Gros; el de la derecha *(La Fe que vence a la Idolatría)* es obra de Juan Bautista Théodon, también francés.

En cuatro años, no más, que duró la elaboración (1695-1699) toda una legión de artistas —hay quien calcula más de un centenar los más selectos de Roma — pusieron su arte y su esfuerzo al servicio de la religión y de la belleza. En otras condiciones aquella obra genial hubiera exigido unos treinta años. El H. coadjutor Andrea dal Pozzo, arquitecto y famoso pintor perspectivista, que fue el director general de esta obra, podía quedar muy satisfecho de aquella obra inmortal.

No amargura y dolor, sino consolación y dinamismo apostólico

Es frecuente y natural que los miembros de una familia sientan amargura y dolor cuando muere el Padre y Señor de la casa. No aconteció lo mismo en la Compañía de Jesús, cuando murió su Fundador, Padre y

Maestro de todos, cuando vieron que la muerte les arrebata al que les había dado la vida sobrenatural, el espíritu de fe y el amor a Cristo nuestro Salvador. Lo anunció Polanco con estas palabras:

«Dios nuestro Señor ha seído servido de... llevarse para sí (a) nuestro bendito Padre Maestro Ignacio... oyendo finalmente los deseos deste bienaventurado siervo suyo, que aunque con grande paciencia y fortaleza sufría su peregrinación y trabajos della, deseaba mucho ha muy intensamente, en la patria celestial ver y glorificar a su Criador y Señor; cuya divina Providencia nos le ha dejado hasta ahora, para que... fuese adelante esta obra de nuestra mínima Compañía, y ahora que las raíces della parece estaban medianamente fortificadas, para crecer y aumentarse esta planta, y el fruto della en tanta partes...

En esta casa y colegios, aunque no puede dejarse de sentir la amorosa presencia del tal Padre, de que nos hallamos privados, es el sentimiento sin dolor, las lágrimas con devoción, y el hallarle menos con aumento de esperanza y alegría espiritual».

Una lluvia fina de dulce consolación espiritual cayó sobre los doloridos corazones de sus hijos, algo así como una transparente llovizna, toda luz y perfume, que el P. Ignacio les mandaba desde el cielo, deseando enjugarles las lágrimas, dulcificarles el dolor y henchirles el pecho de valor, fuerza y osadía para llevar adelante, sin desfallecimiento, el grandioso programa apostólico que su santo Padre les había dejado en herencia. Y así sucedió, porque lejos de desanimarse con la desaparición de su jefe y capitán, todos comenzaron a renovar sus esfuerzos con dinamismo alegre y esperanzado lo mismo en las remotas misiones del mundo pagano que en los variados países protestantes y católicos.

El crecer de la Compañía de Ignacio, cada día más rápido, salta a los ojos con sólo comparar los cinco últimos años del Fundador con los otros cinco precedentes; aquéllos son lentos y difíciles, éstos más rápidos y conquistadores. Las dos alas aguileñas que la fantasía de Nadal prestó a la Compañía de Jesús, fueron agitando sus remos con rapidez creciente. El ala derecha, en la segunda mitad del siglo XVI, dilató sus plumas hacia los más remotos horizontes, atrayendo hacia Roma muchos pueblos paganos. El ala izquierda se hizo más ágil y bella volando sin prisa, pero con pasmosa eficacia, sobre los pueblos germánicos y otros de Occidente. Gracias en gran parte a este volar de la paloma sobre el globo terráqueo, la Contrarreforma pudo presentarse hacia 1600 como una gesta gloriosa del Catolicismo.

No pocos historiadores de diversas confesiones atribuyen los triunfos católicos principalmente al sistema de colegios introducido por Ignacio de Loyola para educación de la juventud. Del historiador jesuita Nicolás Orlandini († 1606) son estas palabras:

«Crecía con maravilloso afán el número de Colegios en toda la tierra. En la sola Italia —omitiendo las más nobles ciudades y pueblos— tendían las manos suplicantes, prometiendo prolijamente cuanto había en su poder *(por alcanzar la fundación de un colegio):* los habitantes de Brescia, los de Arezzo, los de Ascoli, los de Ancona, los de Macerata, los de Cagli, los de Spoleto, los de Narni, mas no era posible satisfacer sus anhelos, en parte por la escasez de personal jesuítico, y en parte porque era voluntad de Ignacio, que no se instituyesen nuevos colegios, cuando no se disponía de una comunidad suficientemente numerosa. Con todo, hubo que condescender algo con los de Ameria en Umbría y los de Siena en Etruria y los de Catania en Sicilia».

Con Italia competía España en sed de colegios. En las naciones germánicas fue más dificultosa su entrada. Pero desde fines del XVI en adelante brotaron y pimpollecieron allí espléndidamente las instituciones escolásticas y educativas, Colegios, Universidades, Seminarios, según las normas establecidas por Loyola. Aquel hombre de Dios que tanto se complacía en plantar vergeles de la Iglesia, que eso eran para él los Seminarios, Universidades y Colegios distribuidos por las naciones más necesitadas, ¿no alzaría los ojos a Dios en sus últimos momentos, para ofrendarle esa cosecha acaso la más rica, florida y fructífera de su vida?

En uno de los capítulos precedentes, al trazar la historia de los Colegios jesuíticos, fundados en el generalato de San Ignacio (1540-1556), utilicé el catálogo que me pareció más exacto, armónicamente dispuesto por L. Lukács (véase el capítulo correspondiente). Recientemente C. de Daltltases nos ofrece otro catálogo, que no discrepa mucho del anterior, pero que por su distribución en provincias o naciones puede ser más grato a la lectura. Adviértase que al número de los Colegios se añaden unos pocos domicilios, o casas de la Compañía, sin cursos ni lecciones. Alguien nos agradecerá que lo transcribamos aquí.

Colegios que surgieron con la aprobación de S. Ignacio

Italia. Roma, casa profesa (1540); Padua (1542); Bolonia (1546); Messina (1548), noviciado (1550); Palermo (1549), noviciado (1551); Tívoli (1550); Venecia (1550); Colegio Romano (1551); Ferrara (1551);

Florencia (1551); Colegio Germánico, en Roma (1552); Nápoles (1552); Perusa (1552); Módena (1552); Monreale (1553); Argenta (1554); Génova (1554); Loreto (1555); Siracusa (1555); Bivona (1556); Catania (1556); Siena (1556).

España. Valencia (1544); Gandía (1545; elevado a Universidad en 1547); Barcelona (1545); Valladolid (1545); Alcalá de Henares (1546); Salamanca (1548); Burgos (1550); Medina del Campo (1551); Oñate (1551); Córdoba (1553); noviciado en 1555, trasladado a Granada en 1556; Avila (1554); Cuenca (1554); Plasencia (1554); Granada (1554); Sevilla (1554); Simancas, noviciado (1554); Murcia (1555); Zaragoza (1555); Monterrey (1556).

Portugal. Lisboa, casa profesa (1542), colegio (1553); Coimbra (1542), con noviciado (1553); Colegio das Artes (1555); Evora (1551).

Francia. París (1540); Billom (1556).

Germanio inferior. Lovaina (1542); Tournai, *casa* (1554); Colonia (1554).

Germanio superior. Viena (1551), con noviciado (1554); más tarde, separado del colegio; Praga (1556); Ingolstadt (1556).

India. Goa: dos colegios, uno para jesuitas y otro para niños del país (1543), y noviciado (1552); Bassein (1548); Cochín (1549); Quilon (1549).

Brasil. San Vicente (1553); Piratininga, hoy Sao Paulo (1554); Salvador de Bahía (1555).

Japón. Bungo (Oita), *casa;* Yamaguchi, *casa,* hasta mayo de 1556.

Estos Colegios y simples domicilios estaban agrupados geográficamente en once *Provincias de la Orden,* cada una bajo el gobierno de un Provincial, y estuvieron a punto de ser doce, si el huracán de una persecución violenta no se hubiera desencadenado repetidas veces sobre la tierra del Preste Juan, que así era llamado el Imperio del Negus (Abisinia o Etiopía). El P. Antonio Quadros fue designado Provincial en 1553, mas no llegó a ejercer su cargo. ¿Cuál era, al morir Ignacio, el número de jesuitas en todo el mundo? Algo más de 900 y menos de mil. Lo deducimos de lo que refiere el P. Gonçalves da Cámara el 29 de enero de 1555 de una conversación suya con S. Ignacio:

«Una vez me llamó en la quinta (era esto el año de 1555) y hablando de cosas de la Compañía con sumo gusto, mandóme echar la cuenta de cuántos estaríamos entonces en la Compañía toda, y recuerdo que halla-

mos novecientos».

Dado el creciente número de vocaciones, no nos equivocaremos, si al morir un año después el fundador de la Compañía, el número de jesuitas se acercaba al millar.

Hasta ahora hemos estudiado la obra ignaciana en su faceta humana, social, educadora, eclesiástica, reformadora, apostólica, pero el aspecto puramente espiritual e interno, solamente de paso lo hemos entrevisto algunas veces. Es decir, que conocemos la obra y mediante la obra, nos introducimos en el alma del autor. Ahora es preciso que miremos a su alma directamente y afrontemos el misterio de su santidad, para admirar la obra sobrenatural y divina que Dios fue labrando en él.

CAPÍTULO XVII

«EL PADRE IGNACIO ES UN GRAN SANTO»

Cuando al amanecer del 31 de julio de 1556 entregó a Dios su alma suavísimamente en su modesta casita de Roma Ignacio de Loyola, el P. Diego Laínez que estaba gravemente enfermo en una habitación cercana, al ver el rostro afligido de algunos Padres que entraban a visitarle, preguntóles preocupado: «¿Es muerto el santo, es muerto?» Y acaso le llegó por la ventana la voz de otros muchos, amigos o hijos espirituales suyos, que repetían como un eco: ¡Es muerto el santo! ¡Es muerto el santo!

Un piadosísimo japonés, que en el bautismo se llamó Bernardo, y fue siempre admirador y compañero de Javier, viniendo a Europa y estando entre sus hermanos de Coimbra, les refería lo que el gran misionero solía repetirle: *«Hermano Bernardo, el Padre Ignacio es un gran santo»*. Y bien sabía el japonés la veneración de Francisco hacia Loyola, a quien escribía las cartas de rodillas y llorando. «A mi en Cristo santo padre Ignacio en Roma», dice en la inscripción de una de sus epístolas ignacianas.

Canonización en profecía

La santidad de Ignacio en vida fue reconocida por algunos admiradores de sus virtudes, pero tal vez nadie lo hizo con tanta autoridad y solemnidad como la Universidad de Barcelona, que en mayo de 1555 le escribe al fundador de la Compañía una carta latina, parangonándolo con los grandes santos y fundadores de la antigüedad y canonizándolo, por decirlo así, en profecía:

«La Universidad de Barcelona al Muy Reverendo Padre Maestro Ignacio de Loyola, Prepósito general de la Compañía de Jesús, salud. Cuantas veces te medimos con tus obras y traemos a la memoria las de la antigüedad, nos pareces en gran manera beatísimo, porque Cristo te ha escogido para seguir en su reino aquel ímpetu espiritual y aquel género de vida, con que puedes sostener firmemente los viejos edificios eclesiásticos, que se arruinaban por su misma vetustez y por la incuria de los arquitectos, y para alzar felizmente otros nuevos y numerosos. Esto es lo que hicieron

antiguamente Antonio y Basilio, Benito y Bernardo, Francisco y Domingo y otros muchos preclaros varones, a los que damos culto y veneramos entre los santos y siempre que los nombramos lo hacemos honoríficamente. Día vendrá —así lo esperamos y lo pronosticamos— que también por tus grandes obras y los anhelos de los hombres, y en todo el orbe será tu memoria sacrosanta».

Las barnabitas de Milán, «Congregación de clérigos Regulares de San Pablo», fundada en 1530 por S. Antonio María Zaccaria cuando tuvieron noticia de la muerte de Ignacio en Roma, le dirigieron a su sucesor, P. Diego Laínez, una misiva, que es todo un panegírico del difunto sin escatimarle el título de santo.

«El no nos ha abandonado; más bien, sigue viviendo entre nosotros; y en todas las partes del mundo, adonde ha llegado el nombre de Cristo, llegó también y vive la dulce y grata memoria de este hombre santo, tan benemérito de la república cristiana, por cuyo magisterio y guía la doctrina de la fe y la religión de Cristo se ha extendido tanto que ha penetrado hasta los antípodas, donde con muchos millones de almas convertidas se ha formado una nueva Iglesia émula de la primitiva con nuevos apóstoles y nuevos mártires... Sobre Ignacio gravitó por tantos años no sólo vuestra familia, tan numerosa, sino también otras muchas; él era el padre común de todos los buenos. ¿Y quién no recibió de su dulce hablar consuelo en las aflicciones; de sus consejos, sabio amaestramiento; y de sus auxilios, defensa y socorro en las adversidades? El era pie de los cojos, ojo de los ciegos, refugio de los pobres, amparo de los desventurados»[218].

El heroísmo, base y principio de la santidad

«A ese naturalista que soy yo —decía el Doctor G. Marañón— lo que le parece dar carácter extraordinario a la existencia mortal de San Ignacio *es su heroísmo. Todo gran santo es un héroe,* pero en San Ignacio el tema heroico adquiere una realidad y una grandeza patéticas».

[218] Una nube de cartas, a cuál más elogiosa del difunto, cayó aquellos días sobre la casita de Santa Maria della Strada. Habría que comenzar por la del Cardenal Bartolomé de la Cueva, Virrey de Nápoles, que lamenta «haber perdido un tan particular amigo y padre, en quien yo tenía entera confianza en mis necesidades con tanto buen consejo y prudencia… *La Cristiandad ha perdido una de las cabezas señaladas que en ella había».* Cardenales, obispos, príncipes, virreyes, embajadores, Superiores de Ordenes religiosas, santos como Juan de Ávila y Juan de Ribera, tejen y entretejen a porfia coronas de ditirambos y de manifestaciones de culto y veneración.

Del mismo Ignacio es esta frase, referente al camino de la santidad: «No seáis, por amor de Dios, remisos ni tibios... Vale más un acto intenso que mil remisos»[219].

El heroísmo espiritual se traduce en la intensidad de los actos. Quería Ignacio que los suyos se *señalasen* entre los héroes. *Señalarse,* palabra favorita del Santo, que significa distinguirse, descollar, sobresalir. «No consintáis que os hagan ventaja los hijos deste mundo en buscar con más solicitud y diligencia las cosas temporales, que vosotros las eternas».

Ni por los santos quería el convertido de Loyola ser superado en el camino de la perfección: «Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer»[220].

De él dijo su secretario que «era muy animoso para emprender cosas arduas». Y su confidente Jerónimo Nadal: *«Comenzó con ánimo de hacer en todo lo mejor»*, quiere decir que aspiró desde su conversión a hacer siempre *lo más perfecto,* lo que más conduce a *la mayor gloria de Dios:* éste fue en adelante su lema: *Ad maioren Dei gloriam*.

No es casual que en las *Constituciones* escritas por S. Ignacio se empleen y vuelvan repetidamente las expresiones de «gloria de Dios», «servicio de Dios», «alabanza de Dios», «a la mayor gloria de Dios». El P. De Guibert, que ha hecho un cálculo minucioso, certifica que «en el texto original español del *Examen general* y de las diez partes de las *Constituciones* la expresión *servicio de Dios* o su equivalente, reaparece más de 140 veces; la de *gloria (mayor gloria, honor) de Dios,* alrededor de 105 veces; *servicio y alabanza (gloria de Dios),* 28 veces... Tanto más frecuentes son esas expresiones, cuanto más espirituales son los asuntos que se tratan».

Y más copiosamente se presentan en las cartas.

Y aun antes de que se entregara totalmente a Dios, nos lo pinta Nadal con rasgos de héroe.

Desde Manresa hasta Roma fue toda su vida una llamarada de deseos ardientes, deseos de amor de Dios y al prójimo. Bien podemos llamarle *vir*

---

[219] *Epist. Ignatii* I, 499. Y peo antes: «No dexaré de dar espuelas aun a los que corren de vosotros» (ibid., 497). Esta carta «de la perfección», la más elocuente carta del santo, no es más que un espolazo continuo hacia la perfección, hacia la santidad.

[220] El lema de Erasmo «Cedo nulli» y el de Carlos V «Plus ultra» están llenos de espíritu renacentista, puramente humano; el de Ignacio A.M.D.G., se sobrenaturaliza y diviniza; *no cede a nadie y aspira siempre a más allá, pero no por amor a la gloria humana, sino a la más alta gloria de Dios.*

desideriorum, pues si damos fe a Ribadeneira, «decía nuestro Padre, que si la perfección estuviese solamente en tener buenos deseos, que no diera la ventaja en ellos a hombre que viviese sobre la tierra».

Gobierno de suavidad y sin absolutismos

La fisonomía y el carácter del Santo —y consiguientemente su gobierno— han sido torpemente desfigurados por historiadores que no han estudiado la biografía ignaciana en sus fuentes, sino en ridículas caricaturas, en invectivas malévolas o en fantásticas leyendas. Hoy día la ciencia histórica los va poco a poco barriendo con la escoba de su crítica. Si esos escritores de pluma fácil tenían en el siglo XIX alguna excusa, en nuestros tiempos en que la historia seria y documentada ha hecho tantos progresos, no tienen justificación que les valga. Veremos un ejemplo palmario en el caso del misticismo. Indiquemos otro que ha penetrado más en el vulgo y en el cual todavía algunos especialistas tienen ideas confusas. Piensan que San Ignacio fue un militar, o por lo menos militarista, especie de sargento que ordena y manda en los asuntos espirituales, como si se tratase de un cuartel, y guía a sus soldados al combate conforme a las reglas de su cartilla, que no son otra cosa sus Ejercicios.

San Ignacio fue guerrero, porque luchó de joven en el castillo de Pamplona hasta caer gravemente herido, pero nunca fue capitán, ni soldado de graduación. Marchó a la guerra porque quiso, por seguir y servir a su señor el duque de Nájera, de quien era gentilhombre. No estaba a sueldo de nadie y podía abandonar el servicio cuando le diera la gana. Algunos de sus conmilitones, que fueron heridos menos que él, fueron recompensados por el Estado con determinado estipendio; Loyola nunca recibió nada.

Tal vez de ese falso militarismo que se le atribuye y de ese nombre de capitán, inventado por algún amigo de retoricismos, se ha derivado, al menos en parte, esa imagen barroca, un poco bravucona, con que se le pinta —o se le pintaba— porque ya se ha ido desvaneciendo poco a poco. La bandera ondeante, la espada desenvainada, la lanza fuertemente empuñada, como de quien va a clavarla en el pecho enemigo, son cuadros que riñen con los tiempos modernos. Como reacción, hemos visto algunos grandes artistas que han ido a extremos opuestos, atendiendo más al arte, que a la vulgar verdad histórica, como José M. Sert († 1945), Elías Salaverría († 1952) y otros.

Mas todavía hay biógrafos, no exentos de erudición, que no acaban de asimilarse ciertas expresiones inmediatas y veraces de los contemporá-

neos del Santo, que supieron fotografiarlo como Gaspar Loarte, que lo definió «fuente de óleo», es decir, de suavidad y mansedumbre; todos sabían que lloraba de devoción muchas veces al día, y siendo General de una Orden religiosa, pero de baja estatura, da un saltito para poder abrazar a un novicio holandés que era buen mozo. «Una vez, diciendo el médico que no tomase melancolía, que le haría daño, dixo el Padre después: Yo he pensado en qué cosa me podía dar melancolía, y no hallé ninguna».

Estaba siempre tan alegre, que todos los novicios que deseaban estar contentos iban a él, y nadie salía del cuarto del Padre, sino con la risa en la boca: *Qui in eius cubiculo, laetissimi semper ac risibundi,* lo testifica Nadal.

«Cuando quería agasajar a alguien, mostrábale tanta alegría, que parecía meterlo dentro del alma» *(Memoriale* n.I80, de Cámara).

Su hablar era siempre sereno, plácido y agradable. Oigase lo que cuenta Gonçalves da Cámara en su *Memoriale* n.204:

«Una cosa y modo de hablar no podía sufrir, no solamente en los de casa, mas tampoco en los de fuera, y era el hablar asertiva y decretalmente, como quien da leyes y decretos, como si dixéssemos: Es necesario que se haga tal cosa o tal otra; esto no tiene otro remedio que éste; la verdad es ésta, y otras maneras semejantes de hablar. Y a los que de ellas usaba llamábalos N. P. decretistas; y le parecía tan mal, que lo extrañaba hasta en un embajador muy principal, amigo de la Compañía y devoto nuestro en Roma; porque yendo algunas veces a casa hablaba de ese modo, diciendo: el Papa había de hacer esto o aquello; y tal cardenal es necesario que haga esto otro; en esta huerta falta tal pieza importante, que la manden hacer, etc., y por esta causa le respondía también N. P. de la misma manera, aconsejándole o recordándole cosas de su oficio; y nos decía después: El, como es decretista, sufrirá que le den también algunos decretos». A un hombre así, tan enemigo de decretar y dar órdenes en tono asertivo y tajante, ¿cómo puede uno imaginárselo con voz de sargento y estilo imperatorio?

Al P. Ignacio no le gustaban los autoritarismos; todo en él era moderación y suavidad. Ni cuando hablaba, ni cuando escribía, se le notaba un gesto de mando o de superioridad marcada. El era el siervo de todos los de casa, el esclavo de los enfermos y de cuantos estaban necesitados de algo. Dice Ribadeneira, que «mostraba este amor, no cargando a sus hijos más de lo que buenamente podían llevar, y que antes anduviesen descansados que ahogados... Y como el santo Padre era tan padre y tan amoroso con

todos sus hijos, así ellos se le mostraban hijos obedientes y le entregaban sus corazones, para que dispusiese dellos y de todas sus cosas, sin contradicción ni repugnancia».

Es de notar que si bien Ignacio amaba la jerarquización en todo, como el medio más apropiado para que reinase el orden, y si bien era partidario de que el Superior gozase de plenos poderes dentro de la esfera de su cargo, mas en ningún modo propugnaba un régimen de gobierno centralizado y absolutista. Quería, más bien, que los Superiores mayores comunicasen sus poderes a los Superiores subalternos, dejándoles la máxima libertad de acción. Y así lo hacía él. Gonçalves da Cámara decía: «Siempre es más inclinado al amor, *imo* tanto, que todo parece amor; y ansí es tan universalmente amado de todos, que no se conoce ninguno en la Compañía, que no le tenga grandísimo amor» *(Memoriale* n.86).

El P. Ribadeneira, en su tratado *De ratione Ignatii in gubernatione,* nos dice: «Mostraba asimismo este amor con la confianza que hacía de la persona a quien encomendaba algún negocio importante, dándole las instrucciones que le parecían, y firmas en blanco, y crédito, y dexándole hacer según la capacidad y talento de cada uno. Y si le avisaba de algunas cosas particulares que al Padre se le ofrecían, añadía: *Vos, que estáis al pie de la obra, veréis lo que se debe hacer»*.

Tacharon algunos a San Ignacio de *corazón frío y duro*. Yo diría que no conocen al Santo los que así hablan o escriben, y nadie debería atreverse a defender tan falsa opinión antes de fundamentarla seriamente ¿Quién tuvo entre los coetáneos de Loyola corazón más tierno y compasivo? ¿Acaso Francisco Javier de carácter más simpático y de afectuosidad más efusiva y externa? Léanse las cartas de Ignacio al neurótico (y piadoso) Simón Rodrigues, cartas que nosotros hemos utilizado para escribir el capítulo de esta historia, relativo a «la Compañía en el reino de Portugal», y piensese en lo que Javier hubiera hecho en aquellas circunstancias. A las injurias, desprecios y desobediencias de Rodrigues, responde Ignacio no sólo con el perdón silencioso, sino con el amor y la paciencia más heroica. Más aún, le concede vivir libremente todo un año en Palestina, haciendo su propia voluntad, o poner su residencia en Venecia, si le place, o en Bassano, o en Padua, o en cualquier otro lugar apacible, gastando (a costa de Ignacio) todo lo que le parezca bien para su salud y descanso, con una sola condición, que salga de Portugal, donde su presencia puede suscitar tumultos. Y para moverlo más, le certifica delante de la Sapiencia y Bondad infinita, que *a ninguna*

criatura de las que están sobre la tierra doy ventaja en el amaros y desearos todo bien espiritual y corporal».

Javier se encontró en Goa con un caso de menor importancia; tuvo noticia de que el Rector de aquel Colegio había expulsado a numerosos niños (que no tenían otra culpa que la de ser nativos de la India), conservando en cambio a los venidos de Portugal; y lo que hizo fue expulsar de la Compañía de Jesús al Rector A. Gómez. Cuando esto llegó a oídos de Ignacio, lo desaprobó ciertamente, respetando la gran autoridad de Javier, a quien no quería desacreditar, pero añadió que si el Rector poseía buenas cualidades para los ministerios apostólicos, se podría venir a componendas con Javier. Parece que Ignacio hubiera deseado no expulsarle, y aprovechar sus dotes para la predicación.

Con Cristo y con la Iglesia

Un hombre de espiritualidad tan firme y clara no podía, ni debía, imponerla a todos por igual. Conducir a los demás según el propio espíritu y temperamento chocaba con el modo de ser de Ignacio.

«Ningún yerro —decía— es más pernicioso en los maestros de las cosas espirituales, que querer gobernar a los otros por sí mismos, y pensar que lo que es bueno para ellos es bueno para todos».

Lo que él, indistintamente, infundía a todos era un noble afán de servicio y amor a Cristo. Que la espiritualidad ignaciana tiene profundamente impreso el carácter cristocéntrico, no se puede negar ni poner en duda, aunque admitiendo otras facetas trascendentales. En su vida ordinaria es el rasgo más llamativo de su doctrina ascética; sólo cuando nos internamos en las abismáticas profundidades de su vida mística, vemos que allí prepondera la piedad trinitaria; y aun esas inefables comunicaciones suele experimentarlas en unión con Cristo Mediador y con ocasión del sacrificio de la Misa

Desde el momento de su conversión, cifró Ignacio todo el ideal de su vida en imitar a Cristo, en servir a Cristo, en conformarse a Cristo y en glorificarle.

En el coloquio del *primer Ejercicio* de la primera semana lo que instantemente se pide y suplica es «conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre» para amarle más y seguirle mejor. La segunda semana está toda ella consagrada a los misterios de la vida de Cristo. En la semana tercera lo que se demanda es «dolor con Cristo doloroso, que-

branto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí». Y en la cuarta, «delante de Jesucristo resucitado, demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor».

¿Por qué escogió entre las oraciones medievales, como favorita suya, la del *Anima Christi,* que él divulgó más que nadie en el pueblo cristiano, poniéndola y recomendándola en las primeras ediciones de los Ejercicios? Sin duda por la devoción a Cristo que gotea por todas sus invocaciones.

«Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame...
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh buen Jesús, escúchame...
y ponme junto a Ti...

Son bien conocidas las lecturas que influyeron en el espíritu del convertido de Loyola, especialmente el *Vita Christi Cartuxano romançado por fray Ambrosio* (Montesino) y la *Leyenda dorada* o *Flos sanctorum* de fray Jacobo de Voragine, traducida al castellano. La primera es *una vida de Cristo* suavemente meditada, y la segunda una galería de héroes de la santidad y del amor de los santos a Cristo. De aquélla y de ésta tomó notas, que luego utilizó para escribir los Ejercicios. Y más que esas dos obras influyó en su espiritualidad el librito *De la imitación de Cristo*, tan leído y releído por Ignacio, que después de esa lectura no le gustaba ninguna otra, y la saboreaba con tanto placer como a la perdiz entre todos los manjares.

Uno de los santos a quien más devoción profesaba y de quien tomó el nombre era San Ignacio de Antioquía, probablemente porque había leído en el *Flos sanctorum,* que cuando los verdugos le abrieron el corazón, encontraron en él tres letras de oro IHS, monograma del nombre de Jesús, que el fundador de la Compañía escogió por blasón.

Se empeñó en que la Compañía por él fundada, a manera de un Colegio apostólico, llevase el nombre de Jesús, y no otro, porque a Jesús había de tener por jefe y por cabeza. La devoción de Ignacio al Pontífice Romano y el cuarto voto de los profesos, de obediencia particular al Papa, tiene su explicación en que el Papa es representante y Vicario de Cristo.

El más frecuente apelativo con que designa a Cristo es el de «Señor nuestro», repetido infinitas veces. Otras formas son: «Jesús», «el Hijo» (del Padre), «Hijo de la Virgen», «nuestro común Señor Jesús», «Cristo»,

«Criador y Señor», «nuestro Sumo Pontífice», «el que es rico de todas las cosas», «Rey eterno y Señor universal», «Sumo y verdadero Capitán», «Capitán general de los buenos», «Caudillo de la Compañía», «Cabeza de Iglesia», «Esposo de la Iglesia», «Dechado y regla nuestra», «Salud espiritual», «Vida verdadera», «Redentor y Reparador nuestro», «Intercesor» (para con el Padre), «la vía más segura y derecha a Dios», «Jesucristo nuestro Señor, en quien sólo se halla la paz», etc.

Expansión natural del amor a Cristo era el amor a la Iglesia, de la que Cristo es Cabeza y Esposo místico. Al servicio de la Iglesia Católica, apostólica, romana, «vera Sposa de Cristo nuestro Señor», se consagró con una entrega y devoción total, trabajando de mil maneras en su defensa, su dilatación y su gloria. Que Giovanni Papini lo definiera «el más católico de los santos», parecerá exagerado a muchos, mas no a todos los que consideren que toda su existencia se consumió en la obediencia al Papa, en el servicio y la glorificación de «nuestra santa Madre Iglesia», trabajando sin cesar personalmente y por medio de sus innumerables discípulos. ¿No merece el título de *«catolicísimo a ultranza»* el Santo que escribió las «Reglas para sentir con la Iglesia», piedra de toque para discernir la mentalidad estricta y rigurosamente católica de la opinión tolerante y permisiva?

Ignacio de Loyola, el místico. «Patiens divina»

Hasta hace cosa de un siglo la genuina espiritualidad de Loyola no fue bien conocida ni justamente valorizada. Los pintores, los escultores, los mismos teólogos y autores espirituales parecían cerrar sus ojos ante el misticismo de Ignacio, y nos presentaban siempre como modelo al asceta riguroso, al ordenancista cumplidor exacto de las reglas y preceptos, al que —sin condenar a los místicos— los mira con cierto recelo, como poco seguros. Para ellos, Ignacio era un extrovertido, derramado hacia afuera con vivas ansias apostólicas, como si no tuviera tiempo para atender a su mundo interior, sin dedicar bastante su atención a la voz de Dios que le habla y le requiere.

Todas sus virtudes, innegables y a veces heroicas, hacían del fundador de la Compañía un gran asceta y gran maestro de ascetismo. Nada más. El alto vuelo de los contemplativos se reservaba para los monjes que se aíslan del mundo y sólo viven para la oración y el trato con Dios.

El cultivo científico de la teología espiritual, el estudio histórico orientado hacia los místicos y la presencia en el mundo moderno de

personajes extraordinarios que, antes o después de la muerte, se revelaron como auténticos «hombres de Dios», obradores de prodigios, todas esas corrientes se juntaron para poner de moda el misticismo, estudiarlo con más profundidad y verdad y menospreciar a los «puros ascetas», que podían ser grandes místicos.

Eso aconteció con Ignacio de Loyola. Y eso que ya en el siglo XVI, sobre todo los más íntimos amigos y compañeros del santo, lo veneraban como un gran contemplativo, grande entre los grandes. El teólogo Laínez, confidente de Ignacio, refiere las muchas visiones de su maestro, su «gran cognición de las cosas de Dios, gran afición a ellas, y más a las más abstractas, separadas, gran consejo y prudencia *in agendis,* y don *discretionis spiritus*... Otras cosas diversas me ha contado que ha tenido sobre los misterios de la fe, como sobre la Eucaristía, sobre la Persona del Padre especialmente, y por un cierto tiempo después, creo, sobre la Persona del Verbo; y últimamente sobre la Persona del Espíritu Santo. Y me acuerdo que me decía que en las cosas agora de Dios nuestro Señor más se había *passive* que *active;* lo cual personas que contemplan, como Sagero *(Schatzgeyer O.F.M.)* y otros, ponen en el último grado de perfección. Es tan tierno en lágrimas de cosas eternas y abstractas, que me decía que comúnmente seis o siete veces al día lloraba».

Análogo testimonio nos dejó Nadal: «Me dijo de Ignacio el P. Laínez: goza de la familiaridad divina en modo privilegiado, pues ha superado toda clase de visiones, tanto las reales de ver presente a Cristo, a la Virgen, etc., como las sensibles e imaginativas, y se halla ahora en las puramente intelectuales, como en ver la unidad de Dios».

A esa familiaridad divina, sentida internamente con dulzura inexplicable, parece aludir aquel *quid divinum,* del que no podía prescindir jamás, según testimonio de Ribadeneira: «A cierto propósito, estando yo presente, dixo que le parecía que no podría vivir, si no sintiese en su alma *una cosa que no era suya,* ni podía serlo ni era cosa humana, sino puramente de Dios».

Ese no poder vivir sin sentir a Dios en su alma ¿no es fruto de aquel «ir siempre *creciendo en devoción,* esto es, en *facilidad de encontrar a Dios»,* que manifestó confiadamente a Gonçalves da Cámara? «Y cada vez y hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba»?

Jerónimo Nadal describía al contemplativo Ignacio muy brevemente con una expresión gráfica, que citaré aquí en su contexto:

«No omitiré... que el Padre Ignacio recibió de Dios la gracia singular

de ejercitarse en la contemplación de la Santísima Trinidad libremente y con sosiego; unas veces guiado por la gracia de contemplar toda la Trinidad, se dejaba llevar hacia ella, se unía con ella con todo el corazón y con grandes sentimientos de devoción de gusto espiritual; otras veces contemplaba bien al Padre, bien al Hijo, bien al Espíritu Santo, y esta manera de oración la recibió más frecuentemente en los últimos años de su peregrinación, gran privilegio de almas escogidísimas, como también recibió el sentir y contemplar la presencia de Dios y el afecto de las cosas espirituales en todas las cosas, acciones y palabras, siendo así contemplativo en la acción («in accione contemplativus»), lo cual él explicaba diciendo, que es preciso hallar a Dios en todas las cosas».

Mas nadie se imagine que esta oración de hallar a Dios en todas las cosas, tan recomendada por S. Ignacio, es exclusiva de las almas contemplativas. Tiene muchos grados. Los más altos, que pertenecen al misticismo, los fue alcanzando Ignacio «en los últimos años de su peregrinación». Pero luego él mismo les recomendaba a los incipientes y novicios un modo de buscar a Dios, aun los incapaces de altos vuelos. Y es el mismo S. Ignacio (por la pluma de Polanco) el que nos enseña esta doctrina, respondiendo en 1551 a las dudas que le había puesto el P. Brandâo:

«Atento el fin del estudio, por el cual no pueden los escolares tener largas meditaciones, allende de los ejercicios que tienen para la virtud, que son: oír misa cada día, una hora para rezar y examen de conciencia, confesar y comulgar cada ocho días, *se pueden exercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas,* como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéremos, pues es verdad que está su divina Majestad por presencia, potencia y essencia en todas las cosas. Y esta manera de meditar, hallando a nuestro Señor Dios en todas las cosas, es más fácil que no a levantarnos a las cosas divinas más abstractas, haciéndonos con trabajo a ellas presentes, y causará este buen exercicio disponiéndonos a grandes visitaciones del Señor».

Por lo dicho se convence uno fácilmente de los dones místicos que dispensó el Señor a Ignacio de Loyola desde el momento de su conversión hasta la muerte.

El insigne profesor de Teología espiritual, Joseph de Guibert, después de leer los principales escritos ignacianos de carácter espiritual y místico, llega a la siguiente conclusión: «La primera constatación que se impone., que nos hallamos en presencia de una vida mística en el sentido

más estricto de esta palabra, en presencia de un alma a quien Dios conduce por las vías de la contemplación infusa en el mismo grado, si no de la misma manera, que un S. Francisco de Asís, o un S. Juan de la Cruz».

Esa vida mística es esencialmente *trinitaria* y esencialmente eucarística. Lo evidenciaremos en seguida, con sólo abrir el *Diario espiritual,* lo más alto y jugoso y misterioso que escribió la pluma de Ignacio, cerrado con siete sellos por el descuido y la ignorancia hasta los últimos años del siglo XIX y estudiado hoy con apasionamiento y con admiración.

A muchos italianos les abrió los ojos para entender y admirar el misticismo de Loyola un sacerdote de nombre Don Giuseppe de Lucca, buen amigo de Papini sin los extremismos verbales del florentino, literato exquisito, historiador de la piedad en Italia, que gozó del favor del papa Juan XXIII. «Don Giuseppe» —así se le llamaba— tenía en sumo aprecio a San Ignacio, como asceta y maestro de ascetas, mas no podía imaginárselo como místico, hasta que un día cayó en sus manos el *Diario espiritual* y se preguntó admirado: ¿Pero es posible que un Santo tan austero y recio como el autor de los "Ejercicios espirituales", haya podido escribir un *Diario* como éste, no para ser leído, sino como un cuaderno de notas privadas y secretas, que son un recordatorio lacónico y sucinto de los dones místicos que Dios le regala cada día?

»¿Quién creería posible un *Diario místico* de San Ignacio, en el cual anota el Santo día por día las lágrimas que le brotaban sobre el altar mientras celebraba la Misa? ¿Quién, ni de lejos, sospecharía la dulzura incomportable que embriagaba a este hombre, tenido por muchos como un milagro de fuerza, mas no así de divina dulzura?... Querríamos, además, decir que pocas veces hemos leído páginas tan descarnadas en apariencia y tan pingües de humores divinos; tan enjutas y a la par tan dulces; tan lejanas de intenciones artísticas, y tan potentes, inmediatas, casi mágicas».

El «Diario espiritual»

El *Diario* ignaciano, que deseamos dar a conocer, no lleva título. El P. Gonçalves da Cantara, a quien Ignacio le mostró las páginas, nos dice: «Me mostró un fajo muy grande de escritos, de los cuales me leyó una parte. Lo más eran visiones que él veía en confirmación de alguna de las *Constituciones,* y viendo unas veces a Dios Padre, otras las tres personas de la Trinidad, otras a la Virgen que intercedía, otras que confirmaba. En particular me habló sobre las determinaciones, en las cuales estuvo cua-

renta días diciendo Misa cada día, y cada día con muchas lágrimas, y lo que se trataba era si la iglesia *(de casa)* tendría alguna renta, y si la Compañía se podría ayudar de ella».

Sabemos, pues, que se trata de *un fajo muy grande de escritos*. Como las hojas conservadas hasta ahora no abultan mucho, piensan algunos que faltan folios, para que se pueda hablar de «fajo muy grande». Sea como sea, digamos que hoy día los folios conservados son 25, los 15 primeros forman el primer cuaderno y comprenden desde el 2 de febrero de 1544 hasta el 12 de marzo del mismo año; los 10 folios del segundo cuaderno se extienden del 3 de marzo de 1544 al 27 de febrero de 1545. Esta segunda parte del Diario es tan avarienta de palabras que parece querer expresarlo todo, al decir de De Guibert, con «signes algébriques». Esta forma tan descarnada y esquemática de significar sus pensamientos ¿no será un indicio de que el autor no pensaba escribir más, porque ya había llegado a conocer claramente la voluntad de Dios en el asunto?

En este trabajo, no teológico o doctrinal, sino puramente histórico, nos contentamos con aducir algunos de los párrafos más interesantes para conocer el alma endiosada de Ignacio, rogando a los lectores que no tropiecen en las incorrecciones de sintaxis (elipsis, hipérbaton, etc.), porque se trata de notas íntimas, privadas, no escritas para ser leídas. Para mejor entenderlas, téngase en cuenta que San Ignacio está deliberando sobre un problema de pobreza religiosa: Las casas profesas de la Compañía ¿podrán tener alguna renta destinada exclusivamente a los templos y sacristías, o vivirán absolutamente de limosnas? Y si pueden recibir algo o mucho, los jesuitas que viven y trabajan en esas casas ¿podrán ayudarse en algún modo de los réditos? En su corazón Ignacio está por la pobreza absoluta, pero no lo ve del todo claro y pide al Señor luz y gracia.

Hay que leer este Diario despacio y descansadamente para no fatigarse con la monotonía de su lectura.

Escribe así el *8 de febrero de 1544:*

«... Luego después de la Misa, con devoción y no sin lágrimas, pasando por las *elecciones* por hora y media o más, y presentando lo que me parecía por razones y por mayor moción de voluntad, es a saber, no tener renta alguna, queriendo esto presentar al Padre por medio y ruegos de la Madre y del Hijo, y primero haciendo oración a ella, porque me ayudase con su Hijo y Padre, y después orando al Hijo que me ayudase con el

Padre, en compañía de la Madre, sentí un ir o llevarme delante del Padre, y en este andar un levantárseme los cabellos, y moción como ardor notabilísimo en todo el cuerpo; y consecuente a esto, lágrimas y devoción intensísima».

Raro es el día en que no se siente inundado de celestes y casi continuas consolaciones en la oración, en la Misa y aun en el tráfago de los negocios cotidianos.

14 de febrero, 1544.

«... Antes de la Misa, en ella y después della, con mucha abundancia de lágrimas, devoción, grandes sollozos, no podiendo muchas veces tener la habla sin perderla, con muchas inteligencias espirituales, hallando mucho acceso al Padre en nombrarle como la Misa le nombra, y con una grande seguridad o esperanza de alcanzar lo perdido, sentiendo al Hijo muy propicio para interpelar, y los santos en tal manera viendo, que escribir no se puede, como ni las otras cosas explicar.

El *18 de febrero* la devoción jugosa y regocijada alterna con la aridez.

«La noche pasada, antes un poco de acostar, con algún calor, devoción y grande fiducia de hallar las personas divinas... y después de acostado, sentiendo especial consolación en pensar en ellas, abrazándome con interior regocijo en el ánima. Y después durmiendo, me desperté a la mañana un poco antes del día, y después *consequenter* tanto pesado y desierto de toda cosa espiritual... y con esto una desconfianza de hallar la gracia en la Santísima Trinidad, a tanto que de nuevo tomando a la oración, parece que hice con asaz devoción, y hacia la postre con mucha dulzura y gusto espiritual... Después al preparar del altar y al vestir, un venirme: *Padre eterno, confírmame; Hijo eterno, cortfírmame; Espíritu santo eterno, confírmame*... Deciendo la Misa, no con lágrimas, ni en todo sin ellas, con una cierta devoción calorosa y como rúbea y muchos anhélitos de asaz devoción». —Esta devoción se dice *rúbea* para expresar su ardor e intensidad.

19 de febrero.

… «Yendo a la Misa, antes della no sin lágrimas, en ella con muchas y mucho reposadas, con muchas inteligencias de la Santísima Trinidad, ilustrándose el entendimiento con ellas, a tanto que me parecía que con buen estudiar no supiera tanto, y después mirando más en ello, en el sentir

o ver entendiendo me parecía aunque toda mi vida estudiara. Acabada la Misa, luego a la oración breve, con un hablar Padre eterno, confirmadme; Hijo, etc., confirmadme, una mucho grande efusión de lágrimas por el rostro y con crecerme la voluntad de perseverar en sus Misas... y con muchos sollozos intensos, allegándome mucho y asegurándome en crecido amor de la su divina Majestad. En general las inteligencias de la Misa y antes, eran cerca el apropiar las oraciones de la Misa cuando se habla con Dios, con el Padre o con el Hijo, etc.... Este día, aun andando por la cibdad con mucha alegría interior, un representárseme la Santísima en ver cuándo tres criaturas racionales, cuándo tres animales, cuándo tres otras cosas, y así a la larga».

4 de marzo.

«En la oración sólita, con mucha asistencia de gracia y devoción... Después de ser vestido, mirando el Introito de la Misa, todo movido a devoción y amor, terminándose a la Santísima Trinidad. Después, yendo a la oración preparatoria para la Misa, no sabiendo por quién comenzar, y advirtiendo primero a Jesú, y pareciéndome que no se dejaba ver o sentir claro, mas en alguna manera como escuro para ver, y advertiendo, pareciéndome que la Santísima Trinidad se dejaba sentir o ver más claro o lúcido... un cubrirme de lágrimas, sollozos y de un amor tanto intenso, que me parecía excesivamente juntarme a su amor tan lúcido y dulce, que me parecía aquella intensa visitación y amor fuese señalada o excelente entre otras visitaciones.

Después, entrando en capilla con nueva devoción y lágrimas, siempre terminándose en la Santísima Trinidad, y así en el altar, y después de ser revestido cubriéndome en mucha mayor abundancia de lágrimas, sollozos y amor intensísimo, todo al amar de la Santísima Trinidad. Al querer comenzar la Misa, con mucho y grandes tocamientos y intensísima devoción en la Santísima Trinidad. Después de comenzada, con tanta devoción y lágrimas, que andando adelante por la Misa, por el dolor mucho notable que sentía en el un ojo, por el llorar, veniéndome pensamientos que se me perdería a continuar las Misas... Después, casi al cabo tornando a Jesú y cobrando alguna cosa de lo perdido, al decir: *Placeat tibi Sancta Trinitas,* etc.... un mucho excesivo amor y cubrirme de lágrimas intensas...

Acabada la Misa y desnudo, a la oración del altar, tantos sollozos y efusión de lágrimas, todo terminando al amor de la Santísima Trinidad, que me parecía no quererme levantar, en sentir tanto amor y tanta suavidad

espiritual. Después, diversas veces, al fuego, con intenso amor en ella, y mociones a lacrimar, y después en casa de Burgos *(cardenal J. Alvarez de Toledo)* y por las calles hasta veintiuna hora (3 1/2), en acordárseme de la Santísima Trinidad, un amor intenso y cuándo mocione a lacrimar, y todas estas visitaciones terminándose al hombre de la Santísima Trinidad».

6 de marzo.

Nótese como va creciendo la devoción a la Santísima Trinidad, con sublimes visiones, que no son propiamente imaginarias, sino altamente intelectuales, pues lo que en ellas recibe el alma es luz intelectual y amor infuso.

«A la oración sólita sin trabajo de buscar devoción, mas asaz con ella y adelante con mucho aumento, con harta suavidad y claridad mezclada en color. Después de vestido, con alguna nueva devoción y llamamiento a ella, terminándose a la Sanctísima Trinidad. En la oración preparatoria acostándome más a la Sanctísima Trinidad con mayor inquietud o serenidad espiritual, moviéndome a mayor devoción y como a lacrimar y queriendo y no viendo cosa alguna de lo pasado cerca de la reconciliación... Entrando en la Misa con una satisfacción interior y humilde, y pasando adelante por la Misa hasta *Te igitur,* con mucha interna y mucho suave devoción diversas veces, veniendo mucho tenuamente, con interna suavidad como a lacrimar. Al *Te igitur* sentiendo y viendo, no en escuro, mas en lúcido y mucho lúcido, el mismo ser o esencia divina en figura esférica un poco mayor de lo que el sol parece, y desta esencia parecía ir o derivar el Padre, de modo que al decir: *Te, id est, Pater,* primero se me representaba la esencia divina que el Padre, y en este representar y veer al seer de la Sanctísima Trinidad sin distinción o sin visión de las otras personas, tanta intensa devoción a la cosa representada, con muchas mociones y efusión de lágrimas y así adelante pasando por la Misa, en considerar, en acordarme, y otras veces en veer lo mismo, con mucha efusión de lágrimas y amor muy crecido y intenso al seer de la Sanctísima Trinidad, sin veer ni distinguir personas, mas del salir o derivar del Padre, como dixe».

1 de marzo.

«En la oración sólita por toda ella con mucha devoción, clara lúcida y como calorosa. En capilla, al altar, y después con lágrimas, terminando la devoción a Nuestra Señora, no viéndola. En la Misa por toda ella con devoción, y algunas veces con mociones a lágrimas y después con devo-

ción. En estos entervalos viendo muchas veces en parte el seer divino, y algunas veces terminándose en el Padre, *id est,* primero la esencia y después el Padre».

12 de marzo.

No todo va a ser consolación. Aquí vienen las desolaciones, oscuridad., dudas, que no duran mucho.

«...Acabada la Misa, y después en cámara, hallándome todo desierto de socorro alguno, sin poder tener gusto alguno de los mediadores ni de las personas divinas, mas tanto remoto y tanto separado como si nunca hubiese sentido cosa suya, o nunca hubiese de sentir adelante, antes veniéndome pensamientos cuándo contra Jesú, cuándo contra otro, hallándome así confuso con varios pensamientos, cuándo de irme de casa y tomar una cámara *locanda* (alquilada) para evitar rumores, cuándo querer estar sin comer, cuándo comenzar de nuevo Misas, cuándo alzar el altar arriba, y en ninguna parte hallando requiero, con un deseo de dar fin en tiempo de ánimo consolado y satisfecho... *Tandem* considerando, pues en la cosa no había dificultad, cómo sería mayor placer a Dios nuestro Señor, concluir sin más esperar ni buscar pruebas, o para ellas, decir más Misas... sentía que más placer sería a Dios nuestro Señor el concluir..., comencé luego a advertir y quererme llegar al placer de Dios nuestro Señor, y con esto comenzaron a ir de mí *gradatim* las tinieblas, y venirme lágrimas, y éstas yendo en aumento, se me quitó toda voluntad de más Misas para este efeto... y con tantos sollozos y fuerzas y de rodillas por mucho tiempo, y paseando, y otra vez de rodillas con muchos, varios y diversos razonamientos, y con tanta satisfacción interior..., *tandem* cesando lágrimas y debitando si concluiría a la noche con semejante afluencia... Habiéndome cesada la afluencia, aún me parecía... que el buscar o tardar para la tarde era aún querer buscar, no seyendo por qué, y así propuse delante de Dios nuestro Señor y toda su corte, etc., dando fin en aquel punto, no proceder adelante en aquella materia... y de no buscar ni Misas, ni visitación alguna, mas concluir en este día».

Aunque los fragmentos aquí citados han sido tantos que tal vez hayan fatigado al lector, no me resisto a cerrar este *Diario espiritual* sin antes copiar un pequeño fragmento sobre el don de lágrimas, en cuyo goteo se percibe una música terrestre, deliciosa y poética, y otra música celeste, mucho más alta y empapada de devoción.

Corresponde al *domingo, 11 de mayo, 1544.*

«Antes de la Misa con lágrimas, y en ella con mucha abundancia dellas, y continuadas... Asimismo en todas las Misas de la semana, aunque no tan visitado de lágrimas, con mayor quietud o contentamiento en toda la Misa... con devoción que sentía *(más)* que otras algunas veces que, en parte de la Misa, tenía lágrimas. Las de este día me parecían mucho, mucho diversas de todas otras pasadas, por venir tanto lentas, internas, suaves, sin estrépito o mociones grandes, que parece que venían tanto de dentro, sin saber explicar.

El don de las lágrimas y el de la «loqüela»

El *Diario espiritual* de S. Ignacio podemos decir que está todo él regado de lágrimas. Dijimos que su manuscrito está compuesto de dos cuadernos: el primero (del 2 de febrero al 12 de marzo) llena cuarenta días, con las deliberaciones sobre la pobreza de los templos de la Compañía; en esa primera parte del Diario se hace mención de las lágrimas, según el cómputo del P. De Guibert, no menos de 175 veces, de las cuales van 26 veces acompañadas de sollozos; el cuaderno segundo (del 13 de marzo 1544 al 27 de febrero 1545) casi no consigna otra cosa que la afirmación o la negación diaria de las lágrimas («con ellas», «sin ellas»). Tan sólo en los últimos meses la efusión de lágrimas es tan copiosa, frecuente y casi diaria, sin excepción, «con mucha abundancia dellas y continuadas», que ya Ignacio no puede dudar que Dios aprueba con este signo de las lágrimas lo que le venía pidiendo, días tras día, sobre la pobreza de las iglesias de la Compañía.

Se habrá advertido la diligencia y el cuidado del Santo en anotar meticulosamente las veces que en la oración o en la Misa ha derramado lágrimas. No es que le dé importancia al fenómeno fisiológico de llorar; lo que le importa es que Dios actúa maravillosamente en la producción del fenómeno, porque es propio del buen espíritu —como se dice en la 4.ª semana de los *Ejercicios*— «dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas» y esa particular consolación espiritual que se produce cuando el hombre lanza lágrimas motivas a amor de su Señor» *(Ejerc.* 315-16).

A Francisco de Borja le decía Ignacio en 1548, que las lágrimas pueden contarse entre los «santísimos dones y gracias espirituales»: «así como son (ordenando y mirando a la su divina Majestad) intensión de fe, de esperanza, de caridad, gozo y reposo espiritual, lágrimas, consolación intensa, elevación de mente», etc.

Aunque el don de lágrimas, cuando viene de Dios, es muy de

estimar, la razón última porque Ignacio lo consigna en sus apuntes íntimos, parece ser ésta: las lágrimas son para él la manifestación externa de otro don místico superior, inefable, de contemplación infusa, que contemporáneamente se está produciendo en lo más hondo de su alma, y para recordarlo, se contenta con anotar el fenómeno concomitante de las lágrimas.

Conocida es la desconfianza de Ignacio para con las visiones y favores sensibles. Por eso mismo predica la cautela respecto de las lágrimas y no hay que recomendarlas a cualquiera. «El don de lágrimas — escribe por medio de su secretario Polanco al holandés Nicolás de Gouda — no se ha de pedir de manera absoluta, porque no es necesario, ni absolutamente ni para todos es bueno y conveniente... Teniendo en la voluntad y en la parte superior del alma compasión de las miserias de los prójimos y queriendo por su parte ayudarles... No son necesarias otras lágrimas ni otra ternura de corazón. Y aunque algunos la tengan por ser tal su naturaleza, que el afecto del alma superior redunda fácilmente en la inferior..., no por eso los tales tienen mayor caridad, ni son más eficaces que otros que no tienen tales lágrimas... Así que V. R. no tome por fastidio la falta de lágrimas externas, y conserve su voluntad buena y eficaz, demostrada en otras, y esto hasta para la propia perfección y ayuda de los demás... Y acuérdese que los ángeles buenos hacen lo que pueden para defender a los hombres del pecado y para que Dios sea enaltecido, y sin embargo no se adoloran, si sucede lo contrario».

Tres clases de lágrimas propone Ignacio recomendables a todos. Se las aconseja a Francisco de Borja en carta del 20 de setiembre de 1548, arriba citada. Tratando de moderar las penitencias del santo Duque, tan excesivas que sus disciplinas hacían saltar sangre, le aconseja cambiar la efusión de sangre por «una infusión o *gotas de lágrimas,* agora sea, 1.° sobre los propios pecados o ajenos; agora sea, 2.°, en los misterios de Cristo Nuestro Señor en esta vida o en la otra; agora sea, 3.° en consideración o amor de las personas divinas; y tanto son de mayor valor y precio, cuanto son en pensar y considerar más alto. Y aunque en sí el 3.º sea más perfecto que el 2.°, y el 2.° más que el primero, aquella parte es mucho mejor para cualquier individuo, donde Dios nuestro Señor más se comunica, mostrando sus santísimos dones y gracias espirituales.

Y el mismo Ignacio escribe en su *Diario* (29 de marzo 1544) que ese día experimentó «en la oración sólita... y en la Misa, en la mayor parte, mucha suave devoción, con parecerme que era mayor perfección, sin lá-

grimas, como los ángeles, hallar interna devoción y amor».

Estrechamente unido al don de las lágrimas viene el *don de la loqüela,* que no aparece hasta el 11 de mayo de 1544, y desaparece el 28 del mismo mes. ¿Por qué en tan restringidos límites de tiempo? Menos de 20 días en total, y siempre acompañado de las lágrimas.

¿En qué consistía este don místico, expresado siempre con la palabra latina *loqüela,* que podría traducirse al español por *habla* o *locución?* En S. Ignacio significa un *hablar divino*. Si el que habla es una persona humana, como Ignacio, nunca se dice *loqüela*, v. gr. «perdiendo asaz *la habla»*, «diversas veces perdía la *habla»,* «con perder *la habla* muchas veces», «con muchas veces quitarse *la habla»,* etc.

Pero siempre que se refiere al hablar de Dios con la criatura, dice *loqüela*. Distingue el Santo dos *loqüelas:* una es propiamente *externa* y halagadora como una *música terrestre,* pero no deja de tener un sentido instructivo para Ignacio; la otra *loqüela* es *interna,* tan dulce y admirable, que la compara a una *música celeste,* «con tanta armonía interior», cuyo significado le inunda el alma de devoción.

La mística ignaciana no es de tipo nupcial

No conoceríamos bien el misticismo del Fundador de la Compañía, si no estudiásemos una de sus notas más típicas, acaso única en el catálogo de los santos: la mística del servicio de Dios.

«El rasgo dominante en las relaciones de Ignacio con la Trinidad — ha escrito el P. de Guibert— es la consagración amorosa de servicio a la Trinidad... con un humilde respeto y un sentimiento profundo de la grandeza y de la santidad de Dios..., en suma, una mística de servicio y de religión, bañada toda entera en el amor».

Mística de servicio amoroso, tengo escrito en otra parte, muy distinta en su expresión, no en sus hondas realidades, de la mística nupcial y matrimonial, tan frecuente y ordinaria en la tradición de los contemplativos. Mística de servicio de Cristo, muy propia del «caballero de Cristo», que fue siempre San Ignacio. No habla de «Cristo esposo del alma», como casi todos los místicos, sino de «esposo de la Iglesia» y de la «vera esposa de Cristo nuestro Señor». Aun cuando salen de sus labios las palabras *amor* y *amar,* procura quitarles toda reminiscencia sentimental, uniéndolas a otras palabras y expresiones que añaden la idea de *servicio, respeto, temor santo, obediencia a los mandamientos,* etc. Donde otros escritores dirían

amar a Cristo, Ignacio prefiere *servicio a nuestro Señor.* El verbo *amar* es reemplazado por el de *servir*. Al principio de los *Ejercicios* se lee: «El hombre es criado para alabar, hacer reverenda y *servir* (es decir, *amar prácticamente)* a Dios nuestro Señor». En una carta a su hermana Magdalena de Loyola: «el alma deseosa de *servir en todo* a su Creador y Señor» (24 mayo 1541), «Sobre todo se ha de estimar el mucho *servir* a Dios nuestro Señor *por puro amor» (Ejerc. esp.* 370). Los ejemplos podrían multiplicarse *in infinitum.*

En la «aplicación de sentidos», modo sencillo de contemplar, típicamente ignaciano y que puede abrir la puerta a las más dulces elevaciones místicas, procede con su delicadeza y reverencia; así cuando trata del olfato y del tacto, dice que lo que ha de oler el que medita y contempla es «la infinita suavidad y dulzura de la divinidad»; lo que ha de tocar, abrazar y besar, no son las personas de Jesús o de María (el respeto y la veneración se lo impiden), sino «besar los lugares donde tales personas pisan y se asientan». Y si él no besa los pies, las manos o la frente, nadie dirá que es por falta de amor.

Pero creía el Santo que la humildad de la criatura debe ser profundísima, y el sentimiento de la grandeza y majestad de Dios muy íntimo y muy verdadero; y como él veía cuánto abusaban los hombres de las palabras de amor, vaciándolas de realidad para llenarlas de ilusión y de sentimentalismo falso, prefirió atenerse a lo auténticamente amoroso, que son las obras. Por eso advierte en la *Contemplación para alcanzar amor:* «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras». El apostolado activo que recomendaba a sus hijos lo concebía como la mejor forma de manifestar a Jesucristo su amor apasionado y su afán de servicio.

Se podría estudiar a fondo el alma de Ignacio a base de los cuatro puntos de la *Contemplación para alcanzar amor*. Tenemos allí un reflejo del estado habitual en que él vivía.

Vivía contemplando, más que meditando: primero sobre los «beneficios rescibidos de creación, redempción y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí... considerando lo que yo debo de mi parte ofrescer y dar a la su divina majestad... *Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad… todo mi haber y mi poseer... Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta».*

Segundo, mirando «cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos… en las plantas... en los animales... y así en mí dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender, asimismo haciendo templo de mí».

Tercero, considerando «cómo Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra, *id est, habet se ad modum laborantis»*.

Cuarto, contemplando «cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la summa y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas».

Todos los seres de la Creación tenían una voz, creada e increada, porque el Creador hablaba misteriosamente por ellos, voz que Ignacio trataba de descifrar e interpretar. «Enlevábase en cualquiera cosa —escribe Nadal— como en un jardín, sobre una hoja de naranjo, estando yo presente, le aconteció tener grandes consideraciones y elevaciones sobre la Trinidad».

En sus días de la conversión en Loyola y en sus días o noches de la azotea romana le placía, según diversos testimonios, extasiarse contemplando las estrellas o las flores del campo, las toronjas, los árboles, las abejas, las yerbezuelas; todas las criaturas éranle recordatorios divinos y en todas veía huellas o símbolos trinitarios. La clásica pluma de Ribadeneira nos lo describe así:

«Vímosle, tomando ocasión de cosas pequeñas, levantar el ánimo a Dios, que aun en las mínimas es admirable. De ver una planta, una hierbecita, una hoja, una flor, cualquiera fruta, de la consideración de un gusanillo o de otro cualquier animalejo, se levantaba sobre los cielos y penetraba lo más interior y más remoto de los sentidos, y de cada cosita destas sacaba doctrina y avisos provechosísimos para la instrucción de la vida espiritual.

Cuando bendecía la mesa, cuando daba gracias y en todas las otras obras se recogía y entraba tan dentro de sí, que parecía que veía presente la majestad de Dios... Hablando muchas veces con Dios, de lo más íntimo del corazón decía: Señor, ¿qué quiero yo, o qué puedo querer fuera de Vos?...

Subíase a un terrado o azotea, de donde se descubría el cielo libremente; allí se ponía en pie, quitando su bonete, y sin menearse estaba un rato fijo, los ojos en el cielo. Luego, hincadas las rodillas, hacía una humillación a Dios; después se sentaba en un banquillo bajo porque la flaqueza del cuerpo no le permitía hacer otra cosa. Allí se estaba, la cabeza descubierta, derramando lágrimas hilo a hilo, con tanta suavidad y silencio, que no se le sentían ni sollozo, ni gemido, ni ruido, ni movimiento alguno del cuerpo».

Bastarán estos rasgos, con los que deseamos dar remate a esta biografía, para que a través de ellos se pueda adivinar y como entrever vagamente el alma endiosada de Ignacio de Loyola. Sin estos reflejos celestes no es posible entender el significado, la naturaleza y los móviles de aquellas grandes empresas apostólicas llevadas a cabo por sí y por sus hijos en todas las naciones al servicio de Cristo y de su santa Iglesia Católica.